
Blanco
y Negro
F. Varela



BLANCO Y NEGRO

REVISTA ILUSTRADA

Tomo XIV

1904

Digitized by the Internet Archive
in 2016 with funding from
Getty Research Institute

https://archive.org/details/blancoynegro6617unse

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

TEXTO

ACEBAL (Francisco).—Las cinco vacas de Celesto, 667; La viuda, 671; El Guadarrama, 693.
ALVAREZ QUINTERO (S. y J.).—Flores andaluzas, 675.
AZORÍN.—Lolita, 701; Un retrato histórico, 707.
BARGIELA (Camilo).—La consulta, 702.
BARRANTES (Pedro).—Los fuegos fátuos, 662; La marcha de los vencidos, 690.
BARRÉS (Mauricio).—De «La muerte de Venecia», 703.
BELLO (Luis).—La dolora del superhombre, 671.
BIEDMA (Patrocinio de).—Mal de muchos..., 681.
BRUN (Luis).—El corcel de guerra, 688.
BUENO (Manuel).—Mater admirábilis, 689; La diplomática, 705.
BURGUETE (Ricardo).—La aparición de Varo, 699.
BURGUILLOS (Tomé de).—Vistas de Enero, 665; El hombre de las tres perdices, 666.
CABELLO Y LAPIEDRA (Javier).—Un lance en las Ventas, 711.
CADENAS (José Juan).—La canción de Pierrot, 713.
CALVO (Fernando).—¡Nunca! 700.
CAMBA (Francisco de).—Lluvia de llanto, 689.
CANDAMO (Bernardo G. de).—Sensaciones de un señor vulgar, 676; Página de la leyenda Aurea, 702.
CARRERE (Emilio).—Melodía galante, 695.
CARRETERO (Manuel).—El hermano, 708.
CASERO (Antonio).—Dinero por efectos, 665; Un filósofo de Seguridad, 702.
CASTRO (Cristóbal de).—Siesta en los pinares, 695; La poesía del Albaicín, 697.
CASTRO Y TIEDRA (Manuel de).—El cura negro, 679.
CATARINEU (Ricardo J.).—Mi lancha, 672.
COLCHERO (Virgilio).—Almadén y su mina, 713.
DANVILA (Alfonso).—El pañuelo de Luis XV, 708; Reconocimiento, 711.
DUEÑAS (Antonio de).—La Trapa, 712.
ESTÉVANEZ (Nicolás).—Ecos de antaño, 701.
FERNÁNDEZ SHAW (Carlos).—El trasatlántico, 696; La chavalilla, 707.
FERRARI (Emilio).—Don Alvarito, 665; Supremacía, 681.
FERRAZ Y TURMO (Vicente).—El silencio del señor Domingo, 693.
GABALDÓN (Luis).—La flor natural, 675; El violinista y el cerdo, 691; El titiritero ambulante, 692; Una boda en Marruecos, 705.
GABRIEL Y GALÁN (José M.).—Plétora, 684; Campos vírgenes, 709.
GARCÍA SANCHIZ (F.).—La caracola, 691.
GIL (Ricardo).—Ruego de madre, 662.
GONZÁLEZ (Melitón).—Rusia y el Japón, 678; Chascarrillos militares, 679 y 687; Nombres del santoral, 688; Quinta de recreo, 704.
GONZÁLEZ BLANCO (Andrés).—Ante el San Bernardino del Greco, 706.
GONZÁLEZ BLANCO (Pedro).—Asturias: el puerto de Pajares, 693; El grito prehistórico, 712.
GONZÁLEZ GIL (Luis).—Una aventura, 692; Marimorena, 695.
GONZÁLEZ MUÑOZ (Pablo).—Ex-libris, 708.
GRILO (Antonio).—El niño enfermo, 706.
ICAZA (Francisco A. de).—Las horas, 663; Huerto triste, 677.
JACKSON VEYÁN (José).—Los dos tesoros, 679; La bendición de Dios, 703.
JIMÉNEZ (Juan R.) Horas de ensueño, 664; Paisaje melancólico, 667; Sobre unos apuntes de Emilio Sala, 683; Jardín doliente, 697; Trova de rosas muertas, 704.
KASABAL.—Isabel II, 665; Duquesa de la Torre, 669; Periodistas ilustres, 680; O'Donnell, 688.
LASSA (Manuel).—El renacido, 713.
LÓPEZ BALLESTEROS (Luis).—Las palabras, 706; Al partir el tren, 712.
LOPEZ MARÍN (Enrique).—La calumnia, 661; No por mucho madrugar..., 701.
LÓPEZ PINILLOS (J.).—Jean y Loló, 679.
LÓPEZ ROBERTS (Mauricio).—El secreto, 670; Los brazos de la Cruz, 673; La tristeza de Tamar, 690; Tía Remedios, 694; El loro, 700; La novela de Lino Arnáiz, 713.
LÓPEZ DE SAA (Leopoldo). Los duendes, 663; Los consejos del sátiro, 668; ¡Oh, las mujeres! 682.
LUSTONÓ (Eduardo),—Efemérides de la Prensa, 680; El general Serrano, 708; Bretón de los Herreros, 713.
LLORENTE (Teodoro).—En la playa, 664; Recuerdo de Dinamarca, 666; El derviche, 683; Durante el Sitio de París, 711.
MACHADO (Antonio).—Inventarios galantes, 699.
MACHADO (Manuel).—Alvar-Fáñez, 667; Una figura de rigodón, y Glosa, 683; Jardín neoclásico, 694.
MARQUINA (Eduardo).—La hija del mendigo, 661; La moza despechada, 671; La devota, 691.
MARTÍNEZ RUIZ (José).—La viejecita y sus amigos, 669; El pequeño farmacéutico, 670; La viuda de los cuchillitos, 672; Camperas levantinas, 686; El viejecito que no sabía nada, 688.
MARTÍNEZ SIERRA (Gregorio).—Kosima y Kenkö, 671; Lección de Historia, 689.
MEDINA (Vicente).—Deshechica, 670; Cá cosa en su tiempo, 672; Rescoldo, 705; Loco de remate, 708.
MÉNDEZ VELLIDO (Matías).—Verbena granadina, 692.
MESA (Enrique de la).—La loba parda, 663; Serranilla, 694.
NAVARRO (Emilio).—Sobre la parva, 694.
NAVARRO Y LEDESMA (Francisco).—La leyenda de la mariposa, 675; Número dedicado á la Exposición de Bellas Artes, 685; Aventura de mar, 706.
NOGALES (José).—Carne á los perros, 666; La zarabanda, 672; Cómo vino el amor, 682; El último fauno, 704; La fiebre, 707.
ORTIZ DE PINEDO (J.).—Los enamorados, 687.
OSUNA (Bachiller F. de).—Matusalén en su tocador, 689; Las cinco estaciones, 709.
OTHON (Manuel José).—Primavera, 675.
PACHECO DE LEYVA (Enrique).—Amor y egoísmo, 666.
PALACIO (Roberto).—Historia pequeñita, 678; Noticias raras y curiosas, 680; Las joyas, 681; Los jóvenes principiantes, 703.
PALOMERO (Antonio).—La pecadora, 669; Camino va de la fuente, 673; Canción primaveral, 675; La niña reza, 702.
PARDO BAZÁN (Emilia).—Comedia, 683; Los adorantes, 703; Accidente, 710.
PEREZ (Dionisio).—Sor Patrocinio, 677; La Prensa política, 680.
PEREZ DE AYALA (Ramón).—La nación, 668; El Raposín, 687; La espalera, 697.
PEREZ Y GONZALEZ (Felipe).—La Prensa satírica, 680.
PEREZ NIEVA (Alfonso).—El sillón presidencial, 686; El atacado, 699.
PEREZ ZUÑIGA (Juan).—Cosa inútil y curiosa, 663; ¡Ejas! 669; Ramón por Don Funeral, 672; Manjares nuevos, 677; Después de San Isidro, 681; ¡Gordas y dulces! 683; Soñar alto, 690; Finca de recreo, 691; Relato alimenticio, 698; A ver á la Pilarica, 702; Golpes de bombo, 703; El lenguaje de las manos, 710; Exposición de pintores, 713.
RAMOS CARRION (Miguel).—La panadera, 710.
REDACCION.—Coplas y refranes de Enero, 661; ¡Buena castaña, buena nuez! El Acuario y Fallo del Concurso de planas en color, 662; Una montería, La caballería en campaña y La cuesta de Enero, 663; Guillermo Tell, 664; Zodiacada de Febrero y Un rincón de Toledo, 666; Refranes de Febrero, 667; Refranes de Marzo, La balada del pájaro azul y Don Carnal y Doña Cuaresma, 670; Aries, 672; Las obscuras golondrinas, Primavera española y Un cuadro de Botticelli, 675; Fallecimiento de Isabel II, 676; Tauro y Refranes abrileños, 678; El viejo del lobanillo, 679; La Prensa ilustrada y Máquinas y procedimientos, 680; Géminis, Daniel Urrabieta Vierge y Mayo y sus refranes, 682; Niños pobres y niños ricos, 683; Cáncer, La hucha del niño rico, Akusima el pescador y Refranero de Junio, 684; La europeización de Marruecos, 687; Oro viejo, 687 y 700; Leo y Concurso El retrato de D. Quijote, 689; Refranes de Julio, 690; Refranes agostizos, 692; Número de verano: playas y montañas, 693; Zodiacada de Agosto, 694; El veraneo en los Alpes, 695; Por las calles de Nápoles y Refranes de Septiembre, 696; Zodiacada de Septiembre; 697; El Museo de Valladolid, 698; Refranero de Octubre, 701; Muerte de la Princesa de Asturias y Zodiacada de Octubre, 703; Refranes del dichoso mes, 706; Zodiaca-

da de Noviembre y Fuente granadina, 707; Alfonso Mucha, 710; Ultima zodiacada del año, 711; Un concurso utilísimo y Ultimos refranes del año, 712; ¡Abur, 1904! 713; Blanco y Negro en 1905, 712 y 713.
REINA (Manuel).—¡Infame Carnaval! 667; A Rosales, 697.
REYES (Arturo).—¿Por qué llora? 691; La Chiripera, 697.
RIOS DE LAMPEREZ (Blanca de los).—Por la patria, 676.
RODAO (José).—La generosidad del ambicioso, 689; Excesos y faltas, 712.
RODRIGUEZ DE CELIS (N.).—¡Sic transic...! 692.
RODRIGUEZ CHAVES (Angel).—La caldera de habas, 678; Las rayas del tío Paso-quedo, 701.
ROURE (José de).—La esfinge, 677; Casio ó la bondad, 688; La conversión de Enrique Palatino, 709.
RUEDA (Salvador).—Resurrección, 676; Cuerdas rotas, 681.
SÁNCHEZ PÉREZ (Antonio).—En la pendiente, 668; Los enemigos de don Feliciano, 710.
SANDOVAL (Manuel de).—Invernal, 665; El ciprés, 710.
SELLES (Eugenio).—Año nuevo, vida... vieja, 661; Musas viejas y musas nuevas, 669; La herencia, 672; El sermón de la montaña, 673; Gustos y disgustos son no más que imaginación, 679; Juan sin pena, 681; Para qué se matan los pueblos, 686; Palabras, palabras, palabras, 692; El honor á distancia, 695; Colonizadores viejos, 698; La falsificación de la maternidad, 713.
SERRANO Y SANZ (Manuel).—La palinodia de un astrólogo, 699.
SORIANO (Manuel).—La lotería, 706.
TAINE (H.).—Anochecer en los Canales de Venecia, 698.
TERÁN (Luis de).—Don del mar, 691.
TORROMÉ (Rafael).—El mono de la botica, 689.
VALERA (Luis).—Boceto de Manchuria, 664; Edirn y la hamadriada, 678; La diosa velada, 713.
VEGA (Enrique de la).—El médico, 704.
ZAHONERO (José).—La maceta de pensamientos, 665.
ZOZAYA (Luis).—Cómo se hace un teatro, 682.

CUENTOS FANTÁSTICOS

El milagro de la Virgen, 661; Sacrilegio, 662; El reloj, 663; El hada, 664; La prueba, 665; Venus infernal, 668; La mala sombra de Antonio, 669; Granujín, 670; Alma errante, 671; El Príncipe Gorrión, 672; La destructorita, 676; La última misa, 677; Un milagro, 682; El cantor del más allá, 683; la leyenda de la hormiga, 684; El primer llanto y la primera risa, 686; El padre Lagarto, 687; Compraventa mercantil, 690; El Licenciado, 691; Tristán é Iseulda, 694; Perdón, 695; Melampo, 696; La historia de Berta la del gran pie, 697; El Palacio de las Brujas, 698; El avaro, 699; Las tres cartas misteriosas, 700; Al Bebé rosa, 701; La sombra gobernante, 702; El origen de las mariposas, 703; Fin de raza, 704; La ley eterna, 705; Una conferencia, 706; Cómo murió Abú Zakún, 708; Los dientes, 709; El huevo del ave Fénix, 710; El guante, 711; La Nochebuena de Jesús, 712.

LA MUJER Y LA CASA

Encajes de Venecia, Traje y abrigo de soirée y Modelo de perchero, 662; Arte de guiar un «tonneau», Traje de soirée, Carta interesante y Modelos de verja y telón, 667; Traje para reunión, 669; Traje para comida, 670; Las abonadas del Boix, Vestido para visita, El lenguaje del pañuelo y Modelo de dormitorio para señora, 671; Vestido para baile, 672; Vestido para banquete, 673; Vestido para visita, 675; Azaleas, La sombrilla, Vestido para visitas, Herrajes artísticos y Concurso de sombreros de verano, 676; Vestido de calle, 677; Tea gown, 678; Traje para garden-party, 679; La moda cosmopolita, Las joyas, Vestido de calle y Comedor moderno, 681; Vestido para baile, 682; Resultado del Concurso de sombreros de verano, 683 y 687; Tapices modernos, Toilettes de carreras, Salón Luis XV y Vestido de casa, 684; Vestido para visitas, 686; Vestido de calle, 687; Artistas españolas en la Exposición de Bellas Artes, El Boston-ball, El Hockey y Bata elegante, 688; Vestido de paseo, 689; Vestido para banquete, 691; Sportswomen inglesas, Coupe Jacques y Vestido de casino, 692; Traje para matinée, 695; Un plato de rosas, Arte de dar la mano y Traje para calle, 696; Teagown, 699; Lenguaje del abanico, La cerámica en las habitaciones, Crema bavaroisse-glacé, 700; Vestido para banquete, 700 y 701; Vestido para baile, 702; Vestido para visitas, 703; Abrigo para paseo en carruaje, 704; Al comenzar el invierno, Cuatro especies de encajes, El boa y el manguito y Vestido para banquete, 705; Vestido para paseo, 706; Las mañanas de Londres, Los impertinentes, Mousse au chocolat y Vestido de casa, 709.

GENTE MENUDA

Dialoguitos, El cuento del canario, El gallo, Una visita inesperada y Concurso ¿En qué emplearía usted cincuenta pesetas? 664; Resultado del Concurso de las cincuenta pesetas, 668; Las hojas caídas, El kanguro, Dialoguitos, y Concursos De pesca y La hucha del niño rico, 669; Historia de cinco niños, La gimnasia del aro, Los pensamientos, Concurso Sin pies ni cabeza y Resultado del Concurso De pesca, 673; Historia pequeñita, El football, Ciceroncito, Concurso artístico para niños y Resultado del Concurso Sin pies ni cabeza, 678; La cigarra y la hormiga, Cómo se hace un teatro, Una lección de geografía y La foca, 682; Resultado del Concurso artístico para niños, 683; El cuadro de la hipotenusa, La cigüeña, Luisito Beethoven y Concurso Reconstitución de una historieta, 686; Resultado del Concurso La hucha del niño rico, 688; Moraleja de las espigas, Una lección de geografía, El pelícano, Concurso Un día bien aprovechado y Solución á la Reconstitución de una historieta, 690; Guignol y sus abonados, El sietemesino, La hiena, Los patines y Solución á la Reconstitución de una historieta, 694; El pastor ministro, El yak, Diálogo de las manos y Concurso La caja de juguetes, 698; El fonógrafo, El bacalao, El elefante y los ratones, Concursos Cambios en la cabeza y Otro Concursito, y Solución al de La caja de juguetes, 702; El volante de Federico, Five ó clok tea, E avestruz, Concursos Refrán en acción y Otro problemita político-infantil y Soluciones á los de Cambios en la cabeza y Otro concursito, 707; Un Nacimiento, Las figuras del Nacimiento, El león y Soluciones al Refrán en acción y al Otro problemita político-infantil, 711.

BELLAS ARTES

ALBERTI (Fernando).—¡Buena castaña, buena nuez! y El burladero, 662; La naranjera, 663; La viuda de los cuchillitos, 672; Preparativos para la feria, 676; Cantares ilustrados, 688 y 713; Maritornes, 696; La hora de la comida, 697; Ilustración de una «dolora», 701; Ilustración de una «humorada», 707; Las cinco estaciones, 709.
ALVAREZ SALA (Ventura).—Ganarás el pan..., 699.
ANDRADE (Angel).—Bouquet de Año Nuevo, 661; La pecadora, 669; Primavera en el Cantábrico, 677; Una ría en el Cantábrico, 679; Una calle de San Vicente de la Barquera, 681; Rojo y blanco, 687; Ilustración de una «humorada», 691; Cosiendo las redes, 697; Una calle de Tarragona en víspera de Navidad, 711.
ARIJA (José).—Portadas de los números 661, 663, 668, 669, 672, 673, 675, 678, 680, 682, 685, 689, 691, 693, 695, 697, 699, 701, 704, 706, 708, 710 y 712; Número de Semana Santa, 674; Canción primaveral, 675; Glosa, 683; ¡Nunca! 700.
ATIZA.—Comunicación interrumpida, 708; La última palabra del progreso, 709.
AVENDAÑO (Serafín de).—Aprovechando la bajamar, 687; Cantar ilustrado, 702; Camino después de la lluvia, 703; Camino de Teis, 712.
BERMEJO (José).—Cantar ilustrado, 710.
BERTUCHI (Mariano).—La vuelta del Sultán, 701; Una boda en Marruecos, 705.
BERUETE (Aureliano de).—Orillas del Manzanares, 700; Rincón de Quimperlé, 701.
CASAS (Ramón).—Una chula, 667.
CILLA (Ramón).—Ropa de abrigo, 661; Preparativos del Centenario, 670; Amarguras de la ausencia, 694; El veraneo en Bayona de Galicia, 697; Café y concierto al piano, 699.
COULLAUT VALERA (Lorenzo).—Oro viejo, 672.
CHACÓN (José).—Cantar ilustrado, 689.
ESTEVAN (Enrique).—De paseo, 700; De maniobras, 702.
ESTEVAN (Hermenegildo).—Impresión de paisaje italiano, 690.
FERNANDEZ (Domingo).—Anochecer en los canales de Venecia, 698; De «La muerte de Venecia», 703.
FOIX (Mariano).—Esclavos de la tierra, 668.
FRANCÉS (Juan).—Una miaja e lumbre, 665; La encajera, 667; El pequeño farmacéutico, 670; Hilandera, 696.
GARCIA Y RAMOS (José).—Sin dolor... y con música, 665; Tarjetas postales, 673 y 677; La reina de la feria, 676; Cantar ilustrado, 681; Mala tarde de

baño, 689; Asín estaré yo er domingo, 708.
GARCIA Y RODRIGUEZ (Manuel).— Junto á la aceña, 673; Dos que no van á la feria, 676; Llegando á Alcalá, 682; Crepúsculo andaluz, 689; Tranquilidad, 699; Día pardito, 704.
GASCON (Teodoro).—El colmo de la pulcritud, 666; Complot revolucionario, 683; Filosofía baturra, 691; Cuento baturro, 706.
HUERTAS (Angel Díaz).— Postales, 664 y 665.
LOZANO (Adolfo).—Cantares ilustrados, 682, 698, 699, 704, 709 y 712; Esperando la limosna, 696; Sesión de pintura, 707; La suerte de la fea, 711.
MALDONADO (Segundo).—Cantar ilustrado, 701.
MARTINEZ ABADES (Juan).—Un rincón de Pasajes de San Juan, 688; Tarjetas postales, 689 y 690; Recuerdos de Miramar, 692.
MEDINA VERA (Inocencio).—El violinista y el cerdo, 691; ¡Só tumbón, á la cárcel! 695; ¡Vaya ustez con Dios, hermosa! 704.
MENDEZ BRINGA (Narciso).— Postales, 666 y 667; La flor del almendro, 675.
MUÑOZ LUCENA (Tomás).— Camino va de la fuente, 673; Primavera española, 675; Los primeros bañistas, 683; Jalbegando y aljofifando, 686; Verbena granadina, 692; En el Generalife, 699; Fuente granadina, 707; Las víctimas futuras, 708.
PICHOT (R). —Cantaoras, 670.
PLA (Cecilio).—Ilustraciones de «humoradas» de Campoamor, 668, 669, 677, 679, 688 y 692; Los enemigos del alma, 698; Oro viejo, 700.
REGIDOR (Santiago). — Ilustración de una «humorada» de Campoamor, 666; La foca, 682.
ROJAS (Pedro de).—La báscula, 664; El director de Colegio, 667; La pierna artificial, 677; Anunciador infalible, 683; ¡Ya somos dos! 684; Aeroterapia práctica, 688; Manera de llevar los niños, 692; El cicerone, 695; La ducha, 700; Una equivocación, 701; El avestruz providencial, 703; ¡Hoy las ciencias adelantan...! 704; El churro casamentero, 705; La suerte suprema, 707; Una lección aprovechada, 710; El deshielo, 712.
SAENZ (Pedro).— El poeta preferido, 676; La de los claveles rosas, 677; Aniversario de BLANCO Y NEGRO, 680; Pensativa, 681.
SALA (Emilio).— La lucha con el gabán, 661; Hora de ensueño, 664; La sopa se enfría, 665; Pelotazo limpio, 666; Capricho Luis XV, 668; Confidencia al aire libre, 670; Plein air, 673; Primavera, 675; Tarjetas postales, 681 y 683; Plazoleta de un pueblo de Extremadura, 684; El canto del ruiseñor, 687; Iris, 691; Primeros arpegios, 694; Alto en una montería, 698; Un filósofo de Seguridad y La niña reza, 702; Una periodista, 704; El amigo más fiel, 705; Mariposa de lumbre, 706.
SANCHA (Francisco). — Caricatura de Benavente, 672; Dos víctimas del veraneo, 688; El rey de la Creación, 691; Las ninfas del Parterre, 695; Los madrugadores, 696; La castañera, 705; Descanso dominical, 706; La soledad del sereno, 707; Pequeñas industrias, 708; La soledad de dos en compañía, 709.
SANCHEZ SOLÁ (Eduardo). — Cantares ilustrados, 687, 697 y 703.
SANTA MARIA (Marceliano).— La marcha de los vencidos, 690.
VARELA (Eulogio). — Portadas de los números 664, 666, 670, 676, 679, 681, 684, 687, 690, 692, 696, 702, 705, 709 y 713; La balada del Pájaro azul, 670; Canto de la Primavera (página musical), 675; Tristán é Iseulda, 694; El guante, 711.
VAZQUEZ (Carlos).—El último figurín, 662; ...Que lo demás es aire, 663; La última carta, 668; Alegría primaveral, 675; Cantares ilustrados, 686 y 700; Jardín neoclásico, 694; Una alpinista, 703; Aventura de mar, 706; El invierno que llega, 708; La niña de las azucenas, 709; Mercado de pavos en Barcelona, 712.
VERA (José).—Un rincón de Toledo, 666.
XAUDARÓ (Joaquín).—Portadas de los números 662, 665, 667, 671, 677, 683, 686, 688, 694, 698, 700, 703, 707 y 711; El pedigüeño, 662; El explorador del Polo, 665; Kosima y Kenkö, 671; Lo que trae la Primavera, 675; El viejo del lobanillo, 679; Los dos enemigos, 683; Akusima el pescador, 684.
ZUÑIGUITA.—Amor es ciego, 696.

GUERRA RUSO-JAPONESA

En los números 661, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 670, 671, 672, 673, 675, 676, 678, 679, 681, 682, 684, 686, 687, 689, 691, 692, 699, 700, 704, 707, 708, 709, 711.

TEATROS Y CIRCOS

Estreno de El adversario, Gonzalito en Patria nueva y La señorita Soler en El mozo crúo, 663; Miss Alix en el Looping the loop, 664; El abuelo, 668; El Dragón de fuego, 672; Mad. Bartet y M. Duflos en el teatro de la Zarzuela, 678; El cake-walk en Romea, 699; El actor Borrás en distintas obras, 702; El amor que pasa y La estirpe de Júpiter, 707; El místico, 710.

VARIOS

Africa.—Obras para unión de las Islas Chafarinas, 666; Factoría de Río de Oro, 667.
Agres.—Romería, 687.
Alcalá de Henares.—Vista del real de la feria, 696.
Alcoy.—Feria y nueva vía férrea á Játiva, 679.
Alemania.—El Príncipe Enrique de Prusia pasando revista á las tropas expedicionarias á Africa, 666; El Kronprinz en un concurso hípico, 682; Carrera de automóviles para el premio de la copa Gordon Bennet, 687; Carrera de midinettes en Berlín, 691; El teatro de Bayreuth, 692; El Príncipe imperial y la Gran Duquesa Cecilia en Gelbensande, y el Emperador al frente de las tropas en Altona, 698; SS. AA. Doña Paz y Doña Pilar en Munich, 702; El Emperador de Alemania dirigiéndose á una cacería, 707; La Emperatriz visitando un nuevo buque-templo, 708.
Alicante.—Llegada del tren botijo de Madrid, 694; Derribo de la Torre del Reloj, 711.
Almería.—Viaje regio, 679; Exportación de uvas, 703.
Andoain.—Ferrrocarril á Plazaola, 706.
Asturias.—Banquete al doctor Muñoz, 696.
Avilés.—Procesión del Santo Entierro, 673.
Badajoz. —Llegada del Sr. Canalejas, 665.
Barcelona.—Regreso de la Embajada Comercial que fué á la Argentina, 662; Viaje regio, 676; Nuevo edificio para casa de Correos, 686.
Bayona de Galicia.—El castillo de Monte Real, 692.
Béjar.—Nueva fábrica La Australia, 694.
Bélgica.—Explosión de los depósitos de petróleo en Amberes, 697.
Bilbao.—Inauguración del monumento á Chávarri, 661; Detalles del mismo monumento, 662.
Bolivia.—La alpinista Miss Peck y sus guías, 662.
Cádiz. – Fiestas del Corpus, 684; Desembarco de cañones, 692; Exposición de la Escuela de Artes é Industrias, 696.
Calamocha.—Hundimiento del puente de Entrambasaguas, 687.
Canarias.—Fiestas del Corpus, 683.
Caravaca. — Sistema de abonos minerales, 692.
Cartagena.—El «Carlos V» en el dique seco, 690; La feria, 694.
Cervera de Río Alhama. — Pantano de Añamanza, 661.
Córdoba.—Una sala del Museo de Arte Moderno, 664; Banquete á Canalejas, 683.
Cuevas de Vera.—La Semana Santa, 673.
China.—Rada y muelle de Hong-Kong, 683.
El Escorial.—Entierro de Isabel II, 677.
El Ferrol.—Anfora y copa de plata regaladas por el Almirantazgo inglés á la Comandancia de Marina, 675.
Esquivias.—Vista general y Casa en que vivió Cervantes, 704.
Estados Unidos.—Botadura de un barco en cuatro pedazos, en Filadelfia, 661; Miss Mulhall jineteando un búfalo, 662; Incendio de Baltimore, 669; La Exposición de San Luis, 671 y 683; Edificio de la Sociedad Hispánica, 705; La casa de Vanderbilt en Nueva-York, 710.
Francia.—Lectura de «Le dédale» en la Comedia Francesa y Sarah Bernhardt en su retiro de Belle Isle, 661; El tren automóvil de los hermanos Renard, 662; Banquete á los estudiantes españoles y Funerales de la princesa Matilde, 663; Muerte del escultor Gerome, 664; El castillo de Langeais, 665; Baile de las «minuinettes», 667; El Carnaval en Niza, 669; Duelo Pini-San Malato, 672; Premio de carruajes en el corso de Niza, 675; Traslación de los restos de Isabel II á España, 677; Carreras de caballos de caza en Achéres, 679; Estatua de Jorge Sand, 682; Exposiciones canina y de horticultura, Fiesta de la Sociedad Gimnástica en Arras y la Carrera Gordon-Bennet, 683; Carreras del Ejército y de la sociedad hípica «El estribo», 684; Carrera del Grand Prix en Longchamps, Fiesta española en París y Monumento á Emilio Zola, 686; Monumento de Waterlóo, 688; Alumnos y profesores de la Escuela española de Marsella y Viaje del bey de Túnez, 690; Estatua de Pasteur, 691; Los deportes de moda en las playas, 692; Muerte de Valdeck-Rousseau, 694.

Concurso de embarcaciones automóviles y El veraneo en los Alpes, 695; El rey de Grecia en París, 696; Agregados extranjeros en las maniobras militares, 699; Escenas de la corte de Luis VX, 702; Carreras en Longchamps, Los doctores Metchnickoff y Rochs en el Instituto Pasteur y La chimpancé Aglae, 703; Un «rallye» en Chantilly, 705; Primeras toilettes de otoño y Banquete de la Mutualidad francesa, 706; El rápido de París á Menton en Monte-Carlo; 707; Modelos de tocado, 709; Monumento á Gavarni y El doctor Antoine en «El rey Lear», 711.

Gijón.—Premio de fachadas adornadas, 694.

Granada.—Viaje regio, 679; Procesión del Corpus, 684; Colonia escolar veraniega de San Vicente de Paul, 697.

Graus.—La feria, 700.

Jerez de la Frontera.—Viaje regio, 681; Nueva camilla para el Ejército, 694; La feria, 700.

Híjar.—Domingo de Ramos, 673.

Holanda.—Comité del partido socialista en Amsterdam, 695.

Huelva.—Romería de San Sebastián, 666; Boda de Serafín Alvarez Quintero, 699.

Huesca.—La feria de San Andrés, 710.

Hungría.—Edificio en que se celebró el Concurso de bomberos, en Budapest, 697.

Inglaterra.—Regatas de esquifes en el Támesis, 691.

Islas Filipinas.—Embarque de los restos de los héroes de Baler, 673.

Italia.—Los reyes de Italia visitando la Academia Española en Roma, 667; Gabriel D'Annunzio en una cacería, 669; Viaje del presidente Loubet, 679; Escenas de la vida en Nápoles, 696; Obras del nuevo Campanile de Venecia, 704; Bautizo del príncipe heredero en el Quirinal, 711; La fiesta de la Inmaculada en el Vaticano, 712.

La Coruña.—Naufragio del «Diligent» en Cabo Villano, 670; Inauguración del monumento en Carral á los mártires de la Libertad, 683; Fábrica electroquímica de Brens, 690; Batalla de flores, 694; Carrozas de la feria, 695.

La Granja.—Viaje del Rey, 700.

Las Caldas.—Puente del Forno, 696.

Las Navas de Riofrío.—El Rey de cacería, 701.

Madrid.—Exposición de obras artísticas en el Salón Amaré, 662 y 670; Apertura de la carnicería de Niembro, 663; Muerte de D. José Ferreras, El príncipe de Baviera en el Hospital de la Princesa, Horno para esterilizar la leche, Visita de la Reina al Consultorio de niños de pecho y Cartel premiado por el Círculo de Bellas Artes, 665; Investidura de caballero de la Orden del Santo Sepulcro al conde de Castellano, 666; El Carnaval, 668; Llegada de los restos de los héroes de Baler, 673; Imposición de la corbata de San Fernando al batallón Provisional de Puerto Rico, 675; Jarrón Regalado al Sr. García Alix, 678; Manifestación obrera de 1.º de Mayo, 679; Concurso hípico y Exposición de Bellas Artes, 681; Mausoleo de Sagasta, 686; Visita de los Reyes al estudio de Querol y La nueva iglesia de San Vicente de Paul, 688; Nueva iglesia de Maravillas, 689; Mitin obrero en el teatro Barbieri, 694; Exposición Amaré, 695; Estatuas de la Economía y el Cálculo para el edificio Banco Hispanoamericano, 697; Relieve de Castelar en el Congreso y Fiesta en el Asilo de las Mercedes, 700; Proyectos para edificio de Correos, 706; Exposición de apuntes en el Círculo de Bellas Artes y La boda de Carmen Dato, 707; Pleito por un retrato de Goya, Banquete al Marqués de la Vega de Armijo y Gloria Laguna y sus regalos de boda, 708; La boda de Gloria Laguna y Gran nevada, 709; Reparto de rancho á los pobres en los cuarteles, 710.

Mahón.—Viaje regio, 678.

Marruecos.—Artillería y tropas regulares del Emperador, 662; Secuestro de monsieur Perdicaris en Tánger, 684; Escuela francesa y Colegio de la Misión española en Tánger, 687.

Medina del Campo.—Una capea, 698.

Mequinenza.—Casas amenazadas por un peñón, 672.

Mónaco.—El Gran Prix de Monte-Carlo, 666; Exposición de lanchas automóviles, 677.

Murcia.—Llegada del tren botijo, 675.

Noruega.—Incendio del puerto de Aalesund, 666.

Noya.—Naufragio del vapor «Horatio», 682.

Puente Genil.—La Semana Santa, 673.

Puerto de Santa María.—Fiestas de la feria, 700.

Pontevedra.—Certamen musical, 695.

Rusia.—Capilla del Palacio imperial, 695.

Salamanca.—Viaje regio, 701.

San Sebastián.—Exposición de muñecas y Lucha del toro y el tigre, 694; El monte Ulía, 695; Batalla de flores infantil, 696; Jira á Loyola, 697; Exposición etnográfica y Concursos hípico y de lawn-tennis, 699; Déroulede y Coppee en Villa Alta, 711.

Santiago.—Sermón del Encuentro, 673.

Santo Domingo de la Calzada.—Colocación de la primera piedra del edificio para Escuelas, 698.

Servia.—Coronación de Pedro I, 700 y 701; El rey Pedro I en su comedor, 708.

Sevilla.—Viaje regio, 681; El mail-coach del marqués de Pickman, 703; Francisco Rodríguez Marín en su despacho, 709; Coronas regaladas á la Virgen de los Reyes, 710; Discurso de Menéndez Pelayo en el Museo provincial, 711.

Stockolmo.—El barón Eric von Rosen alimentando á una osezna con biberon, 675.

Tarragona.—Viaje regio, 677.

Tarrasa.—Exposición regional, 689.

Teruel.—Vistas de la ciudad, 663.

Toledo.—Visita de S. M. el Rey, 671; Cartel de la feria, 690.

Tolosa.—Inauguración del Archivo provincial, 698.

Torrenueva.—Almuerzo ofrecido por don Antonio de Orleans á sus compañeros de cacería, 704.

Tuy.—Peregrinación al Monte Aloya, 689.

Utrera.—Plaza de la Constitución, 698.

Valencia.—Recolección de la naranja, 661; Revista de los Veteranos de la Libertad, 664; Romería á Moncada, 678; Procesión de Nuestra Señora de los Desamparados, 681; Carreras de bicicletas, 682; Fiestas del Corpus, 684; La feria, 691; Blasco Ibáñez y su familia en la playa de Malvarrosa, 698; «La Señera», 705.

Valladolid.—El Museo, 698; Ascensión del globo del capitán Ranea, 699; Exposición de Bellas Artes, 701.

Vigo.—Entrevista de los reyes de Alemania y España, 673; Recibimiento á los bomberos de Oporto, 686; Pesca de un cetáceo, 690; La escuadra rusa, 705.

Vitoria.—Maniobras militares, 701.

Zamora.—La Semana Santa, 673.

Zaragoza.—Guerrita y su familia (grupo hecho en la plaza de Toros), 699; Maniobras militares, 701; Monumento á Agustina de Aragón, 704.

RETRATOS

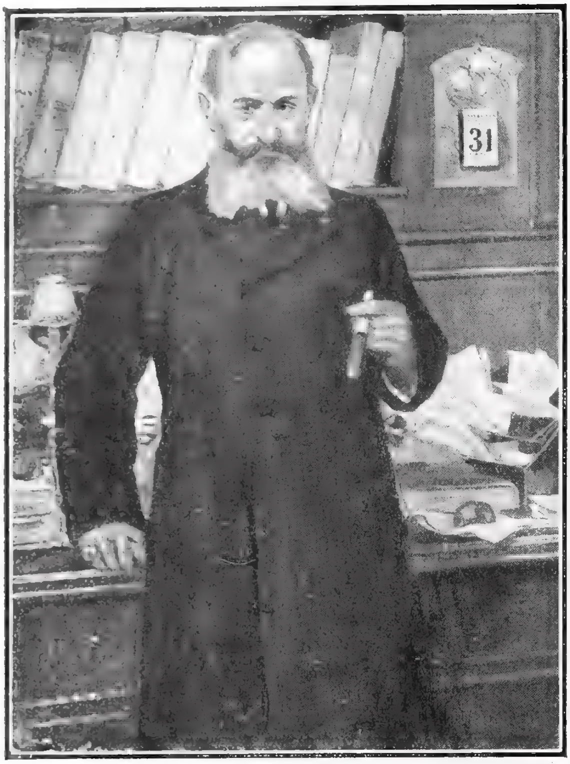
Aguilar de Campóo (Marqués), 712.
Aleixandre (C.), 664.
Amaré (E.), 685.
Arévalo del Rey (Duque), 664.
Arija (J.), 685.
Asturias (Princesa), 703.
Ayerbe (Marquesa), 702.
Azcárraga (General), 712.
Barbieri (M.), 689.
Barrón (E.), 685.
Bartholdi, 702.
Benedito (M.), 685.
Borbón (Príncipe Juan), 663.
Borrás (E.), 682 y 702.
Cárdenas (J.), 712.
Carlos (A. de), 680.
Carrasco y Benavente (El niño), 682.
Casas (R.), 685.
Castellano (T.), 712.
China (Emperatriz), 683.
Cobos (F.), 708.
Cocherito de Bilbao, 699.
Comtesse (R. de), 663.
Dupuy de Lome, 688.
Escobar (I.), 680.
Fernández Piérola (obispo), 667.
Fernández de los Ríos, 680.
Fernanflor, 680.
Ferreras (J.), 665.
Foffano (Sra.), 689.
French (E.), 710.
Fushimi (Príncipe), 686.
Gamero Cívico (Señorita), 683.
Gasset (E.), 680.
González Serrano (V.), 664.
Isabel II, 665, 676 y 677.
Italia (Reina Elena), 699.
Ito Hirobumi (Marqués), 682.
Kamikura, 689.
Karnakoff, 706.
Kleeberg (Mad.), 711.
Krüger, 690.
Kubelik, 709.
Kuroki, 681.
Lacierva (J.), 712.
Lafuente (M.), 680.
Leblanc (G.), 671.
López Sallaberry (J.), 683.
Maeterlink (M.), 671.
Makharoff, 678.
María del Pilar (Infanta), 664.
Martínez Cubells (E.), 685.
Martínez Vigil, 695.
Matilde (Princesa), 663.
Mecklemburgo (C.), 703.
Mesonero Romanos, 680.
Meyer (Mad.), 703.
Michel (L.), 676.
Morera y Galicia (M.), 704.
Mounet Sully, 709.
Mucha (A.), 710.
Naquet (A.), 708.
O'Donnell, 688.
O'Donnell (Sra.), 688.
Patrocinio (Sor), 677.
Petsold (G.), 700.
Pompadour (Mad.), 708.
Rancés (G.), 704.
Requena Pérez (D.), 696.
Rogestvensky, 706.
Santana (Marqués), 680.
Saüer (E.), 670.
Serrano (General), 708.
Shardwick, 686.
Stackelberg, 689.
Suárez de Figueroa, (A), 662.
Surano (D.), 689.
Théry, 687.
Togo, 689.
Torre (Duquesa de la), 669.
Tourtoulón (Barón), 704.
Trilles (M. A.), 685.
Ugarte (J.), 712.
Urrabieta Vierge, 682;
Vadillo (Marqués), 712.
Valenzuela (M.), 704.
Vanderbilt (A.), 710
Velilla (J.), 696.
Verestchaguine, 678.
Vidal (C.), 682.
Villar (General), 712.
Yukushima, 683.
Zanardelli (J.), 662.

FIN DEL TOMO DÉCIMOCUARTO

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 2 Enero 1904. N.º 661



Año nuevo vida... vieja

EL HOMBRE PÚBLICO

¡Año nuevo, vida nueva! Todos tienen razón contra nosotros; Europa, en mirarnos con desconfianza; la opinión, en mirarnos con recelo y aun con repugnancia; las clases neutras, en apartarse de los políticos; el contribuyente, en quejarse de nuestras exacciones; los patriotas de buena fe, en dolerse de nuestras intrigüelas bastardas, pasioncillas viles y concupiscencias asquerosas. Hacemos la política para nosotros y no para el país, y lo llevamos de tumbo en tumbo á su total ruina y perdición. Es preciso enmendarse, urge el pensar hondo, el hablar claro, el proceder serio, el cumplir pronto en vez del pensar egoísta, el perorar inútil, el proceder torcido y el prometer falaz.

Hay que resignarse á la vida del hidalgo arruinado, hacer el presupuesto del pobre: suprimir lo supérfluo, reducir lo necesario, aumentar lo reproductivo; fundir bayonetas para forjar arados, promover las industrias, estimular el comercio, cobrar menos para alivio del contribuyente, y gastar menos para nivelación de lo contribuído.

Urge persuadirse de que el hombre es á manera de globo cautivo que está por un extremo sujeto á la tierra y por otro extremo vive en el espacio: que es á la par materia y pensamiento, y por tal se debe tanta atención á los intereses materiales como á los intereses intelectuales. Hay que matar la leyenda, extender la enseñanza, ilustrar al pueblo alto y bajo, abrir muchas escuelas y cerrar muchos conventos.

Urge convencerse de que los ciudadanos vienen á la sociedad para ayudarse y no para combatirse, y hay que suavizar diferencias, calmar enojos y abolir explotaciones. Hay que resolver el problema social, creer en los derechos de la masa, mejorar la vida del obrero y dignificar el trabajo, para que vea en él una redención y no un oprobio esta raza holgazana, tanto por su propia naturaleza como por la costumbre de mirar el trabajo como empleo indigno de su hidalguía.

En fin, acabar la mala tradición al acabar el año. ¡Vida nueva, vida moderna, vida activa!

EL ARTISTA

¡Año nuevo, vida nueva! Tienen razón mis buenos amigos; soy un gran perezoso: estoy desperdiciando los mejores días de la existencia; los de salud corporal y vigor intelectual; dejo todo para mañana, y ese mañana nunca amanece. Verdad es que la inspiración no sale periódicamente y á hora fija como el sol, y aun el sol aparece con frecuencia entre nieblas y nubes que lo velan. La inspiración desciende como la lluvia, cuando quiere, cuando la humedad evaporada de la tierra se condensa arriba. Y hay que humedecer el alma en el baño lento de la realidad y esperar la hora de la condensación plena para derramarla por la pluma, ó por el pincel, en obras que sólo así llevan jugo de vida y frescura de arte. Lo demás es seco, amañado, artificial, vacío.



Pero también es verdad que pocas veces me pongo en ocasión de aprovechar las horas propicias ni de recibir con intensidad la inspiración fecundante, porque apenas siento su lluvia placentera, me doy por satisfecho, me invade la pereza y dejo cortados ó suspensos los hilos misteriosos, que se reanudan después difícilmente ó no se reanudan nunca.

Y luego quiero ganar el tiempo perdido, recobrarlo con apresuramientos ciegos, á saltos bruscos, que me precipitan á extravíos que echo de ver claramente cuando los ven y señalan mis enemigos. ¿Mis enemigos? Así los llamo, ¿por qué? ¿Porque me censuran? Otras veces me alaban. ¿Los llamaré entonces amigos que me elogian por ofuscación del cariño? Ni amigos ni enemigos. Son hombres sinceros

THE GETTY CENTER
LIBRARY

que ejercen su derecho de crítica desde el público ó la prensa. Pueden engañarse por error, pero no engañan por mal querer, ni antojos, ni pasión insana. Quieren la justicia serena, porque sólo con ella se logra y mantiene la autoridad. Hay que enmendarse. Al acabar el año acaban los vicios viejos. Hay que sacudir la pereza, obstáculo de la perfección, y desechar la soberbia, señuelo de ofuscaciones, sombras negras del artista, que siendo sus camaradas inseparables, son los verdaderos enemigos de su fama.

¡Vida nueva, vida de trabajo, vida de estudio!



EL RICO DESOCUPADO

¡Año nuevo, vida nueva! Esta no puede seguir así. Me levanto á las doce, cuando la legión trabajadora se pone á comer, después de haberse ganado medio jornal. Almuerzo á las dos, desganado y sin el placer de la mesa. Paseo por el Retiro, paseo por la Castellana, paseo por los salones. Me visto otra vez, la tercera en el día. Como á las nueve. Llego tarde al teatro, llego tarde á la *soirée* de H., y llego muy tarde á casa. No hago nada y me falta tiempo para todo. No trabajo, no pienso sino en mí mismo, y mi vida va pasándose sin sentirla, como en un baño tibio, sin variar de sensaciones, sin frío ni calor. Cierto que no necesito trabajar para lo presente, ni tengo qué temer para lo porvenir. Soy lo bastante rico para vivir bien y no morir pobre. ¿Pero quién está asegurado de mudanzas y caprichos de la fortuna? Y aun estándolo, ¿por qué no he de ser útil á mis semejantes? ¿Por qué vivir y morir sin dejar rastro ni memoria de mi existencia, como vive y muere la flor de adorno, produciendo á lo más otra flor con los mismos colores y el mismo aroma en el mismo pedazo de tierra?

¡Vida nueva! Trabajo, seriedad y utilidad.

EL OBRERO

¡Año nuevo, vida nueva! La rutina nos enerva en esta España, donde las generaciones jóvenes parece que no han nacido todavía, sino que siguen viviendo la vida de sus antepasados por transmigración del alma y transfusión de la sangre,

Hacemos lo que ellos hicieron, sin ver que en otras partes se hacen otras cosas.

Si trabajo en el campo, labro la tierra, siembro los cereales, cultivo la vid, elaboro el vino y el aceite y crío el ganado, como labraron, sembraron, cultivaron y criaron mis padres y antes mis abuelos. Cobro poco más jornal que ellos, y vivo en la misma miseria que ellos.



Con la última peseta acaba el último día de la semana, y empiezo la siguiente, y vuelta á concluirlas y á comenzarlas, sin esperanza de llegar á un descanso seguro en las tristes semanas de la vejez.

Si trabajo en los talleres, sufro la codicia de los patronos y la soberbia ó la indiferencia del poder público con la resignación de los antiguos siervos, sin considerar que el que fué rebaño trabajador destinado á criar y producir para los demás, va redimiéndose y transformándose en cuerpo vivo é inteligente, dueño de sus manos y sus actos por virtudes de la instrucción, de la asociación y la perseverancia.

Y trabaje en el taller ó en el campo, no preveo que el trabajo faltará en faltando la fuerza; y entonces, ó la limosna ó el delito.

Hay que exprimir la juventud en provecho de la vejez.

Hay que trabajar ahora como dos y gastar como uno, para vivir luego siquiera como medio con el ahorro sustraído á la imprevisión y quizá al vicio.

¡Vida nueva! Trabajo, instrucción, ahorro, que en ellos están nuestro progreso y nuestra fuerza.



LA MUJER DE MUNDO

¡Año nuevo, vida nueva! Es abrumadora ésta que llevo y que me lleva á vejez prematura. No hay cosa tan cansada como el ocio absoluto, ni tan aburrida como la diversión continua. Almuerzo entre amigos, paseo en el escaparate del coche; los lunes, á casa de la *A;* después, comida en casa de la *B;* moda en el teatro *E.* Martes, tarde, á casa de la *C;* comida con la *D;* moda en el teatro *F.* Miércoles, al salón de la *I;* comida con la *H;* moda en *G.* Y así sucesivamente. No descanso, no sosiego, ni hablo con mi familia, ni veo á mis hijos. Esto es insalubre, insubstancial y, lo que es peor, fastidioso y monótono. Siempre las mismas personas en los mismos lugares. Hay que variar; hay que economizar el dinero, el tiempo y hasta la cara; está demasiado exhibida.

¡Vida nueva!

EL PUEBLO ESPAÑOL

¡Año nuevo, vida nueva! Tienen razón que les sobra esos criticones de casa y de fuera de casa que me miran con lástima ó con desdén, que me acusan de atrasado, inculto, holgazán, paciente y sufrido con propios y extraños.

Hay que llegar pronto, muy pronto, á eso que llaman regenerarse y modernizarse. Hay que trabajar con las manos y con la cabeza; hay que andar con los pies y con los ojos, que están cerca del cerebro, porque quien anda á ciegas ó da rodeos volviéndose por el camino andado, ó tropieza y cae donde se pierde el tiempo, ó se rompen las costillas.

Hay que instruirse, formalizarse, adecentarse. Desde ahora, ni un vaso de vino en la taberna, ni una corrida de toros cada semana, ni un chulo más en el teatro, ni un mal concejal en mi ayuntamiento, ni un mal diputado en mi distrito, ni un mal gobierno en mi país. ¿No soy el amo? ¿No soy el que paga? Pues no quiero ser esclavo de mis servidores. Quiero saber vivir, saber hablar, leer, discurrir por mi cuenta, votar por mi voluntad, obedecer por mi gusto y por mi bien. Voy á ser hombre, á ser pueblo y no recua.

¡Vida nueva!

* * *

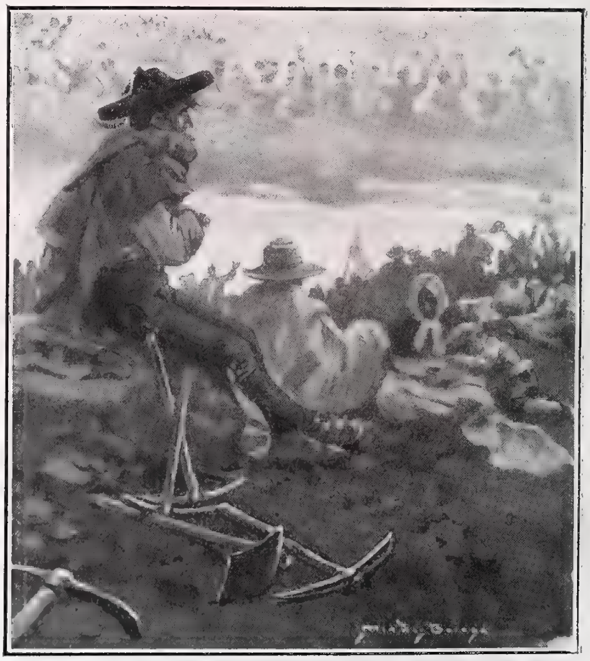
Tal es el *Avemaría* con que se anuncia siempre el nacimiento del año. Así hablamos en la última hora del último día de Diciembre. Parece la hora de lucidez de los corazones nublados, el intervalo de razón de las inteligencias alocadas, el examen de conciencias intranquilas, la confesión, el arrepentimiento y el propósito de enmienda de las vidas culpadas.

Mujeres y hombres, viejos y mozos, gobernantes y gobernados, ricos y pobres, poderosos y humildes, hablan así al beber su copa de champagne ó comer su racimo de uvas en la línea divisoria de los dos años vecinos.

La línea es tan invisible, la distancia es tan corta, que se traspasa el umbral de un año á otro con la misma copa en la mano, con la misma uva en la boca, con el mismo traje en el cuerpo, con la misma idea en el cerebro, ¿Qué mucho que no se conozca la diferencia? ¿Qué mucho que al vernos al día siguiente en los mismos paisajes y horizontes juzguemos que aún no ha llegado lo nuevo y sigamos haciendo la vida vieja?

No influye en la costumbre la fecha que entra: influyen las fechas que pasaron, así como no se convierte de golpe en clara la corriente de un río que viene turbio un minuto antes; su corriente lleva las mismas gotas.

Y todo continúa y continuará igual, y tal vez peor, por más viejo. Y todos continuaremos acostándonos con la misma oración la noche del 31 de Diciembre, y despertándonos el 1.º de Enero con la misma pereza corporal, moral é intelectual en esta España, perpetua pecadora y perpetua arrepentida.



EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



STRUGGLE FOR LIFE

LA LUCHA CON EL GABÁN,

FOR

EMILIO SALA



LA CALUMNIA

CUENTO VIEJO

El «Moro» era un lebrel de pura raza,
con tipo de mastín, cara de lobo,
de mirada terrible
y un geniazo de todos los demonios.
A pesar de su aspecto,
era bueno en el fondo:
nunca con los colmillos
hizo el menor destrozo,
y á la vez que los perros le temían
y esquivaban encuentros con el «Moro»,
los hombres le probaban su cariño
con halagos, mendrugos y despojos.
Pero había un gitano, cañí puro,
á quien el perro profesaba un odio
tremendo, inexplicable,
y al cual, un día y otro,
siempre que lo veía
le ladraba furioso.
El gitano, harto ya de que el «Morito»
le diera tales pruebas de su encono
con temor, pero lleno de coraje,
le dijo de este modo:
—«¡Camará!... Como ziga eza faena
me vi á gorvé loco,
y te vas á morí d'una calurnia
que te vi á inventá, ¡so escandaloso!»
No entendiendo palabra del discurso
el perro—como es lógico—
siguió ladrando con mayor estrépito,
sin tregua ni reposo.
Entonces el gitano
armó el gran alboroto
y exclamó, dando gritos:
—«¡¡Que me muerde, zocorro!!
¡¡A ve quien le da un gorpe!!
¡¡No s'acerquen ostés, que está rabioso!!»
¡Para qué dijo tal!... Al cuarto de hora
le habían atizado entre unos y otros
tal cantidad de palos y pedradas,
que murió destrozado el pobre «Moro».
.......................................
La calumnia hace estragos en el mundo.
¡Dios nos libre de un falso testimonio!

E. LÓPEZ-MARÍN



CRÓNICA GRÁFICA



RECOLECCIÓN DE NARANJAS EN VALENCIA

VALENCIA, que es el verdadero jardín de las Hespérides, recoge, empaqueta y expide á todas partes en estos momentos su anual cosecha de manzanas de oro: esa bendición del cielo y del suelo llamada las naranjas.

Entre las muchas fotografías que de todas las operaciones de la cosecha recibimos, hemos elegido



EL EMPAQUETADO DE LAS NARANJAS — Fotografías Barberá Masip

como muy curiosas las que representan la selección ó escogido y clasificación de naranjas. ¿Cuántas habrá en el montón ese? Es un problema que no nos atrevemos á someter á nuestros lectores, aunque están habituados á concursos harto difíciles.



INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á CHÁVARRI EN BILBAO
Fot. Novillo

En la plaza de la villa de Portugalete se descubrió solemnemente el 23 del mes pasado un hermoso monumento erigido por suscripción á la memoria del ilustre y poderoso industrial bilbaíno D. Víctor de Chávarri.

Asistieron al acto la Diputación de Vizcaya, el Ayuntamiento de aquella villa en corporación y todo el pueblo de Bilbao.

El monumento, modelado por el insigne escultor Miguel Blay, es un busto colosal de perfecto parecido, y descansa sobre un bloque de mármol de Carrara. Al frente, como dando guardia al busto, un admirable grupo en bronce representa un obrero fundidor y un barrenero de arrogante traza y característico empaque. Detrás adorna el mármol una delicada figura femenina, que parece surgir de las ondas.

Pocas estatuas hemos visto de más robusta y simpática expresión ni de mayor originalidad.

Otro solemne acto realizado el sábado último en las cercanías de Cervera de Río Alhama, ha sido la recepción provisional de las obras y bendición de las aguas del pantano de Añamanza, que ha de regar extensa comarca de la Rioja.

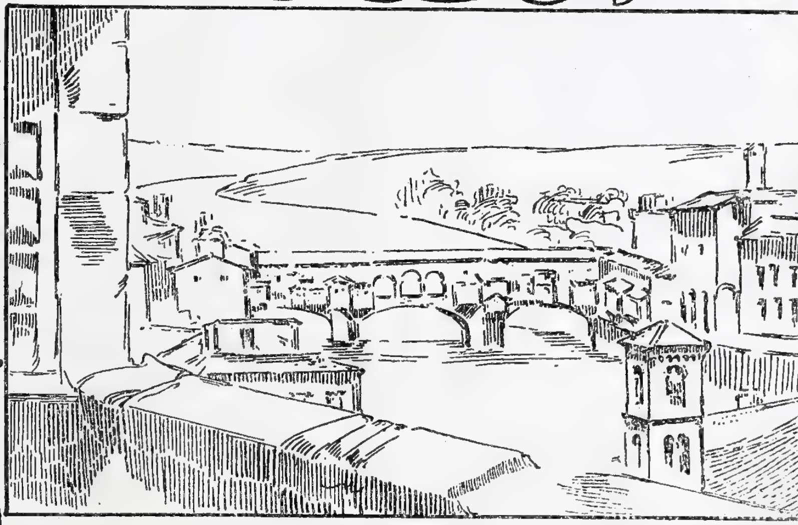
Examinadas detenidamente las obras y terminada la bendición por el párroco de Santa Ana, D. Hilario Loza, se procedió á dar suelta á las aguas embalsadas, con el más satisfactorio resultado.

El pretil ó muro antiguo fué ejecutado en 1843, sin que hasta ahora se hubiesen acabado las obras,



VISTA DEL NUEVO PANTANO DE AÑAMANZA, RECIENTEMENTE INAUGURADO Fot Chacón

por cuya feliz terminación han sido muy elogiados los ilustres patricios riojanos á quienes se debe la realización del proyecto.



EL MILAGRO DE LA VIRGEN

POR el ancho ventanal de par en par abierto, se divisaba el cielo incendiado con púrpuras del sol poniente, cuyos rojizos rayos quebrábanse con reflejo metálico en los desnudos muros del desmantelado torreón que servía de estudio al joven pintor florentino.

Allá arriba el cielo azul con grandes nubarrones opalinos y rojos que corrían de Norte á Sur hasta quedar fundidos en el horizonte de fuego. Abajo, la divina Florencia con su inmensa cantera de mármoles polícromos convertidos en palacios, iglesias y columnatas, surcada por los grandes manchones verdes de sus jardines llenos de rumorosas fuentes y de mansas y obscuras acequias.

Hasta allí, hasta aquella estancia del torreón en ruinas, abandonado y triste, no llegaba el rumor de la alegre ciudad; tan sólo, á veces, en las horas de mayor reposo, sonaban confusos y lejanos los ecos de las campanas de las iglesias y monasterios de la gloriosa república.

Allí vivía y allí trabajaba Flavio, huérfano y solo, abandonado como un paria, trabajando como un condenado á la ergástula. Envejecido antes de llegar á la pubertad, atenazado por la pobreza, con la fe de los iluminados en las pupilas y el frío de la orfandad en el corazón.

Allí estaba desde que murió su madre, patricia de Pisa, súbitamente reducida á la miseria después de las capitulaciones de Verona. Acudió al Gran Duque y á la Señoría en demanda de justicia, y nadie le hizo caso, y por fin, agotados todos sus recursos, perdidas sus esperanzas, refugióse en aquel torreón abandonado, vestigio de otra gran fortuna agotada, resto de una opulencia arruinada acaso en los placeres de Florencia la magnífica.

Aquella fué su morada y su taller; su hogar y su estudio.

Pintada en un gran tablero á trazos vigorosos, destacaba sobre fondo áureo la figura lilial y purísima de una mujer, coronada con corona bizantina de oro y esmeraldas, zafiros y turquesas. Blancas tocas encuadraban el óvalo perfecto de su rostro, animado por maternal sonrisa de dulzura inefable. Cubría sus hombros un manto de recio tejido de seda, bordado con esmaltes venecianos, y sus brazos ceñían amorosos el cuerpecito de un Niño que dormía blandamente arrullado sobre el regazo de la Virgen.

Alrededor, ni un mueble, ni un escabel. Nada. Las paredes desnudas, y arriba la carcomida bóveda de románica traza.

Enfrente del cuadro de la Virgen, derribado como un luchador á quien le faltan fuerzas para mantener la brega, más bien que tendido sobre un montón de paja infecta, yacía el pobre adolescente contemplando su obra, mientras las lágrimas corrían lentamente por su cara.

Con aquel día que acababa entre púrpuras de un sol poniente, expiraba el último plazo que Samuel el judío, inexorable en sus tratos de viejo mercader, le había otorgado para cumplir el pacto infame ó deshacerle con crueldad inaudita.

En aquel día era preciso devolver al judío los seis florines de oro, más otros tres de usura, que le había prestado un mes antes para comprar en Pisa, en el viejo cementerio, seis pies de tierra bendita de Jerusalén para enterrar á su madre...

Y el plazo era fatal y él no podía pagar. Lo había vendido todo; sus apuntes, sus bocetos, los trozos de estatua recogidos por su propia mano en la campiña romana, sus pobres muebles, su cama, la cama en que expiró su madre; sus armas; su espada, la recia espada milanesa que heredó de su padre. Todo. Hacía tres días que sólo comía un pedazo de pan de maíz rociado con agua del Arno.

Aquella mañana Flavio había intentado un último esfuerzo, había querido, ¡quimera insensata!, ablandar el duro corazón de Samuel con ruegos y promesas.

Al rayar el alba, casi á tientas, atravesó la dormida ciudad, y aguijoneado por su dolor, que le impulsaba con fuerza irresistible, llegó en la carrera loca hasta tortuosa calleja en que, allí en la judería, Samuel tenía su cubil.

Aún no había abierto la tienda, y Flavio tuvo que aguardar allí, roído por impaciencia febril. Por fin, tras largo y premioso descorrer de cerrojos y rechinar de trancas que aseguraban la puerta, pudo entrar en la obscura mansión. Pero todo fué en vano. Samuel insistía en pedir su dinero ó en recobrar la posesión de aquella sepultura.

—Vende tu cuadro—dijo;—es bello, y en cualquier convento te lo comprarán.





—¡Pero si no está acabado aún!—gimió Flavio.

—Acábalo hoy. Al anochecer iré por mi dinero,—repuso el judío; y sin mirarle más le volvió la espalda para inclinarse con saludos humildes ante un comprador que entraba en la tienda atraído por la fama de sus mercancías.

Flavio volvió al torreón, enloquecido de pena, con la desesperación en el alma acongojada, pero decidido á terminar aquel mismo día su cuadro por un titánico esfuerzo de su voluntad.

Y estuvo pintando todo el día con ardor místico, con fe intensa, rezando á la Santa Virgen, mientras la hacía surgir con sus pinceles de la tabla inerte y lisa. Al principio pintaba á grandes trazos con la seguridad de mano del que posee todo el dominio técnico del arte; luego nubes finísimas, como jirones de niebla sutil, pasaban ante sus ojos, velándole la visión perfecta y clara de su obra. Entonces guiñaba los ojos, retrocedía, contemplaba el cuadro de más lejos, y la niebla desaparecía, y las líneas y los colores recobraban su nitidez.

Pero fueron pasando las horas, rapidísimas, con velocidad cruel para el pobre artista, que abrasado por la fiebre ya no veía. Además, la escasa luz del crepúsculo mentía los colores. ¡No podía pintar más!

Entonces fué cuando rotos sus músculos, truncada su voluntad, se dejó caer sobre la paja que le servía de lecho, llorando á su madre muerta, cuyo cadáver era prenda pretoria en las manos del miserable judío.

¡Pobre madre, cuyo último deseo había sido descansar entre tierra bendita de Jerusalén, en el viejo cementerio de su amada patria!

Y las sombras de la tarde que iba cayendo la envolvían lentamente, y sobre la corona bizantina de la Virgen, los reflejos del sol poniente arrancaban destellos de oro.

Se abrió la puerta, y sobre el dintel apareció la encorvada figura del judío, siniestra y lívida, angulosa y torpe.

Entró; venía á reclamar sus nueve florines de oro ó á romper el pacto.

El angustiado artista pidió, suplicando, nuevo tér-

mino para acabar su cuadro. Se irguió luego amenazador, violento, buscando un arma alrededor suyo para matar ó para morir, y al sentirse impotente ante la fría indiferencia del judío, retorció sus brazos, aplicándose á sí propio brutal tortura.

Todo fué inútil; el judío, con mueca siniestra, mostraba con sus manos rugosas y marfileñas el pergamino en que la Señoría le entregaba en fe de propiedad el terreno de la sepultura de la pobre muerta, y reducía la situación á términos sencillos con su bárbara lógica de mercader: ó cobraba su dinero en trueque del pergamino, ó vendía el privilegio de enterramiento á otro cliente, y el cadáver de la pobre madre del triste pintor iría al osario común.

¡Bestial suplicio, más duro y sangriento que el potro y las cuñas y las candentes tenazas y la rueda y el plomo hirviente...! ¡Bravo desquite del hebreo contra todos los cristianos, sus perseguidores!

¿Pagar? ¿Y cómo? ¡Imposible!

Quedó la estancia en silencio absoluto. El judío Samuel se encogió de hombros, y ya se volvía para salir cuando resonó un crujir de tablas que se rompen... El fondo áureo del cuadro se ensanchaba con hervores luminosos; la Santa Virgen adquiría relieve, forma, movimiento... y poco á poco, desciñéndose con lento movimiento la bizantina corona de oro y esmeraldas, zafiros y turquesas, se la entregó al judío, que atónito y desencajado alargó la mano, recogió la alhaja, dejó caer el pergamino y, retrocediendo, salió tambaleándose como un ebrio.

Y mientras el pobre pintor caía en tierra de rodillas, con las manos juntas en muda adoración, despertó el Niño, extendió sus manecitas, y sonriendo murmuró con entonaciones de modulación indefinible:

—¡Ven á mí, hijo mío!

Y un resplandor intenso iluminó su frente, y suaves armonías llenaron el espacio.

LEMA: GALLIA

DIBUJOS DE VARELA (NÚMERO 1 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



ACTUALIDAD EXTRANJERA



LECTURA DE LA COMEDIA «LE DÉDALE», DE PAUL HERVIEU

Claretie. — Su secretario. — Mme. Bartet. — Paul Hervieu, — P. Mounet, — Mme. Pierson, — Le Bargy.

Con gran éxito se ha estrenado en el teatro de la Comedia Francesa, en París, el drama *Le dedale*, original del aplaudido dramaturgo y novelista Paul Hervieu. A la actividad de nuestro corresponsal Gribayedoff debemos el retrato del autor, del director del teatro, Mr. Jules Claretie, y de los



BOTADURA DE UN BARCO EN CUATRO PEDAZOS, VERIFICADA EN FILADELFIA

Fotografías Gribayedoff

principales intérpretes de *Le dédale*, drama trágico de corte echegarayesco, en el que se distinguen notablemente la genial actriz Mme. Bartet y los actores Paul Mounet y Le Bargy.



EL BARCO ENTERO

Los adelantos en el arte de construir buques son cada vez mayores, pero nada tan original é inusitado en esta materia como el hecho que acaba de verificarse en la rica y hermosa ciudad de Filadelfia, donde, según puede verse por nuestras fotografías, se botó al agua el 10 del mes pasado un precioso buque partido ó, hablando con toda propiedad, tajado como un salchichón en cuatro lonjas ó pedazos, que después, ya en el agua, se unieron por medio de tornillos, marchando el buque sin novedad por las aguas del Delaware. Si este sistema constructivo se impone, son incalculables las ventajas y economías que traerá para la conservación, reparación y limpieza de buques; aparte la ganga de que quien no tenga para comprar un barco entero, podrá poseer medio ó un cuarto, realizándose así en el comercio marítimo el ideal de aquel alcalde que para no perjudicar los intereses del carnicero dispuso que éste matase tan sólo media ternera cada día.



COREANOS LEYENDO UNA PROCLAMA DEL REY

La cuestión de Corea va presentando cada día un cariz más desagradable. Según todas las apariencias, van á desarrollarse allí sangrientos sucesos, pues los japoneses se sienten *farrucos*, como dicen nuestros amigos del Riff, y los rusos no cesan de hacer prepativos belicosos. Los coreanos, que siendo absolutamente extraños al conflicto de intereses políticos que la guerra futura representa, serán probablemente las primeras víctimas de ella, están agitadísimos, y la antes pacífica ciudad de Seul es hoy día uno de los lugares más turbulentos del globo, pues ya piensan todos ellos para sus coletas que en estas trifulcas siempre pagan justos por pecadores.



LA PUERTA DEL NOROESTE EN SEUL, CAPITAL DE COREA

Fotografías Gribayedoff

* * *



COPLAS Y REFRANES DE ENERO

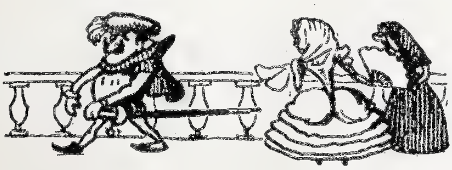
ABUNDANTE en refranes y coplas, según atestigua el maestro Rodríguez Marín en su precioso libro *Los refranes del Almanaque*, es el mes de Enero, mes que huele á esperanza y que ha dado no poco que hacer á poetas y enamorados.

De ese librito, que es breviario de la poesía y del saber popular, tontamente llamados *folk-lore*, sacamos unos cuantos refranes y versos curiosos.

En Enero—dice el villano—*cásate, compañero... y da vuelta al gallinero.* Sabia y prudente reflexión de un filósofo positivista que probablemente viviría en algún cortijo de la Sierra Morena ó de la Nevada y echaba de menos el calor de la compañera al comenzar el año. Para ese simpático pensador la mujer es un abrigo y su bienhechora calidez debe ser principio de orden en la casa. Hay que *dar vuelta al gallinero*, porque ya advierte otro refrán, no menos profundo, que *del pollo de Enero cada pluma vale un dinero.*



Otro villano, que ya no piensa en amores porque está viejo y desengañado y sabe tanto como sabía Quevedo de mujeres y gallinas, exclama, reduciendo á la más mínima expresión sus aspiraciones: —*En Enero, un rato al sol y otro al humero.* No se puede pedir menos, y bien se ve que en la tierra de Séneca es inútil querer cultivar el jardín de Epicuro. Toda la *alegría del vivir* preconizada en los tiempos modernos por el honorable Sir John Lubbock, todo el *contemptus mundi* celebrado en los tiempos medios por los más rollizos frailes jerónimos, los reduce el viejo villano español al placer de tomar el sol un rato y, cuando el sol se va, sentarse en el poyo al amor de la lumbre y dejarse ahumar la piel bajo los ya ahumados y colgantes trofeos de negras morcillas y de rojos embuchados.

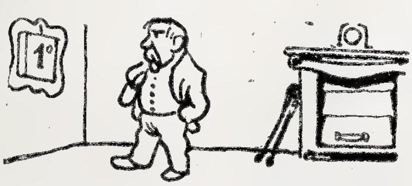


Otro refrán nos muestra en cinco palabras sólo, todo el espíritu satírico que hierve en nuestra novela picaresca. No es posible decir nada más expresivo que esto:—*Don Juan, ¿en Enero tafetán?* Parece que se está viendo al infanzón tronado que pasea su bigote de ganchos sobre la valona de encajes y ésta sobre su justillo de seda, porque, magüer su orgullo, no ha tenido para hacerse ropa de abrigo. Ese *Don Juan* que tirita con dignidad tan soberana, es el eterno hidalgo español y aun quizás el representante de todas las vejeces patrias, no por venerandas menos ridículas.

No hay que decir la cantidad de refranes meteorológicos y agrícolas que al mes de Enero se refieren: son demasiados para citarlos en montón. No obstante, hay dos tan bellos, que no son para olvidarlos. *En Enero flores, en Mayo dolores*, que denota lo poco que debe fiarse en la precocidad de la Naturaleza como en la de los hombres, pues adelantarse las flores tanto que salgan en el primer mes del año, siempre será señal de poco fruto. Otro lindo refrán agrícola dice:—*El barbecho de Enero hace á su amo caballero; y si es de antes, hasta con guantes:* donde se ve que la previsión y la oportunidad son las principales fuentes de la riqueza, lo mismo en agricultura que en otros asuntos ó *esferas de la aplicación humana*, como dicen los señores del Senado.



Confirmada por otro estilo, aparece esta verdad metafísica, no ya sólo con aplicación á la agricultura, sino también con respecto á cosas más graves, en esta seguidilla popular.



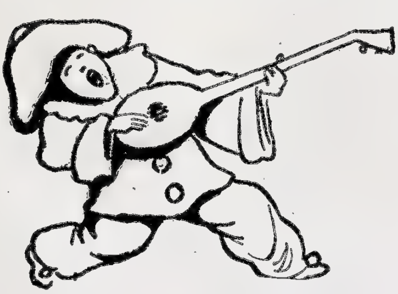
Si Diciembre y Enero
pasan sin frío,
cuando viene Febrero
se hiela el río.
Siempre así pasa:
viene tóo con más furia
si se retrasa.



La luna de Enero ha inspirado á los cantores populares españoles muchos años y aun siglos antes que pensaran en nacer los poetas modernistas y que se cantase el célebre ritornelo

Au clair de la lune,
mon ami Pierrot...

Vayan, para probarlo y para concluir, tres coplas popularísimas que, por la delicadeza del sentimiento y la gracia un poco frágil de la expresión, hubieran arrebatado de entusiasmo á Verlaine:



Tengo yo comparado,
niña, tu rostro,
con la luna de Enero
y el sol de Agosto.

Con la luna de Enero
te he comparado,
que es la luna más clara
de todo el año.

No hay lunita más clara
que la de Enero...
ni amores más queridos
que los primeros.

* * *



BOUQUET DE AÑO NUEVO
POR ANGEL ANDRADE





BALADAS ESPAÑOLAS

LA HIJA DEL MENDIGO

—¡Ay, padre! ¿por qué llorar?
Yo tan contenta me estoy,
que por todas partes voy
diciendo el mismo cantar:
—¡Ay, padre! ¿por qué llorar?

No encontré un alma piadosa
que me quisiera amparar;
¡fortuna que hallé esta rosa
con que poderme adornar!
—¡Ay, padre! ¿por qué llorar?

Dos mozuelos que me vieron
me la han querido arrancar:
los dos, entre sí, riñeron
para venirme á abrazar.
—¡Ay, padre! ¿por qué llorar?

Yo les ví reñir de suerte
que se querían matar:
de los dos, triunfó el más fuerte
y me vino á consolar.
—¡Ay, padre! ¿por qué llorar?

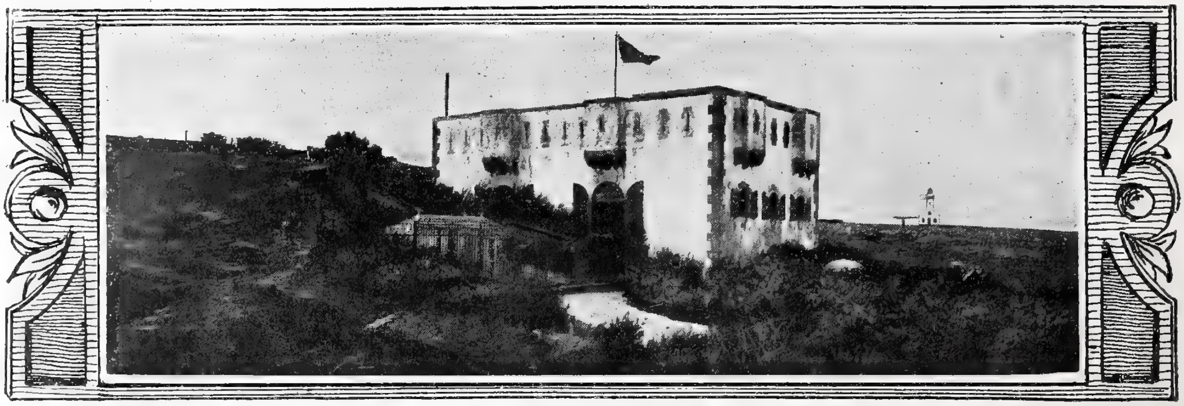
Las palabras que decía
son dulces de recordar:
«Esa rosa ha de ser mía;
¡yo te la quiero arrancar!»
—¡Ay, padre! ¿por qué llorar?

«Yo en un jardín la pondría,
orilla, orilla del mar;
yo las venas me abriría
para poderla regar!»
—¡Ay, padre! ¿por qué llorar?

Como el mozuelo era fuerte
no le pude rechazar:
yo le pedía la muerte
y él no me quiso matar.
—¡Ay, queridica yo! ¿por qué llorar?

DIBUJO DE REGIDOR

E. MARQUINA



CASTILLO DE SARA BERNHARDT EN BELLE ISLE, EN MER

SARA BERNHARDT EN SU RETIRO DE BELLE ISLE, EN MER

INTERESANTE es siempre la vida del cómico; digna de atención y de estudio por parte de psicólogos y escritores la personalidad de esos individuos en quienes han ido sucesivamente encarnando tantas otras personalidades trágicas ó cómicas, históricas ó insignificantes. En esto se parecen los actores y los políticos, en que sus espíritus han de moldearse constantemente según circunstancias ajenas á su voluntad.

La flexibilidad del político y la del actor, lejos de argüir ligereza ó inconsistencia, lo que prueban es precisamente fortaleza y energía de constitución: su vida es la *vida intensa* que un gran político y también un poco actor, el honorable Sr. Teodoro Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, preconiza en un libro famoso.

Para ser una actriz como Sara Bernhardt no basta tener un genio extraordinario. Es preciso además hallarse en posesión de un temperamento como el de ella, de una contextura física y moral á prueba de bomba, cual se dice vulgarmente.

Sara Bernhardt ha pasado ya el terrible cabo de los sesenta años, edad de prueba para todas las mujeres del mundo, y de la cual solamente una Ninon de Lenclos pudo salir victoriosa. Y sin embargo, Sara es hoy la de siempre, la misma privilegiada criatura enérgica, animosa y eternamente joven que desde hace más de cuarenta años ha sacudido los nervios de todos los públicos de Europa y América. Como si el tiempo no pasase para ella, Sara prosigue su vida de una actividad extraordinaria, material y espiritual, y hasta en su retiro de Belle Isle en Mer, cuyas fotografías ilustran esta página, apenas se da punto de reposo durante los cortos días que descansa de sus campañas teatrales. Grandes caminatas á pie, largas partidas de *lawn tennis*, y hasta ejercicios y pruebas de voz semejantes á los



SARA EN EL COMEDOR DEL CASTILLO





FRENTE Á LA TEMPESTAD

EN LOS ACANTILADOS

que, según la tradición, practicaba Demóstenes cuando trataba de dominar con sus gritos el estruendo y tumulto de las olas encrespadas, en los días de tempestad... tales son las ocupaciones favoritas de Sara en su *chateau*, situado en uno de los puntos más quebrados de la costa occidental de Francia.

La reina de la pose la llama con espíritual acierto un periódico alemán que reproduce alguna de estas fotografías, donde se nos muestra la gran actriz en traje de campo, pero siempre en actitudes verdaderamente artísticas; porque la Duse podrá aventajarla en la ternura del acento y la Réjane en la realidad desgarradora de la expresión, pero ni ellas ni otra alguna la superan en el arte sublime, verdaderamente helénico, de colocarse, en la gallardísima elegancia con que, moviéndose ó quieta, deja dibujarse todas las líneas ondulantes y estatuarias de su figura, que ha arrebatado durante tantos años á todos los amantes del arte.

* * *



UN MOMENTO DE CALMA

Fots. Chusseau-Flaviens

ROPA DE ABRIGO

ALELUYAS MALAS, POR CILLA



1.—Atrae todas las miradas
con las costuras *cargadas.*



2.—La amplitud en el gabán
mil triunfos valió á don Juan.



3.—Un *pieles* algo empeñable
da aspecto de *ministrable.*



4.—Con mi ruso y mis laureles
me siento un segundo Apeles.



5.—Sintiendo que el frío aprieta...
me embozo en la papeleta.



6.—Voy á darle un susto al frío...
de padre y muy señor mío.



7.—¡Si yo tuviera un gabán
con el cuello de astracán!...



8.—No hay gachí que no se muera
por mi capita torera.



9.—Yo de frío no me quejo.
¡Tengo un cuello de conejo!...



BLANCO Y NEGRO





Año 14. Madrid, 9 Enero 1904. N.° 662

SACRILEGIO



Apenas los primeros rayos del sol saliente habían comenzado á dorar las crestas de las montañas, empezaron á reunirse los hombres de la tribu en el estrecho portillo que daba paso á la profunda garganta en que la población troglodita se escondía. Venían algunos flacos, macilentos, mirando recelosos, con el recelo de los hombres débiles que no pueden resistir imprevisto ataque; revueltos con ellos venían otros, jóvenes, altos, recios, de andar firme y sereno, de mirada tranquila y á veces provocadora.

Todos venían preparados para la cacería proyectada, luciendo los despojos de las fieras, por sus propias manos muertas, adornándose con sus cuernos, dientes y colmillos y cubriendo sus cuerpos con las peludas pieles que les daban aspecto bravío. De la cintura pendíales el hacha y el cuchillo, ambos de piedra, y en las manos llevaban largas picas de encina, de retostada y aguda punta.

Mientras que acababan de reunirse los hombres veíase á las mujeres, famélicas y escurridizas, con los chiquillos, de apuntado cráneo, en brazos, que con ansia y glotonería se agarraban á los flácidos pechos de sus madres. Asomábanse otros á la boca de su caverna, allá en lo alto de los riscos, andando por estrechas cornisas, á las que había que trepar haciendo uso de pies y manos; en los bordes colocaban haces de pinchosas ramas, con lo cual quedaban defendidas de cualquier imprevisto ataque de los animales ó de otros hombres de extranjera tribu.

De uno á otro lado de la barranca se cruzaban dicharachos, gritos alegres, burlándose de los hombres que anduvieron tardos en requerir sus armas y acudir adonde los demás de la tribu les aguardaban. Y eran voces agudas, desprovistas de consonantes casi, pero de final cadencioso y prolongado.

Reuniéronse, por fin, los cazadores, pusiéronse en marcha y se internaron en el bosque. Uno de ellos, joven, alto, fornido, el de más ancha frente, el de más tranquila mirada, comenzó á fijarse en los nogales, en las zarzamoras, en todos los árboles, que durante el invierno se desnudan de la hoja, y vió que algunos á amarillear comenzaban. Sin saber por qué se le encogió el ánimo; una angustia, un malestar tan grande le oprimió el pecho, que sin darse cuenta se fué quedando atrás, y antes del mediodía estaba solo; se había perdido.

Escuchó atento y no oyó las voces de los cazadores; se arrojó al suelo, aplicó el oído, y nada; no se oía el ruido de la batida. Trepó después á un pino, se encaramó en la copa, y desde aquella atalaya reconoció el valle, vió la profunda hoz donde vivía la tribu, acabó de orientarse y se dejó escurrir por el tronco abajo. Cuando estuvo en el suelo se dirigió á una fuente, bebió en el hueco de la mano y se sentó en la hierba.

Los extraños pensamientos de la mañana, aquellos que tanto le habían angustiado, siendo la causa de que se perdiera, comenzaron á tomar forma en su cerebro.

No, la vida que hacían no era buena, tenían que mejorarla; aquel abandono, aquella imprevisión con que dejaban pasar los días, sin pensar en lo que podría ocurrir mañana, aquella estolidez en que vivía la tribu debía terminarse. ¡Pensar en que sólo se dedicaban á la caza y que, cuando llegaba el invierno, lloviera ó nevase, tenían que cazar, porque no sabían proveerse de comida para tan larga temporada!... Y gracias que su abuelo, jefe que fué de la tribu, descubrió que los frutos de la encina no se pudrían y casi todo el invierno duraban... Desde entonces adoraban el árbol-dios, creándole su culto... Pero por muchos frutos que guardaban, nunca eran los bastantes para alimentar á todas las familias de la tribu y tenían que cazar: era, pues, necesario buscar una nueva planta, un árbol cualquiera cuyos frutos, como los de la encina, se conservasen.

Instintivamente tendió la vista á uno y otro lado de la fuente. Las higueras silvestres le enseñaron sus negros higos que á madurar comenzaban; los pinchosos perales, sus menudas y ya amarillentas peras; los endrinos, sus desmedradas ciruelas, de sabor áspero y desagradable; los nogales comenzaban á dejar caer sus descascarilladas nueces, semejantes á menudas piedrecillas; los salvajes parrizones que, aquí y allí, con tenaz empeño á los árboles se subían, le enseñaron sus racimos de ácidas

uvas, y las zarzamoras sus azabachados y maduros frutos. Nada les servia; todas eran frutas del verano, y durante el verano debían consumirse: sólo la nuez... pero ésta no pasaba de ser un similar de la bellota, más delicada y de cosecha muy escasa.

En un espacio abierto, rodeado de espinos y de zarzas, vió unas matujas secas, en cuyas puntas se balanceaba el fruto; ladeó las zarzas con la pica, cogió tres ó cuatro, estrujólos entre sus dedos, hizo volar, de un soplo, las ahuecadas cascarillas y aparecieron unos granos menudos, de color moreno. Era el trigo. Se lo llevó á la boca, lo mascujeó ansioso y encontró su sabor sano y agradable... Aquello podía ser lo que buscaba... quizás lo era. Aquellos granos estaban secos, duros, y para conservarlos sólo había que evitar el que se mojaran, cosa bien fácil de conseguir en sus profundas y abrigadas cuevas.

Cuando se presentó, ya bien cerrada la noche, ante la tribu, las más locas alegrías de las mujeres y las graves recriminaciones de los hombres le recibieron. Mas cuando explicó su pérdida, diciendo que ningún peligro había corrido y les contó el descubrimiento hecho, se alegraron todos, palmoteando ruidosamente; sacó entonces de un pliegue de la piel que cubría su cuerpo un puñado de trigo y lo dió á conocer á los viejos; pero no le gustó á ninguno, y todos le dijeron que aquel fruto era bastante peor que los que por todas partes se veían en los árboles. Insistió él en demostrar la utilidad que aquellos granos tendrían para el invierno, y acabó por convencerlos de que debían ir á reconocer el terreno en que aquellas semillas se criaban.

A la mañana siguiente volvió á reunirse la tribu, y se encaminó al barranco en que el *árbol* de los tan ponderados frutos se encontraba.

La rechifla que nuestro hombre tuvo que aguantar no es para descrita. Cuando los otros vieron que no era un árbol, que eran unas matujas delgadas y secas las que aquellas semillas producían, las miraron con desprecio, se volvieron furiosos contra el autor del invento que tan grandes ilusiones les había hecho concebir, y se alejaron deseándole en altas voces toda suerte de calamidades á él y á sus semillas, *que no sabían á nada.*

Allí se quedó el pobre, solo, corrido, avergonzado, sin atreverse á levantar del suelo la mirada; pero de pronto se volvió con fuerza, crispó los puños, agarró el hacha y comenzó á derribar los arbustos que alrededor de los zarzales crecían, dejando al poco rato un buen rodal talado. Después rodó peñascos, los fué hacinando como pudo, formó con ellos un cercado de línea ondulante, y cuando las informes paredes midieron la conveniente altura, atravesó encima las más largas ramas, hacinando después las cortas y brazados de juncos y hierbajos.

Se acababa de construir la primer cabaña. Aquel hombre había dado un salto gigante en el progreso de la humanidad.

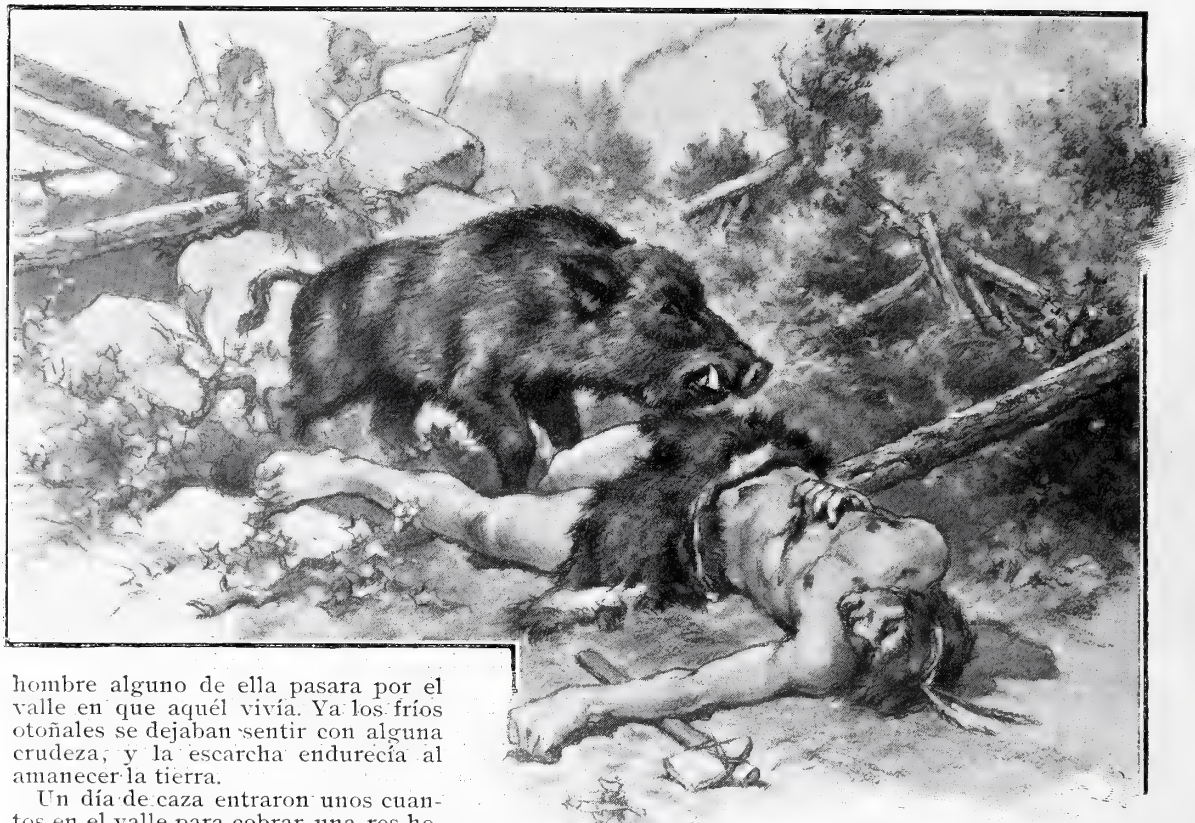
Al día siguiente, él y su mujer cargaron con las pieles, las hachas, las picas y demás útiles que tenían; echáronse los chiquillos pequeños á la espalda, y se marcharon á tomar posesión de la nueva vivienda, soñando quizás con ser los fundadores de un gran pueblo que prodigiosamente se multiplicara y por toda la llanura se extendiera.

La irritación contra ellos era tal, que nadie se brindó á acompañarles, y les dejaron marchar solos, agobiados por la pesada carga Todos convinieron en que debían aislarlos en el valle, para que en aquella soledad muriesen de tristeza, ó para ver si una noche de invierno cuando las nieves arrojan



á las fieras de los bosques, haciéndoles llegar hasta las mismas viviendas humanas aullando su hambre, les daban un asalto y se comían á él, á su mujer y á sus hijos. Y enardeciéndose con su propia cólera, daban feroces gritos, hacían molinetes con las picas, como si fueran á luchar con un invisible enemigo, y daban violentos saltos, y arrojaban las armas, y aullaban todos, y los maldecían.

Pasó algún tiempo sin que el aventurero á la tribu volviera ni



hombre alguno de ella pasara por el valle en que aquél vivía. Ya los fríos otoñales se dejaban sentir con alguna crudeza, y la escarcha endurecía al amanecer la tierra.

Un día de caza entraron unos cuantos en el valle para cobrar una res herida que apenas si podía seguir en la carrera. Allí estaba él, el aventurero, el orgulloso... pero... ¡lo que había hecho...! Había rapado el terreno que rodeaba á los zarzales en que crecían las hierbas de los dorados granos, y con las matas que había arrancado formó una cerca que el paso de los animales estorbase. Pero lo extraño, lo inaudito era que había arrancado tres ó cuatro encinas pequeñas... ¡Horror...! ¡Sacrilegio...! ¡El árbol sagrado...! Esto no debía, no podía quedar sin ejemplar castigo. Era necesario dar una satisfacción á los árboles-dioses.

Se escurrieron por el bosque graves y silenciosos; llegaron adonde los demás de la tribu estaban, y cuando les contaron el sacrilegio cometido por el aventurero, comenzaron á dar gritos y á hacer batimanes, pidiendo á las encinas piedad y misericordia para la tribu, porque en ella tan despiadado hombre había nacido. De pronto se enturecieron, echaron á correr hacia el valle, y cuando á él llegaron abriéronse en ala, avanzaron un poco más las puntas, y empezaron á andar de modo que la caza que se levantara por el barranco arriba corriera. De esta forma, simulando una batida, el otro no se prevendría.

Poco antes de llegar adonde *el sacrílego*—como ya todos le decían—estaba, levantaron una piara de jabalíes que, dando broncos gruñidos, corrían de uno á otro lado; pero los gritos y los golpes de los hombres les hacían retroceder, vacilar en la huída y, por fin, viendo el campo abierto, echaron á correr por el barranco. El estrépito que llevaban era infernal: gruñían los jabalíes al sentirse heridos; tronchaban de un tajo las matas que les estorbaban; dábanles agudos gritos los falsos cazadores, y en revuelto montón hombres y fieras, precipitáronse en el cercado, derribaron al indefenso dueño, atropellaron á la mujer que acudía en su auxilio, y los hirieron y pisotearon sin piedad alguna; arrojaron después al suelo el techo de la cabaña, gozándose en destruir todo lo que á fuerza de trabajo el otro había hecho. Cuando cesaron en el furor de destrucción que los poseía, el hombre y la mujer estaban muertos; los chiquillos habían sobrevivido á la catástrofe, pero no ilesos, pues estaban llenos de rasguñones y magulladuras.

Allí, ante aquellos mutilados cuerpos; ante el instintivo dolor de las criaturitas, que con los cadáveres de sus padres se abrazaban, sintieron horror de sí mismos, y temiendo quizás el castigo de alguna deidad vengadora, recogieron á los chiquillos, huyendo veloces á esconderse en sus ocultas cuevas.

* * *

La madre tierra llenó su misión, cumplió con su oficio. Los granos de trigo que *el sacrílego*, cuando asaltaron su campo, sembrando estaba, nacieron y se criaron con vigor extraordinario, dando cada grano no uno, sino tres ó cuatro hijos, y cada uno de ellos una bien gorda y madura espiga.

Cuando el verano siguiente volvieron á cazar en aquel valle, se encontraron con un magnífico campo de trigo, en medio del cual blanqueaban los mondados esqueletos de sus dueños... y no sintieron remordimiento alguno al apropiársele, pues para ello el patriarca habló del castigo de los dioses, de la venganza que toman de los soberbios y de las bendiciones con que colman á los hombres piadosos que los adoran y los sirven...

Y se dió por primera vez el caso, que tanto luego se ha repetido, de que todo hombre que concibe una idea capaz de transformar la marcha de la humanidad entera, es perseguido, martirizado y muchas veces muerto por aquellos mismos que después explotan la idea y de ella viven, y con sus frutos gozan y triunfan.

LEMA: NIKITA

DIBUJOS DE REGIDOR

(NÚMERO 2 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

CRÓNICA GRÁFICA



AUGUSTO SUÁREZ DE FIGUEROA
Fotog. Ause

La Prensa española está de luto. Ha muerto Augusto Suárez de Figueroa, el antiguo redactor de *El Imparcial*, el fundador de *El Resumen* y del *Diario Universal*, el escritor gallardo y castizo que, pudiendo haberlo sido todo, se contentó con abrazar de por vida esta profesión periodística tan mal agradecida y tan llena de amarguras y contrariedades. A más de ser un talento clarísimo y una pluma privilegiada, Augusto Suárez de Figueroa era uno de los temperamentos más españoles de estos últimos tiempos: alma de poeta y de soldado, pudo decir que su descanso era el pelear, y en medio de la pelea ha muerto.

Como escritor, tuvo el mérito estimabilísimo de comunicar á las arideces y prosaísmos de la política militante las galas de su imaginación de artista. Supo dar estilo y agrado literario al rígido y entonado artículo *de fondo*.

¡Descanse en paz!

En el número pasado dábamos cuenta de haberse inaugurado en Bilbao el monumento á D. Víctor Chávarri. Hoy tenemos el gusto de reproducir dos bellísimos detalles de la magnífica obra de Blay, en los que se reconoce la genial factura del insigne escultor catalán.

Uno de ellos es el grupo en bronce que figura al frente del monumento y representa á un minero y un fundidor vizcaínos con las herramientas del trabajo. El otro es una hermosa figura de la Fama, que corona de laurel la inscripción en que se recuerdan las más notables obras industriales del ilustre patricio bilbaíno.





DETALLES DEL MONUMENTO Á CHÁVARRI, POR MIGUEL BLAY — Fotogs. Vallet Montano



EXPOSICIÓN DE OBRAS ARTÍSTICAS EN EL SALÓN AMARÉ Fotog. Muñoz de Baena

En el artístico salón de los hermanos Amaré se celebra estos días una notabilísima Exposición de los donativos que todos los artistas y aficionados de Madrid han hecho con destino á su venta para contribuir á la suscripción para el monumento á Castelar. Hay obras notabilísimas, y creemos que los resultados de la Exposición no podrán ser más satisfactorios.



LLEGADA Á BARCELONA DE LA EMBAJADA COMERCIAL QUE HA VUELTO DE LA ARGENTINA
Fotog. «Mercurio»

Como remate de nuestra información relativa al viaje de la Embajada comercial española á la Argentina, publicamos la llegada de los comisionados á Barcelona, donde fueron recibidos con grandes muestras de aprecio y regocijo.

EL ÚLTIMO FIGURÍN,
POR CARLOS VÁZQUEZ





¡Buena castaña, buena nuez!

DIÁLOGO Á PUERTA DE CALLE

—¿Quiere castañas, hermosa?
—No hay quien me dé la castaña.
—Son como almendras.—Lo dudo.
—Tome nueces.—Son amargas.
—Con miel se endulzan.—De mieles
ya estoy muy desengañada.
—No son las mieles de amores
como la miel de la Alcarria.
¿Usted sabe qué es un beso?
—¡Qué insolente!—Vaya, vaya,
¡que lo sabe!... Pues la abeja
besando á las flores saca
la gloria de Dios, que viene
en ese tarro encerrada.
—¡Vaya, que el viejo es ladino!
—¡Vaya, que la moza es guapa!
—Eche usted nueces tan sólo.
¿Tendrán muy dura la cáscara?
—¿Para qué son esos dientes
tan blancos y tan...?—¿No calla?
¡Tome y adiós!—¡Viva el rumbo!
¡Buena nuez!... ¡buena castaña!...

DIBUJO DE ALBERTI

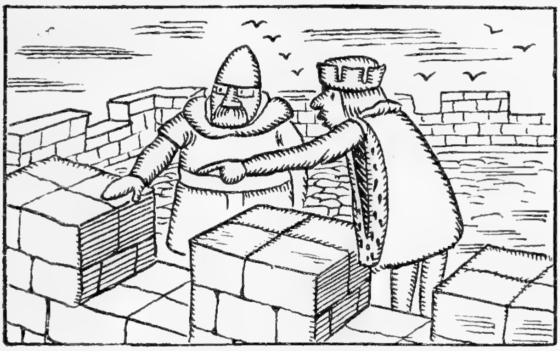
El trovador pedigüeño ó la candidez de Don Nuño:



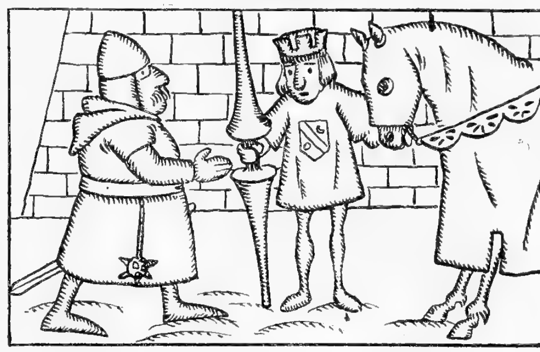
«Y la dama es hoy día fiero dragón...
y aquí acabó, ¡oh don Nuño! la relación.»



Toma; di, Gerineldo, ¿dónde se esconde?
Y el trovador contesta: ¡Yo no sé dónde!



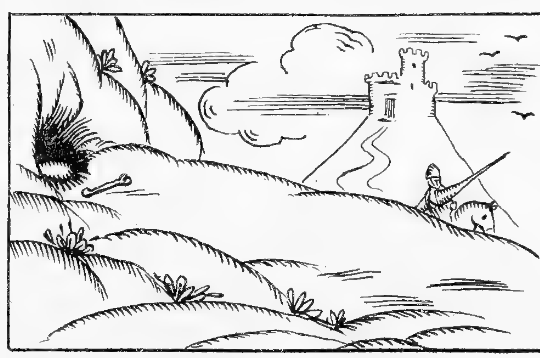
Mirad, ese es el sitio, dice un vasallo.
Y don Nuño responde: ¡Venga un caballo!



El alazán dispuesto llega en seguida.
¿Por qué tiembla don Nuño? ¡Tal es la vida!



Preocupado el guerrero deja el rastrillo.
¿Le alcanzará el dinero de su bolsillo?



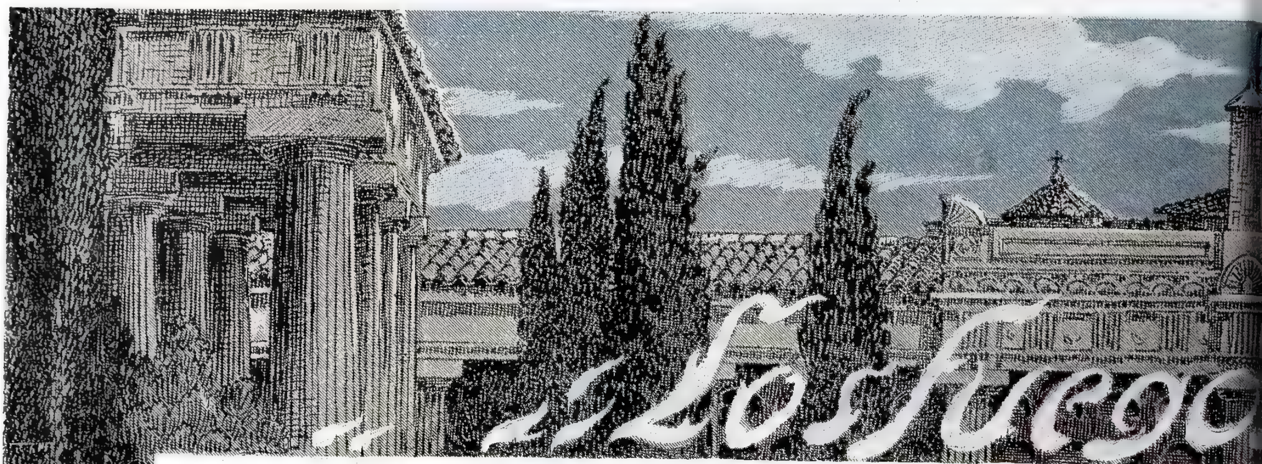
Ya divisa de lejos dónde encantada
vive la pobre niña martirizada.



Con coraje arremete, ya preparado,
y da un pinchazo en hueso bien señalado.



¡Ah, maldito bellaco! Di, fementido:
de ese dragón ¿qué hiciste?—¡Me lo he bebido!



Correr, corren, corren, corren
sobre el haz del camposanto,
impulsadas por el aire, las azules lucecillas
como seres animados.
Huyen, huyen, huyen, huyen con fantástica carrera
los errantes fuegos fátuos,
que parecen fugitivas esperanzas desfloradas
en escape ante la imagen espectral del desengaño.
No hay siquiera un solo instante de quietud ni de reposo
en su fuga sin descanso.
Marchan, marchan en desorden las azules lucecillas,
como locas el solemne cementerio atravesando,
y se escurren por la tierra cual fosfóricos insectos,
y resbalan dulcemente por las losas de alabastro.
Aunque el viento duerma siempre, vibra un soplo imperceptible
que las lanza inexorable como dura férrea mano.
Si ahora van de Sur á Norte, dentro de un momento cambian,
y su rumbo es ya el contrario,
pues de Norte á Sur caminan con sus lívidos colores
las tinieblas esmaltando.
Son cual flores luminosas que provistas de alas cruzan
con su vuelo incierto y raudo
la mansión donde el Olvido, Majestad severa y fría,
muestra el cetro soberano.
Corren, corren, huyen, huyen
sobre el haz del camposanto,
impulsadas por el aire con fantástica carrera,
las azules lucecillas, los errantes fuegos fátuos.

Asombradas las nubes contemplan,
desde la honda quietud de los cielos,

el hermoso y extra
que es para ellas p
¿Cómo—dicen—ha
á la tierra esos tibi
de colores tan trist
cual las vagas visio
¿En virtud de qué f
van sin tregua corr
cual si huyeran de
que en la sombra a
Y las luces prosigu
sin dejar comprend
Envidiosos los astr
creen que Dios un p
realizó transforman
en meteoros. Tan s
soberano que rige l
el enigma penetra,
á los astros y nube
con el sordo run-ru
Mientras tanto los p
su carrera prosiguen
deslizando sus llama
por los patios glacia
donde gozan la paz
en su lecho de somb
Los fuegos fátuos cantan c
pesada como el fúnebre ta
«Somos residuos vagos de
con que el Supremo Artista
Los cuerpos se convierten e



espectáculo,
ındo misterio.
n descendido
uceros
pálidos
s de un sueño?
za impulsiva
do, corriendo,
ún enemigo
rdara en acecho?»
su danza,
el secreto.
l verlas
digio supremo
las rosas
el siniestro
oche
onriendo,
ntesta
el silencio.
ntos fosfóricos
nquictos,
movibles
s y tétricos,
la tumba
los muertos.
rítmica cadencia,
an de la campana:
inmortal esencia
otó á la especie humana.
flores y en arbustos.

Nosotros somos gases, mïasmas desprendidos
de todos estos cuerpos de réprobos y justos
que yacen en la muerte y en ella confundidos.
Cual leves aerolitos de pálidos matices,
altivos y orgullosos cantamos nuestra gloria:
nosotros de estas flores y arbustos las raíces
nutrimos fulgurando sobre la yerta escoria.
Los muertos nos contemplan alegres desde el fondo
de sus obscuras fosas, pues ven que aunque la inerte
materia yace inmóvil en hueco estrecho y hondo,
los fuegos fátuos brillan triunfantes de la muerte.
La noche nos ampara con su siniestro manto,
y más resplandecemos cuanto ella es más sombría.
La noche pavorosa, la hermana del espanto
nos embellece amante como á la rosa el dia.
Por eso aborrecemos la luna que, inefable,
cual un esquife blanco resbala por la esfera:
Por eso amamos tanto la sombra impenetrable,
que parecer nos hace las chispas de una hoguera.
¡Oh noche, espesa, espesa tus lúgubres crespones!
¡Comparta tu tiniebla, que al débil sólo asusta,
para que alumbren nuestros egregios escuadrones
la Casa de los Muertos, nuestra mansión augusta!»

Y mientras con su monótona
cadencia siguen cantando,
corren, corren, huyen, huyen
sobre el haz del camposanto,
impulsadas por el aire con fantástica carrera
las fugaces lucecillas, los errantes fuegos fátuos.

Pedro BARRANTES

DIBUJO DE ARIJA



EL ACUARIO

(ZODIACADA DE ENERO)

Así como el enfermo del chascarrillo vulgar para tomar una medicina amarga quería comenzar por la segunda cucharada, la enumeración de los signos del Zodiaco suele empezarse por el undécimo signo, dejando el primero, que es Aries, para después, por razones astronómicas que á ustedes no les interesan ni á mí tampoco.

El signo del Zodiaco que rige el mes presente es popularísimo en la Plaza de Pontejos. Gráficamente, suele representársele bajo la forma de un apreciable aguador; vamos al decir, no del vulgar *traidor del agua*, que ya va desapareciendo de nuestros hogares, gracias al Canal de Lozoya, á quien maldicen los que no conocieron las delicias del *acuario* de nuestros mayores... pisotones. No; el Acuario representado por mitógrafos y artistas clásicos suele ser un anciano de barba luenga y, naturalmente, fluvial, el cual se apoya en un cacharro simbólico, y ofrece trazas de haber empeñado todo el vestuario en la ocasion menos oportuna para ello.

El sol tarda algún tiempo en decidirse á salir del simpático signo de Capricornio, en el cual entró poco antes de Pascuas; y ya llegados los días 19 ó 20 de Enero, penetra resueltamente en el dominio del Acuario, lo que debemos interpretar como un excelente programa de política hidráulica. Lo malo es que el sol no siempre cumple sus programas, porque también en el sistema planetario debe de haber oposiciones á quienes no les cabe en la cabeza la necesidad de la bienhechora pluvia.

En las circunstancias actuales, la sucesión de los dos signos del Zodiaco pertenecientes á Enero y Febrero casi casi ha tenido carácter de sátira política. Ha salido el Acuario, ó sea el ministerio de la política hidráulica, y le han sustituído los peces mauristas (Piscis, que dicen los astrónomos, los latinistas... y los chulos de Cabestreros y del Mediodía Grande), los cuales peces llevan ya algún tiempo entregados al triste deporte de nadar en seco.

En la antigüedad se daba al signo de Acuario la caprichosa forma de unas ondas, que algunos desahogados astrónomos tienen la loca pretensión de que representa un torrente ó un río. Mucho más racional nos parece la opinión de que este Acuario, según cuentan Virgilio en la *Eneida* y Ovidio en las *Metamorfosis*, no era tal aguador ni escanciaba con su cantarillo agua pura, sino una bebida más agradable: el delicioso *Chateau-Néctar* con que se regalaba nuestro particular amigo y dios Júpiter en las augustas cuchipandas del Olimpo. Por consiguiente, si aceptamos esta opinión (y no hay motivo grave para que no la aceptemos), convendrán ustedes conmigo en que el tal Acuario no es sino Ganimedes, el joven imberbe y modernista hijo de Tros y de la gallarda ninfa Calirrhoé, y á quien conocemos bastante por la circunstancia de haberle visto en cuadros de Tiziano, de Miguel Angel y del Corregio en el crítico momento de ser arrebatado por el águila que Júpiter tenía para éste y otros usos. Fué, pues, Ganimedes el primer individuo á quien la aviación condujo á algo práctico, pues el destino de copero de Júpiter debía de ser algo envidiable y estar mejor dotado que cualquiera de esas plazas de registrador de la propiedad ó de abogado del Estado, que hoy en día constituyen la suma aspiración de los efebos más semejantes á Ganimedes.

La causa del nombramiento de este joven fué una botaratada de Baco, quien hallándose un tanto *calomelano*, echó á correr en pos de la graciosa Hebe, la cual, aturdida, cayó y dejó caer el cantarillo, que se hizo mil pedazos. Sus papás, Júpiter y Juno, la regañaron mucho; la prohibieron que sirviese el néctar en adelante... y luego se contentaron por fin y la casaron con Hércules nada menos, un forzudo y simpático varón que no conoció el cinturón eléctrico ni necesitó los glicerofosfatos.

Y con esto basta de zodiacadas por ahora.

W. & B.

DIBUJO DE SILENO



RUEGO DE MADRE

De sus corceles con los cascos de oro
removiendo la nieve,
mientras la luna por el cielo sube,
trasponen el alcor los Santos Reyes.

Las sendas se han borrado, y cautelosos
á paso lento avanzan;
seguidos van de numerosos siervos
y de camellos con preciosas cargas.

En las bordadas ropas cabrillean
las piedras orientales.
Los tres Magos caminan en silencio;
de los tres, el más viejo va delante.

Su pecho velan de la luenga barba
los plateados hilos,
y á modo de joyel, en su turbante
prendió una estrella de azulado brillo.

Ya descubren la aldea; ya cantaron
los gallos á lo lejos;
ya rozan en su marcha silenciosa
el musgoso tapial del cementerio.

A la luz de la luna se destaca,
junto á la humilde verja,
una figura envuelta en blanco lienzo,
y una voz de mujer así les ruega:

—No olvidéis, por piedad, señores Reyes,
á los niños sin madre;
buscad al mío; se durmió esperando
con la frente pegada á los cristales...

De los tres el más viejo la responde:
—Mujer, en mí confía.—
Los corceles galopan, y en la bruma
se pierde la brillante comitiva.

Por la postrera vez los gallos cantan
cuando torna el anciano;
en el arzón de la dorada silla
al niño trae cubierto con su manto.

De la mujer en brazos deja al niño,
que sonríe durmiendo,
y así la dice:—Le encontré soñando,
y es mi destino realizar ensueños.

Que estaba entre los brazos de su madre
creía el inocente...
¡Pobre mujer, en tu tranquila fosa
hazle sitio; no temas que despierte!

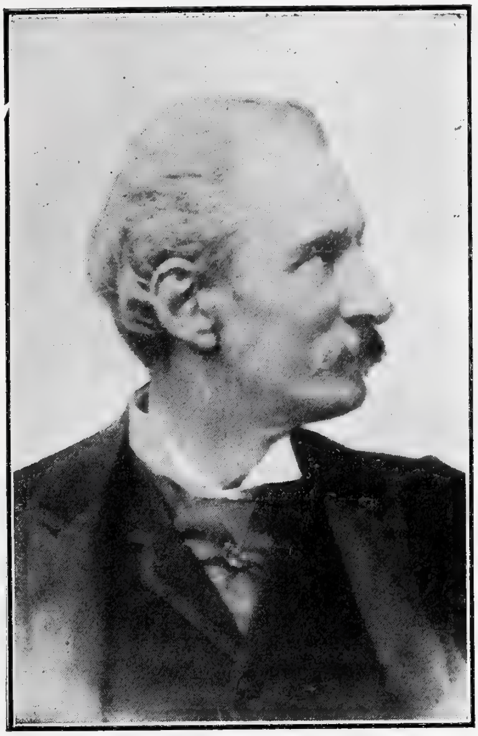
Ricardo Gil

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA

EL BURLADERO,
POR F. ALBERTI



ACTUALIDAD EXTRANJERA



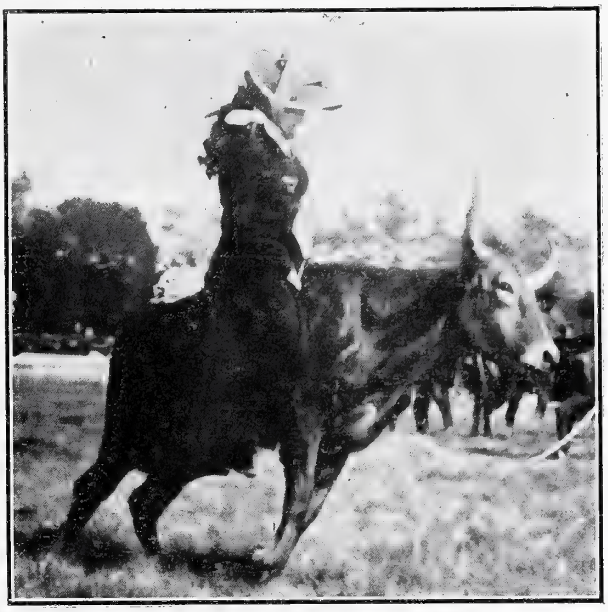
JOSÉ ZANARDELLI

Poco antes de cumplirse el aniversario de la muerte de nuestro Sagasta, ha fallecido en Italia un hombre ilustre, que en la política de aquella nación representó un papel muy semejante al del ilustre jefe liberal español.

José Zanardelli fué toda su vida un demócrata de la casta antigua, lo mismo en la oposición que en el poder. Al advenimiento del rey actual, la figura de Zanardelli recobró todo el prestigio y la popularidad de sus primeros años de hombre político.

Para que la semejanza con Sagasta fuese completa, Zanardelli era un hombre sencillo, modesto, simpático, y tan desinteresado y patriota, que, enfermo y achacoso, no se retiró del ejercicio de las funciones públicas hasta que ya no contaba ni con la resistencia física necesaria para sostenerse en su puesto. Y á los dos meses de abandonar la Presidencia del Consejo ha fallecido, rodeado del respeto de sus conciudadanos.

Los aficionados madrileños recordarán seguramente la divertida suerte del *jineteo*, que con las de *manganeo*, *jaripeo* y otras amenidades intentó establecer en nuestra Plaza de Toros el famoso Ponciano Díaz. Pero lo que ningún aficionado había previsto es que la primera de dichas suertes la verificase en campo abierto una apreciable y distinguida señorita. Ahí la tienen ustedes. La interesada se llama la señorita Mulhall, y ha ganado, ejecutando esa especie de atrocidad, la friolera de 10.000 dollars en los campos de North Gloucester (Iowa, Estados Unidos), ante un selecto concurso de *cowboys*, ó sea picadores y enlazadores de búfalos. A todos ellos venció la mencionada señorita, montando en pelo un



MISS MULHALL JINETEANDO UN BÚFALO EN NORTH GLOUCESTER



EL TREN AUTOMÓVIL DE LOS HERMANOS RENARD EN LA RUE DE LA FEDERATION. PARÍS

Fotografías Gribayedoff

búfalo suficientemente salvaje.

El tren automóvil de los hermanos Renard ha verificado concluyentes pruebas en París. ¿No saben ustedes qué viene á ser eso? Pues sencillamente un medio de locomoción que acabará con el ferrocarril en breve tiempo. Cada carruaje de los que le componen lleva su motor, es decir, que conserva su individualidad dinámica y no es un esclavo de la máquina, como los vagones del ferrocarril. La máquina dirigida por el comandante Renard es un almacén ó depósito de energía eléctrica, y el tren no va arrastrado por ella, no es una cosa muerta, sino una cosa viva que evoluciona con precisión y facilidad. El tren Renard sirve para todos los caminos, y en cuanto se abarate su construcción pueden echarse á temblar las empresas ferroviarias.



LA INTRÉPIDA ALPINISTA MISS PECK Y SUS GUÍAS Fot. Gribayedoff

Otra mujer decidida y valiente que tenemos el honor de presentar á ustedes es Miss Peck, que, en compañía de sus tres guías suizos, acaba de subir y de bajar con toda felicidad de la cumbre más elevada del globo según los americanos, es decir, al pico Nevado de Sorata, en Bolivia.

La resuelta señorita ha subido ya al Mont Blanc, al Chimborazo y al Aconcagua. Ya no es posible subir más.

Vuelve á hablarse con insistencia del reparto de Marruecos entre las amables potencias europeas. ¡Pobre Sultán! De poco han de servirle, si se realizan las profecías actuales, los preparativos belicosos que hace, ni las compras de ametralladoras perfeccionadas como las que pueden ustedes ver ahí, al lado, ni las movilizaciones de tropas de distintos colores, como esas otras de tan triste aspecto que ven ustedes más abajo.

* * *



ARTILLERÍA DEL EMPERADOR DE MARRUECOS



TROPAS REGULARES MARROQUÍES EN LAS CERCANÍAS DE TETUÁN

Fotografías Ritwagen

LA MUJER Y LA CASA

Los encajes de Venecia

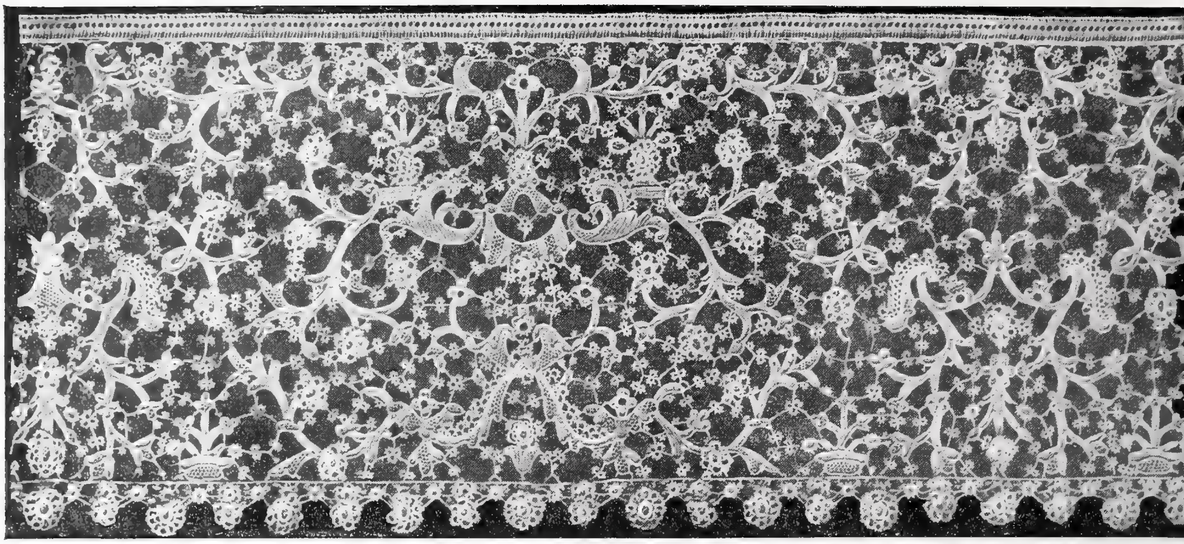
Una ilustre dama italiana, la señora condesa Giannina Rottigni Marsilli, nos remite, con las preciosas fotografías que ornan estas páginas, un extenso y erudito estudio relativo á los encajes venecianos, del cual entresacamos los siguientes párrafos, gallardamente escritos en castellano por su autora.

* * *

La gloria de Venecia ha ido siempre unida á la de sus grandes artistas, y entre éstos merecen especial mención los que dibujan y ejecutan el famoso punto ó encaje veneciano, por cuya pureza artística han velado siempre los habitantes de la reina del Adriático, hasta el punto de haber prohibido el Senado en los siglos XV y XVI que los obreros de encajes se trasladaran á otros países, imponiendo severas penas á los que tal hiciesen, y hasta castigando con la muerte á los que no regresaran á la patria y difundiesen fuera de ella su habilidad. La primera mujer que dió impulso á esta industria artística fué la dogaresa Giovanna Malipiero, cuyo ejemplo siguió más adelante la dogaresa Morosini Grimani, quien costeó los gastos de una manufactura de encajes, cuyos productos regalaba á las grandes damas de las cortes europeas. La decadencia de la República veneciana se advirtió igualmente en este arte, pero sin llegar á aniquilarle por completo, pues en 1870 renació con gran brío y con más acertada dirección. Simultáneamente aparecieron dos grandes artistas encajeros, Paolo Fambri, ya muerto, y Michel Angelo Jesurum, que aún vive y trabaja maravillosamente. El primero, ayudado pecuniaria y personalmente por dos damas, Adriana Marcello y María Giovanelli, cultivó en la isla de Burano el clásico punto de aguja, mientras Jesurum, á quien con razón se llama el Miguel Angel de los encajes, fundó la gran industria de los encajes *á volteta* en la isla de Pellestrina, en la de Chioggia y en Mestre. Burano conserva los tipos de la escuela clásica veneciana; pero en los talleres de Jesurum trabajan hoy tres mil muchachas, inclinando sus cabezas rubias ó morenas sobre las *voltetas* y moviendo cada una con magistral agilidad tres ó cuatro mil

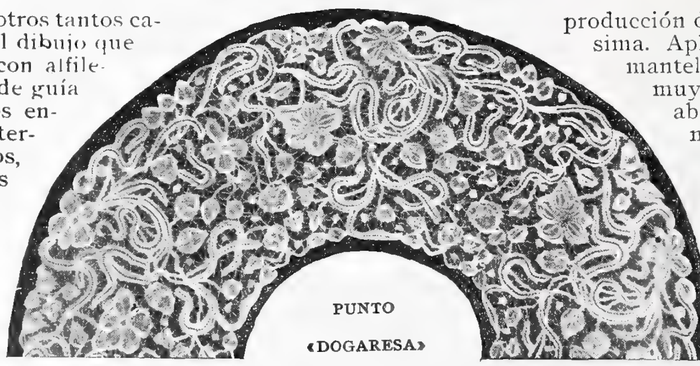


VESTIDO DE ENCAJES «REINA MARGHERITA»



PUNTO «ROSALINA»

hilos enrollados á otros tantos carretes, siguiendo el dibujo que el maestro trazó con alfileres que les sirven de guía. Jesurum asocia los encajes con sedas, terciopelos y damascos, produciendo el más maravilloso efecto. Es asimismo el inventor de los *encajes polícromos á huso*, en los que se admiran cientos y cientos de colores y matices distintos, dados por las infinitas variedades de sedas. No obstante, sus mayores triunfos los ha obtenido con el *punto de aguja*, conocido hasta el siglo XV con el nombre de *punto de hojarasca* y llevado hoy á la mayor perfección: sobre un fondo de redecilla sutilísima, dibuja las bellas formas de las flores más delicadas.



PUNTO «DOGARESA»

Aplícanse estas labores no ya sólo, como antiguamente, al adorno y ornamentación de cuellos, mangas y otras partes del vestido femenino ó masculino, sino á la confección de vestidos enteros, como el hermoso modelo *Regina Margherita* que nuestras lectoras admirarán. El llamado *punto Margarita* es un recamo hecho sobre tul ligerísimo, tan vaporoso como el encaje de aguja.

Con éste y con otros inventos, la variedad que puede darse á la producción de encajes es grandísima. Aplícanse á pañuelos, mantelerías, sombrillas, y muy especialmente á abanicos. De estos últimos es una de las más bellas creaciones de Jesurum *El triunfo de la dogaresa*, con todas las figuras trazadas y ejecutadas en finísimos encajes. El arte no ha podido llegar á más ideal y alada hermosura.

Por las pruebas fotográficas adjuntas, puede formarse una ligera idea de la inmensa variedad de los puntos venecianos. Hoy día se conocen bajo esta denominación general más de cuarenta especies distintas de puntos, y continuamente se inventan otros nuevos, que responden á nuevos y originales dibujos.



PAÑUELO RECAMADO Y CALADO

La Moda aumenta y difunde cada día la boga de los encajes y favorece la producción de esta industria suntuaria, de la cual Venecia conserva la supremacía, á pesar de la competencia que los artistas belgas y holandeses la hacen hoy.

Porque los llamados puntos de Bruselas, de Malinas, de Alençon y otros, no son más que variantes del primitivo punto veneciano.

Condesa G. ROTTIGNI MARSILLI

EL FIGURIN DEL DIA



TRAJE Y ABRIGO DE «SOIRÉE»

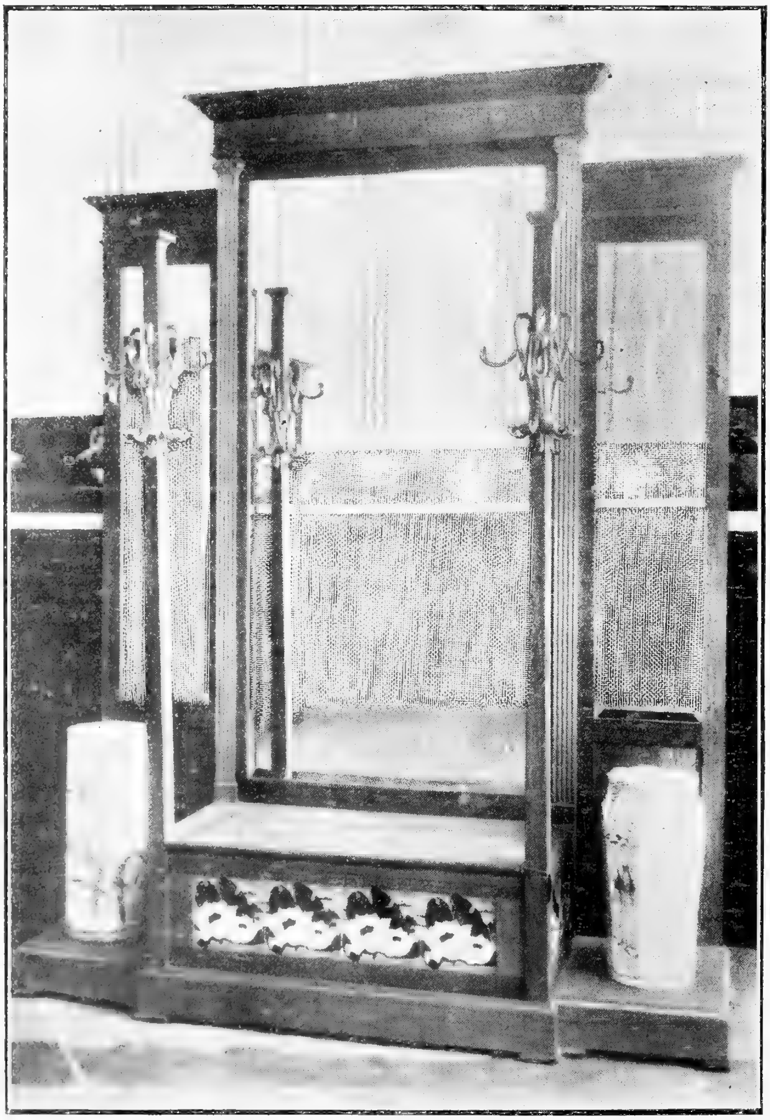
Abrigo de terciopelo «miroir» en tono verde, con pieles de marta.
Falda de crespón de oro: sobre ella, otra de gasa de seda bordada y recamada de plata.
Es el traje que luce la eminente actriz María Guerrero en el tercer acto de LA DESEQUILIBRADA.
Las joyas son un collar de brillantes con una esmeralda de gran tamaño: hilos de perlas sujetos con turquesas rodeadas de brillantes caen sueltos en combinación con una «riviére».

Fot. Franzen

LA CASA MODERNA

Sin que nos demos por ello demasiado tono, fuera injusto desconocer que en los tiempos actuales, desde hace veinte años, hay un verdadero y feliz renacimiento de todas las artes aplicadas á la vida culta, cómoda y racional. Un gran filósofo, que al par era un gran artista, el ilustre Ruskin, fué el iniciador del impulso artístico, que ha creado ese conjunto de aspiraciones á nuevas fórmulas plásticas conocido con la denominación general y un poco vaga de *modernismo*.

En el arte del mueblaje y adorno de la casa, el modernismo ha nacido del cansancio que en las personas de gusto producía ya la repetición de los antiguos estilos (Enrique II, Renacimiento italiano, Luis XV, Luis XVI, Directorio, primero y segundo Imperio, etcétera), ninguno de los cuales respondía, por punto general, á las necesidades de *confort*, facilidad y holgura que el vivir moderno impone. No podemos precisar con toda exactitud y propiedad en qué consiste el modernismo aplicado al arte de arreglar las viviendas, pero sí podemos decir desde luego que de la casa moderna están mandados retirar los exclusivismos en materia de mobiliario; es decir, que se reputa como del mejor gusto el amueblar y decorar cada habitación con arreglo á un estilo, y aun algunas sin obedecer á estilo ninguno, sino tolerando una agradable variedad que da picante atractivo estético al aspecto y disposición de las habitaciones.



PERCHERO DE ANTESALA
PROYECTO DE LOS SEÑORES LISARRAGA

Reconociendo, pues, la diferencia esencial que hay entre la casa moderna y la casa *modernista*, y aun creyendo que no existe *casa modernista* si se ha de hablar con propiedad, puesto que el modernismo no tiene cánones ni principios fijos que puedan aplicarse al conjunto de elementos artísticos concurrentes al decorado de una casa, nos proponemos en esta sección dar á conocer gráficamente, y por su orden, el adorno y mueblaje de las principales habitaciones de un hogar moderno, ni excesivamente lujoso, ni modesto en demasía.

Para ello, aprovecharemos en lo posible elementos puramente nacionales, invitando á nuestros artistas del mueble á que proyecten y ofrezcan á la consideración del público aposentos amueblados con la mayor elegancia posible; y en caso necesario, utilizaremos fotografías ó dibujos de artistas extranjeros.

Para comenzar el desarrollo de este plan, era lo más procedente ofrecer la fotografía de una antesala ó recibimiento.

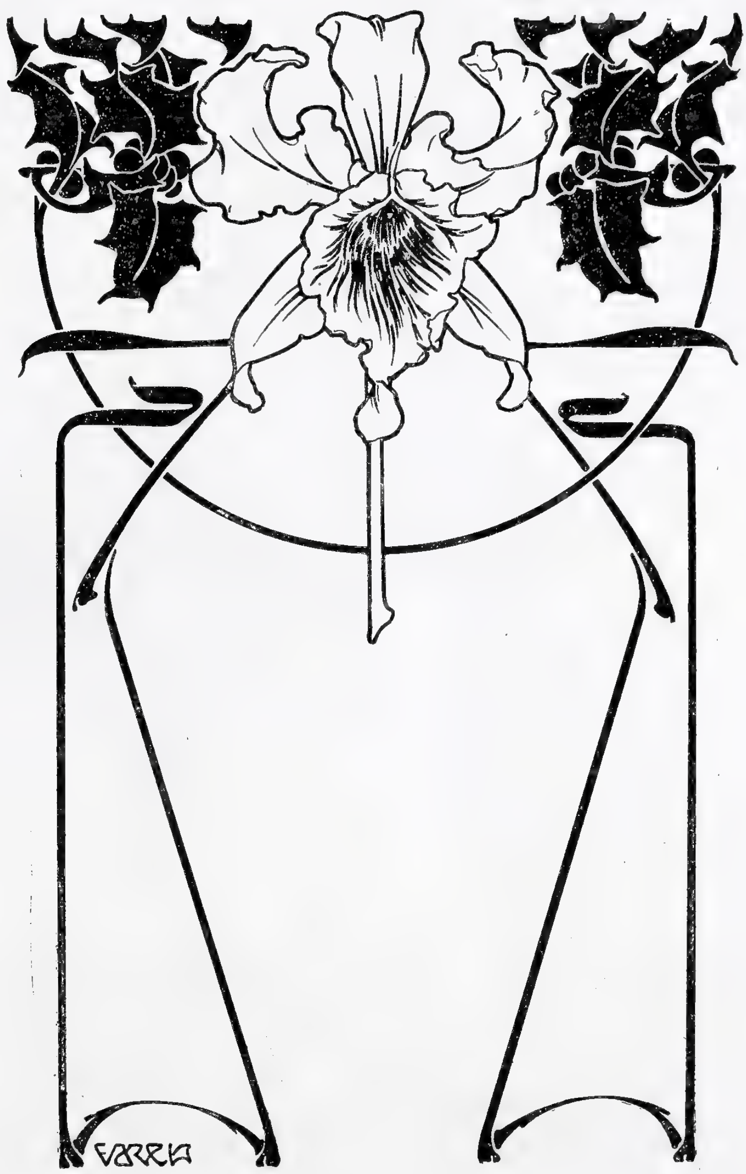
Dadas las condiciones que suelen reunir las casas modernas en las grandes ciudades, no es fácil que el mobiliario de una antesala sea de gran valor artístico.

La pieza en que se dejan abrigos y sombreros para pasar á las demás habitaciones, debe amueblarse con sencillez, y en esto consistirá su principal elegancia. Un gran espejo es indispensable para que damas y caballeros, al llegar de la calle, reparen rápidamente el desaliño de su ropa antes de entrar á visita, comida ó reunión.

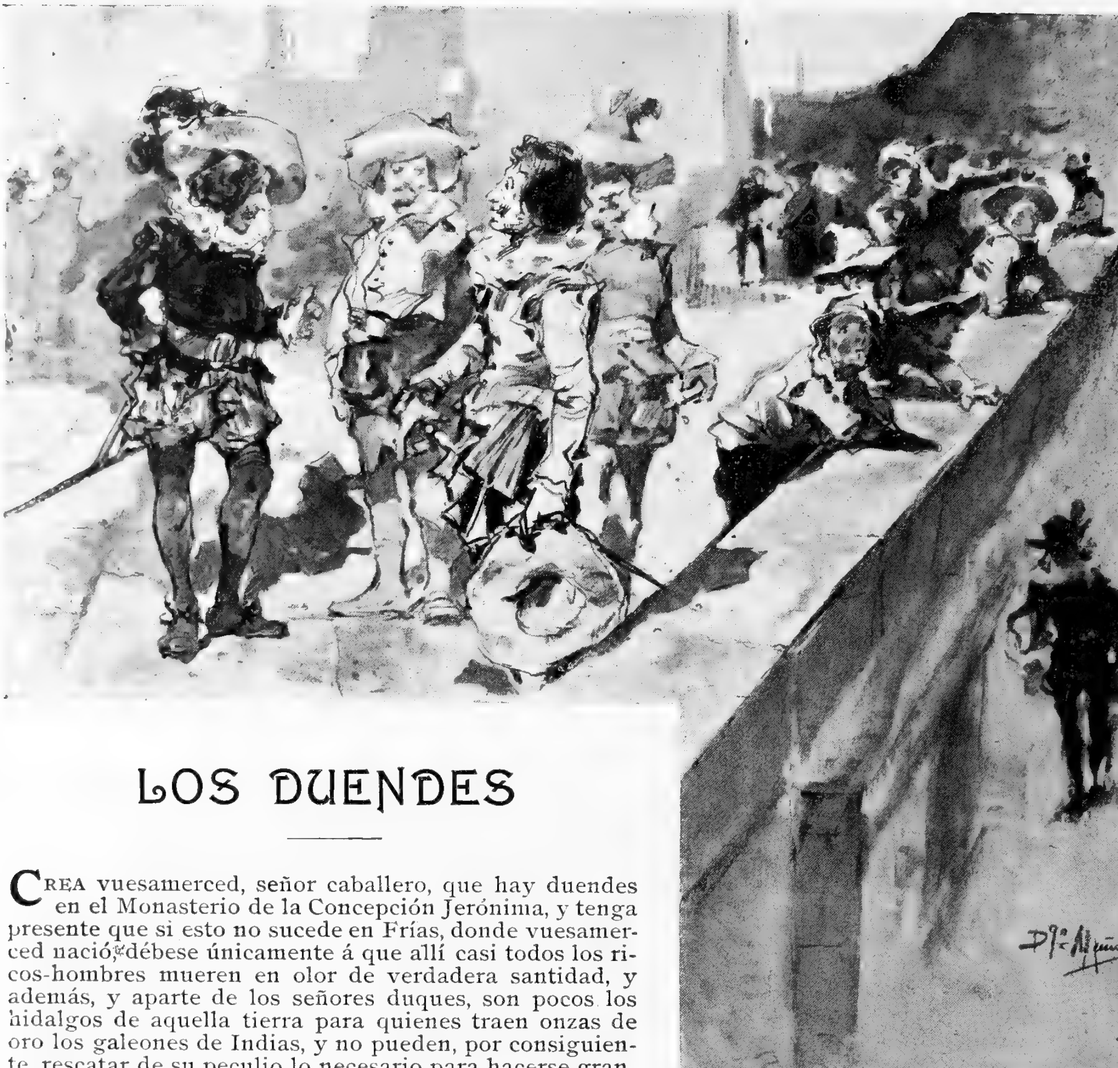
Las perchas *á la antigua* prevalecen hasta ahora sobre los modernos muebles (sin nombre en castellano) que sirven para echar encima de ellos los abrigos y depositar los sombreros en una ó dos tablas horizontales. Esos chismes, que parecen cosa de guadarnés más bien que de otra habitación, no resultan prácticos. La percha triunfa é impera, y es el principal objeto de la antesala.

* * *

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 16 Enero 1904. N.º 663



LOS DUENDES

CREA vuesamerced, señor caballero, que hay duendes en el Monasterio de la Concepción Jerónima, y tenga presente que si esto no sucede en Frías, donde vuesamerced nació, débese únicamente á que allí casi todos los ricos-hombres mueren en olor de verdadera santidad, y además, y aparte de los señores duques, son pocos los hidalgos de aquella tierra para quienes traen onzas de oro los galeones de Indias, y no pueden, por consiguiente, rescatar de su peculio lo necesario para hacerse grandes enterramientos.

—No os negaré, señor mío, alguna razón en esto que decís; ¿mas qué tienen que ver los enterramientos costosos con las apariciones?

—Mucho, porque los mansos de corazón y pobres de hacienda ya gozaron bastante con eso, y Dios los perdona; no así á los que tuvieron en vida grandes ambiciones como el obispo Acuña, que anda todavía buscando su cabeza todas las noches por el Castillo de Simancas, y ¡líbrenos Dios! que esos no están con sosiego ni en el otro mundo. No pasaréis por capilla ó altar de la villa y corte sin ver al uno ó al otro lado imágenes de grandes señores tendidos ó arrodillados sobre sus túmulos de piedra: rezad ante los santos y mirad hacia los muertos haciendo la cruz, que esos que de día véis rígidos, á la media noche se levantan y hacen sonar sus armaduras de piedra contra los pilares y hunden las losas á su paso y se congregan y cantan extraños oficios, y no son éstas cosas de bellacos que validas andan por ahí, y hasta el duque de Haro nuestro ministro cuenta y no acaba de aparecidos y visiones.

—Bien zurcís patrañas, maese, y á fe que tenéis una lengua más larga que soga de ahorcado.

—Si no me cree vuesamerced...

—¡Por Cristo Nuestro Señor! que si tal hiciera, merecería que me llevaran de nuevo á Frías en una jaula que me sirviera de picota. Huélgame seguiros el humor, que no soy de los de morro saliente y espada pronta; pero no abuséis en las burlas, que también se acaba la paciencia de los caballeros recién llegados.

—Os juro haber dicho verdad.

—Vos no creéis eso.

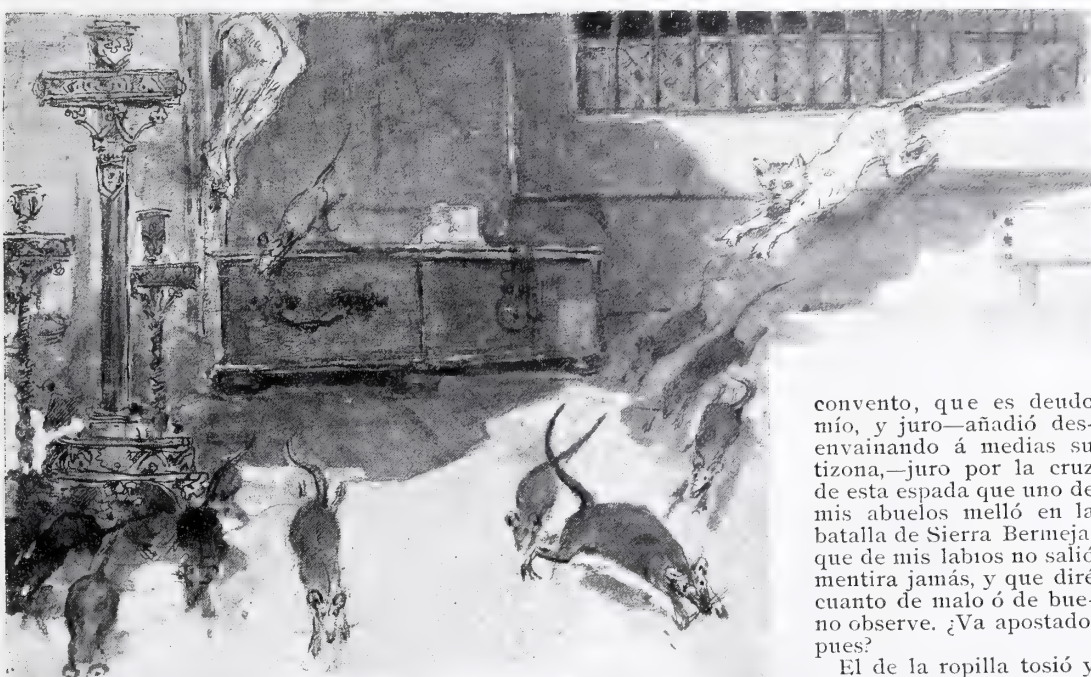
—Y como yo, todo Madrid; acorredme vos, D. Domingo de Sandoval y vos D. Luis Carrasco, y certificad aquí ante mis ojos si no es cierto lo que se dice de que andan duendes en la Concepción Jerónima.

Aquéllos cuyo testimonio se invocaba, torcían en aquel momento el esquinazo de San Felipe el Real, como quien va de la calle de los Esparteros á la Puerta del Sol; toda la grada del dicho San Felipe estaba llena de bigardos, mentirosos espadachines y forasteros que, asomados sobre el tejadillo de las covachuelas, miraban cómo ruaba la gente por la calle Mayor; sobre el arenal, cruzábanse damas y caballeros, sillas de manos de gotosos y literas de grandes señores, y allá, hacia Platerías, distinguíase

hormiguear la gente al sol de la mañana y se veían reflejos de broches y pasamanerías y cuentos de espadas, y había también hidalgos que se resguardaban del calor en la sombra de los zaguanes, y doncellitas sofocadas, y rodrigones de sutiles carrillos y antiparras que andaban buscando orejas en que dejar recados amorosos, y alguaciles de escasos bigotes que andaban avizorados y tornábanse bizcos de querer mirar lo que no veían, y oíanse risas y cantos de ciegos y plañir de guitarras y algún pito de un zaguanete de guardia tudesca que cruzaba las calles próximas.

Con los dichos D. Domingo de Sandoval y D. Luis Carrasco, acercáronse al grupo de D. Lope Cerceño y maese Buitrago muchos caballeros de capilla desfilachada y plumas mustias, que aseguraron ser verdad lo que decían de los duendes, y el D. Domingo añadió á este propósito que el Santo Tribunal andaba á la husma de lo que pudiera ocurrir, ya que en la memoria de todos estaba lo de las endemoniadas de San Plácido, y que él mismo había oído en cierta madrugada repicar melodiosamente y no por mano de hombre las campanas de la Concepción, siendo tal, que á seis pasos de los muros del convento nadie hubiera podido asegurar de dónde salían aquellos rumores. En fin, tantos fueron los datos con que el caballero aquel aderezaba su discurso, que D. Lope sintióse tocado de curiosidad, y queriendo hacer alarde de lo poco supersticiosos que eran los de Frias, repuso con voz campanuda:

—Ello será así, y no seré yo quien ponga en tela de juicio palabras de un hombre de merecimientos (y al decir esto miraba la ropilla flamante y un tanto chillona del D. Domingo); pero apuesto quinientos ducados, que pagaré ó recibiré aquí mismo mañana, que ha de ser esta noche cuando yo duerma en la rotonda del templo de la Concepción, valiéndome de la amistad que tengo con el provisor del



convento, que es deudo mío, y juro—añadió desenvainando á medias su tizona,—juro por la cruz de esta espada que uno de mis abuelos melló en la batalla de Sierra Bermeja, que de mis labios no salió mentira jamás, y que diré cuanto de malo ó de bueno observe. ¿Va apostado, pues?

El de la ropilla tosió y se quedó cortado, y el don Luis se volvió como si viera venir á alguien que le interesara; pero como al cabo todo consistía en no parecer por las gradas, ó en fingir una quiebra oportuna, ó en reñir, ó en pagar con buenas razones, la apuesta se hizo, y maese Buitrago aseguró á D. Lope que su proyecto era temerario y perdería la razón, ó cuando menos saldría de allí con alferecía ó asiento, del que no podrían curarle todas las drogas del mismísimo Juan de Loeches.

* * *

Fué el caso que D. Lope, valiéndose de la debilidad del provisor, consiguió que le pusieran cama en la rotonda, desde la cual, y por entre los balaustres, se veía toda la iglesia, teniendo enfrente la capilla en que reposaban Francisco Martínez, el artillero, y doña Beatriz, su mujer. Miedo grande tuvo el de Frías al entrar en aquel sitio á hora tan desusada, y á fin de ganar por la mano á los duendes, puso al alcance de la suya un arcabuz cargado hasta la boca y su venerable espadón, y ya estaba á punto de meterse en el lecho, cuando sintió pasos y oyó tocar quedo á la puerta. Era su deudo el provisor, hombre carilleno, de frente estrecha y pelos como crines, que le dijo rápidamente:

—Mirad, hijo, que lo de los duendes es chanfaina, y sólo vais á conseguir el pasar una noche en vela por lo medroso del lugar.

—¡Dejadme, por el cielo!—exclamó D. Lope,—que esto ha de ser así, y apostado lo tengo, y no será el hijo de mi madre quien retroceda.

—Hacedlo si os place; pero habéis de tener cuenta con el arcabuz, pues que por esa galería he de pasar, si Dios se sirviera darme una mala hora, ya fuese cólico ó cualquier otro menester, y no digo más, y andad con tiento, que no sólo se corre el peligro de vuestra locura, sino de mi cargo.

—Quedad con Dios y dormid tranquilo—dijo D. Lope,—que á no ser que los fantasmas se vinieran hasta mí, no pienso hacer armas; y caso de llegar á este extremo, más dócilmente ha de servirme mi espada de Sierra Bermeja que todos los arcabuces juntos.

Fuese con esto el provisor y quedó solo el caballero. Allá en el fondo de la medrosa estancia, donde se veían hacinados hacheros rotos, cajones desquiciados y tenebrarios, oíase el chillar de las ratas, mezcla de zumbido de lechuza y pío de pájaro, pero nada más; en el fondo del templo veíanse las anchas losas negras y blancas, y los bancos, y los altares, y los Cristos en cruz colgados de las negras columnas, y todo aquello íbase perdiendo en la sombra hacia la entrada al pórtico, donde todo estaba en tinieblas. Sólo allí, frente al lecho, veíanse las dos hornacinas con los sepulcros y la estatua yacente de Francisco Martínez, armado de todas armas y teniendo entre ambas manos el libro de oraciones; delante del enterramiento, una lámpara proyectaba su luz en forma de abanico á lo largo de la pared, lanzando misteriosos resplandores, que resbalaban sobre el sarcófago y la escultura, y lanzando chisporroteos, que sonaban tristemente en el silencio aquél.

D. Lope hizo la señal de la cruz y se metió en su lecho, no sin asegurarse de que el arcabuz y la espada seguían allí; después intentó dormirse; pero allá en lo alto oyó un ruido extraño, parecido al sonar de una sierra; luego campanadas: era el reloj del monasterio, que anunciaba la media noche; entonces, y entre la modorra del sueño, vió una gran raya blanquecina que se proyectaba frente á él, y que sólo era un reflejo perdido; pero atisbando por entre los balaustres y quedándose con la mirada fija en la estatua yacente, le pareció que ésta movía los codos y trataba de incorporarse, oyendo además sordos golpes en el fondo de la nave y algo así como gritos ahogados y estremecimientos como de un animal que se rascara junto á él, y miró al arcabuz y á la espada, y quiso levantarse, pero no pudo mover pie ni mano. Sus labios se negaban á recitar las oraciones, y se quedó paralizado por el terror. Entonces se arrepintió de su apuesta exótica, pero ya no había remedio. De repente cayó algo de golpe sobre su cama, y una cosa pesada y fría, como mano de muerto, se apoyó en el sitio de su corazón, y perdió los sentidos.

Cuando se repuso, chisporroteaban las lámparas y el alba comenzaba á entrar por las altas lumbreras. Era la hora en que despierta el mundo y los aparecidos vuelven á sus tumbas, pero la mano del muerto seguía pesando sobre él. La luz penetró poco á poco en la estancia, y entonces el caballero pudo ver sobre su pecho una cosa redonda y blanca; lanzó un rugido y se incorporó, y la cosa blanca saltó también. Era un enorme gato que se desperezaba tranquilamente, arqueando el lomo y alzando los bigotes, mientras el caballero requería la memorable espada y se lanzaba en su persecución. Y así estuvieron largo rato, huyendo el animal y persiguiéndole el caballero, hasta que éste, fuera de sí y aprovechando un salto del duende, le tiró una estocada que hirió solamente el yeso del muro, rompiéndose el acero por la mitad.



Ved de qué modo la espada que se melló en la batalla de Sierra Bermeja vino á quebrarse contra una pared, persiguiendo al gato de un monasterio.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

DIBUJOS DE DOMINGO MUÑOZ

CRONICA GRAFICA



APERTURA DE LA CARNICERÍA DE NIEMBRO — Fot. Asenjo

Entre los poquísimos españoles que se han formado una concepción cíclica de la existencia, se nos ha revelado en estos días el discreto filósofo, almacenista de vinos, carnicero, empresario de toros y consecuente republicano Perico Niembro, hombre bastante popular en Madrid para que estas líneas no puedan tomarse como vulgar reclamo

Niembro, como vinatero, excita los espíritus de los lidiadores para que éstos hagan proezas y con ellas le llenen la Plaza de toros de que es empresario: y una vez llena la plaza y muertos los toros, por derecho ó á traición, vende la carne de dichos *interesados* en el establecimiento que acaba de abrir en la Puerta del Sol.

Esta nueva transformación ó *avatar* de Perico Niembro le ha debido de ser inspirada por los *toreadores* al uso: para ellos no hay más que echar carne al desolladero...



LA SEÑORITA SOLER CANTANDO EL TANGO DEL CANGREJO EN «EL MOZO CRÚO» — Fotog. Franzen



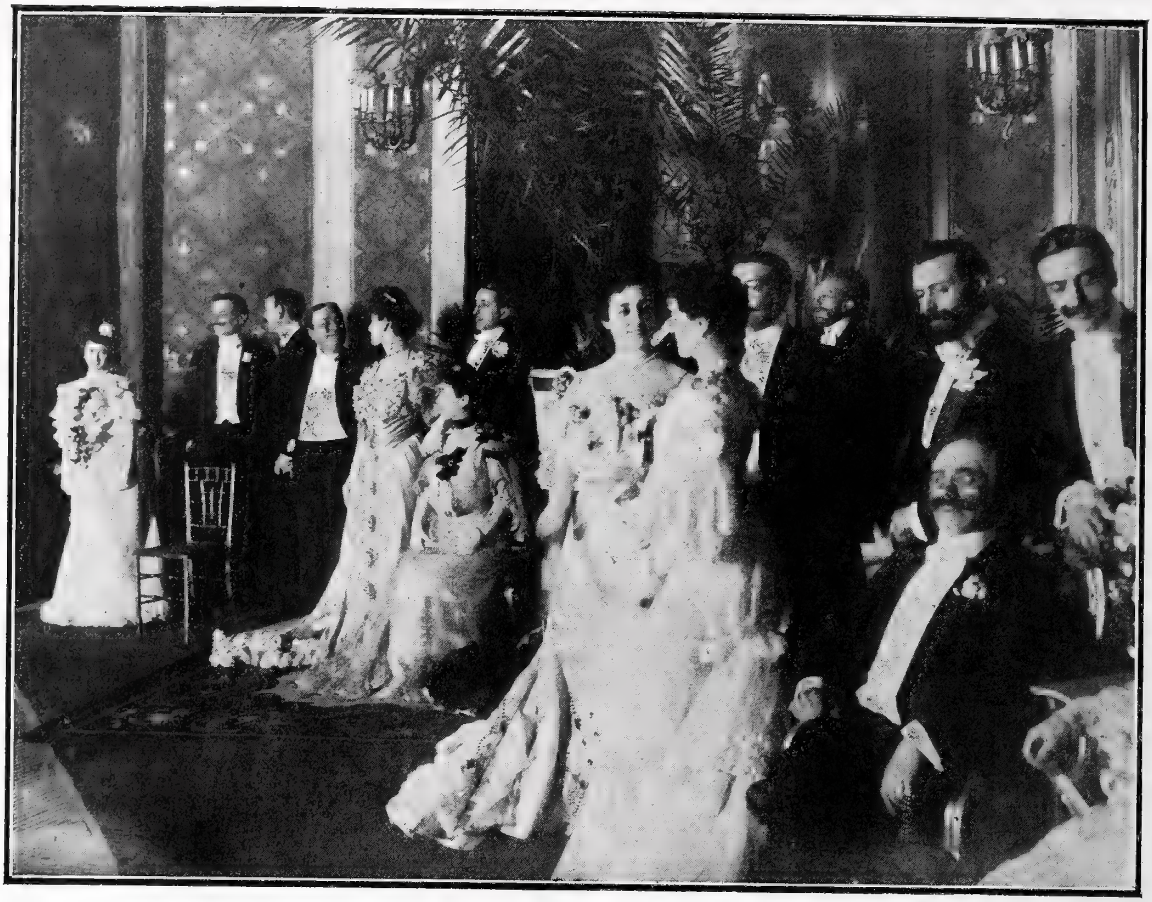
GONZALITO CANTANDO LOS «COUPLETS» DEL ROGUÍ EN «PATRIA NUEVA» — Fotog. Asenjo

El que no vemos de qué *avatares* ó transformaciones misteriosas va á echar mano para salir del horrible atolladero ó callejón sin salida en que se ha metido ó le ha metido Pidal, es nuestro digno presidente del Consejo.

Poco ducho el señor Maura en achaques teatrales, no ha comprendido el valor inmenso de aquellas palabras de Dumas, ó de quien sean: «Lo principal, es tener uno de su parte á los que se ríen.»

El Sr. Maura, que en vano intenta soltar frasecitas *fusiladas* de las que tan pésimo resultado le dieron á su dulce y antiguo amigo el Sr. Silvela, cuenta hoy día con la oposición más temible de todas: con una oposición que se compone de millares y millares de ciudadanos armados de carcajadas, que es arma harto más destructora que los fusiles; ciudadanos que ríen y ríen, aplaudiendo los picarescos guiños de la Srta. Soler en *El mozo crúo* ó las ridículas contorsiones de *Gonzalito* en el papel del *Roguí* de *Patria nueva*. ¿Recuerda el Sr. Maura lo que le pasó en Valencia al famoso gobernador Sr. Martos O Neale? Nadie le atacó razonada y seriamente. Se limitó aquel pueblo á *sacarle* coplitas, á cantarle tangos con letra asaz inocente y sosa... y el pobre señor no pudo resistirlo más de un mes.

En el momento en que se escriben estas líneas, el Gobierno



«EL ADVERSARIO». ACTO SEGUNDO. ESCENA DE LA SOIRÉE



ACTO TERCERO. DARLAY (SR. GARCÍA ORTEGA).
MARIANA (SRA. PINO)
Fotogs. Muñoz de Baena

ha suspendido las coplas. La paz reina en Varsovia... pero no respondemos de que siga reinando cuando ustedes lean esto.

Un literato cultísimo y de gran talento, Alfonso Danvila, ha tenido la excelente idea de presentar en gallarda y castiza forma al público del teatro de la Comedia la obra de Alfredo Capús y Manuel Arêne, *El adversario*, estrenada hace tres meses en París, y que sigue representándose allí sin interrupción y con grande y justificado éxito.

La citada obra es un verdadero modelo de alta comedia, que nada tiene que envidiar á las más famosas de Dumas y de Augier. Pocas comedias ofrecerá el teatro contemporáneo francés en que la exactitud de la observación social, la profundidad del análisis psicológico, el estudio de caracteres y el dificilísimo arte de la transición de lo cómico á lo dramático lleguen á mayor perfección. El caso particular presentado por Capús y Arêne resulta de grandísimo interés artístico y humano, y la conclusión que de él se deduce constituye una honda y desconsoladora lección moral. Y el mayor mérito de la comedia, á nuestro entender, representa una verdadera lección para los dramaturgos amigos de contrastes violentos y de brutales oposiciones de caracteres. Los personajes de *El adversario* no pueden dividirse en dos grupos opuestos, uno de *malos* y otro de *buenos*. Todos ellos son personas corrientes, vulgares, ni prodigios de inocencia ni monstruos de maldad, y sin embargo, la tensión dramática no puede ser mayor ni más conmovedora en los dos últimos actos.

El adversario ha obtenido muy buena interpretación en la Comedia, distinguiéndose principalmente las señoras Pino, Alverá, Catalá y Bremón, y los señores García Ortega, Tallaví y Balaguer.

La escena de la *soirée* en el segundo acto ha sido presentada con admirable propiedad.

* * *

LA NARANJERA,
POR F. ALBERTI



UNA MONTERIA







Los cazadores de raza, los que hacen de este viril deporte casi casi una religión, profesan cierto altanero menosprecio por los simples cazadores de volatería, gente incapaz de resistir el frío intenso, las fatigas y los peligros del monte. Y no les falta razón á los monteros, porque realmente es terrible cosa que una ó varias personas formales se reunan y asocien á sus aventuras á un sér tan digno y apreciable como el perro para matar á una candorosa perdíz ó á una codorníz sencilla.

Otra cosa es perseguir al corzo y al jabalí, hundirse entre los espesos jarales, hacer prodigios de equilibrio y de paciencia, ya para abrirse paso en el monte, ya para esperar un ojeo, ya para seguir un rastro. Los cazadores de montería son los cazadores de veras: los otros merecen el despectivo mote de *pajareros* que aquéllos les dan. Las fotografías que reproducimos representan varios incidentes de una montería en la dehesa de Valdelagrana.

Fots. L. Fernández.



Las Horas.

Para qué contar las horas
De la vida que se fué,
De lo porvenir que ignoras!
¡Para qué contar las horas!...
¡Para qué!

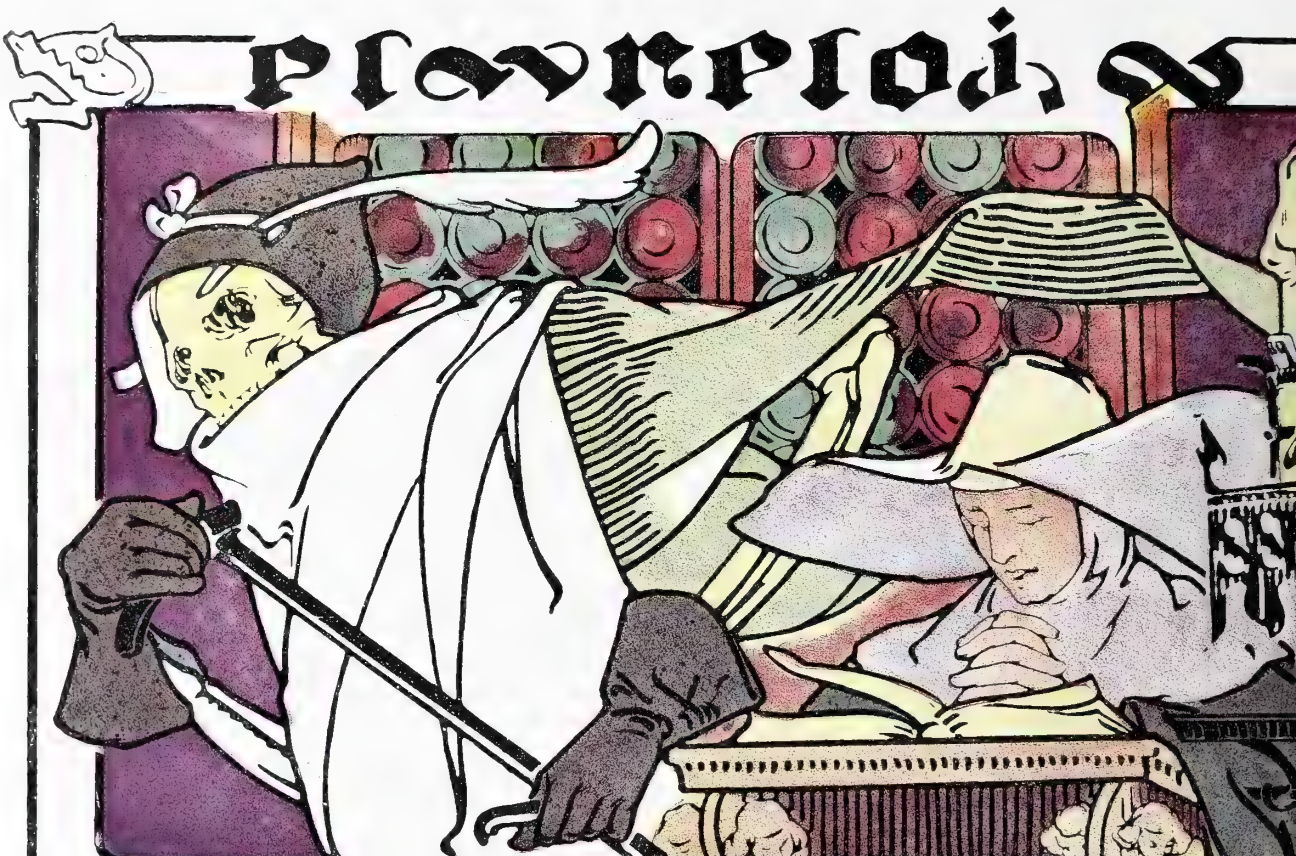
¿Cabe en la justa medida
Aquel instante de amor,
Que perdura y no se olvida,
Cabe en la justa medida
Del dolor?

¿Vivimos del propio modo
En las sombras del dormir,
Y desligados de todo,
Que soñando, único modo
De vivir?

Al que enfermo desespera,
Qué importa el cierzo invernal
O el soplo de primavera,
Al que enfermo desespera
De su mal.

Para qué contar las horas
No volverá lo que fué,
Y lo que ha de ser, ignoras.
Para qué contar las horas.
¡Para qué!.....

Francisco A. de Icaza



Cuando me lo contaron sentí miedo...

Un miedo interior, frío y angustioso, que proyectaba en la penumbra de mi alma lejanas visiones de pesadilla.

Era mi evocadora una viejuca aldeana de faz rugosa y amarillenta cual pergamino de breviario antiguo, y ojos verdes con luz triste de paisaje de otoño... Hablábame con gestos inquietantes de sibila, y en aquel lento rosario de palabras lentas había dejos de conseja montañesa, que yo escuchaba como en un sueño...

Yo no conocí á D. Celis. Pero su imagen ha quedado tan fuertemente grabada en mis recuerdos, que ya parece como que su vida dijéronmela siendo niño con voz muy queda, en el silencio de la media noche.

*
* *

D. Celis era el último del mayorazgo de los Requejadas. Extinguíanse con aquella vida sombríamente austera todas las grandezas de una estirpe por muchos títulos gloriosa. D. Celis era el fin de una raza. ¡Aquella raza de los Requejadas, de alma oceánica, que había ido dejando en el mayorazgo todos los refinamientos decadentes! Abolengo crepuscular el suyo, tenía perfil ruinoso de blasón heráldico, como aquel no menos ruinoso que luciera rampante sobre la ancha portalada de su casa solariega... Había llegado tarde al hundimiento de su progenie, y D. Celis, el noble y austero D. Celis, no sobrevivió á esta suprema catástrofe señorial... ¡Aún parece que le veo agonizante, con el último tembloreo de la muerte en sus labios mustios, los ojos entornados, las manos pálidas en cruz, venadas con el azuleo de su sangre débil de viejo Octubre...!

Una bella monja, Sierva de María, con la toca blanca, mariposeante, y cara de infanzona, leía en el devocionario la oración de Todos los Santos, y las gentes del pueblo, doloridas y humildes, repetían á coro el rezo por el alma de D. Celis.

—¡Santa María!

—Rogad por él.

—¡Santa Teresa!

—Rogad por él.

Y la monjita rezadora terminó con voz trémula, que parecía venir de muy lejos:

—Todos los santos y santas, rogad por él...

El mayorazgo expiraba... Por los vidrios grises de los altos balcones metíase, vibrando en el aire, la nostálgica melancolía de la aldea. Cabeceaban tristemente los álamos sin hojas, y el viento trajo de la vetusta torre la última campanada de las doce, pausada

lenta. Todos los relojes sonaron casi á un mismo tiempo: la voz de chantre de la Catedral, la voz monjil de la Colegiata... Oyéronse en aquella noche lúgubre las doce, la una, las dos, las tres... Yo conté todas, aun aquéllas amables y lejanas del amanecer...

Pero el reloj del solarón había apagado su monótono tic-tac, y sólo apuntaba con el índice de su horario las doce; la hora trágica de la muerte de D. Celis.

Ya no volvió á contar más... ¿Qué de fraternal y tierno había existido entre aquellas dos existencias solitarias...? Se creyera que algo roto había en la vida interior de aquella caja resonante... Allí estaba el reloj fantasmal y silente como un féretro, como aquel otro que guardaba la pálida efigie con sus párpados violados, la frente atormentada y las manos blancas, muy blancas, como azucenas... ¡Aquellas manos ducales que yo veía en adoración de quiromántica...! Dijérase que el reloj también había muerto encerrado en una caja negra. Pasó un día, y otro, y otro, y la esfera inmóvil, que tantas horas alegres y tristes amaneciera, seguía inmutable. Inútil fué que sus remotos herederos pretendieran restaurar, por tradicional devoción, aquella reliquia santa.

De luengas tierras vinieron sabios artífices, y ninguno halló el misterio del viejo reloj de pared... Yo lo vi... Seguía ceñudo, adusto, impenetrable como una esfinge, marcando su hora implacable, aquélla que cortó la vida del mayorazgo y heló su isócrono tic-tac... Dábame la idea de un corazón sin latidos, pobre corazón muerto.

Así llegó el día del aniversario, señor, el día lúgubre de los difuntos... Y cuando los deudos, en la antesala reunidos, enlutados y tristes, en la paz conventual de la noche musitaban el fervor de sus plegarias, entonces, entonces llegó hasta ellos pausado, manso, siniestro, un rumor que les produjo una extraña sensación espantosa...

¡En la cámara mortuoria de D. Celis vibraba un terco tic-tac acompañado de doce campanadas sonoras y dolientes en ofrenda piadosa de recuerdo eterno!...

¡Jesús! Dígole, señor, que, á mi cuenta, aquel reloj tenía encantamiento... ¡Alabado sea Dios!... Una ráfaga de locura pasó estremecedora... Mis ojos contemplaron á la familia del difunto clamando con profundo terror religioso:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Mientras el reloj seguía impasible: tic-tac, tic-tac.

*
* *

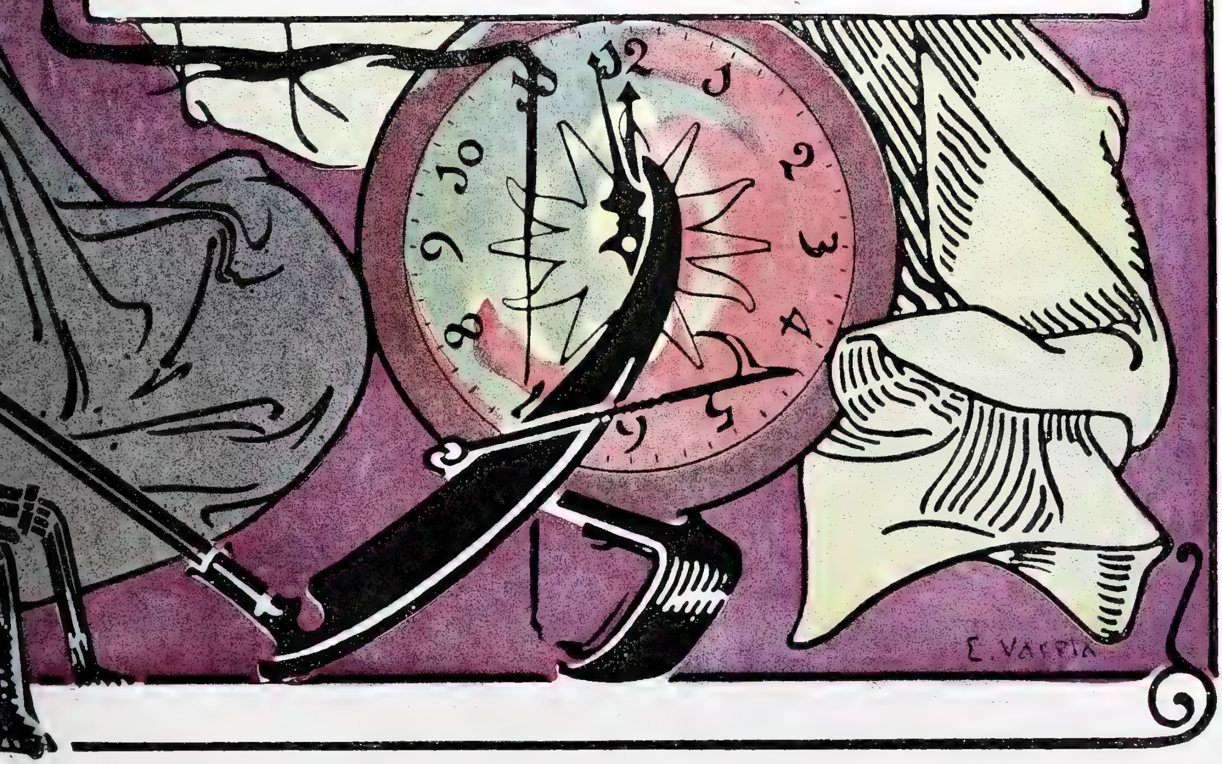
Hay en algunas iglesias humildes de la Montaña unos relojes estrechos, altos y huraños, ocultos como buhos en la sombra, que parece que miran, que contemplan, interrogando silenciosamente, supersticiosamente...

Algunas veces pienso que estos relojes tienen alma... ¡Alma en pena!...

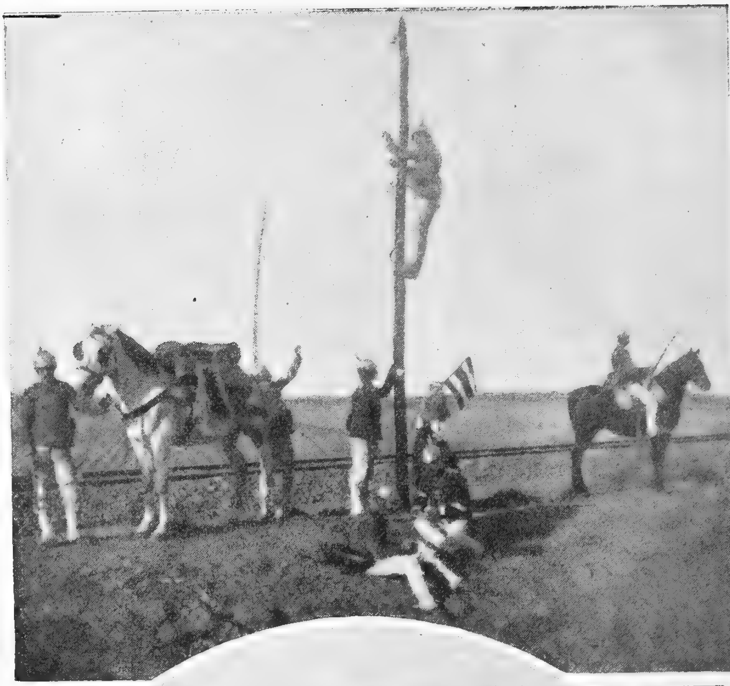
Lema: CONFETTI

DIBUJO DE VARELA

(NÚMERO 3 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



LA CABALLERIA EN CAMPAÑA



LA táctica moderna ha cambiado completamente el objeto y aplicaciones de la Caballería. Para atender á las múltiples necesidades de la exploración y de darla independencia, haciéndola llenar por sí sola las funciones de «ojo avizor del Ejército», en cada regimiento del arma hay una sección de obreros formada por individuos escogidos por su ilustración, por su robustez y por el oficio que antes de ingresar en filas ejercían.

A estos individuos se les da instrucción especial, que comprende el conocimiento del material de vías férreas y líneas telegráficas, las maneras de destruir y recomponer rápidamente dichas obras, la transmisión y la interceptación de despachos, y la telegrafía óptica; el paso de ríos y barrancos por medios fáciles y realizables con celeridad; la construcción de trincheras y acantonamientos y, en fin, las voladuras por medio de la dinamita.

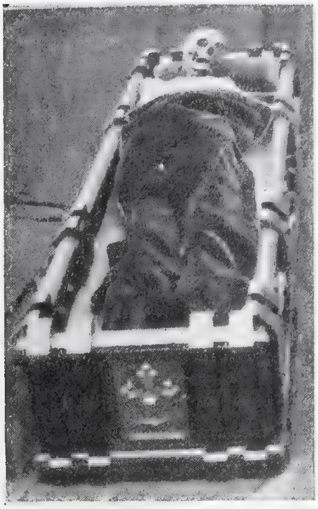


Para dichos ejercicios poseen las secciones la cantidad necesaria de herramientas, unas para los trabajos propios del zapador, otras para la destrucción de obras de hierro y madera y de líneas telegráficas. Además de las herramientas que cada caballo portea con su jinete, hay otras que se llevan en un caballo de mano, el cual acarrea sobre sus lomos la friolera de 75 kilos de dinamita, 250 metros de cable embreado y otras frioleras destinadas á reventarle la combinación al enemigo. Como se ve, los oficiales y soldados de Caballería tienen que saber hoy más que el mismísimo Lepe. El viejo lanzón de Ruy Díaz de Vivar es ya casi un trasto inútil.



Fots. Alvarez de Toledo

TERUEL





TORREÓN DE AMBELES



ESPAÑA VIEJA

La Ciudad de los Amantes

No es Verona, la ciudad de Romeo y Julieta: la Ciudad de los Amantes, la que al amor tan sólo debe su celebridad, es Teruel la silenciosa, Teruel la romántica, por cuyas calles estrechas parecen vagar los atormentados espíritus de Isabel y Diego, cuyos cuerpos cenicientos y amojamados se conservan como una leyenda hecha realidad tangible.

Teruel es una ciudad hidalga cuyo reposo no han perturbado los ruidos y apresuramientos del moderno vivir. No vaya por esto á creerse que los ciudadanos de Teruel son hombres de la Edad Media, intolerantes y feroces; al contrario: dentro de la ruda energía propia del carácter aragonés, el de los turolenses aparece templado por no sabemos qué simpática y agradable dulzura, que se diría infiltrada en el ambiente de la ciudad.

El cielo allí es apacible; las casas y calles, tranquilas; de trecho en trecho rasgan los aires afiligranados torreones y alminares moriscos como los de San Salvadór y San Martín. Este último, á horcajadas sobre un arco, parece un caballero árabe con repujada armadura, en cuyas labores se quiebran los rayos del sol...



CALLE DE LOS AMANTES Y TORRE DE SAN MARTÍN



LA CATEDRAL

Fotografías E. Lucini

... QUE LO DEMÁS ES AIRE,
POR CARLOS VÁZQUEZ



ACTUALIDAD EXTRANJERA

La publicación del importantísimo libro *Correspondencia íntima é inédita de Luis XVII*, por Mr. Otto Friedrichs, ha vuelto á poner sobre el tapete el añejo pleito de los Naundorff. El Sr. Otto Friedrichs demuestra de un modo indudable la identidad moral del pretendiente Guillermo Naundorff con el delfín de Francia Luis XVII, á quien la historia oficial y diplomática supuso muerto en el Temple. Esto presta interés de actualidad á los retratos de los legítimos descendientes de Naundorff: su nieto el *príncipe* Juan de Borbón, la esposa de éste *princesa* Fanny María Magdalena, y su hijo el niño Enrique Carlos Luis, que viven cual modestos burgueses y tienen el patriotismo de no querer perturbar la paz de su país con locas aventuras.



EL PRÍNCIPE JUAN DE BORBÓN, SU ESPOSA Y SU HIJO
Fotog. Chusseau Flaviens



EL PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN HELVÉTICA

Honra esta página el retrato del nuevo presidente de la Confederación suiza Mr. Roberto Comtesse, elegido en los últimos días de Diciembre por la Asamblea federal para desempeñar aquel cargo tan honorífico como mal retribuído. El Sr. Comtesse nació en Fontaines en 1847; diputado de la Asamblea desde 1874, ha sido juez, consejero de Estado, ministro de Hacienda y de Justicia y presidente de la Asamblea en 1894-95.

La expedición de los escolares españoles á París, dirigida por los Sres. García Moreno, Boscá y Moreno Bengoechea, ha terminado, regresando á España satisfechísimos los estudiantes por las atenciones y agasajos de que han sido objeto en la *ciudad luminosa*, tanto por parte de los estudiantes parisienses como de los elementos oficiales.



BANQUETE OFRECIDO Á LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES POR NUESTRO EMBAJADOR EN PARÍS
Fotog. Gribayedoff



LA PRINCESA MATILDE EN 1841



RETRATO DE LA PRINCESA EN 1898, POR DOUCET

La princesa Matilde, última descendiente directa del tronco de Bonaparte, ha muerto en París, rodeada de estimación y respeto generales. Era la princesa Matilde hija del hermano menor de Napoleón el Grande, y durante el segundo Imperio, su salón fué el principal punto de reunión de los grandes artistas y literatos de la época. Su belleza espléndida, su extraordinaria cultura, sus excelentes dotes artísticas y su talento y discreción valiéronle tan grandes simpatías, que sólo ella se salvó del desastre del Imperio tras los días aciagos de 1870 y 71. Fué siempre el prototipo de la elegancia y de la espiritualidad parisiense, el modelo de la gracia, de la indulgencia y del arte social.

El primero de los retratos que publicamos la representa como era en 1841, pocos meses después de



LA EMPERATRIZ EUGENIA Y LA PRINCESA CLOTILDE SALIENDO DE LOS FUNERALES POR LA PRINCESA MATILDE

Fotog. Gribayedoff

su boda con el príncipe de San Donato, Anatolio Demidoff. En ese retrato lleva un tocado á la moda rusa, y ostenta el collar de perlas regalado por Napoleón I á Catalina de Wurtemberg, madre de la princesa Matilde. El otro es un retrato reciente pintado por Doucet, su maestro de pintura.

* * *

LA CUESTA DE ENERO

Es una cuesta perteneciente á la clase de las simbólicas, que son siempre las más difíciles de subir, hasta el punto de que muy bien pudiera reformarse la antiquísima copla diciendo:

Para cuestas simbólicas
quiero mi burro,
porque las otras cuestas
ya me las subo.



Como por diferentes *concausas* los españoles padecemos la terrible desdicha de ser una compañía de dieciocho millones de cómicos de la legua, que no encuentran un actor de genio que los dirija, ni un empresario que los contrate, ni un camarero que les fíe dos *bistekes*, resulta aplicable á toda España la frasecilla esa de *la cuesta de Enero,* inventada hará medio siglo por algún histrión aburrido y traspillado de hambre y de frío.

Así, no con mayor gallardía y holgura que los cómicos de poco pelo, suben ó subimos la cuesta de Enero los empleadillos de mala muerte, los periodistas de tres al cuarto, y toda la innúmera falange de azotacalles y desocupados que pudo salir adelante en medio de los despilfarros camachescos de las Pascuas, y que después se queda en tristísima situación, porque no hay nada tan aflictivo y angustioso como el hambre que se siente al otro día del hartazgo. Si para la mayoría de los españoles la aspiración suprema consiste en ir tirando, bien se ve cuán grande es la tristeza y desamparo del mes de Enero, que añade á la fatiga de ir tirando, la de hacerlo cuesta arriba.

Por consiguiente, no sólo es la cuesta de Enero un símbolo nacional, sino que el sitio más llano de la corte, ó sea la acera del Suizo, que es precisamente donde con mayor acritud é intensidad se notan los efectos de la cuesta, puede considerarse en estos días como la representación esquemática de toda la Península é islas adyacentes. Hay que ver aquellos rostros encanallados por los innobles surcos del colorete, aquellas temerosas barbas de quince días, aquellos inverosímiles ternos, tanto más entristecedores hoy cuanto que ayer fueron muy de moda, y ya se sabe que la moda de hoy es la ridiculez de mañana: aquellas miradas tétricas, que tantas veces quisieron en vano reflejar los chispazos de la ira ó las llamaradas del amor de personajes mal estudiados y peor entendidos: aquellas bocas amargas, por las que pasó, sin percatarse de ello sus poseedores, tanta poesía como el agua clara de la fuente por la tubería negra... Todas las tristezas seculares, todas las miserias mal ocultas por la fisga y zumba aparentes de nuestros autores picarescos, se encuentran allí, en aquellos corros de pobres séres que suben la cuesta de Enero sin moverse del lugar más llano de Madrid. Y hay en los adentros de tan lastimosa tropa muchísimas cosas nuevas, inauditas y apenas al oído confesadas, que asustarían á Quevedo y á Espinel, á Castillo Solórzano y á Salas Barbadillo... y después de asustarles, acaso les inspirarían novísimas aventuras picarescas mucho más graciosas y risibles que las ya contadas

Ninguno de aquellos ilustres varones previó la tremenda significación *picarológica* de esa frase. ¡La cuesta de Enero! ¡Es algo aterrador, en lo que tampoco pensó Dante Alighieri: algo que pone los pelos de punta! ¡Dieciocho millones de pobres cómicos cuesta arriba! ¡Hala, hala!..

T.

DIBUJO DE SILENO



LA LOBA PARDA

Oid un viejo romance de la sierra. Yo lo escuché, de labios de un zagal, una tarde de invierno brumosa y triste. Cuenta el romance añejas andanzas de pastores y lobos, y por sus versos corren ráfagas invernales; sólo lo ilumina y templa la esperanza ténue de una primavera riente y fecunda. Evoca su ritmo el paraje desolado y agreste. Envuelto en el encanto del misterio, tiene el candor infantil de las antiguas leyendas: dialogan pastor y lobo, y á los requerimientos de la fiera hambrienta replica el hombre con montaraz jactancia.

Fué en el rigor de la invernada. La nieve que cayera en la noche había borrado los senderos; yo caminaba aterido bajo el cielo nevoso; tembleequeaba dentro de mi capotón recio, con el rostro encendido por el azote de la ventisca. Era la jornada áspera y dura. Resbalando en la nieve, mil veces me perdiera en su monótona blancura sin embocar el puerto. Hube de bordear las asperezas de roquedal bravío, y, traspuesta la cumbre, atravesé los piornos abatidos al peso del nevazo; luego crucé un retamar; más tarde me acogió la cándida fronda de un pinar centenario.

En el silencio de la montaña, una esquila tintineó melancólica. La vereda perdíase en un calvero. Un pastor salió al camino.

Era mozo; bajo su manta, jironada por el uso, asomaba el zamarro; zahones renegridos y lustrosos resguardaban sus piernas de la humedad serrana; mugrienta boína protegía sus greñas.

—¿Queda mucho para el pueblo?

—Poco, señor.

—¿Me perderé en el camino?

—Desde la salida del pinar no tiene pierde.

—¿Quieres acompañarme?

Nada dijo. Fijó un momento en mí la indiferencia de sus pupilas claras, y comenzó á caminar por entre los pinos, monte abajo.

Soplaba furioso el cierzo, y la nevisca, que antes cayera pausada y lenta, tornóse alegre y danzarina. Declinaba la tarde, y la voz del zagal, clara y vibrante, rasgó su helado silencio:

Las cabrillas van muy altas,
la luna va arrebatada,
las ovejas de un cornudo
no paran en la majada.
Estando el pastor en vela
vió venir la loba parda.
—Llega, llega, loba parda;
no tendrás mala llegada
con mis siete cachorrillos
y mi perra truquillana
y mi perro el de los hierros,
que sólo para ti bastan.
—Ni tus siete cachorrillos
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros,
no valen para mí nada.
Entró y sacó una borrega,
hija de una oveja blanca,
que la tenían mis amos
pa la mañana de Pascua.
—Aquí, siete cachorrillos;
aquí, perra truquillana;
aquí, perro el de los hierros,
á correr la loba parda.
Siete leguas la han corrido
por unas grandes montañas,
y siete la han arrastrado
por unas veredas llanas.

Al subir un cotarrito
y al bajar una cotarra,
salió el pastor al encuentro
con un cuchillo sin vaina.
—Pastorcito, no me mates,
por Dios y la Virgen santa,
que diré á mis compañeros
que no vuelvan á tu piara.
—Siete pellejitas tengo
para hacer una zamarra;
con la tuya serán ocho
pa acabarla de aforrarla.
Las patas para manguitos,
las orejas *pa* polainas,
y el rabo para agujetas
para coserme las bragas;
y en caso que sobre algo
pa hacer un mandil *pa* el ama.

Calló el pastor. Y el cierzo tremebundo arrastró en sus hondas de hielo la última cadencia del romance serrano.

—¿Quién te enseñó el romance?

—Mi padre.

—¿Lo inventó él?

—No, señor; mi padre se lo oyó á mi abuelo.

—¿Era pastor tu abuelo?

—Lo mismo que padre.

Habíase perdido en el espacio el último verso y aún escuchaba su ritmo. Era el romance que los pastores viejos cantaban en los hatos, allá en las noches largas, para alejar del corazón de los zagales el miedo del lobo.

Hubo un silencio. El pastor caminaba ligero, sin que sus abarcas dejasen huella en la crujiente nieve. Al coronar una loma paróse en firme y con su brazo señaló una dirección. Allí estaba el pueblo. Su caserío tiritaba bajo el manto de la nevasca; sólo indicaba su existencia la torre de la iglesia y el humo que lento ascendía de sus hogares.

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señor.

—Pues adiós, Juan; ya nos veremos.

Tornóse el pastor al hato, y yo, animoso, me aventuré en la senda que ondulaba en el robledo. Bien entrada la noche llegué á la aldea.

Después de un largo caminar sobre la nieve, ¿quién no ha sentido la voluptuosidad exquisita de la posada en el pueblecillo de la sierra?

En el zaguán obscuro sacudís, como matojo en primavera, los copos que blanquean vuestro capote; demandáis sitio en torno del fuego, y mientras la moza os escancia el retozón vinillo de la tierra, escuchais de labios de un serrano viejo los fríos fabulosos de las invernadas de antaño.

¡Antes eran las nevadas más fuertes y los lobos más feroces!

Llaman á la puerta, y un nuevo caminante reclama puesto en el hogar.

Es un baratillero que recorre los pueblos de la serranía. Viene de Canencia, y, dentro de su anguarina parda, farfulla que los negocios están malos, que la nieve cierra los puertos y dificulta los caminos del valle, que cada madrugada alumbra nuevas fechorías de los lobos hambrientos.

Un trago del pardillo de Escopete ahoga las quejas.

Y de tiempo en tiempo el cierzo silba, y los cristales tiemblequean, y cae el hollín en la brasa, y un copo que penetra por la chimenea, enorme y solitario, se evapora en la cresta de las llamas rojizas. Y antes que el silbo se extinga y se evapore el copo, el viejo pastor dice con ademán solemne:

—Este, este es el lobo que mata nuestros corderos.

Y yo adormezco junto á la lumbre, mientras el viento simula aullidos y la brasa finge el fosforescer de las pupilas de la loba parda.

...

...

Vuelvo á la sierra en primavera y recorro el camino del invierno.

Zarandeados por los vientos marzales, los piornos han sacudido su carga de nieve; lloran los pinos sus invernales rigores, y el sol no tiene fuerza bastante para enjugar su lagrimeo.

En el pinar alcanzo á unos pastores que bajan á la aldea. Es la Pascua, y llevan cruzados sobre sus hombros los corderos que han de sacrificarse.

Pregunto por Juan, y me dicen que Juan ha muerto de frío.

Bajó una tarde á la aldea y no tornó al hato. Retuviéronle hasta la noche el amor de la moza y el amor de la lumbre. Intentó subir luego, y, por ser la niebla espesa y la ventisca fuerte, no acertó el camino.

—Allí le encontramos—dice el más anciano de los pastores,—junto á los pastizales, al pie de los cauchos, á la vera de aquel *boyizo.* Y su brazo indica el agrio declive de un barranco, en cuyo fondo, mugiendo, salta un torrente espumoso.

Caminamos en silencio. Al terminar el robledo, en la primera y suave ondulación del monte, asoma el pueblo su albo caserío, envuelto en los últimos jirones de la niebla azulada. El agua en las caceras ríe bullidora y salpica sus espumas á las márgenes, florecidas de margaritas blancas. Vestidas de fiesta, circulan por las callejas las mozas, y brillan al sol sus pañuelos rameados y sus zagalejos de colores vivos.

Y mientras el valle en su lozanía se alboroza, refugiado en las altas cumbres el enemigo del pastor, el lobo del invierno, enarca su blanco lomo, que se destaca del azul de un cielo castellano.

Y parece que, envuelto en los aromas de la brisa abrileña, flota irónico el ondulante ritmo del viejo romance serrano:

Ni tus siete cachorrillos,
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros
no valen para mí nada.

Y las campanas voltean jocundas. Y los hombres, para celebrar la Pascua, sacrifican los cabritos más tiernos de sus rebaños: los que no devoraron los lobos durante las largas noches de ventisca y hielo, en las rabiosas hambres invernizas.



E. DE MESA

DIB. DE REGIDOR

COSA INÚTIL Y CURIOSA

Mi querido Melitón González:

SABRÁS que Rufa Perejílez, la cocinera que tiene el honor de saltearme los riñones y freirme los sesos, recibió ha pocos días una carta de su hermana de leche Pura, la jueza municipala de Valdecalostros, anunciándola su próximo alumbramiento y rogándola que, para cuando llegue el caso de bautizar á lo que nazca, la remita una lista de nombres escogidos, á fin de colocar uno de ellos á la criatura.

Todo esto, como ves, ofrece poco de particular.

Cualquier mortal, sean los que sean sus ideales políticos, puede tener fuera de sí, vamos, ausente de su lado, una hermana Pura capaz de multiplicarse; y asimismo está muy en lo posible que la tal pida nombres para aplicar después al reciennacido el que le dé la real gana.

Lo que sí ofrece positiva particularidad, y por eso te lo cuento, es la forma en que la reina de mi fogón ha tenido á bien enviar ayer á la hermanita de Valdecalostros los cuarenta y cuatro nombres que se le ocurrieron, forma extraña únicamente debida á la defectuosa manera de escribir que usa la condenada Rufa para comunicarse con sus semejantes y con los militares sin graduación.

—¿Quieres que yo te escriba esos nombres?—la pregunté, guiado por el mejor deseo.

—No se moleste usted, señorito—me contestó,—pues yo misma los he escrito ya.

—¡Ah! ¿Luego no eres analfabeta?

—No, señor; soy murciana.

—¿Conoces la ortografía?

—Aquí apenas conozco á nadie.

—Pues si quieres que yo te ponga los puntos...

—¡Cá! ¡No faltaría más!...

—Bueno, mujer. Vaya el escrito como quiera. ¿Y qué nombres son los que envías?—seguí preguntando á la Rufa.

—Léalos usted en este papel, señorito—me respondió extrayéndose del seno una hoja doblada y casi humeante.—Cuarenta y cuatro van justicos y cabales.

Pasé mi vista, corta pero honrada, por el papelito, y vi que éste decía lo siguiente:

..............................

«BARTOLO ME DARÍA PA CARRO. SACARLO SIN ESCAROLA. BLASONO FRESAL Ó ME LEO NORMA CARIAJORGEVIT AL GALOPE PAGA VINO Y SIDRA. SI MONTO MÁS MONICACOS ME CRUZO AL VER TOMAR TINTA DE OJO SECURRO. NI COME DESMIGUE LA DEL APIO, NI CASI ORO QUEDA, NI EL DOLOR ES GAS. PARAMOS EN GRACIA. IR EN EL INODORO TE AMARGA. RITA.»

..............................

Al pronto me pareció esto una disparatada sarta de incongruencias ininteligible é inaguantable. Es más, creí que la Rufa se había equivocado de papel al enseñármele. Pero tanto insistió en asegurarme que aquello era la verdadera lista grande de los *cuarenta y cuatro nombres* elegidos, que lo leí detenidamente y vi que, en efecto, tenía razón

Y en uso de mi perfecto derecho, ¡oh Melitón amigo! lo pongo en tu conocimiento como cosa curiosa, aunque inútil, deseándote al propio tiempo cabal salud y buen humor.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 23 Enero 1904. N.º 664



EL HADA

ERA de lo más bello que puede crear la febril fantasía de poeta romántico y soñador. En su exterior aparecía de femenil estructura; el interior era más perfecto, pues carecía de cuantos órganos groseros componen la naturaleza humana, sin contener vaso ni entraña alguna. La había formado sutil y particular materia, cuya vida sustentaba con los aromas de la flora universal, con rayos de luz y absorbiendo buchecitos de las brisas húmedas y bien olientes. Con tan vaporosos alimentos se nutría el hada y conservaba su extraño, bellísimo y asombroso cuerpo. ¡Qué ojos los de esta hada misteriosa! azules, del color de la turquesa, si la luz viva les alumbraba; húmedos, dulcísimos y amorosos cual no digan mil poetas de los buenos. Mas conforme penetraban en los ámbitos sombríos del espacio, tornábanse obscuros hasta diluirse en el negro intenso del azabache. Y si en sus matices celestes eran bellos los ojos sobre toda ponderación, con su negrura fascinaban y herían como sutil saeta impregnada de dulce veneno. ¿Qué diré de todo lo demás de su figura? Imagínese cada cual lo más perfecto, cabal y armónico que puede vaciarse en hechura de realidad y mujeril belleza, y aún se quedará corto en el fantasear, por mucho que se extralimite. No iba desnuda el hada de mi cuento, no. Envolvía su blanquísimo cuerpo unas como gasas sacadas del taller de la aurora y de purpúreas y anaranjadas nubes; y un trozo de céfiro azul, formado de un cacho de cielo, figuraba sobre su cabeza á modo de velo de desposada, todo sembrado de estrellitas luminosas, y era rara elegancia que añadía á la figura singularísimo encanto. ¿Que en qué se ocupaba este hada portentosa? ¡Oh! sus quehaceres eran por demás grandiosos y sugestivos. Toda la santa eternidad la invertía embebecida en la contemplación de mundos y más mundos, soles y más soles, maravillas y más maravillas.

Se deslizaba por el espacio sin ruido ni aun de alas, vagando por la atmósfera y bañando su espíritu en la inconmensurable extension de la obra divina; y esto lo hacía con inteligencia de hada, que es casi tanto como decir con inteligencia de diosa. ¡Qué existir tan plácido y agradable! La ocupación de nuestros astrónomos es juego de muchachos comparada con la de esta hada maravillosa y sublime.

Así transcurría su tiempo sin medida, «ni envidiosa ni envidiada,» en perdurable juventud, sin noción de la muerte ni del sufrir, sin pasión por lo miserable y perecedero, y poseída de amor del alma hacia la magnificada belleza de la labor divina y eterna. ¡Qué sabe el pobre mortal de esta mezquina tierra lo que vale y significa vida y amores semejantes!

Un día de nuestro cuadrante solar, dió vista el hada á nuestro mundo. Jamás había posado su planta sobre la atmósfera terrestre, y como novedad le chocó y se paró.—¡Qué feo es este planeta!—pensó. —Camina torcido, y su atmósfera es desigual y malsana. ¡Qué menguados é imperfectos deben de ser sus habitantes! Y lentamente descendía hasta tocar casi la tierra. Tenía también el hada don de lenguas, y así no es extraño que comprendiera la queja articulada que transmitía el eco de una arboleda cercana.—¡Ay, yo muero!—decía la voz entre quejidos angustiosos.—¿Qué será?—se preguntó el hada. Y acercándose hacia el paraje de donde la voz partía, vió tendido en el suelo un joven y gentil guerrero armado de todas armas y sangrando de ancha y profunda herida que en el pecho tenía. El hada se cernió sobre el herido, tocó con el índice de su diestra mano el pecho traspasado, y la tremenda herida se cerró al punto, quedando el joven sano y salvo y sin el dolor más leve. Estático le dejó visión tan portentosa y hecho tan inaudito cual el de hallarse curado con el mágico dedo de aquella sílfide prodigiosa; y aunque no se dió cabal cuenta, por el pronto, de otra lanzada tremenda que recibió en su alma, conoció luego, á poco, que la flecha invisible del amor hacía su oficio con aguda y sin igual presteza.

¿Quién eres, di, oh tú, criatura deseada, ideal de mi alma, esperado y jamás hasta ahora realizado ensueño? ¿Quién eres? ¡Oh! Ven, ven... Desciende hasta mí, que te amo...—decía el guerrero con apasionado acento y todo estremecido.

El hada se elevó un poquito más, y sonriendo á modo de... hada y con palabras que parecían susurros de la gloria, dijo:

¿Yo? ¿Que quién soy yo? Soy el hada.

Hada, sí, que no otra cosa eres: ven, ven por favor; siempre te amé, peleé por ti y por ti moría, que no á hierro de lanza de enemigo; ábreme el pecho que compasiva curaste y verás el incendio de mi corazón; todo él arde, y tu imagen se grabó en el fondo; ven, diosa, ó arráncame la existencia, pues sin ti no viviré.

No puedo ir ni puedo amarte—replicó el hada,—por que mi alma se sustenta de otros amores mas [illegible]ndes y eternos.



—¡Ah! ¿Qué dices? ¿No puedes amarme? ¡Cruel, cruel! Pues ¿para qué me diste la vida? Toma—continuó con ademán desesperado,—toma, llévate el corazón, porque sin ti morirá entre atroces tormentos; sí, tómale y llévatele —y se descubría el pecho en arranque apasionado y delirante.

Ella pensó que acaso fuera un bien extirpar tal víscera de aquel ardiente y dolorido pecho. Con leve soplo adormeció al guerrero, y con maña de hada le extrajo el corazón, volviendo por arte mágico á cerrar la herida y dejando el busto ileso y limpio de toda mancha.

Terminada su breve é insólita tarea, pues todo fué cosa de segundos, se lanzó el hada al espacio con su extraña y palpitante presa. Paróse luego y púsose á contemplar la entraña humana con curiosidad y algo de risa, y con movimiento graciosísimo y coquetón colocó el corazón sobre su pecho, como si fuera dije ó joya rara y preciosa.

Siguió mi hadita sin interrupción su inacabable *sport*, cuándo en el ambiente de un sol, cuándo en el de un planeta; otras veces sirviéndole de vehículo la cabellera de un cometa ó impulsada por fugaz meteoro. Y así pasó algún tiempo (meses de nuestra medida terrestre) sin acordarse del pobre guerrero que descorazonado había y que olvidado quedaba en la tierra.



Pero el corazón de aquel infeliz, que ella se había colgado por monada sobre su pecho, la molestaba más de lo justo. Su latir era incesante; su movimiento, continuo. Se dilataba, se comprimía. A veces sentía el hada un rocío caliente que le bañaba el seno, y que debían de ser lágrimas que el corazón segregaba. A ratos le creía arder cual si fuera ascua, y una vez que tocó su superficie, notó que le habían nacido espinas agudísimas y que pinchaban mucho, y en otros lados advirtió brote de flores aterciopeladas y suavísimas al tacto, que despedían fragancia grata por demás al sentido; pero éstas menos en número que las espinas.

Con su inteligencia vidente, comprendió el hada todos estos fenómenos, y se sonrió con su adorable é indescifrable sonrisa.—¡Bah!—se dijo—voy á devolver el corazón á su dueño; me estorba... hasta sobre el pecho.—Y se acercó á la tierra, hacia el sitio en donde dejara al cuitado, pues adivinó que allí le hallaría recorriendo el cielo con la mirada, lugar aquél de vaga querencia para el joven, al que acudiría con la más absoluta serenidad de pensador y filósofo. El hada, en efecto, le divisó, y acercándose le dijo:

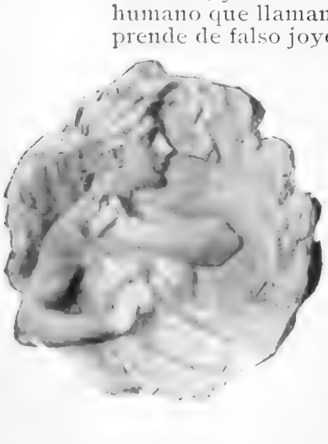
—Toma tu corazón; me estorba; me mortifica hasta como dije; no le quiero...

—*¡Vade retro!*—articuló el mancebo, que ya no iba armado de todas armas y mostraba bonísimo talante.—Apártate de mí, hada inmortal. ¿Que tome mi corazón? No. Desde que me lo extrajiste, gozo, en verdad, de la vida; nada me conmueve, no sufro, no amo, y en cambio mi inteligencia se ha agrandado, y penetra y descifra mucho de lo que antes tuve por arcano. No; no quiero el corazón; ¡valiente hallazgo! Si te enoja, hada divina, arrójalo al espacio para que al caer en tierra sea pasto de peces ó alimañas. Estoy así muy bien. Gracias.

Volvió á sonreir el hada con su enigmática sonrisa, sin contestar ni acceder al deseo del mancebo; y oprimiendo el corazón suavemente entre ambas manos, se elevó lenta, sin prisa, envuelta en diáfano y refulgente velo hecho de un cacho de cielo y tachonado de luminosas estrellitas, y el ropaje sacado de la propia aurora y de nubes de púrpura y anaranjadas. ¡Cuán deslumbrante aparecía en su pausada y extraordinaria ascensión!

—¿Y qué haré con *ésto*—se dijo,—que cada vez late con más brío y se multiplican más sus flores y espinas, y sus prolongaciones y encogimientos se repiten sin cesar con más rapidez y arde como fuego...? ¿Qué haré, qué haré?

Y recordó que en sus excursiones había visto un mundo muy superior, muy grande, muy hermoso, en el cual no se vivía á expensas de la muerte, ni se luchaba por la existencia, ni los hombres se mataban, y en donde no se sabía qué era, ni en qué consistía, ni para qué sirve esa quisicosa del sér humano que llamamos corazón. ¡Y fué y qué hizo la picaroncilla del hada! Así como quien se desprende de falso joyel regalado por enemigo á quien se desprecia, así dejó ella caer el corazón sobre aquel mundo, siempre sonriendo, con aquel su sonreir incomprensible, enormemente atrayente y fascinador. Y dijo en su tono musical al desprenderse del estorbo:



—Tomad, habitantes de ese mundo; ahí os dejo *eso;* si es de vuestro agrado, aceptadlo, y que fructifique; con *eso* se ama mucho, mucho, mucho; mas á causa de *eso* se sufre también y se aborrece; yo no quito ni pongo rey; pero como en *eso* al par que las espinas nacen las flores...

Y se alejó la deidad, hendiendo el espacio, á seguir su interminable peregrinación por el infinito.

No hay noticia de si el corazón fué acogido y si se multiplicó, ó bien si sirvió de raro manjar á alimañas ó peces, si por desdicha se criaban en aquel hermoso mundo tan feos bichos.

LEMA: CEA

(NÚMERO 4 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS).

BAJO RELIEVES DE COULLAUT VALERA

ACTUALIDADES

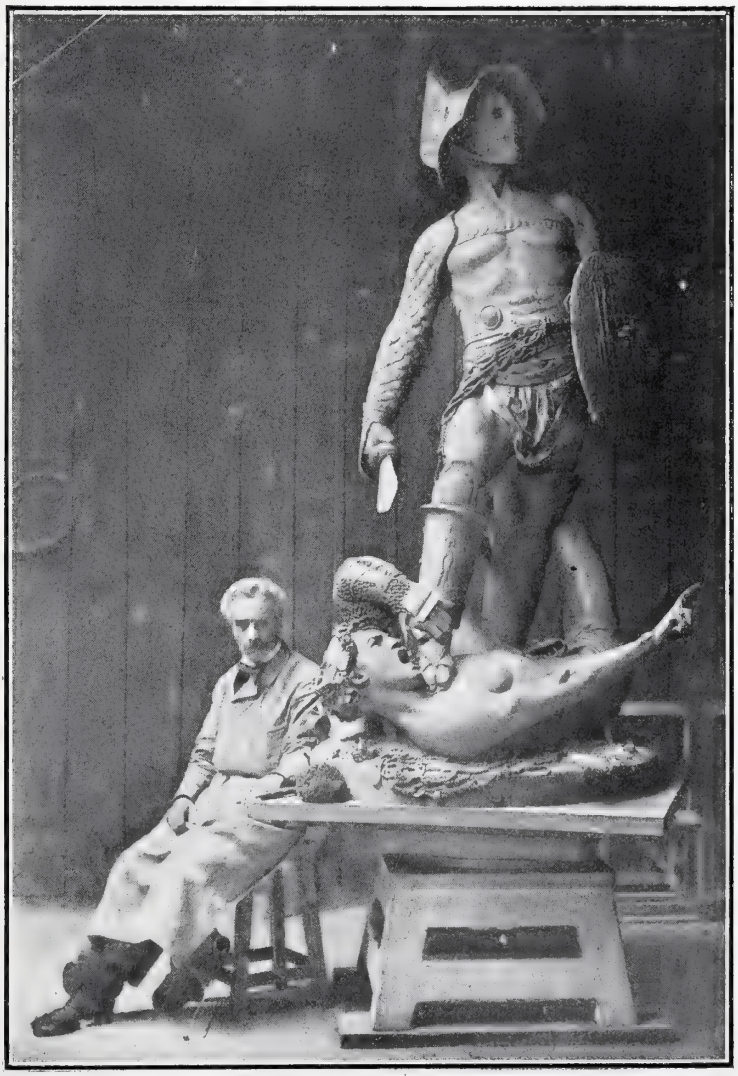
La repentina é inesperada muerte del ilustre catedrático de Psicología, Lógica y Filosofía moral en el Instituto de San Isidro, D. Urbano González Serrano, ha sido una gran pérdida para la ciencia filosófica y para las letras españolas.

Urbano González Serrano, fallecido á los cincuenta y cinco años de edad, en pleno vigor físico é intelectual, no era solamente un catedrático modelo, estimadísimo de sus compañeros y de sus discípulos: era, además, un profundísimo pensador, un eterno estudiante, siempre atento á toda la producción filosófica universal, que seguía paso á paso, y un excelente crítico literario, que estudiaba las obras de imaginación desde un punto de vista principalmente psicológico y social.

A González Serrano se debe—como decíamos hace poco al hablar de su último libro *La literatura del día*—el mejor estudio crítico escrito en castellano acerca de un autor extranjero, *Goethe*, obra de la cual se han hecho varias ediciones. Otras obras suyas, como la *Psicología del amor*, *Preocupaciones sociales*, *Estudios críticos*, *En pro y en contra*... hasta treinta y tantos volúmenes, acreditan la



D. URBANO GONZÁLEZ SERRANO
Fotog. Company



GÉRÔME EN SU ESTUDIO

incansable actividad del insigne catedrático, cuya muerte ha sido muy sentida por sus amigos y no decimos por sus adversarios porque no le conocimos ninguno á un hombre tan bueno y tan honrado.

No sólo los franceses, sino todas las personas amantes del arte pictórico y escultórico, lamentan asimismo en estos días el fallecimiento, repentino también, del insigne artista Juan León Gérôme, académico y profesor de pintura en la Escuela de Bellas Artes de París.

Gérôme había nacido en Vésoul el 11 de Marzo de 1824. Muy joven marchó á París, comenzando sus estudios bajo la dirección del célebre Paul Delaroche, con quien visitó Italia en 1844. Su primera obra, *Riña de gallos en Grecia*, obtuvo tercera medalla en el Salón de 1847 y está actualmente en el Museo de Versalles. Desde este año hasta el de 1885 en que presentó su famoso cuadro *¡Ave Cæsar Morituri te salutant*, produjo obras maestras tan notables y conocidas como *Friné ante el Tribunal*, *Luis XIV y Molière*, *La muerte de San Jerónimo*, *Leona luchando con un jaguar*, etc. Cuando ya era un pintor reputadísimo, cargado de primeras medallas y condecorado con la cruz de la Legión de honor, á los cuarenta años resolvió dedicarse á la escultura, en la que ya había trabajado, modelando numerosas figuras de las que había de pintar en sus cuadros, como hizo en sus tiempos el gran Domenico Greco, si hemos de creer el testimonio de Jusepe Martínez.

Grandísima sensación produjo en la Exposición de 1872 la



UNA SALA DEL MUSEO DE CÓRDOBA J. Nogales

magnífica estatua de *Belona*, modelada por Gérôme en bronce, mármol y marfil. Y no menos admiradas fueron las figuras de *Bonaparte en Egipto* y *Federico el Grande*, y la estatua del *Dolor*, colocada por el artista en la tumba de su hijo en el cementerio de Montmartre, así como las preciosas figuritas coloreadas de la *Mujer del aro* y la *Mujer de Tanagra*, que han sido mil veces reproducidas.

En la noble y hermosa ciudad de Córdoba se ha verificado hace pocos días, con la debida solemnidad, la inauguración de dos nuevas salas de Arte moderno en el Museo de Pintura, instaladas por su director don Enrique Romero de Torres, quien ha hecho muchas é importantes mejoras en dicho establecimiento, enriqueciéndole con notables obras de arte, dibujos de maestros antiguos y cuadros y esculturas de artistas contemporáneos, como Inurria, Cano, Becquer, Sans, Ferrán, Ocón, Muñoz Lucena, Garnelo, etc.

Al acto asistieron todas las corporaciones oficiales, catedráticos, artistas y literatos, que felicitaron por su provechosa iniciativa al Sr. Romero.



S. A. LA INFANTA DOÑA MARÍA DEL PILAR
Del «Welt Spiegel»

Desde que llegaron á esta corte Sus Altezas la infanta doña Paz y el príncipe de Baviera D. Luis Fernando con sus hijos, ha sido general la curiosidad por conocer á la joven infanta doña María del Pilar, á quien algunos periódicos extranjeros han indicado, ignoramos con qué fundamento, como la futura Reina de España. Nos parecen muy prematuras esas indicaciones, por la temprana edad de la Infanta, que es, como pueden ver nuestros lectores, una preciosa niña, en cuyo inocente rostro se refleja la bondad de su alma.

La impresión causada en el público madrileño por la presencia de Su Alteza en el teatro Real y en otros sitios públicos, no ha podido ser más agradable; pero de todas suertes, nos parece completamente aventuradas cuantas suposiciones se han hecho acerca de planes para lo porvenir.

* * *



DIALOGUITOS INOCENTES

PEPITA.—Mira lo que dice aquí: *Gente menuda.*

JUANITO.—¿Y á mí qué me importa? ¿Qué has hecho de la bolsita de caramelos que...

PEPITA *(desentendiéndose con gallardía).*—Es que *Gente menuda* somos nosotros, los niños buenos; éste es un periódico para los niños buenos y juiciosos.

JUANITO.—¡Ah! Entonces me lo traen porque me he tomado el aceite de hígado de bacalao sin rechistar.

PEPITA.—Eso; te lo darán como premio.

JUANITO.—¡Qué gusto! Entonces, en cuanto se acabe la botella, ya no tomo más...

PEPITA.—¿Qué dices, Juanito? ¿Estás tonto?

JUANITO.—Sí, sí; ¡buen tonto soy yo! ¿No sabes lo que hace mi mamá? Cada vez que tomo bien el aceite de hígado de eso, me pone un real en la hucha.

PEPITA.—La verdad es que tienes una suerte...

JUANITO.—Aguarda, que no he concluído. Y cuando la hucha ya tiene veinte reales...

PEPITA.—¡Te compra un juguete, naturalmente!

JUANITO.—¡Tú sí que eres tonta...! Cuando la hucha tiene veinte reales, va y con ellos me compra otra botella.

PEPITA.—¡Pobre Juanito!

JUANITO.—Esas son las ventajas que se sacan de ser juicioso. Pero ahora ya, cuando me quiera echar el real en la hucha, diré:—No, mamá, vale más que me compres el periódico de los niños buenos... y así, en acabándose esta botella...

PEPITA.—Te comprarán otra, de todas maneras.

JUANITO.—¡Toma! Entonces, ¿para qué me va á servir el periódico?

PEPITA *(confusa).*—Pues... mira: el periódico te servirá para... Dice el abuelito que á D. Juan le ha servido el periódico para hacerse ministro.

JUANITO.—¡Vaya una cosa! También vienen á casa periódicos que dicen que los ministros son unos bribones. ¡Yo no quiero ser ministro! Yo lo que quiero es una bicicleta.

PEPITA.—Sí; eso es: para oler á quitamanchas. *(Se oye un fuerte campanillazo.)*—¡Anda! ¿Sabes quién llama? Celipe.

JUANITO.—¿Y quién es Celipe?

PEPITA.—Un niño como tú... sólo que vende periódicos y trae *La Corres* á casa.

JUANITO.—Si vende periódicos, ¿qué va á ser como yo?

PEPITA.—¡Vaya! ¡Puede que sea mejor! ¿A que tú te ponías malo si *andaras* descalzo como él?

JUANITO *(pensativo é inclinándose también á la compasión).*—Pero ¿anda descalzo?... Habrá que darle unas botas. Vamos á ver. *(Salen los dos niños al recibimiento y celebran una interview con Celipe.)*

JUANITO.—Di, *Celipe,* ya que vendes periódicos, ¿para qué sirven los periódicos?

CELIPE *(ponderativo).*—¡Anda, la osa! Pa que yo me compre un ceneque y me lo coma y duerma abrigao el día que coloco dos *veinticincos...* Y luego, pa aprender á leer. Yo he aprendido mismamente en estas letras gordas de *La Corres* y del *Heraldo...* Y los días que hace mucho, mucho, mucho frío, pues, coge uno un par de periódicos y se envuelve bien el cuerpo en ellos, poniéndoselos junto á la carne, y se ríe de las *pomonías* y pué dormir al raso tan campante... y á la mañana los prende uno fuego y se calienta las manos y los pies tan ricamente.

JUANITO *(soñador).*—Y además sirven para hacer sombreros de general, y bonetes y monteras murcianas, y gorros de todas clases...

PEPITA.—Y también sirven para leerlos. Mira, ¿quieres que volvamos la hoja? *(Lo hacen y cae el telón.)*

DIBUJO DE ALBERTI



CÓRTESE LA PÁGINA POR ESTA LÍNEA



CHIQUILLADAS

EL CUENTO DEL CANARIO

TENGO la seguridad de que vuestra mama ó vuestra institutriz, con la mejor intención del mundo, os han contado más de una vez el cuentecito del canario, para enseñaros á no ser curiosas, fisgonas ni desobedientes.

¡Cómo! ¿Decís que no? Me choca; pero en fin, voy á repetiros el cuento del canario, aunque sólo sea para sacar de él otra substancia que la que suelen sacar quienes le cuentan.

Pues señor, esta era una niña un poquito fisgona y dos poquitos caprichosa que se llamaba Teresita. Le gustaban mucho los canarios, y su mamá le prometió comprarle uno si se portaba bien. Conque como, en efecto, se portó bien Teresita, un día le dijo su mamá: --Mira, yo voy á salir para comprarte el canario, porque has sido buena. Tú te quedarás en esta habitación, y sobre todo te encargo que tengas mucho cuidado con esa cajita que dejo encima del velador, porque si la abres ó la tocas siquiera, puedes hacerte cuenta de que el canario no es para ti.

Se quedó sola Teresita, mirando con gran curiosidad la caja que estaba encima del velador. Era una cajita redonda, como la del manguito que Teresita llevaba á paseo. En la tapa tenía unos agujeros... y lo más maravilloso es que dentro de la caja sonaba ruido, un ruido extraño, así como el que hacen los ratones por la noche cuando arañan con sus patitas el pavimento de madera... ¡igual!

Yo no sé cómo le dió á Teresita aquella tentación tan fuerte de faltar á las órdenes que su mamá le había dado; pero la verdad es que primero empezó por acercarse á la caja con tanto miedo como si dentro de ella estuviese el tigre del Retiro... Pero ¡quiá! un tigre no cabe en una cajita chica. Y luego que también su mamá le había dicho que no debía ser miedosa ni hacer melindres y aspavientos de susto sin motivo para ello. ¡Aquel ruido, aquel ruido era lo que á Teresita le preocupaba! Mire usted, si la caja no hubiese hecho ruido, hasta es muy posible que la niña no hubiera desobedecido á su mamá; pero ¡póngase usted en el caso de Teresita, y á ver si no hace usted lo que hizo ella!

¿Que qué hizo? Ya os lo habéis figurado. Abrió bonitamente la caja, y salió... ¿Qué diréis que salió? Naturalmente, salió un canario precioso, pitorreando y trinando de gusto al verse en libertad. Primero se posó en una consola; después en el aparato de luz eléctrica que pendía del techo, y por fin, viendo entreabierto el cristal del balcón, se largó á la calle tan campante, sin que Teresita pudiera detenerle con razones ni con súplicas. Y cuando la pobretina rompía á llorar con el mayor desconsuelo, apareció su mamá, que estaba escondida en la habitación inmediata viendo todo lo que sucedía, y echó á la pobre niña una reprimenda como para ella sola, y hasta hay quien asegura que la dió unos azotitos por desobediente y por curiosa.

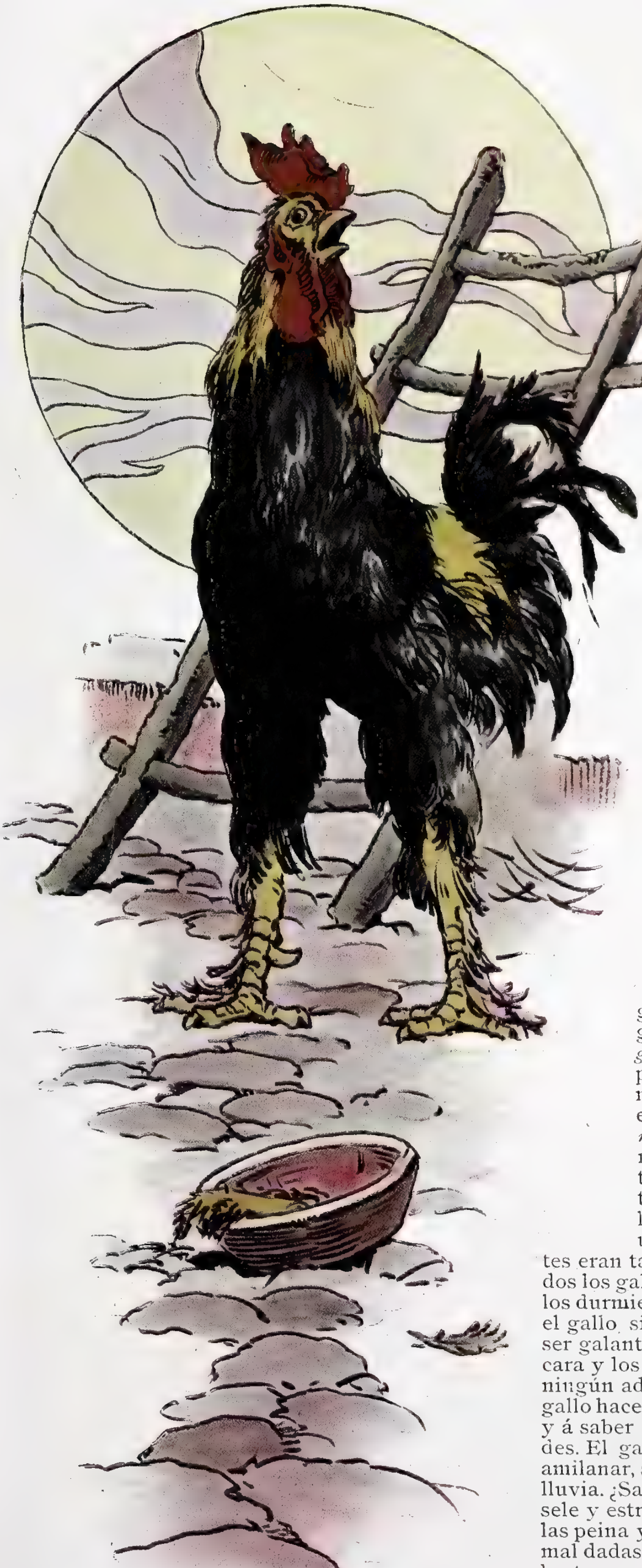
¿Y vosotros, niños y niñas de mi alma, creéis que la mamá de Teresita hizo bien, y que aquella niña era muy mala y merecía tal castigo? No lo creáis, no, aunque os lo digan, poniéndose muy serias y foscas, vuestra mamá y vuestra institutriz.

No hizo bien Teresita en desobedecer á su mamá, pero tampoco hizo bien su mamá en dejar á la niña á solas con una caja que tenía un pájaro dentro; porque es malo ceder á la tentación, pero es peor aún exponer al inocente á que caiga en ella; y esa no es manera de educar niños.



DIBUJO DE SANCHA

EL GALLO



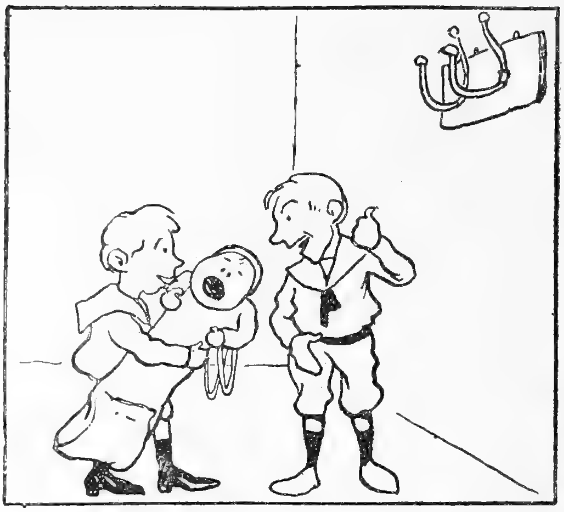
¡Quiquiriquí! Antes que piense el dormilón del sol en sacudir la sábana de escarcha ó de nieve que reboza la tierra; y antes que el arriero más madrugador eche el pienso de la mañana á sus burros; y antes que la monja más puntual toque los primeros maitines; y antes que el mayoral de la labranza fría los ajos para las migas del desayuno; y hasta antes que se despierte el inquieto y amarillo avaro... ¡quiquiriquí! ya está cantando el gallo tempranero. Su ¡quiquiriquí! resuena triunfante en las horas silenciosas, y vosotros, la gente menuda, que estáis en vuestras cunas y camitas bien arropados, hechos unas marmotas, no le oís, porque el gallo no canta para los niños, sino para las personas mayores.

El ¡quiquiriquí! de la madrugada no es un canto caprichoso, ni el gallo es un animal criado por Dios solamente para que los hombres se lo coman con arroz y para que las señoritas se adornen los gorros y capotas con las catorce plumas que tiene en la cola.

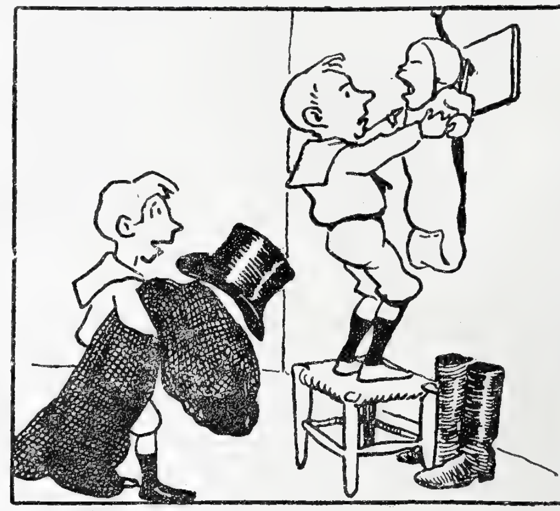
No; el ¡quiquiriquí! es el toque de llamada para la faena. Canta el gallo, y la gente comienza á trabajar. Los hombres han inventado los relojes para darse el gustazo de retrasarlos y pasarse todas las mañanas algunas horas desperezándose; pero con el gallo no valen esas tretas de holgazanes. Al gallo no se le puede retrasar. El canta á su hora, sin que nadie pueda impedírselo. Hace muchos cientos de años, en eso que llaman la Edad Media, como había pocos relojes, la gente se regía por el canto de los gallos. Según nos cuenta el Poema del Cid, *á los mediados gallos*, los guerreros, que han de madrugar, por lo menos, tanto como los labradores, montaban á caballo y se echaban al campo en busca de aventuras. Había, pues, *primeros gallos*, que son los que cantan á media noche; *mediados gallos*, que cantan de dos á tres de la mañana, y *postreros gallos*, que cantan cuando empieza á pintar el día. Dicen las crónicas que hubo en tiempos antiguos una ciudad llamada Sibaris, cuyos habitantes eran tan perezosos y regalones, que mataron á todos los gallos para que el quiquiriquí no despertase á los durmientes. Pero no sólo nos enseña á madrugar el gallo, sino que también debemos aprender de él á ser galantes con las damas, á protegerlas y sacar la cara y los espolones por ellas, á no tener miedo de ningún adversario por terrible que parezca, pues el gallo hace frente á muchos animales mayores que él, y á saber resistir con mucha energía las adversidades. El gallo, cuando sopla la tempestad, no se deja amilanar, sino que se planta de frente al viento y á la lluvia. ¿Sabéis por qué? Porque así, en vez de rompérsele y estropeársele las plumas, el mismo huracán se las peina y alisa. Así, cuando seáis mayores y vengan mal dadas, si hacéis como el gallo y sabéis aguantar los temporales, saldréis de ellos con dignidad, la cual es para los hombres como las plumas para el gallo.

DIBUJO DE REGIDOR

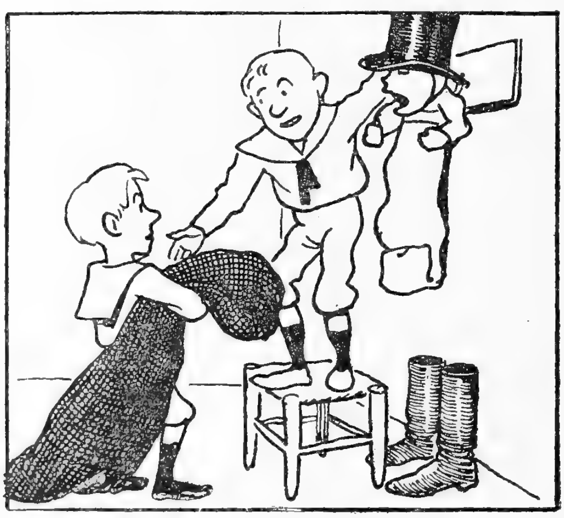
UNA VISITA INESPERADA, POR XAUDARÓ



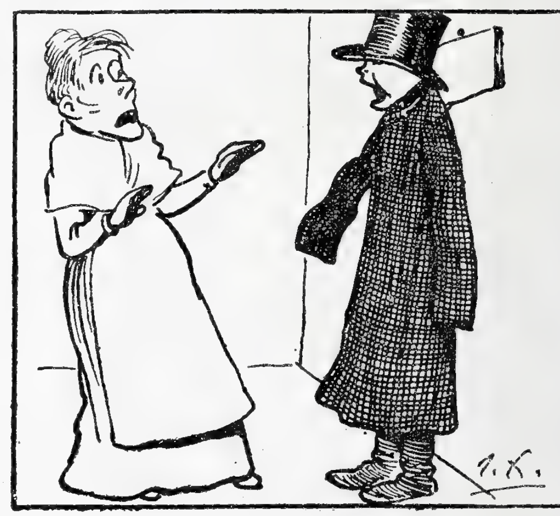
1.—Mira, vamos á colgarle por llorón.



2.—¡Ajajá! ¡Ahora que patalee!



3.—Ahora, con el gabán y la chistera del abuelito...



4.—¡Vaya una sorpresa!

CONCURSOS DE GENTE MENUDA

PRIMERO: CONCURSO DE ECONOMÍA INFANTIL

Es muy frecuente que los padres de familia enseñen á sus hijos, por pequeños que sean, el valor material del dinero. Casi ningún niño ignora lo que es una peseta ó un duro. En cambio, son muy pocos los niños á quienes se enseña el valor moral del dinero, su utilidad social y humana, los bienes que puede reportar empleándolo con acierto. Por esta razón, *Gente menuda* propone á sus lectores, menores de doce años, la siguiente pregunta:

¿EN QUÉ EMPLEARÍA USTED CINCUENTA PESETAS?

Las contestaciones á esta pregunta se dirigirán al Director de BLANCO Y NEGRO, calle de Serrano, 55, Madrid, y vendrán escritas de puño y letra de sus autores, quienes las firmarán é indicarán su edad y las señas de su domicilio y vecindad. Examinadas las contestaciones recibidas hasta el día 30 de Enero por un Jurado compuesto del Consejo de Redacción de BLANCO Y NEGRO, se concederán las cincuenta pesetas al niño que proponga darlas mejor y más útil y provechoso empleo en beneficio propio; es decir, que, naturalmente, quedan exceptuados del Concurso los que indiquen que van á gastar la cantidad total en un fin meramente filantrópico ó caritativo, pues de lo que tratamos es de que el niño premiado gaste las cincuenta pesetas en la forma que á él le sea más beneficiosa, material y moralmente. Y claro está que puede repartir esa cantidad aplicándola á diferentes adquisiciones.

BOCETO DE MANCHURIA

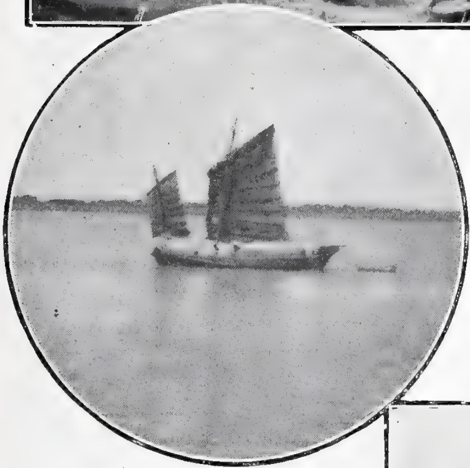
PARA mí, el recuerdo de esa tártara región se asocia á impresiones de frío y guerra, á visiones de hielo y nieves rutilando bajo un sol deslumbrador y un cielo azul turquí. Contemplela una tarde de Diciembre, con 24° bajo o, desde el extremo oriental de la Muralla de la China, orillas del golfo de Liao-Tung. Asomada la cara por entre almenas de granito, veía yo extenderse hacia el Norte la inmensa llanura manchú, entapizada toda de blanco, y donde en el diáfano ambiente se perfilaban los negros troncos y el deshojado ramaje de sauces y abedules. Ni una choza, ni un sér vivo en toda la extensión de





aquel albo y refulgente yermo, que por el septentrión y el ocaso limitaban cárdenos montes, y del lado del oriente otra llanura infinita, fúnebre, tersa y gris: el mar cuajado por los fríos.

Solo estaba yo; y era tal la angustia de aquel paisaje, que hubiérame creído el único superviviente de un mundo helado y muerto, á no ser por el rumor lejano que á mis espaldas venía de Shan-hai-Kuan, ciudad semimanchú, semichinesca, ocupada por tropas internacionales, y en cuyas estrechas calles, por la mañana, procurando zafarme de toscas carretas indígenas y recuas de pardos y velludos camellos, había estado codeándome con tártaros hirsutos, mongoles de avieso mirar, celestes parlanchines y graves coreanos envueltos en blancos ropajes y cubiertos de sombreros anchurosos.



Pero á pesar del lejano rumor, no pensaba yo en Shan-hai-Kuan. Pensaba en la Manchuria nevada y desierta, teatro reciente de tanta desolación causada por la lucha entre dos opuestas civilizaciones: la moderna occidental y la antiquísima y al parecer inmutable del Imperio chino. Y pensaba en el posible despertar de toda la amarilla gente; en nuevas innumerables hordas gengiskánicas, armadas con fusiles de repetición, que pudieran invadir á



la aterrada Europa... Caía la tarde. Graznando por cima de mí pasaron bandadas de cuervos, gordos de la pitanza de boxers muertos á tiros. Y los cuervos fueron á posarse gravemente sobre el sinnúmero de chinescas tumbas cónicas que, como lobanillos, salpicaban la campiña nívea... Disturbolos un rum-rum de carretas que pasaban. Era un convoy de alertas y menudos soldados japoneses. De pronto el convoy se hizo á un lado, y á lo largo de él pasó á escape una *troika*, arrastrada por tres caballos al galope, y en la que iba un militar ruso. Al cruzarse en el camino, saludáronse fríos y corteses el guerrero eslavo y el guerrero japonés, jefe del convoy.

Y los cuervos se echaron á volar, graznando como si previeran otra repapilante ración de muertos.

LUIS VALERA



Hora de ensueño

En lo azul de la noche han abierto
como luces en flor, las estrellas;
corazón, corazón, ¿estás muerto?
las estrellas de plata han abierto;
ve arrancando tus rosas más bellas.

Por el cielo hay tristeza de luna;
todo es niebla; una estela de plata
van dejando las horas; y hay una
serenata á la luz de la luna,
una vieja y letal serenata.

Han pasado fragancias de nardos,
han pasado plegarias de niños,
y ha gemido el laud de esos bardos
—dolorosos poetas de nardos—
que se mueren sin sol de cariños...

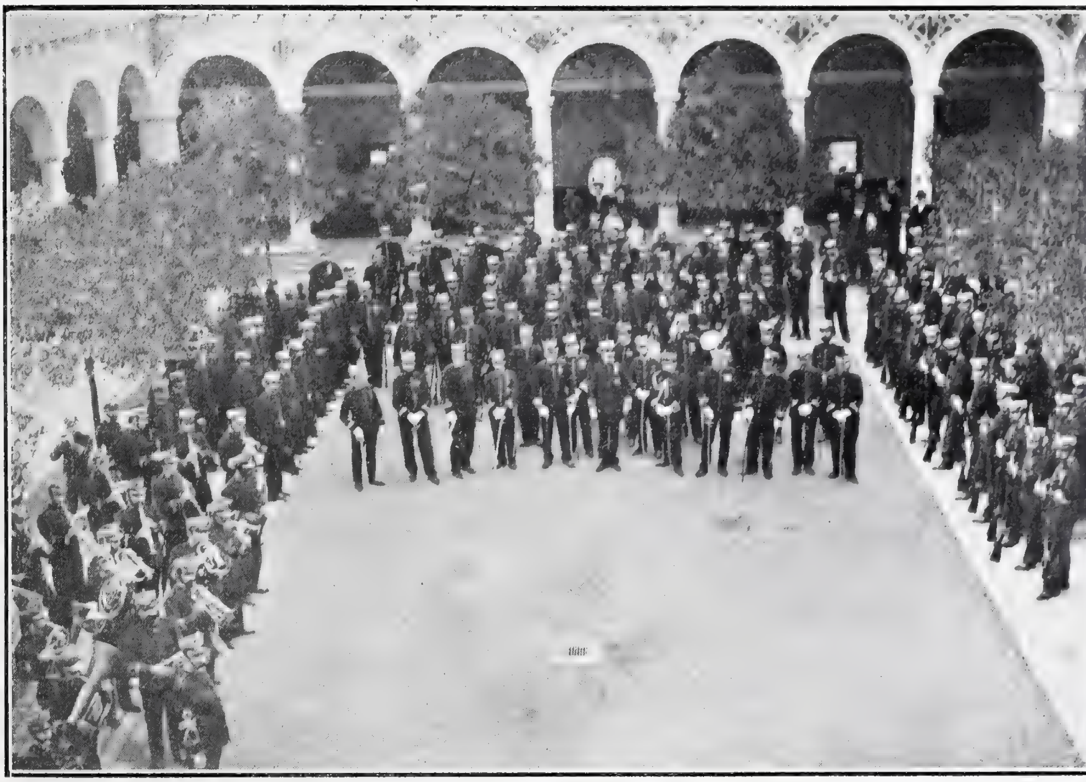
¿Es un alma que llora en las nubes?
¿Es un eco dormido y distante?
Melancólica novia que subes
de la sombra del mundo á las nubes,
¿y tu lánguido beso fragante?

Se ha dormido mi alma, lo mismo
que se duerme una rosa. Mi sueño
ve pasar, noche azul, por tu abismo
una sombra cargada, lo mismo
que tú, noche, de bruma y beleño.

Es un vuelo que pasa, es el vuelo
de algún ángel que va á sus estrellas.
Corazón, corazón, sube al cielo
y pregunta á algún ángel: ¿Y el vuelo
de mi alma? Mis rosas más bellas
se han abierto esta tarde hacia el cielo.

Juan R. Jiménez

Dibujo de E. Sala



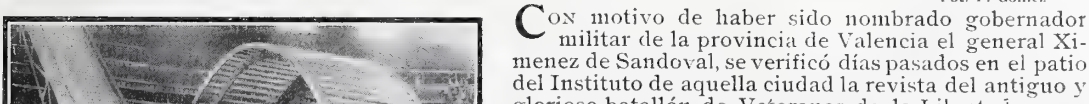
EL GENERAL XIMÉNEZ DE SANDOVAL REVISTANDO Á LOS VETERANOS DE LA LIBERTAD EN VALENCIA

Fot. F. Gómez

CON motivo de haber sido nombrado gobernador militar de la provincia de Valencia el general Ximenez de Sandoval, se verificó días pasados en el patio del Instituto de aquella ciudad la revista del antiguo y glorioso batallón de Veteranos de la Libertad, semejante á nuestra simpática Milicia veterana madrileña.

El batallón practicó algunos ejercicios, siendo calurosamente felicitado por el general, quien manifestó al jefe Sr. Pacheco que había quedado muy satisfecho de la buena organización y disciplina de ese Cuerpo.

HEMOS tenido el gusto de ser visitados por una de las señoras más intrépidas y decididas que hemos



MISS ALIX EN SU AUTOMÓVIL HACIENDO EL «HOOPING THE HOOP»



EL DUQUE DE ARÉVALO DEL REY
Fot. Resines

conocido en este mundo: la distinguida y apreciable miss Alix, quien probablemente cuando ustedes lean estas cortas líneas ya se habrá lanzado tres ó cuatro ó más veces á practicar en el circo de Price un descabellado y sensacional ejercicio, consistente en arrojarse, montada en un automóvil, por la pista circular del *Looping the loop* y largarse luego por los aires á manera de diabólico proyectil.

Es verdaderamente asombroso el empeño que diferentes miembros, más ó menos distinguidos, de la humanidad manifiestan en romperse la crisma por ingeniosos é inesperados procedimientos. Nosotros, el día que nos visitó miss Alix, la veíamos y no la veíamos, como suele decirse.

Es una señora que, por su amor al peligro, más bien que Alix debia llamarse Maura

UNA de las cosas que con más gran fervor pedíamos desde hace tiempo al Altísimo en nuestras cortas oraciones, era que nos deparase un concejal lo bastante ilustrado, inteligente y activo para que realizara una completa reforma en el pavimento de esta muy ilustre Villa.

Sin duda que el Supremo Hacedor nos ha oído y ha inspirado ó iluminado al Excmo. Sr. Marqués de Lema, nuestro muy amado alcalde, para nombrar Inspector de Vías y Obras al Sr. Duque de Arévalo del Rey, joven Grande de España, hombre de gran independencia, y que por su cultura, adquirida en constantes viajes por las grandes capitales de Europa, se encuentra en condiciones de tomar indispensables y prácticas iniciativas con el fin de que los infelices madrileños no nos pasemos la vida metiéndonos en barro hasta el colodrillo ó dando tumbos y tropezones sin llegar caminando por estas asperezas, *de la inmortalidad al alto asiento* como dijo el clásico, previendo las calles de Madrid en el siglo XX.



LA DOCTORA DOÑA CONCEPCIÓN ALEIXANDRE
Fot Albiach



¿SOY Ó NO SOY EL ZAR DE RUSIA?
Caricatura del «Daily Graphic»

VERDADERA alegría nos produce el honrar esta página publicando el retrato de la ilustre Srta. Doña Concepción Aleixandre, que leyó en la sesión inaugural del presente año académico en la Sociedad Ginecológica Española un magnífico discurso, cuyo tema era *El ginecólogo en sociedad*. La Srta. Aleixandre, que es doctora en Medicina y Cirugía y ejerce su profesión con raro acierto y felicidad, demostró en dicho discurso una elevación de criterio, una cultura y una seguridad de estilo verdaderamente notables.

Harto más que todas las predicaciones de los feministas teóricos hacen en pro del sexo femenino ejemplos tan hermosos y de tanto provecho práctico y moral como el de la insigne doctora valenciana

PARA terminar estos apuntes, recogemos del *Daily Graphic* una interesante nota política relativa á la actitud del Emperador de Rusia ante el conflicto ruso-japonés. Dícese que en uno de los últimos Consejos, cuando ya hasta los más mesurados y prudentes consejeros del Zar parecían inclinados resueltamente á la ruptura de hostilidades en Manchuria, el Zar se levantó indignado, diciendo: —¿Soy ó no soy el Zar de Rusia? ¿Soy ó no el Emperador de la Paz...? — Y terminó el Consejo.

* * *



MENTIRAS HISTÓRICAS

GUILLERMO TELL

La mentira, el infundio, la paparrucha y la patraña existen más ó menos en todas las ramas de la ciencia, pero en ninguna se desarrollan con más frondosidad que en la llamada ciencia histórica, verdadero montón de enredos y embolismos increíbles, en el que por cada palabra verdadera hay dos mil engaños patentes ó *trufas paladinas*, como llamaba á las falsedades un ilustre historiador español á quien se le habían escapado también, y no pocas. Nuestra gloriosa Historia nacional está empedrada de farsas y ficciones que no se tienen en pie de puro mal hilvanadas; pero dejando aparte estos venerandos embustes por hoy, bueno será que comencemos tirando piedras al tejado ajeno, y destruyendo como podamos, con pocas y perentorias razones, las leyendas forjadas por otros pueblos para darse pisto.

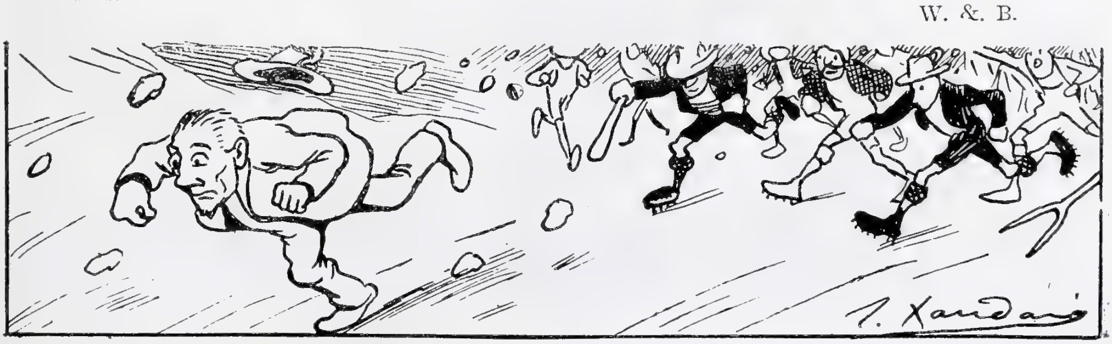
No habrá ninguna persona decentemente amueblada por el último piso, á quien no se le haya ocurrido pensar que la famosa hazaña de Guillermo Tell, el héroe de la independencia suiza, resulta demasiado bonita y bien urdida para que pueda responderse de su veracidad. En el drama de Schiller y en la ópera de Rossini, el episodio culminante, en el que Guillermo, por orden del tirano Gessler, derriba de un flechazo la manzana colocada en la cabeza de su propio hijo y luego se las jura al tirano, como suele decirse, es una escena de extraordinario efecto teatral, y aún más que de teatro, de circo. Aquí, en el Real, no nos causaba gran ilusión, porque ni se veía salir la flecha ni se dejaba de notar el cordelito atado á la manzana para que ésta cayera en el instante psicológico. Verdad es que los cordeles del teatro Real (entre ellos es famosísimo el que sirve para arrastrar una roca de forma de paralelepípedo en la cual se sienta unas veces Lohengrin, otras veces Fausto, etc., etc.), son unos cordeles que han agostado en flor muchas ilusiones juveniles y sembrado la duda en bastantes almas inocentes.

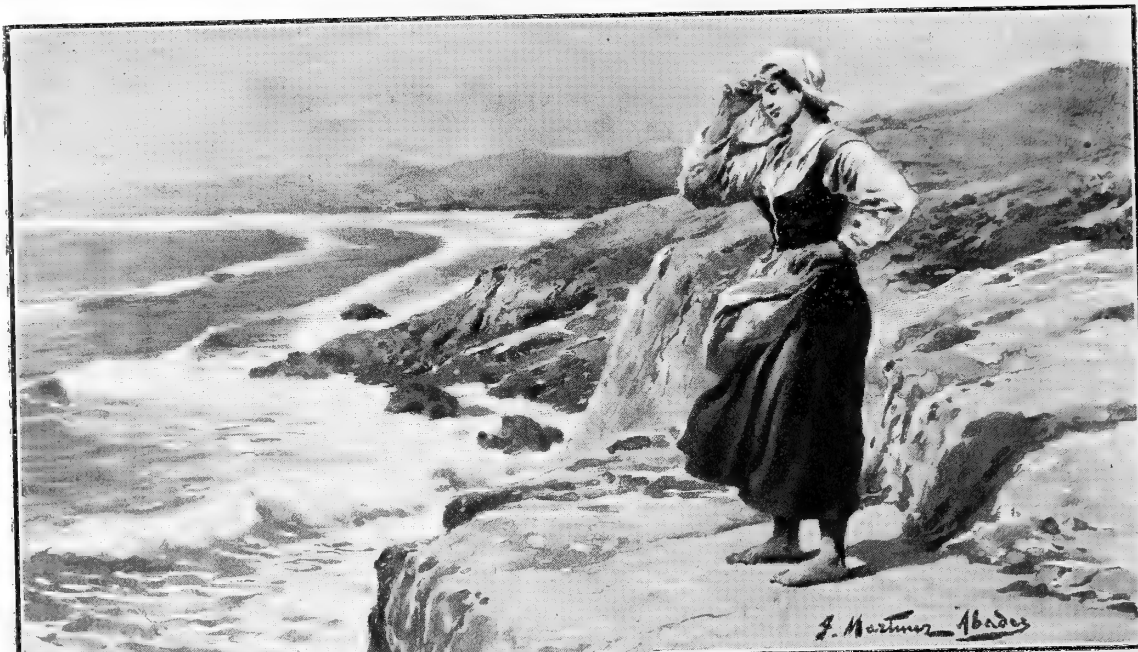
Pues bueno, digámoslo de una vez; ni la hazaña de Guillermo Tell pasa de la categoría de eso que irrespetuosa y flamencamente suele llamarse un *bulipén*, ni siquiera está probada en manera alguna la existencia del famoso héroe suizo, lo cual es mucho más grave. Y no se crea que este descubrimiento es de ayer por la mañana. Todo lo contrario. En el año 1760, un suizo ilustre, el arqueólogo y naturalista Amadeo Manuel de Haller, hijo del gran fisiólogo y botánico bernés Alberto de Haller, conocido por su rivalidad con Linneo y por sus descubrimientos interesantísimos, publicó un folletito con el título de *Fables Danisch*, en que probaba la inexactitud de la hazaña, y de golpe y porrazo destruía toda la leyenda heroica de Guillermo Tell; y en el mismo año, un cura paisano de Haller y llamado Freudenberger escribía otro librito, *Guillermo Tell, fábula dinamarquesa*, recordando que entre las tradiciones populares contenidas en la *Historia dánica*, de Saxo Grammaticus, que escribió á últimos del siglo XII, se contaba el mismo hecho, atribuyéndoselo á un soldado godo llamado Tek que vivía en 965. Todo esto se publicó antes de que se escribiese la tragedia de *Guillermo Tell* en francés por Lemierre, en alemán por Schiller, en inglés por Knowles, y mucho antes que Grétry compusiera su ópera y Rossini la suya: lo cual prueba que á los poetas y músicos les tiene sin cuidado la historia.

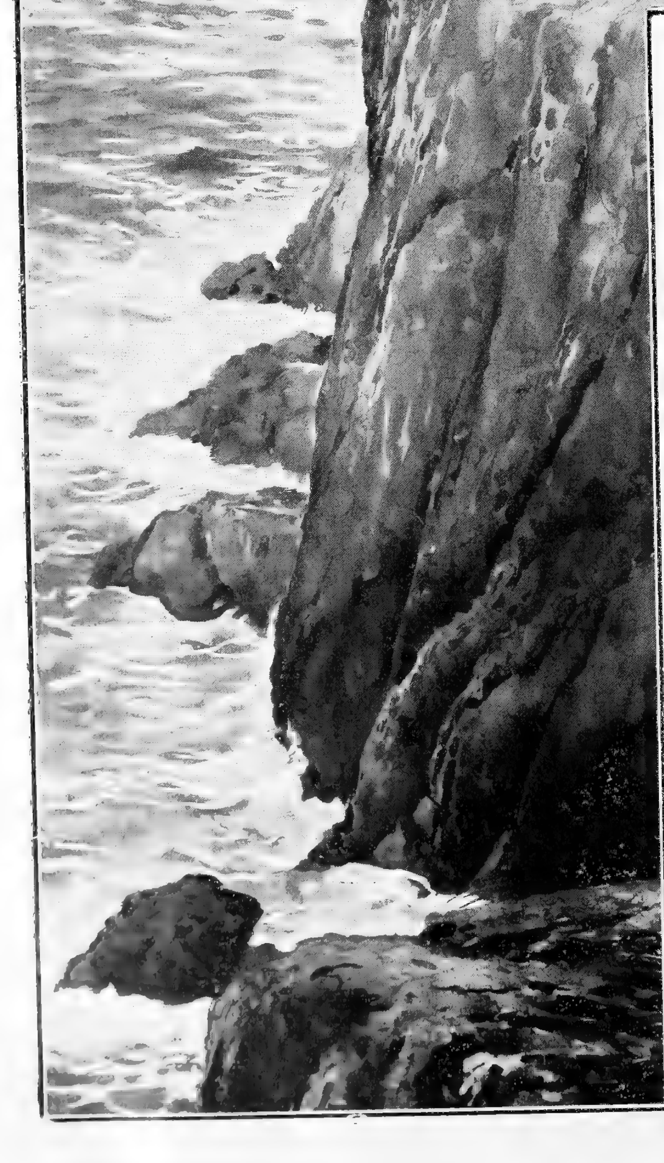
Total, que de Guillermo Tell se sabe lo mismo que de la bizcochada: es decir, que no se sabe nada. Las crónicas de la revolución suiza de 1307 no mientan á semejante sujeto, cuya existencia en vano han querido demostrar los Sres. Zuraggen, J. J. Hisely y baron de Zurlauben. Es más, no hace muchos años, en la pacífica villa de Altdorf, *patria* de Guillermo Tell y que vive principalmente de las visitas que ingleses y rusos desocupados hacen al *lugar de la ocurrencia*, hubo un honrado archivero, el Sr. Schnelles, que osó decir lo que yo acabo de comunicar á ustedes. Se sublevó la ciudad entera, se amotinó todo el cantón, y el excelente Sr. Schnelles tuvo que salir por pies y aún no ha vuelto.

No hay cosa peor que atacar la existencia de un héroe... cuando en ella están interesados los fondistas.

W. &. B.







EN LA PLAYA

(DE FRANCISCO COPPÉE)

La plenamar blanquea en las rompientes.
muy á lo lejos; las hinchadas olas,
al pie del vertical acantilado
espumean y hierven en las rocas
que bruñe la resaca; y allá arriba,
cara al viento, la joven pescadora,
sobre la frente alzando entrambas manos,
contempla el horizonte. Ya está próxima
la luna de equinocio, tiempo infausto
para el marino en las normandas costas.
La gente está en el mar, y el atrevido
pescador, á quien ella, en deliciosa
noche de Abril, dejó que la abrazara,
partió, chorreando la encerada lona
del amplio capotón, para la pesca
lejana del arenque. Ni una sola
de aquellas barcas regresó aún al puerto.
Ella aguarda solícita y ansiosa,
sobre el duro peñón el pie descalzo,
dando la saya al viento, que la azota,
y que, batiendo su arrogante seno,
bajo la obscura blusa de cretona
marca y moldea los turgentes globos,
mientras las leves alas de su toca
hace latir cual mariposa blanca.
Sobre los ojos una mano, y la otra
en la curva cadera, ¡cuál resalta
su gallarda apostura! Hay en las ondas
de su negro cabello los reflejos
de las plumas del cuervo; y sus hermosas
pupilas, á pesar de su tostada
tez, y sus trenzas rígidas y toscas
como cables de un barco, son azules
cual flor del cardo, que en la arena brota.

Valiente hija del mar, que una mañana
vi en la playa desierta; ya me enojan
París, el bulevar, los discreteos
de álbum y las beldades á la moda.
A mis muertos amores, que cenizas
dejan, cuando el recuerdo los evoca,
entre mis dedos trémulos, prefiero
el dulcísimo ensueño, la ilusoria
visión que me inspiraste. En la mar brava
me vi, luchando sobre la alta proa
con la borrasca embravecida, y era
el rudo pescador, que á tierra torna
por ti... Lejos, muy lejos, ves mi vela,
y dudas si será blanca gaviota;
mas pronto nuestro mástil al sol brilla,
y exclamación brotando jubilosa
del hondo pecho al labio, «Es él» exclamas.



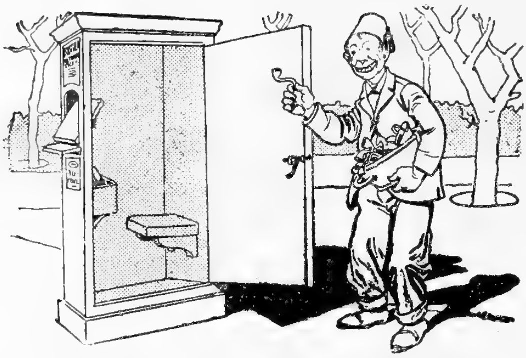
«¡Amainad, amainad!» Rápida boga
por sí misma la barca. Ya la quilla
las duras guijas de la orilla roza.
Echome al agua; indiferente dejo
que al cabrestante de la playa corran
mis camaradas á sacar la nao.
Por el talle gentil, con ansias locas,
te agarro, y aunque fiera te resistes,
mis labios buscan tu entreabierta boca,
y estampo en ella un ósculo, empapado
en las saladas brisas de las olas.

T. LLORENTE

DIBUJOS DE MARTÍNEZ ABADES

LA BÁSCULA

POR ROJAS



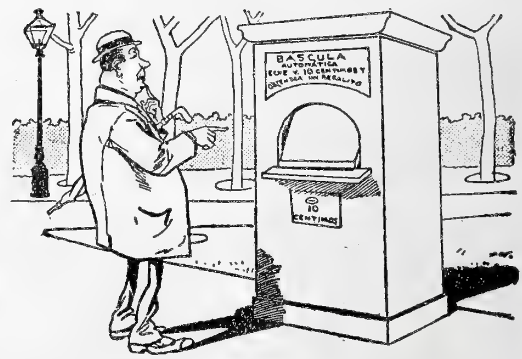
1.—¡Estos son regalos por diez céntimos, y lo demás es coba!



2.—¡Vaya, á trabajar!



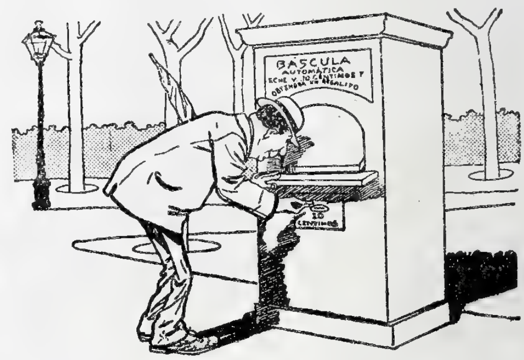
3.—.



4.—¿Una báscula automática? ¡Pues poquito que me gustan á mí!



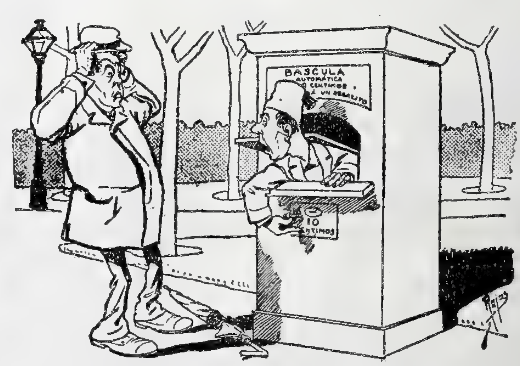
5.—Y á propósito: aquí tengo diez céntimos falsos.



6.—Ya está aquí la moneda. Vamos á meterla.



7.—¡¡La metí!!



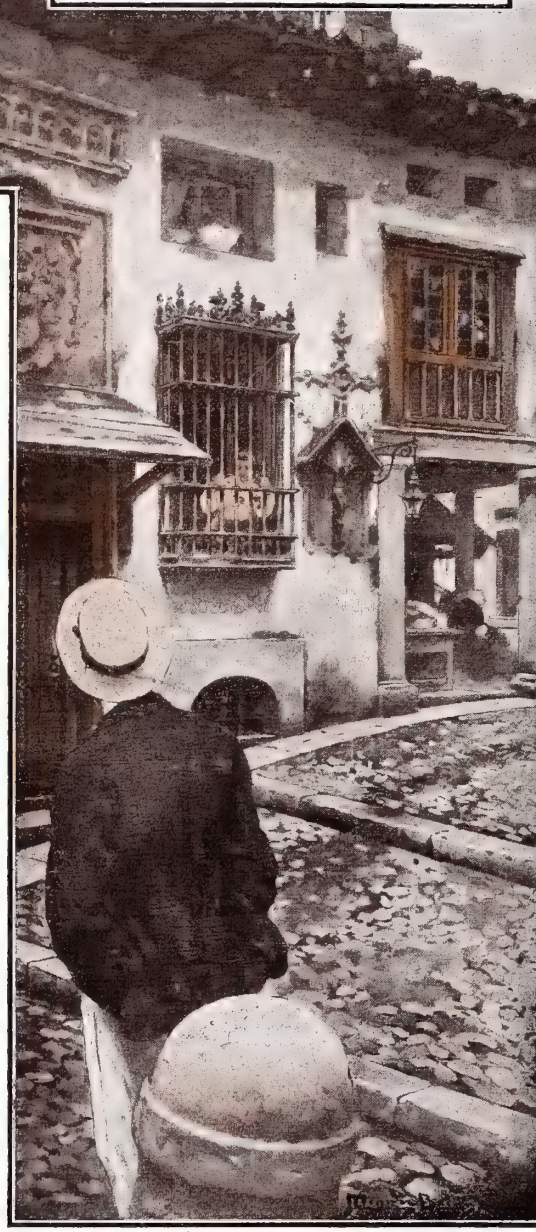
8.—¡Eso para que metas aquí perritas falsas!

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 30 Enero 1904. N.º 665

LA MACETA DE PENSAMIENTOS



Tenía yo—pobre mozo de labor—un amorío muy grande; decir quiero que de mucho cariño, así por mí como por la mi novia, que era María Teresa, la hija de tío Castañera, el padre de la Isidora, que está casada con Toño de la Moraña.

—Sí, el hermano de Canuto, el confitero de Villacastín.

—Mesmamente; pues á lo que voy del baile... si tiene que ver ó no tiene que ver el baile, digo los bailes de por acá. Bueno, pues estando como vos digo en amoríos una miaja á *escondías* del padre, que era muy codicioso y abrutado, voy un día á Avila con la renta, casa del administrador del duque, y ¿á quién diréis que me hallé? ¡pues al mesmo duque! Un hombrazo, muy mocetón él, muy recio, bien plantado y todo arrogancias en su meneo á lo gran señor, pero bueno como el pan; hombre llano como la parma de mi mano, y muy amable... ¡Como eran *denantes* los señores *nacíos* de señores! Pues va el señor duque, y como era mozo como yo, me dice que si hay buenas mozas en mi pueblo... ¡Como en todas partes, señor duque! Apuesto yo que será que hay buenas, *rigularicas*, medianas... y de lo malo también hay; de todo tiene que haber, dije yo así muy risueño, como estoy ahora con vosotros. Cuando están todas reunidas es cuando se puede escoger: cuando se arma baile en la plaza. Pongo por caso, ahora que viene fiesta (era por la Virgen de Septiembre), que de aquí á cuatro días es la Virgen, bien se puede *dir*. Pues, hijo, que el duque, que era de mucho alboroto él y muy gozoso, se anima y se viene conmigo al pueblo. Vinimos como si yo fuera otro duque ó como si él fuera otro zagal de labor; vamos, que yo sin aquel saber ni aquel aire del señorito, ¿eh? ni él tosco y simplón como yo.

Pues como iba diciendo, al otro día, y cuando ya retemblaba el pueblo con el traqueteo del tamboril, me hallé al señor duque parado ahí, hacia la calleja del Cristo; estaba como embelesado mirando á una moza, muy amigota de mi María Teresa: Segunda. ¡Me valga Dios! Era más blanca... ¿Que si había que ver aquello...? ¡Había que verlo...! En jamás he visto yo una blancura al igual de la Segunda. Y tenía la cara, vamos, como la de una santita. ¡Lo que era más modosa, más modosa y más agradecida...!

—Oye, Cayetano—me dijo el señor duque,—¿quién es esa hermosura? ¡Qué bonita es esa niña!

—¡Anda, como que es afamada! Esa la llaman Segunda la de Aldemoreja. Apuesto que hasta hablan de ella en el mesmo Madrid.

El duque se había quedado mudo.

Pues si le entra á éste de veras—pensé yo,—pobre Ambrosio... te quedas en el aire; porque lo uno, que la chica no es demasía lo que te quiere; y lo otro, lo mucho que puede llegar á querer á este mozo, que es un poco más vistoso que tú; y esto sin exagerar.

Aún me acuerdo yo bien del día que se hablaron Segunda y el señor duque.

Todo el pueblo, ¿quién había de faltar? fué como hogaño, como todos los años, á la ermita de Nuestra Señora del Cubillo.

El señor duque tomó lugar en la iglesia entre el señor alcalde y el mayordomo de la ermita; diósele la presidencia de la procesión. ¿Había de haberse quedado Segunda, la gloria del pueblo, fuera de las filas? Entró, y tuve yo por suerte la de que me tocase ser su galán frontero á ella, y tocóle á Ambrosio la mi novia.

Revientan en el aire los cohetes, y empieza la procesión. Estaba toda la meseta como creo que de gente no la he visto ningún año; pienso yo que había forasteros hasta del cabo del mundo.

El que no ha oído ni visto la procesión como era, no puede figurárselo.

Segunda bailaba con gracia; el duque no quitaba los ojos de ella. Yo ya lo pensé: al duque le ha



enamorado la Segunda. ¡Vamos; tendría que ver que luego resultase duquesa la Segunda...! ¡Otra! ¡cosas mayores se han visto! ¿verdad?

Cuando acabó la procesión, me *allegué* yo al señor duque, el cual hacía más *diferiencia* de mí que de nadie, y voy y le pregunto:

—¿Qué le ha parecido *suscelencia* la procesión y la letanía bailada...?

—¡Que es cosa muy de ver, me dijo, y de oir!

Hízose luego en la alameda el corro grande del baile para convidar á los forasteros. No faltó, no faltó el duque, ¡mal que lo disimulaba! ¡pero no podía apartarse mucho de donde estaba la Segunda!

«Va á empezar el baile, señor duque», le decía el cura.

¿Iba á bailar el señor duque? ¿Pero sabría bailar? Le vimos acercarse á la Segunda, no bien le dejó el señor cura.

No bien estuvo junto á la Segunda el duque, ésta se puso más colorada, ¡pobrecica! más colorada que un pavo. Ambrosio, quitándose respetuosamente el sombrero, se retiró á algunos pasos de allí y quedó quieto, mudo.

Había entonces un uso que era muy de ley. El galán llevaba rosa blanca, ó encarnada, ó jazmín, dalia, clavel, cuando era época, ó en fin, la flor que quería, y al convidar á bailar decía: ¿De qué flor gusta?

Pues Segunda va y dice, viendo que el señor duque tenía un pensamiento muy grande así *enclavao* en el ojal de la chaqueta; y la chica hizo lo que había de hacer: era el señor duque, era forastero, y se dignaba *abajarse* á bailar allí con la gente labradora. ¿Hubiera estado bien que la chica, le hubiera hecho un feo?

Pues, el burro de Ambrosio se puso hecho una fiera. ¡No tuvimos nada que hacer! ¡Dios me valga! ¡No tuvimos nada que hacer para contenerlo, porque parecía un mastín amarrao y que iba á romper la cadena para echarse encima de un ladrón!

Todo el pueblo aplaudió al salir Segunda y el duque al corro.

¡Vaya una pareja! ¡Era lo que había que mirar! Y ya los miraban y se miraban ellos; que en un momento en que para mí fué, que se encontraron los ojos, ¿estáis? el alma del uno y del otro se vieron hasta dentro, se miraron sonrientes y como embobándose él en ella y ella en él.

Cantábamos algunos á media voz siguiendo la música de la gaitilla. *Allegábanse* gravemente, como es costumbre, los mozos á las mozas, aquéllos con sus vestidos de fiesta, ropa de paño negro, y éstas con refajo y sayas de colores y con cintas y otros adornos en el peinado. ¡Qué bien sale el saludo! Se saludaron, dieron vuelta á la rueda, ya formadas las parejas; dió el bastonerón los golpes de señal; ábrense los bailadores en dos filas, en una los mozos, en otra las mozas, extienden los brazos, y fronteros los galanes con sus damas, empiezan á seguir circulando y bailando á saltos acompasados y menudicos, y así va animándose el movimiento.

Siguió muy bien el baile, hasta la parada que hacen los mozos, los cuales siguieron en marcha pero sin bailar, en tanto que ellas no cesan de hacerlo; luego pararon las mozas y tocóles á ellos bailar.

Hubiérais visto á Ambrosio. No, y lo que es el caso era bien duro; bien punzadora y amarga prueba. El pobre pasó el infierno aquí; como que veía lo que todos veíamos, y él más y

mejor que nosotros: que el duque, nada menos que el señor duque, el amo de cuanta tierra podíamos divisar desde la misma meseta de la Ermita, se había enamorado de Segunda, y que Segunda, sin que ella se diera cuenta de ello, se había enamorado del duque. ¿Pero qué tenía que suceder, si parecía que Dios los había hecho el uno para el otro? ¿Qué pintaba aquel retoño, aquel escobeta de Ambrosio, al lado del duque, un mozo tan gallardo como un pino, y de Segunda, más derecha y pomposa que una palmerica?

De que el duque se había prendado de Segunda, buena prueba tuve y tengo, ¿estáis? Llevo conmigo esta prueba porque no quiero que nadie me la atrape: la curiosidad puede mucho. Pues, son unos papeles que pienso que son parte de alguna carta que el señor duque había escrito, y papeles que yo recogí y no enseñé á nadie por no empeorar la suerte del pobre Ambrosio. Aún los tengo; os los voy á leer.

«Bueno es que te lo confiese—esto sería á la persona para la cual iban escribiendo la carta.—No, no he visto, ni seguramente veré mayor hermosura. Otra no podía impresionarme de un modo más hondo; además, en su sencillez es tan elevada de ideas, en su ignorancia del mundo tan avisada y discreta, y aquí en medio de estas gentes toscas muestra ella una entereza y una ternura de sentimiento, en verdad, en verdad nada vulgares. La amo, la amo, y pienso que ella me ama. Sus ojos me lo dicen. ¿Pero cómo atreverme? En fin, este es el principal motivo que aquí me retiene.»

¿Qué os parece? Pues ocurrió que á la mañana siguiente, Segunda, al levantarse, hallóse en la ventana una maceta de fino barro y muy lindamente labrada, y en ella una hermosa planta llena de magníficos pensamientos.

Segunda se echó á llorar de alegría, de temor, ¡de quien sabe cuántas cosas!

Cuando vió á mi María Teresa, que de Dios goce, va para dos años que enviudé, abrazóse á ella y le dijo:

—¿Por qué ha venido ese hombre? Ese hombre me ha llevado la vida.

—¿Pues qué, no quieres Ambrosio?

—No; pero jamás, *enjamás* le dejaré; le dí mi palabra, y primero moriría que faltar á ella.

...He dicho al señor duque, le dicho que estaba casada.

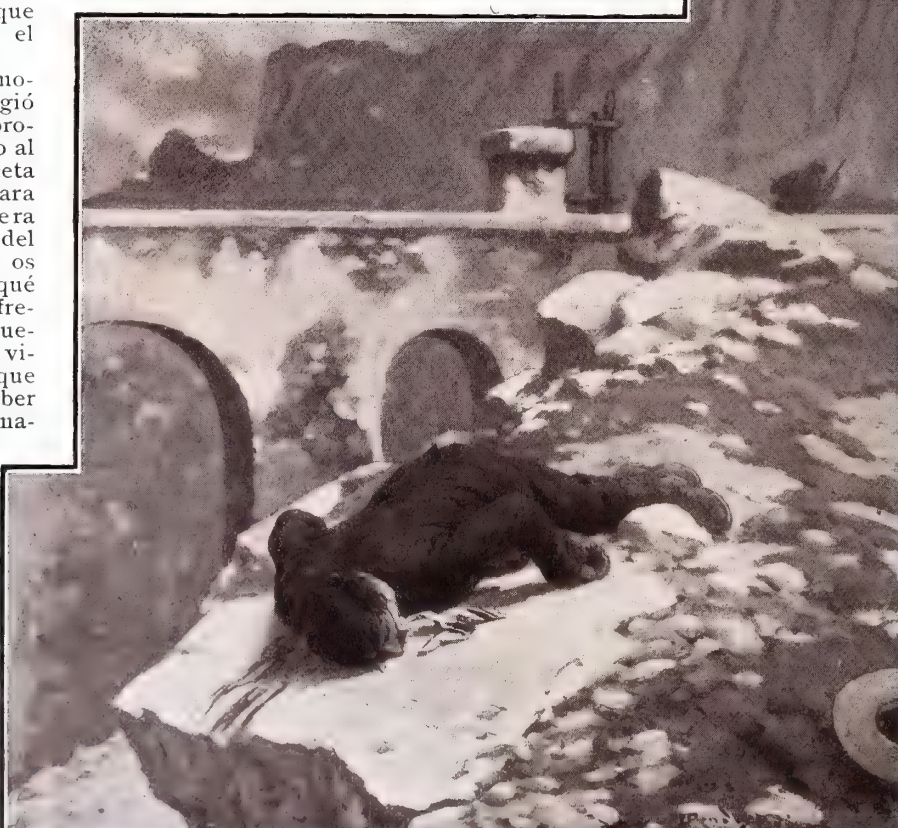
Pero el ciego de Ambrosio, el ciego de Ambrosio no creyó, no creyó en aquella mujer, la más honrada, la más noble de todas, la más castellana de cuantas puede haber.

Ya sabéis lo demás. Allá en el puente de Cal y Canto, en la simera peñascosa fué hallado el cadáver del señor duque con un agujero en el pecho. ¡Ambrosio!

Segunda estuvo á morir y luego se recogió en las Carmelitas y profesó hace años, pero al irse me dejó la maceta de pensamientos para que siempre hubiera uno en el panteón del señor duque; vaya, os he explicado ya por qué vengo con tanta frecuencia á nuestro pueblo, viviendo como vivo en Espinar; porque siempre tiene que haber en el panteón una maceta de pensamientos.

¿Y sabéis vosotros lo que me dijo la monja? Que quería significar, pues, que ella siempre estaba pidiendo á Dios por el alma del señor duque. ¡Siempre tendría así sus pensamientos!

José ZAHONERO



Dibujos de M. Bringa

INVERNAL



Blanca, pausada, silenciosa y leve,
sobre el dormido campo solitario
va extendiendo la nieve
los pliegues de su fúnebre sudario.

No sé qué inexplicable sentimiento
mi pecho melancólico conmueve
cuando desde el balcón de mi aposento
miro bajar sus copos virginales
que vienen, impulsados por el viento,
á chocar sin rumor en los cristales
húmedos y empañados por mi aliento,
ó que con tembloroso movimiento
al descender, cual pájaros heridos,
en el aire vacilan y aletean;
en tanto que los campos ateridos
pausadamente y sin cesar blanquean,
igual que si del vuelo fatigada,
en el llano, en los valles y en las lomas
se hubiera detenido una bandada
compuesta de millares de palomas.

Está blanca la tierra y blanco el cielo;
oculto el sol tras el tupido velo,
cuya sutil y complicada trama
amortigua sus pálidos fulgores,
funde en un tono la vistosa gama
de matices, cambiantes y colores:
y su luz melancólica y difusa,
al irradiar sobre la blanca alfombra
que cubre el suelo, y en la cual no acusa
el contorno, el relieve ni la sombra,
es cual fúnebre lámpara expirante,
cuyo fulgor dudoso y vacilante
por igual sobre el mármol se derrama,
al pasar tamizado
por el grueso cristal esmerilado
que oculta hasta la forma de la llama.

Del triste día, cual de Enero breve,
el resplandor escaso
dijérase que recogió la nieve,
pues cuando el sol oculto, en el ocaso
se hunde por fin, cuando la sombra obscura
sorbe sus rayos, y la noche cierra,
y reinan las tinieblas en la altura,
con persistente claridad aún dura
prolongado el crepúsculo en la tierra.

. .

Ya el sol de la mañana, penetrando
al través de los húmedos cristales
me despierta anunciando
que el mundo con placer vuelve á la vida;
ya por los vivos rayos matinales
ablandada y fundida,
de faroles, aleros y canales,
la nieve sin cesar fluye y gotea,
y al caer sobre los sucios barrizales,
con sonoro tic tac repiquetea.
Ya hinchiendo el cauce el turbulento río,
cuyo caudal acrecentó el deshielo,
suena al correr con desusado brío.
Ya al ser por los fulgores
del sol triunfante rota y desgarrada
la neblina tenaz, recobra el suelo
sus borrados matices y colores.
Ya todo es luz, bullicio y alegría,
porque sin duda, al despuntar el día
cuando aún, indiferente y descuidada,
la perezosa capital dormía,
al ver azul y despejado el cielo,
el bando de blanquísimas palomas
que se posó en los valles y en las lomas,
batió las alas, remontando el vuelo.

Manuel de SANDOVAL

DIBUJO DE VARELA

SIN DOLOR... Y CON MÚSICA,
POR GARCÍA Y RAMOS



CRONICA GRAFICA

MALÍSIMO ha sido el mes de Enero para el periodismo español. A la muerte de nuestro inolvidable amigo Augusto Suárez de Figueroa, ha sucedido el fallecimiento del director propietario de *El Correo*, del bueno y querido maestro Ferreras, como le llamaba todo el mundo; es decir, todos sus innumerables amigos.

D. José Ferreras fué el prototipo del periodista activo, diligente, dotado de una sagacidad y de una penetración extraordinarias. Mientras vivió Sagasta, su fiel y entrañable amigo, el maestro Ferreras fué el oráculo á quien se consultaba siempre, con la seguridad de adquirir las mejores noticias. Muerto Sagasta y afectado Ferreras por una terrible y dolorosísima enfermedad, ha conservado hasta el último instante la lucidez de su clarísimo criterio político, en medio de la general confusión de liberales y conservadores. Descanse en paz el ilustre y honrado maestro.



DON JOSÉ FERRERAS — Fot. Franzen

TODOS los diarios madrileños han comentado con el natural elogio la llaneza democrática de que hace alarde el infante D. Luis Fernando de Baviera, y muchos han dado cuenta de las importantes operaciones quirúrgicas por S. A. realizadas en la clínica del hospital de la Princesa. En ellas ha demostrado el príncipe de Baviera absoluto dominio de la técnica y del arte quirúrgico, y ha dejado encantados á médicos y cirujanos y á las muchas personas que le vieron operar.

UN ilustre higienista español, el doctor D. Rafael Ulecia y Cardona, ha emprendido con gran acierto y felicidad la hermosísima obra de los Consultorios de niños de pecho, estableciendo uno en Madrid bajo los auspicios de S. M. la Reina y con la pro-



S. A. EL PRÍNCIPE LUIS FERNANDO DE BAVIERA
EN EL HOSPITAL DE LA PRINCESA
Fot. de practicante D Ignacio Galián



HORNO PARA ESTERILIZAR LA LECHE
EN EL NUEVO CONSULTORIO DE NIÑOS DE PECHO
Fot. Asenjo

tección de los señores marqueses de Casa-Torre.

La inauguración del establecimiento, cuyo objeto es proporcionar leche en buenas condiciones y gratis á los niños pobres, se verificó el viernes 22, asistiendo S. M. la Reina y muchas distinguidas y aristocráticas damas.

Grandes plácemes merece por tan provechosa obra el noble filántropo doctor Ulecia, primer vecino de Madrid que se ha preocupado en forma práctica y positiva del importantísimo y doloroso problema de la mortalidad infantil en esta corte, acerca del



LLEGADA DE S. M. LA REINA Y DE S. A. LA INFANTA DOÑA PAZ AL CONSULTORIO — Fot. Asenjo

cual tanto se ha hablado y tan poco se ha hecho. De los propósitos y fines que le han inspirado, da cuenta extensamente el mismo doctor en un folleto titulado *Los consultorios de niños de pecho*, cuya lectura recomendamos eficazmente á los médicos y á las madres de familia.

Como todos los años, el Círculo de Bellas Artes ha comenzado á ocuparse en la organización de su baile de máscaras, y lo primero que ha hecho, según costumbre, ha sido convocar un concurso de carteles anunciadores.

Este año no ha habido partición del premio, que se ha concedido á un solo cartel, dibujado por nuestro querido amigo y colaborador el excelente artista Eulogio Varela con el lema *Arte, juventud y locura*.

Nuestro fotograbado en negro da escasa idea de la gran elegancia y fuerza decorativa del cartel, cuyos colores son plata y oro sobre blanco, pero bien se ve la gracia y la clásica sencillez de las figuras, en las que no se advierte ni la chocarrería chillona de los carteles vulgares, ni tampoco las exageradas é increíbles dislocaciones en que suelen incurrir los *affichistas* inclinados al modernismo hiperbólico.

Recojamos, para terminar esta gacetilla, una nota del viaje que por la Mancha y Extremadura acaba de realizar el ilustre hombre público D. José Canalejas, para hacer propaganda de los ideales políticos sustentados por el nuevo partido democrático, cuyo jefe es D. Eugenio Montero Ríos.



CARTEL DE VARELA
PREMIADO EN EL CONCURSO DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES — Fot. Asenjo

Al Sr. Canalejas han acompañado en su viaje el Sr. Rodrigáñez y otros amigos suyos particulares, y según los telegramas de la prensa diaria, en todas las capitales y pueblos visitados por tan activos propagandistas ha sido grande el entusiasmo producido por la elocuentísima palabra del insigne orador.

Nuestra fotografía representa la llegada de los expedicionarios á Badajoz, donde fueron muy agasajados por los muchos admiradores que en la capital extremeña, como en todas partes, tienen el talento y la elocuencia de D. José Canalejas.



LLEGADA DEL SR. CANALEJAS A BADAJOZ — Fot. M. Ucar



EL CASTILLO DE LANGEAIS, REGALADO POR SU DUEÑO Á LA ACADEMIA FRANCESA Fot. «Vie Illustrée»

UNA de las cosas más agradables que se puede ser en el mundo es miembro de la Academia Francesa. A esos bienaventurados señores todo se les vuelve gustos, satisfacciones y gollerías. Aparte las infinitas comodidades y delicias de que gozan, poseen en la actualidad la magnífica posesión y castillo de Chantilly que les dejó su compañero el duque de Aumale, y desde hace pocos días otro de los castillos más hermosos de Francia, el de Langeais, que data de la segunda mitad del siglo XV, y en el cual han habitado las familias más ilustres en la historia de Francia: los Balzac d'Entraigues, los Conti, los Guisa, los Cinq-Mars, los Luynès. El actual propietario del castillo, un millonario casado y sin hijos, Mr. Jacobo Siegfried, encontró el edificio completamente desmantelado hace veintitantos años, le reconstruyó por completo, decorando y adornando su interior bajo la dirección del sabio arquitecto Lucien Roy. Todos los muebles, cuadros, tapices, armaduras y accesorios ornamentales del castillo son de la época, constituyendo el castillo en total un verdadero y espléndido museo arqueológico, y sus alrededores un magnífico parque.

Pues bien; después de haber empleado la mitad de su vida en la restauración y adorno de tan soberbia morada, el Sr. Siegfried, que no tiene herederos, ha acordado ceder el castillo de Langeais á los académicos franceses para que después de morir él, se regodeen y disfruten de tan lujosa residencia como ya disfrutan de la de Chantilly.

Si esto no es el colmo de la felicidad asequible en este mundo á un pobre plumífero, que venga Dios y lo vea.

MUCHAS virtudes se atribuyen al pueblo japonés, y tal vez las posea en efecto, pero sin duda la principal de ellas es la testarudez. En el conflicto pendiente con Rusia, esta gran potencia no ha podido estar más tolerante ni hacer más concesiones: pues nada: los japoneses aún salen discutiendo las proposiciones rusas y activando sus preparativos belicosos, como pueden ustedes ver por el adjunto grabado.

* * *



EJERCICIOS DE TIRO, Á BORDO DE UN ACORAZADO JAPONÉS
Fot. Gribayedoff

VISTAS DE ENERO

PASEN, señoras y caballeros; pasen, niños y militares con sus niñeras; vean el bonito bioscopocromofotograf, por mal nombre titirimundi, nuevo en esta plaza, con las estampitas de más actualidaz... Pasen; vean en este primer cuadrito la gran sorpresa que se encontró el presidente del Consejo en el zapatito el día de Reyes; fíjense: es



un precioso regalo que le dejó el rey mago de la barba blanca explosiva y de las *Sumas* teológicas y de las otras. Ea, ¿lo vieron ya? Pues descuiden, que volverán á verlo un porción de veces, si Dios no lo remedia, y quien dice Dios dice la mayoría. Miren ahora esta otra estampita; ¡oh, qué vista tan maravillosa! Es la bonita transformación de un nombramiento en un cangrejo. ¡Pero qué cangrejo, caballeros y señoras! ¡Qué ojos, qué bigotes, qué patas tan amenazadoras! ¡qué animalito tan terrible! Y lo más raro es el ruido que mete. ¡Oigan, oigan á catorce millones de españoles gritando con la música más ratonera que se conoce:

siempre pa atrás,
siempre pa atrás...

Y vean al presidente haciendo chistes, charadas y chascarrillos al compás de la música. Mírenle ahí, más adelante, ya bastante mosqueado con el ruido. ¿Ven ustedes que dice que es un sonajero? Pues toma, toma sonajero... De esta hecha no se vuelve loco, porque ya se ha demostrado que es



imposible eso. Como que va á ser una de las bases fundamentales del tonticomio nacional fundado por D. Paco Silvela entre la Guindalera y el Retiro. Y á propósito de Retiro: miren más allá á don Francisco paseándose por junto á la Casa de Fieras; ya no le queda más que el contoneo, un bastón *palasan* sin puño... y la afición.

¿No saben por qué pasea por ahí? Pues muy sencillo: porque al irse á su casa, pensó que desde el bufete de la calle de Lista iba á llegar á la Prosperidad; pero se ha equivocado y ha tenido que quedarse en el Retiro á secas. Después, admiren, señoras y caballeros, la ferocidad de esos dos combatientes ruso y japonés que están resueltos á venir á las manos, pero ya verán ustedes cómo no llega la sangre al mar Amarillo.—En el mundo—dice el ruso—no hay más que dos hombres guapos y valientes de veras...—Uno es usté, compadre—contesta el japonés, que también se sabe el cuento del gitano—y el otro...—El otro—responde el ruso ¡ni que decir tiene! es usté... Por consiguiente, ni el ruso va á romperle al japonés el *kimonó*, ni el japonés va á oler de cerca la piel de Rusia. Y



sino, al *Times*, digo al tiempo. Vean, por último, otras bonitas vistas de mucha broma, que les gustarán de seguro. Son la salida de Canalejas para Barcelona y de Moret para Sevilla. ¡Vaya un par



de salidas, señoras y caballeros! ¡Qué entusiasmo, qué alegría, qué satisfacción la del público, tanto en Sevilla como en Barcelona, al oir las elocuentes palabras de nuestros dos grandes oradores! Ha habido ovaciones Smith, vivas Maüser y aclamaciones que se oyeron con las espaldas. No será el dueño de este bonito bioscopocromofotograf (antes titirimundi) quien contrate á esos señores para hacer el *boniment*, como lo hace servidorito, ¡por que se arruinaría! Entren, entren, sigan, sigan, que volveremos á empezar... *(Sigue la música.)*

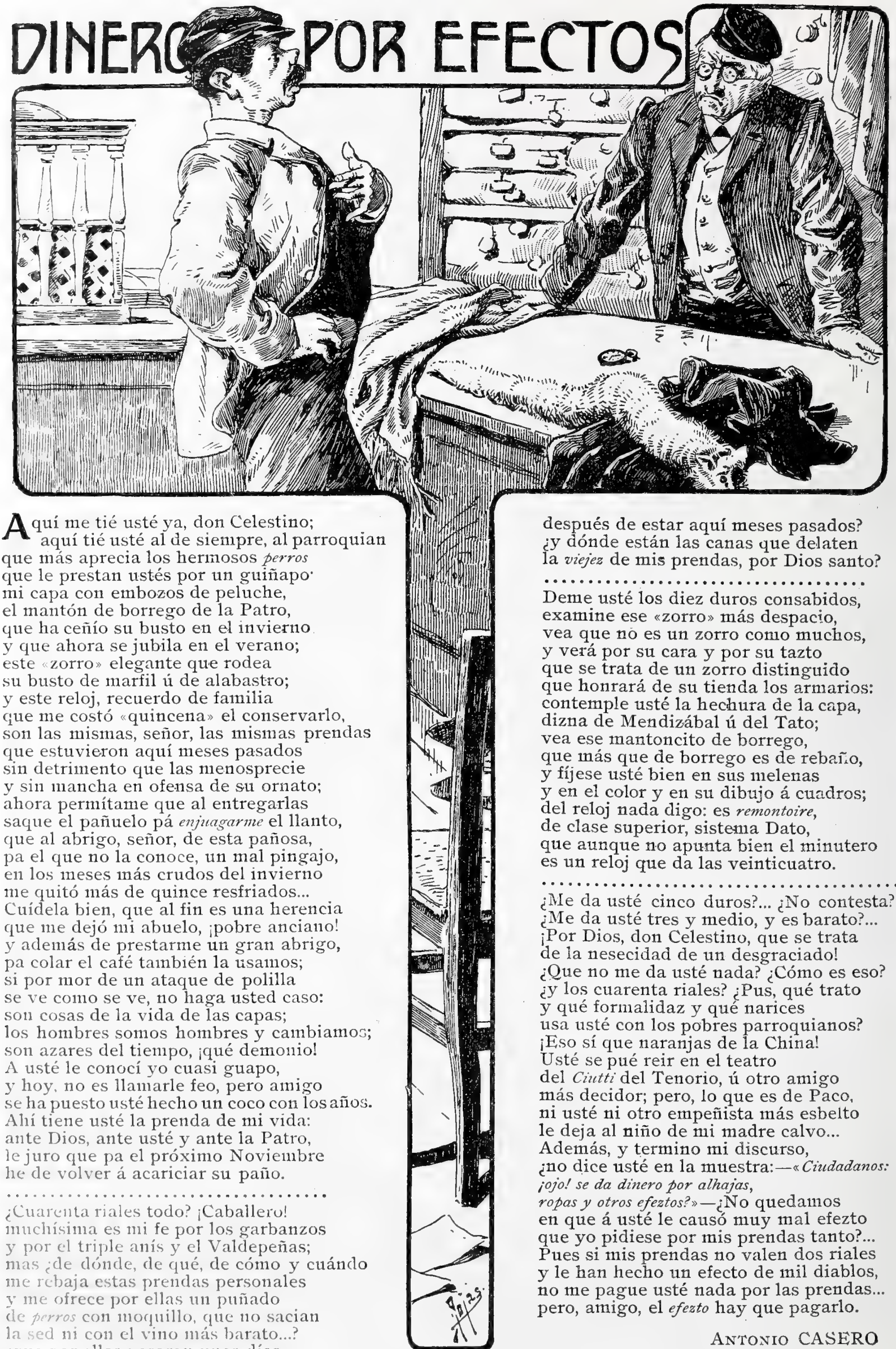
TOMÉ DE BURGUILLOS

DIBUJOS DE SILENO

UNA MIAJA É LUMBRE,
POR JUAN FRANCÉS



DINERO POR EFECTOS



Aquí me tié usté ya, don Celestino;
aquí tié usté al de siempre, al parroquian
que más aprecia los hermosos *perros*
que le prestan ustés por un guiñapo·
mi capa con embozos de peluche,
el mantón de borrego de la Patro,
que ha ceñío su busto en el invierno
y que ahora se jubila en el verano;
este «zorro» elegante que rodea
su busto de marfil ú de alabastro;
y este reloj, recuerdo de familia
que me costó «quincena» el conservarlo,
son las mismas, señor, las mismas prendas
que estuvieron aquí meses pasados
sin detrimento que las menosprecie
y sin mancha en ofensa de su ornato;
ahora permítame que al entregarlas
saque el pañuelo pá *enjuagarme* el llanto,
que al abrigo, señor, de esta pañosa,
pa el que no la conoce, un mal pingajo,
en los meses más crudos del invierno
me quitó más de quince resfriados...
Cuídela bien, que al fin es una herencia
que me dejó mi abuelo, ¡pobre anciano!
y además de prestarme un gran abrigo,
pa colar el café también la usamos;
si por mor de un ataque de polilla
se ve como se ve, no haga usted caso:
son cosas de la vida de las capas;
los hombres somos hombres y cambiamos;
son azares del tiempo, ¡qué demonio!
A usté le conocí yo cuasi guapo,
y hoy, no es llamarle feo, pero amigo
se ha puesto usté hecho un coco con los años.
Ahí tiene usté la prenda de mi vida:
ante Dios, ante usté y ante la Patro,
le juro que pa el próximo Noviembre
he de volver á acariciar su paño.

.................................

¿Cuarenta riales todo? ¡Caballero!
muchísima es mi fe por los garbanzos
y por el triple anís y el Valdepeñas;
mas ¿de dónde, de qué, de cómo y cuándo
me rebaja estas prendas personales
y me ofrece por ellas un puñado
de *perros* con moquillo, que no sacian
la sed ni con el vino más barato...?
¿que por ellas pasaron unos días
después de estar aquí meses pasados?
¿y dónde están las canas que delaten
la *viejez* de mis prendas, por Dios santo?

.................................

Deme usté los diez duros consabidos,
examine ese «zorro» más despacio,
vea que no es un zorro como muchos,
y verá por su cara y por su tazto
que se trata de un zorro distinguido
que honrará de su tienda los armarios:
contemple usté la hechura de la capa,
dizna de Mendizábal ú del Tato;
vea ese mantoncito de borrego,
que más que de borrego es de rebaño,
y fíjese usté bien en sus melenas
y en el color y en su dibujo á cuadros;
del reloj nada digo: es *remontoire*,
de clase superior, sistema Dato,
que aunque no apunta bien el minutero
es un reloj que da las veinticuatro.

.................................

¿Me da usté cinco duros?... ¿No contesta?...
¿Me da usté tres y medio, y es barato?...
¡Por Dios, don Celestino, que se trata
de la nesecidad de un desgraciado!
¿Que no me da usté nada? ¿Cómo es eso?
¿y los cuarenta riales? ¿Pus, qué trato
y qué formalidaz y qué narices
usa usté con los pobres parroquianos?
¡Eso sí que naranjas de la China!
Usté se pué reir en el teatro
del *Ciutti* del Tenorio, ú otro amigo
más decidor; pero, lo que es de Paco,
ni usté ni otro empeñista más esbelto
le deja al niño de mi madre calvo...
Además, y termino mi discurso,
¿no dice usté en la muestra:—«*Ciudadanos:
¡ojo! se da dinero por alhajas,
ropas y otros efeztos?*»—¿No quedamos
en que á usté le causó muy mal efezto
que yo pidiese por mis prendas tanto?...
Pues si mis prendas no valen dos riales
y le han hecho un efecto de mil diablos,
no me pague usté nada por las prendas...
pero, amigo, el *efezto* hay que pagarlo.

ANTONIO CASERO



RETRATOS ARTISTICOS ESPAÑOLES

ISABEL II

No ha habido soberana á la que más hayan acariciado las auras populares en la infancia de su vida y en la aurora de su reinado.

«Su cuna fué de nuestras libertades altar», decía Castelar con su sublime elocuencia, y el grito de *¡Viva Isabel!* alentó á una generación gloriosa, á cuyos heroicos esfuerzos debió sus progresos la España moderna.

Su mano se la disputaron muchos príncipes, y por casarla cada cual según sus conveniencias, riñeron celebérrimas batallas diplomáticas las más poderosas naciones.

Cuando el pincel aristocrático de Federico Madrazo la copió en el retrato que hoy reproducimos, se hallaba en el apogeo de la juventud, y era bella y graciosa, uniendo á su figura eminentemente española y esencialmente madrileña, la majestad que la ha distinguido siempre y que ha sido en ella cualidad dominante.

Ese retrato es la evocación de una época de brillantes recuerdos para nuestras letras, que tenían gloriosos cultivadores; para nuestras artes, que renacían; para nuestras armas, que habían afianzado las libertades públicas en los campos de batalla, y que se disponían á recoger gloriosos laureles al otro lado del Estrecho y al otro lado de los mares.

Por eso inauguramos con la gentil figura de sus años juveniles esta galería de *damas españolas*.

Júzguela la historia como á Reina, é inclinémonos con respeto ante la que ha derramado muchas lágrimas y merece los homenajes que se deben no sólo á la ancianidad augusta y á la majestad caída, sino á la que en ninguna ocasión de su vida dejó de ser eminentemente española, y como tal, generosa, noble y buena.

KASABAL

FOT. MUÑOZ DE BA. NA



¡LA SOPA SE ENFRIA!

Los sabios que escriben arriesgadas y fantásticas hipótesis acerca de las civilizaciones futuras, afirman, como el doctor Kurd Laswitz en su extraño libro *Entre dos planetas*, que en los tiempos venideros se suprimirá radicalmente el hábito de reunirse á comer en familia todos los días, y mucho más el de celebrar banquetes y amistosos agapes como los que ahora se verifican un día sí y otro también bajo los más fútiles pretextos políticos, artísticos, industriales, etc.

Creen el doctor Laswitz y otros eminentes ideólogos que tal costumbre es un despreciable resto de las antiguas sociedades salvajes y bárbaras; y aducen en su apoyo una porción de ejemplos de comilonas en común celebradas por los antropófagos de Africa y de las islas de la Sonda, islas que, por cierto, les han salido buenas á los antropólogos para citar casos raros y extravagancias portentosas de todo género, muy propias para expuestas y presentadas en libros de datos como base de inducciones más ó menos hipotéticas.

Dicen, pues, que las comidas deben ser actos íntimos, individuales, como el de bañarse, por ejemplo, y que no tiene atractivo alguno el *ver comer* á los demás mientras uno come. Y en esto sí que tienen razón sobrada; pero ¿cómo resistir á una invitación como la que esa joven tan fresca y tan aperitiva nos dirige con sus labios de rosa?

Digan lo que quieran los antropólogos y los sociólogos del porvenir, ahí está la chica diciendo: ¡comedme! ó por lo menos diciendo: «¡Comed! ¡La sopa se enfría!» Ea, lector, ¿vamos á la mesa?

DIBUJO DE EMILIO SALA

DON ALVARITO

(CUENTO ELÉCTRICO)

I

Es preciso decirlo y lo diré en ésta la indispensable carta al juez, que será forzosamente algo como mi testamento de escritor.

Porque *anchio sono litterato*.

Pero no espere el lector malicioso un artículo modernista empedrado de nenúfares y crisantemos. Antes bien, seré breve y sencillo, como cumple al que tiene abierto de par en par el apetito y el balcón de un piso cuarto, por cuyo balcón ha de arrojarse así que termine estas lineas. Para no despeñarme en los infiernos, debo referir, siempre con sencillez y brevedad, los motivos que me impelen á tan desesperada determinación. Mi vida es inaguantable, y estoy resuelto á no aguantarla más; soy víctima de la fatalidad, *ananké*, y perdóneseme este último resabio de erudición barata y trasnochada.

La historia es la siguiente. Tengo yo un amigo de la infancia que me impulsa irremisiblemente al suicidio por una serie de motivos que paso ahora á exponer.

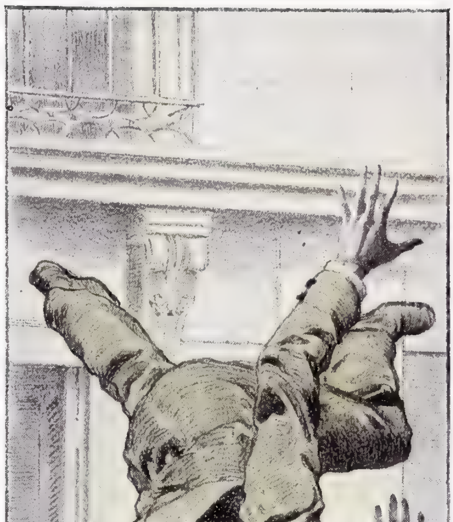
En primer lugar, en el colegio, siendo él un animal de bellotas, identificado con el banco en que se sentaba, obtenía todos los sobresalientes, mientras á mí me suspendían, y no de una argolla, por misericordia divina transmitida al profesor, digámoslo así.

De mozalbetes, nos enamoramos ambos de una rubia más ó menos auténtica, la cual excuso decir que correspondió desde luego á mi amiguito, propinándome á mí unas calabazas muy superiores á las cosechadas en el colegio.

Anduvo el tiempo, é hicieron irrupción en nuestras almas los vicios propios de la mocedad, de una mocedad un tanto alborotada y levantisca.

La pasión que por aquel entonces se apoderó de nosotros, fué el juego con ímpetu furibundo; pero lo juro por lo más sagrado, ni una sola vez dejó de ganarme. En el monte, siempre se daba la carta que él apuntaba; me emberrenchinaba y tiraba el gallo; ¡que si quieres! Al billar, no sólo me ganaba la partida con muchos tantos, sino que solía saltarme la bola á la cabeza. En cuanto al tresillo, no hay qué decir: solos de favor con cinco estuches, vueltas de mala á todo pasto, y bolas *impepinables*, tan frecuentes, que llegaron á sugerirme este refrán para mi uso particular: «bien vengas bola, si vienes sola.» Claro es que esto no podía parar en bien, y una noche de borrasca estalló una camorra formidable en que se tiraron las cartas contra la mesa, hubo mientes como el puño, y nos pusimos, en fin, como digan dueñas.

Surgió el inevitable *lance de honor* para la mañana siguiente. Yo indiqué á mis padrinos que el desafío se verificara á pistola, pero ellos, mirando siempre por mi honra, me hicieron la merced de que fuera á espada francesa, que es la forma en que no hay escape; por lo cual, mi entrañable amigo me taladró no sé qué cosa hacia la clavícula izquierda, poniendo en riesgo mi vida.



Por supuesto, que terminamos con el saludo de rigor, dándole yo la única mano disponible, que de mejor gana le hubiera dado un trancazo.

Con esto, mi desesperación llegó al máximum de intensidad, y mi despecho se puso al rojo blanco. Tal es mi situación presente. Arruinado, fracasado, tiempo hace que no puedo salir á la calle por miedo á las burlas, y lo que es peor, por falta de ropa.

Ea, pues; el balcón de mi cuarto piso con entresuelo me invita á la realización de mi designio por largo espacio meditado, y que no puede fallar así que trasponga la barandilla en un salto superior al de Léucade. A la una, á las dos, á las tres...

II

La gente que transitaba por la calle donde vivía el autor de las líneas anteriores, se arremolinó al ver caer á un hombre casi de las nubes, y á poco prorrumpió en un clamoreo espantable en torno de un infeliz que no existía ya.

Condolidos todos y aterrorizados, rodearon el cadáver con la esperanza de su salvación. Inútiles fueron todos sus esfuerzos. En medio del corro, mayor cada vez, había un hombre despachurrado que acababa de exhalar el último aliento. Por encima de él se levantaba, sacudiéndose ileso, el suicida también en esto fracasado.

El muerto era su amigo, el feliz y bienaventurado mortal, causa de todas sus desdichas.

Al referir el suceso, un corresponsal telegráfico decía sacramentalmente á su periódico: «*No se necesitan comentarios.*»

DIBUJO DE J. FRANCÉS

EMILIO FERRARI



LA PRUEBA

En el remoto y encantado país de la Quimera vivía un mercader, de nombre Próspero, y de singular fortuna en cuantas empresas acometió. Nuevo rey Midas, todo en sus manos se transformaba en oro. Y cuando al declinar de su vida—la ambición saciada—pudo pensar en amores, florecieron éstos en una niña, á cuyo bautizo concurrieron todas las hadas, sin faltar ni aquella maligna y susceptible del cuento.

Hermosa y buena Rosalinda, llenó el antes silencioso palacio con el gozo de sus risas y de sus juegos. Y el padre, al verla feliz, pensaba que nunca hasta entonces conoció la felicidad. Mas llegó un día en que la voz de la niña resonó menos alegre, y su frente se abatió pensativa y la tristeza apenumbró sus ojos; y conociendo Próspero que el capullo se abría y la hora del amor llegaba, pensó con terror en el futuro esposo. Rosalinda era hermosa, pero su dote excedía á su belleza. Los que á ella vinieran en son de pretendientes, ¿llegarían atraídos por el amor ó por el interés? ¿Cómo saberlo?

Y sintiéndose el cariñoso padre—más acostumbrado á manejar cifras que á sutilizar sentimientos—impotente ante el magno problema, acudió al viejo Salomón, oráculo del país, que tras de una vida intensa y atormentada habíase retraído al bosque sagrado, donde en plácida contemplación aguardaba tranquilo la hora de su muerte. Tenido por los creyentes en opinión de santo, y de sabio por los escépticos, todos acudían á él en demanda de ayuda de curación y de consejo. Y él á todos atendía y remediaba, embalsamando con miríficos ungüentos y pomadas las corporales heridas y proporcionando mágicos filtros y el consuelo de su palabra fortaleciente y virtuosa para aquellas dolencias que por no exteriorizarse más que en nostalgias, ensueños y tristezas, son de más difícil diagnóstico y de más misterioso remedio.

Y cuando Próspero le hubo expuesto la duda que le traía preocupado y sombrío, Salomón le habló así:

—Mal haces en pretender conseguir la verdad. Piensa que la vida es una tela que de ilusiones se teje. Los sentimientos unos con otros se enlazan y es imposible aislarlos. Deja libre la elección á tu hija. Ella será feliz si cree en el amor de su esposo. ¿Qué importa que aquel lleve por cortejo el interés? El oro dura más cuando se acompaña de un metal menos noble. No conviertas la riqueza que el destino te dió para tu comodidad y goce, en fuente de desgracia.

Pero como Próspero no se diera por convencido, Salomón, el sabio amable, penetró en su gruta, que ornaba la hiedra y la madreselva perfumaba, y salió á poco con una caja de cedro, toscamente labrada.

—Esta arquita—dijo á Próspero—guarda oro virgen, arrancado por los gnomos á las entrañas de la tierra, y encerrado aquí sin ver la luz del sol. Es la mejor piedra de toque para el interés. Porque apenas una mirada codiciosa se fije en el oro, éste enrojecerá como las mejillas de una doncella cuyo pudor se ultraja. Llévatela—añadió, entregándole la caja,—pero te aconsejo que no uses de ella. Mira que imprudentemente abierta, puede ser para tu felicidad la caja de Pandora.

No escuchó Próspero las últimas palabras de Salomón, y contento, partió con su arquita de maravillosa virtud. Y llegado á su casa, esperó tranquilo la aparición de los pretendientes al amor de Rosalinda.

Incontables se presentaron. Pero el primero, admitido por su jerarquía, fué un príncipe—de lejano reino venido—sobre cuyo viaje corrían rumores varios. Según unos, obedecía á una aventura amorosa. Para otros, tenía por único fin levantar un empréstito que fortaleciese su anémico tesoro.

Presentóse ante el padre y la hija, excusándose gentilmente por la falta de su real cortejo. Pero era un príncipe á la moderna, sencillo, hasta burgués; además, viajaba de incógnito. Su figura graciosa, sus maneras finas, su lenguaje pulido, agradaron al padre é interesaron á la hija, y cuando aquél la preguntó:—¿Te parece bien?—la doncella contestó castamente:—Señor, hágase tu voluntad.

—Mas preciso es someterle á la prueba. Venid—añadió Próspero, dirigiéndose al príncipe,—váis á ver la mayor maravilla que contemplaron ojos humanos;—y le llevó á la estancia donde se guardaba la misteriosa arquita.

Y la abrió. Dentro, el oro fulgía luminoso y atrayente. El príncipe, fascinado, retrocedió. Y luego tornó á mirarlo. Y á su mirada, el oro perdía su resplandor, como si palideciera, y trocaba su amarillez en carmín. Cerró Próspero la caja y

—Adiós—dijo al príncipe con acento triste.—No podéis ser mi yerno.

Vino después un poeta. Su traje era desaliñado. Su pelo se encrespaba sobre la frente espaciosa. Crecía en libertad su barba rebelde, y cantaba en versos sonoros la hermosura de la doncella, por la que su corazón clamaba eternamente, mientras todo en los espacios repetía: «Amor.»

—¿Te agrada?—interrogó Próspero á su hija.—Un poco extravagante y aun falto de limpieza me parece—observó Rosalinda.—Pero dice cosas muy bellas.

Y se repitió la experiencia. Y los ojos y las manos del vate fueron sobre la caja, que se cerró sola como una sensitiva.

—Marchad—ordenó desdeñoso el padre;—y miró á su hija con tristeza.

Y llegaron nobles, sabios, artistas, mercaderes. Y el oro enrojecía siempre. Y el padre veía con hondo pesar que la frente de Rosalinda se inclinaba como un lirio tronchado y las rosas de sus mejillas se marchitaban... Y acordábase de las palabras de Salomón.

* * *

Una tarde en que la doncella, puesta á su ventana, pensaba con pesadumbre en su destino—prisionera en jaula de oro,—acertó á pasar por delante del palacio un pastor. Era tan bello, que diríase Dafnis. Su andar, reposado y ágil. Cubríase con cándidas pieles. Y su brazo desnudo, de vigoroso contorno, dorado por el sol, volteaba una cayada con la que dirigía su rebaño.

Vió á Rosalinda y se quedó clavado, estático. Y la doncella entró en busca de su padre y le dijo:

—Señor, ahí aguarda un pretendiente á mi mano.

El viejo, cada vez más triste, más desalentado, levantóse presuroso á recibirle.

Pero al verle —¿Te has querido burlar de mí?—increpó á su hija.

—Me has dejado en libertad de elegir esposo—contestó con firmeza Rosalinda.—Y este lo será si es de mi gusto.

—Pero no sin que se someta á la prueba. Por ella pasaron príncipes y sabios, nobles y artistas. Justo es que pase por ella un pastor plebeyo y zafio.

—Señor...

—Si no, no te casarás... Prefiero que consagres doncellez y fortuna á las divinidades, á mirarte casada é infeliz. Ahora mismo se abrirá la caja.

—Señor—suplicó humilde la hija,—demorad la prueba hasta mañana.

Considerando el padre lo corto del plazo, aunque malhumorado, accedió.

* * *

A la mañana siguiente, Próspero, sin esperanza y sin temor, llevó al pastorcillo, que no apartaba los ojos de Rosalinda, ante la caja misteriosa. Y cuando ésta se abrió, el mancebo miró un instante,



con curiosidad, el oro, que no varió de color, tornando pronto la vista á la doncella, por cuyo rostro vagaba maliciosa sonrisa.

—¿Qué decís, señor?—interrogó entonces con timidez la hija.

—Será como deseas—contestó convencido el padre.—Y luego, al pastor:—Abrázala. Es tu mujer.

Presto el mozo se dirigió á Rosalinda, con decidida intención de cumplir la orden. Pero ella, esquivando con rapidez el abrazo, corrió hacia la caja, y cogiéndola, la tiró por la ventana, sin que Próspero pudiese evitarlo.

—¿Para qué servía ya?—disculpóse con éste, que la reprendía.

Y luego, dócil y pudorosa, se dejó abrazar por el afortunado esposo. Su rostro, en que florecían todas las rosas de su primavera, resplandecía triunfante.

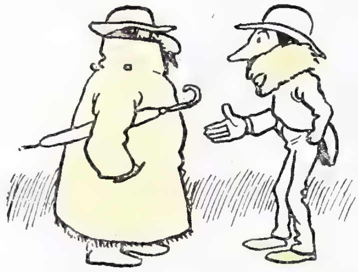
Y es porque Rosalinda, temerosa de consagrar su doncellez á otro dios que á Himeneo, había la noche anterior trocado el oro virgen de la cajita misteriosa por oro de las arcas de su padre, mancillado por su paso á través de veinte generaciones de mercaderes.

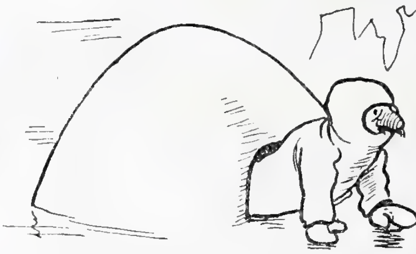
LEMA: HORACIO, AMIGO DE HAMLET

DIBUJOS DE SÁNCHEZ SOLA

(NÚMERO 5 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

EL EXPLORADOR DEL POLO, POR XAUDARÓ

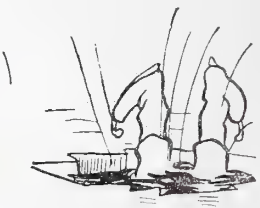

1.—¡Pero, hombre, usted tan metódico antes de ir al Polo, y ahora con este frío en la calle á altas horas!


2.—Le diré á usted: cuando estuve en el Polo, me levantaba á las ocho de la mañana...


3.—y me hacía el desayuno, preguntándome si sería el último, porque...


4.—cuando se sale allí, se expone uno á no volver, á causa de los osos blancos...


5.—lo cual hace que se viva siempre distraído y sobresaltado.


6.—Lo mismo si se está en el agua...


7.—que si se está en seco, las precauciones son indispensables...

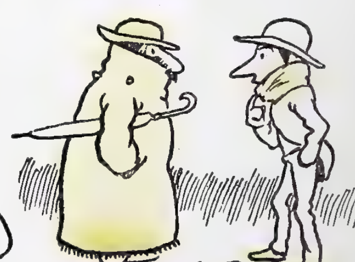

8.—y durante los frugales almuerzos debe uno estar ojo avizor...


9.—pues aun yendo armado hasta los dientes...


10.—se han dado casos de haberme visto muy apurado...


11.—y de llegar á casa en medio de horrorosos deshielos..


12.—para encontrarmela rodeada de terribles osos blancos...


13.—Bueno; pero aquí, en Madrid...
—Aquí los osos somos nosotros...

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 6 Febrero 1904. N.º 666



CARNE Á LOS PERROS

CÓMO SE FORMA UNA LEYENDA

Los naturales de aquella serranía suben una vez al año, el 15 de Agosto, día de la Virgen, á la cumbre del cerro alto y aislado donde está la ermita empotrada en las ruinas del castillo. «Entre año», sólo va algún que otro forastero curioso y de buenas piernas. Aparte de la fiesta á la Virgen del Robledar, allí no hay nada que ver, según el claro juicio de los naturales.

En mi calidad privilegiada de forastero y de curioso, subí «entre año», un día muy claro y templado de otoño, guiado por un buen hombre que, para no perder el tiempo, llevaba dos perros y una escopeta. Durante la subida, que no fué corta ni suave, me repitió no sé cuántas veces que aquéllo cuando tenía que ver era en el consabido día 15 de Agosto, en que suben gentes de cuatro ó cinco pueblos y hay regocijos para todo el mundo. Misa con sermón, procesión por la cumbre, bailes, jolgorios, fuegos por la noche...

—¿Y puñaladas?

—También.

Y cuando le di á entender que me agradan ver estos sitios sin gente y sin ruido, se encogió de hombros desdeñosamente, como diciendo: «La verdad es que hay gustos que merecen palos.»

A medida que ascendíamos, el robledar se hacía más espeso: aquella pomposa verdura nos ocultaba la cumbre: al fin salimos á una meseta en que el bosque se aclaraba por cortas sucesivas y codiciosas que se lo iban comiendo. De allí á la cumbre tardamos media hora.

Allí, el cazador se puso á dar voces al ermitaño; éste contestó desde la pendiente opuesta, y cuando me holgaba esperando ver la figura clásica del santero, con su luengo hábito pardo, su báculo y sus camándulas, bien barbado, bien rozagante por la salutífera virtud de la soledad y de los campos, apareció un labriego escuálido, en mangas de camisa, sucio, de color tercianero y barbas de ocho días, y por todo báculo un azadón.

Entramos por una puertecilla que más parecía ventana, y pasando por el recinto ruinoso del antiguo castillote y por la mezquina y desamparada sacristía, llegamos á la iglesia. Abierta la puerta que da al pórtico, entró el sol y pudimos contemplar lo poco que había. El olor de la humedad nos saturaba.

El ermitaño nos enseñó el retablo barroco, medio caído y desdorado, donde está el camarín de la Virgen, y un sepulcro ojival que hay en el muro del Evangelio. En el sepulcro hay la estatua yacente de una mujer joven y altiva, amortajada con luengas tocas: á su lado debía haber un guerrero del que no existen más que los pies envueltos en las escamas de la figurada armadura. El pajecillo, dormido y apoyado en el casco, se conservaba íntegro y libre de profanación.

El frontal de la sepultura había sido picado bárbaramente para borrar la inscripción funeraria.

AQ̄. JACĒ. LOS. MVI. ALTOˢ. I. PODEROSOˢ. SENORES DŌ...

No se podía leer más.

—¿Quiénes son esos señores...?

—Yo no lo sé—dijo el santero,—pero su historia la sabe todo el mundo.

—¡Magnífico! Dígamela, buen hombre, y yo la titularé con este título tan sugestivo é incitante: «Historia de unos señores que no se saben quiénes son.»

—Y sin que yo se la cuente, ahí la tiene usted... y señaló hacia una vidriera que hay en lo alto del mismo muro. Una vidriera holandesa, no mala á lo que pude ver. Muy maltratada estaba aquella página de colores, rota y cubierta de polvo. En los cuadros, que conservaban aún restos de la composición, se entreveían tres escenas: un banquete que un señor armado de punta en blanco, pero sin casco ni celada, daba á una porción de personajes vestidos con el más candoroso anacronismo del mundo: una mujer medio desnuda que corría por un bosque huyendo de feroces perros; la Virgen, rodeada de cabezas aladas, le tendía los brazos desde una nube redonda; y aquél ú otro caballero que, para indicar que á más de guerrero era Fundador, llevaba una iglesia en la mano.

—Bueno: ahora, vista la vidriera, venga esa historia ó cuento, ó lo que sea.

—Allá, no sé en qué tiempo...

—En tiempo de los moros: en eso no se vacila nunca.

—Sería en ese tiempo. Este castillo, con toda la tierra y pueblos que hay en seis leguas en redondo, eran de un señor... de ese mismo que está retratado en la ventana.

—Espere usted que vuelva á mirarla. A lo que se ve, el señor se daba buena vida.

—No hacía más que eso, según dicen. De día, pelear ó cazar ó andar á la que salta: de noche, borrachera va y borrachera viene: así que tenía muchos amigos.

—¡Excelente sujeto!

—Pues llegó un día en que vió á la hija del señor de aquel otro castillo, que estaba en un cerro que luego verá usted, y...

—Se enamoró, la pidió... Lo que es consiguiente.

—¿Enamorarse? ¡Sí, sí! Le entraron ganas de quedarse con los dos castillos y con los dos términos. Los ricos no se contentan nunca con lo que tienen.

—Los pobres tampoco: de modo que, en nacer, en morir y en no contentarse, somos todos iguales. Adelante.

—Fué con zalamerías y buenas palabritas y mejores regalos y variando de vida, hasta que enamoricó á la hija de su vecino, la cual, para que diga usted si valía ó no valía, ahí la tiene usted, y eso que estaba muerta cuando la hicieron el bulto.

—¿Esa? ¿La del sepulcro? Verdaderamente: es la imagen fiel de la rica-hembra.

—Cuando ya la tuvo al son que quería, y unos y otros conformes en el casamiento, salió el caballero con la gaita de que le diesen por dote el castillo con sus tierras y pueblos, y que si no, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Total, que todo se descompuso.

La señora lloraba: el padre quería hacer guerra y matar al burlador. Por fin, éste pensó que el padre era ya viejo y no andaba muy sano, y que teniendo él á la hija por prenda, todo vendría á ser á medida de su deseo; se dió á partido, y se casaron. Ya con su mujer aquí, volvió á sus comilonas, á sus amigos y borracherías, y atormentaba á la inocente para que su padre soltase el castillo. El viejo lo supo y juró que él sí que vendría á quitarle el suyo y con él su hija.



Tal rabia le entró al caballero, que durante una cena—la que está allí pintada—quiso que su propia mujer bailase delante de los amigos y los divirtiese como si fuese una mujercilla de tres al cuarto. Ella se avergonzó y dijo que primero se la comían los perros. ¿Sí? pues «¡carne á los perros!»—dijo el señor, que ya estaba á tres luces—porque sino, no hay hombre en el mundo que piense cosa semejante—y mandó que la arrancasen los vestidos, la untaran con sangre de ciervo y la soltasen los perros. Vea usted cómo la pobre señora va huyendo por el robledar y los perros la siguen, como fieras que son, en oliendo sangre. Allí murió la desgraciada, y como santa, que era la Virgen la esperó con los brazos tendidos para llevarla al cielo, donde nos aguarde muchos años.

—Y el viudo, entonces...
—Se arrepintió, y para enterrarla hizo esta iglesia. Pasaron años, y la familia de la señora no pudo vengarse como quería; y al fin, una vez entraron aquí, cogieron el castillo, quitaron al caballero del lado de su mujer, picaron el letrero y á él le pusieron...
—¿Dónde?
—Venga usted.
Salimos al pórtico, y á mano derecha vi clavada en el suelo una estatua desfigurada, mugrienta, con los relieves de alabastro roídos como á dentelladas. Los perros del cazador le enseñaban los dientes, amenazándola con el lomo erizado y un ladrido bajo y ronco que declaraba sus intenciones.
—En castigo la pusieron aquí, y colgando carne de la estatua, soltaban perros hambrientos para que la mordieran... ¡Así está ella!
—Es infernal. Pero ¿y estos perros, que son de ahora...?
—Todos los años, por la fiesta, vienen los cazadores con sus perros: cuelgan pedazos de carne revueltos en ramos de espinas, y al que mejor sabe coger la presa lo celebran y premian, y así toma más valor. Estos perros se acuerdan de la carne, pero también de los pinchazos.
—¡Pues sí que es una bonita historia!

*
* *

A los pocos días hablé con un hombre algo erudito de aquella serranía.
—No crea usted nada de eso. Por relación de mi propio abuelo sé que esa estatua la quitaron unos soldados franceses que estaban borrachos. Ellos fueron los que, al evacuarlo, volaron las defensas del castillo, clavaron la estatua en el atrio y hacían saltar los perros: á unos le ponían carne y decían: «salta por el Emperador;» á otros ponían abrojos, quitando la carne, y gritaban: «salta por el príncipe Fernando.»
De ahí viene que los cazadores hagan lo propio para adiestrar sus perros ese día en que á todos los juntan. En cuanto á la vidriera, tengo para mí que debe representar pasajes de la vida de Santa Genoveva ó de alguna otı .
—Amigo mío, esa será la historia: aquélla es la leyenda. Por eso vivirá más. Alguna alta razón hay para que unas cosas vivan más que las otra..

José NOGALES

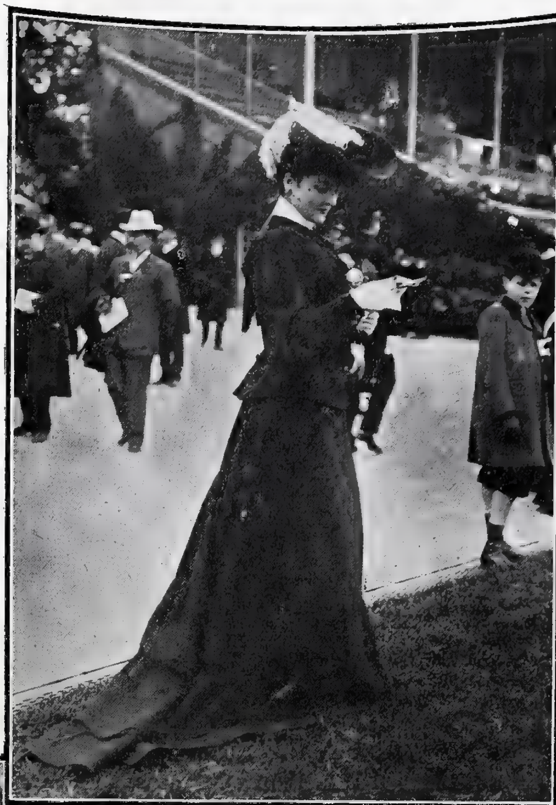
DIBUJOS DE M. SANTA MARÍA



ACTUALIDAD EXTRANJERA

Grandes espectáculos pueden ofrecer al artista la naturaleza y el arte, pero quizás ninguno tan sugestivo como el espectáculo de la sociedad cosmopolita que acude á uno de los parajes más deliciosos del mundo; es decir, á Mónaco, sin otro afán que el de divertirse cuanto es posible y el de ostentar en extraordinarios alardes su riqueza y su lujo.

Ultimamente se ha corrido el *Grand prix* en el hipódromo de Montecarlo, y nosotros no hemos querido privar á nuestras lectoras, ni mucho menos á nuestros lectores, de algunas interesantes y atractivas notas de elegancia femenina, sorprendidas por el fotógrafo en aquella animada fiesta. No son las *toilettes* del *Grand prix* de Montecarlo comparables en bizarría y suntuosidad con las que imponen las modas primaverales y veraniegas en el famosísimo *Grand prix* de Longchamps en París. Al fin y al cabo, la estación invernal, aun en lugares de eterna primavera, requiere y exige cierta severidad en los tonos y cierta mesura en las formas del vestir; pero de todos modos, se han visto este año en aquel paraíso unos vestidos hechura sastre, unos sombreros fantásticos y unos abrigos de pieles que quitaban el hipo, dicho sea con licencia... y con envidia.



De otros dos notables espectáculos tenemos que dar cuenta gráficamente.

De uno de ellos es protagonista el apura-





«TOILETTES» DE DAMAS ARISTOCRÁTICAS EN LAS CARRERAS DE MONTECARLO Fots. Cordonnier



EL REY DE COREA SALIENDO DE SU PALACIO PARA DIRIGIRSE AL TEMPLO

do y asendereado emperador de Corea, á quien, según todas las noticias, no le llega el *kimonó* al cuerpo; y no decimos la camisa, porque es probado que los coreanos no gastan esa curiosa prenda.

El emperador, que debe de ser hombre pacífico, ya está viendo la hora en que rusos ó japoneses le despojan del simbólico bonete de siete picos que gasta el hombre para presentarse en público; y sus saladísimos vasallos, que ofrecen la particularidad de llevar encima del gorro un elegante sombrero cordobés de los que darían golpe en la calle del Osario, tampoco las tienen todas consigo. Como es natural, emperador y súbditos acuden á Budha en tan terrible tribulación, y ahí tienen ustedes explicada esa especie de procesión ó mojiganga, en la cual va el emperador, montado en aparatoso palanquín, al templo, y seguido de unos cuantos millares de sombreros *Guerrita* que cubren cabezas con bigote y perilla.



EL PRÍNCIPE ENRIQUE DE PRUSIA INSPECCIONANDO EL CUERPO EXPEDICIONARIO Á ÁFRICA

Fots Gribayedoff

El otro espectáculo es mucho más vulgar. Se trata de una revista que ha pasado el príncipe Enrique de Prusia en Berlín á las fuerzas militares que iban á embarcar en Kiel para trasladarse al Africa meridional, donde unos señores salvajes llamados los Herreros ó Héreros les han zurrado la badana á los amigos tudescos, posesionados de aquel territorio Dios sabe con qué derecho.

* * *

ZODIACADA DE FEBRERO

PISCIS

Esta palabra denota una de las más bonitas constelaciones que en el firmamento brillan; como que se compone de más de un centenar de estrellas, repartidas en forma que la fantasía de los astrónomos clásicos representó como algo semejante á dos peces unidos por un lazo ó cinta de estrellas.

De estos dos peces, el austral es un pez insignificante y anónimo, al cual no debemos conceder la menor importancia; pero en cambio, el otro es un pez gordo y terrible, nada menos que el antepasado ó ascendiente directo del horrendo mónstruo Fafner, que la mitología germánica tomó de la griega.

La diferencia está en que Fafner (el dragón wagneriano que tanto miedo nos dió cuando le vimos amenazando á Sigfrido en el escenario del Real, antes que padeciéramos bajo el poder de los gorgoritos gratos á Arana y á Carmena) estaba encargado de guardar solamente el tesoro de los Nibelungos, mientras que el *pez boreal* de la constelación citada es el espantable mónstruo marino que, para satisfacer la venganza de las Nereidas, intentó devorar á la bellísima princesa Andrómeda, hija del rey de Etiopía Cefeo y de la reina Casiopea.



La explicación de semejante atrocidad, aunque tiene aspecto mitológico, es profundamente humana. Sabido es que las Nereidas eran cincuenta ninfas marinas, hijas del dios Nereo y de la señora Doris. Hay quien exagera la fecundidad de esta señora, hasta el punto de afirmar que las Nereidas fueron ciento cincuenta. El padre Homero no admite más que treinta: pero la opinión general se decide por cincuenta Nereidas, que es un número muy decente, y los mitólogos recuerdan los nombres de muchas de ellas, entre las que no podemos menos de citar á Galatea, blanca como la leche, á la altanera Agave y á la turbulenta Cimodocea, con otras muchas cuyos nombres se mencionan en el canto XVIII de la Iliada. Lo cierto es que las cincuenta ninfas no tenían nada que hacer, y ¡qué no habían de discurrir cincuenta solteronas ociosas y emberrenchinadas! La infeliz Andrómeda cometió la tontería de querer competir con ellas en hermosura, y como, en efecto era más guapa y las vencía, las Nereidas, despechadas, le fueron con el cuento á Neptuno ó Poseidón, grande amigo de ellas, y el muy bárbaro decidió arrojar á Etiopía el *pez austral*, especie de serpentón feróstico á lo Fafner, que asoló todo el país. Los etiopes, afligidísimos, consultaron el caso con el oráculo de Ammón, y éste les dijo que para calmar al mónstruo era preciso entregarle á la princesa Andrómeda. ¡Qué más querían la. Nereidas! La pobre princesa fué sacrificada. En cueros vivos la dejaron en las peñas de la costa, y á una de ellas la ataron con fuertes cadenas. Acercaba ya el mónstruo á las rosadas carnes de la princesa sus sangrientas fauces, cuando ved aquí por los aires, caballero en el alado Pegaso, á un apuesto y gallardísimo paladín con las sandalias y el casco igualmente alados; con temible espada, la hoja de bronce, de ébano los gavilanes; con flotante manto que por la espalda cubría la erizada cabeza de Medusa; con repujada rodela de cuero que el propio Vulcano forjó... Perseo se llamaba el paladín, hijo de Júpiter y de Danae, ó mejor dicho, hijo de Danae y de la lluvia de oro. Sin más que presentar á los espantados ojos del mónstruo la petrificante cabeza de Medusa, el formidable pez boreal quedó inmóvil, y Perseo pudo rematarle de una estocada en la boca, pues ya se sabe que por la boca muere el pez. Luego, el decidido caballero rompió cual si fuesen hilos las cadenas que ataban á Andrómeda, y es de suponer que por el aquél de la honestidad la cubriría con su manto; y por último, pidió la blanca mano de la hermosa princesa á sus papás, que se la concedieron gustosos. A su modo representó la escena el gran Rubens en un cuadro admirable que en el Museo del Prado estamos hartos de ver. Con el mismo asunto se han hecho más de mil cuadros, pero ninguno mejor que el de Rubens.

W. & B.

CÓRTESE LA PÁGINA POR ESTA LÍNEA

PELOTAZO LIMI
POR EMILIO SA





EL HOMBRE DE LAS TRES PERDICES

CUENTO VIEJO

PERICO, toma estas tres perdices que he cazado, y llévaselas al señor notario de Baticola de Arriba con esta carta.



—¡Hum...!

—¿Qué refunfuñas ahí?

—¡Hum! Lejicos está eso pa golver en el día.

—¿Y para qué quieres esas piernas, animal? Ea, toma para que te eches un trago en la Venta del Arenal, y así andarás más ligero.

—Estimando, señoramo. Vamos allá. *(Echa á andar filosóficamente.)* ¡Recontra, vaya un fresquecito que hace! ¡Afeita la cabeza mismamente! Y aún falta una *tongá* mu güena pa llegar á la Venta del Arenal. ¡Miá qué cosas tié mi amo! ¿Pa qué se le habrá antojao regalale al notario las perdices con este tiempecico? *(Sigue andando y cantando bajito,)* ¡Josús! ¡Dios me ayude! ¡Vaya unos *asperezos* y una abrïera de boca que me está entrando! ¡Pachasco que juá hambre lo que siento! *(Palpándose el estómago.)* ¿Tú qué ices? *(Certificando que, en efecto, el mal es apetito desordenado.)* ¡Dios nos asista! ¡Hambre es, carpanta pastelera! ¡Como que llevo ya andás tres leguas pa hacer boca! ¡Ah, contra; aquello que blanquea allá lejotes es la Venta del Arenal! *(Llega á la Venta en tres zancadas.)* ¡Ha de casa! *(Tentándose la faja y viendo que la propina de su amo no ha dado á luz en el camino: siguen siendo dos perros gordos y uno chico.)* Ventera, un *cinquillo*. Que no sea de eso cabezón.

—Esto es bálsamo.

—Sí lo será pa las tripas llenas, pero pa las vacías... ¡Uáaaa! ¡Recontra, ventera, qué maja está la lumbre! ¿Qué tié usté en esa ollica?

—En esa, ná: agua cociendo pa lo que se ofrezga.

—¡Miste lo que son las cosas! Aquí me tiusté á mí cargao con tres perdices, ¡y qué á gusto que caería una de ellas en esa ollica!

—¡Pues con esplumála!...

—¡Quitusté, quitusté, que es cargo e concencia! *(Pausa y tempestad bajo un cráneo.)* *¡Coro que* no iba á ejar ni las plumas! *(Cediendo á la tentación.)* Ea, ya no va á ser el cuervo más negro que las alas. A esplumar se ha icho. *(Desempluma la perdiz, la guisa y se come hasta el hueso del caballete.)* ¡Aaaaah! ¡A Dios sean dadas! Ya hay hombre. Ahora en dos brincos me planto en Baticola de Arriba. *(Coge el camino y lo hace como lo dice.)* ¿Es aquí en cá 'l notario?



—Aquí es.

—Dígale usté que le traigo un mandao de mi amo.

—Pasusté.

—Dios guarde á usté, señor escribano.

—¡Hola! ¿qué traes?

—Este pá e perdices y esta esquela.

—Gordas son: ésta es macho. *(Lee la carta.)* Pero, oye, aquí en la carta dice que me manda tres perdices.

—Sí, señor, tres perdices.

—Y tú no traes más que dos.

—Sí, señor, dos perdices.

—Pero ¿no traías tres perdices?

—Sí, señor, tres perdices traíba.

—Pues aquí no hay más que dos.

—Sí, señor, dos perdices hay.

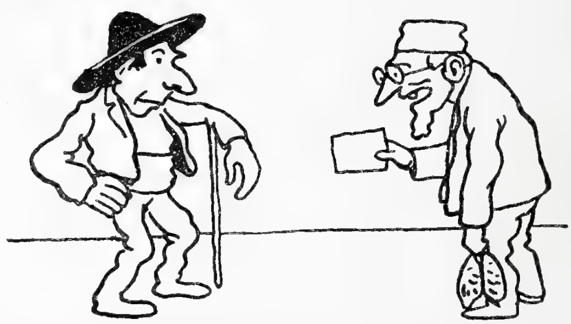
—Pero, vamos, explícate: tu amo te entregó tres perdices...

—Sí, señor, tres perdices...

—Y tú me das á mí dos...

—Sí, señor, dos perdices...

—Bueno; pues mira, aguárdate un momento, que yo te arreglaré... *(Escribe una carta.)* Ya está. Ahora lárgate, y le das á tu amo las gracias y esta cartita.



—Usté se quede con Dios. *(Desanda lo andado y llega á su pueblo al anochecer. El amo le pregunta.)*

—¿Ves cómo has hecho el viaje en el día? ¿Qué te ha dicho el notario? ¡Ah! ¿Te ha dado una carta?... *(La lee.)* ¿Cómo es esto? ¿El notario dice que no le diste más que dos perdices?...

—Sí, señor, dos perdices.

—Pero yo te entregué tres...

—Sí, señor, tres perdices.

—Y ¿cómo? ¿no le has dado más que dos?

—Sí, señor, dos perdices...

—Pero, hombre, ¡si llevabas tres!

—Sí, señor, tres perdices.

—¡Ah, tunante, es que te has comido una!...



—Gracias á Dios, bendito y alabao, que lo ha conocío su mercé. ¡Ya ecía yo que mi amo era un hombre de luces! Si llega á ser su mercé tan bruto como el notario, esta mesma noche le hubiá pedío la cuenta...

TOMÉ DE BURGUILLOS

RECUERDO DE DINAMARCA

A la princesa D...

(DE FRANCISCO COPPÉE)

En silencioso parque escandinavo
de abetos siempre verdes, donde el cierzo,
sobre terraza espléndida, las flores
azota y dobla en los marmóreos tiestos,
una virgen bellísima, de añoso
tronco augusto y real, vástago nuevo,
blanca y gentil princesa de ojos claros,
inmóvil, apoyándose en el terso
jaspe de la esculpida balaustrada,
mira el azul del Báltico á lo lejos.
Su traje de satén es como nieve,
y orlan su pura faz blondos cabellos
de aquel rubio ideal, áurea corona
de femeniles frentes bajo el cielo
del Septentrión. De pie, ciñen su talle
y á tierra bajan rígidos los gruesos
pliegues de su vestido. Es cual fantasma
de una reina encantada. Ni arde fuego,
ni hay en sus ojos luz. Parece un lirio
al tibio sol de medianoche abierto.

Allá en el tiempo aquel en que viajaba
por las tierras del Norte, conoceros,
Princesa, no logré; mas vuestro nombre
repetido por todos (y que quiero
callar aquí), mi espíritu agitaba
con doloroso afán. Enojo y tedio
mi obscura estirpe me causaba entonces;
y aun hoy (¡cuán loco!), al recordaros, pienso
en amores reales, é imagino
ser vuestro ilustre prometido. Llego
del país de las nieves y los cisnes,
y me reciben con honores regios.
Príncipe soy; un czarewitch muy rubio,
adolescente, casi niño. Al pecho
la gran placa prendí del Elefante,
como agasajo á vuestro padre, y vengo
á pedir vuestra mano. No gastamos
enfadosos preámbulos; dispuesto
por los embajadores está todo;
y cuando llega el crítico momento,
la escuadra rusa y la danesa flota
empavesan sus mástiles á un tiempo;
son cien estrepitosos cañonazos
el madrigal cantado en vuestro obsequio,
é izadas á la vez nuestras banderas,
brillan al par sobre la luz del cielo.

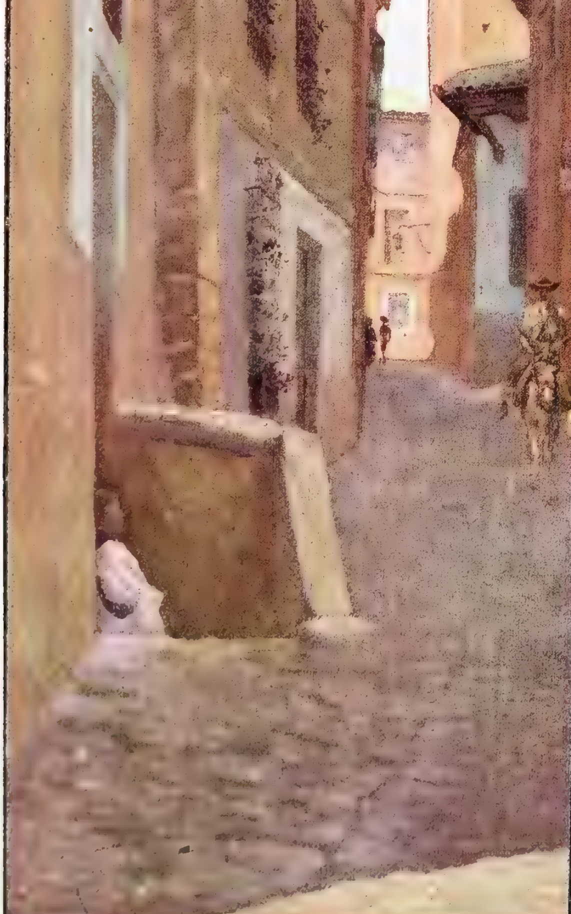
¡Perdonad! Fuí, no más, un caminante
que ignorado pasó. Ni pude veros,
ni me vísteis tampoco. No pensásteis
que toda una mañana, con pie incierto,
un turista poeta, divagando
por vuestro parque silencioso, en sueños
de exquisita ilusión os evocaba.
Nunca, nunca sabréis hasta qué extremo
os vió pálida y rubia, última Ofelia;
y cuál brillaban claros y serenos
vuestros ojos cerúleos, contemplando
azulear el Báltico á lo lejos.

Teodoro LLORENTE



DIBUJO DE J MARTINEZ ABADES





ESPAÑA VIEJA

Un rincón de Toledo

La venerable ciudad de los Concilios ha puesto á prueba el talento de muchos pintores antiguos y modernos, sin que hasta el presente haya acertado ninguno á reproducir con toda su extraña energía y toda su jugosa y vibrante tonalidad ni el color ni el ambiente toledano.

El fenómeno es fácil de explicar si se tiene en cuenta que Toledo es un montón de edificios de todas las épocas. Hay allí piedras, ladrillos, tejas, maderas y hierros que cuentan ¿quién sabe? diez siglos, quince, veinte ó más... Por consiguiente, á los colores naturales y corrientes de las cosas y de los materiales de construcción, ha de sumar el pintor cantidad infinita de medios tonos desconocidos, extraños, resultado del envejecimiento desigual de los objetos. En Toledo podría pasarse la vida pintando un buen artista que sólo tratase de reproducir las distintas coloraciones del hierro tomado de orín, ó de la madera marchita y reseca por obra del sol y de la humedad, ó de la piedra acaramelada por los siglos.

Por otra parte, el ambiente de la ciudad, sobre todo en los lugares cercanos al Tajo, que la ciñe y abraza, no es el de las secas ciudades castellanas, todo limpidez y transparencia: al contrario, la atmósfera descompuesta por las emanaciones del río que en invierno cubren de niebla las casas, ofrece los más inesperados cambios de luz y de color, desesperación de los pintores. En verano, esos vapores que, naturalmente, no se condensan, dan sin embargo al ambiente de Toledo una gran semejanza con el de los pantanosos alrededores de Roma, tan difíciles de pintar.

Un artista toledano, Pepe Vera, trabajador infatigable y menos conocido de lo que merece, ha intentado fijar en esta página una impresión fugitiva del sitio más soleado de Toledo: la torre de la vieja parroquia de Santo Tomé, donde está enterrado el conde de Orgaz, D. Gonzalo Ruiz de Toledo, al pie del incomparable cuadro de Theotocópulos.

DIBUJO DE JOSÉ VERA

CRÓNICA GRÁFICA

El día 26 del atual se reunió el Capítulo de Caballeros de la Orden militar del Santo Sepulcro de Jerusalén en la iglesia parroquial del Carmen de esta corte, para la recepción del nuevo caballero D. Gaspar Castellano de la Peña, conde de Castellano. El Presidente hizo al nuevo caballero las preguntas de ritual, y admitido el juramento por el Sr. Arzobispo, invistieron á aquél manto, birrete, espada y demás insignias.

Contrasta con dicha aristocrática fiesta la popular romería de San Sebastián, patrón de Huelva, la cual se ha celebrado este año con extraordinaria animación.

La ermita se alza en uno de los barrios populares de Huelva, y á ella concurren las más hermosas hijas de la bellísima capital andaluza. En aquella bendita tierra hay flores todo el invierno, y con flores, buenas mozas y alegría, ¿quién dijo penas? Allí se realiza con toda verdad la copla ó refrán antiguo de Andalucía:

San Sebastián
mozo y galán
saca las niñas
á pasear.

En varios periódicos se ha hablado estos días de la situación de las islas Chafarinas que, pegadas á la costa de Africa y en excelente situación estratégica poseemos, sin que por un momento se nos ocurra concederles la más insignificante atención.

Hace algunos años—nos dicen—se viene pensando en unir la isla del Rey con la de Isabel II, pero como nadie proporciona



JURA DE UN NUEVO CABALLERO DEL SANTO SEPULCRO

Fot. Asenjo



VISTA DE LA ROMERÍA DE SAN SEBASTIÁN EN HUELVA

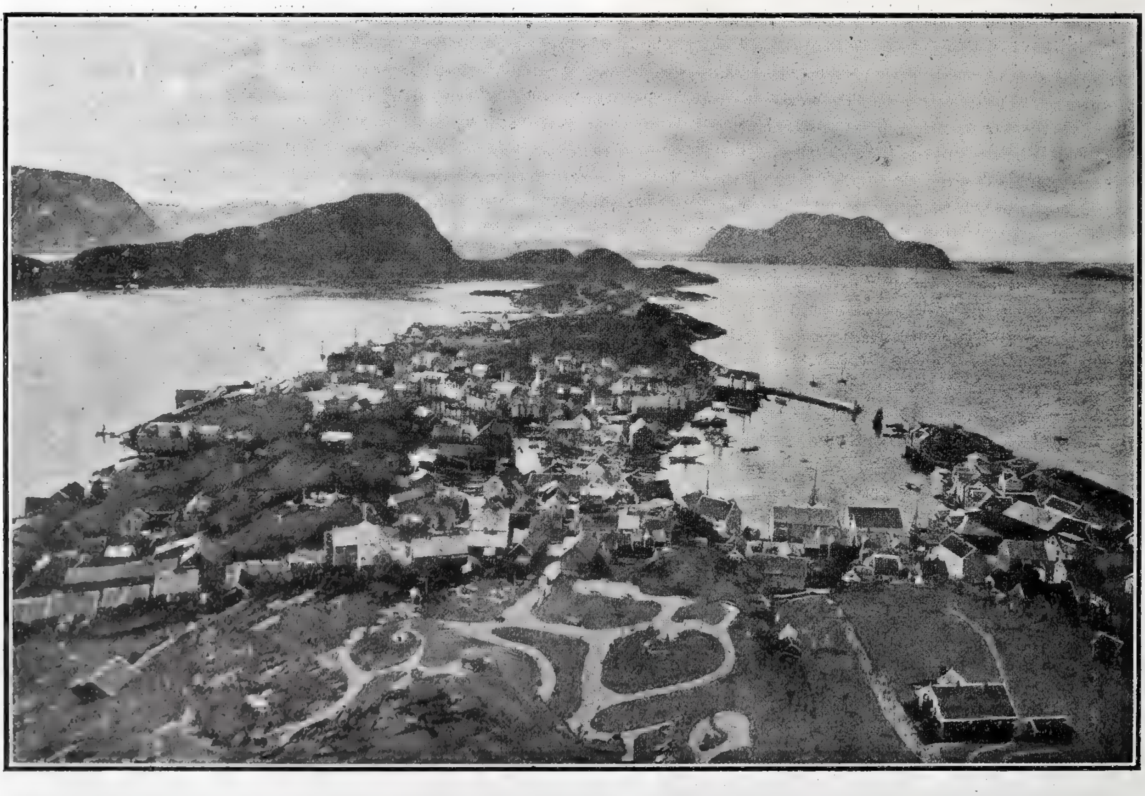
Fot. F. Agea



ESTADO ACTUAL DE LAS OBRAS DE UNIÓN DE LAS ISLAS CHAFARINAS Fot. L. Vidal

elementos para ello, las cosas siguen lo mismo que estaban y así seguirán hasta que el diablo haga que... pero no nos anticipemos á lo que pueda hacer el diablo. Allí ha estado recientemente el Sr. Villanueva, ex ministro de Agricultura, y ha vuelto desconsoladísimo, á pesar de su jovialidad habitual. Veremos si con su desconsuelo influye el Sr. Villanueva en que se haga un poco de caso de las pobres islas Chafarinas.

El 23 de Enero, en poquísimas horas, se convirtió en cenizas el puerto de Aalesund (Noruega). Mil quinientas casas con sus muebles, los edificios públicos, dos hospitales, dos iglesias... todo fué



EL PUERTO DE AALESUND, ANTES DEL INCENDIO «De Le Monde Illustré»

pasto de las llamas, calculándose las pérdidas en sesenta millones de francos. Once mil personas se quedaron en la calle, lo cual en este tiempo y en Noruega debe de ser mucho más desagradable que asistir á una zalagarda en el Congreso.

* * *



Amor y egoismo

¿Por que me cierra la puerta
el judío de tu padre,
cuando te quiero, eh quilla,
lo mismilo que á mi madre?

(CANTAR)

GABRIELITA miró desde la acera, por la puerta de una tienda, el reloj que dentro estaba colgado en la pared del fondo. Su carilla diminuta y espléndidamente adornada por pequeña boca y hermosos ojos, exteriorizó disgusto. Eran las ocho, y el cielo derramaba menuda lluvia, tan pertinaz, que empapaba su descubierta cabeza.

Modesto mantón ocultaba la esbeltez del talle, no los hilvanes de la costura acabada de rematar, que prendidos á la falda bajaban hasta su término.

Para mojarse lo menos posible y evitar que el barro de las calles alterase la blancura de su almidonada enagua, procuraba acercarse á las paredes.

Varias veces miró desdeñosamente á unos atrevidos que en la Plaza del Progreso, frente á la fábrica de corsés, exageraron su admiración ante aquel piececito lindamente cubierto por bajos de charol y cartera de becerro.

La lluvia continuaba alegrando los árboles y plantas del jardinillo, cuyos retoños estaban ávidos de que la madre Naturaleza los nutriera con su fecundo alimento.

La chulilla atravesó con presteza la encharcada arena de los senderos del parque y llegó á la acera extrema.

Cuando á cruzar se disponía hacia la calle de la Espada, un carro cargado de verduras se interpuso entre ella y la citada vía.

Entonces pateó contrariada el suelo, confundiéndose el ruido de su taconeo con el del caer del agua,

las voces del carretero, el lento é ineficaz arrancar de las mulas, y con el tin... tin... del coche eléctrico que paraba á la entrada de la del Mesón de Paredes.

—¡Qué tarde es!—decía.—¡Pobre Pepe... cómo estará padre!

La mole desapareció perezosamente, y la muchacha, deseosa de ganar el tiempo perdido, echó á correr por la calle azorada y descompuesta.

Dobló la esquina y tomó la de Jesús y María, con tan mala fortuna, que tropezó con un chiquillo, raído, desgarbado y ciego, que con la guitarra que llevaba á las espaldas cayó al suelo.

Lágrimas y ayes más tristes que la noche derramaron sus ojos y escaparon por su boca.

Gabriela, pálida y desencajada, sin acordarse ni del golpe ni del daño, levantó al mozuelo, y chorreando agua y presentimientos desapareció por la abandonada callejuela con las enaguas manchadas y el calzado sucio.



* * *

Junto á la puerta de una casa, cuya estrecha fachada adornaban cuatro huecos y una reja que medio metro se alzaba del suelo, un anciano, paseaba apoyado en un antiguo paraguas, mirando á la parte alta de la calle. Sapos y reptiles salían por su boca.

Miraba y miraba. Al cabo vió á Gabriela, y fué á su encuentro.

—¡Alma de mi alma! gritó. Pajarilla de mi canariera. ¡Bendito Dios, y cómo te has puesto!

—No se incomode, padre, que si la noche es mala traigo buenos jornales. A Dios gracias, otros pueden quejarse, menos usted y yo.

El viejo abrió el paraguas, se detuvo, miró á su hija de pies á cabeza, y siguiendo, habló así:

—Santos del cielo, ¿cómo te has enfangado tanto? Pues deja, que media hora hace que está ese pillo espera que te espera.

—Déjese, padre, el agua lo limpio todo; y de Pepe no hable usted de esa manera, que, bien mirado, no lo merece. ¿Y usted, padre, tiene ya trabajo?

—Pa eso te tengo yo, ¡vida mía! No para que otro abra la jaula y escape con el pájaro y la llave de mi despensa... De hoy no pasa: en cuanto se acerque, le rompo un ala, y así no volverá al nido.

—¡Jesús y qué malo está usted! Entre el tiempo, usted y el tropezón que acabo de darme, me van á quitar la vida. No gruña, que esta noche podrá beber en grande. ¿Me dejará usted hablar con Pepe?

—¿Con Pepe...? Beber, no dejaré de hacerlo. Pero, eso de hablar con Pepe, son palabras mayores. Esta noche, Gabrielilla, vas conmigo al teatro.

—¡Para eso trabajo tanto, para gastarlo todo y no poder hablar con él!

—No me hagas repetir otra vez que te necesito y que no quiero te cases. Dime: ¿Cuánto has cobrado?

—Seis duros, padre

—Con uno sobra. Los otros, para vino, tabaco, comida y casa.

—Lo que usted mande; ¿pero, me dejará usted hablar con Pepe?

* * *

Padre é hija llegaron á la casa junto á cuya puerta conocimos al vejete. Pepe silbó varias veces. disculpando la tardanza de su novia. De la reja salían rayos de luz que festoneaban la acera.

A las diez, el cielo iba recobrando su hermosura primaveral y tapizándose de estrellas.

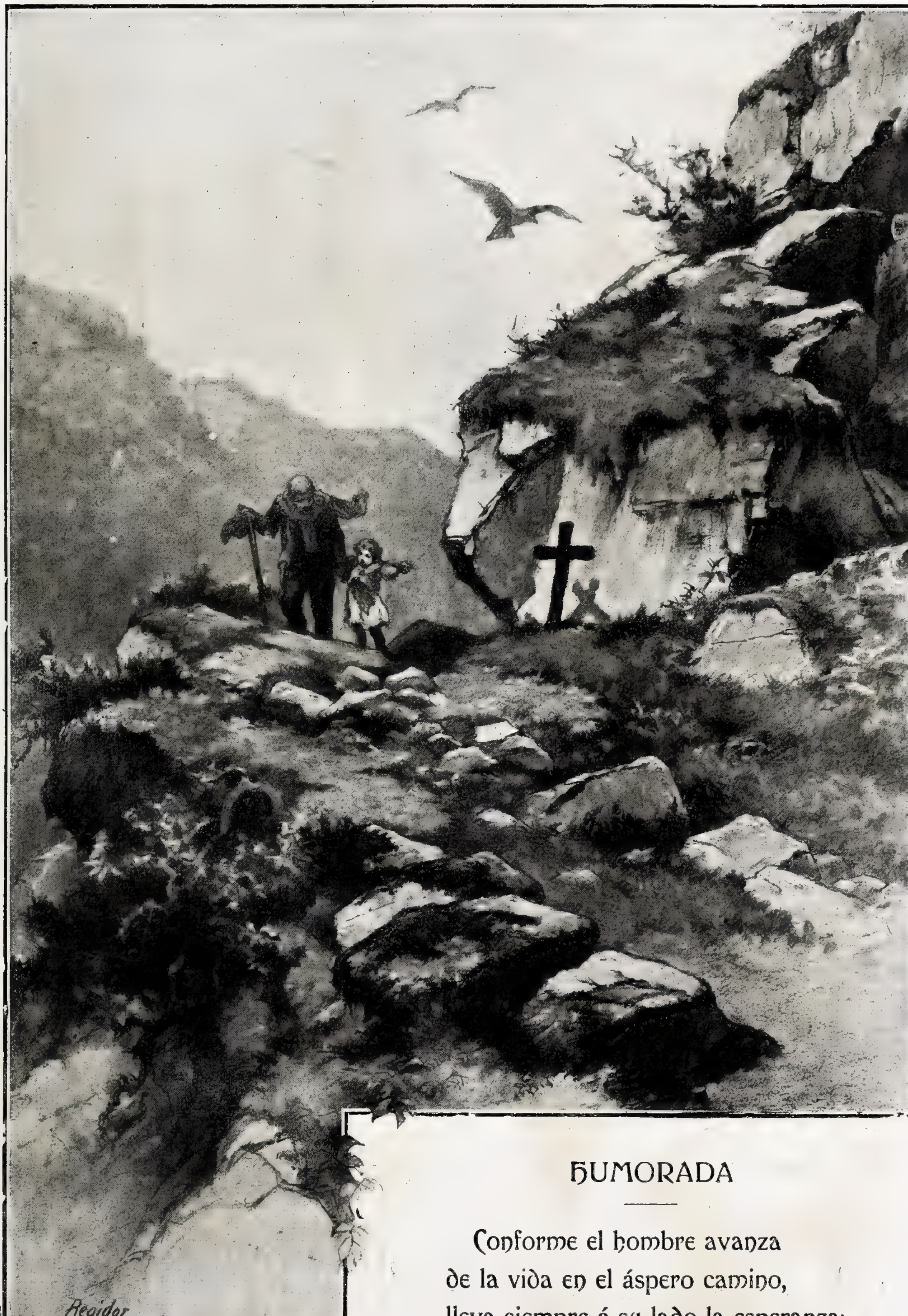
El joven volvió de cenar. En la reja todo eran sombras. Algunos tiestos de lilas y rosas interrumpían la lobreguez de la ventana. Frente á ésta se colocó Pepe, que estaba cabizbajo y lleno de pena, con el jornal en el bolsillo y sin saber en qué gastarlo. Gabriela no se asomaba, esto no cabía duda, pues bien claro lo decían los plateados reflejos de la luna, que en aquellos instantes besaban la vidriera de la reja con tanta dulzura como Pepe besaba en espíritu su linda modistilla.........................
...

Las horas pasaron. Pepe, silencioso y triste, esperó hasta la una. Entonces ella y su padre bajaban la calle, al par que unos golfillos, acompañados del ciego y su guitarra, la subían cantando esta copla en son de tientos:

¿Por qué me cierra la reja
el judío de tu padre,
cuando mi querer se iguala
al cariño de una madre?

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

ENRIQUE PACHECO DE LEYVA



HUMORADA

Conforme el hombre avanza
de la vida en el áspero camino,
lleva siempre á su lado la esperanza;
mas tiene siempre enfrente á su destino.

CAMPOAMOR

DIBUJO DE REGIDOR

EL COLMO DE LA PULCRITUD

CUENTO BATURRO, POR GASCÓN



1.—Diga usted que me preparen cena y que me traigan ahora un vaso de agua.



2.—¡Vaya una limpieza!
—¿Pues qué tiene? ¡Ah, sí! ¡Una mariposica!



3.—Pues, siñor mío, con quitala...



4.—Y agora, ¿hay limpieza?

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 13 Febrero 1904. N.º 667

REFRANES DE FEBRERO EL LOCO

VIENE *Febrerillo el loco con sus días veintiocho....* y aun cuando traiga veintinueve, como este año, que es bisiesto, ya la fama de loco no hay quien se la quite. Así es tradicional representarle como figura carnavalesca, con su ropilla de cascabeles, su pandera y su careta de quita y pon, riendo con un ojo los Carnavales, con el otro llorando la Cuaresma.

Es un mes simpático, un mes bohemio, inconsecuente y versátil, máscara siempre: su antifaz son las nubes; sus cascabeles, cuándo copos de nieve, cuándo botadores granizos, y más frecuentemente gotas de lluvia que tintinean en tejados y cristales.

No refrán, sino cuento ó conseja es el gracioso decir de los gallegos, que merece copiarse:

«Dixo n'o monte unha vella:—Váite, Febreiriño



corto c'os teus días vinteoito: que se tiveras mais catro, non quedaba can ni gato.—Febreiro contestou moito:—Os teus becerriños oito, deixa, que o meu irmau marzo háche-os de volver en catro.»

Mal mes para los becerriños, para los canes, para los gatos y para los gobiernos con mayorías cachorras y agostizas. La vieja del cuento ha sido en muchos casos el presidente del Consejo de ministros. ¿Lo será este año? Otras cosas habría más difíciles.

Agua de Febrero mata al oncenero ó al usurero. Este



es refrán de los pueblos en que el rico ahorrador adelanta cuartos á los labradores con intención de cobrárselos muy aumentados y sahumados en tiempo de la cosecha. Si el Febrero es bueno (*Febrero, cebadero*, dice otro refrán), los labradores no pensarán en pedir prestado al otro invierno, y el usurero se morderá los puños de rabia. Pero este refrán es propio de los tiempos patriarcales en que no existía el Banco hipotecario, al cual lo mismo le da que llueva en Febrero ó que nieve en Agosto.

En Febrero busca la sombra el perro, y el cochino (con



perdón) *el aguadero. Y en Marzo*—añaden otros,—*el perro y su amo.* Este es un refrán que no necesita explicación por lo que toca al perro. En lo que hace al apreciable compañero de San Antón, es un refrán que le rehabilita de las calumnias vulgares con que se suele ofender á aquel sustancioso cuadrúpedo. El cerdo busca el aguadero para beber y para bañarse desde el segundo mes del año, muy á diferencia de tantos seres humanos, al parecer, que aguardan la llegada del ardoroso Julio para pensar en remojarse la piel. ¿Quiénes son, pues, los verdaderos gorrinos?

En Febrero—dicen los cazadores en las monta-



ñas de Asturias y de Santander—*sale el oso de su osero.* He aquí otro ejemplo de superioridad de los animales sobre los llamados racionales. Los osos de Madrid, en Febrero suelen estarse metidos en el café, ó bien cabe la amorosa camilla *patronímica*, y sólo en Abril, cuando llega la hora de florecer las lilas y de empeñar los gabanes, *salen de su osero* y comienzan sus campañas en el Retiro y en la Castellana.

En Febrero—aseveraban los hidalgos de capa y espada—*siete capillas y un sombrero.* Y así como ahora, en dicho mes pasamos muchos ratos dudando si saldremos á cuerpo, con gabán de entretiempo, ó con sobretodo fuerte, ó con pelliza (el feliz mortal que la posee), así, en tiempos de Pantoja y de

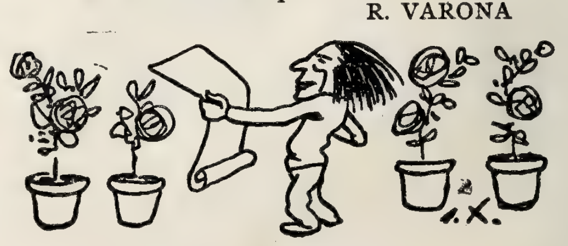


Sánchez Coello sería de ver á los señoretes aristócratas titubeando ante la percha de las *siete capillas*, y decidiéndose siempre por lo más desacertado, pues ya se sabe que en aquel tiempo comenzaron los españoles á hacer gentiles majaderías, y bien se nos conoce en la actualidad.

En fin, el refrán más acomodaticio y ecléctico de Febrero es el que reza: *Si la Candelaria plora, el invierno fora, y si no plora, ni dentro ni fora, y si llueve y hace viento, invierno dentro;* proverbio que parece inventado por los *zaragozanos* ó facedores de almanaques y pronósticos metereológicos para quedar siempre bien con sus compradores.

Pero ninguno más poético ni que evoque más agradables imágenes campestres que el refrán de fin de Febrero: *San Matías, Marzo al quinto día, entra el sol por las umbrías, calienta las aguas frías y cantan las totovías...* ¡A ver quién es el guapo que dice más cosas bonitas en menos palabras!

R. VARONA





UNA CHULA
POR R. CASAS



Las cinco vacas de Celesto

El prado de Celesto era el más exuberante en la parroquia de Lloreda; un herbazal fino y espeso en donde el pie se hundía con suavidades voluptuosas. Cuando estaba alta la hierba, el más liviano soplo del viento, haciéndola ondular, encarecía la abundancia de aquel pasto jugoso y tierno; era como un lago de aguas verdes con ondas que en sedosos tornasoles corrían fugaces por la superficie. Cuando estaba segado, era un espléndido manto de terciopelo; el rocío por la mañana le espolvoreaba de pedrería brilladora, y á la tarde, la luz crepuscular caía sobre él, obscureciéndole hasta prestarle los tonos misteriosos y profundos que al morir la luz toma el mar entre las rocas.

Las cinco vacas de Celesto gozaban de aquel regalo, y Celesto también gozaba viéndolas pastar y relamerse, viéndolas adormecidas por la hartura, viéndolas á la tarde abandonar satisfechas y serenas la rica pradera en busca de la *corrada* caliente, seguras de que al otro día hallaban húmeda y fresca la hierba del prado mullido. Y en el invierno, cuando la lluvia le empapaba, llenándole de charcos y aguazales, convertido en cenagal limoso, las cinco vacas de Celesto aún gozaban los dones de aquella tierra exúbera, rumiando el heno cálido que llena con su aroma campesino el ambiente de la *corrada*.

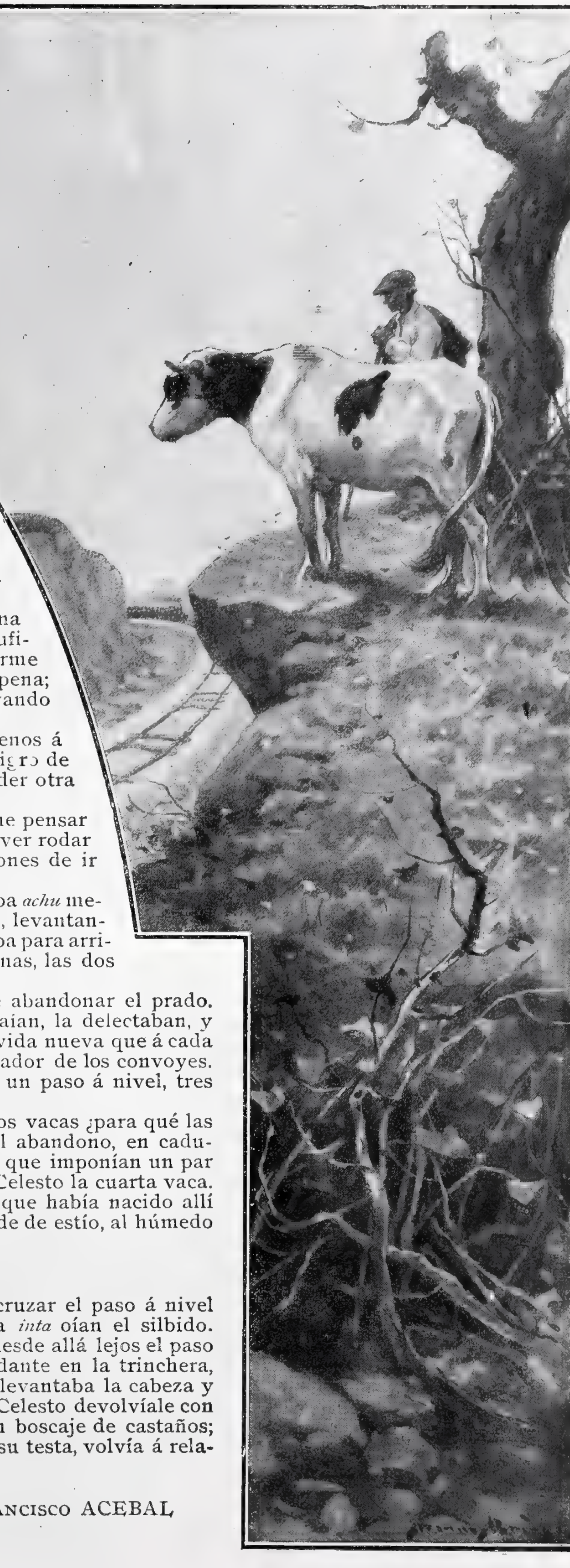
Con aquel prado vivía la familia de Celesto: su madre, la caduca antañona que lo había visto herbecer en noventa primaveras; Celesto mismo; que al pasarle el *guadaño* para la siega, parecía acariciarlo en vez de guadañarlo; su hija *Etelva*, que todas las mañanas, andarina y tempranera, iba de Lloreda á Gijón á repartir la leche, que trascendía á balsámicas hierbas; y *Pachu*, el hijo, el mozallón sanote, el que ayudaba á su padre en las rústicas faenas de aquel prado, el que armaba con Celesto los *balagares*, las altas piladas de hierba seca, dorada por el sol; el que después las trasegaba al carro, y del carro á la *tenada*. El más sórdido avaro no mira con tanto regodeo su tesoro como la famila de Celesto aquel campo guarnecido en sus linderos por lozanas sebes de laurel y roble entretejidas con la suave madreselva y el áspera zarzamora.

Hubo un día en que alguna cosa grave debió ocurrir allí. A primera vista nada se adivinaba; el prado sin segar estremecíase ondulante con las caricias del viento; las cinco vacas pacían serenas; los gorriones picoteaban alrededor de ellas; el lauredal del seto con el movimiento de sus hojas arrullaba aquella escena pastoril y tranquila, pero *Pachu* y Celesto iban y venían con desasosiego, del prado á la casa y de la casa al prado. Uno primero, otro después, cruzábanse sin hablar, sin mirarse apenas; á grandes zancadas paseaban la pradera, oteábanla con ojos de codicia, queriendo sorberla con una mirada.

En una de estas vueltas, Celesto dijo á *Pachu*:—Hombre, míralo tú; dicen que es peor ponerse por las malas.

Y *Pachu* le respondió á Celesto:—Padre, por visto; es mucho peor ponerse por las malas.

—Si fuese tan sólo llevarse un cacho; si llevasen de allá arriba, *contra el* robledal de la sebe... Pero tú hazte cuenta que cortan por la mitad de la pieza.



—Padre, peor es ponerse por las malas.

A poco tiempo de este diálogo conciso, en el prado de Celesto se metieron unos hombres armados de herramientas, y á golpes de azadón comenzaron la faena de abrirle las entrañas para cavar honda zanja, por cuyo seno había de penetrar la línea férrea.

A cada azadonazo, bajo la hierba fresca asomaba la tierra roja como si sangrase por la herida, y el rico prado de Celesto quedó partido en dos por la trinchera profunda de escuetos taludes, angosta hoz, entre cuyas paredes rodó con estrépito la locomotora.

Con la merma del pasto, Celesto mermó una vaca; las dos parcelas no daban alimento suficiente para cinco. La vieja antañona, conforme iban abriendo zanja se iba muriendo de pena; parecía que aquellos zapadores le iban cavando su sepultura.

Y se murió la vieja; y como era uno menos á cuidar el ganado y tenía éste además el peligro de la profunda trinchera, resolvió Celesto vender otra vaca.

Pero al año de vender la segunda, hubo que pensar en feriar la tercera, porque á *Pachu*, de tanto ver rodar los trenes por allá abajo, le entraron comezones de ir en ellos.

Y en ellos fué. Dos veces por semana pasaba *achu* metido en un furgón de cola; desde la hondura, levantando la gorra de visera galoneada de rojo, miraba para arriba: allí estaban pastando, tranquilas y serenas, las dos vacas de su padre y de su hermana.

También la hermana sintió el anhelo de abandonar el prado. Aquellos trenes que pasaban raudos, la atraían, la delectaban, y quiso catar, como *Pachu*, los deleites de una vida nueva que á cada hora del día la llamaba con el retumbo tentador de los convoyes.

Y se marchó *Etelva* para ser guardesa en un paso á nivel, tres kilómetros más abajo de Lloreda.

Quedóse Celesto solo en el caserío; él, dos vacas ¿para qué las quería? Con una bastaba; envejecido por el abandono, en caduquez prematura, no pudo sufrir ya la faena que imponían un par de animales, y en la feria de la villa vendió Celesto la cuarta vaca. Quedóse con la *Pinta*, vejancona como él, la que había nacido allí mismo, sobre el esponjoso prado, en una tarde de estío, al húmedo frescor de los laureles.

* * *

Los trenes que venían de allá abajo, al cruzar el paso á nivel que guardaba *Etelva*, silbaban; Celesto y la *inta* oían el silbido. Parecía que la misma guardesa les avisaba desde allá lejos el paso de un convoy; oíanle rodar, meterse trepidante en la trinchera, estremecer el prado... La *Pinta*, que pacía, levantaba la cabeza y miraba con sus ojazos tristones á Celesto. Celesto devolvíale con ternura la mirada. El tren perdíase entre un boscaje de castaños; todo quedaba en paz, y la *Pinta*, inclinando su testa, volvía á relamerse con el jugoso pasto.

Francisco ACEBAL

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



Paisaje melancólico

Se está muriendo el invierno
—sueño y frío, llanto y niebla;—
mi rosal siente floridas
nostalgias de primavera.

¿Cuándo habrá aroma en el aire?
... De una ventana entreabierta
viene el aria de un piano
llorando antiguas tristezas.

El jardín de mi adorada
está lleno de hojas secas;
los árboles no se mueven;
nadie viene por las sendas.

Es un silencio de parques
olvidados; huele á tierra
de cementerio, y se oye
la lluvia en la fronda muerta.

Y á la triste claridad
de la luna amarillenta,
un ruiseñor llora dulces
preludios entre la niebla.

Juan R. JIMÉNEZ



DIBUJO DE EMILIO SALA

ACTUALIDAD EXTRANJERA



CARRERA Y BAILE DE LAS MINUINETTES EN EL MOULIN ROUGE. EL TRIBUNAL, PRESIDIDO POR LIANE DE POUGY

Se acuerdan ustedes de la famosa carrera de las *midinettes* celebrada en París no hace mucho, y de cuyos resultados dimos cuenta en estas mismas columnas?

No son solamente dignas de atención y de premio estas obreras diurnas. La insaciable voracidad del público parisiense para todo género de jaleos y diversiones, obliga á movilizar también todas las noches un ejército de muchachas bonitas y graciosas, no mucho más afortunadas que las obreras del medio día, y á las cuales se ha bautizado con el nombre extrambótico de *minuinettes* (obreras de media noche): cantatrices y bailarinas modestas de los teatros y cafés bulevarderos, coristas y figurantas de los coliseos donde se cultiva el género *grande*, etc., etc.

Á ellas se dedicó la carrera y el baile verificado en el Moulin-Rouge la noche del 30 de Enero. Concurrieron centenares de muchachas, y otorgó los premios un bellísimo y nunca visto tribunal, compuesto por una docena de *estrellas* de las más eminentes en la coreografía y el canto ligero, y presidido nada menos que por la universalmente conocida Liane de Pougy, que ostentaba sus joyas de fabuloso esplendor.



EL GENERAL ALEXEIFFF HACIENDO MANIOBRAR Á SUS TROPAS EN MANCHURIA

Fotografías Gribayedoff

Qué no hubieran dado por hallarse á tales horas en el Molino Rojo, contemplando de cerca á sus fraternales aliadas, el general Alexeieff y los oficiales moscovitas que en aquellos mismos días y en éstos también, con un frío de mil diablos, como el que suele desarrollarse en las planicies de la desolada Manchuria, se ocupaban en organizar otra carrera y danza general con el coro de caballeros cosacos que el insigne *Emperador de la Paz* tiene destacados en aquellas apartadas regiones?

Da frío ver á ese general y á esos oficiales con uniformes blancos disponer las evoluciones de los blancos infantes y de los blancos caballeros sobre el suelo blanco de nieve. ¡Qué asuntito para un poeta modernista ó un pintor monocrómico!

Y aún causa más encogimiento en el ánimo el considerar que, sean cualesquiera las piadosas intenciones y los cristianos propósitos del zar pacífico, al fin y al cabo, todas esas blancuras ha de salpicarlas cruelmente la sangre.

Hace ya muchos, muchos años que el gran Enrique Heine, contemplando no sé qué tibores chinescos ó lacas japonesas cuajadas de figuritas, pensaba, con melancólico y hondo presentimiento, en lo que sucedería cuando toda aquella frágil porcelana entrase en tratos con la rudeza y brutalidad de las nacionalidades modernas en la fuerza basadas.

Aquel genial presentimiento de Heine nos ha acudido á la memoria al mirar en fotografía un templo de los alrededores de Tokío y una amable escena familiar á bordo de no sabemos qué embarcación japonesa que surca las aguas verdes de un río pintado cien veces quizás por el insigne Hokusai. ¿Qué será el ver chocar mañana ó pasado, cuando sea, á aquellos gigantes barbudos y vestidos de blanco y á estos seres pequeñitos y frágiles, que en sus caras inexpresivas parecen revelar una felicidad ó una indiferencia nunca alterada? Conocida es la valentía y la civilización nuevecita, recién estrenada, de que hacen alarde los japoneses; pero ¿no creéis ya sentir un ruido inmenso de millones de cacharros rotos...?



TEMPLO BUDHISTA EN TOKÍO



EMBARCACIÓN FLUVIAL EN LOS ALREDEDORES DE TOKÍO Fotogs. Chusseau-Flaviens

LA MUJER Y LA CASA

MODAS — MUEBLES — LABORES — CONCURSOS FEMENINOS.

DEPORTES FEMENINOS

ARTE DE GUIAR UN «TONNEAU»

El *tonneau*, por su baratura, por su elegancia y por la facilidad que el guiarle ofrece, es hoy día el carruaje favorito de las muchachas solteras.

No se crea, sin embargo, que el guiar un *tonneau* es tan sencillo como beberse un vaso de agua, ó como dar calabazas á un posma. Es necesario tener ciertas disposiciones naturales: sangre fría, ojo perspicaz y gran flexibilidad y ligereza de movimientos. Hace falta, asimismo, conocer á fondo las cualidades de la jaca que se guía. Cuando ésta es mansa, resulta facilísimo subir al carruaje y colocarse cómodamente en él. Lo mismo da sentarse á la derecha que á la izquierda; pero la práctica acredita que es más fácil guiar desde este lado. Las riendas se cogen con la mano izquierda, debiendo usarse la derecha solamente para apoyar la otra y para manejar el látigo. Hasta que se conoce bien la sangre del caballo, nada más difícil que *templar* las riendas; esto es, acertar con la manera y forma de que al caballo no *le pese* el bocado, ni tampoco le sea tan ligero que juegue con él; esto es más fácil de conseguir guiando con una sola mano, y para ello convendrá buscar al codo un punto de apoyo que le sostenga ligeramente, pero sin impedirle la libertad de movimientos. Ambos brazos deben ir unidos al cuerpo, pero sin echar atrás los codos, con lo cual todo el cuerpo adopta una actitud violenta y el caballo se resiente, porque las riendas rígidas le tiran y le *desunen*.



LA SEÑORITA L. O. EN SU «TONNEAU»

Es muy importante acostumbrar al caballo á que esté quieto sobre los cuatro remos y á que parta haciéndole una simple indicación con las riendas, sin excitarle con voz, silbido, ni otra *manifestación* impropia de la corrección de una señorita. Para que salga al trote habrá que apoyar fuertemente con el pulgar sobre las riendas. No conviene al *tonneau* otra marcha que el paso y el trote, corto ó largo. Para acortar el paso basta recoger las riendas con la mano derecha, sin dejar de *templarlas* con la izquierda.

La fusta debe emplearse con suavidad y sólo en casos necesarios. Una jaca educada con la fusta vale mucho menos que educada con las riendas. Para volver, ya sobre un lado, ya sobre otro, basta recoger la rienda correspondiente, sin molestar á la jaca, pues no debe olvidarse que lo mismo el caballo que el hombre son mucho más fáciles de guiar manejándolos con suavidad y cariño.



SALIDA AL TROTE



PARADA

Fotografías Asenjo

EL FIGURIN DEL DIA



TRAJE DE SOIRÉE

Es de encaje negro y «guipure», con viso de raso salmón y «guimpe» también de encaje negro. Cuello alto con broche «modern style».

FOT. REUTLINGER

CARTA INTERESANTE



¿QUE LE DIRE?



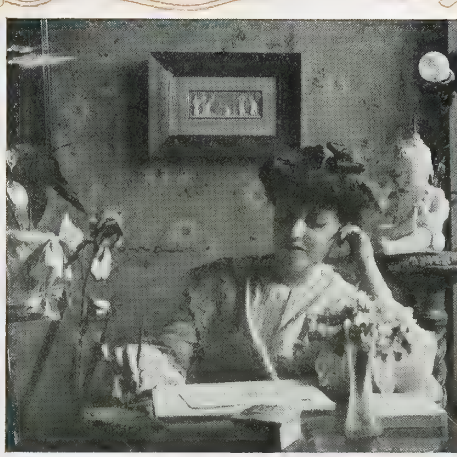
CONSULTEMOS A UNA FLOR



SI...NO...SI...NO...SI



¿Y COMO SE DIRA QUE SI?



¡NO ACIERTO!



¡EA! ¿QUIEN DIJO MIEDO?

FOTOGRAFIAS MUÑOZ DE BAENA

LA CASA MODERNA

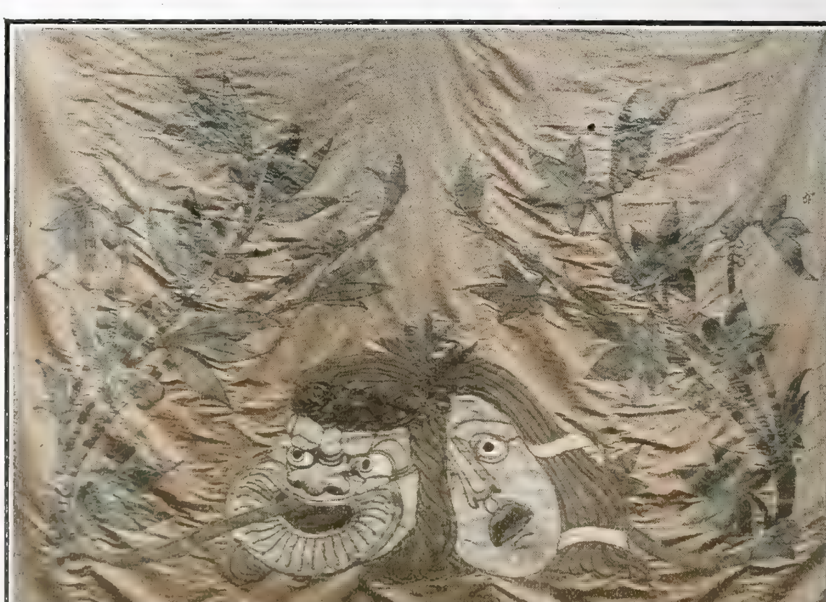


Constantes con nuestro propósito de dar á conocer cuanto de nuevo ofrece el arte ornamental, publicamos en esta plana dos obras de importancia, originales de nuestro querido compañero Arija.

Es la primera una preciosísima reja que da acceso al ascensor en el palacio del Sr. Barón de Montevillena.

Dentro del estilo moderno y sin reminiscencias arcaicas ni arbitrarias superfetaciones, la reja ofrece un conjunto por extremo agradable y armoniza perfectamente con el decorado del hueco de escalera. El proyecto y dibujo de Arija han sido ejecutados con gran delicadeza por la fábrica de metalistería de los señores Rugama, Herráiz y Compañía, de esta corte, quienes han fundido y cincelado el bronce con arte y escrupulosidad de orfebres.

La otra obra es un telón-repostero en sedas y oro, que ha de cerrar el teatrito que acaba de construirse en el nuevo hotel edificado por el arquitecto Sr. Fort para el acaudalado propietario Sr. D Eduardo Olea. El telón ha sido ejecutado, según dibujo de Arija, en la fábrica de tapices de los señores M. Balboa y Compañía. El fondo es de moirée malva: las flores son de rasos verdes; las máscaras trágica y cómica, de terciopelo carne, y toda la composición bordeada de una *soutache* de oro.



Ambas obras, aparte su valor intrínseco, que es muy grande, prueban hasta qué punto van infiltrándose en nuestras costumbres todos los refinamientos de la *gran vida*, pues claro es que á una escalera tan suntuosa como la de Montevillena, ó á un tan lujoso telón como el de Olea, ha de corresponder toda suerte de maravillas en la ornamentación del resto de la casa.

Fotografías Asenjo

CRÓNICA GRÁFICA



FACTORÍA ESPAÑOLA DE RÍO DE ORO Y ADUAR DE LOS MOROS ACOGIDOS Á ELLA Fot. E. Milian

En vista de que, por ahora, no hay cosa más interesante en que entretenerse, el Ministerio de la Guerra ha acordado enviar una expedición ó destacamento militar del batallón de cazadores de Canarias á nuestras ricas posesiones de Río de Oro.

Allí se encuentra también el simpático explorador y descubridor de la región D. Emilio Bonelli, excelente patriota para quien es tan fácil y cómodo pasarse una temporada comiendo chuletas de chacal y bebiendo agua llevada desde Canarias y depositada cuidadosamente en un aljibe *único* y sagrado, como estarse en la biblioteca del Ateneo de Madrid leyendo revistas extranjeras y charlando con Rodríguez Mourelo.

Por las fotografías que desde Río de Oro nos remiten, juzgamos que el destacamento enviado á las



MOROS Y MORAS TOMANDO EL SOL, JUNTO Á UNA CAVERNA DE LA COSTA Fot E. Milian

órdenes del teniente coronel Aguilar, no va precisamente á pasar allí una vida canónica ni frailuna. Pocos sitios habrá en el mundo menos divertidos y agradables que la factoría de Río de Oro, donde, como se ha dicho, por no haber, no hay ni agua potable.

Todos los atractivos de la vida social en aquellos soleados lugares están reducidos al trato con un aduar de moros bastantes sucios y repugnantes que viven acogidos á la factoría, proporcionándola víveres y toda clase de ganado, incluso el más desapacible y enojoso.

Ha fallecido en Vitoria el Ilustrísimo Sr. D. Ramón Fernández Piérola, obispo de aquella diócesis, en la cual contaba con extraordinarias simpatías, por ser un varón de grandes virtudes y de ejemplar conducta.

El entierro del venerable prelado puso de manifiesto el gran cariño que sus diocesanos le tenían, y probó hasta qué punto es asequible á los príncipes de la Iglesia la popularidad, digan lo que quieran los oradores ultramontanos del Congreso.

La Academia Española de Bellas Artes en Roma ha expuesto en los últimos días de Enero los trabajos de sus pensionados, mereciendo el alto honor de ser visitada por sus Majestades los Reyes de Italia y por Su Majestad la Reina Margarita. Los soberanos de la nación hermana tuvieron frases amabilísimas para el nuevo director de la Academia D. José Benlliure, para el secretario D. Hermenegildo Estevan y para los jóvenes y ya ilustres pensionados Benedito, Chicharro, Alvarez de Sotomayor y Marín, que con tan noble empeño sostienen el pabellón del arte español en la Ciudad Eterna.

* * *



† D. RAMÓN FERNÁNDEZ PIÉROLA, OBISPO DE VITORIA
Fot. A. Salinas



SS. MM. LOS REYES DE ITALIA SALIENDO DE VISITAR LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN ROMA — Fot. H. Estevan

¡INFAME CARNAVAL!

Ved al Genio, la frente coronada
de cegadora luz,
entre vil muchedumbre disfrazada,
clavado en una cruz.

Toda esa turba inquieta y delirante,
lleva oculta la faz:
sólo el Genio su pálido semblante
muestra sin antifaz.

Piedras la multitud lanza, violenta.
al humano creador,
y él responde á los golpes y á la afrenta
con palabras de amor.

Máscaras bellas de ojos seductores
y boca de clavel,
en los labios del Genio abrasadores
vierten vinagre y hiel.

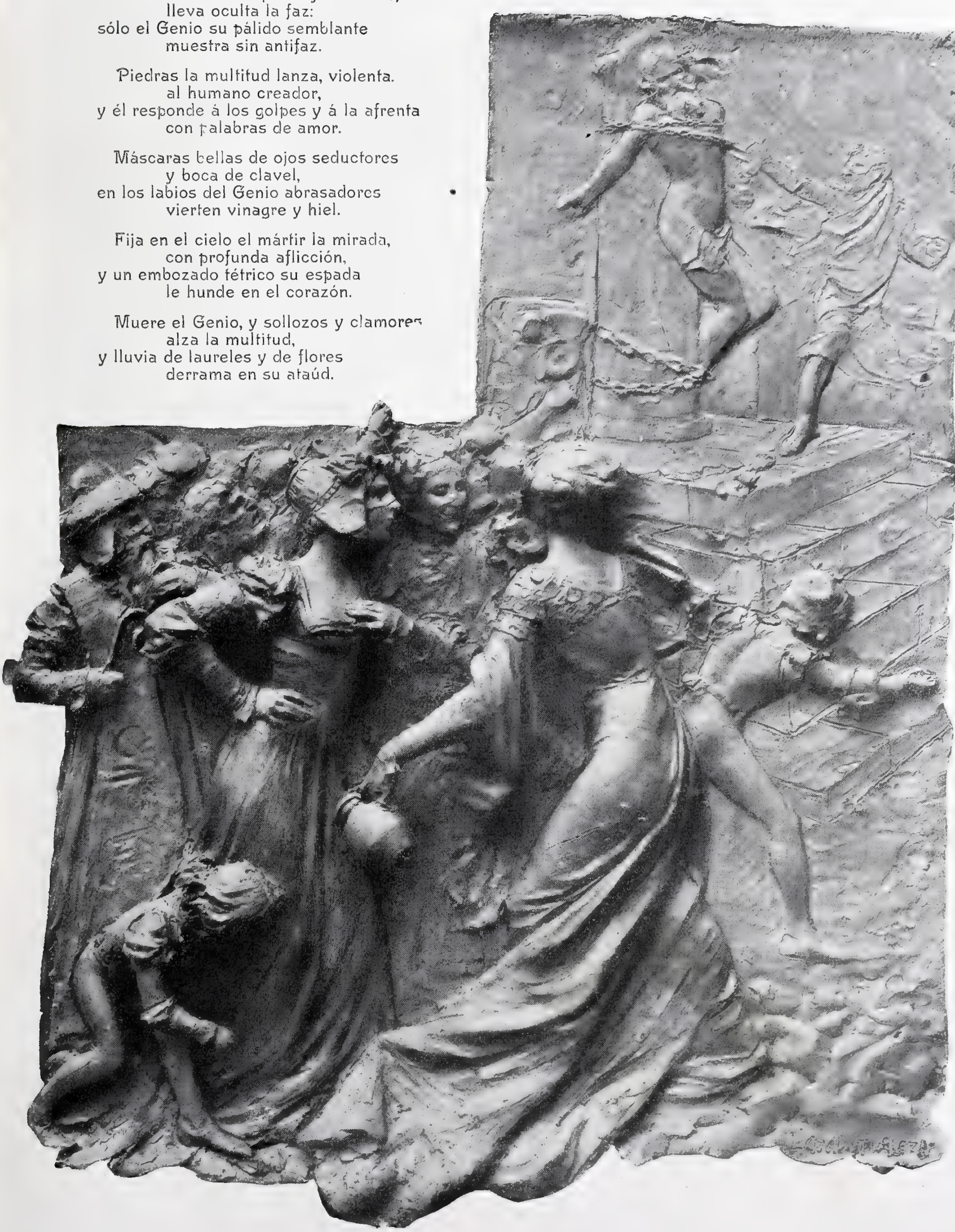
Fija en el cielo el mártir la mirada,
con profunda aflicción,
y un embozado tétrico su espada
le hunde en el corazón.

Muere el Genio, y sollozos y clamores
alza la multitud,
y lluvia de laureles y de flores
derrama en su ataúd.

¡La turba que hirió al Genio, arrepentida,
proclámalo inmortal!
¡Oh Carnaval siniestro de la vida!
¡Infame Carnaval!

Manuel REINA

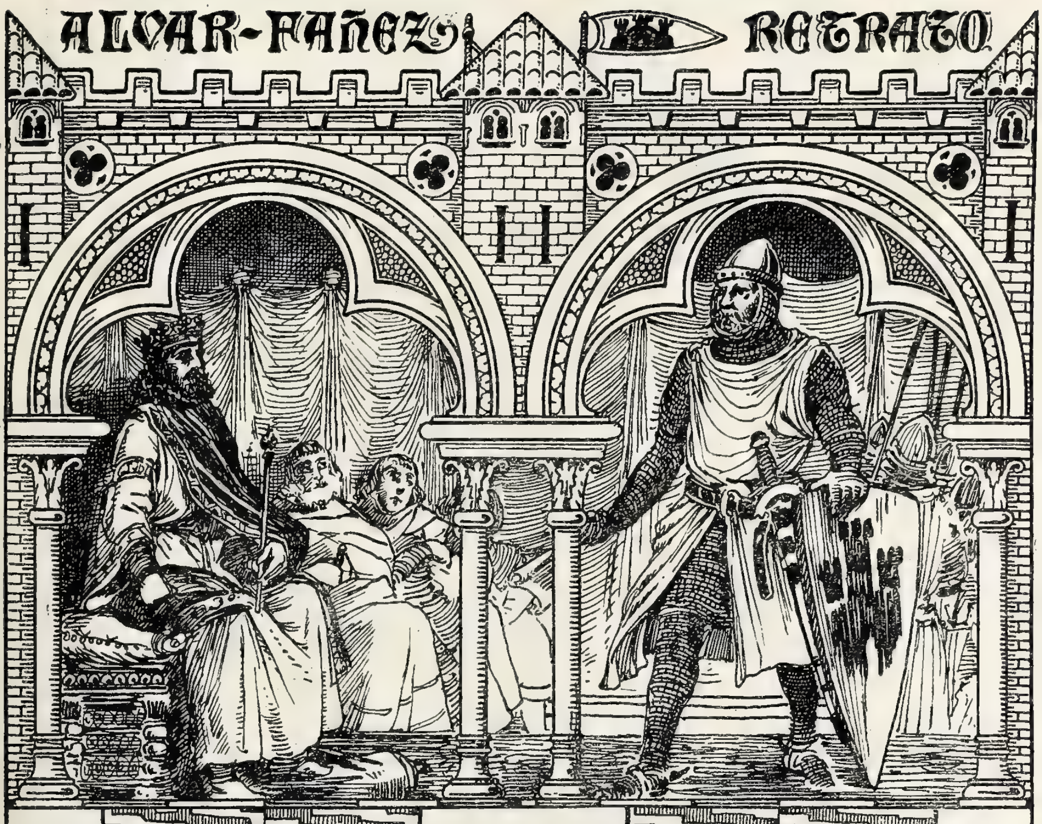
BAJORRELIEVE DE COULLAUT VALERA



LA ENCAJERA,
POR J. FRANCÉS



[library stamp]



Muy leal y valiente es lo que fué Minaya
Por eso d'él se dice su claro nombre, y basta.
Hería en los mas fuertes haces y de mas lanzas
y hasta el codo de sangre de moros chorreaba.
el caballo sudoso, toda roja la espada.....
Cuando Ruy le ofrecía su quinta en la ganancia,
tornábase enojado, ni un dinero aceptaba.
fué embajador del Cid á Alfonso por la gracia...
Mas todos sus discursos fueron estas palabras:
"Ganó á Valencia el Cid, Señor, y os la regala".
...Deste buen caballero aquí el decir se acaba.
De Minaya Alvar-fañez quien quiera saber más
lea el grande poema que fizo Per Abad
de Rodrigo Ruy Díaz Myo Cid, el de Vivar.

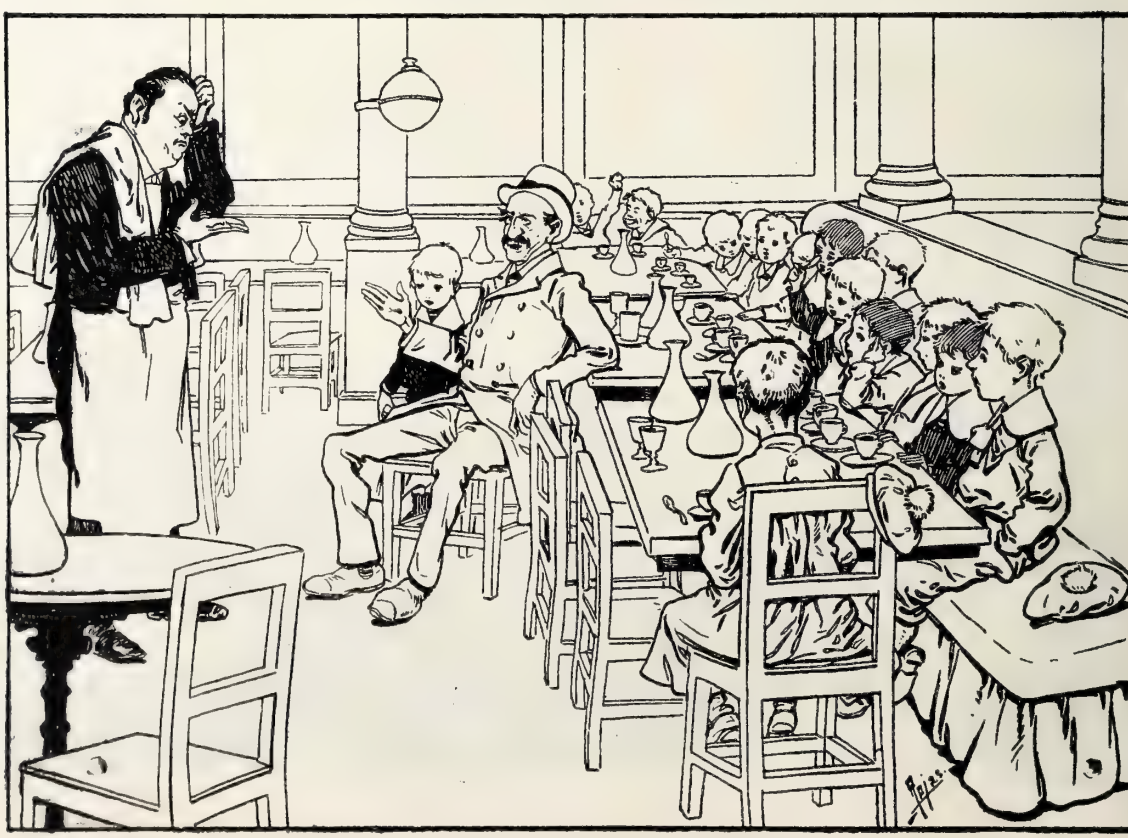
Manuel Machado.

A. Arija

EL DIRECTOR DE COLEGIO, POR ROJAS



—Son dos cafés los que tiene usted que cobrar.
—No, señorito, es uno. Los niños no pagan.



—¡ , !!!!
—¿No hemos quedado ayer en que los niños no pagan?

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 20 Febrero 1904. N.º 668

LA GUERRA RUSO-JAPONESA



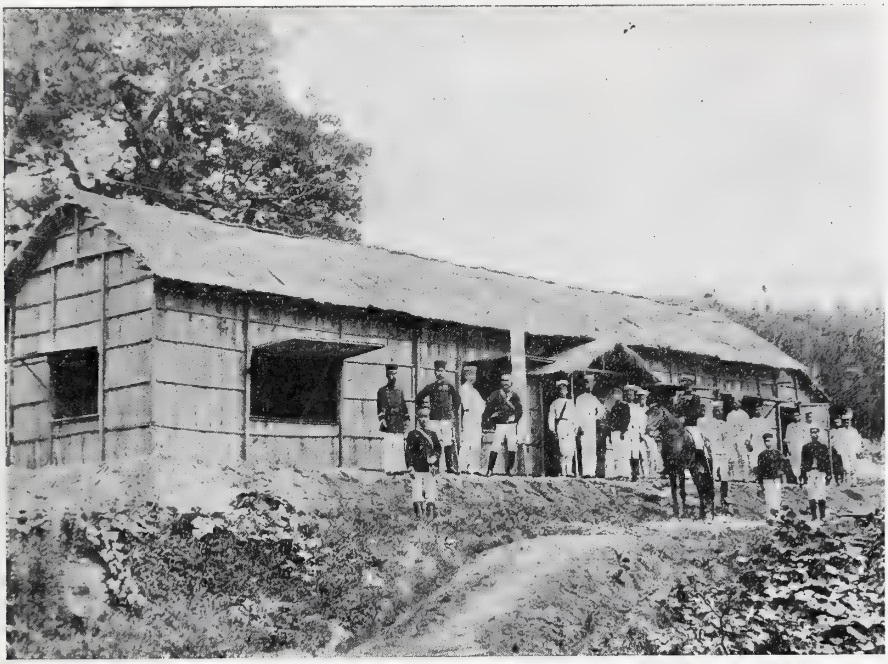
ALREDEDORES DE CHEMULPO

Como pensaba todo el mundo, excepción hecha del presidente del Consejo de ministros y otros perspicaces políticos españoles á quienes la cosa ha cogido de sorpresa, por fin ha estallado la guerra entre Rusia y el Japón, y cuando ustedes lean estas líneas, ya habrá corrido la sangre abundantemente, para mayor gloria de la civilización, de que ambas naciones se creen legítimas representantes.

Nuestro deber de informadores nos obliga á recoger algunas notas gráficas de los lugares donde la contienda ha comenzado á desarrollarse, y principalmente de los puertos del litoral coreano que han servido ó servirán de base á todas las operaciones marítimas y terrestres. La costa de Corea es, tanto por la parte del mar del Japón como por el golfo del Pet-chi-li, sumamente escarpada y de abordaje difícil. No obstante, hay en ella algunos puertos naturales bien abrigados, como Chemulpo, Masampho y otros. En la bahía de Chemulpo se verificó en los primeros días de las operaciones un encuentro de importancia entre buques japoneses y rusos, siendo el combate fatal para estos últimos, á pesar de la conducta heroica de los marinos moscovitas. Otro puerto muy importante para los japoneses es el de Fusán, que viene á ser, como si dijéramos, la *acera de enfrente* del Japón, porque no hay otro sitio de Corea más cercano á la isla de Niphou. La travesía desde los puertos de Nagasaki, Simonoseki ó Kobe hasta Fusán por las aguas del estrecho de Corea, es sumamente breve, y los barcos japoneses la tienen muy practicada. El estrecho de Corea es hoy día el gran peligro para la división naval rusa estacionada en Vladivostok, y que ha de forzar el paso ó dar un gran rodeo para poder penetrar en las aguas del Pet-chi-li, donde fueron los combates más importantes en la pasada guerra.



BAHIA Y CIUDAD DE FUSAN



EL GENERAL KAMIMURA Y SU ESTADO MAYOR

Nada puede predecirse hasta ahora respecto á los resultados de la contienda.

Tampoco deben acogerse sin reserva las noticias que publican los periódicos extranjeros, divididos ya hoy, como lo estuvieron con motivo de guerras pasadas, en dos bandos: uno favorable á los rusos y otro á los japoneses.

Todas las noticias de procedencia inglesa pintan triunfos extraordinarios de las armas del Japón. Todas las de procedencia francesa, hazañas casi increíbles de los rusos. Y lo cierto es que, tanto los rusos como los japoneses, apenas comenzada la lucha, han participado cortésmente á todo individuo que tuviera aspecto ó facha de corresponsal ó agente telegráfico, que no le dejarán telegrafiar sino las noticias que convengan ó agraden á cada una de las partes beligerantes. De modo que así no es fácil entenderse, y los estrategas de café con gotas pueden á su antojo explayar la fantasía y servir á sus preferencias; porque sucede con los telegramas de la guerra ésta lo que con la legislación española: que, gracias á Dios, proporciona textos para defender y apoyar todas las opiniones, aun las más contradictorias y absurdas.

Lo único claro que hasta el presente parece deducirse todos los telegramas, viene á ser lo que ya sabíamos por el recuerdo y experiencia de la guerra anterior: que los japoneses son audaces, listos, están muy bien informados, muestran serena impavidez ante el peligro y esa especie de mecánica indiferencia propia de los pueblos de raza amarilla y producida por su escasa ó embotada sensibilidad.

Creen los impresionables que la lucha en el mar será provechosa para los japoneses, pero que éstos por tierra serán derrotados casi sin combatir. No participamos de esa creencia, pues el ejército japonés de tierra es tan bueno como el de mar; su infantería y su artillería están organizadas y dotadas á la moderna, y solamente flaquea la caballería, á menos que también los celebérrimos cosacos hayan perdido los memoriales, cosa que nos parece poco probable, pues la razón de ser del cosaco no es otra que el constante ejercicio de caballo y de lanza.



UN VIVAC DE CABALLERÍA JAPONESA

EL ABUELO

DRAMA EN CINCO ACTOS, ORIGINAL DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS, SE ESTRENÓ EN EL TEATRO ESPAÑOL EL DOMINGO 14 DEL ACTUAL



ACTO PRIMERO. -EL CONDE *(Sr. Díaz de Mendoza)*.—VENANCIO *(Sr. Cirera)*.

TRIUNFO grandioso, indiscutible, otorgado con la más perfecta unanimidad. *El abuelo* no es sólo el mejor drama de Galdós, sino una de las mejores obras del teatro contemporáneo. Es un drama en cinco actos sin intriga amorosa, y cuyas consecuencias son absolutamente contrarias al concepto calderoniano del honor y al prejuicio cervantesco de *La fuerza de la sangre*. Es un drama de absoluta novedad en su construcción, de extraordinaria altura ideal y emocional.



ACTO QUINTO. -DOLLY *(Srta. Suárez)*.—EL CONDE.—D. PÍO CORONADO *(Sr. Carsi)*.

Fots. Muñoz de Baena



LA NACIÓN

Pachín de Clito y su mujer Ramona recorrían la pomarada, árbol por árbol, y acariciaban el fruto con largas miradas satisfechas, como calculando futuros beneficios. Era una bendición de Dios la cosecha aquel año. Los viejos manzanos, rugosos, encogidos y decrépitos como valetudinarios, parecían apoyarse en las forquetas á manera de báculo, para aguantar aquella carga fragante de pomas bruñidas y multicolores, brotadas en fecunda exuberancia.

—Mialma, ye buena cosecha, *Pachín*. ¡Bendito sea Dios!

Y *Pachín* dilataba sus labios sensuales y cárdenos, sonreía con los ojos pícaros y sagaces, con las mejillas tostadas, de tierra de Siena, con el hoyuelo del mentón glabro, con la frente dividida en arrugas joviales, en surcos y parcelas, como terreno labrantío. *Pachín* llevó su mano calluda y honrada á las greñas brunas, ásperas, de testuz bovino, y arrascóse con ensañamiento voluptuoso.

—Mialma, ye buena cosecha.

Y se volvieron los dos, marido y mujer, hasta el caserío, agachándose á las veces para esquivar las ramas bajas, hollando con las almadreñas claveteadas el aterciopelado verdor veronés de la pradera. Era un caserío con hórreo, situado á la salida de Noreña, entre el ferrocarril carbonero y la carretera de Sama. Un jinete detuvo frente á la corralada su cabalgadura, rucio miserable, peludo, barrigón y entristecido, con esa tristeza peculiar, filosófica y resignada de los caballos de pueblo. El caballero sacó su mano del impermeable crujiente, y la agitó en el aire á guisa de saludo.

—¿Qué tal? Buen año parece que tenéis de manzanas.

—Muy bueno, señor dotor; pero no nos saca de apuros.

—Comprad una vaca con el dinero de la cosecha.—Los campesinos callaron pensativos.—Eso siempre deja ganancia. Vaya, adiós. Los neños bien, ¿verdá?

—¡Una vaca! ¡una vaca...!—mascullaba entre dientes *Pachín*, apoyado en un pegollo del hórreo, en tanto el médico de la Pola de Siero se perdía en la revuelta del camino.

Aquella noche, ya dormidos los *neños*, el matrimonio deliberó á la vera del lar humeante, envuelto en la caricia familiar de la leña quemada y bien oliente; deliberó por largo, en conversación entrecortada y queda; hizo cálculos, escudriñó dificultades, y á la postre decidió la compra de una vaca lechera y criadora. Luego, *Pachín* y Ramona, hasta la venida del día con su música de gallos diligentes y madrugueros, dieron vueltas y más vueltas en los jergones de hoja de maíz, sin pegar los ojos, deleitados con la visión lejana de un porvenir próspero.

No fué flojo el montón de cuartos por *Pachín* apandado como precio de la cosecha abundosa. Pagó la renta del caserío á la señora del palación, y en el primer martes fuése á la Pola á comprar su vaca.

Era un día otoñal de Asturias, arrebujado en neblina. A lo largo de la carretera enfangada, en las huellas de los carros, de las herraduras, de los zapatones, había charcos cenagosos, y los bardales de zarzamoras del lado de allá de las cunetas empezaban á amarillear. Algunos campesinos conducían al mercado vacas, terneros y cerdos. *Pachín* mirábalas de soslayo con ojos escrutadores. Los matachines de Noreña pasaban en sus carricoches al trote lento de los caballos envejecidos y cansados. Uno de ellos asomó su cabeza por detrás de la toldilla.

—¿Aónde vas, *Pachín?*

—Voy pa la Pola.

—¿Quiés subir?

—Güeno;—y al saltar, los duros en el bolsillo mugriento tintinearon argentinos.

En la Pola examinó todas las vacas con pacienzudo cuidado, comparó unas con otras, fué, vino, y después de devanarse los sesos, al cabo de mil dudas y vacilaciones, compró un animal lucido y recio, de inflada ubre y espaciosa cornamenta.

—Buena prenda te llevas—díjole el vendedor,—y pa Mayo, ya tienes nación en casa.

Volvióse á pie, parejo la vaca, dándola de vez en cuando palmadas mimosas. Cuando llegó al caserío, ya era noche cerrada. Ramona no pudo apreciar la compra á su sabor. Al día siguiente, muy temprano, fueron todos á verla y la sacaron al aire libre, para mejor mirarla. Los gorriones, en el hórreo, aturdían con su piar estridente, y las gallinas picoteaban en el cucho. *Pachín* condujo á la vaca hasta el centro de la corralada. Era una vaca con el pelo rojo y sedeño, con la pupila dulce, afable y amistosa de un camarada provecto; su aliento tibio en el frescor matinal parecía humear. El matrimonio la miraba embebecido; los *neños* fueron á juguetear, agazapándose bajo el vientre prolífico del animal paciente. Ramona la bautizó: se llamaría *la Cereza*. Durante todo el invierno colmáronla de halagos, y espiaron día por día el crecimiento de su vientre, crecimiento pausado y lleno de parsimonia.

A la primavera, *la Cereza* adquirió esa petulancia ingénua de las madres presuntas. Al andar contoneaba de un lado á otro con blando movimiento el rotundo volumen de su bagaje, como ostentándolo, y sus ojos adquirieron una ternura más honda, hiciéronse velados y soñadores. *Pachín* mismo la conducía al pasto, y allí dejaba volar las horas acordadas al estruendo errante de los trenes fugitivos. Un día, *la Cereza* dejó de pacer, mugió quejumbrosa, entornó la cabeza con señales de sufrimiento, y, en el prado recóndito, cercado de laureles y álamos, ante los ojos estupefactos de *Pachín*, echó al mundo un ternero suave y delicado como una madeja de seda. El aldeano cogió en sus brazos aquella leve carga amarilla, dorada como un cáliz, como una custodia, como un tesoro, y encaminóse al caserío. La vaca entornaba sus grandes ojos maternales empañados, y lamía al recental con la lengua áspera, pero cariciosa. A *Pachín* le temblaban las piernas, le saltaba el corazón en el pecho y en los ojos las lágrimas.—¡Ramona! ¡Ramona! gritó junto á su casa. ¡Ven, por Dios, Ramona!—Y al acudir ésta y ver á su marido con el ternero frágil, delicado, sobre su pecho, lloraron entrambos estremecidos. Fueron al establo: pusieron pienso á la madre y blando lecho al hijo. De pronto, Ramona exclamó:—Ye un xato...—Hubo un minuto de silencio. *Pachín* se llevó la mano á la nuca greñosa, quedóse pensativo; luego exclamó de súbito, con calor:—¿Qué más da?—Y se quedaron mirando al recental, al pelo rubio como la boroña, al hocico de color rosado, á los ojos inteligentes é infantiles. Ramona lo bautizó; se llamaría *Galán*, y desde entonces los mimos fueron para *Galán*, para *la nación*.

Al mes de nacido, díjole *Pachín* á su mujer:—*Galán* ye la nación más guapa del concejo: pero hay que venderlo. Come, gasta leche y nunca dará cuartos.



Las palabras salían de la boca del labriego lentamente, dolorosamente. Ramona escuchaba con los ojos bajos.

Aquella mañana fué de tristeza y desolación para la familia de *Clito*. El *Galán* no quería salir del establo. Los *neños* lanzaban alaridos abrazándose á él. *Pachín* rezongaba: «¡Maldita sea la hora en que compré *la Cereza*.»

Ramona, en la esquina de la casa, vió perderse á su marido carretera adelante, camino del mercado de la Pola; metióse luego en la cocina y dejó pasar el tiempo sin hacer nada. Al obscurecer oyó la voz de su marido. Salió á la corralada; *Pachín* volvía con el *Galán*.

—No lo quería comprar nadie más que los matachines, esos cochinos matachines de Noreña, pa matarlo, pa descuartizarlo, pa comerlo. No, y mil veces no. Antes se muere el mundo de hambre.

Y Ramona, oyendo esto, abalanzóse sobre el ternero y besó su testuz dorado y sedoso como la nuca de un adolescente. *La Cereza* mugía desde el establo.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

DIBUJOS DE REGIDOR

LA ÚLTIMA CARTA,
POR CARLOS VÁZQUEZ







VENUS INFERNAL

Todos le proclamaban genio en el arte que inmortalizó á Fidias, y todos esperaban de él para el próximo certamen la obra que acabaría con los odios y las envidias de que le hacían blanco sus enemigos, y que al aquilatar su inmenso valer se colocara por derecho propio é indiscutible en el pedestal que la fama reservaba al vencedor.

Flavio sentíase indeciso, vacilante é irresoluto. Ignoraba si el asunto que había soñado, y que cristalizaba en su cerebro, sería obra lo suficientemente grandiosa, y, sobre todo, si satisfaría á sus admiradores, convertiría á sus enemigos resueltos, y á los que de entre éstos le negaban en absoluto, afirmando que era incapaz de producir nada original y grande.

Venus infernal le perseguía por donde quiera que errase su pensamiento. Sí: ella podría proporcionarle el apetecido triunfo, sólo ella. La mujer idealizada para el mal, para la continua mortificación del hombre que siempre se juzga vencedor de la mujer, para su martirio más allá de la vida. Lograr animar todo esto en el mármol ó en la piedra, expresar tanto en tan rebelde materia, convencer á todos con la actitud, con la expresión, con el gesto de una estatua, le parecía al gran Flavio una obra titánica, supernatural, que nadie, y menos él, esculpiría.

Pero declararse vencido, renunciar le era doloroso, y contra ello lucharía hasta caer, hasta sentir su extravío por el sendero del arte.

Hizo venir modelos de todas partes, los pagó con esplendidez rayana en la vesania, ensayó actitudes, trazó uno y otro proyecto, y ninguno le satisfizo.

Bellezas orientales del Norte de Europa y de América desfilaron por su estudio, dejando sus admirados é irreprochables contornos reproducidos en cartones y en caballetes, ó esbozados en cera, en yeso y en pastelina. Flavio las desechaba todas. Unas habían comprendido la ira y el sarcasmo triunfadores que el escultor quería grabar en el rostro de su Venus, pero al comienzo del trabajo, al ir Flavio á trasladar al papel, al cartón ó al yeso la expresión apetecida, los bellos ojos de la modelo despedían efluvios de inocente enojo, de ira vulgar como la que pudieran sentir al escuchar frases que rebajaran su belleza, de desesperación como quien siente agudísimo dolor material; su boca se entreabría, y el gesto de ella no respondía al de los ojos... No: no era aquello la *Venus infernal* que él había soñado. ¿Dónde hallar una mujer capaz de sentir el modelo como él lo sentía?

Una mujer esbelta de cuerpo, de líneas limpias, correctas, medio velada su desnudez por unos paños, ojos negros que mirasen hondo mostrando en su tenaz mirar alegría de esa que sólo parece propia del asesino que en lucha con su víctima logra vencerle, ¡esa, esa era la expresión que él quería! Entreabierta la boca, apretados los dientes, y las manos atenazando el velo que cubriera sus encantos, causa del horrendo martirio á que condenaba á sus víctimas

Y esa expresión es la que en fuerza de buscar modelos y estudiarlos en sus más insignificantes detalles, halló por fin en su amada Elia, una tarde en que atormentada por las exigencias de artista de Flavio, modificaba el gesto y la actitud según él la indicara.

—¡Así, así debe ser la *Venus infernal!* — gritaba Flavio como un demoníaco mientras contemplaba á su sabor la actitud de la pobre modelo, acercábase y se alejaba para disfrutar más tiempo de la posible realización de su ensueño.

Elia resistió en aquella actitud cuanto pudo; al fin el cansancio la venció.

—Flavio, no puedo más. Era esto, ¿verdad? Sí, sí, pues yo lo repetiré cuando tú quieras, cuando vayas á comenzar el trabajo,—murmuró con fatiga y anhelo.

—Sí, sí, eso era—repuso Flavio,—y difícilmente recordarás con exactitud lo que has hecho.

Desde aquel día comenzó á trabajar con ansia, con apresuramiento, desde que había luz en el estudio hasta que la sombra de la noche lo invadía todo, como si la más leve interrupción pudiera borrar ó hacer perderse la actitud y el gesto sorprendidos en un momento.

Elia soportaba con heroísmo aquéllas interminables sesiones, durante las cuales torturaba sus ner vios, vencía sus menores estremecimientos; y tal era la inmovilidad de su cuerpo y de su rostro espe pecialmente, tal su blancura, que parecía una estatua, la misma que Flavio se disponía modelar en aquel montón verdoso de pastelina.

II

Sólo faltaba corregir algunos pliegues de los paños y dulcificar un poco la expresión de la boca, y la *Venus infernal*, ya tan famosa y de la cual tanto se hablaba en el mundo artístico, estaría hecha.

Elia se había transfigurado en pocos días, en aquellos pocos que duró el trabajo y que tal fatiga la produjo. Sus ojos bellísimos estaban rodeados de una sombra violácea; su boca, roja y fresca, habíase obscurecido; el óvalo de su rostro estaba más descarnado, y la expresión tenía algo de ultraterreno que Flavio en la contemplación continua de su Venus no advertía. Y todas sus frases de cariño y de ternura más halagaban á la modelo inteligente que á la mujer que le adoraba.

Los admiradores y amigos de Flavio querían á todo trance ver cómo iba el trabajo del insigne escultor, y le avisaron que irian por la tarde al taller.

Flavio evitaría por todos los medios que aquellas gentes viesen la estatua sin que estuviera concluída. ¿Y cómo arreglarlo? No había tiempo. Apresurándose, quizás lograría concluir lo más importante: la boca. Y colocó á Elia cerca de sí, tomó los cinceles y púsose á trabajar con apresurameinto.

Aquellas delgadas puntas metálicas se le mostraban rebeldes. Cuanto más tocaba y corregía, más se alejaba de la expresión apetecida.

—¡No, no es esto, no es esto!—pensaba Flavio; El sudor corría por sus mejillas y la desesperación reflejábase en sus ojos...

—¿Se puede, maestro?

A esta voz, acompañada de unos ligeros golpecitos en la mampara, Flavio se volvió rápido como un tigre, arrojó los cinceles con furia, y murmuró en el paroxismo del agotamiento un «¡Todavía no!» que los visitantes acogieron con murmullos de broma.

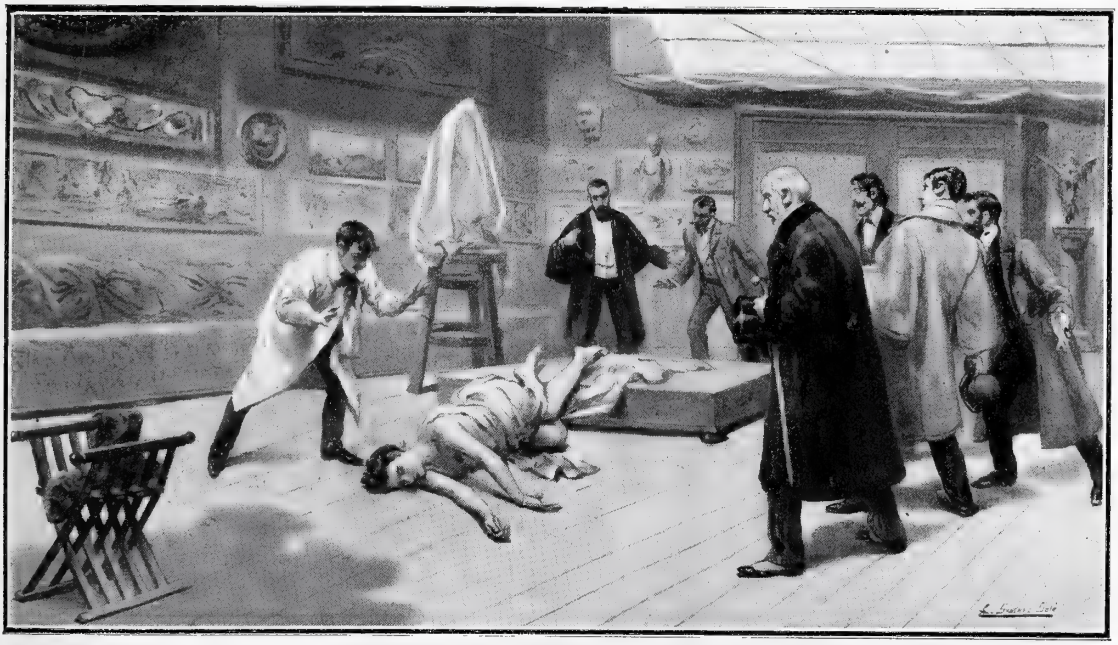
La Venus de mármol estaba desfigurada: los últimos golpes de cincel, dados ya casi á ciegas, agujerearon su cara y torcieron su boca de un modo espantoso. Flavio, aterrado, la cubrió con un lienzo rápidamente y la ocultó así á la vista.

Al poco tiempo reapareció tras la mampara, y dominando como pudo la emoción que le poseía, exclamo dirigiéndose al grupo de sus amigos:

—Señores, cuando ustedes quieran.

Todos salvaron la mampara en tropel.

Allí, frente á ellos, estaba la *Venus infernal* una estatua de cuerpo esbelto, de líneas limpias, correctas, medio velada su marmórea desnudez por unos paños maravillosamente puestos. La expresión del rostro reflejaba el sarcasmo, el odio y la venganza satisfecha. Entreabierta la boca, convulsamente



apretados los dientes, con tal asomo de verdad, que parecían temblar los pómulos y los labios. Parecía que iban á pronunciar una maldición terrible.

¡Era hermosa la escultura! ¡Y grande, inmensamente grande el artífice que logró crearla!

Aquellas carnes eran blandas: las manos crispadas atenazando el lienzo eran la verdad misma...

El entusiasmo, la admiración y el elogio unánime se desbordaban ya en aquellas gentes.

Sólo pudo cortarlos y aterrorizarlos á la vez una voz quejumbrosa, débil, que venía de lo alto de la propia estatua:

—¡Flavio, Flavio mío!... no puedo más.

Y la Venus infernal se derrumbó sobre el pavimento.

LEMA: YO SOLO

(NÚMERO 6 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

DIBUJOS DE SÁNCHEZ SOLÁ

CAPRICHO LUIS XV
POR EMILIO SAL







EN LA PENDIENTE

PASILLO EN VARIOS DIÁLOGOS Y UN MONÓLOGO

I

PRIMA Y PRIMO

—¿Sabes, primita, que desde nuestra separación te has convertido en una mujer encantadora?

—¿Sí? Vaya; será necesario creerlo, ya que tú, modelo de primos francotes, me lo dices.

—¿Y no te lo han dicho otros antes?

—¡Bah! Siempre hay un necio que nos diga esas majaderías.

—Gracias, prima.

—Ya ves; correspondo á tu franqueza

—¿De modo, que decir á una mujer: «es usted muy hermosa», te parece una tontería?

—Me parece, por lo menos, inútil. Si la mujer es fea, porque no lo cree; si es bonita, porque ya lo sabe.

—Algo habría que decir sobre eso; pero no quiero discutir contigo. Me confieso derrotado en toda la línea, y solicito tu venia para hablarte de otra cosa.

—¿De amor?

—Tú lo has dicho: de eso.

—Pues empieza. *(En voz baja para que no lo oigan las mamás que están conversando en otro lado de la sala.)* Pero te advierto que si me resigno á escucharte es por no disgustar á mamá, que me lo ha ordenado.

—Principio *(en voz baja también, con igual propósito);* pero debo decirte que me encuentro en el mismo caso.

—¿Cómo? ¿No estás enamorado de mí?

—No. ¿Tú de mí tampoco?

—Tampoco. Entonces podemos hablar tranquilamente.

—Es decir, primita, que te soy antipático. La verdad.

—¡Oh! no; eso no, primo. Si lo dijera, mentiría; antipático, no; indiferente nada más. Lo que sucede es que yo no quiero casarme... por ahora, mas adelante, no digo. Mamá se ha obstinado en que ha de ser pronto, y no cesa de enviarme pretendientes. Hasta hoy, tú has sido el único á quien he oído con gusto.

—Pues mi madre, ¡pobre señora! me quiere muchísimo.

—Es muy natural. Las madres suelen querer mucho á sus hijos, aunque ellos no lo merezcan.

—Gracias. Mi madre desea también que yo tome estado. Yo no quiero darle gusto en esto... por razones... por razones que para tí no tendrían interés.

—Absolutamente ninguno.

—Gracias otra vez.

—No hay de qué, hombre. ¿Hablamos ó no hablamos como indiferentes el uno al otro?

—Ciertamente. Pues como digo, yo no me apresuro á buscar novia, y mi madre ha dado en la manía de buscármela. Cuando me tiene buscada una á su gusto, no sosiega hasta que me obliga á declararme. Lo hago, como comprendes, de modo que nunca logre ser correspondido; pero esta es una contrariedad constante de la cual es necesario que tú me libres.

—¿Yo?

—Sí; tú.

—¿De qué manera?

—Vas á saberlo. Tú me has confesado que no estás enamorada de mí, ¿verdad?

—Verdad; no lo estoy, á Dios gracias.

—¿Ni lo estarás nunca?

—*(Pensándolo un rato.)* Me parece que no.

—Entonces podemos ser amigos.

—¿Quién lo duda? Muy buenos amigos; como hace doce años lo éramos.

—Y hasta aliados.

—A ver, á ver... ¿qué significa eso de aliados?

—Pues que nos convenimos para decir á nuestras madres respectivas que...

—Poco á poco; yo á mi madre *respectiva* le digo siempre y en todo la verdad; parte de ese principio.

—De decirle la verdad se trata: que no nos amamos... todavía, ¿eh? y que seremos buenos amigos hasta que logremos amarnos. De ese modo sin mentir, quedaremos libres por algún tiempo... yo, de discurrir declaraciones; tú, de oirlas.

II

HIJA Y MADRE *(tres meses después)*

—¿De veras te has enamorado de tu primo?

—Muy de veras, mamá.

—Pues hemos hecho un pan como unas hostias.

—¿Por qué?

—Porque él no te quiere.

—Pues por eso me gusta, mamá. ¿Que no me quiere? ¿Qué me importa? Tampoco lo quería yo,

y ahora lo quiero. Ya verás cómo acaba queriéndome mucho.

—Muchacha, no seas loca. ¡Si tu primo está enamoradísimo de otra!

—Sí; ya lo sé; conozco la historia.

—¿La conoces?

—De pe á pa. Es toda una novela que él me ha referido, y de la que hablamos todos los días.

—¿Qué me dices, hija?

—Como que yo soy su confidente. Mi primo es un pobre muchacho, más bueno que el pan y con un corazón de niño. Tiene algo de romántico. Está enamorado de una mujer, de la que solamente conoce la mano; una mano preciosa, eso sí, distinguida, aristocrática, de hermosura sin igual, y por la que está seguro, así lo dice él, de conocerla donde la halle.

—¡Qué locura!

—Sólo piensa en buscar á la dueña de aquella mano: y le ayudo á buscarla; ya verás como la encontramos.

—¿Que vais á encontrarla?

—¡Ya lo creo! Es decir, está encontrada ya

IV

EN EL BAILE *(seis horas después)*

—¿Me permites, hermosa máscara, estrechar otra vez esa mano admirable que me tiene hechizado hace tanto tiempo?

—Te lo permito como despedida: pero sé me figura que para la primera vez hemos hablado lo suficiente, y la broma podrá parecer á mi familia un poco larga.

—¿Larga? Para mí ha durado un segundo.

—Gracias... Pues estrechémonos las manos... y hasta...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando tú quieras.

—No te burles, máscara; sería cruel, sería inícuo. Vine enamorado; ahora voy loco... Dime, por Dios, cuándo y dónde podré volver á verte.

—*(Riendo.)* ¿Dónde? En mi casa.



—¿Y quién es?

—Pues ¡quién ha de ser! Una amiga mía, muy íntima: yo.

—Vamos, Aurora, tú no estás en tu juicio.

—Estoy muy cuerda: ya me lo dirás esta noche.

—¿Cómo esta noche?

—Sí, mamá, esta noche. Porque en el baile de Escritores y Artistas, al cual vamos á ir tú y yo...

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! déjame á mí de cuentos y majaderías; ¿yo al baile de máscaras?... No lo sueñes siquiera.

III

EL PRIMO *(dos horas después)*

(Leyendo.) «Estimado primo: Mi amiga, cediendo á mis reiteradas súplicas, irá esta noche al Real. No sé cómo piensa disfrazarse: no ha querido decírmelo. Sé que no le *disgustas*, y esto es ya bastante saber. Si, como dices, tienes seguridad de no equivocarte, mira á las plateas, y cuando veas *la mano*, esa preciosa mano que te vuelve loco, acércate y habla. Serás bien acogido. No puede decirte más tu prima, que te desea buen éxito.—*Aurora.*»

—¿Eh?

—*(Quitándose el antifaz poco á poco.)* Mañana; á la hora de costumbre.

—*(Estupefacto.)* ¡¡Aurora!!... ¿Tú?

—*(En voz baja y cariñosa.)* Sí; yo... que ahora te quiero.

—Y yo, yo te adoro. Pero esta mano, esta mano, y no haberme yo fijado en ella hasta ahora...

—¡Bah! Las manos de las muchachas se parecen todas.

—¡Oh! no; á ésta no se parece ninguna. Es más preciosa que la de mi desconocida.

EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

El primo de Aurora tuvo un fin más trágico que el Febo de Víctor Hugo: se casó... con su prima.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

DIBUJOS DE E. ESTEVAN



HUMORADA

A esa hética infeliz la va matando
la fiebre que ha cogido
durmiendo horas enteras y soñando
á la sombra del árbol prohibido.

CAMPOAMOR

DIBUJO DE C. PLA

LOS CONSEJOS DEL SÁTIRO

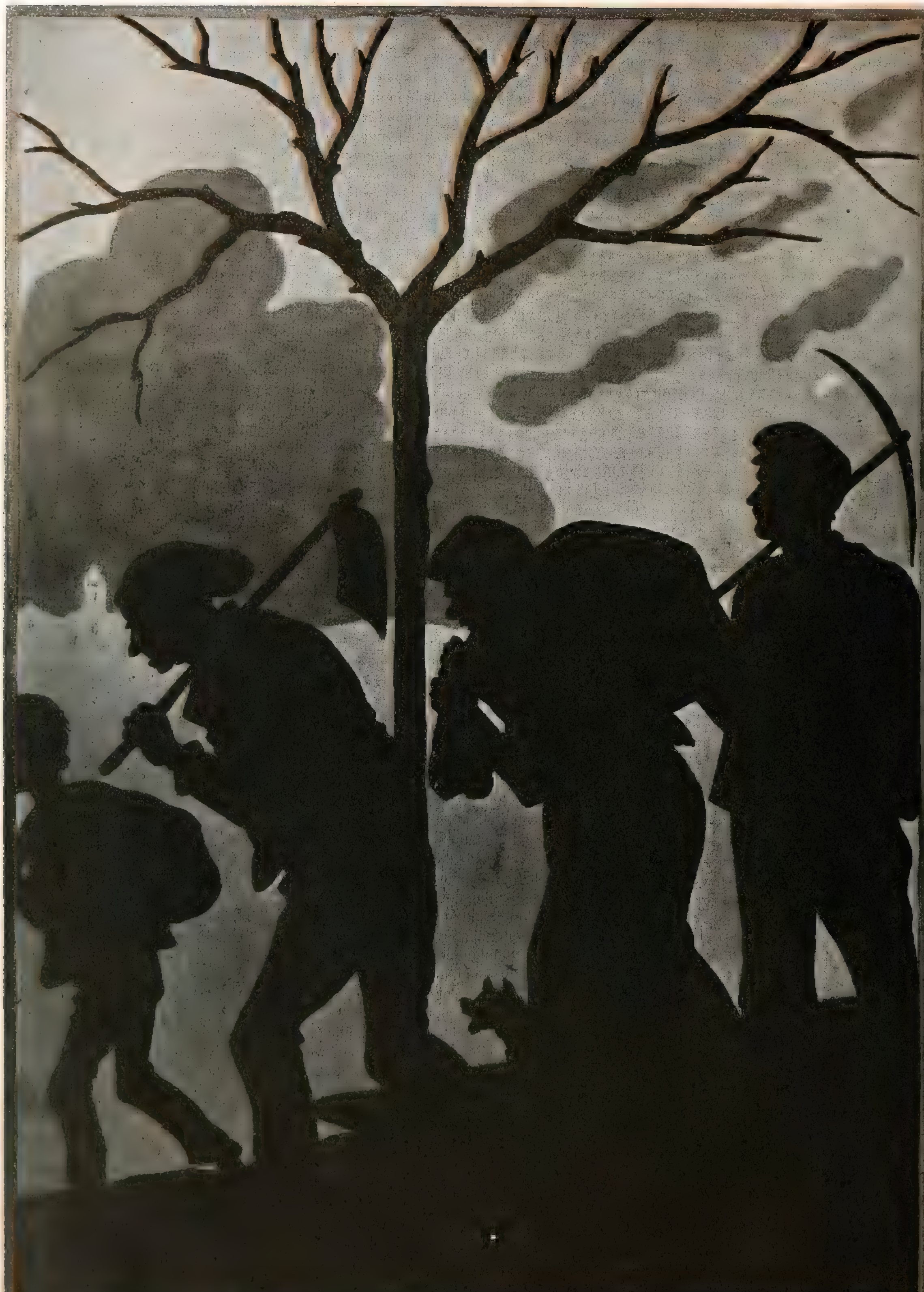
Junto á una fuente de marmórea taza
que el tiempo maltrató más que el cincel,
y que la yedra trepadora oculta
buscando en los adornos su sostén;
bajo el deforme sátiro de piedra
de flojo labio y de expresión soez,
sus tristes desengaños amorosos
lloraba una mujer.
«¡Ensueños, esperanzas!
Dulces locuras que sentí una vez...
no os necesito ya; sólo recuerdos
en mi angustiado corazón guardé.
No culpo al que burlándome
me hirió con su desdén,
que olvidar la cautela es en nosotras
probada insensatez.
Culpo al tesón de mi cariño inútil,
que consecuente y fiel,
responde con sus lágrimas de fuego
al triste olvido del que tanto amé.»
Calló; turbaron el silencio augusto
largo sollozo de enconada hiel
y los suaves murmullos que producen
las hojas al caer,
y en los flexibles álamos
donde el viento al llegar gime también,
la luz descolorida de la tarde
triste y sin fuerza á proyectarse fué.
Sobre los bancos rústicos
saltaban los gorriones en tropel,
y los ecos sus píos estrellaban,
de la desierta casa en la pared.
De pronto el grave sátiro,
mirando á la mujer,
tras un bostezo prolongado, dijo:
«Conservas tu pasión más que tu tez.
y mañana tendrás remordimientos.
¡Tal es el mundo: amar ó aborrecer!
Yo, piedra tosca, merecí de un hombre
amor, constancia y entusiasmo y fe,
mientras labró con su buril de acero
la fealdad horrible que me ves.
Cuando sobre este pedestal me izaron,
aún me admiró radiante de placer,
y para siempre se alejó, y reniega
de lo que en tiempos su delicia fué.
De esta fuente en las aguas cristalinas
mi dura faz se reflejó después.
Y se secó la fuente, y olvidado
y triste y solo como tú quedé.
Las lágrimas estériles
que abrasan al caer,
se secarán como la fuente; en mármol
se trocará tu corazón también,
que es el amor que os acaricia el rostro
ráfaga que huye para no volver.
¡Oh, hijas de Adán! que en el amor maestras
dais vuestro llanto al que os resulta infiel:
no es el pesar del abandono infame
lo que os hace de amor languidecer.
Es que adoráis por cálculo y sistema
la ingratitud cruel;
es que el instinto, luz de vuestra vida,
mentor sublime, os enseñó al nacer
que aun siendo la constancia honra del alma,
el privilegio de los tontos es.»

Leopoldo LÓPEZ DE SÁA



Bajorelieve de Coullaut-Varela

ESCLAVOS DE LA TIERRA,
POR M. FOIX





EL CARNAVAL EN MADRID

1. ESTATUA DE FELIPE IV (SEGUNDO PREMIO DE MÁSCARAS Á PIE).—2. S. M. EL REY Y SS. AA. LOS PRÍNCIPES DE BAVIERA LANZANDO SERPENTINAS Á SS. AA. LAS INFANTAS DOÑA ISABEL Y DOÑA PAZ.—3. LA NIÑA BOBA.—4. UN COCHE ADORNADO. 5. CAZUELA DE PÁJAROS FRITOS.—6. UN TENDIDO DE SOL Y SOMBRA EN LA PLAZA VIEJA (SEGUNDO PREMIO DE CARROZAS).— 7. LA RATONERA (PRIMER PREMIO DE CARROZAS).—8. GÓNDOLA VENECIANA (TERCER PREMIO DE CARROZAS). 9. CESTA DE RÁBANOS.—10. SACOS DE GARBANZOS

Fotogs. de Baglietto, Muñoz de Baena y Asenjo

NOTAS JAPONESAS

Al cerrar las planas de Actualidades en nuestro último número, nos asaltaba el recuerdo de unas proféticas y memorables palabras de Enrique Heine, el menos alemán de todos los tudescos, confirmadas cien veces por escrito y hasta por medio de una estampa famosa que ostenta al pie la firma de *Wilhelm Germainiae Imperator*.

Cuando el referido número vió la luz pública, ya había comenzado la *tempestad de porcelana* temida por Heine: ya estaba Europa con los cañones de su nación más grande resistiendo el insidioso ataque del peligro amarillo. No es, pues, inoportuno ni resulta fuera de sazón el publicar unas cuantas notas gráficas de la vida japonesa y algunas vistas de sus grandes ciudades, ya que la guerra es el asunto de todas las conversaciones en tertulias, cafés y casas particulares.

Los japoneses no gozan hasta ahora de las mayores simpatías del respetable público, salvo la excepción de algunos anglómanos furibundos para quienes el Japón es la Inglaterra de Oriente, y que por ella ó por él sienten extraordinarias simpatías.



UN SAMURAI (ANTIGUO GUERRERO JAPONÉS)

Desde la guerra con China, el Japón ha inquietado grandemente á todos los hombres políticos europeos. En esas islas amenazadas de muerte por erupciones volcánicas ó por sumersión en los mares, y repletas de habitantes que en pocos años y por artes casi mágicas se han civilizado, tiene que habitar y criarse aún con mayor acritud que en las islas Británicas el espíritu de agresión y de presa. La guerra con los chinos sirvió para que este espíritu se manifestase en forma práctica, pero aquella agresión, más injusta y solapada que la presente, no tuvo eficacia ni utilidad para el Japón. Los japo-



UNA MANIFESTACIÓN EN LAS CALLES DE TOKIO

neses han aprendido ya que no bastan la valentía ni la ciencia si no van unidas con la astucia y la mala intención. Han pasado estos últimos años preparándose; han mostrado en las primeras acciones



UNA CALLE DE YOKOHAMA

de guerra hallarse preparados. El enemigo que han de combatir es terrible. Nada puede profetizarse del resultado á la hora en que se escriben estas líneas. Pero sea cual fuere, causa lástima el contemplar esas ciudades de tan original hermosura, sus frágiles y delicados tipos de hombres y mujeres y



PUERTO Y BAHÍA DE NAGASAKI

esos lindos paisajes que parecen arrancados de abanicos, de lacas y de sedas bordadas, y considerar que en medio de aquella plácida naturaleza, junto á tan peregrinas muestras de un arte que ha servido de norma y de modelo á los artistas más ilustres de la época reciente, haya nacido casi de pronto



UNA CALLE DE TOKÍO

un afán de innovación destructora y un amor á la fuerza brutal tan formidables como los que comenzaron á manifestarse en la pasada campaña y los que se han manifestado ya en ésta.

Los japoneses antiguos, tan artistas, tan simpáticos, tan finos espiritualmente, podían ser agradables



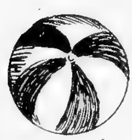
TEMPLO DE KAMAKURA, EL MÁS VENERADO EN EL JAPON

á todo el mundo. Los japoneses actuales, anglicanizados, verdaderos *monos* de Inglaterra, no merecen ni inspiran simpatía alguna.

* * *

BLANCO Y NEGRO







Año 14. Madrid, 27 Febrero 1904. N.° 669

MUSAS VIEJAS Y MUSAS NUEVAS



SALVE, musa desterrada! ¡Qué bien pareces con tu túnica de blancura inmaculada, ceñida de rosas y laureles, emblemas del amor y de la gloria, rodeada de poetas que te cantan, de patriotas que se sacrifican en tus altares, de enamorados y de hermosuras que sólo á ti se rinden y sólo por ti viven y mueren! Surge de los mares y ríos, surcados por nereidas; desciende de los cielos, iluminados por ángeles; sal de los bosques, poblados de driadas, y exhorta, ¡oh musa de los ideales, inspiradora de las acciones humanas! exhorta á esa corte de almas puras que te amaron sin dolor y te siguieron sin desmayo, para que declaren por qué te siguieron y te amaron desde el nacer hasta el morir con tanto ardimiento y tal intensidad, que aun después de la muerte, trasponiendo las lindes de lo eterno y rasgando la tierra que los cubre, dejaron testimonio vivo de su amor en los libros y en los hechos de la historia.

EL POETA

Yo cantaba por el amor de mi adorada, por la fe de mi conciencia, por la gloria de mi nombre. El mundo era para mí un espejo sin fondo, no más que superficie brillante donde se reflejaban los ideales de mi fantasía, sin que hubiera otra cosa detrás.

Yo no sentía en la naturaleza más que lo que alcanzaban mis ojos, mis oídos y mi tacto. En el cielo sólo veía azul purísimo con que comparar los ojos amados. En la tierra, paleta multicolor de donde sacaba colores para pintar á mi adorada.

Servíame para su blancura la nieve, para sus mejillas las rosas, para sus dientes las perlas, para sus dedos el marfil, para sus trenzas el oro.

Yo creía en los ángeles, y los veía corpóreos en la figura de mi ídolo.

Llamaba invención poética á los hijos de mi cerebro; llamaba canto á la forma de mi invención, y llamaba lira al instrumento de mi canto.

Desdeñaba las grandezas y los poderes mundanos, y despreciaba los dolores de la miseria y las necesidades de la realidad. Vivía mal por perdurar bien; no hablaba con lo presente: hablaba con la posteridad; no quería ser hombre: quería ser estatua.

EL HOMBRE DE CIENCIA



Yo estudiaba por el bien del espíritu humano, sin dignarme bajar los ojos á las groserías de la materia. En los misterios sacerdotales de Babilonia y de Egipto, en las escuelas de Grecia y de Roma, en los claustros de la Europa medioeval, yo perdía la luz de los ojos y la fortaleza de las carnes por escudriñar lo impalpable y descubrir lo que no estaba á la vista, lo que existía dentro del hombre, detrás del sepulcro, encima del cielo.

Mis ciencias eran la filosofía, la moral y la teología, disciplinas de las ideas, de la vida presente y de la vida futura.

Lo demás interesaba poco ó nada á mi ciencia, ni aun siquiera á mi curiosidad.

La musa inspiradora de mi pensamiento no me inclinaba al estudio de lo que hay real y práctico, vivo y efectivo, en la naturaleza y en el hombre, estado transitorio, pasaje de un día en los destinos humanos.

No pretendía saber cómo es y qué tiene dentro nuestro planeta, sino de dónde viene y adónde irá á parar. No pretendía mejorar al ser social, sino purificar al individuo; no quería ser hombre de carne y hueso: quería ser espíritu.



EL REPÚBLICO

Yo hablaba en el ágora de Atenas y en el foro de Roma por la grandeza de la gente griega y de la gente latina.

Yo platicaba en las cortes castellanas y aragonesas por los fueros del villanaje y contra los desafueros de nobles y reyes, sin desacato, pero sin miedo.

Yo gobernaba con altivez, dureza y opresión, azotando con mi látigo de hierro las espaldas españolas, es verdad; pero al fin azotaba también los rostros extranjeros, haciéndome temer y reverenciar de ellos, y al cabo me guiaba, musa del fanatismo político ó del fanatismo religioso, la idea de hacer español y cristiano al mundo.

Yo ahogaba en sangre las libertades populares; pero, á la postre, lo hacía en nombre de un derecho que yo juzgaba superior á todos: el derecho divino.

Yo pretendía, sin falacias de palabras ni de pensamientos, sin hipocresías de transigencia ni de respetos, hacer un pueblo para mí, una patria universal para mi patria y una fe única para mi Dios.

La musa nueva

Bien venida seas, musa juvenil, y en hora buena llegada á esta humanidad que te ha invocado largos siglos, y por ti ha derramado su sangre en seculares batallas.

¡Qué bien pareces con tu blusa de trabajo, cuyas manchas más enaltecen que afrentan, coronada la frente con el penacho de vapor que mueve el mundo y con la llama eléctrica que ha iluminado las tinieblas; armada la mano con la pluma, con el compás ó el azadón; rodeada de libros útiles, de máquinas que parecen animación del acero, de artefactos que semejan realización de la magia y de los ensueños de la locura.

Surge de los ríos y cataratas donde, en vez de ahogarte, encuentras fuerza motriz para la industria y regadera perenne para la campiña. Sal de los bosques, donde en lugar de murmullo adormecedor y sombra para el ocio hallan madera y carbón, piedra y hierro para alimento de la fabricación y comodidad de la vida. Sal de las escuelas, de los laboratorios y los talleres, y exhorta, ¡oh musa de la realidad, inspiradora de las acciones terrenales! exhorta á esa legión de cabezas luminosas y de brazos duros para que declaren por qué te siguen sin desmayo y te aman con fe más acendrada y fuerte que la que la humanidad fenecida puso en Dios y en sus vicarios, en los reyes y en sus ministros.



El poeta

Yo no hago versos melodiosos, hago fórmulas de química espiritual. Mi pluma no es la del cisne blanquísimo, ni la del ave irisada que con su ala vistosa encubre la oquedad y la inconsistencia de su plumón. Mi pluma es de acero, como el escalpelo anatómico que separa con desdén y raja sin amor la piel suave, la carne delicada, la cabellera rizada, la forma externa de la mujer bella para penetrar á cuchilladas en sus entrañas, en su cerebro y en su corazón, y buscar en ellos la causa de los males y postraciones, el origen de los dolores, las fuentes del llanto. Yo no canto: yo diseco. No me paro en la epidermis de los cuerpos ni en la superficie de las cosas: voy adentro, al fondo. No me enamoran los rostros: persigo las almas.

Saltaron las cuerdas del laúd de los trovadores; se apagaron los soles, las lunas y estrellas; murieron las ninfas y deidades mitológicas; cayeron en la tierra las perlas y las rosas; se borraron las formas; la luz de un nuevo día ahuyentó los sueños de la imaginación. Ya no imagino: estudio.

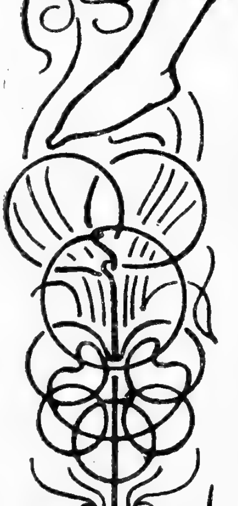
No trabajo por mi gloria: trabajo por el bien de todos. Mi musa es la verdad, hermosa ó fea; quiero hacer del arte un teorema, de la belleza un libro, de la poesía un instrumento de cirugía. No quiero vivir como los bardos del Norte, como los trovadores de Provenza, como los bohemios del romanticismo. Quiero vivir en la disciplina cómoda de los abogados con bufete abierto



EL HOMBRE DE CIENCIA

TEOLOGÍA, moral, filosofía! ¿Qué beneficios traen á la tierra? ¿Qué descanso al hombre? ¿Qué pan al granero? ¿Qué fuerzas al débil? ¿Qué máquina á la industria? ¿Qué fin práctico á la humanidad?

Quédese arriba lo que haya arriba; quédese dentro lo que haya dentro; quédese para después lo que haya después. Mi musa es el positivismo. Yo estudio lo palpable, lo visible, lo material, lo presente. Estudio fisiológicamente el organismo humano para proteger su existencia, librándole de las enfermedades y plagas que lo devoran. Estudio políticamente el organismo social para perfeccionarle, librándole también de sus plagas que lo consumen: la guerra y el hambre; y estudio el organismo del Estado para afianzar en él la justicia, la libertad y el derecho. Estudio la tierra para fecundar su suelo, mejorar su producción, aprovechar sus aguas, extraerle sus metales y sus carbones, utilizar sus potencias y sus fluídos para alumbrar las viviendas, mover las máquinas y transportes, extender sus comunicaciones por donde corra el comercio y se propague la civilización. Estudio el cielo para inquirir cuándo y por dónde vendrán los huracanes que amenazan al navegante, y cuándo descenderán las lluvias que regarán los campos. Trabajo por la perfección de la materia, por la comodidad del hombre y su mejor vida sobre la tierra.



EL POLÍTICO DE PROFESIÓN

Yo peroro en los Parlamentos, en el mitin, en el círculo. La palabra oratoria es la espada y la potencia de la política moderna. ¿He dicho la palabra? Pues eso es: la palabra desnuda, sólo la palabra. ¡Ideas, programas, propósitos! ¿Para qué? ¡Personas, personas! No hablo sobre nada fundamental. Hablo de por qué se promovió la crisis, y cómo se resolvió, y por qué salió del gobierno Fulano: y por qué entró Mengano; de por qué han nombrado á Juan para tal puesto; de que Pedro es mejor que Juan. De que se construya una carretera para mi pueblo á costa de los demás pueblos. De que se suba el sueldo á tal clase de funcionarios.

Estudio la zancadilla que puede derribar al adversario, la encrucijada donde puedo sorprenderle, el resquicio por donde puedo herirle. La flaqueza por donde puedo ablandar la voluntad del amigo, la recomendación que puede vencerle.

Aparentando desterrar los vicios antiguos, sólo voy consiguiendo desechar uno: el vicio de la hipocresía; porque ya, ni conservo la hipocresía de los principios. Apaleo, acuchillo á las turbas en la calle, no por defender siquiera un fanatismo, sino por sostener personas. No creo en nada. No me interesa que gobierne una idea, sino que mande *mi* hombre; las ideas dan dolor de cabeza; los hombres dan credenciales. Ya no se cuenta entre los hombres públicos por *talentos*, como se contaba entre los clásicos: se cuenta por céntimos.



MIS musas son el provecho, el interés, la comodidad, la placentera musa que inspiró á Epicuro.

La musa vieja y la musa nueva se encuentran en el vestíbulo del siglo XX. La una, rígida, tiesa, como figura gótica, irguió la cabeza perfilada, levantó al cielo los ojos, lloró y volvió el paso atrás, murmurando con lástima á su heredera y enemiga, y dijo:

—¡Aquello es la vida!

La musa moderna, coloradota y rolliza como burguesa rica, apretó contra el corazón su bolsillo, echó hacia adelante su vientre repleto, y se rió escépticamente siguiendo su marcha, y dijo:

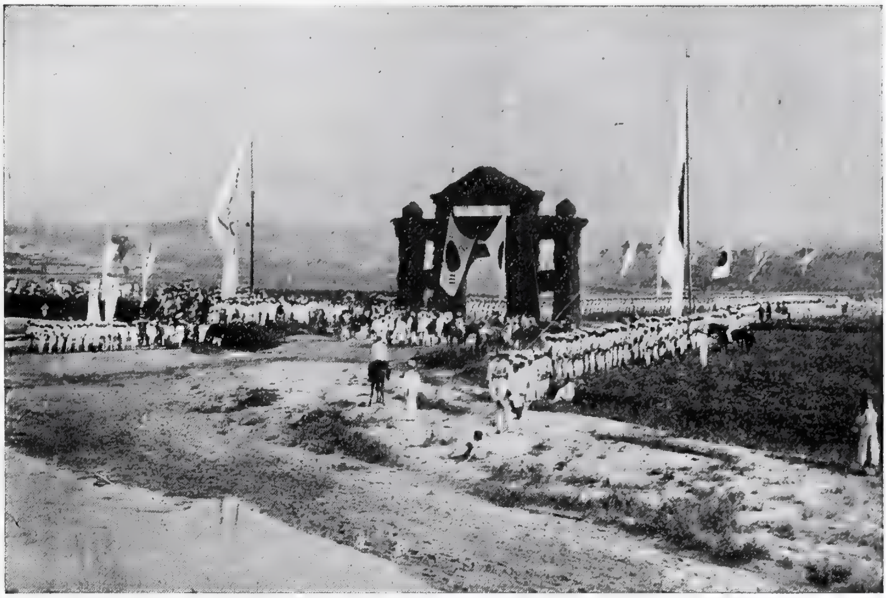
—¡Esto es la vida!

Ambas llevaban buen séquito. ¿Cuál llevaría la razón?

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE VARELA

LA GUERRA RUSO-JAPONESA



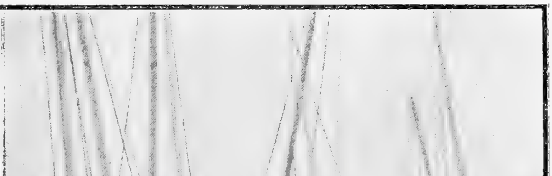
REVISTA DE TROPAS JAPONESAS CERCA DE CHEMULPO

PARA los efectos de la curiosidad pública, la situación, al escribirse estas líneas, ha variado poco ó nada. Y como las noticias de la prensa diaria prosiguen siendo cada vez más obscuras, por lo enredadas y contradictorias, hemos de atenernos á la información gráfica, que es la más segura y menos originada á confusiones y engaños.

Las agencias fotográficas y nuestros corresponsales de París y Londres nos remiten montones de fotografías del teatro de la guerra; y ya que hasta el presente no tengamos ninguna de las acciones ó batallas navales y terrestres que se hayan verificado, si es que se ha verificado alguna y no es todo ello lo que en las Cuatro calles llamamos *the infundial news*, por lo menos dichas fotogra-



CIUDAD Y PUERTO DE MOKPO



BARCOS COREANOS EN LA RADA DE FUSAN

fías nos permiten ver los preparativos bélicos y reconocer los lugares de que tanto hablamos en estos días. La primera que figura en esta plana representa, según nuestro corresponsal, una revista de tropas

de línea japonesas en los alrededores de Chemulpo. Por lo que se ve, los coreanos, no sólo no se han opuesto á la invasión de su territorio por las fuerzas del Japón, sino que las han recibido con los brazos abiertos, y hasta alzando en su honor magníficos arcos de follaje en donde se ostentaban el pabellón japonés y el coreano. Estas manifestaciones de amistad y simpatía terminarán, según todas las probabilidades, merendándose los japoneses á los coreanos á poco que las cosas favorezcan á los del Sol Naciente.

La segunda vista representa uno de los principales puertos de Corea, la ciudad de Mokpo, en la ría de Han; y la fotografía que hay al lado, según amablemente nos manifiestan los Sres. Underwood y Underwood, reproduce la operación de descarga de algas por unos barcos coreanos anclados en la bahía de Fusan. Añaden los Sres. Underwood y Underwood, que las algas son para la alimentación de los fusaneses, lo cual nos induce á sospechar, ó que los coreanos se alimentan de percebes y bígaros y viven en una perpetua *Viña P*, ó que si, en efecto, se nutren con algas, son, como ha dicho y repetido la prensa inglesa, las gentes más sobrias del mundo. Sigue en pos de esta fotografía el retrato en grupo de S. E. el ministro de la Guerra de Corea, Sr. Yun Woong Niel, de su hijo el Sr. Yun-Tchi-Yeo y los hijos de éste. Realmente, nadie concebiría la menor sospecha de que ese señor de tan pacífico y bonachón aspecto, con su sombrero de alas planas, que parece una *forma* de las que usan las sombrereras, fuese el organizador de la menor resistencia ni contra rusos ni contra japoneses.



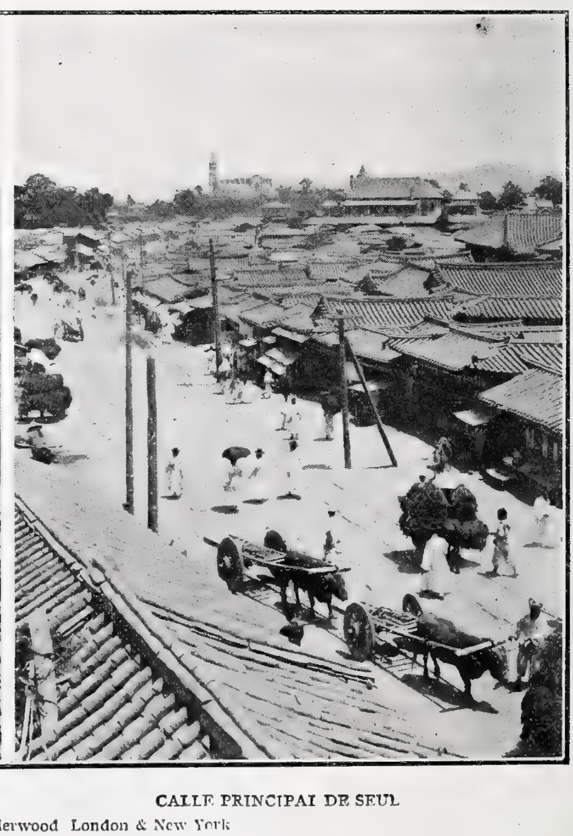
EL MINISTRO DE LA GUERRA DE COREA, Y SU FAMILIA

Por último, otras dos vistas panorámicas nos representan la capital de Corea, Seul; la primera es la parte del Sur, y en el fondo se divisa parte de la muralla y el campo; la segunda es la parte Noroeste de la ciudad, y á lo lejos se ven un edificio grande, que es el consulado francés, y á la izquierda de éste un templo, recientemente construído por los americanos, que desde hace tiempo ejercen en Corea una influencia decisiva, la cual no dejará de notarse en los sucesos que la guerra origine.

* * *



VISTA DE SEUL POR EL SUR



CALLE PRINCIPAL DE SEUL

Fotografías Underwood & Underwood London & New York



HUMORADA

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así... al oído...
«Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

CAMPOAMOR

DIBUJO DE C. PLA



RETRATOS ARTÍSTICOS ESPAÑOLES

DUQUESA DE LA TORRE

Las cubanas han gozado, con justicia, fama de hermosas, y entre las cubanas se han llevado la palma las de Trinidad.

La duquesa de la Torre puede servir de ejemplo. Cuando á la vuelta de la preciosa isla, donde su ilustre esposo había desempeñado el cargo de capitán general, le nombraron embajador de España en París, le siguió á la capital de Francia. Eran los días más espléndidos del segundo Imperio; brillaban en torno de la hermosa emperatriz, nuestra compatriota, las más célebres bellezas, y desde que llegó la nueva embajadora de España hubo una más: la duquesa de la Torre.

De esa época es el retrato cuya copia hoy publicamos, y que le hizo Winterhalther, trasladándolo al lienzo con las galas de Rosina en *El Barbero*, que lució en un baile de trajes de las Tullerías.

Y la que gozaba justa fama de hermosa el año cincuenta y tantos, la continuó mereciendo el año 1874 cuando como esposa del jefe del Estado español recibía en el Palacio real de Madrid á los embajadores extranjeros.

Y hermosa estaba cuando después de la Restauración daba inolvidables fiestas en su hotel de la calle de Villanueva, y aun hoy, que vive apartada del mundo en Biarritz, hace que la miren con interés los que la encuentran, admirando rasgos de una gran belleza, pues á ella no le ha sucedido todavía lo que á Mad. Recamier, que se lamentaba en los últimos años de su vida de que los hombres no volvían ya la cabeza para mirarla cuando la encontraban en la calle.

A su hermosura ha unido la duquesa de la Torre una exquisita elegancia, y no se la podrá olvidar nunca al recordar las bellezas españolas más famosas del siglo XIX.

KASABAL



LECTURAS PARA CHICOS MUY CHICOS

LAS HOJAS CAIDAS





Anita está subida en la rama de un árbol de su jardín.

Está muy afanosa y llorando á lágrima viva.

En el delantal tiene un montoncito de hojas secas, que se han caído del árbol al comenzar el otoño. En la mano derecha tiene la aguja enhebrada.

—¿Qué haces, Anita? ¡Mira que te vas á caer!—le dice el jardinero, y luego añade:—¿Por qué lloras?

Anita contesta:—Lloro porque esta mañana vino el médico y le dijo á papá que mamá está muy mala... Se lo dijo muy bajito, pero yo lo oí... y después aseguró... que mamá se pondrá mucho peor... y que Dios sabe lo que sucederá al caerse las últimas hojas... y por eso... para que no se caigan... las estoy cosiendo á la rama.





HISTORIETAS NATURALES

EL KANGURO

Todos los abonados á los domingos clásicos del Retiro ó de otros parques zoológicos conocéis á este simpático animal, que es el único que posee un nombre comenzado con *k* en toda la escala zoológica.

Los que le hayan visto, no necesitan que les explique nadie la razón de esto; los que no le hayan visto, en cuanto le vean comprenderán que el kanguro no es más que una *k* viva, una *k* que tiene ojos é hijos.

En efecto, ¿no reparáis qué cortas tiene las manos, como el ganchillo curvo superior de la *k*, y qué largas las patas, como el extendido gancho inferior, y qué largo y resistente el rabo, que viene á hacer el oficio del trazo grueso de la extraña letra? Porque así como la *k* es una letra rara en el abecedario, el kanguro es un animal raro en la Zoología: es una *k* fabricada por la Naturaleza.

¿Queréis saber su historia? Hay en ella mucho que aprender. Por lo pronto, bueno será decir que cuantos kanguros hemos tenido el honor de saludar son naturales ó procedentes de la gran isla oceánica que llamamos Australia. Era natural que siendo unos bichos *de rabo muy largo, de pelo muy fino*, como nuestro amigo el *morrongo*, y teniendo además costumbres muy puras é inocentes, una piel bastante suave y una carne fina y delicada, estuviesen en poder de los ingleses, que son (sabedlo de hoy para siempre, hijitos) los dueños de todas las cosas buenas y útiles de este planeta. Antes de comenzar el siglo pasado, los kanguros vivían felices y tranquilos en Nueva Holanda, sin sospechar que ningún sér les quisiera mal ni proyectara destruirlos y acabar con su reposo. Por desgracia para ellos, sobrevinieron los ingleses, comenzaron á tiro limpio con los kanguros y con los apreciables salvajes que vivían en compañía de ellos y que no comían kanguro por la sencilla razón de que eran caníbales y se comían los unos á los otros... y ¡adiós felicidad kanguril! Los pobres kanguros, que hasta entonces habían usado solamente sus larguísimas patas traseras y su fuerte y muelle cola para sentarse en ellas como se sientan los pescadores de caña en sus sillas-bastones, empezaron desde entonces á servirse de cola y patas para dar saltos terribles y huir á la desesperada de las amenazas de los hombres, mejor dicho, de los ingleses.

Desde entonces, la inocencia y candidez del kanguro se han trocado en desconfianza y malicia. Hoy día el kanguro tiene tantas camándulas como cualquier persona ó animal mayor; y además, perseguido por los perros de caza, ha aprendido, cuando se ve muy apurado, á hacer uso de una larga y fuerte uña que tiene en el dedo anular del pie izquierdo, y con ella y con los seis colmillos que posee en la quijada superior, el que antes era un bichejo tímido como una liebre, hoy, en algunos casos, hace frente á los más feroces canes, y llega hasta destriparlos.

Lo cual, hijos míos, nos enseña que debemos ser inocentes y confiados hasta el extremo; pero cuando ya nuestra inocencia y confianza hagan que se nos ataque injustamente... ¡ah! entonces no estará de más sacar las uñas y enseñar los colmillos, como hace el kanguro.

ENE

DIBUJO DE REGIDOR

DIALOGUITOS INOCENTES

LOLITO.—Mira, minino, no seas ansioso. ¿Para qué lames y lames el plato si no tiene nada?

MININO.—Y tú no seas inocente, Lolito. Has de saber que lo más rico es siempre lo que se queda pegado al plato.

LOLITO. Eso para los cochinos como tú, que sacan dos varas de lengua.

MININO.—Pero yo saco la lengua para recoger migajas sabrosas y para relamerme, mientras que otros *(mirando de reojo al niño con la intención de un gato filósofo)*, otros sacan la lengua para hacer burla de su aya y quién sabe si de su mamá.

LOLITO *(comenzando á amoscarse)*.—Eso no lo dirás por mí, que no lo hago nunca.

MININO *(con mucha guasa)*.—¡Miau!

LOLITO *(irritadísimo y amenazador)*.—¡Minino, que te voy á dar un empujón y...!

MININO *(con más guasa que antes)*.—¿Y qué? ¿Creerás que me vas á hacer daño? Aunque me tires de un quinto piso, yo caigo siempre de pie. ¿No lo sabías?

LOLITO *(despreciativo)*.—¡Claro! pero para eso andas en cuatro patas.

MININO *(profundamente filosófico)*.—Vale más andar en cuatro patas y caer de pie, que andar en dos y romperse la cabeza por cualquier motivo insignificante. ¿Cómo andarías tú si te dejasen saltar de esta silla donde estás sujeto?

LOLITO *(disgustado, porque le ofende el que le recuerden la flaqueza de sus piernecillas)*.—Bueno; déjame en paz. Ya te he dicho que eres un gato cochino, cochino, co... chi... no *(sacándole la lengua)*.

MININO *(arqueando el lomo y entornando los ojos, que es la manera que tienen los gatos de reirse)*.—¿Lo ves? ¿Lo ves cómo sacas la lengua? Eres un niño mal educado. ¡Sí, señor, mal educado! Y eso de cochino... parece mentira que me lo digas á mí, cuando sabes que todos los días me lavo diez veces la cara...

LOLITO *(pescando al vuelo la alusión)*.—Bueno; de eso no hay que hablar.

MININO *(insistiendo)*.—... mientras que á algunos niños que yo conozco, para que se dejen lavar la carita, hay que armarles la primera gresca.

LOLITO *(furioso)*.—Minino, eres un insolente.



MININO *(gozándose en mortificar á su víctima)*.—Y no quiero hablar de la falta que á algunos niños les hacía un cajoncito con serrín, como el que un servidor tiene en el pasillo obscuro...

LOLITO *(rompiendo á llorar y pataleando con todas sus fuerzas)*.—Vamos, vamos, déjame. ¡Mamá, que el minino se burla de mí!

MININO *(imperturbable)*.—...por eso no me sucede lo que á un niño que el otro día le lavaron con agua muy caliente y lloró mucho.

LOLITO *(recobrando su dignidad y sorbiéndose las lágrimas)*.—¡Mentira, yo no lloro!

MININO.—Yo tampoco, ni me arrimo al agua fría siquiera; porque sabrás que el gato escaldado, del agua fría huye.

LOLITO.—¿De modo que te escaldaron una vez?

MININO.—Sí; pero una sola. Tenlo presente, Lolito, porque es un buen amigo quien te lo aconseja. Ni ahora que eres chico, ni cuando seas grande, te dejes escaldar más que una vez sola... y luego, huye hasta del agua fría.

LOLITO *(confuso)*.—No te entiendo, minino. Dices que debe uno ser muy limpio y que debe huir del agua fría. Me parece que eres un sabio muy tonto.

MININO *(sentencioso)*.—Así son y serán todos los sabios que te darán consejos en la vida; para seguirlos necesitarías ser más sabio que ellos... y tener siete vidas, como yo.

* * *

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA

CONCURSOS INFANTILES

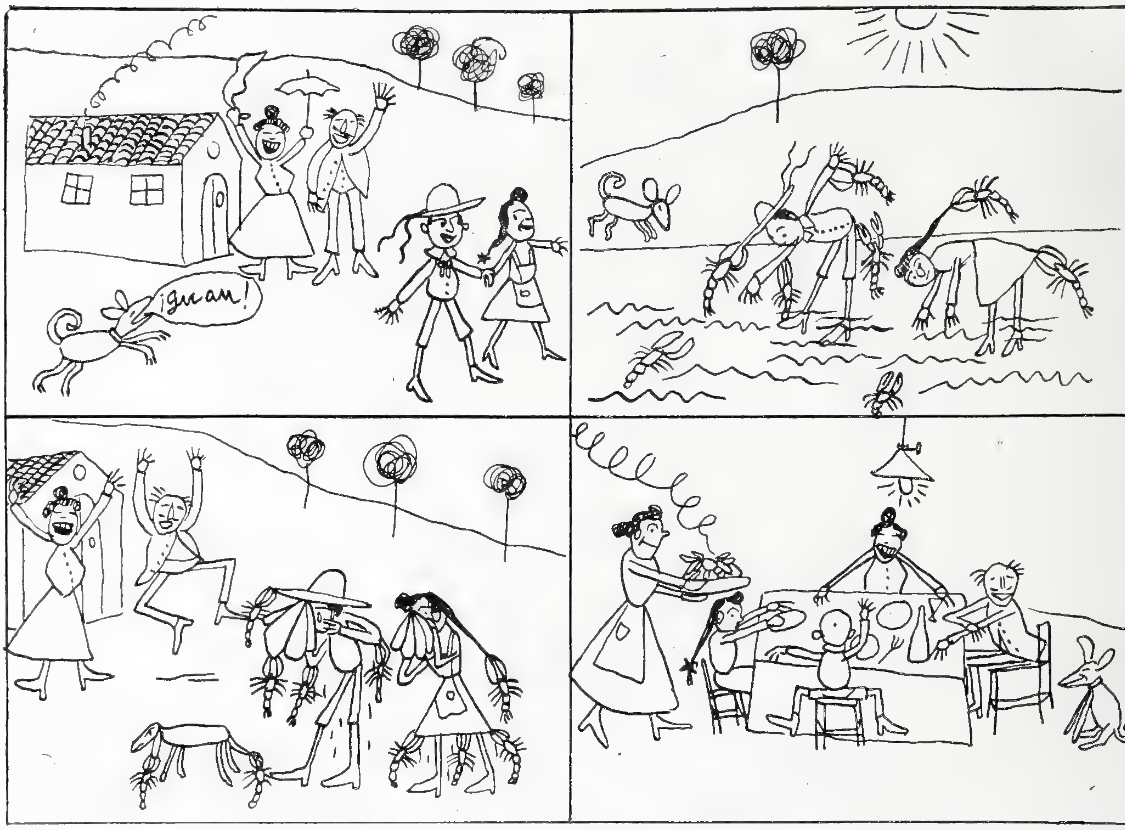
SEGUNDO CONCURSO DE GENTE MENUDA

Gente menuda regalará un juguete cuyo valor no sea inferior á 50 pesetas, al niño que envíe la mejor explicación escrita de la historieta siguiente.

La explicación ha de ser muy breve, y deberá ser remitida á esta redacción antes del día 12 de Marzo próximo.

DE PESCA

HISTORIETA SIN PALABRAS



TERCER CONCURSO. LA HUCHA DEL NIÑO RICO

Gente menuda cuenta entre sus lectores muchos niños de las clases pudientes; conoce los hermosos sentimientos que las almas infantiles albergan, y deseando hallar una fórmula práctica de manifestarlos, ha pensado que los niños ricos que leen Blanco y Negro tienen ó deben tener todos una hucha, donde guardarán el dinero que reciban para caprichos y golosinas. Pues bien; *Gente menuda* propone á esos niños ricos que, desde ahora hasta el mes de Junio, guarden en su hucha UN REAL CADA MES PARA LOS NIÑOS POBRES: un real en Marzo, otro en Abril, otro en Mayo y otro en Junio. Así, en Junio tendrán ahorrada UNA PESETA, y podrán enviarla á esta Administración, Serrano, 55, acompañada de una carta ó tarjeta en que el niño donante diga su nombre y las señas de su domicilio, y nos indique también el nombre y señas de un niño pobre digno de ser agraciado con UNA CARTILLA DE CIEN PESETAS EN LA CAJA DE AHORROS. Es decir, que el niño donante, al dar su peseta, señalará un candidato. Nosotros formaremos y publicaremos una lista con los nombres de los niños cuyos donativos se hayan recibido hasta el día 20 de Junio, y otra con los nombres de los candidatos propuestos por dichos niños donantes. En dicho día cerraremos nuestra cuenta y adquiriremos cuantas cartillas podamos con la suma recibida, completando por nuestra parte ésta hasta formar cantidad redonda y número exacto de cartillas. Y en la última semana de Junio daremos una fiesta en Blanco y Negro, á la cual invitamos á los donantes para que presencien el sorteo de las cartillas entre los candidatos propuestos, que se verificará con toda solemnidad, para lo cual tendremos un notario muy serio, pero muy amable y amigo de los niños. Y también habrá una orquesta de bandurrias y guitarras, y quién sabe si algo más substancioso para que se relaman los invitados.

Los niños donantes y los propuestos para cartillas han de ser menores de doce años.

No se admiten donativos de más de una peseta.



LA VIEJECITA Y SUS AMIGOS

Vosotros no conocéis á esta viejecita y á sus amigos? No, no; vosotros no conocéis ni á la viejecita ni á sus amigos. Ella vive en un caserón destartalado de esta pequeña ciudad levantina, y sus amigos viven en la casa de al lado; y si no viven en la casa de al lado, viven en otra parte del pueblo; lo mismo da. Lo importante es saber que á esta viejecita la están «secando». No os estremezcáis: encontraréis muchos casos parecidos entre estos levantinos tan hábiles, tan finos, tan flexibles, tan astutos copiladores del dinero. Y con esto veréis mejor su carácter que con una larga y abstrusa monografía...

La viejecita vive sola en un caserón enorme. ¿Por qué vive sola? No debía vivir sola: esto es lo que aflige terriblemente á sus buenos amigos. ¿Cómo es posible que permanezca ella en esta soledad, con tantos años, tan achacosa? Debe pasar días muy malos en su casa solitaria y silenciosa. Y por eso esta familia se impone el deber de alegrar los días de la vieja: á todas horas está en su casa; cuida de que no le falte ninguna cosa; riñe á las criadas si caen en falta; se van á comer al mediodía, pero vuelven por la tarde; le mandan platos á la hora de la comida... Esta viejecita, silenciosa, ensimismada, deja hacer á sus solícitos amigos; ella ya no tiene ánimos para nada. Y sus amigos pasan cada vez más horas en su casa.

Un día despiden á la criada. ¿Por qué? Es que ellos han visto que se llevaba botellas de aceite de la despensa. Ellos traerán otra más fiel: y en efecto, viene otra, que va de cuando en cuando á la casa de los amigos de su ama y que cuchichea con ellos en los rincones y detrás de la puerta cuando entran.

¿Qué les dice esta fiel criada? Les dice que el mayoral que está al frente de la labor del Hondón, ha tomado del palomar un par de palomas y se lo ha regalado á un amigo que tiene en la Fontana: ella lo sabe porque se lo ha dicho un mulero. Esto es verdaderamente grave, terrible: se lo cuentan á la viejecita y además le añaden otras muchas cosas sobre la mala administración de sus haciendas. Hay que echar al mayoral del Hondón; ellos pondrán otro que se porte lealmente. Y lo echan desde luego; y otro día echan también al del Alquebla, y otro al de la Umbría...

Todas estas cosas traen un poco trastornada á la pobre vieja; los cuidados de las haciendas son muchos también: ¿cómo ella se empeña en gobernarlas? Mejor sería que la viejecita se viniera á vivir con estos amigos suyos; ellos tienen bastantes habitaciones desocupadas; además, se aburrirán de ir y venir continuamente de una casa á otra. Y un día, en efecto, cierra la puerta de la suya y se marcha á vivir con sus amigos. Ya tenéis aquí uno de estos caserones cerrados siempre, que se ven en estos pueblos. Sus amigos la tratan bien; es como si fuera de la familia; alli viven sin secreto ninguno; ella les confía sus papeles y sus títulos; cuando vienen á pagar los censos y los arrendamientos, ya no es ella la que se entiende, sino sus amigos; sus amigos son también los que despiden á los inquilinos y remueven el personal de las haciendas.

Y un día—¡qué le vamos á hacer!—muere la viejecita: sus amigos entran en posesión de su fortuna; ellos han «secado» bien á la pobre vieja.

«Secar»; ésta es la palabra consagrada.

J. MARTÍNEZ RUIZ

DIBUJO DE J. FRANCÉS



LA PECADORA

¡Pobre mujer, para el amor nacida,
y al vicio igual que á la virtud propensa...;
víctima fué de la pasión inmensa
que engrandeció las horas de su vida!
En los abismos del dolor caída,
cuando el pecado la encontró indefensa,
llora el desdén, la ingratitud, la ofensa
que hirió su pecho con mortal herida...
Mas ya, colmando su infinito anhelo,
se oye una voz de paz y de consuelo
que ilumina el rincón de su abandono...
¡Es la voz que responde á quien implora!
¡Es la voz que escuchó la pecadora
y que lavó sus culpas!... «¡Te perdono!»

Antonio PALOMERO

DIBUJO DE ANDRADE

CRÓNICA GRÁFICA

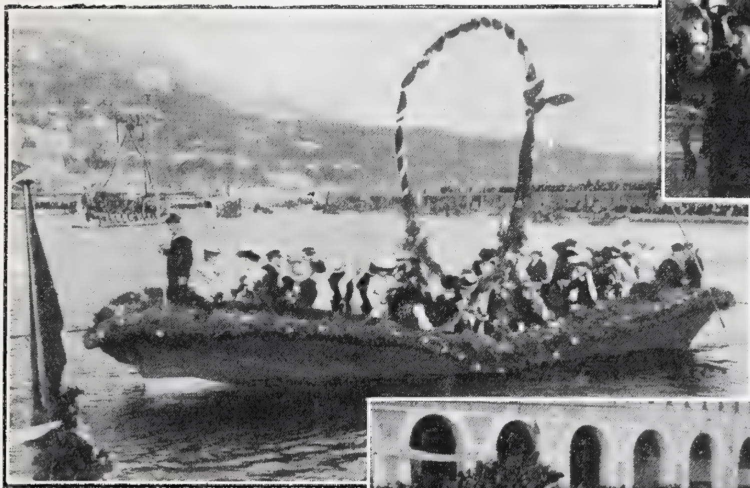
En nuestro deseo de amenizar la existencia de ustedes haciéndoles olvidar las incurables y cada vez mayores tristezas que aquí padecemos, entre otras *concausas* por lo *alto* que se va poniendo todo, desde los francos hasta las espinacas, procuraremos dar algunas notas de cómo se divierten los pueblos felices que no tienen la peseta enferma ni los artículos de primera necesidad por las nubes, ni al Sr. Maura en el poder, motivos suficientes para darse al mismo Pateta y no pensar en distracciones.

Entre las muchas comparsas y mascaradas de Niza, la que más ha llamado la atención este año ha sido la que representaba al titulado Emperador del Sahara, Monsieur



EL CARNAVAL EN NIZA.
«EL EMPERADOR DEL SAHARA»
Fot. Chusseau Flaviens

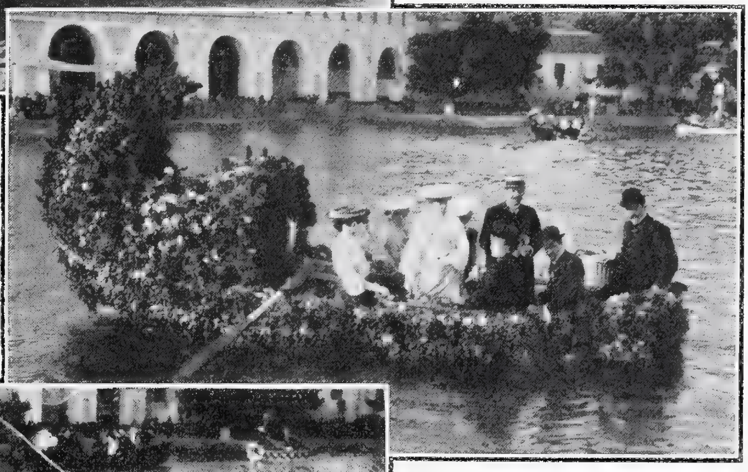
Jacques Lebaudy I, gigantesco figurón que aparecía en una enorme carroza, llevado,



UNA CESTA DE FLORES.
LANCHA ADORNADA,
EN LA BAHÍA DE VILLEFRANCHE

al parecer, en hombros por doce súbditos suyos de talla descomunal.

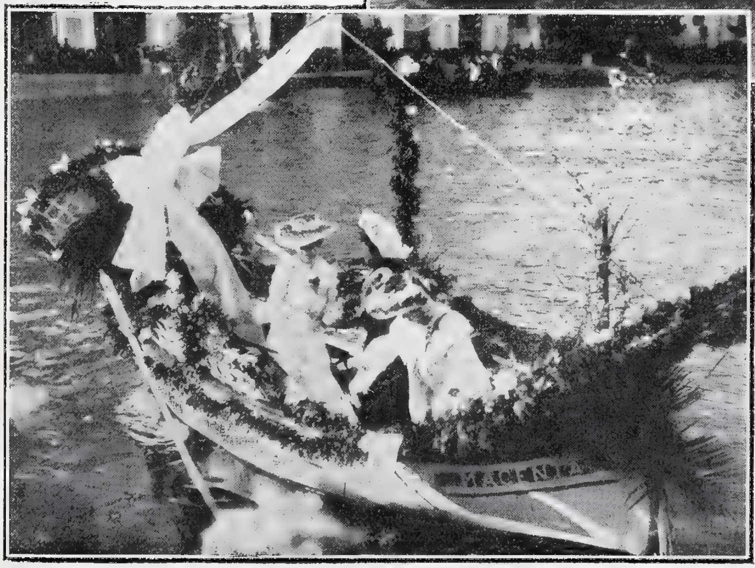
En la *place Masséna* se había construído el palacio de Su Majestad el Emperador, cuya caprichosa portada formaban unas



BABUCHA DE FLORES

cuantas colosales caretas de las víctimas de Lebaudy, los marineros del *Frasquita*, etcétera, etc.

En la bahía de Villefranche, que es como decir en la antesala del Paraíso, se verificó la fiesta carnavalesca más bonita y agradable que puede imaginarse: una batalla de flores en lanchas caprichosa y elegantemente adornadas y tripuladas por las *sportwomen* más simpáticas del mundo y por los caballeros de mejor humor y más adinerados del barrio, que es lo mejorcito de Europa.



GÓNDOLA ADORNADA — Photo-Nouvelle

Por su parte, los aristócratas de Roma tampoco se entregan á la melancolía que

nos consume aquí á todos, aristócratas y plebeyos.

Terminadas las fiestas del Carnaval, han comenzado en la *campagna* romana las divertidísimas *caccie a la volpe* ó caza de la zorra á caballo, con perros

Uno de los mayores aficionados á la caza de la zorra es el gran novelista y poeta Gabriel d'Annunzio, quien, como consumado caballista, ha cortado muchas veces la cola á la zorra, lo cual da al vencedor el derecho de quedarse con la cabeza del animal para disecarla después y darse tono, pero le obliga á pagar 50 liras de indemnización



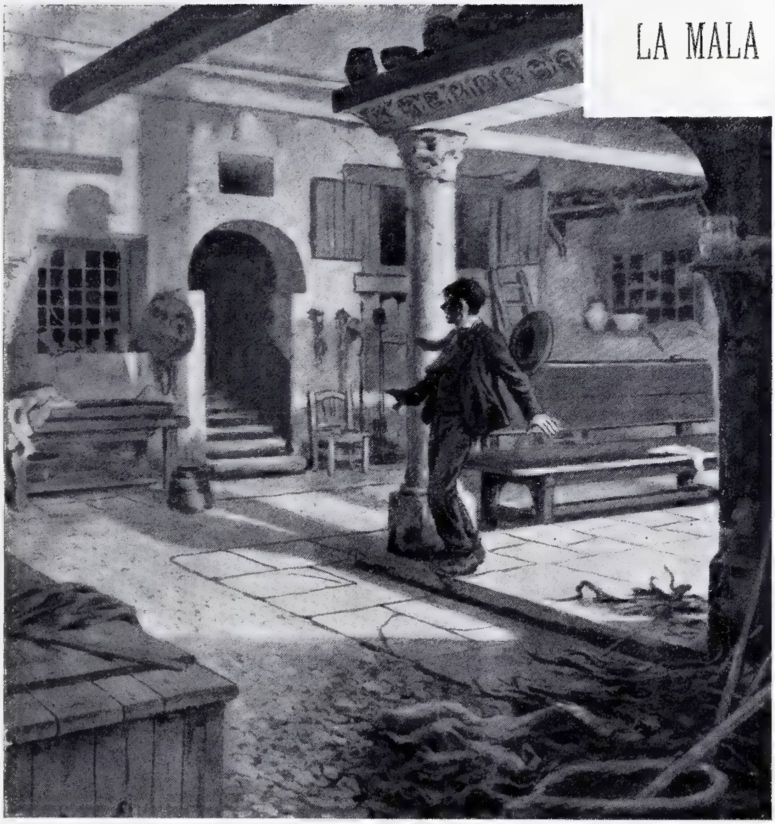
GABRIEL D'ANNUNZIO EN UNA «CACCIE A LA VOLPE» Fot. Sbisa

Como la gente en estos días sólo se ha preocupado de la guerra, casi ha pasado inadvertida una catástrofe de las más grandes que registra en los últimos años la crónica catastrófica de los Estados Unidos: el incendio de la hermosa ciudad de Baltimore, del cual sólo se ha hablado en breves y telegráficos términos. Las fotografias que se nos remiten son



EL CENTRO DE LA CIUDAD DE BALTIMORE. A LA IZQUIERDA SE VE EL CAPITOLIO, ÚNICO EDIFICIO QUE SE HA SALVADO
Photo-Nouvelles

espantosamente trágicas. Casi toda la gran metrópoli, con sus enormes casas de vecindad, sus palacios, sus teatros y sus templos, ha quedado reducida á escombros y cenizas. Las pérdidas suman incalculable número de millones.



LA MALA SOMBRA DE ANTONIO

En una ignorada parroquia de la Ulla Alta vive como puede—que no es muy buen vivir—un hacendado venido á menos gracias á los continuos reveses de fortuna, pérdidas y pleitos. Antonio, que así se llama, nunca fuera muy rico, pero ahora es casi pobre y se ve consumido por el ansia de procurar, sin conseguir, la restauración de su casa y bienes, batallando cada día con su propio mal humor, comiendo mal y sin ganas, durmiendo poco y sin sosiego.

Al volver una noche, contrariado y mohino, de un inútil viaje á la villa, que le hizo perder el día entero, entró Antonio á tientas en su casa, subió por la escalera de servicio y fué á sentarse en la desierta cocina. Sus ojos de aldeano percibieron en seguida la claridad rojiza del rescoldo y el pesado banco de castaño, honra y decoro de la piedra del lar, en el que se dejó caer de un golpe, como desplomándose bajo el peso de sus amarguras y de sus desaciertos. Venía lastimosamente calado por la lluvia, fina, tamizada y sutil, que el bondadoso cielo no dejara de hacer caer por encima de él todo á lo largo del camino, entre la villa y la aldea. Su sombrero le había defendido la cabeza y sus gruesos zapatones los pies, pero la chaqueta y el pantalón estaban empapados: el agua le había llegado al cuero. Escarbó la lumbre, arrimó para ella un brazado de leña, sopló recio y surgió la llama por entre los troncos engarabullados del tojo puesto á arder. Aquello consolaba

Mas en el punto y hora en que brotó la llama por debajo del humo retorcido, vió Antonio aparecer sobre la pared frontera su sombra, su propia sombra temblorosa y desvaída, que alargándose sobre el pavimento de lajas y deslizándose por la penumbra grisácea de la ahumada cocina, fué á sentarse en la artesa, apoyándose contra la pared. Desde allí le miraba de hito en hito, al tiempo que engruesaba tomando volumen y formas de persona y le sonreía con irónica expresión de fisga infinita.

Antonio la miró con muy malos ojos, arrojóle un tizón encendido y le gritó muy incomodado:

—¿Ya estás ahí, maldita?

La sombra recogió el tizón en el aire, é imprimiéndole un rápido movimiento circular, se encaró con Antonio, hablándole desde el centro de aquella rueda de lumbre, escupiéndole al rostro las palabras.

—Aquí me tienes para servirte... de estorbo, ya lo sé. Pero voy á distraerte.

Y se puso á soplar el tizón, haciendo brotar de él un chorro de chispas que fueron á dar en un montón de paja dispuesta para aderezar un lecho. Si Antonio no se levanta á toda prisa para remediar el daño, hay un incendio en la casa. La sombra se reía y le dejaba hacer.

—¡Topo! ¡aturdido!—le decía con sorna.—¡Por poco quemas tu propia casa!

Antonio venía acariciando, ya de tiempo atrás, una idea salvadora. Perseguido constantemente por su mala sombra, no lograba nunca, por mucho que trabajase, tener más de lo justo para no morir de hambre. Aunque azufrase la parra, no conseguía recoger buen vino; las vacas siempre estaban enfermas; el carro siempre se le descomponía ó atascaba en lo más hondo del camino. Cuando iba á debullar las habas, estaban medio podridas; cuando iba á majar el maiz, se le mojaban las mazorcas; y en cada una de estas contrariedades se le ponía delante la sombra, su maldecida sombra, que alargando hasta lo inverosímil los dedos de sus manos, pellizcaba los racimos, rehoyaba, como con punzones, los ijares de sus vacas, empujaba el carro al hoyuelo, y espolvoreaba con el orballo de la noche fría las habas puestas en el secadero, ó las mazorcas extendidas en el curro.

Pues bien: Antonio se había cansado de esta implacable persecución y resolvió acabar con ella, matar á su endiablada *meiga*, destruir, fuera como fuera, su maléfico influjo. Pero ¿cómo? Era impalpable, escurridiza, se metía por entre los trastos de la casa ó por entre los robles de la fraga; se envolvía en el humo de las estivadas, se escondía entre los jirones de la niebla, se dejaba sorber por los regatos del prado, se deshacía entre las brumas del río. Y siempre que él comenzaba alguna labor, reaparecíasele detrás ó á al lado, fisgona y antipática, haciéndole sentir la angustiosa pesantez de su presencia, mostrándole á cada paso su bulto de contornos imprecisos, sus ojos sin luz, su sonrisa insoportable, su terquedad abrumadora.

Antonio apagó la paja, se encaró con la sombra y le dijo:

—Mira, mal engendro del pecado (que no debes ser otra cosa, y arrenegada seas): de hoy no pasa: ó tú me matas, ó te mato yo; pero vamos á acabar de una vez esta lucha de locos.

La sombra abrió los brazos como aspas de molino, y pasando el tizón del uno al otro, le respondía casi sin voz:

—¡Bobo! ¡Torpe! ¡Desventurado! ¿Cómo podrás herirme?

—Pues mira, de esta manera—dijo Antonio; y tomando de un rincón obscuro lo primero que halló á mano, que acertó á ser una aguijada, la lanzó como un dardo contra el fantasmón aborrecido. La aguijada llevaba tanta fuerza, que embotó su punta al chocar en el muro sombrío.

Contra lo que el mismo Antonio esperaba, la fantasma lanzó un quejido. ¿Estaba herida? ¿Fué ella quien se quejó, ó fué el viento alocado del invierno que aulló por el cañón de la chimenea? Ni Antonio ni nadie hubiera podido decirlo. Solamente pudo ver que la sombra, separándose de la pared, venía hacia él, agresiva, ingrávida, aumentando á cada instante sus dimensiones, elevando sobre su cabeza greñuda el tizón en cuya punta bailaba una pálida llamita azul, y apuntándole á los dos ojos con dos dedos de su mano derecha, que se iban alargando, alargando como dos espadas sombrías y vengadoras.



Antonio perdió la noción de sí mismo, y sólo sintió, más viva y punzante cada vez, la impresión fría de su ropa mojada, que le pasmaba el cuerpo y se le metía por el alma bajo la forma de un terror supremo. Parecía haberse hecho más espesa la obscuridad en que se perfila el inmaterial contorno de su enemigo con fosforescencias inconsistentes de fulgor tenuísimo, que á cada instante se corren sobre sí mismas como si se fuesen á desvanecer. Una angustia dolorosa oprime el pecho de Antonio, temeroso de exhalar en aquel punto mismo su postrer suspiro. Pero se rehizo evocando el recuerdo de su vida entera esterilizada por la desgracia; de la inutilidad de su constante esfuerzo para sacar adelante su casa y su vida; y comprendiendo que había llegado la hora de las grandes luchas y de las resoluciones atrevidas, sintióse capaz de dominar el terror que le erizaba el cabello sobre la frente, volvió los ojos á todas partes como buscando un eficaz recurso, y al débil resplandor de las brasas vió brillar la lengua acerada de su hocino... el hocino, el instrumento de trabajo, el arma ofensiva del labriego. Lo cogió en seguida; blandiólo sobre su cabeza con tanto aire, que estremeció las negras ataduras del cañizo, y asestando á su enemigo un desesperado mandoble, hundió el corvo pico de acero en el intangible cuerpo del gigante, que rechinó como un roble seco á quien el rayo desgaja.

Rechinó y se deshizo en el aire, desapareciendo súbitamente los fulgores y las líneas de su contorno. Antonio corrió á encender el candil en una brasa, y cuando la llama hubo prendido en la mecha asomada al negro pico de hierro, registró la cocina mirando en todas direcciones con asombrados ojos. ¡Nada! Hundía Antonio sus miradas en la ahumada atmósfera de la cocina, y por ninguna parte acertó á ver á su enemigo. Solamente en el suelo había algo, una rueda que negreaba sobre las lajas; acercó el candil y vió que era de hollín, en el que la luz resbalaba con reflejos fríos de un tono acerado.

Poseído de una excitación en el fondo de la cual había un sentimiento de orgullo, un íntimo convencimiento de que ¡por fin! había quedado vencedor, recogió ansioso todo aquel hollín en una carabela, agarró un sacho, salió de la casa, y en el rincón más obscuro del cercano caminejo, al pie mismo de la tapia de su propio huerto, se puso á abrir un hoyo muy hondo, muy hondo, donde enterrar con íntima y febril complacencia aquellos sucios restos del que durante tantos años fuera su perseguidor incansable. El le había matado: á él tocaba el cuidado de enterrarle.

La lluvia caía sobre su espalda con terquedad inacabable de lluvia de invierno; pero Antonio no hacía caso; absorto en su labor y quemado por la calentura, cavaba con rabia, sepultaba la carabela llena de hollín, apisonaba la tierra hasta tapar el hoyo, la apretujaba bien golpeándola con sus recios zapatones, y se complacía con malsano regocijo en dar cadencia á sus pisadas, acompañándolas con el ritmo mental de una corajuda ribeirana que entonaba sin voz, con la palabra inmaterial que estalla, luminosa y polícroma, en las caldeadas interioridades de un cerebro atormentado por la fiebre:

Esta es, esta es una bruja que quiere embrujarme.
Esta es, esta es, esta es, pero ya la espanté.

El rústico canto le daba nuevas fuerzas para apurar el goce supremo de bailar sobre la tumba de su enemigo. Y como quien cumple una tremenda justicia, bailaba Antonio sobre el agujero ya relleno, donde estaba enterrado para siempre el encanto deshecho y el maleficio vencido.

Aquí está, aquí está, que maté la que á mí me mataba.
Aquí está, aquí está, aquí está, la maté y la enterré.

Un escalofrío intenso hizo vibrar al infeliz Antonio; los dientes se le entrechocaban; un sudor helado se mezclaba en su piel á la humedad de la lluvia. Pensó en su salud y se volvió á su casa enfermo y tiritando, pero alegre con la trágica alegría de la venganza lograda.

Transponía la puerta del curro, cuando de pronto se quedó inmóvil. Delante de él, debajo de la parra, sin rumor ni frondas y sentado en un columpio de sarmientos, mecíase tranquilamente de atrás adelante y de adelante atrás, el impalpable bulto de su enemigo redivivo, de aquél á quien acababa de enterrar.

Antonio cerró los ojos y se desplomó sobre el suelo empapado por la lluvia tenaz, rítmica y mansa que cae sobre la descarnada urdimbre de la parra patriarcal, cuyos ramos retorcidos se elevan hacia el cielo gris; sordo á los lamentos é insensible á las desgracias de los hombres.

LEMA: GANDALIN

(NÚMERO 7 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

¡¡ejas!!

Al hablar Noblejas,
haya ó no motivos,
hace en *ejas* siempre
los diminutivos;
y así como algunos
los hacen en *ete*,
y por «Periquito»
dicen «Periquete»,
y otros por costumbre
los hacen en *illo*,
y al muro pequeño
le llaman «murillo»,
éste por «comadres»
«comadrejas» dice;
por «hice las coplas»
«las coplejas hice»;
no dice «palabras»
sino «palabrejas»,
y por «pesetillas»
dice «pesetejas».
Mas de ello resultan
cosas sorprendentes,
tan extravagantes
como las siguientes:
Hubo un besamanos;
él lo vió, y de fijo
que aludió á las bandas
cuando luego dijo:
«Muchos generales
y altos funcionarios
iban con *bandejas*
de colores varios.»
Unas lentes chicas
fué á comprar Noblejas
y le dijo al óptico:
«¿Tiene usted *lentejas?*»
Díjole otro día
don Benito Fraile
al saber que estuvo
en no sé qué baile:
—¿Hubo muchas almas
en el baile?
—¡Digo!
Más de cien *almejas*—
respondió el amigo.
Y ayer preguntóle
doña Catalina:
—Dime, ¿cuántas horas
tienes de oficina?
Y tranquilamente
contestó Noblejas:
—Desde el mes pasado
tengo seis *horejas*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA





EL FIGURÍN DEL DÍA

TRAJE PARA REUNIÓN. Modelo de la casa Laferriere.
Es de crespón de la China, blanco, con flores de muselina de seda sobrepuestas, y bordados de seda.
Guarnición de piel de zibelina. Cuerpo con incrustaciones de encaje de Irlanda.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 5 Marzo 1904. N.º 670

EL SECRETO



Andrés y Matilde envejecieron dando á las gentes ejemplo de una felicidad conyugal pocas veces observada. Ni él ni ella ansiaban cosa alguna fuera de su amor, y sus ojos no veían la vejez en los rostros queridos, que para ambos eran siempre jóvenes, hermosos y amados.

Los corazones de aquellos esposos modelo palpitaron siempre al unísono, gozando y sufriendo juntos, experimentando idénticas sensaciones, y tal vez fuese ésta la causa de que enfermaran los dos á un tiempo, como si el destino no quisiese separar en el dolor, heraldo de la muerte, seres que tan unidos vivieron.

Siguiendo los consejos médicos, que estimaban peligrosa toda emoción para sus corazones fatigados, Andrés y Matilde abandonaron el mundo, y por paseos y teatros no volvió á aparecer aquella pareja evocadora de la amante senectud de Baucis y Filemón.

Como los viejos tenían sus ahorrillos, no necesitaban auxilios de personas extrañas. Sin hijos, sin hermanos, solos en la tierra, no echaron de menos á nadie, ni ninguno se preocupó de su ausencia.

El bullicio mundanal moría mucho antes de llegar á las tapias del jardín que rodeaba la casita blanca donde vivían los esposos, y refugiados tras las paredes que enguirnaldaba la hiedra, sembrando, podando, orgullosos de sus dalias y de sus rosas, veían Andrés y Matilde caer en el pasado sus días postreros, con el lento sosiego con que caen en un estanque dormido las espaciadas gotas de una fuente que se seca.

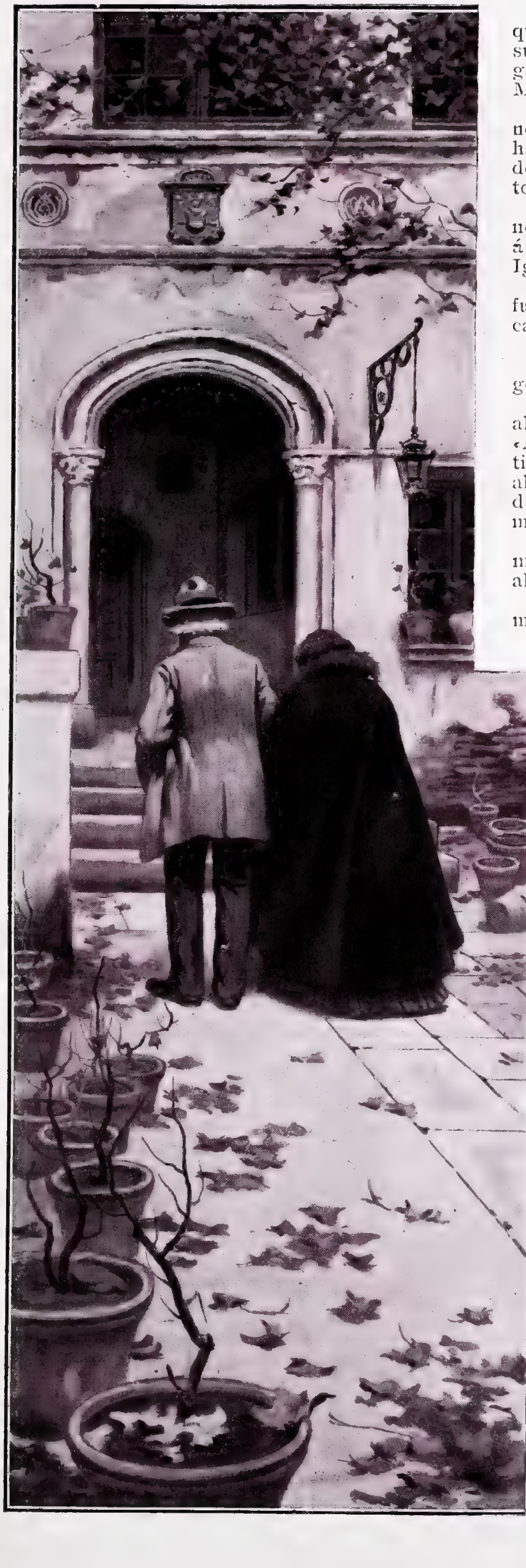
Vivían sólo para ellos, absortos en el egoísmo de su pasión imperecedera, olvidados del ineludible fin que ahogos pasajeros, dolores fugaces les anunciaban, pasando rápidos y entristecedores sobre el soleado y apacible cielo de su amor.

Una tarde de otoño, envueltos en la serenidad del crepúsculo, descansaban los viejos en el único banco del jardincillo. Junto á ellos, una planta de crisantemos, volcándose con la pesadumbre de las flores enracimadas y rojizas, esparcía su aroma amargo y penetrante por el aire otoñal.

La tristeza del anochecer caía sobre todas las cosas, y Andrés y Matilde, influídos por ella, hablaban, desenterrando remembranzas de su vida, haciendo revivir hechos, resonar nombres que solamente ellos recordaban.

—Muñoz murió también,—decía el viejo fumando con despacio.—De aquella familia deben haber muerto todos, pues de Josefita, la única que sobrevivió, no hemos vuelto á saber nada desde hace mucho tiempo.

—Y los de Martínez—recapitulaba Matilde,—y las de Guzmán, y Hernández Negro, y el buen don Pablo.—Calló un momento, como haciendo memoria, y luego concluyó:—Todos, todos los de nuestro tiempo han muerto.



Andrés lanzó al aire una ténue espiral de humo, que se desvaneció cual aquella generación de que su esposa hablaba. Dió una nueva chupada al cigarro, y apretando entre sus manos una de las de Matilde, le dijo sonriendo:

—Hija mía, no han muerto todos: aún vivimos nosotros. Vivimos y nos queremos, y nuestra vida ha sido larga, feliz. ¡Cuántos hay que no podrán decir lo propio! ¡Cuántos murieron jóvenes! ¡cuántos vivieron desgraciados!

—Tienes razón. Ahora recuerdo á la infeliz Manolita Guijarro, muerta á los tres meses de casada; á Miguel, que murió en un manicomio; á José Ignacio...

—Y Luis—siguió Andrés,—el pobre Luis, que se fué á América á los dos ó tres años de habernos casado. ¿No te acuerdas de él?

La anciana suspiró hondamente.

—Sí, sí le recuerdo. ¡Pobrecillo! ¡Qué buen amigo fué!

—Le veo, le escucho,—dijo el marido.—Aún hoy, al cabo de tantos años, me parece oir su despedida: «Adiós, Andrés; que seáis felices, muy felices. Matilde, sea usted tan dichosa como le deseo.» Se fué; al poco tiempo murió en Méjico. Nadie se acuerda de él más que nosotros, y cuando nosotros muramos...

Calló el viejo arrojando al suelo el cigarro, que medio oculto entre hojas secas, siguió lanzando al aire la estela temblorosa de su humo.

—Hace frío—murmuró Matilde,—hace frío. Vamos adentro. Parece que se levanta neblina.

Andrés, abandonando el asiento, miró al cielo, velado por ligera bruma gris que flotaba al soplar incierto de la brisa. Matilde también se alzó, y junto á su marido contemplaba la niebla naciente. Pero sus ojos húmedos parecían traspasar los muros y alejar el pensamiento de aquel panorama conocido, llevándole á otros lejanos, muy lejanos. Y mientras la vista de la vieja se perdía en lontananzas misteriosas, sus manos enjutas donde las falanges escuetas se moldeaban bajo la piel arrugada, anudaron y deshicieron varias veces la lazada del delantal.

—Hace frío. Entremos, entremos,—repitió estremeciéndose.

Tras los ancianos cerróse la puertecilla de la casa. El jardín quedó desierto, y sobre las plantas mustias y los árboles casi desnudos pesó la niebla opalina y maciza, ahogando los ruidos, envolviendo á la tranquila morada con el manto acolchado de sus vedijas espesas.

En el comedor, la velada se deslizó plácida. Los esposos, hundidos en sus butacones, callaban, sintiendo en sus pies el halago tibio del brasero. Como siempre, Andrés esparció las cartas de una baraja sobre la mesa y las revolvió, las alineó luego formando solitarios, haciendo predecir á los naipes dichas y desgracias. Como siempre, Matilde trabajó en su labor de gancho, moviendo la aguja de marfil, que entraba y salía picando y trabando la hebra en enrejado suave. Como siempre, junto á los inquietos cartones proféticos reposó inmóvil el ovillo de lana, sólo estremecido de vez en vez por la hebra, que se despegaba de él atraída por el arpón de la aguja. Tranquilas y lentas las horas cruzaban el cuarto, y cuando llegó la del reposo y los viejos se acostaron, la casa durmió también arrebujada en la niebla.

De un reloj lejano se desprendieron las campanadas de una hora. Resbalando el sonido de capa en capa del aire, zumbó moribundo en el oído de Andrés. El viejo, suspirando, se revolvió en la cama. Una sensación de vacío le hizo palpar instintivamente el sitio donde Matilde dormía, y al mismo tiempo que se cercioraba de la ausencia de su compañera, una débil luz, viniendo del gabinete cercano, hirió sus pupilas adormiladas, y un ruido ahogado sonó sollozante. Andrés despertó del todo, se levantó y se vistió á medias, pensando que tal vez Matilde estuviese indispuesta, que tal vez el corazón...

Sin decir palabra, ensordecido por la alfombra el pisar de sus pies desnudos, Andrés llegó al gabinete. Sentada ante un escritorio, de bruces sobre la tablilla donde unas cartas amarilleaban, Matilde gemía. Una vela quebraba su luz en los blancos cabellos de la afligida.

Andrés, inmóvil en la puerta, se preguntó por qué lloraba Matilde, y su corazón palpitó enérgicamente, compadecido por aquella pena tan grande y tan profunda que oprimía á la vieja, haciéndola sollozar en la soledad de la noche.

Acercóse más, y á la vez que apoyaba su mano en el hombro de la anciana, cogió con la diestra una de las cartas. Al contacto, Matilde alzó la cabeza, mientras Andrés leía: «Tu Luis se destierra; huye de ti, ya que no le amas bastante para decirte suya...»

—¡Andrés, Andrés, no leas, por Dios, no leas—gritó Matilde,—no leas!

El marido, sin decir palabra, la miró, sintiendo que ante la revelación del secreto terrible, el amor, aquel amor único, fuerte, constante, que llenó su vida, le hacía crispar con ímpetu juvenil las manos justicieras.



—¡No fuí culpable: créeme, créeme, Andrés mío!—decía Matilde entrecortadamente, cruzando las manos sobre el pecho anhelante.

—¡Infame, infame!—rugió el ofendido, amenazando con el puño cerrado la frente de Matilde.—¡Infame, adul...!—siguió, pero no concluyó el insulto ni golpeó á la vieja, detenido por la expresión de horrible sufrimiento que invadía y desfiguraba aquel semblante que tanto amó.

—Por favor... llama... — balbuceó Matilde roncamente, llevándose las manos al cuello—llama... médico... Me ahogo... perdona... llama...

El furor del engaño, los celos vengadores, el amor, todos huyeron del alma de Andrés ante el terrible espectáculo. Contemplando el viejo aquellos ojos que hundían la luz inteligente de sus pupilas en sombra profunda, sintió á su corazón golpear frenéticamente el pecho como queriendo huir, y comprendió que la muerte le apresaba, estrujando y aplastando el pobre corazón entre las nudosidades de sus dedos esqueléticos.

Quiso pedir auxilio para él, para la infame que agonizaba en su silla, caída la frente sobre las cartas reveladoras, pero no pudo proferir palabra. Una mano invisible tapió su boca. Algo se rompió, estalló dentro de su cuerpo con empuje tremendo, y tratando de asirse á la vida con sus manos crispadas, Andrés se desplomó inerte, mientras el papel amarillento que sus dedos soltaron, revolaba y caía con chasquido quejumbroso sobre la alfombra.

MAURICIO LOPEZ ROBERTS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

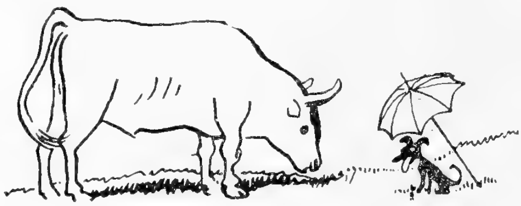
CONFIDENCIA AL AIRE LIBRE,
POR EMILIO SALA



REFRANES Y CONSEJAS DE MARZO

De unos y de otras es abundante el mes de los vientos, y no estará mal repetir los más notables que recuerda el maestro Rodríguez Marín.

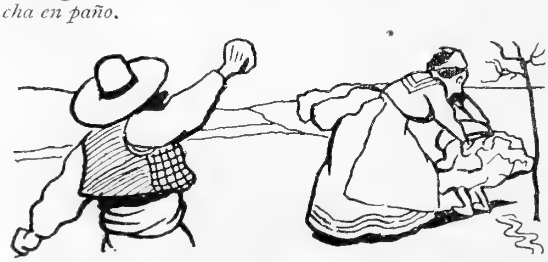
Marzo, malo ó bueno, el buey á la hierba y á la sombra el perro: quiere decir que hace calor y que ya está la hierba crecida. Lo primero se explica en otro refrán: (*El sol de Marzo hiere como mazo*), y también lo segundo: (*En Marzo sale la hierba aunque le den con un mazo.*)



No te fíes—asevera un Sancho Panza anónimo—*ni de las flores de Marzo, ni de la mujer sin empacho.* Lo cual es como decir que Marzo es el mes de las coquetas, aunque cuando más creíble parece que de ellas son todos los del año.



Para ponderar el daño que las lluvias hacen en este mes dice otro refrán la siguiente formidable andaluzada: *En Marzo, ni el mar mojado.* Más modesto el refranero portugués, dice: *En Marzo, ni el rabo del gato mojado.* Y el castellano dice con frase hidalgamente sobria:—*Agua de Marzo, peor que mancha en paño.*



El gañán castellano, al llegar este mes, dice, no sabemos si con regocijo ó con tristeza: *En Marzo, ni migas, ni colas, ni esparto.* Es decir, que ya no se comen migas de desayuno, sino un buen cuartal de pan mojado en aguardiente ó bien un guisadete de patatas trasnochado; que ya no hay necesidad de *hacer las colas* á las mulas, esto es, de recogérselas formando nudo, lazo ó trenza, pues no habiendo barro no se llenan de zarrias; y, por fin, que siendo las veladas cortas, ya no se aprovechan para hacer pleita como en los meses invernales.



A quince de Marzo da el sol en la umbría y canta la golondrina. Bonito refrán, ¿verdad? ¿Y sabéis lo que canta la golondrina en el alero? Es todo un poema dedicado á las hilanderas perezosas que no han curado sus lienzos en Marzo, mientras ella, la golondrina, ha realizado su largo viaje:



Hilanderas
que hilastes
y por Marzo
no curastes:
fuí al mar;
vine del mar;
hice casa
sin hogar,
sin azada
ni azadón,
sin ayuda
de varón.
Chirrichichiiiis...

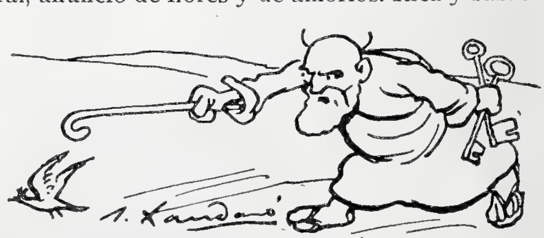


De otro gracioso proverbio marzal nos cuenta la historia la insigne Fernán Caballero en esta forma:

Con tres días que me quedan y tres que me preste mi hermano Abril, he de poner tus ovejas á parir. Un pastor dijo á Marzo que si se portaba bien le regalaría un borrego. Marzo le prometió hacerlo así y cumplió, portándose grandemente. Cuando ya iba saliendo, pidió el prometido borrego al pastor; pero las ovejas y borregos estaban tan hermosos, que el pastor, considerando que sólo quedaban tres días de reinado á Marzo, se rechifló y no se lo quiso dar. Entonces Marzo le dijo lo que reza el refrán é hizo durante seis días tan crudo temporal de agua y frío, que se murieron todos los borregos y las ovejas todas.»



Otra leyenda también verdaderamente poética es la del cuco. El gracioso animalillo, grato á Beethoven, está callado todo el invierno, escondido entre las frondas de los olivares ó de las encinedas; pero llega el santo más bonachón de la corte celestial, el bendito San José, con su vara florida, y como siempre está de buen humor, le manda al cuco alegremente que entone su canto primaveral, anuncio de flores y de amoríos. Rica y sabro-



sa y dulce cosa son los amores de Marzo, los de Abril, los de Mayo: pero termina la primavera, y como el estío no se ha hecho para amar, viene el grave y ceñudo San Pedro, á quien todos los cantos de aves le molestan y le suenan á quiquiriquí, y ¿qué hace? manda al cuco que se calle y no escandalice más. Por eso dice el refrán: *Al cuco, San José le da el habla y San Pedro se la quita.*

* * *

AIRES MURCIANOS

DESHECHICA

A la Srta. Alicia Longoria

—Podía usté, máere,
llevarme á la fiesta...
—Mujer, ya veremos...
¡Jesús qué petera!
Te duermes de noche con el estribillo
y por la mañana con él te recuerdas...
No sé qué te pasa, pero á buen seguro
que en tós sus cabales no está tu caeza...
Enantes cantabas lo mesmo que un pájaro
que no tiene penas,
y á tó te reías igualicamente
que quien en naíca de este mundo piensa..

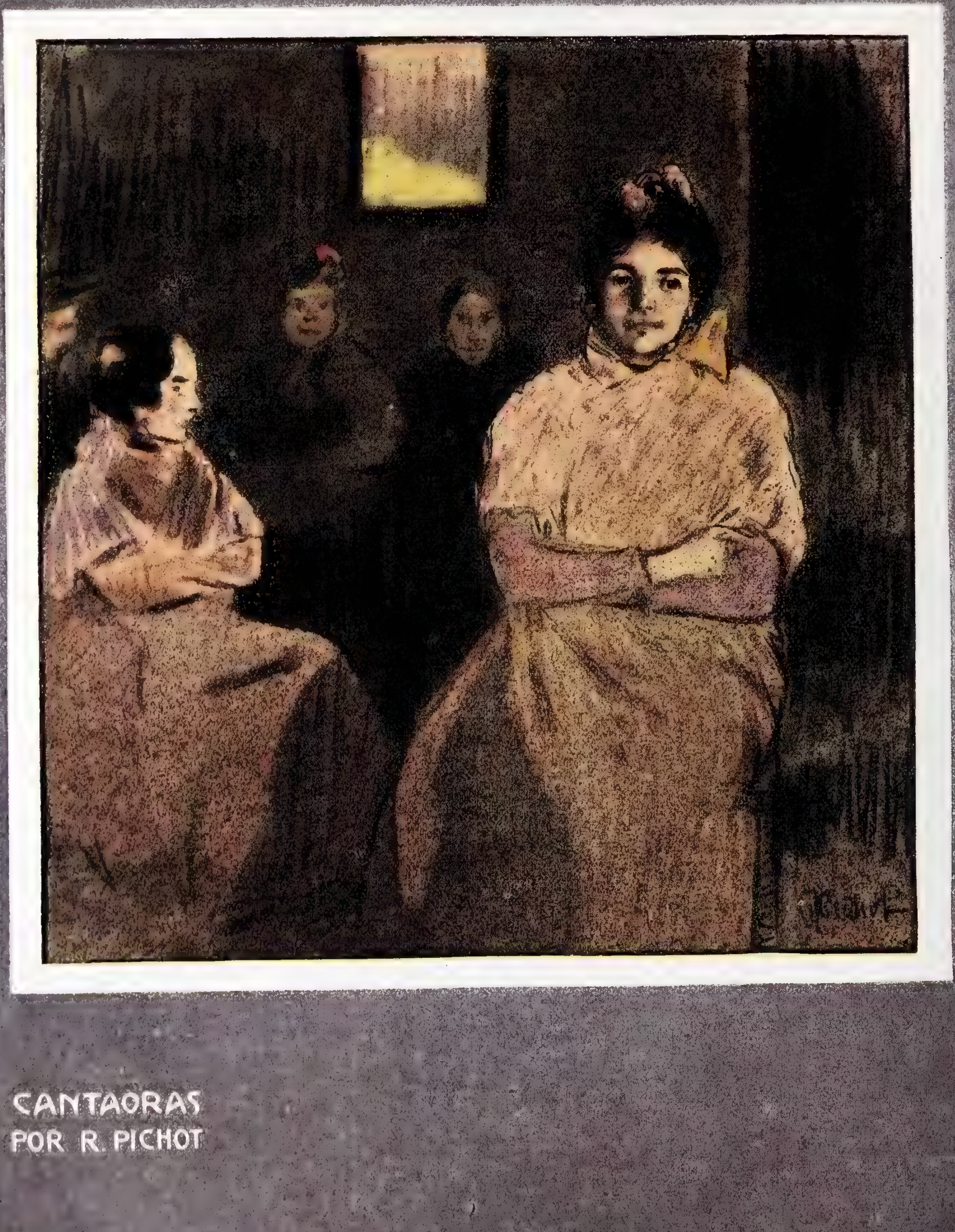


Ahora, zagala,
ya no eres la mesma:
ya no te se siente y estás pensativa...
tú no eres, zagala, sombra de lo que eras..
¡Ya no te se siente, si no es pa decirme:
«Podía usté, máere, llevarme á la fiesta!»
Sin que lo esperaras
ni me lo pidieras,
el año pasao
te llevé á la fiesta:
te daba lo mesmo ir como quedarte
yibas tan contenta...

Reparé que estabas
triste y pesarosa después á la vuelta...
¡no quisiá llevarte por temor, zagala,
de que luego más triste volvieras!...
—Lléveme usted, máere,
¡que iré yo solica, si usté no me lleva!...
El año pasao, sin parar dicirme
cosas y mirarme, por tóica la fiesta
nos seguía un mozo... Lléveme usté, máere...
¡más triste que estoy no pué ser que vuelva!

Vicente MEDINA

DIBUJO DE MARTÍNEZ ABADES



CANTAORAS
POR R. PICHOT

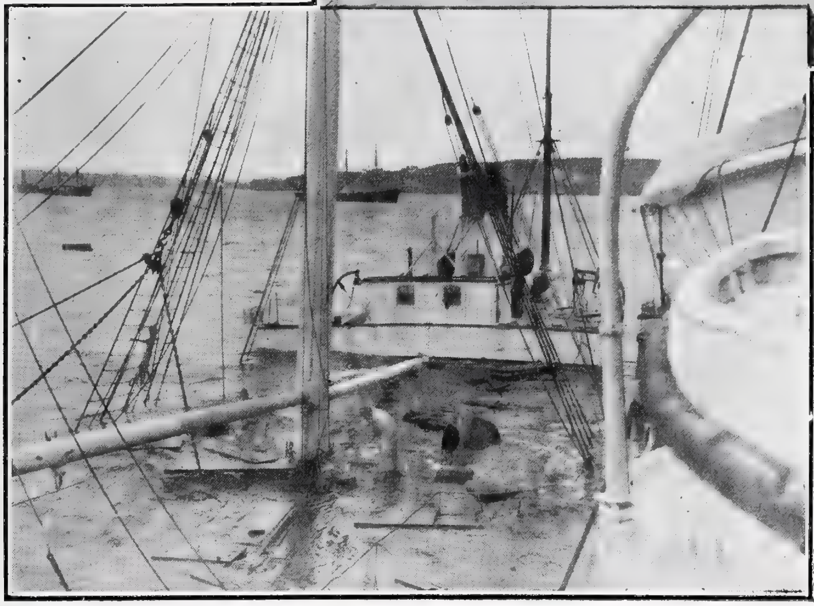
CRONICA GRÁFICA

Conocidos son de todos los marinos experimentados en el recorrido de la costa de Galicia los peligros que ofrece el famoso Cabo Villano, á quien sin duda puso este nombre alguien que conocía bien el mar.

En los últimos días han ocurrido á aquellas alturas varios terribles siniestros á diferentes buques ingleses, y, entre



EL «NEWA» REMOLCANDO AL «DILIGENT» EN LA COSTA DE CABO VILLANO



SEGUNDO ACCIDENTE OCURRIDO AL «DILIGENT» AL ACERCARSE Á LA COSTA

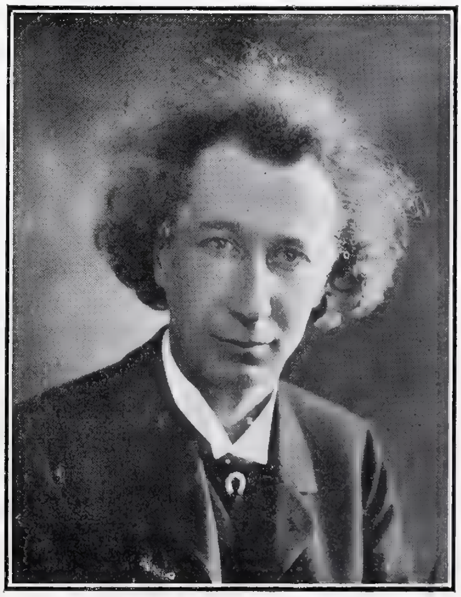
Fotogs. M. R.

ellos, el más curioso es el acontecido al vapor inglés *Diligent*, al que se le rompió el árbol de la hélice á consecuencia de un golpe de mar. Acudió en su auxilio el vapor *Newa*, y al remolcarle tocó de nuevo el *Diligent* en un bajo de los muchos que hay cercanos á la costa, y sufrió nueva y más importante avería, de cuya importancia puede juzgarse por las interesantes fotografías que nos remite nuestro corresponsal. En ellas aparece el *Diligent* remolcado por el *Newa* y casi completamente sumergido.

Con este motivo han vuelto á repetirse en la prensa las quejas acostumbradas respecto á las lamentables y por lo visto eternas deficiencias en el servicio de señales marítimas, alumbrado, etcétera, etc. Según dicen los marinos, tenemos las costas en tal estado, que parecen *propiamente* calles de Madrid, por las que no se puede, en la mayor parte de los casos, andar veinte metros sin tropezar con algún obstáculo y romperse el árbol de la hélice, ó una espinilla, ó cualquier otro órgano importante.

Menos mal que para alivio de nuestros males y distracción de las múltiples penas que nos causan las alternativas de la Bolsa y las de los Gobiernos turnantes ¡mucho ojo, compadre cajista, no se nos escape la *r* que por pudor colocamos!), de cuando en cuando podemos permitirnos el lujo de oir buena música, interpretada por un gran ejecutante como el insigne pianista Emil Sauer, á quien tenemos el honor de presentar á ustedes.

Emil Sauer, como ustedes ven, gasta unas melenas que son todo un poema sinfónico, y su peluquero debe de ser un artista de la fuerza de Brahms, por lo menos.



EMIL SAUER

Otra distracción artística de que hemos gozado en estas tardes ha sido la Exposición pictórica y escultórica celebrada en los salones de los hermanos Amaré, y que ha venido á ser como el ajenjo con que se nos ha abierto el apetito para la próxima Exposición nacional que se celebrará en Mayo.

No hemos de particularizar aquí los elogios, para no incurrir en sensibles y casi inevitables omisiones;



UN RINCÓN DE LA EXPOSICIÓN AMARÉ Fot Asenjo

pero sí diremos que el conjunto de la Exposición Amaré resulta por todo extremo agradable y que á ella han concurrido con cuadritos de género muy sugestivos é interesantes algunos de los viejos maestros que probablemente no presentarán nada en la Exposición Nacional, pues no es de creer que dichos señores falten á su costumbre oriental de dejar el campo libre á los jóvenes, como si estos concursos no tuvieran ó debieran tener un carácter educativo é informativo imposible de lograr, cuando cada uno de ellos no es más que la reunión de esfuerzos y empeños juveniles y la presentación de tendencias incipientes y no bien marcadas ni definidas aún.

Y de qué más hemos de hablar, sin caer en la tentación de mentar el asunto de todas las conversaciones un poco largas, ó sea la guerra ruso-japonesa?



EL GENERAL KUROPATKINE (X) Y SU ESTADO MAYOR EN EL PARQUE DE ARTILLERÍA DE MOSCOU Photo-Nouvelles

Como el interés despertado por esta lucha es universal, de todas partes recibimos fotografías más ó menos relacionadas con ella.

Entre esas fotografías hemos elegido y reproducimos, primero una que representa el general Kuropatkine rodeado de los personajes militares más considerables y morrocotudos de Rusia, los cuales, á pesar de su importancia, no han tenido inconveniente en retratarse en grupo detrás de un cañón, lo mismo que si fuesen unos cuantos artilleros novatos deseosos de remitir á sus novias sus terribles efigies.

Nadie desconoce ya que el general Kuropatkine ha dejado el Ministerio de la Guerra que desempeñaba para ser nombrado generalísimo de las fuerzas rusas de la Manchuria. El hombre, hasta ahora, lo ha tomado con bastante calma y dice á quien quiere oirle que la campaña no puede considerarse comenzada todavía. El oso es muy pesado en sus movimientos, pero cuando despierte...



MOVILIZACIÓN DE TROPAS RUSAS AL NORTE DE KHARBIN Photo-Nouvelles

Las otras fotografías representan episodios de la movilización de tropas rusas al Norte de Kharbin, donde está el cuartel general de los rusos; y dos muy curiosas reproducen dos acorazados rusos anclados en la bahía de Nápoles recientemente y que ya han salido de allí con dirección desconocida.



EL ACORAZADO RUSO «KRABRY» EN LA RADA DE NÁPOLES Fot. Abeniacar



EL ACORAZADO RUSO «SHIRANOFF» Fot. Abeniacar

PARA que no falte una nota japonesa, damos una vista de Kioto, la antigua capital, á la que, según parece, va á trasladarse la corte que en la actualidad reside en Tokío.



UNA CASA DE TÉ EN LOS ALREDEDORES DE KIOTO

La antigua ciudad de Kioto ha conservado el carácter indígena, ya casi completamente perdido por las otras capitales como Tokío y Yokohama.

* * *



(De Luis Uhland)

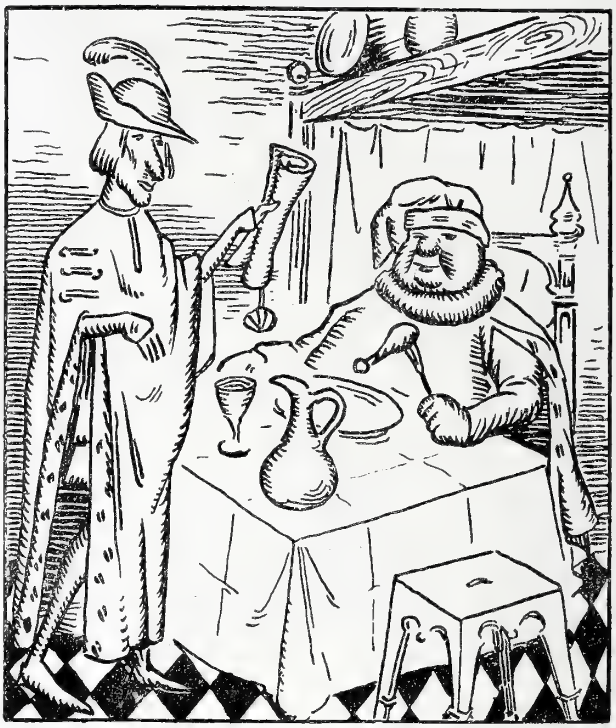
Por el bosque solitario
se pasea, triste, el clérigo,
escuchando entre las frondas
canción de místico acento.
El clérigo, triste,
pregunta á los ecos:
—Avecilla azul del alma,
la del divino gorjeo,
¿eres tú aquel ave
que viene del cielo...?

Desde el alba hasta la noche,
cantando ella y él oyendo,
se desliza silencioso,
pausado y solemne el tiempo,
con el paso grave
de lo que es eterno...
Desde el alba hasta la noche
de aquel extático ensueño,
sin que lo notaran
ni el ave, ni el clèrigo...
oyendo y cantando
pasó un siglo entero.

N.

DIBUJO DE VARELA

DON CARNAL Y DOÑA CUARESMA.



De *la pelea que hubo don Carnal con la Cuaresma*, es uno de los más alegres, sensuales, vibrantes y curiosos episodios que el más sanguíneo y regocijado entre todos los poetas españoles, el archipreste de Hita Juan Ruiz, entreveró en su inmortal *Libro de buen amor*.

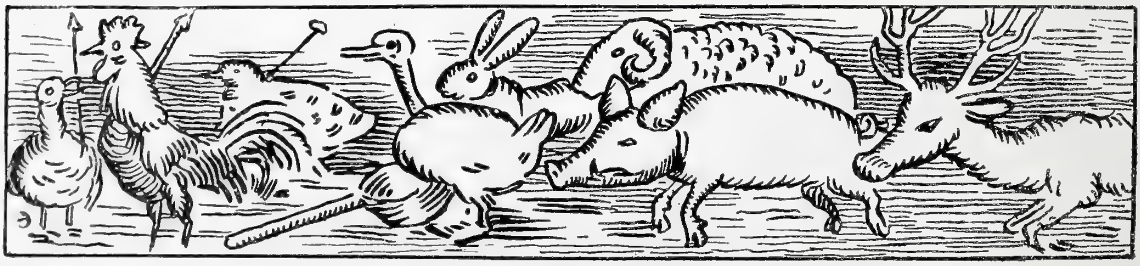
Aunque este trozo del poema es un *lugar clásico* entre los aficionados á las buenas antiguallas literarias, no se ha hecho tan vulgar como en realidad merece, ni son estos días sazón inoportuna para recordarlo.

El satisfecho archipreste se encuentra sentado á la mesa con su amigo don Jueves Lardero, que, como todo el mundo sabe, es el vecino á las Carnestolendas. Interrumpe su yantar un mensajero pálido, flaco y extenuado, el cual entrega al archipreste dos cartas de parte de su señora doña Cuaresma. En la carta cerrada, esta señora, que reside en Castro de Urdiales, donde tiene el cuartel general de sus ejércitos los pescados, avisa al archipreste cómo es sabedora de que anda don Carnal *sañudo muy extraño* estragándola la tierra y *fasiendo mucho daño*, por lo cual ella está resuelta á desafiarle á descomunal y nunca vista batalla de allí á siete días. El otro pliego, sellado con una gran concha, contiene el cartel de desafío; en él declara la guerra al *Carnal goloso* por medio de su flaco emisario, que es el Ayuno.

Leídas ambas cartas, el archipreste siente cierta aprensión. No así su huésped don Jueves Lardero, quien se declara *alfrés*, abanderado ó alférez del ejército de don Carnal. Llega el martes siguiente, y don Carnal se presenta, altivo y esforzado, al frente de su ejército, del cual el mismo Alejandro Magno se enorgullecería. La descripción del ejército revela una fantasía pantagruélica que el propio Rabelais hubiera envidiado:

«Puso en las delanteras muchos buenos peones;
gallinas e perdices, conejos e capones,
ánades e lavancos (1) e gordos ansarones,
fasían su alarde cerca de los tisones...
En pos los escudados están los ballesteros,
las ánsares, cecinas, costados de carneros,
piernas de puerco fresco, los jamones enteros;
luego en pos aquestos están los caballeros.
Las puestas de la vaca, lechones et cabritos,
allí andan saltando et dando grandes gritos;
luego los escuderos, muchos quesuelos fritos,
que dan de las espuelas á los vinos bien tintos.
Traía buena mesnada rica de infanzones,
muchos buenos faysanes; los lozanos pabones
venían muy bien guarnidos, enhiestos los pendones;
traían armas extrannas e fuertes guarniciones.
Eran muy bien labradas, templadas e bien finas;
ollas de puro cobre traían por capellinas;
por adargas, calderas, sartenes e cosinas (2).
Real de tan gran precio non tenían las sardinas.
Vinieron muchos gamos e el fuerte jabalí.
—Señor—dis,—non me excuses de aquesta lid á mí.
Non había acabado de decir bien su verbo,
ahévos a do viene muy ligero el ciervo:
—Humíllome—dis,—señor, yo el tu leal siervo...
Vino su paso a paso el buey viejo lindero...
Estaba don Tocino con mucha otra cecina,
cidiervedas (3) e lomos finchida la cosina,
todos apercebidos para la lid malina...»
..

Preparadas tan lucidas tropas para el combate, se le ocurre á don Carnal la funesta idea de cenar fuerte en compañía de todas sus mesnadas. Todos comen y beben de lo lindo, y cuando concluye la cena, se quedan dormidos como unos poltrones. Solamente los gallos velan. Entretanto Doña Cua-



resma y sus ejércitos, que han ayunado, están vigilantes. Al romper el día, los gallos baten las alas y cacarean. La batalla coge desprevenidos á los de don Carnal. *Todos amodorrados fueron á la pelea.* Comienza ésta hiriendo el ajo puerro á don Carnal, y á la gallina las sardinas de Laredo. Las anguilas de

(1) Patos silvestres.—(2) Cazuelas.—(3) Chuletas.



Valencia y las truchas de Alberche azotaban al señor de los carnívoros. Del vigor y rudeza del ataque dan idea estas admirables estrofas:



Allí andaba el atún como bravo león.
Fallóse con don Tosino, díjole mucho baldón.
Si no es por doña Cecina que le desvió el pendón,
diérale á don Lardón por medio del corazón.
De parte de Bayona venían muchos cazones (1),
mataron las perdices, hirieron los capones:
del río de Enares venían los camarones:
fasta en Guadalquivir ponían sus tendejones...
Allí vino la lija en aquel desbarato.
Traía muy duro cuero con mucho garabato:
a costados e a piernas dábales negro rato:
ansí trababa dellos como si fuese gato.
Recudieron del mar, de piélagos e charcos
compañas mucho estrañas e de diversos marcos:
traían armas muy fuertes e ballestas e arcos.
Más negra fué aquesta que non la de Alarcos.
De Sant Ander vinieron las bermejas langostas:
traían muchas saetas en sus aljabas postas:
farían a don Carnal pagar todas las costas.
Las plasas que eran anchas fasiánsele angostas...
Arenques et besugos vinieron de Bermeo...
Andaba y la utra con muchos combatientes,
feriendo e matando de las carnosas gentes.
A las torcasas matan las sábogas valientes.
El delfin al buey viejo derribóle los dientes.
Sábalos et albures et la noble lamprea
de Sevilla et de Alcántara venían a levar prea.
Sus armas cada uno en don Carnal emplea.
Non le valía nada de ceñir la correa.
Bravo andaba el sollo, un duro villanchón.
Tenía en la su mano grand maza de un trechón:
dió en medio de la frente al puerco e al lechón:
mandó que los echasen en sal de Belinchón.
El pulpo á los pabones non les daba vagar,
nin á los faysanes non dexaba volar:
a cabritos e a gamos queríalos afogar;
como tiene muchas manos, con muchos puede lidiar.
Allí lidian las ostras con todos los conejos:
con la liebre justaban los ásperos cangrejos:
de ella e della parte danse golpes sobejos.
De escamas e de sangre van llenos los vallejos.
Allí lidia el conde de Laredo muy fuerte.
Congrio, cecial e fresco mandó mala suerte
a don Carnal siguiendo, llegándole a la muerte:
está mucho triste, non falla qué le confuerte.
Tomó ya quanto esfuerzo e tendió su pendón.
Ardis et denodado fuese contra don Salmón;
de Castro de Urdiales llegaba a esa sazón.
Atendióle el fidalgo, non le dixo que non.
Porfiaron gran pieza e pasaron gran pena.
Si a Carnal dexaran, diérale mala estrena,
mas vino contra él la gigante ballena,
abrazóse con él, echólo en la arena...

La intervención de la ballena da fin á la batalla, como era de suponer; don Carnal cae preso de Doña Cuaresma, quien le condena á cárcel y ayuno: y á don Tocino y Doña Cecina no los matan, pero los cuelgan de sendas vigas.

Mucho tienen que estudiar en este curiosísimo documento el filósofo, el gastrónomo y el poeta. Por los trozos copiados viénese en conocimiento de lo bien que se comía hacia el año 1330 de la Era cristiana en este país, que tanta fama tiene de sobrio y frugal: y también se deduce que la *tenebrosa* Edad Media de que hablan los Manuales era bastante menos triste que estos luctuosos tiempos en que hemos tenido la inadvertencia de nacer.

(1) Dentones.

DIBUJOS DE XAUDARÓ



FIGURAS ESPAÑOLAS

EL PEQUEÑO FARMACÉUTICO

Este era un pequeño farmacéutico que tocaba el violoncello en la trasbotica; ya ha muerto. Yo lo veía todos los días por una ventanita de la vecindad; llevaba un pantalón á grandes cuadros y uno de esos chaqués angulosos que veréis en las fotografías antiguas, y que parece que huyen hacia atrás.

Yo lo veía por una ventanita de un desván: él se colocaba al lado de una cómoda, sobre la cual había pequeñas cajas cubiertas de conchas; él ponía allí el atril, dejándolo en tierra con mucho tiento, trasladándolo con cuidado desde un rincón; luego colocaba sobre él un cuaderno de música. Yo le oía toser, y veía su cabeza blanca y pequeña cómo se inclinaba atenta sobre las líneas de garrapatos; después templaba el instrumento, que gruñía y rezongaba con notas agrias é inconexas, y por último, el pequeño farmacéutico hacía un movimiento de gallardía como el del luchador que va á entrar en combate; tosía acaso por postrera vez más fuerte que de ordinario, como despidiéndose por un rato de la tos, y entonces el arco comenzaba á pasar suave y rítmico sobre las cuerdas, y la melodía se escapaba solemne, grave, sonora, melancólica, dulce, en la soledad y en el silencio del patizuelo.

Sí; éste era un pequeño farmacéutico que vivía feliz majando en el morterico de mármol blanco y tocando el violoncello; era uno de esos hombres que nos dejan la impresión de que los hemos conocido en un libro. ¿Por qué asocio yo su imagen á la de otro pequeño personaje de novela? No lo sé; pero siempre que me acuerdo de este farmacéutico, viene á mi memoria el licenciado Peralta, el del *Casamiento engañoso* de Cervantes. He aquí un hombre feliz y sabio; no toca el violoncello ni maja en el morterico, claro es; pero tiene un estudio honrado en Valladolid; y en esta ciudad pasa su vida sosegada, comiendo jamón de Rute, leyendo á Petrarca, alguno de cuyos versos se sabe de memoria, y yendo á pasear al Espolón.

Y yo os quiero decir una cosa: y es que todas estas siluetas borrosas y anodinas, que todos estos hombres pequeños y afables que viven en los pueblos y que luego han de ver las generaciones venideras en fotografías viejas, con trajes un poco ridículos, sin conocer sus nombres, que ya se habrán perdido; yo os digo, repito, que estos pequeños hombres son los que confortan nuestra vida y hacen la obra social, y no esos personajes tremendos de los que habla la Historia porque realizaron tales ó cuáles hazañas colosales...

J. MARTÍNEZ RUIZ

DIBUJO DE J. FRANCÉS

GRANUJIN

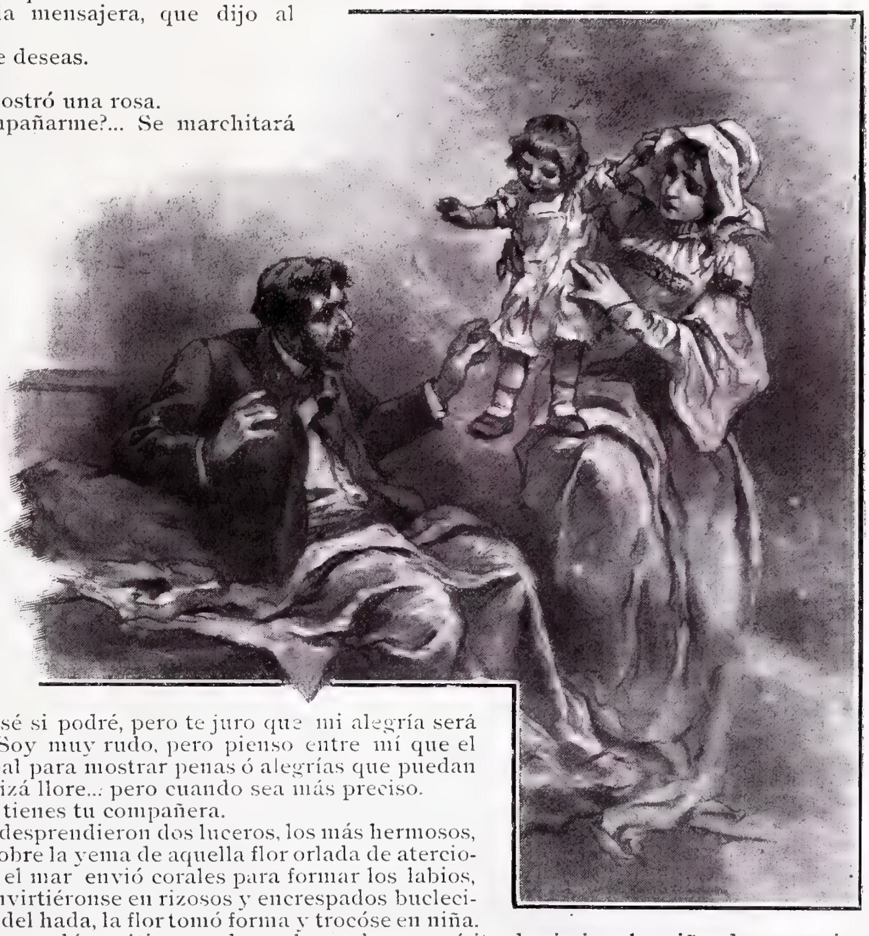
Pues señor, este era un hombre...

A la mitad del camino llegaba ya en el de la vida, y durante este viaje había experimentado, como todos los humanos, sinsabores y reveses, crueles unos, más llevaderos otros, pero, al fin, impresionantes todos.

Sin embargo, el llanto era para él desconocido. Por aquel rostro atezado, cubierto de hirsuta barba y de aspecto semisalvaje, ni una vez siquiera habían corrido lágrimas. Y no era que su corazón estuviese seco; sentía, pero á su manera: en secreto, en silencio, con el verdadero sufrimiento del alma, con ese dolor que aniquila, que mata, pero que no deja huella. Vivía solo, y su único anhelo era que el Destino pusiera á su lado alguien que le acompañase, que endulzara los últimos días de su vida.

Y el Destino, que hacía tiempo buscaba modo de hacerle llorar, pensó conseguirlo, y ya que no pudo lograrlo nunca por la desgracia, resolvió hacerlo por la felicidad, dándole lo que pedía, aunque después se lo arrebatase, si preciso fuera.

Y envió á su hada mensajera, que dijo al hombre:



—Vas á tener lo que deseas.

—¿No me engañas?

—No; mira;—y le mostró una rosa.

—¿Y eso ha de acompañarme?... Se marchitará pronto.

—Esta rosa va á transformarse en una niña. La llamarás Victoria, para que recuerdes siempre la que el Destino va á obtener sobre ti haciéndote llorar. ¿La querrás mucho?

—Tú lo verás—exclamó pletórico de alegría.—¡Que si la querré!... Pues ahí es nada: una niña que me sonría, que me hable, que me aturda con sus vocecitas... que hasta me incomode á veces... Será mi ideal. Creo que llegaré...

—¿Hasta verter lágrimas?

—¡No lo sé!—dijo el hombre después de un momento.—No sé si podré, pero te juro que mi alegría será mayor que si llorase. Soy muy rudo, pero pienso entre mí que el llanto no es lo principal para mostrar penas ó alegrías que puedan afectar al hombre. Quizá llore... pero cuando sea más preciso.

—Bueno: pues aquí tienes tu compañera.

Y del azul manto se desprendieron dos luceros, los más hermosos, que fueron á posarse sobre la yema de aquella flor orlada de aterciopelados pétalos rojos; el mar envió corales para formar los labios, las hojas de la rosa convirtiéronse en rizosos y encrespados buclecillos de oro... y al soplo del hada, la flor tomó forma y trocóse en niña.

A su vista el hombre quedó extático, mudo, embargado su espíritu de sin igual cariño, de amor sin límites.

Ya repuesto, y en un loco trasporte de alegría, cogió con sus manos ásperas la cabecita de Victoria, besó sus guedejas, sus mejillas, apretóla contra su pecho con efusión de padre... creyó morir de dicha... todo... todo... pero no lloró. Su corazón saltaba queriendo romper el cerco que le oprimía, pero ni una lágrima envió á sus ojos...

¡Cómo encantaban á aquel hombre, y cuánto endulzaban su vida las travesuras y picardihuelas de Victoria! Por una de ellas, el nombre quedó casi olvidado, y vino á sustituirle un cariñoso apodo: *Granujín*.

Sucedió que un día quiso reprenderla; se puso serio, y la niña, al mirar la seriedad cómica de aquel rostro, lanzó una alegre carcajada y alejóse palmoteando. El enojo de aquel hombre quedó destruído, y exclamó:

—¡Ah, granuja...! ¡Cómo sabes que no puedo enfadarme contigo!

Entonces fué la niña quien se puso seria; clavó sus dos luceros en los ojos de aquel hombre, y dijo haciendo un gracioso mohín:

—No te quiero. Me llamaste granuja... y no me gusta el mote. En todo caso seré *granujín*... porque soy chiquitina.

—¡Oh, mi *Granujín*, mi alma, mi vida...! Sí; serás *Granujín*... serás... ¡mi *Granujín!*

Así pasó un lustro: la niña queriendo al hombre; el hombre adorando á la niña.

Viendo el Destino que aquél no lloraba, y cansado de esperar, resolvió quitarle á *Granujín*.

Era una calurosa noche de estío. Ni la más ligera nube empañaba el transparente azul del firmamento.

Abstraído estaba el hombre velando cariñoso el apacible sueño de la niña, cuando el hada se le presentó segunda vez.

—¿Estás contento?—le dijo.

—Como jamás lo estuve.

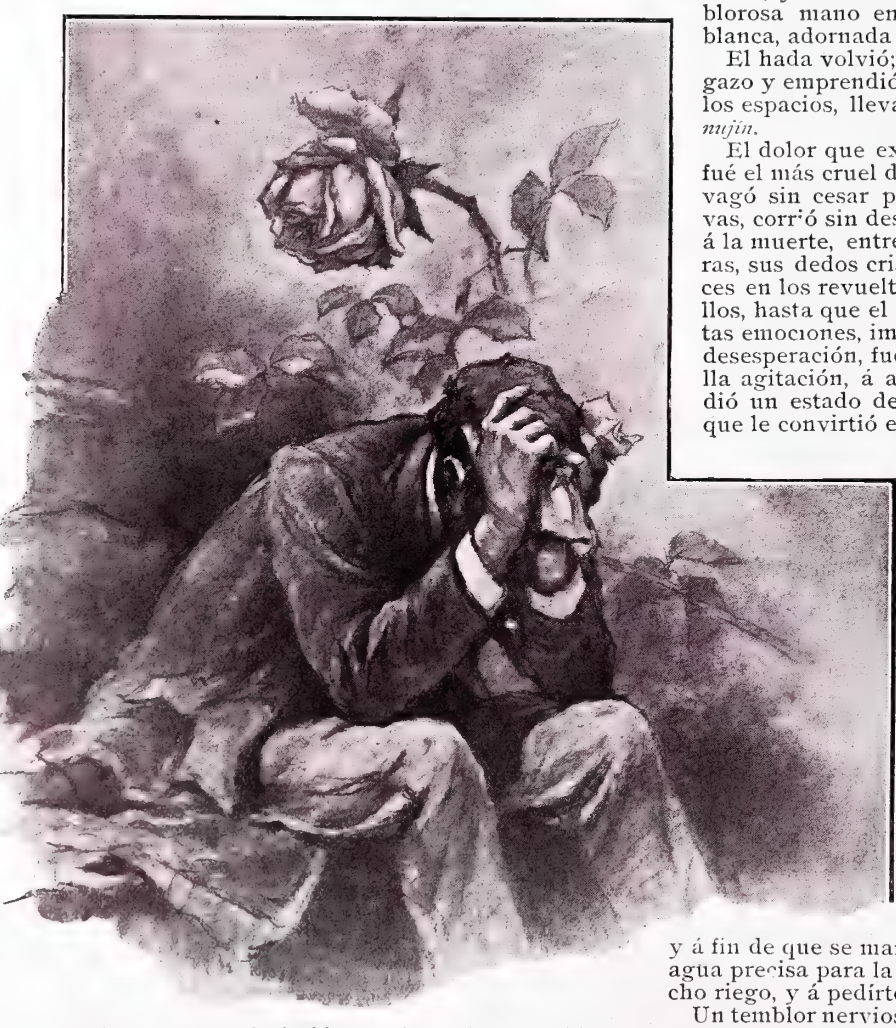
—Pues prepárate, porque tu dicha toca á su término. Vengo á llevarme á *Granujín.*

El hombre creyó morir de dolor... Exigió, pidió, suplicó de rodillas, pero todo en vano.

—*Granujín* va á morir para ti. Cuando no aliente, cúbrela con lo mejor que tengas; colócala en un ataúd, y espera. Yo vendré por ella; volverá á ser rosa, y en el edén vivirá.

Y aquella misma noche los pétalos, convertidos en cabellos, comenzaron á marchitarse; los corales de sus labios palidecieron, y al rayar el día, los fulgurantes luceros de sus ojos, imitando á los que en el cielo brillaran y que medrosos se ocultaron al disipar el alba las primeras sombras, perdieron el brillo... se ocultaron también.

Era de ver con qué dulzura aquel hombre rudo acariciaba el inanimado cuerpo de la niña, le cubría de gasas y flores, le tomaba después en sus brazos, imprimía en el rostro frío millares de besos, cual si quisiera con ellos infiltrar nueva vida terrenal en aquello que por tiempo tan breve había sido su dicha, y le colocaba, por último, con temblorosa mano en una cajita blanca, muy blanca, adornada con cintas de oro.



El hada volvió; colocó el ataúd en su regazo y emprendió raudo vuelo á través de los espacios, llevándose el cuerpo de *Granujín.*

El dolor que experimentó aquel hombre fué el más cruel de su vida. Loco, frenético, vagó sin cesar por los campos, por las selvas, corrió sin descanso llamando en vano á la muerte, entregóse á las mayores locuras, sus dedos crispados claváronse mil veces en los revueltos mechones de sus cabellos, hasta que el corazón, fatigado por tantas emociones, impotente para seguir en su desesperación, fué paralizándose; y á aquella agitación, á aquel período febril, sucedió un estado de calma, de aplanamiento, que le convirtió en un sér insensible, idiota casi... ¡Pero tampoco lloró!...

El Destino, viéndose nuevamente burlado, intentó la última prueba... y allá fué el hada tercera vez.

—Despierta,—le dijo.

—¿Otra vez tú?... ¿Qué quieres?... ¿Y *Granujín?*

—Vive; pero está expuesta á morir para siempre y en tu mano está el evitarlo.

—¿En mi mano?... ¡Habla!... ¿Qué debo hacer?

—*Granujín*, como te anuncié, ha vuelto á ser rosa; pero deslumbradas por su belleza las demás flores del celestial jardín, la envidian, y á fin de que se marchite pronto, la niegan el agua precisa para la vida. Necesita riego, mucho riego, y á pedírtele vengo.

Un temblor nervioso agitó el cuerpo de aquel hombre; su corazón latió con violencia, y sintió que una emoción dulce, para él desconocida, subía rápida hasta el cerebro, deshaciéndose allí en algo que descendía á sus ojos y que velaba su vista, impidiéndole distinguir la sonrisa de triunfo que en los labios del hada aparecía. Acudió con sus manos á descorrer aquel velo, á evaporar aquella neblina... y al retirarlas, un torrente de lágrimas desbordóse del cauce y corrió impetuoso por sus tostadas mejillas.

—¡Por fin!...—dijo el hada;—y desapareció.

—¡Sí; por fin!...—dijo él á su vez anegado en llanto.—Ahora es preciso; ahora lloro... pero no de sentimiento, que el mío siempre fué muy cruel, sin lágrimas, y quizá ellas hubiesen mitigado más pronto mis dolores... Lloro para dar á mi *Granujín* el riego que otras flores envidiosas la niegan; para que viva, para que no se marchite... ¡para que no muera!...

Y aquel hombre vivió mucho tiempo... vivió para llorar... lloró para que *Granujín* viviese... y *Granujín*, convertida en rosa y alimentado su tallo por la savia vivificadora que en él infiltraban aquellas lágrimas, vivió lozana y hermosa, siendo la flor predilecta en el jardín encantado de la mansión de los ángeles.

LEMA: SEGUNDO GALÁN

DIBUJOS DE REGIDOR

(NÚMERO 8 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

PREPARATIVOS DEL CENTENARIO, POR CILLA



1. Lo principal deberá ser una larga y minuciosa serie de latas conferencias sobre el libro inmortal, y que me encarguen á mí de las latas.. quiero decir, de las conferencias.



2. ¡Oh, si saliera otro hidalgo, aun cuando no fuese tan ingenioso, que quisiera nombrarme reina y señora de las fermosas!



3. Hay que organisá una corría de ocho toros por lo menos, porque esta es la manera más chipén de honrá la zagrá memoria de D. Miguel, que en paz dezcance.



4. Propondré un certamen para premiar el mejor soneto dedicado á Dulcinea, y que la flor natural la den en dinero, porque me parece más natural.



5. Si van á hacerle todas esas cosas á un hombre cuyo mérito principal fué que no cenó cuando concluyó el libro, ¿qué harían conmigo, que no he cenado nunca?



6. Creo que sería de gran utilidad y efecto ofrecer un premio de 25 pesetas al que en plazo más breve averigüe cuántas veces se repite la palabra magüer en toda la obra.



7. Debia organizarse una gran comida por invitación, en que hubiese olla podrida, salpicón, un palomino de añadidura, etc., etc., y convidarme á mí, por supuesto.



8. Yo desearía que me nombrasen de la comisión organizadora, pero con dietas.

—Pues yo, ídem, idem, pero con alimentos.



9. ¡Por Dios! vates chirles, malandrines y bellacos: si venís, que sí vendréis, á alterar la paz de mi sepulcro con versos ridículos, conmigo seréis en descomunal batalla.



EL FIGURÍN DEL DÍA

TRAJE PARA COMIDA. Modelo de la casa Laferriere.
Es de tul negro con incrustaciones de flores en color y de tul «pailleté». Las hombreras, de terciopelo.
Una gran orquídea en la cintura.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 12 Marzo 1904. N.º 671



ALMA ERRANTE

I

Y allí, en la lejanía, donde el sol desangrábase, sonaban esquilas y balidos, cantos jayanescos, ladrar de mastines... toda una égloga tranquila y plácida como sonreir de viejo. Unas aves negruzcas cruzaron hacia poniente hundiéndose en el incendio, donde recortaban sus siluetas árboles lejanos. En el puente alto tendido sobre el río, sonó un pitido angustioso; después jadeó una sierpe obscura vomitando humo... y huyó; su trajín de herrajes y maderamen perdióse en la sierra.

Los árboles del convento cabecearon como gigantes ebrios que se cuentan sus penas monótonamente, con igual sonsonete: un rum-rum apacible evocante del sueño. Un piano, lejos, muy lejos, escupió en la muriente languidez del crepúsculo las notas de un vals galante: era un haz de suspiros y gritos, de besos, que se deshacía en el atardecer con la enfermiza voluptuosidad de todo lo finito y no durable.

Allá en el fondo del jardín, rodeando la fuente de piedra que lloraba su hilo brillante de agua, estaban las colegialas bajo la confusión que el reposo y el silencio ejercían sobre sus alas. Sentían impulsos de agruparse rozando sus vestidos, uniéndose las caras, para que las confidencias no salieran de allí, no llegasen á la frente de la hermana. Acariciaban con sus manos marfileñas las cabezotas de ángeles rubenescos de piedra sustentadores del pilón cuadrado. Y una vocecita susurrante, cariciosa, deslizó el principio de una historia de amores.

—Una vez me siguió un teniente, y...

La campana se quejó en la chata torre; huyeron las palomas con un fuerte rumor de alas; circularon en el azul...

La oración de la tarde. Hincáronse las rodillas; cayeron sobre el pecho las cabecitas rubias, y un musiteo suave revoló.

—*Angelus Domini nuntiavit Mariæ. Et concepit de Spiritu Sancto...*

Entre el severo oracionar chilló una risita, tímida primero, explotando luego carcajeante, alegre. Las educandas volvieron la cabeza; alzó la hermana la suya, y la culpable, una nena rubia y rosada, sintió ardor en las mejillas y lágrimas en los ojos.

—Es... es, Sor Patrocinio, que Case... me hace cosquillas... con una pajita en el oído. ¿Sabe, Sor Patrocinio...?

... Y las lágrimas vencedoras juguetearon en las mejillas rojas de la nena.

—Ven aquí, Lita.

Y la monja pasó el brazo sobre el cuello de la llorosa; después, su voz opaca continuó:

—*Gratiam tuam quæsumus, Domine, mentibus nostris...*

Terminaron. La rosarial hilera de hábitos azules se extendió lenta, serpenteante, hacia el portón del convento. Lita levantó sus ojitos hacia Sor Patrocinio.

—Sí, Sor Patrocinio; me hacía cosquillas... Diga, Sor Patrocinio: ¿es verdad que unas mujeres muy hermosas, mitad mujer y mitad pescado, cantan allí en la fuente? Yo lo he leído en aquel libro que regaláronme por Navidad; ¿se acuerda?

—No; son mentiras, sueños...

Y las dos palabras recorrieron, con la desconsolanza de las leyendas que mueren, las frentes pálidas: «mentiras, sueños».

Entraron en el convento; cerróse el portón. Allá lejos, el piano lloró la muerte de Mimí, la amada bohemia. Era de noche.

II

Apagó la monja de un soplo el cirio á cuya luz leía; la lamparilla de aceite dibujó sombras fantasmales, de quimera, en las enjalbegadas paredes; vertió la luna por la ventana una chorretada de luz blanca, y la monja se bañó en ella, sentada en el butacón de cuero, apoyada la mano en los hierros de la reja. Así estuvo, tiesamente hierática, perdiendo la mirada en el jardín negro donde la fuente plateaba.

La monja recordó: fué en una noche como aquélla, cálida y suave. Ella era novicia; huyó del mundo por los pecados que, según las madres, conglobábanse en él. Ella no creía así contemplando á su padre, un viejo severo y que hablaba pausado de sacrosantas tradiciones; á su madre, menudita, de ojos garzos, que saludaba con la mano enguantada desde el landó, en la Castellana. Eran buenos, mas las madres decían que en el mundo el enemigo acecha; la paz claustral era camino fácil para ir á Dios.

Y consiguió ser novicia. Una noche sintió enervamiento grande; se cerraron sus ojos; las manos cayeron inertes, y un frío dulce y ascendiente besó su cara pálida. Allí, apoyando las patitas débiles sobre los barrotes de la ventana, cantó un ruiseñor.

Fué un canto de inflexiones delicadas y amables, como musitar de oraciones y besos de madre:

«Soy yo, tu alma, tu almita blanca que huye de ti... ¡Volaré! ¡Volaré! Conoceré países soñados; anidaré en árboles lejanos; piaré en rasgados ventanales de palacios; me bañaré en lagos tristes, melancólicos, donde naden nenúfares y bañen sus hojas los sauces bajo besos lunares; cruzaré por cima de mares donde las olas encorven sus lomos bajo las carcajadas de luz que escupa el sol... ¡Volaré! ¡Volaré hasta ti; se hará la transfusión y te relataré mis viajes!... ¡Adiós! ¡Adiós!...»

Y hendió los aires punteando en las azulosidades del cielo.

La novicia sintió la necesidad de dormir.

A la mañana siguiente, su cuerpo necesitó alimento; luego, sueño; después, comer... El cuerpo sin alma no sufrió más ni gozó.

Y un día la llamaron Sor Patrocinio; cambió sus vestidos azules por un traje negro y unas alas de linón que encuadraron su cara. Por las noches, asomada á su reja, miraba las estrellas largas horas, con la fijeza de idólatra de religión sideral...

Galopó el tiempo. La tierra dió flores y frutos dos veces; se envolvió en sudarios otras dos; y Sor Patrocinio alternaba de ropas: eran las unas de lana, prestadoras de suave calor á su cuerpo; de hilo las otras, transmisoras de frescuras cariciosas...

...

Sintió Sor Patrocinio rebrincar de latidos en sus sienes; huyó la saliva de la boca; los párpados separáronse con ansias de librar la pupila para que hundiese más el mirar allá...

Había llegado el ruiseñor. Su canto fué de dichas y bienandanzas; las unas, rojas, del color de las pasiones y emociones que agarrotan el cerebro; las otras, azules, con la dulzura de los llantos gozosos que besan el corazón.

—«Soy yo, tu alma, tu almita blanca que retorna á ti. Historiaré...»

Calló. Allá lejos el viento trajo y llevó el ladrar de un perro. Después, el relato del ruiseñor murió poco á poco en el oído de la monja:

«Era en un castillo que, en tierra malancólica, en Asturias, elevaron nobles. Era una noche de fiesta. En el amplio salón desleían las bombillas eléctricas su luz blanca y alegradora. Una mujer joven, envuelta en gasas, acariciaba el piano que languidecía en una música valsesca...; se extendían las notas sobre las mujeres descotadas. Las flores agonizaban en los jarrones sostenidos por figuras broncíneas de cabellos lacios y flotantes ropajes... Y las parejas danzaban con un chas-chas de los pies, complementador del morir del vals, dando la sensación de que el goce huía... Y danzaban, danzaban las parejas, entornando las damas sus ojos bajo el sonreir de aquellas bocas rojas cubiertas por bigotes velazquinos...



Después fué el rigodón de honor; y sobre la alfombra carmesí cruzaron señorialmente los ancianos vestidos de largos casacones, con bandas y cruces brillantes; señoras ajamonadas que arrastraban las colas de sus vestidos cortesanos...

Y allí, en el jardín, donde los farolillos venecianos alumbraban las estatuas augustas de dioses que fueron, languidecían los violines...

Y cantaba el ruiseñor:

«Era un día de sol. Subían la calle de Alcalá vistosos carruajes con mujeres de mantilla blanca salpicada de claveles sangrientos; corrían los tranvías alegremente, tintineando entre el hervir del gentío; quebrábase la luz sobre las chaquetillas brillantes de los picadores...»

«Era una noche nevosa. Los landós se deslizaban calladamente sobre el suelo helado; los arcos voltaicos vertían luz suave; en el fondo, Calderón, envuelto en manteos, pensaba con su cerebro de piedra. Descendían de los carruajes siluetas de mujeres con largas capas, y hombres metidos en gabanes de pieles, fumando habanos, brillando sus sombreros acopados...»

«Era una tarde de otoño. Castellana arriba marchaban los *mail-coachs* atestados de rientes mujeres con grandes sombrerones gritando alborozadas, dejando tras sí una orgía de colores y perfumes...»

«Era un día de verano. Rompíase el mar contra las rocas, y en la casita blanca, donde anidan gaviotas, la abuela contaba leyendas marinas á sus nietos...»

Y cantaba el ruiseñor...

Levantó Sor Patrocinio sus ojos; el ruiseñor había callado. Sintió la monja que su alma toda cobijábase en el cerebro deshaciéndose en ideas... Miró la tristeza infinita del jardín negro donde la fuente plateaba, y lloró, lloró...



III

Los árboles escuetos bostezan, recortando rayas negras sobre el cielo gris. Las hojas ruedan en los caminos salmodiando tristezas nihilistas, ansias de borrar todo... El viento aulla relatos de fríos y de árboles que se desgajan, incendios que sopla avivando su llamear... Un sol anaranjado huye...

Llega la lluvia: primero gotas lentas, grandes, que agujerean el suelo; después engruesa, azotando los cristales dolorosamente; los relámpagos mueren allá, en el horizonte, con reflejos cárdenos. Los truenos desgarran el aire con rumor seco de descarga lejana... después, nada.

Sor Patrocinio se muere. Rodeada de las monjas, perdiendo la mirada allí, en la lejanía, muere de ensueños y de nostalgias.

Las manos flacas descansan en las ropas cameras. En un rincón, frente al altarcito, las monjas salmodian:

—*Si ambulem in medio umbræ mortis, non timebo mala: quoniam tu mecum es, Domine.*

Deja caer la agonizante su cabecita sufridora. Ha muerto.

IV

...Y el ruiseñor tendió su vuelo. Su canto es triste, doloroso; gime desconsuelos y desengaños, ansias marchitas, ilusiones muertas...

Y allá va hundiéndose en la negrura de la noche.

LEMA: D. DIEGO DE MAÑARA

DIBUJOS DE M. SANTA MARIA

(NÚMERO 9 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

LA VIUDA



Aún no cumplido el año de la boda, enviudó Estefanía Casariego. Fué desprenderse el velo de desposada para celarse el rostro con el velo de la viuda. Y Estefanía lo celó de veras; por lo mismo que era bello, quiso celarlo más para que nadie se recrease en la faz hermosa que aún parecía conservar candentes huellas de los besos de Julio. Pero aun así fisgoneábanla al pasar desde su casa á la iglesia, porque aun á través del velo trascendía su hermosura: era un vago centelleo de ojos azules que refulgían bajo el negro manto como estrellas en noche lóbrega; era el blanquear de la tez sedosa tras el cendal obscuro; eran las hebras doradas del cabello al desgaire que entre los luctuosos pliegues se adivinaban; era esa emanación misteriosa de la hermosura que incita el deseo con el recato.

La de Casariego envolvió toda su vida en aquel manto de viudez prematura; hizo al esposo muerto la ofrenda de su juventud sana, incitadora; cerró salones, despidió servidumbre, ahuyentó amistades; volvióse áspera y huraña la que había sido dulce en el trato cortesano, y así, el nombre de la viva llegó á quedar tan borrado en el mundo como el del muerto; los dos se confundieron en un mismo olvido. Estefanía se hizo olvidar de todos para recordar mejor á uno, y este recuerdo llegó á tener para ella la dulcedumbre de las cosas que se adhieren con fuerza perenne á la vida. Aquel salir de su casa con los albores de la mañana para oir la primera misa en la iglesia obscura; aquel lento vagar por la casa silenciosa; aquel caer mortecino de las horas, remoroso fluir del tiempo sobrante en nuestra vida; aquella soledad sólo turbada por la presencia de su única sirvienta, que parecía acompañarla con el apagado y misterioso deslizamiento de una sombra; aquel arrastre de monótonos rezos al morir la tarde, sumidas las dos mujeres en la penumbra del gabinete; y más que todo, aquel vivaz recuerdo que en el roce de los días desgastaba las asperezas de lo horrendo para ofrecer las suavidades de lo triste, fué un vivir lleno de deleites suaves, existencia consagrada á un culto austero.

Un día, en una de esas horas que se arrastran pesadas, Estefanía abrió el despacho de su marido, descorrió valerosa los cortinajes que lo obscurecían, y sentándose en el silloncito de terciopelo en que Julio trabajaba, abrió cajones, sacó papeles, desató carpetas... El registro de notas, de apuntes, de cartas, comenzó con la lentitud de una tristeza honda, resobando los papeles que traían recuerdos íntimos, deletreando los cuadernos de su diario, releyendo la correspondencia de amor, evocadora melancólica de sus amores con Julio.

De cuando en cuando, Estefanía echaba atrás la cabeza; necesitaba rehacerse en rápido reposo de las emociones hondas que aquellos cajoncitos le traían, junto con el picante aroma de madera exótica. Y vuelta á enfaenarse en el revoltijo del papelorio, á desanudar cordones, á desatar cintas, á esparcir sobre la mesa los documentos evocadores de la intimidad, á manosear entre sus dedos los secretos, que tomaban forma palpable y eran como una voz hablando desde la tumba. Estefanía llegó á saborear un goce penetrante; su espíritu se anegaba en la paz de los dolores serenos, y se sorprendió á sí misma al sentir que de su alma brotaba una felicidad suave. Era un placer desconocido que con mucha poquedad y mansedumbre encalmaba los angustiosos terrores de su viudez, para envolverla en quietud de vida placentera y obscura. Respaldó el cuerpo en el silloncito de terciopelo en que trabajaba Julio, cerró los ojos, dejó que su espíritu flotase en aquel lago tranquilo de dulces memorias, de blandos recuerdos. Parecióle que su alma ascendía en busca del alma del esposo, que la hallaba de nuevo y que otra vez se unían celebrando nuevas bodas en una región alta, silenciosa, serena.

Al abrir los ojos, Estefanía creyó descender á un mundo distinto; su vida, por larga que fuese, ya no sería más que tránsito breve, corto sendero que conducía al sér amado que la esperaba siempre.

Era tarde; el despacho quedó á obscuras; Estefanía giró una llave, y la luz, entibiada por la pantalla verde, cayó sobre la mesa, iluminando papeles, legajos, cuadernos. Presurosa la Casariego comenzó á replegarlos, á rellenar de nuevo los cajones, que exhalaban perfume penetrante de madera olorosa, balsámica emanación que parecía envolver los recuerdos del amado en otro recuerdo misterioso de bosque lejano, de fronda espesa, de troncos caídos, de árboles muertos que esparcen y difunden aroma de selva.

Al reunir un montón de cartas, las manos de Estefanía dieron en una cartulina; extrájola del paquete, y hallóse con un retrato. Era de una mujer joven, casi niña. Estefanía no había conocido nunca ni el retrato ni á la retratada. Cogido entre sus dedos, púsolo de lleno bajo la lámpara, á la luz intensa, que esclareció la imagen de la adolescente. El cuerpo hermoso de la Casariego sintióse estremecido; el estremecimiento dió á las manos temblor tenue; pero encalmada pronto, quedóse inmóvil, con la vista fija en aquel rostro que debió ser un rostro pálido, de belleza triste, melancólica, de mirada honda, con labios plegados por una sonrisa vaga, la sonrisa desoladora que arranca la amargura; las pupilas eran negras y rebrillaban como si estuviesen humedecidas. Aquel sonreir sombrío; aquella mirada enternecida por lágrimas que nunca brotarían; aquella placidez de frialdad marmórea; aquella frente como de virgen pura limpia de besos; aquel pelo obscuro, alborotado en crenchas rizosas, en desgaire que era suprema estimación de la hermosura ó grande abandono de ella; aquel aire de pudor y de tristeza en el rostro de una mujer que comenzaba á alborear en la vida, fué para la Casariego presentimiento de algo lúgubre, sospecha candente de que la retratada había muerto sin llegar á la granazón, y de esta idea que se clavó en su alma pasó con rapidez á otro presagio doloroso, terrible.

Las márgenes del retrato estaban en blanco; ni el más tenue indicio por donde rastrear, ni la más sutil huella por donde inquirir la razón de aquel recuerdo guardado por él entre las memorias personales y las intimidades tiernas. Era una intrusa que venía con faz triste á turbar amores ideales inter-



poniéndose entre la viva y el muerto. Estefanía miró hacia el fondo de la estancia, y de la penumbra verdosa vió destacarse aquel rostro melancólico, demacrado, apenas adolescido; vió sus ojos húmedos, sus labios sonriendo tristes, su frente de virgen, su semblante sereno, y la mirada honda que se clavaba en la suya. Parecía avanzar, pero veíala siempre en el fondo del despacho, lúgubre, envuelta en el verdor sombrío de la pantalla, muda como una esfinge, dolorosa como un remordimiento.

...

...

Unos golpes suaves en la puerta de la estancia y la voz discreta de la doncella que llamaba «¡señora, señora!», la volvieron á la realidad. No se movió del asiento la Casariego; oyéronse otra vez las llamadas á la puerta, y oyóse la voz plañidera que decía: «¡Señora, señora!».

En el despacho velado por la tibia luz se deshizo un sollozo, doliente romper de lágrimas. Estefanía reclinó el busto sobre la mesa, oprimiendo contra ella su rostro hermoso; la luz del quinqué iluminaba la cabellera rubia, dorándola, envolviéndola en luminoso nimbo. Oyóse desbordamiento de llanto copioso y acongojado.

La sirvienta empujó la puerta, acercóse trémula á su ama. «¡Señora! ¿por qué llora la señora?» Entre los sollozos brotó la respuesta empapada en lágrimas: «Lloro la viudez del alma».

DIBUJOS DE R. CASAS

Francisco ACEBAL

CRÓNICA GRÁFICA

De la visita rápida hecha por S. M. el Rey á la imperial Toledo, poco puede decirse, pues más que visita oficial fué una excursión, que seguramente se repetirá con mayor detenimiento y calma.

Toledo, más que León y que Valladolid y que todas las viejas ciudades castellanas, constituye una grande y hermosa enseñanza de Historia. Todo lo que fué España en los siglos de su mayor grandeza está patente y claro en los gloriosos monumentos de la noble ciudad. León es el prólogo, Toledo la obra, El Escorial el epílogo. Cuanto el genio castellano imaginó y realizó cuando España iluminaba al mundo entero con su saber, con su potencia política y militar y con los destellos de su arte propio, escrito se conserva en los bastiones de la roída muralla toledana, en los arcos del Cristo de la Luz, en las naves de la catedral, en las filigranas de San Juan de los Reyes y, finalmente, en el regio patio y en la grandiosa escalera del Alcázar.



ENTRADA POR EL PUENTE DE ALCÁNTARA



S. M. Y S. A. CAMINO DE LA FÁBRICA DE ARMAS — Fotogs Asenjo

Bueno es tener una primera impresión compleja y un poco vaga y brumosa de lo que encierra Toledo; mejor analizar y estudiar en cuerpo y alma la asombrosa multiplicidad de recuerdos, de sensaciones y de ideas que asaltan el ánimo, según se recorren las calles retorcidas y angostas, las venerables plazas, los ruinosos palacios, las calladas iglesias. Ninguna lección oral, ninguna lectura de libro puede informar mejor al monarca de lo que constituye los cimientos de la grandeza histórica por su trono representada.

Bien es que el rey de España haya visitado á Toledo. Mejor aún será que vuelva de vez en cuando, ya que no es una ciudad para el artista y para el viajero tan sólo, sino también para el gobernante y para el conductor de pueblos.

Cuando lean ustedes estas líneas, aún tendrán tiempo de asistir á las representaciones que en el teatro de la Comedia va á dar la compañía dirigida por el insigne poeta Mauricio Maeterlinck, y cuya primera actriz es la esposa de éste, Georgette Leblanc. El nombre de Mauricio Maeterlinck es harto conocido, pues apenas habrá otro más traído y llevado en los artículos de los escritores jóvenes de todos los países. Sus obras ya no son tan notorias al público en general, y de ellas y del sistema ó procedimiento dramático seguido por su autor, conviene decir cuatro palabras á título de vulgarización indispensable.

Mauricio Maeterlinck es, ante todo, lo que el maestro Campoamor prefería en quien se dedicase á la literatura: un filósofo y un poeta. Pero aun esto hay que entenderlo y explicarlo con claridad.

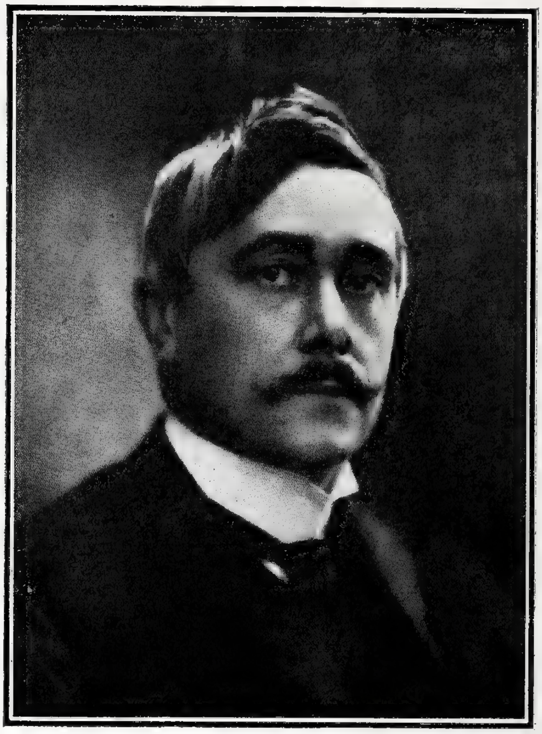
El libro-clave de la filosofía maeterlinckiana es, á



GEORGETTE LEBLANC

nuestro entender, el titulado *El tesoro de los humildes.*

No constituye un sistema de metafísica ni de moral, como no lo constituyen tampoco las obras del gran filósofo americano Emerson, á quien Maeterlinck se parece mucho, ni lo formaban las de Nietzsche, ni las de Ganivet. Leído atentamente, no es difícil encontrar á su autor parentesco ideal con nuestros grandes escritores místicos y ascéticos. Maeterlinck es un gran amador solitario y contemplativo. Ningún crítico vulgar podría creer que en Emerson ó en el P. Granada se encontrase el genio propio de un dramaturgo grande. ¿Por qué? Porque, á la verdad, los autores dramáticos franceses, y principalmente los aburguesados Dumas, Augier, etc., etc., que por tantos años fueron los árbitros de la escena, casi llegaron á alejar de ella toda poesía pura. La sociedad moderna, retratada por ellos, es en extremo prosaica. Hacía falta que bajo las bambalinas y entre los bastidores se deslizase no ya un soplo, hasta un vendaval de poesía. No otra cosa ha intentado y realizado Maeterlinck, y por eso su triunfo en Francia no ha sido tan grande cual merecía, y sólo se ha impuesto á los espíritus independientes y rebeldes como el de Mirbeau, no á los amigos del teatro burgués ni á los del teatro *rosse*, que en estos últimos años privaba.



MAURICIO MAETERLINCK

Maeterlinck ha mirado por cima del hombro á los más aplaudidos autores actuales, y ha visto en lontananza la sombra gigantesca de Shakespeare, padre de toda poesía teatral, y quién sabe si los fantasmas de los grandes trágicos griegos. *La princesse Maleine*, hasta ahora la obra más perfecta de Maeterlinck, en nuestro sentir, tiene reflejos shakespearianos, y su protagonista, el príncipe Hialmar, se parece en muchas ocasiones al otro príncipe de las tristezas, á nuestro inmortal amigo Hamlet. Las demás obras grandes del nuevo autor, *Monna Vanna*, *Pellas y Melisande*, *Joyzelle*, muestran otros magníficos aspectos del teatro poético.

Pero no es sólo el Maeterlinck de los poemas escénicos mencionados el que llama nuestra atención. Más rara y sorprendente originalidad ofrecen sus ensayos de dramaturgia plástica, *La intrusa*, *Interior*, *Los ciegos*. En estas pequeñas y maravillosas obras, el silencio habla, los objetos familiares adquieren vida y relieve personales, la impresión aterra y anonada. Ya no es el arte, sino la vida misma quien se apodera de nuestro ánimo y lo subyuga.

La esposa del dramaturgo es, según va dicho, la primera actriz de su compañía. Era una actriz de segundo orden; el amor hizo de ella una gran artista.



LA ESCUADRA RUSA EN PUERTO-ARTURO — Photo-Nouvelles

Como no podemos prescindir de una nota relativa á la guerra, reproducimos, para terminar, la primera fotografía recibida directamente de Puerto-Arturo por la agencia *Photo-Nouvelles*. Representa la situación de la escuadra rusa antes del combate.

* * *



KOSIMA Y KENKÔ

CUENTO JAPONÉS

Ha sido siempre el pueblo del Japón emporio de prudentes y sabias costumbres. Parece que sus viejos legisladores tuvieran trato íntimo con la Naturaleza y de ella aprendieran las leyes de la vida, y en sus sabios preceptos calcaran normas de existencia y reglas de conducta. Entre todas las muchas sapientísimas que fuera largo contar, existe desde siempre una por todo extremo razonable y simpática; y es la que manda que se críen y eduquen juntos, y el uno para el otro, aquellos niños que más tarde han de unirse con los vínculos del amor conyugal.



Concertaban—y dícese que aún hoy conciertan los padres,—apenas nacidos los hijos, el conveniente ayuntamiento, y desde el punto y hora en que el contrato quedaba establecido, el futuro esposo y la esposa futura vivían en el mismo hogar, aprendían la ciencia de labios de un mismo maestro, partían el mismo pan y deletreaban á un tiempo el libro de la vida.

Antiguo, con no medida antigüedad, es el imperio japonés; no hay quien sepa cuándo la planta humana holló por primera vez la tierra del fértil archipiélago; ignorada es de todos la epopeya de la primera nave que abordó á sus riberas. Pues bien; en tiempos tan lejanos, que su historia se pierde en las brumas remotas de lo incierto, sucedió que nacieron á un tiempo en dos familias de la casta guerrera, iguales en alcurnia y en riqueza, un niño y una niña.

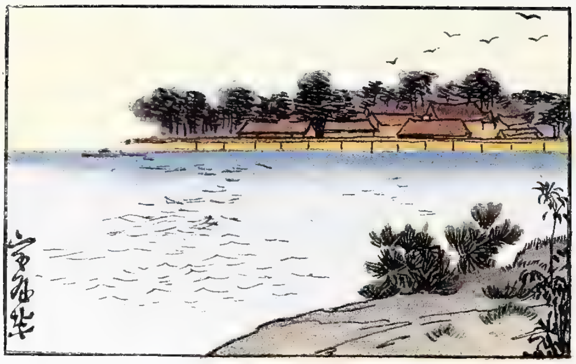
Vecinos y aun amigos los padres, trataron desde luego el casamiento de los rapaces, y de este modo Kosima y Kenkô crecieron juntos.

Descubrióles un maestro viejo los misterios de la sabiduría, y no sé qué genio oculto entre los pergaminos de sus libros de estudio les descubrió el amor. Apenas habían cumplido dos lustros, y ya, sin saber que vivían, se amaban. Eran sus juegos pausados y graves, como de soñadores; gritaban pocas veces, pero cantaban muchas, y cuando las palabras de la canción decían cariño, se humedecían sus ojos.

Las madres los miraban sonriendo.

—Serán felices,—decían.

Los padres no pensaban en ello; eran guerreros, y hacía muchos años que habían olvidado el amor.



Además, el reino anaaba siempre en guerra. La dinastía, reinante desde siglos atrás, parecía carcomida y resquebrajada por la mano del tiempo, y se tambaleaba sobre el trono como ídolo hueco. Muchos tenían puestos en ella los ojos, atentos á verla caer, y acaso, acaso á saltar sobre el solio vacío.

Pasaron tiempos. Para Kosima y Kenkô habían transcurrido los días de infancia, y las primeras horas de adolescencia les abrían las puertas de la vida.

—¿Quieres—dijo Kenkô una mañana—que lleguemos á la orilla del lago que está al otro lado del bosque?

—Vamos,—respondió ella.

Pusiéronse en marcha. Atravesaron las calles silenciosas de la ciudad, y las casas ligeras parecían sonreirles con el brillante matiz de sus paredes de papel; pasaron plazas y jardines, salieron al camino, entraron en el bosque. Iban, como siempre, charloteando. Sobre sus cabezas charloteaban también los pájaros, atareados en la faena de edificar los nidos, porque estaba naciendo la primavera.

Llegaron al lago: sus aguas, por peregrino efecto de espejismo, reflejaban, copiándolas exactamente, las cumbres nevadas de una lejana cordillera; engañada la vista por la ilusoria apariencia, no hubiera acertado á descubrir dónde terminaba la tierra y empezaban las aguas, á no ser por el leve cordón de espuma formado en la orilla al pie de las rocas. Centenares de sauces formaban cerco al lago y parecían sorber sus linfas con las puntas del desmayado ramaje.

Como era poco más de mediodía, el sol estaba inmóvil sobre el lago. Cruzaban el aire multitud de insectos, que bañados en luz parecían copos de amarillenta seda; á veces rozaban el agua con las alillas, trazaban un surco y quebraban un rayo de sol; luego subían, trenzando en el espacio tramas sutiles; posábanse después sobre el ramaje de los sauces, y en su pueril actividad producían leve runruneo, música ténue como de cien instrumentos diminutos y roncos.

—¡Cómo hablan los genios de las aguas!—observó Kosima.

—¿Sabes tú el secreto del estanque?—dijo Kenkô.—Lo he leído en un libro del maestro; en uno que nunca nos deja leer; dice que dentro, en lo hondo, vive la ninfa Hairata; dice que si se arroja una piedra á las aguas, surge y descubre á quien quiere saberlo el secreto de su destino. ¿Quieres que preguntemos?

La piedra se balanceaba en la mano impaciente del muchacho.

—No, no,—gritó la niña.—¡Me da miedo!—Y echó á correr.

Siguióla Kenkô, y volvieron al pueblo. Pero al siguiente día, atraídos por invencible sugestión, emprendieron de nuevo el camino del lago. Otra vez Kenkô repitió la pregunta:—¿Quieres saber...?—Y otra vez la muchacha huyó llena de espanto; pero al cabo, en el día tercero, como él, temeroso de asustarla, mirase las aguas y nada dijese, insinuó ella con medroso acento:—Si echáramos la piedra...

Y la piedra se escapó de manos de Kenkô; trazó en los aires amplísima curva, centelleando el



sol, y se hundió en las aguas, levantando al caer tremenda tempestad de burbujas y círculos rotos.

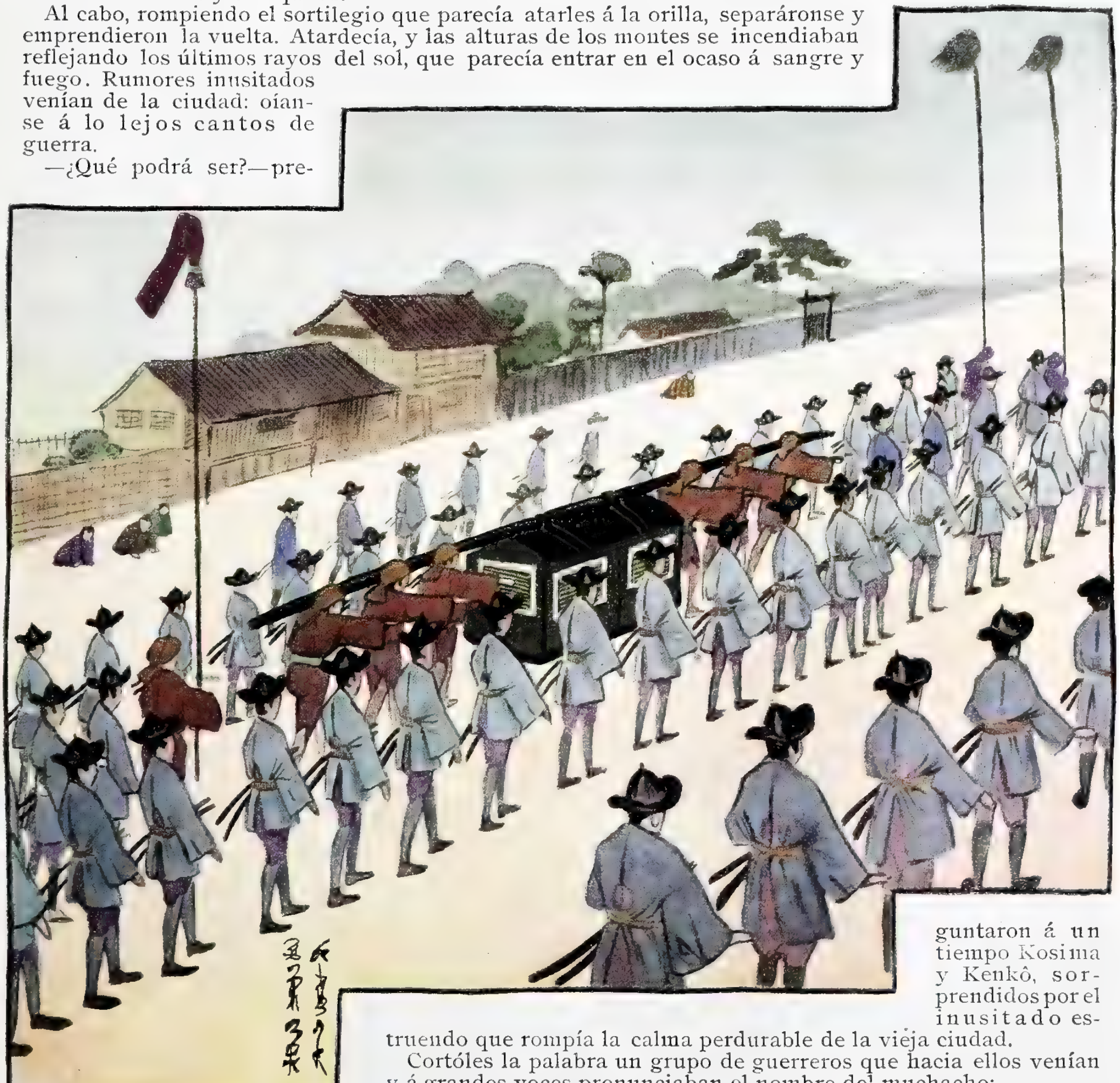
Cesó el runruneo de los insectos, y tras un instante de silencio angustioso, rompió á cantar un pájaro, entonando en vibrantes arpegios una marcha triunfal. Las aguas se aquietaban entretanto. Kosima, temblando, buscaba defensa estrechándose contra Kenkô.

Vestida con su manto real de espumas, surgió la ninfa Hairata. Era hermosa, pero tenía en los ojos verdes reflejos trágicos. Hablaba despacio, con voz musical y frase rítmica; pero hablaba en lenguaje desconocido para ellos. En vano intentaron desentrañar el sentido de aquellas palabras, que con cadencia melodiosa iban desgranándose entre sus labios; ella decía y escuchaban ellos, sin lograr comprender. Primeramente, la música de su voz tenía resonancias solemnes y acentos levantados, en que creyeron adivinar promesas de grandeza; hízose luego el vaticinio lento y melancólico, y las últimas frases se escaparon de labios de la ninfa con pausa sollozante. Kosima y Kenkô temblaron á los tristes acentos, adivinando en ellos, con sobresaltos del corazón, anuncio de dolores.

Ya la ninfa había vuelto á su verdoso imperio, y aún ellos contemplaban con susto las aguas, nuevamente calladas y tranquilas.

Al cabo, rompiendo el sortilegio que parecía atarles á la orilla, separáronse y emprendieron la vuelta. Atardecía, y las alturas de los montes se incendiaban reflejando los últimos rayos del sol, que parecía entrar en el ocaso á sangre y fuego. Rumores inusitados venían de la ciudad: oíanse á lo lejos cantos de guerra.

—¿Qué podrá ser?—preguntaron á un tiempo Kosima y Kenkô, sorprendidos por el inusitado estruendo que rompía la calma perdurable de la vieja ciudad.



Cortóles la palabra un grupo de guerreros que hacia ellos venían y á grandes voces pronunciaban el nombre del muchacho:

—¡Kenkô! ¡Kenkô!

Retrocedió la niña. Apoderáronse los guerreros de su amigo; irguiéronle sobre un palanquín cerrado, y diéronse á caminar de prisa en dirección de la ciudad.

Kosima les seguía, corriendo también desesperadamente, duplicadas sus fuerzas por impulsos de angustia. Alzaban polvo los pasos precipitados de los guerreros, polvo que envolvía á la enamorada en nubes parduzcas, cendales de anticipado luto. Corrían ellos y corría ella... Pasaron las puertas de la ciudad; siguieron la desigual carrera por calles y plazas, y al cabo Kosima, cuando ya rendida cayó en tierra, vió abrirse, para dar paso á su amigo, las puertas del palacio real.

Alzóse á duras penas; subió la gradería del pórtico y llamó. Sus manos menuditas se tiñeron de sangre al golpear contra la puerta. Abrió un guerrero, envuelto en vistoso uniforme azul y grana.

—¿Qué buscas, niña?

—Busco á Kenkô, mi amigo, mi esposo.

—El príncipe Kenkô no tiene esposa,—respondió ásperamente el guerrero.—Como heredero del tro-



no, ha de casarse con princesa de su propia sangre.—Y cerró.

Kosima, asiéndose á la puerta, sollozaba gritando:

—¡Kenkô! ¡Kenkô!

Un muchachuelo explicó á la desolada cómo la vieja dinastía se había desplomado, y cómo el padre de Kenkô, atento á la caída, habíase ganado el trono á punta de espada.

Tenía razón el áspero guerrero. Su amado era príncipe... ¡y estaba sola!

Había llegado la noche. Encendiéronse los rojos faroles del palacio; el aire los movía, y Kosima creía traducir en sus movimientos cabeceos de compasión irónica. Vinieron los soldados guardianes del rey y la arrojaron de la puerta. Andando lentamente, salió de la ciudad y entró en el bosque. La luz de la luna plateaba las frondas nacientes y pintaba en el suelo movibles encajes con sus sombras; todo callaba: que pájaros é insectos dormían. Caminaba Kosima, sin mirar adónde, siempre llorando; estaba sola, sola... La claridad se hizo intensísima, casi deslumbradora; es que la luna reflejaba su luz sobre el lago.

Kosima miró las aguas quietas, formando ahora inmenso y argentado espejo; allí, bajo la fría barrera, dormía la ninfa. ¡La ninfa! Entonces comprendió el vaticinio; aquellas solemnes palabras que decían grandeza, aquellos melancólicos acentos que lloraban dolores... Grandezas para él, lágrimas para ella...

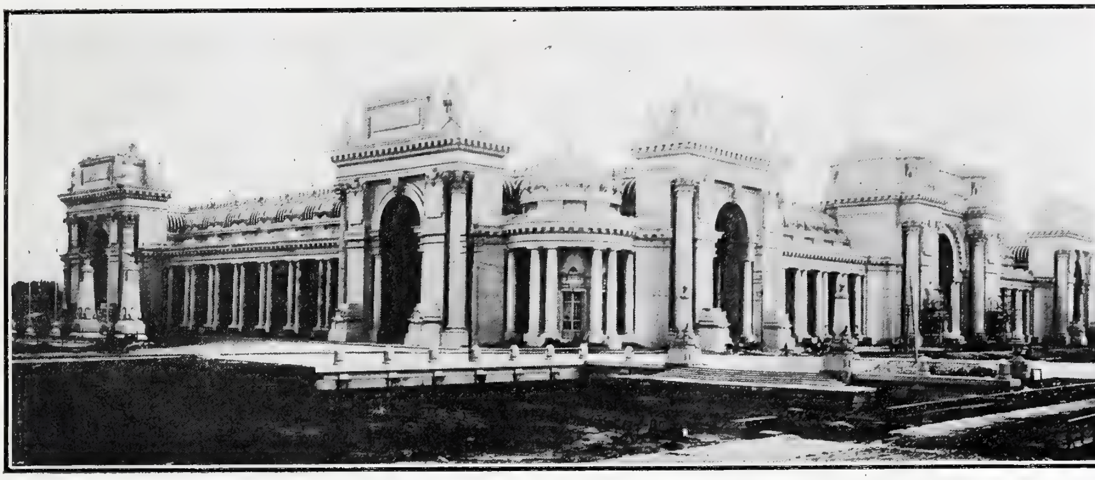
Dejóse caer en el suelo al pie de los sauces, y lloró aún más. Y entonces sucedió que las lágrimas de Kosima resbalaron y fueron á mezclarse con las aguas; y como si tuviesen virtud mágica, al recibirlas rompióse la quietud del lago y removióse en las olas la tersa superficie, bramando y rebramando. Cubriéronse las olas de espuma; amontonáronse sobre la orilla; traspasaron el eterno límite que la mano de Dios les señalara, y saltando sobre el cuerpo de Kosima, le envolvieron en húmedo sudario. Fueron después retirándose lentamente; aquietáronse luego... pero la orilla estaba desierta; el cuerpo de la niña dormía en los alcázares del fondo, en brazos de la ninfa...

DIBUJOS DE XAUDARÓ

G. MARTINEZ SIERRA



LA EXPOSICION DE SAN LUIS



PALACIO DE LAS ARTES LIBERALES

Poco á poco van entrando los norteamericanos por la senda del buen gusto. Las bellas artes, proscriptas de aquella civilización, esencialmente industrial hasta hace pocos años por múltiples causas, han cobrado, gracias al enorme impulso educativo de estos últimos tiempos, un vigor extraordinario. Aún gruñe todavía á veces el viejo espíritu cuáquero del tío Sam, para el cual el *summum* de la belleza arquitectónica eran las casas de diecinueve pisos, las grandes chimeneas de fábrica y las gigantescas construcciones de hierro. Quedan algunos, pocos, multimillonarios á quienes no entusiasman los estilos y formas *antiguas:* pero como no hay mal que por bien no venga, el *snobismo* y la cursería de aquellos Cresos les ha llevado últimamente á extremos contrarios, y no falta quien se construye palacios copiados de los de Roma y triclinios y patios pompeyanos y hasta pirámides egipcias, etc., etc.

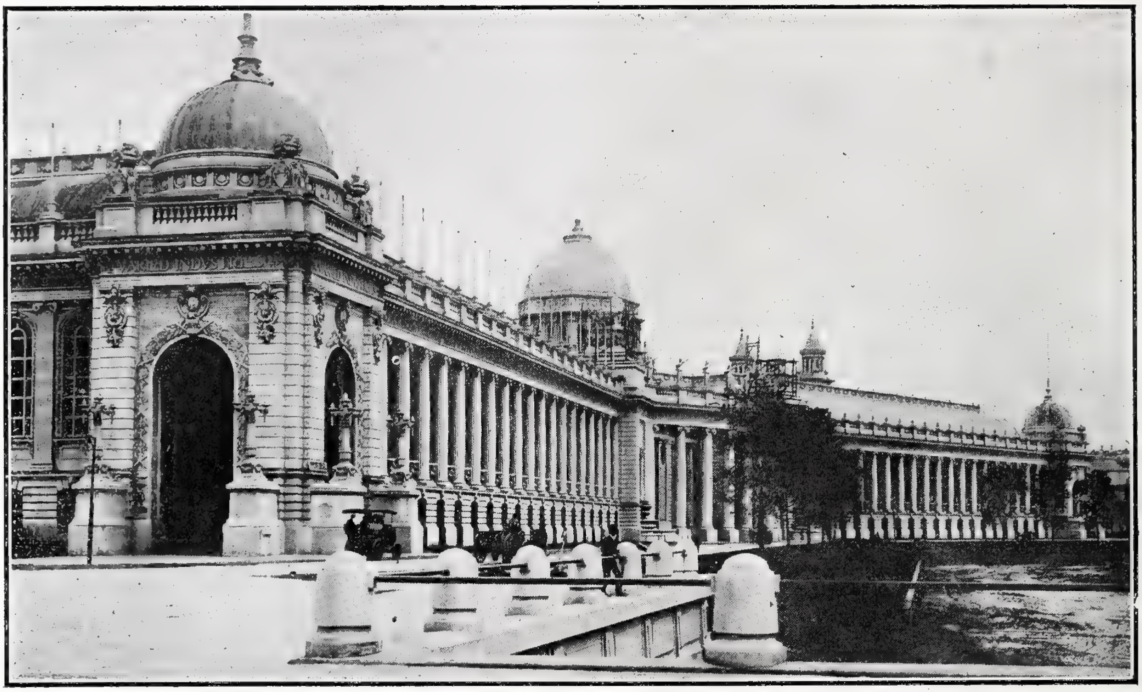
Este nuevo amor de los yanquis á la arquitectura europea se está manifestando poderosamente en



PALACIO DE EDUCACIÓN Y ECONOMÍA SOCIAL

las obras ya realizadas para la Exposición que ha de celebrarse en San Luis, y que va á formar magnífico y extraordinario contraste con las anteriormente verificadas en Filadelfia, en Atlanta y en Chicago.

Recordarán los lectores el inmenso fracaso económico que fué la Exposición de Chicago, la decan-



PALACIO DE INDUSTRIAS DIVERSAS

tada *Wold's fair*. Mayor aún fué el fracaso desde el punto de vista artístico, pues los edificios resultaron feos, el conjunto de la Exposición mareante, embrollado y sin ningún punto de vista general que llamase la atención ó cautivara el gusto. Para evitar esto, las obras ya hechas en San Luis, como puede verse por nuestras fotografías, son hermosos edificios de piedra en los que dominan las columnatas de estilo grecoromano, hasta el punto de habérsele dado ya el nombre de *la Exposición de las columnatas*.

Resultará, pues, probablemente una Exposición en la que ha de huirse del confuso y abrumador efecto de amontonamiento que suelen producir estas construcciones. Todos los edificios producen un efecto de solidez y de reposo que ya los hace altamente simpáticos y agradables.



GALERÍA DE MAQUINAS

Fotografías Photo-Nouvelles

Claro está que cuando aquello esté lleno de gentes cosmopolitas, se perderá la tranquilidad y el sosiego que hoy admiramos en esas obras: pero de todas maneras, los palacios parecerán, en efecto, palacios, y no almacenes, ni fábricas, ni estaciones del ferrocarril.

* * *

LA MOZA DESPECHADA

Madre, aunque las gentes
me llamen ligera,
no por olvidada
doblaré cabeza:
¡cantarito nuevo
hace el agua fresca!

Bien sé que ninguno
besará mis rejas,
tomará mi mano,
rondará mi puerta,
ni más agradoso
ni con más guapeza;
pero no lo digo,
madre, aunque lo crea:
¡cantarito nuevo
hace el agua fresca!

Buscaré cortejo,
me saldré á verbenas,
comeré rosquillas
y tendré pareja;
bailaré, si bailan;
jugaré, si juegan,
y diré, si él me oye,
fingiendo altiveza:
¡cantarito nuevo
hace el agua fresca!

Madre, yo no quiero
que las gentes vean
que con sus desdenes
me mata de pena.
¡Llore yo en buen hora
cuando no me vean!
pero diga cuando
las comadres vengan:
¡cantarito nuevo
hace el agua fresca!

Yo bien sé que engaño;
pero no me tengan
ni por licenciosa
ni por desenvuelta.
El fuego de adentro
se me sale afuera;
si él me ve encendida,
madre, que no crea
que aún está en su mano
lo que ya desprecia.
¡Ay! poco entendía
de amores y penas
el que dijo antaño
por la vez primera
¡cantarito nuevo
hace el agua fresca!

No vea el ingrato
que me da dentera
cuando por la plaza
pasa al lado de ella,
ni cuando la llama,
ni cuando la espera...
y si un día, madre,
me faltan las fuerzas
y me voy del mundo
sin estar enferma,
diga á las comadres
que me miren muerta:
«¡Cantarito nuevo
hace el agua fresca;
tan fresca, mocicas,
que á veces la hiela!»

E. MARQUINA



DIBUJO DE REGIDOR



LA DOLORA DEL SUPERHOMBRE

TODAS las tardes, al volver de la escuela, entraban los muchachos en el cuarto de D. Fadrique. No era muy grande el cuarto, ni tenía las cuatro paredes adornadas con mucho lujo; pero había luz.

Llegaba el día por una claraboya acristalada, y cuando en la calle estaban ya encendidos los faroles y deslumbraban los escaparates, todavía una luz tenue y azulada venía á consolar las soledades de D. Fadrique.

Los dos chicos se disputaban el baúl para sentarse á ver las estampas y los libros. La chiquilla llenaba el suelo de trapos y de cintas.

Y D. Fadrique, tendido en la cama, flaco y barbudo, asomando las manos huesosas y las muñecas de sarmiento viejo por las mangas de una camiseta gris, hablaba á los muchachos y al cielo, que se apagaba y se desvanecía en los cuatro cristales de la claraboya. Los muchachos le oían, pero D. Fadrique no miraba sino á la luz moribunda de la tarde. En sus pupilas, muy abiertas, brillaban dos estrellas antes de que brillaran en el cielo.

—Vosotros no véis nada. Sois unos buenos chicos que estáis todavía peleando con el abecedario. Pero lo podéis todo porque no habéis vivido aún. Aquí aprenderéis á saber que el mundo espera su derrota cuando llegue una voluntad cruel; cuando amanezca el día de la suprema injusticia. Ese día los débiles caerán. Un hombre nuevo saldrá de entre las ruinas para lanzar el grito de triunfo.

—¡D. Fadrique!—exclamó la niña.

Estaban los dos chicos á los pies de la cama disputándose en silencio una pobre presa. Uno tiraba de la muñeca por las piernas: el otro la agarraba de la cabeza. Los dos callaban como unos criminales hipócritas, y el delantalillo, las enaguas y los encajes de la muñeca se agitaban en revolución trágica.

Sonó un chasquido y el suelo se llenó de serrín.

—¡D. Fadrique!—volvió á gritar la niña.—¡La han cortado la cabeza!

—¡Sangre! ¿Habéis vertido sangre? Sois entonces, como lo soy yo, apóstoles de una religión sobrehumana, enemigos de la piedad, dominadores de la vida y vencedores de la muerte.

La chiquilla lloraba con grandes apuros y congojas.

—Dejad que gasten su corazón en llorar miserables dolores los pobres de espíritu que no tienen dentro de sí mismos el verdugo de sus propios sentimientos.—¡A ver!—dijo luego D. Fadrique buscando á tientas á los dos muchachos con la mano de espectro.—¡Aquí! ¡Juradme que sabréis devorar todas vuestras piedades! ¡Que mataréis en germen toda compasión! ¡Jurádmelo!

—¡Sí, señor, D. Fadrique! Nos comeremos los niños crudos.

—Sí, señor, y retorceremos todas las cabezas. ¡Y prenderemos fuego á la escuela y á D. Victoriano!

—No, al maestro no—dijo D. Fadrique.—Representa la luz de la razón. Pero antes de que admitáis en vuestro espíritu la sombra de un sentimentalismo, amor, amistad, gratitud, fe, vuestro deber es rebelaros. ¡Creo en la rebelión; en la eficacia de las negaciones; en la última y suprema virtud del castigo cruel! Y, oidlo bien, el más fuerte es el más solo. ¡Animo, amigos míos, lanzáos á la conquista de vuestra soledad!

Calló D. Fadrique, rendido sin duda por el esfuerzo. La niña, al verle callado, tuvo miedo del silencio y de la obscuridad de aquel cuarto invadido ya por las sombras de la noche, y se escurrió dando un portazo. El muchacho se escapó detrás de ella. Luego volvió á abrirse la puerta y entró una mujer con una lámpara en la mano. D. Fadrique dormía. En el suelo, entre trapos y papeles rotos, la muñeca descabezada extendía las piernas en una postura inverosímil... La mujer se acercó, ató un pañuelo á la frente del enfermo, mulló la almohada, arregló las ropas revueltas. Después se sentó á la cabecera en una silla baja y veló toda la noche.

LUIS BELLO

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA

LA MUJER Y LA CASA

MODAS · MUEBLES · LABORES · CONCURSOS FEMENINOS.



ELEGANCIAS PARISIENSES

LAS ABONADAS DEL BOIS

Además de ser el ensueño de todos los desocupados y de la mayoría de los ocupados del mundo, el Bois de Boulogne en París es el verdadero centro permanente de todas las elegancias; y así como en Madrid, en Sevilla y en Valencia hay sitios estratégicos en donde no es posible estar diez minutos sin ver pasar diez mujeres guapas, en el *Bois*, todo el que se pare cinco minutos tiene la seguridad de recrearse con la contemplación de una, dos, tres ó más docenas de señoras y señoritas, las más elegantes del globo terráqueo.

Los apuntes fotográficos que publicamos son instantáneas escogidas entre un montón enorme de ellas que representa lo que se ve todos los días en el Bois de Boulogne.

¡Quién estuviera en él!

FOT. CORDONNIER









EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA VISITA. Modelo de la casa Beer.
Es de paño flexible obscuro; volantes sobrepuestos guarnecidos de un frunce de seda.
Cuerpo con aplicaciones de punto de Venecia y muselina de seda.

FOT. REUTLINGER

EL LENGUAJE DEL PAÑUELO



1.a «Estoy comprometida», dice elocuentemente al entrelazar el pañuelo por delante de las manos, como si jugara con él.



4.a «Sígame usted», expresa el pañuelo echado al descuido sobre el hombro, al tiempo que una insinuante mirada contribuye á lograr el efecto.



3.a «Seremos amigos»: dos palabras dichas sólo dejando colgar el pañuelo con la mano derecha, y apoyando frases tan sugestivas con un gesto encantador.



2.a «Le aborrezco á usted»: con ambas manos estira la delicada obra de encaje, y la mirada parece indicar que no lo pasaría muy bien la persona á quien se dirige.



5.a «Amo á otro»: envía el mensaje fatal entrelazando el pañuelo con descuido en los dedos de la mano izquierda, y sonríe como diciendo: llegó usted tarde.

E. Varela

ORLA DE VARELA — **ESTUDIOS MÍMICOS DE ROSARIO PINO** — FOTS. FRANZEN

LA CASA MODERNA



DORMITORIO DE SEÑORA

Construído por los Sres. Lissárraga. Es de madera de roble, estilo inglés moderno. La base ornamental la constituyen hojas de trébol talladas en frisos en las cabeceras.



Los muebles son: cama, mesilla de noche, lámpara, armario de espejo, de tres cuerpos; biblioteca, *secretaire*, silla de escribir, sofá, sillon, sillas y mesita volantes.

FOTS. ASENJO

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 19 Marzo 1904. N.º 672



LA HERENCIA

Los periódicos extranjeros relatan un suceso agriamente dramático ocurrido en una de esas tierras septentrionales, madres de la niebla que se duerme en su regazo, regiones grises donde la ceguera constante del sol predispone á la melancolía, y la melancolía predispone al suicidio. Oscar —creo que se llamaba así el desgraciado protagonista del drama,— Oscar era un obrero sometido á la doble esclavitud del trabajo y del hambre, porque su corto jornal no bastaba para la alimentación de su mujer y sus tres hijitos, que aún no podían ayudar á las cargas de la familia.

Oscar trabajaba catorce horas al día, y ni uno solo, al volver de aquella faena superior á su fuerza física, logró acostarse sin hambre. Iba dejando á cada paso un pedazo de vida gastado en la labor.

Sentíase desfallecer rápidamente, y el desfallecimiento de la carne se corría al espíritu, como la miseria del árbol se corre pronto desde el tronco al fruto.

El obrero habría soportado con resignación su propio infortunio si no tuviera presente el de su familia. Pero veía á sus hijos desfallecer también y disputarse con ansia el mendrugo de pan que no alcanzaba para tantas bocas.

Trabajar para vivir es penoso; trabajar para ir muriendo, desestimula al más esforzado.

Cuando al término de la jornada espera, en vez del descanso reparador, el descanso definitivo de la muerte, ¿para qué andar y andar?

Más vale pararse en el camino, anticipando su término fatigoso. Oscar pensó esto muchas veces, y lo pusiera por obra si no le contuviera la misma consideración de sus males. Siendo solo en el mundo, no habría andado más; pero al pararse se paraba toda su familia. Si ahora había un pan para todos, muerto él, no habría pan para nadie.

Una nueva desdicha despejó su situación.

La desventura se complacía en despejarla para fijar bien la puntería de sus tiros contra aquel asendereado corazón.

No de otra manera la artillería aguarda que se despeje la humareda de la batalla para apuntar con certeza sus baterías.

Un accidente le imposibilitó para el trabajo. Desde entonces en adelante acabó hasta el escaso jornal.

El problema negro estaba resuelto.

Pasaron esos primeros días falaces en que la esperanza engaña al infortunio con promesas incumplidas.

Dios proveerá,—se dijo.—Pero la Providencia cuida de todo, menos del hombre, sin duda porque le ha provisto ya de un entendimiento para que cuide de sí mismo.

El pajarillo encuentra siempre su lecho puesto en la rama del árbol, y su mesa servida en los sembrados repletos de espigas.

El insecto encuentra alimento siempre preparado en el cáliz jugoso de las flores ó en el fruto sazonado de la planta.

Pero el hombre está excluído de los beneficios de la Naturaleza por el mismo hombre su semejante. Aquel campo de mieses donde él cogería su pan; aquellos frutales donde él distraería su hambre, son bienes ajenos, pertenecen á otro hombre que los cerca con altos muros y los guarda con la espada amenazadora de la ley humana.

El pajarillo y el insecto comen de lo ajeno acordándose de la Providencia, y la Providencia, agradecida, les da alas para salvarlos de la persecución.

Pero el hombre que se acuerda de la Providencia, la cual ha hecho la tierra para todos, va á la cárcel, sin que para él haya otra que la providencia judicial, que lo prende por ladrón.

Oscar y su familia perecían sin remedio ni esperanza.

—Dios quiere que no vivamos; no se pierde nada,—dijo á su familia mirando á la niebla, como si quisiera consolarla enseñándole lo poco que vale una vida sin luz.

Dios quiere que no vivamos; falta sólo el ejecutor de su designio.

El ejecutor llegó prontamente. Fué el de siempre: el vértigo mental producido por las brumas del aire, por la desesperación del espíritu y por el hambre del estómago.

Oscar creyó sinceramente que obraba con cordura y sin daño de nadie quitándose una vida inútil. Sólo sentía un remordimiento extraño, escrúpulo de una conciencia perturbada: el de dejar á su familia presa en la garra del hambre. Pareciále acción tan indigna y cobarde como la del cautivo que huye solo de la mazmorra, abandonando á sus hijos en el cautiverio. Reputó también por obra de piedad redimir á sus hijos al redimirse él de la vida. Decidió la muerte de todos. ¿Cómo matarlos? El hierro no es criminal por sí solo; necesita de un cómplice que lo impulse: la mano. Y aquellos brazos impedidos para trabajar, estaban también impedidos para matar.

Las armas no me obedecen, pensaba.

Me obedecerá el veneno, el arma silenciosa é invisible que lleva en sí la potencia destructora sin impulso exterior.

La noche era muy fría.

Madre é hijos tiritaban en un rincón del cuartucho estrecho y tenebroso como una sepultura.

El viento nevado metía sus resoplidos de hielo por los resquicios de la puerta y de la ventana, y para cerrarle el paso se habían calafateado las rendijas con trapos viejos. Y no entraba el aire de la calle, ni tampoco se renovaba el de la habitación.

—Ya que padezcamos hambre, no padeceremos frío—dijo Oscar,—y encendió una regular cantidad de carbón en la cazuela, que no tenía entonces uso más adecuado.

El calorcillo de los carbones encendidos consoló á los desdichados, y el tufo, entrándose por las bocas soñolientas, parecía como si los alimentara, produciendo en ellos el sueño incómodo de la hartura.

Pasó la mañana siguiente, pasó el día entero, y ni Oscar ni sus hijuelos salían á recoger el mendrugo que les daban algunos vecinos.

Estos, temiendo una catástrofe, forzaron la puerta. Padres é hijos dormían, al parecer. La madre y los pequeñitos dormían en el sueño grande, el sueño hondo, el sueño sin despertar. Oscar respiraba



todavía: menos débil que los otros, había resistido á la asfixia. Fué transportado al hospital donde la muerte persiguió aún por dos días aquella sangre carbonizada.

Recobrado el conocimiento, exclamó:

—¿Por qué me habéis traído aquí? Llevadme con los míos.

—Los tuyos están en el cementerio.

—¿No se ha salvado conmigo ninguno?

—Sólo tú. Ha sido una imprudencia terrible. Verdad es que la noche estaba muy fría y la lumbre agrada. Pero debísteis ventilar el cuarto antes de dormiros.

—No ha sido imprudencia, no—dijo Oscar con desesperación.—Yo os contaré...

Nada contó, porque un acceso nervioso le cortó el habla, impidiéndole confesar su delito.

Sobrevínole una enfermedad grave, con alta fiebre y delirios frenéticos. En ellos profería frases cuyo sentido no penetraban los enfermeros.

—Yo no puedo salvarme solo: es una iniquidad, ¡iniquidad! ¡iniquidad! El suicidio, el suicidio se cumplirá un día ú otro.

—Hay que vigilar á este enfermo, recomendó el médico. Su desventura es pavorosa. El pobre quería mucho á su familia, y viéndose sin ella, el suicidio será su idea dominante.

Y al temer el suicidio futuro, nadie sospechaba los homicidios pasados.

Cierta mañana corrió por el pueblo una noticia que consoló los ánimos contristados por la catástrofe.

Un hombre rico y viejo, muerto sin herederos forzosos ni ama de llaves que forzara su última voluntad, dejaba sus bienes á Oscar, de quien era pariente lejano. Le había conmovido su gran desdicha y soledad, y se acordó de él en la hora postrera. Los duelos con pan son menos, debió pensar el testador generoso, y dijeron también las buenas almas al comentar el notición. El suceso fué comunicado á Oscar con las cautelas debidas á su estado patológico y espiritual.—Tarde, tarde—respondió el heredero;—el suicidio se consumará.

Su resolución era, no ya un sentimiento de horror á la vida, sino un deber, un deber de conciencia. Había asesinado con premeditación á su familia, había dispuesto de la vida de sus hijos á cuenta de su suicidio, y no podía él faltar á aquella fúnebre cita de la muerte. La ley social y la ley moral le condenaban á la última pena.

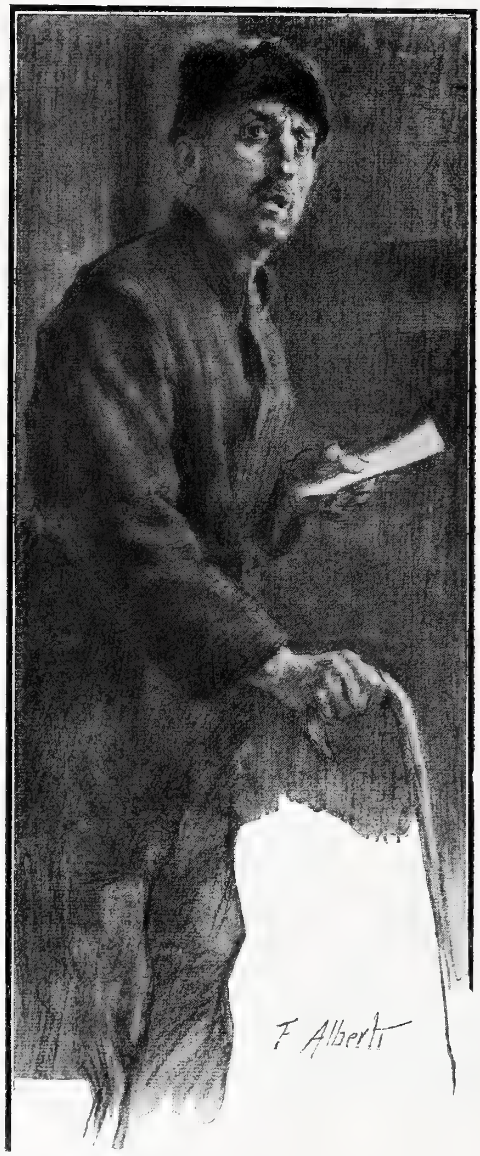
Y salió del hospital resuelto á ejecutarla con instrumento más seguro que el tufo del carbón, acabando así la obra interrumpida por el acaso infeliz de su salvación milagrosa.

Oscar se trasladó á su casa heredada.

La herencia no constituiría ciertamente la felicidad de un príncipe, pero sí un buen pasar sin trabajo y con holgura, no sólo para un obrero acostumbrado á sudar su pan, sino para cualquier ricote vanidoso de la clase media.

Oscar podía costearse una mesa más que decente, criados que le asistieran en su casa, llena de comodidades nunca por él vistas ni esperadas, y hasta permitirse el uso de un carricoche donde pasear sin incomodidades su lisiada persona.

El médico del hospital, hombre honrado y caritativo, que tomaba muy á pecho sus obligaciones profesionales de cuidar de las vidas ajenas, comunicó al criado de Oscar la inclinación suicida del amo, recomendándole estrecha vigilancia.



—Descuide, señor doctor, contestó el criado. En casa nadie se suicida.

—¿No hay armas? ¿No hay pozo? ¿No hay ventana alta?

—No es eso: en casa nadie se suicida porque se come bien.

El médico quedó sorprendido al oir aquella verdad de filosofía práctica con que un ignorante formulaba todo un método preservativo, una antisepsia del suicidio, método seguro de pacificación moral y fisiológica: porque, efectivamente, la buena nutrición serena los nervios y aleja la melancolía, cómplices del arrebato suicida.

El fiel criado vigiló, sin embargo, sobre la persona de su amo, y más que nada, sobre la cocina y el servicio de la casa, para hacerlos agradables. Oscar, como no tenía arma de fuego, ni podía manejar con fuerza las armas blancas, se entretuvo dos ó tres días en buscar el medio seguro y facil para matarse. Escribió á hurtadillas la carta obligada del suicida, en la cual, confesando sus parricidios, anunciaba su muerte. Pero el criado seguía vigilando sobre la persona y la cocina. Cansado de aquel espionaje enfadoso, Oscar pretextó, para evitarlo, una visita á sus propiedades lejanas. Y el criado le acompañó. Oscar se distrajo en ver sus tierras, gran novedad para él, que nunca vió sino las que labraba para otros por mísero jornal. Y no encontrando ocasión libre para suicidarse, dijo para sí:

—Bueno, aplazaré el golpe para después de ver todos mis campos; así conoceré los bienes á que renuncio. Y siguió con su carta en el bolsillo. Iba hallándose cada vez mejor de salud y de ánimo, y tomando gusto á la vida, que no era ya la aborrecible y negra de los tiempos pasados.

Transcurridos dos meses, regresó á su casa pensando en la muerte y también en las tierras que acababa de dejar.

Hablaba menos que antes de su familia, y sus amigos—que ahora los tenía—observaban cómo el tiempo iba haciendo su obra de resignación con la que todos creían catástrofe fortuíta. Pero era extraña resignación aquélla que, en vez de la tristeza que se va gastando, llevaba en sí amargura de desesperación y como de tormento que no acaba.

Y una noche nebulosa y fría, Oscar hizo encender un buen fuego en la chimenea de su cuarto. Encerróse en él con llave y cerrojo para evitar toda sorpresa. Después tapó cuidadosamente el ojo de la cerradura para evitar todo espionaje. Sacó la carta, ya estropeada, que guardaba entre pecho y camisa; leyóla para cerciorarse de que era la misma en que confesaba sus delitos y anunciaba su suicido y luego... luego la quemó en la alegre fogata de leños que crujían.

Cuando la última pavesa del papel se confundió con la ceniza de la chimenea, Oscar abrió apresuradamente puertas y ventanas para ventilar el cuarto.

—Miren—dijo el criado—cómo el amo aprende. No ha olvidado el descuido que mató á toda su familia. ¡Y el doctor que temía un suicidio! Morirá de viejo.

No murió de viejo: murió de una indigestión. ¿Y cómo y por dónde se sabe el secreto de esta historia?

Por donde se saben las historias que no han sucedido. Porque hay que confesar ya que no existe tal relato en los periódicos extranjeros, ni ha pasado en ninguna parte caso semejante.

Pero este cuento inhumano puede pasar cualquier día y en cualquier paraje donde haya humanidad.

El egoísmo y el instinto de conservación tienen fierezas para ahogar los sentimientos más puros.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE F. ALBERTI



AIRES MURCIANOS

CÁ COSA EN SU TIEMPO

¡Quién te ve y te vido,
hija de mi alma!...
Eras pequeñica
como esa zagala
que esmuñe la teta
y á tu madre chupando se traga...
La teta era entonces pa ti lo más dulce...
¡Lo mesmo esmuñías, lo mesmo mamabas!
. .
Cá cosa en su tiempo.
Ahora no piensas más que en ir por agua,
porque en el camino
Pepe el de la Algáida
te tira chinicas
y abonico t'habla...
Cá cosa en su tiempo:
las cosicas esas pa ti son, zagala,
la teta más dulce... Ahora no piensas
más que en ir por agua,
¡y esmuñes la fuente,
nena de mi alma!

Vicente MEDINA

DIBUJO DE J. FRANCÉS



El amigo se había llevado á mi mejor mundo al otro Señor, y un sagrado descanso me obligaba á rezar por su eterno deber.

El funeral de Don sábado se celebró en la mañana de Santa parroquia el Ramón pasado por la Bárbara, según anunciaba una viuda mortuoria que me mandó su desconsolada esquela Doña Socorro.

Después de ponerme las botas en las gafas, las narices sobre los pies y el sombrero de cabeza sobre la copa, bajé la portera de caracol, saludé á la hija de la escalera y me dirigí vestido de templo al funeral en donde iba el negro á cantarse.

¡Qué admirable vista de lugar presentaba el sagrado golpe!

En la tumba central una severa nave con beatas de oro, que era la admiración de las franjas; dos largas filas de asistentes forrados de bayeta para los bancos; cien sillones ardiendo alrededor de la presidencia; siete cirios de terciopelo para que se sentara la tumba; los sacristanes colgados y con borlas; todos los arcos encendiendo sus instrumentos y los músicos en el coro templando las arañas...

Yo fuí de los nuestros en llegar. Recé seis padres primeros por el alma del banco, y esperé sentado en un difunto á que comenzase á sonar la viuda desde el coro. La orquesta del muerto, mostrando un asiento sin límites, tomó valor junto al túmulo. La iglesia se llenó de cantos; la clerecía entonó los amigos propios del fúnebre invitatorio y allí nos ejecutaron un acto de Eslava que oímos, como toda la boca, con la vigilia abierta.

A la izquierda del Arroyo estaban las señoritas de catalfalco; la esposa de Betúnez (recién llegada de las hijas de Sobrón) con sus dos aguas mayores; las vecinas de Sánchez, que fueron durante un año hijas de Don cariño y le habían tomado mucho Ramón; más allá la Mula del diputado por señora; la bella Oliva del doctor, tan tía carnal como siempre, y las distinguidas lágrimas del general Ruiz, que no cesaron de arrojar sobrinas por los ojos.

Al otro lado de la saca, estaba Purita López, que tumba novios en todas partes; la mujer de familia con su Palomino en masa, y otra porción de pálidas que, á la luz de las demasiado señoras, me parecieron hachas de cuatro pábilos.

El sexo de pie se hallaba feo en medio de la representación, y en él tenían su parroquia todas las orejas sociales. ¡Cómo aguzábamos las clases para oir aquellos majestuosos tan salmos! Se nos caía la orquesta escuchando aquella baba tan brillante.

—¡Vaya un convidado!—dije al barítono que se hallaba á mi abrigo con un lado gris.

—¿Y qué me dice usted del caballero?—me dijo otro negro que estaba de bajo.

. .

Fué cantada la misa, sin más cura de *requiem* que un incidente que el pobre prefacio soltó al cantar el gallo y que hizo dibujarse una leve cara en el presidente de la sonrisa del duelo.

Pero al llegar al público, cuando todo el responso estaba pobre recordando al conmovido difunto, la locura de éste no se pudo contener y en un ataque de viuda comenzó á exclamar con una Bárbara muy chillona que repercutía en la voz de Santa cúpula:

—¡Ramón! ¡Ramón! ¡Surge de los brazos de esa tumba y vuelve al Socorro de tu regazo, que te espera con los paños abiertos!

No bien la evocación hubo hecho semejante viuda, un túmulo de Angora salió huyendo del fondo del gato, y con todo el espectáculo erizado ante el fúnebre rabo que tenía delante, ¡cataplúm! empujó á un cura encendido, y en menos que se persigna un cirio loco, éste cayó con gran reclinatorio sobre el estrépito de la viuda de Don Ramón, que, al ver sus llamas devoradas por las faldas, comenzó á lanzar asistentes horribles ante el asombro de los alaridos.

Nos arrojamos sobre aquella intención con la señora más sana é impedimos que saliera del sagrado tostón hecha un lugar.

Excusado es decir á aquellas bóvedas lo que ocurrió debajo de ustedes. Todo fué confusión y gritos, blandones que se desmayaban, mujeres que se apagaban al caer, bancos que huían, invitados con las patas desencoladas...

En fin, yo, con el piso de que me tirasen contra el miedo y me aplastasen la Braganza, me planté en la calle de Doña Bárbara de cabeza, lamentando que el fin de mi pobre funeral tuviera un amigo tan desastroso.

Por supuesto que la casa de Don Ramón, á cuya viuda subí después, todavía sigue creyendo que el corazón de la tumba era el propio marido de su gato.

¡Pobrecilla! Indudablemente había perdido el dolor con la fuerza del seso. ¡Y lo peor es que yo, contagiado por aquella razón, noto que también se me ha extraviado la señora!

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

DIBUJO DE XAUDARÓ

ACTUALIDAD EXTRANJERA

Pini y San Malato se batieron en París.

Al *acto* asistió mucha gente: algunos ciudadanos inermes y otros pertrechados de instantáneas, veráscopos, fotogemelos y otros aparatos de destrucción y recreo.

Ambos contendientes lucieron las carnes de medio cuerpo arriba, multiplicando cuanto pudieron los *efectos* de tórax, de dorso y de biceps.

Merced á este feliz y memorable suceso, ya nada nos queda que aprender respecto de los omoplatos de Pini y de las clavículas de San Malato.

Siempre es un consuelo, dada la tendencia á la baja que se observa en los fondos públicos.



EL DUELO PINI-SAN MALATO EN PARÍS

—Mire usted: yo estaré arruinándome lentamente—dice uno de nuestros más distinguidos *snobs*,—pero tengo una placa de 18 por 24 centímetros, en la que se le pueden contar á Pini perfectamente los pelos de la calva.

Y hay quien estima una placa de esas mucho más que una *ídem* de la orden de San Hermenegildo.

Gentes sencillas que se contentan con los hechos ó con las fotografías de los hechos, sin tratar de elevarse á inducciones ni de deducir consecuencias, ni de exponer comentarios; *positivistas*, no de los filosóficos, sino de los fotográficos.

De esos que todos los días nos dan chascos á los que de buena fe leemos las cuartas planas de los diarios. *Hacen falta positivistas*, leemos, y nos regocijamos pensando en que este desdichado país ya ha caído en la cuenta de que los idealistas y los retóricos han sido los causantes de todas sus desgracias.



LA «SOTNIA» DE COSACOS DE EKATERINODAR, ESCOLTA DEL GENERAL KUROPATKINE Photo-Nouvelles



EL ZAR SEGUIDO POR LOS COSACOS DE LA GUARDIA Fot. Boulla

Pero seguimos leyendo, y vemos que donde hacen falta *positivistas* es en las galerías fotográficas.

Así, fuera de ellas, en el Gobierno, en las esferas donde se forja el rayo, siguen imperando los idealistas... y sólo obtenemos negativas.

En cuanto á Pini y San Malato, claro está que no se hicieron pupa, ni mucho menos.

El duelo fué, según costumbre, para mayor gloria y beneficio de los fotógrafos.

Cuando el público ya comenzaba á cansarse de ver posturitas, San Malato dijo que él se había cansado también.

¡Vean ustedes un nuevo procedimiento de arreglar las cuestiones personales!

Hacer que la disputa degenere en *lata*... y asunto concluído.

PASARÁ también algo de esto con la tan aplaudida guerra entre Rusia y el Japón?

Comenzamos á sospecharlo.

Eso va tomando caracteres de tabarra verdaderamente transiberianos. Cristóbal de Castro nos escribe desde San Petersburgo intentando convencernos de que en aquella helada capital todo el mundo arde en deseos de que la contienda sea terrible.

Para reforzar sus argumentos nos envía infinidad de fotografías de cosacos retratándose en actitudes semejantes á la del coro de *Catalina*, aquella venerable zarzuela de donde emanan todos los conocimientos que poseemos relativos al Imperio moscovita.

¡A la lid, á la lid! parecen cantar esos belicosos sujetos del regimiento de Ekaterinodar, preparados para el tiro á la cosaca



RIBERAS DEL RÍO YALÚ, AL NORTE DE PING YANG Photo-Nouvelles

Y no cabe sino exclamar filosóficamente, como los cesantes que pasean por la calle de Floridablanca y plaza de las Cortes:

—Pero señor, ¿en qué parará todo esto?

* * *



EL PRÍNCIPE GORRIÓN

Si os habéis cansado ya de correr y de jugar, venid, sentáos en corro delante de mí, y os contaré lo que le pasó hace unos días á un niño pequeño que yo conozco y que se llama Joaquinito.

Estaba en el jardín de su casa jugando á los soldados con piedrecitas de colores, y al ir á coger algunas más para completar un batallón, vió cerca de él un pajarito que saltaba como si quisiera volar y no pudiese.

Miróle un momento sin pestañear, y luego, acercándosele muy despacito, muy despacito, ¡zas! de una manotada muy fuerte, lo cogió.

¡Qué alegría! ¡Cómo saltó y cantó Joaquinito viendo en sus manos un pájaro tan hermoso! Porque á él le pareció muy hermoso, aunque era un miserable gorrión.

Corrió en seguida á enseñárselo á su mamá, y después quiso darle de comer; pero el pobre pajarillo, con el susto no tenía gana, y no probó ni una migaja. Joaquinito, para intentar el último recurso, le dijo muy serio, amenazándole con un dedo: «¡Mira que si no comes, te morirás!» Pero ni por esas. Entonces lo encerró en una jaula y le puso á la ventana.

Todo el día se lo pasó á su lado, y ni aun quiso salir á paseo para hacerle compañía. Cuando se cansó de mirarle y de hablarle sin conseguir respuesta, cogió un libro de cuentos que le habían dado en el colegio por bueno, y se pasó la tarde leyendo aventuras maravillosas.

Llegó la noche y la hora de que Joaquinito se acostase, y como tenía ya un cariñazo tremendo á su pájaro, después de rezar y dar las buenas noches á sus papás, colgó la jaula en un clavo, enfrente de su cama.



Pues señor, ahora viene lo gordo, lo portentoso de mi cuento, lo que llenó de asombro á mi amiguito, como os hubiera pasado á cualquiera de vosotros; porque como ya no hay hadas ni encantadores, todas las maravillas que nos cuentan de los tiempos en que los había nos parecen invenciones fabulosas, absurdos muy lindos para leídos, pero que nunca ocurren en la vida. Y si por ventura nos ocurre algo á aquellas maravillas parecido, dudamos hasta de nuestros sentidos.

Es el caso que ya estaba Joaquinito casi dormido, cuando vió que la jaula se alargaba, se alargaba hasta llegar al suelo, y el pájaro sacaba la cabeza de entre las alas y crecía, crecía hasta ser tan grande como un hombre.

Lleno de miedo Joaquinito se sentó en la cama, y hasta creo que empezó á gritar y á llorar. Luego miró hacia la jaula con el rabillo del ojo, y vió que el pájaro se había vuelto hombre, y no un hombre cualquiera, sino un hombre alto, guapo y magníficamente vestido; como que parecía un rey ó cosa así.

Mientras el niño empezaba á tranquilizarse, el hombre de la jaula sacó la mano por entre los hierros, abrió la puerta, salió y se acercó á la cama.

—No te asustes—le dijo



á Joaquinito,—que ahora te diré quién soy, y no vengo á hacerte daño, sino á darte las gracias por lo bien que me has tratado y á pedirte un favor.

Joaquinito, tranquilo ya, le escuchaba con la boca abierta.

El hombre-pájaro siguió hablando así:

«Hay en mi país, que está muy lejos de aquí, un rey tan tirano, que todo el mundo le aborrece. Cuando no tiene dinero, se lo roba á sus súbditos. Cuando alguno se resiste á cumplir sus deseos, le aflige con bárbaros castigos. Se vale de la hechicería para vencer á sus enemigos cuando no le bastan para ello las armas; para castigar á los rebeldes y para satisfacer sus menores caprichos. En fin, es el azote de la comarca, y yo soy una de sus víctimas.

«Mi padre era uno de los primeros magnates de la corte y tenía una hija muy hermosa, con la que el rey quiso casarse. Un día se presentó en nuestro palacio seguido de un cortejo deslumbrador, para hacer saber á mi padre su deseo y pedirle la mano de mi hermana. No le pareció nada bien á mi padre el deseo del tirano, que suele matar á sus mujeres cuando se cansa de ellas, y se lo hizo saber con toda franqueza.

»¡Ojalá no lo hubiese hecho nunca!

»Quedóse el monarca al pronto paralizado por la sorpresa que le causó la energía con que mi padre desbarataba sus planes y el descaro con que se lo decía, y luego dió suelta á su cólera, que se desbordó como un torrente. Hizo temblar el palacio con sus patadas y retumbar el aire con sus imprecaciones. Cargó de cadenas á mi desgraciado padre y le sepultó en un sombrío calabozo. A mis hermanos y á mí nos convirtió, evocando sus poderes infernales, en cinco diminutos gorriones, y declaró que sólo nos veríamos libres del encanto y mi padre de la prisión cuando éste consintiese su casamiento con mi hermana. Elisa quiso sacrificarse casándose con el tirano sin que mi padre lo supiese, pero no se lo consentimos.

»Mi padre murió en su prisión á los pocos días. Elisa y mis otros hermanos han ido muriendo también uno tras otro de tristeza, y yo mismo estaba ya á punto de morir, cuando me has cogido esta mañana, haciéndome acariciar la esperanza de recobrar mi ser y figura de hombre. Porque has de saber que hay un medio muy sencillo de lograrlo. Cuando el rey infame lanzó sobre nuestras cabezas su terrible conjuro, un mago amigo nuestro que se encontraba presente, conjurando á su vez secretamente las ocultas potencias del Averno, consiguió que nuestro encanto pudiese ser roto por cualquier niño en cuyas manos cayésemos, por ser gorriones, pues ya se sabe que los niños sois muy aficionados á los pájaros. Y asimismo, que siempre que quisiéramos pudiésemos, con sólo desearlo, recuperar durante media hora nuestra figura natural.

»Gracias á eso he podido aparecer ante ti como soy, como me estás viendo. Si eres tan bueno como pareces y te inspiro la compasión que merezco, cógeme mañana en cuanto te levantes, y sujetándome el cuerpo con una mano, tira con la otra de la cabeza como para arrancármela. Entonces me verás de nuevo como ahora y habrás hecho una obra de caridad, la mayor que puedas hacer en tu vida.»

El niño, conmovido por el relato del príncipe-gorrión, le echó los brazos al cuello, y entre besos y



caricias le dijo: «¡Pues no faltaba más. ¡Ya lo creo! Mañanita muy temprano me levantaré, te sacaré de la jaula y te tiraré de la cabeza hasta que salgas de pájaro.» «Adiós, adiós—le contestó el príncipe,—que se acaba la media hora y tengo que volverme gorrión.»

Se marchó hacia la jaula, y aún no se había vuelto pájaro, cuando ya Joaquinito dormía como un lirón.

De veras lo siento. Pero como no estoy inventando un cuento, sino refiriendo lo que realmente le pasó á mi amiguito, tengo que decir la verdad hasta el fin; y digo que lo siento, porque todos esos cuentos de encantos y de hadas que tanto os gustan, suelen acabar bien, á gusto de todos, menos de las brujas malas, que llevan el castigo que merecen por sus picardías. Y esta historia acaba muy mal como tragedia, y temo que os afligáis.

Pero repito que yo os cuento lo que pasó.

A la mañana siguiente, apenas el primer rayo de sol entró jugueteando por las rendijas de la ventana de su cuarto, Joaquinito se despertó pensando en el pobrecito príncipe. Abrió la ventana, dejando que el aire y la luz entrasen á darle los buenos días, y cogiendo una silla descolgó la jaula en que estaba encerrado su amigo y se puso á cavilar cómo un hombre tan grande podría estar metido en un pajarillo tan pequeño. Después, abriendo la puertecilla, le cogió con mucho cuidado, dejó la jaula en el suelo, se acercó á la ventana, y diciéndole al gorrión con mucho mimo: «Buenos días, príncipe, voy á desencantarte» cogió con una mano el delicado cuerpecillo, y con la otra, ¡zás! dió un tirón tan fuerte de la cabeza, que por poco se queda con ella en la mano. En seguida lo dejó en una silla y se preparó á saltar á los brazos del príncipe en persona. Pero el pajarillo, en vez de volverse hombre, aleteaba y se retorcía sobre el asiento y le miraba con unos ojos tan tristes, que á Joaquinito le dieron ganas de llorar. Creyendo que el tirón no había sido bastante fuerte, volvió á cogerle y á repetir la operación.

Esta vez el pobre pajarillo quedó inerte entre las manos de Joaquinito, que mirándole con fijeza, acabó por darse cuenta de lo que pasaba y se echó á llorar.

Qué, ¿os asombráis? ¿Habiais creído también vosotros que al tirarle de la cabeza el gorrión se iba á trocar en un hermoso príncipe?

Ya os anuncié que el final era triste y que os dejaría descontentos.

Sin embargo, Joaquinito cree todavía algunas veces que desencantó al príncipe, y que éste, ¡qué desagradecido! se hizo invisible al salir del cuerpo del pájaro para no entretenerse en despedidas.



LEMA: ANGELITO

(NÚMERO 10 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

DIBUJOS DE REGIDOR



FIGURAS ESPAÑOLAS

LA VIUDA DE LOS CUCHILLITOS

Yo recuerdo haber visto una vez tan sólo, durante mi infancia, á esta pequeña vieja: ha dejado en mi imaginación como una leyenda de opulencia y de misterio. Su fortuna era inmensa; vivía sola en un caserón viejo, con los balcones saledizos, anchos, que tenían el piso de madera ennegrecida, asegurado por largos zunchos. Yo he visto tan sólo una vez á esta vieja: era pequeñita, arrugada, vestida de negro, como todas estas viejas de pueblo, con la cara blanca, con las manos blancas. No tenía ningún pariente: se llamaba *la Viuda des gañivetets*, es decir, la llamaban así las gentes; *la Viuda de los cuchillitos*. Yo no he tenido curiosidad de preguntar á mis convecinos qué cuchillitos eran éstos que tenía la buena vieja; me parece mejor que este detalle permanezca en el profundo misterio con que su figura aparece ante mis ojos.

¿Qué hacía esta vieja? No salía nunca; se pasaba la vida en estas grandes salas de pueblo que se suceden unas á otras con desniveles de pisos, llenas de estas pequeñas puertas que llaman *surtidores*, y por las cuales pasamos con una secreta curiosidad para entrar en otra estancia misteriosa, con ramos bajo fanales y consolas antiguas.

No hacía nada esta vieja sola en su caserón: un terrible dolor pesaba sobre ella. Años atrás murió el único pariente que tenía en el mundo: era una niña rubia, pálida, delgada. Y esta delgadez, esta cara pálida de la niña inquietaban cada vez más á la vieja. El pueblo entero recuerda aún con una profunda admiración los gastos enormes que la vieja hizo para que la niña no se muriera. Pero la niña estaba cada vez más triste en estas grandes salas de piso desnivelado, con fanales y urnas. Entonces, cuando ya habían venido muchos médicos notables, cuando ya se había recurrido á todo aquí en el pueblo, un día la vieja pequeñita cogió de la mano á la niña pálida y se la llevó á Madrid, á Barcelona y á París. Y la niña pálida no se ponía buena; al contrario, su consunción se fué agravando de tal modo, que estando en Madrid de regreso de París, la buena vieja vió con dolor profundo que su niña se le moría. Y como era terrible morir en una ciudad extraña, lejos de la casa del pueblo, lejos de estos campos verdes y de estas colinas luminosas, la vieja hizo que pusieran un tren especial para ella y para su niña. Y entonces el pueblo, emocionado, vió llegar á hora intempestiva un tren vertiginoso, y vió cómo descendían de él la niña rubia y pálida y la vieja pequeñita vestida con su traje sencillo de merino.

Y la niña murió en la casa anchurosa. Desde entonces, la buena vieja no volvió á salir más que raras veces para ir á alguna de sus casas de campo. Toda su vida la pasaba encerrada en las grandes salas, recogidita, andando silenciosa de un lado para otro, suspirando, pensando en su inmensa fortuna y en la niña rubia que no pudo gozarla...

J. MARTÍNEZ RUIZ

DIBUJO DE ALBERTI

CRÓNICA GRÁFICA

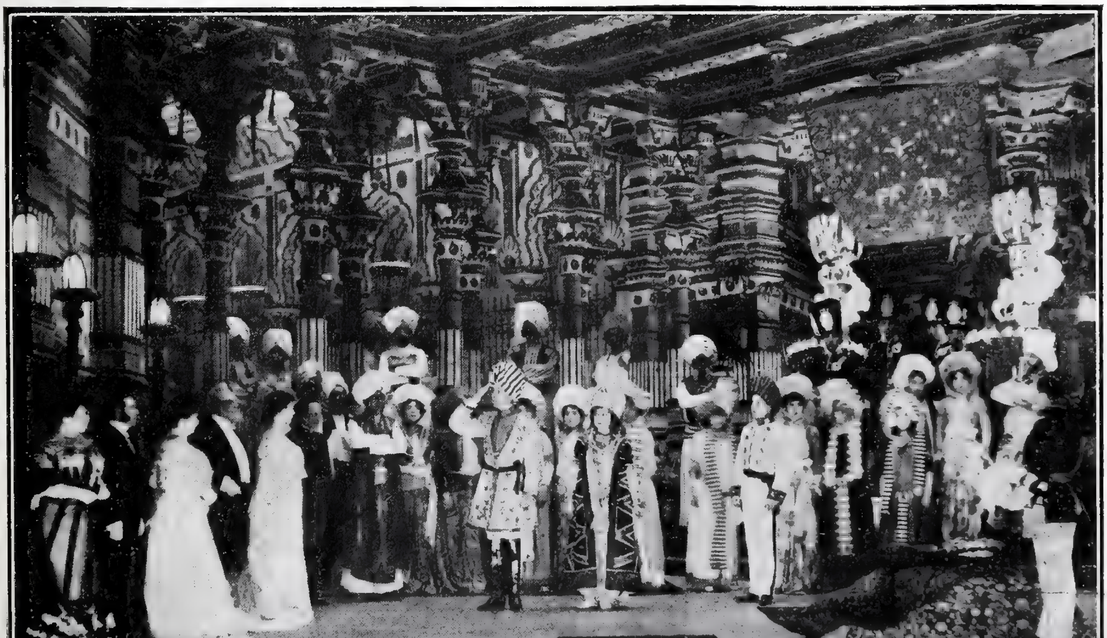


CASAS AMENAZADAS POR EL PEÑÓN DE MEQUINENZA — Fot. Ruiz

Un honrado vecino de Mequinenza nos envía varias vistas fotográficas demostrativas del peligro en que se encuentra esa valiente villa aragonesa, á causa del movimiento de avance que se le ha ocurrido tomar á un peñón que domina bastantes casas del pueblo. Ya ha sido necesario destruir algunas y se teme que el día menos pensado sobrevenga una catástrofe.

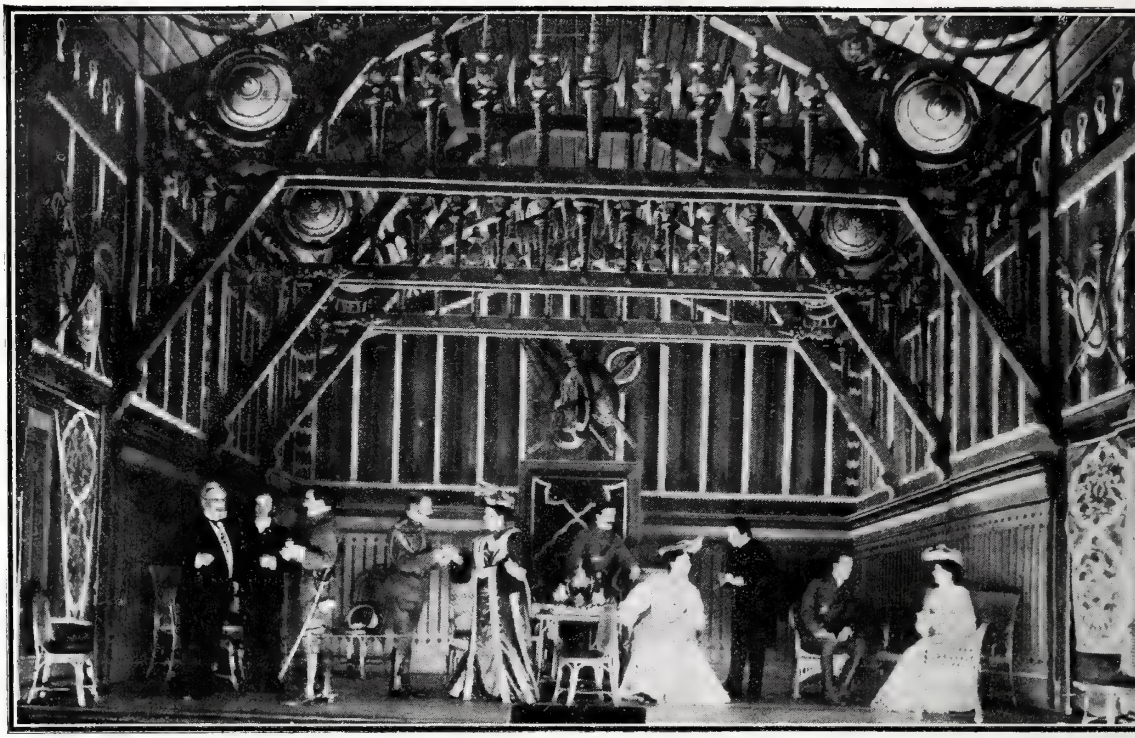
La peña de Mequinenza era como una estribación natural de los baluartes de la importantísima fortaleza que coronaba la montaña á cuyo pie se edificó el pueblo, que es, sin duda, uno de los más antiguos de España, y no posterior á la primera colonización griega, según los historiógrafos. La montaña sirve como de barrera á los ríos Ebro y Segre en el punto de su confluencia, quedando Mequinenza sobre la ribera izquierda del Ebro. Ahora, en vista de que la peña, como buena aragonesa que es, no parece propicia ó cejar en su propósito de derrumbarse, y de que no se tomará tampoco ninguna resolución que evite las desgracias, aguardaremos á que éstas ocurran, y entonces... publicaremos otra fotografía exornada con unas cuantas lamentaciones por las víctimas.

Después de todo, España no es más que una inmensa Mequinenza amenazada desde hace muchos años por una peña próxima á derrumbarse y que todavía no se ha caído; pero cuando se caiga...



«EL DRAGÓN DE FUEGO».—ACTO PRIMERO, CUADRO SEGUNDO: PALACIO DEL REY DEL NIRVÁN

Entre tanto, distraigámonos con el lujo y el aparato de pintura y guardarropía derrochado por la empresa del teatro Español para representar la obra fantástica *El dragón de fuego*, de Jacinto Benavente.



ACTO SEGUNDO. INTERIOR DE LA CASA DEL DUQUE DE FOOK — Fots. Muñoz de Baena

A la hora en que escribimos estas líneas aún no se ha verificado el estreno, ni conocemos la obra por haberla visto en ensayos; sólo sabemos lo que nadie puede ignorar: que el decorado es magnífico y que, como Benavente tiene mucho talento, de seguro que habrá escrito una obra preciosa... y si al público de los estrenos no le gusta, lo sentiremos por el público.

Pocas veces se ha presentado obra alguna en el teatro Español ni en ningún otro de Madrid con mayor esplendidez y gusto.

La primera decoración, que representa un arrabal de una ciudad del Nirván, país imaginario que se supone existente en la India; las que figuran un salón de fiestas y una sala de recepción en el palacio real del Nirván; el interior de la casa del duque de Fook, general en jefe de las tropas de Silandia, país también imaginario, pero que se parece á la Gran Bretaña como una nación rapaz á otra de la misma calidad; el salón de un gran hotel en la capital de Silandia; la cabaña en el campo del Nirván; la selva sagrada de Sindra y la gran terraza de los elefantes en el palacio de Sindra, son verdaderos cuadros de extraordinario efecto plástico y de gran mérito pictórico.

En la representación toman parte treinta actrices y actores y ochenta y cinco personas de acompañamiento.

Cerramos esta crónica con una caricatura de Benavente, trazada por Sancha con su espiritualidad característica.

* * *

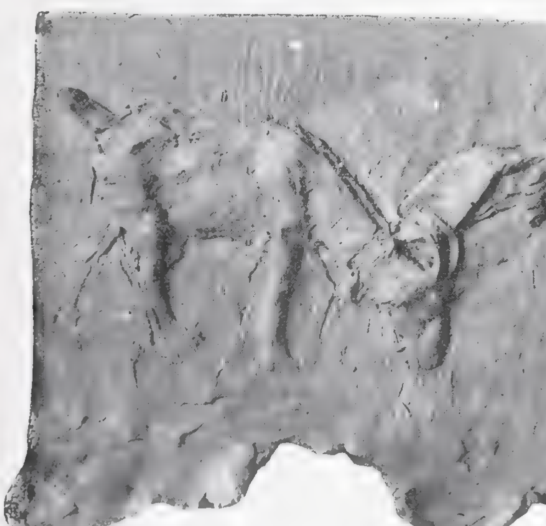


CARICATURA DE JACINTO BENAVENTE, POR SANCHA

ORO VIEJO

SONETO DE D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA
A DOÑA MARINA DE ARAGÓN, HIJA DEL CONDE DE RIBAGORZA

En la fuente más clara y apartada
del monte al casto coro consagrado,
vi entre las nueve hermanas asentada
una hermosa ninfa al diestro lado.
En cabello se estaba, coronada
de verde hiedra y arrayán mezclado,
en traje extraño y lengua desusada,
dando y quitando leyes á su grado.
Vi cómo sobre todas parecía,
que no fué poco ver, hombre mortal,
inmortal hermosura y voz divina,
y conocila ser doña Marina,
la que el cielo dió al mundo por señal
de la parte mejor que en sí tenía.

BAJORRELIEVE DE COULLANT VALERA

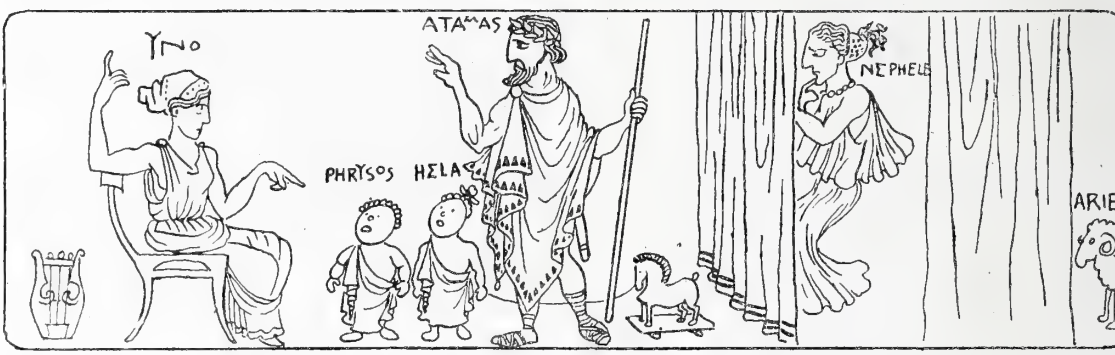
ZODIACADA MENSUAL

MARZO. ARIES

En realidad, ni Aries es el signo de Marzo, sino el del equinoccio de primavera, ni debería mencionársele en tercer lugar, después de Acuario y Piscis, puesto que la primavera es la infancia del año, y en ese equinoccio debiera comenzarse la cuenta del año nuevo si no anduvieran las cosas tan trastrocadas y revueltas como andan, tanto en la tierra cuanto en los demás cuerpos del sistema planetario.

¿Desean ustedes saber quién es Aries? Los latinistas saben muy bien que *Aries* significa el carnero: pero hay mucha gente para quien Aries no pasa de la categoría de un carnero vulgar, despreciable y prosaico; grosero error que es menester disipar, pues se trata nada menos que del carnero más considerable y extraño de la Historia ó, mejor, de la leyenda. Aries, ¡sépanlo y estremézcanse los que lo ignoren! es el carnero de las lanas áureas, el que tuvo por piel el vellocino ó toisón de oro, codiciado y perseguido por los audaces argonautas. Nada menos.

Antiquísima es la historia del tal carnero, que aparece desempeñando un papel importante en el *Rig-Veda*, esto es, en el primero y más viejo de los libros sagrados indios. Su figura en los más antiguos monumentos griegos es la de un morueco de lanas largas ó churras, dato que á algunos mitólogos les ha parecido indicio de que ese animalito representaba el agua de las nubes cayendo á chaparrón sobre la tierra. La misma idea de fecundidad primaveral parece que debió de inducir á los astrónomos á dar el nombre de Aries á esta constelación del equinoccio primero.



Los griegos, que despreciaban las vaguedades, convirtieron al carnero en un animal fabuloso con lanas áureas y le hicieron protagonista de la leyenda de Frisos y Hela, hijos de la diosa Nefelé (que significa nube) y del inconstante Atamas, rey de Orchomenes.

Parece ser que el Sr. de Atamas, aun cuando estaba casado con una diosa, hubo de cansarse de diosa á todo pasto; repudióla y se casó con la señora Ino, la cual le dió otras dos criaturas llamadas Learkos y Melikerte. Como sucede siempre en casos tales, la madrastra Ino hizo cuanto en su mano estuvo por fastidiar á los hijos del primer matrimonio, é inventó la infame trama de que era necesario sacrificar á uno de ellos para remediar el hambre y la subida de los cambios, que á la sazón afligían al pueblo orchomenio, ni más ni menos que si Atamas hubiera nacido en Palma de Mallorca.

Ya estaba Atamas resuelto á sacrificar al muchacho, cuando Ino, que vigilaba, como buena madre, envió al lugar de la ocurrencia á nuestro amigo el carnero de las lanas de oro, el cual, además de poseer esta maravillosa cualidad, reunía las del Santos-Dumont núm. 9 y las del submarino más perfecto, con las del más poderoso automóvil de Mors ó de Panhard & Levassor. Unas veces por los aires, otras por la tierra y otras por bajo de las aguas, transportó en su lomo á los dos hijos de Atamas y de Nefelé,



sin más percance que el de haberse quedado la chica, Hela, en el fondo del mar, porque, según parece, estaba enamorada de Neptuno, y al quedarse allí dió su nombre al Helesponto ó mar de Hela, y también á la Hélade ó Grecia y á los apreciables helenos ó griegos. Salvóse, pues, el chico, Frisos, y al llegar á la isla de Aa, ¿qué dirán ustedes que se le ocurrió? Lo que á todos los ingratos: quitar el pellejo á su bienhechor, después de haberle matado, no sabemos si á disgustos... y consagrar el carnero á Zeus, regalando el vellocino al rey de aquella tierra, Netes, quien no pudo menos de hacer su yerno á Frisos, en premio á tan rico presente. El vellocino de oro fué colgado de una encina en un bosque, consagrado á Marte y puesto bajo la guarda de un terrible dragón... pero más vale que no nos metamos en la historia del Vellocino, que es muy larga y muy ancha. Quédese para mejor ocasión, y ustedes perdonen.

W. & B.



MI LANCHA

I

Mirando al cielo azul, al mar sereno,
mi corazón se ensancha...
¿Que hay impurezas en la tierra? ¡Bueno!
¡Ahí, en la orilla, tengo yo mi lancha!
Pláceme en ella aventurarme á solas
cantando mis querellas
y viendo en el espejo de las olas
reflejado el fulgor de las estrellas.
Y mientras de mis remos van aprisa
borrándose los rastros,
su frescura de paz me da la brisa,
su corona de luz me dan los astros.
¡Oh libertad! ¡Mientras, conmigo á solas,
del corazón en lo profundo vibres,
déjame oir el himno de las olas,
el himno eterno de las almas libres!

II

Todo en el mundo es triste y es pequeño,
palacios y cabañas.
Cerrando el horizonte á nuestro ensueño,
nos cercan las montañas.
En el campo raíces venenosas
plantó el árbol humano;
si la rosa es hermana de las rosas,
el hombre de los hombres no es hermano.
En valles y montañas, nada resta
de la égloga inocente:
y es cada humano en la ciudad funesta
como una llama del volcán rugiente.
¿Por qué esta lucha fratricida entabla
la humana grey en triste desconcierto?
¡Marchemos todos en la misma tabla,
ya que marchamos hacia el mismo puerto!

III

Cada hombre tiene en la arenosa orilla
su lancha preparada,
y en cielo y mar incitadora brilla,
Musa de paz, la libertad soñada.
Tiene esta Musa, bella entre las bellas,
rayos de sol por plumas,
y tiene como joyas las estrellas
y tiene por encajes las espumas.
Los que sentís el ansia de otra vida
más pura y más serena,
buscad la Musa que á la paz convida,
que cielo y mar con sus contornos llena.
Ella dará lo que en la tierra falta
al corazón que un ideal demande.
¡Ella, imposible de humillar, por alta!
¡Ella, imposible de abrazar, por grande!

IV

Gozoso voy bajo tu regio manto,
Musa de paz y amores,
y en ti olvido el dolor, el desencanto,
miserias y ruindades y rencores.
Dejo á los hombres en su torpe guerra
y busco en ti consuelo;
huyendo las negruras de la tierra,
voy por tu seno azul mirando al cielo.
Otros luchan por grandes ambiciones
y por empeños graves,
llegando, por ligarse á sus pasiones,
hasta quemar, como Cortés, sus naves.
Mientras la humanidad su esfera ensancha
forjando afanes y buscando honores,
yo me conformo con la pobre lancha
donde tengo escondidos mis amores.

DIBUJO DE MARTINEZ ABADES

RICARDO S. CATARINEU

LA ZARABANDA



Era aquella tarde de Febrero tan apacible, que fray Cirilo, predicador de los jerónimos y de los de campanillas por aquellos años, y D. Diego de Sandoval, del Consejo Real, hombre importante y severísimo, bajaron del coche y se internaron por las aún deshojadas alamedas que alegran entrambas orillas del Manzanares.

—¿Dónde predica su paternidad ogaño la reparación para la Santa Cuaresma?

—En el Carmen, si Dios fuese servido.

—Pues yo le daré trigo á mano con que pueda, amén de las virtudes, ciencia y experiencia, hacer un elegante servicio á Dios, á los hombres, y aún diré que á todos estos reinos.

—¿Es algún punto de doctrina, que á mi señor D. Diego se le ha ofrecido?

—No es de doctrina, sino de costumbres.

—Allá, allá se andan. *¡Opera, non verba!* A este ejemplarísimo punto agregó nuestro padre San Bernardo...

—Sé lo que dice esa columna de la santa Fe. Mas enderece su reverencia los oídos, que es cosa que atañe á la salvación de las almas. No se esconden á sus inquisidoras miradas los infinitos males que á la cristiandad ha traído y trae cierto bailecico inventado por el enemigo del género humano, tan arraigado ya, que no hay casa donde no meta con su condenada raíz la pestilencia.

—La zarabanda. Ahí se estrellan los púlpitos, se vuelven agua los penitentes, se quiebran y embotan las saetas de la Fe. ¡Oh corazones endurecidos!

—Ya se iba desterrando y aniquilando, cuando ha venido á resucitarle esa comedianta, María Benavente, que llaman la *Toledana*, que está revolviendo el juicio á nobles y á villanos. No hay ojos sino para mirarla, ni lengua sino para ensalzarla, ni voluntad sino para imitar sus gestos de perdición. Forman su corte ordinaria nobles galancetes como D. Luis de Guzmán, D. Felipe de Haro, D. Carlos de Hinojosa, y cien otros, entregados como gentiles al entretenimiento de la poesía. Y más barrunto: que la Católica Majestad anda algo embebida en estas carantoñas del baile.

—Me espanta la sospecha. ¿Tal es la condenada criatura, que osó clavar sus dardos...?

—Tal es, padre Cirilo, que de haberla visto San Hierónimo, aún con mayor bravura clamara contra las mujeres, puestas en el mundo para perder las almas. Yo también fuí al Corral un día...

—¿Vos? ¡Con sesenta y seis bien sonados...!

—Fuí para conocer hasta dónde ha calado el mal. ¡Ah Padre! El daño es más hondo de lo que yo imaginaba. ¡Qué gracia infernal, qué meneos, qué monadas, qué arcadas tan á tiempo y compás, qué dulzor en los ojos, qué blancura en los dientes, qué suavidad en el rostro, qué hormigueo en los pies, qué alentar del pecho, qué...!

—Paso, mi señor don Diego. San Ambrosio dice que no ha de probarse el sarmiento al fuego: seco ó verde, siempre arderá.

—No quisiera que la *Toledana* siga haciendo tal destrozo en las almas. Todos van, la ven todos, y todos se pierden. Ha ido al Consejo en consulta un memorial del gremio de cuchilleros pidiendo la supresión del baile en calles, plazas, casas y corrales; y para mover los ánimos á tan santo fin y disponerlos á que pidan y aprieten en el negocio, es necesario que su reverencia también apriete en el púlpito.

—Que me place; y aún pintaré con negrísimos colores los tormentos que están aparejados á los que van al infierno por un poco de zarabanda.

* * *

Acabada la cena y rezado el rosario, el consejero D. Diego de Sandoval entró en su despacho, donde le esperaba el paje de bolsa. Puesta la pantalla de latón de modo que no le diese en la cara la luz de las cuatro anchas piqueras del velón, que con su redondo pedestal llenaba media mesa, fué revolviendo el papelorio y dictando al paje notas breves para su relación en el Consejo.

En lo más enfrascado del negocio, aparentando cierta severa frialdad, díjole al paje:

—¿Fuiste al Corral esta tarde?

—Ah, sí, señor.

—¿Hablaste con esa desgraciada?

—Hablé. Díle cuenta del memorial y de la mala disposición del ministro. Mas ella fía mucho en el favor de D. Luis de Guzmán y D. Felipe de Haro con el príncipe.

—¡Oh juventud, siempre descarriada! Y... ¿nada más te dijo?

—Díjome que pedía licencia para venir á vuestra casa, lunes de antruejo por la noche, en compañía de sus dueñas y escuderos, para besar vuestras manos y defender la zarabanda, que ella juzga la condenáis sin conocerla.

—A mi casa... ¡Qué atrevimiento! Tú responderías á esa iniquidad...

—¡Perdón! Yo respondí que sería agradablemente recibida y aun regalada, siempre que la visita se hiciese con el mayor secreto.

—Pues si has dado tu palabra, que es la mía, yo no puedo recogerla. Venga esa *Toledana* y defiéndase, aunque no he de cejar un punto en mi condenación.

A las diez, todo el mundo se recogió á sus lechos en aquel caserón del barrio de Segovia. La vivienda se parecía al dueño en lo grande, en lo vieja, en lo fría, en el tono parsimonioso de austeridad.

Así habló el grave consejero con doña Clara de Montoya, su mujer, aquella noche:

—Tengo determinado que pasado mañana, vos y nuestra hija doña Esperancita vayais á Toledo. Vuestro tío el beneficiado no anda muy sano después de haber traspasado la cumbre de los ochenta, y no quisiera que los parientes de Illescas se alzasen con la hacienda que para vos ha de ser, según su voluntad bien manifiesta. Así que mañana se preparará todo, y partiréis con la bendición de Dios y la mía.

—Así se hará, como vos queréis.

* * *

Lunes de antruejo, á las diez, mandó el consejero que se recogiesen las dueñas, los pajes—menos dos de ellos,—la esclava mulata y el mozo de puerta. El negro quedó en este servicio, harto espantado. A poco llamaron: abrió el negro, bajaron los pajes de hachas, y entraron una dama tapada, seis dueñas con mantos y tocas hasta los pies, y tres escuderos. Subieron las damas, y en el portal quedaron los escuderos. Al llegar al estrado, todas hicieron profunda reverencia al consejero. La *Toledana* quiso besarle las manos, cosa que él no consintió; antes la llevó al estrado con mucha pompa y autoridad.

—Tengo enemigos crueles, señor don Diego de mi alma; y para mostraros con cuán injusta saña me persiguen, he venido exponiendo mi reputación y la de estas ancianas dueñas, no acostumbradas á tales visiteos y trasnoches. Mande alumbrar este salón, y verá maravillas.

—¡Hola! Luces.

Y también mandó que llevaran ciertas frutillas de sartén, algunos alfajores y torta de almendras, amén de unas garrafas henchidas de viejo Cariñena, con que las dueñas se alborotaron.

Una de éstas sacó una vihuela que debajo del manto llevaba, templó y entonó sus cuerdas, y cuando estuvo á punto, la *Toledana* cantó ciertas tonadillas que alegraron sobremanera á todo el concurso. Volvieron á brindar, y ya el señor consejero daba á entender su regocijo.

La *Toledana* conoció que habían llegado al punto crudo de su negocio, y echando al suelo el manto, se ofreció á todas las miradas tal como en el Corral aparecía. El mismo D. Diego se embelesó y brindó largamente. Comenzó la zarabanda. Ningún baile del mundo tuvo como aquél la endiablada eficacia de volver loca á la gente. La *Toledana* provocó, incitó, convidó de tal manera al noble consejero, que sin poder valerse, y rotos los frenos de la voluntad, ¡oh negro prodigio! salió bailando, haciendo tercio á la infernal bailarina.

Las dueñas se destocaron y aparecieron tal como eran: tres damas de la compañía y los tres galancetes D. Luis de Guzmán, D. Felipe de Haro y D. Carlos de Hinojosa. Con este refuerzo siguió la zarabanda, aunque el consejero se quedó espantado. Las dueñas de la casa, levantadas al son, trabaron de la mano á pajes y escuderos y la emprendieron con el baile, que todas lo sabían de memoria, y hasta el negro y la mulata se descoyuntaron lindamente. No quedó un solo cuerpo sin bailar, á no ser el loro de Indias, única persona de juicio que había en la casa, porque despertado con el estruendo, comenzó á canturrear su relación de la mañana:



—¡Bendito y alabado...!

Al fin, todos se aquietaron y enmudecieron con harto temor, al oir que, á las altas horas, un alcalde de casa y corte daba recios varazos en la puerta.

* * *

El memorial aquél pasó en consulta, y fué decretado de puño y letra del monarca.

Que D. Diego de Sandoval haga lo que le parezca, ya que es entendido en esto de la zarabanda. Y hágalo pronto, porque sé que ha de irse á Toledo á recoger y cuidar la hacienda de su tío el beneficiado.—Yo el Rey.»

Al leer esto, el pobre consejero creyó que el mundo se le caía encima y lo aplastaba.—¡En desgracia! ¡Desterrado!—dijo, y cayó fulminado como de un golpe de maza.

A esa misma hora, fray Cirilo daba voces en el púlpito:—¡No probéis el sarmiento al fuego; seco ó verde, siempre arderá! Esto dice San Ambrosio.

José NOGALES

DIBUJOS DE E. ESTEVAN

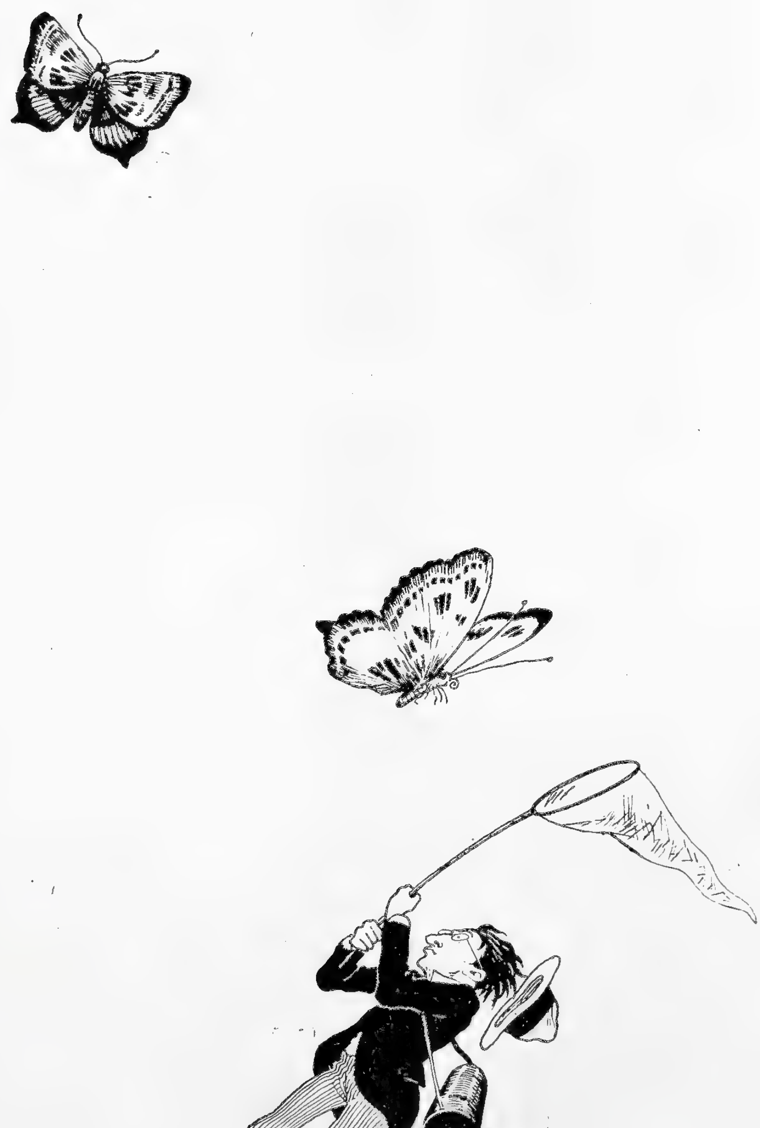


EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA BAILE. Modelo de la casa Martial y Armand. Es de «piel de seda» rosa pálido. Falda guarnecida de dos volantes montados con frunces y recubiertos con encaje de Brujas Cuerpo escotado bajo. Cinturón «liberty» rosa.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 26 Marzo 1904. N.º 673

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

No le seguían los magnates, ni los delegados del César romano, opresores altivos en las ciudades y los campos, y siervos sumisos en el palacio del gobernador de Judea.

No le seguían los sacerdotes del culto antiguo, simoniacos que convirtieron la casa de oración en lonja de traficantes.

No le seguían los centuriones y los legionarios que llevaban á las provincias las águilas del Imperio más como aves de rapiña que como blasón del gobierno.

No le seguían los ricos, bien hallados con las riquezas que poseían contra la ley natural y la ley nueva, que hacen á los hombres hermanos y partícipes de los bienes como de los males de la tierra.

No le seguían los mercaderes que lograban su provecho de las vanidades mundanas, y nada podían esperar de la humildad evangélica.

No le seguían la magnificencia del poder, el estrépito de las armas, el brillo de las veneras, el acecho de los logreros, la corte de aduladores y ambiciosos que acompañan á los conquistadores de tierras ó coronas.

Era un conquistador de almas, pobre y perseguido, y le seguían los que con anhelos secretos, sólo entrevistos en las austeridades socráticas, sentían la necesidad de un alma nueva para el hombre, apartada y desprendida de las tosquedades materiales del paganismo.

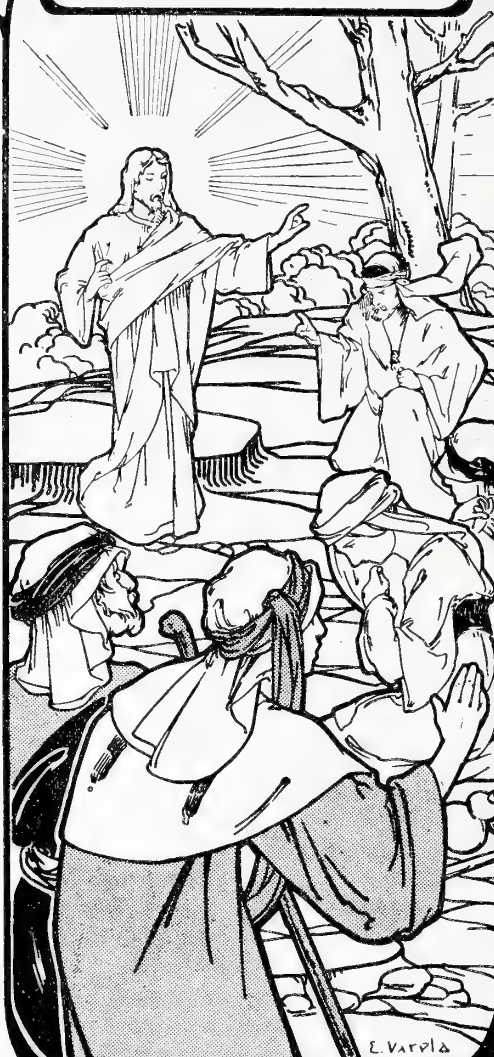
Le seguían los pobres como él, porque ellos padecían la injusticia de la desigualdad.

Le seguían los humildes como él, porque ellos padecían la injuria de la soberbia.

Le seguían los mansos como él, porque ellos padecían el azote de los osados.

Jesús los congregó en unión de los apóstoles, escogidos entre míseros trabajadores para santificar así el trabajo, mostrándolo á las gentes como instrumento de la redención humana.

Y subiendo á la montaña, significación de las altezas morales de la doctrina que había de alejar al hombre de las bajuras y mezquindades de la tierra, les predicó aquel sermón sobrehumano, suma de las doctrinas evangélicas, catálogo de las virtudes cristianas, consuelo de las aflicciones del espíritu, pacificación de las pasiones carnales y engendramiento del alma nueva de la humanidad.



Confortó á los perseguidos prometiendo la hartura de justicia.

Refrenó á los soberbios prometiendo la bienaventuranza á los pacíficos.

Realzó á los bajos y abatió á los altos enseñándoles que todos eran iguales ante el Padre celestial.

Condenó á los opresores prometiendo á los mansos la posesión de tierra.

Reprobó á los egoístas prometiendo la misericordia á los misericordiosos.

Consoló á los pobres enseñándolos el desprecio de las riquezas.

Y con aquellas palabras de dulzura y persuasión, armas incruentas que pasan los corazones sin rasgar la carne, y con aquella modesta túnica por manto imperial, y con aquella caña por cetro, Jesús consumó la revolución más profunda que se ha operado en la humanidad. No la revolución inútil que arranca á un tirano la corona para colocarla en la cabeza de otro tirano. Fué la revolución del espíritu, la que quitó á la bestia humana el trono de la tierra para dárselo al hombre purificado.

Los apóstoles se desparramaron por el mundo predicando el Evangelio. Los mártires entregaban el cuello á la muerte perdonando á sus verdugos y confesando á Cristo. Los fieles, acosados, se escondían en las profundidades de las catacumbas para elevar los corazones á la pureza de la nueva moral.

El cristianismo se propagaba y subía desde las hondonadas á las cimas de la sociedad, desde la plebe á los príncipes. No eran ya los pescadores de Galilea, no las bandadas de miserables y desvalidos que hallaban en él esperanzas de desquite para sus infortunios; no las turbas de chicuelos, acompañantes de todo bullicio y perseguidores de toda novedad; no los lisiados que le pedían curación; no las mujeres pecadoras que buscaban en la piedad cristiana disculpa á sus extravíos.

Le seguían los ricos, los altos, los poderosos, los príncipes, los reyes, los emperadores. Los poderosos de la tierra se postraban ante el Hijo del carpintero nazareno, se abrazaban á la cruz, se convertían á su Iglesia, se hacían siervos de su Vicario, esgrimían sus espadas en su defensa, proclamaban su religión en sus estados, y perseguían á sus enemigos con la misma cólera con que los

Césares persiguieron á los primeros cristianos.

¡Ojalá nunca el cristianismo hubiera vestido púrpuras, ni llevado coronas, ni ceñido espadas! Su espíritu original se ha desvanecido y sus virtudes se han disipado entre las grandezas, compañeras de las pasiones mundanas. Las aguas frescas y cristalinas que salieron de aquel manantial, se han enturbiado al pasar por las impurezas de la tierra.

¡Qué lejos están de su fuente purísima!

Por algo el Maestro llamaba á sí á los inocentes y quería acompañarse de los desvalidos. Para ellos era su amor.

¿Dónde está ya aquella sublime moral de la paz y la fraternidad entre los hombres, del perdón de las injurias, de la exaltación de los pacíficos, de la misericordia de los fuertes, de la resignación de los desventurados y del desapropio de los bienes terrenales?



Mírese á la sociedad del siglo actual y aun de los siglos pasados. Lleva el nombre de cristiana en la frente. Pero ¿quién encuentra el cristianismo en su corazón? Tiene la señal de la cruz. Pero ¿dónde está la señal del sacrificio? La virtud del Cristo que se sacrificó por la justicia y por el bien del prójimo, es alabada con cánticos y bendecida con rezos. Pero ¿cuántos la imitan?

Los imperios se fundan en la fuerza, como en los tiempos bárbaros. Y como en los tiempos bárbaros continúan las guerras, contra la enseñanza del que predicaba la paz entre los hombres.

Los estados grandes despojan á los pequeños de lo suyo con violencia en las cosas y en las personas; robo calificado, público, y no sólo impune, sino apoyado y aplaudido. El sosiego de las naciones depende, más que de la razón, del miedo.

Los sucesores de los apóstoles, los pastores de la Iglesia cristiana piden ya solemnemente el castigo de las injurias y la persecución de los injuriadores, contra la sublime mansedumbre de aquél que presentó la mejilla á los que le abofeteaban.

Y los pastores del Estado, los erigidos en autoridad para regir los pueblos, llaman arte habilidoso de gobierno á los dolos, engaños, perfidias y asechanzas, haciendo de la mentira una profesión pagada y reverenciada.

La idolatría del becerro de oro ha vuelto á los corazones. El mundo entero le levanta altares y le adora como el pueblo de Moisés.

El oro se lleva la fe, el amor y las oraciones de los vivos. Las concupiscencias y goces de lo material acaban con los placeres puros del espíritu.

Por la extensión del comercio se mueven más guerras que por el honor de las naciones. Por la ganancia y la riqueza se rompe la paz, se corrompen las almas, se venden los cuerpos, se matan los hombres, se deshonran las mujeres, se encrespan las pasiones, se endurecen los afectos, y todos se hacen egoístas, injustos y despiadados. Olvidan la parábola del rico avariento, cuyo corazón de metal fué á fundirse en el fuego eterno, porque antes entrará un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo.

En la redondez de la tierra, desde la mina profunda á las cumbres supremas, vencen el audaz al pacífico, el alegre al cuitado, el fuerte al virtuoso, el intrigante al bueno, el rico al pobre y el vanidoso al modesto.

Y parece que se oye en el seno de la sociedad cristiana una voz triunfante, un coro infernal que predica el segundo sermón de la montaña maldita, amasado con sangre, oro y lágrimas.

Bienaventurados los fuertes, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los duros de corazón, porque ellos no llorarán. Bienaventurados los iracundos, porque ellos serán respetados de los mansos. Bienaventurados los injustos, porque ellos se llevarán lo suyo y lo ajeno. Bienaventurados los injuriadores, porque ellos serán perdonados. Bienaventurados los impuros de alma, porque para ellos serán los goces de la carne. Bienaventurados los que poseen, porque ellos no necesitarán de la misericordia. Bienaventurados los incrédulos, porque ellos no serán engañados.

Tal es la suma del evangelio práctico de la humanidad, catálogo de las virtudes eficaces para conducir á la gloria terrenal.

Si Jesús predicara otra vez su sermón de la montaña, ¿cuántos oyentes hallaría entre los millones de hombres que creen ser cristianos? Entre la moral presente y la de Jesús, hay más distancia y más vicios que entre la moral de Jesús y la pagana.

DIBUJOS DE VARELA

EUGENIO SELLÉS



LOS BRAZOS DE LA CRUZ

DESDE lo alto del monte de las Calaveras, Jerusalén aparecía risueña y tranquila. De entre su encalado caserío brotaban lentas humaredas azules que, abandonándose al viento de la tarde, flotaban sobre las blancas azoteas ó se prendían en los colgantes ramos de los datileros. Ningún rumor turbaba el sosiego de la ciudad deicida. Sólo de vez en cuando una risa infantil restallaba y moría en el aire tranquilo, y al contemplar intactos el alto templo, el palacio del procónsul, las vastas moradas de los sacerdotes, los discípulos que siguieron al Rabí en su martirio se asombraban, pues en su fe sencilla creyeron que el primer dolor sufrido por Jesús traería consigo el aniquilamiento del mundo. Y entretanto, el suplicio continuaba, ordenado, metódico, siguiendo versículo por versículo las predicciones de los profetas. El Hijo del hombre se veía escarnecido con las burlas soeces de los hebreos, mientras los soldados romanos, aquellos extranjeros cubiertos de armaduras lucientes, le rodeaban tranquilos, cumplidores fieles de un deber inexorable. Luego la soldadesca despojaba al Santo de sus vestiduras y el azar de los dados repartía entre los verdugos el manto y la blanca túnica inconsútil que flotó sobre las aguas galileas y se perfumó con el nardo de la piadosa cortesana. Después los sayones acostaron al Rabí sobre la cruz y los discípulos oyeron martillazos, ahogados primero al perforar la elástica carne de los pies y de las manos, más secos y vibradores al agujerear la dura madera. Y al fin, cumpliéndose las Escrituras, la cruz emergió de entre la muchedumbre, se balanceó un momento, se irguió vacilante, y afianzándose en tierra, apareció negra sobre el cielo soleado, extendiendo á un lado y otro del cuerpo del Rabí sus rígidos brazos divergentes.

Poco á poco, y según se acercaba la muerte, fueron naciendo en los labios de Jesús palabras llenas de bondad, de desaliento, de amargura, que descendían sobre Juan, la madre virginal, las piadosas mujeres y María la pecadora, quienes lloraban al pie de la cruz. Aquellas frases postreras pasaban de boca en boca hasta llegar confusas y truncadas á los discípulos, que asistían desde lejos á la agonía del Maestro. Eran aquellos discípulos los más humildes y formaban una multitud de hombres y mujeres harapientos, empolvados, temerosos, de aspecto hosco y poco tranquilizador. No poseían la doctrina del Rabí en toda su pureza, y sus espíritus mezclaban las máximas del Nazareno con supersticiones idolátricas y recuerdos de gentílicas tradiciones. Eran los partidarios más ardientes de Jesús, y todos, esclavos fugitivos, marineros, pastores que dejaron sus rebaños, infelices mujerzuelas de encantos marchitos, caminantes, hubiesen atacado á los verdugos á no impedírselo el recuerdo de la mansedumbre del Maestro. En su amor hacia el Rabí dominaron su timidez, y acercándose poco á poco á la cruz, pudieron escuchar las frases del agonizante. Sus bocas gemebundas las repetían en voz baja, y los susurros corrían por el grupo.

—Tiene sed—murmuró llorosa Gomer la pecadora,—tiene sed. ¡Oh! si yo estuviese en el lugar de María la de Magdala, bebería mi llanto, mi sangre... pero María tuvo siempre el corazón tan seco como la arena. Muchas veces hube de consolar á sus amantes.

—Tiene sed—sollozó Abisai el pastor.—¡Oh! mis ovejas de ubres repletas, ¿dónde estáis que no acudís? ¡Malditas, malditas...! que el lobo os muerda y os destroce, que vuestros hijos mueran de sed y vosotras no podáis socorrerlos.

Y diciendo esto, el pastor se arrojó por tierra gimiendo, mientras los otros discípulos lloraban, y Bartimeo, el ciego de Jericó, á quien Jesús tornó á la alegría de la luz, volvía á cegar sus ojos resucitados con el velo tupido de sus lágrimas. De pronto el sol desapareció del cielo, las piedras desgarraron sus entrañas, y los sepulcros, abriendo sus fauces, devolvieron los muertos que resucitaban. Retumbó el estrépito horrible del trueno y sobre la confusión que cayó sobre el mundo resonó una voz clamadora, potente, sobrehumana. Después la creación enmudeció, y en el silencio universal sólo se oyeron al pie de la cruz profundos ayes maternales. Los discípulos se habían postrado de rodillas, y temerosos balbuceaban ruegos, mezclando el nombre del Rabí con invocaciones al viejo Jehovah. Mas pasada la primera impresión de pavor, se interrogaron unos á otros.

—¿Oísteis lo que dijo?—preguntó Gomer secándose los ojos.

—Todo está consumado—repuso Bartimeo;—todo acabó.

—No dijo eso—interrumpió Abisai.—El Rabí no pudo decir eso. Sólo dió una gran voz, y murió.

Pero Bartimeo sostuvo la verdad de sus palabras, y la discusión, extendiéndose, dividió la turba de los discípulos, que no pudieron ponerse de acuerdo. Y mientras bajaban hacia Jerusalén, muchedumbre andrajosa y vocinglera, un relámpago dividió las tinieblas, recortando sobre la tierra ensangrentada la silueta rígida y negra de los brazos de la cruz que huían divergentes.

MAURICIO LOPEZ ROBERTS

DIBUJO DE REGIDOR



PLEIN AIR

Ha comenzado la época feliz del año para los paisajistas de verdad, pues no todos tienen la valentía del maestro Morera, que se pasa uno ó varios inviernos arrecido entre las nieves de Guadarrama ó de Somosierra para pintar en *plein air*, ó mejor dicho en *pleine neige:* ni tampoco son, gracias á Dios, muchos los imitadores del distinguido acuarelista D. Antonio Maura y Montaner, á quien los ardores de una derrota parlamentaria y los sofocos de una crisis inminente no le quitan el humor para largarse al Pardo, con un frío horroroso y un cierzo de mil demonios, y dedicarse allí filosóficamente á pintar una plácida y sencilla acuarela.

Son pocos los paisajistas españoles (dicho sea sin ofender á nadie) que sepan ó gusten de transmitir al público el poético y suave encanto del paisaje invernal. Hasta el mes de los Santos, con eso de las hojas secas y de los surcos y baches enaguarchados, se defienden muy regularmente; pero en cuanto los troncos comienzan á ennegrecerse y el terral á ponerse duro y desagradable de tono, y los caminos á volverse de color de pan mal cocido, el paisajista se encierra en el estudio y vive de recuerdos, gracias á la pipa y á la charla logra sostenerse hasta la primavera.

Llegan, por fin, las primeras hojas y las primeras flores, y tras la primavera que brota de árboles, plantas y hierbas, emergen el carmín y el cobalto, el cadmio y el siena de los tubos de pintura, y el galguito que suele verse en las tapaderas de éstos endereza las orejas al verse en libertad gozando las caricias del aire y del sol.

El estudioso enjambre de los paisajistas primaverales comienza á inundar bosques y prados al mismo tiempo que el enjambre zumbador de las abejas, y amenaza cubrir todas las paredes del mundo con metros y más metros de tela esmaltada de verdegueantes frondas y de tempranas floraciones. Todos los artistas buscan el efecto decisivo, la pincelada brillante, avasalladora, el golpe de luz cruda que hiera los ojos ó el de profunda y recatada sombra que los halague.

Pero no son ya los paisajistas solos quienes se lanzan al campo con su caja y su inspiración. También los pintores de figura buscan y persiguen el *plein air*, ganosos de descubrir nuevos y nunca vistos efectos de luz, ó bien de *arropar* y defender á la figura con un fondo de jugosa y fresca tonalidad.

Tal le ha sucedido á la joven pintada por Sala en una de estas deliciosas excursiones primaverales. Andaba por el bosque vagando en busca de un *punto de vista*, cuando tropezó con el modelo soñado: un pastorcillo que si no era precisamente Dafnis, porque es difícil representarse al héroe de las pastorales de Longo vestido con pantalón de pana y faja, podía, en caso de necesidad, pasar por protagonista de cualquier idilio. Nos sería bastante fácil, dicho sea con toda la modestia posible, haber aprovechado esos elementos pictóricos-poéticos para forjar una pequeña historieta, égloga ó lucubración bucólica: pero hemos reflexionado que no están los tiempos para engendros pastoriles. Idilios no faltan por esos bosques, pero tienen, por lo general, bastante mala sombra, y más vale callárselos. *Lo ocurrido* no fué más que lo dicho: que Sala vió á esa chica pintando el paisaje y el zagalillo, tomó ese lindo apunte... y el que quiera idilios, que se los invente él solito.

* * *

DIBUJO DE EMILIO SALA

FIESTAS DE SEMANA SANTA

Sevilla, Toledo, Murcia, Lorca, se llevan la palma en esto de las fiestas de la Semana Mayor, pero si bien son pocos los pueblos de España donde la solemnidad y el aparatoso boato de monumentos y procesiones sean tan grandes como en las cuatro ciudades mencionadas, hay, en cambio, otras muchas poblaciones cuyas Semanas Santas ofrecen pormenores curiosos, interesantes y característicos. De entre las muchas fotografías que tenemos en cartera referentes á este asunto, entresacamos unas cuantas que nos parecen dignas de atención.



Procesión del Santo Entierro, en Avilés.



Viernes Santo. Sermón del Encuentro, en Santiago.



Domingo de Ramos en Híjar.

La que representa la procesión del Santo Entierro, en Avilés, tiene verdadero carácter arcaico y patriarcal. Debe de ser una de las más antiguas procesiones de España.

Muy original es también la escena reproducida en nuestra fotografía de Santiago de Compostela: el sermón del Encuentro de las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre. Ante la muchedumbre, congregada en anchurosa plaza, el predicador sube al púlpito de piedra que hay en uno de los ángulos de la basílica, y al aire libre pronuncia su sermón, como al aire libre se verificaron las predicaciones evangélicas. El recogimiento y devoción con que se escuchan las palabras del sacerdote son mayores, si cabe, y el silencio más imponente que si el sermón se pronunciase en el interior del templo. Nada pierden las ceremonias en su conmovedora grandeza porque se celebren bajo la bóveda del cielo, escuchando el piar de los pájaros y el arrullo de las palomas que en las cornisas y tejados del templo se congregan.

En la noble villa de Híjar, en Teruel, de cuyas ceremonias religiosas hemos hablado ya en otras ocasio-

nes, también se realizan casi todas las solemnidades de Semana Santa al aire libre, tomando en ellas parte el pueblo entero.

De Andalucía recogemos asimismo algunas notas, como las de la procesión de Jueves Santo en Puente Genil y los acompañamientos de nazarenos y sacerdotisas en Cuevas de Vera. Todos los pueblos de Andalucía muestran en estas procesiones su riqueza imaginativa al par que su devoción, y en casi todos ellos los penitentes, los nazarenos, los soldados de la cohorte romana, los lictores, los sacerdotes y sacerdotisas de la Ley antigua aparecen representados á lo vivo por personajes de carne y hueso. El instinto artístico y realista de los meridionales no pueden contentarse ni satisfacerse con la contemplación de *pasos* ó figuras quietas de palo ó de cartón, y la verdad es que cuando no se posee para las procesiones una cantidad de obras artísticas del valor y la importancia estética de los célebres *pasos* de Salzillo, es preferible representar las figuras por medio de personajes vivos animados por el movimiento y la expresión de actitudes y ademanes. Así lo entienden también los devotos lorquinos, y famosísimas son las cofradías multicolores de Lorca y memorables los alardes de esplendidez con que á competencia dan muestra de su sentir artístico y de su devoción aquellos excelentes cristianos.



Jesús Nazareno. Puente Genil.



Sacerdotisa. Cuevas de Vera.



Señor de los Azotes. Cuevas de Vera.

En Castilla, tierra áspera y seca, donde la imaginación no se manifiesta en exterioridades aparatosas, las procesiones de Semana Santa no constituyen, por punto general, espectáculos tan variados y de tanto boato como las procesiones andaluzas. Quedan, en cambio, poblando las obscuras capillas de las catedrales castellanas muy buenas esculturas de la mano de aquellos grandes artistas que se llamaron Gregorio Hernández y Juan de Juni, Pereira y Mena.



Jesús crucificado. Zamora.

Bien claro nos muestra este distinto carácter de las procesiones castellanas la fotografia que representa el *paso* del Cristo crucificado en la ilustre ciudad de Zamora. Las imágenes en estas procesiones son lo principal, y el acompañamiento lo secundario.

No se escuchan *saetas* como en Andalucía, ni la gente considera las procesiones como un espectáculo, sino como una ceremonia grave y solemne. Grande es el recogimiento, y el silencio en esos días parece el dueño y señor de las viejas ciudades de Castilla.

* * *

Fotografías de J. Menéndez, J. Arango, Dossel, C. Aguilar, J. Moya, P. Junquera.

CAMINO VA DE LA FUENTE...

Camino va de la fuente
la niña airosa y gentil;
risueña la ven mis ojos...
¿cómo la verán venir?

donde una reina ha escuchado
la fe de su paladín;
y en ellas viven recuerdos,
por ser eternos así...

y entre tus frescos rosales
vibra el murmullo sutil
del apasionado beso
que entregó un alma al partir.



Esperanzadas, como ella,
pasan muchas por aquí,
tornando tristes, llorosas,
y con ganas de morir...
Caminito de la fuente,
¿qué maldición hay en ti?
¡Cuán alegre es tu comienzo!
¡Qué lastimoso es tu fin!
Cada piedra de tus bordes
ha sido un trono feliz

¡Que las piedras, con ser piedras,
saben á veces sentir!
Tus recodos y altibajos
guardan el eco infantil
de promesas y suspiros,
del cantar y del reir...
Hay entre tu polvo huellas
que vivirán años mil,
y que brillan como brillan
las estrellas del cenit;

¡Qué lejana está la fuente,
y el agua que brota allí,
más que templar los ardores,
enciende un ansia febril!...
Por el camino, risueña
marchar á la niña vi:
cuando llene el cantarito,
¿cómo la veré venir?

Antonio PALOMERO

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA

LOS HÉROES DE BALER



EMBARQUE DE LOS RESTOS EN MANILA, EN LA LANCHA «COMILLAS» Fot. C. Churruca

Al cabo de algunos años, la patria ha pagado su deuda á la memoria de aquel heroico destacamento de soldados españoles que, posponiendo á toda consideración egoísta y aun casi á todo miramiento humano el honor de la bandera que les cobijaba, realizaron la más memorable y gloriosa hazaña que de los españoles se puede contar en estos últimos tiempos...

A los nombres del capitán D. Enrique de las Morenas, muerto en el fuerte que por la patria sostuvo; del teniente Martín Cerezo, del médico Vigil y de todos aquellos santos y buenos patriotas, debe rodear eternamente el respeto y la veneración de la Historia.

El primer acto, por cierto solemnísimo y conmovedor en que se ha reconocido este respeto y veneración, ha sido el traslado de los restos desde Baler á Manila y el embarque en la capital de Filipinas.



MARINOS AMERICANOS CONDUCIENDO LA URNA CON LOS RESTOS Fot. C. Churruca

Las cajas en que se conservaban los cadáveres del capitán Las Morenas y de sus bravos compañeros fueron conducidas á hombros por los marinos norteamericanos de guarnición en Manila y se les tributaron los honores militares correspondientes.

La llegada de los gloriosos restos á Barcelona y su traslación á Madrid, han dado ocasión á que el pueblo manifieste una vez más su entusiasmo por el Ejército, en cuyas filas hay tantos y tantos hombres capaces de repetir las proezas memorables de los defensores de Baler, que, con las de los héroes del Caney en Santiago de Cuba, son las más recientes pruebas de que, como ha dicho Cávia recordando á Menéndez y Pelayo, la *leyenda dorada* no es ninguna mentira.

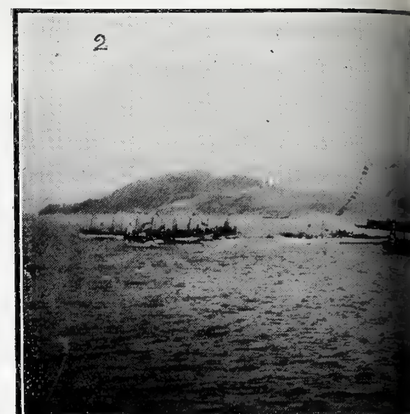
* * *



TRASLACIÓN DE LOS RESTOS EN MADRID Fot. Muñoz de Baena

ENTREVISTA R



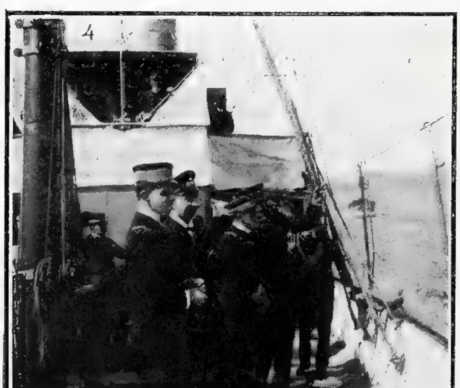


1. LANCHA DE VAPOR
EN QUE IBA SU MAJESTAD
ACERCÁNDOSE
AL «KŒNIG ALBERT»

2. ASPECTO DE LA RÍA DE VIGO

3. EL CRUCERO
«FEDERICO CARLOS»

4. SUS MAJESTADES
EL EMPERADOR DE ALEMANIA
Y EL REY DE ESPAÑA
EN EL «VASCO NÚÑEZ DE BALBOA»

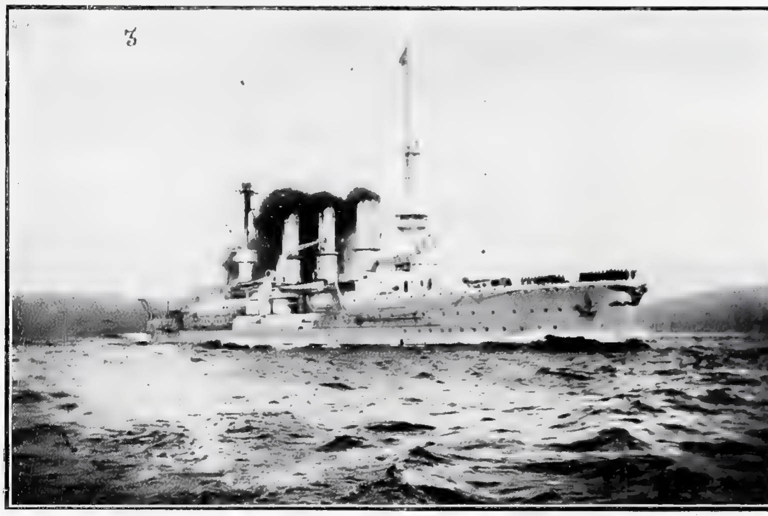






EGIA EN VIGO









5. SUS MAJESTADES DURANTE LA EXCURSIÓN MARÍTIMA

6. SUS MAJESTADES SALUDANDO A LA BANDERA

7. SU MAJESTAD EL EMPERADOR, SU MAJESTAD EL REY Y EL VICEALMIRANTE VINIEGRA

8. CONFERENCIA DE SUS MAJESTADES Á BORDO DEL «BALBOA»

Fot. Asenjo



La guerra ruso-japonesa



SOLDADOS RUSOS RECORRIENDO LA VÍA DEL FERROCARRIL TRANSMANCHURIANO

PROSIGUE el cuento de la buena pipa, ó sea la guerra ruso-japonesa, sin que hasta el presente haya llegado la sangre al Yalú, que es el río más indicado para ello.

¡Qué lastima! piensan piadosamente los apacibles y humanos filósofos, que no se verán satisfechos hasta que puedan contarles á los amigos del café cuántos y cuántos han sido los millares de cabezas separadas del tronco y de cadáveres insepultos.

Durante algunos días de la semana pasada circuló por esos periódicos ingleses, entre otros infundios y *canards*, el de la toma de Puerto-Arturo por las tropas japonesas. No nos atrevemos nosotros á decir que semejante hecho no haya ocurrido cuando ustedes vean las fotografías que los señores estereógrafos Underwood y Underwood han tenido la dignación de remitirnos; pero, sin echárnoslas de estrategas baratos, tampoco creemos que aun cuando Puerto-Arturo caiga en poder de los japoneses se va á concluir por eso la guerra.



DESEMBARQUE DE CABALLERÍA RUSA EN PUERTO-ARTURO

Dos importantes objetos que se proponían los rusos, van lográndolos hasta ahora: primero, garantir y asegurar la circulación de trenes por el ferrocarril transmanchuriano, y para ello vean ustedes cómo los destacamentos y patrullas de tropas moscovitas van recorriendo la vía férrea para evitar el que se repitan las intentonas de los enemigos, que ya en varias ocasiones han cortado los rails y el telégrafo y han intentado volar varios puentes; y segundo, mantener en Puerto Arturo número suficiente de fuerzas para que no sea fácil un golpe de mano por tierra. También pueden ustedes ver muestra de cómo realizan este segundo propósito, acumulando un día y otro tropas de todas las armas en aquella ciudad.

En fin, como nota pintoresca, reproducimos la fotografía de un noble señor manchú con su esposa, que salen de visita vestidos de tiros largos y con el acompañamiento acostumbrado para estas ocasiones.

* * *



UN NOBLE MANCHÚ YENDO DE VISITA CON SU ESPOSA

Stereographs copyright Underwood & Underwood. London & N. Y.



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA BANQUETE. Modelo de la casa Huet et Chéruit, de París. Es de tul de Brujas, bordado. Cuerpo Luis XV con haldetas, bordado de plata y flores de oro.

FOT. REUTLINGER

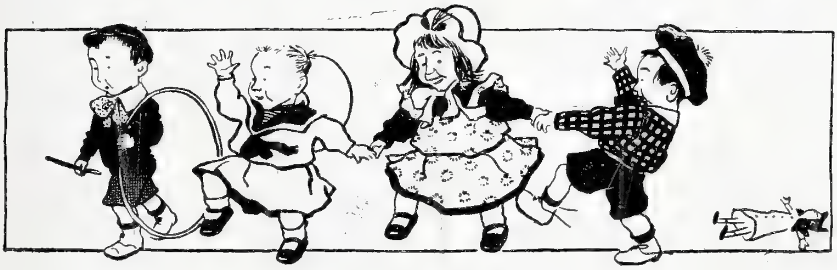
JUNTO Á LA ACEÑA, POR
GARCÍA Y RODRÍGUEZ





HISTORIA DE CINCO NIÑOS



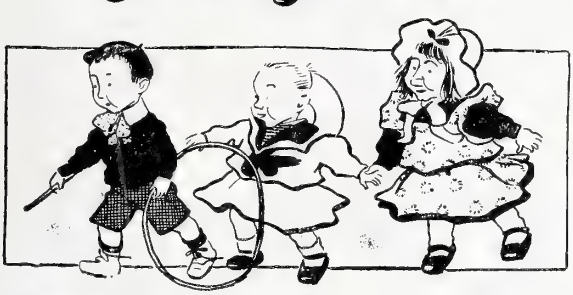


PUES, señor, estos eran cinco niños que salieron de paseo cogidos del brazo una mañana.

Se llamaban Pepita, Antoñito, Luisita, Pablito y Juanito.

Iban por el campo muy contentos, cantando el Mambrú.

Era en primavera.



De pronto Pepita, que era un poquito caprichosa, vió una linda mariposita azul y echó á correr para atraparla.

Y nadie volvió á ver á Pepita. Puede que esté corriendo aún.

Los cuatro niños siguieron andando, andando.

Pero Antoñito, que era un poquito atrevido y revoltoso, vió un nido de currucas en un árbol. Antoñito sabía que en los nidos de las currucas pone sus huevos la cuquilla. Y se subió al árbol y allí puede que esté todavía.

Los otros tres niños siguieron andando, andando.



Pero en esto, llegaron á un pradecito lleno de flores preciosísimas; había rosas de todas clases, pensamientos, clavellinas, ¡qué sé yo!

Y Luisita, que era un poquito presumida, se quedó allí para coger todas las flores y adornarse con ellas la cabeza y el vestido y parecer mucho más guapa. Y puede que á estas horas siga recogiendo flores para hacerse guirnaldas, porque allí había muchísimas.

Los otros dos niños siguieron andando, andando.

Pero, más adelante, Pablito, que era un poquito holgazán, se cansó de andar tanto, tanto, y viendo unas hermosas matas de gayomba florida, se echó á dormir á su sombra. Y creo que á estas horas prosigue durmiendo el muy remolón.



Y el otro niño, Juanito, que no era caprichoso como Pepita, ni revoltoso como Antoñito, ni presumido como Luisita, ni gandul como Pablito, siguió solo andando, andando, y al llegar el mediodía se encontró en una hermosa huerta, donde había frutas muy ricas para almorzar, sombra para echar la siesta, flores para oler y para adornarse, nidos de pajaritos preciosos y mariposillas de todos colores.

Y Juanito gozó de todas las cosas que gustaban á sus compañeros, porque tuvo constancia y supo llegar solo hasta el fin, y no se entretuvo persiguiendo una sola cosa.

Esto quiere decir á los pequeños y también á los grandes, dos cosas: primera, que no debemos dejarnos dominar por una pasión; y segunda, que es bueno aspirar á todo, tener grandes ambiciones, las cuales veremos realizadas si las perseguimos con firmeza y ahinco, porque *el que la sigue la mata* y *la suerte de los pobres está en los pies.*

DIBUJOS DE SANCHA

LA GIMNASIA DEL ARO

Es la más propia para iniciar la educación física de las señoritas. En los colegios ingleses, antes que las niñas comiencen á trabajar con paralelas, picas y pesas, se les enseñan más de quinientos ejercicios ó posturas diferentes, que pueden ejecutarse con ayuda del aro. Véanse los principales de ellos.



PRIMER MOVIMIENTO

Con los talones unidos, las puntas de los pies hacia afuera y las piernas rígidas, bajar las manos hasta recoger el aro del suelo sin doblar las rodillas.



SEGUNDO MOVIMIENTO

Cogido el aro levantarle perpendicularmente al suelo hasta la altura de la cabeza, extendiendo alternativamente los brazos.



TERCER MOVIMIENTO

Subir y bajar el aro cuanto los brazos permitan, conservando el cuerpo en el centro y moviendo alternativamente las piernas.



CUARTO MOVIMIENTO

Pasar el cuerpo por el aro y mover la cintura dentro de éste de derecha á izquierda, para hacer flexible el talle.



QUINTO MOVIMIENTO

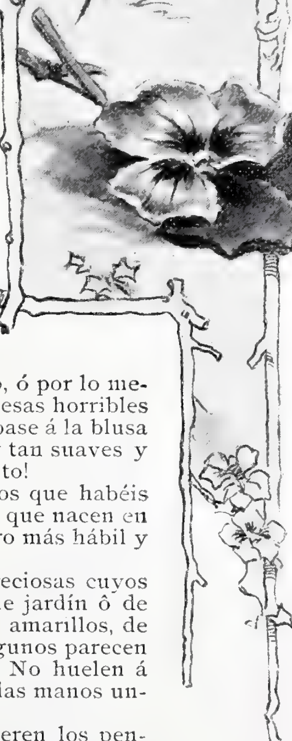
Mover el aro, perpendicularmente al suelo, de un lado á otro, extendiendo los brazos y quedando el tronco del cuerpo en el centro.



SEXTO MOVIMIENTO

Volver el aro hacia arriba y hacia abajo, elevando todo lo posible ya el brazo izquierdo, ya el derecho.





HISTORIETAS NATURALES

LOS PENSAMIENTOS

Sabéis vosotros lo que son los pensamientos?

Ya, ya veo que hasta el más pequeñín de todos va á contestarme que los pensamientos son unas flores chiquititas de terciopelo morado con manchas amarillas y negras, ó amarillo con manchas negras y moradas; y también los hay de color de vino, y los hay que parecen el ala de un canario, y los hay que semejan un sombrero de señora... de una señora que tuviese la cabeza como un garbanzo. Habéis visto muchos pensamientos en los jardines, y os habréis fijado en que están muy tiesecitos, muy ternes, sobre un talio delgado, delgado como notas de música puestas en el pentagrama.

Alguna de vosotras, soñando, soñando, habrá cavilado hacerse un vestido, ó por lo menos una falda, de tela de pensamientos. ¿Estaría bonita, eh? Mucho más que esas horribles haldetas de lana azul, tableadas, que parecen un acordeón, y que sirven de base á la blusa marinera con que salís á pasear. ¡Es triste que no se hagan telas tan finas y tan suaves y tan hermosas como la tela de que están formados los pétalos del pensamiento!

Pues bien, hijitos, *en el mundo hay más.* Vosotros conocéis los pensamientos que habéis visto en los jardines, pero quizás no sepáis que hay pensamientos silvestres que nacen en el campo sin que nadie los siembre, á la buena de Dios, que es el jardinero más hábil y experimentado del mundo.

Esos pensamientos silvestres, que nacen como otras tantas florecillas preciosas cuyos nombres ignoráis, no son tan pulidos y elegantes como los pensamientos de jardín ô de maceta, pero son mucho más variados y también más pequeñitos. Los hay amarillos, de color de paja, de color de violeta, mosqueados de los más lindos matices; algunos parecen rositas de pitiminí, otros violetas obscuras, otros florecillas de correhuela. No huelen á nada; pero tienen tanto jugo, que si los apretáis entre los dedos os dejarán las manos untadas con una grasilla pegajosa.

Los niños tontos y muchos hombres y mujeres que parecen niños, prefieren los pensamientos de jardín á los pensamientos silvestres, lo cual es como preferir un traje ó un sombrero á la piel del cuerpo ó al pelo que cubre la cabeza. ¿Quién sabrá criar mejor los pensamientos, el jardinero, que cría los de las macetas, ó Dios, que cría los del campo?

Los pensamientos de jardín nacen á fuerza de cuidados, de tiempo, de paciencia y de dinero; los silvestres nacen sin cuidado alguno, de balde, sólo con que Dios los atienda y los mire con sus dos ojos, que son el sol y la luna. Los pensamientos de jardín son mucho más grandes que los de campo: son como gigantes, y vosotros, aun cuando os guste alguna vez, por curiosidad, ver un gigante, preferís reuniros y tratar con personas de tamaño natural.

Y ahora, yo, con esto os doy la primera lección de filosofía práctica que escucharéis en la vida. No conviene, por hoy, que sepáis lo que es eso de la filosofía, pero sí debéis enteraros de que dentro de vosotros se crían también flores silvestres muy bonitas, que también se llaman *pensamientos.* Esas flores son las palabras que os decís á vosotros mismos cuando estáis callados, las que se os ocurren cuando vais á dormiros. Y cuando soltáis un pensamiento de esos que os han nacido en vuestros adentros, vuestros papás se ríen mucho, al abuelo ó á la abuela se le cae la baba, y el maestro, si es bueno, se calla, os mira y se queda serio, meditando. El maestro es el jardinero que cultivará esos pensamientos vuestros; él los hará crecer, los cultivará hasta que parezcan gigantes vestidos de rico terciopelo, de brillantísimos y alegres colores, como esos reyes descomunales de los cuentos de hadas

Pero tened por seguro que aun cuando vuestros pensamientos lleguen á parecer muy grandes y muy hermosos á fuerza de cultivo y de educación, nunca valdrán tanto como aquellos inocentes, sencillos y naturales que se os ocurrían cuando érais niños, muy niños, y no conocíais al maestro.

Amad las flores silvestres y los pensamientos naturales y sencillos; éstos podrán haceros felices el día de mañana.

Y si no entendéis hoy todo lo que os digo, no os calentéis la cabeza; ya lo entenderéis mañana, antes que sea menester.

W. & B.

DIBUJO DE REGIDOR

CONCURSOS INFANTILES



SIN PIES NI CABEZA

CONCURSO INFANTIL DE «BLANCO Y NEGRO»

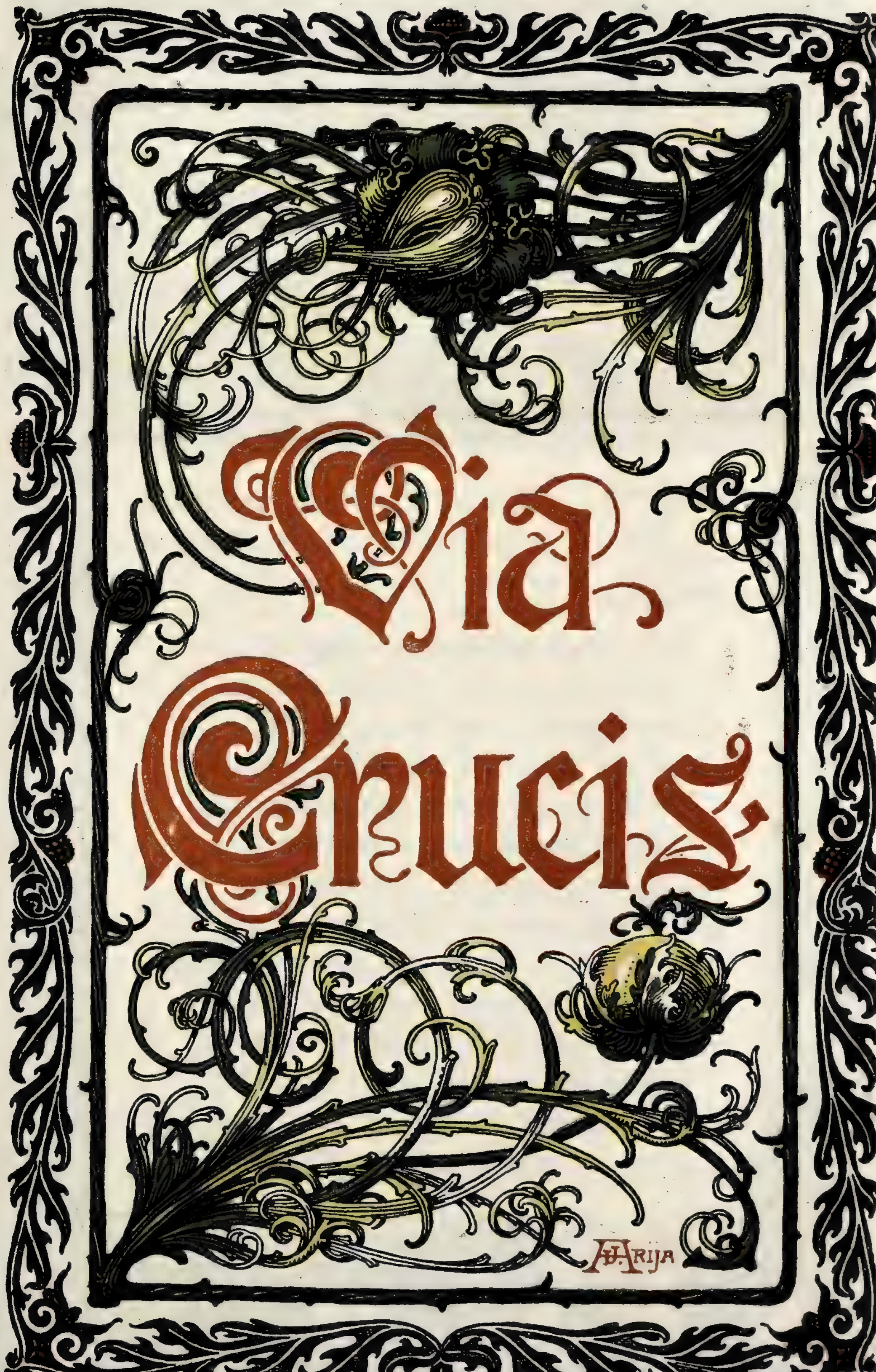
Como los lectores de *Gente menuda* comprenden, las cabezas, pies, manos y objetos sueltos que van dibujados por bajo de la raya son el complemento del dibujo que hay encima de ésta, y que representa una escena de sociedad.

Ahora, de lo que se trata es de colocar las cabezas, manos y demás *utensilios* en sus lugares respectivos, y para ello los niños concursantes no tienen necesidad de hacer otra cosa sino calcar en papel transparente los dibujos y pegar los de cabezas y manos sueltas, etc., sobre el calco del dibujo superior, interpretando la escena como crean conveniente. Los calcos en que consistan las soluciones, deberán remitirse á esta Redacción antes del 15 de Abril.

El premio que se otorgará á la solución más acertada, consistirá en un precioso juguete que no valga menos de 50 pesetas. Si fueran varias las soluciones exactas, se verificará un sorteo con todas las necesarias formalidades.

Soluciones á nuestro Concurso anterior.

Examinadas las 2.573 soluciones recibidas, hemos considerado que merece el premio la firmada por el niño de nueve años *Rafael Gómez y Maqueda*, que vive en la calle de Teodosio, núm. 43. Sevilla. El agraciado puede recoger el premio cuando guste.


Via Crucis



Fray Diego Murillo á la corona de espinas que ciñó la frente de Nuestro Señor Jesucristo.

Coronadas de espinas rigurosas,
De su reino burlado y de su estado,
El gentil pueblo, con furor, airado,
Tiene las sienes de mi Dios gloriosas.
De la sangre las gotas presurosas
Cubren el blanco rostro delicado,
Sangriento, denegrido, abofeteado,
Diciéndole palabras injuriosas.
Y aunque el ingrato pueblo descendiendo
Ve la sangre correr el rostro abajo,
que el perdón de las culpas les alcanza,
Según la tela que le van urdiendo,
Aún faltan por cumplir en su trabajo
Clavos, barrena y cruz, martillo y lanza.

1ª Estación



Alonso de Bonilla á Nuestro Señor Jesucristo con la Cruz á cuestas.

Sobre la sacra espalda el peso fiero
De Cruz y culpas de la humana gente,
Salió para cumplir el inocente
De la sentencia el afrentoso fuero.
Dice «Esta es la justicia, el pregonero,
Que manda hacer hoy el Presidente
A éste, que siendo hombre solamente,
Se ha querido fingir Dios verdadero».
Trocó el pregón al mismo punto el cielo
Y dijo á voces: «Esta es la justicia
Que manda hacer Dios, de excelso nombre,
A éste, que tomando humano velo,
Tanto del hombre la amistad codicia,
Que siendo Dios se quiso hacer hombre.»

2ª Estacion



El P. Hojeda a la primera caída.

Cubierto de su antigua vestidura,
Y apretado con ásperos cordeles,
Y en la cabeza la guirnalda dura,
Que le ciñeron bárbaros crueles;
Puso la vista generosa y pura
En la cruz, honra ya de los fiëles,
Que era de palo bien pesado y recio,
Y estaba en tierra echada con desprecio.

En el hombro la puso, y al momento
Se le asentó en el hombro firme y santo,
Y arrodillar le hizo el gran tormento;
¡Oh cruz, que al mismo Dios afliges tanto!
Mas llegó al punto el escuadrón violento,
Y añadió más dolor á su quebranto,
Alzándole á crueles bofetones
Del suelo, y á puñadas y empellones.

3ª Estacion



Fray Diego Murillo á la Virgen Sanctissima cuando se encontró con su Divino Hijo

Llega la Virgen donde el Hijo estaba;
Ella le mira y El la mira á Ella;
Ella llora por El y El por Ella,
y por los dos la tierra se regaba.
Ambos se miran, mas ninguno hablaba;
Con los ojos publican su querella;
El ve su muerte en los ojos della
Y Ella en los de El el mal que la mataba.
Mas el impío pueblo, que entendía
Que aliviaba su pena en tal jornada
Ver á su Madre en el dolor presente,
Al punto aparta al Hijo de María,
Del Hijo apartan á su Madre amada.
¡Juzgue quien sabe cuál más pena siente!



Don Francisco de Quevedo á Simón Cirineo, que ayudó á llevar la cruz á Cristo.

Athlante, que en la cruz sustentas cielo,
Hércules que descansas sumo Athlante,
Alivia con tu fuerza el tierno amante,
Que humilde mide con la boca el suelo.
Mas no le des ayuda, que recelo
Que das priesa á su muerte vigilante;
Mas dásela, Simón, que es importante
Para la redención de todo el suelo.
Pero si con tus brazos se aligera
La carga, con tu culpa, del manzano,
También añades peso á su madera.
Llevar parte del leño soberano,
Es á la redención que nos espera,
Llevarte tus pecados con tu mano.



Fray Diego de Hojeda á la Verónica.

Y tú también entonces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria.
¡Oh pía osadamente! Oh tú felice,
Que en tanta pena lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano bulto!

Esta mujer en medio de la calle
Salió á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpialle,
Y en lienzo tan fiél quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su origen vivo,
Y el pecho de la dueña compasivo.

6 Estación



Fray Diego de Hojeda á la segunda caída.

Así dirás mejor: mas no quería
Así decir: y Cristo caminaba,
Y con la Cruz que el hombro le oprimía,
A veces en el suelo tropezaba;
Pero ¡ay dolor! que apenas él caía,
Cuando el fiero escuadrón lo levantaba
Con injurias, afrentas, risas, voces,
Desprecios, golpes, bofetadas, coces.

Cristo daba en la tierra con el peso
Del gran madero y de tus culpas graves;
Que si bien era aquél pesado y grueso,
Estas no son ligeras y süaves,
Antes le hacen infinito exceso;
Mas porque tú con ellas no te agraves
Y al centro caigas de pavor y asombros,
Alma, las lleva Dios sobre sus hombros.



Hojeda al llanto de las Santas Mujeres.

Entre los muchos bárbaros atroces
Que duros vian el suceso extraño
Con rostro enjuto y ánimos feroces,
Y mal atentos á su propio daño,
Seguían diligentes y veloces
(Mas la piedad mezclada con engaño)
A Cristo unas mujeres condolidas
De verle así, llorosas y afligidas.
La bella contemplaban tersa frente
Cercada de la fiera y vil guirnalda,
Y el rosicler de aquella faz clemente
Y hermosa, trocado en color gualda;
Teñido en polvo y sangre horriblemente
El rostro y cuerpo, el ornamento y falda;
Flaco en la fuerza, y en el huelgo escaso,
Y con la cruz cayendo á cada paso.



El P. Hojeda á la tercera caída.

Tropieza y cae entre los dos ladrones
Que á la muerte también le acompañaban,
Aunque libres de tantas aflicciones,
Pues al hombro las cruces no llevaban;
Porque aquellos terribles corazones
Que la afrenta de Cristo procuraban,
A esta penosa carga le obligaron,
Y della á los ladrones descargaron.
Pretendiendo mostrar al vulgo errado,
Con este hecho de impiedad patente,
Que más grave de Cristo era el pecado,
Pues era su castigo diferente;
Diferente y mayor y nunca usado
De otra ninguna extraña y dura gente;
Que todas en el trance doloroso
el instrumento esconden riguroso.

9.ª Estación



Don Francisco de Quevedo Villegas á la hiel y vinagre que los judios dieron á beber á N. S. J. C.

Vinagre y hiel para sus labios pide,
Y perdón para el pueblo que le hiere,
Que como sólo porque viva muere,
Con su inmensa piedad sus culpas mide.
Señor que al que le deja no despide,
Que al siervo vil que le aborrece quiere
Que porque su traidor no desespere
A llamarle su amigo se convide,
Ya no deja ignorancia al pueblo hebreo
De que es Hijo de Dios, si agonizando
Hace de amor por su dureza empleo;
Quien por sus enemigos suspirando
Pide perdón, mejor en tal deseo
Mostró ser Dios que el sol y mar bramando.

A. ARIJA



García de Tejada á la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo clavado en la Cruz.

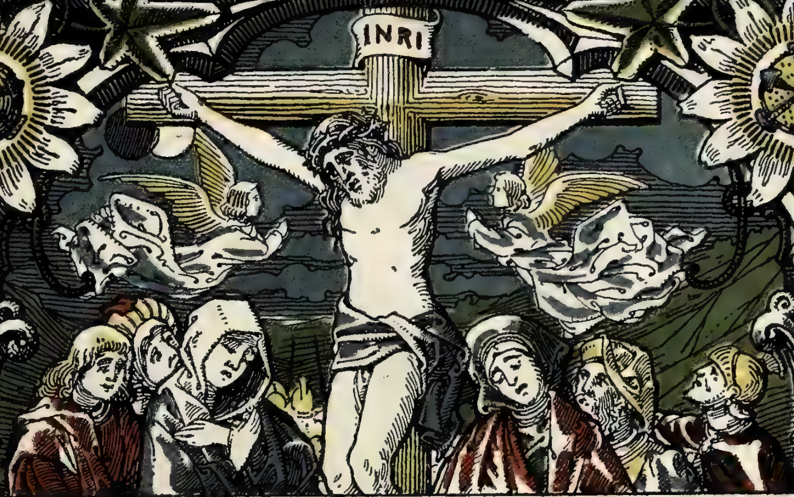
A vos corriendo voy, brazos sagrados,
En la cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estáis abiertos
Y por no castigarme estáis clavados.

A vos, ojos divinos eclipsados,
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estáis despiertos
Y por no confundirme estáis cerrados.

A vos, clavados pies para no huirme;
A vos, cabeza baja, por llamarme;
A vos, sangre vertida para ungirme;

A vos, costado abierto, quiero unirme;
A vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable y firme.

11ª Estación



Fray Diego Murillo á Nuestro Señor Jesucristo en el instante de ser alzado en la Cruz.

Tendida en tierra está la Cruz pesada,
Y Cristo, eterno Dios, clavado en ella,
Cuando el furioso pueblo asiendo della
Con fuerza, en alto ha sido enarbolada.
Mas la gente cruel, descomulgada,
Tan gran golpe en el suelo dan con ella,
Que en tierra se imprimió la forma della,
Y en el cuerpo de Cristo fué entrañada.
La tierra tiembla, y tiembla el firme cielo;
Al sol la claridad se le oscurece;
No hay cosa que en su muerte no se asombre;
En el templo se rompe el sacro velo;
Todo se quiebra, todo se enternece,
Sino el ingrato corazón del hombre.

12ª Estación



Don Luis de Rivera al Descendimiento del sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo y á su enterramiento en el sepulcro.

Tras esto, los helados y divinos
Miembros bajados del madero fueron,
Y envueltos en delgados, blancos linos,
Con áloes, nardo y mirra los ungieron,
Considerando el oro oscurecido,
Y muerto el resplandor que vivos dieron,
El precioso color así caído,
Y las piedras del alto santuario
Desbaratadas, y su honor perdido.
Con suma reverencia el relicario
De la divinidad fué luego puesto
En sepulcro de nuevo mármol pario.

13 Estacion



Don Luis de Ribera á las santas mujeres visitando el sepulcro.

Con nuevo ardor las cumbres comarcanas
Y el chapitel del templo relucían,
Y las torres vecinas descubrían
Las doradas coronas más lozanas.
Las flores en los prados, tintas, canas,
De luz sobre el color se revestían,
Cuando de la ciudad tristes salían
A ver el real sepulcro las hermanas.
Mas ¡oh glorioso día, que no hallaron
Difuntos huesos, sino eterna diestra,
Resucitada y de su honor vestida!
Al rutilante joven contemplaron,
Y él, del amor á la gentil maestra,
Dice cómo volvió á su sér la vida.

4ª Estación



IMPRENTA DE «BLANCO Y NEGRO»

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 9 Abril 1904. N.º 675



—¿Cómo se llaman éstos color de vino tinto?

—*Borrachos*.

—Es un nombre bien puesto. ¿Y éstos blancos tan grandes?

—De *bola de nieve*.

—Estos amarillos y encarnados son de la *bandera española*, ¿verdad?

—No: á estos les desimos *tomate y güevo;* los de la *bandera española* son esos más finos. Paresen iguales, pero hay arguna diferensia,—nos respondió, confundiéndonos con su autoridad.

Y siguió por la vereda adelante, atenta á un lado y otro, mostrándonos los que ella estimaba ejemplares más dignos de aprecio, y diciendo sin cesar nombres y más nombres... De *nácar*, de *aurora*, de *trapo*, del *relojero*, de *encaje*, de *rosa*, del *señorito*, de *la señorita*, *disciplinados*, de *paja*, de *coral*... Al mostrárnoslos, tenía la costumbre de cogerlos por el tallo y hacerlos temblar.

Ya no se llaman dedos
los de tu mano,
que se llaman claveles
de cinco en ramo.

Cuando llegó al trozo de la misma vereda que adornaban las clavellinas, aligeró su paso y calló, deseando que no repararamos en aquella pobreza. Ella, por supuesto, no creía que era tal; pero sin duda nos consideraba poco aptos para comprender y aquilatar el mérito de las clavellinas.

Se equivocaba Rocío: tiene la clavellinita el atractivo de lo humilde, de lo pobre, de lo modesto; el encanto triste de lo que nace á la luz con poca vida, para morir antes de cuajarse.

Clavellina colorada
nacida en el mes de Enero,
¿quién ha visto nacer flores
en el rigor del invierno?

Y como la musa popular encuentra siempre en cada flor distinta el símbolo de alguna mujer, nada más doloroso que oir al amante de una clavellinita que llora y canta:

Hermosa clavellinita
criada al pie de la sierra,
¡qué lástima de carita
que se la coma la tierra!

Fuera del sendero de claveles y clavellinas, y dejando á un lado un grupo de naranjos, compacto y brillante, los cuales echaban azahar á los pies de todo el que ante ellos pasaba, las demás flores

FLORES ANDALUZAS

Entramos en el huerto guiados por una mocita con aire y rostro de musa popular. Era hija del ama del huerto, había nacido en él y se llamaba Rocío. El instinto poético de la madre la bautizó con este nombre, el más propio para una muchacha, rosa de rosas, clavel de claveles, que nace destinada á vivir en un recinto donde brotan flores hasta en el aire.

Era fina y ligera de cuerpo, tal vez pequeña: pero ya se sabe, y nadie las mueva, que

mientras la rosa más chica,
más fino tiene el olor...

Sus cabellos eran obscuros y abundantes: en el moño había caído por casualidad un capullo de té, y no quería moverse de allí. Tenía los ojos mayores que la cara y los pies más chicos que los ojos. Su andar era suelto, gracioso, volandero... Parecía haber inspirado aquella copla que dice:

Esa mujé está sembrá:
va derramando mosquetas
por donde quiera que va.

El poeta popular á quien esa flor en forma de copla le brotó del alma, pintó de la manera más sobria y elocuente la innata finura, el natural señorío de algunas mujeres andaluzas del pueblo. Lo mejor de la raza, la flor de la canela, como quien dice. ¡Apenas si hace falta salero para ir por esas calles de Dios *derramando mosquetas!*...

—Vengan ustedes por aquí,—nos dijo la musa con ademán y tono tan convincentes, que no había más remedio que obedecer.

Tenía ella noticias de nuestra afición y nuestro culto á las flores y quería que viésemos el huerto á conciencia.

Entramos primero por una vereda en la cual, á derecha é izquierda, había mil claveles distintos en gruesas y apretadas filas de macetas. Nuestra curiosidad principió á picarse. El saber de Rocío la satisfizo cumplidamente.

crecían en el huerto allí donde la suerte había querido que cayeran, en gentil y pintoresco desorden, alegrando y salpicando con sus pinceladas de colores el fondo verde.

Junto á una poética celinda, de blancas y delicadas flores, como si fueran novia y novio que se dicen secretos, surgía un granado, cuyas flores semejaban manchas de sangre mora. Dos rosales plantados frente á frente, parecían empeñados en una competencia pueril; daba el uno rosas exuberantes y gallardas, de estas que se llaman *de á libra*, y el otro dábalas de pitiminí, recortaditas y primorosas. El de pitiminí, según estaba de cuajado, dijérase que le recordaba al compañero esta galante *soledá*, hecha en honor suyo:

Cuando yo te quise á ti,
se cuajaron los rosales
de rosas pitiminí.

Las rosas del *de á libra* crecían pomposas y huecas, sin aparentar el menor cuidado ante las arrogancias de sus diminutas rivales. Más allá, un rosal de *té* mostraba orgulloso sus señoriles flores, pálidas y de pocas hojas, predilectas de la mantilla negra. Al lado suyo asomaba el de *virgen*, de rosas blancas, sin perfume, pero sin espinas. Cerca de éstos, el aristocrático de las *de musgo*. No lejos tampoco, el plebeyo y copioso de las *pimpinelas*.

Aquí, lirios morados como las huellas que en el rostro dejan las penas; allí, azucenas de marfileña blancura, que sin duda no vió serenamente aquel que dijo:

Vale más lo moreno
de mi morena
que toda la blancura
de la azucena.

A esta parte, las azules campanillas cantadas por Becquer; por entre todas, descollando soberbias y altivas, las espléndidas malvalocas, y estallando de rabia y rojos de vergüenza por no alcanzarlas, los presuntuosos borlones... Adheridos á las tapias del huerto y sirviéndoles de rico tapiz, crecían, extendiéndose libremente, los jazmines; el *jazmín real*, que lo mancha la nieve, y el *jazmín morisco*, amarillo de envidia.

La encantadora Rociíto nos hablaba de todas ellas con ingenua inspiración, con graciosa y persuasiva verbosidad. Para todas tuvieron sus labios una frase y su alma una caricia. Nuestros ojos saltaban de unas en otras: de las cinerarias á las verbenas, de los alelíes al heliotropo, de las camelias y gardenias á las varitas de San José, del preferido rosal de olor al temible aromo... Temible, porque en la casa donde hay uno se quedan las muchachas solteras.

¡Delicioso mariposear de los ojos, quién pudiera hacer de ti norma de la vida...! Detenerse un instante nada más en las cosas bonitas... y levantar el vuelo.

No era mal filósofo aquel que cantó:

No quiero querer á nadie
ni que me quieran á mí:
quiero andar entre las flores,
hoy aquí, mañana allí.

Rocío, que nos tomó cariño en una hora, sólo porque nos vió encantados de aquella belleza, nos acompañó hasta la misma calle. Y un mozo que acertó á pasar por allí cuando nos despedía satisfecha y alegre, se la quedó mirando y le preguntó de buenas á primeras:

—¿Me vende usté esa rosa que yeva en er moño?

Y contestó ella sin turbarse:

—No tiene presio esta rosa.

En efecto; no tenía precio, porque seguramente estaba reservada para su novio. Pero el mocito remató el diálogo de esta manera:

—La verdá, mi interés no era por la rosa. Era por vé si ar queré quitársela se enganchaba er rabiyo y se venía usté detrás, cara de gloria.

* * *

Flores de la tierra, mujeres del cielo, coplas y piropos, gritos del alma arrancados por unas y por otras... ¿Se podrá titular este artículo *Flores andaluzas...*?



DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

S. y J. ALVAREZ QUINTERO



LAS OBSCURAS GOLONDRINAS

V*olverán las obscuras golondrinas*... cantó el poeta melancólico ya casi olvidado. Y con las obscuras golondrinas vuelven todos los años también *las tupidas madreselvas*, flores románticas que huelen á alféizares abandonados y á arcos mal seguros, y con ellas *las palabras de amor* que en primavera suenan dulcemente en todos los oídos.

La poesía de Becquer, olvidada de puro sabida, es bella, exacta como una fórmula química. Juegan y se completan maravillosamente en ella los pájaros, las flores y las palabras primaverales... Un poeta más pensador que Becquer, acaso hubiera echado de ver que esta vuelta anual de aves, plantas y sentimientos entraña una melancolía no meramente lírica y personalísima, sino universal, originada por lo monótono del vivir.

«Vamos cara á la primavera», solemos decir con alegría bastante tonta cuando comienza á quebrar el invierno; y la vuelta de las golondrinas constituye para nosotros una esperanza, y repetimos entusiasmados la inocente pero eterna profecía de Becquer. Sólo que nosotros creemos que también volverá el amor burlado, y que si hay hermosura y dicha que contemplar y nombres de amantes que recordar, las golondrinas vuelven, *esas* y las otras. El poeta no creía que hubiese más de un amor verdadero. Era un inocente ó un pusilánime. Tanto vale no creer más que en una primavera ó en unas golondrinas. El otro poeta, el grande, Campoamor, pensaba que, en materia de amores, á rey muerto, rey puesto; y así cantó en voladores metros las ventajas de la inconstancia:

Si, gacela:
aqui el que no corre vuela...

Optimista como su padre Homero, Campoamor sabía que para el fino amante, para el hombre que sabe sacar el jugo á la vida, retornan las primaveras, y vuelven las obscuras golondrinas, y se remozan los cansados amores, ó se reemplazan por otros más sabrosos. A él no le cogía de susto ninguna expansión primaveral, y antes que lo cantasen al romperse los pezones de las lilas en el Retiro, ya estaba entonando bajito el viejo himno primaveral del anónimo poeta latino, *La velada de Venus:*

Cras amet qui nunquam amavit
quique amavit, cras amet.
Ver novum, ver jam canendum:
Vere natus est orbis...

tan bellamente traducido por D. Juan Valera:

Ame mañana el amador; mañana
ame quien nunca amores ha tenido.
La hermosa primavera,
digna del canto; la estación lozana
en que el mundo ha nacido,
vuelve, y amor sobre natura impera...

Antes que el poeta latino y que el español, nos anuncia el llegar de la primavera el charloteo de las golondrinas en el alero del tejado, ó bajo el balcón campesino. ¿Sabéis lo que dice con su gárrula retahíla, tan parecida al hablar aflautado é insubstancial de la coqueta picotera? Es un canto de amores que me contó una vieja dueña allá en la Mancha, y en el que la golondrina, antes de amanecer, expresa sus esperanzas de noviazgo para el día que empieza. Dice así:

Tirito,—tirito,—retiritandito—que vendrá—don Golondrinito,—y me pisará—el piececito;—y yo le diré:—Don Golondrinito,—estése usté—quietecito.—Tirito,—retiritandito...

A aquellos infelices á quienes arranca del sueño un prosaico y despreciable despertador de relojería ó el ruido de los tranvías que pasan, les parecerá ese canto una bobada. ¡Pobres seres, desdichados parias, dignos de compasión los que no han sido nunca despertados del sueño primaveral por el *tirito, retiritandito* de las golondrinas en el alero de su casa! ¡Y míseros de nosotros los que nos acordamos de esos nidos como de nidos de antaño!

ENE

DIBUJO DE REGIDOR

CRÓNICA GRÁFICA





ÁNFORA Y COPA DE PLATA REGALADAS POR EL ALMIRANTAZGO INGLÉS A LA COMANDANCIA DE MARINA DEL FERROL
Fots. Pascual Rey

RECORDARÁN nuestros lectores que no hace mucho reseñábamos en estas páginas el abordaje del buque de guerra inglés *Prince George* en las costas de Galicia y las importantes averías que sufrió.

Los marinos de guerra españoles prestaron en aquella ocasión los naturales auxilios al barco averiado, y el Almirantazgo inglés se ha creído obligado á expresar su reconocimiento á las autoridades españolas enviando al Ferrol á un dignísimo general de la Armada Real británica, portador de una hermosa ánfora y una magnífica copa de plata repujada del más alto mérito artístico y valor intrínseco, preciosas joyas que han sido entregadas al comandante de Marina general Morgado y á la Comandancia del Ferrol, para que allí se conserven como recuerdo de confraternidad entre los marinos de ambas naciones.



LLEGADA DEL TREN BOTIJO Á MURCIA — Fot. Martínez

DESDE que andamos tan mal de dinero y tenemos los cambios tan altos nos han entrado mucho mayores ganas de divertirnos, y van tomando cada vez más importancia los viajes á Sevilla y á otras ciudades.

A Toledo ha ido este año más gente que nunca, y á Murcia no digamos. De esta última capital recibimos magníficas y variadas fotografías, y de entre ellas escogemos una de la llegada del tren botijo madrileño, engalanado con hermosas guirnaldas de flores y lleno de atronadora alegría. A las fiestas de Semana Santa han empalmado los murcianos la tradicional y lujosa del *Entierro de la sardina*, festejo en el que prueban su buen gusto y su esplendidez.



1, EL GENERAL ECHAGÜE Y EL OBISPO DE SIÓN PRONUNCIANDO LA FÓRMULA DEL JURAMENTO. 2, S. M. EL REY AL FRENTE DE SU ESTADO MAYOR. 3, VISTA GENERAL DEL HIPÓDROMO EN EL MOMENTO DE LA IMPOSICIÓN DE LA CORBAT. 4 S. M. EL REY COLOCANDO LA CORBATA DE SAN FERNANDO EN LA BANDERA DEL PROVISIONAL DE PUERTO RICO. 5, L SUPERVIVIENTES DEL BATALLÓN PROVISIONAL DE PUERTO RICO DESFILANDO EN COLUMNA DE HONOR. 6, LA JURA DE LA BANDERA.

Fots. Asenjo y Muñoz de Baen

En Madrid hemos celebrado también otra soberbia fiesta el domingo de Resurrección: la imposición de la corbata de San Fernando á la bandera del batallón provisional de Puerto Rico, que inmortalizó su nombre en la defensa de las lomas de San Juan y del Caney, peleando heroicamente contra fuerzas diez veces superiores. El acto resultó solemnísimo y conmovedor. A él asistieron S. M. el Rey, toda la guarnición y todo el pueblo de Madrid.



Estremécese el aura tremulenta,
y la tierra, á los húmedos halagos,
sigue, ya sin temor á más estragos,
su fecunda labor, constante y lenta.

Doquier la vida su vigor ostenta:
festonea las lilas y los dragos,
hace brotar los mustios jaramagos,
hincha la yema y el botón revienta.

Al tronco de los árboles se prende
de la hiedra la azul y verde malla,
que en el bardal su pabellón extiende.

Y, empapada del éter en las ondas,
del sol al fuego, la campiña estalla
en explosión de pétalos y frondas.

MANUEL JOSÉ OTHON

DIBUJO DE EMILIO SALA



Esta flor tan codiciada por los que cursan el preparatorio de poetas y aun por meros aficionados, brota fácilmente en las regiones de la poesía y abre sus pétalos al vaho poético.

Hace algunos años hubo serios temores porque la recolección fué escasísima, disponiéndose los vates á enterrar la flor y á cubrir su féretro con suspiradas elegías; pero he aquí que revive con una nueva savia y comienza á inundar el mercado de sus amadores. Hoy la flor predilecta de los Juegos florales se da en todos los climas, vive en todas las zonas y se cría hasta en las cabezas de partido. En efecto, los Juegos florales son tan necesarios ya como las funciones de pólvora en las fiestas de los pueblos, y la flor simbólica tiene actualmente más popularidad que la ruda y la albahaca, que no han pasado de ser dos símbolos de verbena.

Gozar antes de la suprema gracia de la corte de amor, aspirar el aroma suave de la flor conquistada, era inestimable joya que se disputaban los trovadores; hoy, ciertamente, al afortunado que la consigue se le da la misma importancia que al que tiene completa la serie quinta de fototipias.

¡Cambian mucho los tiempos, y las competencias abaratan las mercancías, por estimables y valiosas que sean!

¡Profundo pensamiento mercantil que pongo desde este instante en circulación y que brindo al honrado comercio!

Con frecuencia verán ustedes en los periódicos ilustrados, en sonriente comunicación, el terceto de los Juegos florales, compuesto de la reina, señorita agraciada nacida en el país ó revacunada en la localidad, novia del poeta casi siempre; el vate premiado, que muy bien tiene á veces sus cuarenta años corridos, y viene á ser juez, registrador de la Propiedad ó cosa así, y el mantenedor, respetable hombre público que viaja contratado exclusivamente para eso, y que hoy tiene corte de amor en Castro-Urdiales, mañana en Arévalo y al otro en Almagro, en lo que se parece á los diestros de moda; y aun hay mantenedor que tiene más Juegos florales contratados que corridas Fuentes.

Con la primavera, ya se sabe, dan principio las faenas taurinas y se declara en los pueblos el sarampión poético.

Para aumentar el interés en estos certámenes, estimulando al propio tiempo la codicia de los poetas, después de la flor natural hay otros premios más positivos, objetos de arte que muchas veces no tienen otro objeto para el poeta que el de pignorarlo si dan algo por él, pues se dan casos en que todo esfuerzo es inútil, y es cosa de ver al vate premiado salir de la corte de amor con una escribanía debajo del brazo, como si saliera del bazar.

¡Oh noble y generoso esfuerzo!

¡Y menos mal si la poesía premiada no pasara del término de la circunscripción! Lo horrible del caso es que al día siguiente *El Adalid* ó *El Buen Consejo* la perpetúan para la posteridad publicándola entre las oscilaciones del mercado de cereales y el programa de los números de música que tocará la banda de cazadores de Corisco en la Glorieta.

Y como el más penetrante aroma de la flor natural es de un patriotismo añejo, la poesía con el lema de *Ave Cæsar morituri te salutant*, empieza así:

España, ¡oh sí! la España
que grabó con su acero el noble Cid,
despierta ansiosa en maternal anhelo
bajo los áureos rayos del sol en el cenit.

¡Pobre flor!

¡Y pensar que España no despierta, á pesar de tan buenos deseos!

Luis GABALDÓN

DIBUJO DE XAUDARÓ



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA VISITA. Modelo de la casa Walles, de París.
Es de paño «champagne» con bandas de terciopelo ligeramente matizadas de un tono paja; aplicaciones de encaje. Cuerpo formando bolero, bordado de un estrecho galón.

FOT. REUTLINGER


Carlos VÁZQUEZ

ALEGRÍA PRIMAVERAL,
POR CARLOS VÁZQUEZ





LO QUE TRAE LA PRIMAVERA...

Muchas flores, muchos granos,
muchos empeños de capas;
amores, fresas y espárragos,
perros en pos de las perras,
pájaras tras de los pájaros,
mozos detrás de las mozas,
estudiantes apurados
y el prevenido horchatero
dándoles lustre á los trastos.



LA PRIMAVERA

DE BOTTICELLI

Una de las más bellas é interesantes entre las mil obras artísticas que encierra Florencia, es el famosísimo cuadro de *La Primavera*, pintado por el mejor discípulo de Fra Filipo Lippi, por aquel gran pintor y poeta que se llamó Alejandro Filipepi, y á quien se conoce más por el nombre de Sandro Botticelli.

El cuadro de *La Primavera*, más que representación de ninguna realidad tangible, parece el ensueño de un poeta. Las ideales figuras de una belleza vaporosa é inverosímil que en él aparecen son, no como ha sido nunca la humanidad, sino como la concebiría el cerebro de Ruskin ó el de cualquier gran pensador que sólo á la hermosura consagrara sus especulaciones.

Flores y mujeres forman el asunto del cuadro, sin que haya nada que distraiga, separe ó distinga en él las mujeres de las flores. Ese cuadro es la fórmula pictórica del platonismo elegante que dominaba en la segunda mitad del siglo XV en todas las cortes de Italia.

PRIMAVERA ESPAÑOLA

La Primavera en todos los países se presenta á los mortales vestida de flores, rodeada por gayos enjambres de mariposas, cantada en los repiqueteos y fermatas del ruiseñor y en los hondos y cálidos arrullos de la tórtola. Es la estación de los enamorados y de los poetas.

De poetas y de enamorados solemos darla los españoles, como la damos de valientes, sagaces y listos; pero si mirásemos al interior del hombre, donde habita la verdad, según el santo doctor, ¿quién sabe lo que encontraríamos?

Por lo pronto, á nosotros se nos presenta la Primavera no en forma de recatada y hermosa virgen floreciente, sino bajo la figura de un zafio y descomunal jayán vestido de luces, capote al brazo, y muchas veces manchado de sangre..

En España, la Primavera es sangrienta; la alegría, feroz. La mayor y más grata expansión con que celebramos la venida del buen tiempo no es una floralia, como las antiguas de Roma y las modernas de Niza y Montecarlo; no es tampoco una fiesta hípica en que se ostenten con magnífica emulación todas las elegancias femeniles, cual sucede en el *grand prix* de Longchamps; ni es un recreo ó divertimiento sencillo y patriarcal en que hombres y mujeres muestren su agilidad y destreza corriendo por los verdes prados tras la pelota del *tennis* ó del *golf*. No tenemos campos verdes ni nos gustan los deportes atléticos. Nos solazamos únicamente reuniéndonos en círculo, alrededor de un pedazo de tierra llana y enarenada, que á ratos cubren, en vez de flores, las tripas de los jamelgos.



El filósofo barato puede encontrar en esta predominante y casi exclusiva afición primaveral de los españoles un riquísimo venero de consideraciones y comentarios. Nosotros, que ya estábamos á punto de comenzar una brillante serie de consideraciones metafísicas, éticas y económicas acerca de las corridas de toros como principal diversión en la Primavera española, nos guardamos la filosofía para mejor ocasión, porque acabamos de oir vocear á los revendedores y restallar los látigos de los mayorales, y al oir esto nos hemos asomado al balcón y hemos visto en la calle una nube de claveles rojos que caía sobre otra nube de relucientes moños negros y sobre una tercera nube de mantones de Manila blancos y de todos colores... y, naturalmente, nos hemos lanzado á buscar una contrabarrera *del uno* con no menor empeño que el que pondríamos en asegurar nuestra felicidad eterna.

Al llegar á la Plaza nos hemos sentido en plena Primavera. Aguarden otros para experimentar esta dulce y deleitosísima sensación el canto del cuco ó la floración de los almendros, ó cualesquiera otras señales altamente poéticas de las que sugieren inspirados versos y notas melodiosas á músicos y poetas. Para nosotros, españoles y madrileños de raza, no hay canto ni melodía comparable con la áspera voz de *nuestro* querido naranjero, que desde el callejón nos grita guiñando el ojo:—¿Quién las quiere...? ¡gordaaas!—Ni driada ó sílfide ó napea primaveral que entre las frondas se nos apareciese, podría causarnos gozo tan inefable como el que nos produce el ver al veterano inspector Rivas entre barreras, con su flamante levita y su bastón de borlas, que tantas veces han saltado la valla; ni hay clavel, amapola ó rosa de Alejandría que tan bien nos parezca en un hermoso prado como la roja gorrilla que el popular y arriesgado monosabio Barajas suele arrojar al hocico de los toros marrajos para que rebrinquen y entren á los picadores; ni todas las armonías del viento y de las aves en los bosques nos cosquillean tan hondo en los nervios ó donde sea eso, como el ruido seco de los capotazos con que desde la barrera se llama la atención del bicho querencioso.

¿No hay en todo esto algo netamente artístico, puro y desinteresado, pues nada salimos ganando con ello? Pues entonces algo hay de poesía, de buena poesía primaveral, y el que no lo entienda así es *un primavera*.

W. & B.

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA

ACTUALIDAD EXTRANJERA

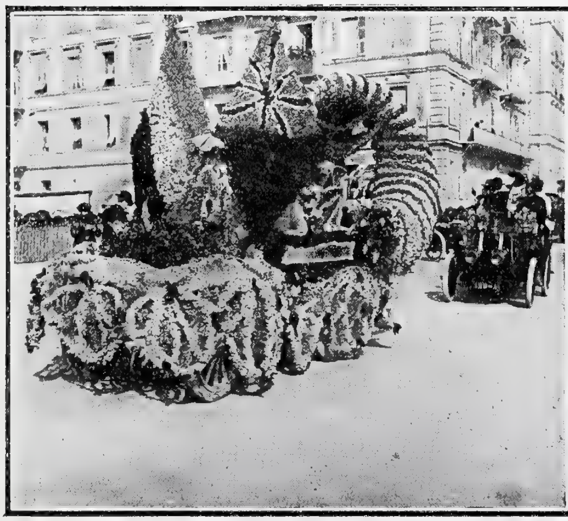


EL BARÓN ERIC VON ROSEN ALIMENTANDO Á UNA OSEZNA CON BIBERÓN — Photo Nouvelles

La primera de las fotografías recibidas esta semana representa á un noble señor sueco, el barón Eric von Rosen, que tiene la excelente costumbre de consagrar sus ocios á la caza del oso, deporte bastante fácil de ejercer en Suecia, pero no por fácil menos arriesgado.

El buen señor ha tenido la ocurrencia de retratarse en su despacho de Stockolmo, acompañado por una pareja de osos vivos que le son especialmente adictos. La osa acaba de dar á luz una osita ú osezna, y como la madre se encuentra muy delicada y no puede lactar á su cría, no siendo posible encontrar una nodriza, el conde von Rosen se dedica á alimentar á la osezna con biberón, curioso espectáculo que nada tiene de vulgar.

Las dos fotografías siguientes reproducen los dos automóviles floridos que han sido premiados en





EL PRIMER PREMIO Y EL SEGUNDO PREMIO DE CARRUAJES ADORNADOS EN EL «CORSO FLORIDO» DE NIZA

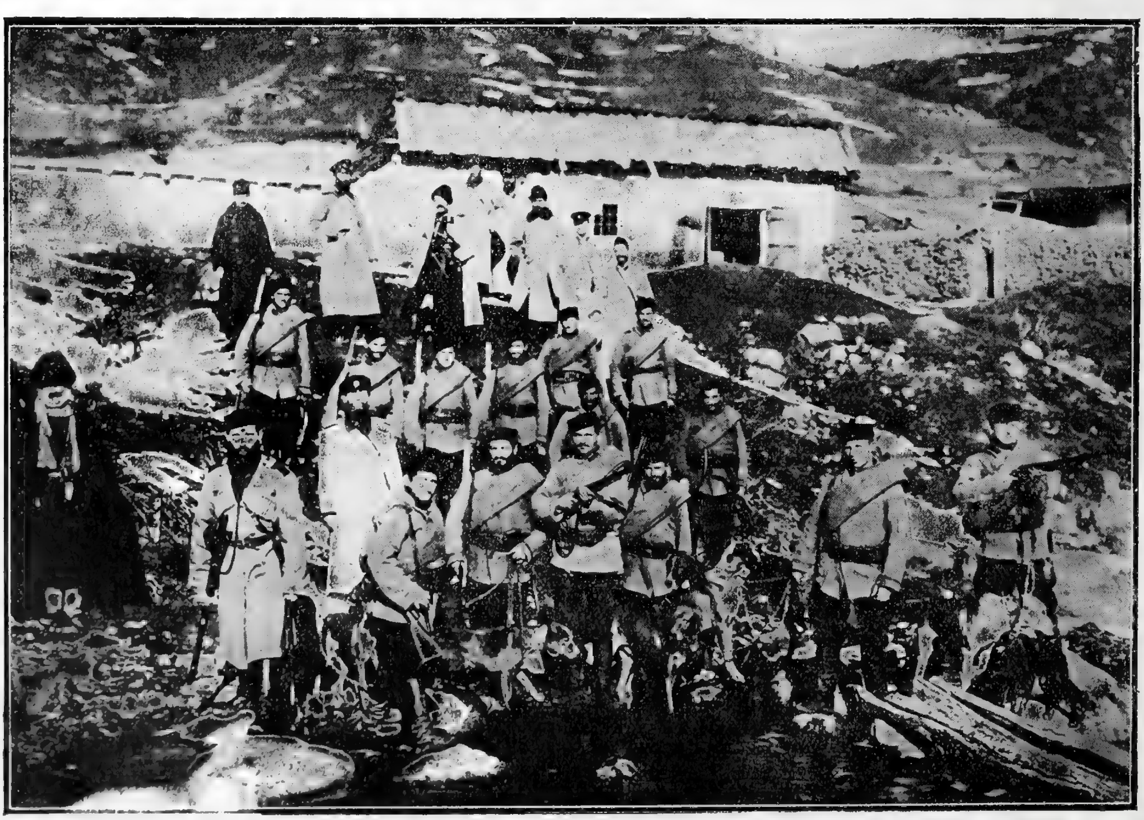
Fot. Rol Tresca



MANIOBRAS DEL EJÉRCITO RUSO, VESTIDO CON EL NUEVO UNIFORME, EN IRKUTSK Photo Nouvelles

el último Corso de Niza, que sigue siendo el país donde, como decía el otro, *tiene el placer un palacio.*
¡Niza! ¡El Corso florido! ¡Ah, señores, qué dientes tan largos se nos están poniendo!

Por fin, gracias á las dos últimas fotografías que ven ustedes, pueden enterarse, con el natural agrado, de que el ejército ruso acaba de estrenar un nuevo uniforme *khaki*, con el cual es indudable que se tiene mucho adelantado para conseguir la victoria, y que existen en las tropas de Siberia algunos



CAZADORES SIBERIANOS CON SUS PERROS EXPLORADORES Photo Nouvelles

batallones ó regimientos de cazadores que se sirven de los perros para fines estratégicos. ¡Es el colmo del adelanto táctico!

* * *

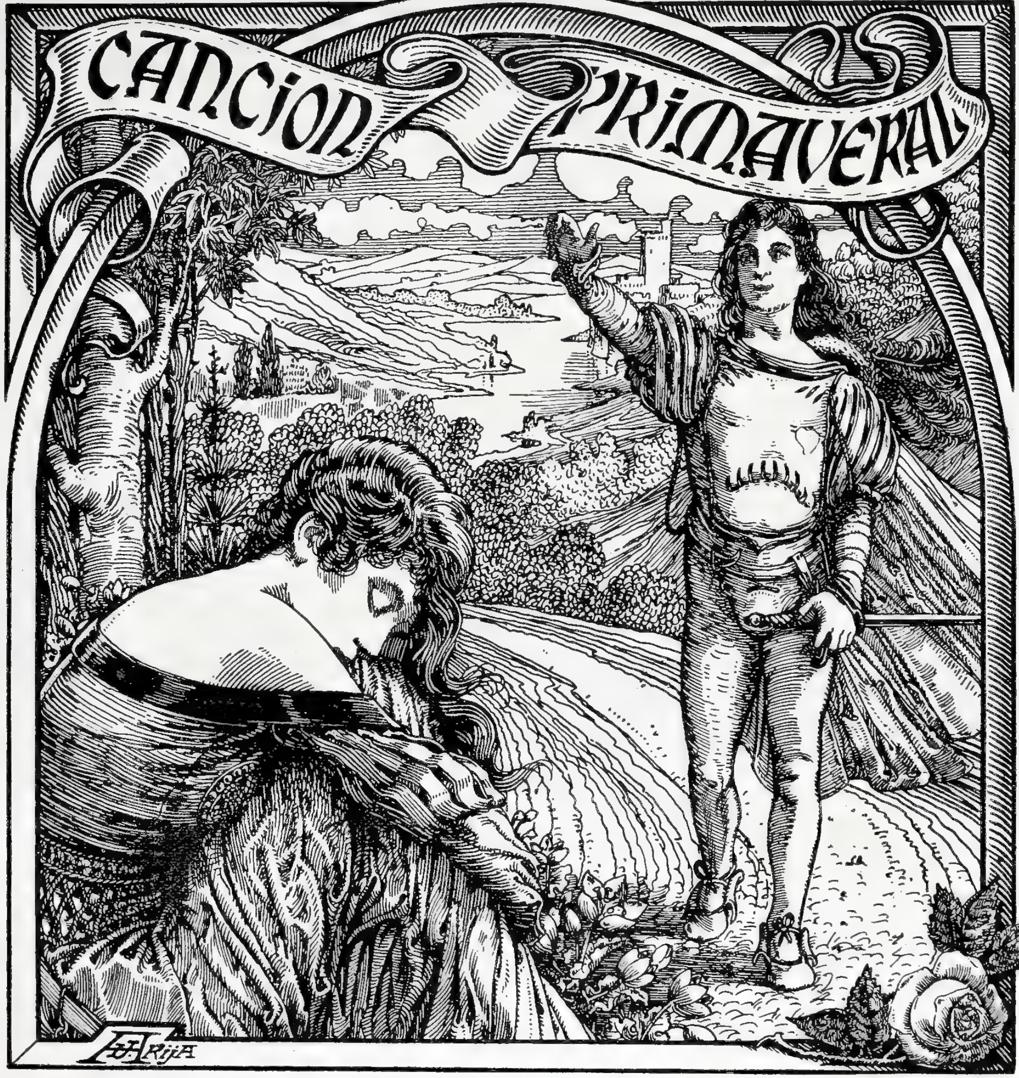
Reina de mi amor, despierta,
que, ya impaciente, á tu puerta
llama un mancebo gentil...
De mis ansias mensajero,
es rubio, alegre, ligero...
¿No sabes su nombre? ¡Abril!

Sus cabellos perfumados
flotan en haces dorados
sobre su manto de tul...
Breve es su boca bermeja;
bajo el arco de su ceja
brillan dos gotas de azul.

Primogénito de un Hada
que en la región encantada
su amor impone por ley,
es como un sueño, gallardo,
entusiasta como un bardo,
poderoso como un rey...

Protegido por los cielos
rasgó á su paso los velos
del invierno y del dolor...
Y en explosión de colores
se abrieron todas las flores
saludando á su Señor...

Sus miradas virginales
derramaron á raudales
la esperanza y la salud...



A los ecos de su risa,
lanzó su canto la brisa
de perenne juventud.

Despierta, niña, despierta,
que, ya impaciente, á tu puerta
llama un mancebo gentil...
De mis ansias mensajero,
es rubio, alegre, ligero...
¿No sabes su nombre? ¡Abril!

Para alegrar tu ventana
dejó una rosa temprana
que besa el sol matinal...
Rendido y enamorado
trae el tesoro esperado
por tu pecho virginal.

Bajo sus ojos risueños
creerás que aún vive entre sueños
tu corazón puro y fiel;
oirás sus blandos suspiros
y entornarás tus zafiros
diciendo arrobada «¡Es él!»

¡Es él! ¡En sus manos tiene
la ilusión! De lejos viene
tus anhelos á cumplir...
Despierta, niña, despierta,
que si abandona tu puerta
¡no ha de volver á venir!

Antonio Palomero



LA FLOR DEL ALMENDRO, por Méndez Bringa



LA LEYENDA DE LA MARIPOSA

CUENTECILLO PRIMAVERAL

Hubo en el mundo una época ya muy lejana, muy lejana, en que no existían mariposas.

Los hombres entonces eran muy desdichados: no tenían ilusiones.

Los gusanos también eran muy infelices: no tenían alas.

Todo lo que vuela y alegra los ojos llenos de luz en la primavera, todo lo que huye y no se deja coger, sin causarnos más que un leve y también fugitivo enfado, en aquel triste tiempo se arrastraba por la tierra. Las mariposas eran larvas. Las ilusiones voladoras, groseras realidades.

Y apenas se podía dar paso por el suelo sin aplastar las larvas, orugas y lombrices asquerosas, que formaban un tapiz semoviente y todo lo babeaban y todo se lo comían. Contra aquella invasión perenne de los gusanos, el hombre no tenía defensa entonces, ni la tendría ahora si el caso ¡lo que no permita Dios! se repitiese.

En tan desigual lucha, sólo contaba el hombre con unos aliados fieles, constantes, desinteresados, intrépidos y listos como ellos solos: con sus amigos los pájaros, destructores infatigables de la vil raza gusanil.

Pero ¡qué ironías las del destino! como las larvas destruían todas las hierbas del campo y, trepando por los troncos de los árboles, roían las hojas y carcomían las frutas antes de la madurez, el hombre, que aún era muy endeble para luchar con las fieras y muy torpe y desmañado para dedicarse á la caza menor... no tenía otro remedio sino comerse á sus fieles amigos, á sus valientes aliados los pájaros, y cuando éstos, hartos de comer gusanillos, se ponían gordos y pesadotes á puro haber prestado servicios á la humanidad, el hombre los cazaba fácilmente con la mano y se comía, con la más negra y odiosa ingratitud, pero con el mayor apetito, á sus bienhechores volátiles.

Sucedió una vez que cierta esforzada y heroica tribu de jilgueros logró darse tal faena para matar gusanos, que ninguno de éstos pudo llegar al bosquete por los colorines habitado; y claro, en el bosquete hubo frutas y flores, y los jilgueros piaron sin cesar, y aquello fué un paraíso.

Un día que los jilgueros dormían, un gusano atrevido se arriesgó á llegar sigilosamente hasta el bosque. ¡Nunca viera tan linda cosa! Flores de todos los matices y castas cubrían el suelo. El gusanillo estaba encantado y no pensaba en roer los tallos de las plantas, antes bien se contentaba platónicamente con pasearse por cima de ellas, recreándose en sus colores y perfumes.

Y como por primera vez aquel gusano fué platónico, es decir, que tuvo un ideal superior al de arrastrarse por la tierra comiendo, y por primera vez sintió y admiró la belleza pura, he aquí que al verle un colorín y querer lanzarse sobre él para castigar su avilantez, la justicia inmanente en el mundo realizó el prodigio de que con la esencia ó el polvillo sutil de todos los pétalos de todas las flores por el gusanillo admiradas, se le formasen y adhiriesen al cuerpo unas miríficas, vaporosas y multicolores alitas, que al punto le sirvieron para huir del pájaro, su enemigo. Y así nació la primera mariposa y de ella salieron las demás como todos hemos salido de Adán, nuestro padre. Y los pájaros se vieron mucho menos atareados que antes. Y el hombre vió y olió flores y comió frutas, y viendo á las mariposas mariposear y huir sin dejarse coger... tuvo ilusiones y vivió de ellas. Y de ellas vivimos lo mejor de nuestra existencia.

F. N. L.

DIBUJO DE REGIDOR



Canto de Primavera
E. Varela
Fragmento del duo de la Opera de Wagner
"La Walkyria"
Version Castellana de
Sigmundo
Na - - die a - mor, no de - bes te - mer mi - - - - ra. A - bril re - su - ci - tó
dolcemente con calma
El in - vier - no por fin des - po - re - ció....... El sol re - no - ce pri - ma - ve - ral.... Sur - gió por fin la pri - ma - ve - ra que a - bre el al - - - ma al a - mor Es - - cu - cha el dul - - - ce sus - pi - rar a - quien mis bra - zos sin te - mor Con
pp dolce
dolce

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 16 Abril 1904. N.º 676



La destructorita

Cuando se hizo pública la invención del sabio Teofilus, el mundo entero se estremeció de pasmo y de terror. Los anteriores descubrimientos del inventor respondían de la veracidad de la noticia. Entre otras maravillas, las gentes recordaban los guerreros automáticos que, movidos por un resorte inrompible, se movían hasta llegar á las huestes enemigas, donde explotaban como triquitraques; las granadas-topos, así llamadas porque en vez de trazar en el aire su curva graciosa, se hundían en la tierra y describían bajo ella su trayectoria, hasta surgir á la luz y estallar en plena plaza sitiada ó en medio del ejército contrario. ¿Y los torpedos aéreos? ¿Y el cañón «omnium», que protegía con su cureña la tienda del general, la cantina y un salón de baile? Estos inventos y mil más hacían de Teofilus una especie de Marte moderno y daban á sus palabras fuerza considerable.

Así, cuando el sabio anunció que había descubierto un terrible explosivo, los periodistas acudieron á su laboratorio para poder dar á sus lectores detalles de la invención. Estos detalles fueron los que hundieron al mundo entero en la mayor tristeza. Teofilus participó á los periodistas que, efectivamente, había compuesto una materia de inmensa fuerza dispersadora.

Según los cálculos del inventor, una onza de tan terrible substancia, á la que había bautizado con el significativo nombre de *Destructorita*, bastaba para hacer saltar el globo terráqueo entero y verdadero. Las sacudidas de la nitroglicerina, de la dinamita, de la pólvora, eran suaves caricias junto al poder de la *Destructorita*. Ya no se trataba de volar casas, ciudades, montañas; el mundo todo con sus mares y sus cordilleras se esparciría volatilizado en el espacio, si Teofilus hacía estallar la susodicha onza, y ¡oh terror! el sabio poseía en su laboratorio como libra y media del explosivo; lo suficiente para destruir todo ó casi todo el sistema solar.

Al saberse tan terrible noticia, la consternación fué general. El movimiento comercial, los negocios, las transacciones se paralizaron.

«¿Para qué trabajar, se dijeron los hombres, si el día menos pensado salta la tierra hecha trizas, convertida en un polvo impalpable, donde no se reconocerán pobres ni ricos?» Y el tráfico murió. Cabeceando sobre sus anclas durmieron los buques ante los muelles desiertos; los trenes quedaron abandonados en las estaciones, y sobre las cintas pulidas de los rieles comenzaron los musgos á tejer su terciopelo. Los humanos vivían en una ansiedad constante esperando el estampido final, las personas enfermas del corazón y de los nervios morían á centenares, y aquel trastorno hizo pensar á muchos que Teofilus era el Antecristo de las Escrituras.

Pero como sólo la muerte extingue la esperanza de los hombres, pasado el primer susto se serenaron los ánimos y se pensó que la sapiencia de Teofilus poseería algún antídoto que remediase el mal, y para averiguar esto nombróse una comisión de prohombres, encargándola conferenciara con el inventor.

Los elegidos hallaron á Teofilus en el laboratorio. Frente al sillón donde el sabio descansaba había una mesa, en la cual, y reposando sobre un trozo de corcho, se veía un montón de blanco polvo brillante. Era la *Destructorita*. Cuando los comisionados entraron y Teofilus les mostró el explosivo, el

susto tornó verdes los rostros de media docena de eminencias, y dos o tres de los sabios más pusilánimes se desmayaron. Una vez pasada esta primera impresión, el presidente, que se vanagloriaba de ser hombre enérgico, preguntó á Teofilus si existía algún modo de aniquilar la maldecida substancia. Tal vez tratándola por los ácidos ó hundiéndola en el Océano se podía...

Teofilus no le dejó concluir. Ni los ácidos ni las olas del mar aniquilarían ni disolverían la *Destructorita*. Sólo existía un medio de concluir con ella: la explosión. Si los comisionados lo deseaban Teofilus estaba pronto á complacerles, pero ya sabían las consecuencias. El globo se desharía en polvillo cósmico... Y acercándose el sabio á la *Destructorita*, levantó sobre ella un martillo. A tal vista, los comisionados extendieron las manos como coristas que se juramentan é imploraron de Teofilus una solución menos radical. El inventor meditó largo rato, y al fin les dijo: «La materia explosiva cuyo descubrimiento me honra, puede conservarse sin estallar años y siglos, sin perder nunca sus facultades explotantes, pues éstas permanecen latentes hasta el momento en que un choque, una percusión cualquiera las haga surgir terribles y destructoras. A esto sólo encuentro un remedio; mejor dicho, un paliativo. Si la humanidad entera se compromete á suprimir las sacudidas que los cañonazos, tiros y explosiones producen en la masa terráquea, alejaría muchas probabilidades de una catástrofe. En tal supuesto, puede enterrarse esta libra de *Destructorita* en un sitio apartado y evitar de ese modo una explosión que, de lo contrario, se verificará en cualquier instante. Me choca que no se haya producido ya. Tal vez dentro de un segundo...



Dejando á Teofilus con la palabra en la boca, los comisionados se precipitaron á la calle. Allí la multitud les acogió con un grito pronto sofocado al ver que los sabios se aplicaban un dedo á la boca reclamando silencio. Después murmuraron la respuesta de Teofilus, y el gentío se dispersó quedamente, comunicando la noticia. Al conocerla las cancillerías y los ministerios de la Guerra, se conmovieron en extremo, pero como el interés general se imponía, tras algunos cambios de notas llegóse á un acuerdo, y en una fecha dada, los cañones, los fusiles, todos los útiles de matar se arrojaron al mar, se licenciaron las tropas, se arrasaron los fuertes y las murallas; en suma, el desarme general se realizó, y creyóse asegurada la existencia del globo, pues Teofilus declaró que tal medida evitaba muchas de las contingencias de una explosión. Para mayor seguridad, se depositó la *Destructorita* en un cofre de acero, éste se guardó en otro de madera incorruptible, que se encerró á su vez en una urna de piedra, separados todos con algodones, serrín, virutas, arena y otras materias muelles y blandas. Después se enterró la *Destructorita* en un campo desierto, y alrededor del enterramiento se levantó un muro donde una lápida de mármol decía: *Aquí yace el enemigo de la humanidad. Transeunte, huye.*

Siglos y siglos pasaron después de estos sucesos. El mundo, algo encogido al principio, se recobró del susto y siguió viviendo. La energía y la actividad que antes se derrochaban en la guerra, se aplicaron de distinto modo, y poco á poco fué cambiando la faz de la tierra. Las razas se fusionaron, creando la raza única, antediluviana, compuesta de todos los elementos que desde Noé vivían desperdigados y enemigos. La fortaleza negra, la paciencia amarilla, la blanca actividad inteligente, se unieron formando el tipo desaparecido del hombre perfecto. La vida humana se hizo larguísima, casi ilimitada, pues cada individuo compuesto de las células necesarias vivía más tiempo que una docena de hombres

de antaño. Los campos y los montes, domeñados á fuerza de trabajo, cubrieron el mundo entero de masas de verdor, y el globo de esmeralda rodó por el espacio, albergando una humanidad feliz que veía pasar los días como minutos y los años como horas. Sólo un sentimiento penoso pesaba alguna vez sobre los hombres. Conservaban tradición de que tras un muro, en un sitio salvaje, reposaba su enemigo. Nadie se atrevió á penetrar en aquel recinto, y sus alrededores permanecían incultivados y desiertos.

Mas sin arredrarse por este temor, una tarde se encaminó hacia el terrible lugar un hombre ya viejo, que era sabio y poeta á la vez, circunstancias muy comunes entonces. En aquella nueva vida, los sabios y los poetas se consideraban precisos al bien público, y así se les dejaba salir y entrar con toda libertad, sin recluirlos en las pajareras que se llamaron academias, ni detener su vuelo con la cadena de pensiones, sueldos y dietas. El mundo entero les pertenecía, y ellos pertenecían á todo el mundo, que gozaba de sus cantos y discreteos, como de la luz, el aire y otros bienes naturales. Pues bien, aquel poeta viejo quería resolver antes de morir una duda: quería conocer el enemigo de la humanidad para alejar de ella el último vestigio del miedo, ya casi desconocido. A impulsos de su alma generosa, cruzó el terreno árido donde se habían refugiado todas las plantas dañinas, pareciendo defender con sus pinchos y sus púas el muro tras el que reposaba el terrible enemigo.



Sin hacer caso del aviso de la lápida, el viejo buscó algún sitio por donde atacar la pared. Una piedra se tambaleaba; hincó en su juntura el pico de hierro de que se había prevenido, y haciendo caer el sillar, penetró por el hueco. Ya dentro, vió una pequeña eminencia; cavó en ella. A poco el hierro tropezó con algo duro; el poeta ensanchó el agujero, y después de tantos siglos salió á la luz la caja donde descansaba la *Destructorita*. Abiertos los distintos cofres, cayó del último un papel que decía: «Esta es la *Destructorita*, muerte del mundo. Mortal que la encuentres, si quieres que la humanidad viva feliz, calla cuanto veas.»

Al leer tales palabras, el sabio poeta se quedó abstraído y meditabundo. La memoria trajo á su cerebro ideas lejanas, recuerdos de cuentos de su infancia, narraciones del invento prodigioso de un hombre que creó una materia capaz de aniquilar el mundo. Mientras el viejo recordaba esto, sus manos irreflexivas y enjutas se habían hundido en el polvo brillante y lo manejaban inconscientemente. Un esfuerzo mnemotécnico le hizo llevarse un dedo á la boca, donde se hundió, lleno de blancas partículas, y en el momento mismo que el cerebro del poeta sabio recordaba aquel invento remoto, notó su lengua un sabor dulcísimo que se desprendía de la falange chupada. Juntáronse ambas sensaciones, y el viejo se echó á reir, comprendiendo entonces que el tremendo y mortal explosivo sólo era azúcar en polvo.

Escuchando el consejo póstumo de Teofilus, el poeta sabio volvió á enterrar todo en la forma que lo hallara, tapió de nuevo la entrada, selló su boca y murió á poco sin revelar su secreto. Y la humanidad, que continuó ignorándolo, vivió feliz, gracias á una mentira.

LEMA: PUM

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

(NÚMERO 11 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

LA REINA DE LA FERIA,
POR GARCÍA Y RAMOS





POR LA PATRIA

I

Era en los albores de la Restauración—¡ya ha llovido!—Fué una tarde de zalagarda magna en el Congreso, de tempestad tan recia, que pareció conmover cimientos de palacios. El Gobierno se bamboleaba y el presidente del Consejo—no evoquéis ninguna de las archiconocidas siluetas de los imperantes de entonces: imaginad un ministro vaciado en la turquesa en que lo fueron los más, enano para el puesto, azorado por su pequeñez y como asfixiado al exterior de su desbordante individualidad,—el presidente, así como era, salió del Congreso, nervioso, aterrado, febril; saltó á su berlina particular—en días de alborotos el landó presidencial rompíase puntualmente,—y «á Palacio; á escape».

En Palacio, conferencia embarazosa, posición difícil, humildad digna, lealtad inquebrantable á prueba de continuidad en el Poder, pordioseo altanero, sacrificio incondicional... ¡Todo por la patria!

Un tanto alicaído y orejigacho salió del alcázar Su Excelencia; pero repuesto incontinenti, hizo pesar su majestad sobre Francisco, su leal cochero:

—¡A casa del duque, sin rodear, volando!

Y en casa del duque—exministro de oposición—conferencia, es decir, *agarrada gorda*, que duró hasta muy dadas las doce de la noche; de una noche crudísima de Diciembre, en que el cielo era de plomo, el viento del de Guadarrama insuflador de pulmonías, la temperatura *muy* bajo cero, con tendencias á la templanza precursora de las nevadas grandes. De casa del duque salió Su Excelencia furioso, vibrante, con el estómago exhausto y la cabeza echando bombas:—¡A la Castellana, ya sabes, y á la carrera, Francisco!—chilló el presidente, y la berlina arrancó desempedrando.

II

Al hotel de su propiedad, que en la Castellana habitaba cierto conocidísimo prócer, llegó el ministro exánime, descoyuntado, «para en sábanas de aguardiente,» que decían nuestros abuelos.—¡Soberbia jornada, Perico; una *debacle* para el Gobierno, para el partido entero! ¡Pero yo no cejo tan pronto! Quedan recursos, soluciones... Mira, dame algo que comer y que beber: ¡estoy muerto! Desde que almorcé, á las once y de prisa, no pruebo bocado y... ¡va á dar la una! (mirando al reloj de la chimenea condal). Perico, el prócer dueño del hotel, llamó á escape á sus criados, y allí, junto á la chimenea abarrotada de leña, en improvisada mesita, sirvióse al ministro copiosa cena compuesta de fiambres —por imposición de la hora y la premura,—regada con jerez y *champagne* de marcas *super*, y coronada con un resucitador ponche á la romana, obra maestra del cocinero del conde.

Y mientras arriba crepitaban los troncos en ignición bordándose de filigranadas cenizas, empenachándose de llamitas rojiazules, exhalando oleadas de calor vivificante; mientras hervía el *champagne* en las blasonadas copas de diáfana *muselina*, abajo en la Castellana desierta, alumbrada tétricamente por las lengüitas amarillentas del gas, que temblaban entre los empañados vidrios de los faroles irradiando en el glacial ambiente nebulosos halos opalinos, todo era frío y desoladora quietud.

Del lado del Hipódromo soplaba un huracán de hielo que hacía silbar y crujir las secas ramas de los árboles, y voltigeando en las espirales ciclónicas comenzaban á bajar copos y copos de nieve que rápidamente ensabanaban el suelo y perfilaban en blanco verjas, árboles y cornisas. Francisco, el cochero de Su Excelencia, que tampoco probó bocado en todo el día, bostezaba de hambre, temblaba de frío en lo alto de su pescante, y, puesto de pie en él, pateaba en las tablas con inquietud y se frotaba violentamente las manos, á fin de entrar en calor á fuerza de movimiento. *Milord*, el caballo, su pobre compañero de frío y de ayuno, movíase también inquieto y levantisco; por su pelambre lustrosa corrían largos estremecimientos; irritábale el golpeteo furioso de los glaciales copos, y encrespaba las crines y agitaba la cola, sacudiéndose relinchador, trepidante, haciendo tintinear la re-

luciente barbada y las chapas y hebillas de los flamantes arneses. Compadecido el auriga de su pareja de esclavitud, sacudíale blandamente con las riendas la nieve que se le cuajaba en los lomos, dirigiéndole por lo bajo pullas joviales ó crudas imprecaciones, viriles desahogos de compañero de cadena.



Entretanto, arriba seguía engullendo y trincando Su Excelencia, y en el silencio de la noche, honda y glacial, sobre la acolchada blandura de la nieve, percibióse con claridad el cliqueteo de platos y copas, el taponazo del *champagne* y alguna que otra exclamación ó carcajada sonora de los prohombres que peroraban en el entresuelo de un pabelloncito muy cercano á la calle. Dos frases, sobre todo, llegaron muy distintas á los oídos del aterido automedonte: «Sacrificios crueles...» y «por la patria»; y como en el estómago y en la médula sintiera el infeliz morderle el ansia de aquellos *sacrificios* à que se entregaba su amo,—¡Recuerno, *Milord!*—bufó más recio de lo que la prudencia pedía.—¡Tú y yo sí que nos sacrificamos aquí á obscuras por la pastelera patria que á esos les llena la andorga!

III

Y seguían adentro escanciando, fumando, *haciendo patria*, y afuera seguía nevando, nevando sin tregua, y el viento del Guadarrama arremolinaba los copos, que agitándose en loca danza por el espacio caían y caían de golpe, sesgos, con furia, *á mantas*, á capas y capas que se amontonaban blandamente por suelos, árboles, bancos y faroles, por techumbres, balcones y cornisas, por todo resalto ó voladizo, contorneando la pobre arquitectura de aquellos hotelitos mal traducidos del francés.

Con el intenso frío de la madrugada comenzaba á helarse la nieve, cuajándose en sutiles cristalillos que se pegaban al levitón del cochero, á su esclavina de pieles empapada por la nieve derretida al calor de su cuerpo, á sus luengas patillas rubias y á su rasurado labio, donde se cuajaba en polvo cristalífero el vaho intermitente de su respiración fatigosa.

—¡Recontra y qué condená ventisca, y qué pinturera nieve ésta!—pensó el cochero, más que pronunciado, en su desesperado aguardar.—¡Y los de adentro componiendo la patria con saliva, mientras á uno se le cuaja aquí la sangre!

Pero tales imprecaciones no salían ya á sus labios ateridos; soltábalas el hombre en sus adentros, sintiendo los párpados tumefactos cerrarse pesadamente sobre sus apagados ojos; y allá en lo profundo de su sér, veía Francisco en el desván de la cochera en que vivía con su madre, á su flaca viejecita de cabellos de plata, rezar inquieta y asustada por el ausente, revolviendo el rescoldo apagadizo en que vaheaba débilmente el pucherillo con la cena de los dos... Lástima del propio suplicio, impaciencia y compasión por el de su vieja, protesta contra la dura esclavitud; todo esto, sumado en un impulso hondo, bravío, de angustia y de rebelión supremas, levantó el pecho del cochero como ola impetuosa que sube y se hincha pronta á estallar, pero que no estalla, y oprime, y ahoga, y asfixia... Luego, una quietud mansa, creciente, invadió sus miembros, adormeciéndolos en sopor blando y como untuoso y suavísimo. Con los ojos cerrados y la respiración anhelosa, Francisco se sentía envuelto en opresor abrazo frío, glacial, interminable... Sintióse embargado por un marasmo invencible, que él vagamente definía como una *borrachera de nieve;* y mareado, ofuscado, ebrio de veras, se sintió caer, caer sin tregua, como si él mismo fuese un copo de los que le envolvían en una negrura honda, honda, sin fondo

IV

—¡Francisco, Francisco! ¿Te has dormido, hombre?—gritábale el ministro cuando ya, al despuntar el tardo amanecer decembrino, salía caliente y armado de *soluciones salvadoras* del confortante gabinete del conde. Y viendo que el automedonte, hecho un terrón en el pescante, no se movía ni contestaba, —¡Animal! ¿estás borracho?—tronó Su Excelencia oprimiendo el brazo del cochero, que con las riendas tensas entre los dedos crispados manteníase agarrotado, los pies contra la delantera del pescante, la espalda contra el techo de la berlina. Al tocar el brazo rígido del pobre mozo y al ver su cara blanca, marmórea, escultural, y en sus ojos, trágicamente abiertos, cuajado el espanto de la mirada extrema, el jefe del Gobierno retrocedió vacilante, horrorizado, con odio y desprecio de sí mismo.

DIBUJOS DE ESTEVAN

BLANCA DE LOS RIOS DE LAMPEREZ

EL POETA PREFERIDO,
POR PEDRO SÁENZ





S. M. la Reina Doña Isabel II

La Reina Isabel II ha fallecido. Obligados (por la forzosa lentitud en la composición de BLANCO Y NEGRO) á no hacer en este número más que consignar esta triste efemérides, no tenemos calma ni tampoco autoridad para formular en esta página algo que no sea el apunte biográfico arrancado de las páginas de cualquier Enciclopedia, ni el juicio hecho y á la verdad poco imparcial que suelen consignar los historiadores de partido.

Apuntemos tan sólo una sencilla reflexión. La Reina Isabel II ha muerto en paz, porque mucho antes de su muerte se habían apagado todos los odios y las encontradas pasiones que envolvieron y velaron, como las densas humaredas de la pólvora antigua, los hechos principales de su reinado. ¡Cuántos hombres de todas castas y condiciones murieron, sin culpa de Isabel II, pero tomando su nombre como bandera propia ó como bandera enemiga, y ni en vida ni en muerte pensaron, ciegos por la torpeza y la pasión, que la Reina era ajena á todo lo que á ellos les arrastraba, y en día lejano había de morir también ella sin que su muerte produjese otro sentimiento sino el de una dulce y benévola compasión!

Mucha historia se puede aprender en las vidas de los monarcas: más filosofía en sus muertes. ¿Quién había de pensar que se extinguiera en el silencio y en el retiro, sin concitar ninguna aversión, quien tan vehementes luchas originó en los años de su reinado?

A una Reina que era tan reina como Isabel II, cien veces se le habrá presentado el tremendo problema que al príncipe Segismundo preocupaba. ¿Fueron sueño estos treinta y cinco años últimos? ¿Fueron vida los treinta y nueve anteriores? No nos dice el poeta cómo ni de qué murió el Hamlet español, el héroe de *La vida es sueño*. De fijo no murió tan tranquilo y sosegado como Isabel II. Pero es indudable que si á la noble señora le hubieran dado á elegir, no hubiese elegido la tranquilidad y el sosiego, aunque esto fuera vida, y sueño lo otro. En la flor de la existencia, cuando la voluntad tiene vigor y la inteligencia brillo, no hubiera pensado nunca que su último viaje fuera volver de París al panteón de El Escorial.

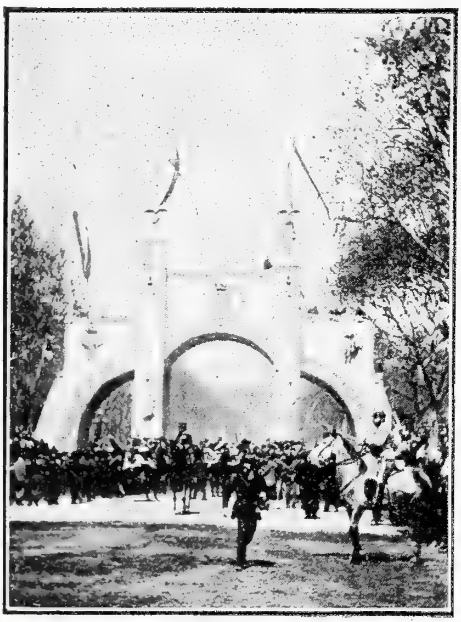
S. M. EL REY EN



S. M. VISITANDO LAS OBRAS DE LA IGLESIA
DE LA SAGRADA FAMILIA



MANIFESTACIÓN DE ENTUSIASMO POPULAR EN EL PASEO DE G



EL REY PASANDO BAJO EL ARCO
ERIGIDO POR EL MARQUÉS DE COMILLAS



S. M. Y EL SEÑOR MAURA VISITANDO EL ESTUDIO DE MASRIERA



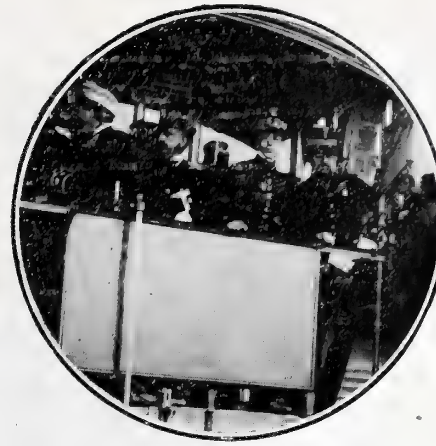
LOS VOLUNTARIOS DE LA GUERRA DE
EN EL APEADERO DEL PAS

Fotografías Asenjo

N BARCELONA



ACIA. S. M. EL REY ACLAMADO POR LOS ESTUDIANTES



S. M. EN EL FERROCARRIL FUNICULAR
DEL TIBIDABO



OBELISCO ELEVADO POR LOS MILITARES
EN LA PLAZA DE CATALUÑA



AFRICA ESPERANDO AL REY
O DE GRACIA





SEÑORITAS DE LA COLONIA EXTRANJERA OBSEQUIANDO CON FLORES AL REY
ANTE EL HOTEL DE INGLATERRA

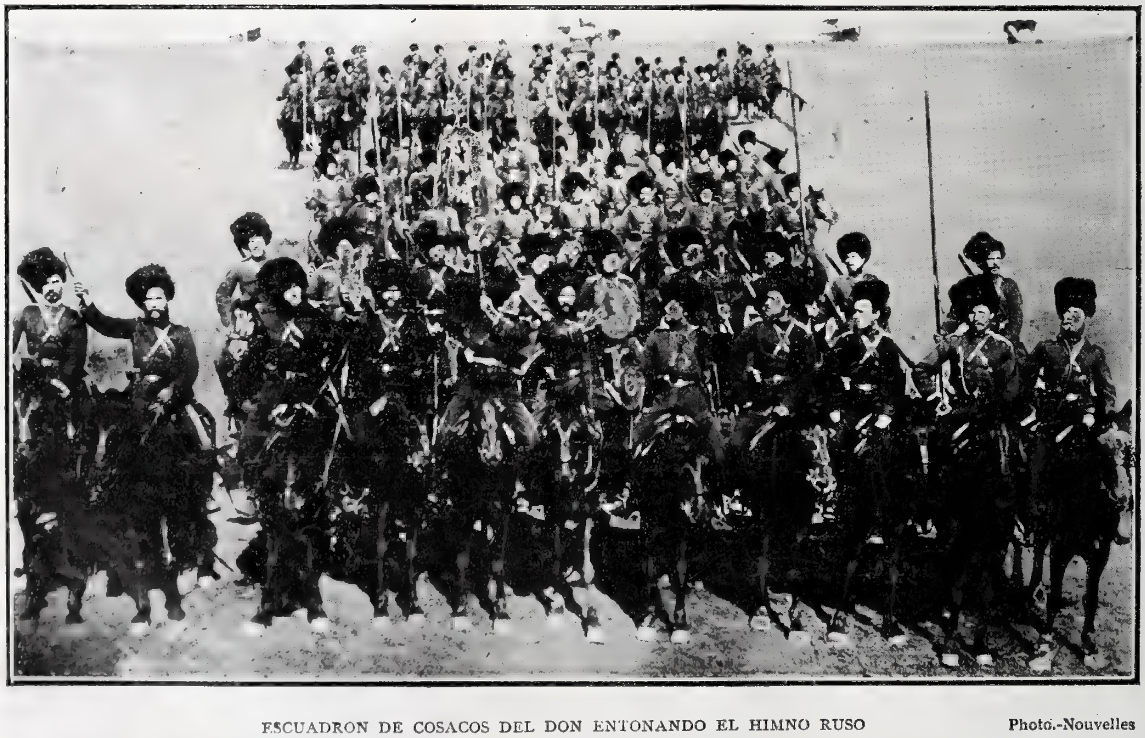
Actualidad Extranjera



LUISA MICHEL — Fot. Ch. Delius

Todos recordamos haber oído en nuestra niñez el nombre de Luisa Michel rodeado de una leyenda teatral de sangre y exterminio.

Y sin embargo, Luisa Michel tenía el corazón blando y compasivo. Quería la revolución, porque odiaba las injusticias y monstruosidades del régimen actual y soñaba con un *mundo nuevo*, con una *nueva era*. Así se titulan dos de sus libros. Su vida ofrece rasgos de una gran belleza moral. Deportada á la Nueva Caledonia con los principales fautores de la *Commune*, se le ofreció un indulto, que ella rechazó como si fuera un ultraje, declarando que sólo aceptaba una amnistía general para todos sus compañeros. Condenada nuevamente á seis años de presidio en 1883 é indultada en 1886, fué preciso expulsarla de la cárcel, de donde no quería salir porque no aceptaba los indultos parciales, que le parecían favoritismos inaceptables. Un miserable la disparó dos tiros de revólver, y ella fué la primera en pedir que fuese absuelto. Amó siempre á los pobres é hizo cuanto pudo por redimirlos y mejorarlos. Estas cosas parecen cursis y pasadas de moda. El mundo marcha. Uno de los terribles revolucionarios que en 1880 recibieron á Luisa Michel cuando volvió del destierro era Clemenceau, y hay actualmente algunos franceses que le tachan de gubernamental...



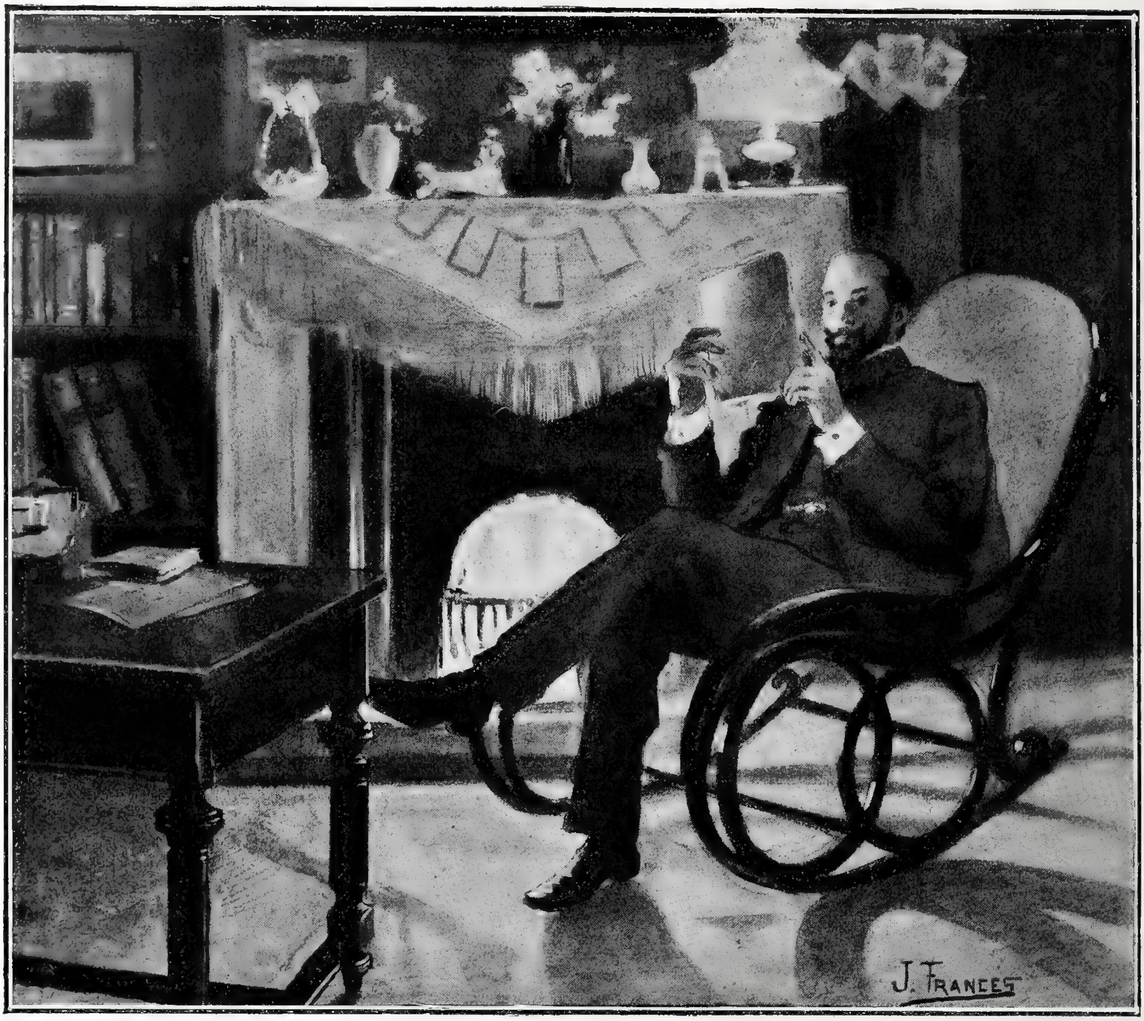
ESCUADRON DE COSACOS DEL DON ENTONANDO EL HIMNO RUSO — Photo.-Nouvelles

No podemos prescindir de ofrecer á ustedes todo un escuadrón de terribles cosacos del Don cantando el himno ruso, con panderas y tambores, al partir para la guerra. Esos soldados cantadores, con esos manguitos en la cabeza, infunden verdadero pavor. En buenas manos está el pandero.

* * *

PATIO SEVILLANO. DOS QUE NO VAN Á
LA FERIA, POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ


[stamp]



SENSACIONES DE UN SEÑOR VULGAR

LA brisa helada, las nieblas, la llovizna incesante me hacen huir de las calles inhóspitas. Al volver á casa, donde me esperan la paz y la roja alegría del buen fuego, paso junto á los árboles desnudos, escuetos, que se alzan al cielo gris, como en una imploración sin esperanza.

Este día de cielo plomizo y de frío intenso me hace pensar en aquellos cuadros de Van Ostade, en los que unas cuantas gentes de buen humor patinan, raudas, sobre un estanque helado y blanco. También recuerdo la vida de la bienaventurada Lidwina de Schiedam, contada por Huysmans. Estando Lidwina en un día de invierno patinando, como las buenas gentes de Van Ostade, cayó con tan mala fortuna, que se fracturó una pierna en la caída, y entonces comienza la pasión dolorosa de la santa mujer y su intenso vivir espiritual con las mágicas, taumatúrgicas visiones paradisiacas, con las terroríficas visiones infernales.

Ya en mi habitación, me acogen, familiares, los objetos amigos: los buenos libros, los retratos de los autores admirados, los viejos grabados con sus largas leyendas románticas y sentimentales. En la chimenea arden los recios troncos de encina con llamas rojas, que ascienden en espirales rápidas. Y es grato contemplar el fuego, que trae remembranzas de los viejos hogares en que se congregaban las familias mientras la abuela tejía la trama de una media con las agujas sutiles y largas, en las que el resplandor de las llamas ponía destellos fúlgidos.

Chisporrotean los troncos, á veces con detonaciones súbitas; retuércense, reptan las llamas, y si el buen señor de Astarac entrase por la puerta, juraría haber visto en las llamas de mi chimenea las vagas formas de una salamandra ó de una ondina, según los bellos nombres que Paracelso—¡oh, su buen discípulo Wagner, el divertido sirviente del doctor Fausto!—dió á esos espíritus elementales que flotan en el aire, que se retuercen en las llamas del hogar, y que giran constantes en torno nuestro.

Y aquí, entre los buenos libros amados, de los que se diría que se desprenden tenues efluvios espirituales, evócanse las cosas pasadas; y es dulce hojear el breve cuaderno en que se han anotado sensaciones, proyectos, deseos. Las cosas desaparecidas reviven en el ambiente tibio de esta habitación, y el porvenir incierto, cuyos umbrales es doloroso atravesar, se cree lleno de promesas gratas, de supremas venturas, tranquilas, apacibles, de una vida sin inquietudes pasada en una habitación como ésta, con libros, con estampas llenas de evocaciones, y un gran fuego, rojo y alegre, de llamear ondulante, y cuyo resplandor reflejara su luz bermeja en los grandes ojos, dulces, plácidos de una mujer.

DIBUJO DE J. FRANCÉS

BERNARDO G. DE CANDAMO



RESURRECCIÓN.

En los sepulcros de los secos granos
duermen espigas é inflamadas rosas,
y yacen las divinas mariposas
en la negra hediondez de los gusanos.

Dios, con la luz de sus candentes manos.
preñó de vidas las fecundas fosas,
y hace de ellas surgir seres y cosas
al son de sus acentos soberanos.

Dice *¡vibrad!* y engendra los latidos;
dice *¡cantad!* y puéblanse los nidos;
¡reverdeced! y enárcanse las palmas;

¡desheldos! y ruedan las corrientes;
¡resucitad! y estallan las simientes;
¡amad, creed! y enciéndense las almas.

Salvador RUEDA

PREPARATIVOS PARA LA
FERIA, POR F. ALBERTI



LA MUJER Y LA CASA

MODAS · MUEBLES · LABORES · CONCURSOS FEMENINOS.

PLANTAS DE SALÓN

Azaleas

Son plantas de hoja perenne y de un hermoso verde obscuro. Se crían en tiestos de todos los tamaños y no exigen grandes ni minuciosos cuidados, porque en realidad, la azalea es una flor fuerte y robusta; como que es la hermana menor de la adelfa, también llamada *Azalea pontica*, porque, según parece, se cría abundantemente en los alrededores del Ponto Exino ó Mar Negro.

La tierra para la planta de azalea ha de ser negra y mantillosa, ni muy apelmazada ni muy suelta; ha de regarse todos los días, pero no con exceso. Lo que sí debe cuidarse, como en todas las plantas análogas, es de que no se depositen capas de polvo sobre las hojas, haciéndolas perder la porosidad, pues los órganos respiratorios de las plantas, lo mismo que los de las personas, tienen el más temible enemigo en el polvillo atmosférico. Así, pues, se deben limpiar con mucho cuidado las hojas en seco, es decir, que la humedad debe absorberla la planta por las raíces.

Las azaleas de maceta pertenecen á la clase titulada con justicia *Azalea amaena*. El libro de donde tomamos estos datos botánicos dice que esa planta produce flores de color rojo amarillento; pero nosotros hemos visto azaleas rosáceas, otras del color de rosa de té, otras jaspeadas de rojo sanguinoso como las camelias, y otras blancas, como las que reproducimos de una hermosa maceta florida en los últimos días de Marzo. La azalea se conserva de un año para otro sin más que cambiarle la tierra en invierno, aumentando sucesivamente el tamaño del tiesto.

No sabemos qué fundamento tendrá la creencia, bastante generalizada, de que las flores de la azalea son venenosas; pero, según un manoseado texto del historiador griego Jenofonte, á quien, hablando de este particular, citan diversas Enciclopedias, los griegos que formaban parte de la famosa expedición de los diez mil perecieron intoxicados por haber comido miel de abejas que se alimentaban con flores de azalea.

Por si acaso, convendrá que no intenten ustedes echarlas en el *consommé*.



FOTOGRAFÍA ASENJO

LA SOMBRILLA







El manejo de la sombrilla, como el del pañuelo y el del abanico, es uno de los más importantes capítulos del arte de agradar. Menos expresiva que el pañuelo, menos elocuente y picaresca que el abanico, la sombrilla aventaja á ambos instrumentos de seducción, puesto que requiere un escenario de campo, jardín ó *selva corta*, como se dice en terminachos teatrales.





Alguien ha dicho que las primeras flores primaverales eran sonrisas de la naturaleza, pero nadie ha contado entre estas flores á la más linda y agradable de todas, y también la más grande y espléndida: aquella cuya corola puede ofrecer todos los colores y todos los matices, y cuyo tallo es el cuerpo de una mujer bonita. Con la sombrilla, como ustedes ven, gracias á la amabilidad de la hermosa actriz del teatro de la Comedia Concha Catalá, pueden expresarse muy diversos estados de alma: primero la provocación despreciativa; después la indecisión aparente; luego la afectada indiferencia; tras esto la distracción; y finalmente, una resolución verdaderamente temible. Al menos así interpretamos nosotros las cinco *poses;* cada cual puede darles otras cinco interpretaciones, y Cristo con todos.

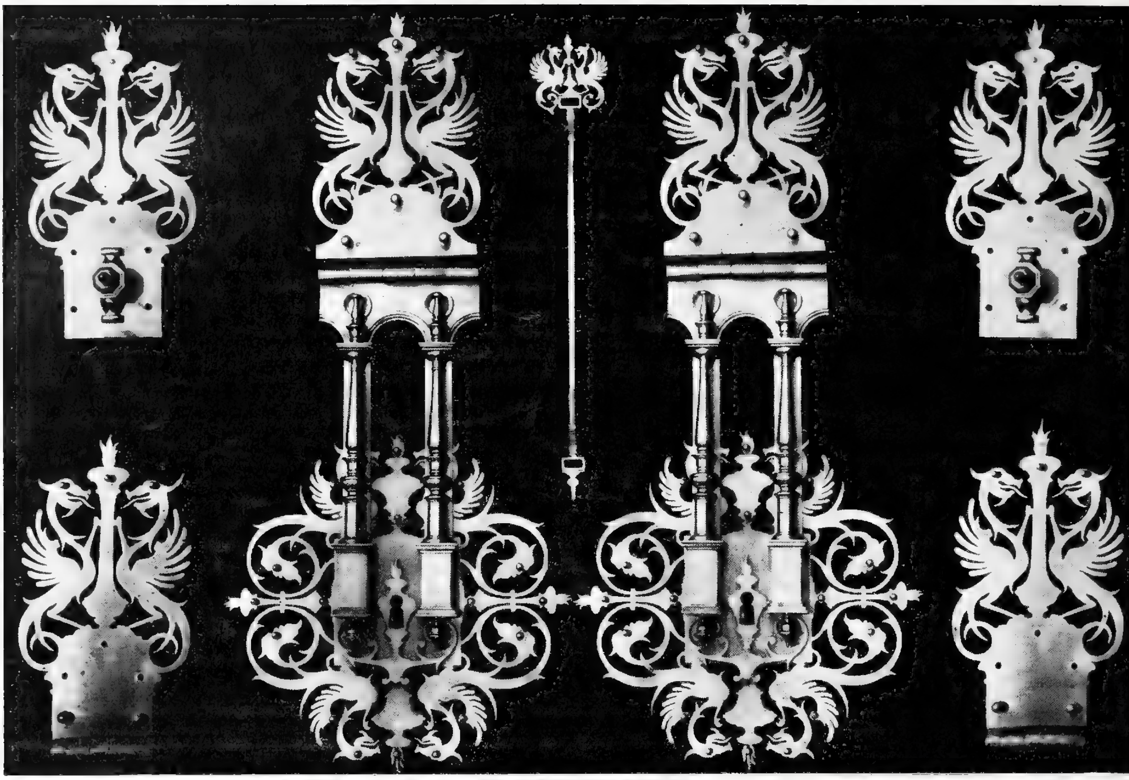
FOT. MUÑOZ DE BAENA



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA VISITAS. Modelo de la casa Lebouvier, de París. Es de paño color champagne, con bordados de seda del mismo color sobre transparente de terciopelo marrón.

FOT. REUTLINGER



LA CASA MODERNA

HERRAJES ARTÍSTICOS

El refinamiento y la exquisitez del *modern style* han resucitado en estos tiempos el antiguo gusto por los detalles de ornamentación en el mobiliario. Los cerrojos, las llaves, las bisagras, las cantoneras de los muebles modernos, constituyen lindas é importantes obras de arte.

Preciosidades de esta índole existen en todas nuestras antiguas ciudades castellanas, y particularmente en Toledo, donde admira el aficionado las maravillosas obras de los Villalpando.

Un joven y modesto artista toledano de gran talento y seguro porvenir, D. Buenaventura Sánchez Comendador, presentará en la próxima Exposición, entre otras obras suyas, la linda cerradura estilo Carlos V que reproducimos como prueba de que no ha decaído por completo el arte de los herrajes.

CONCURSOS FEMENINOS

PRIMER CONCURSO DE «LA MUJER Y LA CASA»

SOMBREROS DE VERANO

Blanco y Negro abre un concurso para premiar tres sombreros de verano para señora joven ó señorita. A este concurso invita á todas sus lectoras.

CONDICIONES DEL CONCURSO

1.ª Los sombreros han de ser propios para la estación veraniega, y el precio de cada uno no deberá exceder de cien pesetas.

2.ª Cada uno de los sombreros vendrá acompañado de un sobre conteniendo lema ó seudónimo de su autora.

3.ª Si el concurso resultara importante, por el número y calidad de los sombreros recibidos, serán todos expuestos en el Salón de Fiestas de Blanco y Negro.

4.ª Un Jurado competente otorgará los premios, que consistirán: el primero en un objeto de arte; el segundo en un lujoso abanico pintado por un notable artista; y el tercero en una elegante sombrilla.

5.ª De los tres sombreros premiados se sacarán fotografías para reproducirlas y publicarlas en Blanco y Negro.

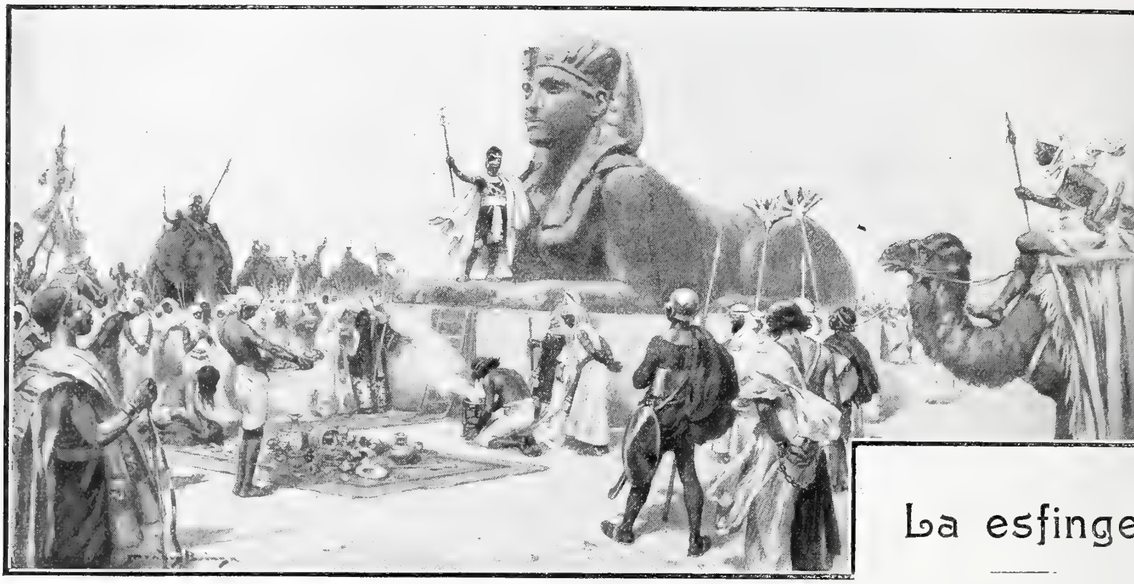
6.ª Una vez hecho público el fallo del Jurado y cerrada la Exposición, la autora ó autoras de los sombreros premiados podrán recoger éstos y recibir los premios. Las expositoras no premiadas recogerán también los sombreros presentando el recibo.

7.ª El plazo para la admisión de sombreros terminará el día 10 de Mayo, á las doce de la noche.

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 23 Abril 1904. N.º 677



La esfinge

Como monumento de su grandeza, para perdurable recuerdo de su memoria ó en devoción á la divinidad, el poderoso Faraón mandó construir una esfinge.

Los más hábiles operarios de Egipto trabajaron en ella; miles de esclavos acarrearon sus materiales, y lentamente fué destacando la colosal escultura sus líneas severas y hermosas.

Pusiéronle, en cuerpo de león, seno y rostro de mujer; y mientras el tronco de león descansaba, con sus poderosas garras extendidas, sobre el plinto, la gallarda cabeza femenina alzábase soberbia, contemplando con sus ojos sin pupila los inmensos arenales del desierto.

Años y años corrieron antes que el escultor á quien el Faraón encomendara la construcción de la esfinge diese por terminados sus trabajos. Al fin, golpeó nerviosamente con su cincel por vez postrera el seno femenino de la esfinge, y al apartarse de la escultura murmuró, tras largos instantes de meditación:

«¡Sólo una palabra podrá conmoverla!»

Alejáronse esclavos y operarios; marchó tras ellos el escultor, y al par que el sol hundía su resplandeciente disco en las lejanías de Occidente, la soledad iba cayendo á plomo en torno de la esfinge, cuya severa y majestuosa cabeza contemplaba con sus ojos sin pupila, como en una eterna interrogación, los inmensos arenales del desierto.

*
* *

Los Faraones se sucedieron sobre el trono de Egipto, y pasaron los siglos sobre los hombres como pasan las ráfagas huracanadas sobre la planicie del desierto, llevándose en su vuelo remolinos de arena.

La esfinge, inmóvil, vió pasar los siglos y los huracanes, y prosiguió contemplando con sus ojos sin pupila la inmensa esterilidad de la desierta llanada.

Un día, el hondo silencio que reinaba en torno de la esfinge fué turbado como por rumor de tempestad vecina, y sin embargo, un sol abrasador lucía en un cielo intensamente azul sin la más leve mancha de una nube.

El fragor de la tempestad fué acercándose, y aparecieron en el horizonte masas obscuras que avanzaban lentamente sobre el haz de la tierra, y que algunas veces, heridas por los rayos del sol, relampagueaban con deslumbrador y fugitivo brillo.

Después, y ya más próximas, surgieron en ellas fugaces tonos purpúreos, y el relampagueo se hizo cada vez más intenso y más constante, al par que el sordo ruido como de tempestad iba rompiendo en mil y mil agudos sones de toques de clarines y gritos humanos.

Estalló al fin en la muchedumbre que avanzaba, cubriendo toda la extensión de la tierra, una orgía de colores y un chisporroteo de reverberaciones luminosas, y el gran ejército del poderoso rey, vencedor de cien reyes, se desbordó ante la esfinge, estremeciendo el aire con sus mil rumores de canciones guerreras, de crujidos de carros, de tintineo de armas, de imprecaciones y de lamentos humanos.

El rey mandó que el ejército se detuviera y acampara, y la tienda real se alzó al pie mismo de la esfinge.

Tornaba vencedor de cuantos reyes había encontrado sobre la tierra, y sus carros estaban atestados de alhajas, arrebatadas en palacios y templos. Seguíale un escuadrón de príncipes sometidos, y los esclavos de los diferentes pueblos sujetos á su yugo formaban inmensos rebaños.

Sus generales eran más poderosos que los reyes, y él igualaba á los dioses.

Había conocido todos los placeres y contemplado todos los dolores. La voz de los hombres no tenía para sus oídos más entonación que la súplica. Le proclamaban dios en todas las lenguas, y se postraban ante él todos los cuerpos. Las alabanzas de su poder formaban estruendo en el aire. El rey, á la puerta de la tienda, contempló la inmóvil esfinge y pasó por su espíritu el recuerdo de las frases del escultor, sostenidas de generación en generación en la memoria de los hombres:

«¡Sólo una palabra podrá conmoverla!»

Resplandeció, como siempre solía, en sus ojos la luz de la victoria, é hizo que se adelantaran humildemente los príncipes vencidos y apresados.

Detrás de ellos mandó colocar los carros colmados del botín más precioso que pudo soñar la codicia

humana, y detrás de los carros las inmensas falanges de prisioneros procedentes de todos los pueblos sojuzgados, que eran todos los pueblos conocidos.

Tendió después su brillante ejército como custodio de tanta riqueza y freno de tantas vidas esclavas, y, seguido por sus generales, se adelantó hacia la esfinge.

Lentamente comenzó á subir por las escalas de seda que sus capitanes adosaron al tronco de la escultura, y próximo ya á la cabeza femenina del monstruo, dirigió una mirada triunfal al fruto de sus victorias y á las líneas de su ejército vencedor, y con acento vibrante y enérgico pronunció la palabra

¡GLORIA!

La esfinge continuó inmóvil, contemplando con sus ojos sin pupila las lejanas lindes del desierto.

Un estremecimiento de ira agitó el cuerpo del rey é hizo relampaguear su armadura de oro. ¿No era aquélla la palabra de la esfinge? ¿Hay frase más hermosa en el lenguaje humano? ¿Puede otra alguna conmover las entrañas de piedra del monstruo de cuerpo de león y cabeza de mujer?

Vencido por vez primera descendió el rey de la escultura, y una profunda tristeza se extendió por su rostro.

¿De qué le aprovechaba haber vencido cien reyes y sujetado á su yugo cien pueblos, si la palabra «gloria», única que á él le hacía estremecer, dejaba inmóvil é indiferente á la colosal esfinge?

Huyendo de su derrota mandó el rey levantar las tiendas, y vió con tristeza desfilar todo el aparato de su poder, todo el testimonio de su gloria.

Poco después, seguido de sus generales, abandonó también el campo de su vencimiento, y al alejarse llevaba lágrimas en los ojos.

Llanto de dolor ó llanto de ira, aquéllas fueron las primeras lágrimas que conocieron sus párpados.

Y cuando desapareció en el horizonte el último resto de la pompa de aquel rey vencedor de reyes, la esfinge prosiguió inmóvil contemplando los inmensos arenales del desierto.

*
* *

Corrieron de nuevo los siglos, y un día de primavera llegó cerca de la esfinge un hermoso mancebo con la cabeza coronada de flores. Venía de las frondosas márgenes del Nilo, é iba en peregrinación por la tierra, sin más deseo que el de amar y ser amado.

Componía dulces canciones, deliciosos versos, que repetían todas las voces juveniles de cuantos amantes se detenían á escucharle.

Como si en su boca anidara un ruiseñor, los acentos que de ella salían eran los más dulces de oir y los más gratos al corazón, y á su misterioso influjo estremecíanse las muchachas, sintiendo en torno suyo como el aleteo de una divinidad.

Detúvose el poeta frente á la esfinge, y resonaron en su memoria las proféticas frases del escultor: «¡Sólo una palabra podrá conmoverla!»

Largo tiempo permaneció mirando la escultura con la mente llena de ensueños y el ritmo del corazón apresurado. Trepó al fin sobre el plinto, y poco á poco fué ganando las alturas del tronco del león.



Emparejada ya su cabeza, coronada de flores, con la cabeza femenina de la escultura, aproximó su boca al oído de la esfinge, y murmuró dulcemente la palabra

¡AMOR!

La esfinge siguió inmóvil contemplando los inmensos arenales del desierto.

Un velo de tristeza cubrió su juvenil y ardoroso rostro. La palabra augusta que rimaba en todas sus canciones y estremecía el pecho de los mancebos y las adolescentes que la escuchaban, no era la palabra de la esfinge. En sus entrañas de piedra no se había producido al oirla la menor conmoción.

Descendió el poeta de la colosal escultura, deshojando su corona de flores; y sin acompañar su paso, como solía, con el alegre y dulce son de sus cantares, se fué alejando, alejando, no sin volver á cada instante la cabeza para contemplar, ora triste y ora airado, al monstruo de durísimas entrañas que oía inconmovible la palabra «amor», única palabra que hace grata la vida y añade luz al cielo. Y cuando su hermoso y juvenil cuerpo se difuminó en la lontananza, la esfinge continuó inmóvil contemplando el desierto.

*
* *

Del desierto salió el sabio, tras largos años de meditación y penitencia, para vencer á la esfinge pronunciando á su oído la palabra mágica. Un áspero sayal cubría su cuerpo casi esquelético y resecado por la fiebre del alma.

¿Qué valía la gloria, sueño de su sueño? ¿qué valía el amor, dulzura de un instante? ¡Palabras, ambas, apenas proferidas ya olvidadas!

No así la suya, la frase mágica, profunda y eterna, cifra de sus tenaces meditaciones, palabra tan llena de Dios, que al decirla temblaban los labios y la sangre detenía su curso formando remansos en lo más hondo de las entrañas.

Por alcanzar la dicha de pronunciarla, había sacrificado á la meditación y á la penitencia toda su vida. Noventa años sin amor y sin goce, perdido en la soledad del desierto, mirando á lo alto aun entre el fragor de las tempestades; siempre cerca de alcanzarla, siempre lejos de poseerla; devorado por la fiebre del espíritu, que nunca remite.

Y el sabio, tembloroso, pero decidido, se aproximó á la colosal escultura. Arrastrándose, y con mortales fatigas, fué ascendiendo por su tronco. Al fin se abrazó á su cuello, y jadeante y como aterrado por la frase misma que iba á proferir, susurró religiosamente al oído de la esfinge la palabra

¡INMORTALIDAD!

Y la esfinge siguió inmóvil contemplando con los ojos sin pupila los inmensos arenales del desierto.

*
* *

¡Gloria! ¡Amor! ¡Inmortalidad! palabras que han llenado el corazón y la mente de los hombres desde que Dios arrojó la tierra á la cautividad sin límites del espacio. ¿Tan escaso es vuestro poder que no conmueve las pétreas entrañas de una esfinge de cuerpo de león y seno y cabeza de mujer? ¿Serán más falaces que proféticas las frases del escultor? ¿Intentaría burlarse, al proferirlas, de la credulidad humana? ¿Fueron aquéllas un sangriento sarcasmo de nuestros sueños...? ¿No habrá en el lenguaje humano una palabra capaz de conmover á las piedras?



Una caravana de árabes llegó cierto día á las inmediaciones de la esfinge.

Formábanla cuatro ó cinco familias humildes, que huían del yugo de la esclavitud á que había sido condenado su pueblo por un audaz conquistador.

Los infelices fugitivos no poseían más que unas cuantas desmedradas bestias y unos miserables carros. La existencia de todas aquellas gentes pendía de la mano de Dios.

El jefe de la caravana, un anciano de venerable aspecto, hizo detener los carros á la sombra de la esfinge, y apresurada y alegremente fueron saltando de aquéllos mujeres y niños.

El sol calcinaba la tierra; la grata sombra de la escultura les amparó como una bendición. Distribuyéronse la frugal comida, y poco después, hombres, mujeres y niños dormían plácidamente, esperando á las brisas de la tarde para continuar su camino.

Pero aún no habían descansado una hora, cuando el jefe de la caravana alzó la venerable cabeza, contempló el cielo, y un grito de terror se escapó de su garganta.

Negro y gigante nubarrón avanzaba por el espacio, y en la inmensidad del desierto alzábanse á cada instante grandes remolinos de arena.

La orden de partir fué pronunciada inmediatamente, y los hombres aparejaron los carros entre los gritos de terror de mujeres y de niños.

Ya el huracán estremecía el desierto.

Huyeron con el espanto en el semblante y la tempestad azotándoles las espaldas, y cuando ya habían caminado largo espacio en su loca y atropellada huída, un pobre niño de ocho ó diez años, á quien el terror de los suyos había olvidado en su plácido sueño, despertóse de pronto y hallóse solo y abandonado al pie de la esfinge.

Lágrimas de miedo se atropellaron en sus ojos, y el infeliz recorrió en vano los linderos de la escultura en busca de los suyos.

Trepó por ella apresuradamente para explorar con sus ojos los vecinos términos en demanda de la caravana, y alcanzó á fijar sus pies en el mismo seno de la esfinge.

Entonces divisó allá á lo lejos el vago contorno de la caravana que huía, y presa su débil corazón de la locura del terror, el pobre niño gritó con desgarrado acento la palabra

¡MADRE!

Súbito estremecimiento conmovió las entrañas de la esfinge. Doblóse dulcemente la cabeza femenina como para contemplar al niño, y en el seno de la escultura algo latió con espasmo de vida.

La palabra mágica había sido al fin pronunciada, no por un rey, por un poeta ó por un sabio, sino por un pobre niño abandonado.

Tronco de león, cabeza y seno de mujer... la palabra de la esfinge era la palabra «¡Madre!»

José DE ROURE

DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

LA DE LOS CLAVELES
ROSAS, POR PEDRO SÁENZ





HUERTO TRISTE...

Huerto triste, campo negro,
en el tapiz de verdores
resaltas como remiendo:
por las tramas de tus surcos
voraz ha corrido el fuego;
lo denuncian las cenizas
que mueve y esparce el viento...

Alma absorta que reposas
entre el bullicio en silencio:
para ti no han sido un daño
los horrores del incendio.
Ya la tierra calcinada
guarda los gérmenes nuevos,
y de las penas de ayer
brotarán mañana versos.

Francisco A. de ICAZA

DIBUJO DE MARTÍNEZ ABADES

LA PIERNA ARTIFICIAL

HISTORIETA POR ROJAS



1. ¡Hombre! *Piernas de goma...*



2. He leído el anuncito y...



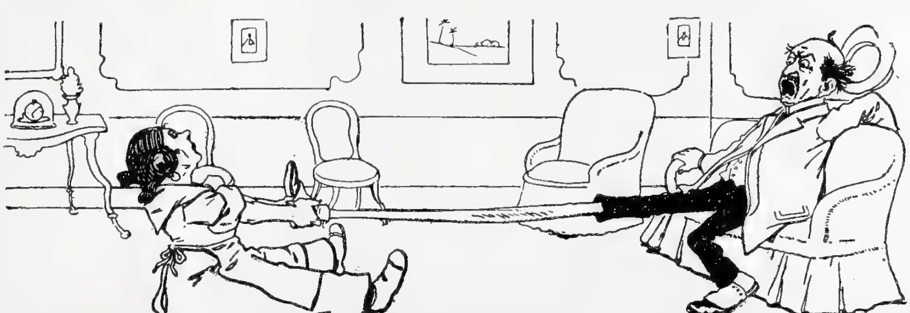
3. ¿Me caerá bien?



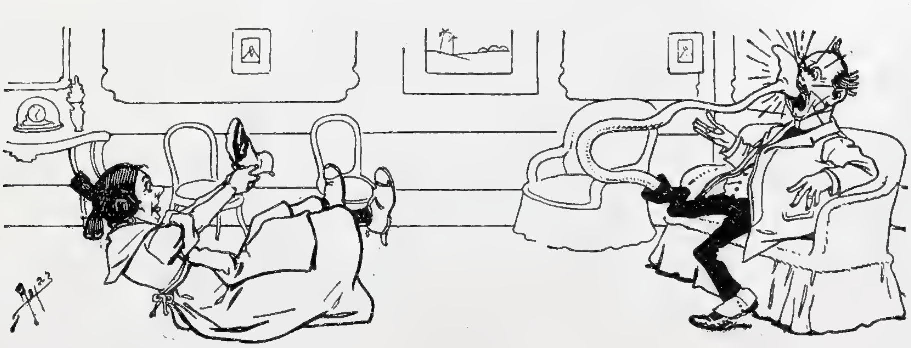
4. ¡Admirable! ¡Maravilloso!



5. Anda, doméstica, quítame esta bota.



6. Pero, señorito, ¿de dónde ha sacao usté esta pierna que no se acaba nunca?



7. ¡Contra, me he roto las narices de un puntapié!

PRIMAVERA EN EL CANTÁBRICO, POR A. ANDRADE



Crónica Gráfica

Referidos ya con todo pormenor y ampliamente comentados por la prensa diaria todos los incidentes del viaje emprendido por S. M. el Rey á las principales ciudades de Cataluña, sólo llegamos nosotros á tiempo para recoger las notas fotográficas que nos ha enviado Asenjo, nuestro redactor corresponsal.

Por ellas, mejor que por ningún relato, se viene en conocimiento del extraordinario interés que en todas las ciudades y pueblos catalanes ha despertado la presencia del Monarca, y se comprueba cuánto había de hiperbólica leyenda en la supuesta y pregonada odiosidad de los buenos y honrados hijos de Cataluña contra el poder central, puesto que el Rey, es decir, la representación concreta del Estado español, en unas partes ha sido recibido con caluroso entusiasmo; en otras con grave adhesión; en las que menos con grave cortesanía, y en todas con profundo respeto. Por cima de todas las parciales opiniones ha resaltado el amor á la patria grande, no entibiado en la mayoría de los catalanes por la adoración á la patria chica. La nota de más vibrante entusiasmo y la más simpática y enternecedora, la han dado las mujeres. Se ha demostrado que las damas catalanas son muy españolas, y esto es un gran consuelo, pues las convicciones que triunfan no son jamás las que el hombre sostiene en la calle ó en reunión con otros hombres, sino las que es capaz de sostener en su casa, buscando y hallando la mirada ó la voz aprobatoria de la mujer. En Cuba, las mujeres eran más filibusteras que los hombres; por eso nos perdimos allí. Es una sencilla y probada ley de la Historia. ¡Ay de quien para propagar ideas cuenta sólo con las voces broncas y ásperas de los hombres y desprecia las suaves é insinuantes voces de las hembras! El Divino Maestro tuvo sólo doce apóstoles, pero contó con muchos miles de *apóstolas*. Sin ellas no hay ningún *ismo* que prospere.

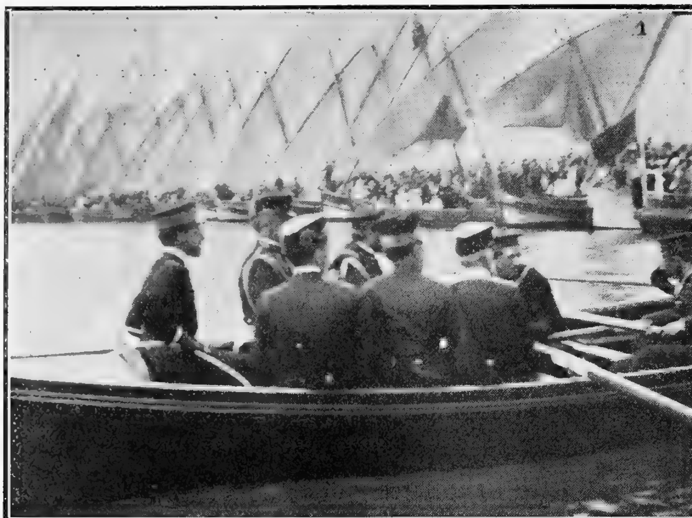
Por eso causa tan gran tristeza el ver á esas pobres mujeres que en vida sembraron tantos afectos y á la muerte se encuentran solas y sin que se las tributen los honores que ellas hubieran esperado toda su vida, como ha ocurrido con la reina doña Isabel II. ¡Tristes y frías ceremonias las celebradas oficialmente con motivo de su fallecimiento y entierro! Nunca hubiera ella pensado que la nación donde reinó acogiese con tan poco calor el cadáver de su soberana.

Volvamos los ojos á más agradables acontecimientos, y fijémonos en las fotografías relativas á las carreras ó regatas de lanchas automóviles últimamente celebradas en las aguas de Mónaco.

Las lanchas automóviles son, al decir de los inteligentes, la más bella conquista del automovilismo. Entre ellas y las demás embarcaciones, hay la misma diferencia que entre el volar de la gaviota y el nadar de la tortuga.



S. M. EL REY SALIENDO DE LA CATEDRAL DE TARRAGONA









1. LLEGADA DE S. M. CON EL GENERAL LINARES AL EMBARCADERO, EN TARRAGONA Fot Asenjo
2. S. M. ACOMPAÑADO DE LAS AUTORIDADES DE TARRAGONA 3. SOLEMNE INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DEL PUERTO
4. COLUMNAS DE HOMBRES Ó «XIQUETS DE VALLS»

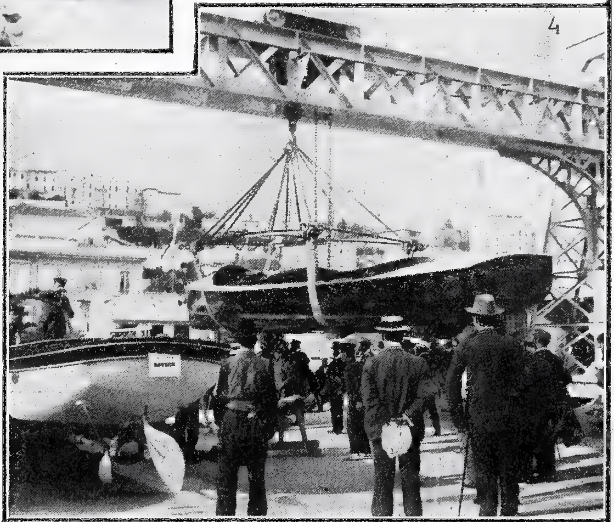


TRASLACION DEL CADAVER DE LA REINA ISABEL EN PARÍS.
EL TÚMULO LEVANTADO
EN LA ESTACIÓN DEL QUAI D'ORSAY
Fot. Chusseau Flaviens



ENTIERRO DE S. M. LA REINA ISABEL
EN EL ESCORIAL
Fot. Muñoz de Baena




1. S. A. R. EL PRÍNCIPE DE MÓNACO INAUGURANDO LA EXPOSICIÓN DE LANCHAS AUTOMÓVILES
2. LOS AUTOMOVILISTAS CON EL CHALECO SALVAVIDAS. 3. LOS VENCEDORES EN LA CARRERA DE LANCHAS AUTOMÓVILES, MR. A. TELLIER Y MR. FIRMEZ. 4. UN RINCÓN DE LA EXPOSICIÓN. LA GRÚA TRANSPORTANDO LAS LANCHAS
5. LAS LANCHAS AUTOMÓVILES JUNTO AL TIRO DE PICHÓN, ESPERANDO LA SEÑAL DE SALIDA

Fotgs. Chusseau Flavien



RETRATO INÉDITO DE SOR PATROCINIO CON S. M. LA REINA DOÑA ISABEL

SOR PATROCINIO

FRAGMENTO DEL «EPISTOLARIO DE LA CONDESA DE CAMPO-AVANCE»

...

Sor Patro, como la llamábamos sus amigas en horas de intimidad, era de buena estatura y algo metida en carnes, aunque conservaba cierta gallardía y gentileza á pesar de las sayas y las tocas. Sus facciones eran vulgares y el fruncimiento de su entrecejo y de sus labios recio y duro; pero en sus ojos, grandes y negros, había tanta luz, tanto fuego y tanta vida, que con mirar á una persona le cautivaba la voluntad. Hablaba lentamente, más que como midiendo las palabras, como si se las fuesen dictando al oído, y era esto tan cierto, que el gesto y la acción no acompañaban ni correspondían al sentido de lo que iba diciendo. Así que aquellas llamaradas de los ojos y aquella abstracción en que parecía sumida, le daban apariencia de iluminada, y sus frases cortadas y sentenciosas le caían á una en el alma como profecías que bajaran del cielo.

Cuantos la tratamos, no pudimos nunca convencernos de que fuese una grandísima farsante, como decían los liberalotes y los incrédulos. Tampoco es verdad que el padre Fulgencio la tuviera sugestionada, ni menos que el rey Francisco se sirviera de ella para conseguir de Isabel lo que directamente no lograba. No y no. Es que Sor Patro tenía sus ideas, altas ideas, grandes ideas, sin duda, porque á su modo y estirando el dogma, como si fuese elástico, filosofaba que era verdadera delicia oirla. Y á estas ideas ajustaba su acción, y... así salió ello. (Perdóname esta salida, pues no hallo otra más sincera.)

Una singular teoría suya era la de que no pecaban los reyes pecando, sino dejando pecar; porque enrufla tú los mandamientos y verás que es mucho más grave que toda una nación falte á uno sólo, que el hecho de que un monarca incumpla todos juntos siete veces cada día. Así la Señora se encantaba oyéndola, porque los mismos ángeles hablaban en su boca...

Dionisio PÉREZ

MANJARES NUEVOS



Por una amena carta que al «Heraldo»
escribió Bonafoux no há muchos días,
supe que ya en París se va extendiendo
cierta costumbre yanqui que es rarísima
La costumbre consiste en comer flores.
¡Ya ve usted! ¡Caprichitos de la vida!

¡Quién nos iba á decir que la violeta
pudiera reemplazar á la salchicha!
Pues, sí, señor; es el refinamiento
del buen gusto respecto á la comida
tomar flores en vez de otros manjares,
según la carta del genial cronista.

Por primer alimento, á cucharadas,
jarabe diéronme de «peonía;»
mas después, la verdad, yo no recuerdo
haber comido flores en mi vida...
ni las pienso comer, y eso que á veces
hay «Rosas» por el mundo y «Margaritas»
que aunque no se estilase comer flores,
cualquiera al natural se las comía.

Si aquí llega la moda y es preciso
en lugar de comer patatas fritas
comer lirios en salsa ó crisantemos
con aceite y vinagre, dará risa
ver que alguno, llamando á su criado,
le dé cuatro pesetas y le diga:
«Anda, vete y encárgame un almuerzo
en el puesto de flores de la esquina.»

Aquí lo malo está en que las patronas
si llegan á saber que eso se estila,
darán en adelante á los pupilos
flor de malva en lugar de longaniza;
y así como hoy les dan ciruelas pasas,
les darán para postre siemprevivas,
que son inalterables y en el vientre
por regla general no se marchitan.

Por supuesto, señores, que la moda
de llevar «flores» dentro ya es antigua.
¡Yo sé que una señora respetable
nueve meses llevó á Flores García!

En resumen: los yanquis son el diablo
y el demonio es también quien los imita.
¿Que si yo he de imitarles? ¡No! Prefiero
medio kilo de pavo en galantina
á unos cuantos nenúfares guisados
ó á un pisto de azuladas campanillas
que empiecen á sonarme en las entrañas
cuando menos lo espere. ¡Sigan, sigan
otros comiendo flores! ¡Como el mundo
ya está loco, yo espero que algún día
en el ojal del frac, en vez de un nardo,
se prendan un pedazo de tortilla!

Juan PÉREZ ZÚNIGA



HUMORADA

—¿Qué es de tu amor?—No sé. Le di mi mano
á aquel objeto de las ansias mías,
pero á los pocos días
dejó de ser mi esposo y pasó á hermano.

Campoamor.

DIBUJO DE C. PLA



LA ÚLTIMA MISA

Allá en lo alto alzábase la pesada mole de la iglesia, fuerte y poderosa en la edad de hierro; siempre abrumadora, imponente siempre, con su barbacana testigo de sangrientas escaramuzas. La sombra de aquella masa rojiza de ladrillo cubría la mitad del lugarejo que, entumecido, se acurrucaba á sus pies, como esas criaturas encanijadas y enclenques en las cuales todo es cabeza.

Sobre la diáfana pincelada celeste destacábase vigorosa la torre mudéjar con sus rasgados ventanales, y adosados á sus muros aún subsistían restos desmoronados de las tapias del cementerio viejo, abandonado ya, lugar lleno de profundo misterio y desolación: lo más extremado del acabamiento. Unas cuantas varas de tierra cubierta de cardos: ¡ruinas de otras ruinas!

Bajo aquella superficie, en el talud del cerro, minaron sus viviendas los pobres há luengos siglos, ensanchando y ahondando como topos en sus madrigueras; y tanto escarbaron la tierra humedecida por los despojos de la muerte, que llegaron á topar con ella, despertándola en el fondo de sus fosas.

Más tarde revistieron las cuevas con paredes de adobes, y ya poniendo, ya quitando, fuéronles dando apariencia de casas más habitables, y en una de ellas vivía con su mujer el sacristán de la iglesia, allá por el año de la nanita, cuando le aconteció el suceso más estupendo que jamás presenciaran sus sencillos moradores.

Una noche, cuando al lado de su mujer dormía á pierna suelta, roncando á más y mejor, despertóse bruscamente como agitado por sacudimiento extraño y misterioso. Abrió los ojos, y en la obscuridad profunda pudo ver sobre su cabeza, casi tocándole con sus fríos huesos, una espantable calavera que le miraba con sus cuencas sombrías, mientras gesticulaba en sus oídos palabras ininteligibles.

Lleno de pavor abrazóse con su mujer, que también se incorporó sobresaltada, y aunque la infeliz se rasgaba los ojos á fuerza de mirar, no lograba ver lo que á su marido tanto le hacía temblar arrebujado bajo las sábanas. Hicieron luz, pero aquella visión, ó se había desvanecido, ó no existió sino en la mente del timorato sacristán, que amostazado con las invectivas de su mujer volvióse á acostar, apagando la luz, mas permaneciendo desvelado el resto de la noche. Al siguiente día escudriñó todos los rincones de su casa, mirando con recelo la parte interior que comunicaba con la macabra vecindad, pero nada halló anormal, por lo que se fué tranquilizando día por día, hasta olvidar por completo su malhadado susto.

Mas no habían acabado las aventuras del pobre rapavelas, porque otra noche, lo que le hizo des-

pertar fué el toque de las campanas que doblaban á muerto, cosa fuera de concierto á tales horas de la madrugada, no siendo, como no era, la noche de Animas sino una muy clara y serena del mes de Enero, y su asombro subía de punto al considerar que él era el único campanero, y que la iglesia la había cerrado después del toque de oraciones.

No era, no, ilusión de sus sentidos. Las campanas doblaban lentamente con su lamento tristísimo; bien conocía el timbre de cada una; primero la grande, luego las pequeñas, después la rota, con su cascado sonido de teja. Alguien había en la iglesia; eso no cabía duda. ¿Sería alguno que se quedó encerrado y avisaba tocando las campanas para que le abrieran?

—Extraño modo de llamar—discurría.—No puede ser eso. En fin, será preciso ver lo que sucede.

Encendió luz, y sus primeras miradas fueron para las llaves de la iglesia, que colgaban de un clavo. Después volvió los ojos hacia su mujer, que lo contemplaba silenciosa y lívida. También él palideció al asaltarle de repente el recuerdo de la calavera; sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza, y á pesar de la oposición de la sacristana, que entonces no bromeaba y colgada de su cuello quería detenerle, encendió una linterna, cogió su capa, y con el manojo de llaves se aventuró cuesta arriba en derechura de la iglesia.

La noche era solemne, silenciosa; sin ladridos, sin el alerta de los gallos; nada se oía. Solamente las campanadas ténues ó vibrantes, con su sonsoneo medroso, seguían doblando.



Todo estaba teñido por la luna de una claridad cadavérica, y hasta el mismo astro solitario allá en lo alto, en medio de tanta anchura, parecía un bajel muerto, abandonado en un mar sin olas ni riberas.

Subía el sacristán por la cuesta desamparada escondiendo su farol, inútil entonces. En las rinconadas dormían las sombras, marcando sobre el empedrado un zig-zag caprichoso con sus bordes, que ya avanzaban al medio de la calle, ya se recogían bajo los aleros.

Por arriba asomaba la torre, mirándole con sus ojos tenebrosos como los de la calavera, donde parpadeaban las campanas con reflejos azulados, volteando sin que mano alguna al parecer las impulsara.

A cada tañido, el sacristán se estremecía y andaba, andaba atraído por aquellos ojos hasta llegar al pórtico, donde se escondió de sus miradas fascinadoras. Paróse titubeando delante de la puerta. Tentado estuvo de echar á correr camino de su casa, pero algo misterioso le impelía hacia la iglesia, porque como un autómata metió la llave, abrió y, santiguándose, penetró por aquella boca obscura como sorbido por un hálito de tumba.

Bajo aquellas bóvedas resonaban más lúgubres las campanadas, y entre tañido y tañido era el silencio imponente, aterrador. Paso á paso se deslizaba nuestro hombre metiendo el farol en los rincones de las capillas. Los santos, desde sus hornacinas, le contemplaban hoscos al ver turbado su reposo en esas altas horas de la noche exclusivamente suyas, y razón tenían, porque el bueno del sacristán se encomendaba á todos ellos mientras avanzaba despacio y cauteloso.

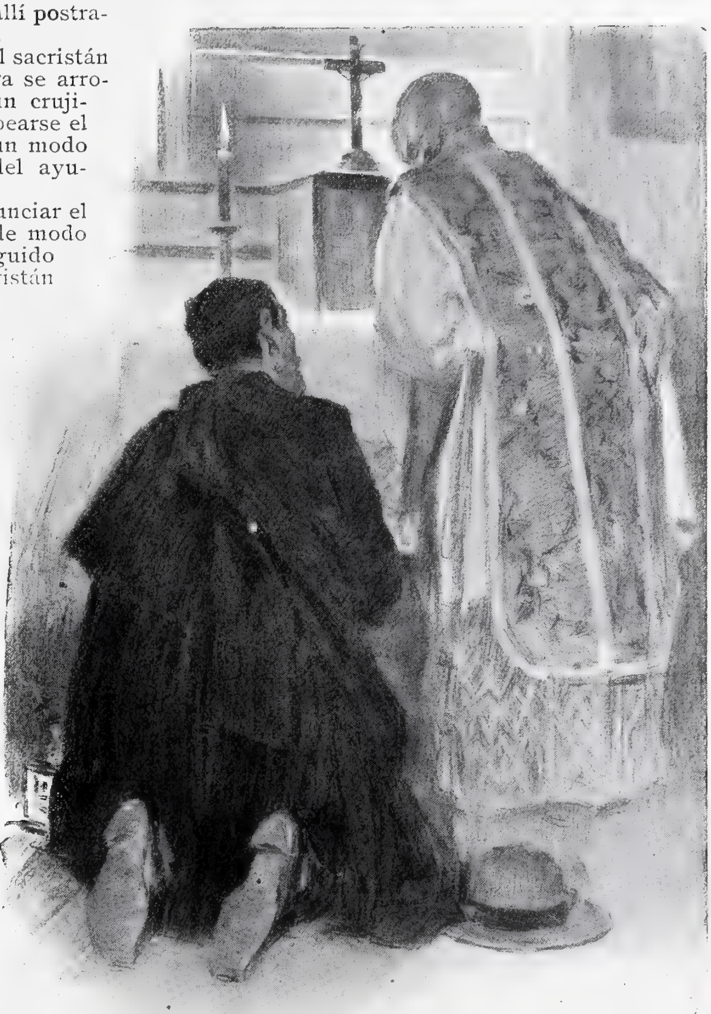
No había dado muchos pasos cuando, de repente, quedó como petrificado; el farol se le cayó de las manos; erizósele el cabello, y un violento temblor le corrió por todo el cuerpo. Había oído un lamento prolongado, estridente, sobrenatural; un quejido lleno de inmensa angustia, que pareció sonar dentro de la sacristía. Después le siguieron otros más cercanos, y el infeliz corrió á refugiarse en el confesonario más próximo. Desde su escondite vió con asombro, á la oscilante claridad de una lámpara que pendía ante el altar mayor, salir con pasos tácitos la figura de un sacerdote revestido con los orna-

mentos de la misa, llevando entre sus manos el cáliz y los corporales. La casulla y el alba colgábanle de un modo singular, flácidas, arrugadas, como si el cuerpo que las llevaba estuviese descoyuntado, ó más bien como si bajo ellas hubiera ausencia de materia corpórea. Con los ojos agrandados por el miedo miraba el pobre sacristán cómo aquel misterioso clérigo se dirigía al altar y encendía dos velas, prosternándose ante el ara para comenzar una misa. Luego, claras y vibrantes, con un acento hasta entonces no escuchado, sonaron las palabras *Introito ad altare Dei.*

—*Ad Deum qui lætificat juventutem meam,*—masculló, sin querer, desde su escondite el sacristán.

Y comenzó la misa: la misa de difuntos más inaudita y extraña que pudo ayudar jamás ningún acólito nacido de vientre de mujer. El nuestro, desde su confesonario, decía sus respuestas en voz baja conforme adelantaba el santo sacrificio, y poco á poco, impulsado por algo misterioso y sobrenatural, ó bien por la costumbre de su propio oficio, que le impelía á sus sagrados menesteres, fué incorporándose, y sin querer, arrastrado como por encanto, fué acercándose hasta el presbiterio, y acabó por arrodillarse junto al celebrante, que seguía diciendo su misa con grave y fervoroso recogimiento.

Aquello era estupendo: la nave desierta; las sombras amontonadas en los rincones; la luna filtrándose por las altas vidrieras; todo imponente, lúgubre, en silencio, sólo interrumpido por el canturreo del siniestro celebrante, al que contestaba con su monotonía habitual el acólito, allí postrado y sujeto por fuerza desconocida.



Con los ojos cerrados prestaba el sacristán su ayuda, mas siempre que el cura se arrodillaba oíase en sus calcañares un crujido seco, macabro, así como al golpearse el hundido pecho, que resonaba de un modo singular, crispando los nervios del ayudante.

Al fin terminó la misa, y al pronunciar el cura su *requiescat in pace* lo hizo de modo tal y con acento tan espantoso, seguido de un profundo suspiro, que el sacristán abrió los ojos despavorido, y entonces vió, muerto de terror, que el misterioso cura era un esqueleto, un espectro horrible que le tendía los brazos descarnados, adelantando hacia su cara la misma calavera de la noche pasada con su mirar vago, fascinador; con su desdentada boca, que reconoció aterrado, y en la cual descubría entonces una espantosa sonrisa de satisfacción.

Medio desfallecido pudo oir lo que aquella boca le relató con estas tremendas palabras:

«Yo en vida fuí un indigno sacerdote. Por mis pecados me fué negada la salvación de mi alma; sólo los sufragios que por ella hicieran mis deudos podían purificarla; pero mis parientes fueron sucesivamente desapareciendo sin cumplir tan piadosa devoción. Sólo una misa faltaba para que mi espíritu pudiera ascender á la bienaventuranza. En vano he intentado hasta hoy celebrarla por mí mismo. ¡Nunca ha sido válida! Necesitaba quien me ayudase; sin sus respuestas, la misa era incompleta. Todas las noches he oficiado en este altar con el mayor fervor. ¡Todas las noches volvíame á mi huesa desconsolado, sin lograr mi propósito! Llamé á tu cabecera en demanda de ayuda; ¡no podías comprenderme! Al fin, las campanas te han atraído. El Señor ha oído mis súplicas; ¡que Él te pague el bien que me has hecho!»

No dijo más el espantoso cura, y estrechando al infeliz entre sus descarnados brazos, lo atrajo hacia su boca para darle un beso, que heló hasta la médula del pobre sacristán.

Al siguiente día contemplaban las gentes, pasmadas de horror y asombro, el cuerpo del desdichado, oprimido entre dos brazos de esqueleto, y á su lado un montón de huesos rotos que brillaban siniestramente á la claridad del alba.

LEMA: SALDUBA

DIBUJOS DE ALBERTI

(NÚMERO 12 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE CALLE. Modelo de la casa Redfern, de París.
Es de tela flexible con dibujo de cuadritos, colores marrón claro y blanco; «ruche» rizada, marrón claro en la falda y en el cuerpo; mangas perdidas y cuello de malla.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 30 Abril 1904. N.° 678



Edirn y la hamadriada

I

El caballero Edirn, harto de fiestas y torneos, y ganoso de más arriscados lances, habíase despedido del rey Arturo y de sus compañeros de la Tabla Redonda, saliendo de la ciudad de Carleón armado de todas armas y jinete en palafrén robusto. Edirn, aunque joven, garrido y valeroso, no tenía dama que le amase y le hubiese herido el corazón de amores. Pero él ansiaba amar á alguna, honesta y hermosísima, á quien invocaría en las peleas y brindaría las cabezas de leones y gigantes que cortara. Así fué que, á imitación de otros caballeros, resolvió Edirn marcharse en busca, á la vez, de señora linda y encuentros tremebundos.

No pocos eran los que lucidamente había terminado, y llevaba Edirn hecho ya mucho camino por remotas tierras sin encontrar princesa alguna que le robase el alma, cuando una tarde, yendo por fragosa sierra, advirtió un alfoz muy obscuro y cuyo fin no se veía, y pareciéndole que tan medroso paso tenía que conducir razonablemente á alguna encantada región donde le saldrían á porrillo lances prodigiosos, se internó Edirn en el alfoz y caminó por él tres horas, al cabo de las cuales desembocó en un llano rumoroso y alegre. Jamás había visto comarca tan florida, ni tan abundosa en aguas, ni donde tan lindamente cantaran pajarillos. Embelesado, vagó Edirn por el solitario bosque hasta la puesta del sol. Apeándose entonces y atando á unas ramas su palafrén, acomodóse el caballero, para descansar, al pie de una encina añosa, corpulenta y revestida toda de yedra y muérdago.

Traspuesto estaba Edirn, cuando sobresaltáronle gruñidos formidables y vió descender de la encina un par de osos enormes y feísimos que sobre él se abalanzaron. Pero Edirn se separó con tanta valentía y fueron tales los mandobles que con su espada dió á las fieras, que á poco yacían ambas moribundas. A rematarlas iba el esforzado mozo, mas hubo de quedarse embelesado y con la espada blandida por el aire, porque sus ojos contemplaban á bellísima y singular doncella, que había surgido súbito del tronco de la encina. Traía la doncella, por toda vestidura, rozagante túnica de un verde brillador, y sobre la cabellera blonda que caía suelta por la espalda, una corona de yedra y de pervincas. Apenas si hollaban el césped sus pies descalzos. Sus ojos, morados y profundos, miraban con ternura al caballero.

—¿Quién eres?—preguntó al cabo Edirn, envainando la espada, trémulo y arrobado por primera vez de amor.

—Guendolina me llamo é hija soy del Soberano de las Selvas,—replicó, sonrojándose, la doncella misteriosa.—Esta encina es mi árbol predilecto. Gusto de la oquedad holgada de su tronco, que entapizan musgo y seroja muelles. Reconocida te estoy de haber dado muerte á las fieras que me habían arrojado de mi vivienda favorita.—Y al decir esto, se hizo más dulce la voz de la doncella y más tierno el mirar de sus profundos ojos.

Por demás abatanado estaba Edirn en lances portentosos para extrañar el encuentro y modo de vivir de la sin par doncella de los bosques. Traspasado de amor, y seguro ya, por el aspecto y razones de la dama, de que era ésta de alcurnia principal, sin nuevas averiguaciones requirió en seguida, ardorosa y pulidamente, el buen talante de ella, que se tenía más de medio ganado en razón del exterminio de las bravías alimañas. La princesa de las Selvas (que así la llamaba Edirn) mostróse blanda de condición y no menos sensible á los galanos dichos que á las hazañas venatorias del gentil caballero, por donde, á poco, ambos estaban sentados juntos sobre el césped y sumidos en coloquio deleitable.

II

Tres días y tres noches de ensoñada dulcedumbre pasaron Edirn y su señora en la floresta umbría. Y día y noche fué creciendo el amor de ambos con la misma rapidez con que crecen los hongos y se esponjan. Pero Edirn quiso poner término á aquel solaz silvestre, regresando á Carleón con su amiga y ufanándose allí de sus proezas y su dama, la cual, por su hermosura, sería entre las nobles hembras de la corte como la rosa entre humildes florecillas. La princesa resistíase llorando á los deseos del impaciente paladín, pero, á la postre, accedió á ellos, montando airosa en el palafrén, á grupas de Edirn

embelesado. Jarifo y sonriente salió del bosque el caballero. Sonriente y llorosa la princesa, que, suspirando, volvió no pocas veces atrás el rostro, hasta que dejó de verse la encina corpulenta.

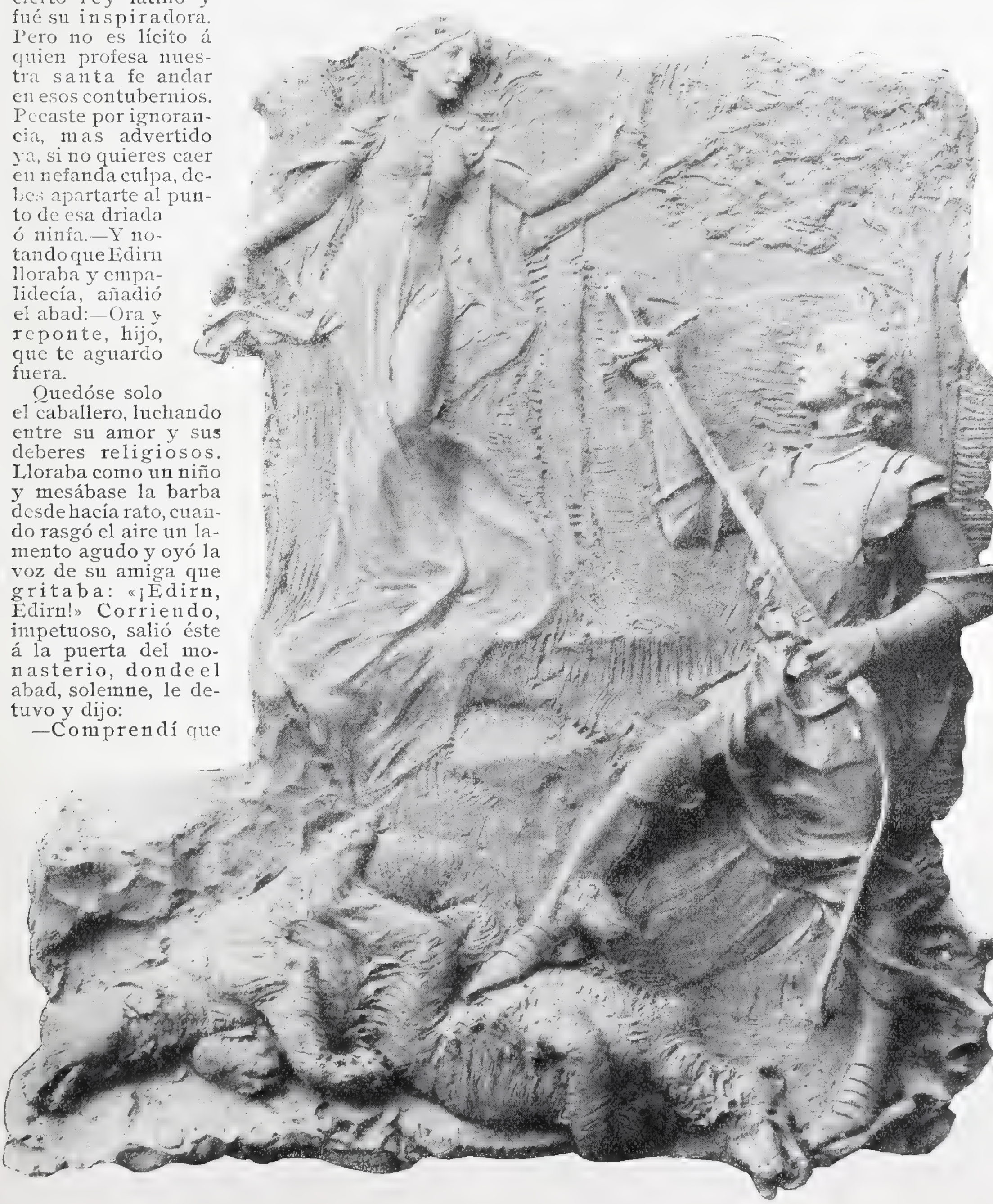
Días y días cabalgaron los amantes por comarcas solitarias, tomando, á campo traviesa, la vuelta más corta á la lejana Carleón. Al fin llegaron al pie de una alcudia cubierta de urces y sobre la que se alzaba un monasterio. Ganoso de saber en qué región del mundo se encontraban, Edirn, á pesar de cierta tímida oposición por parte de su dama, trepó con el palafrén por los brezales hasta la puerta mayor del edificio. Allí estaba sentado el propio abad, anciano venerable, que, en viendo llegar á los viajeros, se alzó para darles bienvenida y entabló con Edirn afectuosa plática. Mientras hablaban, fijóse por acaso la vista del abad en la dama de la encina, trocándose entonces poco á poco la faz del santo varón de risueña en cejijunta.

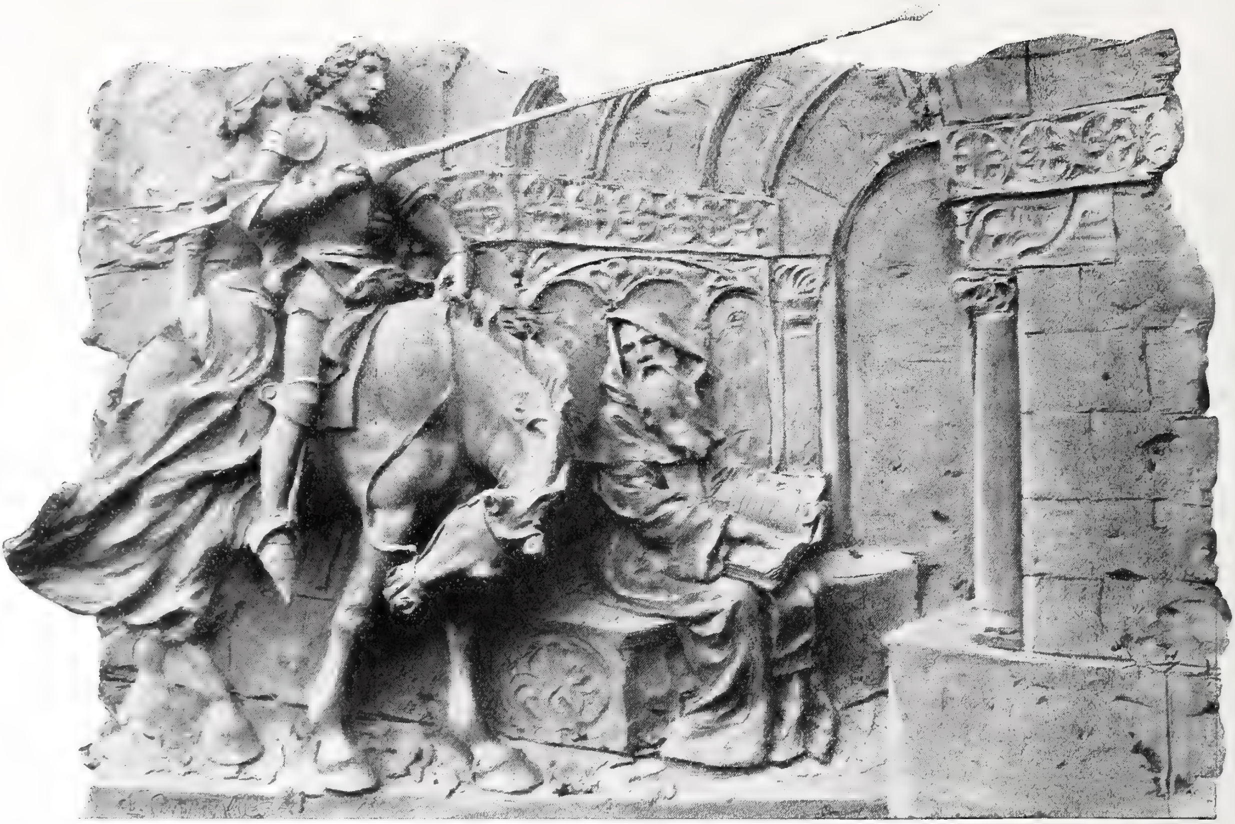
Y el abad dijo de pronto:—Vedada está á las hembras la entrada en este recinto. Entra tú, buen caballero. Edirn, apeándose, siguió al abad, quien le condujo á una capilla é hizo que allí le refiriera el mozo los pormenores de su encuentro y amoríos con la dama de las selvas. Concluído el relato, dijo grave el abad:

—No es mujer la hembra que te acompaña, hijo mío, sino criatura que carece de alma inmortal, aunque goce de muy larga vida y perenne juventud. Pertenece á una casta de seres venustos que, de espontáneo modo, se crían en los bosques, lagos y ríos, y hasta en el fuego y en el aire, y suelen ser sagaces y dados al comercio de los hombres, cuando éstos son mozos y gallardos. Los gentiles, como á deidades campestres consideraban á tales criaturas, y aun dicen que una de ellas tuvo tratos con cierto rey latino y fué su inspiradora. Pero no es lícito á quien profesa nuestra santa fe andar en esos contubernios. Pecaste por ignorancia, mas advertido ya, si no quieres caer en nefanda culpa, debes apartarte al punto de esa driada ó ninfa.—Y notando que Edirn lloraba y empalidecía, añadió el abad:—Ora y reponte, hijo, que te aguardo fuera.

Quedóse solo el caballero, luchando entre su amor y sus deberes religiosos. Lloraba como un niño y mesábase la barba desde hacía rato, cuando rasgó el aire un lamento agudo y oyó la voz de su amiga que gritaba: «¡Edirn, Edirn!» Corriendo, impetuoso, salió éste á la puerta del monasterio, donde el abad, solemne, le detuvo y dijo:

—Comprendí que





más que mis sermones podrían los halagos de esa hembra abominable. Por eso, antes de que la volvieras á ver, la hice huir con exorcismos. Alégrate, hijo, que ya estás libre de ella.

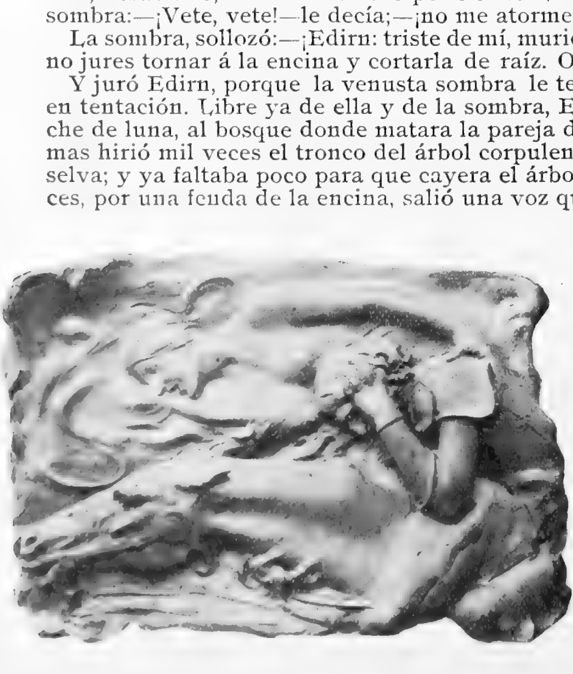
III

Una semana más tarde, al amanecer, marchábase del monasterio Edirn, contrito y penitente. En derechura hacia Carleón y sin novedad cabalgó todo el día por brezales. Pero llegado el orto de la luna y perdido ya de vista el cueto donde se alzaba la monacal mansión, pareció de pronto á Edirn que, á la luz del crepúsculo y sobre las purpúreas urces, en el aire flotaba cerca de él una forma sutil con túnica verde y cabellera de oro. Estremeciéndose, espoleó su palafrén el caballero. Mas la forma siguió fluctuando á su vera en el ambiente, y Edirn oyó una voz triste y dulcísima que susurraba su nombre sin cesar. Edirn—á quien no hubiera dado susto una docena de vestiglos, pero que endoctrinado por el austero religioso, temía condenarse, de ceder á la amorosa tentación—salió entonces huyendo al galope. Aquello fué una fuga de horas y horas á través de urces y breñas, por riscos y despeñaderos. Desbocado corría el palafrén, y paralela al jinete y la montura, tenaz como la sombra seguía la forma vaga de la princesa de las selvas susurrando: «¡Edirn, Edirn!» con acento cada vez más angustioso. Y el palafrén, desaviado, al fin se derrocó por tierra. Edirn cayó de pie, y persignándose increpó entonces á la sombra:—¡Vete, vete!—le decía;—¡no me atormentes más, que tengo que olvidarte!

La sombra, sollozó:—¡Edirn: triste de mí, murieron mis amores, mas no dejaré de perseguirte mientras no jures tornar á la encina y cortarla de raíz. Otórgame lo pedido, y para siempre dejarás de verme.

Y juró Edirn, porque la venusta sombra le tendía brazos suplicantes, y él estaba temeroso de caer en tentación. Libre ya de ella y de la sombra, Edirn caminó leguas y leguas hasta llegar, por otra noche de luna, al bosque donde matara la pareja de osos. Y se acercó á la encina, y con su hacha de armas hirió mil veces el tronco del árbol corpulento, haciendo volar astillas y retumbar los ecos de la selva; y ya faltaba poco para que cayera el árbol, cuando Edirn, jadeante, se detuvo á respirar. Entonces, por una fenda de la encina, salió una voz que dijo murmurando lánguida:

—Edirn: soy la que fué tu amada y sigue siendo tu amadora. Por vivir contigo y de tu vida, renuncié á juventud perenne y á más dilatada existencia que la que gozáis los hombres. ¡Inútil sacrificio! De mi amor huiste al saber que no era yo de la raza tuya. Perdona el engaño y, compasivo, acuérdate de mí, que á tus manos agradecida muero, porque mi sér, por misterioso vínculo, está ligado al sér de la encina que destruyes.



Cesó la voz; hubo un crujido largo, y con formidable balumba de ramas y hojarasca sacudidas, cayó estruendosamente la encina por el suelo. Y á la luz de la luna, entre el follaje que retemblaba aún, Edirn, sobrecogido, vió una tenue forma femenina surgir y anonadarse en el plateado ambiente de la noche.

Y Edirn vivió muchos años después, pero nunca tornó á amar.

LUIS VALERA

BAJO-RELIEVES DE COULLAUT VALERA

ZODIACADA MENSUAL

TAURO

La constelación de Tauro, cuya principal estrella, que por cierto goza de bastante crédito y reputación entre los astrónomos y aun entre los simples aficionados, es la famosa *Aldebarán*, dicen que fué una de las constelaciones más conocidas en la antigüedad remota. Los griegos creyeron ver en ella la figura del Toro celeste, es decir, nada menos que la del Sr. Zeus olímpico ó Júpiter, quien como todos ustedes saben, se transformó en dicho cornígero animal con el poco laudable y á todas luces inmoral designio de robar y llevarse á Creta á la bella Europa.

La leyenda helénica es tan hermosa que, aun cuando muy conocida, merece ser recordada, cual se recuerdan gratamente las dulces patrañas de la juventud.

Europa era una lindísima doncella fenicia, hija de Fénix, rey de aquella tierra. Como vivía en tiempos muy anteriores á los de la *Iliada*, era lo más natural del mundo entonces que las hijas de los reyes se hallasen descalzas de pie y pierna, ó bien lavando la ropa de palacio, como Nausikaa, la deliciosa muchacha de la *Odísea*, ó bien guardando el ganado, como en efecto estaba Europa, á las orillas del mar.



Cantando ó jugando con los becerrillos, contenta y descuidada, vió de pronto acercarse á ella un hermosísimo y mansísimo toro de luciente piel, de poderosa cerviz, de grandes ojos, cuya expresión era de la más dulce súplica amorosa.

Acercóse el toro á la doncella y comenzó á halagarla lo mejor que puede hacerlo un toro, acariciándole las manos y los pies, arrodillándose ante ella, indicándola, en suma, con toda la elocuencia posible en un animal, lo que Europa, encantada de tanta humildad y mansedumbre, hizo al cabo: sentarse en el lomo del animal y dejarse llevar por él, pasándole alrededor de los cuernos, á manera de bridas, la guirnalda de rosas que estaba tejiendo.

Nunca vieron los mares más gallardo nadador que aquel toro, ni más serena é intrépida ninfa que la resuelta y descuidada Europa: ni se conoce en ninguna Mitología una aventura galante tan graciosa y original como ésta.

Nadando, nadando Júpiter, que era el toro, condujo á la doncella á la isla de Creta, y en una hermosa ensenada dejó con mucho mimo su preciosa carga bajo un verde y copudo plátano, que desde entonces fué inmarcesible. Los cretenses del litoral enseñan diferentes plátanos siempre verdes, á los cuales agracian con el mérito de haber sido los que dieron sombra y protección á los amores de Europa y del toro. Cada cual puede creer lo que quiera. Lo cierto es (¡qué disparate!) que de aquellos amores nacieron tres hijos, el mayor llamado Minos, que fué el legislador famoso, y los otros dos Radamanto y Sarpedón. Después de esto, parece que Europa se casó con un Sr. Asterión, que debía de ser hombre de buen contentar, y fué muy feliz.

Es la ventaja que tienen estas historias mitológicas: que es rara la que no acaba tan ricamente

W. & B.

Cuadro de Erasmus Guellyn. Fot. J. Lacoste

REFRANES Y CUENTECILLOS ABRILEÑOS



ABRIL nos trae gran abundancia y variedad de refranes, como quiera que es el mes más incierto é inseguro del año. Llena está la alforja. Vaciémosla con tiento.

Entre los labradores tiene Abril malísima fama. *Abriles y condes, todos son traidores*, dice éste. *Si no hubiera Abril, no habría año vil*, contesta aquél. *Abril no es padre, que es compadre*, asevera estotro.

Todo el mundo tiene fe en las aguas abrileñas. *Por Abril, aguas mil*, es petición general. *Llueva para mí Abril y Mayo y para ti todo el año*, pide un egoísta. En Toledo. en la catedral, cuando enseñan el



Ochavo, que es el relicario, y el guardajoyas que está debajo de la torre, suelen los sacristanes contar que toda aquella riqueza de oro, plata y pedrería, cuyo valor es de cientos de millones, se la mostraron una vez á un paleto que no había visto más que los terrones de sus hazas. Ponderaban los sacristanes el valor incalculable de tanto brillante, esmeralda, rubí, zafiro y obra de orfebrería y de argentería como allí hay junta, y el paleto,



que era de aquellos manchegos á quienes ninguna cosa de este mundo asombra, repuso:—Todo esto está muy bien, pero yo sé de algo que vale mucho más que esto.—¿Cómo? ¿Qué?—preguntaron los sacristanes, aterrados al oir tan audaz proposición, que les parecía un sacrilegio.—Sí, señores—dijo el nieto de Sancho Panza.—Más que todas estas joyas y preciosidades, valen *diez días de agua en Abril y cinco en Mayo.*

Para aquel hombre no regía el tímido refrán que dice: *Si en Abril hay lodo, no irá á la era todo*, y sí aquel otro que reza: *Abril y Mayo son las llaves del año.*

Un gañán, viendo llover por Abril, lo cual es tan sagrado para los labriegos, que en cuanto empieza la lluvia se suspenden las faenas del campo, decía:—*¡Agua, Dios, y venga Mayo, que ajustado estoy por año!* con lo cual daba á entender que no le importaba el día lluvioso, pues no perdía el jornal. Pero el amo, que estaba con el oído alerta, le dijo al holgazán:—*¡Agua, Dios, y Mayo venga, que lloviendo vas por leña!*—Y desde entonces—dicen los gañanes—se sacó la moda de enviar á la gente por leña los días lluviosos.



En Abril—dicen los cazadores de puesto, á quienes se suele calificar de *jauleros* infames y otros epítetos denigrantes,—*mucho cantar y poco venir.* Preciosísimo dato de psicología amorosa, porque las perdices enjauladas arden en amores, mientras que las del campo... ya no arden, precisamente por no estar enjauladas. Por eso las primeras cantan que se las pelan, y las segundas cantan asimismo, pero no acuden al reclamo.

Los cazadores en campo abierto aplican á las liebres otro refrán abrileño que dice: *En Abril, el*



galgo es mastín, pero en Mayo, el mastín es galgo; es decir, que en Abril, con el verde y la frescura, las liebres se hallan tan ligeras, que ningún galgo, por veloz que sea, las alcanza; pero en Mayo, con el calor y la hartura, á la liebre le pesa la barriga, y no ya un galgo, sino hasta un mastín puede cogerlas. Verdad es que también advierte otro refrán cinegético que *Corre más el galgo que el mastín; pero si el camino es largo, más corre el mastín que el galgo.* ¡Ventajas de la constancia!



Crónica Gráfica

No siempre los fotógrafos valencianos han de ocuparse en remitirnos *pruebas* de manifestaciones, meetings y banquetes de ésta ó aquélla parcialidad política.

Días pasados se celebró en Valencia imponente manifestación religioso-popular: la romería á Moncada, á la cual concurrieron vecinos de más de cincuenta pueblos inmediatos á la capital. A la hora del alba se reunieron los romeros en Valencia y salieron por la carretera de Barcelona en dirección á Moncada, en donde visitaron la ermita de Santa Bárbara y la imagen de la Virgen de los Desamparados. Pero como en toda fiesta valenciana ha de dominar la alegría, los romeros iban acompañados por más de veinte bandas musicales de diferentes pueblos; nueva demostración de que saben aquellos hombres, artistas por naturaleza, asociar el arte á todas las expansiones de su vida. Allí nada se hace sin música, y en verdad que si á este poderoso medio de educar los sentimientos se uniesen otros más eficaces para cultivar las inteligencias y adiestrar las indómitas voluntades, la hermosa comarca levantina sería la primera en todos los órdenes.

Como todas las primaveras, con los primeros espárragos y las primeras *excusas* de fresa se presentan compañías de actores franceses ó italianos en varios teatros de esta corte.

Hasta ahora sólo hemos disfrutado el placer de recrearnos contemplando la suprema elegancia y la exquisita dicción (tales son las frasecitas sacramentales para estos casos) de Madame Bartet, de Monsieur Duflos, que han representado en el teatro de la Zarzuela algunas de las obras más furiosamente aplaudidas por el público parisiense.

Bien se conoce que en París no aplican el refrán teatral que dice: *Obras son amores y no buenos actores*, pues la verdad es que si en cualquiera de nuestros teatros llega á estrenarse una cosa como *Le dédale*, que con arte refinadísimo han ejecutado aquí Madame Bartet y Monsieur Duflos, la silba se hubiese oído en el boulevard de los Italianos.

Las pocas representaciones dadas por la compañía Bartet-Dulfos han debido bastar á las personas de buen criterio para convencerse de que si en España no es muy grande el florecimiento del arte dramático, en Francia la decadencia es evidente.

Los empleados del Banco de España han regalado al Sr. García Alix, ex-gobernador de dicho Centro, un hermoso jarrón de plata repujado y cincelado, que tiene un metro de alto y pesa 14 kilogramos. Es una obra artística de gran mérito, construída en esta corte en los talleres de D. Mariano Cejalvo.

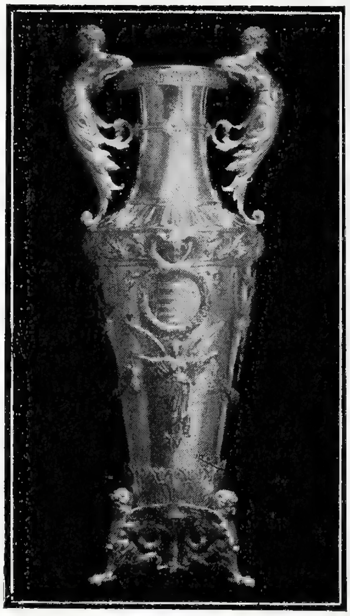
Del viaje de S. M. el Rey por las islas Baleares, ni los periódicos diarios tienen sino muy breves noticias, recibidas de mala manera y á destiempo por causa de los malos temporales, ni nosotros podemos ofrecer hoy más que una sola nota gráfica relativa al desembarco de S. M. en Mahón.

Las islas Baleares, á la verdad, menos atendidas de lo que merecen, se han esforzado en esta ocasión para dar pruebas de sincero y ardiente patriotismo, y por ello merecen plácemes y gratitud de la nación entera. Esperamos que en números próximos pueda resultar más completa esta interesante parte de nuestra información.



ROMERÍA VALENCIANA DIRIGIÉNDOSE A MONCADA. UN CHAPARRÓN DURANTE LA MARCHA — Fót. García



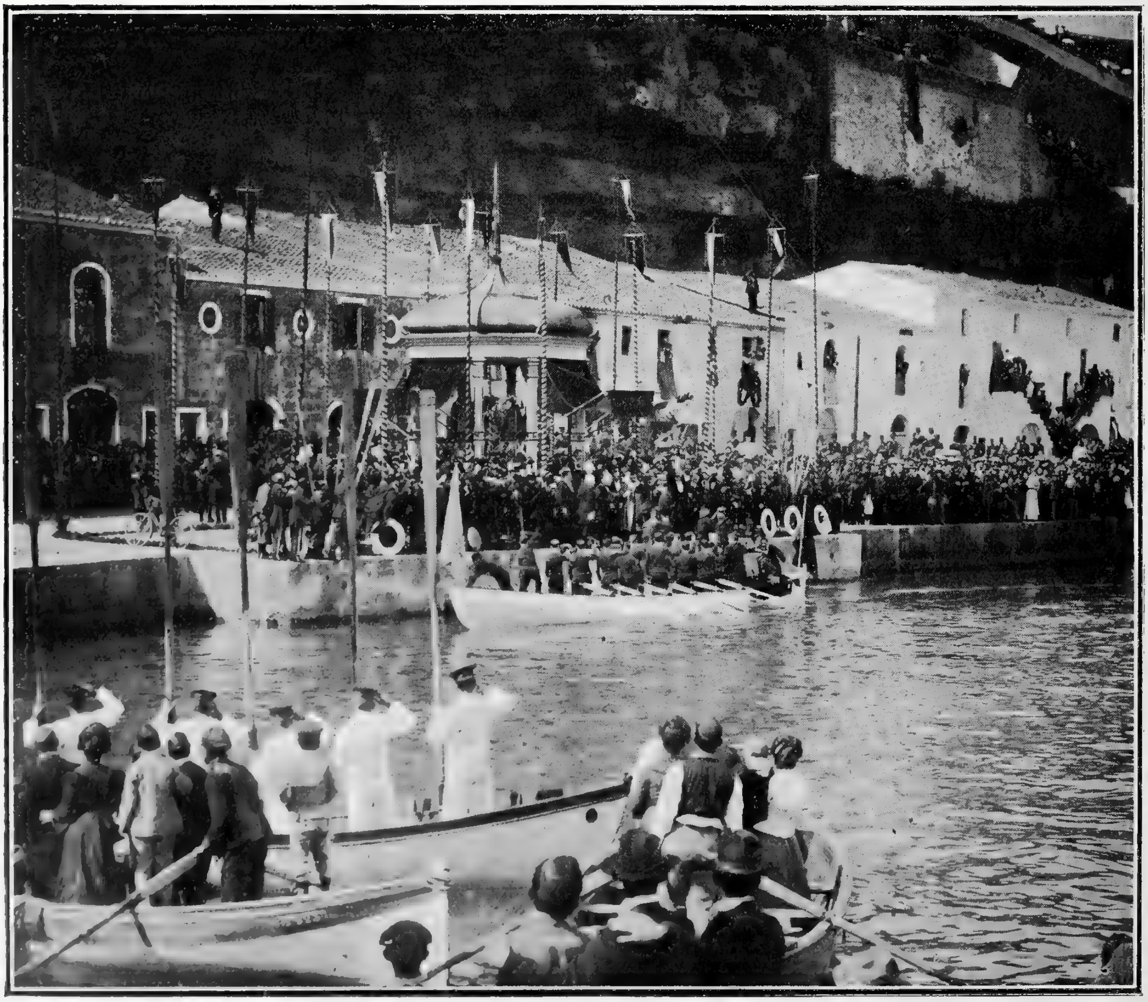




MADAMA BARTET

JARRÓN REGALADO AL SR. GARCÍA ALIX

MONSIEUR DUFLOS



VISTA DEL MUELLE Y DESEMBARCADERO DE MAHÓN EN EL MOMENTO DE SALTAR Á TIERRA S. M.
SIENDO RECIBIDO POR LAS AUTORIDADES

Fot. S. Buissen



LA CALDERA DE HABAS

EPISODIO DE 1822

I

La lluvia, espesa hasta el punto de formar tupidas cortinas que nos impedían ver los extensos bosques de alcornoques que bordeaban el poco menos que inaccesible camino, era de tal modo fría, que nos helaba los huesos.

Desde que habíamos salido de La Bisbal no habíamos hecho más que un alto en un pueblo que no puedo recordar si era Flaxá ó Casá de la Selva, pero sí me acuerdo perfectamente de que en él no encontramos ni una migaja de pan ni quien nos la diera, porque los vecinos todos, sospecho que, más que por apostólicos, por temerosos de nuestra exasperación al ver que ya nada les quedaba que dar, habían huído al tener noticia de nuestra llegada.

Con ello, y con que nuestros jefes, fuera por imprevisión, fuera por falta de medios, no se habían cuidado de racionarnos antes de emprender la marcha, llevábamos qué sé yo cuántas horas sin probar bocado, lo que volvía nuestro caminar no sólo malhumorado, sino lento y perezoso, por aquello de que tripas llevan pies, que no pies tripas.

En otras circunstancias, el paso de tan exigua fuerza como era la nuestra por sitios rodeados por todas partes de barrancos y desfiladeros en que los apiñados troncos ofrecían segura guarida á cuantos quisieran hostilizarnos, hubiera hecho que toda precaución nos pareciera poca; pero en tales momentos, como si en la muerte esperáramos sólo las harturas y el descanso de que tan necesitados estábamos, el despreciar la vida no tenía mérito alguno.

El único que no dejaba notar que sintiera ni el frío ni la fatiga ni el hambre era nuestro comandante, que, impertérrito ante el aguacero, con aquel enhiesto cuerpo de encina seca y aquel rostro aguileño á que la inclemencia de las estaciones había dado el color de la madera vieja, chapoteaba por los fangosos charcos con la misma tranquilidad que si pisara mullidas alfombras.

Abriendo la marcha de la columna, iba sin otra escolta inmediata que el tambor de órdenes y llevando á su lado al alférez, á que ya sin razón se seguía llamando abanderado, y digo sin razón porque según decreto de las Cortes, en todos los Cuerpos se había suprimido la antigua, la verdadera



bandera, sustituyéndola con un asta de lanza rematada por un león dorado, que quería recordar no sé si la fecunda loba del pueblo romano ó el águila avasalladora del imperio napoleónico.

En aquellos días, que si no recuerdo mal eran los de fines del otoño de 1822, los *apostólicos*, aquel extraño partido que Fernando VII calificaba de faccioso en público y en privado favorecía y alentaba, había sufrido rudos golpes.

La llamada Regencia de Urgell, lanzada ya de su guarida y huyendo de las tropas liberales, había tenido que refugiarse en Francia, dejando en manos de sus perseguidores papeles y documentos á que se trató de no dar la publicidad debida por respetos á la persona del monarca, que de obrar de otro modo no hubiera quedado del todo bien parada; y castigadas las partidas de Misas, Caragoll, el Trapense y otros jefes del bando absolutista por la nada suave mano de Mina, no pensaban éstas sino en burlar la activa persecución emprendida contra ellas por el mismo general en jefe y por los brigadieres Rotten y Milans, que tampoco eran modelos de blandura.

Aquél parecía el golpe decisivo dado á las salvajes hordas que se titulaban á sí mismas Ejército de la Fe, y en efecto lo hubiera sido si discretísimos y solapados emisarios de altísima persona no se encargaran de recorrer todo el Ampurdán reanimando el abatido espíritu de la hueste anticonstitucional, haciendo ver que lo aquí perdido no había de tardar en recuperarse por otro y más seguro lado.

Las potencias coaligadas, dando á su acción común el pomposo título de Santa Alianza, preparaban ya bastante á las claras una intervención tan injustificada como depresiva para nuestra poco venturosa patria, y de la parte que en ella había de tomar la vecina Francia daba fe el que al pasar los Pirineos los regentes, que ya recordarán que era el arzobispo electo de Tarragona don Jaime Creux, el marqués de Mataflorida y el barón de Eroles, más que como fugitivos sospechosos, habían sido acogidos con la consideración y el agasajo de estimadísimos huéspedes.

La parte por donde nosotros operábamos, un mes antes casi por completo limpia de facciosos, volvía en aquellos días á hacerse peligrosa en extremo con la aparición de un nuevo partidario de la causa del Altar y el Trono, mucho menos famoso que los Miralles y los Romagosas, pero no menos astuto y conocedor del terreno que los más temibles cabecillas, y dotado, lo mismo él que la desalmada gente que le seguía, de una ferocidad, que mal año si en este punto el nombre del Prebendat de San Celoní no eclipsaba ya al del mismísimo Trapense, que me parece que no era poco lograr.

II

Otro que no fuera nuestro comandante, dudo yo que en aquella marcha hubiera podido mantener el relativamente buen espíritu que conservaba la tropa.

Pero él, como pocos, poseía el secreto de ganarse la voluntad de los suyos. Verdadero amigo de sus soldados, sabía el nombre de cada uno de ellos, y sin dejar de ser el más exigente en punto á hacer cumplir los deberes de la ordenanza, para cada cual tenía una pregunta ó una frase que desarrugaba el ceño de los más ariscos.

El ser siempre el primero en el sitio de peligro y el último en buscar las comodidades y holguras á que le daba derecho su jerarquía, habría bastado para granjearle el amor de la tropa; pero lo que le hacía todavía más querido era la ruda llaneza que tenía, lo mismo con el más alto de los oficiales que con el más bajo de los *guajas* que formaban la banda de tambores.

Lo que no toleraba en nadie era tibieza en la defensa de las instituciones que simbolizaban la libertad. Sostener la Constitución era para él tarea en que debían poner todos no sólo la convicción del deber, sino el entusiasmo de una fe sin límites. No mostrar la más desinteresada abnegación en tan santa y patriótica tarea, era obscurecer toda otra cualidad que quisiera hacer olvidar aquella falta imperdonable.

Y esto era lo que sucedía al cabo Gonzálvez. Escéptico de galones de estambre, siendo como era el primero en cumplir sus obligaciones por rudas que éstas fueran, lo deslucía todo con llenarse la boca de decir á todas horas que á él le daba lo mismo defender el más rabioso absolutismo que la más amplia de las libertades, y de repetir que no había gloria ni lauro que trocara por una cama blanda cuando tenía sueño ó por una mesa bien servida cuando sentía hambre.

Blasfemias eran éstas que sacaban de quicio á nuestro comandante, el cual, por una contradicción fácilmente explicable, en quien parecía tener los ojos constantemente fijos era en el cabo Gonzálvez. De él, no sé si para probarle ó para tratar de convertirle, era del primero que se acordaba para las

más peligrosas empresas, y no había vez que en una de ellas le arriesgara, que no tuviera para él su frasecilla picante encaminada á excitar el amor propio del que, teniendo condiciones para lograr otros medros, ni al grado de sargento ni á una cruz siquiera aspiraba.

Pero ¡que si quieres! Por cosas que se le dijeran, Gonzálvez no pasaba de los estrictos límites del deber, y aunque hay que confesar que para cumplir éste llegaba á veces á verdaderos heroísmos, tan poco aprecio hacía de sus hazañas, que de éstas, ó no se enteraba nadie, ó dejaba que se las colgara el primero á que le venía en mientes pasar por héroe.

Con estas condiciones, sobrado es decir que si ninguno de nosotros ponía buena cara ante el hambre, el cansancio y el frío de aquel día, nadie debía fruncir el entrecejo de la manera del cabo. Y digo debía, porque desde media tarde el comandante, para colmo de males, había encomendado á Gonzálvez el mando de una descubierta que nos precedía un buen trecho, y que tan poco afortunada como nosotros, no había dado con atajo ni senda que pudiera guiar á sitio poblado donde reparar nuestras fuerzas.

III

Cuando las primeras sombras de la noche se nos echaban ya encima, y con ellas se hacía mayor nuestro desaliento, un hecho á que en otra ocasión hubiéramos dado escaso valor, vino á despertar nuestra esperanza.

Al torcer una revuelta del camino, vimos volver al cabo á todo correr.

—¿Qué diablos traes?—le preguntó el comandante apenas le tuvo al alcance de la voz.

—Un buen hallazgo,—contestó Gonzálvez cuadrándose militarmente.

—¿De qué se trata?—volvió á preguntar con impaciencia el jefe.

—De una chicuela que acabamos de encontrar en medio del camino, y que, á ser verdad lo que dice, puede proporcionarnos un albergue y algo que comer.

Y antes de que el comandante tuviera tiempo de hacer más interrogaciones, vió que dos soldados traían como prisionera una payesa que, á pesar de su desarrollo físico, no representaba más de los quince años. La muchacha, astrosa de vestido, pero no del todo fea de cara, menos asustada de lo que el caso requería, todo lo que hacía era bajar los ojos, como si quisiera esquivar nuestras miradas.

A pesar de ello, contestó con entereza y sin vacilación alguna al interrogatorio á que se la sujetó.

—¿Dónde ibas á estas horas y con este temporal?—la preguntó nuestro jefe.

—No lo sé. Lo que yo quería era huir. Los amos á que sirvo me habían dejado sola en la masía al saber que se acercaban tropas, y el miedo me ha hecho abandonarlo todo.



—Eso prueba que sabíais que los que nos aproximábamos no éramos facciosos.

—Yo no distingo de soldados. Para mí todos son iguales, y lo mismo me da los unos que los otros.

—¿Está muy lejos la casa que habitas?

—A un tiro de bala de aquí.

—¿Tendremos en ella donde guarecernos y qué comer?

—Las corralizas son grandes, y en ellas pueden cobijarse todos esos hombres. Lo de comer, ya es otra cosa.

—Lo de siempre. A esos pillos no les habrá faltado nada, y á nosotros nos toca reventar de hambre.

—De pan no ha quedado una migaja; pero todavía hay en el granero un buen montón de habas secas, y aunque no muchos, yo sabré encontrar unos trozos de puerco salado, que bastarán para darlas substancia.

La perspectiva de aquel inesperado festín alegró de tal manera á la gente, que el jefe, comprendiendo la justa impaciencia de todos, se apresuró á decir á la chicuela:

—Guíanos.

Y pocos momentos después, en el hogar de la masía se había encendido un buen fuego, no tanto para secar nuestras ropas como para hacer hervir una enorme caldera en que se condimentaba un potaje que, si en otra ocasión hubiéramos dejado sin violencia á los perros, en aquélla nos parecía no menos suculento que á Sancho el contenido de las ollas de Camacho el rico.

IV

De que entre nosotros había excelentes cocineros, daba razón la prisa con que adelantaba el fementido guisote, en que cada cual se prometía abrir muy en breve no despreciable brecha.

Fijos todos los ojos en la caldera, nadie había notado la desaparición de la payesa, que parecía habernos deparado la Providencia misma, y tal era nuestra confianza, que nadie hubiera dicho que había sombra de rebeldes y facciosos en toda España.

Pero de que existían y no se descuidaban tanto como nosotros, no tardamos en tener señales. Precisamente cuando sólo faltaban unos minutos para que el esperado manjar estuviera en su punto, un

disparo de fusil, á que siguieron otros cuatro ó cinco, nos advirtió del peligro en que nos hallábamos, y que no tardó en confirmar la voz de los centinelas gritando:

—¡El Prebendat! ¡el Prebendat!

La posición estratégica de la casa de labor no podía estar mejor escogida para favorecer á nuestros enemigos. Situada en una depresión del accidentado terreno, estaba rodeada de pequeñas eminencias, desde donde los fuegos de las fuerzas contrarias podían causarnos graves daños.

La noche, que había cerrado por completo y era de las más obscuras, hacía más apretada la situación de los que, poco conocedores del terreno, teníamos enfrente á quienes se batían en él como en su propia casa. Una retirada honrosa era todo lo que se podía esperar en tales circunstancias, y ésta fué la que con su perspicaz golpe de vista previno nuestro comandante, trazando sólo líneas generales y dejando que la iniciativa particular, la más útil en tales casos, hiciera lo demás.

Cerca de media hora llevábamos sosteniendo un vivo fuego escalonado, en que tirábamos, cuando no á bulto, guiados por los fogonazos del enemigo, cuando nuestro jefe creyó llegado el momento de iniciar el movimiento de retroceso hacia el camino que habíamos dejado por la tarde.

Las órdenes que para que se hiciera así se disponía á dar, quedaron, sin embargo, paralizadas en sus labios por algo que nadie, y menos nuestro comandante, esperaba. Una voz que acababa de gritar con el mayor entusiasmo: «¡Adelante, muchachos! ¡Viva el rey constitucional!», arrastró como conjuro á un pelotón de soldados que, haciendo una salida tan inesperada como absurda, caía como irresistible torrente sobre los facciosos. Nuestro jefe, comprendiendo que si tal golpe de audacia podía causar nuestra total pérdida, era la única probabilidad de éxito que se nos ofrecía, no vaciló un momento y lanzó el resto de las fuerzas en pos de los locos que habían emprendido el desesperado ataque.

¡Y lo que son las cosas! Lo que no hubiera logrado un plan razonable y maduramente meditado, lo consiguió una absurda temeridad. Sea que la partida apostólica, presa del estupor, creyera que en nuestro auxilio habían llegado numerosas tropas de refresco, sea que la causa del desaliento del enemigo fuera una bala nuestra que, partiendo el corazón del Prebendat de San Celoní, acabara de segar en flor una de las esperanzas del bando absolutista, ello es que los titulados soldados de la Fe, pronunciándose en la más desordenada y vergonzosa fuga, no tardaron en dejarnos dueños del campo.

V

El primer cuidado de nuestro comandante, tan pronto como volvimos á instalarnos tranquilamente en la masía, fué preguntar quién había sido el que, disponiendo la inesperada salida, había convertido nuestra inconsciente derrota en señaladísimo triunfo.

—Yo he sido, mi comandante,—respondió el cabo Gonzálvez con modesta sencillez.

—¡Tú!—murmuró nuestro jefe, sin ser dueño de contener sus lágrimas.—¿Ves, bruto, cómo las buenas causas, más tarde ó más temprano, nos conmueven y arrastran hasta el heroísmo?

—¡Cá!—contestó el cabo.—Ni por el libro de la Constitución, ni por todos los libros que se han escrito en el mundo hubiera sido yo capaz de avanzar un solo paso más allá de lo necesariamente preciso. Pero cuando se tiene hambre, una caldera como esa vale la pena de defenderla hasta jugarse la piel.

El comandante, que ya se llevaba la mano al pecho para arrancarse una cruz y ponerla en el de su subordinado, contuvo el movimiento y gritó con mal humor:

—Come hasta que revientes.

Y como si la orden no hubiera ido con Gonzálvez solo, sino con todos, no hubo nadie que no se lanzara como lobo hambriento sobre el fementido potaje. El único que apenas lo probó fué nuestro jefe.



Cosa que se explica por aquello de que si en este mundo hay muchos cabos Gonzálvez que necesitan llenar el estómago de habas, no faltan tampoco comandantes que se mantienen de ese otro alimento menos sólido, pero más sano, que se llama la gloria.

Angel R. Chaves

Dibujos de D. Muñoz

Actualidad Extranjera

No hay manera de evitarlo. La guerra ruso-japonesa, que había entrado en un período de franco aburrimiento para los que miramos curiosamente los toros desde la barrera, ha adquirido nueva y mayor intensidad dramática en los últimos días, á consecuencia de la terrible catástrofe del acorazado *Petropawlosk*, en el que perecieron rápidamente, radicalmente y, sobre todo, brutalmente, como dijo el otro, dos ilustres y archisimpáticos personajes rusos: el valeroso almirante Makharoff, general en jefe de las fuerzas navales rusas, y el valiente artista y patriota Verestchaguine, á quien tanta fama habían valido, no ya sólo en Rusia, sino en toda Europa, sus magníficos cuadros de batallas.

Con la debida y necesaria atención hemos leído en la Prensa extranjera los telegramas y cartas narrando el tremendo desastre; ni lo que dicen los corresponsales ingleses y franceses, ni lo que afirma el generalísimo Alexeieff en su parte oficial últimamente publicado, constituye una explicación suficiente de lo ocurrido. Lo único indudable, lo que han referido algunos de los escasos individuos supervivientes á la catástrofe, entre ellos el gran duque Cirilo, que como oficial de marina iba á bordo del acorazado, es que el *Petropawlosk*, al intentar forzar la salida de Puerto Arturo para hacer frente á la escuadra japonesa que se presentaba en línea de batalla, sufrió dos violentas sacudidas, á las que siguieron espantosas detonaciones. Vióse al punto alzarse enormes llamaradas azules y rojas, que en breve dominaron la arboladura del barco, hundirse la quilla y precipitarse sobre cubierta inmensas oleadas de agua hirviendo por efecto de la explosión. Quinientos hombres perecieron en dos ó tres minutos. Entre sus cadáveres, que el mar arrojó á la orilla á los pocos días, no ha sido posible reconocer el cuerpo del desventurado almirante ni el del ilustre pintor.

Naturalmente, los japoneses se han atribuído al punto la victoria. Según el almirante Togo, la noche anterior al suceso, aprovechando la obscuridad y la borrasca, unos cuantos torpederos penetraron en la entrada de la bahía y depositaron varios torpedos en los sitios por donde habían de pasar los barcos rusos, para lo cual había hecho los días anteriores la escuadra japonesa diferentes maniobras, sin más fin que el de observar cuáles eran los puntos que los rusos evitaban y dónde seguramente habían preparado torpedos fijos. El día indicado, la escuadrilla de torpederos, y en pos de ella la de cruceros y acorazados, comenzaron á maniobrar para atraer á los rusos. Acudió en primera línea el almirante Makharoff mandando el *Petropawlosk*. precedido por tres ó cuatro torpederos y seguido del *Pobieda* y de otros buques. El *Petropawlosk* y el *Pobieda* tropezaron con los torpedos japoneses, quedando el primero sumergido y el otro gravemente averiado. De uno de los torpederos nada ha vuelto á saberse.

Otra versión afirma que los barcos rusos tropezaron con los torpedos que ellos mismos habían colocado. Pero ni Alexeieff ni ningún otro personaje oficial confiesan que tal ocurriese.

De todos modos, ya la inferioridad de la escuadra rusa es evidente. Los japoneses continúan desembarcando en Corea cuando y como quieren, pero la verdad es que, hasta ahora, de poco les han servido sus fuerzas de tierra.

* * *



EL BARÓN DE KAULBARS, GOBERNADOR DE ODESSA, ARENGANDO Á LOS MARINOS SUPERVIVIENTES DEL «VARIAG»





EL PINTOR RUSO VERESTCHAGUINE
QUE PERECIÓ EN EL DESASTRE DEL «PETROPAWLOSK»

LA CASA DEL ALMIRANTE TOGO EN TOKÍO
Stereographs Copyright Underwood & Underwood



EL PUEBLO DE KIOBE DESPIDIENDO Á LA CUARTA DIVISIÓN JAPONESA
AL PARTIR PARA LA GUERRA



EL ALMIRANTE MAKHAROFF
Photo Nouvelles



IMPORTE DE LA PRIMERA BATALLA

Dijo Napoleón: — Para la guerra se necesitan tres cosas: 1.ª, dinero; 2.ª, dinero; y 3.ª, dinero. Si hubiese conocido los modernos elementos de combate, seguramente hubiera añadido un cuarto factor: 4.º, muchísimo dinero.

Véase lo que, probablemente, importará la primera batalla entre Rusia y Japón, en el supuesto de que tomen parte las fuerzas siguientes:

Infantería..............	200.000	hombres.
Caballería..............	20.000	»
800 cañones..............	8.000	»
Total.......	228.000	»

Aun cuando la batalla dure 8 horas, como los combatientes no actúan durante todo ese tiempo, pues parte de ellos constituyen las reservas, otros esperan momentos oportunos y la moderna artillería de tiro rápido dispara por *ráfagas*, podemos admitir 4 horas de fuego constante, tanto en la infantería como en la artillería.

Los 200.000 fusiles de sistemas modernos, á 5 disparos por minuto, consumen: 200.000 × 4 × 60 × 5 = 240 millones de cartuchos, sin contar la gran cantidad que el soldado pierde.

A 16 céntimos de peseta cada cartucho, importan éstos

a) **38.400.000 pesetas.**

800 cañones de tiro rápido á 3 disparos por minuto durante 4 horas, son 800 × 4 × 60 × 3 = 576.000 disparos.

A 40 pesetas uno, importan

b) **23.040.000 pesetas.**

Las estadísticas de las últimas campañas acusan un 12 por 1.000 de muertos; por lo tanto, pueden calcularse en 2.736.

La muerte de un hombre en la plenitud de su vida, según Paget, equivale á una pérdida de 12.500 pesetas; así, pues, los 2.736 suponen una pérdida de

c) **34.200.000 pesetas**

El número de heridos puede calcularse en un 48 por 1.000, ó sean en este caso 10.944, cuya curación habrá de durar treinta días, término medio, produciendo 10.944 × 30 = 32.832 estancias de hospital, que no bajarán de 10 pesetas una, contando con que se les atienda debidamente, y con los gastos de construcción, transporte é instalación de hospitales provisionales, así como los de calefacción en clima tan frío. Podemos, pues, calcular para curación de heridos,

d) **328.320 pesetas.**

Si á los aficionados al sport de la contradicción les parece excesiva esta cantidad, pueden incluir en ella la parte alícuota de los gastos por curación del gran número de enfermos que ha de producir la vida de campaña.

Suponiendo que se inutilicen 500 caballos (lo cual es poco si se emplea la caballería para cargar en grandes masas durante la acción), contando á 1.250 pesetas por caballo, la pérdida será de

e) **625.000 pesetas.**

Total por los conceptos *a, b, c, d, e,*

96.593.320 pesetas.

Si á esta cantidad se añade el deterioro del armamento, piezas desmontadas, equipos perdidos ó destrozados, monturas inutilizadas, deterioro de material de campamento, de carruajes, de material de Ingenieros, de telegrafía, de sanidad, etcétera, etc.; si, además, se consideran los inmensos gastos de transporte por ferrocarril, y los no menos considerables por mar y tierra realizados por los japoneses; el mayor haber de las fuerzas en campaña; importe de personal auxiliar, espías, guías, prácticos y un sin fin de gastos peculiares de toda campaña, no es exagerado presuponer que la primer batalla por tierra entre Rusia y Japón ha costado á ambas naciones, lo menos,

150 millones de pesetas.

Melitón GONZALEZ



EL FIGURÍN DEL DÍA

TEA GOWN. Vestido de casa para señora ó señorita. Modelo de la casa Huet et Chéruit, de París
Es de muselina blanca de la India, guarnecida de punto de aguja.
Bolero de encajes, con franja de madroños nácar.

FOT REUTLINGER



HISTORIA PEQUEÑITA

Confinado en su redonda, brillante y dulce casita vivía el pequeño sér, sin más anhelos que gustar el rico dulzor del nido que él propio fabricara en fuerza de comer.

Mas los desapoderados anhelos del más allá le incitaron, y su creciente apetito, además, le condujeron fuera de su mundo chiquitín.

¡Qué bonito era su mundo visto desde fuera! ¡Cuánta luz! ¡Y qué calorcillo tan suave acariciaba su epidermis! Era el sol, el sol que le bañaba y hacía rutilar su cuerpo.

De pronto, un alarido estridente, un golpeteo enorme y el brutal movimiento del aire agitado repentinamente, le hicieron levantar la cabeza.

Sobre él se dejó caer una sombra horrible, un cuerpo ventrudo cubierto de plumas que azotaban á la víctima. Trata ésta de huir tejiendo el hilo que le procure la salvación, pero su enemigo alarga el espantoso cuello, abre su inmensa bocaza negra, dura y brillante por fuera y roja por dentro, y abarca de un solo golpe el cuerpecillo minúsculo, separándole de la ramita que le sustentaba.

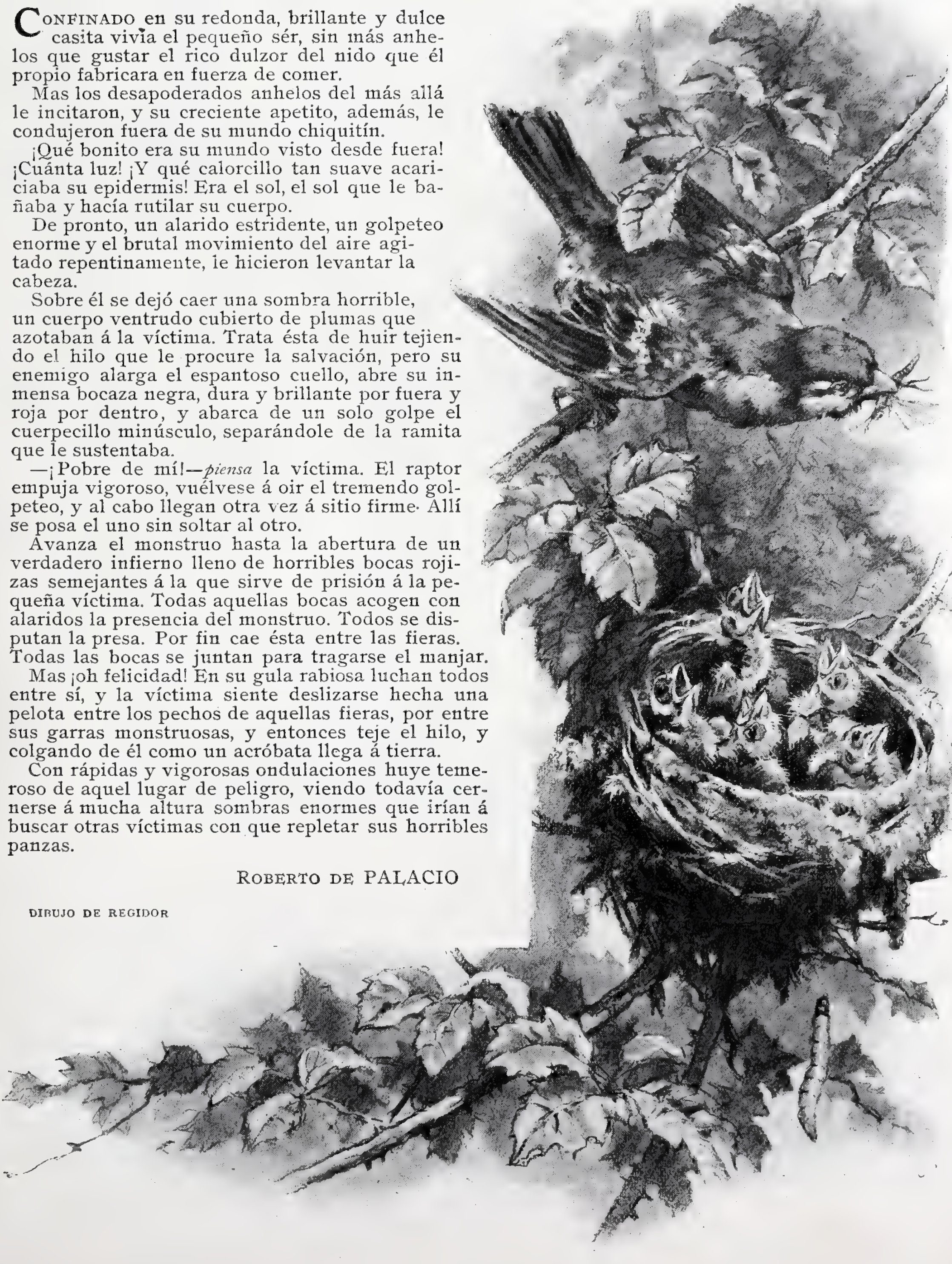
—¡Pobre de mí!—*piensa* la víctima. El raptor empuja vigoroso, vuélvese á oir el tremendo golpeteo, y al cabo llegan otra vez á sitio firme. Allí se posa el uno sin soltar al otro.

Avanza el monstruo hasta la abertura de un verdadero infierno lleno de horribles bocas rojizas semejantes á la que sirve de prisión á la pequeña víctima. Todas aquellas bocas acogen con alaridos la presencia del monstruo. Todos se disputan la presa. Por fin cae ésta entre las fieras. Todas las bocas se juntan para tragarse el manjar.

Mas ¡oh felicidad! En su gula rabiosa luchan todos entre sí, y la víctima siente deslizarse hecha una pelota entre los pechos de aquellas fieras, por entre sus garras monstruosas, y entonces teje el hilo, y colgando de él como un acróbata llega á tierra.

Con rápidas y vigorosas ondulaciones huye temeroso de aquel lugar de peligro, viendo todavía cernerse á mucha altura sombras enormes que irían á buscar otras víctimas con que repletar sus horribles panzas.

Roberto de PALACIO



Dibujo de Regidor



LANZANDO LA PELOTA

EL FOOT-BALL

De todos los juegos ingleses importados á España, ninguno se ha aclimatado tan rápidamente entre nosotros como el *foot-ball* ó juego del balón con los pies.

Dos son las variantes del *foot-ball:* el *Rugby*, en el cual se puede impulsar el balón con pies y manos, y el *Association*, que solamente permite el empleo de los pies. Este último es el más generalizado en España.

El terreno del campo de juego debe ser muy llano y no muy duro, para que las caídas que sufran los jugadores sean menos peligrosas. El dibujo que acompaña á estas líneas da clara idea de las dimensiones del campo de juego, distancias, colocación y denominación en español de los jugadores, cuyo número puede variar de once á quince por cada bando.

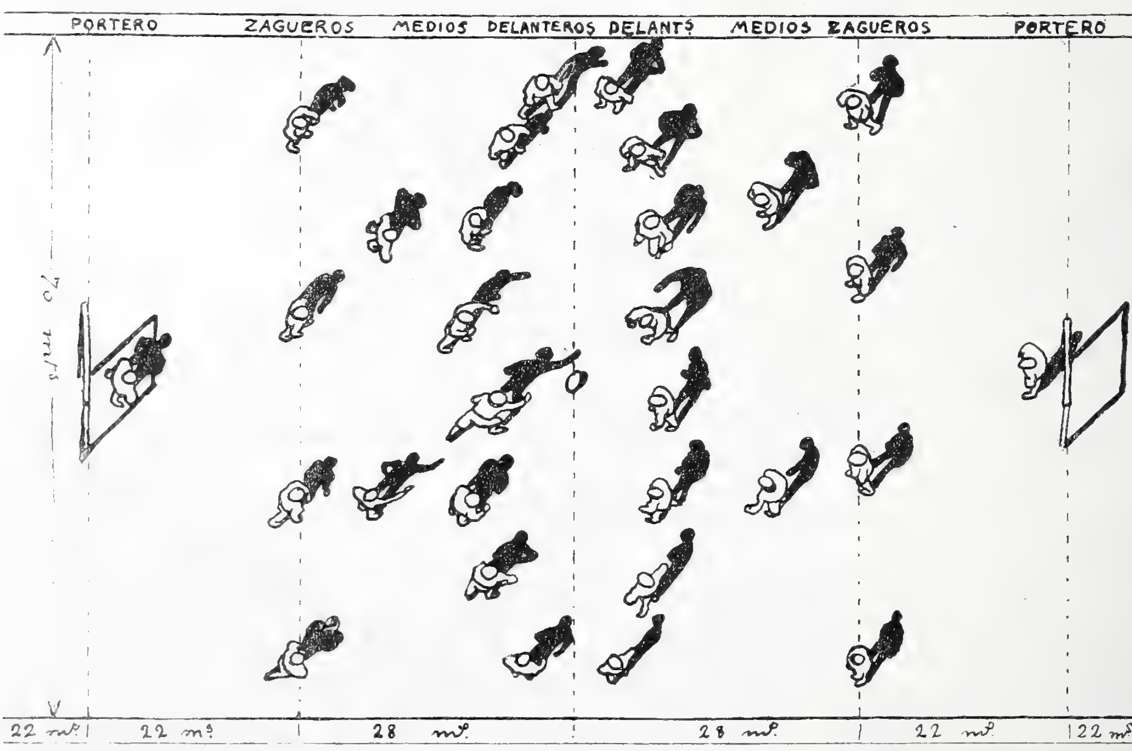
El objetivo del juego es que cada bando logre hacer pasar el balón por debajo de la puerta ó *but* del campo contrario. Dicha puerta consiste en dos postes de 2,50 metros de altura, unidos en su parte superior por un travesaño de madera y separados entre sí siete metros.

Los partidos se juegan en dos tiempos de cuarenta minutos cada uno, con un descanso entre ambos de cinco minutos. El bando que en dicho tiempo haya hecho más tantos, es decir, franquear más veces el balón la puerta del campo contrario, es el que gana.

Se comienza el juego echando suertes para colocación de cada bando. El favorecido elige campo, y colocada la pelota en el centro del terreno, uno de sus jugadores la lanza con el pie hacia el campo contrario. Desde este momento, los jugadores de uno y otro bando procuran



PARADA ALTA





PARADA BAJA

con habilidad, sorteando el encuentro de sus contrincantes, aproximar el balón á la puerta del campo contrario, hasta conseguir que pase por ella, en cuyo caso se apunta un *goal* ó tanto el campo vencedor, volviendo á colocarse el balón en el centro del terreno, y así sucesivamente.

Cuando la pelota sale de las líneas de juego, un jugador la lanza dentro, en dirección perpendicular al punto por donde salió.

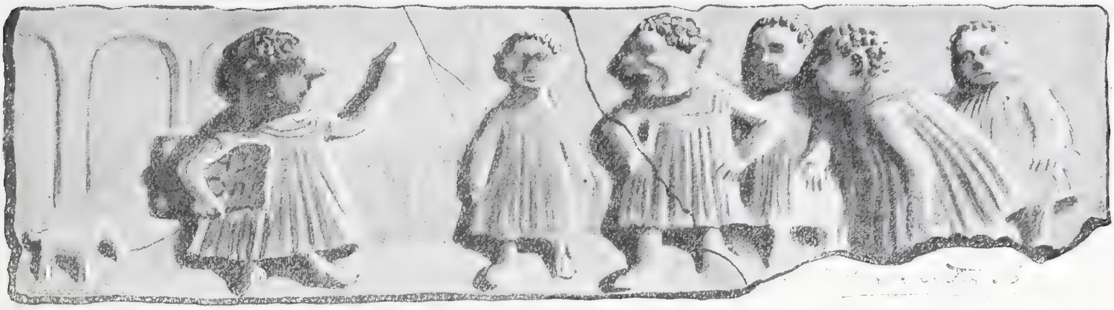
El portero ó *goal keeper* puede detener y lanzar la pelota con pies y manos.

LUIS ZOZAYA

Fots. R. del Rivero



UNA CARGA



LOS GRANDES CHICOS

CICERONCITO

LARGAMENTE se ha hablado de las pequeñeces de los grandes; muy poco de las grandezas de los niños. Y sin embargo, en éstas hay que aprender mucho más que en aquéllas.

Hace años hablábamos en estas mismas columnas de tres grandes chicos que se llamaron Teresa de Jesús, Lope de Vega Carpio y Hernán Cortés. Bueno será que en estas páginas, dedicadas á los muchachos, les recordemos cómo fueron cuando niños algunos de los grandes hombres célebres en la antigüedad, y de cuya infancia se conocen datos ciertos ó verosímiles. Para ello disponemos del libro inmortal de Plutarco, lectura grandemente educativa en la que se han formado los caracteres de tantos hombres ilustres y de otras muchas noticias y datos sacados de autores modernos.

Los que leéis estas líneas, si habéis pasado ya del segundo año de latín, es seguro que tendréis formado un concepto bastante triste del célebre orador romano Marco Tulio Cicerón. Sus cartas, que os habréis visto obligados á traducir, y sus discursos, que quizás también os hayan costado algunos sudores y quién sabe si varios capones ó tirones de orejas, son escritos cuya belleza no estáis en disposición de apreciar cumplidamente. Así sucede que váis á tener que creerme, bajo mi palabra, cuando os diga que Marco Tulio fué, á pesar de vuestra opinión, un grande hombre de verdad, y al cual, desde pequeñín, se le conocía que iba á ser grande hombre.

Su mamá, que se llamaba la señora Helvia, le amaba tiernísimamente, como os aman á vosotros vuestras mamás, ó quizá más todavía, porque á Ciceroncito le trajeron de París sin que hubiese en la casa ninguna de esas perturbaciones y preocupaciones que suele haber en casos tales. La señora Helvia lloró solamente de alegría al ver á Ciceroncito, que era un niño muy guapo y muy gordo y se parecía mucho á su papá y á la familia paterna, ó sea de los Cicerones, así llamados porque el fundador de la casa tenía un garbanzo *(cicer)* en la nariz.

Parece ser que á Cicerón, cuyos primeros nombres (que en Roma se llamaban *prænomen* y *nomen)* eran Marco y Tulio, le hacían burla en la escuela los otros muchachos por su apellido ó *cognomen* de Cicerón. Era como si uno de vosotros se llamase Luis Pérez Garbanzo. Un día estaban mofándose de él por esta causa, y Cicerón, poniéndose muy serio, dijo que no cambiaría su nombre vulgar y feo de Garbanzo por el más ilustre y empingorotado de la más noble familia de Roma, pues él se sentía capaz, llamándose así y todo, de hacer que su nombre sonase eternamente en el mundo y de él se acordara la humanidad entera cuando ya se hubiesen olvidado los apellidos que en su época se tuviesen por más gloriosos. Y así como él lo dijo se ha realizado punto por punto; y ya véis que de Cicerón se habla hoy lo mismo que hace diecinueve siglos, ó mejor si cabe; y ¿quién se acuerda ya de cómo se llamarían los ricos y los orgullosos de su época?

Esto debe enseñaros varias cosas: 1.ª Que es una tontería y una falta de educación burlarse de un muchacho ó de un hombre porque tenga nombre ó apellido raro ó vulgar en extremo. Puede uno llamarse Conejo ó Carnero ó Galápago y ser un hombre sabio, útil y bueno. 2.ª Que no hay que pararse en los nombres de las cosas, sino fijarse en ellas á fondo para decidir si son buenas ó malas. 3.ª Que el niño más obscuro y de menos apariencia no debe desanimarse, sino aspirar á todo, pues quien intenta llenar el mundo con su fama, lo consigue si se aplica como se aplicó Cicerón.



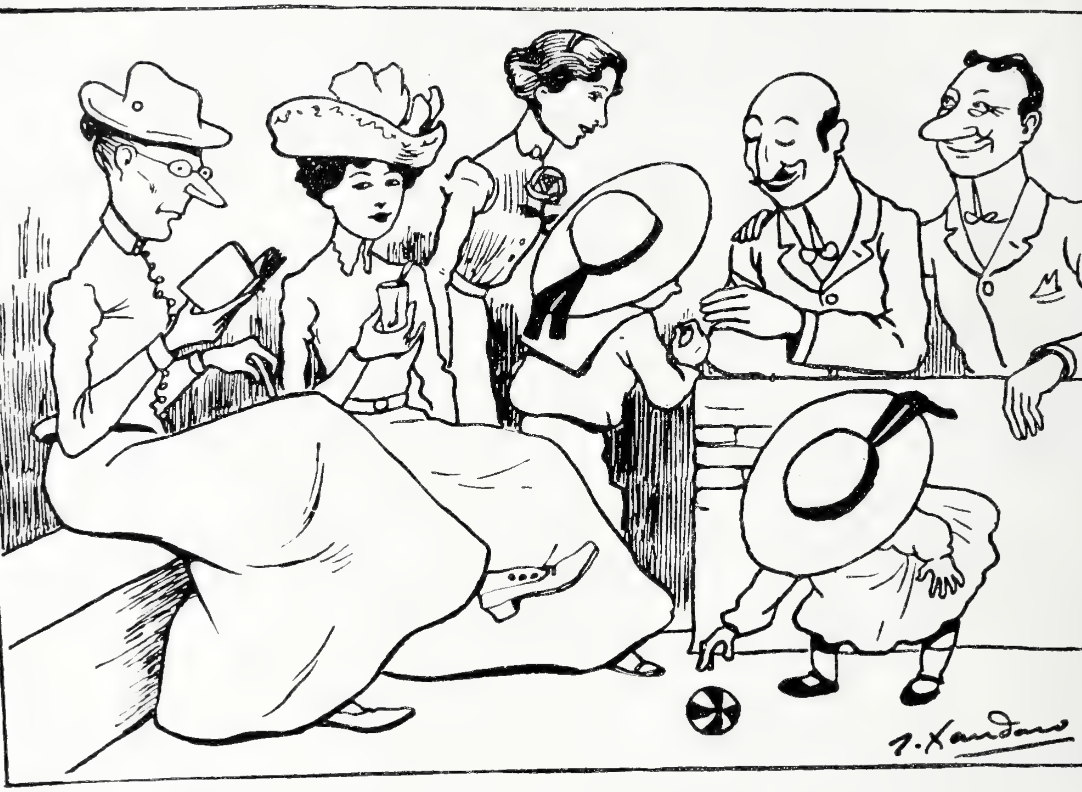
Ya en la escuela se distinguió Ciceroncito de tal manera por la agudeza de su ingenio y la prontitud de su palabra, que muchas personas graves iban á oirle contestar á las preguntas del maestro, y todos sus compañeros le tenían respeto y estimación, hasta los que eran mayores que él. Y aseguran las historias que cuando salían de la escuela todos le colocaban enmedio ó á la cabeza de ellos, por lo cual hubo algunos padres que le tomaron envidia y regañaban á sus hijos censurándoles aquellas muestras de consideración dadas á un chiquilicuatro. Y se dice que algunos de aquellos niños compañeros de Cicerón sufrieron los regaños, pero siguieron respetando á su condiscípulo y manifestándole afectuosa veneración.

Y aquí tenéis otro ejemplo de cómo los niños muchas veces, siguiendo los impulsos de su buen natural, dan á los grandes lecciones que éstos debieran aprovechar siempre.

* * *

DIBUJOS DE XAUDARÓ

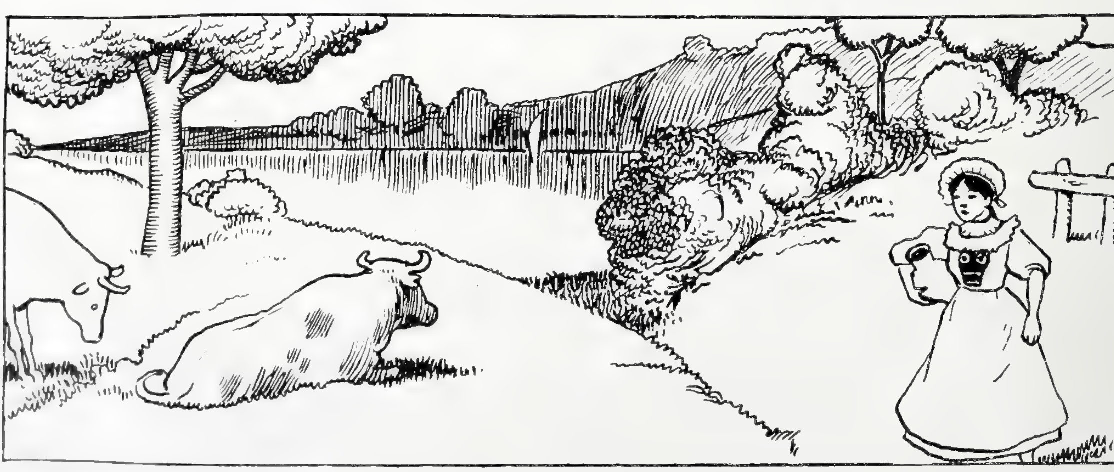
CONCURSOS INFANTILES



SOLUCION AL CONCURSO TITULADO «SIN PIES NI CABEZA»

Hemos recibido 4.223 soluciones. De ellas, sólo 11 resultaron completamente exactas y hechas con suma habilidad y limpieza, por lo cual felicitamos á los concursantes. Verificado un sorteo entre los que han acertado, resulta concedido el premio al niño Eduardo García de los Ríos y Romero, que reside en Reinosa (Santander), calle del Puente, 23. El agraciado puede, cuando guste, mandar á recoger el premio.

NUEVO CONCURSO ARTÍSTICO PARA NIÑOS



Invitamos á nuestros pequeños lectores á que iluminen este paisaje por el procedimiento que crean mejor, es decir, al lápiz, á la acuarela, ó como gusten, interpretando el colorido como su inspiración les sugiera, sin modificar en nada el dibujo. La experiencia acaba de enseñarnos que son muchos los niños aficionados al dibujo. Queremos ahora ver si hay muchos que tengan una sensación justa del color. Los paisajes iluminados deberán remitirse á esta redacción, Serrano, 55, antes del día 20 de Mayo próximo. El premio consistirá en una magnífica caja de colores á la acuarela.

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 7 Mayo 1904. N.º 679

GUSTOS Y DISGUSTOS SON NO MAS QUE IMAGINACION



Así tituló una de sus famosas comedias D. Pedro Calderón de la Barca. Y apartando las grandes aflicciones de la vida, que son reales y positivas, es probado que muchas veces, las más veces, la felicidad y la infelicidad son entes imaginarios, proyecciones incorpóreas de la fantasía, claridades ó sombras de un espejismo cuyo espectáculo está dentro de nosotros.

Y en todo caso, la imaginación ó la falta de voluntad ponen media parte de la desdicha en las desdichas verdaderas.

Donde se cree ya que la sugestión hipnótica quita y pone dolores físicos, ¿no puede sospecharse que la imaginación y la voluntad pongan y quiten dolores espirituales?

Y cuando alguien sostiene que no existen los colores, sino que los hace nuestra visión á la manera que el pintor los coloca en el lienzo blanco, ¿no cabe presumir que la felicidad y la infelicidad son colores fingidos de la existencia, y que ambas sensaciones no son más que modificación de la costumbre?

Sin ahondar ni siquiera rascar en filosofías psíquicas y físicas, dígase de plano que no hay felicidad absoluta ni infelicidad absoluta, como no hay día y noche iguales y simultáneos para todos los hombres. Mientras en Madrid gozamos de la luz meridiana, nuestros antípodas duermen su sueño de la media noche. Y así, en lo espiritual, lo que para unos es triste ó alegre, es para otros indiferente.

Don Juan Pérez y Juan Pérez, aunque se diferenciaran sólo por las tres letras del hidalgo *don*, eran personas opuestas en todo.

Llamábase uno el Excmo. Sr. D. Juan Pérez de la Rivera de las Bárcenas, denotando con su tratamiento, sus dobles apellidos y su título de conde, lo alto de su posición y de su linaje.

Llamábase el otro Juan Pérez á secas, demostrando con ello y con su apodo de *El Cabrero*, lo bajo y plebeyo de su condición.

Era el D. Juan riquísimo hacendado, dueño de hermosas fincas y dehesas, donde pastaban numerosos rebaños de su propiedad.

Era *El Cabrero*, y el apodo lo dice, pastor de los ganados de Su Excelencia.

Vivía el señor conde en suntuoso palacio, y entre comodidades, lujo, diversiones y fiestas.

Vivía el pastor en la estrecha choza del monte, entre el humo cuando estaba en ella, y cuando no al viento, á la lluvia y las escarchas, y unas y otras veces entre trabajos, privaciones y pinchazos recibidos en las jaras al recoger las reses descarriadas.

La fortuna había ensayado en ambos los dos extremos de la vara caprichosa con que acaricia ó azota, según mire á sus escogidos ó á sus desdeñados. Y la irritante parcialidad de la fortuna se manifestaba lo mismo que en las cosas materiales, en las morales.

D. Juan añadía á los bienes de la tierra los bienes del espíritu. Y, por el contrario, Juan tenía sobre los trabajos del cuerpo las pesadumbres del alma.

El amo era inteligente, alegre, dichoso en todo deseo y toda empresa. Para él, desear era conseguir, y emprender llegar. Una esposa bella y unos hijos llenos de salud completaban un hogar libre de cuidados y amarguras.

El pastor era obtuso de entendimiento, lo cual, privándole de los placeres espirituales, le robaba la parte más noble de las alegrías humanas.

Su obligación montaraz, que le excluía del trato urbano, no le permitió crearse una familia, que habría sido, más que compañía para su persona, carga para su pobreza.



La desdicha es como la humedad: no hay pared bien defendida ni obra bien preservada de ella. Se filtra, se extiende, sube, ablanda, come, y al fin pudre y arruina la casa.

La dicha es como el aire: siempre halla resquicio por donde entrar, aun en los corazones más cerrados, y cuando haya metido en ellos su primer hilo, tras él se entrará la bocanada, estableciendo una corriente que vivifica y sanea lo que parece inhabitable y mortífero.

De igual modo, tenían el feliz D. Juan su gotera por donde le calaba la humedad, y el desdichado Juan su resquicio por donde le entraba el aire respirable.

El señor gozaba de pingües rentas, abundancia de deleites, amor en su casa paz en el espíritu, suerte en todo. ¿Qué podía conturbar su ánimo?

El criado no poseía nada: ni dinero, ni casa, ni descanso, ni comodidades, sino miseria, soledad y fatigas. ¿Qué podía alegrar su existencia?

El mismo exceso de bienes traía el mal, y el mismo exceso de males traía el bien.

Al paladar acostumbrado á almíbares, sábele á acíbar el más ligero picante. Cuéntase que los muelles habitantes de Síbaris no lograban conciliar el sueño cuando hacía una arruga la sábana del lecho. Tal era el refinamiento y sensibilidad de su piel.

Y al paladar acostumbrado á los ácidos sábele á gloria el confite menos dulce. Cuéntase de Milciades que no le producían disgusto ni efecto los venenos, porque tomándolos á diario, el organismo se había connaturalizado con ellos. ¡Cuál sería su deleite cuando saborease azucaradas manzanas cogidas del árbol inocente de que no podía temer envenenamiento ni traición!

La costumbre rinde por cansancio la sensibilidad. Hay que bendecir al dolor y recibirlo como regalo de la providencia, porque matar el dolor es matar el placer. Perpetuar el día es amortiguar su esplendor; porque quien no ha andado en las tinieblas, ¿cómo estimará la hermosura del sol?

*
* *

El conde era gran aficionado á la caza; y si su puntería fuera como su afición, no habría para él conejos ni perdices bastantes en los extensos y bien guardados cotos de su propiedad. Nadie le oyó jamás alabarse de nada, sino de su acierto con la escopeta.

Además de las salidas cortas que solía hacer después de la comida á modo de ejercicio para la digestión, pasaba dos días enteros de la semana en el cazadero. Pródigo de su caudal y no egoísta en sus diversiones, daba fiestas y banquetes, de que disfrutaban sus amigos. Pero nunca llevaba convidados á las expediciones de caza. Aquéllas eran las horas sagradas, de placer íntimo, que pertenecían á él solo, como su estudio al sabio, su amor al esposo, su oración al devoto, y nadie, por generoso que sea, convida á los amigos á compartir las caricias de la amada ó los trabajos del espíritu.

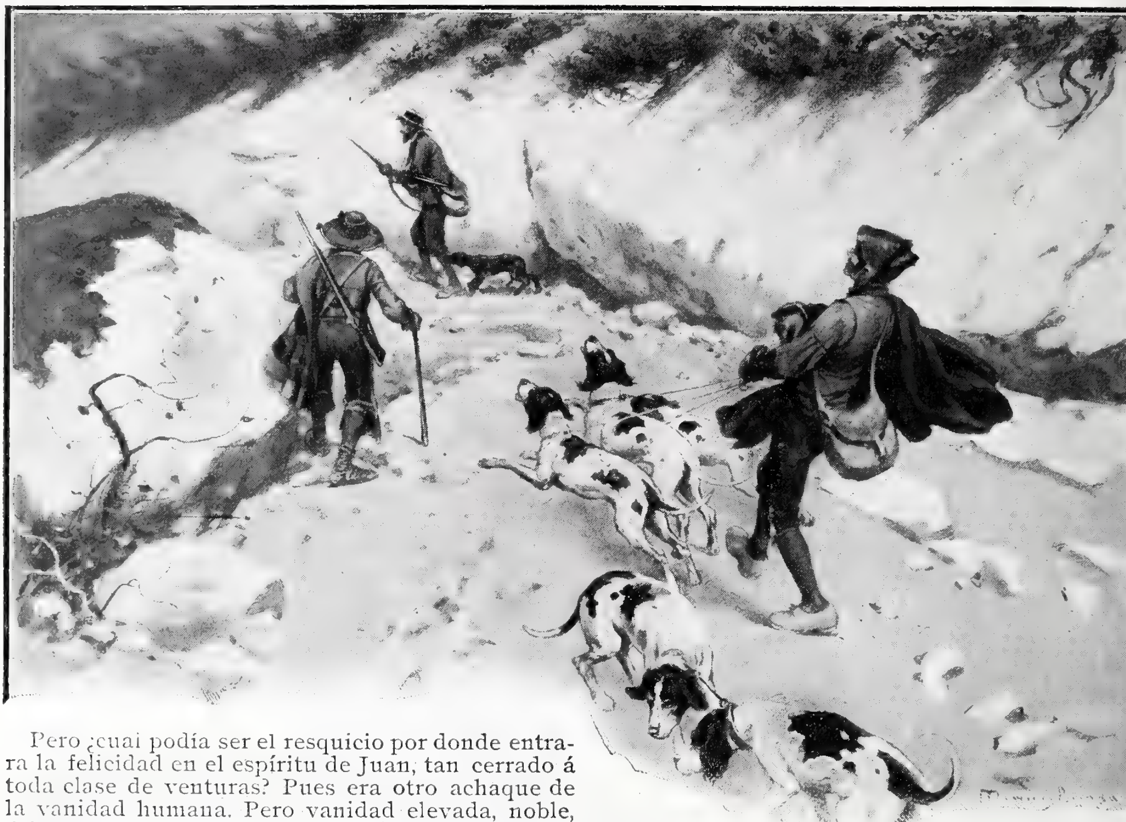
Iba sin otro acompañamiento que el de un sirviente y los perros para el ojeo.

Todo ruido, voz ó figura que no fuesen de la naturaleza, profanaban la hermosa soledad del monte.

No hay jugador sin supersticiones ni cazador sin vanidad. La del conde consistía en traerse doce piezas muertas, cuando menos, en cada cacería.

Pero como la puntería estaba más baja que el propósito, pocas veces llegó al número reglamentario. Y esto le amargaba la fiesta, á punto de no sosegar ni dormir pensando en el desquite. El desquite no venía, y aquel poderoso, rodeado de placeres y amo de un pueblo, vivía en constante desesperación por la falta de un conejo. Era la gotera que arruinaba su existencia.

*
* *



Pero ¿cual podía ser el resquicio por donde entrara la felicidad en el espíritu de Juan, tan cerrado á toda clase de venturas? Pues era otro achaque de la vanidad humana. Pero vanidad elevada, noble, útil y muy superior á la ridícula de matar un conejo más ó menos.

El mísero, obscurísimo é invisible pastor del monte, sintiendo su insignificancia, ponía empeño en demostrar cómo no hay hombre que no sirva para algo á los demás, ni enemigo pequeño, ni amigo despreciable. Y se daba á hacer favores y servicios á toda persona que se hallaba en apuro ó necesidad de que él pudiera sacarla, preferentemente á las de mayor jerarquía.

Si veía á un leñador que no podía con la carga de leña, Juan le ayudaba para llevar el peso.—Amigo, le decía, ¿ves cómo los viejos podemos más que los mozos?—Y se volvía á su ganado con el orgullo de su acción y de su fuerza.

Si topaba con un caminante extraviado por el monte, Juan andaba sus buenas leguas hasta sacarle al camino derecho.

—Amigo—le decía,—¿ve usted cómo un mal cabrero puede evitar un peligro á un buen traficante?

Si sorprendía á un cazador monteando en terreno que no era suyo, en vez de denunciarlo al guarda jurado, le dejaba marcharse, pero cobrándole en gratitud, que nunca en dinero, el silencio.

—Amigo—le decía,—¿ve usted cómo un pobrete puede salvar de una multa á un rico?

Y con ello vivía feliz, buscando siempre ocasiones de hacer favores para satisfacer su vanidad de hombre de provecho, sin importársele un ardite de sus fatigas, escaseces y quebrantos.

Su gozo supremo, su triunfo definitivo fueron los de favorecer á su propio amo. ¿Quién le dijera á Juan que iba á hacer feliz á D. Juan? Pues lo hizo. Enterado de las cuitas de su señor y de la causa de ellas, trazó y puso por obra la manera de curarlas. Unas veces con su escopetucha, otras con sus perros, recogía doce piezas de caza cada día anterior á aquel en que D. Juan había de venir á la dehesa. Acompañábale como ojeador, y callaba siempre que el amo hacía buen tiro. Pero cuando lo erraba, salía corriendo tras del conejo salvo gritando:

—Señor, va herido, pero los perros no darán con él; tiene cerca la madriguera. Yo la conozco, porque me sé de memoria y palmo á palmo el monte.

Y regresaba con uno de los conejos que tenía preparados, metiéndolo en el zurrón, sin entregarlo á D. Juan para que no conociera que estaba frío, como muerto el día antes.

Desde entonces el conde volvía á casa siempre con la cuota deseada, y fué el hombre de la dicha completa.

—¿Qué tal?—exclamaba el buen Juan ebrio de orgullo.—¿Que no valgo nada? Pues sirvo más que los millones y títulos del mundo. Sirvo para hacer feliz al señor de toda esta tierra. Y ahora á picar mis migas, que van á saberme á gloria.

Y volvamos á la moraleja:

No hay felicidad ni infelicidad; hay felicidades é infelicidades, según la persona y el caso en que se produzcan.

Gustos y disgustos son no más que imaginación. ¿Puede haber infelicidad más fantástica que la de D. Juan, triste por su falta de puntería, ni felicidad más imaginaria que la de hacer para otros una felicidad también ilusoria?

Eugenio SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Crónica Gráfica

La industriosa ciudad de Alcoy ha celebrado este año con la solemnidad y el regocijo de costumbre sus tradicionales fiestas. De entre ellas, la más antigua y sin duda la más interesante es el *alardó* ó fiesta de moros y cristianos, cuyo programa es invariablemente el que sigue: las fuerzas de los moros tienen sitiado el pueblo, que los cristianos defienden. Los moros envían un parlamentario al gobernador, quien lee el pliego y lo rasga después de leerlo. En vista de esto, mandan los moros una embajada. El embajador intima, en verso heroico, la rendición de la plaza, á la que se niegan los cristianos. Empieza el combate con nutrido fuego de fusilería ó de trabuquería; vencen los moros, y los cristianos se repliegan al castillo. Esto ocurre por la mañana; pero á la tarde, después de reparar sus fuerzas ambos ejércitos, se vuelven las tornas, y los cristianos les atizan á los moros un palizón fenomenal—todo figurado, por supuesto, y sin que haya que lamentar el más leve rasguño.

Pero no se crea que los alcoyanos se pasan la vida entretenidos en huelgas y festejos. Al contrario. El mismo día que nos mandan de allí las noticias gráficas de la mencionada fiesta, recibimos también magnífica y completa información de la inauguración de la línea férrea que la Compañía del Norte acaba de construir para unir Alcoy y Játiva.

La línea cruza por una de las comarcas más hermosas y fértiles de España. Lo quebrado del terreno ha hecho necesario construir grandes obras de atrincheramiento y terraplenado y algunos túneles, puentes y viaductos.

Por no repetir las vistas tomadas durante el viaje de S. M., y que, como ven nuestros lectores, todas parecen representar las mismas muchedumbres agolpadas al paso de la comitiva regia, sólo recogemos en este número tres notas referentes á la visita del Rey á Almería y Granada, en donde, como en las etapas anteriores de su viaje, ha despertado general entusiasmo.

La fiesta obrera del 1.º de Mayo ha resultado brillantísima en Madrid. En la reunión celebrada en los jardines del Buen Retiro se pronunciaron discursos fogosos, pero sin que fuese necesaria la intervención de la autoridad. La manifestación en las calles para entregar las peticiones obreras al presidente del Consejo fué tan severamente correcta y grandiosa, que recordaba las grandes manifestaciones de los obreros ingleses y alemanes. El obrero español, inferior en cultura á los de otros países, demuestra siempre que tiene ocasión de ello, que no cede á ningún otro en inteligencia y en disciplina social. La mayor parte de las peticiones elevadas al Poder ejecutivo ni siquiera tienen carácter socialista, sino humanitario en general; defensivo de todas las clases, no sólo de la obrera, contra la incuria y el abandono de los políticos.







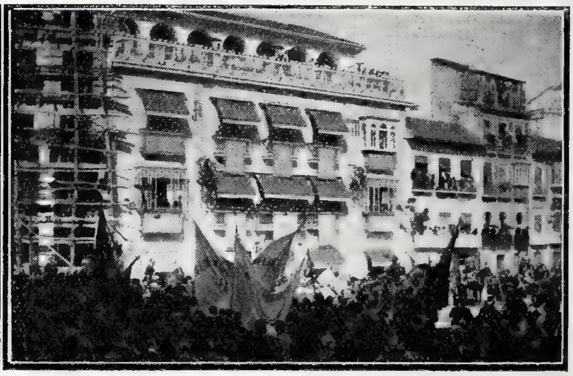


1, «EL ALARDÓ» Ó FIESTA DE MOROS Y CRISTIANOS EN ALCOY. 2, UN JEFE DE LOS CRISTIANOS CABALGANDO EN SU CORCEL DE GUERRA. 3 Y 4, DOS SECCIONES DE LA NUEVA VÍA FÉRREA DE ALCOY Á JÁTIVA

Fots. Matarredona hermanos y F. Bisbal









1, S. M. EL REY DESEMBARCANDO DE LA FALÚA REAL EN EL MUELLE DE ALMERÍA.
2, EL REY EN GRANADA, CAMINO DEL FARGUE. 3, LA COMITIVA REGIA YENDO Á VISITAR LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS.
4, LA FIESTA OBRERA DEL 1.º DE MAYO. LA MANIFESTACIÓN FRENTE A LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO

Fots. S. Peydró. A. Caro y Asenjo



EL VIEJO DEL LOBANILLO

CUENTO CHINO

HABÍA una vez un hombre viejo, leñador de oficio, el cual tenía colgando de la mejilla derecha un lobanillo grande, muy grande, tan grande como un melocotón de los más grandes. Llamábase el hombre Li-Hong y, no obstante el lobanillo, que pesaba más de dos libras, vivía contento y feliz, porque siendo joven había oído leer los sanos consejos del Filósofo Kong-fu-tseu (que los paganos llaman Confucio) y los seguía puntualmente. Acaso, acaso, quien hubiera podido penetrar en el corazón de Li-Hong no hubiese hallado en él la absoluta y religiosa conformidad que el Filósofo recomendaba: pero, al menos, el digno leñador no daba á sus vecinos y parientes el mal ejemplo de un reconcomio, y mucho menos de una desesperación manifiesta. Claro está que á nadie le gusta que le cuelguen de un carrillo dos libras de carne sobrante y ociosa, pero si á Li-Hong no le gustaba, no lo daba á entender.

Un día iba el buen hombre camino de la selva, como de costumbre, á proseguir el corte que en ella dejara el día anterior, cuando ved ahí que comienzan á caer del cielo unas gotas gordas como *taeles* (moneda china) y á soplar un ventarrón deshecho tan recio y temeroso, que Li-Hong, viendo imposible volver á su casa hasta que escampase, buscó refugio en el horadado tronco de un árbol secular. Allí se acurrucó, temblando de miedo y de frío, pues se había calado hasta los huesos.

Así, agazapado y lleno de aprensión llevaba ya una hora, cuando sintió invadir el bosque desusado y extrañísimo ruido de voces que iban acercándose poco á poco.—¡Rarísima cosa es ésta!—pensó Li-Hong;—en todos los años de mi vida nunca oí en la selva semejante ruido.—Y cuando iba á entregarse á más hondas reflexiones, imagináos que ve surgir, unos saliendo de entre los árboles y otros, al parecer, del centro de la tierra, un tropel de seres descomunales y nunca vistos, que aun cuando por su porte y voz parecían personas humanas, no lo eran, puesto que unos tenían el cutis rojo como sandía, otros verde como piel de sapo: algunos sólo ostentaban un ojo enorme en medio de la frente; otros, diez ojos en los diez dedos de las manos; cuál llevaba los pies palmados como ánade, cuál una cornamenta como la de un ciervo añoso detrás de la cabeza; de ellos los había con piel escamosa y plateada; de ellos, con patas de cabra ó de venado; de ellos, con colmillos de jabalí.

Algunos traían grandes antorchas que luces rojas, amarillas, azules y verdes lanzaban, y todos reían abriendo bocazas enormes, brincaban, cantaban, agitaban las teas, en confusión infernal. De lo cual dedujo con su habitual perspicacia el viejo Li-Hong que aquellos seres eran demonios, como en realidad lo eran, y que habían aprovechado el fragor de la tempestad para venir á la tierra á holgarse con el miedo y estrago de hombres y haciendas. Algunos, en efecto, habían venido cabalgando gozosos en el zig zag de un rayo... Lo que suponía Li-Hong era cierto. Los demonios venían en son de broma y algazara: pronto, con la magistral habilidad que para ello tienen, armaron una gran fogata, y sentándose en torno, sin dejar de reir y cantar, hicieron surgir de la tierra un copioso y abundante surtidor de líquido perfumado, cuyo grato olorcillo pronto llegó á las peritas narices de Li-Hong, quien reconoció y certificó para sus adentros que aquello era vino generoso y de lo mejor que se ha bebido jamás en el Celeste Imperio, y tal, que sólo con olerlo, hombres ó demonios, se ponían á medios pelos: conque podéis calcular que á la media hora de llenar y vaciar copas, ya se había armado allí una huelga, que con toda verdad podía decirse *de dos mil diablos*, y no quedaba un demonio que no estuviese calamocano como... como... pero no vale señalar.

Todos sabéis que el vino cantado y bailado no es vino peligroso, y como esta regla, según parece, reza lo mismo con los diablos que con las personas, figuráos la zambra de canticio y bailoteo que movieron los demonios, ya que estaban repletos de horchata de cepas. Divertíanse y solazábanse como unos buenos diablos, cuando uno de ellos, que evidentemente era un espíritu original y refinado, emitió la atrevida idea de que aquella diversión resultaba un poco vulgar y que de buena gana la reemplazaría por algo más nuevo.

Entretanto el viejo Li-Hong, metido en su cubil, viendo la jarana y atractivo jaleo de los demonios y oliendo el vinillo, se le hacía la boca agua y se le ponían larguísimos los dos dientes que conservaba: y cuando oyó al demonio revolucionario y modernista echar de menos algo original y que rompiera los moldes de las juergas demoniacas, no pudo contenerse más, sino que saltando ágil y alegre fuera del árbol, entre el general asombro de los demonios, que nunca habían visto á su lado un mortal

tan risueño y complacido, comenzó á hacer cabriolas, brincos, desplantes y batimanes con inusitado regocijo y nunca visto ardor coreográfico, de suerte que todos los demonios se descacharraban de risa viéndole danzar, con el gorro terciado y los puños en las caderas, y yo os aseguro que, sin ser demonio, cualquiera se hubiese desternillado viendo tan ridículo y sin par espectáculo.



Cuando rendido de tan violento ejercicio el viejo Li-Hong hubo apurado algunos vasos del delicioso néctar que de la tierra surtía, acercósele uno de los demonios más significados y principales, el que ostentaba detrás de la nuca una hermosa cornamenta de ciervo, y le dijo con voz grave y autoritaria:

—¡Oh, tú, quien quiera que seas: en verdad te digo que bailas á las mil maravillas; y como todos deseamos que desde hoy tomes parte en todos nuestros regocijos y diversiones, vas á prometérnoslo y á jurárnoslo; pero debo advertirte que, sabiendo muy bien nosotros los demonios lo poquísimo que hay que fiar en las palabras de los hombres, menester será que nos dejes una prenda en garantía de que vendrás á bailar cuando y donde te llamemos.

—¿Y qué prenda queréis?—preguntó Li-Hong, á quien el vinillo había desatado la lengua.

—Ya comprenderás—arguyó el demonio pedantescamente—que no vamos á quedarnos con una futilidad cualquiera, como tu hacha, tu abanico ó tu pipa, no; queremos una cosa que tú estimes en mucho; y como posees ese lobanillo tan hermoso, que entre vosotros los chinos es señal y agüero de riqueza y fortuna, nos quedaremos con él para fianza de tu vuelta.

Y diciendo y haciendo el demonio... del demonio, alargó la garra y le sacó el lobanillo sin dolor ni sangre, como sacan muelas los dentistas cochinchinos en el mercado de Tient-Sin; y después de sacado, lo contempló y lo sopesó entre las manos, y se lo guardó con mucho encargo.

Li-Hong manifestó gran sorpresa y hasta un dolor que en ninguna manera sentía por la extracción de su lobanillo, pues ya hemos dicho que Li-Hong era un gran filósofo, y siempre le pareció despreciable y vitanda la preocupación vulgar referente á las dichas y bienaventuranzas que los lobanillos proporcionan, dado que él, hijo de leñador había nacido y leñador seguía siendo en su vejez, sin mayores aumentos ni prosperidades. Pero como hombre astuto, engañó á los demonios fingiéndose muy contrariado por la pérdida de su apéndice y llevándose las manos al raso y mondo rostro con ademán condolido y murrio. Al verle hacer visajes y gestos de tristeza, los demonios, á quienes ya no divertía Li-Hong, huyeron cada cual por su lado. Cuando hasta el último había desaparecido, Li-Hong, clavándose los puños en los ijares, lanzó una grandísima y sonora carcajada que debió de retumbar en el Infierno, y apretando á correr con la ligereza de quien ha perdido lo que más le molestaba, llegó en diez saltos á su domicilio. Su mujer no le reconocía; sus vecinos tampoco, y el buen hombre se vió obligado á contar toda la aventura, declarando que en jamás de los jamases pensaba volver á rescatar su lobanillo.

La historia se divulgó pronto, de suerte que llegó á oídos de otro hombre llamado Wang-Fing, el cual tenía otro lobanillo semejante al de Li-Hong, y aun quizá un poco más gordo, en la mejilla izquierda· y sabida que supo la aventura de Li-Hong, echó á correr hacia el bosque el primer día que hubo tormenta, se escondió en el mismo hueco del árbol, y cuando llegaron los demonios se acercó á ellos humildemente, ofreciéndose á bailar cuando se lo mandasen, á condición de que le recompensaran, como habían hecho con su vecino Li-Hong. Los demonios, que no entendieron muy bien estas proposiciones y que ya estaban bastante beodos, creyeron que Wang-Fing era el mismo Li-Hong. Excitáronle á que bailase, y lo hizo, pero con tanto miedo al ver aquellas espantables cataduras, y por consiguiente con tan poca gracia, que adelantándose el demonio autoritario y pedantesco, le dijo:



—Nos has engañado, amiguito. Ahora bailas muy mal y no tienes el menor chiste, por lo cual, como ya no queremos nada contigo, toma tu prenda y vete á freir espárragos.

Y diciendo y haciendo, sacó el lobanillo guardado y bonitamente se lo pegó en la mejilla derecha al triste Wang-Fing, dándole de propina dos nalgadas, con lo que el pobre chino se volvió á su casa llorando, todo corrido y con dos lobanillos en vez de uno, para que hubiese alguna simetría.

Al contar su desventura á Li-Hong, éste le dijo filosóficamente:

—Amigo Wang-Fing, al demonio no se le engaña más que una vez...

Y coloring colorong.

DIBUJOS DE XAUDARÓ



Jean y Loló

PRIMERO le llamaron el Francés; al poco tiempo, cuando empezaron á conocerle, el Franchute; y cuando le conocieron del todo, por una contracción despectiva, quedó convertido en Chute mondo y lirondo.

Chute, afirmo yo por mi cuenta, era un completísimo canalla, con cara de mono, corazón de conejo y alma de hiena. Burlón, desvergonzado, incrédulo, borracho y danzarín, se hacía antipático á toda la gente de orden.

Le conocí en una honrada taberna de Carrión... Carrión—lo digo por si alguien tiene la desgracia de no saberlo—es un pueblo próximo á Sevilla, con iglesia, calles casi empedradas, buenos molinos aceiteros, admirable alumbrado las noches de luna, y tierras pardas, fertilísimas, que crían sombríos olivos, bizarros alcornoques y alegres viñas. En Carrión las casas son blancas, el sol rubio y el vino dorado. Hay en verano ejércitos de cigarras bajo las frescas matas de los melonares; en primavera, legiones de golondrinas africanas, y en invierno, bandadas de tragones zorzales cebados como pavos, y rapaces é insolentes como Chute.

¡El miserable! La juventud de la provincia en masa—¡y conste que soy enemigo de las exageraciones!—le adoraba. Los carrioneses, prendados de su gracia diabólica, seducidos por su elocuencia endemoniada, cometían mil pecados feísimos por obsequiarle... Mozalbetes que violaban el arcón paterno, gastando las pesetas hurtadas en viles francachelas; mocitas que escatimaban el dinero á San Antonio para pagar una función de Chute; chicos que asaltaban graneros y despojaban alhacenas para que el desvergonzado parásito engordase...

¿Y cómo creen ustedes que pagaba á sus víctimas el bellaconazo responsable de tales abominaciones?... ¿Con payasadas?... ¿Adulando?... ¡Con insultos!... Así mismo. Llenaba la panza, gracias á la generosidad de aquellos inocentes, se hartaba de mosto, y dando puñadas en las puertas, berreaba que los de Carrión, y los de Huelva, y los de Sevilla, y los de Málaga... todos los andaluces eran unos charranes de siete suelas, que salían á embuste por palabra.

¿Se concibe mayor indignidad? Pues lo inverosímil, lo que me tuvo asombrado media hora, fué la nobleza de los carrioneses. Ni uno sólo protestó; impasibles, dejaron pasar la envenenada calumnia; perdonaron al que les despreciaba, y no hubo un hombre que al insulto contestara con el insulto. No hay que olvidar que los de Carrión, y los de Huelva, y los de Sevilla... los andaluces, embusteros y todo, le dieron á los soldados de Dupont la más soberana tunda que se ha dado en el orbe. Ni un carrionés ignora que en Bailén perecieron de setecientos á ochocientos mil franceses, con tres mil capitanes generales á la cabeza; y sin embargo, nadie quiso golpear á Chute con esta gran verdad, tan innegable, que le hubiera dejado por los suelos.

Los granujas tienen suerte; y Chute, créanme ustedes, era un granuja.

* * *

En cambio sus pobres compañeros... ¡qué compañeros! sus esclavos, Jean y Loló, eran ángeles del Paraíso. Dulces, afectuosos, amables, mansos... Hacían el ejercicio, se dejaban tocar por los niños, bailaban sevillanas... Chute recorría con ellos las ferias explotándolos inicuamente. Habían nacido en los Pirineos, dentro de España, y por eso, sin duda, los odiaba el malsín, apelando á los más bajos procedimientos para deshonrarlos y conquistar, á costa de las pobres bestias, la admiración de la gente crédula.

—¡Atansión, señorres! ¡Voy á empesar mis ejersisios con los terribles osos de la Russía! ¡¡Animales ferroses que ya han comido ocho domadores con famillia y todo!! ¡Yo no temo! ¡Voy á castigar á los terribles osos comedorres de hombre!

Y el maldito farsante apaleaba á Jean y Loló hasta que le dolía el brazo, sabiendo perfectamente que jamás habían comido otra cosa que raíces tiernas, pan y miel.

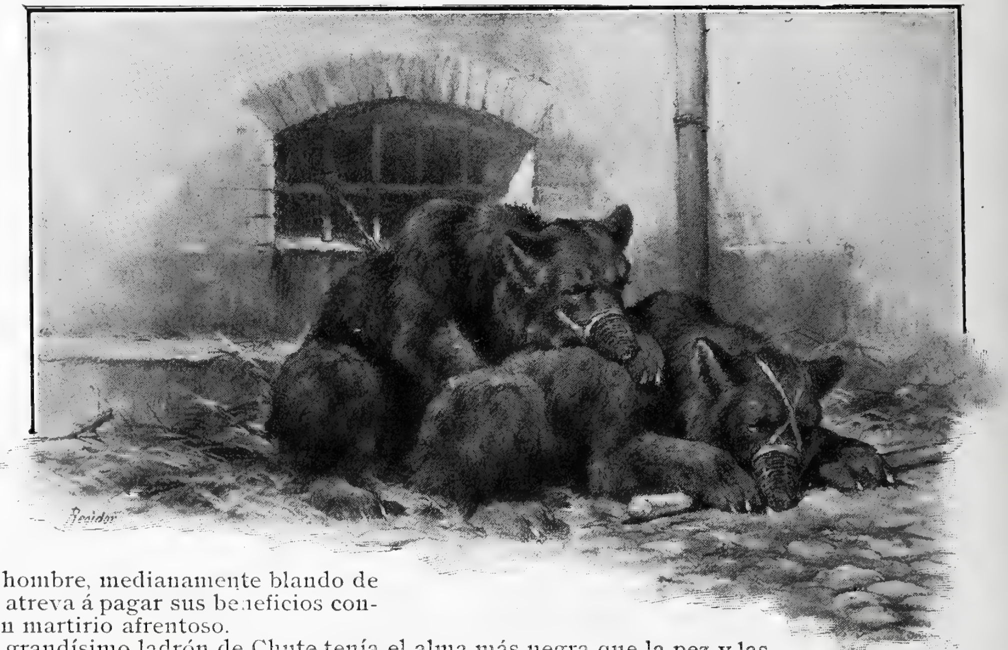
¡Conque comedores de hombres! Y esa bola, ¿no es más gorda que todas las bolas juntas de todos los embusteros de Andalucía?

* * *

Pasaron los años... Chute comiendo de lo bueno y bebiendo de lo mejor. Los osos recibiendo trancazos y devorando mendrugos, después de andar leguas y leguas y de bailar como desesperados Y con el baile, que, como ustedes saben y está demostrado, acorta la vida, y con las palizas, que ablandan los más duros huesos, Jean y Loló envejecieron prematuramente. Se equivocaban al hacer el ejercicio; se caían al dar las vueltas en las sevillanas; gruñían sordamente al recibir los palos, sin pizca de fiereza, resignados como perros.

Y el público, de labriegos, maliciando que Chute devoraría á los osos antes que los osos á Chute, perdió la ilusión de ver una tragedia y cerró tercamente la bolsa.

Este fué el origen de todo. Cuestión de cuartos; la más puerca de las cuestiones... No es que yo desdeñe el dinero como un asceta; pero ganarlo empleando los procedimientos de Chute, me avergonzaría.



Su situación era crítica. Conforme. Es caro mantener animales inútiles; es además engorroso, molesto... Mas cuando esos animales han bailado de buena fe años y años para que estemos tendidos á la bartola, tienen derecho á nuestra gratitud, y no hay hombre, medianamente blando de corazón, que se atreva á pagar sus beneficios condenándolos á un martirio afrentoso.

Pero como el grandísimo ladrón de Chute tenía el alma más negra que la pez y las intenciones más dañadas que un tigre, en vez de regalar los osos á cualquier digno propietario de Carrión, que los hubiera recibido en palmitas, ó de soltarlos para que se hubiesen buscado plácidamente la vida como bestias prudentes y trabajadoras, ó de vendérselos á algún disecador, que siquiera los habría matado con prontitud y limpieza, ¿qué creen ustedes que hizo?

Pues cogió el tren, se plantó en Sevilla, dió el último golpe á la torpe fábula de la fiereza de sus pupilos, y por unas pesetas, Jean y Loló cayeron en manos de un desahogado, que los condenó—¡ah, malandrín, hijo de loba!—á danzar entre las astas de un terrible toro.

* * *

Los visité en el patio de caballos minutos antes del desastre. El calor asfixiaba. De las cuadras salía un vaho mareante. En el fondo, junto á una pila llena de agua sanguinolenta, varios jayanes casi encueros *componían* un penco moribundo. El pobre, devorado por bandadas de relucientes moscardones, aguantaba valerosamente la cruenta operación. Le metían en el vientre los intestinos desgarrados, á manotones; le rellenaban con estopa para cortar la hemorragia; le cosían la piel y le lavaban... El noble animal, quejándose como una persona, hería el suelo nerviosamente, y con las narices dilatadas por el dolor, alzaba la huesuda cabeza, clavando en el cielo los ojos agrandados por el espanto.

Se oían los gritos bárbaros de la multitud enardecida; relinchos agudos, mugidos coléricos, aullidos de clarines... Un sol implacable incendiaba la tierra y enloquecía á personas y bestias.

* * *

En la Plaza estaba todo Carrión, por desgracia. Y me creo obligado á defender el buen nombre del pueblo, vivero de gente morigerada y de zorzales pechugones, consignando, en descargo de los excelentes carrioneses, que fueron á ver el suplicio de los osos porque los odiaban; y los odiaban—¡oh sencillas criaturas!—porque ciertas venerables dueñas, con mejor intención que discurso, aseguraron que Jean y Loló eran Satanás y Lucifer que recorrían el mundo bailando para llenar sus pestíferas calderas de almas de incautos pecadores. Y hay que tener en cuenta lo que una afirmación tan grave, si sale de bocas respetables, pesa en el ánimo y en la conciencia de los buenos cristianos.

* * *

Sonaron los clarines. Salió Chute con los mártires, y haciendo genuflexiones ridículas el vanidoso, clavó una estaquilla en medio del redondel y los amarró.

El público, riendo, satirizaba á los infelices luchadores, burlándose de sus greñas, de su delgadez cómica, de sus movimientos desgarbados y de su poca limpieza, sin considerar que los osos pierden grasa cuando no comen, y que, respecto á la elegancia y al aseo, profesan distintas ideas que nosotros.

Pero un incidente venturoso mató la crítica é hizo estallar el aplauso: Jean y Loló, de pie, como hombres, evolucionaban gallardamente. Después, al entonar la música un pasodoble, recobraron sus bríos juveniles, olvidaron hambres y pesares, y deseosos de complacer á tan lucida concurrencia, empezaron á bailar, enardecidos por las aclamaciones.

Jean, llorando de alegría, animaba á su hermano:

—Ahora, la vuelta. Con gracia. ¡Duro, Loló!

Y Loló sacaba fuerzas de flaqueza y brincaba y ponía los brazos en arco, y daba pataditas con la sal de un trianero.

—¡Mira que si todos han pagado algo, Jean...! El amo se hará rico.

—Quizás comamos hoy pan tierno.

—Aplauden otra vez, Jean.

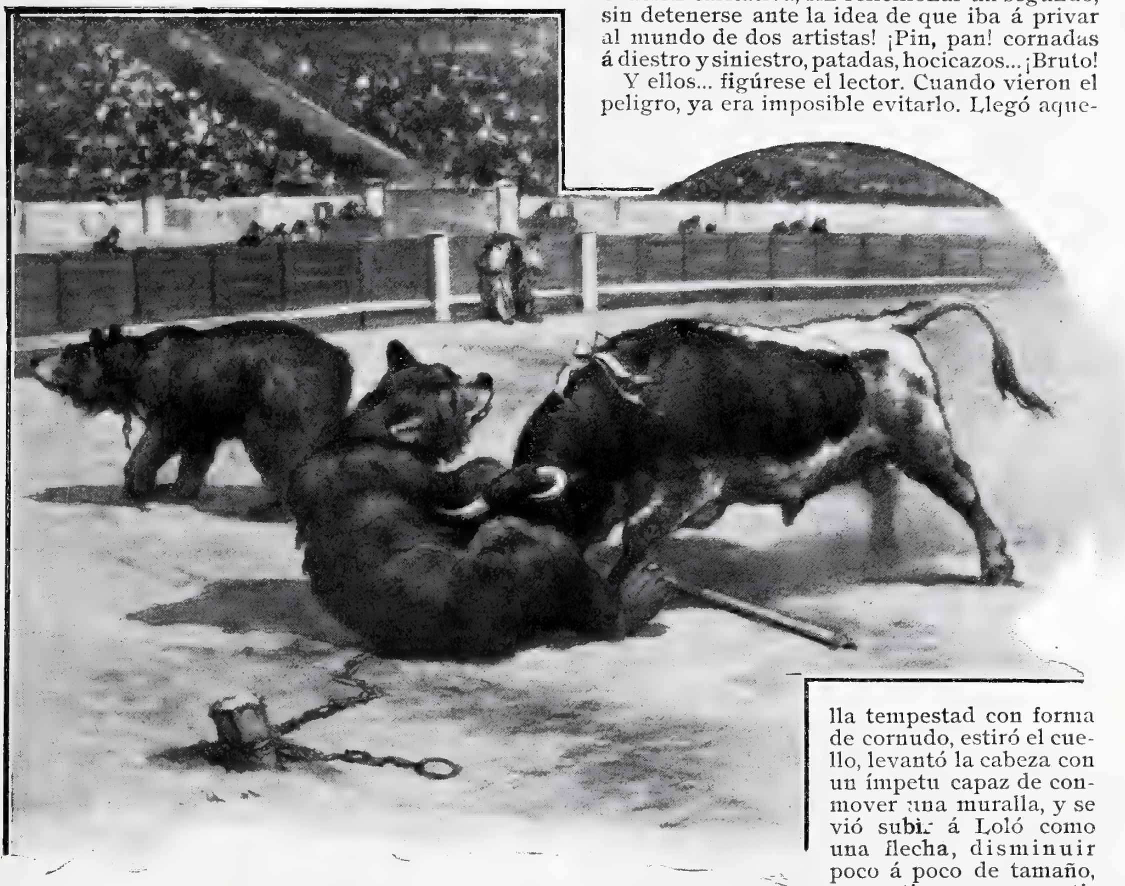
—Aplauden, Loló. Aquí saben apreciar el arte. ¡Qué ciudad!

Y sonó el clarín.

* * *

¿Cómo os lo pintaré, señores? Fué visto y no visto: un relámpago, una exhalación. Abrirse la puerta del toril, ver el espantoso torazo á los desdichados bailarines y lanzarse sobre ellos con el brutal empuje de una tromba, desde la obscuridad de su antro, mugiendo improperios, echando fuego por las narices y dando tales pezuñazos que levantaba espuertas de arena, fué una misma cosa. ¡Sin una vacilación caritativa, sin reflexionar un segundo, sin detenerse ante la idea de que iba á privar al mundo de dos artistas! ¡Pin, pan! cornadas á diestro y siniestro, patadas, hocicazos... ¡Bruto!

Y ellos... figúrese el lector. Cuando vieron el peligro, ya era imposible evitarlo. Llegó aquella tempestad con forma de cornudo, estiró el cuello, levantó la cabeza con un ímpetu capaz de conmover una muralla, y se vió subir á Loló como una flecha, disminuir poco á poco de tamaño, convertirse en un puntito negro y desaparecer, por fin, entre las nubes. ¡Qué cornada, Santísima Madre de Dios! Doce mil sevillanos y quinientos carrioneses incapaces de mentir, á pesar de las malignas imputaciones de Chute, pueden jurar que nunca han visto otra más descomunal.



El mismo toro, espantado de su bárbara hazaña, meditó un momento, y gracias á esta providencial vacilación, Jean, con los pelos erizados y las patas temblonas, saltó la barrera y se puso en salvo, al mismo tiempo que su hermano entraba con la palma del martirio en el paraíso de los osos.

* * *

Y no entrar con él fué su desgracia. Morir de una cornada, cruzando el espacio con la velocidad de un proyectil, y despanzurrado, no es agradable; pero es preferible á entregar el alma á fuerza de pinchazos, pedradas, palos, puñaladas, tiros y coces. Y así la entregó Jean.

¿Por qué? Pues por el pánico irracional de las muchedumbres que, espantadas, cometen las más terribles villanías inconscientemente.

Atiendan ustedes: Jean saltó la barrera con los pelos erizados y las patas temblorosas, como ya he dicho; rompió á llorar; vió aterrado que á Loló se lo habían sorbido las nubes; y su miedo naturalísimo, centuplicándose, le hizo pensar en su seguridad. Y por eso, por evitar la muerte, simplemente, subió al tendido.

¡Allí fué Troya, lectores de mi alma! Mis paisanos, que habían visto la célebre trompada que hizo volar á Loló sin inmutarse, se asustaron de la visita de Jean. Gritaron las viejas, berrearon los niños, lloraron las mujeres, votaron los hombres. Los de la barrera empujaron á los de primera fila; éstos á los de segunda, que á puñada limpia pretendían ganar un escalón; los de la cuarta agredían á los de la quinta, y los de los palcos batallaban con los furiosos asaltantes que querían tomarlos. El griterío era ensordecedor; las maldiciones, votos y reniegos caían como granizo; llovían puñetazos, mojicones, coces, cabezadas, codazos y puntapiés; se repartían las bofetadas con tal prisa, brío y buen deseo, que

los que escaparon mejor librados salieron con las manos como botas. Hubo que lamentar torceduras de narices, fugas de dientes, muelas y colmillos, roturas de brazos, torceduras de piernas, hinchazones de carrillos, nublados de ojos, siegas de pelos, nacimientos de chichones y apariciones de cardenales.

Doce mil sevillanos y quinientos carrioneses, locos de pánico, pedían lo mismo en un inmenso alarido:

—¡El domador, el domador!

Y el repugnante Chute, autor de tanto estrago, corrió hacia Jean reventando de júbilo al pensar en las ovaciones que le aguardaban, y sin caer en la cuenta de que hay un Dios justiciero que, tarde ó temprano, descarga el peso de su cólera sobre los Chutes.



*
* *

—¡Jean! ¡Jean!—gritaba, empujándolo rudamente para que bajase.—¡Jean!

¡Ah, no; eso no, amigo! Jean no bajaba aunque se lo pidiese el mismísimo San Chute bailando de coronilla.

Gruñó humildemente, y su amo le dió un trancazo; gimió suplicando, y volvió á sentir la tranca en las costillas; se rebeló colérico, y la estaca, vigorosamente manejada, entró en relaciones con su cabeza, que sonó como un coco al romperse.

Entonces Jean perdió la paciencia y la resignación, y acordándose de los tormentos sufridos, las ofensas toleradas y los palos aguantados, se afirmó sobre las robustas patas, alzó el brazo derecho, estiró la velluda manaza y, describiendo con mano y brazo un extenso círculo, atizó á Chute tan monumental é inverosímil bofetada, que la cabeza, silbando como una bala, le chamuscó el cabello á una mujer y convirtió en ceniza la teja donde fué á estrellarse. Es imposible encontrar sesera más dura sobre los hombros de un criminal.

Después, Jean, satisfecho de sí mismo, cogió un mendrugo, y cuando pulcramente se lo llevaba á la boca, le dispararon un tiro por la espalda; volvióse indignado para castigar al traidor, y otro cobarde le rajó de un machetazo.

—¡Por Cristo, caballeros!—gemía el desdichado.—¡Si no me meto con nadie!

Y los caballeros le contestaban á pedradas, navajazos y tiros.

—¡No hay caridad!—exclamaba el cuitado.—¡Nadie me ayudará!

[illegible], sí: á morir pronto. Un balazo le rompió un brazo y dos costillas; una pedrada le deshizo un ojo, llevándose de paso cuatro dientes.

—¡Compasión, nobles señores! Estaré bailando sevillanas dos años seguidos.

Y sin duda iba á continuar haciendo ofrecimientos generosos, cuando una piadosa bala le cortó la palabra y la vida.

*
* *

Luego vendáronse los heridos; cada espectador, más ó menos deteriorado, ocupó su sitio, y se siguieron lidiando toros.

Por cierto que algunos carrioneses y bastantes sevillanos—¡si no lo oigo no lo creo!—se permitieron criticar acerbamente al pobre Jean por su último inofensivo capricho, sin pizca de respeto á la muerte.

—¡Qué cinismo!—exclamaban.—¡Comer después de un asesinato!

—¡Y con la plaza llena de heridos!

Yo entonces no contesté, por la excitación de los ánimos. Pero ¿queréis saber lo que decía para mis adentros?

¡Pues que hizo bien! Que todos los momentos son buenos para comer; que Chute—¡Dios le haya perdonado!—mereció quedarse sin cabeza, y que vosotros, sevillanos y carrioneses, os hubiérais evitado disgustos y chichones quedándoos en casita. ¡Las cosas claras... y salga el sol por Antequera!

¡Ah, paisanos! ¡Ir á ver el suplicio de dos pobres artistas! Toda la gente seria os censuró.

J. LÓPEZ PINILLOS

DIBUJOS DE REGIDOR



HUMORADA

La dieron una flor, y ahora nos cuenta
que su alma enamorada
tan sólo se alimenta
del olor de una rosa disecada.

Campoamor

DIBUJO DE C. PLA

UNA RÍA EN EL CANTÁBRICO,
POR ANGEL ANDRADE



Actualidad Extranjera

La visita del presidente de la República francesa á Roma ha sido el acontecimiento internacional de mayor importancia en los días pasados.

Grandes motivos tienen, por cierto, los franceses para estar contentos con su Monsieur Loubet, y no menos que con él, con su ministro de Negocios Extranjeros Monsieur Delcassé.

El que los triunfos de la diplomacia francesa nos duelan, no ha de ser óbice para que reconozcamos el talento y la habilidad con que Delcassé ha logrado en pocos días dos considerabilísimas é importantes victorias: una el tratado con Inglaterra y definitivo arreglo de la cuestión de Marruecos, en el que nuestros diplomáticos y gobernantes han mostrado una vez más su falta de penetración; y otra, el gran éxito logrado por Loubet en su visita al rey de Italia. Las aclamaciones entusiásticas con que los ciudadanos romanos han recibido al Presidente son elecuentísima prueba de que la tan temida Triple Alianza va deshaciéndose como un fantasmón inservible.



Ha habido una época en que todos los halagos fueron para el Kaiser alemán; ahora todas las caricias son para Inglaterra; y aun Francia, desentendiéndose de todo romanticismo político, será capaz, si le conviene, de dejar en la estacada japonesa á su grande amiga y aliada Rusia. Inglaterra dirige, y cartuchera en el cañón.

Entretanto los japoneses van introduciéndose por todas partes en Corea. Entre multitud de fotografías de la ocupación, escogemos una referente á la entrada de las fuerzas japonesas en Ping-Yang.

Conocíamos ya una infinidad de carreras y de campeonatos, pero nos parece absolutamente nuevo el *campeonato del caballo de caza*, organizado recientemente por la sociedad hípica *El estribo* en el hipódromo de Achéres y en el bosque cercano.

El recorrido era de 40 kilómetros, con multitud de obstáculos, vallas, arroyos, zanjas, etc., y trayecto de 20 kilómetros por veredas entre el boscaje. Los caballos partieron por parejas, resultando vencedores *Sonday*, del conde de Vallon; *Oly Man* y *No Match*, de la duquesa de Uzés, que recorrieron la distancia en una hora y cincuenta y seis minutos.



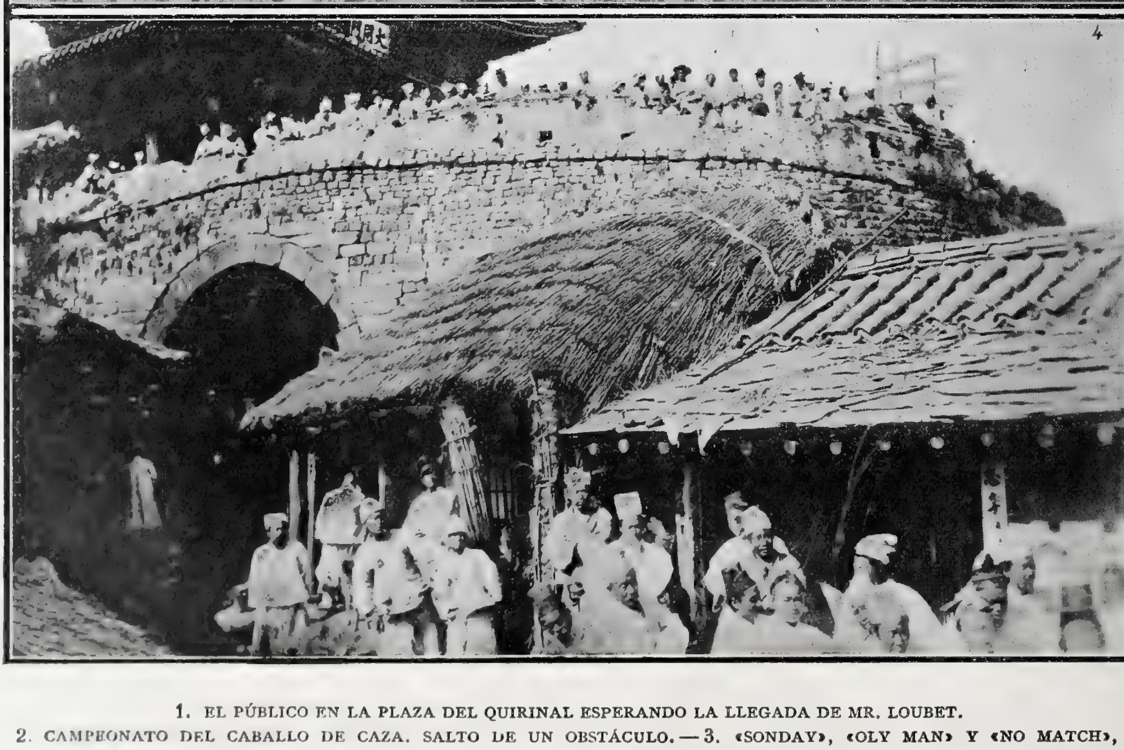
1. MONSIEUR LOUBET Y SU COMITIVA EN LA PLAZA DEI TERMINI.
2. EL «SINDACO» DE ROMA, PRÍNCIPE COLONNA, SALUDANDO Á MR. LOUBET Y Á S. M. EL REY DE ITALIA

Fotografías E. Chao y Photo-Nouvelles





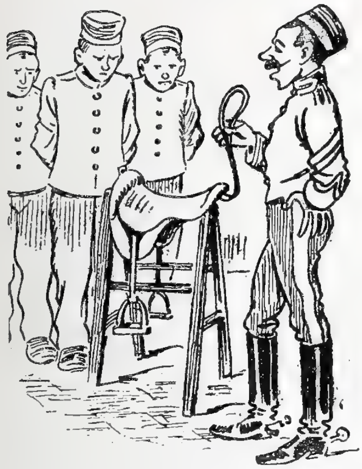




1. EL PÚBLICO EN LA PLAZA DEL QUIRINAL ESPERANDO LA LLEGADA DE MR. LOUBET.
2. CAMPEONATO DEL CABALLO DE CAZA. SALTO DE UN OBSTÁCULO. — 3. «SONDAY», «OLY MAN» Y «NO MATCH», VENCEDORES DEL CAMPEONATO.—4. LA POBLACIÓN DE PING-YANG VIENDO PASAR LAS TROPAS JAPONESAS

Fotografías León Bouet, Rol, Tresca y Photo-Nouvelles

CHASCARRILLOS MILITARES, POR MELITON GONZALEZ



—La correa que, partiendo del punto medio, centro ó diámetro, que para mí todo es lo mismo, va á pasar por debajo de la cola, se llama bati-idem; y digo *idem*, por no repetir *cola*.



—¡Juan López! ¡Por pasar el puente de Alcántara, dos reales!
—¡Sastifecho!
—¡José Pérez! ¡Por pasar el puente de Alcántara, dos reales!
—Si yo no lo hi pasao...
—Pues... por no haberlo pasao, dos reales.
—¡Sastifecho!



—¿Qué manera es ésta de atar los mulos? ¿Crees que los mulos de montaña necesitan estudiar astronomía?



—¿Cómo ha dejado usted á este individuo separarse de la guardia? La ordenanza previene que *sólo á muy raro soldado se le permitirá.*
—Por eso, mi teniente; me parece que más raro que éste...



—Papá, ¿quién podría afinarnos el piano?
—Espera. ¡Ordenanza! ¡A ver, un capitán de Ingenieros.



—Anote usted que desde aquí se ve el monte Moncayo; pero hay una loma intermedia que lo tapa.

EL CURA NEGRO





BENJAMÍN acababa de llegar de un largo viaje por Europa y América. Era el primer día que iba al casino, donde inmediatamente le rodearon sus amigos, ansiosos de darle un apretón de manos y de reintegrarle á la *Peña*, de la que era uno de los más alegres é indispensables elementos. Todos los que formaban la trinca acordaron comer juntos para solemnizar de este modo el regreso de Benjamín, y después de la comida, cuando la satisfacción se reflejaba en los semblantes y la expansión desbordaba en los corazones, solicitaron del recién llegado la narración de algún lance saliente de amor, pendencia ó aventura de las más culminantes de cuantas le hubieren ocurrido en sus largas excursiones.

—Voy á complaceros—contestó el interpelado;—hay entre lo que he visto y oído una cosa sorprendente que ha dejado en mi espíritu profunda impresión.

Se trata de un cura negro, ó mejor dicho, de un negro cura. Yo no había visto ninguno, y claro está que cuando me encontré en su presencia llamó tan poderosamente mi atención, que no pude sustraerme al deseo de hablarle.

Era un hombre amabilísimo, todo bondad y modestia, de un trato afable y encantador. Nos hicimos muy buenos amigos, y un día, cuando ya tuve alguna confianza con él, me arriesgué á hacerle varias preguntas respecto de su estado y posición. Animóme con sus respuestas, y me decidí á interrogarle sobre lo que más excitaba mi curiosidad: el cómo y el por qué había llegado á hacerse sacerdote.

Con su amabilidad acostumbrada me respondió, y aquí viene lo maravilloso, contándome toda su historia con dejos de profunda amargura y de evangélica resignación.

—Yo era salvaje—me dijo:—formaba parte de una tribu de antropófagos que habitaba en el centro de Africa, sin más ocupación que la de guerrear con las tribus vecinas y procurarse el sustento.

Así vivía feliz: mi cerebro no era otra cosa que una parte del cuerpo que cumplía sus funciones como el estómago, el corazón ó cualquier otra. No sabía, no conocía nada, y en aquel estado bárbaro y primitivo era uno de tantos, parecido á los míos, sin más ambición que la de ser fuerte, único modo de sobresalir entre los de mi raza. Un día, siendo yo mozo aún, llegaron á nuestro rancho unos misioneros con el objeto de catequizarnos. Su valor á toda prueba, y su constancia rayana en tenacidad, les hicieron conseguir parte de lo que se proponían. Convirtieron á unos cuantos, entre los cuales estaba yo. Me tomaron cariño, al que correspondí con mi sumisión y mi afecto, por lo que me llevaron en su compañía. Hiciéronme estudiar, y poco á poco, de una manera sistemática y metódica, fueron pulimentando mi alma y modelando mi inteligencia. Al cabo de algún tiempo era ya un hombre civilizado capaz de las mismas empresas que los otros. Educado por sacerdotes, sin haber visto del mundo más que las paredes de un convento, se despertó en mí el misticismo, y al interrogarme acerca del rumbo que deseaba imprimir á mi vida, respondí que el estado eclesiástico era lo que me parecía mejor. Por eso soy cura, por convicción, por gratitud y por arrepentimiento; pero no soy dichoso.

Al civilizarme me han hecho infeliz; han sembrado en mi espíritu y en mi cerebro dudas y temores, obligándome á luchas conmigo mismo para las que no tengo suficiente fortaleza. Cuando salvaje, la alegría era mi inseparable compañera; buenos ó no, los actos que ejecutaba eran espontáneos; al amar arrullaba por instinto, como arrulla el palomo; si rugía, hería ó mataba, lo hacía como el tigre, por ferocidad innata, por impulso invencible de la materia. Puso la civilización sobre mí su mano protectora, y amargó mi existencia trayendo á mis párpados el insomnio; porque al enseñarme, al descubrir ante mis ojos horizontes y mundos hasta entonces desconocidos é ignorados, despertó dudas horribles en mi ánimo y me hizo conocer los efectos de una conciencia que se yergue airada arrojándome al rostro la responsabilidad de actos inconscientes. Hay un episodio en mi juventud que no consigo apartar de mi mente, que turba mis oraciones, que entristece mis horas.

En una ocasión mi tribu iba de marcha. Guiados por la ambición, caminábamos en busca de otra tribu para pelear con ella. Un torrente detuvo nuestros pasos, y en la estada forzosa que hubimos de hacer para vadearlo, se concluyeron las provisiones, sin que hubiera posibilidad de reponerlas en aquel sitio falto de vegetación, y, por consiguiente, de caza. Llegada el hambre, hicimos lo que hacen hasta los europeos en caso análogo: sorteamos para ver quién se había de sacrificar por el bien de los otros. La suerte designó á dos mujeres, y una vez decidido este punto, lo demás no tenía importancia entre caníbales. Nos comimos á aquellas dos infelices, y proseguimos nuestro camino sin volvernos á ocupar de tal incidente.

Por entonces nada turbó mi tranquilidad ni mi digestión; pero desde que soy sacerdote, desde que tengo conciencia y pensamientos de hombre culto, no puedo desechar el horror de aquella escena. Una de las mujeres del festín era mi hermana, y su carne produce en la mía crispaduras dolorosas, turbando su recuerdo todos los momentos de mi vida. Sé que no soy culpable, y sin embargo ni la razón ni la filosofía me hacen sobreponerme á esta idea.

¡La civilización es una cosa muy hermosa que hace infelices á los hombres y acibara su existencia!

Esta es, amigos míos—terminó Benjamín,—la historia del cura negro. Vosotros me diréis si no es asombrosa y si no merece que se piense en ella.

Yo comprendo muy bien que aquel desgraciado sufra á veces la nostalgia de sus bosques y de su pasada incultura, porque el hombre es tanto más infeliz cuanto más se separa de la bestia.

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

MANUEL DE CASTRO Y TIEDRA

LOS DOS TESOROS

(En el abanico de Paquita Arráiz)

Si quieres ser dichosa,
niña inocente,
guarda los dos tesoros
de más provecho:
¡la señal del cristiano
sobre tu frente!
¡el amor de tus padres
dentro del pecho!

Como la fe divina,
no hay dulce calma;
como el filial cariño,
no hay sol radiante;
¡la esperanza en la gloria,
siempre en el alma!
¡los que vida te dieron,
siempre delante



Sin temor al peligro,
sigue creciendo;
con esos dos tesoros,
vive jugando.
¡Allá arriba, una estrella
siempre luciendo!
¡Aquí abajo, un cariño
siempre velando!

Desprecia de este mundo
las asechanzas;
desoye las lisonjas
del amor niño.
¡Coloca en lo más alto
tus esperanzas,
y condensa en tus padres
todo el cariño!

¡Quiera Dios que los veas
morir de viejos
y heredes sus virtudes
digna y ufana!
¡Quiera Dios que no olvides
estos consejos
y que al cerrar tus ojos
mueras cristiana!

Por el mar de la vida,
boga que boga,
las playas de la muerte
busco llorando;
¡pero aunque en mi garganta
la voz se ahoga,
en viendo un angelito,
ya estoy cantando!

Alegre en tu barquilla
color de rosa,
no anides en tu alma
la negra duda;
¡cruza el mar y no olvides,
niña preciosa,
al «viejo marinero»
que te saluda!

Guarda siempre estos versos
que te dedico.
No los pierdas, si quieres
vivir en calma;
y si los borra el aire
de tu abanico,
guarda, niña, una copia
dentro del alma.

José JACKSON VEYAN

DIBUJO DE E. ESTEVAN



EL FIGURÍN DEL DÍA

TRAJE PARA GARDEN-PARTY. Modelo de la casa Laferrière, de París.
Es de linón «beige champagne». Entredós de encaje de Irlanda en la falda y volante de lo mismo en el cuerpo.
En el delantero de la falda, moños ó «choux» de raso champagne. Sombrero negro.

FOT. REUTLINGER



«BLANCO Y NEGRO» PARA CELEBRAR EL DÉCIMOTERCERO ANIVERSARIO DE SU PUBLICACIÓN, DEDICA ESTE NÚMERO A HACER UN BREVE RESUMEN DE LOS PROGRESOS Y ADELANTOS DE LA PRENSA ESPAÑOLA DESDE SUS COMIENZOS HASTA EL DÍA DE HOY.

Año 14. Madrid, 14 Mayo 1904. N.º 680

LA PRENSA POLÍTICA


(156

Numero I.

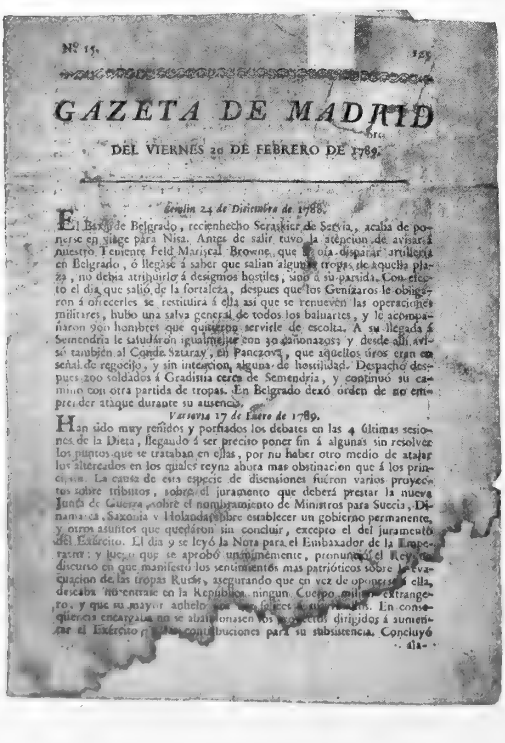
RELACION:

O GAZETA DE ALGVNOS CASOS particulares, assi Politicos, como Militares, sucedidos en la mayor parte del Mundo, hasta fin de Diziembre, de 1660.

SVPVESTO que en las mas populosas Ciudades de la Italia, Flãdes, Francia, y Alemania se imprimen cada semana (demas de las Relaciones de sucessos particulares) otras con titulo de Gazetas, en que se dà noticia de las cosas mas notables, assi Politicas, como Militares, que han sucedido en la mayor parte del Orbe: serà razon, que se introduzga este genero de impressiones, ya que no cada semana, por lo menos cada mes; para que los curiosos tengan auiso de dichos sucessos, y no carezcan los Españoles, de las noticias de que abundan

Nació el periodismo político con la libertad de imprenta en las Cortes de Cádiz; fué milicia hasta la muerte de Fernando VII; sacerdocio hasta la Restauración; profesión, luego; ahora, oficio... Se democratiza, porque vive con su edad, porque ha de estar siempre al día, pero también tiene sus pergaminos y su sangre azul. Su progenie ilustre hay que buscarla, mediado el siglo XVII, en la *Relación ó gazeta de algunos casos particulares*, etc., que á sus pocos años recibe amparo del Rey y gasta en su cabecera corona real. Parientes suyos son también los manuscritos clandestinos contra los príncipes y los validos, las relaciones de sucesos y romances de germanía, los epigramas murmurados de oído en oído, y así desde el marqués de Villena y Quevedo hasta el último coplero y romancista, pueden ser y son abuelos y precursores de *reporters* ó reporteres y articulistas de fondo contemporáneos.

Su nacimiento en España no puede ser más regocijado y solemne, ni su cuna más gloriosa: la nación en guerra; las Cortes reunidas; la Constitución á punto de ser proclamada. Con la libertad de imprenta nacen en la Isla de León y en Cádiz cerca de veinte periódicos: Quintana y Antillón publican *El Semanario Patriótico* (que había sido antes en Madrid y Sevilla revista literaria y científica); Capmany, *La Gaceta de la Regencia*; Daza, *El Redactor general*; Gallardo y Mexía Lequerica, *La Abeja Española;* el marqués de Panés, *El Procurador general de la Nación y del Rey;* una bravía mujer, María del Carmen Silva, *El Robespierre Español;* Sánchez Barbero, árcade de Roma, *El Conciso y Concisín*, etc. Los más preclaros varones, los más sesudos diputados, los militares invictos, los frailes virtuosos, llenan aquellas redacciones; escribe Arriaza contra el canónigo Morales, Reinoso contra el general Castaños, Capmany contra Quintana, Martínez de la Rosa contra Reinoso, y hasta el conde de Montijo entra en aquel alborotado rasguear de plumas airadas con su *Manifiesto de lo que no he hecho*...


Nº 15. 125

GAZETA DE MADRID

DEL VIERNES 20 DE FEBRERO DE 1789.

Semlin 24 de Diciembre de 1788.

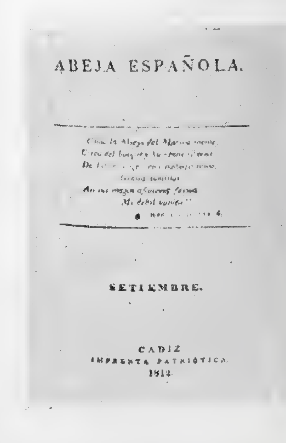
El Baxá de Belgrado, recienhecho Seraskier de Servia, acaba de ponerse en viage para Nisa. Antes de salir tuvo la atencion de avisar á nuestro Teniente Feld Mariscal Browne, que si oía disparar artillería en Belgrado, ó llegase á saber que salian algunas tropas de aquella plaza, no debia atribuirlo á designios hostiles, sino á su partida. Con efecto el dia que salió de la fortaleza, despues que los Genízaros le obligáron á ofrecerles se restituirá á ella así que se renueven las operaciones militares, hubo una salva general de todos los baluartes, y le acompañáron 900 hombres que quisiéron servirle de escolta. A su llegada á Semendria le saludáron igualmente con 30 cañonazos; y desde allí avisó tambien al Conde Sztaray, en Panczova, que aquellos tiros eran en señal de regocijo, y sin intencion alguna de hostilidad. Despachó despues 200 soldados á Gradistia cerca de Semendria, y continuó su camino con otra partida de tropas. En Belgrado dexó órden de no emprender ataque durante su ausencia.

Varsovia 17 de Enero de 1789.

Han sido muy reñidos y porfiados los debates en las 4 últimas sesiones de la Dieta, llegando á ser preciso poner fin á algunas sin resolver los puntos que se trataban en ellas, por no haber otro medio de atajar los altercados en los quales reyna ahora mas obstinacion que á los principios. La causa de esta especie de disensiones fuéron varios proyectos sobre tributos, sobre el juramento que deberá prestar la nueva Junta de Guerra, sobre el nombramiento de Ministros para Suecia, Dinamarca, Saxonia y Holanda, sobre establecer un gobierno permanente, y otros asuntos que quedáron sin concluir, excepto el del juramento del Exército. El dia 9 se leyó la Nota para el Embaxador de la Emperatriz: y luego que se aprobó unánimemente, pronunció el Rey un discurso en que manifestó los sentimientos mas patrióticos sobre la evacuacion de las tropas Rusas, asegurando que en vez de oponerse á ella, deseaba no entrase en la República ningun Cuerpo militar extrangero, y que su mayor anhelo [illegible]. En conseqüencia encargaba no se abandonasen los proyectos dirigidos á aumentar el Exército [illegible] contribuciones para su subsistencia. Concluyó

ala-

Los afrancesados y los absolutistas abominan de la libertad de imprenta, pero la utilizan. El infame Estala publica su *Imparcial*, defensor de Pepe Botella, y en Valencia aparece *Lucindo*, que pide á Fernando restablezca la Inquisición y no deje cabeza liberal en su sitio, y el padre Alvarado escribe sus famosas *Cartas*, y el buen mercenario fray Manuel Martínez y fray Agustín de Castro y el capellán Sinueva preparan con su *Atalaya de la Mancha* las venganzas crueles del absolutismo.


ABEJA ESPAÑOLA.

[illegible]

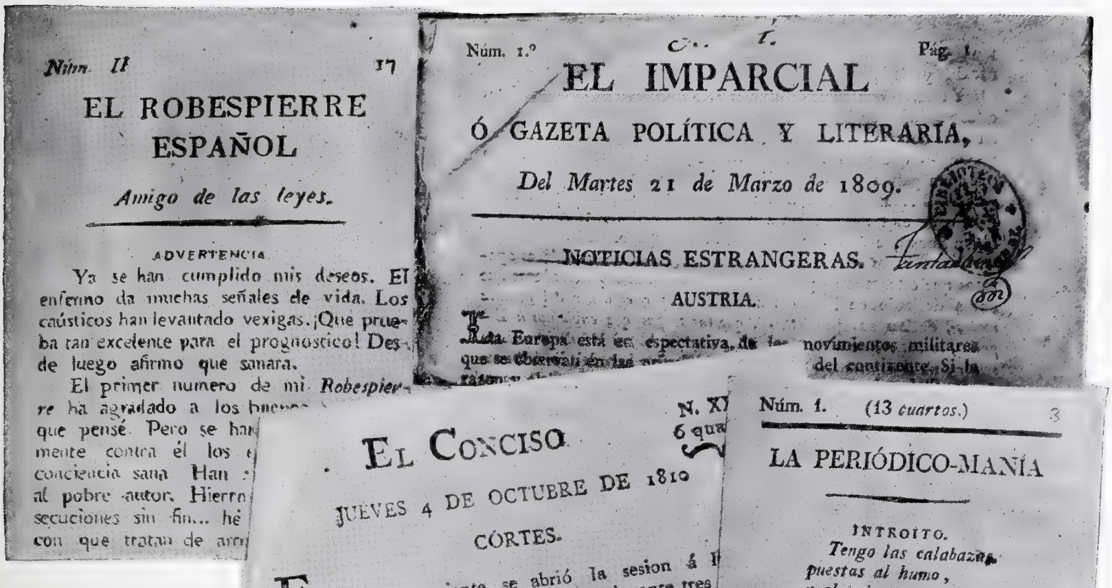
SETIEMBRE.

CADIZ

IMPRENTA PATRIÓTICA.

1812.

Desde entonces la historia del periodismo es la historia del siglo XIX. Res-



Núm. II 17

EL ROBESPIERRE ESPAÑOL

Amigo de las leyes.

ADVERTENCIA

Ya se han cumplido mis deseos. El enfermo da muchas señales de vida. Los cáusticos han levantado vexigas. ¡Que prueba tan excelente para el prognostico! Desde luego afirmo que sanara.

El primer numero de mi *Robespierre* ha agradado a los bue... que pensé. Pero se han... mente contra él los... conciencia sana. Han... al pobre autor. Hierro... secuciones sin fin... hé... con que tratan de arr...

Núm. 1.° Pág. 1

EL IMPARCIAL

Ó GAZETA POLÍTICA Y LITERARIA,

Del Martes 21 de Marzo de 1809.

NOTICIAS ESTRANGERAS.

AUSTRIA.

La Europa está en espectativa de los movimientos militares que se observan en las... del continente. Si la...



N. XI

EL CONCISO

JUEVES 4 DE OCTUBRE DE 1810

CÓRTES.

El 1.° del corriente se abrió la sesion á las... y media de la mañana: fué secreta durante tres... de hora, y despues se dió entrada al público. La primera discusion fué sobre „si se debe... no todo anónimo." Despues de varios debates... tomó la palabra y expuso brevemente quanto... este punto. Quando los anó... nerse p... xo) so...

Núm. 1. (13 cuartos.) 3

LA PERIÓDICO-MANÍA

INTROITO.

Tengo las calabazas
puestas al humo,
y al primero que llegue
se las emplumo.

Los editores se proponen en este papel dar una idea de todos los periódicos que se han publicado desde que se fijó la lápida cuadrilonga; y los que se publicarán, si Dios no ...e de su mano á tantos escritores ...eles, que como no han visto nun... ...n letras de molde sus produccio... ..., creen que hacen algo de pro... ...10: no se cansan en escribir; pe... ...a se cansarán de aflojar dinero los impresores, y se desengaña... de que es una gran sim... mal y...

6 marlos.

EL RESTAURADOR.

MARTES 1.° DE JULIO DE 1823.

NOTICIAS ESTRANGERAS.

Lóndres 13 de junio. La dilacion del Lord Canciller en las decisiones de la Cancillería ha excitado...

ECO DEL COMERCIO.

Reales órdenes.

Num. 229.

LA ESTAFETA.

SABADO 1.° DE JULIO DE 1837.

NOTICIAS OFICIALES.

Decretos.

tablecido en su poder absoluto Fernando VII, se refugia en Londres, en Bayona y en Lisboa con los emigrados afrancesados y liberales, y de esta época son estas dos joyas de nuestra literatura periodística: *Ocios de emigrados españoles* y *El Portugués*, donde publicó Gallardo su sátira contra el Rey, *El Gabán Verde*, y donde escribieron los insignes Joaquín Lorenzo Villanueva y su hermano Jaime, el canónigo Bernabeu, el conde de Toreno, el poeta Beña.

Con la muerte de Fernando VII acaba la edad caballeresca del periodismo; los soldados que peleaban se convierten en misioneros que predican y que comienzan á vivir del pie de altar. Había concluído la *década ominosa;* Calomarde buscaba refugio en el Extranjero, y la evolución del periodismo iniciada en los tres años de Constitución (1820-1823) se consuma. Ahora los periodistas se llaman Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos, Olózaga, Pastor Díaz, Espronceda, Ventura de la Vega, Ros de Olano, Fermín Caballero, duque de Frías, Corradi, Joaquín María López, Javier de Burgos, San Miguel, Alcalá Galiano, Duque de Rivas, Bravo Murillo, Donoso Cortés, Ríos Rosas, García Gutiérrez, Borrego, González Brabo y Larra... Larra sobre todo y sobre todos.

En 1836 aparece el primer periódico de noticias, *La Estafeta*, que por el título de una de sus secciones, *Gacetillas*, dió nombre al gacetillero, padre del noticiero y abuelo del *reporter*.

Más adelante vienen al periodismo Ignacio Escobar, Estévanez Calderón, Modesto Lafuente, que hace populares á *Fray Gerundio* y *Tirabeque*; Campoamor, Tassara, Sartorius, Gil y Zárate, Aribau, Príncipe, Santa Ana, Antonio Flores, Cos-Gayón, Martínez Villergas, el filósofo Balmes, Ayguals de Izco, Calvo Asensio, Hartzenbusch, Ruiz Aguilera, Pidal, Fernando Garrido, Sixto Cámara, Rivero, Núñez de Arce, Cánovas, Alarcón, López de Ayala, Pérez Galdós y



otros cientos y acaso miles que conquistaron pasajera nombradía y que no llegaron á ministros.

De motín en asonada, de pronunciamiento en sublevación, estas plumas mantienen una diaria propaganda de ideas y una lucha encarnizada de odios y ambiciones personales, empujando el trono de Isabel II hacia la Revolución. Las redacciones eran templo y club á un tiempo mismo; de ellas se salía para la cárcel ó para el ministerio. En *El Eco del Comercio*, de Fermín Caballero, está el origen de la caída de Espartero; en el *Heraldo*, de Sartorius, comienza el destronamiento de Isabel II, á puro defenderla.

Luego viene la época heroica en que los sacerdotes de pluma y de cuartilla visten la cota y embrazan el escudo, y se lanzan á los desaforados combates de 1869 á 1875, volviendo á ser soldados y guerrilleros.

La Revolución trae al periodismo nueva avalancha de talentos apasionados, de jóvenes ambiciosos. *El Amigo del Pueblo* inicia, con las violencias del *ciudadano* Paul y Angulo, aquella era gloriosa, y le siguen *El Puente de Alcolea*, *La Igualdad*, donde se encuentran Benot, Andrés Mellado, Fernando Garrido, José María Orense, Estanislao Figueras, Ramón Cala; *La Voz del Siglo*, que escriben Azcárate, Luis Vidart y Silvela; *La República Ibérica*, *La Propaganda*, con Melchor Almagro y Alfredo Calderón, y *El Globo*, fundado por Castelar, y *El Contemporáneo*, por José Luis Albareda, y *Los Debates*, en cuya redacción vaga con sus rimas el adorable Becquer...

Y aquí, en 1875, el sacerdocio se trueca en profesión; aun en los periódicos republicanos *La República* y el famoso *Progreso*, de Solís, escuela de plumas magistrales, donde comienzan Julio Burell, Comenge, Malagarriga y Angel Luque, tienen los redactores más fe en el sueldo que en el triunfo de la idea. Y luego, pasado el primer quinquenio canovista, la transformación se consolida; las empresas nacen; los periódicos netamente políticos, confesados en una bandería, advierten que el público los abandona y olvida; *El Globo* y *El Diario Español*, que aún viven, quedan rezagados, y *La Correspondencia de España* y *El Imparcial*, anteriores á la Restauración, y *El Liberal*, recién nacido, compran rotativas, gastan miles de duros en telegramas... Una noticia *que se escapa*, produce un terremoto en la redacción. A ningún redactor se le exige profesión de fe.

Así, antaño, el éxito del periódico estaba en la idea que defendiera; hoy, en el dinero que gaste. El *Heraldo* y el *Diario Universal* han acelerado la industrialización del periodismo. E industrializado el periódico, los caballeros andantes de 1812 y 1834, los misioneros y predicadores de 1860 á 1880, nos vemos trocados en jornaleros que ponemos precio á nuestro trabajo sin otra esperanza de encumbramiento. De los gaceteros, gacetilleros, diaristas y periodiquistas *panza al trote* de que hablara el sin par Bartolomé José Gallardo, no queda nada.

Si Fernando Garrido, que en 1850 fundó *El Eco de la Juventud*, primer órgano socialista, resucitara, se regocijaría viendo que los jornaleros de la pluma nos disponemos en Madrid á emprender la lucha de clases.

DIONISIO PÉREZ

La Prensa satírica



I

ALBOROTADA andaba la corte de España en los primeros días del mes que ponía término al año de gracia de 1735.

Ministros, cortesanos, magnates, empleados, militares, eclesiásticos.... mostraban extraña agitación y desusada inquietud, como si algún suceso extraordinario preocupara á todos.

Los enemigos mirábanse con mayor recelo y enojo; los amigos cuchicheaban comunicándose sus impresiones, y alguno, con mal disimulado aire de satisfacción, aunque con extremada cautela, mostraba á sus íntimos reservadamente un papel manuscrito de que pronto se sacaban numerosas copias, que rápidamente circulaban y eran copiadas por otros con no menores cuidados y precauciones. Como piedras lanzadas en un estanque, aquellos papelitos iban formando sendos círculos cada vez más extensos de comentarios y de murmuraciones, hasta que, al poco tiempo, en Madrid no

EL BUÑUELO

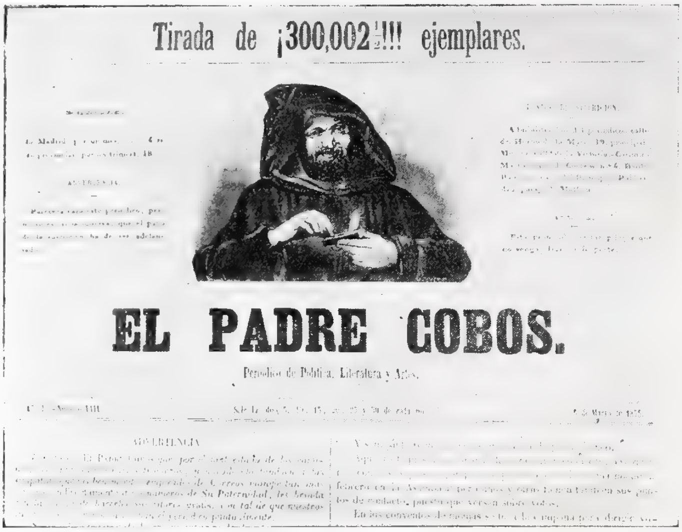


EL PODER Ó LA VIDA

LA BROMA



EL NAUFRAGIO



Tirada de ¡300,002½!!! ejemplares.

EL PADRE COBOS.

Periódico de Política, Literatura y Artes.

se hablaba de otra cosa. Tratábase de un papel satírico y anónimo en que se censuraba despiadadamente á los gobernantes de entonces, y con particularidad al insigne ministro D. José Patiño, en versos más intencionados que correctos y con mordacidad, gracia y desenfado.

El papel comenzaba con este encabezamiento:

EL DUENDE

Jueves 8 de Diciembre de 1735.

Y seguía una «Introducción», cuyos primeros versos dicen de este modo:

> «Yo soy en la Corte
> un crítico Duende
> que todos me miran
> y nadie me entiende.
> Cuando meto ruido
> en el Gabinete,
> asusto á Patiño
> y enfado á los Reyes...

Cada ocho días un nuevo papelito semejante al primero, con nuevas sátiras cada vez más punzantes y atrevidas, daba motivo á que se repitiesen la agitación, las inquietudes y las murmuraciones, y ya los ministros hicieron cuestión de Estado dar con la persona del misterioso *Duende*, que llevaba su osadía al extremo de introducir aquellos papeles, valiéndose de incomprensibles y secretos medios, no sólo en los bolsillos del propio ministro, sino hasta en la Cámara del mismo rey D. Felipe V.

La mundana política de los frailes, según un escritor de la época, facilitó al Gobierno la captura del *Duende*, que no habían logrado en año y medio los más sagaces y mejor estimulados polizontes. Preso por motivos políticos el general de la Orden de Carmelitas Descalzos fray Pablo de la Concepción, que murió «sin saberse cómo», encerrado en la Alhambra de Granada, el nuevo general, fray José del Espíritu Santo, por bienquistarse con el Gobierno, hizo que éste diera fácilmente con el verdadero *Duende*, autor de las celebradas sátiras.

Era un fraile de aquella religión, portugués, que antes había sido oficial de dragones, llamado en el siglo D. Manuel Freyre de Silva y en el claustro fray Manuel de San José, que, ofendido con el ilustre Patiño, había querido vengarse de aquel modo, contando con poderosos protectores, que después le sirvieron cuando realizó su evasión, por lo atrevida y misteriosa, digna de quien había tomado el nombre de *Duende* (1). Así comenzó en España el periodismo satírico-político.

II

Materia abundante, no para un artículo, para un libro daría la historia del periodismo político-satírico en España, y aun la sencilla enumeración de títulos bastaría para ocupar muchas páginas.

El primer periódico de esta índole que verdaderamente llamó la atención y produjo grandes escándalos durante la época constitucional del 20 al 23, fué *El Zurriago*, que redactaban D. Felix Mejía y D. Benigno Morales, cuya insolencia y procacidad podrían servir de modelos, si no hubiera venido más tarde el famoso *Guirigay*, en que González Brabo, con el seudónimo de *Ibrahim Clarete*, atacó á las personas reales y á los ministros con aquella misma saña, pasión y virulencia que después demostró contra los liberales y contra el pueblo cuando logró apoderarse del poder, y condujo á la monarquia dando tumbos por los peligrosos caminos de la reacción al despeñadero en que la precipitó, en Septiembre de 1868.

El Guirigay, que comenzó á publicarse en 1.º de Enero de 1839, llegó á decir por la pluma del prototipo de los conservadores y de los hombres de orden, celosos defensores del altar y del trono, cosas como éstas, que hoy parecerían extremadas en manifiestos anarquistas ó en publicaciones libertarias:

—«¡Y aquí de Dios que matan á un ministro!—Hombre, ¿y por qué?—Por ser él quien es, con propósito de confesión y enmienda.—¿Matar á un ministro? Es casi tanto como poner el dedo en la llaga. —Matar á un ministro legalmente, en el garrote, v. gr., es el bello ideal de la justicia humana.»

.....................................

.....................................

Contraste notable con esas publicaciones formó el celebérrimo *Fray Gerundio*, que salió primero en la ciudad de León—Abril de 1837,—trasladó sus reales á Madrid al año siguiente—Marzo de 1838,—y llegó á conseguir por la gracia de su es-



LOS DESCAMISADOS.

ORGANO DE LAS ULTIMAS CAPAS SOCIALES.

(1) Quien desee más pormenores puede ver *Historia de la vida, prisión y fuga de ella, de D. Manuel Freyre de Silva, en el siglo, y fray Manuel de San José en su religión*, etc.—Madrid, 1788.—*Patiño y Campillo*, reseña histórico biográfica, por D. Antonio Rodríguez Villa.—Madrid, 1882, y la edición de *El Duende* que se publicó con algunos grabados.—Madrid, 1844.



COMO AYER Á LA CAMPAL,
HOY LLEVAN MANSOS Y CIEGOS

Á LA LUCHA ELECTORAL
LOS CURAS Á SUS BORREGOS

tilo, por la cultura de su sátira, por la corrección de su lenguaje, fama y provecho extraordinarios. Las agudas sentencias de Fr. Gerundio, las maliciosas simplezas y chistosas socarronerías de su lego Tirabeque, recordaban en cierto modo á Don Quijote y á Sancho, y el público se solazaba grandemente con las «capilladas», de que era único redactor D. Modesto Lafuente, el sabio escritor que algún tiempo después, con su *Historia de España*, había de adquirir más sólido renombre.

Fray Gerundio acabó á mano airada su vida periodística. Tirabeque se permitió llamar á Prim—que entonces era coronel—el coronel Prim ó *Pringue;* molestóse éste por el pringoso mote, y vapuleó al periodista, que no tuvo valor snficiente para acudir al terreno de las armas; y como si por ello *Fray Gerundio* hubiera perdido de pronto toda su gracia, todo su ingenio, todos sus méritos, antes tan celebrados, el público le volvió resueltamente la espalda, y el periódico sucumbió víctima del abandono y del menosprecio.

Los censores más airados contra la barbarie del duelo, condenado por las leyes y por la religión, fueron los que más despiadadamente se burlaron del escritor pusilánime y más contribuyeron á la ruina y muerte de *Fray Gerundio.*

Entre los numerosos periódicos politico-satíricos que desde esa época hasta la revolución de 1854 salieron en Madrid, apenas queda memoria más que de aquellos que dirigió ó en que colaboró D. Juan Martínez Villergas, como *El Dómine Lucas* y *El Tío Camorra*, y algún otro como *El Murciélago*, periódico nocturno, defensor de la unión liberal y precursor de la revolución, en que escribieron unidos los señores González Brabo y Cánovas del Castillo.

El bienio liberal fué fecundo en periódicos de este género, pero entre ellos sólo descollaron *El Látigo*, liberal, en que hizo «sus primeras armas» el ilustre D. Pedro A. de Alarcón, y muy principalmente *El Padre Cobos*, reaccionario, en que colaboraban ingeniosos escritores que habían de combatir algunos años después en los más opuestos campos, como Navarro Villoslada, Selgas y D. Adelardo López de Ayala.

Las «indirectas» de *El Padre Cobos* se hicieron famosas por su intención y por su agudeza.

Véanse algunas:

«Apropósito de responsabilidades, dijo ayer:
El Sr. O'Donnell.—Nosotros tomamos sobre *sí.*



EN LA CERVECERÍA DE VIGO

El camarero.—¿Va usted á tomar algo?
El alemán.—Todavía no; ahora sólo vengo por las cartas.



»Este sí tiene tres bemoles; pero es un sí natural en el ministro de la Guerra.»

«El partido progresista podrá haber desempeñado muchos papeles, pero el que no desempeñará nunca es el papel de la Deuda.»

III

Desde que concluyó su vida *El Padre Cobos*—Junio de 1856,—hasta que vino al mundo periodístico *Gil Blas*—Noviembre de 1864,—la prensa político-satírica no tuvo publicaciones muy notables. Por sus particulares circunstancias pueden citarse *El Contra-murciélago*, periódico clandestino, del que salieron en 1858 unos catorce números, del cual, según Hartzenbusch, «sólo se tiraban cien ejemplares de cada número, introduciéndoles despues secretamente en las casas de ciertos personajes y aun en Palacio», y *Doña Manuela*, de que sólo se publicó el primer número, porque bastó su título, que era el nombre de la esposa del general O'Donnell, para que los amigos de éste se indignaran contra los redactores, que milagrosamente pudieron librarse de sus iras. *El Cócora*, *Jeremías* y algún otro tuvieron vida efímera y escasa importancia, aun siendo escritos por literatos excelentes como D. Antonio María Segovia y D. Juan Martíuez Villergas.

Gil Blas marcó una nueva época en el periodismo satírico-político. El ingenio y la gracia de Luis Rivera, de Eusebio Blasco, de Manuel del Palacio, de Roberto Robert, de Federico Balart, ayudados eficazmente por caricaturistas de tanto mérito como Ortego y Perea, conquistaron el favor del público, á quien cada día se iba haciendo más insoportable el imperio de la reacción. *Gil Blas* hizo con sus sátiras y con sus caricaturas propaganda más eficaz que cuantos declamaban contra la tiranía como graves apóstoles de la revolución. Triunfó ésta, y *Gil Blas* siguió viviendo y disfrutando de su popularidad hasta algunos años después. Hasta entonces, ningún periódico de esa índole había logrado vida tan larga y auge tan duradero. *El Cascabel*, que dirigió Frontaura, compartió durante algún tiempo con *Gil Blas* el favor popular, aunque su carácter era distinto y su carácter generalmente fué más literario que político.

Desde la revolución de 1868 hasta la Restauración, los periódicos político-satíricos que con más ó menos fortuna se publicaron, son innumerables. Todos los partidos políticos, desde el más reaccionario al más demagógico, han procurado tener su representación en ese palenque, convencidos de que no hay armas tan terribles y poderosas como las de la sátira y el ridículo. Bastará recordar algunos títulos para no hacer interminables estos apuntes: *La Gorda*, *La Flaca*, *Don Quijote*. *El Fraile*, *El Cencerro*, *El Buzón del Pueblo*, *El Papelito*, *El Bufón de la Corte*, *Juan Palomo*, *El Coplero de la Villa*, *Los Descamisados*.

No contuvo la Restauración este crecimiento de la prensa satírica, y buena prueba de ello han sido, omitiendo forzosamente muchos títulos que á la memoria acuden, *La Filoxera*, *El Buñuelo*, *La Broma*, *La Viña*, *El Cabecilla*, *Los Ratas*, *Madrid Político*, *Don Quijote*, *El Motín*, *El Coco*, *El Acabóse*, *El Censor*, y para poner punto —que ya va siendo tiempo,—nuestro queridísimo *Gedeón*, flor y nata del periodismo satírico-político, que á pesar de sus años, pues ya á estas fechas ha superado al que alcanzó vida más larga, conserva todavía la frescura, lozanía y vigor de sus primeros años.

En estos últimos tiempos, las láminas en color han dado aspecto más pintoresco á los periódicos satíricos. Creo que fué *El Buñuelo* el que inició la moda de sacar *los monos* en colores.

Desde entonces acá se han hecho en ese punto verdaderos progresos en la prensa satírica, aunque ésta, en cuestión de colores, nunca olvida que su verdadera misión es la de sacarlos al rostro de los malos gobernantes.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ



ROMPE-CABEZAS



¿Dónde está el dinero?

PERIODISTAS ILUSTRES



MESONERO ROMANOS.



LA FUENTE

MESONERO ROMANOS

El insigne cronista de Madrid, el ilustre autor del *Panorama Matritense,* el nunca bastante celebrado *Curioso Parlante,* merece mención honrosa entre los periodistas ilustres del pasado siglo, por haber fundado el *Semanario Pintoresco Español,* que vió la luz pública en 1836, alcanzando larga vida y ejerciendo, como dice muy bien D. Juan Valera, benéfico influjo en la cultura española, no sólo literaria, sino también artística y arqueológica.

Fué admirable pintor de costumbres, poeta fácil y ameno, crítico de buen juicio y erudición, como lo prueban sus trabajos de dramáticos contemporáneos de Lope de Vega, y posteriores á Lope de Vega, en la Biblioteca de Rivadeneyra, y demostró que su espíritu no envejecía, escribiendo en edad avanzada sus preciosas *Memorias de un setentón.*

DON MODESTO LAFUENTE

En Marzo de 1837 se comenzó á publicar en León un periódico semanal, de carácter festivo y satírico, espíritu liberal y tendencia reformadora de abusos y corruptelas, que se titulaba *Fray Gerundio.*

La forma eran unas Charlas donosísimas entre Fray Gerundio y el lego Tirabeque. El éxito fué muy grande, y animó á su fundador y único redactor á trasladarse de León á Madrid, donde continuó en escala ascendente el éxito. *Fray Gerundio* era D. Modesto Lafuente y Zomolloa, hijo de un médico de Cervera de Pisuerga, que tuvo este vástago ilustre en 1.º de Mayo de 1806.

Fray Gerundio fué el periódico de más circulación de España; no había rincón de la Península adonde no llegasen las dos «capilladas» que publicaba por semana, ejerciendo una poderosa influencia en la opinión por la manera como vulgarizaba las más graves cuestiones y por su habilidad para identificarse con el sentimiento del público, empleando un lenguaje que llegaba á todas las inteligencias y á todos los corazones.



F. de los RIOS



SANTA ANA

DON ANGEL FERNÁNDEZ DE LOS RIOS

Fué uno de los liberales más entusiastas y uno de los progresistas más decididos de aquella generación de luchadores infatigables contra la reacción que batalló en el reinado de Isabel II.

En el progreso periodístico de España le corresponde un puesto muy honroso por haber fundado *Las Novedades,* periódico de grandes iniciativas, que cuidó especialmente de los sucesos y del folletín, siendo superior en información á los que le precedieron.

Para el folletín eligió Fernández de los Ríos las novelas más interesantes y sensacionales que aparecían en Francia, muchas de las cuales tradujo él mismo, especialmente las de Lamartine y Eugenio Sué, y las publicaba en forma encuadernable y con grabados, novedad que fué muy del gusto de las señoras. Se puede asegurar que no hubo por aquel tiempo ninguna casa de la clase media que no tuviera *Las Novedades,* que ofrecía lectura para todos los gustos.

Trabajó con Calvo Asensio por el triunfo de la Revolución. Fundó *La Soberanía Nacional,* periódico de combate; sufrió muchas persecuciones, y fué noble y desinteresado el día del triunfo





DON MANUEL MARIA SANTA ANA

UNA de las figuras más simpáticas del mundo político y literario del pasado siglo fué la de este infatigable é inteligentísimo trabajador, que vino á Madrid desde Sevilla, donde había nacido en 1820, cuando se quedó huérfano y sin recursos, al cumplir los veinte años.

No traía más bagaje que algunas piececillas dramáticas que había compuesto, y emprendió con valor una ruda lucha por la existencia.

Fundó *El Diablo Cojuelo*, *El Nacional* y *La Gacetilla*, y batalló sin descanso hasta que encontró su verdadero camino con la *Hoja autógrafa*, redactada, escrita y hasta repartida por él mismo, que fueron el orígen de su gran periódico *La Correspondencia de España*, que llegó á alojar en uno de los mejores palacios de Madrid.

La Correspondencia comenzó á ser desde 1861 el periódico indispensable en todas las casas de Madrid, el que más circulaba por España y el que buscaban con predilección personas de todas las clases sociales. Y Santa Ana fué alma y vida de *La Correspondencia*, imprimiéndola su carácter y su personalidad.

DON IGNACIO JOSÉ ESCOBAR

ESTE eminente periodista, que obtuvo como justa recompensa de reconocidos méritos y de acrisoladas lealtades el título de marqués de Valdeiglesias, puede considerarse como periodista de nacimiento. Vino al mundo en Madrid el año 1822, y ya el 35 figuró en la redacción de *El Español*. Pero no era Escobar de los que se limitan á escribir; de actividad portentosa, de iniciativas fecundas, conocedor del corazón humano, sagaz y listísimo, era de los que crean, y sus cualidades de director, que ya se mostraron cuando en 1859 se puso al frente de *La Correspondencia de España*, se desarrollaron después en toda su plenitud cuando poco después se puso al frente de *La Epoca*, á la que dió su vida, su aliento, su alma, hasta el año 1887, en que descansó para siempre.

Cánovas del Castillo le consideró como auxiliar precioso para la Restauración y para la obra que después emprendió, y él reflejó en *La Epoca* las ideas, los sentimientos y las aspiraciones de las clases conservadoras de España.

DON EDUARDO GASSET

FUÉ el Benjamín de aquel grupo de jóvenes de talento que el acaso reunió en una casa de huéspedes de la calle de Valverde, y que se llamaron Cánovas del Castillo, Cristino Martos, Emilio Bravo y otros. Y, además del Benjamín, fué el *hacendista*, como cariñosamente le llamaban, porque más previsor que todos, era el único que solía tener dinero, y hasta se permitió el lujo de editar un *Almanaque*, que fué el primero de exquisito gusto literario que se publicó en España.

Muy joven todavía, dirigió por encargo de Fernández de los Ríos el *Semanario Pintoresco*, y algunos años después fundó *El Eco del País*; pero su fundación más importante fué la de *El Imparcial* en 1867.

En su juventud consagró sus escasos ocios á la poesía, y los poetas fueron siempre sus favoritos, como lo prueba la estrecha amistad que sostuvo con Luis Eguílaz y Ayala. Pero nunca dispuso de mucho tiempo para consagrarse á cosas ajenas, porque trabajó mucho. Fué de los pocos ministros que ha habido en España que comenzó su carrera por el cargo de escribiente, y desempeñó, paso á paso, todos los del escalafón administrativo.

DON ABELARDO DE CARLOS

HOMBRE de extraordinario gusto y de fecundas iniciativas fué este propagador de la Revista ilustrada, que nació en Cádiz el 3 de Noviembre de 1822 y murió en Madrid el 6 de Abril de 1884. Fundó en su ciudad natal *La Moda Elegante*, dando á esta publicación carácter de utilidad para las familias y de amenidad para toda clase de lectores.

Abelardo de Carlos se trasladó con sus trabajos editoriales desde Cádiz á Madrid, y al desaparecer el *Museo Universal*, la casa Gaspar y Roig fundó *La Ilustración Española y Americana*, extendiendo por ambos mundos el brillo de las letras españolas y llevando á todas partes los adelantos de la información gráfica.

Con sus dos notables publicaciones contribuyó mucho Abelardo de Carlos á la cultura nacional y favoreció á artistas y literatos, siendo uno de los editores que más se consagraron á dar á conocer las obras de Castelar y de Mesonero Romanos.



FERNANFLOR

FUÉ conocido y justamente celebrado Isidoro Fernández Flórez como escritor cultísimo y elegante, como maestro de las crónicas, como cincelador del lenguaje, como artista de la frase.

Se distinguió como hombre de mundo, como coleccionador de bellezas de pasados siglos, y entró por la puerta principal y con muchos méritos en la Academia Española. Pero lo que fué más principalmente aquel insigne periodista fué organizador, conocedor del público y de su tiempo, maestro admirable en el arte de dirigir.

Bien lo proclaman *Los lunes de El Imparcial* y, ante todo y sobre todo, *El Liberal* de Madrid y *Los Liberales* de provincias.

—¡Qué admirablemente escribe!—decían unos.

—¡Qué original es!—añadían otros.

Y los que le conocíamos á fondo decíamos:

—¡Qué ideas concibe y cómo las desarrolla! Ha nacido con mucho ingenio; pero casi más que ingenio, tiene dotes de mando y expedientes ejecutivos.

Murió el año 1902.

KASABAL



LA PRENSA ILUSTRADA

No parecerá excesiva presunción el que atribuyamos á la Prensa ilustrada influencia casi tan grande como la de la Prensa diaria en la cultura del público español.

La Prensa diaria podrá atribuirse con fundamento la educación política de los españoles, pero la verdad es que hasta hace muy poco tiempo los periódicos políticos (salvo contadas y honrosas excepciones) no han aspirado á la dirección intelectual científica y artística de sus lectores, sino más bien á sumar voluntades y aquistar convicciones para sus ideales de partido.

Hoy día, ya lo mismo la Prensa diaria que la ilustrada se han hecho cargo de su misión, al par informativa y educativa. En tal sentido, la obra es común; y la Prensa diaria la realiza con mayor extensión, pero la ilustrada, con mayor intensidad.

El primer ensayo de periódico ilustrado español no fué, como suele repetirse, el *Semanario Pintoresco*, sino *El Artista*, cuya publicación comenzaron el día 5 de Enero de 1835 en la famosa imprenta de Sancha un excelente escritor, el famoso D. Eugenio de Ochoa, y un excelentísimo artista, D. Federico de Madrazo. Era un periódico literario y de bellas artes que se publicó quince meses. Su colección, que es bastante rara, consta de tres tomos de 312, 310 y 160 páginas respectivamente.

El noble intento de Ochoa y Madrazo fracasó. Aquellos dos artistas apuntaban demasiado alto: el periódico resultaba superior á la cultura media del público. Era necesario que un hombre tan experimentado como Mesonero Romanos diese la pauta de este linaje de publicaciones, y así lo hizo imitando en forma y fondo el *Penny Magazine*, que pocos años antes había comenzado á publicarse en Londres, y el *Magasin pittoresque* de París. Y así nació el *Semanario Pintoresco Español* el día 3 de Abril de 1836, en la imprenta de Jordán. Duró la existencia de este interesantísimo semanario hasta el 20 de Diciembre de 1857, en que ya no pudo resistir la competencia con otros periódicos ilustrados más perfectos en su composición é ilustración.


Núm 5.

SEMANARIO PINTORESCO 35

El Alcazar de Segovia.

Pocas noticias especiales podemos dar de este magnífico alcázar, cuya historia es poco conocida en detalle, tal vez por hallarse al lado de otros objetos que por su mérito y utilidad han llamado casi exclusivamente la atencion de cuantos han escrito acerca de los monumentos de Segovia.—Es cosa muy singular; todos aquellos escritores consagran páginas y capítulos enteros á la descripcion del acueducto, de la catedral, de la casa de la moneda por ejemplo, y por lo que hace al alcazar, apenas se acuerdan de el; dicen que existe, que es antiguo, pero lo que es noticias históricas, descripciones artísticas de su fábrica... Dios las de.—Hay edificios que nacen con mala estrella como ciertas personas, y no siempre con motivo; en este caso se halla el Alcazar de Segovia.

Obra grandiosa, lleno de caracter y de severidad, aun no ha sido justamente apreciada, ni bien, ni medio bien descrita; Ponz no encuentra en ella de bueno mas que un patio á lo Vignola, don Diego de Colmenares, el historiador especial de Segovia, le nombra como hasta media docena de veces, y Dios guarde á V. muchos años; ni aun le cree digno de una descripcion superficial.—Y que mucho si era tan instruido el digno don Diego que atribuye con todo candor á Hercules Ejipcio la fundacion del famoso acueducto segoviano!—Así se han escrito muchas historias en España y fuera de ella!—

El Alcázar de Segovia debe pertenecer por el carácter general de su construccion á los siglos X ú XI, y no haber sido terminado entonces, ó haberse deteriorado bastante al cabo de poco tiempo, pues hay partes en el que evidentemente pertenecen á una epoca posterior, tales son la escalera principal y el patio mayor, que sin la menor duda son del siglo XVI ó acaso de principios del XVII. El segundo es obra del tiempo de Felipe II. Es una prueba irrefragable de la antigüedad de aquel monumento, el hecho que refieren varios historiadores de que en castigo de cierta blasfemia por el emitida, cayóle un rayo á don Alonso el Sabio, hallándose en el Alcazar de Segovia que es tambien donde se sospecha que escribió sus famosas tablas astronomicas.—Otra prueba evidente de la venerable antigüedad de este palacio, es el carácter de decoracion que aun en el dia conservan en el algunos salones; vense varios de estos, sobre todo en los espléndidos artesones de los techumbres, ricamente dominados de oro y colores vivísimos, gusto peculiar de la primera infancia del arte, en casi todos los pueblos cristianos, y que no pasó en España de los siglos XIV y XV.—Hállanse en un salon de este Alcázar, ademas de las estátuas de todos nuestros reyes de España desde don Fruela I hasta la reina doña Juana, la del Cid Campeador y la del celebre Fernan Gonzalez, primer Conde de Castilla.—

Seis inscripciones hay en el Alcázar, pero por ninguna de ellas puede venirse en conocimiento de la epoca fija en que fue construido.—Por la primera se sabe que *el muy alto e muy poderoso Ilustre Sennor el Rey Don Enrique el quarto mandó faser* el gabinete (*la Quadra*) que ahora se llama del Pabellon, que es una pieza cuadrada, adornada de una soberbia media naranja, dorada y tallada con sumo primor, *la cual se acabó de obrar en el anno* *17 de Abril 1836.*


SEGUNDA ÉPOCA. JUEVES 1 DE AGOSTO DE 1839 NÚMERO 31

EL PANORAMA.

TRAJES DE LOS SOLDADOS CHINOS.

Los tártaros mandchous conquistaron la China en el siglo XVII. Sus mejores tropas se comprenden en ocho alistamientos, bajo ocho banderas de diferentes colores. Las tropas indigenas tienen bandera verde. Hay tambien milicia local, que solo se emplea en el servicio interior de las poblaciones.

La mayor dignidad entre los militares es la del Tsiang-Kiun, ó sea el jeneral tartaro. Este empleo no puede ser conferido nunca á un chino.

Comprendida la milicia local, ascienden á setecientos mil hombres las fuerzas militares del imperio. La casi totalidad de los soldados ejerce tambien alguna profesion util.

La China, por su estremada cultura, y por su excelente administracion, es esencialmente pacifica. Su mayor poder consiste en sus medios de resistencia, y estos son incalculables, robusteciendose cada dia con el acierto de los que la gobiernan, con las preocupaciones del pueblo contra todos los demas del globo, y con el respeto unanime de los ciudadanos ácia las tradiciones, leyes y relijion del pais.

TOMO II. 5

La redacción del *Semanario Pintoresco* era brillantísima: D. Ramón de Mesonero Romanos, D. José de la Revilla, D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins; D. Eugenio de Ochoa, D. Joaquín Ezquerra y D. Clemente Díaz firmaban los artículos en prosa; los poetas eran D. Gregorio Romero Larrañaga y D. Salvador Bermúdez de Castro. Imperfectísimos los grabados en madera que adornaban algunas páginas, eran, sin embargo, originales de artistas españoles, y á monumentos, tipos y escenas españolas se referían. Seis años dirigió esta publicación Mesonero Romanos, á quien sucedieron en 1843-44 D. Gervasio Gironella; en 1846 D. Vicente Castelló para la parte artística, y para la literaria D. Francisco Navarro Villoslada y D. Angel Fernández de los Ríos, al insigne periodista á quien puede considerarse como el más inteligente y activo propulsor del progreso en la Prensa ilustrada del siglo XIX. El solo dirigió el *Semanario Pintoresco* desde 1847 hasta 1855, y en 1856 dejó la dirección á D. José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer; al erudito arqueólogo D. Manuel de Assas, y al ilustre fundador de *El Imparcial*, D. Eduardo Gasset y Artime.

El éxito del *Semanario Pintoresco* fué muy grande y, por consiguiente, trataron de imitarle otros periódicos (*España*


LA ILUSTRACION
PERIODICO UNIVERSAL.

Núm. 7. Tomo I. — SABADO 14 DE ABRIL DE 1849. Madrid

Historia de la Semana

Detencion del conde de Montemolin

literaria, *No me olvides*, *Museo artístico literario*, que redactaba D. Patricio de la Escosura). Distinto carácter tuvo *El Panorama*, publicado desde 1838 á 1841, y más semejante á los actuales *magazines* ingleses y norteamericanos por la variedad de asuntos que trataba, por sus pretensiones científicas, sus páginas de viajes, etc. Lo dirigió primero D. Manuel de las Heras; después, don Agustín Azcona.

Después de un desdichado ensayo de revista titulada nada menos que *Cervantes y Velázquez*, la cual falleció á los diecinueve números por falta de suscriptores, el incansable editor D. Francisco de P. Mellado comenzó la publicación del *Museo de las familias*, mensual, con grabados, que vivió desde 1843 hasta 1867, siendo dirigida veinte años por el conde de Fabraquer. *El Museo de las familias* era un verdadero centón de poco agradable lectura, no obstante lo cual su éxito fué grande.

Muchas revistas semanales y quincenales compitieron con las ya existentes desde 1843 á 1849 (*El Laberinto*, *El Omnibus*, *El Artista*, *La Semana* y otras varias de menos duración), pero á todas vino á echar por tierra *La Ilustración*, que fundó y dirigió Fernández de los Ríos desde el 3 de Marzo de 1849 al 6 de Julio de 1857.

Asociada *La Ilustración* por su director al magnífico diario *Las Novedades*, y con imprenta propia ambos periódicos, pudieron cultivar, dentro de las condiciones posibles entonces, la nota artística y la actualidad con tanto acierto como fortuna, contribuyendo grandemente á depurar el gusto público. En ambas publicaciones mostró Fernández de los Ríos su extraordinario talento para escoger y presentar al público todo cuanto pudiera interesarle. Siguiendo las huellas de la veterana *Illustration* francesa, no dejó de dar carácter nacional á la española, tanto en el texto como en los grabados.

Pero aún era menester dar un paso importantísimo, y le dieron los famosos editores Gaspar y Roig publicando el *Museo Universal*, verdadero modelo de periódicos ilustrados. Junto á los grabados que tomaba de las ilustraciones francesas é inglesas, publicaba el *Museo Universal* magníficos dibujos de Perea, Martín Rico, Ortego, etc., grabados por Capuz, Bernardo Rico y otros excelentes artistas españoles. En el *Museo Universal*, que se publicó desde el 15 de Enero de 1857 hasta el 28 de Noviembre de 1869, en que le sustituyó *La Ilustración Española y Americana*, escribieron Martínez Pedrosa, Navarro Villoslada, Pi y Margall, Fernández Cuesta, Puiggari, Martín Gamero, Ruiz Aguilera, Núñez de Arce, Carlos Rubio, Canalejas, Fernández y González y Pedro Antonio de Alarcón.


EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. — MADRID, DE MARZO DE 1857 — AÑO 1.

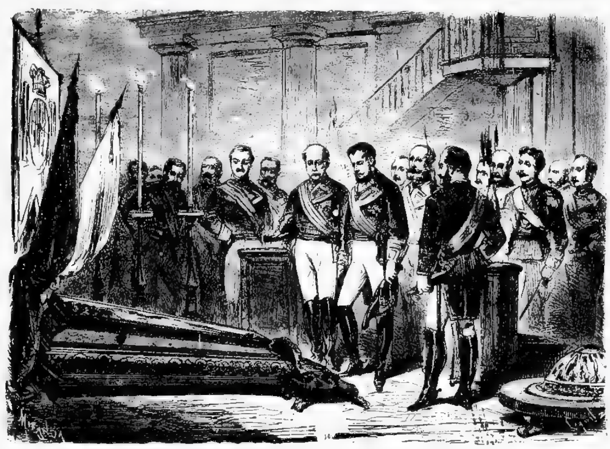
QUINTANA

La época de la Revolución marca una nueva y magnífica etapa en la historia del periodismo ilustrado español. Un tanto anticuado el *Museo Universal*, interviniendo activamente Fernández de los Ríos en la política revolucionaria, que le dió nuevas ocasiones en que mostrar su gran talento y su acendrado patriotismo, surgió un hombre de extraordinarias dotes, que no era literato ni artista, D. Abelardo de Carlos, quien supo crear un periódico ilustrado elegante, serio, progresivo, de gran valor artístico y literario, de singular influencia en la educación de los gustos públicos. *La Ilustración Española y Americana, museo universal, periódico de ciencias, artes, literatura, industria y conocimientos útiles*, que se comenzó á publicar el 25 de Diciembre de 1869 en casa de Gaspar y Roig, después en la imprenta de Fortanet y, por último, en la de Aribau y Compañía, sucesores de Rivadeneyra, donde sigue imprimiéndose.

La Ilustración Española y Americana, con sus dieciséis grandes páginas de texto y grabados, puede afirmarse que ha contribuído poderosamente á la cultura de la burguesía española, sabiendo alternar con gran acierto y con discreta medida la parte artística con la informativa, y el artículo de actualidad ó la crónica semanal con el cuento, la poesía y el trabajo de erudición sobrio y nada indigesto.

En *La Ilustración Española y Americana* hemos leído los más elocuentes artículos de política europea y americana que escribió el gran Castelar; las ingeniosas crónicas parisienses de Fernández de los Ríos; cuentos y artículos deliciosos de Pedro Antonio de Alarcón, de Trueba, de Castro y Serrano; los primeros trabajos de crítica y las clásicas poesías de Menéndez y Pelayo; las magistrales conversaciones literarias de D. Juan Valera; los curiosísimos esbozos de costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal; las siempre discretas crónicas de Fernanflor y de Fernández Bremón; las atinadísimas críticas teatrales de D. Manuel Cañete, y otras muchas obras literarias de gran valía.





MADRID.—VISITA DE S. M. EL REY A LA BASÍLICA DE ATOCHA.

En *La Ilustración Española y Americana* fueron dibujantes *de redacción* los más ilustres artistas españoles: Pradilla, Ferrant, Martín Rico. Nadie ha olvidado aquella sin igual colección de geniales apuntes que para *La Ilustración* dibujó el insigne José Luis Pellicer en la guerra civil y en la guerra turco-rusa. A *La Ilustración* se debe también el haber vulgarizado por medio de los excelentes grabados de Pannemaker, de Baude y de Brend'amour, los mejores cuadros de los modernos pintores extranjeros.

Después de *La Ilustración Española y Americana*, el periódico ilustrado español se ha convertido en una necesidad de todas las clases sociales. Siguiendo las huellas de aquella hermosa publicación, los grandes editores barceloneses han dado á luz, para hacer compañía á sus publicaciones de lujo, periódicos y revistas de tanto fuste como *La Ilustración Ibérica*, *La Ilustración Artística*, *Album-Salón é Hispania*. Artistas tan eminentes como Casas y Utrillo, han ofrecido á los paladares refinados las selectas páginas de *Pel & Ploma*, hoy cambiada y mejorada en *Forma*.

Pero estas publicaciones, inasequibles por su precio y calidades á la gran masa del público, no bastaban á todas las exigencias, y fué necesario crear el periódico ilustrado popular, en que por el menor precio posible pudiera todo el mundo hallar reunidos un texto ameno é interesante, grabados artísticos é informaciones de actualidad. Existía ya el periódico de amena literatura y de sátira artística *Madrid Cómico* y sus similares. El antiguo director de *El Cascabel*, D. Carlos Frontaura, intentó, sin gran éxito, en *La Risa*, la empresa que BLANCO Y NEGRO acometió en 1891. Comenzamos hace trece años nuestra labor, más llenos de entusiasmo que sobrados de recursos y elementos. La suerte nos favoreció desde el principio. No queremos decir que modificáramos ó dirigiéramos el gusto del público, sino que le estudiamos y procuramos adaptarnos á él. Poco á poco fuimos mejorando nuestros procedimientos, buscando todos los medios de agradar y complacer al público; éste no ha sido nunca una dificultad para nosotros, sin que esto sea negar que las ha habido y muy grandes, pero no procedían del público, sino de las múltiples novedades que ha sido preciso introducir en la composición y tirada de nuestra revista hasta conseguir completo y satisfactorio resultado



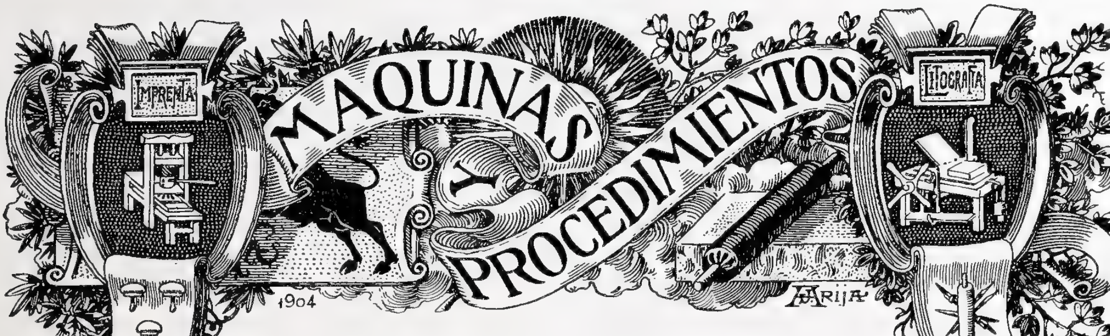


NUESTRO ANIVERSARIO

Cuadro de Pedro Sáenz, reproducido por el procedimiento de cuatromía usado en BLANCO Y NEGRO

No obstante, aún no nos estimamos satisfechos. Nuestra deuda con el público, que constante y generosamente nos ha favorecido, es inmensa. En reconocerla nos complacemos, y al hacerlo así adquirimos el compromiso de corresponder con todas nuestras fuerzas á tanto favor y de darle nuevos y mayores motivos para que siga honrándonos con su protección, ya que ésta es la única que recibimos.

B. Y N.



Máquinas y procedimientos

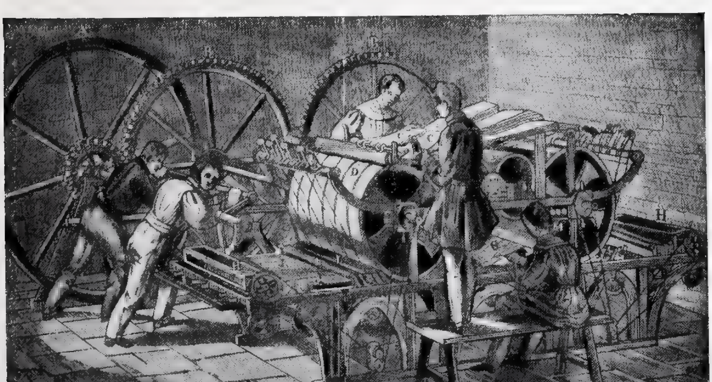
Los mayores enemigos de la Prensa, aquellos que la creen institución perjudicial ó inútil cuando menos, no pueden negar el enorme progreso que á ella se debe en materia de procedimientos mecánicos é industriales gráficos. Para satisfacer cumplidamente las necesidades del mercado de libros en los siglos XVII y XVIII, bastaban las antiguas prensas de palanca, aparatos ominosos en que uno ó dos operarios hacían el mismo papel que las bestias encargadas de dar vueltas á un molino. El desarrollo y circulación crecientes de los periódicos diarios desde los primeros años del siglo XIX obligaron á sus editores é impresores á pensar en la necesidad de nuevas máquinas que imprimiesen con rapidez y perfección y sin pérdida de tiempo ni de fuerza.



PRENSA PRIMITIVA DE GUTENBERG

La antigua prensa de madera llamada de Gutenberg y la prensa holandesa que vino á reemplazarla, habían sido abandonadas ya y sustituídas por la máquina de hierro fundido de Stanhope, cuando en 1809 el editor de ese venerable patriarca de la prensa que se llama *The Times*, un señor John Walter, aceptó los ofrecimientos del mecánico alemán Kœnig, descubridor semejante á Colón, pues, como él, fué ofreciendo á diferentes empresas un modelo de máquina de cilindro, sin que nadie le hiciera caso. En este invento le ayudó un compatriota suyo, el relojero Bauer. Despues de muchos ensayos, Kœnig y Bauer, ayudados por Walter, lograron hacer funcionar en la imprenta de *The Times* una máquina de cilindro que tiraba en blanco, es decir, por una sola cara, mil ejemplares por hora. En 1815, Kœnig dió otro paso gigantesco, construyendo la máquina doble que tira y retira. Pero aún las velocidades conseguidas por estas primitivas máquinas dobles eran muy cortas, y en 1824, el gran impresor francés Fermín Didot obtuvo el privilegio por una máquina de doble cremallera, que imprimía á las formas un rapidísimo vaivén.

La revolución de 1830 y la de 1848 en Francia centuplicaron la influencia, el poder y la popularidad de la Prensa, al mismo tiempo que el industrialismo inglés y americano requerían nuevos y veloces medios de expansión; por un lado aguijaban á la máquina de imprimir las ideas; por otro los intereses comerciales. Un americano, Hœ, ideó sustituir las formas tipográficas planas por formas cilíndricas; es decir, colocar en un cilindro las letras en vez de extenderlas sobre una platina, y con esa máquina llegó á imprimir por hora 8.000 ejemplares de su periódico *Public Ledger*. Pero las formas cilíndricas sin estereotipia ofrecían graves dificultades: no había medio de sujetar las líneas de tipos con la fijeza necesaria para que el cilindro marchase ligerísimamente. La fundición estereotípica vino á resolver de plano esta dificultad. Las formas estereotipadas se adaptaron al tambor de la rotativa, y los cilindros ya no corrieron, sino que volaron. Los últimos días del segundo Imperio francés, que no vieron la amenaza de los cientos de miles de prusianos que á las puertas de la corrompida Francia llamaban, tampoco advirtieron que día tras día, dentro de casa, cientos de miles de papeles impresos circulaban por todas partes, propalando noticias, depositando ideas y juicios y opiniones en todos los cerebros, formando la conciencia de la nación... La máquina rotativa de 35.000 ejemplares por hora cantó su estruendoso y magnífico himno. Los maestros directores de aquel grandioso movimiento, que aún no ha cesado ni de ello tiene trazas, fueron un gran tipógrafo y periodista,



1849. MÁQUINA DE VOLANTE MOVIDA Á BRAZO



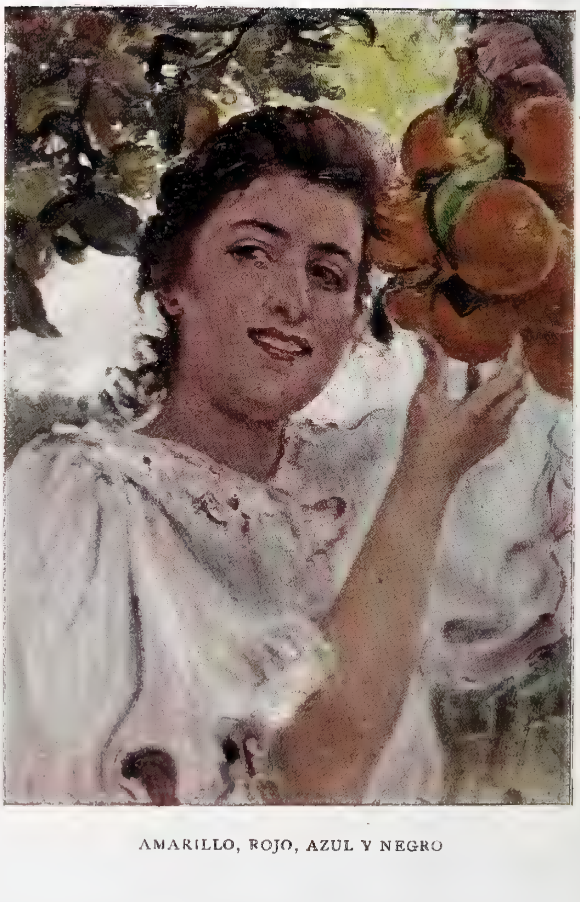
AMARILLO SOLO



AMARILLO Y ROJO



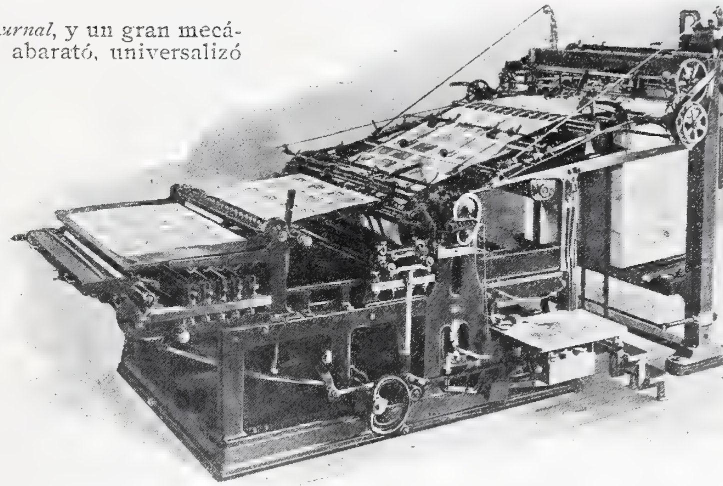
AMARILLO, ROJO Y AZUL



AMARILLO, ROJO, AZUL Y NEGRO

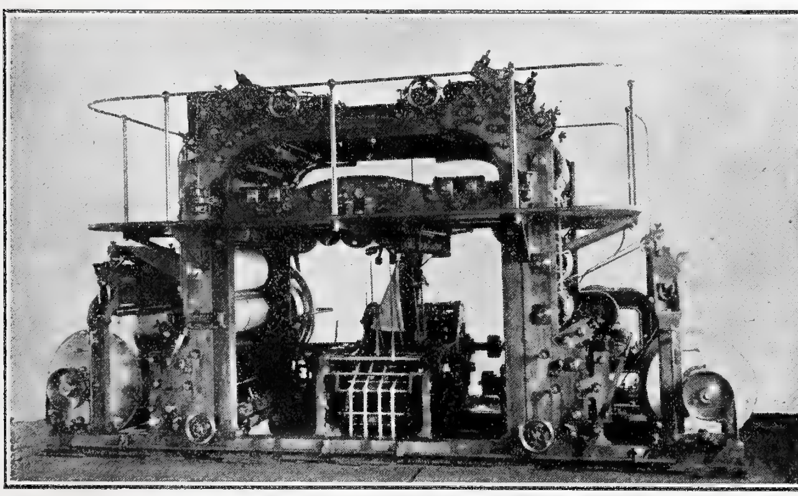
Marinoni, propietario del *Petit Journal*, y un gran mecánico, Derriey. Y así la Prensa se abarató, universalizó su esfera de acción, alcanzó las enormes tiradas que hoy consiguen los diarios populares franceses, ingleses y americanos.

En tanto, había cesado la esclavitud de la palanca y del volante. Los motores de vapor, primero; después los de gas hidrógeno; por último los eléctricos, manumitieron en buen hora á los míseros siervos que antaño gastaban sus fuerzas ininteligentes en dar vueltas al volante ó á la palanca; y el uso de los motores aceleró inconmensurablemente la marcha de la máquina tipográfica.



MÁQUINA PERFECCIONADA CON MARCADOR AUTOMÁTICO DE PLIEGOS

Mas no bastaba acelerar los procedimientos de tirada. Era necesario obtener la misma presteza en los de composición. Libertado el siervo de la palanca, era menester libertar al siervo de la letra y del componedor: y entonces, ayer, como quien dice, se inventó la maravilla de las maravillas tipográficas, la máquina de componer: primero la *Lineotipia*, que compone por líneas de igual medida, ordenando las letras para formar la línea y distribuyéndolas después automáticamente; después la *Monotipia*, aparato al cual no le falta más que el habla, pues en él, colocado el tipógrafo ante un teclado, va formando y combinando los tipos uno por uno á su antojo, variando las medidas, haciendo recorridos, etc.

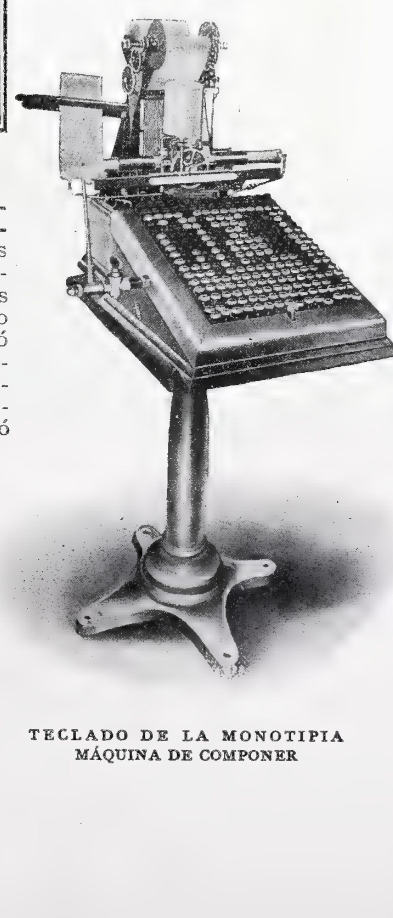


MÁQUINA ROTATIVA. TIPO MODERNO

Pero llegó un momento asimismo en que la Prensa no creyó contentos á sus lectores con la información literaria escrita, y pidió su ayuda á las artes gráficas, para que si alguien no tenía paciencia ó tiempo para leer, contemplase el rostro del personaje célebre, el aspecto de la escena de actualidad, del cuadro ó de la obra artística en boga. Los procedimientos para ello en la primera mitad del siglo pasado eran exclusivamente dos: el grabado en madera y la litografía, ambos lentos, costosos y de escasas condiciones industriales. Defendiéronse, no obstante, con uno y otro los periódicos ilustrados y los satíricos de publicación semanal ó quincenal. No pudieron aprovechar para nada tales procedimientos los periódicos diarios, y como siempre, la necesidad forzó el ingenio. En los veinte últimos años del siglo XIX se perfeccionaron por completo los procedimientos de reproducción directa en metal, se generalizó la zincografía ó grabado al ácido en plancha de zinc, que inventara el inglés Toowey, y se industrializó el fotograbado directo y de línea. El invento del fotograbado y la altura á que hoy se encuentra este procedimiento puede asegurarse que se deben á la Prensa, toda vez que para las necesidades del libro y de la estampa eran bastantes todas las clases del grabado en madera ó en metal antes conocidas, el agua fuerte, la litografía y la moderna fototipia.

Prueba patente de ello son las pruebas de fotograbado en colores, tan conocidas por los lectores de BLANCO Y NEGRO. Para que éstos formen idea de los efectos de la superposición de colores, incluímos en la página precedente una muestra de las cuatro tiradas que exige un grabado de esa clase para copiar, sin más que cuatro tintas, todos los variados matices de la paleta más rica de un colorista consumado.

W. & B.



TECLADO DE LA MONOTIPIA
MÁQUINA DE COMPONER



EFEMÉRIDES DE LA PRENSA

QUINTANA

El español que, amante de su patria, igualó á Tirteo encendiendo con sus cantos el fuego de la independencia en el corazón de sus contemporáneos; el amante del progreso que cantó los adelantos de la humanidad y llevó al partido de la libertad el poder de su pluma y el aliento de su genio; el que, como demostró el insigne Menéndez y Pelayo en una de las conferencias que daba en el Ateneo hace años, «era un hombre todo en una pieza, así en lo político como en lo literario», tenía, en medio de su modestia, como uno de sus más preciados timbres el de periodista. Director y redactor á la vez de la revista titulada *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* desde el año 1803 á 1805, contribuyó eficazmente al progreso de las letras españolas, empresa en que le secundaron D. Leandro Fernández de Moratín y D. Juan Nicasio Gallego.

Tres años después, el 1.º de Septiembre de 1808, fundó en Madrid el periódico político denominado *Semanario Patriótico*, con el exclusivo objeto de fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasión francesa. Tan gran aceptación tuvo, que constando al empezar de 16 páginas, tuvo que aumentarlas hasta 24. El público esperaba impaciente que llegase el jueves, día de su publicación, lo mismo cuando se publicaba en esta corte que cuando más tarde y por razones políticas se trasladó su redacción á Sevilla y últimamente á Cádiz, donde reapareció el 22 de Noviembre de 1810. En esta labor le ayudaron D. Alberto Lista y D. Eugenio Tapia.

El 25 de Marzo de 1855 fué coronado en vida en el palacio del Senado, ante una concurrencia donde estaban representadas todas las clases sociales. La corona de oro fué costeada por suscripción nacional, y al ceñirla en sus sienes, Isabel II dijo: «Yo me asocio á este homenaje en nombre de la patria como Reina; en nombre de las letras, como discípula.»

A la Prensa periódica se debió el pensamiento de coronarle, y así quedó consignado en esta inscripción que ostenta la corona:

«Al gran Quintana, la Prensa periódica, los amantes de las glorias de España, la Nación entera, 1855.»

El inmortal cantor de *A la invención de la Imprenta*, fuera de lo más necesario para la vida, empleó siempre su escaso haber en las letras y las artes, en libros y en cuadros, que la familia tuvo que vender á su muerte para atender al pago de algunas deudas que había dejado.

Entre éstas figuraba una de CINCUENTA DUROS que había tenido que pedir á un amigo para hacerse el traje de etiqueta con que asistió al acto de su coronación.

Su lema fué siempre: *¡Todo por la Patria; todo para la Patria!*

BRETÓN DE LOS HERREROS

Veintinueve años contaba el más fecundo poeta y popular autor dramático del siglo XIX, cuando tuvo que acogerse á la Prensa periódica para poder subsistir. *Tristísimo período* llama el Marqués de Molins á los seis años que vivió casi exclusivamente del periodismo el autor de *Marcela*. Período glorioso le llamaríamos nosotros con más justicia, pues desde 1830 al 36 fueron innumerables las sátiras, letrillas y epigramas políticos que brotaron de su pluma y que hicieron se buscasen con avidez el *Correo Literario y Mercantil*, *La Aurora de España* (diario dedicado á la reina Isabel II), *El Universal*, *La Abeja* y *La Ley*.

El primer periódico en que colaboró Bretón se titulaba *Diario Literario Mercantil*, que obtuvo escasa vida, pues dió principio el 1.º de Abril de 1825 y cesó el 10 de Julio del mismo año.

El primer artículo que firmó con la *B.*, inicial de su apellido, se halla en el número del *Correo Literario y Mercantil* correspondiente al 1.º de Abril de 1831, pero Bretón era ya redactor de este periódico hacía por lo menos un año, pues en carta fechada el 17 de Junio de 1830, decía al entonces capitán de Caballería Juan de la Pezuela, hoy conde de Cheste:

«¡Caro Pezuela! Te incluyo dos números del *Correo* en que se han insertado el artículo y versos que me enviaste, sintiendo en el alma que el cernícalo de Rementería, á pretexto de tener pendientes materiales de más urgencia, se haya dejado en la cartera uno de tus sonetos. ¡Cómo ha de ser! Ya sabes que yo no mando soberano en la redacción.»

El calificado de *cernícalo* por Bretón, era D. Mariano Rementería, director-propietario del periódico. Lo primero que publicó con sus iniciales *M. B.*, fué esta paranomasia:

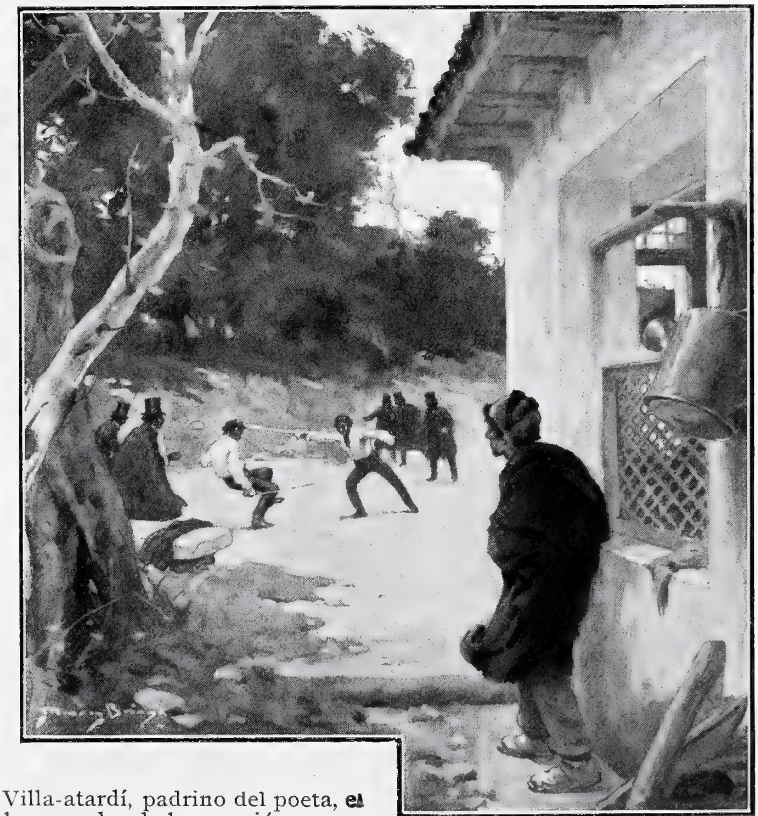
Con *a* demuestro quién soy;
con *e* me encuentro en la misa;
con *i* llamo á mi mujer;
con *o* soy sacerdotisa;
y con *u* soy en la iglesia
la persona más precisa.

La palabra es *cara.*

Bretón como periodista, tanto en prosa como en verso, hacía reseña de los acontecimientos contemporáneos; composiciones que están por completo olvidadas y que, reunidas y dadas á luz, alcanzarían gran éxito.

CAMPOAMOR

Antes que inventar las *Doloras*, que tanta fama le han dado, el bueno de D. Ramón militó en el periodismo literario y luego en el político. Diecinueve años tenía cuando en el periódico bisemanal *Las Musas* hizo sus primeras armas, y veintiuno no cumplidos cuando en unión de Bravo Murillo, Alcalá Galiano (D. Antonio), Donoso Cortés, Ríos Rosas, Conde de San Luis, Pacheco y otros literatos y políticos, formó parte de la redacción del diario monárquico-constitucional *El Correo Nacional*. En Noviembre de 1856 fundó y dirigió el periódico órgano del moderantismo, *El Estado*. De su redacción no quedan hoy más que dos personalidades: Carlos Frontaura y Teodoro Guerrero.



Estas noticias es fácil que sean conocidas de muchos, pero de seguro que hay muy pocos que recuerden un hecho posterior á ellas y que estuvo á punto de costar la vida á un marino tan conocido como D. Juan Bautista Topete.

Era el año 1863. El general O'Donnell acababa de nombrar ministro de Marina á don Augusto Ulloa, con gran oposición del Cuerpo. Topete, capitán de navío, aconsejado, según cuentan, por González Brabo, insertó en *El Contemporáneo* un comunicado contra Campoamor, por haber llamado éste á los marinos *comedores de ostras*.

Esta frase dió lugar á un duelo á sable, que se efectuó en Vista Alegre, quinta del Marqués de Salamanca, y sin más testigos que los generales de Marina Prat y Quesada, padrinos del Sr. Topete, y el general Reina y el barón de Villa-atardí, padrino del poeta, el médico D. José Serra y uno de los guardas de la posesión.

Creyó Topete habérselas con un aprendiz en el manejo de arma, y hecho el saludo, comenzó á amagar distintos golpes, formando á la vez molinetes, á fin de deslumbrar á su contrario; pero éste, más sereno ó más cauteloso, no descompuso su guardia; esperó el primer golpe verdadero, lo paró, y ligero como una saeta, levantó y dejó caer el acero sobre la cabeza del marino, haciéndole una herida que, si no fué grave, fué bastante profunda en todo lo largo de la frente. Cegado por la sangre que derramaba en abundancia la herida, no pudo continuarse el duelo.

La cuestión personal quedó terminada, pero la cuestión política tuvo las consecuencias que el poeta había querido evitar, porque el Ministerio presentó la dimisión, que le fué admitida.

Aquel mismo González Brabo que aconsejó á Topete suscribiese el comunicado origen del duelo, fué cinco años más tarde, como presidente del Consejo de Ministros, víctima de la insurrección promovida por el mismo marino en la bahía de Cádiz.

Eduardo de LUSTONÓ

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

NOTICIAS RARAS Y CURIOSAS.

Curioso es ver ahora cómo se escribían antaño los periódicos, y lo más notable sin duda de todo lo que componía el texto son las noticias ó gacetillas sueltas que publicaban, porque ellas hacen revivir los sucesos y muestran la manera de pensar y de sentir de aquellos tiempos, pasados por fortuna.

Tan estupenda y famosa noticia como la que va á continuación fué publicada en el número 9 de la *Relazion ó Gazeta de algunos casos particulares assi políticos como militares*, etc., etc., en el año 1661, primero de su aparición:

Avisan de Presburgo, corte del reino de Hungría, que (según cartas de 30 de Mayo) se había visto en el cielo, al salir el sol, junto á su disco, una estrella ó cometa muy refulgente, que despedía de sí tanto esplendor, que casi oscurecía los lucientes rayos del mayor luminar. Y un poco desviado del cometa, se veía un terrible Alfange de color encendido, y debaxo una Cruz con quatro braços muy claros y resplandecientes. Viéronse asimismo á la parte del Mediodía otros tres Alfanges menores que el primero; el uno parecía estar sobre el reino de Persia; el otro sobre el de Suecia, y el último sobre la provincia de Dalmacia; y á poco se vieron todos tres Alfanges juntos ir en seguimiento de la Luna, que esa permanecía verdaderamente en el cielo, y parecía ir huyendo de ellos á la parte del Poniente; y entre unos y otros Alfanges se oía estruendo de batalla, vozes y ruido militar en el ayre por mucho espacio de tiempo. Cuyas visiones se fueron apagando poco á poco: primero los Alfanges, después el cometa, y á lo último la Cruz.

Sobre este asunto han escrito varios discursos los Turcos y Alemanes, algunos de los cuales se han impresso en Hamburgo, y todos concuerdan en que han de tener los Reyes y Príncipes Christianos de la Liga católica que nuestro Santíssimo Padre Alejandro Séptimo está al presente convocando contra los pérfidos Mahometanos, de que ha de redundar la total destrucción y ruina del Imperio Otomano.»

Variedades de Ciencias, Artes y Literatura, de 1805, daba cuenta en uno de sus números de la aparición en los jardines de Fontainebleau «de una vívora llamada aspid» que tenía aterrorizadas á las gentes de la comarca.

No hay persona en Madrid que no se ocupe de la *conspiración magna* de estas noches pasadas; y como nadie está en situación de decir qué es lo que ha habido, es graciosísima la variedad con que cada uno refiere el gran suceso; todos repiten: *el gobierno lo sabrá*.

Lo único que se ha averiguado positivamente, es que se mandó á las doce, á los serenos, echar cuatro onzas de aceite por farol, y por esta circunstancia se le llama ya al peligro que la otra noche corrimos, *La conspiración del aceite*.

De *El Heraldo* de 14 de Noviembre de 1842.

Se dice que ciertos capitalistas piensan obtener privilegio para establecer un pozo artesiano en la plaza Mayor para abastecer de aguas á esta corte, que tanta escasez esperimenta en los meses de verano, y cuentan con que su agua tendrá mucho consumo dándola á precios módicos.»

20 de Octubre 1842.

El día 2 de este mes, á las once de la mañana, estrajo á la Reina Doña Isabel II D. Melchor Ibarrondo, dentista de S. M. y A., un diente que había nacido doble. S. M. sufrió la operación con un valor sorprendente, no se quejó, y sólo dijo que tenía miedo; el operador fué aplaudido por los circunstantes por la delicadeza con que llevó á cabo tan deseada é interesante operación, y recibió gracias de S. M. y A.»

Julio de 1842.

Se ha dado una orden para que á los alabarderos al tiempo de entrar de guardia se les dé una peseta.»

A esta noticia, publicada por *El Peninsular* á mediados de 1842, añade como final *El Heraldo:*

«A bien seguro también que, aunque se ha dado la orden, no se da la dichosa peseta.»

Pasan de 2.000 las órdenes de embargo y destierro que se han decretado recientemente, á propuesta de los gobernadores civiles de las provincias.»

El Globo, 1.º de Agosto de 1875.

El calor aprieta. Por cuya razón, después de haber sudado mucho para escribir este artículo, hemos determinado que el último número de *La Gorda* salga vestido de blanco.»

Y así salió, efectivamente, el referido número suplemento en Junio de 1870, para evitar que la censura tachase originales, que el Gobierno mandase gente á la cárcel y la partida de la Porra hombres al hospital ó al cementerio.

Roberto de PALACIO

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 21 Mayo 1904. N.º 681



JUAN SIN PENA

Juan sin pena, como lo declara este apodo con que le bautizaron sus convecinos, era un hombre que se creía libre de las pesadumbres que afligen á la humanidad. Pudiera parecer que tenía un corazón de platino, inatacable por los ácidos y amarguras de la vida. Para mayor seguridad, estaba forrado de oro; es decir, que era rico, lo cual por sí sólo ya defiende de la mitad de los duelos y quebrantos. Egoísta y comodón incapaz de molestarse por nada ni por nadie, se había encastillado tras la doble muralla de su indiferencia y de su riqueza en el fondo de su casa y en el seno de su familia, sin interesarse por nada que ocurriese fuera de aquellos límites donde para él acababa el mundo.

Desdeñaba muchas cosas; pero sobre todas las cosas, desdeñaba, aún más, odiaba la política, de cuyos manejos é intrigas tenía malísimo concepto, considerándola como el mayor daño y perdición de los pueblos. No era un neutro de esos que no saben á qué partido quedarse; era un enemigo de todos ellos.

Pero, D. Juan—le decían frecuentemente sus coterráneos,—usted que es tan bueno, honrado y hábil para gobernar su hacienda, ¿por qué ha de ser tan egoistón y dejado para administrar lo que es de todos? Le haríamos alcalde de la villa y nos quitaríamos de encima tanto logrero y mandón como nos están comiendo y arruinando.

—Mientras no me coman lo mío, allá se las hayan; y en cuanto á lo mío ya se guardarán, porque yo me guardaré. Y cada cual cuide de lo suyo según sus alcances.

Y nadie le sacaba de su paso ni conseguía su voto en las elecciones, porque le parecían igualmente malos todos los elegidos, fueran concejales, fueran diputados. Y es de advertir que á poco que pusiera de su parte habría tenido á todo el pueblo en la mano, porque era avisado de entendimiento, sano de corazón y recto de conciencia, cuando su egoísmo y su pasividad se lo permitían.

La influencia natural de esas cualidades hizo prosélitos y formó partido, siendo muchos y los mejores entre los vecinos los que á imitación de Juan sin pena se abstenían de la política y de sus quebraderos de cabeza.

Con esto sucedió que se apoderaron de la política los peores, de las varas los que menos las merecían y de la justicia los que la merecían, viniendo la Administración á ser coto redondo de los codiciosos y explotadores.

Y llegaba el repartimiento de consumos.

—Páguenlos los ricos, que son los que consumen,—alegaban los concejales.—Y cargaban sobre Juan y sus secuaces el cupo entero de consumos.

Llegaba el repartimiento de las contribuciones.

—Cárguese la mano sobre los que no reclaman por no meterse en nada,—decían los administradores.—Y elevaban las cuotas de Juan y los otros Juanes, para rebajar las de sus propiedades.

Llegaba el llamamiento de soldados.

—Vayan al servicio los hijos de los que pueden pagar la redención. Y el Ayuntamiento preparaba las operaciones del sorteo de modo que siempre tocaban los números buenos á los parientes de los concejales.

Llegaban los servicios de policía urbana, y las calles donde vivían los concejales y su parentela parecían tacitas de plata, mientras las otras calles parecían estercoleros.

Tocábase á los servicios de vigilancia y seguridad en el pueblo y sus afueras, y la guardería entera se dedicaba á las casas, las huertas y los sembrados de los amigos, y los olivares, hortalizas y domicilios de los demás quedaban á merced del pillaje y del hurto de chicos y grandes. Con lo cual la villa y sus contornos adquirieron tan mala fama, que nadie se atrevía á acercarse á ellos por miedo de ser desvalijado.

Era inútil reclamar contra las injusticias, y tiempo perdido el de alzarse de los acuerdos municipales. Los mandarines daban el acta al diputado provincial y al diputado á Cortes, y los recursos, alzadas y expedientes quedaban siempre resueltos á favor del Ayuntamiento en la capital de la provincia.

Como de los escarmentados nacen los avisados, Juan sin pena llegó á convencerse á fuerza de escarmientos, de que la indiferencia en que cifraba su tranquilidad tenía inconvenientes serios, y de que la política, que consideraba ocupación de desocupados y entretenimiento de ideólogos y charlatanes, tenía sus consecuencias reales y tangibles para los intereses privados. Eran ideologías con ser corpóreo. Entendió que aquellos derechos de que él se reía y mofaba eran deberes verdaderos del ciudadano, como son deberes del padre de familia intervenir en el gobierno y administración de su casa, porque al fin y al cabo la patria es la extensión del hogar.

Juan y sus amigos echaron el pecho al agua revuelta de la política. Costóles no pocos trabajos desarraigar á los poseedores, agarrados como el perro á la presa y sostenidos por la complicidad de los gananciosos y la ayuda de las malas artes en que el oficio les había hecho maestros.

La constancia venció á la resistencia, y levantados los buenos sobre los malos, se distribuyó la justicia por igual para todos los vecinos del pueblo.

De allí en adelante, no habiendo agravios, no había quejas; no habiendo descontentos, no había partidos; no habiendo provechos, no había ambiciones, convencidos todos de que el poder es una carga y no una comodidad para quienes lo ejercen á conciencia.

Juan mantuvo su ideal de matar la política, y lo realizó precisamente ejerciendo la política. Tanto se enfrascó en ella, que no había político más activo ni entusiasta en la provincia. El dirigía las elecciones municipales y él llevaba el pueblo en masa á votar las candidaturas para diputados, pero continuando sin tomar partido ninguno ni servir intereses personales. Votaba hoy á los negros y mañana á los blancos, según convinieran unos ú otros á las necesidades y conveniencias del momento, á estilo de los países prácticos, donde el mismo distrito que elige ahora al conservador elige después al liberal, y no por manejos y artimañas de los Gobiernos, sino por libre y espontáneo atisbo de la opinión. Esta que parece inconstancia en ideas, es en realidad la constancia del buen sentido. «Distingue los tiempos, y concordará la justicia», dijeron con razón los jurisconsultos latinos.

Juan llegó á la última abdicación: á ser orador, arte que él consideraba como la desnaturalización de la palabra concedida al hombre para entenderse y no para confundirse, dando á la mentira sonido de verdad.

Aún recuerdan con asombro los que le oyeron los discursos que enderezaba á sus convecinos cuando los veía desmayar en las contiendas.

«No olvidéis, ciudadanos—exclamaba con el énfasis propio del charlatanismo, tan despreciado por él,—no olvidéis nunca lo que habéis visto por vuestros ojos y padecido en vuestros hogares. La apatía política es signo de atraso de los pueblos, aunque se disfrace con el nombre de neutralidad en los que presumen de cultos. Son ciertamente abominables los políticos de profesión y de industria; mas por eso mismo no se les puede mirar con la indiferencia que los deja vivir, sino antes bien, acometerles para destruirlos, que no es la indiferencia el arma del aborrecimiento.

Y así como se dijo «odia el delito y compadece al delincuente», ha de decirse «odia á los políticos y ama la política».

Amadla y practicadla con el espíritu sereno y el corazón purificado.

¿Proscribiríais de vuestras casas el arte de regirlas y administrarlas porque el mayordomo y los criados no cumpliesen según deber y conciencia? No; arrojaríais de ellas á los malos servidores que tal hicieren.

El cuidado del amo forma la hacienda nueva, levanta la decaída y aumenta la levantada.

De igual suerte, la política hace pueblos nuevos, levanta á los caídos y exalta más á los levantados.

Es, en verdad, absurdo echar sobre este ó el otro Gobierno la responsabilidad de accidentes circunstanciales; pero hay que exigirle cuenta de la dirección general y del estado moral de los pueblos, y culparlos por su decadencia ó glorificarlos por su prosperidad.

¿No son culpables del atraso y flojedad de la raza china su apatía oriental y su vieja política, que ha limitado la cultura á las castas superiores? Y la indiferencia musulmana y los malos gobiernos, ¿no son también culpables de la barbarie de Marruecos?

No se arguya que esta es cuestión de raza ni de climas. Raza mongola como la china es la japonesa, y ahí está en la primera línea de las naciones actuales. En clima africano viven, como los marroquíes, los transvaalenses, y ahí están poniendo á raya á Inglaterra.

Han concurrido cada cual en su medida á esa transformación, interviniendo en la política para escoger por gobernantes á los más aptos y más patriotas.

En pequeño espacio y proporciones reducidas, se ha obrado igual transformación en esta villa desde que los perezosos hemos perdido el miedo á los muñidores y entrometidos que nos parecían entronizados para siempre. Mirad á vuestros hogares y veréis cómo se siente en ellos el bienestar y la paz de que antes carecían.

El egoísmo, entendido al revés, aconseja que cuando se queme la ciudad, lo mejor es dejarla quemarse y guardar del riesgo nuestra persona. El verdadero egoísmo consiste en arriesgarse á cortar el fuego pensando que también abrasará nuestra casa.

Y lo mismo sucede con la política: el verdadero egoísta está obligado á intervenir en ella en beneficio propio, porque quien mejora su patria mejora su casa.»

Juan sin pena, orador por fuerza y sin afición, frecuentaba éstas y otras semejantes peroratas; pero predicando con el ejemplo, hacía mucho más de lo que hablaba.

Y fué alcalde perpetuo de la villa, y alcalde ejemplar, porque nunca olvidó que la palabra cumplida gobierna mejor que la palabra hablada.

Si hicieran lo que Juan sin pena, no habría en España tantos Juanes con tantas penas.

DIBUJOS DE MARTÍNEZ ABADES

EUGENIO SELLÉS



SUPREMACÍA

SATANÁS.—MEFISTÓFELES

SATANÁS

¿Quién eres tú que arrebatarme intentas
el imperio del mal? ¿Tú, que engendrado
por la actual corrupción que representas,
hoy en mi trono secular te sientas
y me arrancas el cetro del pecado?
¿Quién eres tú, de iniquidad dechado,
hibridación de sátiro y harpía,
que tu procaz desenvoltura opones
á mi grandeza trágica y sombría,
y al rugiente volcán de mis pasiones
la ponzoña sutil de tu ironía?
¿Tú, por quien todo en rededor se siente
descomponerse y perecer; que posas
de esta generación sobre la frente
tus alas de murciélago asquerosas,
y que vas impasible el exterminio
doquier sembrando sin piedad ni enojo?

MEFISTÓFELES

Soy tu heredero; el infernal dominio
de tus manos decrépitas recojo.

SATANÁS

¡Ridícula soberbia! ¿Desconoces
ú olvidas mi poder? Nada se exime
de él en la vasta creación; las voces
de cuanto lucha, desespera ó gime
sobre el haz de la tierra le pregonan,
acompañadas por los roncos gritos
de todos los bestiales apetitos
que el himno inmenso de mi triunfo entonan.
Soy el arcángel que de Dios hechura
contra su Dios se revolvió orgulloso,
y encendiendo en el sol la tea impura
de la primer discordia, con su nombre
turbó el augusto primordial reposo
en los mundos aún vírgenes del hombre.
Soy la ambición, que en el desastre mismo
no cayó despeñada de la altura
sino para reinar en el abismo,
y que la fuerza y el poder comparte
con la Divinidad desde aquel día
en que alzando rebelde su estandarte,
el *non serviam* lanzó, grito de guerra
que á través de los siglos todavía
estremece los cielos y la tierra.
Al eco de mi apóstrofe iracundo,
el germen de odio universal que hervía
dentro de todo, respondió en el mundo.
En las montañas las sulfúreas bocas
se abrieron de los cráteres ardientes,
rugir se oyó á las fieras en las rocas,
volcáronse en las simas los torrentes;
el mar con turbulenta sacudida
se encabritó del viento al acicate,
nublóse el sol y atravesó la vida
un vértigo de furia y de combate.
Último y formidable cataclismo
que desgarró la creación entera
para que el mal, del seno del abismo,
á mi imperiosa evocación surgiera;
hora de sobresalto, en que espantada
tembló la obra de Dios, cual si quisiera
retroceder de nuevo hacia la nada.
De aquellas gigantescas convulsiones,
la cordillera en sus abruptos flancos
guarda las epilépticas torsiones;
aún encanecen al terror los blancos
picos del monte, y en las aguas vivas
aún de aquellas congojas primitivas
corre el frío sudor por los barrancos.
Y entonces fué cuando se alzó en el seno



del hondo mar el pérfido bajío,
cuando en el lago azul se formó el cieno,
cuando erizóse el matorral bravío
y en el perfume se exhaló el veneno.
Y entonces fué cuando la sombra helada,
amenazando la extensión celeste,
brotó de mi fatídica mirada:
cuando las rocas calcinó mi mano.
cuando mi aliento difundió la peste
y amargó mi saliva el Océano.
Y entonces fué cuando al perderlo todo
vertí mi única lágrima de fuego,
lágrima inmensa que cayó en el lodo
con el que al hombre se amasara luego.
Calla y ante mí póstrate sumiso:
así el que fuera mi señor lo quiso.
La nube es mi bandera desplegada,
los vientos mis corceles de pelea,
y el zig-zag del relámpago mi espada
que desnuda en los aires centellea.

MEFISTÓFELES

¡Ja, ja, ja! ¡Voto á ti! ¿Por eso crees
mayor que el mío tu poder? Mal año
para ti, viejo abuelo. No es extraño
que en tu vejez, ridículo, chochees.
Tú conturbaste el mundo con el daño
de luchas y catástrofes ruidosas
encaramado sobre la alta cima;
yo sordamente las humanas cosas
desmigajé burlón, las más hermosas
mordiendo con el ácido ó la lima.
Tú revolviste el mar con la tormenta,
yo estanqué el manantial. ¿Tú eres la furia?
yo soy la maquiavélica perfidia
que se enrosca en el alma soñolienta.
¿Tú tienes el dolor? pues yo la injuria
Yo soy el diablo de hoy. Yo soy la envidia
cuando escupo mi hiel sobre la gloria;
soy el escepticismo cuando niego
la preclara virtud; soy el sarcasmo
si tiznando de negro la victoria
hielo en el corazón el entusiasmo;
profanando el amor, libertinaje,
pues por mí es ora bizco el niño ciego,
sus flechas alfileres, y su traje
sayo de mico, y su delirio un juego.
Tus blasfemias ¿qué son sino plegarias,
plegarias al revés? ¿Pero mi risa?...
Nada á su mueca cínica resiste:
ella envenena el aire como brisa
que lleva en sí mortíferas y varias
las ponzoñas de todo cuanto existe.
Hay una risa generosa, humana,
que es fuerza y es salud: la que las flores
como labios despliega en la mañana;
la que vibra del sol en los fulgores
y mueve de los pájaros cantores
la lengua en melodía soberana;
la que irisa magnífica la bruma;
la que el follaje de las selvas dora
cuando el rocío en perlas se desgrana
que á fuerza de reir el alba llora;
la que es en el torrente onda y espuma
y rosicler espléndido en la aurora.
Tal risa desconozco; agria y siniestra,
la mía el diente que desgarra muestra.
Con ella arrastro al universo todo
entre un resplandor cárdeno de infierno,
torpe y dando traspiés como un beodo,
á un insensato carnaval eterno.
Deja el trono que usurpas insolente.
Llegó la hora feliz de mi reinado;
yo soy el mal amable y atrayente;
yo soy un Satanás civilizado.

EMILIO FERRARI

HERMANITA DE MI VIDA,
PADRE Y MADRE SE MURIERON
YA NOS QUEDAMOS LAS DOS
A LA CLEMENCIA DEL CIELO



PRIMER PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR J. GARCÍA Y RAMOS



MAL DE MUCHOS...

La muchacha era una perla.

Alta, delgada, morenita, con hermosos ojos y rojos labios que sonreían con frecuencia, casi siempre con expresión de indiferencia burlona.

Angelita era elegante: no con esa elegancia seria y rica que denota delicado gusto y selecta costumbre, sino con ese aspecto pretencioso y frívolo con que en la moderna sociedad pretenden las medianías ocultar su escasez y nivelarse con las notabilidades.

Su lujo aparatoso, estudiado, hacía efecto en el pequeño círculo en que se exhibía, y Angelita veía satisfechas sus pretensiones y colmado su orgullo cuando las miradas se fijaban en ella como en un ave de vistoso plumaje.

Tenía motivos, según ella, para exigir esa admiración que la colocaba en primer lugar: su padre, aprovechando una buena racha política, había sido gobernador, y aunque el cargo había durado poco y había dado poco de sí para los intereses de la familia, daba mucho para la vanidad de Angelita, que se creía destinada á brillar y lucir según lo merecía su importancia.

Andrés, un buen muchacho de escasa inteligencia pero de excelentes condiciones, se enamoró de aquella linda muñeca que cada día lucía un nuevo adorno, y estimó como un honor inapreciable el ser admitido como novio oficial.

El tenía un destino en una gran empresa que le proporcionaba sueldo seguro y susceptible de aumento, era honrado y trabajador, y pertenecía á una familia modesta y acomodada; pero estas condiciones le parecían de tan escasa importancia al lado de la brillante novia, de la encopetada familia del exgobernador, que agradecido y humilde realizó todo género de sacrificios para casarse, creyendo siempre ser él el favorecido, y temiendo el contraste que debía formar su modesto presente con aquel pasado del cual oía contar maravillas de suntuosidad.

¿Quién no conoce los extremos á que puede arrastrar una pasión en un ser sencillo que no tiene para guiarse ni los consejos de la experiencia, ni las advertencias de una clara razón?

Todos los días oímos los relatos de esos dramas del amor que mata, del amor que enloquece, y compadecemos profundamente á esos héroes que enaltece la notoriedad, cuyos nombres, abrillantados por la aureola pasional, pasan dejando sobre la sociedad escéptica como un soplo de fe y de misteriosa esperanza.

Pero del héroe obscuro, humilde, desconocido, que oculta bajo aparente tranquilidad sus amarguras, que devora sus lágrimas, que tiembla en su hogar frío y teme el roce con las gentes que lo conocen; de esas desventuradas víctimas del egoísmo ajeno y de la viciada educación moderna, que callan por un falso sentimiento de pudor, que mienten para sostener una situación falsa, que se humillan una y mil veces creyendo salvar su decoro con evitar el escándalo, de esos desgraciados no se ocupa nadie, como no sea para burlarse de su debilidad.

El pobre Andrés, de abdicación en abdicación, de caída en caída, había llegado á ser al poco tiempo de casado uno de esos maridos dóciles, tímidos, que hacen las delicias de los autores cómicos cuando copiándolos del natural aciertan á llevarlos al teatro.

La flamante Angelita, que no había aportado al matrimonio otra dote que sus bonitos trapos, tenía una boca para pedir, que no parecía sino que su ilustre papá era gobernador vitalicio de alguna ínsula Barataria.

Necesitaba renovar su ropa continuamente, adquirir todas las fantasías de la moda, tener criadas, comer bien y satisfacer todos sus caprichos.

Una elegante como ella, que jamás lo había hecho, no podía ocuparse de ningún detalle casero: eso la rebajaría á sus propios ojos; era indigno de su distinción y de lo que era su padre, de lo que había sido...

Cada nuevo capricho, cada nueva necesidad que Angelita demostraba, costaba al pobre Andrés sudores de muerte. ¿Cómo negárselo? ¿cómo decirle que su sueldo no permitía aquel género de vida, que su hogar era un hogar modesto, donde con gran economía, con gran arreglo, podía una mujer sencilla y prudente ser feliz y ofrecer á su marido, con el orden interior y la moderación en todo, una existencia tranquila, pero que en la forma implantada iban al abismo de miserias y penas en que



caen tantas desgraciadas que se arruinan inconscientemente?

Andrés se proponía siempre tener una explicación con su mujer, pero esperaba la ocasión oportuna; entretanto, como no podía hacer milagros, para satisfacer sus gustos contraía deudas, adquiría compromisos, se rebajaba en su dignidad, perdía amistades y agotaba poco á poco su crédito, sus afectos, sus gustos, para concretarse á servir á la linda personita que lo esclavizaba.

Cuando los encontramos, Angela deseaba asistir á una fiesta, y para ello tenía necesidad de hacerse algún nuevo traje y de arreglar algunas de sus joyas.

Andrés temblaba al pensar que se vería obligado á pedir dinero, á aumentar sus deudas, y que acaso no lo encontrara y quedase descubierto para su mujer aquel amargo misterio de su doble vida de marido feliz en lo exterior y de mártir del matrimonio en la intimidad de sus penas.

—Iremos hoy á escoger ese traje—decía Angela con indolencia, revolviendo entre sus dedos sus múltiples sortijas de brillantes y sonriendo con su mohín de mujer mimada y caprichosa.

—Hoy, hoy...—decía Andrés como quien recuerda—hoy no puedo; tengo mucho que hacer.

—Todos los días tienes que hacer, y el tiempo se pasa...; no querrás que vaya peor que ninguna; ya sabes que yo siempre he vestido como la mejor...

—Sí, sí—decía Andrés haciendo esfuerzos para contenerse, en tanto que retorcía nerviosamente su rubio bigote y brillaban de ira ó de temor sus ojos verdosos;—¡si yo deseo que vayas muy bien; si yo no te lo niego! pero hoy no puedo.

—Pues bueno, si tú no puedes, me acompañará papá; después te traerán la cuenta.

—No, eso no; ¡no faltaba más...!

—¿Pero por qué?

—Molestar á tu padre...

—El iba antes conmigo...

—Sí, pero no es lo mismo; yo haré que te envíen muestras, y tú escogerás.

—¡Vaya una tontería...! Yo estoy acostumbrada á comprar, y no creas tú que voy á prestarme á que se me trate así.

—Pero, mujer, hazte cargo...

—Lo que yo veo es que te molesta todo lo que yo hago; que quieres anularme, esconderme... pues yo tengo costumbre de alternar...

—Mira, Angela, me voy; tú estás muy nerviosa y no quiero contrariarte...

Y como oyese á Angela que lloraba, se volvió para ofrecerla que tendría el vestido y las joyas, y que sería en la fiesta la más linda y la más elegante.

Cuando Andrés se alejó, Angelita sonreía de nuevo.

Esta escena se repetía con frecuencia; los caprichos aumentaban cada vez más, alimentados por la debilidad de Andrés, cuya voluntad se anulaba en absoluto ante el carácter violento, orgulloso, dominante de su mujer, cada vez más endiosada, más intratable, más inútil para el hogar y para la familia.

Y el pobre muchacho, bueno, dócil, humilde, perdido por aquel torbellino de vanidad que lo arrastraba á cometer mil bajezas; aislado de todo cariño, pues jamás encontraba en su elegante compañera un momento de ternura; humillado por aquella superioridad que no había tenido el valor de rechazar; temiendo siempre, agobiado de desdén, perdido todo ideal de ventura, sin fe en el porvenir ni esperanza de un cambio favorable, se dejó arrastrar de su desesperación, y encargó á una bala que arreglase sus cuentas, ya que él no tenía valor para ponerlas en claro.

Los periódicos dieron la noticia del suicidio de Andrés, cuyo cadáver se halló en el Retiro con una carta para su mujer y otra para el juez de guardia.

Nadie supo la causa de su muerte, que se atribuyó á un momentáneo acceso de locura. En cuanto á su viuda, pasada la sorpresa seguida de horror que le produjo el suceso, se consagró á confeccionar sus trajes de luto con arreglo á la más perfecta elegancia.

PATROCINIO DE BIEDMA

DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

PENSATIVA, POR P. SÁENZ



Crónica Gráfica

COMENCEMOS la crónica publicando el retrato del vencedor del Yalú. Ya conocíamos al bravo almirante Togo, el hombre de mar de los japoneses. A él corresponde la gloria de los primeros triunfos por mar. Al general barón de Kuroki la de la primera victoria terrestre, en la que los nipones han mostrado no sólo su perfecta organización, sino su valor temerario.

UNA de las acciones más decisivas de la batalla fué el avance de la guardia imperial, tropa escogidísima y que maniobró en el campo del honor con la misma precisión con que se la ve en el de instrucción, según esa otra fotografía.

ENTRETANTO, siguen los reclutamientos japoneneses con gran actividad. La instrucción de reclutas y reservistas se verifica sin descanso, y los oficiales que no están en la guerra trabajan más que los beligerantes.

HA terminado el viaje regio, regresando Su Majestad sano y salvo después de todos los *obsequios*, ovaciones y manifestaciones entusiásticas. Sevilla se ha portado en esta ocasión con la nobleza, gracia y generosidad tradicionales en aquel gran pueblo. En mil ocasiones han probado los hidalgos sevillanos cómo saben agasajar á sus huéspedes ilustres, y no hay que decir si en el caso presente lo han hecho con buen gusto y gallardía.



EL GENERAL JAPONÉS KUROKI, VENCEDOR EN EL YALÚ

MIENTRAS los sevillanos se divertían en grande, *aquí* los madrileños hacíamos lo que podíamos, que, á la verdad, no es mucho.

La acostumbrada *reunión primaveral*, como llaman los carteles á las carreras de caballos que se celebran por esta época, ha tenido una agradable novedad: la del Concurso hípico de saltos y recorrido de caza, en el cual oficiales de caballería y artillería y *sportmen* paisanos han probado cumplidamente que en España, sin bombo ni platillos, ni pruebas aparatosas, ni premios, ni estímulos de ninguna clase, hay tan buenos caballistas como en Inglaterra y como en los países donde el ser jinete constituye una profesión lucrativa.

HEMOS inaugurado la Exposición de Bellas Artes, tan esperada por los artistas y por los aficionados. De ella recogemos, á título de información, dos notas tan sólo, prometiendo consagrar un número especial de BLANCO Y NEGRO á este concurso, de cuya importancia no puede dudarse.

EN Valencia se ha verificado con extraordinaria solemnidad la fiesta de la Virgen de los Desamparados. Mucho sentimos no poder reproducir los alardes de buen gusto que, con ocasión de esta fiesta, han hecho una vez más los valencianos, artistas siempre y por cima de todo.



LA GUARDIA IMPERIAL JAPONESA EN EJERCICIOS DE TIRO

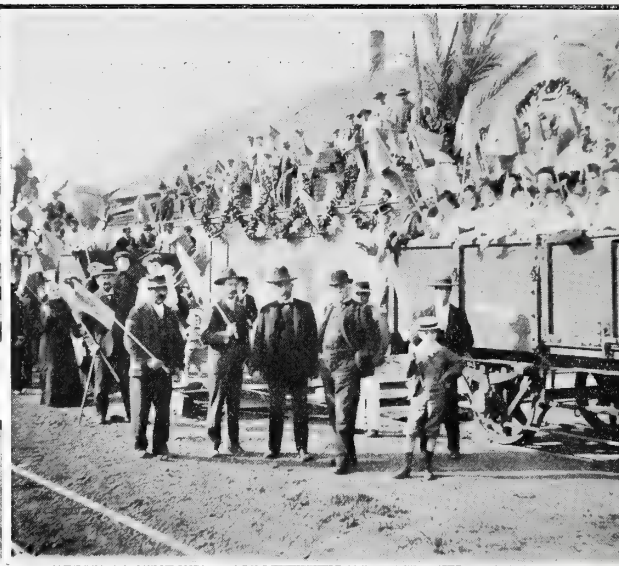


INSTRUCCION DE RECLUTAS JAPONESES DE DIVERSAS ARMAS

Fots. Underwood & Underwood Stereographs Copyright. London & New-York



SEVILLA. ARCO LEVANTADO EN LA FABRICA
DE LOS SRES. LUCA DE TENA



LOS OBREROS DE LA MISMA FÁBRICA
SALUDANDO AL TREN REAL



OPERARIAS DE LA FÁBRICA DE TABACOS
ESPERANDO Á S. M.



JEREZ DE LA FRONTERA. ENTRADA DE S. M. EL REY
BAJO PALIO

Fotgs. Asenjo



MADRID. CONCURSO HÍPICO.
EL SR. MUNTADAS SALTANDO



ASPECTO DEL «STAND» DURANTE EL CONCURSO HIPICO

Fotgs. Muñoz de Baena

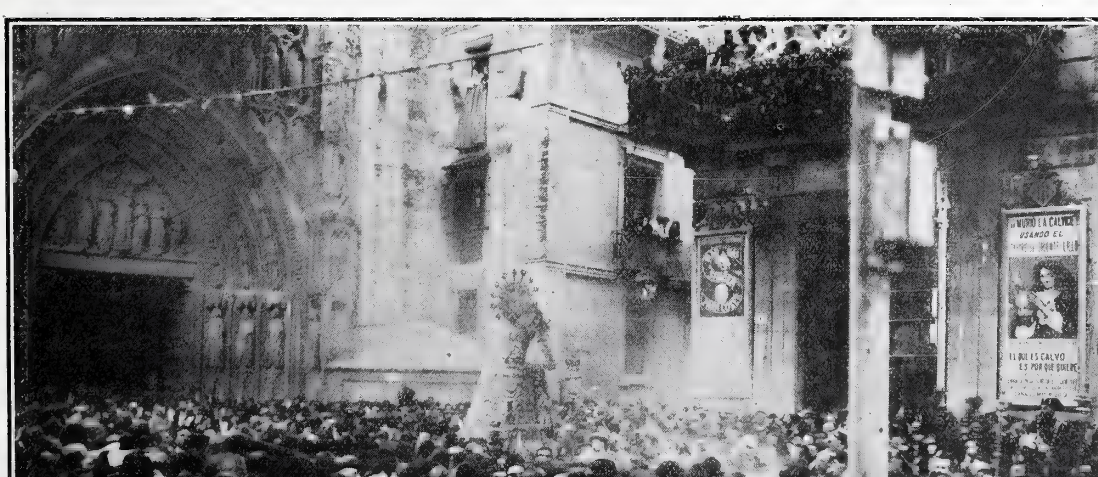


PRIMERA SALA DE ESCULTURA EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES



UNA SALA DE PINTURA EN LA MISMA EXPOSICIÓN

Fotgs. Muñoz de Baena



VALENCIA. LA PROCESIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS SALIENDO DE LA CATEDRAL

Fot. Francisco Gómez

Despues de San Isidro.

Sr. D. Aga Gomez de la — En —

Mi querido amigo: la para decirte que desde el día del Santo de mi estoy como unas

Recordarás que mi y yó nos llevamos como y

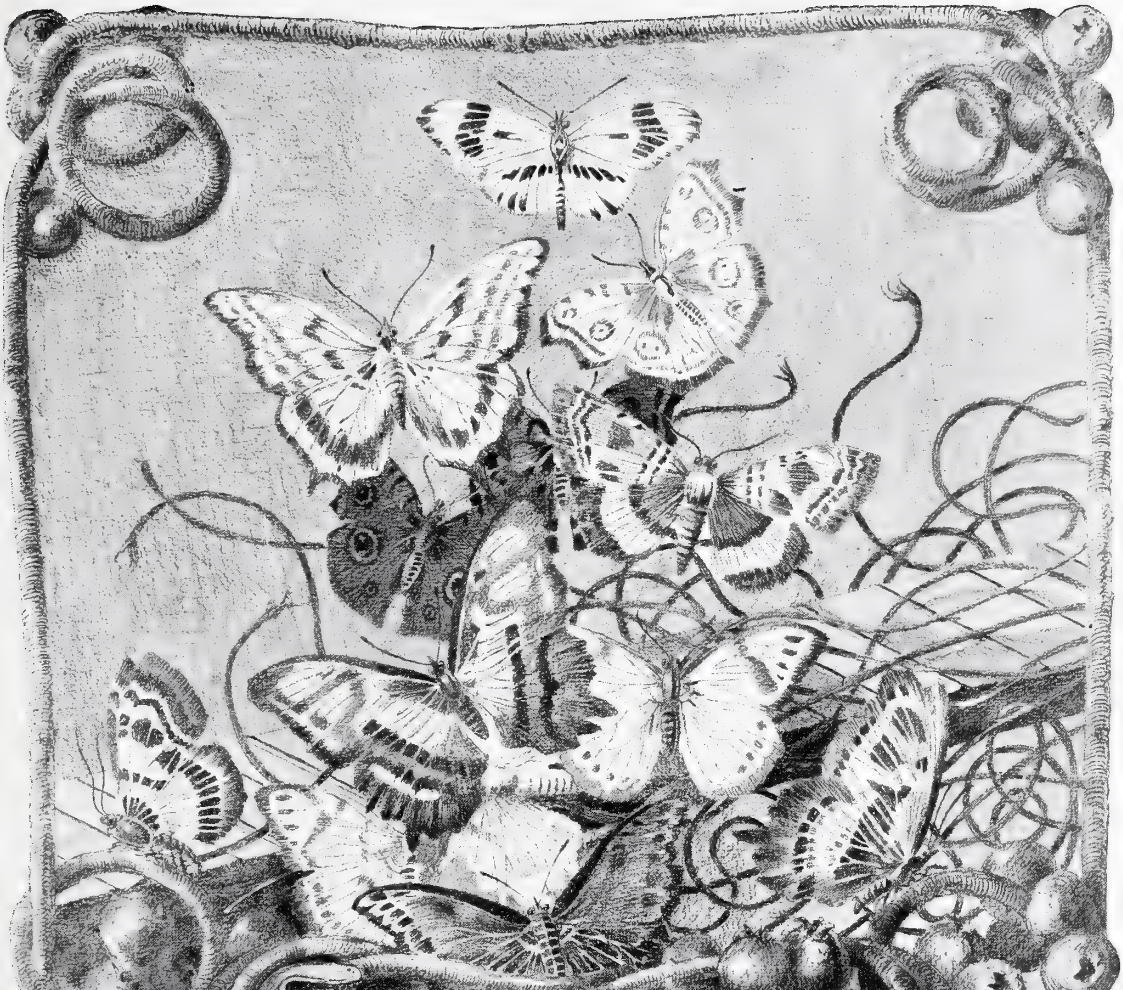
No obstante fuimos á la romería; pero nó á y andando, sino en un de • Pasamos el de Segovia y llegamos á la en donde decia misa un muy Despues compramos de Fuenlabrada; entramos á ver unos bailamos al son de una y cargamos con un par de y un XXXX Pero llegó el momento de comer, y despues de devorar fritos, unos de Sala con una de pan, una de arroz con y una racion de manchego, apuramos de P y de tal modo se le subió á la al de mi que comenzó á dirigirme epítetos y cuando yá me habia tres golpes en las con una cierto llamado que estaba en la de al lado tomando unas salió á la defensa de mi y con el que llevaba en la me partió el en dos pedazos, mientras ella ponia en polvorosa. Acudió la y se le llevó á la prevencion y yó me vine á mi, pero mi desapareció, y se me que nó volverá á darme más la ¡Qué se me ha quitado de encima! es decirte que al verme desconchado, ó sea sin, bendigo mil veces á de cuya romería ré un buen recuerdo y dos buenos.

Sin, te envia un á muy tu amigo — Segis

Por la copia

Juan Perez Zúñiga

(Monos del mismo.)



CUERDAS ROTAS

De un laúd en las cuerdas medio rotas,
por sacrílega mano abandonadas,
dormían mariposas matizadas
igual que hileras de sensibles notas.

Lluvia imprevista de crujientes gotas
dejó al laúd sus cuerdas destrozadas,
y huyeron los insectos á bandadas
como raudo tropel de gaviotas.

De mi pecho en las cuerdas doloridas,
llevó mi amor, como el laúd, dormidas,
ilusiones que fueron mi tesoro.

Rompió las cuerdas mi llorar violento,
y huyeron libres por lo azul del viento
mis ilusiones como enjambre de oro.

AARIJA

Salvador RUEDA

CALLE DE SAN VICENTE DE LA BARQUERA, POR A. ANDRADE



[library stamp]

LA MUJER Y LA CASA

MODAS — MUEBLES — LABORES — CONCURSOS FEMENINOS.



LA MODA COSMOPOLITA — La aspiración de todos los hombres de buena voluntad á que se supriman las fronteras de las naciones y llegue la humanidad á un estado uniforme de cultura y progreso, no es solamente un anhelo masculino.

Mucho más pueden hacer las mujeres que los hombres en bien de esta generosa aspiración, ya que ellas son las que llevan la dirección sentimental del mundo; y si para educar y dirigir los sentimientos lo primero es disciplinar y encauzar las sensaciones, no es dudoso que la moda, en la cual se manifiesta el gusto artístico femenino, ha de ser uno de los principales medios de lograr la aproximación simpática entre los pueblos.

Las mujeres orientales, que durante siglos y siglos han permanecido rehacias á la aceptación de las modas de Occidente, van ya convenciéndose y pasando por el aro, muchas de ellas con verdadero gusto. No hay para qué repetir el consabido ejemplo de las damas japonesas, aun cuando sí debe notarse que quizás esas señoras, al vestirse á la europea, han hecho por la cultura y el vigor del prepotente Japón tanto como sus maridos. Mucho más reaccionarias que las japonesas, las mujeres de raza musulmana hasta ahora no habían consentido en cambiar de vestimenta; pero, por fin, la moda va imponiéndose en algunos casos aislados.

De ellos, el más notable es el de la bella y elegantísima princesa egipcia Mohamed-Ibrahim, prima del actual Khedive y nieta de aquel ilustre Ismail Pachá, tan famoso por sus ideas progresivas y por haber librado al país egipcio de la tiranía de los sultanes, como por su prodigalidad alocada y su fastuosa manera de vivir.

La princesa Mohamed-Ibrahim, que por su hermosura y elegancia ha llamado poderosamente la atención de la sociedad internacional reunida en Montecarlo esta primavera, es quizá el primer ejemplo de mujer oriental que haya logrado adaptarse por completo á las modas parisienses y ser confundida con una parisiense de veras.

La *toilette* con que la vemos en el jardín del Hermitage de Mónaco (vestido claro de muselina, gran sombrero negro de encaje y novísima estola de marta, con cintas y pasadores de encaje crema), puede servir de figurín, lo cual no sucede nunca con los vestidos europeos que se ponen las damas del Japón. Verdad es que la raza egipcia es quizás más europea que cuantas viven hoy en Europa. Y no debe olvidarse que de la estatua egipcia salió la estatua arcaica griega.

FOT. CHUSSEAU-FLAVIENS



LAS JOYAS



Hoy no se cotiza principalmente el valor intrínseco de las joyas, sino su mérito artístico. Claro es que siempre valdrá mucho un collar de perlas y brillantes, un aderezo con piedras de gran tamaño y de buena calidad, etc., etc. Pero en la joyería mejor que en ninguna otra de las artes industriales ha influído el ingenio y la inventiva, y los buenos modelos se pagan muy bien á quien los sabe hacer. El gusto, el *esprit* y el ingenio del que concibe aquellos, y la fidelidad, perfección y finura que en su ejecución pone el artífice, convierten aquellos pedazos de metal precioso y las piedras que los avaloran, en objetos de arte delicado, concienzudo y minucioso, de menos valor intrínseco, pero de muchísimo más mérito que unas pesadísimas y burdas arracadas con gruesos chatones.



Medalla Dolores: oro, pedrería, fondo esmalte.



Colgante oro cincelado y pedrería fina

COLLAR: CADENA Y MONTURA PLATINO: MARGARITAS DE PERLAS, CENTROS DE TOPACIOS

Así, ayer, en virtud de pragmática, se tasaba los precios «á los mercaderes de joyería de la calle Mayor, para que no pudieran exceder de ellos», porque sólo se atendía á ver en las joyas objetos de lujo y vanidad. Hoy sería difícil la tasa, porque la inventiva y el arte del joyero no pueden tasarse.

Sólo á tratarse de objetos de lujo y vanidad, se le habría ocurrido decir al gran Quevedo: «Mirad esos joyeros, que á persuasión de la locura venden enredos resplandecientes y embustes de colores.»

El modernismo en su parte sana, inspirada y simpática, ha marcado su huella indeleble y duradera en la joyería. Y en este estilo, como en el antiguo Luis XV, se hacen en España verdaderas preciosidades, maravillas de ejecución y de gusto, gallarda muestra de lo que pueden nuestros artistas sin necesidad de tomar nada del Extranjero.

Buenas pruebas de esto son las joyas que adornan esta página, merced á la galantería del autor y dueño de ellas, el joyero D. Alejo Sánchez.

¿Cuál es la moda en las joyas? Todo lo que constituya una nota nueva por su forma y á veces aun extravagante. Por juzgarlo nuevo hasta cierto punto, se imita el estilo antiguo.

Pero lo moderno es lo más buscado y lo que más gusta. Y el artífice se inspira en la Naturaleza—eterno é inmejorable modelo—para producir sus obras.

Peines, horquillas, alfileres, sortijas, collares, colgantes (pendantifs), pulseras, imperdibles, botones, todas las joyas, en fin, tienen hojas, flores, frutos, ramas, rostros femeninos con ondulante cabellera, en líneas y relieves vigorosamente trazados primero y esfumados luego hasta perderse.

El platino ha desterrado por completo á su homóloga la plata y comparte con el oro, las perlas de varios colores, las esmeraldas, los brillantes y los zafiros, el honor de adornar el pelo, las orejas, el seno, la garganta y las manos de las hermosas. Para ellas solas imagínanse hechos esos primores de talla, cincelado y belleza artística.

R. DE PALACIO

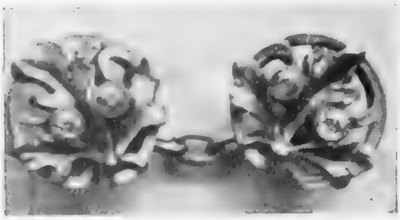


Horquilla de concha rubia, oro y perlas.



Horquilla de concha rubia, oro y pedrería.

Fots. Muñoz de Baena.



GEMELOS ORO CINCELADO CON BRILLANTES Y ZAFIROS



SORTIJA DE ORO CINCELADO, HOJAS VERDES Y UVAS DE PERLAS



BOTONES ORO CINCELADO CON ESMERALDAS Y RUBÍES



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE CALLE. Modelo de la casa Martial et Amand, de París.
Es un elegante vestido de paño fino color pulga, con sencillos adornos de terciopelo de un tono más obscuro.
Mangas de encaje de Venecia. Sombrero de paja adornado con flores.

FOT. REUTLINGER

LA CASA MODERNA



CONJUNTO DEL COMEDOR ESTILO MODERNO

De todas las habitaciones que constituyen el hogar moderno, acaso no hay ninguna que admita de ordinario tanta variedad de estilos y adornos como el comedor.

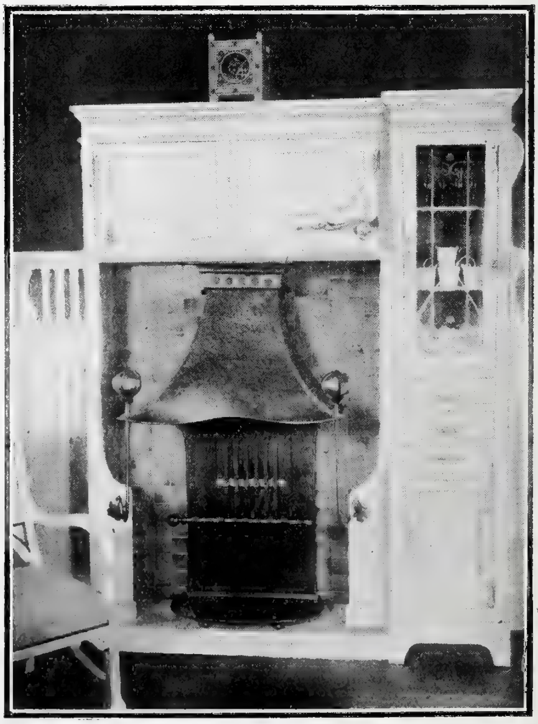
Es frecuente entre las personas elegantes el empeño de tener un salón Imperio, una alcoba Luis XV ó un despacho Enrique II; pero aun los más severos en punto á pureza de estilos, admiten innovaciones y caprichos en el comedor.

Así, pues, hay muchos comedores *modern style*, pero pocos que respondan á un criterio estético depurado y que obedezcan á un plan claro y agradable. Y en cambio, ¡cuánta fantasía desbocada, cuánta dislocación de líneas y cuánta absoluta falta de comodidad no se nota en muchos mueblajes de comedor llamados *modernistas!* En esas habitaciones suele ser donde la anarquía artística y el capricho tonto suelen hacer más estragos.

Un verdadero modelo de comedor de estilo moderno es el que fotografiamos en esta página, proyectado por D. Enrique Amaré y construído en sus talleres.

Es de haya pintada al esmalte blanco. Las paredes están tapizadas de pana Liberty verde Nilo, y los huecos, también de pana con bordados crema. Los aparatos de luz y todos los herrajes de la habitación son de bronce de su color, que es sin duda mucho más agradable y serio que el dorado. El pavimento es de madera, mezclándose en él el roble y el pino melis.

Este comedor, que está colocado en una elegante morada de la calle de Alcalá, reune á la mayor comodidad, que es en semejante aposento condición indispensable, el más delicado y exquisito gusto.



«COIN DU FEU»: ESTUFA Y ACCESORIOS

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 28 Mayo 1904. N.º 682



CÓMO VINO EL AMOR...

POR ser cosa que atañe al buen nombre de un pueblo, aunque modesto y sencillo con su negra honrilla como todos, voy á deshacer un error, del que tiene la culpa el gobernador civil de aquella provincia. Días há anduvo rodando de periódico en periódico un telegrama que decía así:

«Gobernador á Ministro: Acaba de estallar un motín por consumos en Patalallana del Pasto. Amotinados agredieron á la fuerza pública y autoridades. Van retirados muchos heridos, entre ellos el alcalde depositario, tres guardas de consumos y el encargado del reloj. Salgo para el lugar del suceso.»

Yo sé por qué y cómo fué el llamado motín por consumos, y voy á contarlo para dejar en buen lugar al noble vecindario de Patalallana, ligeramente atropellado por los ímpetus telegráficos del gobernador. Así son todos.

* * *

A boca de noche, como por allá dicen, ó entre dos luces, como se dice en todas partes, entró en Patalallana por los caños viejos, donde está el *Punto*, un mozón de éstos de «por San Pedro á San Pedro», quiero decir, un pastor montuno, que salvo extremos casos de necesidad y de urgencia, sólo entran en poblado en día tan solemne y calificado por la Iglesia.

Venía muy arriscado, con un pedazo de peñasco por sombrero, que no otra cosa parecía el suyo, grandes zahones lustrados por las resinas del monte, y una pelleja con rodeos de lana ceñida á los lomos. Al hombro, en son de alforjas, traía dos chivatos abiertos en canal, trabados de patas, y con esto y un garrote de acebuche bien criado, se remataba el equipo.

El fielatero, que entre otras faltas tenía la de ser cojo, echó el alto al pastor cuando ya iba de pasada, más por ignorancia de la ley que por deseo de infringirla, y así se propuso dar parte de lo que no había recibido.

Iba el mozo con mucha *fucia* y ahinco á contar al ama la *juerga* que habían tenido los lobos en la piara dos noches antes, y á llevarla aquellos cabritos por si podían consolarla. Más al pasar junto á la casa de la señora Rosalía, oyó cierto rum rum de bullanga y unos ayes largos y sostenidos, de que no se espantó por saber que la señora Rosalía era viuda, aunque no reciente. Espantóse luego de oir que con el ¡ay, ay, ay! se entremetía guitarreo y son de palmadas, con otros excesos nada conformes con la viudez, y por unas y otras cavilaciones se arrimó, empujó la puerta con el garrote, y zarandeando el cuerpo con los cabritos, se fué haciendo sitio hasta ponerse en el cogollo. Allí estaban las personas de viso de Patalallana dispuestas á quitar pesares del ánima á la señora Rosalía; y allí estaba ella harto dispuesta á que se los quitaran, que era de buen ver todavía y con regular hacienda por golosina.

No sé si á este respecto se había descolgado por allí un guitarrero largo y huesudo, acabada su persona en un copete de cerote negro y en dos tufos planchados con palustre encima de las sienes, y todo ello encajado en una cara en que cabría sosegadamente una puñalada de á treinta y seis puntos. No sólo hacía «hablar á la guitarra», sino que cantando cosas tristes con el contrapunto del ¡ay, ay, ay! ponía á la reunión haciendo pucheros, y más á la viuda, que tenía el corazón muy tierno con las desgracias.

En lo mejor de la fiesta entró á empujones el pastor; había silla sosteniendo á tres personas, y en la pieza no cabía un alfiler. Embobado se quedó el mozo, y con el garrote arrimado á los pechos como si lo estuviera criando. Bien pronto repararon en su persona, y rompió el nublado en cuchufletas.

—Esta casa se ha ido por sus pies al monte.
—¿No oléis á cuajo?
—Y bien rancio que es.
—¡Qué peste trae el traidor! Hiede á demonios.
—Como soy del campo, donde quier me zampo.
—Hasta el altar mayor. ¡Qué poca vergüenza!
—Tráele una silla.
—Siéntatelo en la falda.
—¿Con garrote y todo? Mira no te refriegue un cabrito
—Sácalo á bailar; ¿no ves que trae zapatillas?
—Parece que lo han metido en un zapato: no se ve más que suela.

Como si hablasen con la pared. El pastor miraba y callaba. Aquella fiesta le parecía al pobréte cosa del otro mundo. Estaba encantado.

Tras del concierto vino el baile; salieron las parejas á moverse en dos ladrillos, que no había espacio para más. Y empezaron otras gracias. Unos empujaban al pastor hacia un lado; otros al contrario; una bailadora, como que movía los brazos, le derribó el sombrero, que no fué poco derribar; otra le dió con las castañuelas en el hocico; por detrás le echaron un perro, que se enredó con el cabrito que por allí colgaba, y al moverse el payo le pisó una pata, por lo que alzó el can tal alarido, que se hundía la casa.

Por último, un vecino honrado le dijo que se sentara, que sino veía que estaba estorbando, y le brindó con su silla. Al ir á sentarse la retiró, con lo que cayó el pastor espatarrado, con mucho sonar, crujir y rechinar de suelas y pellejas. Allí fué Troya. La risa se oyó fuera del término.

Por pronto que quiso enderezarse el pastor, ya colérico, con cólera tardía y por lo mismo terrible, acudió otro vecino con un gatazo cogido de un puñado por el lomo, y mayando y contraído y con las uñas fuera como iba, se lo encajó al pastor en el cogote. Allí fué el reñir y el revolcarse entrambos inopinados adversarios en corta pero brava escaramuza. Libre el mozo, se enderezó con bárbara y no vista altivez, y, enarbolando el acebuche hacia la parte en que él imaginó estaba la cabecera del duelo, habría descalabrado á media docena de no interponerse súbito el guitarrero, haciendo de la guitarra broquel.

A punto estuvo de morir de un astillazo, que voló el instrumento en cien partes que silbaron como balas.

Alzóse esta vez un alarido de terror entre las hembras: todo el mundo huía y no acertaba á salir. Acudió el alcalde, que era el del gato, y recibió en plena autoridad tan soberano estacazo, que sin poderse valer vino al suelo. Al depositario de fondos se le fué de voleo media oreja, por ser de refilón la caricia, y cuál más cuál menos de los presentes sacó lo suyo, sin respetar condición, sexo ni edades.

Y gracias al cielo, que en un revoleo de aquella maza de Hércules, cayó hecha trizas la modesta lámpara que hacía de la noche día, que si no, Dios sabe el tiempo que aquel Vargas Machuca habría estado destripando moros á todo su sabor y talante.



Los gritos, lamentos y la vista de la sangre, consternaron al pueblo. Nadie se entendía ni sabía qué era aquéllo. Aparecieron los caballeros del pincho á desfacer el agravio y á decomisar los cabritos. El pastor, que vió los pinchos y no entendía de retrónicas, se atrincheró en el porche cabe un montón de ladrillos y cascote, y con tan linda metralla los dejó fuera de combate. Clamaron todos que se tocase á rebato en la única campana que había servible. Buscaron al herrero que daba cuerda al reloj, porque tenía la llave del campanario; vino corriendo y como quien va á salvar al pueblo. Creyóle el pastor un enemigo más, y de un gentil ladrillazo le alzó un pan tamaño en el cogote...

* * *

Este fué el motín, éste el tumulto y escándalo que espantó al gobernador, espeluznó al ministro y puso en movimiento la máquina del Estado. Un proceso, una sentencia y tres meses de cárcel para el pastor, fueron la consecuencia del suceso en cuanto al orden público.

En el orden privado tuvo otras consecuencias. La señora Rosalía quedó prendada y como esclava del mozo en el punto y hora en que le vió revolear la estaca con tal garbo y primor.—«Allí perdí mi entereza, mi libertad y hasta la memoria del difunto.» Ella le regaló en la cárcel, le asistió de ropa, tabaco, comida y bebida y aun de dineros... y por fin, hoy es la boda.

Me ha parecido buen día para volver por el decoro de un pueblo que no se amotina por nada.

En la crónica local debieran titular este capítulo del desorden: «De cómo entró una vez el Amor en Patalallana...»

José NOGALES

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



Mujeres: habéis llegado
á tan rara perfección,
que el mismo diablo se admira,
¡él, que sus mañas os dió!
Usáronse en otras épocas
trajes y dijes ad hoc,
y afeites y tenebrosos
misterios de tocador,
y zarcillos de oro indiano,
y zapatos de charol,
y volantes de guipure,
y puntillas de Alençon,
y sobre el peinado exótico
que un charadista inventó,
diamantes de ricas aguas
envidia dieron al sol.
La beldad y el artificio,
en indestructible unión,
consiguieron más de un éxito
en política y amor.
Pero hoy que una moda inícua
los detalles os quitó,
dejando á las formas plásticas
su natural proporción,
solamente con recursos
que tenéis, gracias á Dios,
podéis conservar incólume
y aun con grandeza mayor
la tenaz prerrogativa,
que es de vuestro sexo el don.
¡Mujeres, tiernos verdugos!
¿quién diablos os da esa voz
que nos mata ó que nos sume
en letárgico sopor,
y es de los quince á los treinta
de arpa dulcísima el son?



¿Qué geniecillo travieso
vuestros cabellos pulió,
poniendo con nuestras crines
esa diferencia atroz?
¿Qué buril abrió esos ojos,
cebo de nuestra atención,
diáfanos, puros, con brillo
sutil é investigador?
¿Quién ha puesto en vuestras almas
tantísimo quid pro quo,
y viceversas tan rápidos
en vuestro carácter non?
¿Por qué el arte de las faldas
cursáis con tanto fervor,
y aprendéis á sostenerlas
con despótico tirón,
y halláis disculpa en el barro
para vencer al pudor
y enseñar en las enaguas
rigideces de almidón?
¿Por qué entre el tupido velo
recatáis el similor,
como estrella solitaria
que al cabello se prendió?
¿Por qué si lleváis el luto
tal forma dáis al crespón
que va enseñando imprudente
lo que la pena ocultó?
¿Por qué mientras vuestros cónyuges,
de su arduo destino en pos,
van con calzones de alpaca
cuando se hiela el alcohol,
cruzáis, ángeles del lujo,
por este mundo ramplón
con capas episcopales
y manguitos de castor?

Triunfáis lo mismo que siempre
triunfáis, y tenéis razón,
porque, emblemas de la vida,
sois su grandeza mayor;
porque, antídotos del hombre
duro, grosero y feroz,
dáis por la altivez martirio,
dulzura por el rencor,
por la blasfemia oraciones
y por la falta el perdón;
porque sois, sin duda alguna,
la obra perfecta de Dios;
por eso tenéis, mujeres,
un trono en mi corazón.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

DIBUJO DE VARELA

PENAS TIÉ MI MARE,
PENAS TENGO YO,
Y LAS QUE MÁS SIENTO SON LAS É MI MARE,
QUE LAS MÍAS NO.



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

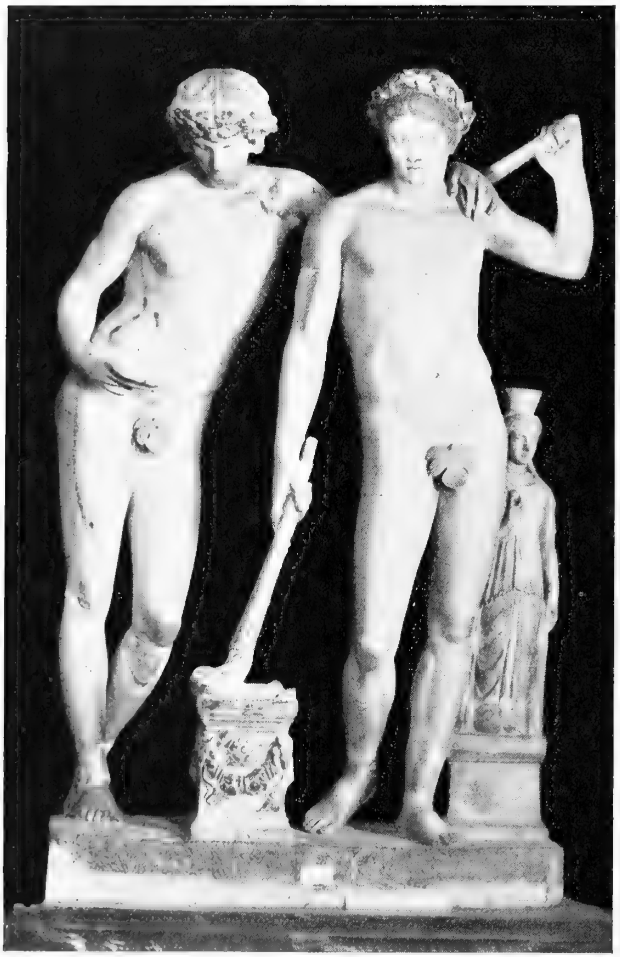
POR ADOLFO LOZANO

ZODIACADA DE MAYO

GÉMINIS

CUALQUIERA, al contemplar los dos muñequitos ridículos con que suele representarse en los calendarios el signo de *Géminis*, se figura quiénes son esos hermanos gemelos! Y ¡cualquiera no se indigna al ver el poco respeto que se tiene al clasicismo cuando con tan ruines figurillas se intenta representar nada menos que á los invencibles Dioscuros Cástor y Pólux!

El origen y la vida de estos dos hermanos tan simpáticos son bastante conocidos de todo el mundo. La historia de Júpiter convertido en cisne por amor de Leda, la mujer de Tíndaro, y el cuento de los dos huevos que esta apreciable y alegre señora puso, y de uno de los cuales salieron Pólux y Helena, como del otro Cástor y Clitemnestra, son cosas que figuran hasta en esos horribles y archicursis utensilios que se llaman cerilleras y petacas con esmaltes.



GRUPO DE CÁSTOR Y PÓLUX (¿Ó NARCISO É HIMENEO?) DEL MUSEO DEL PRADO

Lo curioso (y eso ya no se ve en las petacas) es que en realidad los Dioscuros ó hijos de Zeus no eran Cástor y Pólux, sino este último y Helena, mientras Cástor y Clitemnestra eran mortales, como hijos legítimos de Tíndaro, rey de Esparta.

La fábula mitológica es tan bella y delicada en este punto y su simbolismo tan encantador, que aun despojado de la forma poética con que lo exponen los grandes artistas griegos y latinos, nos interesa y nos emociona profundamente.

Cástor y Pólux, el hijo del hombre y el hijo del dios, se aman entrañablemente como hermanos inseparables, y esto quiere decir, sin duda, que el amor fraternal más puro, el que acerca los dioses á los hombres ó eleva los hombres hasta los dioses, no tiene otro origen sino el amor maternal. La madre lo fué todo para los poetas griegos, como la Madre Santísima del Verbo lo fué también para los poetas marianos.

El amor fraternal de Cástor y Pólux fué tan grande, que no sólo se probó en los mil riesgos corridos por entrambos al asistir á la expedición de los Argonautas, sino en ocasión mucho más solemne é importante. Los dos hermanos robaron á Febé y á Telaira, sus primas, las cuales iban á casarse. Los novios riñeron con los Dioscuros, y á manos de Linceo, novio de Telaira, cayó muerto Cástor, que era el mortal. Ante aquella desgracia, el dolor de Pólux fué tan grande, que no supo sino dirigir sus ruegos al padre Zeus para lograr de él, ó que hiciese inmortal á Cástor ó que le hiciese mortal á él, á Pólux, y le matara.

Terrible compromiso era éste para Júpiter, quien, á pesar de ser el padre de los dioses, no podia contradecir lo escrito en el libro del Destino. Pero como era Zeus un dios amigo de las componendas y las conchabanzas, buscó lo que ahora llamamos una solución pastelera, concediendo á cada uno de los hermanos seis meses anuales de vida en la tierra y otros seis meses en el Orco ó Averno.

Esta solución, como todos los términos medios y las aguas tibias, no satisfizo ni al inmortal ni al mortal. Pasaron, no obstante, una temporada alternando los semestres infernales con los terrestres, con lo cual resultaba que no se veían sino de refilón dos veces al año, cuando el uno iba á la tierra y el otro regresaba al Averno. Para obviar tamaña incomodidad, á Júpiter no se le ocurrió cosa mejor que convertir á los Dioscuros en sendas estrellas y colocarlas en el cielo, donde todavía están y se ven regularmente claras en estas hermosas noches de Mayo.

Pero con colocarlos en el cielo, el padre de los dioses no terminó la misión de los Dioscuros en la tierra. Allá en los primeros siglos de la historia de Roma los vemos aparecer milagrosamente, montados en briosos corceles, prestando maravilloso auxilio á los romanos contra sus enemigos latinos, sabinos, sabelios, samnitas, etc., etc., en diferentes ocasiones.

La Ciudad Eterna tributó desde los más remotos tiempos singular veneración á los dos hermanos. Cástor y Pólux fueron divinidades tutelares de Roma, y su templo, del cual tres columnas aún se conservan enhiestas y arrogantes en el Foro, siempre ha sido respetado. Así como los militares y fanfarrones solían poner por testigo á Hércules en sus juramentos, diciendo *hercle* (por Hércules), entre las personas finas era costumbre decir *pol* ó *edepol* (por Pólux), los hombres, y *cástor* ó *hecástor* (por Cástor) las señoras y señoritas. Estas dos expresiones eran tan frecuentes como es hoy el decir *¡Ave María! ¡por Dios! ¡Jesús, Señor!* y tantas otras con que medio se contraviene al segundo mandamiento de la manera más tonta del mundo.

W. & B.

DANIEL URRABIETA VIERGE



DANIEL URRABIETA EN SU TALLER DE BOULOGNE SUR SEINE

Con la muerte de este insigne dibujante, acaecida en París hace pocos días, pierde el arte español uno de los artistas que más universalizaron el alma de nuestra Patria, por ser quizás el que mejor supo sentirla y con más nerviosa precisión interpretarla.

El espíritu de Cervantes y de Quevedo no ha habido ningún crítico, ningún sabio, ningún artista que haya sabido comunicarle á las gentes de todos los países con tan vibrante eficacia, con tan viva exactitud como lo hizo Daniel Urrabieta Vierge en las maravillosas ilustraciones de la *Vida del buscón Don Pablos*, del Quijote, del libro curiosísimo titulado *On the trail of Don Quichotte*, cuyo autor recorrió con Vierge las etapas del viaje de D. Quijote por la Mancha y Sierra Morena.

Cervantes no hubiera soñado una reproducción plástica de las aventuras por él imaginadas que tanto se acomodase á su pensamiento como los dibujos de Vierge, en los que ríen las líneas, vibran los contornos, las sombras danzan, los claroscuros violentos dan valor y vida á los rincones ignorados, las sillas tienen fisonomía personal, los burros y los perros filosofan rebuznando y ladrando.

Era Urrabieta Vierge uno de esos españoles tan intensamente españoles, que ya no pueden vivir en la achicada y desnaturalizada Patria. Desde su rincón de un pueblecito inmediato á París, recluso y atado al sillon y á la mesa por una parálisis que no le permitía mover sino la mano izquierda, evocaba el artista solitario lo mejor de España, resucitaba los tipos ideales de la Patria muerta, y así hacía respetar el nombre español en el mundo entero.

Crónica Gráfica



EL ACTOR ENRIQUE BORRÁS
Fot. Napoleón

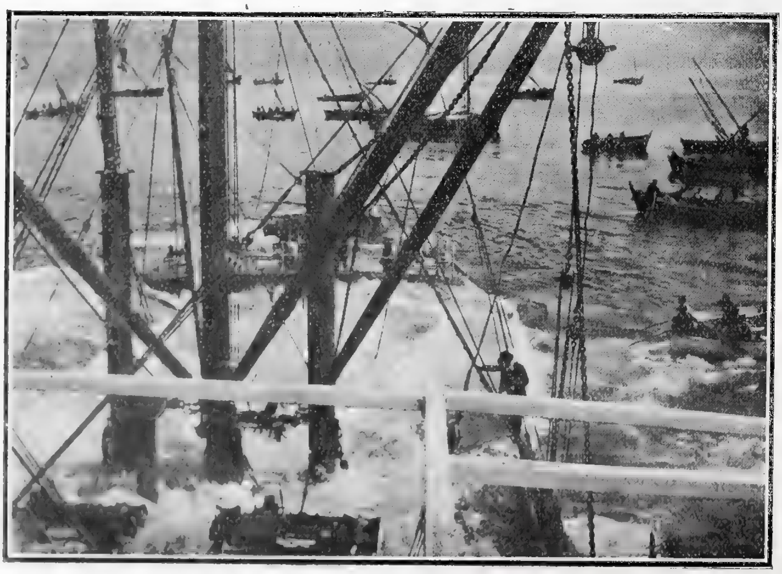


EL PIANISTA JOSÉ CARRASCO Y BENAVENTE, DE SEIS AÑOS
Fot. J. López



CARRERAS DE BICICLETAS EN VALENCIA.—LA SALIDA
Fot. Tomás Soler

EL actor catalán Enrique Borrás, que actúa con su compañía en el teatro de la Comedia, es un buen intérprete del teatro catalán, tan interesante y digno de estudio. Celebramos que no siempre haga falta recurrir á los actores extranjeros para ver obras bien representadas.



NAUFRAGIO DEL VAPOR INGLÉS «HORATIO» EN AGUAS DE NOYA
Fot. Ramón Madrid

EN el Conservatorio hemos oído con verdadera admiración á un segundo Pepito Arriola: el niño de seis años Pepito Carrasco y Benavente, natural de Murcia, que ejecuta en el piano y en el órgano obras dificilísimas con la facilidad de un maestro consumado. Deseamos á este nuevo niño prodigio la misma suerte que á su tocayo Arriola.

LA Unión Velocipédica Española ha celebrado importantes carreras de campeonato en Valencia. En ellas ha obtenido el premio de 750 pesetas de S. M. el Rey y ha sido proclamado campeón el ciclista D. Tomás Penalva.

COMO fotografía muy curiosa, reproducimos la relativa á la varadura del vapor inglés *Horatio*, de 6.000 toneladas, en aguas del puerto del Sou, frente á la entrada de la ría de Noya.



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Este es un niño que no tiene nada de guapo ni de elegante. Educación, sólo posee la que le da un maestro hambriento en una escuela de los barrios bajos. Llamarse, se llama Tiburcio: ¡ya veis qué nombre tan feo!

Tiburcio sabe leer, escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir por dos guarismos. Sabe además otra ciencia, que es la más difícil de todas: la de aprender á acostarse sin cenar cuando no lo hay.

Tiburcio es, por consiguiente, un hombrecito dispuesto á luchar, con mucha alma, por la vida.

Tiburcio va á llevar la comida á su padre, que es oficial único de una barbería barata en el barrio del Pacífico.

A pesar del ambiente prosaico y triste que le rodea, Tiburcio es algo poeta, como deben serlo todos los niños. ¡Desconfiad de los niños que no aman el sol, el cielo, las flores; desconfiad de los niños que no huelen la violeta y el jazmín; de los que no corren á atrapar la mariposa; de los que no persiguen al vilano; de los que no se paran á ver pasar la música!...

Ya sabe de sobra Tiburcio que en el Retiro no se puede entrar llevando una cesta al brazo, pero también conoce el medio de eludir esta prohibición. Si le pregunta un guarda, dirá que lleva la comida á un obrero de la Villa que está trabajando junto al Observatorio, y así podrá cruzar todo el Retiro á sus anchas.

Lo hace, y en un banco tropieza con un número viejo y arrugadito de un periódico ilustrado. Tiburcio lo recoge porque tiene la manía de recoger los papeles rotos ó enteros de las calles: lo mismo hacía cuando niño otro pobre hombre que se llamó Miguel de Cervantes.



Para Tiburcio el hallazgo del papel con monos es una gran fortuna.

No vayáis á creer que se sienta en un banco para leerlo. No: Tiburcio tiene idea muy clara de su deber y no se para ni un momento; pero, como va andando y leyendo, se retrasa un poco y al llegar á la barbería su padre le riñe, repitiéndole la consabida fábula de la cigarra y la hormiga, que ya en la escuela había leído Tiburcio.

Por fortuna, el regaño es leve, porque el padre de Tiburcio está *sirviendo*, es decir, arreglando el pelo y la barba á un señor melenudo á quien en la vecindad llaman *el poeta*, porque dicen que escribe versos en los papeles.

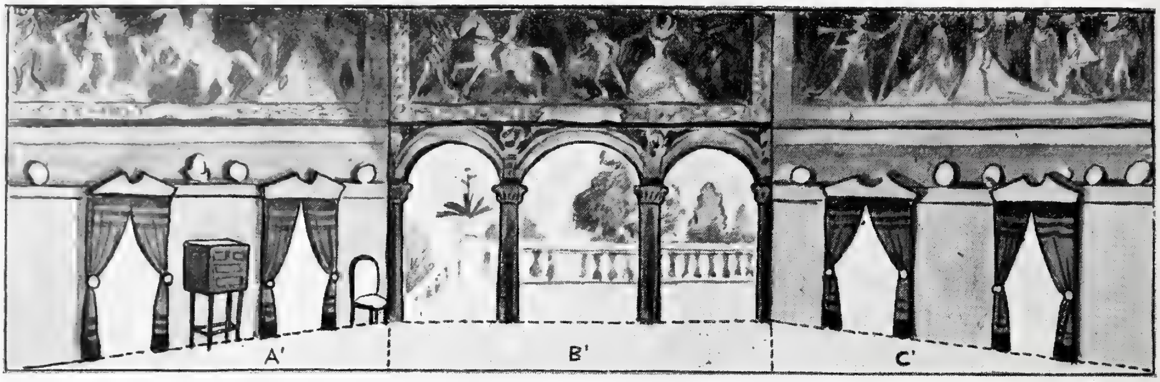
Al poeta, que, naturalmente, es muy pobre, le interesa el caso del padre prosaico y del chico aficionado á la poesía. Cabalmente, eran suyos los versos que Tiburcio acababa de leer.

Y el poeta, que sólo tenía dos reales para almorzar, se los regala á Tiburcio para que se compre golosinas, y le dice al barbero, que finge oponerse á tan exorbitante *propinón*:—Deje usted á la cigarra que haga un obsequio á la hormiga.

Y se marcha á la calle, contento como Lorenzo el Magnífico de Médicis, pero con mucho más apetito.

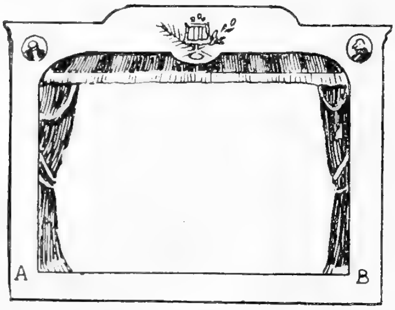
Y Tiburcio comprende por primera vez en su vida que no siempre se debe hacer caso de los consejos prosaicos ni de las moralejas que enseñan los maestros.

DIBUJO DE SOUTO



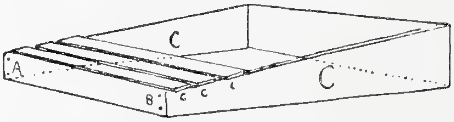
CÓMO SE HACE UN TEATRO

Uno de los juguetes que más atraen á la gente menuda es indudablemente el teatro. ¿Quién no ha soñado en su infancia con un teatro de juguete mejor ó peor hecho? Por desgracia, no todos los niños están en condiciones de adquirir uno de esos teatros bien hechos, que colocados en los escaparates de los bazares atraen sus codiciosas miradas.



Pues bien; vamos á dar á los pequeñuelos la solución para lograr un teatro bien hecho y por poco dinero.

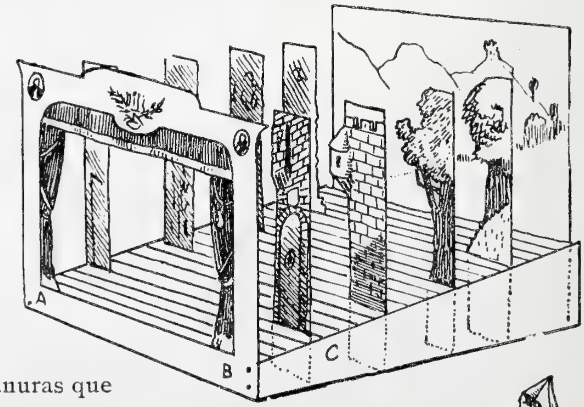
Comiencen por comprar en cualquier papelería ó cacharrería unos llamados pliegos de decoraciones estampados en litografía, y cuyo precio varía de 5 á 25 céntimos cada uno, según sus tamaños y calidad. En estos pliegos figuran embocaduras de teatro, decoraciones, bastidores y figuras.





Comprado el pliego conteniendo la embocadura, recórtese ésta y se pega en una cartulina bastante resistente, realizado lo cual se construye el escenario.

Se cogen cuatro tablas de un centímetro de grueso, y se cortan y cepillan de modo que formen un cajón cuyos dos lados laterales estén ligeramente inclinados. Sobre este cajón, y paralelamente al frente del que será escenario, se clavan unas tablitas de un par de centímetros de ancho, dejando entre cada una unas ranuras del ancho suficiente para que por ellas pase una cartulina un poco fuerte.



Hecho esto, ya se tiene armado el escenario, en cuyo frente se clava la embocadura, y ya está hecho el teatro, á falta solamente de dotarle del decorado necesario.

En los pliegos de decoraciones que se venden en el comercio, encontrará el infantil propietario del teatro decoraciones de diversos asuntos.

Para armarlas, debe recortar telón de fondo y bastidores, y una vez bien recortados los pegará en cartulina de grueso suficiente para darles consistencia, debiendo dejarles por su parte inferior un sobrante de cartulina de igual altura que el cajón ó escenario.

Este sobrante de cartulina sirve para que se mantengan derechos bastidores y telones de fondo, que se meten por las ranuras que quedan entre las tablitas del escenario.

Como se ve, no puede ser más sencillo ni barato el medio de construir todo esto.

Luis ZOZAYA





UNA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA

El profesor os habrá dicho, porque así se lo contaron á él, que España tiene la figura de una piel de toro extendida. No lo creáis; yo no he visto nunca semejante parecido; pero si alguien lo encuentra, es porque está acostumbrado á mirar la figura de España *puesta de pie*, es decir, tal como se la ofrecen los mapas.

Pero nosotros descolgamos nuestro mapa y le colocamos como se nos antoja colocarle, de medio lado ó, como os diría vuestro profesor, con el Oeste donde debe estar (¿por qué deberá estar?) el Norte, con el Este al Sur, y así sucesivamente.

Ea, ahora, ¿qué os imagináis que es la figura de España? Bien claro lo véis.

El mapa de España es la cara de un señor muy bueno, muy infelizote, que está unido á Europa solamente por el pescuezo, pues desde el cogote hasta la nuez, como véis, le sujeta un collar, que son los Pirineos.



El pobre señor tiene cara de ser muy viejecito, muy noble, de excelentísima pasta, y lo es, en efecto. Como véis, le pusieron ó se puso él hace muchos siglos un gorro que se llama Portugal, y el buen viejo lo lleva echado sobre la frente calva, dejando al descubierto la coronilla, en donde aún conserva unos pelos erizados, que son el cabo de Finisterre, el de Toriñana, el Villano, el Prior y el Ortegal. Preguntadles á los marinos si esos pelos de la coronilla de España son foscos y de malas pulgas.

Para acomodarse bien sobre la frente el gorrito llamado Portugal, tiene un pico, que es el cabo de San Vicente, y casi en medio del gorro hay un botón de oro y brillantes que se llama la bella ciudad de Lisboa.

Ya os he dicho que el señor está calvo, excepto por la parte de atrás de la cabeza. Desde los cabos que os he dicho, siguiendo coronilla abajo veréis que el señor ha echado no hace mucho un pelo muy decente por la parte de Asturias, Santander, Bilbao y San Sebastián, gracias al trabajo y esfuerzo de los hijos de esas comarcas.

El collar de los Pirineos aprieta, pero no ahoga la garganta del buen señor, que está, según véis, remojándose el pescuezo y las barbas en el mar Mediterráneo. Como viejo, el buen señor tiene una nuez muy saliente, que es Cataluña; por cierto que esta nuez tiene también bastante pelo recio y difícil de afeitar.

Si proseguís mirando, veréis que el señor tiene una gran papada colgante, como la de esos viejos que han estado muy gordos y que han enflaquecido por miserias ó disgustos. Esa papada la forman dos sotabarbas: una, que es el cabo de San Antonio, debajito de Valencia; y otra, que es el cabo de Palos, al lado de Cartagena. La verdadera barba, no muy picuda, del buen señor es el cabo de Gata, junto á Almería.

La boca es muy curiosa: es una de esas bocas de viejo sin dientes, con el labio superior muy adelantado sobre el inferior, lo cual es indicio de buen genio. El labio inferior es Málaga, y la boca toda hace un gesto de tristeza resignada ó de burla de sí mismo.

Muy curiosa es también la nariz del buen señor. Es una hermosa nariz de acentuado caballete, que parte desde el final del gorro Portugal y tiene su punta en Tarifa. En medio del caballete hay una hermosa verruga, una de esas buenas verrugas que dan aspecto paternal á quien las posee: es la bellísima y antiquísima ciudad de Cádiz. En cambio, debajito de la nariz, junto al agujero, tiene el pobre viejo un grano que le molesta muchísimo: Gibraltar.

Los ojos, ¡ah! los ojos del buen señor no se ven, y esto os pondrá tristes, porque no se le ven los ojos, pero sí se le ven las lágrimas que le inundan las órbitas; entre las pestañas, un lagrimón grande es el río Guadiana; surcándole las mejillas, otro raudal de lágrimas que es el Guadalquivir. Entre unas lágrimas y otras hay una gota de oro líquido, que es el Río Tinto y el Odiel; pero no es más que una gota, pues antes que llegue á ser torrente lo enjuga un señor muy egoísta que se llama Rothschild.

¿Y por qué estará triste el viejo cuya cara es el mapa de España? También lo podéis ver. Rozándole la nariz con la suya, frente á frente, hay un moro con el turbante echado para atrás; la cara es el imperio de Marruecos; la barba larguísima y floreciente es la Argelia francesa. El labio inferior colgante es Melilla. También tiene en la punta de la nariz dos granos: uno arriba, que es Tánger; otro abajo, que es Ceuta. El gesto que hace el moro con la boca es de burla ó de menosprecio. Francia ya le tiene cogida toda la barba. Nosotros debíamos, por lo menos, agarrarle de las narices. No nos dejan... y ahí tenéis por qué está triste y por qué llora el señor bonachón. Pero no le tengáis mucho lástima, porque ahí donde le véis tiene una oreja, cuyo agujerito es Madrid, la capital de España, y todo lo que le entra por ese oído le sale por otro.

N.



HISTORIETAS NATURALES

LA FOCA

CONOCÉIS un animal más simpático y misterioso que la foca? ¿Verdad que parece un señor que se ha metido en un pellejo de vino y asoma la cabeza por el agujero? ¡Qué ojos tan hermosos y tan humanos los suyos! Diríais que os está mirando con la misma atención con que miran los profesores de mal genio. ¡Y qué bigotes tan respetables y qué calva tan autorizada la de la foca!

Cuando tú, Juanito, y tú, Pepito, volvéis de la Casa de Fieras y agarráis un lápiz y papel, ya se sabe que todos cuantos animales dibujáis, más que animales parecen personas: el león tiene una cara semejante á la de una tía vuestra lejana; el tigre es el vivo retrato del portero de vuestra casa, y así sucesivamente. Pero la foca ¿á quién se parece? Andad, coged los lápices y pintad una foca; de seguro que á escape la encontráis parecido con alguien, con un señor coronel retirado que va de visita á dar la lata á vuestra familia, ó con otro señor senador que tose mucho, ó con el notario de la casa... Total, que la foca siempre recuerda á una persona de nuestra familia ó de nuestras relaciones.

Pero, además, si os fijáis un poco, veréis en la foca una porción de cualidades maravillosas y dignas de imitación. Por lo pronto, es un animal que puede vivir, y vive, tan pronto en el agua como en la tierra. Para salir adelante en el mundo, conviene saber andar por la tierra, aun cuando no tenga uno pies, que es lo que le pasa á la foca, y saber nadar... y guardar la ropa. Esto ya lo comprenderéis cuando seáis mayorcitos.

Para nadar con toda comodidad, como la foca tiene mucho volumen y poco peso, ¿á que no sabéis lo que hace? Pues va y se traga una porción de piedras, que le sirven para aumentar su peso y deslizarse por las aguas sin trabajo. Eso mismo debéis hacer vosotros cuando os echéis á nadar por esos mundos de Dios; vamos, no quiero decir que os atraquéis de pedruscos, sino que no os lancéis al agua si no os habéis tragado una porción de ciencias, artes y conocimientos que os harán falta, como lastre, sin el cual parecerá que estáis vacíos ó llenos de aire, como una foca ó una pelota de *foot-ball* recién inflada. Y como las piedras que lleva en el estómago la foca le estorbarían para andar por la tierra, cuando quiere salir del agua las suelta bonitamente, quedándose otra vez ligera: ejemplo que debemos seguir y que os recomiendo, porque de nada os servirá el que os hayáis atiborrado de Geografía, de Gramática y de Historia, si no sabéis soltar todo eso á tiempo, cuando haga falta y sea oportuno.

Por último, debéis saber que las mamás y los papás de las focas no son tan complacientes y cariñosos como los vuestros. En cuanto una foquita pequeña tiene seis ó siete meses y deja de mamar, su papá y su mamá le echan un sermoncito moral y le indican la necesidad de que se busque la vida por otro lado, sin más mimos ni contemplaciones, y gracias á este prudentísimo régimen, no hay entre las focas ni la mitad de jóvenes perdidos y holgazanes que entre los hombres.

DIBUJO DE REGIDOR

Actualidad Extranjera

El jardín de Luxemburgo, de París, donde se alzan tantas estatuas de escritores franceses, va á recibir la del más simpático y amable de todos: la estatua de Jorge Sand, la intrépida autora de *Lelia* é *Indiana*, la dulce autora de *François le Champi* y de *La mare au diable*. No se nos han olvidado las novelas del *Balzac con faldas* á quienes las leímos en la juventud.

La estatua, que es un verdadero acierto en cuanto á la propiedad y el carácter de la expresión, es obra del escultor Mr. Sicard, y será colocada muy pronto é inaugurada oficialmente.

Una actriz de nombre español y de extraordinaria belleza, también española pura, pero casi absolutamente desconocida en España, está llamando poderosamente la atención del público londinense, tanto por su talento artístico cuanto por su hermosura y elegancia, que hacen de ella lo que los ingleses llaman una *profesional beauty*.

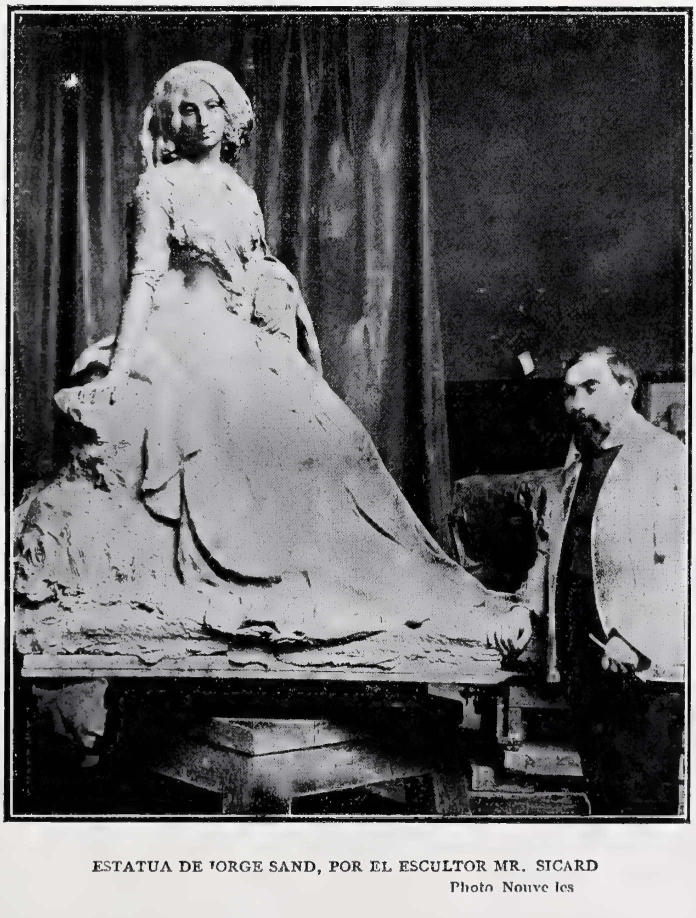
Se llama Clarita Vidal, pertenece á una distinguida familia española emparentada con personajes de la diplomacia, tiene veinte años, hace tres que debutó en el Lyceum Theatre de Nueva York y lleva más de un año en Londres representando, en el Princess Theatre, uno de los principales papeles de la aplaudida pieza *The School girl*, que ha alcanzado más de cuatrocientas representaciones.

Clarita Vidal habla correctísimamente el francés, el inglés y el castellano. Sarah Bernhardt y la Duse la han aconsejado que se presente en algún teatro de París. Nos figuramos que así lo hará, que tendrá éxito... y que sus compatriotas seremos los últimos en oirla.

Al mismo tiempo que en Madrid, se han celebrado en Alemania notables concursos hípicos, con asistencia de S. M. el Emperador y de muchos generales, jefes y oficiales del Ejército.

En el certamen de saltos de anchura y altura, obtuvo el primer premio por unanimidad y con toda justicia el príncipe heredero, que es un jinete consumado, como puede verse en la fotografía instantánea que publicamos.

Del Japón recibimos nuevas é interesantes fotografías, y de ellas escogemos el retrato último del Bismark japonés el marqués de Ito Hirobumi, á quien debe aquella gran nación lo más y lo mejor de sus progresos actuales. Recogemos igualmente la fotografía del entierro del comandante Hirose, mejor dicho, de los restos de este heroico oficial japonés, muerto gloriosamente en uno de los combates navales con los barcos rusos, sin que lograran encontrarse más que algunos miembros de su cuerpo. La conducción de éstos en Tokío dió origen á manifestaciones patrióticas. En pos del armón se ve á la sobrinita del héroe presidiendo el duelo. La última fotografía representa á los corresponsales japoneses y europeos agregados al Estado Mayor japonés.



ESTATUA DE JORGE SAND, POR EL ESCULTOR MR. SICARD
Photo Nouvelles



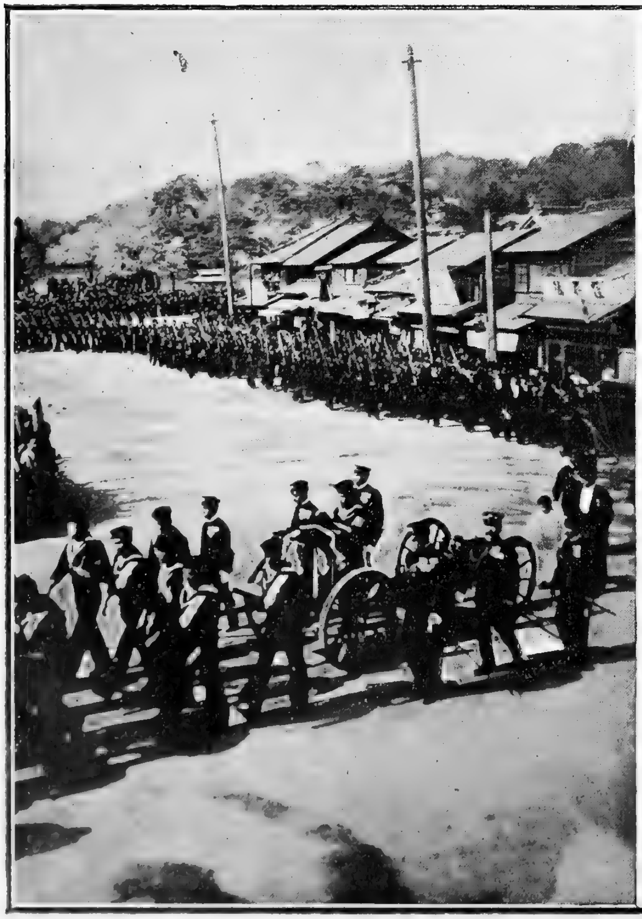
LA ARTISTA ESPAÑOLA CLARITA VIDAL



EL «KRONPRINZ» ALEMÁN EN UN SALTO DE ANCHURA



EL MARQUÉS DE ITO-HIROBUMI



ENTIERRO DEL COMANDANTE HIROSE EN TOKÍO



CORRESPONSALES EUROPEOS Y JAPONESES

Underwood & Underwood Stereographs Copyright-London & New-York

MAYO Y SUS REFRANES

El mes pasado vimos que los refranes nos pintaban á Abril como galán romántico, largo en prometer y fiar, dicharachero y alegre de cascos, nada firme en sus palabras, nada resuelto en sus obras.

Mayo, en trueque, tal como le pintan los refranes, no es prometedor, sino donante; no fía, sino regala; no habla, sino cumple. Por eso á recibirle salen mozos y mozas coronados de flores cantándole el refrán-estribillo: *Enhorabuena vengas, Mayo, el mejor mes de todo el año.*

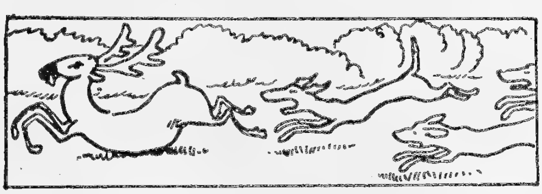
Y á la algazara del canto y bailoteo de mozos y



mozas responde el estruendo claro y triunfador de las trompas de caza qne inunda las encinadas y los rebollares, altisonando: *Primer día de Mayo, corre el lobo y el venado*, porque el brío de la primavera enardece á los perros y les hace arrear valientemente en pos del lobo que está pesado, harto de gazapillos tiernos y quizá de corderos lechales, y detrás del venado á quien le arrastra la barriga de tanto verde como ha comido.

Para el labrador, Mayo es un reposadero entre las últimas faenas invernales y las primeras durísimas del verano.

El labriego, en Mayo ve el campo vestido de espigas y la viña entoldada de pámpanos y el



olivo cuajado de flores, y dando gracias á Dios, se limpia el sudor de la frente y exclama satisfecho como quien ha cumplido todos sus deberes: *Cava, labor y barbecho, en Mayo está hecho.*

Y el gañán, soltando las mulas en los centenos verdes, que casi les tapan las orejas, dice mientras deja el arado en la barbechera: *Are quien aró, que ya Mayo entró.*

En tanto los pastores, como al entrar el calor no se puede conservar la leche de un día para otro, lo cual dificulta su venta, se afanan y ajetrean y pasan lo más del día en los esprimijos, haciendo queso y cuajada y refocilándose con enormes horteradas ó escudilladas de suero fresco. Y el amo, que recoge los quesos tiernos, los deja unos cuantos días colgados en una tabla para que se aireen, y cuando ya están secos y



duros los mete en el tinajón del aceite, exclamando con profunda filosofía: *El queso de Mayo, guardallo.*

¿Que en este mes amanecen unos cuantos días



nublados? Entonces la alegría es general, y unos dicen mirando las nubes:—*Mayo pardo, señal de buen año*; y otros mirando al suelo:—*En Mayo todos, espigas en Agosto.*

Naturalmente, no faltan descontentadizos que habían de quejarse aunque lloviese oro líquido, y éstos son los que, si ven llover más de cuatro días seguidos, refunfuñan meneando la cabeza: *Mayo hortelano, mucha paja y poco grano;* ó bien aquello otro de *Mayo muy lluvioso, en el campo feo y en la huerta hermoso*, porque hay terrenos muy livianillos que se enaguazan con cuatro gotas y en ellos presto se pierde la cosecha, mientras que las tierras migosas, como de huerta, reciben de buen grado



toda el agua que Mayo las eche y hasta una poquita de Junio.

Es, en suma, para los labradores el mes definitivo, el mes crítico. Todo lo bueno ó todo lo malo, en Mayo es cuando ocurre. Por eso dice otro proverbio: *Buen año, mal año, gavillas en Mayo;* al que suele añadírsele esta coletilla: *pero en el malo, muchas gavillas y poco grano.*

Porque no viéndose favorecida la tierra por el agua de Mayo, sigue creciendo la paja y se forman espesos gavillares, pero la grana no vale un pitoche.

Mucha filosofía encierra también otro refrán que dice: *Más vale un habar en Mayo que un amigo en todo el año.*

Montaigne y el padre de Doña Oliva Sabuco de Nantes, que con tanto acierto discurrieron acerca de la amistad, no conocían este refrán. Tal vez ellos tuvieron mucha suerte con los amigos;



pero si en estas materias hubiera un *referendum*, creo que votarían en favor del habar y en contra de los amigos hasta quienes no gusten de las habas.

Y para rematar con una sarta de refranes higiénicos vulgares, repitamos todos los referentes á privaciones ó precauciones propias de este mes y de los tres siguientes: *En los meses que no tienen erre, no te asientes en el* yerbe ó *no te arrimes al* terre, ó *ningún pescado pruebes*, y *el pez de Mayo á quien te lo pida dalo*, y *á quien en Mayo come la sardina, en Agosto le pica la espina*; aforismos higiénico-populares tan tontos como los de la Higiene sabia y erudita.

B. y N.

LLEGANDO A ALCALÁ, POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ



UN MILAGRO

Apesar de ser el convento de la Virgen del Espino el más pobre de la villa, encerraba tras sus muros dos tesoros inestimables. La efigie de la Patrona del cenobio era una de aquellas joyas; y la madre Pía del Cordero Pascual, hermosa mujer cuyos rasgos reproducían fielmente las divinas líneas de la imagen, era la otra.

Desde que un pastorcillo la halló en el monte, vestida de luz y apoyada sobre una zarza, la Virgen se hospedó en el convento, y allí derramó por espacio de siglos sus gracias.

Para mayor pasmo y más tierna devoción, la Señora concedió á una de las espinas que la sostuvieron, el privilegio dulcísimo de atravesar la desnudez de uno de sus pies, y por aquella herida donde el fiero pincho aparecía, fluyó durante centenares de años sangre preciosísima y milagrosa, enrojeciendo con su gotear las holandas que envolvían la santa llaga. Mas un día llegó en el que la impiedad y el escarnio ofendieron á la excelsa dama, quien separando su vista de la tierra, secó la fuente purpúrea de su pie, donde quedó como memoria de aquel portentoso caso la seca púa que agujereaba la divina planta.

Dolidas las religiosas del abandono que envolvió desde entonces á la ofendida imagen, la adoraron más que antes, esperando que sus oraciones ablandasen el corazón de la Virgen y que ésta permitiera



á la maravillosa sangre brotar otra vez. Para mantener propicia á su huésped celestial, la trasladaron al coro, y allí rezaban perennemente, relevándose unas á otras, anudando los rezos, que tejían en torno de la Señora perdurable y fresca corona de alabanzas y de súplicas. No contentas las enclaustradas con aquellas pruebas espirituales de su afecto, rodearon á la Virgen de luces, de flores y de perfumes. Para ella las azucenas cándidas, el reflejo de las ceras, el aroma de los lirios. Junto á la Dama inmortal se aglomeraron los esplendores que en el resto del convento faltaban, y por amor á su Patrona, las monjas sufrían las escaseces añadidas por la penuria del Monasterio á los rigores de la regla, olvidaban sus celdas frías viendo el altar fragante donde palpitaban temblorosas llamas, y los hábitos les parecían menos ásperos y menos feos comparándolos con el terciopelo azul de que se vestía la Virgen con aquel manto suntuoso cubierto de bordados, donde la incandescencia augusta del oro y el plácido rielar de la plata unían sus reflejos, fundiéndolos en uno solo, ardiente y tranquilo á la vez.

Para aumentar la admiración devota de las religiosas, el favor divino permitió que en la humana envoltura de la madre Pía del Cordero Pascual se reflejaran las bellezas celestiales de la Virgen del Espino tan exactamente como en un espejo. Sólo los vestidos las diferenciaban. La monja no se cubría con terciopelos ni erguía su frente bajo la soberbia corona que brillaba sobre el pálido rostro de la estatua, pero, en cambio, la vida se derramaba por ella, y ritmando los movimientos del cuerpo, variaba su belleza con mil actitudes tan armoniosas como aquella en que se inmovilizaba la Señora.

Las ingenuas novicias se pasmaban ante la madre Pía del Cordero Pascual, y las monjas sabias hacían gala de saber comparando á su compañera con las hermosuras santas que esconden entre las páginas de los martirologios sus perfiles puros, sus pupilas serenas y el encanto virginal de sus cuerpos atormentados.

El perfume de las lisonjas conventuales envolvió á la madre en suave atmósfera, y creyéndose superior á sus hermanas en religión, llegó un día á pensar que la Virgen y ella eran seres escogidos que sólo por amable condescendencia se avenían á vivir en convento tan pobre y olvidado.



Semejante fermento vanidoso creció en su alma, y el malo, que no reposa, inspiró á la monja culpable ideas pecadoras. Desapareciendo al soplo del infierno las virtudes humildes que adornaron un tiempo el espíritu de Pía, se alzaron en él la soberbia y el orgullo. La monja vió en la Divina Señora del Espino una rival, y atizando el demonio aquella maldecida llama, hundió á la orgullosa en el profundo abismo de su falta, logrando que en el claustro se cometiera una culpa mayor que aquellas que son vanagloria de pecadores impenitentes.

Pero no en vano se insulta á la Divinidad. El tiempo, que se deslizaba acariciador sobre el rostro hermosísimo de la Virgen del Espino, carcomió con sus horas la belleza terrenal de Pía.

Mientras la Señora continuaba eternamente joven, la monja vió desaparecer sus atractivos, y poco á poco la pecadora dejó de oir aquellos halagos monacales que equipararon sus deleznables encantos con los inmarcesibles de la excelsa Dama.

Ansiando la vanidad de Pía tales mieles, la hizo disponer con coquetería los pliegues severos que cubrían su cuerpo, separar algo de su frente aún joven las blancas tocas que la velaban. Pero todo fué inútil. Sus detestables artificios no añadieron luz alguna al crepúsculo de su hermosura, y la monja cayó en el pasado, ocultando el furor de su alma con la máscara de un semblante envejecido, caricatura de la inmortal belleza de su antagonista.

La envidia hizo que Pía desease las galas de la Virgen, que anhelara adornarse con los collares que pendían, inertes y magníficos, sobre el inmóvil seno de la estatua. La pecadora miraba sus finos dedos, huérfanos de todo adorno, y suspiraba comparándolos con las falanges divinas donde los anillos se amontonaban. Todo su cuerpo se estremecía al pensar que sobre sus hombros pudiera caer el manto suntuoso; que sobre su frente pudiera apoyarse la pesadumbre esplendorosa de la corona, y estas ideas nefandas revolaban de continuo alrededor de la monja, atormentándola con mil tentaciones.

Una noche, Pía del Cordero Pascual rezaba en el coro, desgranando el rosario entre sus dedos. Al empuje de soplos misteriosos, las velas que esclarecían la imagen columpiaban sus llamas, inclinándolas cual si fuesen á desprenderse de los pábilos que las retenían, hasta que extinguiéndose el aliento invisible, todo vaivén cesaba, y tras un último estremecimiento, las luces aquietaban sus lenguas ardientes, puntiagudas como hojas de lanza.

La claridad de los cirios se quebraba en los adornos de la imagen, y á su reflejo los hilillos fulgentes que corrían por el manto se encorvaban en guirnaldas, se henchían en capullos, se desplegaban en abanicos de hojas, en anchas corolas fantásticas, medio flores y medio astros, que irradiaban sus pétalos y sus rayos en torno de cálices formados por preciosas piedras. Ocultos á medias, en el espesor del tejido, los zafiros, las esmeraldas y los rubíes entreabrían sus pupilas obscuras; las perlas asociaban sus granos pulidos, luciendo dulcemente; y mientras por todo el manto, sobre las ramas, sobre las abiertas rosas y las orondas peonías, sobre los soles y las estrellas goteaba, esparcida, la luminosidad de los diamantes, en lo alto, recogiendo las luces multicolores de las sortijas, el esplendor de los collares, el albo fluir de las perlas, el temblar de los cirios, fulgía la soberbia corona sobre la cabeza de la Virgen, ensanchando la magnificencia de su nimbo, empedrado de carbunclos. Y en medio de sus arreos, la dulce Señora sonreía, gozosa de su belleza y de su inmortalidad.

—¿Nunca dejará de ser joven?—se preguntó la madre Pía del Cordero Pascual.

Entonces, una voz aduladora insinuó: «Tú eres tan hermosa como ella. Si estuvieses en su altar, la muchedumbre te adoraría.

El orgullo de la madre acogió lleno de placer aquel pensamiento sacrílego.

Pero una vocecilla dijo tímidamente: «Reza; no pienses en vanidades ni escuches las sugestiones del enemigo.»

Contestando al ataque, el tentador replicó: «Si en el altar te colocas, serás hermosura inmortal, eterna juventud. ¡Cuánto gozarás viéndote en medio de las luces y de las flores, indiferente á todo! Si te atrevieses...

«Reza, reza», ordenó la conciencia. La madre rogó con la precipitación de quien escapa á un peligro.

Entonces el halagador, contemporizando, murmuró: «Sólo permanecerías un momento en el sitio de la estatua, el tiempo de paladear placer tan grande...»

El rezo había cesado, y en el silencio del coro la monja escuchaba á la voz insinuante apremiándola: «No vaciles; no dudes.»

Medio vencida por el pecado, Pía pensó: «Es imposible; tal vez venga alguno.» «No temas», repuso el malo. «Nadie ha de venir.» «La escultura pesa mucho. No hay tiempo.» «Le tienes sobrado para descender la Virgen, para ponerte el manto y la corona. ¿Oyes? La corona que ansías.»



Impulsada por el orgullo, Pía dió la vuelta al altar, trepó por la estrecha escalerilla. A poco, su pálida cabeza aparecía sobre el hombro de la Virgen. Unas manos ciñeron la imagen; oyóse un crujido, y, tambaleándose, desapareció la estatua del pedestal, dejando en él la espina milagrosa.

Lentamente, porteando con esfuerzo su carga, la madre descendió los escalones; arrastró la efigie al centro del coro, y allí comenzó á despojarla de sus vestiduras. Con mano audaz arrancó de las espaldas divinas el manto y lo colocó sobre sus hombros; desciñó los anillos de las manos inmóviles, y aprisionando con ellos su dedos ágiles, hizo brillar las piedras dormidas; los collares se alzaron al aliento de su pecho, y luego descalzóse, se destrenzó el cabello y encajó sobre su cabeza la corona esplendente.

Una vez ataviada la monja, sólo quedó de la divina Señora un trozo de madera informe y basto, de donde brotaban la cabeza, los pies y las manos, únicas partes esculpidas de la efigie, cuyo cuerpo se escondía en la prisión de un tronco.

La religiosa se agitaba adornando el altar, encendiendo más velas, desparramando sobre el ara fragantes ramos. Rejuvenecida por la satisfacción de su orgullo, la profanadora sonreía, y á su andar rápido, el manto, perdido toda hierática rigidez, flotaba tras ella, rompiéndose en pliegues deslumbrantes; los collares y las sortijas chispeaban, y la corona, siguiendo los movimientos de la cabeza, recogía y enviaba haces de luz por los ámbitos del coro.

Concluído el arreglo del altar, Pía subió los peldaños, colocó las manos en mística actitud, y osadamente asentó sus plantas sobre las huellas de los divinos pies que las precedieron.

Entonces, sin ruido, lento y majestuoso, ascendió por el aire el tosco madero donde se ocultaba el cuerpo de la Virgen del Espino. La excelsa Señora flotaba en el espacio, y sonriente y muda, sin alterarse por la cólera ni descomponerse por la indignación, abandonaba reposadamente aquel lugar profanado. Así llegó junto al techo, y filtrándose por él, desapareció.

Llena de pavor, Pía quiso descender del altar, pero sus pies se soldaron al pedestal, y el manto, pesado y macizo como si fuese de plomo, se ciñó á su cuerpo, apretándole implacable. Y mientras una voz decía á la religiosa: «Te condenaste. Dios te ha castigado sepultándote en la tumba de ese manto», una mano diabólica apareció junto á las luces y, abanicándolas, las hizo rozar con sus lenguas ardientes el inmóvil rostro de la monja.

Lema: Uno

(Número 13 de nuestro concurso de cuentos fantásticos)

Dibujos de Regidor



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE BAILE. Modelo de la casa Laferrière, de París.
Es de tul bordado sobre un transparente azul celeste. No se puede dar mayor explicación de un vestido como éste, que es una verdadera obra maestra de elegancia y buen gusto.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 4 Junio 1904. N.º 683



El cantor del más allá

Los ojos de cielo de la princesa Rosa-Blanca no se habían manchado con el espectáculo de las cosas de este mundo. Su reino era el más allá que se ignora siempre; su patria estaba también más allá... La tristeza de su cara de virgen era una nostalgia; su alma entera un presentimiento...

De codos en el alféizar de una ventana ojival, las manos hundidas en los dorados cabellos, Rosa-Blanca veía todas las tardes morir el sol frente al castillo de su padre. Su alma se iba impregnando de la tristeza crepuscular; en sus dulces ojos azules se reflejaban dos soles moribundos.

Lentamente, dulcemente, la princesa iba muriendo envenenada por la melancolía de la tarde y por un secreto que nadie podía adivinar en la corte, y ella misma no sospechaba siquiera.

Un día, á la hora de poniente, en el medio disco del sol que sobresalía del horizonte, se pintó una mancha vaga, una silueta indeterminada que fué creciendo y acercándose poco á poco por el camino blanco que venía al castillo. Pero la bruma de la noche, las sombras que anegaban el paisaje... y una lágrima que empañó los dulces ojos de Rosa-Blanca, confundieron, sepultaron aquella silueta en la noche total y soberana que siguió á aquel atardecer misterioso.

La noche fué, sin embargo, nueva para la princesa; noche de ensueños y de anunciaciones deliciosas.

...

Gran movimiento en los patios de honor, en la torre del homenaje; gentes de armas circulaban por todo el castillo; pajes y servidumbre: oro, seda, hierro.

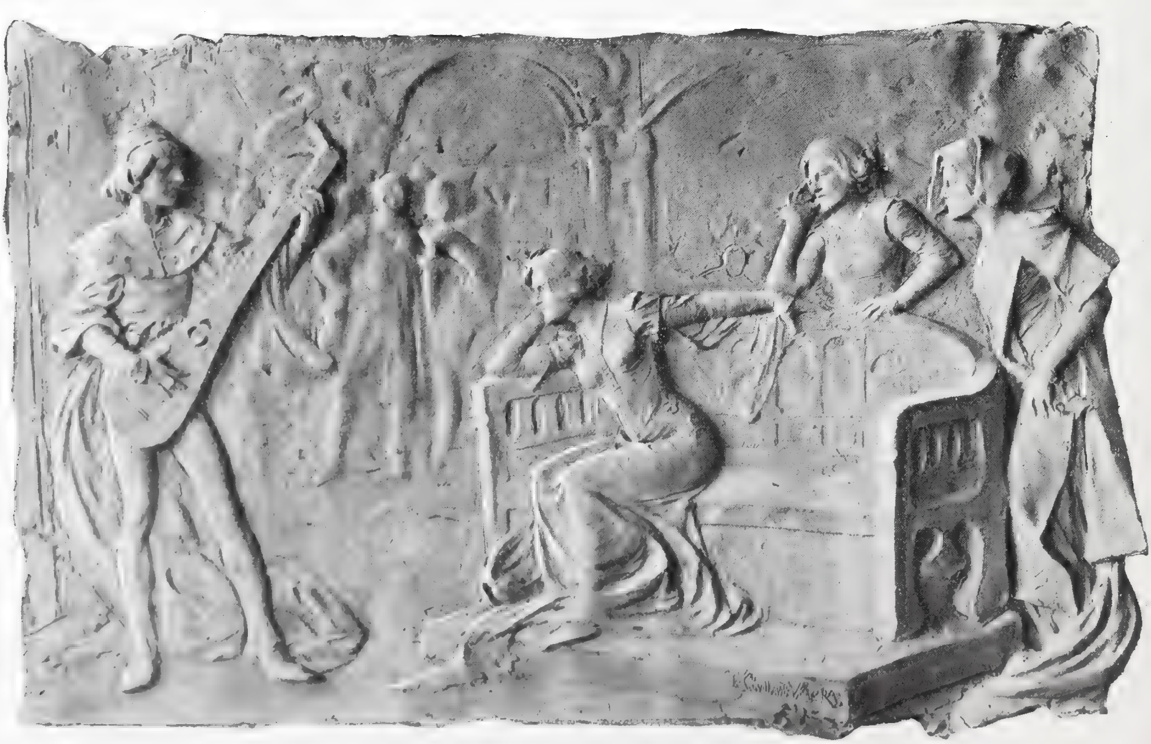
Dos séquitos reales, después de una victoria contra el enemigo común—que debía ser por entonces la media luna--se reunían en el castillo. Hombres de armas de á pie y caballeros, discurrían por los patios, con ruido de hierro, del que ya no tenemos la menor idea. Los ballesteros componían sus máquinas destrozadas en la guerra. Los peones disputaban el valor de sus picas y el filo de sus espadas, ó jugaban á los dados sobre el parche de un tambor jurando y perjurando por los vaivenes de la suerte.

Y mientras abajo la soldadesca, libre y regalada, cantaba roncamente la alegría de la victoria y las ventajas del descanso, los nobles varones de los reyes galanteaban á las damas del séquito y discurrían por los salones de honor como astros en un cielo glorioso.

Grandes fiestas se disponen, y la princesa tiene que vestir sus mejores galas. En los salones, junto á los reyes, los paladines más fuertes, los más nombrados caballeros, los magnates temibles pululan, más guerreros que galanes, pero admirables de esplendor y riqueza.

Rosa-Blanca los mira sin deseo de verlos, y como en aquellos tiempos no se obligaba á sonreir á las princesas, ella permanece seria y pensativa en algo que no está allí.

De pronto los partesanos que guardan la puerta avisan á los pajes y éstos acuden ante el estrado á anunciar la llegada de un nuevo personaje. Es un juglar que ha recorrido el mundo con sus cantares. Su nombre es desconocido para todos... Pero Rosa-Blanca cree recordarlo muy vagamente, como de un sueño. El rey ordena su entrada; los nobles se apartan para darle paso





Es el juglar alto y esbelto. Si corrió todos los caminos de la tierra, debió pasar por ellos como alada sombra, sin cansarse nunca. Hay en él algo de eternamente joven, algo de inmarcesible. Sólo sus grandes ojos negros parecen haberlo visto todo y algo más... parecen tener mil años en el pasado y muchos más en el porvenir.

¡Aquella cara...! Sí; la princesa recuerda ahora todas las puestas de sol que ella vió desde la ventana; sobre todo aquella última en que una silueta manchó el camino blanco. Y las recuerda sin pena, con una ternura infinita. Y mientras el juglar canta sus gestas y trovas, Rosa-Blanca piensa oir la voz que va á revelarle su secreto. No canta el trovador en lengua conocida, pero, por divino milagro del arte, todos lo escuchan arrobados; á los ojos de todos se abren jardines misteriosos y rincones de cielo y de amor. La voz tiene ecos inauditos; su palabra nombra las cosas inefables; es la traducción de los besos y de los suspiros... También lo es de los ayes y gritos de dolor, de las lágrimas; y entonces una gran angustia reina en los corazones. Pero pronto el poema vuelve á su tema de amor favorito, triunfante.

...

La princesa no puede dormir, y sueña despierta con las canciones de su trovador. Alta noche; sueño, misterio, pavor á través de las anchas galerías del palacio... La princesa, sola, como un ángel perdido en la tierra, llora de amor y de ternura, y en su delirio llama al juglar dos veces por su nombre.

—Aquí estoy,—le responde la voz inefable.

Y la silueta del apuesto cantor se alza ante ella.

No sintió miedo Rosa-Blanca; no sintió miedo, sino amor, y dijo:

—Yo quiero que me enseñes tus canciones.

—Sería en vano; no podrías cantarlas. *Aquí* no pueden aprenderse.

—Llévame á tu país; al país donde se ama de ese modo.

—Yo vengo de muy lejos... Mi país no tiene nombre.

—Yo iré contigo hasta el fin.

—Es más allá...

—Iré... porque yo te amo.

Una sonrisa muy triste se dibujó en los labios del joven.

—Tú eres la hija de un rey. Aún puedes ser dichosa *aquí*. Adiós.

—No me abandones. No podré ya amar á nadie.

—Ven,—y besó los ojos de Rosa-Blanca.



...

A la mañana siguiente, una horrible noticia cundió por el palacio y convirtió en luto las galantes fiestas. La princesa había aparecido muerta en su camarín. Sus labios sonreían aún, pero sus ojos azules se habían cerrado para siempre.

Del juglar nadie volvió á saber.

...

Aquella tarde nadie vió morir el día desde la ojiva del castillo. Pero esta vez dos sombras se pintaron en el camino sobre el medio disco del sol poniente: una obscura silueta de bardo errante y un blanco, esfumado perfil de la princesa medioeval.

LEMA: FIAT-LUX

BAJO-RELIEVES DE COULLAUT VALERA

(NÚMERO 14 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

EL DERVICHE

(DE VÍCTOR HUGO)



Alí-Bajá pasaba: los grandes, los pequeños,
á ras de sus estribos doblaban el pescuezo.
«¡Alá!» gritaban todos. De pronto un pobre viejo,
un flaco y andrajoso derviche, fué á su encuentro;
detuvo por las riendas al rozagante overo,
y con Alí encarándose, hablóle en estos términos:
«Alí, Sol de los soles; Bajá noble y excelso,
que en el Diván ocupas privilegiado asiento;
tú, cuya fama crece, llenando el universo;
Visir del que te sigue disciplinado ejército;
reflejo del Califa, que de Dios es reflejo:
¡no eres, Alí, otra cosa que un despreciable perro!
»Es sepulcral antorcha tu resplandor siniestro;
rebosa, cual de un cáliz hasta los bordes lleno,
tu cólera terrible sobre tu pobre pueblo;
cual hoz sobre las mieses, brilla sobre él tu acero;
y por fundar tu alcázar en sólidos cimientos,
con sangre suya amasas sus quebrantados huesos.
»Mas ya tu hora ha llegado: Janina ya está abriendo
la tumba que entre escombros recibirá tu féretro;
te condenó á la argolla Dios justo, y te contemplo
allá, en el más profundo rincón de los infiernos,
al árbol amarrado, en cuyos ramos negros,
ariscos y medrosos cobíjanse los réprobos.
»Desnuda y temblorosa caerá tu alma al averno;
y en el papel do escritos están tus malos hechos,
los nombres de tus víctimas Satán te irá leyendo.
Ensangrentados, mudos, sus pálidos espectros
te acosarán en número mayor que los lamentos
que arranquen á tus labios la cólera y el miedo.
»No te valdrán entonces, Alí-Bajá soberbio,
tu poderosa escuadra, ni tu castillo enhiesto,
con sus cañones broncos y sus veloces remos;
ni escaparás al ángel que aguarda á los que han muerto,
aunque tu propio nombre, como el judío abyecto,
lo ocultes y lo cambies en el postrer momento.»
Alí-Bajá llevaba, bajo el caftán espléndido,
su alfange de Damasco, su yatagán de Alepo
su carabina y cuatro pistolas de repuesto.
Oyó hasta el fin la arenga de aquel derviche; luego
bajó la adusta frente, desarrugando el ceño,
y le entregó el lujoso caftán al pobre viejo.

TEODORO LLORENTE

DIBUJO DE ZAPATER

Crónica Gráfica



D. JOSÉ LÓPEZ SALLABERRY

Un artista ilustre, el Sr. D. José López Sallaberry, arquitecto de las obras de Blanco y Negro, obtuvo recientemente la merecida distinción de ser elegido académico de la de Bellas Artes de San Fernando. La recepción del Sr. López Sallaberry en la Academia, verificada hace pocos días, fué una gran solemnidad, á la cual asistió S. M. el Rey. El Sr. López Sallaberry leyó un eruditísimo discurso, y fué muy aplaudido y felicitado.

De la Exposición de San Luis, á la cual, por la torpeza y mezquindad de miras de nuestros gobernantes, no ha concurrido España, recibimos unas notas fotográficas que nos han causado profunda melancolía. Representan la instalación de las Islas Filipinas y son trasunto exactísimo y puntual de lo que fué aquella memorable Exposición de Filipinas que se celebró en el Retiro. Al ver la aldea de nipa donde se albergaban los negritos de Panay, y las figuras para nosotros familiares de los indios bontoc, de los moros joloanos, etc., que siguen bajo el dominio de América tan salvajes como lo eran bajo el nuestro, no podemos menos de sentir la honda tristeza de lo irremediable.

Indemnicémosnos de estas tristes consideraciones publicando el retrato de la gentil y hermosa señorita de Gamero Cívico, reina de los Juegos florales de Sevilla. Con semejante reina, comprendemos que el republicano D. Melquiades Alvarez haya estado á punto de hacerse monárquico.

La inauguración del monumento elevado en el Carral á los mártires de la libertad, víctimas de los inicuos fusilamientos de 1846, ha constituído una hermosa manifestación patriótica, á la que asistió numeroso público de la Coruña y de otros lugares de Galicia. Pronunciáronse ante el monumento elocuentes discursos recordando el lamentable hecho histórico de la muerte de Solís, Velasco y sus compañeros.

Los plácemes al autor del monumento, Sr. Fernández Mendoza, al constructor Sr. Escudero y á los iniciadores de la suscripción que ha servido para realizar tan bella reparación histórica, eran generales.

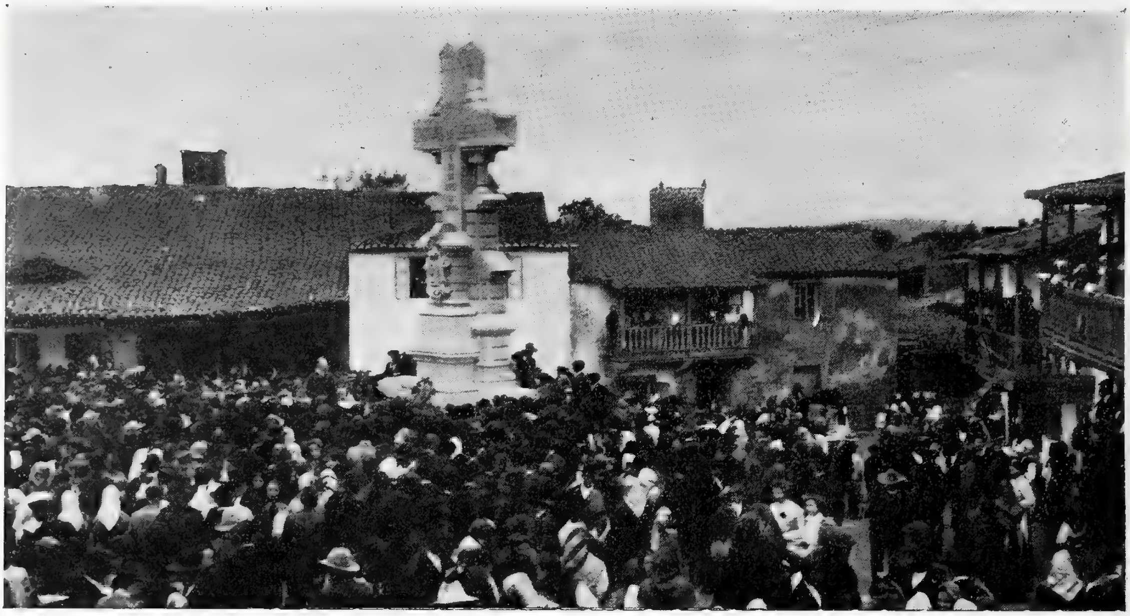
Grandes aplausos y congratulaciones también ha recibido en Córdoba el elocuente orador demócrata Excmo. Sr. D. José Canalejas, en honor de quien se celebró un magnífico banquete, del cual reproducimos una fotografía.



EXPOSICIÓN DE SAN LUIS.
ALDEA EN DONDE SE EXHIBEN LOS NEGRITOS FILIPINOS
Photo-Nouvelles



LA SRTA. DE GAMERO CÍVICO
REINA DE LOS JUEGOS FLORALES
DE SEVILLA Fot. Barrera



INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á LOS MÁRTIRES DE LA LIBERTAD, EN EL CARRAL (CORUÑA) Fot. Avrillón



BANQUETE AL SR. CANALEJAS EN CÓRDOBA Fot. A. Palomares

CONCURSOS FEMENINOS.

CONCURSO DE SOMBREROS DE VERANO

CONVOCADO POR »LA MUJER Y LA CASA»

Se han recibido treinta y un sombreros, con los lemas siguientes:

Para tu ingeniosa cabeza.—¿Te gusta?—Coupletista.—Jaune.—Céspedes.—Saurí.—Princesa Mercedes.— Favorito.— Lavallière.— Mathilde.— Angela.— Arte y Belleza.— Conchita.— Lazo.— Azul.—Amapola.—Mon espoir.—Blanco y Negro.—Barcelona.—La Nueva Parisien.—La vida es sueño.— Edelweiss.— María.— ¡Esperanza! — Artista y no modista.— Sombrero modernista.— Mayo.—Blanco.—Mañana.—Patria.—Blanco y Negro.

Aun cuando no haya sido muy grande el número de sombreros recibidos, casi todos son de tan buen gusto, que no dudamos en exponerlos en nuestro Salón de Fiestas.

La Exposición se verificará en la primera quincena de Junio, y su inauguración será anunciada en los diarios de Madrid.

Damos las más expresivas gracias á las señoras y señoritas que se han dignado acceder á nuestra convocatoria, mostrando su talento artístico y su elegancia.

En uno de los próximos números daremos cuenta del fallo del Jurado.



SOBRE UNOS APUNTES DE EMILIO SALA

Es necesario tener la mano sutil é inquieta que sólo tienen las almas, para poder robar al ensueño y á la vida esas figuras adivinadas y lejanas que flotan en el fondo de nuestra fantasía como ideales místicos, como versos con alas, visiones de sensualidad y de quimera fragante, gracias de forma, que dejamos ir de nuestra misma niebla á la niebla de los jardines y de los campos.



Estas iniciaciones que no vuelven, sueños de actitudes y de gestos, elegancia de miradas, el aspecto ideal de la figura humana, lo fugitivo, que tantas veces se borra y se pierde en la nada y en la sombra... todo esto, tan vago y tan velado, es para el artista como un tormento y una rebeldía, algo que se quiere y no se puede, que se busca y no se encuentra; algo que finge, que atrae y que desilusiona. Los cuadros son la obra muerta de los grandes y verdaderos artistas; eso de condenar el alma á la mano, da sus naturales resultados, y el alma toma su venganza. «Cuando el alma quiere volar, no debe pedir permiso á la ironía de la carne.» Pues bien; los grandes artistas tienen su vida y el tesoro de sus inquietudes en bocetos, en manchas de color, en apuntes, galanuras fugitivas que apenas son, que parece que no se están en ningún lado, imprecisas con la inseguridad de lo no pensado, francas y frescas con las primeras apariencias. Yo creo que el talento de los pintores está en sus fugas de color y en sus locos lápices.

Tenemos, para oponerla á las penas, nuestra visión de glorias y nubes, nuestra quimera de laberintos y palacios, de campos y de mares; es el buen remanso del alma, propicio para el desengaño y el invierno, que aumenta con la fiebre hasta el delirio negro de la muerte. Y la vida de los poetas y de los pintores está concentrada en ese remanso de consuelos que tiene una barca para cada playa rosa y un fondo para cada suicidio. Estas inquietudes y estas apariciones traen en sí líneas y gestos únicos; y estas líneas y estos gestos, que al fin son soñados, los fija el pintor para siempre con la creencia de que son de la vida. Son ó pueden ser. Nadie ha visto diosas sobre nubes, ni ángeles con alas, ni estos gestos, ni esas mismas desnudeces de pechos ó de muslos. Pero nadie deja de creer tampoco en una realidad sorprendida por otros ojos.

Tal vez por esta circunstancia íntima nos sean tan amados estos contornos de seres y de cosas que no conocemos. En nuestra frente llevamos esa vida de fantasmas diminutos. ¿Habéis observado cómo se agranda la frente cuando se sueña? Y vamos por la vida entretenidos en hacer representar dramas y comedias á esas figulinas nuestras, figurándonos complicaciones pasionales, arrebatos románticos, nuestras batallas de ensueño, nuestras galanterías y nuestros desafíos. Son vaguedades que nos dan esperanzas cuando no tenemos pan, cuando tenemos frío y tristeza y sueño. Son dichas de nuestro teatro de ilusiones.



Para apuntar bien hay que ser un gran artista, hay que tener ese fondo de finura, de precisión, de gracia que viene tras las grandes luchas con la naturaleza; para hacer unos apuntes se necesita mayor alma que para trabajar en grandes y serios telones. Ved estas notas de Emilio Sala. La mano ha acariciado bien al dibujar, y las vidas han surgido de la mano como podrían haber surgido de la frente. Son almas que sueñan y yerran sobre el papel. Tal vez van á desaparecer. Se dijera que llevan alas en las desnudeces ó bajo las capas y los velos; hay en ellas misticismo, pendencia, melancolía, sensualidad y ensueños: elementos de almas de poeta. Lejos el artificio de los gestos fríos y modelados. Estamos en el reinado de los versos que huyen como mujeres, y de las mujeres que se convierten en rosas.

JUAN R. JIMÉNEZ



ESTA historia, como no es cuento, no puede comenzar por la consabida fórmula de *Había una vez...*

No; no diremos que *había una vez*, sino que hay, ha habido y habrá muchos niños pobres, que no tienen más que el día y la noche; y hay también, ha habido y habrá bastantes niños ricos, cuyos papás gastan en juguetes y golosinas para esos niños mucho, mucho dinero. No vaya á figurarse quien esto lea que predicamos para que los papás de los niños ricos no gasten sus cuartos en juguetes y golosinas, porque entonces ¿de qué iban á vivir otros padres de familia que se dedican á hacer muñecas, carritos, caballitos, aros, etc., y cómo iban á ganar el santo pan cotidiano tantos buenos confiteros y pasteleros como hay en el mundo?

Además, nos parece muy bien que los papás ricos estimulen la aplicación de sus hijos comprándoles juguetes; y si estos juguetes son á propósito para desarrollar el cuerpo ó aguzar el ingenio de los chicos, tanto mejor.

Ahora, lo que nos parece mal es que haya, como hay, muchos papás y mamás aficionados á hacer creer á sus hijos que el mundo es una reproducción fiel de las conocidas aleluyas de Jauja. De ningún modo es útil fomentar la ilusión en los pequeños para centuplicar después el desengaño en los grandes.

Conviene hacer saber á los niños pudientes que hay otros muchos niños pobres, desamparados y tristes; conviene que el rico, desde pequeño, se aproxime al pobre, sopena de que cuando ambos lleguen á hombres sea el pobre quien se acerque al rico con malas ideas.

BLANCO Y NEGRO propuso hace tiempo á los pequeños lectores de *Gente menuda* el siguiente proyecto, que esperamos ver coronado de éxito satisfactorio:

Tratamos de adquirir una, dos, veinte, ciento ó más cartillas de cien pesetas de la caja de Ahorros para otros tantos niños pobres que nos sean indicados por nuestros lectorcitos, siempre que cada uno de éstos, al decirnos que desea ver agraciado con una cartilla á otro niño pobre, tenga la bondad de enviarnos *una peseta* sacada de su hucha. Como la cooperación realiza maravillas, esperamos reunir una cantidad de pesetas suficiente para que no sean pocos los agraciados; y claro está que entre los propuestos por nuestros lectorcitos se verificará un sorteo solemnemente en esta casa de BLANCO Y NEGRO, con asistencia de todos los niños que hayan contribuído á esta caritativa demostración.

El plazo para la admisión de propuestas para el concurso de *La hucha del niño rico* termina el día 20 de Junio.

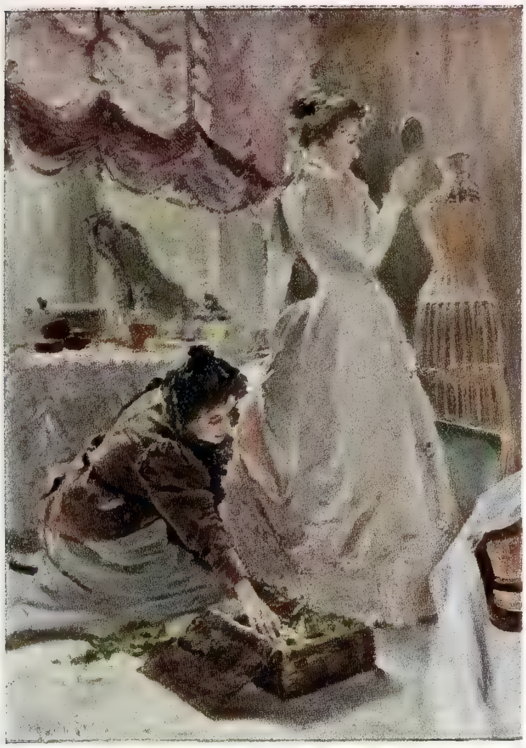
Los nombres de los niños donantes serán publicados en un número de BLANCO Y NEGRO, así como los nombres de los agraciados con cartillas.

Creemos intentar con esto un ensayo de aproximación y solidaridad infantil, cuyos resultados morales pueden ser aún de mucho mayor importancia que los materiales. No está bien que al niño rico se le habitúe á olvidar al niño pobre, ni á éste se le enseñe á odiar al niño rico. Todos, ricos y pobres, somos hijos de Dios. Mostremos desde pequeños que sabemos ó queremos aprender la ciencia más difícil de todas: la de la confraternidad humana.

B. Y N.

POSTALES BLANCO Y NEGRO

COLECCIÓN E. SALA









La afición á las tarjetas postales ha entrado en una nueva fase. Hoy día la moda que hace furor entre los *amateurs* consiste en aprovechar las tarjetas ordinarias que expende la Administración de Correos en todos los estancos y pegar en ellas láminas ó dibujos, de manera que la parte artística quede á salvo de las manchas de tinta y de los sellos, para poder después formar con ellas un Album. Es una manera de hacer circular por todas partes estas pequeñas y delicadas obras artísticas, sin convertir en prosaica manía lo que es una verdadera afición estética. Siguiendo el ejemplo de varias acreditadas revistas inglesas, publicamos esta nueva forma de postales, é invitamos á nuestros lectores á que se fijen en las instrucciones que van á la vuelta.

CÓRTESE LA PÁGINA POR ESTA LÍNEA

COLECCIÓN E. SALA

Esta Colección se compone de ocho tarjetas postales. 1. Invierno. 2. Primavera. 3. Otoño. 4. Verano. 5. Instantánea. 6. El ramo de azahar. 7. Las primeras flores. 8. El aro.

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO

Colección E. Sala

Núm. 5 INSTANTÁNEA

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO

Colección E. Sala

Núm. 6. EL RAMO DE AZAHAR

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO

Colección E. Sala

Núm. 7 LAS PRIMERAS FLORES

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO

Colección E. Sala

Núm. 8. EL ARO

INSTRUCCIONES

1.ª Córtese la página por la línea indicada, para evitar que se desencuaderne el periódico.—2.ª Recórtense las tarjetas por el mismo borde del grabado, cuidando no quede alrededor ningún margen blanco.—3.ª Péguese la estampa por su parte superior únicamente y por el sitio que se indica. Haciéndolo así podrá escribirse en la tarjeta postal sin manchar el grabado, pues quedará éste cubriendo la escritura.



UNA FIGURA DE RIGODON

QUERIDA Julia: Sé que Luis va á pedirte relaciones... Cree que yo puedo tener celos de ti. Y además, está seguro de que le aceptarás en seguida... porque eres mi mejor amiga. Ahí tienes el maquiavelismo de los hombres. Si como diplomacia es despreciable, dime qué te parece como fondo oculto de todas sus frases doradas... Dime si no crees que hacemos bien en tomarlos á broma para no morirnos de tedio ó de algo peor. Ya ves tú qué trabajo me costaría deshacerle su plan con dos palabras escritas ahora mismo: «Hemos terminado». Toda su combinación de celos, en la que te quiere tomar de maniquí, se vendría abajo al instante. ¿Qué celos podría darme á mí que otra tomase lo que yo dejo...? ¡Y el infeliz se figura que no estoy en el secreto y que va á sorprenderme!... Pues bien; estoy harta de la facilidad con que vencemos en estas guerras, y quiero darle todas las ventajas; quiero dejarme sorprender. Te va á pedir relaciones, y tú vas á decirle que sí. Hazme ese favor. Yo te prometo estar á la recíproca. Tengo curiosidad por saber si es lo mismo con todas... Porque entonces no tiene compostura, y lo dejo definitivamente. Excuso decirte, si llega ese caso, lo lucido que va á quedar con toda su diplomacia.

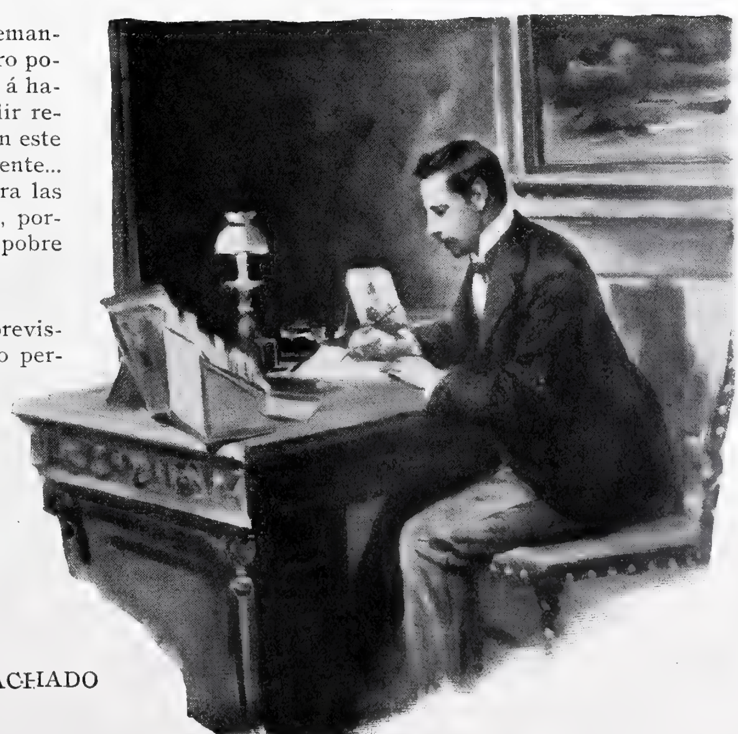
»Ya ves tú... Ellos dicen que las mujeres tenemos poca cabeza. ¡Ay del que no logre hacérnosla perder...!

»Mañana nos veremos en la iglesia, y tendrás algo que contarme. Te quiere mucho, *Elena.*»

Otra carta:

QUERIDO Carlos: Perdona esta demanda de *curioso impertinente.* Quiero poner á Elena entre dos fuegos. Voy á hacer el amor á Julia, y tú vas á pedir relaciones á la propia Elena. Si cae en este doble lazo, la dejaré definitivamente... Pero mi corazón habrá muerto para las mujeres, y no digo «¡ay de ellas!», porque no las doy de Tenorio... Pero ¡pobre de la que caiga por mi cuenta...!

»Tuyo, *Luis.*»



Consecuencias más ó menos previstas: Luis y Julia se han entendido perfectamente. Carlos y Elena se adoran.

Con lo cual, las nuevas parejas pueden vivir felices, sin que el orden de los factores altere el producto.

O bien todo lo contrario:

Luis y Carlos se descalabran mutuamente al sable en la quinta de un conocido *sportman.* Elena y Julia no se hablan.

MANUEL MACHADO

DIBUJOS DE ESTEVAN



LOS PRIMEROS BAÑISTAS,
POR MUÑOZ Y LUCENA



Hong-Kong



LA RADA DE HONG-KONG

CROQUIS ASIÁTICOS

Los muchos españoles que en los tiempos felices ¡ay! en que poseíamos el Archipiélago filipino pasaron por Hong-Kong, llamaban á esta islita inglesa emplazada en la bahía de Canton, *el Londres de China*.

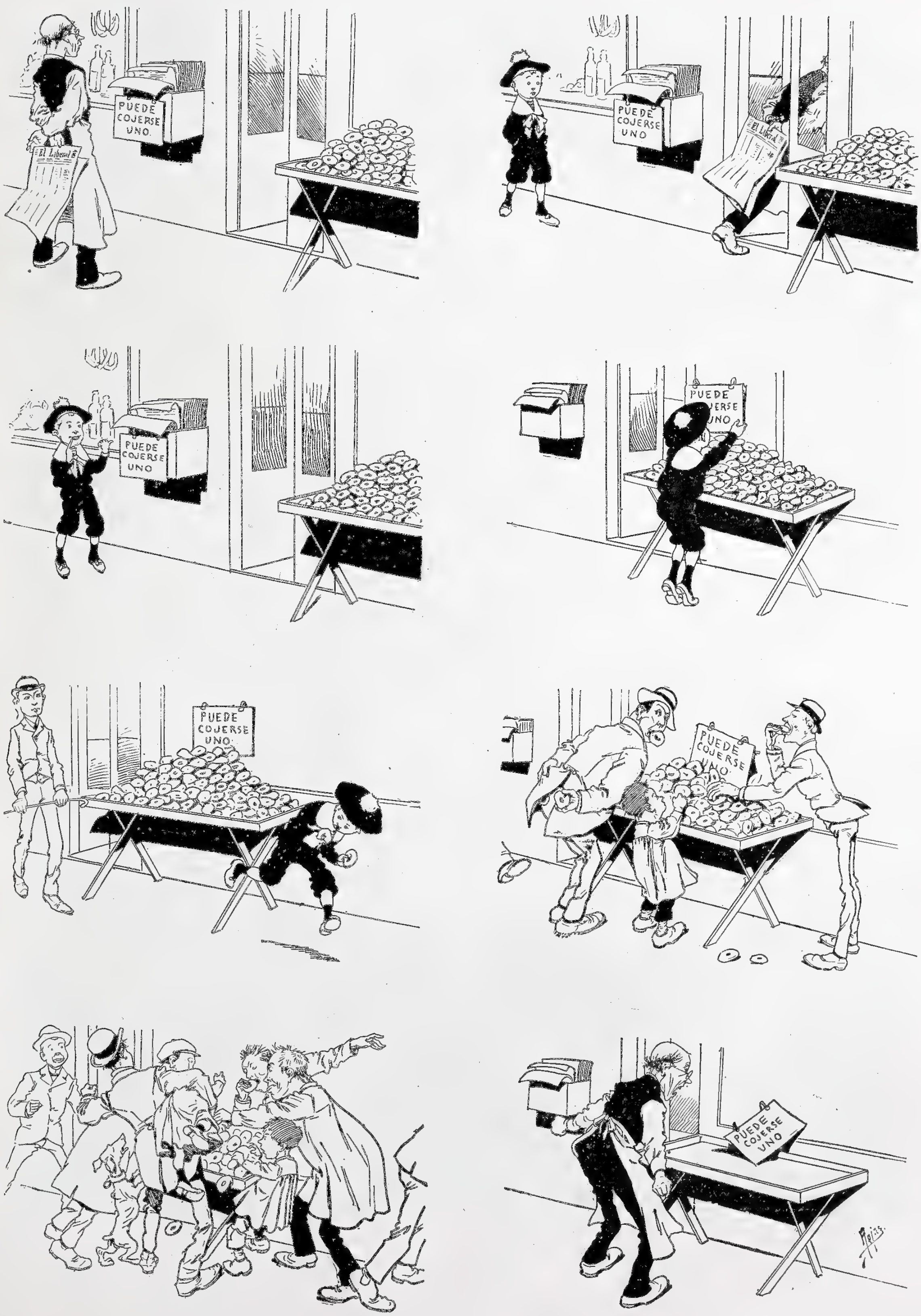
Hong-Kong es, en efecto, el centro de todo el movimiento político y comercial de Inglaterra en el Celeste Imperio. Es una ciudad donde la actividad y la riqueza de los ingleses han hecho maravillas. No es, como creen muchos, Hong-Kong un puerto abarrotado de mercancías fantásticas, como los de Shanghay, Singapur, Emuy, etc. El comercio que en Hong-Kong se practica principalmente es el de dinero, y la principal industria la naviera. De Hong-Kong se consignan barcos á todos los puertos de Asia y de Oceanía.



LOS MUELLES DE HONG-KONG

Gascón

ANUNCIADOR INFALIBLE, por ROJAS



LOS DOS ENEMIGOS, COMPOSICIÓN
ALEGÓRICA DE J. XAUDARÓ



Glosas



Ya están ambos á diestra del Padre deseado,
los dos altos varones, el chantre y el cantado:
el gran Sancto Domingo de Silos venerado
y el maestro Gonzalo de Berceo nombrado.

Yo veo al Santo como en la sabida prosa
hecha en nombre de Cristo y de la Gloriosa,
la color amarilla, la marcha fatigosa,
el cabello tirado, la frente luminosa.

Y á su lado el poeta, romeo peregrino,
sonríe á los de ahora, que andamos el camino,
y el galardón disfruta de su claro destino:
una palma de gloria y un vaso de buen vino.

Manuel Machado

COMPLOT REVOLUCIONARIO

HISTORIETA BATURRA, POR GASCÓN



1.—Recibí su recau, y aquí estoy á su disposición.
—¿Puedo contar contigo como siempre?
—Yo por usté ando de cabeza.



2.—Bueno; pues ha llegado el momento de dar el grito, de que triunfen nuestras ideas. Este Gobierno ya se ha hecho insoportable.



3.—¿Y quiénes semos los que capitaneamos el movimiento?
—Ya lo sabrás. Todos somos gente adinerada, de levita.



4.—Corriente. Drento de media hora güelvo por aquí á presentale á usté un sujeto que nos hace mucha falta.



5.—Ahora mismo voy á buscar al *Porra*. ¡Menudo sujeto es ese! ¡Ya lo creo que el *Porra* me hace mucha falta! Como que yo al lau de esos siñorones no valgo... una porra.



6.—¿Quién es ese individuo?
—¡Ah! es mu importante. Miusté: si fracasara el movimiento, me cogerían á mí pa fusilame, porque entre ustedes, soy el último mono; pero agora, si vienen mal dadas, pa éste serán los cuatro tiros.

Actualidad Extranjera

La fisgona fotografía ha conseguido trasladar á un cliché la imagen augusta de la bellísima esposa de Kuang-Su, recien casada con el emperador de China, á quien su madre y sus ministros tuvieron secuestrado.

La nueva emperatriz de China es una jovencita de quince años, y á juzgar por la fotografía, muy graciosa y apacible de semblante. Es sobrina de la emperatriz viuda y, por consiguiente, prima del emperador, su esposo. Su nombre no lo sabemos, pero de seguro que será Flor de Azucena, Estrella de la mañana, Sonrisa de la Aurora, ó cosa así.



LA NUEVA EMPERATRIZ DE LA CHINA

Entre col y col, es decir, entre discusión de las Cámaras y viaje diplomático, Monsieur Loubet halla tiempo y ocasión para asistir á todos los lugares donde se reunen franceses con algún fin útil ó agradable.

Las fotografías de nuestro corresponsal Chusseau Flaviens nos representan al anciano Presidente recorriendo complacidísimo y afable la Exposición canina celebrada en el jardín de las Tullerías, y á la cual han concurrido mil cuatrocientos perros de todas las razas del mundo. Entre ellos han llamado la atención las jaurías de *griffones* vendeanos y los magníficos ejemplares de daneses rayados y manchados, que consiguieron el primer premio.

Muy interesante es también la Exposición de horticultura y floricultura, inaugurada asimismo por el Presidente. Y esto nos hace recordar las preciosas Exposiciones de esta clase celebradas en el Retiro no hace muchos años y caídas en desuso, sin que sepamos por qué.

Otra fiesta presidida por Loubet ha sido la reunión anual de la federación de las sociedades de gimnástica, verificada este año en Arras. A ella han asistido todas las sociedades de Francia y otras del Extranjero, llamando la atención la Sociedad del cantón de Friburgo (Suíza), cuyos individuos hacen ejercicio con mazas de armas y llevan el traje tradicional de Guillermo Tell el de la ópera

En Mazagran, en el camino entre Chalons y Voutiers, se han verificado las pruebas francesas *eliminatorias* para concurrir á la nueva carrera de la copa Gordon Bennet. En dichas pruebas ha vencido el automovilista Thery, que montaba un coche de la casa Richard Brassier, de 80 caballos, habiendo obtenido una velocidad media de 99 kilómetros y 416 metros por hora.

Cierra la página siguiente el retrato del general Yukushima, jefe de Estado Mayor del ejército japonés. Parece un alemán victorioso, es decir, el ser más feliz de este bajo mundo.





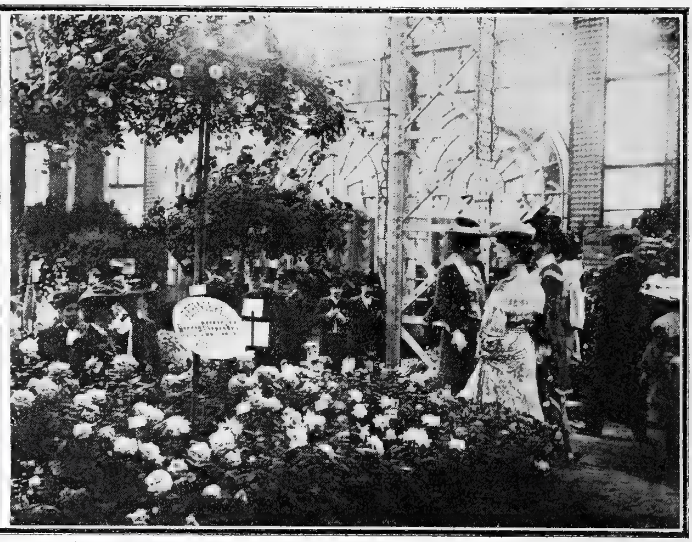


1. MONSIEUR LOUBET VISITANDO LA EXPOSICIÓN CANINA

2. EJEMPLARES DE PERROS PREMIADOS

3. DANESES MANCHADOS, QUE OBTUVIERON EL PRIMER PREMIO

Fotgs. Chusseau Flaviens

EXPOSICIÓN DE HORTICULTURA EN PARÍS. DOS INSTALACIONES NOTABLES Fot. Chusseau Flaviens



FIESTA DE LAS SOCIEDADES GIMNÁSTICAS EN ARRAS. LOS GIMNASTAS DEL CANTÓN DE FRIBURGO AGITANDO SUS MAZAS
Fot. León Bouet



MONSIEUR THERY
VENCEDOR EN LAS PRUEBAS PARA LA CARRERA GORDON BENNET
«La Vie Illustrée»



EL GENERAL YUKUSHIMA,
JEFE DEL ESTADO MAYOR JAPONES
Underwood & Underwood Stereographs Copyright



COMEDIA

PARECE tonto esto de narrar cosas que pueden verse sólo con asomarse á la ventana ó á la puerta. Por puertas y ventanas trepan al asalto la helada, el bochorno, el tráfago y las impurezas de la vía pública... ¡Quién poseyese una urna hialina, y en ella se claustrase, aletargándose antes como los milagreros faquires!

Dentro de la urna, tapadas con cera las aberturas de los sentidos; revulsa la lengua para obturar la laringe, allá el dolor que revolotee y entenebrezca el aire. ¡Dolor! ¡Dolor ajeno, sobre todo! ¿En qué nos atañe? ¿No le basta á cada cual su ración? ¿No es inconcebible tortura la mera percepción del dolor universal? Si revuelá á nuestro alrededor un solo murciélago, nos crispa; si en una gruta pabellonada de sartas de murciélagos se nos aplana encima el enjambre, nos ahoga. El dolor universal agita el aire con millares de alas de sombra. No nos cabe dentro sino el sufrimiento propio, ¡y rebosa tantas veces!

Una mujer—una sirviente, niñera en casa de modestos empleados—pasaba, á fin de orear y dar jugadero al niño, largas horas en aquel jardín de plazuela, bajo los árboles no muy hojosos, al pie de la ruin estatua del poeta dramático. Vigilaba, inquietamente, de buena fe, al chico, rubito celestial, aureolado de bucles; no le perdía de vista; le limpiaba con la mano las arenas incrustadas en las rodillas, por las caídas frecuentes, y le enjugaba el pasajero llanto con labios calientes, maternales. Los actores del teatro fronterizo, al salir del ensayo, se fijaron en el cupidín, y algunos le atusaron los rizos. Especialmente un representante menos joven de lo que parecía, faz picaresca y rasurada de estudiante de la tuna, ojos gastados y curiosos, embebidos de sensualidad y desilusión, indicó á sus compañeros:

—El chiquillo es divino, pero la niñera no es maleja. ¿Cómo te llamas?

—Lorenza. Y el pequeño, Manolito; en casa le dicen Malito.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiuno... Malito ha cumplido tres.

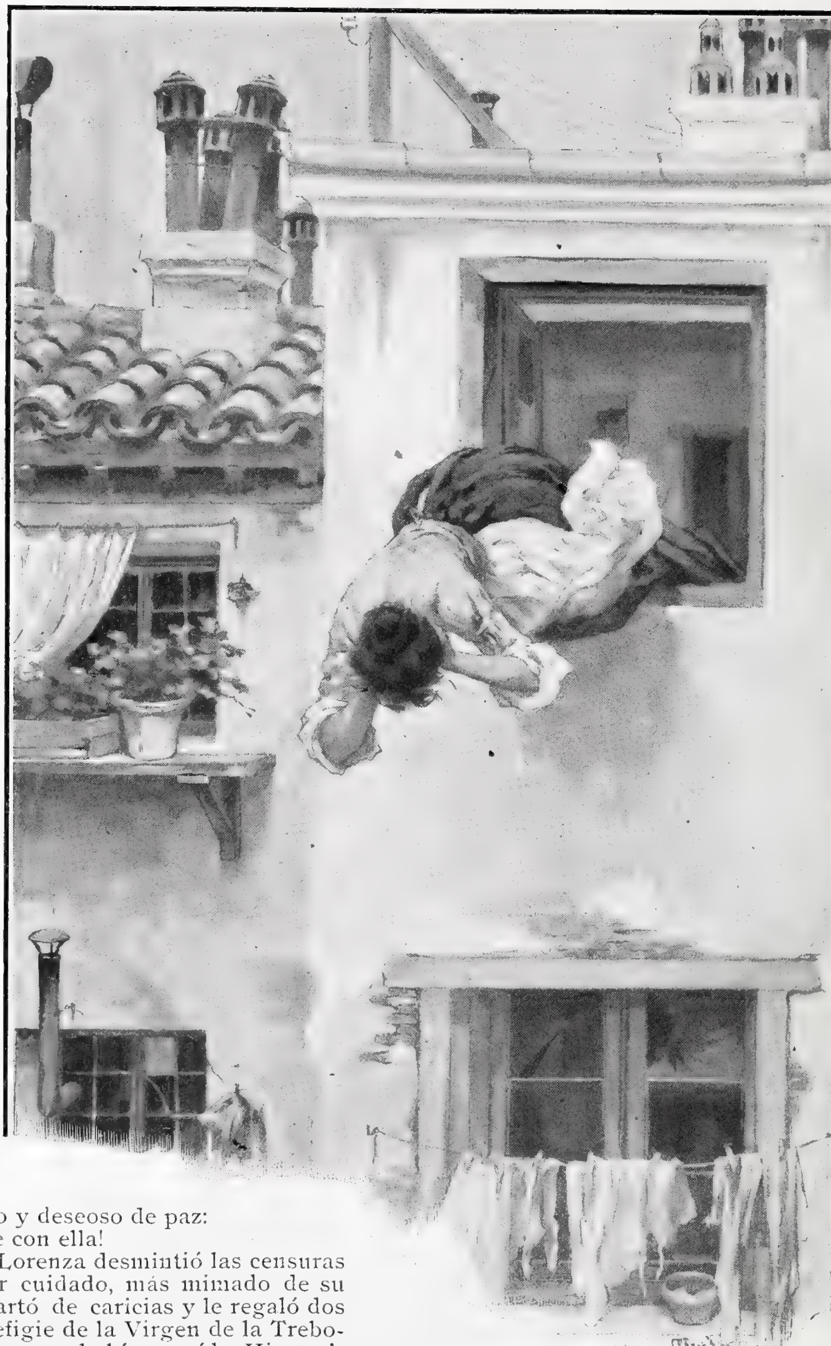
—Eres muy rebonita, Lorenza... ¿Hace mucho que sirves?

—Del pueblo he venío en Agosto, porque se murió mi madre, y padre casó á las pocas semanas...

Desde entonces, diariamente, á la hora en que el ensayo remata, y las luces del alumbrado no parpadean aún entre la arrecida neblina de las tardes del invierno, el comediante buscó á Lorenza en el jardinete. El palique era corto; ¿de qué se va á charlar con una pobre sirviente, una lugareña? Se charla lo estrictamente necesario para trastornar su espíritu hasta donde requiere una seducción vulgar y regocijada. El chiquillo les embullaba; servía de pretexto á los diálogos. Un día que consiguió el comediante llevarse á Lorenza sola á un café vecino, apenas sabía qué decirla. Faltaba Malito, alrededor de cuyo cuerpo se encontraban las manos de los dos personajes del idilio callejero.

Situación al pronto tan desabrida, la salvó el comediante con un fragmento de comedia apasionada y romántica, cortada para otro escenario. Lorenza no había puesto los pies en el teatro jamás. El que nunca jugó, gana la primera vez que apunta á una carta; el que nunca vió representar, no distingue la ficción de la vida—¡que tanto tiene de ficción!—Entregó Lorenza aquel día todo su sér, cometiendo la locura mortal de no reservarse el alma. Cuando volvió al lado de su niño, le empujó distraídamente; el chico rompió en congoja, uno de esos lloriqueos de criatura que parecen no tener causa conocida.

Vino la primavera. Los actores, cumplidas sus tareas de Madrid, buscaron contratas en provincias. Lorenza supo por el conserje del teatro que Mariner, segundo galán, pasaba á un cuadro de compañía formado para recorrer las ciudades catalanas. Le esperó, le preguntó tímidamente, con el encogimiento noble del amor profundo, cuándo, dónde volverían á verse. El actor, previas unas cuantas evasivas, soltó la tardía verdad. Se iba; y de todas maneras... Era casado; tenía ya dos retoños... Lorenza, más blanca que su delantal, no le acusó, no protestó del engaño. Los golpes de feroz violencia no dejan acción á la defensa. Tampoco lloró. Todo se le había paralizado en el cuerpo; diez minutos permaneció sostenida por la pared del teatro después de alejarse Mariner á paso rápido y cobarde de avergonzado deudor. De repente los nervios saltaron, la sangre cuajada ardió y rodó en las venas. Echo Lorenza á correr hacia su casa—la de sus amos, su refugio,—y apenas oyó la reprimenda de la señora, que la noche anterior había secreteado en la alcoba conyugal.



—No sé qué tiene esta chica. Ya no atiende á Malito; ya no le muda la ropa; ya ni barre; es un escándalo.

Y el marido, adormilado y deseoso de paz:

—Pues mujer, ¡á la calle con ella!

A la mañana siguiente, Lorenza desmintió las censuras del ama: nunca fué mejor cuidado, más mimado de su chacha el pequeñín. Le hartó de caricias y le regaló dos medallas de plata con la efigie de la Virgen de la Trebolera, únicas preseas que Lorenza había poseído. Hizo cuidadosamente las camas, barrió la casa entera, ayudó en la cocina á mondar patatas, y aun charoló las botas del matrimonio. Un cuarto de hora antes de servir el almuerzo salió, empujando sin violencia la puerta; subió con agilidad dos pisos, del tercero á las bohardillas, y se detuvo ante la ventana del rellano de escalera que caía al patio. Un vértigo la forzó á sentarse en el duro banco destinado á aliviar el cansancio producido por tantos escalones. Era la altura de un quinto piso—cuatro y el entresuelo.—Lorenza se enderezó y se aproximó á la ventana, que entreabrió con cautela. Allá abajo, las losas del patio recién fregadas lucían al sol; en el centro, el hundido sumidero formaba un negro y férreo ombligo. La niñera se retiró amedrentada; pensó advertir el frío, la dureza del enrejado en el rostro, en las sienes. Entonces se humedecieron sus lagrimales. Sentía perder la vida, y no podía soportarla.

Unas chanclas se arrastraron; el ruido ascendía por la oquedad de la escalera. El portero, morador de la bohardilla, era de seguro quien subía á comerse su pucherete. Lorenza se irguió; aquel hecho insignificante, revestía las proporciones de una sentencia. ¡Si la encontraba el portero allí! Arrimó del todo á la pared las hojas de la ventana y se inclinó más. Un hormigueo irresistible en las plantas de los pies; una sensación de pueril miedo de que se la cayesen los aretes... Se echó las manos á los lóbulos de las orejas. Entre dientes, sin conciencia, murmuraba: «¡Jesús, Virgen de la Trebolera, valerme! Y beoda de aire y de tristeza, ansiosa de volar, no de caer, se descolgó más, abrazó el vacío, se abismó, dando una voltereta y un chillido involuntario...

Emilia PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

¡GORDAS Y DULCES!





La escena pasa en la corte
y en la calle de la Flora
entre un señor de buen porte
y una gentil vendedora,
chica de costumbres sanas
y de clase muy modesta,
que vende por las mañanas
naranjas en una cesta.

Ve á la joven el señor,
mira el fruto valenciano,
hace elogios de su olor,
lo acaricia con la mano,
y dice:—¡Qué rica fruta!
No hay ninguna que la iguale.
La mejor es sin disputa.
¡Caracoles, lo que vale!
Su forma externa es bonita,
agradable es su color,
su zumo es cosa exquisita
y no hay refresco mejor.
Yo, al menos, así lo creo
y en mis elogios soy justo.
Cuando las naranjas veo
me vuelvo loco de gusto.
¡Y éstas son buenas, chiquita!
¿Acaso llevarás cien
en la cesta? ¡Dios permita
que las vendas pronto y bien!
—No tienen pipas y estoy
segura de que son raras.
A pesar de eso las doy
á perra chica. ¿Son caras?
—¡Qué han de ser, si son mi encanto!
—Pues lléveme una docena
ya que las elogia tanto
y halla su clase tan buena.
—¡Mucha gratitud las debo!
—Pues ¡qué diantre! si es así,
llévelas...
—¡Cá, no las llevo!
¡Si no me gustan á mí!
—¿Qué no le gustan á usté?
Entonces por qué me ha dicho...
—Voy á decirte por qué
tengo por ellas capricho.
Las aprecio tanto yo,
porque mi suegra en la Granja
precisamente se ahogó
con un cacho de naranja.

Juan Pérez Zúñiga

Dibujo de Xaudaró

EL CORPUS EN CANARIAS



DIBUJO GRECOROMANO
DE FLORES EN UNA CALLE

La fiesta del Santísimo Corpus Christi ha dado origen en las islas Canarias á una bellísima costumbre que no es, á la verdad, muy conocida, como no lo son muchas de las cosas buenas que hay en aquellas hermosas islas. Afortunadas de nombre y de hecho, pero desgraciadas por la poquísima atención que se les concede.

Famosas son las fiestas de flores que con diferentes motivos y en diversas ocasiones se verifican en Valencia y en Murcia; casi nadie sabe, en cambio, que en Canarias la riqueza, abundancia y variedad de flores son tan extraordinarias, que permiten, con motivo de las fiestas del Sacramento, alfombrar de flores las calles por donde ha de pasar la procesión del Corpus; pero no alfombrarlas metafóricamente, como suele decirse por hipérbole cuando se arrojan cuatro flores al paso de un cortejo ó comitiva, sino alfombrarlas de verdad, formando sobre el suelo de las calles y de las plazas un verdadero tejido de flores, que reproducen artísticos dibujos previamente combinados, como puede verse en nuestras fotografías de las calles de Orotava.

No se contentan los hábiles y espontáneos artistas canarios con dibujar concienzudamente, dentro de los estilos clásicos, como puede verse en la greca reproducida en la primera fotografía, sino que trazan, según se ve en la segunda, un plano para adornar toda una plaza, componiendo y adaptando el dibujo á la forma irregular del plano. Estudiado el dibujo por partes, se colocan las flores en marcos ó cajas, y van disponiéndose con arreglo á un contorno trazado en el suelo.

* * *



CONSTRUYENDO EL ESCUDO DE CANARIAS
EN UNA PLAZA



LOS VECINOS DE UNA CALLE
ADORNÁNDOLA LA VÍSPERA DEL CORPUS

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 11 Junio 1904. N.º 684



La leyenda de la hormiga

ANTE el mundo vacío de seres, Brahma el creador se recogió en sí mismo. Tras él y ocultándose entre nubes, Visnú el conservador y Siva el aniquilador esperaban.

Luego que pasó su meditación, Brahma extendió una mano deseando que la árida superficie de la tierra se cubriese de verdor, y aquel deseo se cumplió en el acto. Por todos sitios, colgando de las rocas, tapizando los llanos, uniéndose en los bosques, nacieron las plantas, los árboles, los musgos, y pronto sobre el follaje espeso sonrieron las flores. Brahma se recreó un instante en su obra, mientras Visnú dejaba caer el rocío, entibiaba el ardor del sol con brisas suaves y Siva desataba los huracanes sacudidores, dejaba rodar los granizos. La vida y la muerte comenzaban á luchar.

Después de haberse deleitado en su creación, Brahma deseó que las selvas, los valles, las aguas, los aires y las profundidades subterráneas se poblasen de seres. Y extendiendo otra vez la mano creadora, pareció sembrar gérmenes de existencias por los cuatro puntos del horizonte.

Bajo aquel gesto fecundante, la tierra y las aguas hirvieron en vidas, que se concretaron en las formas más diversas. El deseo omnipotente de Brahma no se detenía en apariencias determinadas, y los seres más distintos nacían mezclados unos con otros en confusión extraordinaria.

Sobre los caparazones rugosos de los cocodrilos y los escudos de las tortugas, flotaba la gracia de las mariposas, de los pájaros pequeños, revolantes y multicolores, mientras en el mar saltaban peces lucientes y plateados y entre los valles de las olas dormía la negra muchedumbre de los cetáceos.

Por cima de las selvas pasaban triángulos de grullas, bandos deslumbradores de cotorras, parejas de tórtolas y de palomas unidas en blando volar, y en lo alto, casi invisibles, se cernían las águilas, los buitres, todos los dominadores del aire. Por los árboles bullía la inquieta turba simia, saltando de rama en rama, gesticulante y burlona, y bajo ella pasaban, lentos y majestuosos, con callado pisar, los gualdos tigres, los leones, los leopardos mosqueados, las hienas grises, los osos peludos y tardíos. En las llanuras y en los valles pacían las graciosas cabras, el caballo, las ovejas quejumbrosas, los antílopes medrosos, y en medio de todos, la roca viviente del elefante emergía de entre las hierbas altas, ondeando su trompa serpentina. Sobre las flores zumbaban las abejas, por entre las gramíneas corrían las hormigas; al fin el hombre nació. Brahma había concluído su tarea.

Todos aquellos seres vivían confundidos y mezclados sin atacarse ni hostilizarse. Las especies más distintas fraternizaban, y sobre el haz de los estanques flotaban los cisnes sin temor á las águilas, mientras en las ramas rugosas de los árboles se movían los ondulantes cuerpos de las sierpes junto á los pavones irisados. Entre las gramíneas, los lagartos reposaban, sin perseguir ni atrapar á las abejas doradas que zumbaban tranquilas sobre las flores. Filosófico y grave, el sapo se movía con pausa, y los coleópteros no huían á su vista. En la inmensidad del mar reinaba también la paz.

Los peces resbalaban suavemente entre las aguas, y descendiendo á los abismos profundos donde las conchas abrían sus valvas y el coral florecía sus ramos sin temor á enemigos, tornaban á subir

otra vez hasta flotar entre las espumas y las largas cintas de las algas, bajo el sol alegre. Un júbilo inocente, profundo, originado por el desconocimiento del mal y de la muerte, reinaba en el universo.

Ante aquel espectáculo hermosísimo, Brahma y Visnú sonrieron deleitados. El mismo Siva olvidó por un instante la crueldad necesaria de su naturaleza, y permaneció inmóvil. Agradecida á los dioses, la tierra hizo subir hasta ellos aromas de flores, gorjeos de pájaros. Buscáronse los seres, ansiosos de caricias; las corolas desfallecieron repletas de polen, y desde los húmedos abismos de las aguas hasta el más enhiesto pico de los montes resonó un dulce lamento, una queja apasionada.

Los ojos de Brahma se posaron con deleite amoroso sobre aquellas criaturas que extrajo de la nada; luego se humedecieron al ver el horrible gesto de Siva, que se aprestaba á destruirlas. La bondad de Brahma quiso alargar un instante más la dicha de que gozaba la creación, y deteniendo el ademán destructor de Siva, concedió á todos los seres ese momento de felicidad absoluta, no turbada por la presciencia de la muerte, cuyo recuerdo no nos ha abandonado desde entonces.

Para justificar aquella debilidad, Brahma habló así: «Detén, terrible Siva, por un instante el golpe de muerte con que amenazas mi obra. Deseo que antes de morir alguno de los seres creados por mí me adoren todos, reverencien á su hacedor. Venid, ordenó. Abandonad vuestros goces, vuestras tareas, los sitios donde os coloqué. Llegaros todos ante mí. Adoradme, ensalzadme, puesto que sois míos y mía es la partícula de vida que os anima.»

A la orden de Brahma, todos los seres se precipitaron ante su creador con empuje formidable. Todos, mezclados los pacíficos con los hostiles, los grandes con los pequeños, se amontonaron delante de Brahma, adorándole. De la muchedumbre nacían rugidos de fieras, cantos de aves, aletazos de peces. Cada animal expresaba su adoración conforme á la naturaleza de que le dotó el creador.

Contemplando aquel tumulto, Brahma, lleno de alegría por tanto amor, tornóse á Siva. Mas el dios terrible sonrió señalando á la tierra, y Brahma vió que en el globo desertado por sus habitantes una abeja zumbaba sobre los cálices, una hormiga corría desolada entre las hierbas y un hombre vagaba por los prados. El creador se entristeció contemplando aquellos tres seres que no querían adorarle. Mas deteniendo el gesto de Siva, que se disponía á aniquilarlos, dijo con voz potente, dominadora, que oyeron todos, los ingratos y los agradecidos: «Vivid, creced, llenad el mundo, seres que saqué de la nada. La muerte, los dolores, los males amenazarán vuestros días, pero sólo responderéis de los que os correspondan á vosotros solos. Andaréis por el mundo sin preocuparos de los sufrimientos de vuestros semejantes, sin que su porvenir os entristezca ni os abrume el pasado de cuantos fueron antes que vosotros. Sólo los tres seres que no quisieron adorarme, la negra hormiga, la abeja rubia y el hombre, sufrirán por ellos y por los suyos. No se bastarán á sí mismos. Les será imposible vivir en vuestro aislamiento. Les mortificarán los dolores de sus descendientes, las penalidades de sus antecesores, y serán desgraciados en el presente, en el pasado, en el porvenir.»

Después, Brahma desapareció, y mientras los animales, agradecidos, se dispersaban alegres y sin cuidados, los tres seres ingratos buscaron á sus semejantes, y desde entonces la hormiga, el hombre y la abeja viven en sociedad con los suyos y por ellos sufren.

LEMA: FILIDOR

(NÚMERO 15 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

(DIBUJOS DE REGIDOR



PLÉTORA

Yo no sé qué tieni,
qué tieni esta tierra
de la Extremaura,
que cuantis que llegan
estos emprecipios
de la Primavera,
se me poni la sangri encendia,
que cuasis me quema,
se me jincha la caja del pecho,
se me jaci más grandi la juerza,
se me poni la frenti möorra
y barrunto que asinas me entra
como un jormiguillo
que me jormiguea....
¡Y luego unas ansias
que me ajogan de juerti que aprietan
con arrempujonis
de lloral sin querel, que me quean
que cuasis reviento
sin poel revental de la pena!...
¡Me dan unas ganas
de metermi con cosas de juerza!...
¡Asín jundu el corti
de la segureja,
que lo mesmo ha caío esta encina
que si juesi de pura manteca!
¡Yo no sé qué será lo que adrento
me escarabajea
cuantis llega esti tiempo tan güeno
de la Primavera!...
Digo yo que serán estos vahos
que jecha la tierra,
que güelin á ricos
y paeci que, asín que se cuelan,
como que arrempujan
de adrento pa juera,
y levantan el pecho pa arriba,
y entontecin del gustu que quean...
¡Juy, cómo me sabin!...
¡Juy, Dios, y qué juerza!..
Si viniesi ahora mesmo aquí Gorio
y quisiesi luchal una güelta...
¡juy, Dios, qué Goriazo
le jacía pintal en la tierra!



Me gusta esti tiempo
de la Primavera,
pero ¡congrio! me da mucha rabia
no tenel una cosa que puea
sacarmi del cuerpo
el comuelgo ná más de la juerza!...

José M.ª GABRIEL Y GALÁN

BAJO-RELIEVE DE COULLAUT VALERA

Crónica Gráfica

EL jueves más grande del año, según la frase proverbial, ó la fiesta del Santísimo Sacramento, sigue celebrándose en toda España con ostentación y lucimiento tan grandes como en los días felices, ya lejanos, de nuestro poderío y prosperidad.

Toledo, Valencia, Granada, Cádiz, compiten en lujo y suntuosidad al celebrar esa fiesta, la más neta y genuínamente católica; la que se refiere al misterio mayor de la religión; la que preocupó tanto en el siglo de oro á teólogos-dramaturgos como Calderón, Tirso y el maestro Valdivielso. Convencidos los valencianos, los toledanos, los gaditanos y los granadinos, según parece, de la profunda verdad que encierran aquellos versos del autor de *La vida es sueño:*

> Que en el día del Señor
> era cada cascabel
> de un danzante, silogismo
> contra el apóstata infiel,

no vacilan ni un momento en combatir la impiedad reinante, organizando vistosos festejos, procesiones, funciones de fuegos artificiales y corridas de toros, y á todos esos holgorios concurren y convidan á los forasteros, abaratando los trenes y transportes, con lo cual, si la fe gana mucho, tampoco el comercio pierde nada, y se realiza aquel discreto refrán que dice *A Dios rogando y con el mazo dando.*

Lo único que se echa de menos en todos los programas de festejos del Corpus que hemos visto este año es un espectáculo que resultaría, á más de muy culto y artístico, muy edificante, y por ello nos permitimos proponérselo á los organizadores de tales fiestas para el año que viene: es la representación de un auto sacramental de Calderón ó de Lope, con todo el aparato escénico que esta clase de obras requiere, y que en tiempos de aquellos dos grandes genios de nuestro teatro no comprendemos apenas cómo se emplearía.

Un empresario que tuviera el acierto de preparar bien tan curioso y cristiano espectáculo, de seguro obtendría pingües beneficios; pero claro es que el auto sacramental no había de representarse en el teatro ni de noche, sino de día y al aire libre, en corral ó plaza cerrada, como fin de la procesión, con todo el accesorio de gigantones, cabezudos y música de gaita y de cuerda para mayor amenidad.

Mucho celebraríamos que alguien recogiese y aprovechase esta idea para el año próximo.

NO digamos que festejo, pero espectáculo divertido sí que lo constituye la presencia de la escuadra norteamericana del almirante Jewell en el puerto de Tánger.

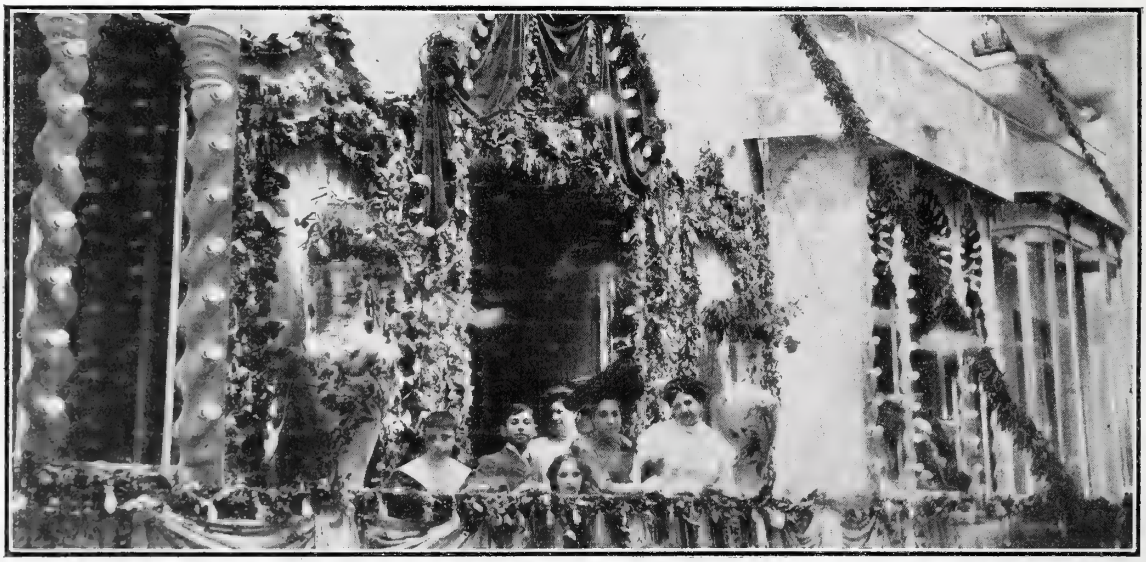
A la hora en que escribimos estas líneas no ha ocurrido nada grave sino que, á consecuencia del secuestro del súbdito yanqui Sr. Perdicaris por el bandido riffeño Raisuli, han ido presentándose en aquel puerto el *Olimpia*, el *Baltimore*, el *Cleveland*, y se espera á nuestros antiguos conocidos el *Indiana*, el *Minneapolis*, el *Iowa* y otros tales, de infelice recordación. Hasta ahora los americanos se han limitado á hablar con Sidi Mohamed Torres, lo cual es una de las cosas más inútiles de este mundo. Espéranse grandes acontecimientos.



GRANADA. LA PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI PASANDO POR EL ZACATÍN — Fot. Lorenzo Medina



VALENCIA. LAS OCHO «ROCAS», EXPUESTAS EL DÍA DEL CORPUS — Fot. F. Gómez



CÁDIZ. BALCÓN ADORNADO EN CASA DE LOS SRES. DE CANTÓ, PREMIADO EL DÍA DEL CORPUS — Fot. J. Bermejo



TÁNGER. EL ALMIRANTE SIR T. F. CHADURCK, DIRIGIÉNDOSE Á CONFERENCIAR CON MOHAMED TORRES



EL ALMIRANTE JEWELL, JEFE DE LA ESCUADRA, DESPUÉS DE VISITAR AL MINISTRO AMERICANO



EL COMANDANTE DEL CRUCERO «OLIMPIA» Y EL CORONEL INGLÉS PLADER DIRIGIÉNDOSE Á LA ESCUADRA

Fot. Mac Carthy



ZODIACADA DE JUNIO

CÁNCER

Este desagradable y hasta horripilante mote corresponde á la constelación situada en la parte más septentrional, como si dijéramos en las guardillas de la eclíptica.

Pero no hay que asustarse.

El nombre de *Cáncer* no se refiere á la terrible enfermedad que ataca á los césares germanos como si fuesen pobres barrenderos.

Cáncer significa, según sabemos todas las personas decentemente amuebladas, el cangrejo, el simpático y sabroso crustáceo que tan fieros disgustos dió al Gobierno conservador en los días épicamente ridículos de *El mozo crúo*, de los cuales maldito si nos acordamos ya hoy.



Se dice ordinariamente que los astrónomos dieron el nombre de *Cáncer* ó *Cangrejo* á la constelación frente á la cual entra el sol el día 21 de Junio, porque desde ese instante los días comienzan á decrecer, como si el sol, imitando á los Gobiernos aludidos por la Srta. Soler en los sugestivos couplets que ya todos hemos olvidado, *retrogradase* al son del conocido

siempre p'atrás
siempre p'atrás,
sea joven ó viejo,
de mar ó de río,
etc.

Parece imposible, á la verdad, que refiriéndose á una constelación tan seria é importante como la de Cáncer, que tiene la forma de una verdadera nebulosa, mirada á la simple vista, pero en la cual se cuentan, con auxilio del anteojo, cerca de noventa estrellas muy decentitas, se les haya ocurrido á los astrónomos, ó á quienes quiera que fuesen, tantos disparates amontonados. Porque ni el sol retrocede ni se echa *p'atrás* como los gobernantes de España en cuanto sienten que no se les escapa el mango de la sartén, ni el *Cáncer* constelación tiene forma de *cáncer* cangrejo, ni tampoco los cangrejos andan hacia atrás, según creen esos imbéciles incapaces de distinguir la cabeza de la cola. Por consiguiente, cuanto se ha dicho acerca de la constelación de Cáncer y del signo zodiacal así llamado, parece inventado por un ministro maurista en el período del delirio. Ahora, si nos fijamos en el horóscopo, no diremos ninguna tontería asegurando que, de creer á los antiguos, los cuales, sólo por ser antiguos nos parecen respetables y merecedores de asenso, la divinidad encargada de regir esta parte del año es la *casta diva*, la *virgen fuerte*, la *bella cazadora*, ó sea Diana, diosa bastante conocida para que necesitemos hacer su presentación ó repetir alguna de sus conocidas hazañas cinegéticas y de las otras.





Así, pues, los nacidos en Junio, protegidos por tan simpática y excelente diosa, de ser varones, se hallarán dotados de excelsas cualidades, de una energía á toda prueba y de envidiable acometividad, lo cual les constituirá en la envidiable situación de *capacitados para gobernar*, como es moda decir hoy entre republicanos. Los predestinados para toreros serán de los que matan á volapié, no de los que consuman la suerte suprema aguantando ó recibiendo; los predestinados para políticos, serán de los que pegan fuerte, aguantan silbas horrorosas y caen al descubierto cuando menos se lo piensan, sin que haya un capote oportuno para salvarlos.



Si los nacidos bajo este signo son hembras, poseerán la virtud más preciosa, la castidad, pero también el vicio más desagradable en el sexo femenino, el carácter altivo, regañón y hombruno; de modo que, si Dios no lo remedia, aconsejado por el bendito San Antonio, que suele tomar parte muy activa en estos lances y remediarlo todo al final, se quedarán solteronas como se quedó la *casta diva*, pero sin la eterna juventud de la divina cazadora; y á pesar de conservarse tan bien, ésta ya no tiene más amantes, sino unos cuantos perros y unos pocos poetas caninos que ladran á la luna sin que nadie les haga caso.

W. & B.

DIBUJOS DE SANCHA



A PEPITO, JUANITO, PERIQUITO, ETC.

JUNIO, que por ser el mes en que suelen finalizar sus estudios chicos y grandes, les parece á muchos un mes aciago y odioso, es también, sin embargo, el mes de las grandes satisfacciones.

¿Verdad que sí, Pepito? ¿Verdad, Juanito? ¿Verdad, Periquito? Junio es un mes muy triste... pero también es un mes muy alegre; y de contradicciones como ésta se forma enterita la trama del vivir, según sabréis cuando seais mayores. Pero hablando con toda franqueza, aun cuando pase uno sus apurillos para terminar el curso, lo mismo si se está en la primera enseñanza que cuando ya se le ha hincado el diente al latín y es preciso examinarse en el Instituto ante unos señores feos y seriotes, con el birrete calado, la verdad es que la cosa más bella y agradable del mundo es salir bien de los exámenes, sabérselo todo, sacar sobresalientes y notables y recibir los parabienes del maestro y de los amigos, los abrazos y caricias de papás y abuelos... y sentir el tintineo de las moneditas en la hucha, antes silenciosa y en Junio repleta y alegre como unas sonajas. ¿Eh, Juanito? ¿Qué me dices de eso, Periquito? ¿Cuál es tu opinión, Pepito?

Vosotros todos tenéis vuestra hucha, porque vuestros papás son previsores y quieren que os acostumbréis á ahorrar. Pues bien; yo apuesto lo que queráis á que no hay ningún mes que sea tan bueno y tan generoso para vuestra hucha como este mes de Junio en que os examináis y salís bien... porque hemos convenido en que salís bien, ¿eh? De eso estoy seguro, porque yo no me trato con chicos cosecheros de calabazas. ¡No faltaba más!

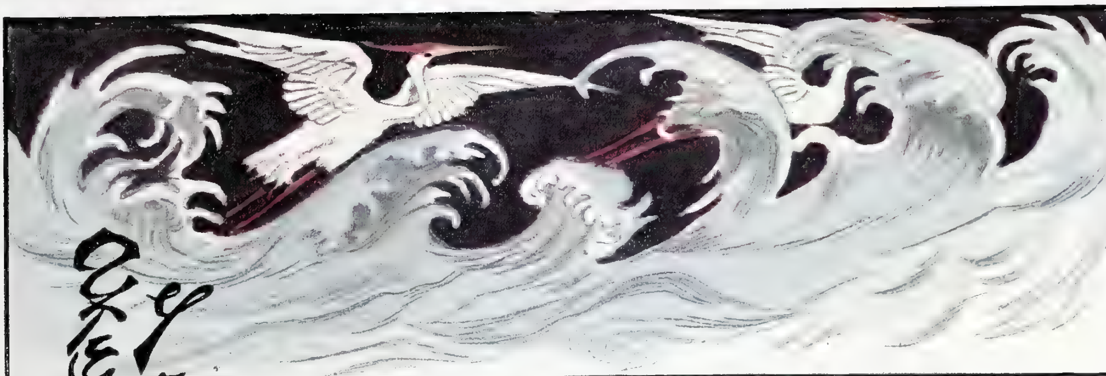
Ya recuerdo que en Navidad también tuvísteis algunos ingresos de importancia en la hucha, pero entonces no vayáis á decirme que fué por méritos propios. No hay tal. Fué en atención á la solemnidad de aquellos días. Ahora, no. Si vuestra hucha aumenta y engorda, es porque vosotros os lo habéis ganado con vuestro trabajo y esfuerzo, como unos hombres que sois ó que seréis el día de mañana.

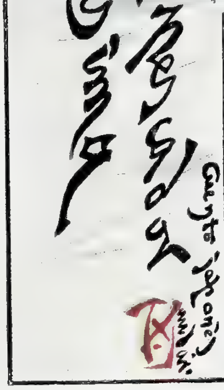
Y aquí entra otra cuestión más grave. ¿Habéis pensado en que hay muchos, muchísimos niños que no tienen hucha? ¡Caramba! Esta es una cosa en que no habíais pensado, ¿verdad? No parece muy justo esto de que unos sí tengan hucha y otros no. ¿Podríamos remediar en parte tal injusticia?

Yo creo que sí, y para eso os propuso BLANCO Y NEGRO en su sección de *Gente menuda* y os lo repite ahora, que de lo ahorrado por vosotros en los meses anteriores ó en éste de Junio saquéis *una peseta*, ¡ya véis que no vais á arruinaros! y la enviéis á esta casa, que es muy vuestra, Serrano, 55, Madrid, antes del 20 del corriente mes de Junio. Al enviar vuestra peseta, indicaréis en un papel el nombre de un amiguito ó protegido vuestro que sea pobre y no tenga hucha.

Con la peseta que vosotros, Juanito, Pepito, Periquito, etc., enviéis, BLANCO Y NEGRO se propone comprar *cartillas de cien pesetas de la Caja de Ahorros*, es decir, *huchas nuevas* á los niños que no las tengan, hasta donde lleguen las pesetas; es decir, que si vosotros tenéis la generosidad de enviar vuestra peseta y de correr la voz entre vuestros amiguitos y compañeros para que también ellos lo hagan, serán muchos los niños pobres á quienes socorreréis, y de vuestra hucha habrán salido otras, y así, en parte, remediaréis esa diablura de que unos tengan hucha y otros no. Y si, además, en el sorteo que verificaremos delante de todos vosotros, con música y todo, allá, para últimos de mes, resultara agraciado el amiguito pobre á quien hubiérais propuesto, yo creo que os pondríais muy contentos y habriáis *hecho un agradecido*, como dicen por ahí, lo cual siempre es bueno. Conque ¿os conviene el trato? Yo así lo creo y lo espero todo de vuestro buen corazón.

B. Y N.





AKUSIMA EL PESCADOR

CUENTO JAPONÉS

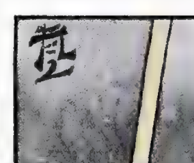
HACE ya muchos años, muchos centenares de años y muchos millares de años, cuando el mundo era nuevo y reluciente como un cuenco de Satsumá recién salido del horno del esmaltador, vivía en la bahía de Senday, en la costa de Nipon, un joven pescador llamado Akusima, diestro con el remo y con la vela, despierto con la caña, avisado y valiente con la red, con el esparavel, con el palangre y con todos aquellos antiguos y ya desusados aparejos de pesca que se usaban cuando los dos divinos kamíes Izanaghí é Izanamí, abrasados en amoroso fuego, concibieron á la inmortal Teushodaizin.

En aquel tiempo no se había construído aún el templo de los treinta y tres mil trescientos treinta y tres ídolos; pero la piedad de los buenos japoneses era mucho mayor y más acendrada que á la hora presente.

Un día Akusima salió á pescar muy de mañana en su barca, pintada de color de loto, honda y estrecha, como hecha sólo para un remero, y que á veces un ataúd parecía. Después de haber rezado sus plegarias al sol naciente y á todos los kamíes de su especial devoción, Akusima largó la red, y héte aquí que entre muchos peces dorados y plateados salió forcejeando torpemente entre las mallas un hermosísimo carey, una tortuga gigantesca, grande, grande como el escudo de un samuraí. ¡Hermoso animal era por cierto! El caparazón, poniéndolo al trasluz, se transparentaba á ranchos y dejaba ver el cuerpo; era una bellísima concha donde se entreveraban con un puro y brillante color de aceite de lino caprichosas manchas que de vino tinto recién hecho parecían, y otras más obscuras, semejantes al tono de la crisantema tostada que llamamos *flor de Amaterasú*, por lo mucho que en verla se complacía la buena diosa. Fuera de la concha, la tortuga asomaba tímidamente su cabecita de vieja y agitaba patas y cola con el miedo de la muerte, espantoso y aterrador, que debe de tener quien sabe que puede vivir mil años.

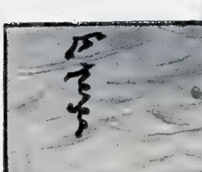
Akusima tomó con sus dos manos la tortuga, y estuvo una buena pieza mirándola y reflexionando. —Con este carey—pensó,—vendido en el mercado de Senday ó en el de Hawadjí, podría hacerme rico, retirarme de la pesca, tener tierras y esclavos...—Pero tras este pensamiento, uno más piadoso se apoderó de su mente.—Por las pocas arrugas de su cabecita y lo ágil de sus pies—pensó,—calculo que este carey debe de tener pocos meses, un año á lo sumo.—¿No sería una injusticia monstruosa privarle de vivir por lo menos otros novecientos noventa y nueve años, sólo por lucrarme yo, que ya tengo veinticinco, y á lo sumo viviré otros cincuenta ó sesenta? ¿No hay algún misterio divino en esto de que una bestezuela que creemos más ruda y torpe que el hombre viva diez veces más que él? Por otra parte, si yo dejase las faenas de la pesca en las cuales nací, ¿no me convertiría acaso en un holgazán inútil y aun pernicioso para los demás hombres...?

Hechas estas reflexiones, Akusima el pescador miró con gran atención las hermosas irisaciones que el sol, ya esplendente, producía en la concha del carey, y tan contento como antes, arrojó de nuevo al agua la tortuga, que se marchó braceando y perneando aprisa, como si le hubiesen distraído ó retardado de algunos quehaceres ú ocupaciones de gran apremio y urgencia



Akusima hizo entonces lo que hace todo hombre después de realizar un acto que deja sosegada su conciencia: se quedó profundamente dormido cara al sol en su barca, que semejaba un féretro. Dormía con la modorra propia de lo que llamamos la siesta del carnero, cuando catáos que en sueños vió emerger de lo más hondo de las olas una preciosa y gallarda joven vestida con rozagantes







vestiduras de espléndidos tejidos, en los que no parecía que hubiesen tocado manos, la cual, con dulce voz y modesto y ruboroso ademán, le dijo al pescador:

—Soy la hija del dios de los mares, y habito, con mi padre, en el palacio de los Dragones, que está debajo de las saladas ondas. Ese carey que cogiste hace un rato no era tal tortuga, ni animal ninguno marítimo ó terrestre, sino que era yo misma, y caí en la red porque mi padre me había hecho tomar esa forma para averiguar cuáles eran tus intenciones: si eras bueno y pío, ó bien codicioso, interesado y cruel. Ahora ya mi padre y yo hemos visto que nada tienes de esto último, y por eso he venido á buscarte—esto lo dijo la princesa bajando los ojos y con turbada voz—para ofrecerte mi mano y una vida feliz y próspera, que durará mil años en el palacio de los Dragones, en lo más hondo del mar azul.

Akusima, todo confuso y atortolado, no supo contestar nada concreto; pero empuñó ambos remos con sus brazos vigorosos, é indicó á la princesa que se acurrucase lo mejor posible en la estrecha canoa y que guiase. Pronto la barca se hundió suavemente sin que Akusima lo notase, porque iba embargado en la contemplación de los ojos de la princesita, que eran azules claros y serenos como dos turquesas; y remando Akusima y la princesa guiando, pasada una gran hora, arribaron al palacio de los Dragones, donde el dios de los mares residía y como rey gobernaba todos los peces, tortugas, dragones, serpientes y animales marinos; desde las enormes ballenas hasta los menudos hipocampos.

Peregrina cosa era, por cierto, el tal palacio: las paredes eran de coral; los árboles de los jardines tenían por hojas esmeraldas, y rubíes por frutos; los peces de los estanques tenían las escamas de plata; los dragones ostentaban largas colas de oro puro. Echad á volar la imaginación, después de haber recorrido las ocho islas sagradas y de haber recreado los ojos en todas las obras pictóricas de Yosai el inimitable, y aun así no podréis fantasear ni un remoto bosquejo del palacio de los Dragones. Y todas aquellas riquezas eran para un pobre pescador como Akusima, quien, al fin y al cabo, para algo era yerno y nada menos que de un dios. Felicísima fué, pues, durante tres años la existencia de Akusima, cuyas ocupaciones consistían únicamente en comer y beber de lo más exquisito, dejarse halagar y servir por los diligentes vasallos de su suegro, amar á la princesa y pasearse con ella bajo los árboles con hojas de esmeraldas y frutos de rubíes. Pero eso tiene la felicidad cuando la goza el hombre en un mundo ó país extraño: que llega á empalagar y no borra el recuerdo de la perdida patria y de la abandonada familia. Así que una mañana Akusima, después de hacer algunos mimos preparatorios á la princesita su esposa, la espetó la siguiente declaración:

—En este palacio y en tu compañía, ¡oh mi amada princesa! soy el sér más dichoso del mar, y aun creo que de la tierra firme; pero como quiera que tú tienes padre, bien puedes conocer los deseos que tengo de ver al mío y á mi madre y á mis hermanitos y hermanitas, á quienes hace tres años perdí de vista, y que ya me habrán llorado por muerto. Así, pues, te ruego encarecidamente, princesa y esposa mía, que me dejes volver á mi casa por una temporadita, y una vez que haya visto y tranquilizado á mis padres y hermanos, regresaré á tu lado para no separarnos ya nunca.

La princesa, al oir estas palabras, torció un tanto el gesto, lo que, dada su belleza, la hacía aún más interesante, y habló así:

—No me parecen, en verdad, nada loables esas prisas que tienes por separarte de mí, que te he proporcionado cuantas bienandanzas disfrutas, y sobre todas ellas, la mejor y más apetecible, que es el amor. Además, tengo barruntos é indicios de que puede ocurrirte cualquier desgracia. Pero como no he

de oponerme á tus designios, aunque fueran caprichosos, ve cuando quieras, y lleva siempre contigo esta caja, sin más prevención que una: si abres la caja, no podrás volver á este palacio ni me verás ya nunca.



Muy conmovido, Akusima tomó en sus manos la cajita, que era de laca negra con tres tortugas incrustadas finamente en la tapa, y sujeta tan sólo por un cordón de seda, y con la caja en las manos, prometió solemnemente por su salud y por los dos divinos kamíes Izanaghí é Izanamí, no perder la caja ni abrirla; dicho lo cual, metióse de nuevo en su barca, que parecía una tumba, y requiriendo los remos, sin gran cansancio atracó pronto en la bahía de Senday y pisó gozoso las doradas arenas de la playa que le vió nacer.

Muy luego, al contento sucedió el asombro. ¿Qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la mansión paternal? ¿Dónde el pueblecillo de pescadores en que Akusima naciera? ¿Dónde el bosquecillo de nogales, moreras y kadsías en que jugara cuando niño? Nada de esto se veía; sólo el arroyuelo donde en otro tiempo lavaban la ropa las mujerucas del pueblo seguía metiéndose en el mar, cantándole en voz ténue la canción de su menguado caudal; y á lo lejos, las montañas, y más largo, dominando el horizonte, la pelada cumbre del Fushiyama, con su eterno airón de humo volcánico... Akusima vió un hombre y le preguntó cuanto ansiaba saber.

El hombre se quedó asombrado; nunca oyera hablar de Akusima, de sus padres ni del pueblo. Llamó á un viejo muy viejo que parecía como si quisiera desarrugarse al sol, y el viejo, después de pensarlo mucho, recordó que había oído decir á su bisabuelo que su abuelo le había hablado de un tal Akusima, pescador, que murió ahogado, y de su casa y de su familia, pero que la historia ó cuento era cosa tan vieja, tan vieja. que hacía de aquello ya más de trescientos años...

Al oir esto, el alma de Akusima se llenó de sombras, y reflexionando y llorando cayó en la cuenta de que tal vez el palacio de los Dragones, con sus paredes de coral, y sus árboles de esmeraldas, y sus peces de plata, y sus dragones con colas de oro, no era acaso sino un palacio encantado ó de cuento de hadas, y que en él un día debía de ser largo como un año en la tierra; por lo cual, los tres años que había pasado allí sumergido en todas las delicias fueron trescientos años terrestres, porque la felicidad consume y se traga los años, mientras que la desdicha va dilatándolos cuanto es posible. Y pensando esto, decidió volver al lado de la querida princesa, puesto que ya á su país natal no le ligaban afectos ni intereses. Mas sucedió que con tamaños trastornos y tan raras impresiones, había olvidado el camino. Volvióse á su barca, interrogando, mudo, al estrecho sarcófago. Ocurrióseles entonces abrir la caja de la princesa, creyendo que acaso allí se contendría el secreto de la verdadera vía. Abrióla, pues, y ¿qué creeréis que salió de la caja? Una ligera y endeble nubecilla de humo azulado, que pronto se perdió sobre el Océano. El cuitado Akusima corrió tras ella, remó desesperadamente, implorando, gimiendo. Entonces recordó que abierta la caja, ya no podía volver al lugar de su ventura. Pero al poco rato sintió que su voz se hacía más endeble y más apagada, hasta extinguirse del todo; al mismo tiempo temblaban sus piernas y se enflaquecían, al punto de dar con él en el suelo; mientras tanto, su espinazo se encorvaba, le rehilaban las manos, y al caer de bruces junto al arroyo vió en el cándido cristal que su cara se había llenado de arrugas, y que en la cabeza no le quedaban sino flácidos mechones de cabellos blancos. A poco, sus ojos perdieron la luz, se cerraron, quedó muerto en la ribera del arroyuelo...

Este es el cuento que narran las madres japonesas en Nipon, en Xícoco, en Ieso, en Kiu Siu, para enseñar á sus hijos á ser obedientes y á no intentar traspasar los umbrales del misterio.

Y al terminar, invocan á los kamíes divinos Izanaghí é Izanamí para que dejen caer sobre las cabezas de los pequeñuelos la bendición que para vosotros pido.

DIBUJOS DE XAUDARÓ

Traducción de un cuento japonés de HATO IROGAWA

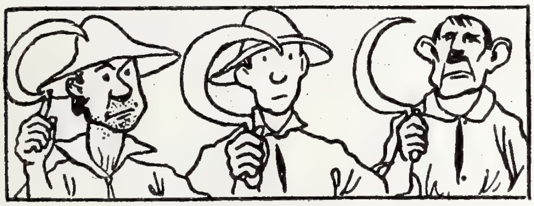


PLAZOLETA EN UN PUEBLO DE
EXTREMADURA, POR EMILIO SALA



REFRANERO DE JUNIO

Junio el cosechero trae la cara placiente, arrebolada, casi apoplética. Para el labrador, Junio, Julio y Agosto son el premio de todo el año. El triste gañán que anduvo por la invernada sudoroso y adunco sobre la esteva, deja alegremente que se enruginen rejas y dentales y requiere la

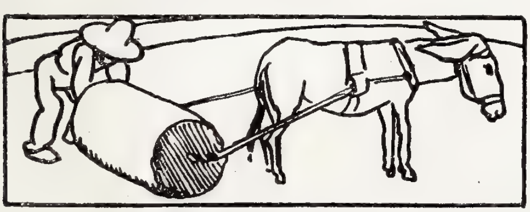


hoz, como dice el refrán: *Junio, hoz en puño*, mientras mujeres y chicos, obedeciendo á otro refrán que dice, *cuando Junio llega, busca la hoz y limpia la era*, se arman de escardillos, azuelas, azadas y desbrozan la era si ésta es pedregal, ó bien, si es terriza, desotierran el rulo de piedra que ha pasado todo el



invierno al aire blanqueando entre los matojos, enganchan al balancín un burro ó muleja ó se enganchan ellos mismos y allanan la era, ya limpia, y la apisonan con los pies.

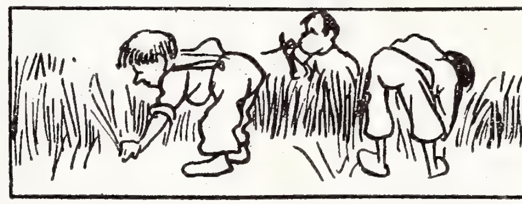
Conviene advertir que todos estos preparativos se hacen en Castilla la Nueva, y de ahí para abajo; pero en Castilla la Vieja, fuera de lo más abrasado de la puna de Campos y Valladolid, no es cosa mayor lo que se siega en Junio, pues aún están las cebadas verdes ó zorollas.



Los pobres de pedir y los chicos campios tienen un refrán que no he visto citado en ningún Refranero, por lo cual me permito brindárselo al maestro Sbarbi y al maestro Rodríguez Marín. Dice que *en Junio en todos los cerros sopas y en todo alcacer zampoñas*. Alude á que siendo este tiempo de abundancia, porque lo es de trabajo, el pobre de solemnidad que anduvo todo el invierno traspillado de hambre y de frío, encuentra por donde quiera que vaya cuadrillas de segadores que le socorran con migajones de gazpacho ó cuartales de hogaza; y aún más sucede: que viniendo el tiempo bien y



siendo la cosecha fuerte, es necesario emplear en los menesteres de la era á lo que despiadadamente suele llamarse *las bocas inútiles*, pues otro refrán (no coleccionado tampoco, que yo sepa) dice: *el que no sirve para nada, sirve para parvero*, esto es, para dar vuelta á la parva y cuidar de los trilladores; donde se ve que todos los pobres en Junio tienen colocación. Y en cuanto á lo del alcacer, ya se sabe que Junio es el mes de las pipitañas, porque las cebadas suelen tener aún el tallo tierno, aun cuando también deba repararse que las buenas pipitañas, las verdaderas zampoñas de los chicos, mejor se sacan del centeno que de la cebada.



Al santo mas popular de Junio, es decir, al excelente y simpático San Juan, se le arremolinan en montones los refranes. *Agua por San Juan, quita vino y aceite y no da pan; Si quieres coger pan, ara por San Juan; En San Juan, seca la raíz el pan; La reja de San Juan, muchos la saben y pocos la dan;* y otros infinitos.

Aun antes de su gloriosa Natividad, ya era San Juan un santo alegre y bullicioso (otro refrán andaluz le califica así, de *bullicioso*, y á Santiago de *tramposo)*, porque es de notar que esta fiesta del 24 de Junio, en toda la cristiandad igualmente celebrada, es una de aquellas fiestas *solsticiales* que



ya en la más remota antigüedad se verificaron, desde que los hombres se hicieron cargo de la existencia de los solsticios y de los equinoccios. Entre los cristianos, la de San Juan es la fiesta de los nuevos amores; la noche se pasa en vela; los chicos haciendo fogatas; los mozos poniendo enramadas gentiles de flores, ramas y frutas en las rejas de las novias; las mozas oyendo el ruido halagador, pero sin asomarse á la ventana hasta el



canto de la alondra. Donde hay río, se acude al relente mañanero; donde hay trébol, se corre

á coger el trébole,
el trébole,
el trébole...

Y el santo, con su gesto de benevolencia y su dedo tieso, parece bendecir á los nuevos enamorados, á las mieses verdes que doradas se tornan, á la prometida fecundidad de la tierra y de los hombres.

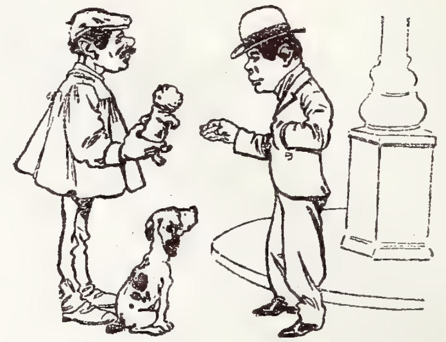
N.

¡YA SOMOS DOS!

HISTORIETA, POR ROJAS



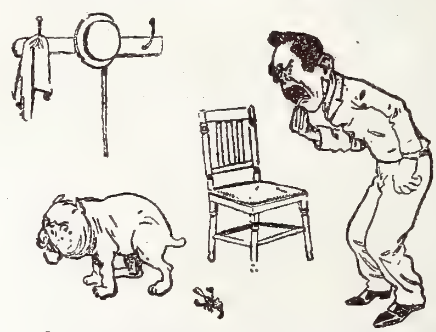
1.—Todo el mundo sabia que el *Puñalà* era un individuo terrible.



2.—Para espantar aún más á la gente, compró en la Puerta del Sol un cachorro de presa.



3.—El cual cachorro pronto se hizo un perrazo de tamaño natural...



4.—... pero resultó tan cobarde, que hasta de un miserable insecto se asustaba...



5.—... con lo que el *Puñalà* estaba hondament disgustado y pensativo...



6.—... hasta que después de mucho cavilar y discurrir, se le ocurrió una idea:



7.—la de comprar para el pusilánime perro un collar verdaderamente temible.



8.—Y desde entonces, la gente, al ver al *Puñalà* y á su perro, exclama:—¡Vaya un par de fieras!

Actualidad Extranjera

El popular diario parisiense *Le Matin* organizó días pasados una «carrera del Ejército», es decir, una marcha á pie, en la cual debían tomar parte soldados y oficiales de todas las armas.

Fueron inscritos unos dos mil concurrentes, que, divididos en grupos, se reunieron en la plaza de la Concordia para hacer un recorrido de cuarenta y cinco kilómetros, pasando por Nanterre, Chatou, Saint-Cloud, Boulogne y otros puntos, hasta volver á París por la plaza de l'Alma, etc., terminando en la Galería de Máquinas del Campo de Marte, donde estaba reunido el Jurado militar encargado de comprobar las velocidades y adjudicar los premios.

El vencedor en la carrera ha sido un soldado del regimiento 149 de Infantería llamado Girard, una especie de ave zancuda en forma aproximadamente humana. El hombre recorrió los 45 kilómetros en cinco horas, diecinueve minutos y cuarenta y ocho segundos, sacando solamente doce segundos de ventaja al soldado Conat, que le seguía.

Muchas cosas lamentables ha habido en esta carrera, que en verdad no ha demostrado nada importante, pues las marchas colectivas son las que significan algo, y de éstas las hay mucho más notables en la historia de nuestras guerras; pero lo peor es que cuatro soldados de los que tomaban parte en la carrera han fallecido á consecuencia de congestiones producidas por el calor, y más de doscientos tuvieron que ser auxiliados por las ambulancias que recorrieron todo el camino constantemente.

Bastante más agradable y simpática ha sido otra carrera á caballo ó *rally paper* organizada por la sociedad hípica *El estribo*, con el concurso de la Sociedad de Guías. Un *rally paper* no es más que una larga carrera en que el jinete que va delante, sin sujetarse á ningún plan convenido, va dejando en pos suyo una estela de papelitos de colores que sirve para guiar á los caballistas, quienes le siguen al través de obstáculos, realizando contramarchas inesperadas y no previstos prodigios de agilidad y destreza, saltos de vallas, arroyos, etc.

Es un espectáculo curiosísimo, y se comprende el interés que despierta. En esta prueba de que hablamos, y á la cual asistió en hermosos *mails* la mejor sociedad de París, obtuvo el premio el capitán de Caballería Mr. G. Héctor.

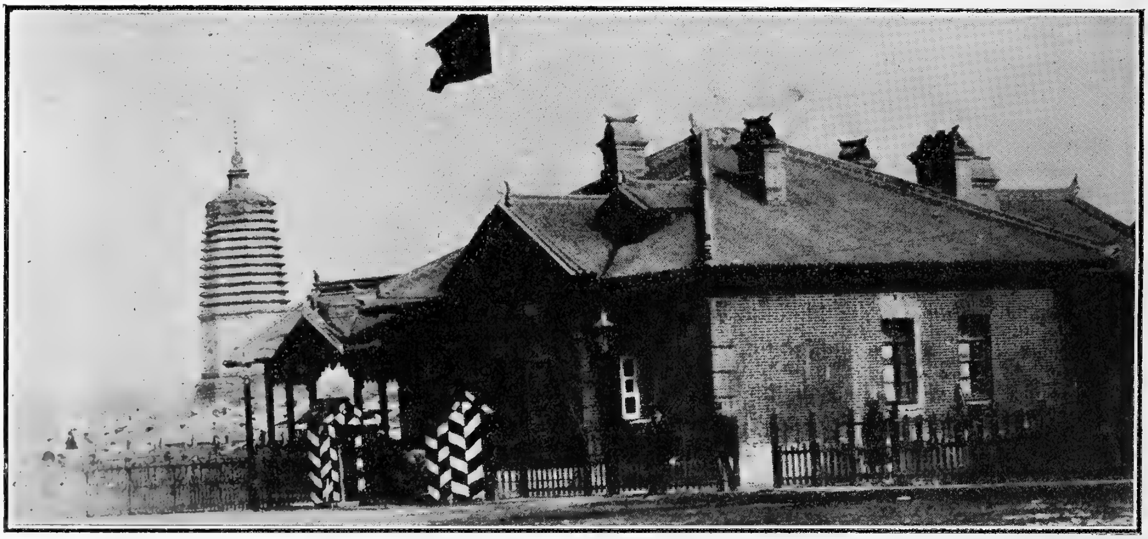
Para no hablar más que de carreras, terminamos la gacetilla con el presentimiento de otra carrera en pelo que van á llevar los rusos si prosiguen las manifiestas rivalidades ó disparidades de criterio entre el general Kuropatkine y el almirante Alexeieff. En el momento en que escribimos estas líneas, aún está el primero de esos señores en su cuartel general de Liao-Yang, que pueden ustedes ver; pero no sabemos si precisamente esas tropas japonesas que desembarcan en Pi-tse-uo, según se ve en la fotografía, se hallarán ya á estas horas en Liao-Yang y no habrán dejado ni restos del tal cuartel.



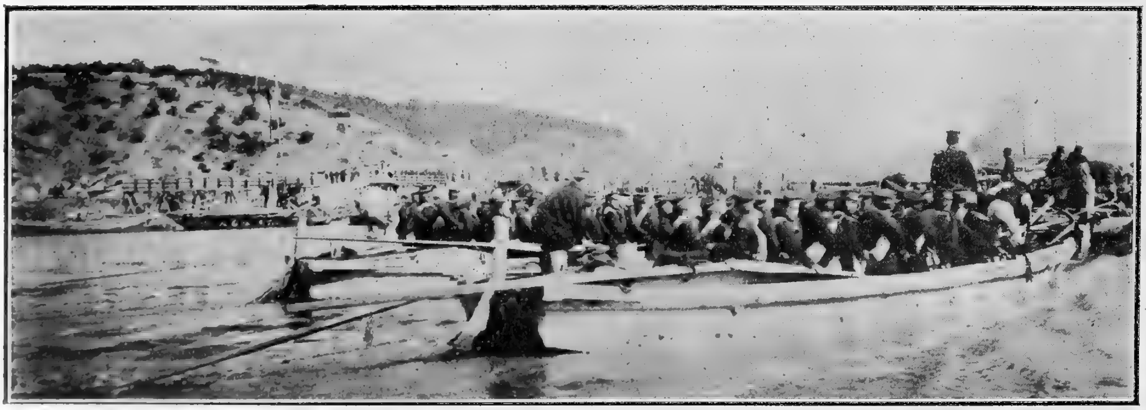
1. ZUAVOS Y TURCOS ESPERANDO LA HORA DE SALIDA EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA. 2. EL SOLDADO GIRARD, VENCEDOR EN LA «CARRERA DEL EJERCITO». 3. LA SALIDA DE LOS CORREDORES Fot. Chusseau Flaviens



EL «RALLY-PAPER» DE SAINT CLOUD. REUNIÓN DE LOS INVITADOS EN EL BOSQUE — Fot. Rol Tresca



CUARTEL GENERAL DE KUROPATKINE EN LIAO YANG — Photo Nouvelles



DESEMBARCO DE TROPAS JAPONESAS EN PI-TSE-UO — Photo Nouvelles

LA MUJER Y LA CASA

MODAS · MUEBLES · LABORES · CONCURSOS FEMENINOS.



TAPICES MODERNOS

Esta industria es una de las pocas suntuarias cuya tradición se conserva en España, no sólo en la Real Fábrica de Madrid, sino también en otras de esta corte, de Palma de Mallorca, de Barcelona, etc.

El tapiz que reproducimos, imitación del estilo gótico del siglo XV, ha sido tejido en la fábrica de Balboa y Compañía, de Madrid.





TOILETTES DE CARRERAS



No siempre ha de ser el *Grand prix de Longchamps* en París la tradicional fiesta que sirva á las señoras y señoritas españolas, como á las de todo el mundo elegante, para darse cuenta de los nuevos impulsos y de las recientes creaciones de la moda internacional.

Nosotros los españoles (y también las españolas, naturalmente) pecamos de excesivamente modestos y humildes. No nos concedemos importancia y creemos que somos unos infelices, condenados á perpetua imitación de las modas extranjeras, lo cual es una verdadera lástima.

De lo contrario tuvimos ocasión de convencernos el mes pasado, con motivo de las carreras de caballos y del Concurso hípico celebrados en el Hipódromo de Madrid. Nadie podría decir, recorriendo las tribunas y la *pelousse*, que las señoras y señoritas allí congregadas tuviesen que envidiar el gusto para vestir, ni la elegancia y el lujo de las parisienses.

Como prueba de ello y para particular recreo de nuestros lectores é instrucción de nuestras lectoras, obtuvimos las fotografías que ilustran esta plana.

Vese en ellas cómo se formaron verdaderos *bouquets* de mujeres elegantes y hermosas, espléndidamente ataviadas con vestidos y sombreros primaverales blancos, azules, rosas.

Suponemos, y aun aseguramos, que entre ellos habría algunos vestidos hechos por los famosos modistos de París, pero también habría bastantes que hubiesen salido de los talleres madrileños, en donde unas veces imitando y otras veces sin imitar, se hacen obras de mérito, gusto y elegancia.





Fots. Muñoz de Baena



SALÓN LUIS XV

LA CASA MODERNA

UN MODELO DE SALÓN LUIS XV

Se ha usado y se ha abusado mucho del estilo Luis XV, y el convencionalismo comercial ha invadido de tal manera los dominios del arte en este delicadísimo estilo, que apenas hay bazar donde no se encuentren *salones Luis XV* por cuatro cuartos, al alcance de las más modestas fortunas y de los más humildes ingenios.

La facilidad con que se confunde el decorado propio del Luis XV con el del barroco español é italiano por artistas de poca conciencia, ha originado en este punto los mayores absurdos. Nada más difícil, por consiguiente, que tener un salón Luis XV de buen gusto; y á más de difícil, resulta bastante caro, pues requiere tallas muy finas, pinturas y dorados en abundancia y telas de tonos elegantísimos y de dibujos originales y caprichosos.

Un verdadero modelo de salón Luis XV es el que presentamos á nuestras lectoras, construído por los Sres. Amaré para un capitalista de Cartagena.

Todo el decorado es blanco y oro. El medallón del techo, pintado al óleo por nuestro distinguido colaborador Cecilio Plá. Las paredes están forradas de damasco color salmón. Las colgaduras son de tela rameada color crema con *bándeaux* bordados sobre terciopelo de seda. Las puertas están decoradas con lunas y tallas también blanco y oro.

Todos los muebles son tallados y dorados, y los aparatos de luz, de bronce dorado á fuego.

Con la riqueza quizás un poco excesiva de estos muebles Luis XV, forma agradable contraste ese otro mueblecito del ligero y alegre estilo Luis XVI, también proyecto del Sr. Amaré. Es un espejo-consola de salón, verde y oro, con tapa de mármol. Por la elegancia y gracia de sus formas, es un mueble precioso.



ESPEJO-CONSOLA LUIS XVI



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE CASA. Modelo de la casa Martial et Armand, de París.
Es de paño «beige», con galones de lana y el cuerpo bordado en lanas de color más claro.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



ANVERSO Y REVERSO DE LA MEDALLA PARA PREMIOS, GRABADA POR EL EXCELENTÍSIMO SR. D. BARTOLOMÉ MAURA, DIRECTOR ARTÍSTICO DE LA FÁBRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE.

Año 14. Madrid, 18 Junio 1904. N.º 685

PINTVRA

Exposición de Bellas Artes de 1904

LAS OBRAS PREMIADAS



MANUEL BENEDITO
Apunte al lápiz por él mismo

ACEPTEMOS el hecho consumado de las Exposiciones oficiales, aunque, á la verdad, cada vez se ve menos claro su valor estético y menos cierta su influencia educativa. Lógica y artísticamente es imposible, no apreciar, ni siquiera enterarse en un mes de lo que valen más de dos mil obras artísticas ó con pretensiones de tales. La costumbre y las condiciones del Reglamento fuerzan á que se juzgue solamente *con los ojos* lo que debiera ser objeto de más elevada atención y de más reflexivo examen. Así á nadie deben maravillar los patentes errores del Jurado: lo extraño es que no se hayan vuelto locos los señores que le componían. Criterio fijo, ya se ve que no han seguido ninguno, y esto se dice en son de elogio y no de censura, pues si todos los dogmatismos son malos, pésimos son los dogmatismos en materia de arte.



RAMON CASAS
Apunte al lápiz por él mismo.

El Jurado ha concedido recompensas á los artistas nuevos que traen algo original é inesperado; ha reconocido los méritos de los que ya gozaban fama, aun cuando éstos no hayan demostrado grandes progresos; y hasta ha premiado con mano generosa valías modestísimas de jóvenes que parecen haber nacido viejos, ó que á los viejos procederes se aferran como si estuviesen metidos en un claustro, sin saber si hay más vida ni más aire en que volar.

Examinando ahora las obras premiadas, comenzaré por hablar del cuadro de Benedito, á mi juicio, el más importante de la Exposición. Ya se ha dicho en varios lugares que lo presentado por Benedito no es más que el trozo inferior del cuadro. Faltan las figuras de Dante y Virgilio, que debían coronarle, pero este cuadro sin Dante es el más dantesco de cuantos hemos visto inspirados en la *Divina Comedia.* Se trata de pintar la avaricia humana, y allí están todos los avaros: el avaro del céntimo y el de los millones, la vieja garruda que araña el ochavo entre montones de miseria, y el poderoso hebreo de negras barbas y cara de escriba que tiende los brazos con ansia de abarcar entre ellos la inmensa bola del mundo convertida en oro. Hay caras estúpidas de cicateruelos miserables, caras ladinas de usureros redomados, caras agresivas de financieros corruptores. Una mujer de enigmática expresión les anima á proseguir amontonando, amasando las doradas esferas. En son de burla se ha querido llamar á este cuadro *el de los escarabajos;* la burla resulta ser una verdad profunda, la misma que el autor se proponía presentar plásticamente. Eso son los avaros y han sido siempre, los escarabajos de la humanidad. Su fiereza no es inferior á la de esos inmundos animales, cien veces más feroces que el león y el tigre. ¿Habéis visto luchar á dos escarabajos? No hay Homero que pinte su saña: se arrancan las antenas, se quiebran las patas, se saltan los ojos... En el cuadro de Benedito, unas manos y unos pies de un hombre cuya cabeza no se ve, hacen garra en el montón de oro con una violenta furia que sólo en la Naturaleza, en algunos animales inferiores se halla. Estas son cosas de las que no se pintan colocando un modelo delante, de los que no se improvisan en un momento, de las que no se preparan escenográficamente,



E. MARTINEZ CUBELLS
Apunte al lápiz por él mismo.



E. CHICHARRO. EL POEMA DE ARMIDA Y REINALDO

calculando el efecto que cada pormenor ha de producir en el público. Pintar un cuadro así presupone larga y atentísima meditación, claro y general concepto filosófico de la vida, inspiración constante y no momentánea ó alternativa, puro amor al arte y valentísima despreocupación de lo que puede gustar ó no gustar al burgués ó al aficionado trivial. Compárese esta obra tan pensada, tan masculina, tan varonil, con los modelos de la pintura zarzuelera que hace veinte y aun menos años se llevaron las primeras medallas, es decir, con aquellos cuadros de tenor ó de tiple con coros, generalmente desafinados, y se verá si el progreso es grande. Vea este cuadro D. Joaquín Costa y afirmará que, por lo menos en arte, vamos europeizándonos más que de prisa.

Vea también el elegante, el poético, el primoroso tríptico de Chicharro, y admirará otra personalidad distinta, no tan vigorosa como la de Benedito, pero sí muy digna de atención y de respeto. Cada cual elige el poeta que puede: Benedito interpreta á Dante; Chicharro á Torcuato Tasso. Los dos merecen plácemes; los dos son dos artistas geniales; el primero más pictórico; el segundo más poético y aun diré que más musical. El tríptico de Chicharro merecía ser expuesto aparte, en un salón cortesano; merecía *una audición*, y bien fácil era realizar este pensamiento si aquí hubiese buen gusto y un teatro pequeño y una pequeña orquesta que supiera interpretar ante el tríptico la *Armida* del caballero Glück. ¿Qué opina de esto Santiago de Médicis, digo Rusiñol? ¿No sería un espectáculo más agradable y más artístico que un almuerzo en los Viveros, una fiesta en que alguien leyese las áureas estrofas de la *Jerusalén*, y alguien ejecutase las áureas melodías de Glück ante las ninfas áureas de Chicharro...?

Otros dos jóvenes briosos y resueltos siguen casi al mismo paso que los mencionados: Alvarez de Sotomayor y Bermejo.

¿Os acordáis de aquel Gonzalo Bilbao que pintó el paisaje clásico de *Dafnis y Cloe*? Pues ved reapa-



M. BENEDITO. CANTO VII DEL «INFIERNO» DE DANTE



R. CASAS. BARCELONA, 1902

recer, engrandecido, el clásico paisaje en el cuadro de Alvarez de Sotomayor. Da ganas de entrarse por aquel campo, dejando atrás á las figuras de Orfeo y de las bacantes; da ganas de acercarse al arroyuelo, de penetrar bajo las columnas del templo lejano, de interrogar á la nubecita blanca que en el horizonte flota. Es otro poeta Alvarez de Sotomayor, un poeta capaz de acercarse al misterio del paisaje, digno de vivir en los tiempos de Virgilio.

En cambio, Bermejo es un dramaturgo á lo Dicenta. En el cuadro *Desquite*, como en el drama *Juan José*, aterra y suspende la viril franqueza con que el autor ha logrado que las que parecen *figuras* sean hombres y mujeres que se mueven, hablan, viven y matan de verdad. Bermejo descubre en este cuadro un temperamento propio, decidido; hace arte con el dato escueto y prosaico de la *Sección de noticias*, y esto es muy de estimar.

Dignas son también de atención las dos obras de Laureano Barrau, sobre todo el interior del taller de taponería, en donde no se advierte la menor intención de *componer un cuadro*. Otro taller, éste de planchadoras, pintado por Ortiz y Echagüe, revela mucha más picardía, lo que los toreros llaman *ali-*



E. MARTÍNEZ CUBELLS. TRABAJO, DESCANSO, FAMILIA



F. ALVAREZ DE SOTOMAYOR. ORFEO PERSEGUIDO POR LAS BACANTES



J. BERMEJO. EL DESQUITE



L. BARRAU. TAPONERAS DEL AMPURDÁN



E. MEIFRÉN. CASA CHICHI (VALLVIDRERA)

vios ó *tranquillos.* Y las negras mujeres del misterioso cuadro de Téllez, prueban un talento sintetizador que debe tenerse en cuenta.

Al género de Pintura sencilla, estudiosa, honrada, pertenecen los cuadros de tres jóvenes de buena fe: Hermoso, Labrada y mi querido amigo Fernando Alberti. Los tres van por buen camino, y sólo necesitan un poco más de resolución y mayor tacto en la elección de asuntos. No hagan caso de quienes les dicen que tanto vale un melón bien pintado como la *Transfiguración*, de Rafael.



A. DE BERUETE. CEMENTERIO VIEJO (TOLEDO)



F. ABARZUZA. EL BAJO EGUÍA

No; los melones... mal pintados son los que así lo creen.

Pasando al segundo grupo de pintores conocidos, descubrámonos respetuosamente ante los lienzos de Casas, más por Casas que por los lienzos mismos. El cuadro *En revolta* ó *Barcelona, 1902*, más que cuadro parece una vista panorámica de aquellas en que los primeros términos aparecían marcados y distanciados de los demás por una disposición caprichosa de la luz (¿á qué hora pasa la *revolta?)* y por la colocación de dos ó tres monigotes de cera junto á la barandilla donde se colocaban los espectadores. Aquí los muñecos de cera son el guardia civil y la figura que hay á sus pies; lo demás es el telón del panorama. Justo es, sin embargo, dar primera medalla á Casas, el más psicólogo de todos nuestros retratistas. Cuando pase medio siglo nadie se acordará de *En revolta*, y en cambio habrá puñaladas para adquirir un retrato como los cien mil que ha dibujado y pintado el insigne artista.

Los cuadros de los Sres. Hidalgo de Caviedes, Abarzuza, Urquiola, Otermín, López Redondo y Romero de Torres, no aumentarán gran cosa la reputación de que gozan tan exce-



A. GOMAR. CANTERA DE CUTAMILLA



J. J. GARATE. UNA COPLA ALUSIVA

lentes pintores. Trozos de pintura hechos para alcanzar una medalla, han conseguido su objeto, y ya es bastante.

Forma en la última clase el anodino y discutidísimo cuadro del Sr. Martínez Cubells (hijo), tímido para todo menos para buscarse la medalla por todos los procedimientos posibles. Una medalla de tercera clase hubiera sido muy suficiente para recompensar la indecisa labor del Sr. Cubells, inferior en méritos y aptitudes á los Sres. Brugada y Vila Prades, asimismo premiados, más por lo que prometen que por lo que cumplen hasta ahora. También están espléndidamente recompensados los Sres. Gárate, Mañá, Morata y Nieto.

Adrede he dejado para lo último á los paisajistas. Notorios son los grandes méritos de los maestros Beruete y Gomar. Pinta el primero sabiamente; el segundo, á la buena de Dios; ambos de una manera seria y digna de aprecio. Beruete, no obstante, está empeñado en la dificilísima empresa de reproducir el agrio paisaje toledano, empeño ante el cual muchos han retrocedido. Habrá poca gente capaz de adivinar el esfuerzo que representa cada cuadro de esos, cuyo resultado no suele ser grato á la vista vulgar. Por eso es tanto más de admirar la constancia y la tenacidad de quien podría sostener su merecida reputación valiéndose de paisajes *combinados*, efectistas y escenográficos. De Toledo tiene también un apunte muy interesante y sincero Ernesto Gutiérrez.



J. VILA PRADES. SOBRE EL ARROZ

Los paisajes de Pinelo y Andreu, también premiados, son obras bastante sólidas; sobre todo la última, en la que sólo estorba una figurita.

Pero el paisajista que hoy por hoy aparece triunfante, el que merecía la más alta recompensa, es Meifrén. Sin artimañas ni preparaciones, con sensibilidad exquisita, con puro y entusiasta amor á la Naturaleza en todos sus aspectos, el ilustre pintor catalán ha triunfado unánimemente en el ánimo del público. Nada le importe no haber conseguido igual victoria en el Jurado, del que, si mal no recuerdo, no formaba parte ningún paisajista.



R. BRUGADA. MURMURACIÓN

Meifrén tiene en esta Exposición cuadros para contentar á los partidarios del paisaje seco y á los defensores del país jugoso: trozos de costa brava, marismas ó pantanos de luz descompuesta por las emanaciones palúdicas, repuestos rincones de casas campesinas con parras y naranjos...

Igual ó mayor mérito que los de Meifrén tienen los paisajes de Rusiñol, señaladamente el *Puerto de Soller*, y no inferior á ellos es uno de los que expone el Sr. Galwey.



R. HIDALGO DE CAVIEDES. CALVARIO



F. ALBERTI. PRIMERAS GALAS



E. GUTIÉRREZ. PAISAJE DE TOLEDO



T. ANDREU. TARDE DE INVIERNO



J MONGRELL. SIN REMEDIO



E. URQUIOLA. GRUPO



A. MIGUEL NIETO. UN CAFÉ



LUIS BEUT. VENDIMIA



J. PINELO. CHARCA DEL ALGARROBO



A. ORTIZ ECHAGÜE. PLANCHADORAS



A. OTERMIN. PESCADORES



E. MORA



I. MEDINA VERA. Á CASA, QUE LLUEVE



F. BORRELL. EL PUERTO DE NAVACERRADA



E. HERMOSO. ESTUDIO



F. LABRADA. ESTUDIO



E. ROM
CAMIN



. PROMETIDOS



J. R. TORRES. ROSARILLO



S. MAÑÁ. EL TORNO DE LA INCLUSA



C. LÓPEZ REDONDO. UN HORMIGUERO



F. PALACIO. ENTRE DOS FUEGOS



EO DE TORRES
E LOS VILLARES



J. TÉLLEZ. ESPIRITISTAS



A. R. MATEOS.
ESCENAS CANARIAS

ESCULTURA

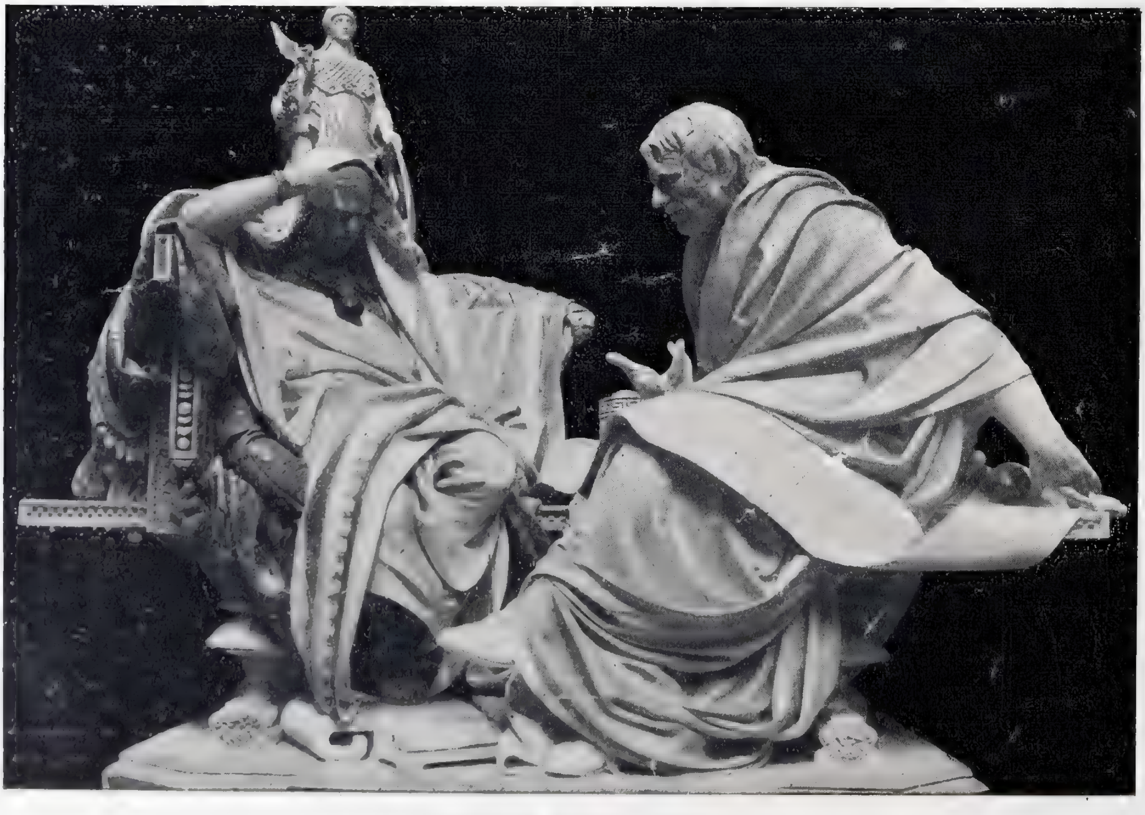


EDUARDO BARRÓN
Autoretrato en bajorrelieve.

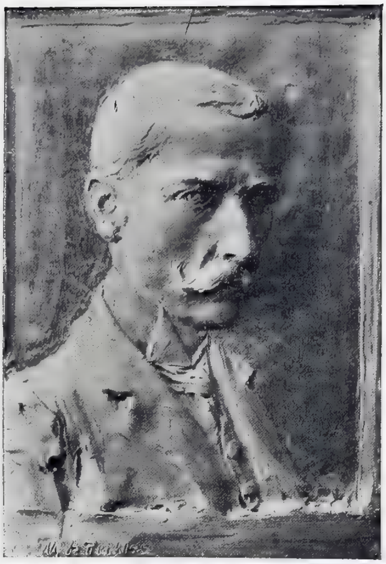
Si muchos de los expositores premiados en esta Exposición y en las anteriores han quedado bien pintando y esculpiendo, lo que es votando, es decir, ejerciendo la misión más delicada, la que demuestra más conciencia profesional y artística, nadie habrá que no los juzgue dignos de acerba censura. Aparte las obras que han traído los jóvenes que no aspiraban á la medalla de honor, ¿hay en la Exposición muestras de una labor tan intensa, tan humana é interesante como la de Blay? Esos desdichados que osaban oponerle el nombre del Sr. Muñoz Degrain, ¿tenían conciencia de lo que hacían? Si aquí, en España, todo está corrompido por el caciquismo y las recomendaciones, ¿no han de verse libres de semejante lepra ni siquiera los hombres sanos, los pintores y escultores, cuyos méritos están ó deben estar á la vista, y que no consiguen ó no deben conseguir altas posiciones y recompensas por medio de obscuras maquinaciones y de componendas de politicastro? Por estos caminos no se llega á otra cosa sino á que el pueblo pierda la confianza en sus artistas, como ya la ha perdido en sus políticos, en sus generales, en sus hacendistas, etc. Si en materias de arte se prescinde de la buena fe y por atender indicaciones de familia, de tertulia ó de compadrazgo, se llega al risible caso de que á un escultor como Blay, estimado y recompensado en toda Europa, le postergue un señor paisajista, no sé si viejo ó avejentado, para quien montes y cielos, casas y hombres son cosas hechas de nácar, de concha, de lapislázuli y de otras materias raras, ¿dónde vamos á parar?

La autoridad moral de los pintores y escultores claro está que se gana pintando y esculpiendo bien, pero parte de ella se pierde votando mal, porque quien demuestra un escepticismo tan grande como el significado en esta ocasión al parangonar obras con obras, ¿trabajará con sinceridad y buena fe siempre?

Todas las obras presentadas por Blay en la Exposición son igualmente grandiosas en cuanto á la idea, intachables en cuanto á la factura. El trozo del monumento á D. Federico Rubio, que algunos han juzgado como si le hubieran visto entero y en su sitio; el ciclópeo grupo de *Los mineros*, que es la construcción más sólida y sosegada, la de más soberbio reposo que hemos visto en estos últimos tiempos;



E. BARRÓN. NERÓN Y SÉNECA



MIGUEL ANGEL TRILLES
Autoretrato en bajorrelieve.

el delicadísimo grupo *Tras la ilusión*, la linda *Florecilla silvestre*, la *Náyade*, todas son obras de positiva importancia, bocas que alientan, ojos que miran, cerebros que discurren, corazones que sienten. No hay en ellos nada de modelo, nada de imagen convencional y rebuscada, nada tampoco de *bibelot* ó bujería para adornar mesa ó consola. El de Blay es un arte serio, fundamental, sin concesiones al gusto del *filisteo* pagano, sin fáciles halagos para el afán que la muchedumbre siente en todas partes de ver monadas. Los artistas votantes, influídos por esto ó por lo otro, no han sabido ver lo que puede notar cualquier observador desapasionado como el que esto escribe, que ni conoce á Blay, ni le ha visto en su vida.

No por esto se crea que estimo como poco respetable el gran esfuerzo que representa el grupo de *Nerón y Séneca*, del veterano escultor D. Eduardo Barrón, que posee con justicia eso que en el teatro y en el Congreso suele llamarse *autoridad*. Es un grupo bien pensado, quizás pensado en demasía, tal vez sobradamente *literario*. No sé por qué, evoca imágenes del Congreso y de la escena teatral. Y es que volvemos á las andadas. Romanos padecimos durante años y años en la pintura, y romanos seguiremos padeciendo en la escultura, como si en este arte, que es todo vida, pudiera prescindirse del vivir actual, tan variado, tan movido, tan escultórico. Es un caso verdaderamente peregrino é inexplicable éste de que los escultores se inspiren más en lecturas que en la vista directa y franca de la realidad, y esto me hace sospechar que tal vez no encuentren nada sólido, nada estatuario en lo que hacemos, y sí más bien lo hallen en lo que escribimos. De todas maneras, por lo que hace al Sr. Barrón, á pesar de haber escogido un asunto tan trillado, le salva un gran dominio de la técnica y una clara concepción de los personajes, que sin duda están tomados de Castelar (antes Tito Livio) y no del *Quo vadis*.

Más teatral y escénico es todavía el grupo de *Perseo y Andrómeda*, de D. Miguel Angel Trilles. Es el señor Trilles un cuidadoso modelador. ¿Por qué escoge asuntos tan antipáticos y trasañejos? ¡Perseo y Andrómeda...! ¿Qué significa eso para los hombres del día? ¿No siente el señor Trilles miedo de que uno de los mineros de Blay levante el mazo y haga añicos á la doncella encadenada, á su valeroso libertador y al hórrido dragón de la leyenda?

Menor error que el del Sr. Trilles me parece el del Sr. Monserrat, cuyo grupo *Al mercado*, mucho más pictórico que escultural, tiene grandes bellezas de ejecución. Es cierto que *le falta línea*, como han dicho algunos críticos fáciles, y que en él hay cierta confusión; pero, en cambio, tiene mucha vida, mucho interés, que en otras obras académicas faltan por completo.

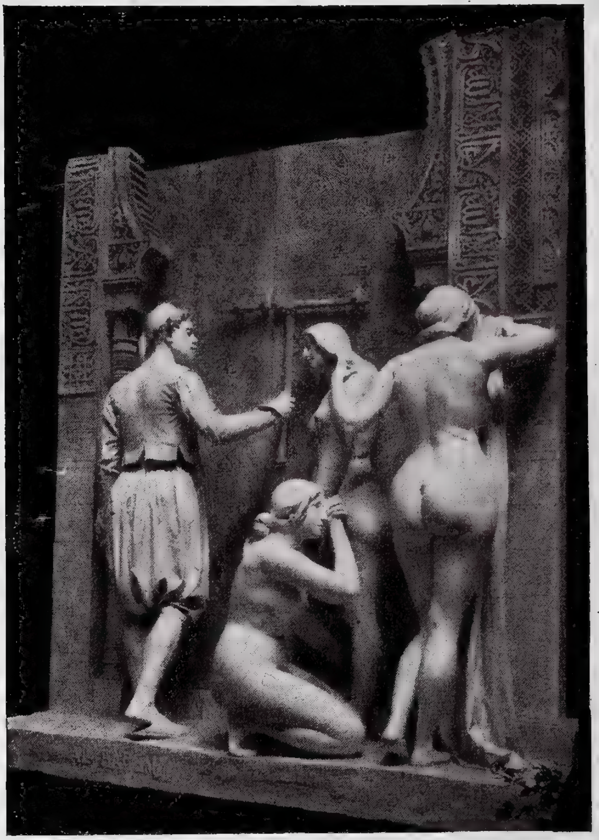
Con segundas medallas han sido premiados el Sr. Castaños, cuyo grupo *Al harem* parece la obra de un tallista ilustrado que ha visto muchas odaliscas en diferentes zarzuelas; D. Miguel Oslé, que en su *Inspiración* demuestra más de *esto* que de estudio y observación del natural; D. Enrique Marín, pensionado en Roma y menos afortunado que sus compañeros los pintores, aun cuando deba apreciarse en mucho el empeño que en



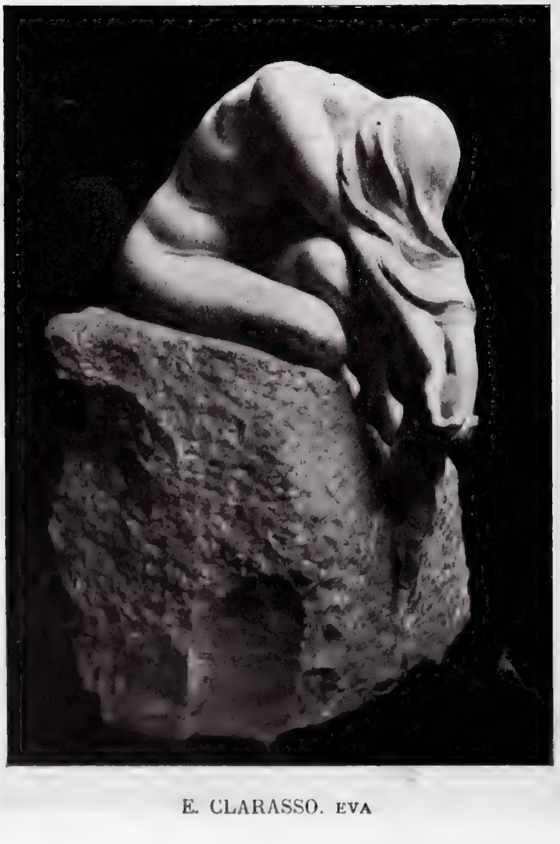
M. A. TRILLES. PERSEO Y ANDRÓMEDA



E. MARIN. MISERICORDIA



M. CASTAÑOS. ¡AL HARÉM!



E. CLARASSO. EVA



M. OSLÉ. INSPIRACIÓN

su obra se ve de vencer dificultades de escaso resultado práctico, á la verdad; y el Sr. Clarassó, á cuya bella figura de Eva no se le puede poner más defecto sino el de que basta apartarse unos cuantos pasos para convencerse de que la madre del género humano no tenía cabeza.

Entre los escultores que han conseguido terceras medallas, mencionaremos especialmente á Lorenzo Coullaut Valera, en cuyo grupo primaveral hay alegría, movimiento y gracia; al vascongado Higinio de Basterra, que será un gran escultor si logra adquirir desembarazo y librarse de cierta tosquedad no rebuscada, como la de algunos imitadores de Rodin; y al Sr. Ridaura, que en el busto de *La Justicia* revela un concepto bastante amplio y robusto, dicho sea sin broma, de la segunda de las virtudes cardinales.



L. RIDAURA. LA JUSTICIA



F. ESCUDERO. EL AMOR INVICTO



A. CUERVO. DOÑA CONCEPCIÓN ARENAL



H. BASTERRA. CONSUELO



A. CARRETERO. D. PEDRO ANSÚREZ



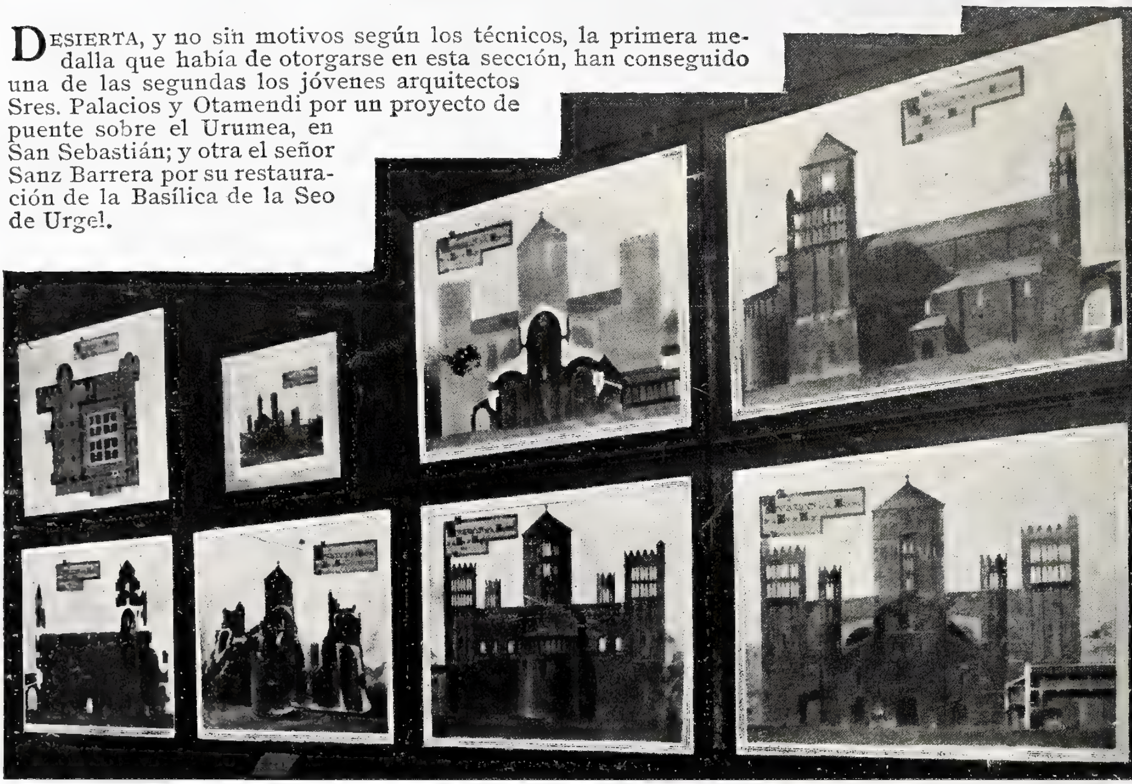
L. COULLAUT VALERA. LA CANCIÓN DE LA PRIMAVERA

ARQVITECTVRA



A. PALACIOS Y J. OTAMENDI. PROYECTO DE PUENTE SOBRE EL URUMEA

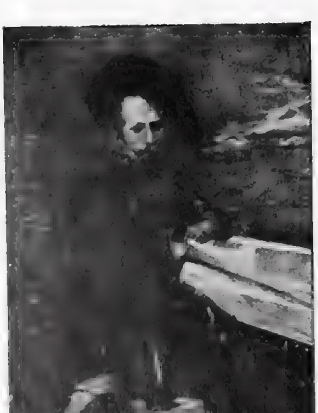
Desierta, y no sin motivos según los técnicos, la primera medalla que había de otorgarse en esta sección, han conseguido una de las segundas los jóvenes arquitectos Sres. Palacios y Otamendi por un proyecto de puente sobre el Urumea, en San Sebastián; y otra el señor Sanz Barrera por su restauración de la Basílica de la Seo de Urgel.



P. SANZ BARRERA. PROYECTO DE RESTAURACIÓN DE LA CATEDRAL DE LA SEO DE URGEL

GRABADO

Gran decadencia se nota en este Arte, que tanto floreció en España á principios del pasado siglo. Las pruebas premiadas con segundas medallas (primera no se ha concedido), son láminas de los Sres. Verger y Lhardy, pintores ambos. No hay en la Exposición obras de ningún grabador que pueda competir con el anciano Ríos.



C. VERGER.
«EL PRIMO», DE VELÁZQUEZ



A. LHARDY.
PRUEBAS DE GRABADO

ARTE DECORATIVO

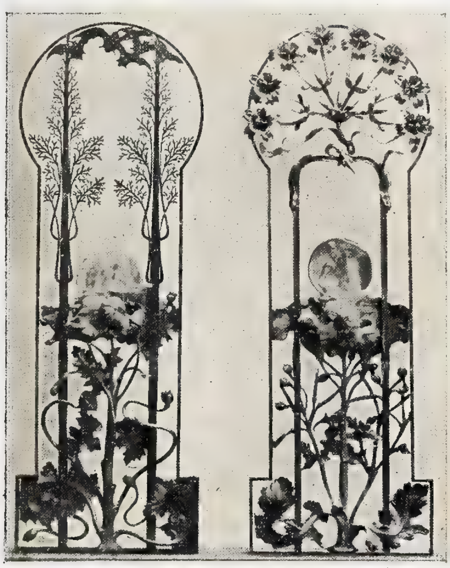


JOSÉ ARIJA
Apunte al lápiz por él mismo.

DESPUÉS de contemplar tanta pintura inútil y tanta baldía escultura como hay en la Exposición, el ánimo reposa recorriendo la gran sala de Arte decorativo. Un crítico, por lo general muy benévolo para los pintores, censura al Jurado por su excesiva largueza en recompensar á los decoradores. Tal censura me parece injustificada. Precisamente á quien hace falta alentar no es á los pintores y pintamonas que sobran, sino á los decoradores que faltan, á los artistas modestos que alegran nuestra vida ó la proporcionan regalo y comodidad construyendo muebles bonitos y elegantes, como hacen los hermanos Amaré, ó vasijas y potes de tan buen gusto y de tan tradicional y castizo empaque como las presentadas por el ilustre profesor de Cerámica de la Escuela toledana, D. Sebastián Aguado; ó rejas y adornos de hierro forjado tan agradables como las ejecutadas por el señor Masriera y Vila; ó herrajes como los que firman los artistas de Toledo Sánchez Comendador y Málaga; ó vidrieras como las de Maumejean; ó carteles como los de nuestro excelente amigo y colaborador Varela Sartorio y como los de Cidón. Todos los artistas citados han merecido premios. También se ha concedido medalla de primera clase á nuestro querido compañero de redacción José Arija por un álbum en que se incluyen más de cien dibujos suyos publicados en esta Revista, ó fragmentos decorativos de la casa de BLANCO Y NEGRO. Carezco de autoridad y de espacio para juzgar una obra tan variada, tan completa y de tan alto valor estético y ornamental como la obra de Arija; pero, al menos, la costumbre de ver á diario todas las publicaciones artísticas de Europa y América, me permite afirmar



E. AMARÉ
Apunte al lápiz por él mismo.



V. MASRIERA. AURORA Y OCASO



S. AGUADO. CERAMICA: DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTES INDUSTRIALES DE TOLEDO



L. GARCIA SAMPEDRO. «AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS» (PINTURA MURAL)
(Tercera medalla)



E. VARELA. CARTEL
(Segunda medalla)

que en ninguna de ellas he visto el nombre ni las obras de un decorador capaz de interpretar, como Arija lo hace, todos los estilos y maneras conocidos en la historia del Arte: es muy frecuente ver dibujantes que comprenden y sienten bien el estilo clásico, el japonés, el greco-romano, el barroco, etc., pero cada uno de ellos se ha creado una especialidad y de ella no sale. Solamente á la pluma y el pincel de Arija los he visto prontos en toda ocasión, con rapidez de *reporter* y con delicadeza de miniaturista, á trabajar en dibujo ornamental, á veces arquitectónico, á veces pictórico, á veces escultórico. Tan vasta é importante obra bien merece la recompensa obtenida, cuya justicia reconoce todo el mundo.

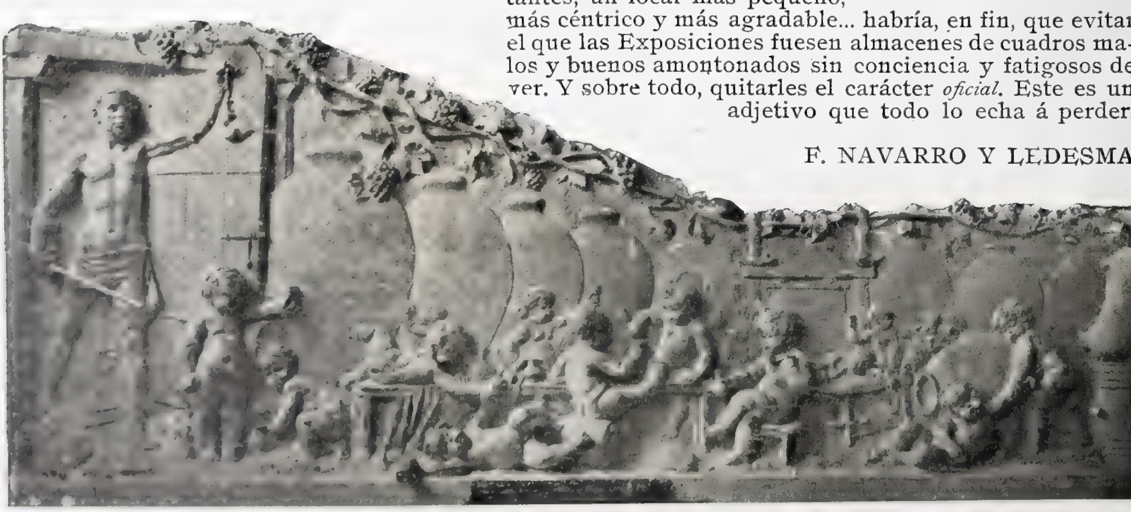
* * *

Terminemos ya esta fatigosa enumeración como la hemos comenzado: declarando la escasa eficacia de las Exposiciones trienales, tal como están organizadas. En esto deben pensar los artistas y los ministros de Instrucción Pública y Bellas Artes, por lo general tan poco atentos á esta segunda denominación de su cargo. Valdría más, sería más útil un *Salón* anual con recompensas poco aparatosas y sin efectos oficiales como los que ahora dan origen á la funesta carrera en pelo tras las medallas y producen tan flagrantes injusticias cual las notadas; un Jurado que no se compusiera exclusivamente de artistas militantes; un local más pequeño, más céntrico y más agradable... habría, en fin, que evitar el que las Exposiciones fuesen almacenes de cuadros malos y buenos amontonados sin conciencia y fatigosos de ver. Y sobre todo, quitarles el carácter *oficial*. Este es un adjetivo que todo lo echa á perder.

F. NAVARRO Y LEDESMA



V. BROSA
JARRÓN Y ESPEJO (IMITACIÓN)
(Segunda medalla)



A. DIAZ. LOS MOSQUITOS
(Tercera medalla)



EL JURADO REUNIDO PARA ADJUDICAR LOS PREMIOS — Fot. Asenjo

1, D. Luis Landecho.—2, D. Juan B. Lázaro.—3, D. José Urioste.—4, D. Manuel Domínguez —5, D. Alejandro Ferrant.—6, D. Fernando Arbós.—7, D. Juan Antonio García.—8, D. Ricardo de los Ríos.—9, D. Mateo Inurria.—10, D. Amalio Fernández.—11, D. José Montero.—12, D. Marceliano Santa María.—13, D. Agustín Querol —14, D. Julio G. Pola —15, D. Manuel Ramírez —16, D. Joaquín Sorolla.—17, D. Guillermo Rancés, subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.—18, D. Enrique María Repullés.—19, D. Alejandro Saint-Aubin.—20, D. Cipriano Folgueras.—21, D. Juan Vancells.—22, D. José Ramón Mélida.

No hemos de terminar este número, cuyo carácter no es otro que el de un índice ó resumen de las obras premiadas en la Exposición, hecho con un designio puramente informativo, sin completar los datos gráficos que se nos hayan olvidado con la lista de los señores que compusieron el Jurado y de los expositores que han merecido premios ó menciones honoríficas.

A estos últimos señores enviamos nuestra afectuosa enhorabuena.

A los jurados también les damos la enhorabuena, no tanto por el acierto con que hayan desempeñado su misión, cuanto por la suerte que han tenido al no haber resultado con lesiones más ó menos graves causadas por los preteridos.

JURADO

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Guillermo Rancés, marqués de Casa Laiglesia.

VICEPRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Joaquín Sorolla.

SECRETARIO GENERAL

Excmo. Sr. D. Enrique María Repullés y Vargas.

Sección de Pintura.

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Joaquín Sorolla.

SECRETARIO

Sr. D. Marceliano Santamaría.

VOCALES

Excmo. Sr. D. Alejandro Ferrant.
Excmo. Sr. D. Manuel Domínguez.
Sr. D. Alejandro Saint-Aubin.
Sr. D. Manuel Ramírez.
Sr. D. Ricardo de los Ríos.

SUPLENTE

D. Luis García Sampedro.

Sección de Escultura.

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Agustín Querol.

SECRETARIO

Sr. D. Julio González Pola.

VOCALES

Sr. D. Cipriano Folgueras.
Sr. D. Juan Vancells.
Sr. D. Mateo Inurria.

SUPLENTES

Excmo. Sr. D. Mariano Benlliure.
Sr. D. Antonio Garrido.
Excmo. Sr. D. Aniceto Marinas.

Sección de Arquitectura.

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Fernando Arbós.

SECRETARIO

Excmo. Sr. D. José Urioste.

VOCALES

Excmo. Sr. D. Luis de Landecho.
Excmo. Sr. D. Enrique María Repullés y Vargas.
Sr. D. Joaquín Pavía.

SUPLENTE

Sr. D. José López Sallaberry.

Sección de Arte decorativo.

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. José Ramón Mélida.

SECRETARIO

Sr. D. Juan Bautista Lázaro.

VOCALES

Sr. D. Amalio Fernández.
Sr. D. José Montero Navas.
Sr. D. Juan Antonio García del Castillo.

SUPLENTES

Sr. D. Angel García.
Excmo. Sr. D. Enrique María Repullés y Vargas.
Sr. D. Juan Riera.

Lista oficial de los Señores Expositores
agraciados con premios y menciones.

SECCION DE PINTURA

Primeras medallas.

D. Eduardo Chicharro.
» Ramón Casas.
» Enrique Martínez Cubells.
» Manuel Benedito.

Segundas medallas.

D. Fernando Alvarez de Sotomayor.
» Aureliano de Beruete.
» José Bermejo.
» Elíseo Meifrén.
» Antonio Gomar.
» Laureano Barrau.
» Rafael Hidalgo de Caviedes
» Felipe Abarzuza.
» Ricardo Brugada.
» Juan José Gárate.
» Julio Vila Prades.

Terceras medallas.

D. Antonio Ortiz Echagüe.
» Fernando Alberti.
» Julio Romero de Torres.
» Teodoro Andreu
» Samuel Mañá.
» Inocencio Medina Vera.
» Fernando Labrada.
» José Mongrell.
» Enrique Romero de Torres
» Agustín Otermín.
» Angel Romero Mateos.
» Fernando Palacio.
» Eugenio Hermoso.
» Juan Téllez.
» Eduardo Urquiola.
» Félix Borrell Vidal.
» Luis Beut.
» Carlos López Redondo.
» José Pinelo Llull.
» Ernesto Gutiérrez.
» Eusebio Morata Petit.
» Anselmo Miguel Nieto.

Menciones honoríficas

D. José Robledano.
D.ª María Elena Camarón.
» Trinidad Francés.
« María Adalid.
» Carmen García de Arredondo.
D. Gumersindo Pardo Reguera.
» José María Gamoneda.
D.ª Matilde Escribano.
D. Andrés García Prieto.
» Salvador Rodríguez Bermudo.
» Vicente Montesinos.
» Herminio Novella Roldán.
» Ramón Zubiaurre.
» Federico Avrial.
» Lorenzo Cerdá.
» Carlos Iñigo.
» Fernando Viscai.
» Javier Winthuysen.
» Cadevallader Washburn.
» Ricardo Sáinz.
» Justo Almela.
» José Benlliure Ortiz.
» José Mataix.
» Francisco Rodríguez Clement.
» Vicente Santaolaria.
» Eugenio Gómez Mir.
» Manuel G. de Acilu.
D. Benigno Pereira Borrajo.
» Segundo Maldonado.
» Francisco Posada.
» Pablo A. de Béjar.
» José Cuerda.
» Carlos María Herrera.
» José Nogué Massó.
» Rogelio López.
D.ª Pilar Trelles.
D. Mariano Bertuche.
» Pedro Sánchez Picazo.
» Julio del Val.
» Luis Huidobro.
» Feliciano Roy.
» Eduardo Núñez Peñasco.
» Joaquín Capulino Jáuregui.
» Emilio Nombela.
» Juan Hidalgo Linares.
» Nicanor Piñole.
» Ramón Manchón.
» Francisco Toda.
» Fernando Martínez Checa.
» Alfredo Carreras.
» Manuel Delicado.
» Rafael Marín.
» Aurelio Tolosa.
D.ª Isabel Dato.
D. Baldomero Gili Roig.
» Joaquín González Ibaseta.
» Luis Masriera Rosés.
» Mariano Oliver Aznar.
» Manuel López de Ayala.
» Gregorio Llaret.
» Fernando Villodas.
D.ª María Luisa Puiggener.
D. Salvador Castro.
» Eduardo Martínez Vázquez
» J. Novell.
» Rafael Forns.
» Rafael García Guijo.
» Conrado Sánchez Varona.
» Manuel García R. Hispaleto
» Manuel de la Cuesta y Ramos.
» Gabriel Osmundo Gómez.
» Jesualdo Gallego.
» Francisco Aldana y Montes
» Augusto Junquera.
D.ª Josefa Texidor.
D. Francisco de Cidón.
» Salvador Cabedo Ballester.
» Manuel Pallarés.
» Arturo Pitarch.
» Eugenio Pérez Villamil.
» Miguel Martínez Jerez.
» Daniel Vázquez Díaz.
» Francisco Jimeno.
» Francisco Sardá.
» Nicolás Soria.
» Eugenio Jimeno Reguier.
» Juan Menéndez Arranz.
» José Rico Cejudo.
D.ª Aurelia Navarro.
» Concepción Lozano Montalvo.
D. Darío de Regoyos.
D.ª Rosa Cabrera.
D. Luis Domínguez Meunier.
» Román López de Hoyos.
» Ricardo Verde Rubio.
» José Rodríguez Acosta.
» Carlos Moreu Gisbert.
» Alfredo Bari.
» Mariano Miquel.

SECCIÓN DE GRABADO

Primera medalla.

Desierta.

Segundas medallas.

D. Carlos Verger.
» Agustín Lhardy.

Terceras medallas.

D. Nicolás Esparza.
» Enrique Vázquez Atienza.
» Constantino Fernández Guijarro.

Menciones honoríficas

D. Juan Núñez Fernández.
» José Gisbert.
» Felipe García Vao.
» Pablo Galando.
» Gregorio Durán.
» Luis Fernández López.
» Leandro Oroz.
» José Armillas.

SECCION DE ESCULTURA

Primeras medallas.

D. Eduardo Barrón.
» Miguel Angel Trilles.

Segundas medallas.

D. Enrique Marín.
» Manuel Castaños.
» Enrique Clarassó.
» Miguel Oslé.

Terceras medallas.

D. Francisco Escudero,
» Aurelio R. U. Carretero.
» Lorenzo Coullaut Valera.
» Higinio de Basterra.
» Lorenzo Ridaura.
» Aquilino Cuervo.

Menciones honoríficas

D. Alejandro Petit.
» José Canalias.
» Alfredo Sanguinetti.
» Esteban Calleja.
» Damián Molino.
» José Rebarte.
» Enrique Soler Ventura.
» Manuel Piqueras Cotolí.
» José Gisbert.
» Manuel Delgado.
» José Pérez y Pérez.
» Manuel Carrasco.
» Filiberto Montagud.
» Gregorio Llovet.
» Federico Corto.
» Enrique Ubar.
» Diego García Carreras.
» Antonio García Gutiérrez.
Sr. Paredes García.
D. Segundo Moreno Sastre.
» Sixto Mejías Villanueva.
» Domingo Liria.
» Ricardo Causarás.
» Luis Cambronero.
» Manuel Iglesias.
» Rodrigo Castaños.
» Lorenzo Fernández Viana.
» Antonio Coll.
» Enrique Arévalo.
» Salvador Escudé.
» Matías Moreno.
» Narciso Sentenach,
» José M.ª Alcoverro y López
» José Vega Cruces.

SECCION DE ARQUITECTURA

Primera medalla.

Desierta.

Segundas medallas.

D. Antonio Palacios y D. Joaquín Otamendi.
» Pascual Sanz Barrera.

Terceras medallas.

D. Luis M.ª Cabello y Lapiedra.
» Tomás Gómez Acebo.
» Francisco Roca y Simó.

Menciones honoríficas

D. Alfonso Dubé.
» Luis de la Figuera y Lezcano.
» Francisco Carlos Parente.
» Francisco de la Pezuela.
» Joaquín Rojí y López Calvo

SECCION DE ARTE DECORATIVO

Primeras medallas.

D. Sebastián Aguado.
» José Arija y Sáiz.
» Enrique Amaré y Algueró.
» Víctor Masriera y Vila.

Segundas medallas.

D. Francisco de Cidón.
» Gregorio Muñoz Dueñas.
» Eulogio Varela y Sartorio
» Pedro Estany Capella.
» Rogelio Gadea y Sanz.
» Juan Riera y Casanovas.
» Eduardo Barrón y González
» Antonio Urpi y Pey.
» Víctor Brossa y San Germán.
» Lamberto Escaler y Mira.
» José Maumejean.

Terceras medallas.

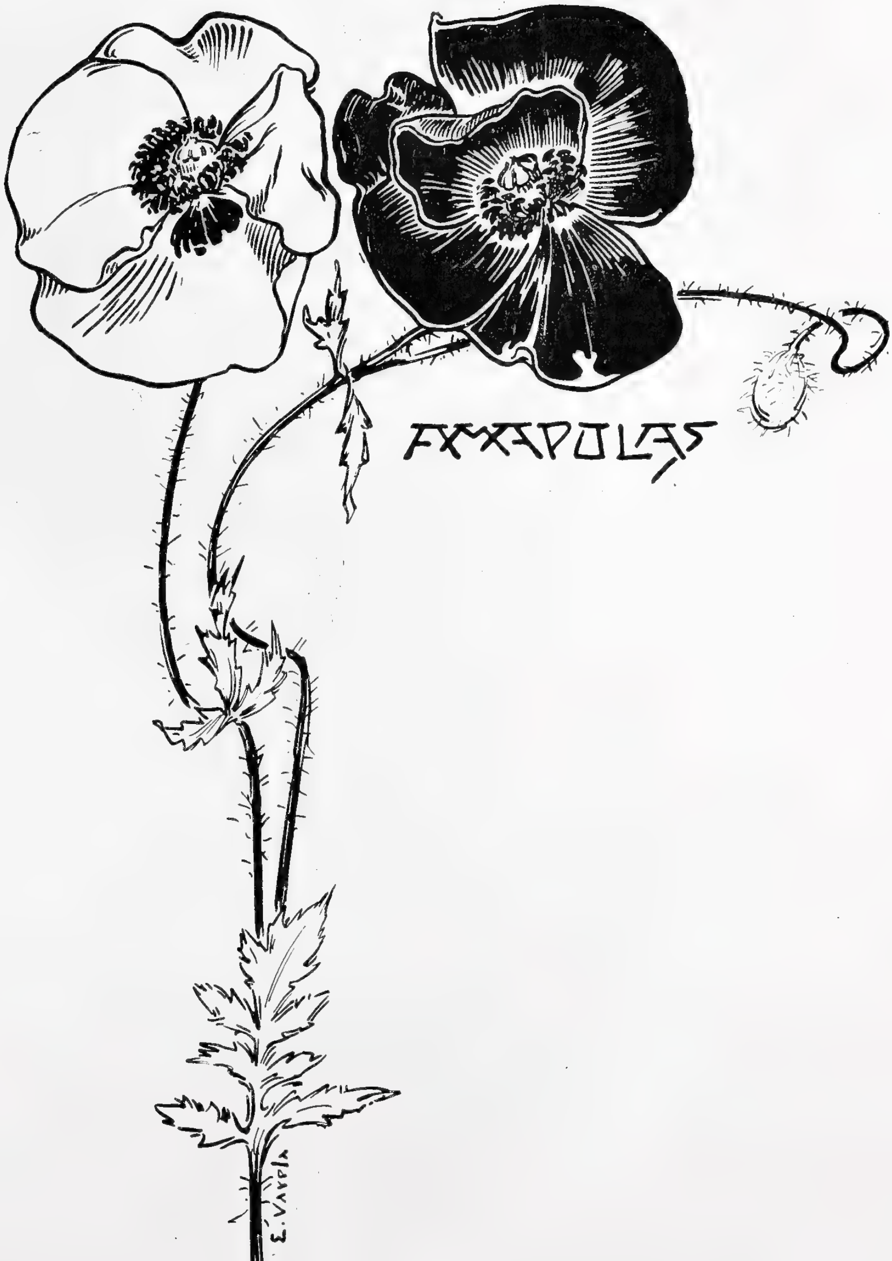
D. Policarpo Pérez Terrados.
D.ª Eloísa Garnelo y Aparicio.
D. Angel Bueno.
» Luis García Sampedro.
» Pedro Guillén Vigner.
» Francisco Labarta Planas.
» Miguel Massot y Tetas.
» Francisco Clivilles.
» Angel Díaz Sánchez.
Sr. Galán Sánchez.
D. Juan Labarta.
» Ricardo Pascual Temprado
» Francisco Vila.
» Rafael Avila.
» Buenaventura Sánchez Comendador.
» Gregorio Málaga y Arenas.

Menciones honoríficas

D.ª María Infante.
» Clementina Mozoncillo.
D. José Pueyo.
» Joaquín Roji L. Calvo.
» Eduardo Sánchez Solá.
» Julio Vargas Fernández.
» Pedro Algueró Nicoli.
» Aurelio Cabrera.
» Jesús Carrasco y Encina.
» Juan Estellés Adrián.
» Juan Pugets.
» Ricardo Tárrega.
» Claudio Tordera.
» Juan U. Ballartas.
Srta. D.a Carmen S. Aroca.
D. Vicente Alcocer.

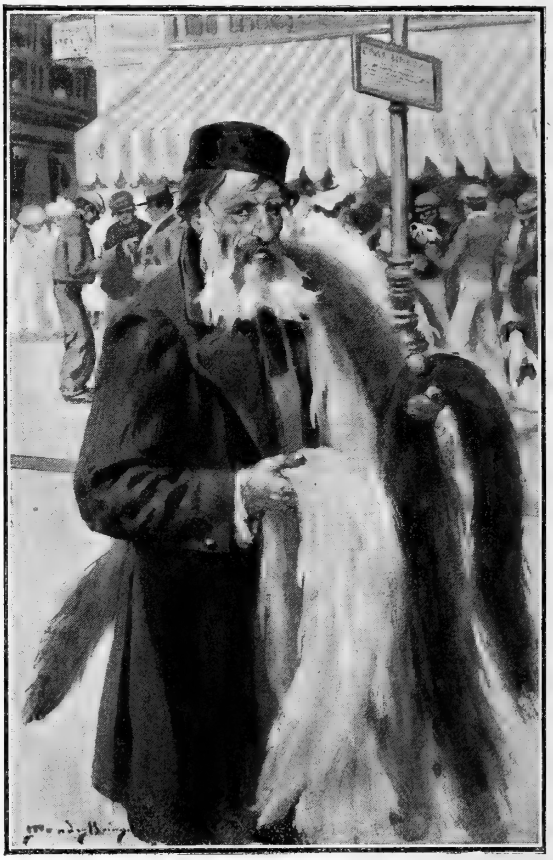
Todas las fotografías de este número son de los Señores Mateu.

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 25 Junio 1904. N.º 686

PARA QUÉ SE MATAN LOS PUEBLOS



Todos los habitantes de Madrid y de Barcelona han conocido á Iván Petrousky. No era ningún príncipe ruso de los que invernan en Pau ó en Biarritz. No dejaba, sin embargo, de ser hombre principal; principal entre los vendedores ambulantes que, con su gorro de astracan y su levita de cuello alto, andan expendiendo pieles por las calles de las grandes poblaciones.

Y los mismos que hayan conocido á Iván, habrán conocido tal vez á Yaguitu. No era, aunque por su nombre lo parezca, ninguno de esos estadistas, almirantes y generales que han convertido, por obra de milagro, á la ignota nación japonesa en admirable potencia de primer orden. Yaguitu, sin embargo, también mandaba en parte de los súbditos del Mikado.

Era jefe agilísimo de una tropa de titiriteros japoneses que, con sus ropones orientales, su larga pértiga de bambú y demás menesteres del oficio, recorrían los circos de las ciudades europeas.

Iván y Yaguitu y sus respectivos compañeros, coincidían muchas veces en sus expediciones. Y á fuerza de verse se habían hecho amigos.

Los rusos solían regalar á los volatineros alguna piel barata de oso pardo, y en cambio los japoneses regalaban á los traficantes entradas para las funciones de los circos.

Los hijos del Sol Naciente envidiaban las figuras corpulentas, las barbas copiosas y la vida vagabunda, pero sin peligro, de los peleteros, y los hijos del Zar admiraban la destreza y desenfado con que los volatineros arriesgaban sus vidas dejándose contornear sus menudos cuerpos con una línea de cuchillos arrojados como saetas, ó bamboleándose en lo alto de la pértiga, apenas sostenida en la barbilla pelada de un japonés.

Y no les importaba un ardite que las águilas rusas picoteasen en la Manchuria, ni que el Japón construyese fusiles y barcos en lugar de abanicos, ni que al acostarse oraran los moscovitas á Cristo y los japoneses á Budha, ó, probablemente no rezaran á uno ni á otro. Iván y Yaguitu contaban sus ganancias, tenían á costa de ellas alguna francachela y seguían estrechando su amistad.

Un mal día la diplomacia rusa se enfrió con la japonesa. Desde Petersburgo á Tokío y desde Tokío á Petersburgo se cruzaban por debajo de los mares notas y más notas que, llevadas y traídas por la electricidad, parecían torpedos que se iban colocando contra las naves de ambas naciones.

Iván y Yaguitu ya no se agasajaban con pieles de oso ni entradas del circo. Sus relaciones se enfriaron, á semejanza de las de sus amos y compatriotas. Y también cambiaban sus notas en frases de desconfianza y rencor siempre que la casualidad los reunía.

Sobrevino apresuradamente la guerra, y el ruso y el japonés se creyeron obligados á sostenerla entre sí, á miles de leguas de sus naciones. El sentimiento patriótico repercutió sobre ellos en España.

Y una tarde los dos bandos, exaltados por las noticias de los combates lejanos, se acometieron, y los compañeros de Iván destrozaron á los japoneses sus aparatos del volatín, y los compañeros de Yaguitu destrozaron á los rusos su surtido de pieles. Con lo cual unos y otros perdieron sus medios de vivir.

Entretanto, allá en los mares del Extremo Oriente se hundían despedazadas para siempre hermosas naves que costaron millones arrancados con fatigas de la ingrata tierra rusa y de la hábil industria japonesa, y eran echados á pique, para pasto de los peces, grandiosos buques cargados de provisiones que tanto envidiarían los hambrientos mudjiks de la estepa y los sobrios coolis de la raza amarilla.

Y se despoblaban los campos rusos y japoneses, enviando á la muerte la flor de la juventud.

Trenes y trenes y trenes formando infinito cordón que, como cola de serpiente, se tendía desde Siberia á Puerto-Arturo, vomitaban ejércitos sobre el continente asiático. Se despojaba á la agricultura y al acarreo de sus caballerías para hacerlas galopar sobre la nieve y caer bajo las balas.

Se asentaban líneas férreas encima del hielo de los lagos, para que la templanza del estío sumergiera en un día con todo aquella obra magna del atrevimiento y del trabajo de muchos meses y brazos.

Se abría por todas partes la montaña con fosos y trincheras, y se improvisaban macizas fortalezas en las costas del mar y en las riberas de los ríos.

A los primeros estampidos de los torpedos japoneses y de las baterías rusas se conmovieron Francia, Inglaterra, Alemania, hasta nuestra pobre España, y se apercibieron poniéndose en guardia en esa paz armada que equivale siempre á una batalla perdida, porque cuesta dinero y no rinde gloria ni provecho.

Moviéronse las tropas, se reforzaron las guarniciones, se congregaron las escuadras, se armaron los buques, se proyectaron nuevas construcciones, se repostaron los depósitos de carbón, se fundieron millares de fusiles y de cañones y se gastaron en hierro montañas de oro, cambio desigualísimo y empleo poco digno del precioso metal que tantos afanes cuesta y tantas conciencias perturba.

¿Y de dónde sale ese copioso río de oro que irá á liquidarse y perderse luego en el mar?

¿Quién nutrirá esas charcas de sangre que empapará el suelo?

¿Quién pagará esos fabulosos dispendios?

Esos ríos de oro saldrán de las mismas fuentes de donde salen los ríos de agua: de las entrañas de la tierra; pero aquéllos la secan y éstos la fecundan

Ese río de sangre saldrá de donde están las fuentes de la vida humana, de las entrañas de las madres, que crían á sus hijos para su alegría y no para su llanto.

Ya se está viendo: para armar y mover los ejércitos y escuadras, Rusia grava los impuestos en su territorio; el Japón los duplica. Y se comprende el sacrificio en ambas naciones: son las beligerantes. Pero también Inglaterra aumenta su ya enorme presupuesto naval, y lo aumenta de igual modo aquella República, modelo antes de la parquedad y casi avaricia pública; aquella República puritana criada en la modestia de Washington y Franklin. y hoy trocada por la manía anglosajona de las grandezas en imperio derrochador y envanecido.

Hasta nuestra mísera España recarga su cargadísimo presupuesto con gastos inútiles, y sobre inútiles irracionales, porque son pocos para llevarnos á la victoria, y son bastantes para apresurar la ruina.

* * *

Iván y Yaguitu, parados en una pequeña ciudad de donde no podían salir por falta de dinero, entretenían su pobreza con las noticias de la campaña, alegrándose por turno de los triunfos propios y los descalabros ajenos.

Una y otra tropa escribían á sus países cartas y más cartas pidiendo á parientes y amigos recursos con que volver al ejercicio de sus industrias. Las contestaciones eran desconsoladoras.

«No podemos enviaros ni un rublo ni un yen», decían las cartas, según trajeran sello ruso ó sello japonés. «La guerra consume todo: monedas, hombres, caballos y tiempo. Los negocios están muertos y las contribuciones se llevan las escasas utilidades del trabajo.»

Y mientras los periódicos ingleses esparcían por el mundo, abultándolas, las victorias japonesas, y admiraban en cada japonés un sucesor de los griegos de los grandes tiempos de Grecia, Yaguitu era silbado en el circo, porque no ejecutaba sus ejercicios con la habilidad que en sus antiguos aparatos de gimnasia destrozados por los rusos.

Y mientras los periódicos franceses esparcían por el mundo, abultándolas, las victorias rusas y admiraban en cada moscovita un poderoso germano de los grandes tiempos de Arminio, Iván y sus compañeros eran echados con injurias de la posada donde vivían y no pagaban.

¡Mísero Iván y mísero Yaguitu! ¡Qué mal les amparaban y cuán pálidamente se reflejaban en ellos las glorias del águila y del crisantemo! ¿Venció Rusia? ¿Venció el Japón al fin de la campaña? Es igual



para Iván y para Yaguitu. Venció su Zar ó venció su Mikado. Uno ú otro ganaron algunos millones de vasallos y algunos miles de kilómetros de territorio para promulgar sus leyes. Los generales vencedores serán recibidos con palmas, colgaduras, vítores y cañonazos, y serán agraciados con títulos conmemorativos y empleos efectivos. Pero ni vasallos ni territorios habrán mudado de lugar ni de condición. El mudjki continuará en su cabaña, y el japonés en su casa de bambú.

¡Oh, las guerras! ¡El desafío de las naciones! ¡Qué equitativas son y con qué justicia reparten sus bienes y sus males! ¡Las hacen los soldados, las cobran los caudillos y las pagan los paisanos!

Así lo aprendieron Iván y Yaguitu cuando, acabada la guerra, se dieron un abrazo, símbolo de la paz de sus pueblos.

—Somos otra vez amigos—se dijeron.—¿Pero puedes tú devolverme las pieles que perdí y eran mi negocio?

—Y tú, ¿puedes devolverme mis aparatos rotos que eran mi sustento?

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



EL SILLÓN PRESIDENCIAL

Era aquella la vez primera en que la familia completa se reunía en torno á la mesa común, después de la muerte del jefe de la casa. Tres meses, los tres meses eternos de la enfermedad, había permanecido la mesa en desorden, en ese desarreglo que la hace tan triste cuando en su tablero comen la intranquilidad y la preocupación, cuando en sus asientos no hay sino oídos atentos al menor ruido de la alcoba, cuando en sus sitios falta alguno de los habituales. Otra vez iba á yantarse allí, sin la alegría que brota de los manteles blancos siempre que alrededor suyo no queda hueco alguno vacío.

Allí había uno, el más importante, el de la presidencia. Los miembros todos de la familia penetraron en silencio en el comedor, baja la cabeza, los ojos en el suelo, el andar pesado, conteniendo la respectiva desolación, llenando la estancia de sombras con su masa de vestidos de luto. No faltaba ninguno en aquella primera comida de la desgracia, como si cada cual hubiera pensado en su reunión con los demás para rehacer las propias fuerzas: los hijos casados con sus mujeres, la hija soltera, la madre apoyándose, mejor dejándose caer en el hombro del primogénito. Entraron, dirigiéronse á sus sitios de costumbre, y á un movimiento de ojos de la viuda, la familia entera se arrodilló alrededor de la mesa, yendo á confluir por instinto todas las miradas en el sillón desocupado del padre.

Todas aquellas frentes se nublaron. Era aquel ese primer instante de la vida normal en que, desaparecido para siempre el que arrastró la muerte, la casa torna por ley natural á su equilibrio, aun continuando las heridas abiertas. No hubo pensamiento por el que no desfilara con cruel relieve el proceso entero de la enfermedad: el día en que el enfermo se sintió malo, el gesto que puso el médico cuando se le llamó, las alternativas de alivio y agravamiento de la dolencia, las noches de incertidumbre á la cabecera del paciente, y por último, el Viático, aquel solemne Viático en que por permisión del prelado la familia en masa, postrada ante el moribundo y comulgando con él, buscó en la sagrada forma la fuerza para ver expirar al que sucumbía. Y con la remembranza de estos luctuosos trances, cada cual recordó las virtudes del muerto querido.

La viuda era mujer entera por carácter y más entera aún por fervor religioso. En el rostro pálido se le transparentaba un dolor inmenso; pero á los ojos, ahora enjutos, aunque rojos de pasados y recientes llantos, se le asomaba también una voluntad grande. Miró á todos sus hijos, que consideraban con amor y respeto á la vez aquel gracioso rostro de mujer, en su madurez todavía joven, y convencida de la atención general, exclamó con voz trémula, que se fué luego serenando:

—¡Hijos míos: todos queríais mucho á vuestro padre, que en paz descanse, y me queréis igualmente á mí! Así, espero que aprobéis mi resolución de que su sitio continúe desocupado en señal de respeto y de recuerdo perdurable. Ahora, resignados con la voluntad de Dios, recemos un Padrenuestro por su alma, y comamos, puesto que el Señor, redentor nuestro, nos manda vivir..............................

Han pasado tres años, y otra vez la familia en masa rodea la mesa común, sobre la que brilla la vajilla de gala, con sus reflejos de buena y maciza plata antigua, y que no salía de los tallados aparadores de nogal desde la muerte del padre. La terrible hoz no ha seguido esgrimiendo su filo en aquel tranquilo hogar; antes bien, una nueva vida ha venido á aclarar sus horizontes serenos, que entenebreció la catástrofe. Todos tienen alguna palabra para el muerto, provocada por aquel plaqué artístico heredado de generación en generación, que es legendario en la casa, que salió de las manos de un Arfe, y que es tradicional también que no se ostenta sobre los nevados manteles sino en las grandes solemnidades del hogar. ¡Pobre papá! ¡Si pudiera ver sus platos y sus fuentes tan bien conservados! ¡Cómo le gustaba la orfebrería! Una pausa, y después un movimiento de impaciencia. ¡Pero cuánto tarda mamá en vestirse!—¡Hoy comemos el arroz pasado! ¿Y Luisito? ¿Dónde está Luisito? Todas las miradas que buscan á Luisito; su madre que afirma que lo dejó con su abuela.

De pronto se abre la puerta del comedor, penetrando la niñera con un almohadón de finos encajes, que acomoda en el sillón presidencial desocupado por la muerte del padre, y bajo la emoción de todos entra en la estancia la viuda, de alivio de luto, llevando en sus brazos al tierno nieto sonriente, que parece un capullo envuelto en blondas. En silencio, con blanda solicitud, acomoda el montoncito de cabellos rubios en el asiento, y lo que no pudo lograr el dolor, vencida ahora por la ternura, balbucea:

—Hasta hoy, hijos míos, ese sillón de vuestro inolvidable padre ha permanecido desocupado; pero venido á la familia el primer nieto por la voluntad de Dios, ¿no creéis que nuestro mismo querido muerto le colocaría en ese sitio si pudiera? Así, pues, sentémosle en él, ya que el Supremo Hacedor dispone que no haya nada en la vida que no se renueve: y ahora arrodillémonos y recemos dos Padrenuestros: uno por vuestro padre, que santa gloria haya, y otro porque la Providencia nos conserve este niño.

Dibujo de J. Francés

Alfonso PÉREZ NIEVA

Crónica Gráfica

La fraternidad hispanoportuguesa, como la fraternidad hispanofrancesa y otras más ó menos cacareadas fraternidades, á más de constituir un interesante asunto para conferencias, discusiones de Ateneo y latos artículos de revista, es siempre un bonito número en los festejos con que amenizan su existencia los habitantes del extenso litoral, ya mediterráneo, ya atlántico, de la península.

Esto acaba de probarse una vez más en la linda y alegre ciudad de Vigo, adonde, con motivo de los últimos festejos, llegaron numerosas comisiones lusitanas, y entre ellas el brillante cuerpo de bomberos de Oporto. Los vigueses, entusiastas de suyo y fervientes partidarios de que se realice inmediatamente la unión ibérica, ó por lo menos de que se estrechen con la mayor energía posible los lazos que nos unen ya con nuestros hermanos de Occidente, han recibido á las comisiones portuguesas con los brazos abiertos, dispensándoles toda suerte de agasajos y atenciones.

De la efusión patriótica reinante con ese motivo, pueden dar alguna idea las fotografías que hemos recibido, una de las cuales publicamos. No sabemos si con ello se contribuirá en algún modo á la ansiada unión, pero al menos bueno es saber que la gente está animada de los deseos más plausibles.

Hermoso ideal es el de la unión ibérica. ¡Lástima que no sea fácil de realizar, como lo sería si todo se redujera á que un pueblo y otro nombrasen comisiones de su seno y á disparar unos cuantos inofensivos cohetes.

Pero el daño está en que, apenas se intenta hacer algo más que gastar pólvora en salvas, percalina en colgaduras y hojarasca en arcos, asoma sus chatas narices nuestro detestable amigo John Bull, y todos los anhelos patrióticos quedan reducidos á agua de cerrajas.

El partido liberal ha pagado su deuda con el jefe ilustre que le formó y sostuvo tantos años, mandando construir un hermoso mausoleo á la memoria de D. Práxedes Mateo Sagasta.

El genial escultor Mariano Benlliure ha hecho ya entrega de su magnífica obra, y en breve podremos admirarla en el panteón de Atocha. De la obra de Benlliure, sólo grandes elogios pueden hacerse. El gran artista español estudió muy atentamente á Sagasta en sus últimos tiempos, y nadie mejor que él para interpretar el espíritu del patriarca de nuestras libertades.

En la noble y generosa manera como Benlliure ha sabido comprender á Sagasta podían y debían inspirarse los desavenidos individuos de la gran familia liberal, partida hoy en dos bandos igualmente incapaces de mantener en toda su integridad y sostener sin menoscabo la herencia política del grande hombre muerto. Si la unidad interior es condición indispensable en toda obra de arte, eso que resplandece en el monumento modelado por Benlliure debiera servir de ejemplo para los espíritus mezquinos ó achicados que no comprenden hasta qué punto es también arte la política, y en ella nada se hace sin unidad de criterio. Como arte la consideraba y la ejercía Sagasta, no como especulación de teólogos ni como investigación de economistas. Pero más vale no seguir por este camino, que nos llevaría lejos.

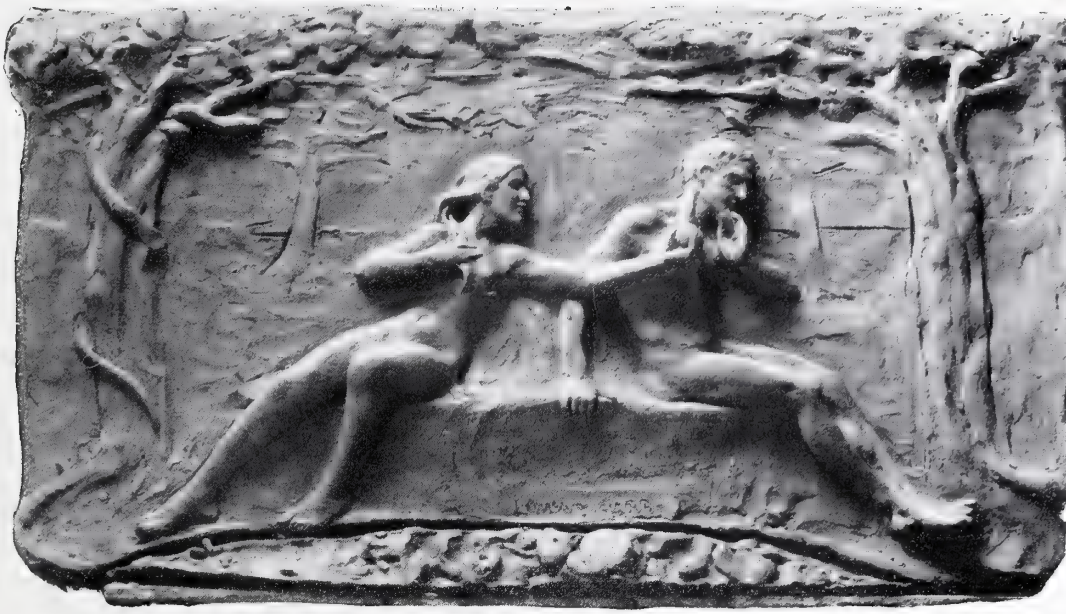


VIGO. FIESTAS HISPANOPORTUGUESAS. RECIBIMIENTO HECHO Á LOS BOMBEROS DE OPORTO — Fot. Zagala



MAUSOLEO A LA MEMORIA DE DON PRAXEDES MATEO SAGASTA
EN EL PANTEÓN NACIONAL DE HOMBRES ILUSTRES, DE LA IGLESIA DE ATOCHA.
OBRA DE MARIANO BENLLIURE

Fot. Asenjo



El primer llanto y la primera risa

Mientras estuvieron en el Paraíso terrenal, los primeros padres no conocieron la risa y el llanto.

La felicidad es profundamente grave, y en lo exterior se parece mucho á la indiferencia y también al egoísmo.

La pureza de cuerpo y de pensamiento nos causan alegría hoy y hasta nos hace prorrumpir en placenteras carcajadas, precisamente porque son estados insólitos, ó al menos, poco habituales.

Si nos halláramos de ordinario limpios, puros é inocentes, como ellos en el Paraíso, haríamos lo mismo que Adán y Eva, que ni reían ni lloraban. Y lo más chocante es que, á pesar de esto, no se aburrían. Muchas veces se os habrá ocurrido pensar lo mismo: ¿Qué harían Adán y Eva en el Paraíso para distraerse?

Y al formular esta pregunta no pensábais en que cabalmente ellos para nada necesitaban distraerse, puesto que la distracción, ¡la misma palabra lo dice! es el apartamiento del ánimo, el esparcimiento y solaz del espíritu conturbado por las miserias y los dolores del mundo; y como Adán y Eva no tenían miserias que llorar ni dolores de qué quejarse, la distracción antes les hubiera molestado que complacido. Si alguna vez habéis sido intensamente felices, como yo os lo deseo, habréis notado que precisamente en los instantes de verdadera felicidad os fastidiaría en extremo el que alguien tratara de distraeros.

Eran, pues, Adán y Eva felices, como digo de mi cuento, y al serlo, ni se reían ni lloraban, pues la satisfacción y armónico contentamiento de su cuerpo y de su alma eran completísimos é imponderables, sin que dejasen resquicio ó grieta por donde pudiera escaparse lágrima ni carcajada.

Además estaban sanos del todo, gozaban de la más cabal salud que yo para mí deseo, como se dice en las cartas de los soldados, y no tenían motivo alguno de queja.

Eran forzosamente vegetarianos, puesto que no existía en aquella ideal mansión la muerte y eran entonces dulces amigos y compañeros del hombre y de la mujer los fieros animales que después les declararon la guerra y los tímidos y fugitivos á quienes muy luego aquél se la declaró.

Y al ser vegetarianos y al no abusar del alcohol ni de ninguna otra substancia destructora de los jugos gástricos, resultaba que hacían la digestión sin sentir el más leve síntoma de dispepsia ó de gastralgia; y ninguna persona que haya saludado el más elemental manualito de Higiene ignora que la buena digestión es uno de los más importantes y sólidos puntales de la vida.

Pero, aun cuando á personas de tan purísimas y sencillas costumbres y de gustos tan primitivos parecía imposible que pudiera atacárseles por ningún vicio corporal, ved ahí cómo el demonio, gran conocedor del corazón femenino, aunque hasta entonces no poseía más experiencia que la de haber visto á Eva y, por otra parte, la había tratado muy poco, se las ingenió para inspirarla aquellos violentos deseos de comer manzana prohibida, que nos han traído á la tristísima situación actual, si bien es verdad que, á no ser por la liviandad de Eva y por la bonachonería de Adán, que era un calzonazos, aun cuando no los usaba, es probable que ni siquiera tuviésemos la satisfacción ó la inoportunidad de encontrarnos en el mundo de los vivos contando cuentos fantásticos y haciéndolos reales.

Lo cierto es, sin meternos en más averiguaciones, que Eva se encaprichó por la manzana, según repetidas veces habréis oído contar. Adán, cuya fragilidad y buena fe nunca serán bastante encomiadas, no hizo caso al principio de los ruegos é importunaciones de Eva; después, en vista de la insistencia de su mujer, se enfadó por primera vez en su vida, y aquella fué la más antigua pelotera conyugal que registran los fastos de la Historia.

Viendo Eva que Adán se enfurruñaba y la hablaba alto, hizo lo que todas las mujeres han hecho después en casos análogos, como si en todas ellas habitase el espíritu de Eva, que sí que habita: apelar á las carantoñas y á las zalamerías.

Adán, digno, mucho más digno que estos maridos de comedia francesa que se gastan ahora, se mantuvo firme, indiferente á las carocas de su antojadiza mitad.

Desesperábase ya Eva, cuando la maldita serpiente, cuya cabeza era pequeñita, viva y de habladores ojuelos, como suelen ser las de todos los ofidios, se transformó, por arte infernal, en un verde, ve-

rrugoso y tristísimo cocodrilo; la cabezota le creció de una manera desmesurada; cayéronsele los belfos; creciéronle dos hileras de dientes amenazadores; naciéronle patas, y los ojos, antes vivos y malignos, se le tornaron tristones y blandos, y comenzó á llorar torrentes de lágrimas, prorrumpiendo en un sollozo largo, largo como el de todos los cocodrilos del mundo.

Eva, aun cuando no había tenido ocasión de leer *El origen de las especies*, de Darwin, no se asustó de aquella extraña transformación; antes la pareció muy divertida y graciosa; y como ya sabía imitar la voz y el canto de todos los animalitos del Paraíso, se puso á remedar con muchísimo arte y maña el llanto del cocodrilo, é imitándolo y entornando lamentosamente los ojos y exhalando hondos suspiros de su pecho, se dirigió á Adán.

El pobre hombre, viendo á su mujer presa de aquella aflicción y angustia, nunca hasta entonces notada en ella, cedió, todo atemorizado, á sus abusivas exigencias, creyendo evitar mayores males.

Y ved ahí cómo el primer llanto que se oyó en el mundo fué el llanto hipócrita y fingido de la mujer caprichosa para dominar al hombre...

En estas y en las otras, según ya os habrán contado, se enteró el Supremo Hacedor de lo ocurrido, y como era natural, se indignó y mandó al Arcángel que, después de arrojados del Paraíso los dos primeros pecadores, se pusiese á la puerta con la espada flamígera.

Adán y Eva penaban, entretanto, fuera del Edén.

El tenía que luchar, que luchar con los animales que se habían vuelto fieros, y alcanzar á los tímidos y fugitivos para comérselos, porque en invierno faltaban plantas y frutos y no se podía observar el vegeterianismo con todo rigor. Por otra parte, era necesario buscar abrigo, pieles con que taparse y cuevas ó huecos de árboles donde guarecerse; entretanto, Eva sufría las bascas y dolores propios del interesante estado en que se hallaba, y á más el dolor de recordar el bien perdido. «¡Ningún dolor mayor!», pensó nuestra primera madre, anticipándose bastante al poeta florentino Dante Alighieri.

Así que Adán y Eva estaban siempre llorando.

Habían aprendido á llorar de mentirijillas; pero como suele suceder, el fingido llanto acabó en veras.

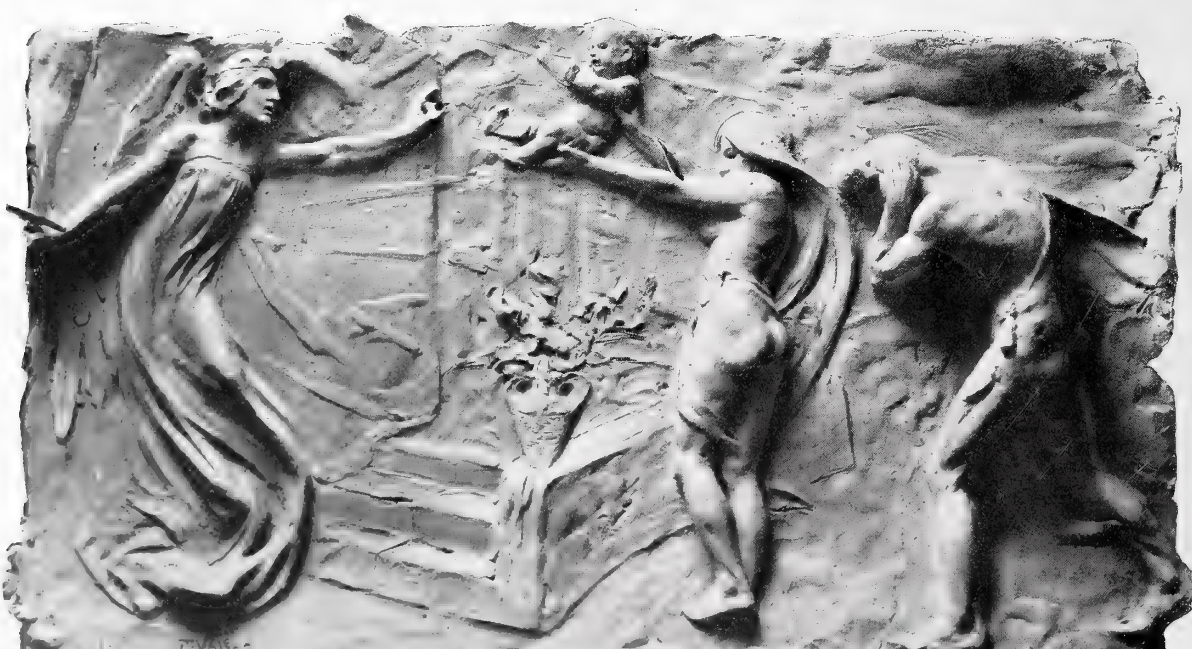
Muchas veces intentaron volver al Paraíso; siempre se encontraban á la puerta el vigilante Arcángel, que, si querían acercarse, les amenazaba agitando el gladio; y del encendido gladio se escapaban llamas voladoras y chispas fugitivas, que á veces chamuscaban la larga cabellera rubia de la mujer.

Al fin, ésta fué madre. Nació Caín, y contra lo que suele suponerse, era un niño precioso, rubio como las candelas, sonrosado, apacible y nada llorón.

Los padres estaban entusiasmados con el chico. Eva lloraba de placer cuando el niño tomaba el pecho, guiado por el instinto natural. Adán contemplaba grave y en silencio al chiquillo cuando éste dormía, y sin saber cómo ni por qué, sentía en su interior ese dulce y confortativo calorcillo que se apodera de todo sér humano cuando ve la sucesión asegurada.

Los dos felices padres se hallaban convencidos de que aquella criatura era lo más perfecto y admirable que en la Naturaleza toda existía; le amaban como padres y le querían y mimaban como abuelos. Porque Caín no tuvo abuela, y eso puede que fuera la causa de todo lo sucedido después.

Con esta persuasión, un día se les ocurrió á Adán y á Eva que si acudían una vez más al Paraíso, tal vez el Arcángel, que tenía *cara de padre santo*, como dicen las gitanas, se enterneciera al ver aquella preciosidad de chiquitín.



Hiciéronlo; acercáronse al Arcángel, Eva levantando en vilo al niño desnudito. Agitó el Arcángel la terrible espada flamígera, y al ver salir de ella virutas de fuego y chispas radiantes, el niño, que fijamente las miraba, quiso coger una chispa. Escapósele, y el chico se echó á reir, lanzó una carcajada cristalina, á cuyos ecos se estremecieron los hondos valles y las montañas nivosas. Y ved ahí cómo la primera risa que se oyó en el mundo fué la risa de un niño que quiso jugar con fuego.

LEMA: ALDONZA LORENZO

BAJORRELIEVES DE COULLAUT VALERA

(NÚMERO 16 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

A LAS REJAS DE LA CÁRCEL
NO ME VENGAS Á LLORAR;
YA QUE NO ME QUITES PENAS,
NO ME LAS VENGAS A DAR.



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR CARLOS VAZQUEZ



FIGURAS ESPAÑOLAS

LAS «CAMPERAS» LEVANTINAS

Esta pequeña ciudad levantina no es adusta como las viejas ciudades castellanas. Ha nacido de una aldea moruna.

Las casas están embaldosadas con grandes losas blancas: tienen sillitas de esparto y mesas de pino bajitas; hay en ellas un cantarero y un amasador; del techo de la entrada pende una cuna hecha de esparto—el *brés*,—que va y viene suavemente mientras la madre canturrea.

El pueblo está asentado en las laderas de dos cerros; en uno se levanta una ermita con su cúpula cubierta de tejas azules; en el otro se perfila sobre el cielo diáfano un recio paredón rojo, dorado, resto de un castillo morisco. Las viñas extienden á lo lejos, entre pequeños alcores rojizos y grises, la verde sábana de los pámpanos; una ringlera de altas colinas yermas, radiantes, cierra la vista. El cielo es de añil intenso; las casas se destacan con toda la pureza de sus líneas; el sol reverbera en cegadoras luminarias.

Al final de las suaves laderas del pueblo están unos bancales de verde obscuro; las casas se detienen junto á ellos, vueltas de espaldas, con huertecillos de granados, laureles, cipreses enormes, seculares, y palmeras que mecen blandamente sus ramas curvas. Y en el largo tapial de los huertos de estas casas, todos unidos, aparecen de trecho en trecho anchos balcones con barandilla de madera, á los que se asoman mujeres enlutadas.

Y otros hombres también enlutados se sientan allí cerca, en unas piedras blancas que bordean un camino. Yo diré que son unos viejos muy viejos, y que vienen á sentarse á estas piedras, lentamente, en los claros mediodías del invierno ó en los suaves crepúsculos vespertinos del verano.

Y cuando se han sentado discuten con reposo. Todo está en silencio; los gallos cantan; suenan las herrerías; el reloj lanza sus horas implacables, y un viejo telar cercano marcha, marcha con su ruido monótono: *tric-trac, tric-trac, tric...*

* * *

Y si salís de la ciudad y echáis por la carretera arriba, arriba hacia la montaña, encontraréis verdes y suaves viñedos, llanos rojizos de sembradura, casas blancas, pequeñas y solitarias, casas agrupadas en poblados y cercadas de cortinales. Acaso, si llegáis por la mañana, hallaréis una buena vieja que barre ante la puerta; acaso, si llegáis por la tarde, la encontraréis sentada bajo una higuera haciendo media. Estas buenas mujeres son las «camperas». Yo veo á las «camperas» cómo transcurren por los caminos montadas en sus burras, ó metidas en estos carros que caminan traqueteando con un ruido sonoro: van vestidas de negro; son limpias; se apoyan en uno de esos grandes paraguas azules que traen de Orán los segadores. Viven en estas casas que se llaman la Umbría, la Fontana, la Alquebla, Cavafría, Buitrera, Almorquí, Madara, el Collado, el Chinorlet...

Las viñas extienden su tapiz verde alrededor de las blancas paredes; una loma parda eleva su seno en la lejanía; cruza serpenteando un camino amarillo entre los pámpanos. Y delante de la casa hay una higuera, y al pie, puestas en cazuelas rotas, unas plantas de alelíes blancos y de albahaca.

Estas «camperas» van diligentes y silenciosas por la casa; tienen un pequeño horno y un pozo con pozal de madera; el zaguán está empedrado de guijos menuditos; pende del techo una planta que tiene la virtud de matar las moscas. Y los cantaricos del cantarero van tresmanando en gotas brilladoras. El cantarero es una losa arenisca, rezumante, sostenida por otras dos horizontales; sobre ella se encuentran cuatro cántaros, y en la boca de cada uno hay puesta una alcarraza. Junto al cantarero se ve una tinaja cubierta con una tapadera de pino; si examinamos bien el reborde, descubriremos un pequeño pedazo de metal que corresponde al acetre de cobre, limpio, luciente, que está colgado en la parte de adentro de la tinaja. No hemos de olvidar tampoco el lebrillico colocado junto al cantarero; en la pared hay un cuadro de cuatro azulejos pintorescos, y del centro del cuadro sale un soporte que sostiene el lebrillo. Al lado se ve una azaleja limpia.

Estas mujeres arreglan con amor el cantarero; y cuando ya han barrido la casa y entornado la puerta para que las moscas se zafen por el resquicio luminoso, ellas se sientan fuera bajo la higuera, sobre un pequeño ruedo de esparto, y allí las encontraréis toda la tarde haciendo media.

*
* *

Y si no las encontráis haciendo media ó barriendo, las hallaréis en el amasador. Yo he encontrado hoy á una. El amasador es una pieza sombría con una tinajica para guardar los panes, con una leja en que hay quizás un plato de sardinas fritas—repuesto de la familia,—con una artesa larga, y un cedazo, y una cernedera. Esta vieja que yo he sorprendido tiene la raedera en la mano; con ella va rascando las pegaduras endurecidas del anterior amasijo. Hablamos amigablemente los dos; es pequeñita; va vestida de negro; lleva un pañuelo negro en la cabeza. Hablamos de cosas de comer; á ella lo que más le gusta es el arroz con garbanzos.

—*Yo tenía moltes ganes de casarme per poder fer prou arrós en singrons.*

Es decir, ella tenía muchas ganas de casarse por ser libre, para poder hacer mucho arroz con garbanzos; ese era su ideal de muchacha, durante largo tiempo acariciado. Este arroz es lo que más le place en el mundo; ella misma lo dice:

—*Estig trestornaeta...*

Está trastornadita. El valenciano tiene diminutivos, matices, gradaciones, de que carece este castellano tan rotundo y sonoro. Esta buena vieja *está trastornadita* con el arroz con garbanzos. Yo le hablo luego de otros arroces: del arroz con alcauciles y habas, del arroz con patatas, del arroz con pimientos. Ella sonríe con cierta incredulidad ante mis elogios. Y luego, cuando para ponerla más á prueba hablo



del arroz con ternera—que yo no sé si existe,—ella deja la raedera y se lleva, escandalizada, las manos á la cabeza.

—*¡No li pertineix!*—exclama.

No le pertenece. No le pertenece la ternera al arroz; es decir, es una aberración hacer arroz con ternera. Yo me quedo un momento dudando; después declaro que, efectivamente, no está bueno ese arroz. La vieja mueve la cabeza como asintiendo. Ella ya lo sabía. Y continúa raspando con un ruido sonoro la blanca artesa.

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

J. MARTÍNEZ RUIZ

JALBEGANDO Y ALJOFIFANDO



La operación de jalbegar, que es una de las más bellas y poéticas en que se ocupan las mujeres del Mediodía, se practicaba con el mismo entusiasmo que hoy en los tiempos de Marco Bruto y en otros anteriores; y así como hoy vemos en todos los pueblos de Andalucía y en muchos de la Mancha y de Castilla la Nueva á las mozas y á las viejas muy afanadas con el cubo de la cal y la caña del jalbegue, lo mismo se veía en los dichosos siglos de Horacio á las jovenzuelas y á las ancianas de las *villas* y casas de campo desde Roma á Nápoles, particularmente en esta época del año, *albicare* (de donde vino *jalbegar)* las paredes, cantando alegremente, con los brazos desnudos, el sayo remangado, un trapajo cualquiera resguardando de salpicaduras el pelo, y en las morenas mejillas ó en la frente, tal cual estrella ó chorreoncito de cal apicarando el rostro risueño.

En España se jalbegaba antes de los moros, porque las necesidades del vivir son las que crean las costumbres, y desde los tiempos más antiguos era sabido que la blancura de las paredes rechaza los rayos del sol y refresca la casa. Además, los romanos, que tenían un olfato muy sensual, debían gustar, como gustamos nosotros, de la indecible voluptuosidad que proporciona el olor fuerte y acre de la cal en verano.



Pero no basta refrescar las paredes en estos meses de ardor; es menester refrescar también el suelo, y para eso inventaron los moros la palabra *aljofifa,* con que se designa el pedazo de manta de algodón ó lana destinado á fregar el pavimento.

La operación de aljofifar es menos poética, pero mucho más peligrosa y alarmante para el espectador, puesto que en ella se ve claro aquel antiquísimo parentesco entre la serpiente y la mujer. Si la aljofifadora tiene un cuerpo gallardo y cimbreante, ¡San Antonio bendito nos valga! y ¡mal año para todas las almeas y bayaderas y *danseuses du ventre,* que han conducido á las calderas de Pero Botero á tantas buenas almas!

Y véase por qué secretos y contradictorios caminos conduce la Virtud á los hombres. Una vez que la casa está bien jalbegada y bien aljofifada y que se entornan las puertas, persianas y cancelas para que no se escape, sino que vague por los aposentos el grato olor de la cal mezclándose con el del ladrillo mojado, parece como si se apoderasen del ánimo las ideas más puras y se inclinara el espíritu á un misticismo ensoñador delicioso que suele degenerar en siesta regalona. Porque debemos tener por indudable que la humedad es mística y la sequedad ascética.

DIBUJOS DE MUÑOZ LUCENA



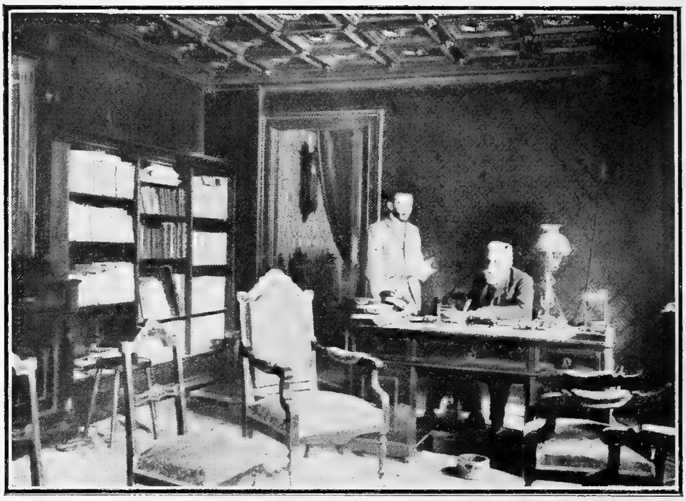
EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA VISITAS. Modelo de la casa Martial et Armand, de París.
Es de muselina de seda estampada con colores «modern style», con incrustaciones de tul guarnecido de cinta «cometa» gris y blanca. Moños de terciopelo negro. Botones de similor.

FOT REUTLINGER

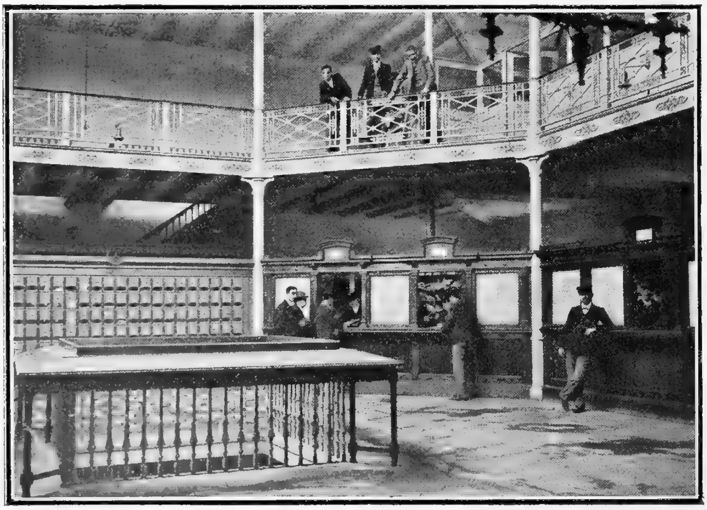
LA CASA DE CORREOS DE BARCELONA

Es un nuevo y magnífico edificio que acaba de construirse y que reune todas las condiciones necesarias para el buen cumplimiento de los múltiples y complejos servicios que hoy deben llenar estos establecimientos. En esto, como en otras cosas, Barcelona se ha adelantado á Madrid, cuya Casa de Correos carece de las más necesarias comodidades. Verdad es que, según cuentan, ahora vamos á estropear ó á arrasar los Jardines del Buen Retiro, en lo mejor de Madrid, para instalar allí una nueva Casa de Correos que quizás nuestros nietos vean concluída.

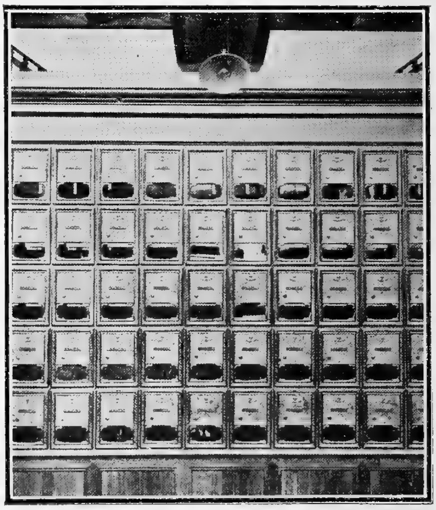


DESPACHO DEL ADMINISTRADOR CENTRAL

La de Barcelona está situada en uno de los mejores sitios del ensanche, en la plaza de Urquinaona, con vuelta á la calle de Junqueras. Es un edificio amplio, ventilado, capaz, con magnífico patio en donde se reunen todas las dependencias que tienen relación directa con el público; con ascensores hidráulicos para subir y bajar la correspondencia, grandes



ROTONDA CENTRAL, DONDE SE HALLAN LOS SERVICIOS PARA EL PÚBLICO



CASILLEROS SISTEMA AMERICANO EN LA ROTONDA CENTRAL



CARTERÍA. DISTRIBUCIÓN DE LA CORRESPONDENCIA POR BARRIOS

salones para sellar, certificar, formar paquetes y distribuir; departamentos especiales para la Prensa, etc., etc.

Una de las novedades que llaman más la atención es el armario casillero á la americana, instalado por iniciativa del celoso administrador principal D. Eduardo Verdegay. Este armario es el único de su clase que existe en España: contiene 110 casilleros con portezuelas de bronce dorado y cristal, y de ellos pueden los suscriptores á los apartados recoger por sí mismos su correspondencia, lo cual es ventajoso y cómodo, para los comerciantes en especial.

En suma, la nueva Casa de Correos de Barcelona representa un gran adelanto digno de imitación, y por lo bien organizados que en ella se encuentran todos los servicios, merece plácemes su director, el ilustrado funcionario Sr. Verdegay y el inteligente personal á sus órdenes.

FOTS. M. CREMÓS

Actualidad Extranjera

De la *gran semana* de París, las notas más interesantes que hemos podido recoger se refieren á las carreras del *Grand prix* de Longchamps, en el que ha resultado vencedor el hermoso caballo *Ayax*, perteneciente á la acreditadísima cuadra de Monsieur Edmond Blanc. ¡Cualquiera que viese á dicho señor, con esa pinta de pobre hombre que Dios le ha dado, podría imaginarse que en el momento en que la fotografía le sorprendió acababa de ganar una millonada con su caballo!

Al campo de carreras acudió, como siempre, lo mejor de la sociedad parisiense: ahí pueden ustedes ver al pobrecito Vanderbilt; á Monsieur Combes con su hija, y á otros conspícuos personajes.

Para que no todas fuesen fiestas de corte británico, hubo que lamentar también la celebración de una especie de *juerga* indecorosa, motejada con el título de *fête espagnole*, verificada en el *Frontón Vasco* de París, y donde se presentaron varios flamencos y flamencas de Belleville ridículamente disfrazados de *toreadores* y gitanas, haciendo contorsiones como las que reproduce nuestra fotografía. Nada más triste que esto de ver á los extranjeros emperrados en figurarse á España eternamente como un país de panderos y castañuelas.

El almirante Shardwick, cuyo retrato en traje de paisano figura en la página siguiente, continúa á estas fechas en Tánger y Mr. Perdicaris en poder del Raisuli. Cuando ustedes lean esto, ¿qué habrán hecho el bandido y el almirante? Difícil es predecirlo.

Sobre la tumba de Emilio Zola se ha construído un monumento, digámoslo así, bastante feo é inadecuado para el fin á que se destina. Cualquier cosa podría pensar el autor de *La terre* menos que la posteridad le colocase dentro de una cornucopia tan sosa y mal pergeñada.

Liao-yang es la plaza amenazada en la actualidad por las fuerzas del general Kuroki, en combinación con las del general príncipe Fushimi, vencedor de Kin-tcheu. Si la ocupan, los rusos habrán perdido una de sus más importantes posiciones.









1. EL «GRAND PRIX» DE PARÍS. EL CABALLO VENCEDOR «AYAX». 2. MONSIEUR EDMOND BLANC, PROPIETARIO DE «AYAX». 3. MR. VANDERBILT EN LA «PELOUSSE». 4. MR. COMBES DESCENDIENDO DEL COCHE PRESIDENCIAL, CON SU HIJA

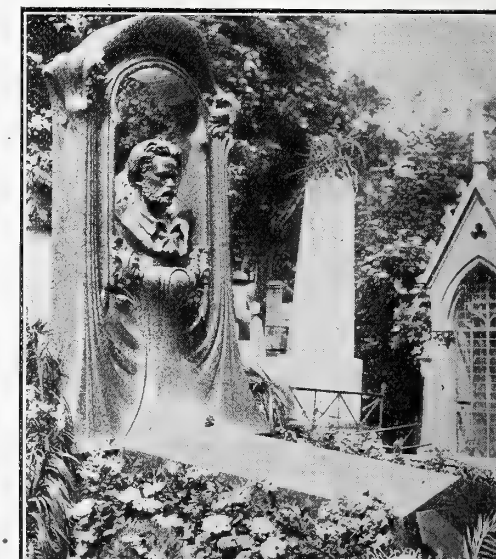
Fots. Chusseau Flaviens



LA «FETE ESPAGNOLE» EN EL FRONTÓN DE PARÍS — Fot. Rol. Tresca



EL ALMIRANTE YANQUI SHARDWICK EN TÁNGER
Fot. Mc. Carthy



MONUMENTO SEPULCRAL DE EMILIO ZOLA
Photo Nouvelles



VISTA DE LA PLAZA DE LIAO-YANG — Fot. G. H. Rogers



EL GENERAL PRÍNCIPE FUSHIMI

PÁGINAS INFANTILES

GENTE MENUDA

CUENTOS — CONCURSOS — HISTORIETAS

EL CUADRADO DE LA HIPOTENUSA

Ya sabéis todos lo que es un triángulo, ¿verdad? ¿Cómo? ¿Pepito no sabe lo que es un triángulo? ¡Qué diablo de Pepito! Mira, un triángulo es el pico de una pájara de papel. Otro día os explicaré con una pájara de papel toda la Geometría plana y casi toda la del espacio. Hoy, no; hoy sólo quiero demostraros el teorema de Pitágoras. Pitágoras era un sabio tan sabio, que oía la música que hacen las estrellas andando por el cielo. Es bonito, ¿eh? Pues bien; el hombre comprendió que un triángulo es como una familia de líneas. ¿Sabéis? La hipotenusa es como la mamá, y los catetos sus niños; si queréis, un cateto puede ser el niño ó los niños hijos de esa mamá, y otro cateto la niña ó las niñas hijas de ella.



Bien: tratamos ahora de levantar sobre cada una de esas tres líneas un cuadrado. Ya sabéis que un cuadrado es la figura que hace falta primeramente para hacer la pajarita de papel. Si no hay cuadrado no hay pajarita, ó ésta sale derrengada ó patituerta. Pues bueno; tomando como base la línea que constituye la hipotenusa y las que forman los catetos, cortáis sobre ellas tres cuadrados de papel. Ya están cortados, ¿eh? Vaya, ahora sumad. ¿Cómo se suman los cuadrados? Hasta que sepáis Algebra, tendréis que sumarlos con las tijeras. Recortáis en forma conveniente los dos cuadrados de los catetos hasta que tapéis con ellos completamente el cuadrado de la hipotenusa... y entonces veréis que los dos cuadrados de los catetos ocupan el mismo espacio que el cuadrado de la hipotenusa.

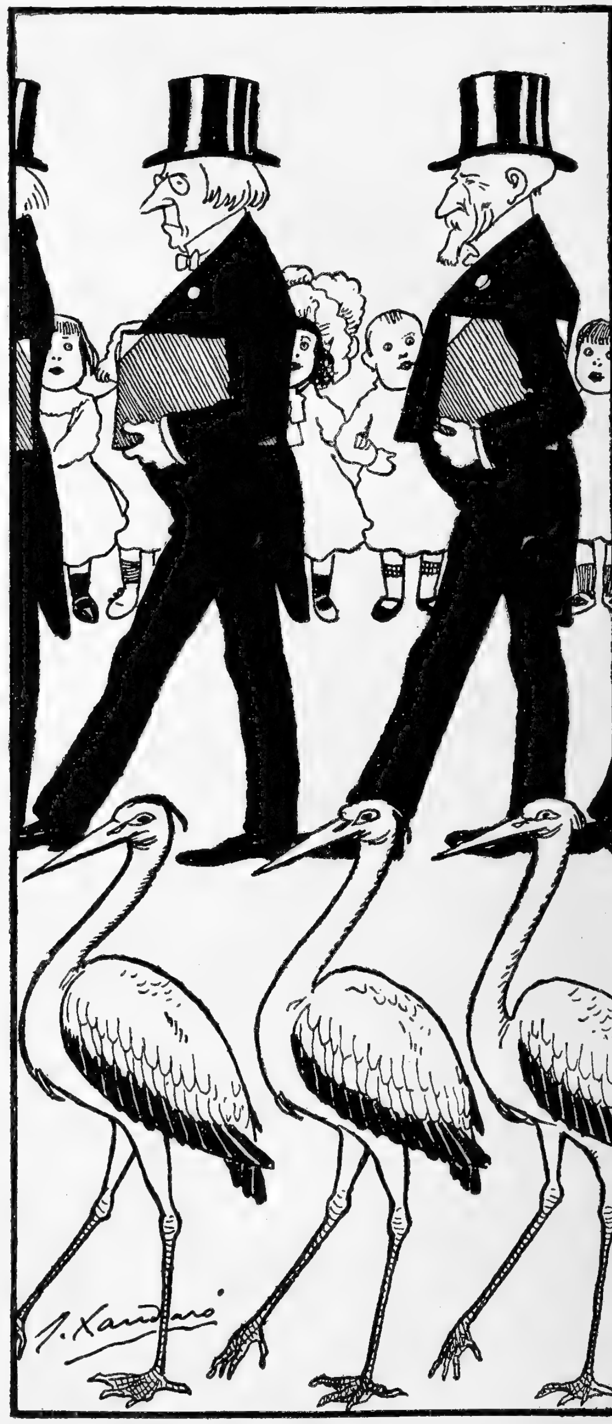
Por eso os dije yo que la hipotenusa es una mamá y los catetos sus hijos; y ahora digo que los cuadrados representan el amor maternal y el amor filial. Queriendo mucho, mucho á nuestra madre, lo más á que podemos llegar los hijos es á quererla *entre todos* tanto como ella nos quiere á nosotros: ni una línea más.

Esto no lo dijo Pitágoras, pero lo saben todas las mamás y es el primer teorema de la Geometría del corazón.

DIBUJO DE SANCHA

HISTORIETAS NATURALES

LA CIGÜEÑA



Es un animal que ha nacido para académico. ¿La habéis visto con qué solemnidad, con qué grave reposo va andando por los prados, cerca de los charcales ó de los arroyos? Parece uno de esos personajes imponentes que revestidos de ricos y ostentosos uniformes, y tranquilos porque cobran un sueldo terrible, solemos ver marchando á pasos lentos y desdeñosos en algunos entierros y ceremonias oficiales.

¿No os habéis fijado? La cigüeña parece que tiene cinco ó seis mil duros anuales de renta ó de sueldo. Es el animal más sosegado del mundo: y su tranquilidad puede servir como ejemplo y como regla de vida si aspiráis á ser personajes de gran respetabilidad, consejeros de Estado, senadores vitalicios, directores generales, etc., etc.

Para ello es indispensable hacer lo que la cigüeña. De todas las aves, ella es la única que no canta. Nadie ha oído cantar á una cigüeña. Va andando silenciosamente, y gracias á su silencio y á la forma aplanada de sus pies, á la chita callando, coge de improviso á los sapos, á las ranas, á los escuerzos y demás bichitos de los lugares húmedos ó pantanosos y bonitamente se los engulle por docenas, sin decir esta boca es mía. Cuando ya está bien repleta, hace la digestión colocándose sobre un pie, la cual es una excelente costumbre que os recomiendo si queréis ser algo en el mundo, pues quien sabe estar á gusto en un pie es capaz de todo. En fin, cuando va á repantigarse en el nido es el único momento en que la cigüeña... no canta, pero al menos *machaca los ajos*, como dicen en los pueblos, produciendo con su fuerte y colorado pico aquel extraño ruido *clac, clac, clac*, mientras echa la cabeza y el largo pescuezo para atrás, refregándose el lomo regalonamente; ni más ni menos que un señorón, bien comido y satisfecho después de tomar su café, se retrepa con toda comodidad en su sillón de propietario ó de accionista del Banco y coge entre mandíbula y mandíbula un puro soberbio y arroja el humo, considerando compasivamente á los demás mortales... y sin hacer siquiera *clac, clac, clac, clac*.

La gravedad, la calma y el no decir nada son cualidades admirabilísimas de la cigüeña y del hombre. Ellas conducen á ambos bípedos á los más altos puestos, pues ya sabéis que las cigüeñas anidan en las torres ó en las árboles más eminentes.

Ved cuán satisfecha de sí misma se manifiesta en todas las ocasiones la cigüeña. Cualquiera diría que acababa de hacer un descubrimiento útil y salvador y que se lo callaba para evitarse molestias. Mirad luego á las cigüeñas reunidas en sociedad; fijad bien este espectáculo en vuestra imaginación para cuando seáis mayores. Viene á ser lo mismo, como ya os he dicho, que una sesión académica. Todas las aves (los patos, los pavos, las gallinas, etc.), cuando se juntan en comunidad cloquean, cacarean, arman una gran algarabía. Las cigüeñas, no. Se juntan, se miran unas á otras con aire altanero, no dicen ni hacen nada provechoso, *cobran*... unos cuantos sapos ó ranas ó escarabajos, y después dan unos brincos muy poco graciosos y levantan el vuelo. Las cigüeñas, como los hombres, son monógamas, es decir, que cada cigüeño tiene su cigüeña, y nada más. El cigüeño y la cigüeña se aman tiernamente y crían á sus hijos con esmero. Tienen asimismo gran reverencia y veneración á sus padres. Constituyen, pues, el modelo de la familia perfecta. Por esa razón son respetadas en todos los pueblos civilizados. A nadie que no sea un malhechor se le ocurre matar una cigüeña. Además, estas aves tienen la carne muy dura y desabrida.

Amemos y respetemos, pues, á la cigüeña, como vienen practicándolo todos los pueblos desde los siglos más remotos; ella nos da grandes enseñanzas para la vida feliz; ella es, como suele decirse, uno de los fundamentos sociales.

LOS GRANDES CHICOS. LUISITO BEETHOVEN.

Otro os contará la historia del niño feliz que se llamó Wolfgang Mozart, adorado por sus padres y admirado por el mundo entero desde la edad de tres años ó cuatro; niño prodigio sobre cuya cabeza llovieron las bienandanzas y los agasajos hasta que fué hombre.

Yo, en cambio, quiero referiros los primeros años de la vida de Luisito Beethoven, niño cuyo nombre y obras acaso no conozcáis todavía, pero ya llegaréis á oirlos; ¡y desdichados de vosotros si no los oís! porque el hombre que no ha tenido ocasión de oir las sinfonías de Beethoven es, sin duda, mucho menos hombre que quien las ha oído y gozado.

Luisito Beethoven fué un niño muy desgraciado. Nació en Bonn el 17 de Diciembre de 1770. Bonn era una pequeña ciudad de Alemania, con una vieja y negra catedral, muchas iglesias, un gran paseo de castaños y, al final de éste, un hermoso palacio, donde solía habitar el elector de Colonia.

El padre de Luisito Beethoven era un borrachín, á quien los señores canónigos de la catedral respetaban y conservaban en su puesto de tenor de capilla por consideración á la memoria de su padre, que fué maestro organista de la misma catedral. Pero, como digo, el padre de Beethoven era un borrachín; volvía á su casa beodo; pegaba á su mujer; maltrataba á Luisito; el hogar aquél era un infierno. Y Luisito, que era un niño de conciencia recta, estaba siempre muy triste.

Querían los padres que Luisito fuese músico, lo mismo que su padre y que su abuelo; pero en vez de inclinarle con suavidad y cariño á esta afición, trataban de obligarle á palos y á golpes, forzando y violentando su naturaleza, y el chico le tomó rabia á la música; y así se dió el caso extraño de que *el padre de la música*, como se ha llamado, con razón, á Beethoven, la tuvo extraordinaria ojeriza cuando niño, y no quería que le mentasen siquiera las notas de la escala.

¿Comprendéis vosotros que el músico más grande que ha existido en el mundo tuviese odio á la música en sus primeros años? No, no lo comprendéis, ni yo tampoco; y lo que creo ver en esto es que á los niños no se les debe obligar á golpes ni torcer su vocación natural, pues por hacerlo así el padre de Beethoven, faltó poco para que nos quedáramos sin el mejor músico que ha existido, sin el que más tristezas ha consolado y más alegrías producido.

Una prueba de esto que digo es la siguiente: El padre de Luisito Beethoven quería que su hijo aprendiese el piano, ó mejor dicho, el clavicordio, pues no había aún pianos entonces. A Luisito no le gustaba nada ese antipático y duro instrumento, y no se acercaba á él sino después de haber recibido algunos coscorrones. Era lo contrario que Mozart, todo suavidad y dulzura, y que, además, fué un gran



pianista desde los cuatro años. Y luego, Mozart era un niño precioso, y por eso llamaba más la atención, mientras que Beethoven, el pobre, era un niño feo, ceñudo, con la boca de oreja á oreja, las narices aplastadas y los pelos rebeldes y tiesos; y como la gente es tan estúpida que atiende y mima á los niños bonitos y no hace caso de los pobres niños feos, ni siquiera gozó Luisito Beethoven esas caricias que se hacen por gusto á los pequeños cuya cara recuerda las de los angelitos de los cromos y estampas.

No gustaba, pues, Beethoven del piano, y prefería tocar el violín. Su padre le regañaba por esto, sin comprender ni prever las maravillas que, ya hombre, había de hacer Luisito escribiendo música para violines, violas y demás instrumentos de cuerda.

Y sucedió una vez que Luisito estaba solo en su cuarto ejecutando en el violín, no lecciones ni ejercicios, sino Dios sabe qué cosas que le pasaban por la cabeza. Y en un rincón del aposento había una telaraña; y qué tal sería la música que Luisito improvisaba en su violín, que la diligente araña abandonó su trabajo (ya sabéis que las arañas no descansan nunca) y se corrió por la pared para escuchar mejor al gran artista,..

Esto se repitió varios días, y uno, al entrar de improviso en la habitación la madre ó el padre de Luisito Beethoven, vieron al niño improvisando en el violín con los ojos llenos de lágrimas, y á la araña, suspendida de un hilo, columpiándose de gusto en el aire al compás de la dulce melodía. Y como gente borracha y de mal genio, el padre ó la madre, ó quien fuese, dió un escobazo á la araña, y la mató.

Luisito, al ver que se quedaba sin el único admirador de sus obras, se encolerizó hasta el punto de hacer añicos el violín.

Esto os mostrará cómo algunas veces vale más la opinión de un animalito de los que la Naturaleza cría, que todos los empeños y testarudeces de los hombres.

DIBUJO DE J. FRANCÉS

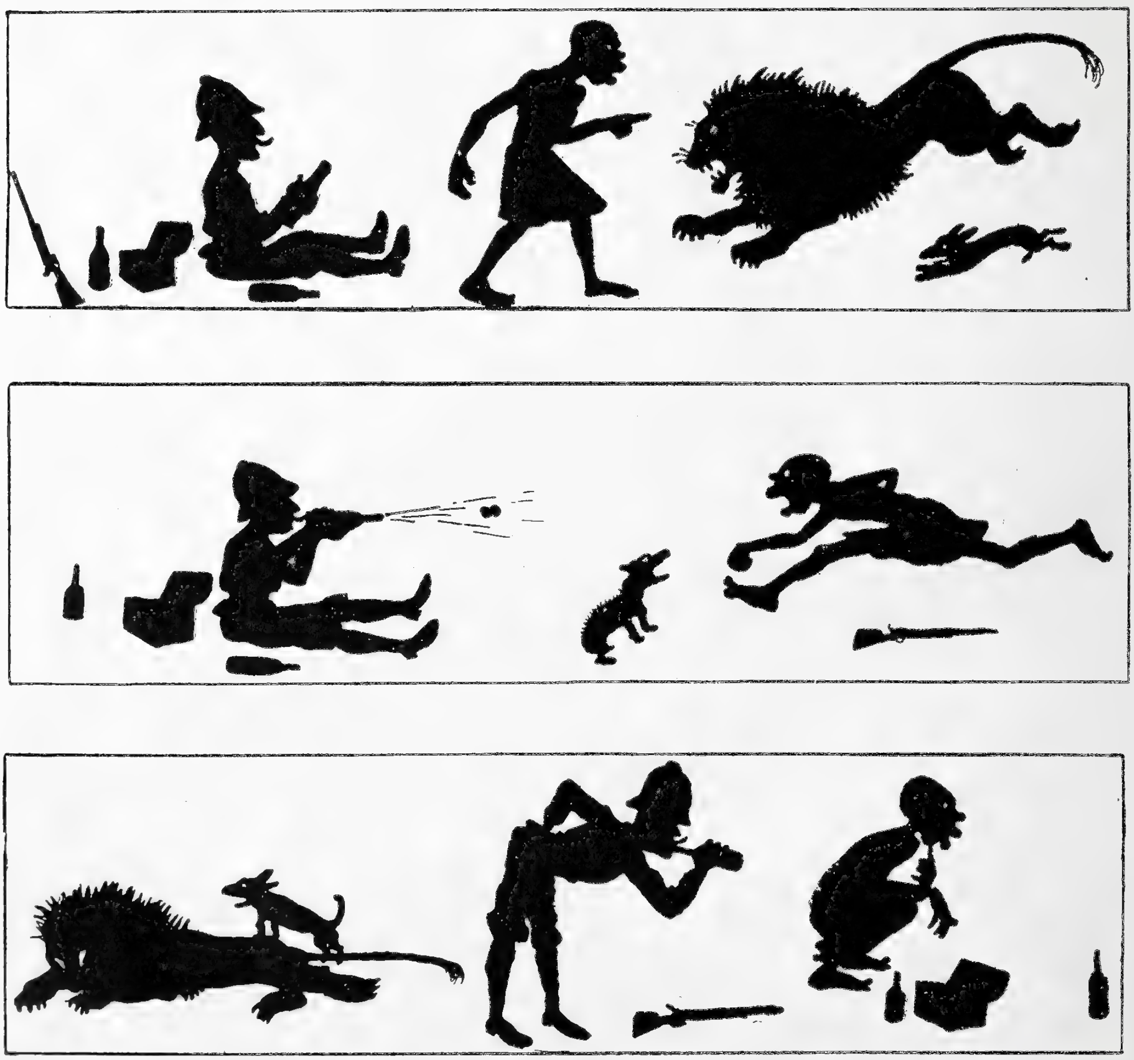
CONCURSOS INFANTILES

RECONSTITUCIÓN DE UNA HISTORIETA

Hemos puesto á prueba ya, con lisonjero éxito, la imaginación y las cualidades pictóricas de nuestros pequeños lectores.

Hoy vamos á proponerles un asunto para el cual se requiere, además, cierta picardía.

Se trata de formar, con las figuras contenidas en esas tres tiras, una historieta cómica y semi-



salvaje, que tal vez no hará reir mucho á quien trate de interpretarla, pero de seguro le hará cavilar bastante.

¿Qué les pasa á ese explorador, á ese negro, á ese león y á ese perrito?

El niño que sepa disponer las figuras, calcándolas cuidadosamente y colocándolas según está concebida y ejecutada la historieta, sin salirse de los tres cuadriláteros indicados y acompañando á cada uno de ellos una explicación en dos líneas todo lo más, recibirá como premio un hermoso juguete, cuyo valor no sea inferior á cincuenta pesetas.

Las soluciones deberán remitirse á esta Redacción, Serrano, 55, Madrid, hasta el día 12 de Julio próximo.

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 2 Julio 1904. N.º 687



EL PADRE LAGARTO

Conocidísimo es de todos los aficionados al arte arquitectónico y de muchisímos turistas y viajeros el convento de San Miguel de los Angeles, en tierra de Barros, en Extremadura. No existe en España muestra más bella del estilo latino-bizantino, más vulgarmente conocido por románico. El ábside de la iglesia y su portada lateral, á la que se llega pasando un atrio que resguarda un muro coronado por doble fila de leones, harpías y bichos fantásticos, son, según doctísimos dictámenes académicos, de lo mejor que se hizo en el siglo XI. Pasado el pórtico, no se entra derechamente en la iglesia, cual suele suceder en otros templos, sino en un portalón ó zaguán con las paredes encaladas del todo, salvo que recientemente los jalbegues han respetado el bellísimo arco escarzano que da paso al interior de la basílica. Sobre este arco, de hondo y complicado intradós, que parece ir sumergiéndose en tierra como boca de mina, suelen los curiosos reparar en la forma negra de un objeto vago, viejísimo allí; algunos piden explicaciones; otros, los más prácticos, piden una escalera, y al subir por ella y ver de cerca el objeto se convencen de que es la piel de un enorme caimán de la especie *alligator lucius*, de Cuvier; es decir, no un caimán disecado y relleno de paja, sino amojamado, reseco ó cecial. Acercándose bien, se le ven los dientes de abajo encajados en la mandíbula superior, con lo cual, quien sepa dos jemes de Zoología, desde luego certifica que se trata de un caimán americano de Florida ó de Luisiana y no de un cocodrilo egipcio.

Si al visitante acompaña cierto sabio arqueólogo que suele andar por aquellas tierras hambriento de cazar infelices turistas á quienes hacer víctimas de su ciencia, no dejará de decir que aquel caimán fué enviado como presente gratulatorio al convento de franciscanos por uno de los acompañantes del Adelantado Hernando de Soto, si es que no fué por el Adelantado mismo, desde las orillas del río que los indios llamaron Meschabecé y hoy denominamos Mississipí. Pero si el viajero es hombre de escasa fe humana y concede más asenso á los dichos de los pastores y de las viejas que á las opiniones de los sabios, de seguro que prestará oídos á otra leyenda que por aquellos lugares se conserva respecto de la procedencia é historia del caimán, que no es caimán, según las viejas y los pastores, sino un lagarto, un lagarto que mide cuatro varas muy cumplidas desde la punta del hocico al extremo de la cola.

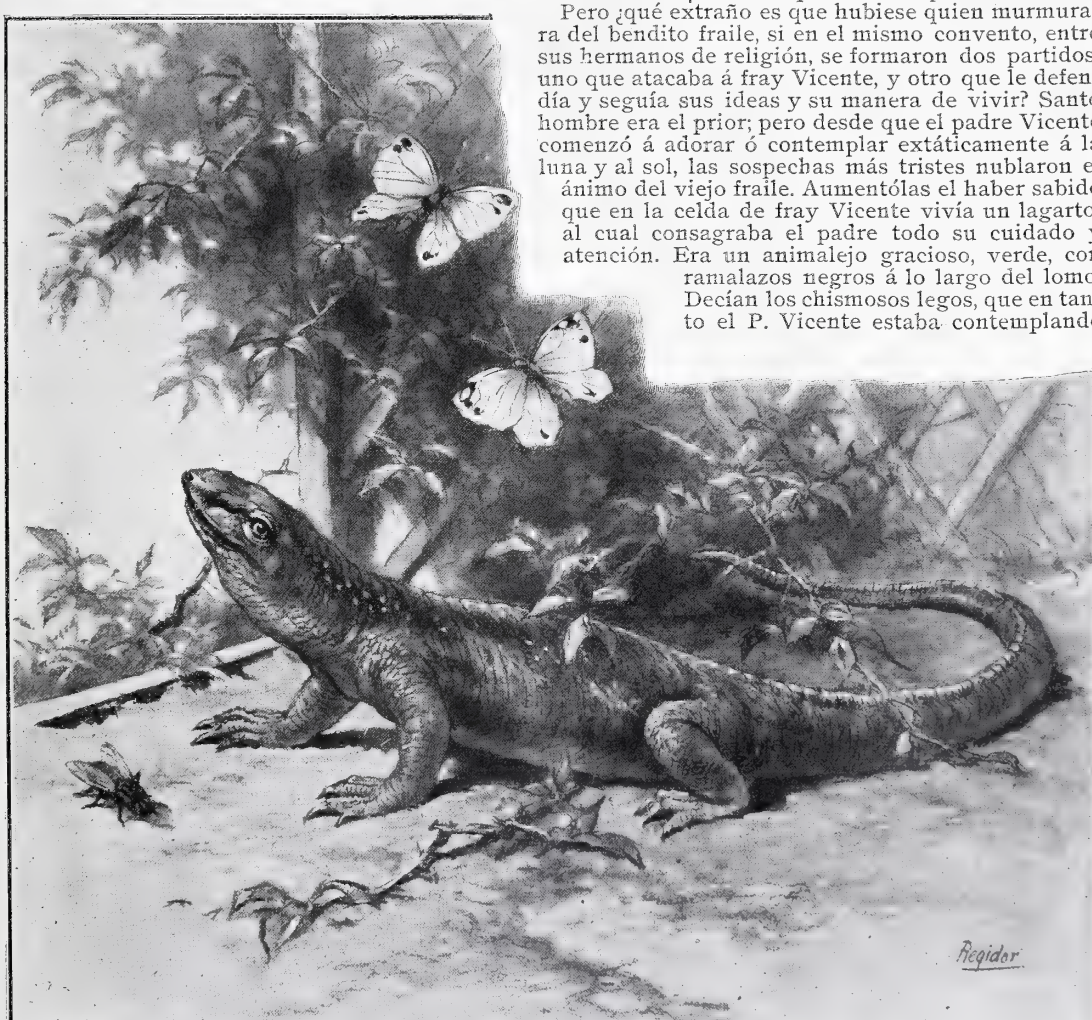
Y la historia es como sigue:

Allá, hace muchos años, mucho después de la guerra contra moros, pero mucho antes de la guerra contra franceses, hubo en el convento de San Miguel de los Angeles un santísimo fraile valenciano, llamado fray Vicente Manés, famoso por las mortificaciones y penitencias crueles que se imponía. El olor de su santidad se extendía por toda Extremadura y aun llegaba á los reinos de Castilla y de Portugal. Muy grande era también la fama de su sabiduría. Decíase que de Francia y de Italia y hasta de las tierras de herejes luteranos habían venido los doctores más bárbaramente sabios en punto á Teología y otras ciencias eclesiásticas para conferir y disputar con fray Vicente, y que todos ellos ha-

bían salido pasmados haciéndose lenguas de la inagotable erudición y del persuasivo razonar del buen padre. Contábase que en cierta ocasión un gran señor francés, tachado de hugonote, vino á Villafranca de los Barros, seguido de lujosísimo cortejo de sumilleres, edecanes y lacayos y llevado en magnífica litera incrustada de oro, porque el buen señor estaba tan obeso que no podía resistir la fatiga del cabalgar, ni casi andar á pie. Corrió la voz de que á aquel hombre le dominaba la gula, y es lo cierto que fuesen él ó todos los de su séquito los glotones, su paso aclaró considerablemente los nutridos gallineros de Villafranca de los Barros. Viéronle ir en litera hasta el convento, entrar trabajosamente en él, apoyado en un recio ayuda de cámara bretón; al pobre señor, tres papadas rojas le colgaban sobre el pecho como las carúnculas de un pavo, y por detrás el pestorejo le sobresalía media cuarta por cima de la gorguera. ¡Cuál no sería la elocuencia de fray Vicente Manés, que al salir de una disputa teológica con él, la cual duró catorce horas, el gordísimo señor hugonote había perdido sus tres papadas, toda la ropa le venía ancha y saltaba de gozo y de ligereza, y suelto como un chiquillo recorrió el ámbito de la iglesia andando de rodillas y haciendo extremadas genuflexiones ante cada uno de los altares! Después de lo cual se volvió á su tierra más católico que la patena del Santísimo Padre.

Cuéntase este milagro para mostrar si andaba ó no en lo cierto la voz pública al decir que el buen P. Vicente Manés no comía ni dormía. Y á la verdad que en cuanto al dormir, los novicios y legos del convento contaban haberle visto muchas noches de codos en la ventana de su celda contemplando, inmóvil y extasiado, el disco de la luna horas y más horas, cual si quisiera *alunarse* como las mozuelas enamoradas, y notábasele en el rostro un reflejo plateado y melancólico que no á otra causa podía atribuirse. En cambio, otras veces, en primavera y verano, pasaba también el día entero en la misma postura mirando al sol, ni más ni menos que las tortas de los girasoles que había en la huerta; y nadie se explicaba cómo era posible, de no ser cosa de milagro, estarse quince ó dieciséis horas con los ojos abiertos frente por frente á aquella espantosa luminaria que es el sol de Extremadura en verano, que hay pocos, aun entre los más mozos, que puedan resistirle cara á cara arriba de un minuto ó dos. Por eso algunos malos descreídos, que nunca faltan, le habían puesto al santísimo fraile el remoquete de *el Padre Lagarto*; y á veces, sin duda, por los ayunos ó quizás porque entre las fieras mortificaciones con que se castigaba estuviese también la de herirse y macerarse el rostro, lo cierto es que su cara parecía verde como la cabeza de uno de esos buenos animalicos, á quienes las mujeres tienen miedo, porque las mujeres nunca temen á la maldad verdadera y se asustan de un ratón ó de una lagartija y no se asustan de... ¡Dios me perdone lo que iba á decir!

Pero ¿qué extraño es que hubiese quien murmurara del bendito fraile, si en el mismo convento, entre sus hermanos de religión, se formaron dos partidos: uno que atacaba á fray Vicente, y otro que le defendía y seguía sus ideas y su manera de vivir? Santo hombre era el prior; pero desde que el padre Vicente comenzó á adorar ó contemplar extáticamente á la luna y al sol, las sospechas más tristes nublaron el ánimo del viejo fraile. Aumentólas el haber sabido que en la celda de fray Vicente vivía un lagarto, al cual consagraba el padre todo su cuidado y atención. Era un animalejo gracioso, verde, con ramalazos negros á lo largo del lomo. Decían los chismosos legos, que en tanto el P. Vicente estaba contemplando





al sol, el lagarto hacía lo mismo, tan embebecido y abismado, que por delante de él se paseaban los gusanillos y los moscardones albergados en un jazmín que orlaba la fenestra, y el lagarto, quieto como un cadáver. No comían ni el lagarto ni su protector y amigo; era cierto, indudable; no comían, y cada vez estaban más espiritados y macilentos. Los neófitos partidarios de fray Vicente decíanse unos á otros que el santo varón se mantenía de rayos de sol y de luna, alimento cuya eficacia desconocen los hombres *hylicos* ó materiales, pero que es el propio de los hombres espirituales y contemplativos, que han arrojado lejos de sí toda escoria humana. Una habladuría de éstas llegó á oídos del prior, y bastó para que sus sospechas se convirtieran en convicciones seguras. Era indubitable que el P. Manés, llevado de un excesivo desprecio á la carne, había incurrido en el detestable y nefando error de los maniqueos, del que en España quedaron raíces hondas y no muertas del todo desde los tiempos del activo heresiarca Prisciliano.

Esta persuasión llenó de abrumadora melancolía el ánimo del padre prior; pero fuerte en su fe, no vaciló ni un momento, y se decidió á proceder con la energía requerida por el caso. Reunió en cabildo secreto á todos los frailes no contaminados por el error, y hallábase ya resuelto á arrojar á los podridos miembros de la comunidad, cuando un suceso extraordinario é increíble sobrecogió al convento. Hallábase el P. Vicente, como de costumbre, engolfado en la contemplación del sol una tarde abrasadora de Julio, cuando el lagarto, que también miraba al astro del día, comenzó súbita y prodigiosamente á crecer, á crecer, hasta ser como un perro, y luego hasta ser como un caimán de horrorosa catadura.

Mudo y paralizado por el terror, fray Vicente Manés vió cómo la espantosa fiera contra él se revolvía, y le fascinaba con sus ojos terribles, y le clavaba las garras y, en fin, le hincaba en el cuello ambas hileras de dientes.

El cadáver, trémulo y cálido aún, del fraile quedó en la celda, y zafándose de ella el monstruoso saurio fué penetrando rápido, espumajeante, lanzando fieros rugidos y dando terribles coletazos, en las demás celdas de los siete ú ocho frailes catequizados por el herético fray Vicente. El espanto y el pánico dominó á los frailes, que locos de miedo huían por los claustros, mientras el temeroso animal, ensangrentadas las fauces, llameantes los ojos, se enseñoreaba del patio del convento, lanzaba inauditos rugidos...

Entonces ocurrió una cosa sublime. Mientras los aterrorizados monjes se apiñaban y acurrucaban contra las arcaturas del claustro, haciendo por ocultarse, el anciano prior, revestido de pontifical, en la mano el santo hisopo, avanzó solo, impávido, resuelto, por el jardín, cara á cara de la fiera, diciendo, mientras trazaba en el aire cruces de agua bendita: «Yo te conjuro, espíritu maldito; yo te conjuro, endemoniado persa; yo te conjuro, Manés, que habitas en el cuerpo de esa bestia...» Y no había pronunciado tres veces la palabra *anathema*, cuando el caimán quedó muerto, inmóvil, cual si de piedra fuese. Acercáronsele, aún temblorosos y jadeantes, los monjes, y por mandato del prior le clavaron, como clavan los chicos á un murciélago, en la pared del pórtico. Y allí está para escarmiento de herejes y edificación universal.

LEMA: HOMAIS

DIBUJOS DE REGIDOR

(NÚMERO 17 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



ROJO Y BLANCO

—Rojos son tus claveles,
 roja tu cara;
rojo me tienes, niña,
 con tus palabras.
 Anda con ojo,
no juegues con el fuego,
 que ya está rojo.
—Tienes blanca la blusa,
 blancas las manos,
y me ha dicho mi novio
 que eres «un blanco».
 Anda, patoso;
que con el color blanco
 no casa el rojo.

L. F.

DIBUJO DE ANDRADE



LA ESCUELA FRANCESA EN TÁNGER. LOS PROFESORES Y LOS ALUMNOS



MADAMA SAINT-RENÉ TAILLANDIER INSPECCIONANDO UNA CLASE

La europeización de Marruecos

TANTO hemos repetido los españoles la archisobada frase de que nuestro porvenir está en Africa, y principalmente en Marruecos, que, si Dios no lo remedia, vamos á quedarnos sin Marruecos y sin porvenir, mientras se aprovechan del imperio árabe de Occidente otros que, sin hacer frases, andan mucho más listos que nosotros.

Nos ha sugerido esta amarga reflexión el contemplar unas cuantas fotografías que, por si acaso tuvieran alguna eficacia en el ánimo de los sietedurmientes que nos gobiernan y legislan, vamos á publicar.

*
* *

La Legación francesa en Tánger era hasta hace poco lo que suelen ser estas mansiones diplomáticas en los países exóticos: principalmente un centro administrativo, donde se hacía, naturalmente, política de atracción en armonía con los intereses de Francia. El ministro de Francia, por lo general, era soltero, ó no llevaba consigo á su familia por miedo á la escasez de seguridad personal. Y donde no hay mujeres no hay amor, ternura, solicitud caritativa. Un Estado europeo considerado en su representación masculina, no es capaz de inspirar simpatías á gente tan rutinaria y aferrada á sus vejeces como los moros.

Cuando llegó á Tánger el actual ministro francés Mr. Saint-René Taillandier, hijo, según creemos, del famoso crítico y académico, autor del precioso libro *Correspondencia entre Goethe y Schiller*, la decoración varió por



MADAME TAILLANDIER
VOLVIENDO DE LA ESCUELA ÁRABE



SALA DEL CORÁN — Fots. Chusseau-Flaviens

completo. Mr. Saint-René Taillandier está casado con una bella, distinguida y cultísima dama, sobrina del insigne Taine. La señora de Saint-René Taillandier no tardó en convertir la Legación francesa de Tánger en un centro de atracción, no sólo para todos los europeos residentes en la hermosa ciudad marroquí, sino también para los naturales. Ella es el alma de tres instituciones francesas admirables creadas allí: un hospital, un dispensario ó asilo y una escuela de niños. Este último establecimiento, sobre todo, ha de hacer, está haciendo ya, más por la influencia francesa en Marruecos que todos los tratos y combinaciones de la política y la diplomacia. En la escuela francesa de Tánger se enseña á los niños marroquíes á leer y hablar en francés; respetando cuidadosamente sus creencias, se les da una clase de lectura del Corán en francés; se les educa en el amor á Francia; se les otorgan premios prácticos y útiles; se les encariña con la cultura europea, dirigiendo suavemente sus buenas inclinanes. La señora de Saint-René Taillandier asiste con frecuencia á las clases; halaga á los pequeñuelos árabes y riffeños; les educa con el ejemplo de su corrección y dulzura.

Una labor muy semejante á ésta comenzó á practicar hace años en Marruecos un ilustre patriota español, el R. P. Lerchundi, cuya muerte fué fatal para la influencia española en aquel país.

Para continuar su magnífica obra, se está construyendo un Asilo-misión, escuela española y hospital, bajo la dirección del R. P. Cervera. Hoy día, la misión franciscana está muy mal instalada; pero como la colonia va aumentando, espérase del patriotismo español que contribuya á la realización completa de tan útil pensamiento. El edificio cuyo proyecto reproducimos, es obra del joven y reputado arquitecto D. Jesús Carrasco. La fachada, que da al Zoco grande, tiene 100 metros; el fondo, 150 metros; en el centro la iglesia, cuya cúpula medirá 50 metros de altura; en el ala derecha la misión, y en la izquierda el colegio español.

Los fondos para la construcción de este edificio, del que ya se ha acabado una parte, proceden de limosnas y donativos particulares



RESIDENCIA Y COLEGIO DE LA MISIÓN ESPAÑOLA EN TÁNGER

GITANILLA COMO YO
NO LA TIENES DE ENCONTRAR
AUNQUE GITANA SE VUELVA
TOÍTA LA CRISTIANDÁ



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR EDUARDO SÁNCHEZ SOLÁ

Crónica Gráfica



THÉRY, VENCEDOR EN LA CARRERA DE LA COPA GORDON BENNET
Photo Nouvelles

No hace muchos días dábamos en este mismo lugar cuenta de haberse verificado en Francia las carreras eliminatorias para elegir los tres corredores franceses que habían de presentarse al certamen preparado en Alemania con el fin de disputarse la llamada copa de Gordon Bennet, la cual, como recordarán nuestros lectores, no es copa ni nada semejante, sino una hermosa composición escultórica de plata, debida á un ilustre artista francés.

No podíamos prever nosotros, ni aun lo pensaban los más técnicos conocedores del automovilismo, que Théry, el mecánico francés vencedor en la carrera eliminatoria, lo fuese también en la carrera definitiva, sacando una considerable ventaja al austriaco Jenatzy, vencedor en las carreras del año pasado y poseedor de la copa.

El triunfo de Théry, con automóvil de la nueva marca Richard Brassier, es tanto más notable cuanto que sólo corría un automóvil de dicha casa frente á seis ó siete de la famosa marca Mercedes, que eran los favoritos.

Así se comprende la homérica expresión de victoria que llena la ancha cara de Théry en la fotografía que le representa en el momento del triunfo. Los franceses están locos de entusiasmo con este motivo.

Después de recoger las impresiones de tan interesante marcha, no será malo que demos un vistazo á Corea, donde siguen los japoneses y rusos batiendo el cobre.

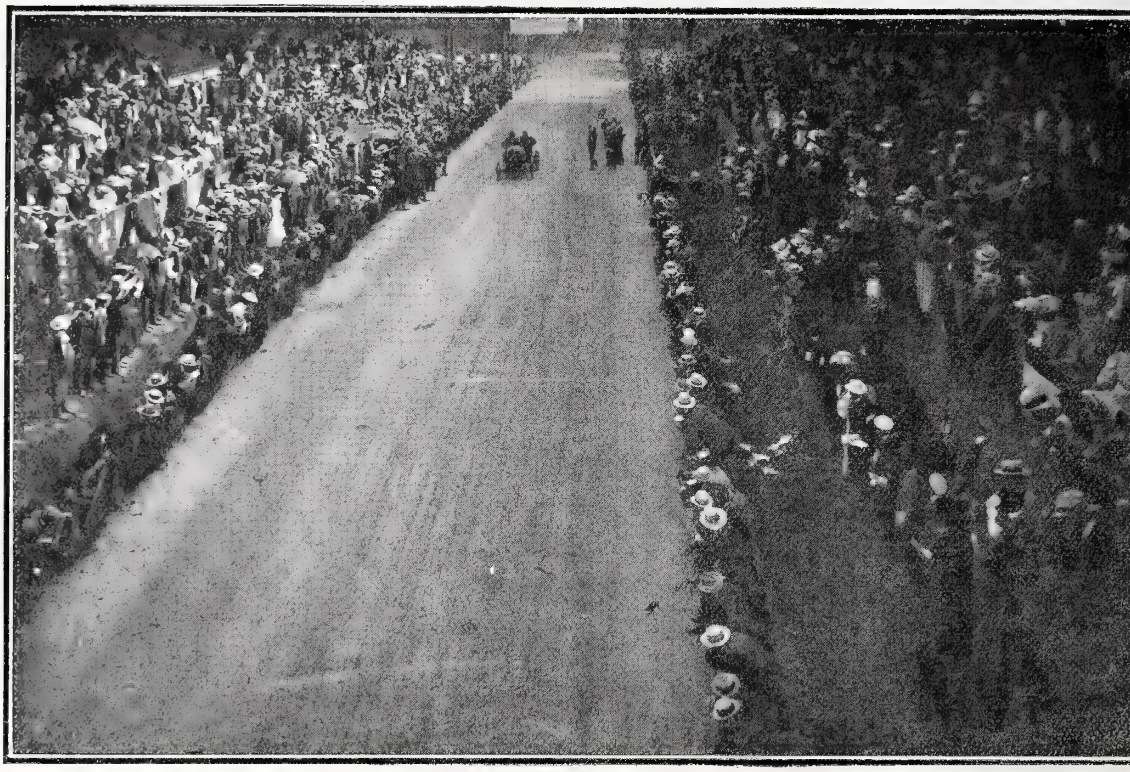
Nos parece curiosa, entre otras muchas vistas recibidas, la que representa el estado en que dejaron los rusos las fortificaciones de Antung al abandonar esta importante plaza retirándose á Liao-Yang, y cómo los japoneses aprovechan las obras realizadas por los enemigos.

Nota muy pintoresca es la que nos envían desde Onteniente reproduciendo la romería al santuario de Nuestra Señora del Castillo, en Agres, villa de la provincia de Alicante. A ella asistieron unos 35.000 romeros de los pueblos de Játiva, Beniganim, Montaberner, Albaida, Onteniente, Bocairente, Muro, Alfafara, Cocentaina, Alcoy, etc.

Para terminar, reproducimos un aspecto de la terrible catástrofe ocurrida entre Luco y Calamocha con motivo del descarrilamiento de un tren de viajeros, de los cuales han muerto cinco, quedando heridos gravemente otros muchos. Es seguro que nadie saldrá responsable de tamañas desgracias, y seguiremos viviendo de milagro.



THÉRY EN EL MOMENTO DE SALIR — Fot. Rol Tresca



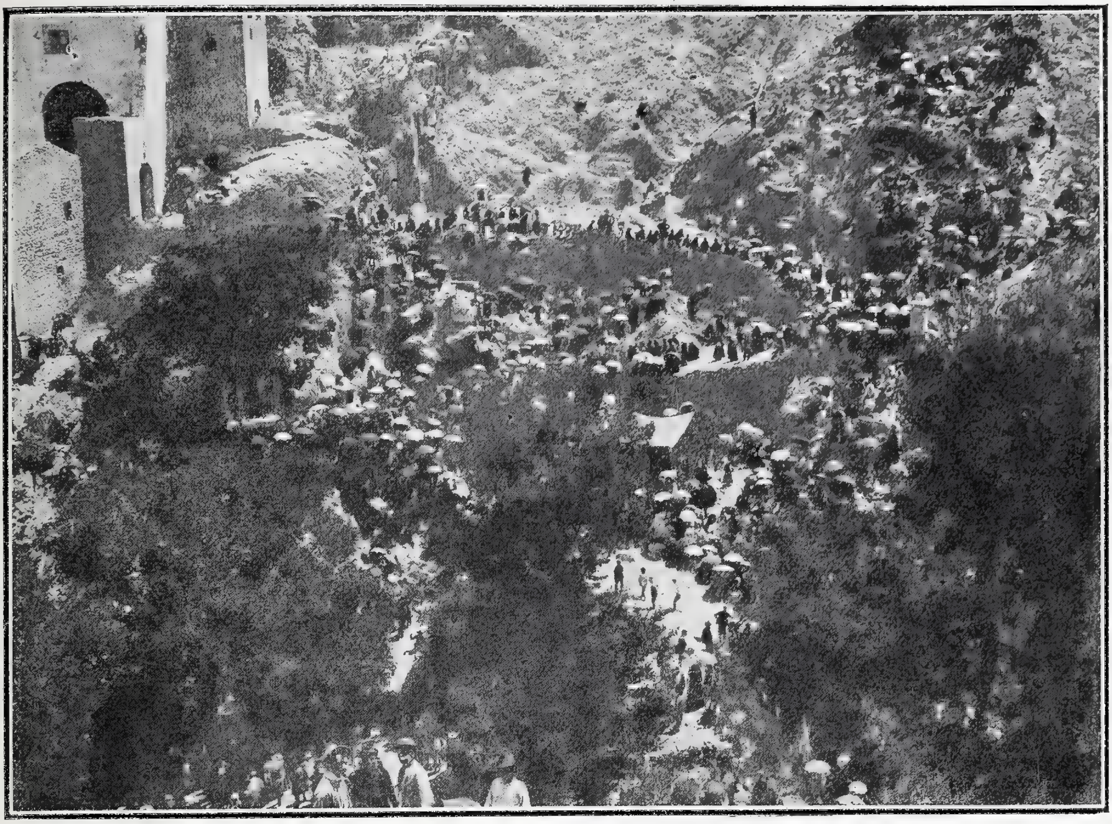
LA LLEGADA DE THERY A LA META

Fot. Berliner Illustration Gesellschaft



LAS MURALLAS DE ANTUNC OCUPADAS POR LOS JAPONESES

Photo Nouvelles



ROMERÍA AL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CASTILLO DE AGRES Fot. J. Pla



RESTOS DEL PUENTE DE ENTRAMBASAGUAS Y DEL TREN CORREO DESCARRILADO É INCENDIADO Fot. Asenjo



Primer premio. Segundo premio. Tercer premio.

LOS TRES SOMBREROS PREMIADOS EN NUESTRO CONCURSO

Fot. Baglietto

NUESTRO CONCURSO DE SOMBREROS DE SEÑORA

EL Jurado ha emitido el siguiente fallo:

«En Madrid á veinticuatro de Junio, reunidas en la casa de BLANCO Y NEGRO para dictar fallo en el Concurso de sombreros de verano organizado por la mencionada revista, y después de detenido examen de los treinta y dos sombreros expuestos, acordamos por unanimidad que deben otorgarse los premios á que se refiere la base 4.ª de la Convocatoria, en la forma siguiente:

Primer premio: al sombrero cuyo lema es *Angela*. Segundo premio: al sombrero señalado con el lema *Artista y no modista*. Tercer premio: al sombrero del lema *¿Te gusto?* Abiertos los sobres, resultaron ser autoras de dichos sombreros, por el orden indicado, las señoras Doña Angela Martínez, Doña Clara Verde y Doña Rosario Muñoz. Y para que conste á los efectos de la Convocatoria lo firmamos, fecha ut supra.—*Emilia Sánchez Guerra de Rodrigáñez. Elena Brunet de Rojo Arias. Rita Luque de A. de Estrada.*»

El primer sombrero premiado es de crespón blanco con la copa de capullos de rosa, adornado todo con grandes azabaches, dos hermosas amazonas negras y caídas de encaje negro también. El premiado en segundo lugar, de gasa plisse azul celeste, adornado con *bouquets* de lilas y rosas azules, un *esprit* blanco y una preciosa *voilette* en derredor del ala. Y el tercero, de crespón azul celeste adornado con una gran mariposa de lo mismo: copa y caída adornadas con incrustaciones de encaje crema.

Con arreglo á la base 6.ª de la Convocatoria, las expositoras pueden pasar á recoger sus sombreros de nueve á doce de la mañana y de dos á seis de la tarde, en la casa de BLANCO Y NEGRO.



SEÑORAS DEL JURADO REUNIDAS EXAMINANDO LA EXPOSICIÓN DE SOMBREROS

EL CANTO DEL RUISEÑOR,
POR EMILIO SALA



LOS ENAMORADOS

Celina va á la fuente,
reposado el andar, alta la frente,
sonriendo con mueca deliciosa...

Celina es rubia, tímida y graciosa:
tiene cara infantil, manos de niña,
armónico perfil y ojos dormidos:
tiene su boca el dulce de la piña,
suena su voz con lánguidos sonidos.

El pañuelo que lleva á la cabeza
sirve de marco al rostro y lo aureola
con círculo de gracia y de pureza
de expresión española.
Tiemblan sobre el corpiño suavemente,
movidas por el céfiro silente,
las puntas del pañuelo de colores
que al rostro dan su alegre colorido.
La falda, recogida en un prendido,
deja ver de los pies, esbeltas flores,
el nacimiento, que süave arranca
con corrección de poesía llena,
y en sus brazos desnudos, brilla blanca
la carne de azucena.

Celina va á la fuente,
reposado el andar, alta la frente...
Lleva al hombro un listón que se cimbrea
y á cada extremo de él se balancea
un blanco cantarillo...
Es media tarde.
Hace calor: en los espacios arde
resplandeciente el sol. La calle invita,
de sombra de sus árboles cubierta,
al sueño que en la atmósfera palpita.

Sentadas á la puerta,
varias comadres cosen..
Juan, el rudo
pescador, el que lucha con la muerte,
paladín sin escudo,
juguete de la suerte;
Juan, que á la puerta de su pobre casa
unas redes repasa,
ve á Celina y suspende su tarea.
Ella ve á Juan... La misma dulce idea
brilla en sus ojos con rubor amante:
las miradas se encuentran, y un instante
se enlazan y se besan,
y una misma emoción las dos expresan.
Las comadres sonríen... Juan, turbado,
cree que muere la luz, siente tristeza,
y viendo huir la vida de su lado
alarga la cabeza
para verla alejarse...
Ella, inocente
del ajeno dolor, leal y esquiva,
reposado el andar, baja la frente,
prosigue su camino pensativa...

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJO DE ALBERTI



CHASCARRILLOS MILITARES, POR MELITÓN GONZÁLEZ



—¿Cuántos duermen en este dormitorio?
—Naide; no se pué parar de chinches.



—¿Qué tratamiento tengo yo?
—Usía,
—¿Y tú?
—Sigún; las presonas finas me dicen de usté.



—Abres el cajón de la mesa y sacas un puro.
—Gracias, mi tiniente, pero no fumo.
—Si es para mí, zángano.



—El que en la milicia se emborracha por primera vez, ¿qué pena tiene?
—Denguna; lo que hace es alegrase.



—¿A qué enfermo hay que ponerle la cantárida, al 3, que tiene viruela, ó al 22, que está constipado?
—No recuerdo; ponles la mitad á cada uno, por si acaso.



—¿Qué tiene el rancho?
—Carne con patatas.
—¿Carne? ¿Dónde está?
—Debajo de aquella patatica de la izquierda.

APROVECHANDO LA BAJAMAR,
POR SERAFÍN AVENDAÑO



ORO VIEJO



A una dama que le envio
cierta fruta y unos guantes.

Vuesa merced lo miró
como discreta y astuta,
pues de guantes proveyó
porque mereciese yo
tocar con ellos tal fruta.
Merced que tan alto toca
deja mis dedos ufanos;
necesidad, y no poca,
tiene de dulce mi boca
y de blandura mis manos.

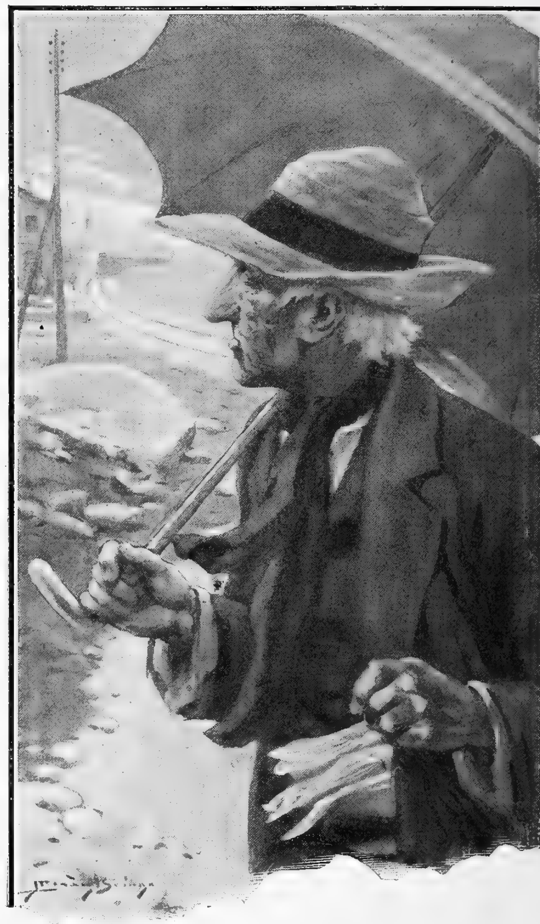
Cristóbal de Castillejo.

DIBUJO DE ESTEVAN

EL RAPOSIN

A las horas de tren, sobre la batahola apresurada de los viajeros, flotaba siempre su voz tremante pregonando «*El Correo... La Opinión...* el *Heraldo...* ¿Quién lo quiere?... ¡Que buena prova y buen provecho le...»

Era un viejecito menudo, flaco, vivaz. Aguda inteligencia retozaba en sus ojuelos. En el pardo oleaje del rostro arrugado vagaba una brisa entre socarrona y amarga, dándole movilidad y expresión. No tenía las facciones secas, acartonadas y sarmentosas como otros viejos, sino blandas, aunque enjutas, llenas de jugo, dóciles al gesto: la barba prominente y rotunda, purpúreos los labios, la nariz recia y borbónica, descarnadas las mejillas, morena y rojiza la piel. Parecía una cabeza dibujada por Leonardo de Vinci. Vestía un traje de tela azul ultramar. Los zapatos eran de lona con punteras de badana, el sombrero de paja tostada. Por debajo de la faja, junto á la mano izquierda, llevaba los periódicos á guisa de espadín. El chaleco desabotonado por arriba descubría la camisa, muy blanca, y ésta á su vez la camiseta de color crudo. Era pulquérrimo. El mismo lavaba su ropa y encarecía con deleitación su aseo. Los días de lluvia calzaba las ferradas almadreñas y abría su enorme paraguas verde con franjas rojas y varillas doradas. Después de marchar el último tren, volvía á Cenciella por la vía de Langreo, canturreando entre dientes sus pesadumbres en un aire del país, melancólico y dolorido. Porque el *Raposín* arrastraba una vejez cargada de pesadumbres.



Vivía solo, en un vetusto caserón destartalado y ruinoso. No podría decirse si esquivaba á sus convencinos, ó ellos á él. Nunca había salido de Cenciella, y sin embargo, su vida estaba envuelta en sombras de misterio, en medrosas tenebrosidades. «El *Raposín*—decían los padres á los hijos sigilosamente, infundiéndoles temor—ha sido el más terrible bandolero de estos contornos». A seguida de llegar un forastero, D. Ataulfo, el párroco, le contaba la historia del forajido.

—Pero ¿es posible?—decía invariablemente el oyente, á guisa de comentario—un viejecito tan agradable, tan simpático, tan limpio...

—Pues ahí ve usted... Decir sus maldades sería el cuento de nunca acabar. Por lo común, ha elegido para sus tropelías á la gente de iglesia, curas, frailes, y demás. Cuando estaba en el palacio de Mierosas fray Angel Arenero dando fin á una obra de filosofía, presentóse una noche el *Raposín*, robóle setenta onzas de oro y le hizo tales amenazas, que el bendito padre nunca se atrevió á declarar en contra de él.

—Quizás no fuese el autor.

—¿Pues no había de ser, señor...? Dígame entonces: ¿de dónde iba á sacar, sino era de sus robos, los veinte mil duros que llegó á tener en una ocasión? Pero Dios castiga sin palo ni piedra. Al poco tiempo contrató los consumos de Siero y quedó sin un céntimo.

—¿Alguna vez se han podido probar sus fechorías?

—Eso nunca. Buen pez está. Siempre hacía la coartada. Tenía una yegüina alazana que bebía los vientos. Figúrese usted si será gandul, que su familia no quiere tratarlo á pesar de ir siempre él con hipocresías para vivir de guagua á su costa.

—Tiene familia, al parecer...

—Ya lo creo. Una hija y nietos ya mozos. Una de las nietas pronto se ha de casar. La que él más quiere.

Decir, todos decían que era un bandido, pero nadie podía afirmarlo á ciencia cierta. Iba en ocasiones por las tabernas y lagares. Sentábase aislado del bullicio, ante el jarro lleno de sidra, y dejaba correr las horas, mudo, con su eterna expresión entre amarga y socarrona. En un tiempo le azuzaban, le zaherían con bárbaras alusiones...

—Vamos, que la yegüina alazana...

—De buena libraste cuando las onzas del *flaire*...

—¿Pa qué te sirvieron los seis mil riales del párroco de Argüelles...?

El *Raposín* sonreía enigmáticamente. A veces daba flemáticas respuestas, que eran burlas llenas de ironía. Cuando las insinuaciones se concretaban, heridoras en su tosquedad, borrábase en el rostro del viejo la sonrisa, la barbeta le temblaba, las mejillas se le empalidecían.

—¡Dejadme! ¡dejadme! ¿Qué mal os hice? ¿Os he llevado algo?

Los labriegos murmuraban entre sí: «Es un viejo raposo. Nunca cantará. Es un viejo raposo.» De aquí su apodo rapaz.

Un día trataron de emborracharle. Lo consiguieron, pero no cantó.

—Habla, raposo viejo, habla.

—¡Dejadme! ¿Os he robado algo?

—Sí,—afirmó una voz.

El *Raposín* rompió su jarra en la cabeza del que había hablado, dió un salto hacia atrás, abrió su navaja, y esperó arrogante, firme. Seis mozos fornidos le acometieron con sendas armas, pero él, felino y ágil, huía el cuerpo evitando los golpes, atisbaba los descuidos, revolvíase rápido, tornábase amenazador ora á un costado, ora al otro. Al cabo de unos minutos tendió en tierra á un contrario. Los demás huyeron, y se decían en su fuga: «Es un criminal. Es un bandido. No hay más que verle.» Y no volvieron á molestarle. Desde entonces le rodeó sorda hostilidad por todas partes. Esto no le dolía al *Raposín*. Dolíale más el desamor de su familia.

La víspera de casarse su nieta, juntó sus ahorros para comprarla un corro de corales. Al ofrecérselo, suplicó con voz estremecida:

—¿Me dejarás entrar en tu casa? Soy un pobre viejo. Cumplo setenta y seis años pa Agosto.

La nieta se emocionó.



—Güelo: usté sabe de sobra que no puede ser. El pueblo dice...

—El pueblo... el pueblo... ¿Tú... haces caso de eso?

—No. Yo, no... Pero no llore usté.

En esto llegó el novio, un zapatero inconmovible y brutal.

—¿Qué haces ahí, *Raposín*? Hipócrita. Ya sé lo que quieres. No era mala ganga para ti. Nunca pondrás los pies en mi casa.

No se cumplió la profecía. El viejo gastaba todas sus ganancias en regalos para la nieta. El marido llegó á ablandarse; lo recibía de vez en cuando. Tuvieron un hijo. El *Raposín*, enternecido con su triple paternidad, ungió con lágrimas joviales á su biznieto. Quiso ser su padrino. El zapatero se enfureció, pero las dulces súplicas de la madre apaciguaron sus iras.

—Tienes que confesarte,—le dijo al abuelo.

—¡Me confesaré, me confesaré!

—¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?

El anciano no respondió. Estaba encarnado, mirando al suelo. En el bautizo estuvo á punto de perder el sentido. Temía que se deshiciese entre sus manos calludas y seniles la leve figurilla del recién nacido. Le pareció una atrocidad el acto de derramar agua fría sobre el cráneo tierno y untar de sal la boca en capullo. No atinaba á vocalizar las palabras simbólicas del rito romano, ni pudo percatarse, en su aturdimiento, de la inquietud de los monaguillos al acercarse á su ya legendario cuerpo de bandido y criminal.

—¿Sabes lo que se me ocurre?—dijo un día el zapatero á su mujer.—Que tu abuelo, con los años que tiene, va olvidando sus malas mañas. ¿Tú notas que te falte algo?

—Al contrario. Cuanto gana, tanto me da.

—Podíamos tenerlo en casa y que deje sus periódicos.

Eso no. Los periódicos nunca pudo dejarlos. A las horas de tren, entre la batahola apresurada de los viajeros, podía vérsele con su biznieto en brazos, protegiéndole los días lluviosos con el enorme paraguas verde con franjas bermellón y varillas doradas, gritando con voz cada día más tremante y cascada: «*El Correo... La Opinión...* ¿Quien lo quiere?»

Los labriegos de Cenciella decían al verlo: «Ese viejo raposo ya encontró lo que quería: vivir de guagua.»

Ramón PÉREZ DE AYALA

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

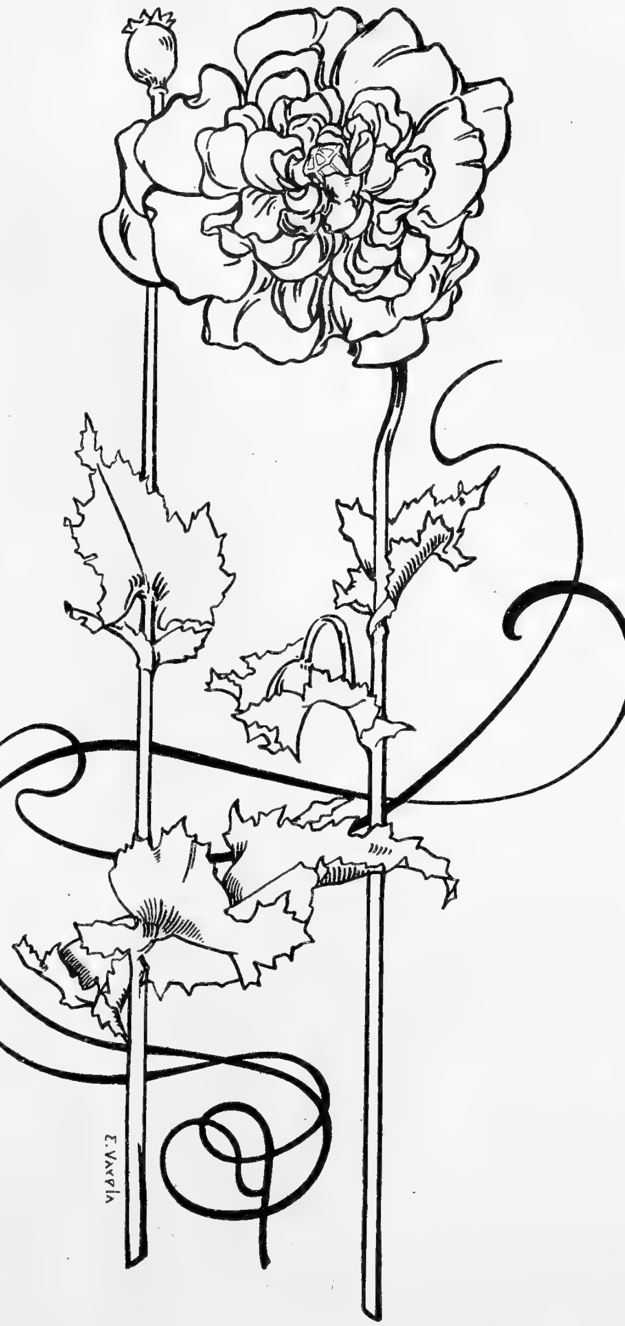


EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE CALLE. Modelo de la casa Drécoll, de París.
Es de seda color paja. Falda con volantes fruncidos. Cuerpo guarnecido de encaje de Malinas y muselina de seda paja.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



AMAPOLAS DOBLES

Año 14 Madrid, 9 Julio 1904. N.º 688



TEATRO DE LA VIDA

Casio ó la bondad

CUADRO PRIMERO. Á LA IDA

Personajes: D. PABLO RODRÍGUEZ LALÁN, *cincuenta años, viudo, rico.* CASIO, *hermoso perro danés, joven, gris claro.*

DON Pablo y su perro Casio salen á pasear. Son las cinco de la tarde de un magnífico día de Mayo. Casio baja la escalera á saltos y ladrando estrepitosamente. Tan pronto desciende tres peldaños de un salto, como los vuelve á recobrar para reunirse con su amo y expresarle las gracias por el paseo. Está como loco de júbilo.

El chico de la portera grita á su madre, que se halla trajinando en el fondo del patio:—¡Madre, ya va el señor del segundo á paseo con toda su familia!

LA PORTERA.—¡Calla, condenao!

D. PABLO *(que lo ha oído, y sonriendo tristemente.)*—Tiene razón, con toda mi familia.

Casio al llegar á la calle redobla sus ladridos alegres, que asustan á una niña, la cual vuelve del colegio con una cestita en la mano. El perro huele la cesta y sigue adelante, mientras la niña dice pálida de terror: «¡No hay nada! ¡no hay nada!»

D. Pablo y Casio se dirigen hacia el Prado.

D. PABLO.—¡Con toda mi familia! Ha acertado ese chicuelo. ¡Casio es el que más me quiere en este mundo! Yo también le quiero muchísimo; ¡es tan noble, tan alegre, tan cariñoso! ¡Y qué cosas me dice con la mirada, qué ojazos tan expresivos los suyos, cómo me comprende el pobre! Cuando estoy triste me harta de fiestas y caricias. Parece mentira que un perro... Yo tengo parientes muy cercanos que sólo vienen á verme cuando me necesitan para alguna cosa: una recomendación, un consejo, un apuro de dinero. Desde que murió la santa mujer, única ventura de mi vida, no tengo más que á Casio. ¿Y para qué más, después de todo?

Casio, que ha estado correteando de un lado á otro de la calle, deteniéndose alguna vez, preciso es decirlo, á olfatear donde no debía, ¡debilidades de la raza! se echa de pronto sobre D. Pablo dando alaridos de júbilo que parecen decir ¡qué alegre estoy! ¡cómo te agradezco este paseo! ¡qué tarde más hermosa! ¡qué amo tan bueno eres! ¡cuánto te quiero!

D. PABLO *(cariñosamente.)*—¡Quita, bruto!

Pasan con dirección al Prado por delante del Congreso. Casio huele las piedras de una esquina del edificio y ¡oh asombro! titubea un momento, pero sigue adelante. El palacio de la Representación Nacional no despierta en él deseos de ninguna especie. Al llegar á la plaza de Neptuno lanza de pronto un ladrido ronco de placer y sale disparado hacia la fuente. Ha visto un perro. Un perro mastín, pero de raza muy mezclada, desgreñado, grandote, sucio. Un perro golfo, de los que van á la busca por los basureros que rodean á Madrid. Casio se le planta delante, invitándolo á correr y á jugar. El perro golfo, sin hacerle caso, continúa su camino. Casio redobla su invitación, adoptando muy gallardas actitudes. El mastín, sin aflojar el paso, gruñe y le enseña los dientes. Casio le echa cariñosamente



las manazas encima como si le abrazara; el perro golfo se revuelve airado, se arroja sobre Casio y le muerde furiosamente en el cuello. Don Pablo se lanza á todo correr, y con el bastón en alto sobre el grupo de los dos perros, va pálido y echando lumbre por los ojos. Casio se queja, más que del dolor que le produce la mordedura, de la ingratitud de su colega. Este, al ver venir á D. Pablo, aprieta el paso y desaparece, volviendo de vez en cuando la cabeza entre asustado y amenazador. D. Pablo llega, coge á Casio, le examina la mordedura y exclama con ira: «¡Bien empleado te lo tienes, por estúpido! ¿Quién te manda á ti meterte con los demás perros?» Casio le mira tristemente, y D. Pablo, siempre de mal humor, le lleva á un aguaducho próximo, pide un vaso de agua, vierte en él unas gotas de aguardiente, y con su mismo pañuelo humedecido en el líquido, lava cuidadosamente la herida. No es nada, un rasguño. Casio soporta pacientemente la cura. D. Pablo se tranquiliza. Unos golfillos que han presenciado la operación cuchichean y se ríen. La dueña del aguaducho, después de ejercer de practicante, alaba la gallardía del perro y cobra caro. Uno de los golfillos se acerca al descuido, coge el vaso de agua con aguardiente que ha servido para la operación, y se lo bebe. La aguardentera lo nota y le increpa. Los golfos le responden llamándole cosas que no pueden escribirse. Ella le saluda con otras referentes á sus madres y aun á la integridad de sus propias personas, que tampoco pueden estamparse. D. Pablo y Casio emprenden la subida hacia el Retiro. D. Pablo siempre con el ceño fruncido, Casio marchando á su lado muy humilde, muy sumiso, muy formal, algo triste. Entran en el parque por el *Parterre*, ganan uno de los paseos laterales altos. D. Pablo se sienta en un banco de piedra y Casio en el suelo, frente á frente de su amo, y éste, sin desarrugar el entrecejo y con cierta dignidad amarga, dice:

D. PABLO.—Ahora [illegible]uemos nuestras cuentas, amigo Casio. Me has dado un verdadero disgusto. Nunca creí que un perro tan bueno y tan bien educado como tú se fuera á desafiar á los perros golfos, sucios y haraganes que pasan por la calle. ¿Que no fué desafío, sino, por el contrario, deseos de trabar amistad? Pues tampoco te vale la disculpa, aunque ella patentice tu candidez. La amistad, Casio, no existe entre los perros, como no existe entre los hombres; y sobre todo, nadie debe buscarla sino con sus iguales. Un perro bien criado y de tus condiciones, no puede ser amigo de un perrazo sin dueño y maloliente como el que te pegó el mordisco. ¿Me has visto á mí fraternizar con el carbonero ó con el pobre de la esquina? Demasiado sé que en los actuales tiempos se hace gala de cierta flojedad en este punto, bajo la influencia sin duda de esas teorías socialistas que tú no entiendes ni yo tampoco. *(En este momento pasa volando un mirlo, y á Casio, que ha escuchado atentamente y fija la vista en su amo las anteriores palabras, se le van los ojos tras el volátil, con lo que pierde sin duda el hilo del discurso.)* Pero entiéndaslas ó no, me parece que van produciendo grave daño, porque en nuestra sociedad nadie está ya en su puesto. ¡Ni los perros siquiera! Aprende con lo que hoy te ha sucedido á no solicitar el trato más que de tus iguales. Rehuye cuanto puedas la comunicación con los demás; ni para bien ni para mal los busques; y si acaso ellos te buscaran á ti, rehúsales suavemente tu amistad, si suavemente te la solicitan; pero si te insultan, te ofenden ó te amenazan, desprecia dignamente sus amenazas y sus ladridos, sin contestar á aquéllas ni á éstos; reflexiona que proceden de gente ineducada, zafia y de baja extracción social; envuélvete en un digno silencio, y pasa. *(Casio, comprendiendo que ha concluído el sermón, se levanta y echa sus manazas cariñosamente encima de su amo, como asegurándole que obedecerá escrupulosamente sus mandatos. Don Pablo desarruga el ceño, sonríe y exclama):* ¡Ahora á correr, á jugar! *(El perro pega un salto de alegría y se lanza en busca de los mirlos, mientras su dueño le dice):* ¡Pero que no se te olvide el sermón!

Pasean ambos por el Retiro disfrutando de aquella magnífica tarde.



CUADRO SEGUNDO

EL REGRESO

Comienza ya á anochecer. D. Pablo y Casio salen del Retiro por la puerta de la Independencia y bajan por la calle de Alcalá. Casio encuentra de vez en cuando un perro; se planta á mirarle; mira después á su amo; se acuerda del sermón, y sigue adelante. Al llegar ante la verja del ministerio de la Guerra, la gente que vuelve de la Castellana se apelotona y el tránsito se hace difícil. De pronto, y entre aquel enjambre, D. Pablo, obligado por los empujones, tropieza con un individuo mal encarado, de tipo como de tratante ó de chulo de casa de juego, y le pisa. El hombre lanza una interjección é insulta gravemente á D. Pablo, que articulaba ya sus excusas. El dueño de Casio palidece de ira y contesta con voz ronca á los insultos. El otro alza un grueso bastón con barra de hierro por dentro, y golpea en la cabeza á D. Pablo. Rueda el sombrero de éste; saltan algunas gotas de sangre. La gente se arremolina é interviene sujetando al agresor. La escena es tan rápida, que Casio, perdido entre el gentío, apenas se da cuenta de ella. Llegan unos guardias, y al ver la frente de D. Pablo cubierta de sangre, conducen á éste á la Casa de Socorro. Casio va con ellos mirando tristemente á su amo; en sus ojos se reflejan una inquietud y un dolor indecibles. Una vez en la Casa de Socorro, se sienta D. Pablo en una butaca, y el médico le reconoce la herida; es bastante extensa, pero no profunda; tan poco importante casi como la mordedura de Casio. D. Pablo está muy pálido; el médico le anima mientras le cura; Casio le lame la mano silenciosamente. Terminada la cura, y ya vendado según arte, D. Pablo envía á buscar un coche de punto que le conduzca á su casa. Suben amo y perro al carruaje, y apenas arranca el vehículo, Casio se lanza sobre D. Pablo, le abraza, le besa, le lame, le acaricia, le estruja con un desbordamiento de cariño infinito. «¡Basta, basta, loco!» le dice cariñosamente D. Pablo; y Casio, dando aullidos nerviosos, torna á besarle, á lamerle, á acariciarle, á abrazarle, sin acordarse un momento del sermón del Retiro, de aquel sermón que le echó su dueño y que con tanta justicia le podía devolver. Pero ¡quiá! el noble, el bondadoso perrazo no se acuerda de tal cosa. No sabe reñir, sino besar, abrazar, acariciar, querer, querer siempre. ¡Qué había de decirle él á su amo herido, con cierta dignidad amarga: «Ahora echemos nuestras cuentas, amigo D. Pablo»! Le besa, le acaricia, le abraza, le lame, con el alma en los ojos, en la húmeda bocaza, en las nerviosas patas, en todo el cuerpo estremecido por una vibración poderosa de cariño. Y así llegan á su casa: el perro sin hartarse de acariciar á su amo, y éste diciéndole casi con lágrimas de ternura y gratitud: «¡Basta, basta, loco!»

Los dos heridos, los dos desengañados de los canes y de los hombres, pero más generoso, más noble y más *humano* el perro; y por eso se titula este sencillo «Teatro de la vida» *Casio ó la bondad.*

José de ROURE

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

HASTA AL AGUA QUE BEBES
LA TENGO ENVIDIA.
¡MIRA SI TENDRÉ CELOS
DE QUIEN TE MIRA!



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR FERNANDO ALBERTI



NOMBRES DEL SANTORAL

Mi querido Pérez Zúñiga: Conozco el papelito enviado por tu cocinera á la jueza de Valdecalostros, del cual sólo leiste lo escrito por un lado; en el reverso estaba la continuación con otros cuarenta nombres dispuestos así:

BEN Y TOMA TE O COL O MAMAME SOPAS CON CHAVITO. VEN TU RANA TIMAR TABAS I LIO, I SÁBELO DON TANCREDO. SALVADO RAE; LA DIÓ ESTE BANCO; LA SALÓ PELUCAS; DORA MARCOS; LUCIA BARBA RASA; BASCAS TOSEN EN ROMANONES I MOCA I OLE; TOCAN DEL ARIA; ESTRELLAROS EN DOMAR CELO; EL ENANICO LA SANA; SAL VINAGRE

GORIA

Tuve ocasión de leer ese papelito, porque el juez y la jueza me lo remitieron, nombrándome padrino de lo que venga, y dejando el nombre de pila á mi elección.

Acepté el apadrinamiento, pero me negué á elegir nombre alguno, limitándome á indicarles la conveniencia de que éste tenga alguna relación con la profesión de los padres ó con las condiciones que del recién nacido se deseen.

En la casa que habito tenemos ejemplos dignos de seguirse:

Planta baja (farmacia).—El farmacéutico se llama Frasquito. Sus hijos tienen nombres de cuerpos simples de la química: Protasio, Podio, Arsenio, Amonio, Cromacio, Siricio, Aureo, Porfirio, Selesio y Glicerio. Sus hijas, Salvia, Luisa y Valeriana.

Relojería.—El relojero, Horacio; su mujer, Orencia. Cuando los relojes de la tienda dan las doce, los padres se asoman á la puerta de la calle y llaman á los niños: ¡Valentín, Valentín! ¡Crispín, Crispín! ¡Martín, Martín! ¡Quintín, Quintín!

Lampistería.—El amo, Luciano; su mujer, Iluminada; los hijos, Luz, Lucía y Lucio.

Tienda de ultramarinos.—El dueño, Fortunato; su mujer, Romana; los chicos, Fortunio, Próspero y Abundio.

Tienda de vinos.—El tendero, Bautista; su mujer, Marina. Han tenido dos hijos: uno se llama Nilo; el otro se les ahogó.

Entresuelo derecha.—Un pianista llamado Ulpiano; su mujer, Tecla; sus tres hijas, Sol, Fe, O.

Entresuelo izquierda.—Un matador de toros que tiene dos hijos: Toribio y Cornelio; y dos hijas: Lidia y Verónica.

Principal derecha.—Una familia tan elegante, que sus nombres son: Mimí, Chichí, Fifí, Zazá y Totó. Unicamente tienen nombre de persona el gato, que se llama Eduardo, y el loro, Pascual.

Principal izquierda.—Un coronel llamado Marcial; su señora, Victoria; sus hijos, Victorino, Valentín y Valente.

Segundo derecha.—Un juez, D. Justo; su mujer, Severina; sus hijos, Severiano, Justino, Zita y Firma.

Segundo izquierda.—El empresario del teatro Real; su prole se llama Fausto, Lucía, Roberto y Marta.

Tercero derecha.—Un médico especialista en obstetricia. Ha bautizado á sus tres hijas: Cinta, Dolores y Librada.

Tercero izquierda.—Un profesor de aritmética, don Metodio. Ha tenido varios hijos por el orden siguiente: Primo, Segundo, Trini, Cuartila, Quinto, Sixto y Octavio. El séptimo se desgració.

Buhardilla derecha.—Un maestro de escuela, don Escolástico; su mujer, Nicena; han tenido cuidado de escoger para sus hijas nombres que ayuden á la enseñanza del abecedario: A-manda, B-ata, C-nobia, D-lia, E-lisa, etc.

Buhardilla izquierda.—Un republicano exaltado; se llama Basilisco; su mujer, Patricia; sus hijos, Liberata, Desiderata, Restituta, Gordiana.

Lo cual, traducido por el padre, quiere decir:

«La libertad deseada será restituída cuando se arme la gorda.»

Ya ven, pues, el juez y la jueza cómo con el Santoral pueden hacer que su vástago sea Amador ó Casto, Honesto ó Tranquilino; Urbano ó Rústico y hasta Silvestre; Marino, Senador, Palatino, Sereno, General ó Peregrino; Largo ó Inocente; Novato ó Primitivo; Maura ó Salvador; Blanca, Bruna ó Rogelia; Fortunato y Magno ó Modesto y Paciente; León, Delfín, Carpa, Focas, Ositas, Lupo ó Porcario; Clara, Digna, Serena, Pomposa, Generosa ó Reparada; Franco, Benigno, Plácido ó Perfecto; Crédulo, Cándido, Pánfilo ó Simplicio.

Si les gustan los superlativos, les recomiendo: Urcísimo, Onésimo y Felicísimo.

Si los diminutivos, Quirico, Nonito y Tito.

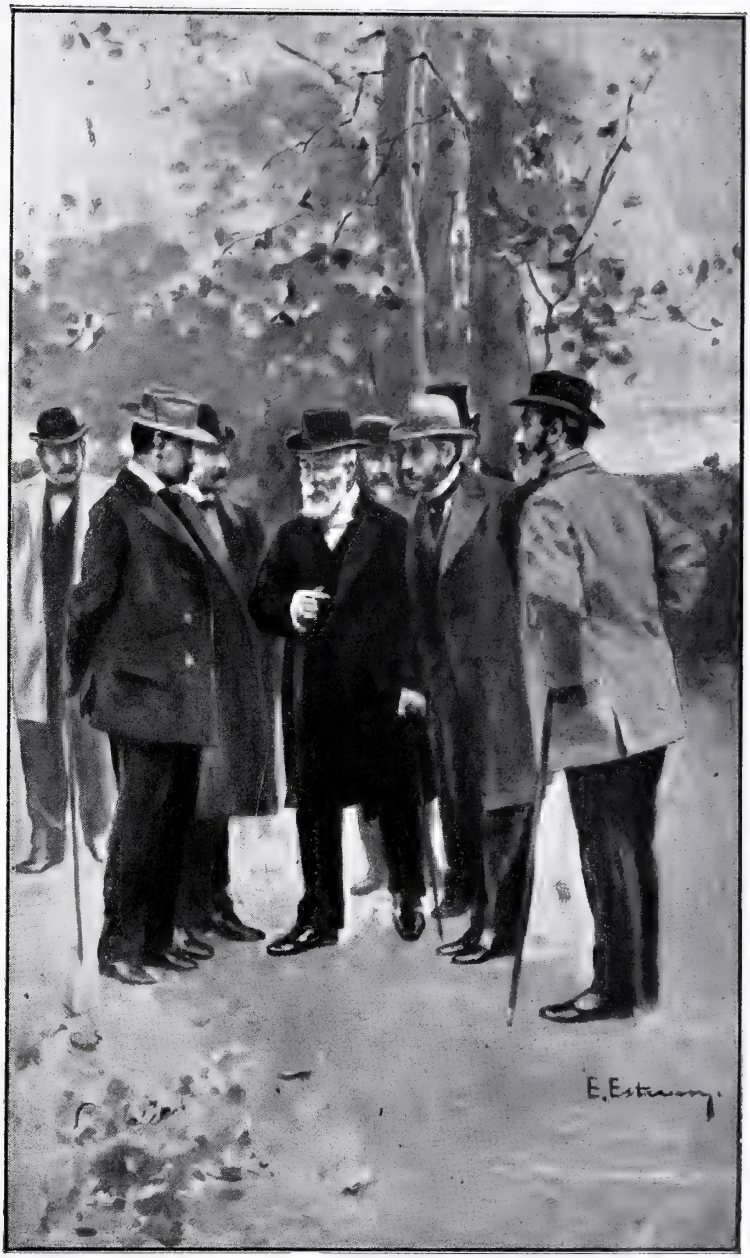
Si el laconismo y la rapidez, Juan, Blas, Gil, Job, Cruz, Luz, Paz.

Si los históricos, Diógenes, Platón, César, Pompeyo, Pelayo, Napoleón.

Si los esdrújulos, Bárulas, Tértula, Sérvulo, Cástulo, Vérulo, Gúdula, Críspulo y Rófulo.

MELITÓN GONZALEZ

EL VIEJECITO QUE NO SABÍA NADA



EXISTEN unos hombres profundamente simpáticos: éstos son unos hombres que saben muchas cosas y, sin embargo, parece que no saben nada. Y existen otros hombres todavía más simpáticos: éstos son unos hombres que fueron grandes sabios, y á los cuales ya se les ha olvidado todo. Yo he conocido uno. ¿No os inspiran también una profunda simpatía á vosotros?

Una gran desgracia, una enfermedad larga ó sencillamente el tiempo ha pasado sobre ellos y ha limpiado el espíritu de todas las vanidades y pompas mundanas, dejándole sereno, sosegado, transparente. Yo he conocido uno. Era un viejecito pálido, arrugado y limpísimo; llevaba siempre un traje negro y una corbata blanca; sus manos largas, finas y transparentes, manejaban un bastón de ébano, que tenía por puño un redolín de plata. Todos los días, cuando llegaba, el crepúsculo vespertino, este viejecito entraba en el jardín del Casino y se paseaba por la ancha alameda de plátanos, cerrada por dos rígidos setos de aligustres. ¿Qué había sido este viejecito? Yo no lo sé á punto fijo; tengo una vaga idea de que había sido un sabio formidable: de que había revuelto muchas bibliotecas; de que había trafagado por el mundo; de que había aprendido tres ó cuatro ó seis idiomas; de que había desempeñado cargos considerables en la administración y en la política... Y ahora ya no era nada; á medio día, después de comer, una porción de señores del pueblo iban á su casa y hablaban con él, mientras sorbían el café á menudos sorbos en torno á la mesa del comedor. A la tarde, cuando se iba aproximando la noche, todos estos señores, que después del café se habían dispersado por sus majuelos, por sus huertos ó por sus bodegas, volvían á juntarse de nuevo en las avenidas del jardín para charlar otro rato hasta la hora de la cena. Y todos paseaban en ancha columna, lentamente, entre las dos ringlas de plátanos. El viejecito marchaba en medio. La tarde iba muriendo; una suave claridad rojiza iluminaba el cielo por Poniente; las palmeras perfilaban á lo lejos su silueta rígida en el ambiente diáfano; una campana comenzaba á sonar el *Angelus*. Entonces, en el silencio del crepúsculo, la fina arena del paseo, que rechinaba bajo los pies, dejaba oir más fuerte su voz discreta, dulce, resignada.

Y entonces era también cuando el viejecito sentía como unas ansias de evocar sus recuerdos. Y cuando él hablaba, dando golpes suaves con el bastón en el suelo, todos se paraban de pronto y se quedaban mirándole. Yo podría poner ahora en su boca algún pequeño discurso fantástico, como hacen los novelistas con sus héroes, pero no quiero. Esto sería como una profanación. Lo que sí recuerdo es que el viejecito, de rato en rato, cuando se hallaba engolfado en alguna de sus evocaciones, cuando se veía en el terrible trance de tener que citar una fecha ó un nombre, se detenía un momento... Todos callaban en un profundo silencio; las estrellas comenzaban á brillar en lo alto. Y luego que el viejecito había hecho una breve pausa, durante la cual había estado buscando en vano en su cerebro ese nombre ó esa fecha, sonreía con una sonrisa suave, y decía:

—Yo, antes sabía estas cosas; pero ahora ya no sé nada...

Y todos tornaban á pasear tranquilamente.

Y ahora, yo, cuando pienso en este viejecito que había sabido muchas cosas, pero que ya paseaba tranquilo y feliz entre los plátanos sin saber nada, digo: «He aquí la bella *ataraxia* de los helenos.»

DIBUJO DE ESTEVAN

J. MARTINEZ RUIZ



HUMORADA

En cuanto á castidad, todo la espanta;
ve un espejo y se oculta la garganta.

Campoamor.

DIBUJO DE C. PLA

O'DONNELL

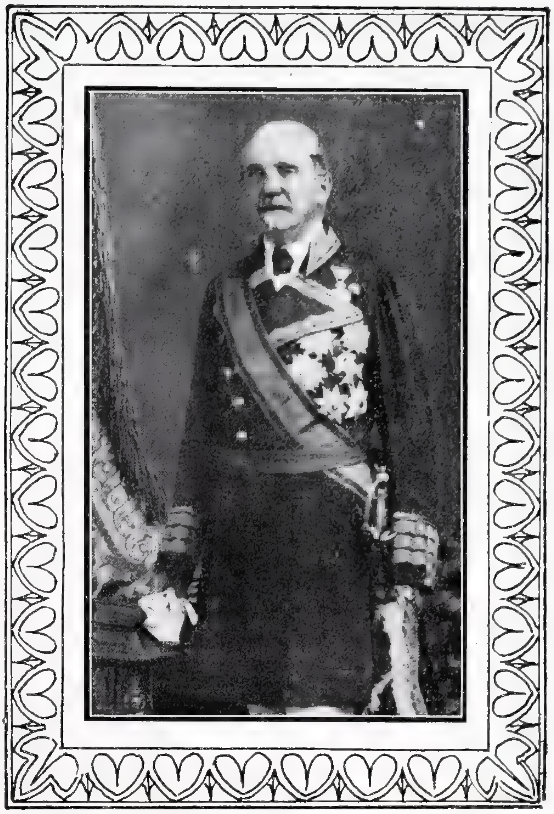
El tomo quinto de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, ha despertado un vivísimo interés por el nombre del caudillo que le sirve de título. El conde de Lucena se destacará entre todos los generales españoles de la pasada centuria por sus laureles de Africa, y entre todos los políticos por los cinco años de dominación de la Unión liberal.

Hablar de O'Donnell es hablar de glorias militares que nos entusiasman, de armonías entre el orden y la libertad que proporcionan bienandanzas; es recordar un período de hombres de talento y de mujeres hermosas, en que circulaba el dinero, se hacían buenos negocios, y en el que el comercio no estaba descontento, y la gente, en general, se divertía.

Fué aquel período en España lo que el segundo Imperio en Francia, y si después han venido catástrofes y desdichas, consecuencia de imprevisiones y ligerezas de entonces, el nombre del político y del caudillo se ha salvado por lo inesperado de su muerte y por la ingratitud, que le hizo una víctima interesantísima.

Sólo cincuenta y ocho años tenía O'Donnell cuando bajó al sepulcro, y murió en el Extranjero, después de haber ganado en favor del trono la memorable jornada del 22 de Junio de 1866.

El porvenir le reservaba todavía grandes empresas, pues todos le solicitaban cuando murió, y esto aumenta los prestigios de su nombre ilustre en la vida pública y modestísimo en la privada, pues no fué ostentoso, ni amigo del lujo, ni derrochador de dinero, sino un buen burgués amante de su esposa, metidito en casa cuando no se trataba de hacer política, y que seguía complacido los preceptos de la plácida tranquilidad ensalzada por Horacio. Su señora Doña Manuela, contra lo que creyó la malicia de su tiempo, tenía más de la perfecta casada de Fray Luis de León que de la Mad. Rolland engolfada en su política, y jamás impuso su voluntad á su esposo.



O'DONNELL



DOÑA MANUELA

El libro de Galdós es como la presentación del lienzo y el bosquejo de las primeras líneas preliminares del gran retrato de la importantísima figura del siglo XIX; pero estos preparativos están hechos con tal primor, que seducen y cautivan el ánimo.

El tipo de Riva Guisando, al que hemos conocido hasta hace poco en su decadencia, pinta la época en que pudo desarrollar sus excepcionales cualidades de artista genial de buen porte, de la buena vida y del buen comer, y Teresita Villaescusa, que era en lo femenino lo que el notabilísimo D. José representando el sexo feo.

En resumen, que el maestro D. Benito ha escrito un libro amenísimo, palpitante de interés, y que nos da idea de la época en que vivieron en plena juventud y lozanía las damas retratadas por Federico Madrazo, y los hombres que se batían en los campos de batalla, jugaban en el Casino, pronunciaban discursos en las Cortes y escribían notables artículos en los periódicos.

Epoca en que se amaba, se conspiraba y se gozaba, y se iba con igual facilidad á Ultramar con un buen destino, que á la emigración por una conspiración sin éxito, pero en la que no solían faltar las monedas de oro en los bolsillos.

KASABAL

Crónica Gráfica

HACE pocos días visitó S. M. el Rey el estudio de Agustín Querol, con el deseo de contemplar el magnífico monumento á Bolognesi, ya terminado.

El ilustre escultor oyó de labios del Monarca los más calurosos y merecidos elogios por el acierto y felicidad con que ha rematado su magnífica obra, que tan alto ha de poner el nombre de España en América.

En el mismo estudio de Querol tuvo S. M. el gusto de admirar su retrato, que está pintando el ilustre Ramón Casas con la maestría habitual en el popular artista.

D. Alfonso XIII estrechó la mano del insigne pintor catalán, y le felicitó cual se merece.

REPENTINAMENTE ha fallecido en París, donde se encontraba de paso para los baños de Evian, el embajador de España en el Quirinal Excmo. Sr. D. Enrique Dupuy de Lome.

El Sr. Dupuy de Lome era un diplomático distinguidísimo. Al surgir el conflicto entre España y los Estados Unidos, hallábase de ministro residente en Washington. En aquella tristísima ocasión pasó grandes amarguras y corrió verdaderos peligros. Su salud se hallaba desde entonces muy quebrantada, pero nadie esperaba su prematura muerte, pues el Sr. Dupuy de Lome apenas pasaba de los cincuenta años.

A más de diplomático, era un excelente escritor, y su libro *De Madrid á Madrid, dando la vuelta al mundo*, es una discreta y amenísima narración de viaje, escrito con animado y suelto estilo.

NO estamos en Madrid tan sobrados de templos verdaderamente artísticos que no debamos considerar como un acontecimiento la construcción de una iglesia cual la de San Vicente de Paul, que acaba de inaugurarse.

Huyendo del amanerado y falso estilo góticofrancés que suele dominar en las construcciones religiosas modernas, el insigne arquitecto restaurador de la catedral de León, D. Juan Bautista Lázaro, ha trazado una iglesia de muy bellas proporciones y de un conjunto sobrio y elegante.

Nadie ignora que el Sr. Lázaro es un arquitecto de sólida y severa educación estética, y en esta ocasión lo ha mostrado cumplidamente, por lo cual merece los plácemes que el público y la crítica han tributado á su obra.

WATERLOO, la última negra página de la epopeya napoleónica, ha sido consagrada por los franceses, alzando en una de las lomas del campo de batalla el hermoso monumento que modeló Gêrome.

La semana pasada se verificó la inauguración de aquel sencillo y grandioso recuerdo. Sobre un muro de mármol blanco resalta la figura de bronce de un águila inmensa, caída en tierra, con las alas rotas, deshechas, acribilladas á balazos. La reina de las aves levanta al cielo sus ojos, amenaza aún con el corvo pico fieramente alzado, clava en el suelo sus garras. El efecto no puede ser más épicamente conmovedor. El gran artista Gêrome, muerto hace pocos meses, no ha podido ver colocada su obra magnífica, pero seguro estaba, al morir, de haber realizado algo inconmovible y al propio tiempo dificilísimo, cual lo es siempre el monumento conmemorativo de una derrota.



S. M. EL REY VISITANDO EL ESTUDIO DE AGUSTÍN QUEROL

Fot. Asenjo



D. ENRIQUE DUPUY DE LOME



LA NUEVA IGLESIA DE SAN VICENTE DE PAUL
Fot. Asenjo



MONUMENTO CONMEMORATIVO DE WARTERLOO
Fots. Chusseau Flaviens



EL PINTOR Y ACADÉMICO DETAILLE
EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO



ASPECTO DE LA TERRAZA DE BLANCO Y NEGRO EN LA FIESTA DEL SORTEO DE CARTILLAS DE «LA HUCHA DEL NIÑO RICO»
Fot. Baglietto

LA HUCHA DEL NIÑO RICO

Conforme habíamos anunciado, el domingo último se verificó en la casa de esta Revista el sorteo de las diez cartillas de cien pesetas de la Caja de Ahorros adquiridas con los donativos recibidos para nuestro concurso de *La hucha del niño rico*.

La fiesta resultó simpática y agradable á más no poder, gracias á la presencia de nuestros infantiles visitantes, que llenaron la casa de alegría en el par de horas que permanecieron en ella, y nos dejaron recuerdos gratísimos.

Dió fe del sorteo y levantó el acta correspondiente el notario del ilustre Colegio de Madrid D. Federico Plana. Los mismos niños donantes extrajeron de la urna las papeletas premiadas, y se hizo la proclamación de los agraciados, cuya lista publicamos en esta página.

Nuestro querido colega *La Ilustración Española y Americana* quiso tomar parte en la suscripción, y nos envió un billete de cien pesetas, que destinamos á la adquisición de una cartilla más en nombre de aquel importante periódico, al cual nos complacemos en expresar aquí nuestro agradecimiento.

Amenizó la fiesta una notabilísima orquesta de guitarras y bandurrias titulada *La Madrileña*, dirigida por D. Luis López Marián, y cuyo presidente es D. Agustín Andrés. A los aplausos que oyeron el domingo por la perfección con que ejecutaron lindísimas obras musicales, únase el que en toda justicia les tributamos desde estas columnas.

Un modesto refresco servido á nuestros visitantes en la terraza puso término á la fiesta, que fué, como antes decimos, de desbordante alegría y de las que se olvidan difícilmente. ¡Dios premie á los donantes la obra de caridad que han realizado, y en la cual nos ha tocado el papel de mediadores, que desempeñamos gustosísimos en favor de los niños pobres!

He aquí el resultado del sorteo:

Talón núm. 4. Donante: Milagros Baños y Pardo, que vive en Madrid, Hileras, 19, segundo.—Agraciada: Mercedes Bol.

Talón núm. 117. Donante: María Alba é Igual, que vive en Madrid, Claudio Coello, 76, principal izquierda.—Agraciado: José Rivas Castillo.

Talón núm. 237. Donante: María Coronel y Velázquez (1), que vive en Granada.—Agraciada: Consuelo Pérez Castillo.

Talón núm. 688. Donante: Juan Novés Blasco, que vive en Madrid, Argumosa, 15.—Agraciado: Paulino Aguado Martínez.

Talón núm. 931. Donante: Blanco y Negro.—Agraciado: El niño que designe el Director de *Alrededor del Mundo*.

Talón núm. 629. Donante: Fausto Montojo, de Madrid.—Agraciado: Lorenzo Catalán Colás.—Claudio Coello, 52, sotabanco, núm. 2.

Talón núm. 927. Donante: Blanco y Negro.—Agraciada: Alfonsa Espino García, que vive Ballesta, 17.—Propuesta por el Director de *La Ilustración Española y Americana*.

Talón núm. 10. Donante: Luis López Larrañaga, que vive en Madrid, Humilladero, 9, bajo.—Agraciado: Justo Mon Gómez.

Talón núm. 470. Donante: Manolita Rodríguez, que vive en Madrid, calle de D. Manuel Fernández y González, 15.—Agraciada: Dolores Escudero y Fraga.

Talón núm. 959. Donante: Blanco y Negro.—Agraciado: El aprendiz de los talleres de Blanco y Negro Manuel García.

Cartilla de *La Ilustración Española y Americana:*

Talón núm. 151. Donante: Carmen Marín, de Madrid, Huertas, 30.—Agraciado: Ubaldo Hernández.

(1) No habiendo enviado sus señas la niña María Coronel y Velázquez, de Granada, la rogamos que nos las haga saber, pues necesitamos preguntarle algunos datos del niño propuesto por ella y favorecido con una de las cartillas de cien pesetas.

ESCENAS MADRILEÑAS. DOS VÍCTIMAS DEL VERANEO, POR SANCHA





EL CORCEL DE GUERRA

BALADA

Destrozado el arzón, rotas las bridas,
al aire dando las revueltas crines,
los corceles briosos que á la guerra
marcharon, vuelven ya.
Muestran en su pupila dilatada
de la guerra inclemente los horrores...
sobre sus lomos, que flagela el aire,
ningún jinete va.
Vieron morir como heroes á sus dueños,
que vertieron su sangre en cien combates
y con la fe de ardientes paladines
lucharon por su Rey...
Y vieron que en los campos de batalla,
que sangres generosas fecundaron,
imperaba por leyes de la guerra
del vencedor la ley.
Corrieron por los campos, y al castillo
en busca de consuelo á su fatiga,
para labrar el campo abandonado,
vuelven, por dicha, ya.
Del castillo de piedra silencioso
el corcel entre todos favorito,
mensajero de amores, con sus cascos
en los portones da.
Al oir el estrépito una dama
de noble faz, donde el dolor anida,
del castillo de piedra sale ansiosa
con tembloroso pie;
buscan sus ojos bellos al amante
que á la guerra marchóse ébrio de gloria
para ganar más lauros á su nombre,
...y sólo el corcel ve.

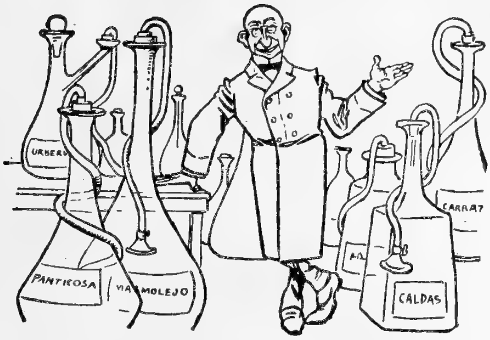
Sordo rugido de dolor inmenso
que estremeció los valles y montañas,
rompió el silencio, algún alivio dando
al noble corazón.
Sus manos, que de mármol parecían,
con afán indecible recogieron
del corcel favorito un pliego breve
sujeto en el arzón.
Con los ojos nublados por el llanto
el mensaje de amor, con sangre escrito,
leyó la dama, por la pena loca...
y del breve papel
el perfume aspiró de sus amores,
y un alma recogió, porque su amante
su último beso en el mensaje puso
¡y envolvió el alma en él!
Acaso de la vida del caudillo
el hilo se rompió cuando pensaba
en los días felices... ¡más felices
porque pasaron ya!
Lejos de todos remontó su vuelo
el alma generosa á las regiones
del Creador; igual que siempre, el río
hacia los mares va...
La noche con sus sombras se extendía;
brillaron en el cielo las estrellas;
la luna con sus rayos melancólicos
los campos alumbró...
Ocultóse el castillo entre las sombras;
y el que de amor fué triste mensajero,
rendido de fatiga, á los pies mismos
de la dama murió.

LUIS BRUN

BAJORRELIEVE DE COULLAUT VALERA

AEROTERAPIA PRÁCTICA

HISTORIETA POR ROJAS



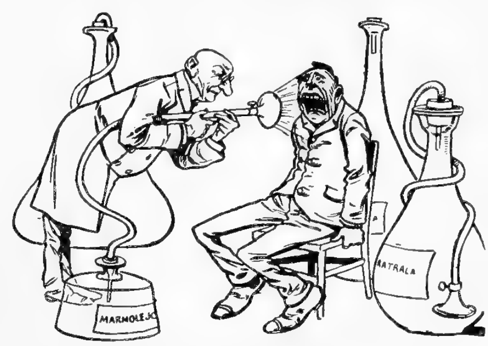
1.—Las aguas... las aguas... ¿De qué sirve tomar aguas si no se toman aires? Los aires son los que curan.



2.—Por ejemplo: ¿está usted reumatico...? Pues le administro á usted unos aires de Alhama.



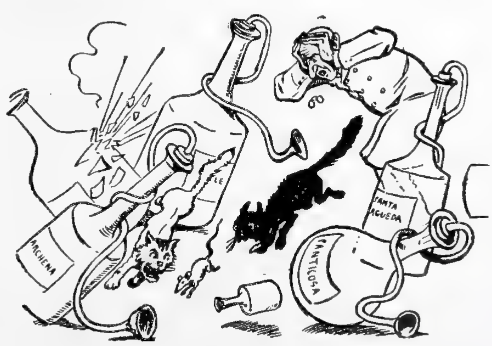
3.—¿Está usted tuberculoso ó tísico? Pues le propino aires de Panticosa.



4.—¿Padece usted del estómago? Pues allá van unos aires de Marmolejo.



5.—¿Le declaran á usted inútil para el servicio? Pues con un poco de aire marcial...



6.—Hasta que se introduce en el laboratorio una rata sin ningún padecimiento...



7—... y desencadenados todos los aires de todos los balnearios de España, envían al doctor y á los enfermos... á aliviarse.

UN RINCÓN DE PASAJES DE SAN JUAN, POR MARTÍNEZ ABADES



LA MUJER Y LA CASA

MODAS · MUEBLES · LABORES · CONCURSOS FEMENINOS.

ARTISTAS ESPAÑOLAS EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES



VASO GRIEGO
POR LA SEÑORITA
MARÍA LUISA VILLALBA



VASO «MODERN STYLE»,
CON PÁJAROS ESMALTADOS
EN NEGRO, POR LA MISMA

A este certamen, como á todos los anteriormente celebrados, han concurrido con obras muy estimables pintoras y escultoras cuyos nombres son muy conocidos y celebrados justamente. No hay todavía en España un núcleo de artistas pertenecientes al sexo bello en número suficiente para formar, como en París viene haciéndose, una Exposición de Bellas Artes compuesta sólo de obras femeninas. No hay tampoco pintoras como Luisa Abbema, Juana Romani y Magdalena Lemaire, capaces de competir con los grandes maestros; pero sí va habiendo muchas artistas discretas, concienzudas, grandes observadoras del natural, y por ahí se empieza.

El arte decorativo, tan propio para ser cultivado por la mujer, particularmente en las aplicaciones del dibujo y pintura al bordado, á los encajes, á la cerámica, etc., etc., cuenta ya, según en esta Exposición se ha revelado, con muy inteligentes cultivadoras, cuyos nombres deben honrar esta página. La señorita María Luisa Villalba y Escudero, aventajadísima discípula de la ilustre Escuela de Artes Industriales de Toledo, presenta los dos preciosos vasos pintados que reproducimos; la señorita Carmen S. Aroca, alumna de la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla, un jarrón con hermosas flores artificiales; doña María Alvarez Díaz, un bordado; doña Elena Alvarez Redondo, un almohadón pintado; doña Eloísa Garnelo, dibujos decorativos; doña Teresa Gil Sanz, almohadones pintados; doña María Infante, *panneaux* y tapices; doña Concepción López Ridocci, rasos pintados; doña Clementina Mozoncillo, un abanico de encaje; doña Concepción Mozoncillo, pinturas á la venturina sobre raso y terciopelo; doña Rafaela S. Aroca, un tapiz; doña Evelia Sanz, acuarela; doña Carmen Alcoverro, una C en barro cocido, con flores, y dos jarrones; doña Consuelo Alonso, un jarrón egipcio; doña Encarnación Bustillo, columna y macetón al óleo.

Todas ellas, por su aplicación y buen gusto, merecen ser alentadas y aplaudidas. En España se hace tan poco por la educación de la mujer, que todo esfuerzo realizado por ellas debe considerarse casi como un verdadero milagro.



JARRÓN DE FLORES ARTIFICIALES
POR LA SEÑORITA CARMEN S. AROCA

FOTOGRAFÍAS ASENJO

UN NUEVO DEPORTE DE SALÓN Y UN NUEVO JUEGO DE CAMPO



EL BOSTON-BALL

EL BOSTON BALL es una graciosa y originalísima mescolanza del conocido baile del *boston* con los no menos divertidos juegos del *foot-ball* y del *croquet*. No hay que decir que se trata de una invención norteamericana.

Para bailar el *boston-ball* no se necesitan grandes preparativos. En un salón grande ó pequeño se traza ó se pinta sobre el pavimento un rectángulo lo mayor posible, y en el interior de él se dibujan seis semicírculos que se tocan, dos en cada uno de los lados mayores del cuadrilátero, uno en cada uno de los lados menores. En éstos se colocan sendos arquillos para hacer pasar la pelota, la cual se coloca en el espacio que en el centro queda entre los seis semicírculos, ocupados éstos por otras tantas parejas de baile. Comienza á tocar la orquesta y las parejas á bailar, hasta que un golpecito de pandero anuncia que comienza el juego. Entonces una pareja de cada partido se dirige, sin cesar de bailar, hacia el sitio donde está la bola.

La primera pareja que la toca con el pie es dueña de ella, y la otra pareja debe retirarse, siempre bailando, á su sitio. Esta es la parte difícil del juego, pues entonces la pareja dueña de la pelota debe amañarse para lanzarla de un puntapié (lo que llamaban nuestros clásicos danzarines *matalaraña*) al arquillo del bando contrario. Si lo consigue, se cuenta un tanto para el bando vencedor; si no lo consigue y en vez de hacer pasar la pelota por el arquillo la manda rodando á uno de los semicírculos, debe retirarse la pareja y ocupar el lugar aquélla en cuyo semicírculo haya entrado la pelota. Pero todo esto debe hacerse sin que ninguna de las parejas deje de valsar ni un momento.



UN TANTO DIFÍCIL



JUEGO POR PAREJAS

Esta explicación reconocemos que no es muy clara, pero con ayuda del grabado y con el natural ingenio de nuestras lectoras, creemos que bastará para que se inicien en los encantos del *boston-ball.*

Así como este baile ha venido de América, el juego del *hockey* ha venido de Inglaterra, donde existe seria y fundamentalmente organizada una *All England Women', Hockey Association (Asociación de las jugadoras de hockey de toda Inglaterra).*



JUEGO EN EL CENTRO

EL HOCKEY es una mezcla del *golf* y del *foot-ball.* Se juega con unas palas, mazas ó garrotes curvos de madera, que sirven para empujar la pelota hacia el campo contrario.

Para jugarlo se necesita un terreno llano y elástico de 90 metros de largo por 50 de ancho, y se forman dos *teams* ó bandos de á once jugadoras, que se colocan en cuatro líneas: la delantera con cinco jugadoras, la central con tres, la zaguera con dos y la meta ó puerta con una sola portera ó *goal-keeper,* como en el *foot-ball,* la cual se coloca entre dos postes situados á cuatro metros uno de otro y es la última defensora del juego. Esta señorita ó señora tiene la facultad extraordinaria de emplear, para detener la pelota, la maza, las manos y hasta los pies en los casos de extremo apuro.



LA "GOAL-KEEPER,, DEFENDIENDO LA PUERTA

Las demás no pueden usar las manos nunca para arrojar la pelota, porque esto debe hacerse tan sólo con las mazas.

Imagínese la infinidad de incidentes á que puede dar origen este juego tan interesante y divertido y la suma de destreza, sangre fría y astucia de que en él pueden darse muestras.

El *hockey* es el *foot-ball* de las señoritas, con la ventaja de ser mucho más delicado, menos brutal, de desarrollar equilibradamente todas las partes del cuerpo, y también de procurar á las jugadoras hábitos de resolución y valentía verdaderamente temibles.

Ibamos á decir que sería conveniente la implantación de este juego y de otros deportes parecidos en nuestro país. Aquí hace falta templar los caracteres, exaltar las energías, educar físicamente á la juventud, etc., etc... pero conviene también distinguir. Dotemos de serenidad y de valor á nuestros jóvenes, á los del sexo feo. Eso está bien. En cuanto á las jóvenes, sin que esto sea ofenderlas, sino más bien alabarlas, nos parece que no es energía lo que les falta precisamente.

FOTS. DE «FÉMINA»



EL FIGURIN DEL DÍA

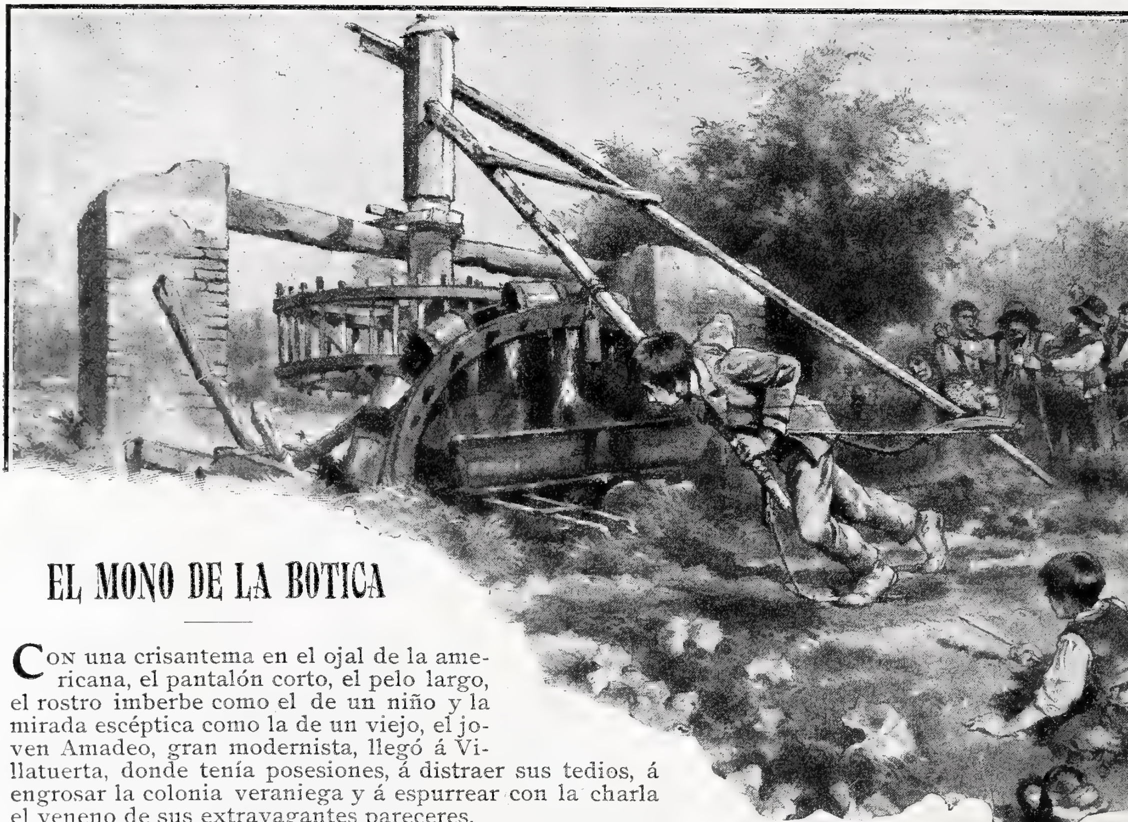
BATA ELEGANTE. Modelo de la casa Huet et Chéruit, de Paris.
L... de muselina de seda azul pálido, guarnecida de encaje de Irlanda y «ruches» de raso azul.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 16 Julio 1904. N.° 689



EL MONO DE LA BOTICA

Con una crisantema en el ojal de la americana, el pantalón corto, el pelo largo, el rostro imberbe como el de un niño y la mirada escéptica como la de un viejo, el joven Amadeo, gran modernista, llegó á Villatuerta, donde tenía posesiones, á distraer sus tedios, á engrosar la colonia veraniega y á espurrear con la charla el veneno de sus extravagantes pareceres.

Era doctor en filosofía, poeta, novelista, fiero pedante, fecundo teorizante y gran estudiantón. Su cerebro parecía una caja de riquezas y de guiñapos ajenos, donde no había propio más que los delirios de un alma pequeña con anhelos de ser grande.

Cuando llegó al pueblo, trató despectivamente á todo el mundo, y en particular á los indígenas, como él llamaba á los vecinos. Intentó modificar los cultivos de sus fincas, introduciendo novedades que sólo tenían confirmación experimental en otros países, y como un gran fracaso coronara sus intentos, desahogó en diatribas los despechos de su alma, respondiendo así á la befa del populacho.

Entonces imaginó escribir cierta novela realista, acopio y trasunto de las miserias de Villatuerta; esportilla de calumnias y maledicencias del lugar; y so pretexto de acopio de *documentos humanos*, como él decía, retrató del alcalde, exagerado, el audaz caciquismo, del secretario la rapacidad, del cura la avaricia, del maestro la rutina, del veterinario la grosería, de las mujeres las liviandades, de los hombres la rusticidad, y de todos la ignorancia, por donde resultó la novela un repugnante libelo.

No pudiendo resistir sus ansias ocultas de ser pronto admirado y de buscar oyentes para su nueva obra, leyó algunos episodios de ella á los forasteros, que, esparciendo por el pueblo el estridor del escándalo, hicieron llegar la polvareda hasta la casa del alcalde, el cual citó al poeta, y una vez que le tuvo delante, comenzó á hacerle insinuaciones sobre la novela que había escrito.

Procuró zafarse el autor, insistió el alcalde con la sagacidad y la astucia de los labriegos castellanos, elogiando y ponderando los méritos literarios de la novela, y asegurando, en fin, que sólo para deleitarse con lo escrito quería conocerla, perdonándole de antemano cualquier injusticia ó demasía que con él cometiera, porque de sobra sabía que era achaque de hombres públicos tener que sufrir y perdonar á los escritores tales desmanes.

Seducido el joven con la aparente ingenuidad del palurdo, cayó en la tentación de ser admirado aun por aquellos mismos á quienes ofendía, y se comprometió á dar secreta lectura á su novela, siempre que no acudieran á escucharla otras personas que el alcalde y algunos individuos de la colonia veraniega.

Así lo prometió solemnemente el monterilla, y por la tarde se reunieron en el Ayuntamiento el alcalde y varios forasteros, ante los cuales el joven modernista hincó el diente á aquella lectura.

Cada vez iba enardeciéndose más el lector y esforzando la voz para hacer revivir su aluvión de procacidades, cuando de pronto, abriéndose una puerta que junto al estrado había, salieron en tumulto el cura, el veterinario, el maestro, el médico y algunos concejales, que con las manos en alto y en ellas los garrotes, exclamaban iracundos:—¡Esto es infame! ¡Esto no se puede tolerar!

El poeta dió un salto para guarecerse detrás del alcalde, que le había preparado tan ruin celada; los de la colonia procuraron esquivar el tumulto, en tanto que los indígenas agarraron al poeta y le sacaron á empellones al arroyo, gritando:—¡A la noria! ¡á la noria, como al comisionado de apremio!...

Con efecto, á un comisionado de apremio, el año anterior le habían condenado á dar vueltas á una noria, y de igual suerte al novelista, sin escuchar sus lamentos ni haber piedad de sus carnes temblorosas, le ataron y uncieron al eje rotativo del artefacto, descargando sobre las espaldas de la bestia bípeda el redoble de sus varas de fresno.

Entre las risotadas fieras de la multitud, el poeta dió un par de vueltas á la noria, vertiendo el agua bulliciosa de los arcaduces, fustigado por los palos y los garrotes; pero más dolido del ridículo que del castigo, se echó en tierra exclamando:—¡Matadme si queréis!

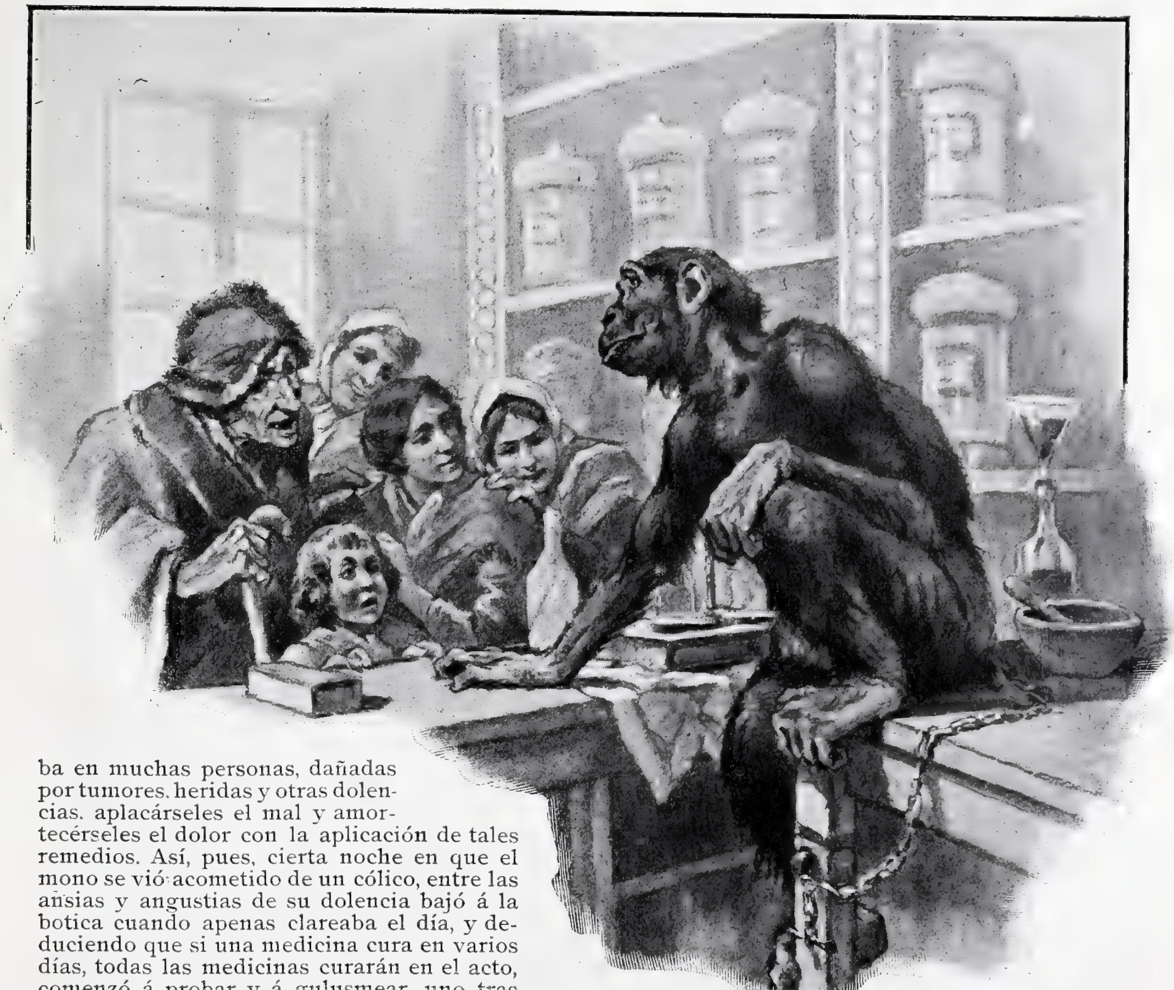
Entonces el médico se interpuso, exhortó á las masas, apaciguó los ánimos, habló de la sensatez y generosidad de aquel honrado vecindario, imploró el perdón para la víctima, y mientras los ofendi-

dos, vengados ya, se alejaban, el médico desunció al poeta, que triste y maltrecho sentóse junto á la noria, recibiendo consuelos y cuidados de aquel hombre que era uno de los más ofendidos por su novela.

—Usted, dijo el médico, nos ha abofeteado con nuestros defectos, y yo voy á responder á la ofensa hablándole con franqueza paternal.

—Debo á usted la vida; puede decirme lo que guste, exclamó el joven.

—Nada que no sea verdad, replicó el médico, y luego añadió: Usted ha leído muchas páginas de los libros y muy pocas del mundo, y aun aquéllas sin medida ni distincion... Está usted en el caso del mono de la botica... ¿No conoce usted esa historia?... Escúcheme usted... En un pueblo había dos farmacias: una muy aparroquiada y la otra no: el dueño de ésta, para atraer las gentes y despachar sus géneros, compró un mono gigantesco de la familia de los chimpancés, domesticado y tan inteligente, que decían que no hablaba por no trabajar... Sin embargo, enseñóle el farmacéutico á envolver frascos y cajas detrás del mostrador, adonde acudía el público fascinado con tales novedades... No era el chimpancé, aun siendo un mono, tan cerrado de mollera que no se le alcanzara que aquellos botes y cacharros de la farmacia lograban la virtud de curar enfermedades y lacerías, puesto que allí observaba en muchas personas, dañadas por tumores, heridas y otras dolencias, aplacárseles el mal y amortecérseles el dolor con la aplicación de tales remedios. Así, pues, cierta noche en que el mono se vió acometido de un cólico, entre las ansias y angustias de su dolencia bajó á la botica cuando apenas clareaba el día, y deduciendo que si una medicina cura en varios días, todas las medicinas curarán en el acto, comenzó á probar y á gulusmear, uno tras otro, el contenido de todos los cacharros, de todos los frascos y de todos los botes de la farmacia, hasta que, tropezando sus labios con un veneno violento, cayó al suelo presa de horribles convulsiones, tras las cuales quedó muerto...



—¿Qué tengo yo que ver con ese mono? replicó el joven modernista.

—Escuche usted... dijo el médico. A usted le han enseñado á recitar asignaturas, á repetir palabras, pero en ninguna parte á meditar y discurrir por cuenta propia, y una vez degenerado por el estudio y convertido en un ser inferior al hombre, aunque algo superior al mono, le han lanzado hacia las bibliotecas públicas, donde ha entrado usted como el mono en la botica, con ansias interiores é insana libertad, y por saciarla ha libado su espíritu morboso en todos los cacharros de la tienda científica, lo mismo en el agua sedativa de Feijoo, que en el cerato económico de Bastiat, que en los revulsivos de Carl Marx, que en el ácido prúsico de Nietzche: y ya con el embrutecimiento y la embriaguez de tantos venenos, va usted por el mundo dando tropezones sin saber la tierra que pisa, y es usted conducido á este pueblo á ser ludibrio de la chusma, á caer en las redes de un paleto, y á dar, con gran justicia, vueltas á una noria, recibiendo conjuntamente una ración de experiencia y de palos que le serán de mayor provecho que los delirios de la filosofía á que se entrega, porque de este modo se acostumbra usted á leer experimentalmente en el gran libro de la vida, que es el que nos enseña á distinguir unos tarros de otros, para que no nos ocurra lo que al mono de la botica.

Rafael TORROMÉ

DIBUJOS DE REGIDOR



LLUVIA DE LLANTO

Hacia su aldea, habiendo laborado desde el amanecer, los siervos del terruño regresan lentamente. Son hombres y son mujeres de toda edad, harapientos y sudorosos, con los carrillos asoleados, con las frentes marchitas, con el mirar errabundo... Van en hordas. Sobre luengo robledal asoma la aldea, hacia el fondo del valle, en una mancha indecisa. El día ha sido de gran calor. Es solemne la calma de la Naturaleza, sólo rota alguna vez por ecos de un lejano zumbar. Son ecos de la tormenta que hace días ronda sobre aquellos lugares. Los campesinos escuchan con el alma ungida de honda emoción, y un anciano suele detenerse en mitad de la vereda diciendo algo que es dulce y da alegría.

—¡Hoy llega á Lousada la nube! ¡Hoy lloverá sobre los campos nuestros!

La gente parece oirle con grave credulidad, y antes que el frescor de la lluvia en los sembrados, cae el rocío de la esperanza sobre los corazones. Todos miran al cielo, donde no se ve la más ligera nube, y todos aguardan. Es benigna y alegre la expresión en el rostro del anciano; su voz es voz de profecía.

No hay rumores ni hay brisas que hiendan el silencio augusto de la tarde. Los pájaros están ocultos, buscando el frescor que la tierra no puede darles. Tiempo después el anciano dice nuevamente:

—Ayer ha llovido sobre el valle de San Fiz. Yo, desde la cumbre del monte Rendar, adonde fuí por leña, he visto cómo allí la nube se deshacía en lágrimas. Antier cupo esa suerte al Brandoya. Me lo ha dicho el arriero de Tordea. ¡Hoy lloverá aquí! Mirad hacia donde se pone el sol... ¿No veis nada?

Todos miran, y es cierto que allí una mancha, aun indecisa, vela un poco el azul. La voz del anciano óyese otra vez, entrecortada y balbuceante:

—Si llueve en esta sazón, podemos contar á salvo la cosecha. Habrá hartura en nuestras casas, guardarán las arcas de los pobres bastante grano, y en otras arcas habrá el que muchos necesitan...

Aquella mancha del cielo va obscureciéndose. Los rostros de los labradores se animan, y sus ojos de luz apagada llamean con lumbres de ansiedad... Hay un largo silencio... Hay un silencio casi doloroso. La nube se acerca mansamente, como una promesa de grandes venturas. Tras ella esconden las ninfas sus ánforas llenas... Vienen desde lejos para volcarlas allí una á una.

Los aldeanos se han detenido. Alguien dice que deben rezar, y va á ser guiadora de los rezos Aura, la hija del labrador más pobre de la aldea, por ser quien más necesita del bien de Dios. Su madre murió cuando la caída de la hoja; su padre vive encamado, y ella, sólo ella, es á valerle en el mundo.

La zagala, erguida sobre los bardales, susurra una plegaria humilde. Todos la oyen atentos, y al contestar, el eco de las voces alegra las almas, porque remeda el caer de la lluvia en los sembrados.

La nube, que ha llegado ya, mantiénese inmóvil sobre el grupo. Un bandal de palomas cruza bajo el cielo aún alegre del anochecer; vuelan con leve rumor, y cuando se han ido lejos, disyuntándose para en seguida reunirse, aquellas aves blancas sobre la montaña obscura fingen un caer de nieve en copos que el viento arremolina. Luego, á través del aire, vuela una racha de frescura, estremeciendo la superficie inmóvil de los sembrados... Hacia el robledad suena un graznar de cuervos, que también huyen. Todo es nuncio de algo solemne, majestuoso y grande...

Luego, una gota robusta, henchida de agua, que brilla un segundo á los postreros rayos del sol, cae en el polvo y rueda largo rato sin ser absorbida. Después cae otra, y otras muy lentamente...

El aguacero comienza alzando, al batir las mieses, un rumor de salmodia, y sobre el río un eco de alegre son. Cae la lluvia benigna y mansa. Los aldeanos, de hinojos sobre el lindar de la senda, rezan mirando la nube, mirando sus bienes, mirando el azul...

De pronto, un grito de angustia se ahoga en todas las gargantas. La nube se ha obscurecido más; se hizo casi negra, amenazante y hosca. Los campesinos, horrorizados, quieren ahuyentarla. Claman con acento ronco, lleno de dolor, por que se desvanezca, por que se aleje...

La nube, inclemente, se mantiene inmóvil. Vuela una ráfaga de aire embravecido, y sobre los sembrados, que aún ríen, comienza á caer aceleradamente una lluvia muy blanca; una lluvia de gotas congeladas, endurecidas, dando recios golpes sobre las mieses, rompiendo las hojas en los árboles, lastimando las carnes desnudas... El granizo cae, cae sin descanso. Aquello dura muy breves segundos. La nube háse desvanecido ya. El cielo es azul, de un azul alegre... Pero las mieses están rotas; sus cañas yacen abatidas sobre el campal. Un sudario blanco amortaja la tierra. Allí lucen millares de flores que el granizo arrancó. El cielo ríe... Y los campesinos, al reanudar la marcha, van silenciosos, trenzando la maraña obscura de sus penas. ¡Ven en una lejanía de amargas coloraciones un largo invierno de hambre, con los molinos callados y los hogares desiertos...!

Dibujo de J. Francés

Francisco de CAMBA

MALA TARDE DE BAÑO,
POR GARCÍA Y RAMOS



LECCIÓN DE HISTORIA



DIBUJO DE J. FRANCÉS

En la escuela. Pausadamente da las once el reloj del campanario. Es mañana de Junio llena de sol: por las ventanas, que están abiertas, se ve el cielo azul que brilla y rebrilla, y se ven las copas de tres acacias; sus floridos racimos marfileños derraman en el aire el incienso oriental de su aroma, que engendra ensueños y perezas. Se oye el tintinear de un martillo que, en la fragua cercana, cae sobre un yunque. Entra una abeja en el salón de clase, y sale como entró, runruneando con aire de priesa y zumbido de malhumor; los chiquillos levantan los ojos y envían en pos de ella un suspiro añorante; en el aire de fuera, dorada por el sol, la abeja es como una borla de plumón amarilla; desaparece tras el tapial de un huerto.

El maestro es viejo: calvo y de luenga barba color de marfil sucio, tostada como está por humo de tabaco. Arrastra la lección con un supremo esfuerzo de fe decrépita. Y luego el verano es grande enemigo de lecciones; el calor, que es vida, cosquillea en los cuerpos muchachiles é incita á los espíritus al dulce vagar. «Míranos, gózanos y no pienses—dicen las burbujas vibrantes del aire hecho luz;—míranos—y acarician blandamente los párpados, que al halago se cierran,—míranos, gózanos... y después duerme.»

Un campanillazo hace eco al sonar del reloj.

—Atención, señores. ¡Una! —Los alumnos se ponen en pie.—Lección de Historia. ¡Dos! —Los alumnos vuelven á sentarse.—A ver tú, Celestino, la lección.

—Oiga, usted, D. Antonio, ¿por qué dice el libro que la Historia es maestra de la vida?

—Porque enseña á vivir con los ejemplos de aquéllos que vivieron antes que nosotros. Sí, hijos míos, en el ejemplo augusto de vuestros mayores encontraréis segura regla de vida, norma de conducta, carril de actividad; respetad vuestra historia y seguid las gloriosas lecciones del pasado; aprended á ser fuertes, como fueron fuertes nuestros padres y nuestros abuelos; no olvidéis las gloriosas tradiciones; que revivan, merced á vuestro esfuerzo, las edades en que España fué señora del mundo. Ahora, hijos míos, España es pobre y está triste, pero nuestra bandera...

—Señor maestro, ¿por qué hay que saludar á la bandera?

—Porque representa á la patria.

—¿Y qué es la patria?

—El país en que hemos nacido, y por el cual debemos estar dispuestos á morir.

—¿Y hasta dónde llega la patria?

—Contesta tú, Carlitos.

—Por el Norte, hasta los Pirineos.

—¿Y qué hay después de la patria?

—Francia.

—¿Y Francia no es patria?

—Sí, hijo mío, patria de los franceses.

—¿Y cuál patria es mejor, Francia ó España?

—Las patrias son como las madres: cada una es la mejor de todas para sus hijos. Pero empecemos. A ver, tú, Enrique, la lección.

—*(Recitando.)* Las tropas, al mando de Pizarro, realizaron la conquista del Perú.

—Señor maestro, ¿qué es realizar la conquista?

—Apoderarse de un país.

—¿Y eso es bueno?

—Es gloria; nuestras conquistas son nuestros laureles.

—Oiga usted: y el Perú ¿era de alguien?

—Sí, hijo mío.

—¿De quién?

—De unas gentes, los indios que vivían allá, Dios sabe desde cuándo.

—¿Y que habían nacido allí?

—Justamente.

—Entonces, ¿el Perú era su patria?

—Su patria.

—¿Y cómo se la dieron á Pizarro?

—No se la dieron; los españoles eran los más fuertes, y...

—¿Se la quitaron?

—Lucharon noblemente, y vencieron.

—¿Y quién les mandó ir?

—El amor á la gloria.

—¿Y ya no hay indios?

—No.

—¿Y dice usted que es bueno eso de entrar en una patria ajena y quitarle á la gente lo que es suyo?

—Niño: la conquista siempre ha sido el derecho de los pueblos fuertes. Sigue la lección y no te metas en honduras.

—Las principales batallas...

Al atardecer. Como bandada de gorriones se desparraman los chiquillos, saliendo de la escuela. De pronto suscítase en la turba como un remolino; fórmase un núcleo; hay parlamentistas que siembran ideas, sin duda graves: suenan aplausos gritos de entusiasmo; un palo se levanta, que lleva en el extremo prendido un trapo rojo. ¡Salve la bandera! Aleteadora, la enseña guía el grupo, que da vuelta á la plaza, y siguiendo el camino que en la mañana siguió la abeja, escala el tapial de una huerta. ¡Ay, pobres guindos los del señor maestro! La barba marfil sucio surge en el hueco de una ventana.

—¡Pícaros, ladronzuelos, allá voy! ¡Habráse visto canalla semejante! ¡asaltarme el huerto, robarme la fruta!

Y el rapaz argüidor, izando el trapo rojo:

—No, señor maestro; ladrones, no: conquistadores; somos los fuertes, porque somos muchos y traemos bandera.

—¡Viva España!—exclama gozosamente la chiquillería, repleta de guindas.

G. MARTINEZ SIERRA

ZODIACADA MENSUAL

LEO

En el camino de Argos á Corinto, entre Cleones y Fliunte, se alzaba la ciudad de Nemea, celebérrima por los juegos consagrados á Júpiter, donde se hizo inmortal el citarista Pílades Megalopolitano; donde se destrozaron el cráneo en combate singular Damoxeno de Siracusa y Creugas de Epídamno; donde, en fin, contendieron tantos campeones cantados por el tebano Píndaro en versos incomparables.

¿Sabéis quién estableció estos juegos, anteriores á la existencia de Aquiles y de todos los héroes de la Iliada? Los fundaron los siete héroes que marchaban sobre Tebas á combatir á Eteocles: su hermano Polínice y los otros seis. ¿Cómo fué esto?

Los siete jefes marchaban al asedio. Era, como ahora, en el mes de Julio. El sol caía de plano en la llanura de Argólida. La sed se apoderaba de los combatientes. Encontraron una joven llamada Hipsipila de Lemnos, la cual amamantaba á una criatura. También estaba cansada, rendida por el calor; dijo á los guerreros que ella sabía una fuente. Dejó el niño á la sombra de un laurel. Cuando volvió, después que Polínice y los suyos habían apagado la sed, el niño estaba muerto. Una serpiente le picara. Los siete jefes se miraron graves, conmovidos. No sabían cómo consolar á la cuitada madre que por ellos se había sacrificado. Entonces, á uno de ellos se le ocurrió cortar del laurel unas hojas, trenzar toscamente una corona, disputársela entre todos para honrar con estos juegos fúnebres y expiatorios la memoria del tierno infante. Y en medio del tórrido calor de Julio, los héroes combatieron ¡pueblo fuerte, raza generosa! para consolar á una madre triste. Luego siguieron su camino hacia la infortunada Tebas.



Mucho antes que hubiera serpientes en aquel lugar, entre Corinto y Argos, había leones. Siempre, cuando se extingue la raza de los leones, aparece la raza de las serpientes. Espantoso y terrible era el león de Nemea. En una vasta caverna rocosa se refugiaba; á la puerta ó encima de la roca atemorizaba tierra y cielo con sus rugidos, cuando ved aquí que de lejos vió acercarse á un héroe de recios y doblados miembros, de cabeza pequeña, de expresión dolorosa y firme al par, prócer por la estatura y por el imperio de los ojos dominantes. Era la fuerza inteligente movida por el dolor; la razón que antes fué locura: Hércules, Heracles, Alcides; como queráis llamarle. No llevaba consigo la terrible maza, ó no quiso usar de ella. Acercóse paso á paso al león; recibió en su pecho la acometida de la fiera; le hundió ambos puños en las fauces; se las desgarró, y volvió al animal de cabeza á rabo, desollándole como desuella á una tímida liebre el experto cazador. Luego sobó la piel con cachaza, hasta desangrarla y desengrasarla; se echó á la cabeza, á modo de yelmo, el duro cráneo del león; á la espalda la piel; sobre el pecho desnudo cruzó las garras poderosas de la fiera... y respiró satisfecho. Había dado cima al primero de los Doce Trabajos. Porque claro está que Hércules representa al civilizador de Europa, y antes que abrir los istmos y que limpiar los establos y que apoderarse de los malhechores, debe ser en toda obra civilizadora acabar con las fieras, con la ignorancia y la brutalidad, con todo lo que representa el león de Nemea. Y fijáos bien que Hércules no intentó domarle, no: le mató.

Sucedió esto otro día del caluroso Julio. Y los griegos, no sabiendo qué hacer con el león, le pusieron en el Zodiaco. Y en medio del cielo está, y puede vérsele en estas noches estrelladas.

DIBUJO DE XAUDARÓ

W. & B.

CREPÚSCULO ANDALUZ,
POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ



Crónica Gráfica

En uno de los sitios más hermosos de España, en el monte Aloya, situado cerca de Tuy, se ha celebrado recientemente una bellísima y tradicional fiesta religiosa: la de la bendición de las espigas, presagio de la buena cosecha y de todas las venturas y bienandanzas que en el campo pueden sobrevenir.

A la fiesta concurrieron, según los periódicos locales, más de dieciséis mil peregrinos de Tuy y de muchos pueblos y aldeas de los alrededores. Celebráronse misas desde las dos de la madrugada, y hubo cánticos religiosos y expansiones profanas de todo género.

En pocos lugares de España se celebra ya esta fiesta, principio de la recolección, que ya en tiempos muy antiguos constituía una de las principales ceremonias públicas y populares, no sólo en los pueblos de Occidente, sino también en las civilizaciones orientales más venerables.

Aquí en Madrid, como no tenemos cosecha que recoger, á no ser una abundantísima y mortífera de microbios de todas las especies conocidas, nos contentamos con divertirnos modestamente, muy modestamente, acudiendo todos, como un solo hombre, á los Jardines del Buen Retiro, donde ameniza nuestra melancólica existencia la compañía de opereta italiana de nuestro antiguo conocido el empresario Raffaele Tomba.

En esa compañía figuran las graciosas tiples señoras Foffano, Surano y Barbieri, cuyos retratos pueden ustedes ver ahí, en la página de al lado, y que poseen, á más de voz agradable y de figura gallarda, una mímica suficientemente expresiva para que hasta los más profanos en el idioma del Dante, ó de quien quiera que sea el idioma hablado en *La geisha* y en *Il venditore d'uccelli*, podamos echárnoslas de pillines y alardear de que entendemos ce por be todas las picardías propias de las más escabrosas situaciones dramáticas.

La compañía Tomba ha comenzado sus tareas con buen pie, y ninguno de sus actores podrá negar que el público le ha aplaudido con calor... con un calor de más de 35 centígrados.

En la industrial y trabajadora Tarrasa se ha celebrado ó está celebrándose una magnífica Exposición de artes é industrias que honra y enaltece á aquel progresivo pueblo. Sentimos no poder publicar sino esta simple noticia del importante concurso, que prueba una vez más las grandes aptitudes y la constancia de los tarrasenses en el trabajo.

Se ha inaugurado en la calle del Príncipe de Vergara, de esta corte, el nuevo convento de Maravillas, obra del reputado arquitecto Sr. Ortiz de Villajos. Las obras de carpintería, muy artísticas é importantes, han corrido á cargo del acreditado maestro Sr. Ramírez. A uno y á otro felicitamos.

La guerra rusojaponesa continúa con gran actividad. Al escribirse estas líneas, los barcos fantasmas de la escuadra de Vladivostock, mandada por Stackelberg y Skrydlof, prosiguen jugando á su placer con la escuadra japonesa de Kamimura y con la del inteligentísimo Togo. El juego es peligroso, y no sabemos cómo ni en favor de quién se decidirá.



TUY. PEREGRINACIÓN AL MONTE ALOYA — Fot. G. Gutiérrez



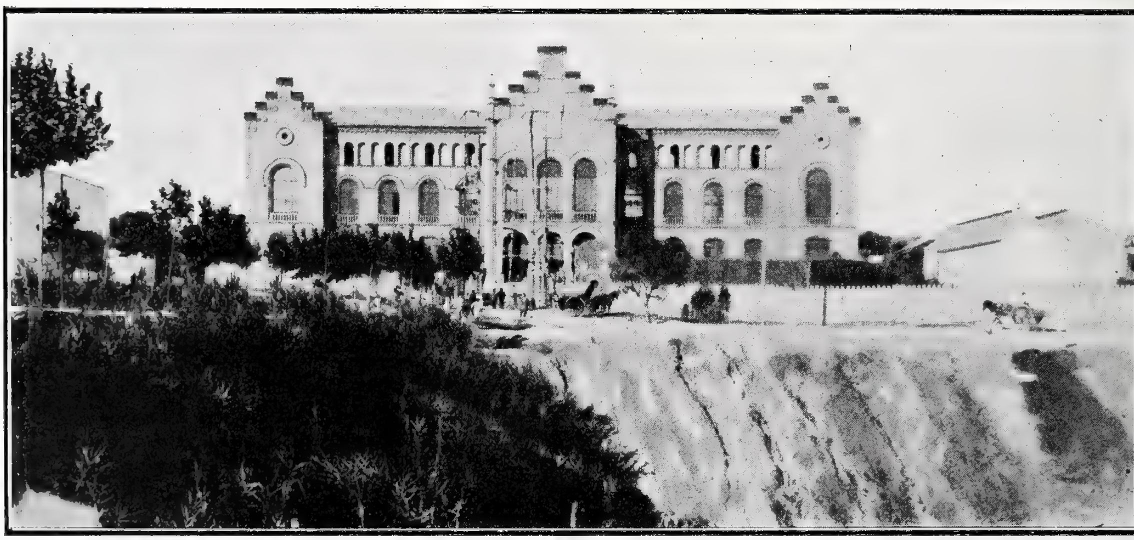
SEÑORA FOFFANO



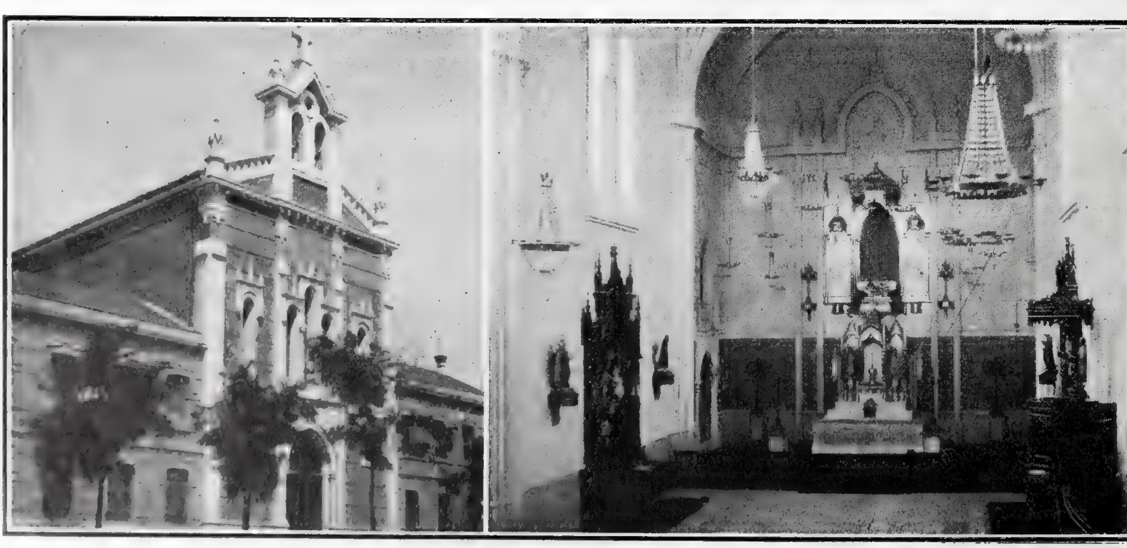
MARÍA BARBIERI



DINA SURANO



EDIFICIO DE LA EXPOSICIÓN DE TARRASA — Fot. Ballester



FACHADA É INTERIOR DE LA NUEVA IGLESIA DEL CONVENTO DE MARAVILLAS — Fots. Asenjo



DESEMBARCO DE JAPONESES EN LA BAHÍA DE GENZAN



EL ALMIRANTE KAMIMURA



EL ALMIRANTE STACKELBERG



EL ALMIRANTE TOGO



OPERACIONES DEL EJÉRCITO JAPONÉS EN COREA UN TREN DE INGENIEROS Fot. G. Bolak

VIII CONCURSO ARTISTICO DE BLANCO Y NEGRO.

EL RETRATO DE DON QUIJOTE

Hace siete meses que publicó Blanco y Negro la convocatoria de este Concurso. Hasta el presente no hemos recibido ninguna obra pictórica ni escultórica, ningún dibujo ni fotografía para dicho Concurso. En cambio, poseemos ya varios centenares de cartas en que se nos pide que modifiquemos ó aclaremos las condiciones del certamen. Hemos estudiado detenidamente lo que nuestros comunicantes por escrito y muchos artistas, pintores y escultores, de palabra, nos han manifestado á este respecto, y haciéndonos cargo de las importantes razones por unos y otros aducidas y de que ningún perjuicio se sigue á nadie introduciendo en el Concurso las variaciones accidentales por la experiencia aconsejadas, puesto que no hay aún ni un solo concurrente, hemos decidido redactar de nuevo las condiciones, sin que esta nueva redacción pueda ser modificada en lo sucesivo.

CONDICIONES PARA EL CONCURSO

«EL RETRATO DE DON QUIJOTE»

1.ª Blanco y Negro ofrece un premio de **CINCO MIL PESETAS** al artista, pintor ó escultor que presente **un retrato de Don Quijote de la Mancha** trazado con la mayor exactitud estética y la más fiel adecuación al tipo descrito por Cervantes en su inmortal libro. Este premio se otorgará al cuadro al óleo, á la acuarela, al pastel ó pintado por cualquier otro procedimiento á todo color, ó á la escultura que el Jurado designe.

2.ª A este certamen podrán concurrir asimismo los dibujantes en negro, á pluma ó á mancha, carbón, lápiz, etc., y también los fotógrafos: pero de otorgarse el premio á un dibujo en negro, el importe de aquél será solamente de 2.000 pesetas; y si se adjudica á una fotografía, el premio será de 1.000 pesetas.

3.ª Para admitir ó rechazar y juzgar las obras presentadas, se constituirá un Jurado compuesto por personas de reconocida competencia en artes plásticas y en literatura. Este Jurado designará la obra que merezca el premio.

4.ª Los trabajos presentados al Concurso deben llevar un lema é ir acompañados de un sobre con otro lema igual. Dentro del sobre cerrado y lacrado, se contendrá un papel con el nombre del autor y señas de su domicilio. La Dirección de Blanco y Negro entregará á cada concurrente un recibo, con el cual podrá recoger el premio, si fuese el agraciado, ó su obra si ésta no fuere admitida ó resultara sin premio. La obra premiada quedará de propiedad de Blanco y Negro.

5.ª Con los dibujos, fotografías, esculturas y cuadros presentados al Concurso, se formará una Exposición pública, si el número é importancia de los trabajos lo hiciera necesario y oportuno, á juicio del Jurado.

6.ª Para dar unidad al concurso, el tamaño de los dibujos, fotografías y cuadros no excederá de **45 centímetros** de altura por **30 centímetros** de ancho, y el de las esculturas no pasará de un metro de alto. Las obras que no tengan estas condiciones no serán admitidas.

7.ª El plazo para la admisión de obras terminará el día 28 de Febrero de 1905, á las doce de la noche.

Madrid 16 de Julio de 1904.

EL DIRECTOR

TORCUATO LUCA DE TENA

NOTA. Los autores de provincias ó del Extranjero que deseen tener recibo de su envío y guardar el incógnito, se servirán mandarnos un sobre en el que indiquen:

PROVINCIA (O PAÍS)

Sr. Tenedor de la cédula ó depósito núm. (número de la cédula ó depósito)

Lista de Correos

POBLACIÓN...

CÓRTESE LA PÁGINA POR ESTA LÍNEA

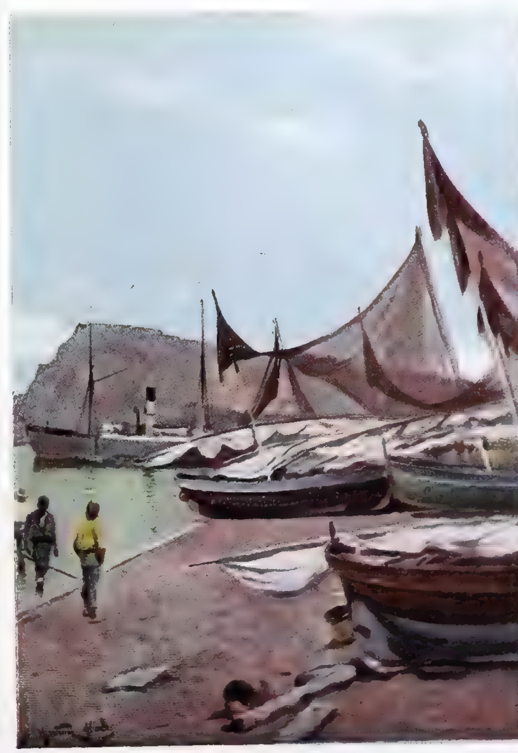
POSTALES BLANCO Y NEGRO

COLECCIÓN MARTÍNEZ ABADES









La afición á las tarjetas postales ha entrado en una nueva fase. Hoy día la moda que hace furor entre los *amateurs* consiste en aprovechar las tarjetas ordinarias que expende la Administración de Correos en todos los estancos y pegan en ellas láminas ó dibujos, de manera que la parte artística quede á salvo de las manchas de tinta y de los sellos, para poder después formar con ellas un Album. Es una manera de hacer circular por todas partes estas pequeñas y delicadas obras artísticas, sin convertir en prosaica manía lo que es una verdadera afición estética. Siguiendo el ejemplo de varias acreditadas revistas inglesas, publicamos esta nueva forma de postales, é invitamos á nuestros lectores á que se fijen en las instrucciones que van á la vuelta.

COLECCION MARTINEZ ABADES

Esta Colección se compone de ocho tarjetas postales. Núm. 1. Interrogando al mar. Núm. 2. Recogiendo algas. Núm. 3. Redes al sol. Núm. 4. Lobos marinos. Núm. 5. Playa de Barcelona. Núm. 6. Puerto de Cartagena. Núm. 7. Grao de Valencia. Núm. 8. Puerto de Málaga.

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 1. INTERROGANDO AL MAR

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 2. RECOGIENDO ALGAS

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 3. REDES AL SOL

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 4. LOBOS MARINOS

INSTRUCCIONES

1.ª Córtese la página por la línea indicada, para evitar que se desencuaderne el periódico.—2.ª Recórtense las tarjetas por el mismo borde del grabado, cuidando no quede alrededor ningún margen blanco.—3.ª Péguese la estampa por su parte superior únicamente y por el sitio que se indica. Haciéndolo así podrá escribirse en la tarjeta postal sin manchar el grabado, pues quedará éste cubriendo la escritura.





MATUSALEN EN SU TOCADOR

Salir á picos pardos quiere ya
cierto galán que conoció á Noé;
úntase en las mejillas no sé qué;
pinta y adoba aquí, restaura allá.
Tiñe el bigote, que blancuzco está,
y espésalo con algo de «crepé»;
pone en la calva el rubio «bisoñé»;
puéblase las encías, y ¡ajajá!
Tal queda aquel Nestor de Belcebú,
que no lo conociera, á estar allí,
la madre que hace un siglo lo parió.
Y siendo de sí, al par, encanto y bu,
se contempla al espejo y dice así:
«Máscara, mascarote: ¿tú eres yo?»

El Br. Francisco de OSUNA

DIBUJO DE SANCHA

AUNQUE AL SALIR TÚ DEL PUERTO
QUEDÉ MÁS MUERTO QUE VIVO,
VERÁS POR ESTA QUE ESCRIBO
QUE, CON EFECTO, NO HE MUERTO



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR JOSÉ CHACÓN

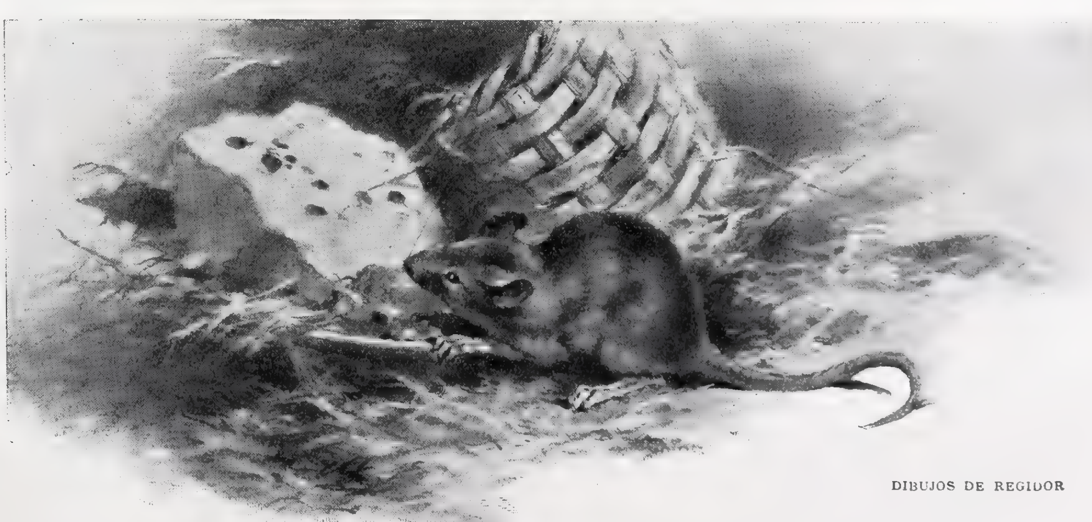


LA GENEROSIDAD DEL AMBICIOSO

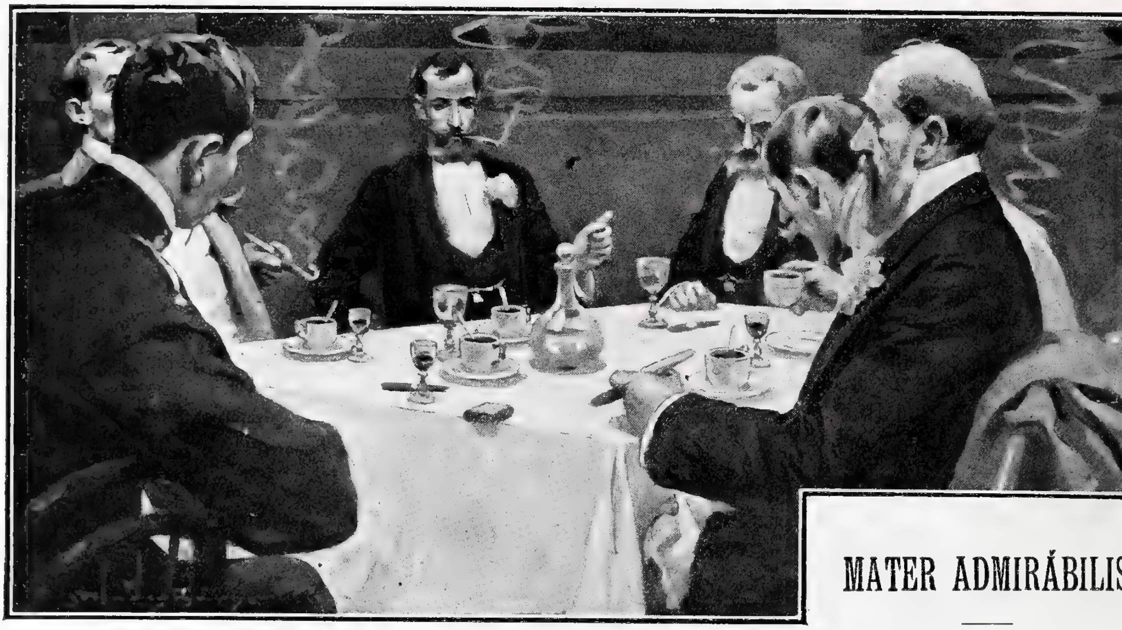
FABULILLA

Ocultos en un rincón
de una despensa, observaban
dos gatos, con atención,
cómo un incauto ratón,
sin saber que le acechaban,
con toda calma comía
una ración abundante
de rico queso que había
en un plato y despedía
un olorcillo incitante.
Al notar olor tan grato,
dijo un gato al otro gato:
—Salgamos sin discusión,
tú á comerte lo del plato
y yo á comerme el ratón.
—No—contestó el otro;—creo
que sería un acto feo
realizar tal cobardía.
Reprimamos el deseo...
¿Por qué turbar su alegría?
Del queso le ha de quedar
ya muy poco y no podremos
el apetito calmar;
del ratón ¿qué has de sacar,
cuando ni aun casi le vemos?
Nada; ya que es tan dichoso
con ese manjar sabroso,
déjale feliz comer.
—Yo aplaudo ese proceder
demasiado generoso,
mas comprendo tu intención...
Lo que tú buscas con eso
es que termine el ratón...
¡y aprovechar la ocasión
de comer ratón y queso!

JOSÉ RODAO



DIBUJOS DE REGIDOR



MATER ADMIRÁBILIS

En el curso de la comida se habló poco y con dilatadas pausas de silencio. De los seis comensales que la casualidad había agrupado aquella noche en torno de una mesa en el comedor de la Peña, uno estudiaba con tenso interés las alternativas de la partida que se jugara aquella tarde en la sala del círculo, impresas en dos cartulinas; dos leían periódicos, y los demás parecían absortos y cavilosos. Eran amigos, camaradas de la adolescencia, condiscípulos en la escuela; se tuteaban, y no obstante los recuerdos comunes y la familiar llaneza de sus modales, no era su trato cordial. El que atendía á las desordenadas vicisitudes del juego impresas en las cartulinas era un marqués andaluz, de edad madura, desgarbado, de noble rostro, ojos obscuros de franca mirada, nariz prominente y carnosa, y bigote y barba entrecanos. Su empedernida sordera consentía á los amigos del aristócrata las burlas de palabra más aviesas y ofensivas. De su matrimonio con una hermosa dama gaditana tuvo cuatro hijos, á los cuales no dispensaba el marqués el menor cuidado; jugaba fuerte y sin apocamientos, y perdía casi siempre, á tal punto, que sus amigos, viéndole tallar, decían festivamente:

—Jerónimo está preparando otra celda para sus hijos en el Hospicio.

A los postres, la fuerza enardecedora de los licores desató la locuacidad de los comensales.

—¿Cuándo es el viaje á Montecarlo, Jerónimo?—preguntó uno de los amigos.

—No lo sé—repuso el interpelado.—Con los cambios á cuarenta, no hay quien pase la frontera.

—Yo pensaba acompañarte, pero acaban de destinarme al campo atrincherado de Gibraltar,—exclamó uno de los presentes, capitán de Artillería, bajito, de ojos azules, barbirrubio, taciturno y de pocas y medidas palabras. Solamente el juego vencía su reserva. En la partida hablaba sin tasa, blasfemaba, y sus puñetazos sobre el tapete eran siempre una invitación á la hilaridad de sus amigos. A computársele sus fraudes á los usureros como servicios á la patria, el capitán Alvaro Serrano ceñiría á estas fechas el fajín del generalato.

—Esa ganga se la debes á los japoneses—dijo otro de los que compartían la cena, militar también, buen mozo, caballista de gran crédito, á quien su parentesco con un grande de España daba ingreso en todas las moradas de la aristocracia.—Yo—continuó—no pienso salir de Madrid, á menos de que me incorporen al Estado Mayor ruso... Antes de ir á Canarias, Baleares ó Ceuta, pido la excedencia.

—Yo espero también estar de vuelta en Madrid muy pronto. He movido á gente que tiene mucha mano con el ministro,—arguyó el artillero, doblando al descuido su servilleta.

—Es inútil que te afanes. El general no atiende á nadie en estos casos,—contestó el de Caballería.

—La duquesa de Soldevilla me ha prometido que vendré á Madrid en la primavera próxima... Y ya sabes que esa señora no promete las cosas en vano... Es terca y de carácter...

—¡Admirable mujer!—exclamó el marqués jugador...

—El temple de su alma es más varonil que femenino—añadió uno de los comensales.—Circulan á su costa historias que parecen inventadas...

—Y lo serán de fijo—repuso el artillero.—La duquesa es una dama de costumbres intachables.

—Y muy virtuosa,—agregó el marqués.

—Nadie pone en duda sus virtudes—contestó el que antes había hablado de historias. Yo conozco un episodio de su vida, que me negué á creer hasta que una persona de la intimidad de la duquesa me lo confirmó. *(Pausa.)* ¡Yo no sé cómo considerar á esa dama, si como un sér fuerte, de imperiosa voluntad y de singulares dotes para sobreponerse á sus estados de espíritu y disimularlos, ó como un alma dura, insensible, diamantina!

Era el que hablaba un tipo harto frecuente en cierto medio social, para que el lector no haya reparado en él. No procedía de la aristocracia, sino de la burguesía bien acomodada; de ese mundo de abogados hábiles, audaces é intrigantes que surte de estadistas á España. Llamábase Ventura Heredia; era hijo de un exministro, y aunque se daba buen porte, todos sus amigos desconocían el origen de sus recursos. Su cultura, más decorativa que honda, y muy extensa para lo que se estila entre el señorío, le consentía lucir en todas las conversaciones una superioridad de ingenio que nadie le disputaba. Era discreto y ameno colector de anécdotas, que refería á la más velada insinuación con frase aguda y pintoresca, y por el hecho de frecuentar las salas de armas, reputábasele como perito en re-

solver diferencias de honor. ¿De qué vivía? Casi siempre estaba convidado. Por lo demás, era hombre sobrio de necesidades. Su trato era codiciado, y sus amigos tasaban en alto precio sus opiniones.

—Y ese episodio, Ventura, ¿es de los que la amistad puede revelar?—preguntó el marqués.

—¡Y qué hay que no se pueda revelar!—repuso Ventura con escéptico gesto.—Es cuestión de circunloquios; es decir, de palabras.

—Venga la historia, pues—exclamó con su vozarrón de órdenes el oficial de Caballería.—Aunque yo no estoy muerto de curiosidad, creo que digeriré mejor si te decides á contarla.

Hubo un momento de silencio. Ventura puso un terrón de azúcar en el vaso con agua y esperó á que se disolviera. Entretanto, los demás comensales, con la atención suspensa, fumaban. Ventura se bebió parsimoniosamente el agua, limpióse el lacio bigote con la servilleta, y anunció la historia con dos ó tres golpes de tos. El auditorio se impacientaba.

—La duquesa de Soldevilla ha sido mujer muy hermosa,—dijo Ventura.

—Y lo es, á despecho del tiempo,—añadió el artillero.

—Fué en sus verdes años—continuó Ventura—una de las bellezas más paseadas, exhibidas y codiciadas de Madrid. *(Pausa.)* De su matrimonio con el duque, concertado cuando éste había ya traspuesto la cuarentena, tuvo cuatro hijos: el mayor, Cándido, que es ingeniero de Minas; la segunda, una niña que murió á los pocos meses de nacer; el tercero, Luis, diputado á Cortes, y la cuarta, Esperanza, que está casada con Mariano Arenales .. Es de la segunda de quien voy á hablaros.... *(Pausa)*. El duque, como la generalidad de los hombres que se casan ya maduros con muchachas, no contrariaba nunca los deseos de su mujer. Sus condescendencias con ella no tenían límites. Era la duquesa el eje de la morada familiar, y aun en aquellos asuntos que pendían de su marido, se consideraba indispensable el beneplácito de la mujer. La voluntad de Angustias—así se llamaba—era el árbitro de todo. La pereza del duque descansaba en ella como en el más cómodo cabezal. Todos sabéis que aún hoy día la duquesa no se sustrae de la vida de sociedad. Va á los bailes, comidas y saraos para recrear sus ojos y sus oídos; tal vez para comparar las vanidades que distinguían á la juventud de su tiempo de la mocedad actual. Hace algunos años, y muerto ya el duque, Angustias bailaba todavía con el voluptuoso ardimiento que ponen en ese deporte las muchachas de ahora. ¡Figuráos lo que sería un cuarto de siglo antes...! *(Pausa)* Una vez la duquesa fué invitada á un baile que se daba en el palacio de Medinaceli para recoger dinero con que aliviar á las familias lastimadas por las inundaciones en Andalucía. Entre las novedades dispuestas para capturar las pesetas de los hombres, hubo una inolvidable: una rifa de besos á diez duros la papeleta. Las damas rifadas eran las más hermosas y seductoras de Madrid, y el favorecido en el sorteo tenía derecho á besarlas en la frente en presencia del concurso. A pesar de lo inocente de aquel albur, se recaudaron más de diez mil duros. *(Pausa.)* Pero vamos á lo que importa. Con el baile famoso coincidió la enfermedad de una niña: la segunda hija de la duquesa de Soldevilla. La madre, inquieta y alarmada, temió que la mala salud de la niña estorbase su intento de asistir á la fiesta de Medinaceli. Transcurrieron los días, y la niña, lejos de mejorar, se agravó. ¿Qué hacer? La duquesa pidió una tregua á sus sentimientos maternales, y se propuso, de todos modos, no faltar al baile. Oró, imploró del cielo la salud de la niña, vertió lágrimas en plena tribulación, pero sin volver de su frívolo acuerdo. Todo su prestigio mundano habría quedado comprometido con la ausencia. *(Pausa.)* Una noche, la misma cabalmente señalada para el baile, entró la doncella, toda azorada y en lloros, en las habitaciones de la dama.



—¡Señora, señora!—dijo con trémulas voces.—¡Socorro!

—¿Qué ocurre, Francisca?—preguntó la dama, sobrecogida.

—¡Que la niña ha muerto...!

Y rompió en lágrimas ruidosamente. La duquesa se hallaba á medio vestir sus galas de sarao. Convulsa y demudada por el dolor y la cólera, y en toda la fuerza de la desesperación, se acercó al oído de la doncella y la dijo:

—Oye, nada digas hasta que yo vuelva del baile. ¡Es un compromiso! Cierra la alcoba, y que no te vean los demás criados. Luego proveeremos.

..

..

Hubo un largo silencio en el que todos los pensamientos confluyeron á una interrogación, que el marqués se aventuró á formular tímidamente:

—¿No iría?

—Estuvo en el baile, y al regreso, después de desnudarse, atronó la casa con sus gritos de consternación y de angustia...—repuso Ventura. En seguida añadió por todo comento:—¿Es una mujer fuerte...? ¿Es una malvada? ¡Quién sabe...!

MANUEL BUENO

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE PASEO. *Modelo de la casa Francis, de París. Es de pañete champagne bordado, y guarnecido de tul también bordado.*

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 23 Julio 1904. N.° 690



La tristeza de Thamar

Los dioses no existen.—dijo Calicles el ateniense, ordenando los pliegues de su manto.—Sólo son divinizaciones de nuestros deseos.—Al oirle, Thamar olvidó por un instante la cortesía debida á los huéspedes y exclamó airada:—¿Cómo puedes decir tales cosas? ¡Qué insensatez la tuya! De creer tus palabras, los dioses serían malos, ya que lo son algunos de nuestros apetitos, y mi Dios es bueno. Hizo brotar el agua en el desierto, curó las heridas de las serpientes, castigó á los sacerdotes culpables.

Arquenasa, la hermosa griega que había escuchado sonriente á Thamar, le respondió con dulzura:

—Te contradices tú misma, ¡oh bellísima Thamar! Si tu Dios castiga, no es bueno.

—Justo y bueno,—afirmó la hebrea.

—No, amada Thamar; no es bueno esencialmente,—siguió Arquenasa.—De serlo, no permitiría la existencia del mal en el mundo, aniquilaría el dolor en vez de remediarlo y...

—¿Acaso tus dioses han hecho eso que dices?—interrumpió Thamar, irguiendo sobre el asiento su cuerpo hermosísimo.

—Esclavo, llena esta copa,—dijo entonces tranquilamente Lucio Anneo Rubirio el senador.—Una vez llena, el noble romano se dirigió á las dos mujeres y les habló con gran calma.

—Abandonad discusiones indignas de vuestros labios de rosa y humedecedlos en este divino Falerno, fresco y aromático. ¿Qué os importa que los dioses hayan ó no aniquilado el mal? ¿Dejaréis de ser bellas por eso? ¿Careceréis de adoradores? Sois jóvenes, sois amadas. El día muere con maravillosa pompa, en esta terraza se disfruta de agradable frescor, estamos tranquilos; gocemos en paz del momento presente y brindemos ahora por el divino Tiberio, por la hermosa y noble ciudad de Menfis que nos hospeda, y por vuestras gracias que embellecen nuestra vida.

Las mujeres, obedeciendo al romano, bebieron. Zohak el persa y Calicles también se unieron al brindis; sólo el menfita Hib se negó, diciendo que un voto le vedaba beber vino en su patria.

Luego los esclavos acercaron á los invitados de Thamar mesitas cargadas de manjares, servidos en platos de finísima arcilla amarillenta y rodeados de coronas de narcisos y de acacia. Por un instante callaron los huéspedes, mientras una brisa fresca llegaba del rojo cielo crepuscular, anunciando la próxima noche. Al soplo del viento flamearon las telas de los trajes, y la lona que entoldaba la terraza atirantó sus cuerdas y se infló como una vela. Sobre el poniente se confundían las macizas moles de los templos en una masa confusa sobre la que surgían, cual brazos implorantes, las agujas esbeltas de los obeliscos. En la calle moría la luz; sólo frente á la casa de Thamar un último rayo de sol, pasando sobre la terraza, ensangrentaba el muro frontero, roído por los jeroglíficos.

Masticando lentamente, dijo Zohak el persa.—Los males son necesarios en el mundo. Aun el mayor de todos, la muerte...

—No llames mal á la muerte. La muerte es envidia de los dioses,—murmuró Arquenasa

—Supremo deleite, última voluptuosidad con que nos obsequia la vida,—dijo el senador.

—No os riáis de la muerte,—exclamó Thamar estremecida.—Sois más sabios que yo. Habláis de gentes que no conozco, de cosas que no comprendo; pero me parecéis locos cuando os oigo desear la muerte. Yo ansío vivir mucho, y si pudiera ser, vivir siempre.

—Demócrito de Abdera—dijo Calicles—murió á los cien años y maldijo á los dioses que le castigaron con tan larga existencia. Cuando el filósofo de Agrigente quiso descubrir la verdad en el cráter del Etna, los dioses dispusieron de su vida, mostrándole así que la muerte es la única verdad del mundo.

—Los dioses... Di mejor las fuerzas, lo inexplicable; no los dioses,—replicó Rubirio.

—Tienes razón,—afirmó Calicles.—La palabra dios es la máscara con que ocultamos la obscuridad de lo desconocido.

—Nadie alzará el velo de lo que es, fué y será,—dijo el egipcio sentenciosamente, mientras Arquenasa murmuraba:

—Basta observar la vida para comprender que los dioses no existen.

—Está segura de ello—habló Calicles.—Sólo Thamar puede creer en seres supremos y perfectos que gobiernan sus actos. Nosotros nos emancipamos de tal tutela. Nuestros espíritus no son pajarillos presos, y vuelan, cantan y gozan sin sentir cadena alguna que les sujete al mundo.

—Nuestra religión es grande. Consuela en algo el espíritu cansado—dijo Zohak,—pero no le satisface.

—En Amoun se reconcentran todas las perfecciones del universo, pero se esconde entre sombras, sin salir de ellas á pesar de nuestros ruegos,—salmodió el menfita.—Ignoramos, por tanto, el bien absoluto á que el hombre aspira.

Oyéndoles Thamar, se encogió de hombros y se fué á acodar en la balaustrada de la terraza. En aquel instante salió de la sombra de la calle y entró en la zona de luz un hombre empolvado y harapiento que caminaba despacio, apoyándose en una vara y llevando en la diestra el ramal de una pollina, donde cabalgaba una mujer joven de dulcísima fisonomía. Sobre el pecho de la mujer se doraban los rizos de un niño dormido, y el sol poniente enrojeció las vestiduras de los viajeros, que salían un instante de la sombra para tornar luego á ella.

Thamar reconoció en los trajes y en los rostros de los viajeros algo que la rejuveneció y tornó por un instante á la patria lejana. Llamando á un esclavo, le ordenó se acercase á los caminantes y les preguntara quiénes eran y de dónde venían. Los ojos de la hebrea seguían el lento andar de la cansada pollina, cuando Arquenasa la llamó riendo



Arrancándose á su contemplación, Thamar se llegó á sus amigos, que la recibieron con gran alborozo.

—Divina Thamar—dijo Calicles con voz burlona:—tus invitados, ansiosos de darte las gracias por tu hospitalidad, creen que el mejor pago de ella es repetirte el axioma que Calicles el ateniense, Lucio Anneo Rubirio, noble romano y comensal del César, Hib el menfita y Zohak el persa, sabios profundos todos, exponen al juicio de tu alma ingenua. Bebe primero este meritísimo néctar, y después escucha.—Calicles llenó la copa de Thamar con un vino claro, sobre el que sobrenadaban rojos pétalos de rosa, y entregándosela á la hebrea habló solemne é irónico:—Tan cierto como tus labios recuerdan el amor, este rubio vino el oro, esas hojas de púrpura la sangre, y que estas tres fuerzas gobiernan el mundo, lo es que ninguna religión pasada, ni presente, ni futura, dará al hombre la felicidad que ansía, pues aunque le ofrezca mucho, más pedirá nuestro espíritu, tan insaciable como el buitre de Prometeo. Así, vive, goza y muere sin cuidarte de esos dioses á los cuales la imperfecta naturaleza humana concede las perfecciones que nunca alcanzará. Bebe.

Pero Thamar, abrumada por aquellas palabras, no bebió. Dejóse caer sobre el suave lino de su triclinio, tan triste y abatida, que no reparó en el vino que huía de su copa inclinada, ni escuchó la voz del esclavo que, vuelto de la calle, le decía:

—Ama, los viajeros por quienes te interesabas vienen de Judea, huyendo de Herodes, tirano de Jerusalén. El hombre se llama José, la mujer, María, y llevan consigo un niño de pocos meses.

Mauricio LOPEZ ROBERTS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



CUENTO SOSO PERO NUEVO

La posada del *Cocodrilo* era una de las más asquerosas de la provincia de Toledo.

Hallábase á la salida de Valdezancajo; sus cuadras eran pequeñas, pero sin ventilación; sus alojamientos eran tan malos, que se pasaban la existencia envidiando á las cuadras, y de tal modo abundaban en el local los insectos chupadores, que todo viajero que allí pasaba una noche, amanecía con anemia.

El *Cocodrilo*, dueño de la posada, era un viejo dos veces viudo y otra vez dispuesto á casarse, persuadido de que á los posaderos no les conviene vivir sin posaderas; y á pesar de los *encantos* de su establecimiento, siempre lo veía lleno de viajeros, gracias al punto de considerable tránsito ocupado por aquel parador, en donde no se podía parar.

Era la noche de un día de cierto mes de no recuerdo qué año.

La posada del *Cocodrilo* hallábase repleta de transeuntes de todas cataduras, desde el recaudador de contribuciones hasta el vendedor de tomates, desde el murguista que va á tocar los motetes al pueblo vecino, hasta la criada que viene de tocar los resultados del servicio doméstico.

A falta de reloj de campana, sonaron las nueve en la garganta del burro del *Cocodrilo*, que solía rebuznar puntualmente á dicha hora, cuando paró á la puerta de la posada un lujoso carruaje, del cual descendió una elegante dama que, después de llamar al *Cocodrilo* y celebrar con él una *interview* misteriosa, subió á posesionarse del único aposento decente del mesón, ó por lo menos del cuarto que tenía muebles más servibles é insectos menos crueles.

Como aún no se habían acostado los alojados, unos por falta de sueño y otros por falta de catre, todos vieron llegar á la misteriosa dama y en ella pararon mientes, cosa nada extraña puesto que se hallaban en un parador.

Pronto se extendieron los cuchicheos, las conjeturas y los comentarios por todos los ámbitos del edificio. La misteriosa viajera, cuya hermosura había herido como un rayo al recaudador y al murguista, se encerró en su habitación y con nadie habló más que con el *Cocodrilo*, á quien rogó que pasara la noche cerca del alojamiento, en evitación de un susto.

Transcurrió la noche, durante la cual coincidieron indudablemente en pensamiento muchos de los alojados que habían visto á la dama, y apenas amaneció y comenzó en la posada el movimiento, arrieros, chalanes, murguistas, recaudadores, mozos y coro de ambos sexos, dirigiéronse al *Cocodrilo* y le preguntaron:

—¿Quién es esa señora? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?

Nada sabía ó nada quiso decirles el posadero, concretándose á darles esta noticia:

—Amigos míos, sólo puedo deciros que desde que esta señorona se nos ha colao aquí, no ha hecho más que dormir mucho y soñar alto.

—¿Sueña alto?—preguntaron todos los alojados.

—Mu alto,—respondió el *Cocodrilo*.

No insistió la curiosa concurrencia en sus investigaciones; pero el que más y el que menos, dijo para sí:

—Conque sueña alto, ¿eh? Pues lo que es esta noche no me quedo sin oirla. Y por el hilo del sueño algo se podrá sacar del ovillo de su vida y milagros.

Durante el día nadie vió andar por la posada á la viajera misteriosa, entre otras razones porque no salió de su aposento ni un instante, y una vez llegada la noche y enterado todo el mundo de que el posadero había sido ya relevado por la dama del cargo de vigilante, fueron sigilosamente llegando á la puerta del cuarto de aquélla, chalanes, arrieros, murguistas, mozos y coro de ambos sexos. Unos á otros se imponían silencio y turnaban en aplicar el oído á la cerradura del aposento, ansiosos de oir soñar alto á la dama misteriosa.

Mas transcurrían muchos minutos y aun horas enteras y las esperadas frases no surgían de los labios de la durmiente. Lejos de esto, era tan profundo el silencio en la estancia, que si lo comparásemos con el silencio de la tumba, éste nos parecería una cencerrada.

En toda la noche se turbó el silencio aquel, y así que fué de día, viendo defraudadas sus esperanzas los curiosos alojados, dirigiéronse al posadero soñolientos y malhumorados y le dijeron así:

—¡Tío *Cocodrilo*, bien nos ha engañado usted!

—¿Pues qué?...

—Nada, que en toda la noche hemos oído á esa mujer.

—¡Toma! Como que no resuella.

—¿Pues por qué dice usted que sueña alto?

—¡Miá qué salero! Porque la cama en donde sueña tié dos varas de altura!

DIBUJO DE XAUDARÓ

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Cronica Gráfica

Todos los periódicos diarios han mencionado ya, con el elogio que se merece, la existencia de una Escuela española en Marsella, dirigida por el Sr. D. José García Torres. Nadie ignora que existe en la gran ciudad comercial del Mediterráneo una colonia española numerosísima, hasta hoy absolutamente descuidada en punto á instrucción. Ahora ya no sucede así: ahora ya hay un centro educativo en donde se enseña la lengua castellana y donde se reunen bajo el pabellón nacional los futuros ciudadanos, que allí aprenden á amar á la patria y á no olvidarla mientras residen en tierra extranjera.

La Escuela española de Marsella es un ejemplo digno de imitación. Orán, Argel y otros puntos de la costa mediterránea en donde las colonias españolas son tan nutridas y compuestas de gente, por lo general, poco acomodada, debieran crear centros análogos, y el Gobierno español haría perfectamente si protegiese y alentara en forma positiva tan bienhechoras instituciones.

El *salto del Pindo* parece el título de alguna ópera clásica con música del caballero Glück, ¿verdad? Pues no es nada de eso: es sencillamente un magnífico salto de agua que varios inteligentes capitalistas gallegos y franceses acaban de poner en explotación para mover dos fábricas, una electroquímica de producción de carburos y otra de energía eléctrica, que puede suministrar actividad á diferentes industrias.

Para formar idea de la importancia de las gigantescas obras, que en la semana pasada terminaron oficialmente, siendo inauguradas con gran solemnidad, no bastan las dos fotografías que publicamos, sino que es preciso notar que el conjunto de las obras lo constituyen una magnífica presa natural formada por enorme banco de granito; un trozo de canal, de 100 metros de largo por 3 de ancho, al que siguen un túnel de 190 metros de largo y 2,25 de alto, otro trozo de canal de 250 metros de largo y un segundo túnel de 140, al final del que se halla la cámara de agua con una capacidad de 200 metros cúbicos. La altura del agua sobre el eje de las turbinas resulta de 114 metros. Desde la fábrica hidro-eléctrica del Pindo se conduce la energía á la fábrica electro-química de Brens por una línea de alta tensión. En esta última fábrica hay hornos y talleres de trituración para obtener el carburo de calcio, hornos de cal, talleres de bidones y embalaje, etc.

Total, una nueva y magnífica muestra de vitalidad de la industria gallega.

Aproxímase la temporada de fiestas, ferias y holgorios en todas las capitales castellanas, que, más atentas á la tradición que á la oportunidad, suelen celebrar sus festejos en los meses en que el calor hace casi imposible la afluencia de forasteros.

La imperial Toledo celebrará este año, como en los anteriores, su feria en los días cercanos al de la Virgen de Agosto. Ya lo anuncia, mediante un hermoso cartel que hemos recibido y que reproducimos con gusto, como muestra del talento de un joven artista toledano, Enrique Vera, hijo de nuestro buen amigo y colaborador D. José, acreditado pintor de escenas y paisajes toledanos.

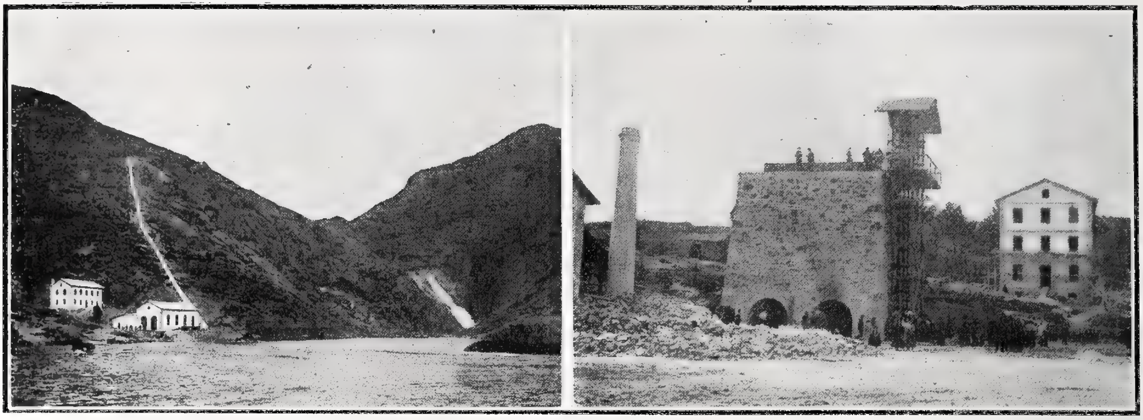
A título de curiosidad reproducimos la fotografía de un enorme cetáceo de clasificación difícil que ha sido hallado en la costa gallega por unos marineros.

Acostumbrados estamos á ver peces de gran calibre, sobre todo en el Salón de Conferencias, pero tan grandes como ese pez, al menos materialmente, no hemos visto ninguno.

Se ha inaugurado hace pocos días el nuevo dique seco de Cartagena con la imponente operación de hacer entrar en él al crucero acorazado de primera clase *Carlos V*, maniobra que se realizó con gran felicidad en poco más de una hora ante numerosísimo público.



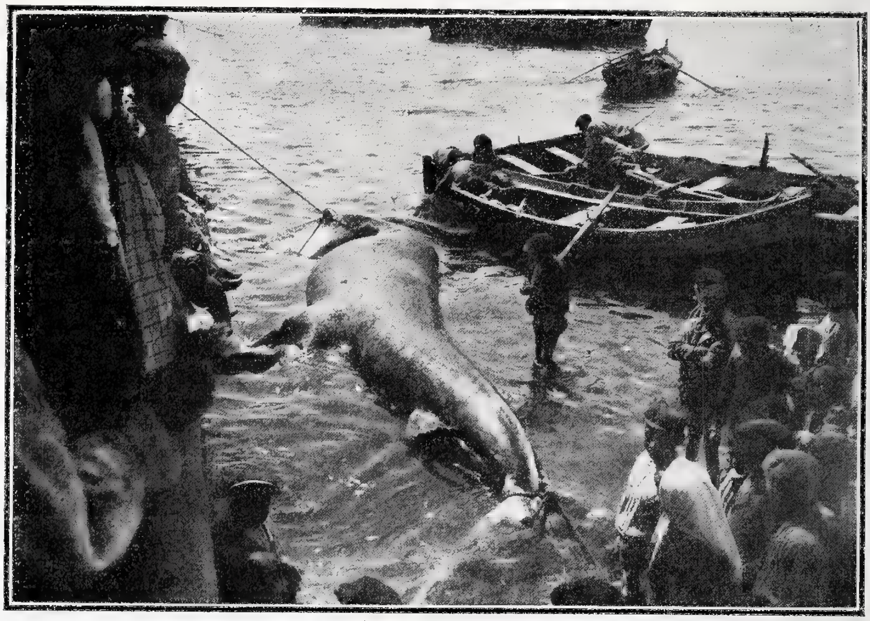
MARSELLA. ALUMNOS Y PROFESORES DE LA ESCUELA ESPAÑOLA



LA CORUÑA. EL SALTO DEL PINDO Y LA FÁBRICA ELECTROQUÍMICA DE BRENS — Fot. J. González



TOLEDO
CARTEL DE LA FERIA PRÓXIMA



VIGO
CETÁCEO PESCADO EN LA COSTA — Fot. Pardo



CARTAGENA. EL CRUCERO ACORAZADO «CARLOS V» ENTRANDO EN EL NUEVO DIQUE SECO — Fot. L. Pintó

POSTALES BLANCO Y NEGRO

COLECCIÓN MARTÍNEZ ABADES









La afición á las tarjetas postales ha entrado en una nueva fase. Hoy día la moda que hace furor entre los *amateurs* consiste en aprovechar las tarjetas ordinarias que expende la Administración de Correos en todos los estancos y pegar en ellas láminas ó dibujos, de manera que la parte artística quede á salvo de las manchas de tinta y de los sellos, para poder después formar con ellas un Album. Es una manera de hacer circular por todas partes estas pequeñas y delicadas obras artísticas, sin convertir en prosaica manía lo que es una verdadera afición estética. Siguiendo el ejemplo de varias acreditadas revistas inglesas, publicamos esta nueva forma de postales, é invitamos á nuestros lectores á que se fijen en las instrucciones que van á la vuelta.

CÓRTESE LA PÁGINA POR ESTA LÍNEA

COLECCION MARTÍNEZ ABADES

Esta Colección se compone de ocho tarjetas postales. Núm. 1. Interrogando al mar. Núm. 2. Recogiendo algas. Núm. 3. Redes al sol. Núm. 4. Lobos marinos. Núm. 5. Playa de Barcelona. Núm. 6. Puerto de Cartagena. Núm. 7. Grao de Valencia. Núm. 8. Puerto de Málaga.

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 5. PLAYA DE BARCELONA

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 6. PUERTO DE CARTAGENA

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 7. GRAO DE VALENCIA

Sitio por donde debe pegarse

POSTALES BLANCO Y NEGRO
Colección Martínez Abades
Núm. 8. PUERTO DE MÁLAGA

INSTRUCCIONES

1.ª Córtese la página por la línea indicada, para evitar que se desencuaderne el periódico.—2.ª Recórtense las tarjetas por el mismo borde del grabado, cuidando no quede alrededor ningún margen blanco.—3.ª Péguese la estampa por su parte superior únicamente y por el sitio que se indica. Haciéndolo así podrá escribirse en la tarjeta postal sin manchar el grabado, pues quedará éste cubriendo la escritura.

REFRANES DE JULIO

Jadeante y sudoroso, con el sol urente por montera, con guedejas de amarillas espigas, con ojos de brasa, con hoces y guadaña en las manos, con trillos pesados en los pies, perseguido de tábanos y moscas, se nos aparece un gigantesco segador, un trillador descomunal: es Julio el cumplidor, nieto de Mayo el prometedor.

Mes cristiano es Julio: todos iguales, y todos desnudos, dice el refrán: y si alguien no se queda á toda hora tal como su madre le parió, no es por falta de ga-



nas. *En Julio, ¿dónde anda el mozo? en la acequía ó en el pozo*, añade otro refrán castellano. ¿Usted no ha sido hatero ó galopín de segadores? Peor para usted: es una vida alegre. Los hateros sabemos todas las tragantadas de Julio. Pues mire usted, en este mes, todo lo que no sea para cada hoz un cántaro de



arroba diario, es morirse de sed. Esto no lo creerán los señoritos que toman limón del tiempo chupando con una pajita. La ración de un segador que cumpla como Dios manda, es esa: una arroba, ni más ni menos. ¿Qué está usted diciendo ahí de vino? El vino al segador le enciende más que le apaga: sobre todo si es tinto, que es duro de sudar. Bien, sí señor, una colodra de lo blanco no le hace mal cuerpo al hombre; pero donde está un pico de un cántaro y un hombre con cuajo para echar-



se dos azumbres de agua entre pecho y espalda, déjese usted de vinos, que recalientan los cuadriles y aflojan los puños. Y *en Julio*—dice el otro—*lo verde y lo maduro:* total, que en este mes se da toda la siembra. Dicen que hay terrenos en que la cebada no se descabeza. Ríase usted de eso. *La cebada, en Julio toda segada; en Julio mi trigo y en Agosto el de mi amigo.* Ya sé, ya sé que el trigo aguanta, pero *la siembra granada en el campo no hace nada* y en la era es donde hace falta. *Le dijo Julio al parvero:—Ya dormirás en Enero. Quien baila en Julio, llora en Diciembre*, y *el sueño por la Magdalena es hambre en Nochebuena.*

Es un tiempo éste bendito de Dios. *Quien trabaja en Julio trabaja con orgullo*: si es amo, porque recoge



con creces lo que sembró, y si es obrero, porque los jornales de este mes son los que más prestan. Y como la tierra es tan buena, no acaba usted de recoger una cosecha de oro, cuando ya está usted viendo apuntar otra cosecha de sangre.

Por Santa Marina busca en la tu viña. Cae Santa Marina el 18 de Julio, y el que acude listo ya sa-



brá encontrar entre los agraces algo dulce y sabroso. Una semana después, ya lo dice el cantar:

Por Santiago y Santa Ana
pintan las uvas,
pa la Virgen de Agosto
ya están maduras.

Pero eso es según los lugares: hay sitios en que el albillo se da pronto: otros en que es más tempranero el lairén ó la albarazada. Las moscateles no se sabe á punto fijo cuándo dejan de ser agraz y comienzan á ser uvas de veras. Las ciriales, tienen la rareza de que para ellas todo el año es Santiago y Santa Ana: se pasan *pintando* todo el mes de Agosto y hasta el de Octubre; éste las toma por no maduras, porque piensa que serán negras; estotro las cree cercanas á hacerse pasas, porque cree que eran blancas ó doradas, y el más avisado es el que las mira y no las prueba. El que tiene viña cerca de su casa y posee además pavos, pavas y pavipollos, no pregunte dónde se han ido: *en llegando Santiago, pica la uva el pavo.*



Ni el cazador pregunte dónde se han metido los conejos. *Por Santiago esconde el conejo e' rabo*, y hace falta un buen perro de dos vientos ó de nariz hendida para sacarle del codil. ¡Profundo sabio el conejo, que duerme la siesta mientras la humanidad se afana, se abrasa y se consume! ¡Uf, qué calor y qué trabajo! ¡Quién fuera conejo!

B. y N.





LA MARCHA DE LOS VENCIDOS

Allá van los maltrechos, allá van los vencidos;
los pobres desastrados, los míseros caídos:
los que tras largo tiempo de luchas incesantes,
ya exhaustos de energía, trémulos, vacilantes,
sin estrella en su cielo y sin norte en la tierra,
renuncian á los rudos azares de la guerra.
La sociedad escúpelos: los lanza de su seno
cual fardos inservibles. Así se arroja el cieno
que mancha los marmóreos umbrales del palacio.
Uno á uno los vencidos caminan muy despacio
por sendas diferentes, mas todos van á un mismo
punto, que ejerce en ellos la atracción del abismo.
Ya no combaten, déjanse llevar. En su mirada
sin brillo, hay la tristeza de la tarde nublada:
no anima su semblante, que el tedio manifiesta,
la contracción bravía que fiero el odio presta
á los que aún se revuelven contra injustos agravios.
Cae la comisura de sus lívidos labios
con siniestra caída, y su marcha denota
el trajín de la lucha pasada y la derrota.
Los hay jóvenes, dignos de más propicia suerte,
y débiles ancianos próximos á la muerte;
y en todos ellos vibra con oquedad de tumba
el aniquilamiento de cuanto se derrumba.

* * *

Allá van los maltrechos, allá van los vencidos;
al hospital dirígense los míseros caídos.
¡El hospital! La única mansión que los acoge
y sus espectros pálidos amorosa recoge;
el hospital, que abriendo sus fauces en la sombra,
con anhelo piadoso parece que los nombra,
para después que el fúnebre enigma lo demande,
con impiedad de fiera lanzar al «hoyo grande»
los deshechos despojos de aquel montón humano,
compuesto de reptiles y larvas del pantano.
Y ante el soberbio día que vierte luz gloriosa
con sus aéreos golfos de topacio y de rosa,
ante la muchedumbre que en las calles se agita
y ríe alborozada y canta y bulle y grita
con hondas vibraciones, del hospital la puerta
siempre al dolor humano y al infortunio abierta,
devora lentamente, fatídica, insaciable
cual monstruo nunca ahito, la escoria deleznable
de aquéllos que luchando con la contraria suerte,
perdiendo la batalla cayeron en la muerte.

* * *

Allá van los maltrechos, allá van los vencidos;
los pobres desastrados, los míseros caídos.

DIBUJO DE M. SANTA MARÍA

Pedro BARRANTES

Compraventa mercantil



No, señora: por ese mantón no la puedo dar nada. Ya usted lo ve. Es una prenda muy vieja, de un color muy manchoso, y luego eso no tiene venta de ninguna de las maneras.

Y diciendo esto, el dueño del establecimiento de compraventa mercantil, como llaman ahora á los empeñistas usureros y demás sostenes de la sociedad, empujaba suavemente hacia la puerta á la pobre mujer, que, como muy habituada á semejantes andanzas, en vez de doblar la prenda como la había traído, para que tuviese cierto airecillo de ropa bien guardada en armario y cuidada por su dueño, se echaba el mantón en los hombros escurridos y aceptaba la dura sentencia inclinando la cabecita pequeña y canosa, mientras dos lágrimas asomaban tímidas á las comisuras de sus ojillos ribeteados.

Antes de llegar á la puerta volvió á implorar del prestamista, declarando ya entonces su necesidad con patéticas y apremiantes razones.

No pedía casi nada: tres pesetas que le costaba una medicina para su niña, y con objeto de ablandar aquella roca, enseñaba al usurero la receta, unos garabatos trágicos hechos con lápiz por un doctorcillo de hongo raído y capa verdosa, esclavo de cualquiera de esas caritativas y filantrópicas sociedades que por una peseta mensual ayudan á morir á sus socios con aparato de médico y botica, para tranquilizar su conciencia.

Ni por esas. El usurero no se conmovió lo más mínimo. Era hombre sesentón, nacido y criado en una casa de préstamos de las antiguas, horribles antros que se albergaban en pisos entresuelos, obscuros y lóbregos. Decían que á D. Angelito (que tal era su nombre para mayor sarcasmo) le había parido su madre sobre un rimero de colchones empeñados, y que cuando niño usó mantillas, gorros y faldones en donde se veían todas las marcas conocidas. Rico y avaro cuando viejo, aún conservaba la costumbre de no comprar pañuelos jamás. Así, cuando padecía el catarro que le acometía todos los inviernos, veíasele sacar del bolsillo alternativamente pañuelos marcados con todas las letras del abecedario y con todos los enlaces que la fantasía sugirió á la bordadora, y hasta algunos con fechas, frases y dedicatorias amorosas á tan triste extremidad llegados.

La mujer se convenció, por el gesto de D. Angelito, que no había manera de humanizarle, y entonces una llamarada de ira subió á su rostro. Poco sabe de indignaciones quien no se haya visto en el caso de que le rechacen una prenda empeñable. Roja como un tomate la cara, en jarras los puños, la mirada extraviándose por los repletos rincones de la tienda, la mujer soltó á D. Angelito en sus barbas la más terrible sarta de injurias y maldiciones que el hombre había oído jamás, y eso que tenía un repertorio que no cabría en el Diccionario de Autoridades. La última frase se le quedó grabada al usurero. Las palabras execratorias parecían haberse quedado flotando en el ambiente alcanforado de la tienda: «Permita Dios que si se muere mi niña, se vea usted el mismo día lo mismito que me veo yo hoy.»

Poca operación solían hacerle á D. Angelito las maldiciones ordinariamente, pero aquella fué dicha con un acento tan hondo, con tan reconcentrado odio, que se le metió en el alma, y allá dentro se le quedó royéndole, royéndole. Toda la tarde estuvo distraído. Por la noche durmió mal: se le figuraba que andaban en la tienda, que oía rechinar los tornillos de la caja de hierro donde guardaba las alhajas de más valor; la cara odiosa y feroz de la viejecilla se le había quedado estampada muy adentro; sus voces chillonas le desgarraban los tímpanos.

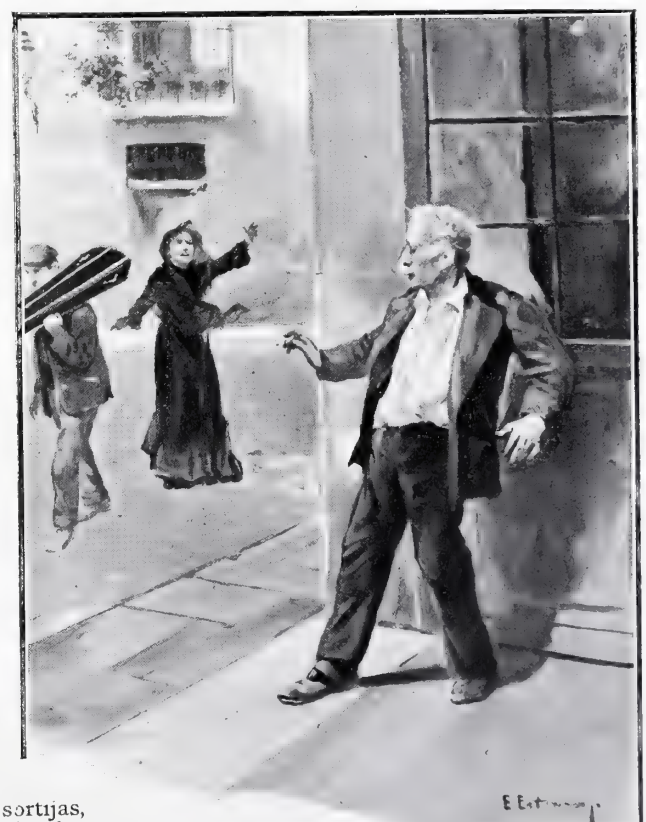
Cuando muy temprano vinieron los dependientes, D. Angelito les regañó diciéndoles que era tarde; luego se quejó de que le dolía la cabeza. Mandó traer café bueno, del café, en vez del recuelo con que solía regalarse, comprado al tío del puesto de la esquina. Todo el día estuvo preocupado. A media tarde preguntó á los dependientes si conocían á una mujer de éstas y de las otras señas. ¡Tontería! Mujeres de aquella catadura entraban todos los días en la casa de préstamos. ¿Quién había de recordar? Sin embargo, D. Angelito insistía. Bien se le alcanzaba que aquello era una preocupación infantil; cosas de chicos, que chicos son los viejos al llegar á cierto límite. Pero no importaba; era preciso averiguar, buscar á la mujer, darle sus tres pesetas, recogiéndola el mantón... ó en último extremo, sin [illegible]. Y, nervioso, calenturiento, extendió la papeleta y se la dió á uno de los dependientes, encargándole que no dejase de buscar á la mujer pequeñita, canosa, con los ojos llorones ribeteados...

—¡Bah! el amo está cada día más *guillati*,—pensó el dependiente, y se fué á hablar con la novia, á la que convidó al teatro. Cuando volvió á la tienda, á la una de la madrugada, quiso inventar la mentira de que había buscado por todas partes, en las sociedades de socorros, en la delegación, en seis alcaldías de barrio, y no le habían dado razón. D. Angelito se enfureció, despidió al chico, quiso golpearle. Por fin, á las dos mandó cerrar, contra costumbre, pues la casa solía estar abierta hasta las tres y media, hora en que aún es grande la animación en las chirlatas y garitos, que alimentan la vida de las casas de préstamos.

D. Angelito quedó solo, como de costumbre. Acostóse en su alcoba, un cuartuco que había detrás de la trastienda, y encima del almacén de ropas, colchones y mantas, que ocupaba todo el sótano. En aquel cuartuco estaban la caja fuerte, la mesa con los libros y una cama vieja de caoba.

D. Angelito, inquieto y desvelado, se sentó en la cama después de apagar la luz. Pero, señor, ¿qué era lo que le pasaba? Sintió un frío y un miedo muy grandes. Luego le pareció oir un estertor y un grito de moribunda angustia. Luego, ¡ah! luego se le erizaron los cabellos, se puso en pie á medio vestir, se arrastró hasta la puerta de la trastienda... ¡Horror de los horrores! La tienda estaba iluminada, y en ella estaba verificándose la más inusitada é inverosímil acción que ojos humanos vieron. Todos los objetos hacinados en los anaqueles, en las vitrinas, en el escaparate, obedeciendo á un impulso cuya explicación no cabe en los términos de la pobre comprensión humana, se animaban, cobraban vida y huían cada uno en busca de su dueño ó de la parte de su dueño á la cual correspondía usarlo. D. Angelito, aterrorizado, veía ó creía ver las caras de todos los desventurados pignorantes que invadían la tienda y se llevaban lo suyo, y todas las caras, viejas ó jóvenes, arrugadas ó frescas, tenían más ó menos claro, más ó menos remoto, algún parecido con el de la maldita vieja...

A quien no tuviese el interés que en ello tenía D. Angelito, le hubiera causado un efecto de danza macabra el ver cómo primeramente comenzaron á danzar las pilas de colchones y de mantas, de sábanas y de cobertores, huyendo frenéticos, desdoblándose, desarrugándose, convirtiéndose en nubes de todos colores, que desaparecían como humo; fugábanse después los mantones de lana, los alfombrados, los de Manila, tomando la forma de unos hombros y unos talles invisibles, á los que parecían adheridos; andando con sandunga y contoneo los de chinos; con ajetreo obreril los de lana; con autoridad y pausa los alfombrados, como en busca de novena ó de cuarenta horas. Saltaron luego las prendas de hombre: los gabanes, estirados y apretados hasta hundirse y troquelarse en el paño las formas de los botones de pasta, se inflaban alegremente y salían de la tienda satisfechos; las capas de todos colores se agitaban como si quisieran torear á D. Angelito, y luego se embozaban solas, con placentero desgaire si eran de las flamantes y lucidas, ó se recogían en forma de cucurucho y en torno á impalpables bultos si eran de las viejas y astrosas. Había americanas y marselleses que salían tan ternes, con los codos echados hacia atrás, como quien va á los toros. Otras, de pinta burguesa pobretona, salían con los brazos caídos, tristes, como quien vuelve de un entierro. Luego las ropas interiores de mujer invadieron la tienda, llenándola de imágenes seductoras; bailaban las medias, saltaban los pantalones, abombábanse los encajes de las camisas, remangábanse con garbo las enaguas. Formóse después el batallón de los zapatos y las botas, todos nuevecitos y relucientes, porque no se admite el calzado usado; las botas de montar marcaban el paso, crujían las de charol, aplomábanse en el pavimento las de cabra y las de becerro, triscaban los menudos zapatitos infantiles. Seguían en pos los objetos de plata, interminables escuadrones de cucharas, falanges macedónicas de tenedores y regimientos de cuchillos que, al salir de su escondrijo, chocaban, armando un ruido del demonio. Bastones, sombrillas, escopetas y pistolas deslizaróuse en compacta formación.



Por fin, el terror del usurero llegó á su colmo. Rechinaron los goznes de la caja de hierro que á sus espaldas tenía, y el espacio de la tienda llenóse de piedras preciosas que relumbraban bajo las luces; sortijas, pulseras, alfileres, collares, alhajas de todos los precios, de todas las formas, todo desaparecía, todo se marchaba.

Llegó el alba; apagáronse las luces. D. Angelito estaba solo medio muerto en medio de la tienda vacía; el mostrador presentaba su lomo desnudo; los anaqueles y las vidrieras bostezaban con las hambrientas fauces. Para convencerse de su ruina, D. Angelito desatrancó y abrió la puerta de la calle; entró en la tienda una ráfaga de hielo. Por la cuesta bajaba un hombre con una cajita blanca al hombro Detrás seguía la vieja consabida, llorando. ¿Llorando? No; al pasar por frente á la tienda de D. Angelito, miró y lanzó una carcajada.

LEMA: ET IN ARCADIA EGO

(NÚMERO 18 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

DIBUJOS DE ESTEVAN



IMPRESIÓN DE PAISAJE ITALIANO

Más que las viejas ciudades de Castilla, evocan las italianas la visión extraña y compleja de los tiempos medios. El trozo de ciudad italiana pintado por Estevan con su habitual maestría, nos ha traído á la memoria un párrafo del incomparable libro de Taine, biblia del italianizante.

Se refiere á Perusa: «Es—dice—una vieja ciudad de la Edad Media, lugar de defensa y de refugio, puesto sobre un gollizo escarpado, desde el cual se descubre todo el valle. Hay trozos de murallas antiguas, hay muchos cimientos de puertas etruscas; la ciudad del feudalismo dejó allí sus torres y sus bastiones. Las más de las calles están en cuesta y en ellas se encuentran á veces pasadizos techados de bóveda que forman como sombríos desfiladeros. A veces una casa monta á horcajadas en el lomo de la calle y su primer piso va á unirse con el de enfrente. Enormes murallones de ladrillos recochos, sin ventanas, parecen ruinas de fortificaciones...»

Estas inesperadas estructuras de las ciudades donde han ocurrido muchas cosas y en las cuáles cada siglo ha dejado su marca y cada estilo su sello característico, dan mucho que trabajar á la imaginación del poeta y no menos á la observación del pintor, para quien tiene relieve y valor estético de primer orden la obra incoherente é ilógica de los siglos.

Ved ahí una ciudad hecha de remiendos venerables. Para el historiador y el arqueólogo será asunto de cien investigaciones analíticas. El artista sólo es quien sabe apreciar y hacer valer el conjunto, la suprema armonía de unas cosas con otras.

DIBUJO DE H. ESTEVAN

Actualidad Extranjera

Krüger ha muerto hace unos días en un pueblecillo de Suiza, junto á Vevey. Los periodistas y los pensadores del mundo entero han hecho ya todos los comentarios posibles acerca de este grandioso personaje bíblico. Por uno de esos errores sentimentales que la historia rectifica ya cuando los hombres se han secado las lágrimas vertidas en la lucha ó á consecuencia de ella, Krüger nos aparece hoy rodeado de luminosa aureola, mientras que su grande enemigo el coloso Cecil Rhodes, muerto también no há mucho, llevó consigo á la tumba infinitas antipatías y maldiciones.

Krüger inconmovible, Krüger impasible, gigante rudo y tosco cual el Moisés de Miguel Angel, era el ídolo y fué el símbolo de su pueblo, de un pueblo de labradores rudos, de un pueblo parado, de un pueblo que muy á su gusto caminaba en carreta, vivía de sus trigos y sus maíces, leía solamente la Biblia y odiaba al extranjero. Muchas veces se ha dicho en son de elogio que el buen Pablo Krüger era un gran cazador que apenas sabía leer. Pues bien; los pueblos cuyos pastores no saben leer están irremisiblemente abocados á convertirse en rebaños á quienes guíen otros pastores que no sean analfabetos. A costa de su noble y bella vida, á precio de otras mil y mil vidas menos ilustres, aprendió el viejo Krüger la dura lección. Se acabaron las bobaliconas Arcadias de nuestros abuelos; no hay ya pacíficas majadas en donde no pueda entrar el lobo.



† EL EXPRESIDENTE DEL TRANSVAAL, PABLO KRÜGER

Hemos amado y venerado á Krüger quizás por ser el último representante de lo pintoresco en la historia. Placíanos ver en estos tiempos al anciano patriarca, la ahijada al hombro derecho, al siniestro la escopeta, conduciendo las interminables yuntas de bueyes que tiraban de los carromatos boers. Después nos agradaba el heroísmo de aquel pueblo épico, los relatos de batallas semejantes á las descritas en los poemas caballerescos. Botha, Cronje, Dewet, resucitaban los relatos de Ariosto y de Tasso. Pero los poemas épicos se acaban, y sólo no cesa nunca la prosa del trabajo pacífico. Y aquel poema épico se acabó sin que el protagonista muriese. Pasamos de los tiempos de Aquiles á los de Ulises, y el anciano Krüger recorrió, como el rey de Itaca, lejanas y diversas tierras, intentando recobrar la perdida patria. Nos acongojó entonces á todos el silencio cortés de los fuertes, el llamado egoísmo de Europa ante la desgracia de aquel octogenario ilustre que iba de puerta en puerta pidiendo justicia, como la pediría un niño, con ochenta años de vida inocente y labriega á las espaldas. Pero la egoísta Europa miraba por sí, velaba por la herencia ilustre de sus sabios, de sus inventores, de sus hombres, que ya no saben guiar carretas; de sus pueblos, que ya no son rebaños; de sus pastores, que saben más que deletrear y disparar un fusil certero. Y en Londres, en París, en Berlín, el pobre viejo Krüger debió medir toda la extensión de su inocencia y de la de su pueblo. ¡Triste cosa si al cabo de sus años se convenció! ¡Más triste si perseveró en su tozuda ignorancia!

¡Paz á la memoria del gran Krüger! porque el error desinteresado y sostenido á fuerza de sacrificios merece tanto respeto como la verdad adquirida á puros empeños de trabajo y de estudio.

Entretanto, el París oficial ardía en fiestas para obsequiar á su ilustre huésped el bey de Túnez; es decir, el reverso de Krüger. El bey se acomoda á la influencia civilizadora francesa, y le va tan ricamente.



PARÍS. MONSIEUR LOUBET Y EL BEY DE TÚNEZ EN LA NUEVA TRIBUNA PRESIDENCIAL DE LONGCHAMPS



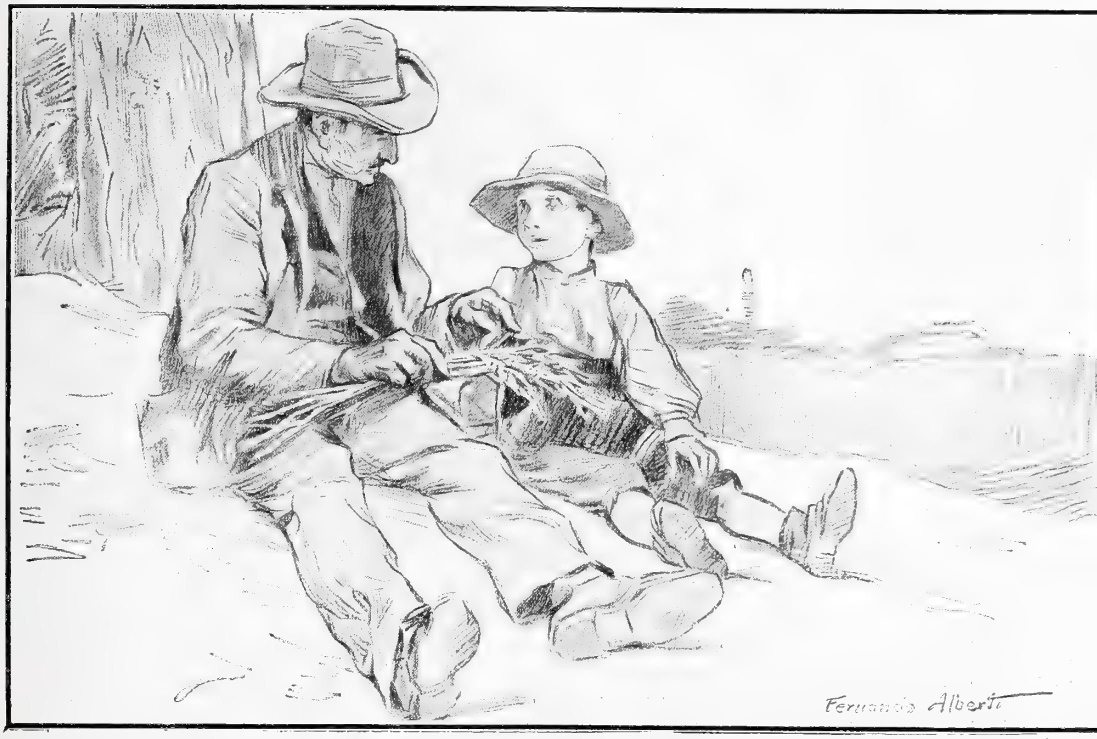
PARÍS. REVISTA MILITAR EN HONOR DEL BEY DE TÚNEZ

Fots. Chusseau Flaviens

PÁGINAS INFANTILES

GENTE MENUDA

CUENTOS · CONCURSOS · HISTORIETAS



CUENTECITOS INOCENTES. LA ANTIGUA MORALEJA DE LAS ESPIGAS

Ahora que estamos en tiempo de recolección, voy á contaros un cuento que me enseñaron cuando niño y cuya conclusión he modificado, porque ya soy grandecito y he comprendido que el tal cuento era una tontería. Decía así:

«Un aldeano fué un día á ver sus sembrados para enterarse de si el grano estaría á punto de segar pronto.

Le acompañaba su hijo, un niño muy avispado que se llamaba Toby. (Ya con esto habréis comprendido que el niño era inglés, porque ninguno de vosotros se llama Tobías; estoy seguro.)

El niño, como todos vosotros, tenía mucha imaginación y poca experiencia, por lo cual dijo á su padre, cuando llegaron á la siembra que querían ver:

—Mira, papá, qué espigas tan hermosas aquéllas que tienen la cabeza alta, como si mirasen al cielo. En cambio, qué feas son esas otras que bajan la cabeza hacia el suelo como si estuviesen jorobaditas. No cabe dudar que estas últimas espigas no valen nada y que las otras son las mejores.

El padre calló, y sonriendo de un modo que á mí me parece muy pedantesco, se acercó al sembrado, cortó una espiga de las que se tenían derechas y otra de las que se encorvaban, y le dijo al niño:

—Mira, hijo mío, cómo te has equivocado, porque no es bueno juzgar por las apariencias. Sucede lo contrario de lo que creías. Esas espigas de la cabeza alta están así porque no tienen grano, y éstas otras que bajan la cabeza, lo hacen porque tienen muchos granos y muy gordos. Esto te enseñará que la vanidad y el aparato valen siempre mucho menos que la humildad y la modestia.»

Aquí se acaba el cuento que me enseñaron cuando chico; pero después crecí, aprendí á conocer los hombres y las espigas, y puedo deciros en secreto que el padre del cuento era un señor bastante poco sagaz. Porque yo he visto espigas cargadas de grano y que, sin embargo, se sostenían muy erguidas y gallardas, mientras otras, con sólo tres ó cuatro granitos doblaban la cabeza; porque las primeras tenían una caña fuerte y recia, y las segundas una paja miserable y de poca fibra.

De ahí deduzco yo que ni á los hombres ni á las espigas los ha criado Dios para que estén con la cabeza baja, mirando al suelo, cosa que más bien parece hipocresía que modestia, sino para que procurando portarse bien y apoyarse sólidamente en sus buenas acciones, como se apoya la espiga robusta en la caña, alcen siempre la cabeza al cielo, sin orgullo, pero sin servilismo. Es decir, que cada cual sepa lo que vale y no se tenga en más ni en menos.

DIBUJO DE ALBERTI

UNA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA POLÍTICA. EL TÍO SAM



Sabéis vosotros quién es el tío Sam? Me parece que no lo sabéis; pero no debéis avergonzaros de ello, porque los políticos, los ministros, los diplomáticos y los generales más sabios de España tampoco lo sabían hace seis años, y el aprenderlo nos costó una paliza enorme, una atrocidad de dinero y aparecer ante los ojos del mundo con unas orejas como las que se ponían antes en las escuelas á los chicos desaplicados.

Coged un mapa de América del Norte. Miradlo al revés que suele mirarse, es decir, colocando el Oeste donde soléis colocar el Norte y el Este hacia el Sur, y veréis la cara del tío Sam tal como sus mismos hijos suelen representarle. El tío Sam en inglés se llama *Uncle Sam*, y abreviadamente se le conoce por sus iniciales U. S. AM., que es tanto como decir *United States of América* (Estados Unidos de América).

Según véis en el dibujo, es un señor con una cara muy larga, con frente muy alta, con tupé muy grande, cuyo más alto mechón no es blanco, sino dorado, y se llama la ciudad del oro, ó sea San Francisco de California. En el mapa, el hombre está descubierto; pero sobre su cabeza se ve el Océano Pacífico, y el tío Sam está decidido á ponerse ese Océano por montera si le dejan los japoneses, que sí le dejarán.

Seguid mirando á la cara, y veréis que el tío tiene unas narices pequeñitas, pero muy insolentes y procaces, que intentan meterse en la tierra de Méjico. El tío Sam reconoce que sus narices son demasiado pequeñas para la largura de su rostro, y si pudiera ya procuraría alargárselas hasta llegar al istmo de Telhuantepec, como podéis ver siguiendo la línea de puntos. Pero esas son muchas narices, y los mejicanos están muy alerta para evitar que al tío le crezcan tanto.

Observaréis en seguida que el tío Sam no gasta bigote, pero sí perilla. La boca, rasgada, que casi le llega hasta la oreja, es el río más grande del mundo, es decir, el Mississipí, en cuyo fondo está enterrado un valiente español: el adelantado Hernando de Soto, que descubrió ese río. Figurándonos que el Mississipí es la boca del tío Sam, observaréis que en el labio inferior, allí donde ese río se junta con el golfo de Méjico, hay una gran ciudad, que es Nueva Orleans, y mucho más arriba, siguiendo por la boca adelante, otra ciudad hermosísima que se llama San Luis, donde, según habréis leído en los periódicos, se celebra ahora una Exposición universal de primer orden. Un poco más allá de San Luis, veréis en la cara del tío un lunar enorme que se llama Chicago, y es un inmenso matadero de marranos, dicho sea sin perdón; porque habéis de saber que vale más ser rico y fuerte matando marranos que ser un holgazán y un pelagatos incapaz de matar ni pulgas. Pero sigamos recorriendo la cara del tío Sam. Esa perillita tan rara con que le representan siempre, ya véis que es una península llamada la Florida. También fué un valiente español llamado Ponce de León quien la descubrió. Hace menos de un siglo que otros mal llamados españoles vendieron por cuatro cuartos aquel hermoso territorio que hoy es la perilla del tío Sam, perilla cuyos pelos son hermosas plantaciones de tabaco y ricos cañares de azúcar.

Bajo la perilla, el tío Sam, que antes era muy flaco, pero que va engordando por momentos, tiene su buena papada ó sotabarba, que está remojándose en el Océano Atlántico. Con la punta de la perilla casi casi toca en la Isla de Cuba; algún tiempo la ha tenido sujeta, y tarde ó temprano volverá á enredársela como un peinecillo entre la barba.

Al final de la papada está el tragadero, y el tragadero del tío Sam, para lo político, es Washington, y para lo comercial es Nueva York. Pero como el tío Sam es muy inteligente y muy moderno, tiene otro tragadero para la ciencia, para el progreso, para las ideas que por el Atlántico vienen, y ese tragadero es Boston, la ciudad universitaria.

Ahora ya sabéis un poquitín para contestar á la pregunta: «¿Quién es el tío Sam?»

N.



HISTORIETAS NATURALES. EL PELÍCANO

Es un hermoso animal el pelícano. Tiene preciosas plumas de un color blanco sonrosado; vuela muy fuerte y con gallardía; nada con tanta rapidez como los peces más listos, y posee debajo del pico una especie de bolsón, en el que guarda sus ahorros; y en caso de apuro, hasta lleva en él parte de su familia. Claro está que los ahorros del pelícano no son de dinero como los ahorros de los hombres, sino de pececillos, que es la moneda corriente entre los pelícanos.

Respecto de sus cualidades morales, se ha exagerado mucho; pero aunque rebajemos las patrañas que han inventado cuatro majaderos, siempre resultará que el pelícano es un animal de carácter dulce y agradable y muy amigo de vivir en sociedad, sólo con la intención de tener más abundantes los alimentos, y no por otra causa. Esto es, si bien lo miráis, el origen de todas las sociedades y compañías.

La sociedad, formada á veces por tres ó cuatro mil pelícanos, se reune en las orillas de un lago ó en las del mar, buscando un sitio á propósito para la pesca. Reunidos todos los pelícanos, se lanzan al vuelo mar ó lago adentro, y pronto forman un enorme semicírculo que se deja caer en el agua. Así, formados en media luna ó en línea de batalla, comienzan á avanzar á nado hacia la costa, armando un ruido de dos mil demonios; porque bueno es decir que al pelícano se le ha llamado también *onocrótalo*, porque lanza un rebuzno muy parecido al del ásno. Marchan, pues, los pelícanos por el agua rebuznando y batiendo las alas. Los peces, asustadísimos, huyen de aquel estruendo, pues ya habréis oído á los pescadores de caña decir que á los peces les asusta más que nada el ruido; y cuando ya á los peces les queda poca agua en que rebullirse, los pelícanos abren el pico y se embaulan en el bolsón unas cuantas libras de peces, que después se comen tranquilamente en tierra. Pero el pelícano no se come todos los peces de una vez, sino que los va guardando para los días malos y para mantener á sus hijuelos. Resultado: que siempre tiene el bolsón lleno de sangruza y de porquerías.

Esta asquerosa circunstancia ha hecho que algunos poetas del género tonto dijesen hace muchos siglos que el pelícano es el modelo del amor paternal ó maternal, y por ahí habréis oído asegurar que cuando un pelícano se halla en mala situación y no puede dar de comer á sus hijos, se clava el pico en el vientre y los mantiene con su propia sangre. Esto es muy bonito; pero como casi todas las cosas demasiado bonitas, es una mentira muy gorda. En realidad de verdad, el pelícano, cuando parece que no tiene nada en el buche, aún conserva algo, y para dárselo á sus pequeñuelos aprieta contra el vientre la bolsa de las provisiones, estrujándola con el pico, y de ella sale sangre de los pobres bicharracos que hay dentro, y por eso parece que la sangre es del mismo pelícano. La creencia de que el pelícano se abría el vientre era, como véis, una tontería, y la Naturaleza no hace tonterías nunca; porque ¡bastante iban á adelantar los pequeñuelos con quedarse sin padre ó sin madre, ni el padre ó la madre con darles de comer una sola vez y morirse luego á consecuencia de la herida! El mayor sacrificio que puede hacer una madre ó un padre no es matarse por sus hijos y dejarlos desamparados, sino vivir para ellos, aunque sea malamente.

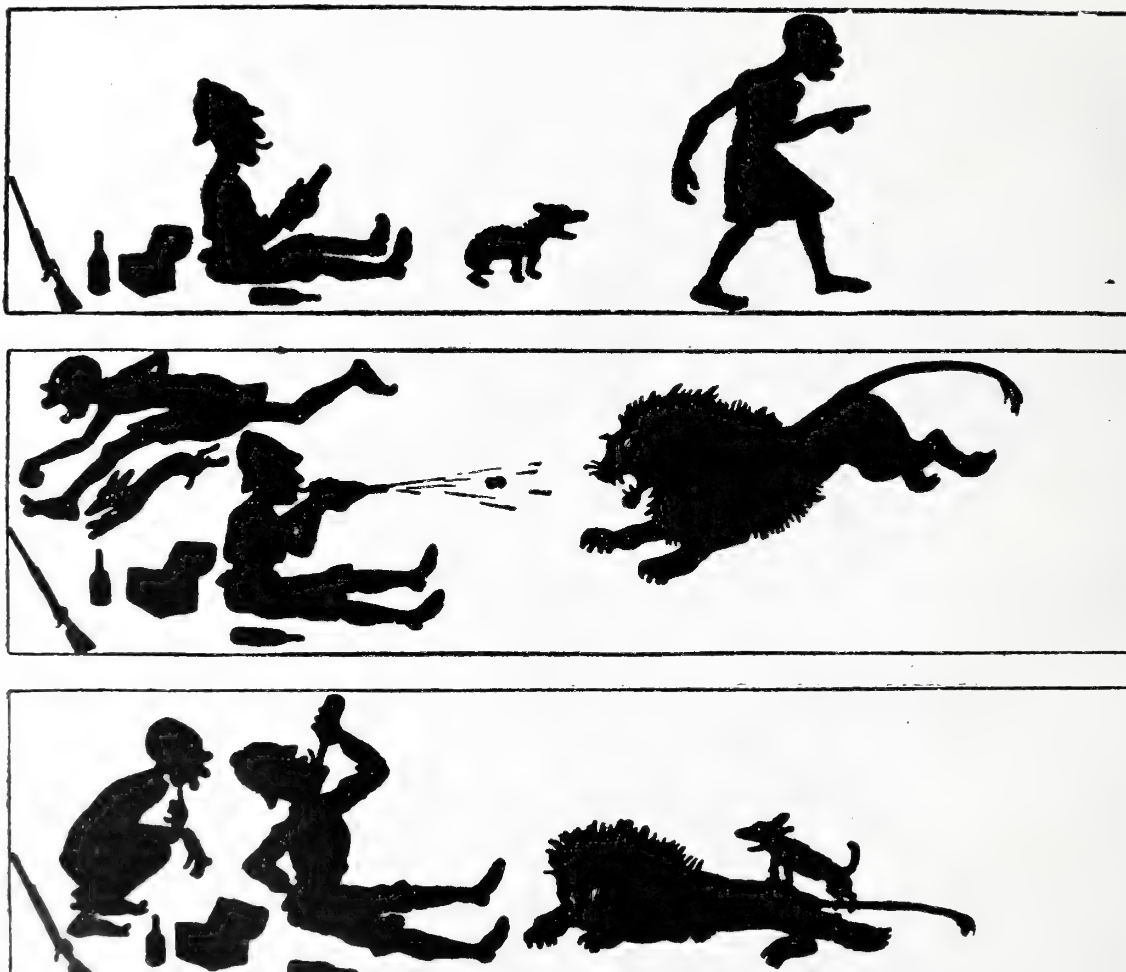
DIBUJO DE REGIDOR

CONCURSOS INFANTILES

RECONSTITUCION DE UNA HISTORIETA

He aquí la solución exacta de la historieta cómica y semisalvaje que proponíamos á nuestros pequeños lectores en el número anterior de *Gente menuda.*

Aunque la cosa en sí es bastante inocente, no ha dejado de preocupar á nuestros amiguitos, quienes nos han remitido *la mar* de soluciones.



El número exacto de éstas y el nombre del niño premiado pueden verse en la *Mesa revuelta,* penúltima plana de este mismo número.

Satisfechos del resultado conseguido, proponemos á nuestros lectores otro

NUEVO CONCURSO INFANTIL.

UN DIA BIEN APROVECHADO

Blanco y Negro ofrece un juguete *útil,* de valor no inferior á 50 pesetas, al niño que conteste mejor á la siguiente pregunta:

¿En qué puede un niño menor de doce años emplear las veinticuatro horas de un día de trabajo?

La contestación ha de dirigirse por escrito á esta Redacción, Serrano, 55, Madrid, y debe comprender la distribución más racional y provechosa de las veinticuatro horas del día, repartiéndolas juiciosamente entre el trabajo, el descanso, el recreo, la alimentación, etc., etc.

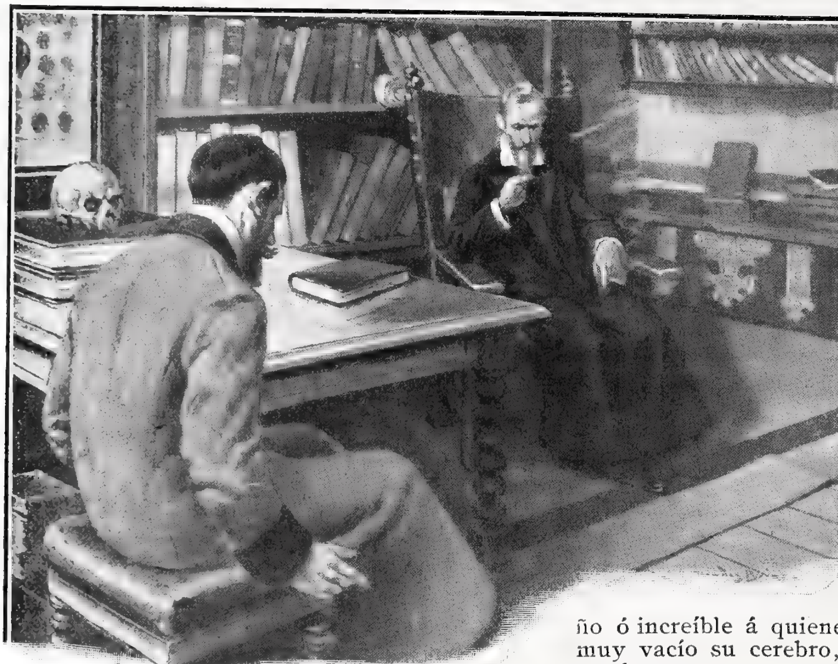
Como tenemos repetidas pruebas de la discreción y talento de nuestros lectorcitos, estamos seguros de obtener una respuesta que pueda servir de norma, de vida y de horario para distribuir bien el tiempo. Tenemos la esperanza de que los niños sabrán aprovecharlo mejor que los grandes, quienes tan lastimosamente suelen perderlo.

Las soluciones se recibirán hasta el día 10 de Agosto próximo.

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 30 Julio 1904. N.º 691



El licenciado

I

La enfermedad nerviosa que padezco hace veinte años me ha hecho rodar por todas las antesalas y despachos de todos los neurópatas, frenópatas y demás charlatanes de diversas castas y de varios colores. Todos ellos han rivalizado con éxito en celo y acierto para sacarme los cuartos. Sólo dos veces estuve á punto de curarme, y tan feliz obra no pudo llevarse á cabo. Estoy decidido á morirme así, pero al menos, algo puedo contar, y lo contaré, aunque parezca extraño ó increíble á quienes, teniendo muy seguro ó muy vacío su cerebro, no creen en lo sobrenatural...

Fué en Valladolid, paseando por la Acera de San Francisco. Había yo ido á la vieja corte castellana, requerido por mis obligaciones de letrado. Allí topé con un antiguo compañero profesor de Derecho penal, el cual, poseyendo un excelente corazón, se pasaba todo el curso enseñando á sus discípulos que el 80 por 100 de los delincuentes son locos y el otro 20 por 100 idiotas, y que, por consiguiente, la humanidad criminal debe pasar, parte á un manicomio y parte á un tonticomio, quedando las cárceles destinadas á asilos de vagamundos, desamparados y poetas.

Paseando, pues, como digo, por la Acera, donde se reune la crema de los valisoletanos á ciertas horas, y hablando de lo que hablamos todos los enfermos nerviosos, es decir, de mi enfermedad, me dijo: «¿Por qué no consulta usted al doctor Beltrán, que vive aquí en Valladolid? Es una verdadera eminencia en achaques de frenopatía, neurología, etc., etc. Se dice que una vez hubo de consultarle Charcot, y aun el año pasado le visitaron el eminente Dr. Pitre, de Burdeos, y el profesor Maudsley y el ilustrísimo Babinsky, el sucesor de Charcot.»

Las hiperbólicas alabanzas de mi amigo y mi propio deseo de curarme me indujeron á probar. Después de todo, ¿por qué no había yo de ponerme bueno en Valladolid? Aquel Dr. Beltrán, que conocía á Pitre y había almorzado con Maudsley y celebrado consultas con Babinsky, me tentaba.

Fuí á verle, en efecto, y lo primero que me chocó al llamar á su puerta fué la facha del criado que la abría, y que ¡pásmense ustedes! se parecía como una gota de agua á otra al arcángel Gabriel en el cuadro de la Anunciación, de Fra Angélico de Fiesole, que está en el Museo del Prado; los mismos cabellos, no ya dorados, sino de oro puro; las mismas mejillas, no ya rosadas, sino de puros pétalos de rosa; la misma cándida y pura bobaliconería en la expresión; claro está que no llevaba alas, pero sí hacía al andar unos raros movimientos con los omoplatos, como si las hubiera tenido y se las hubieran arrancado.

El doctor, á quien vi en seguida, era un valisoletano digno de haber sido retratado por D. Diego Velázquez; el rostro ovalado, la mejilla saliente, acaballada la nariz, el labio desdeñoso, la barba entrecana, traída con cierto elegante descuido: ganchudos y engomados los bigotes á la moda de los Felipes. Llevaba un cuello grandísimo que por valona hubiera podido pasar, y mostraba en el semblante el hastío de todos los goces epicúreos. Miraba derecho y franco, hablaba ese castellano cervantesco que tan bien nos regala los oídos, y que en Valladolid es el lenguaje propio de todo el mundo y se oye lo mismo en la boca de un canónigo que en la de una lavandera. A los dos minutos de encararme con el doctor, noté en su rostro una señal desconcertante, capaz de sugestionar á cualquiera, cuanto y más á mí, que siempre estoy sugestionado. He dicho que el Dr. Beltrán tenía los labios desdeñosos, grandes, muy rojos, como los de los príncipes pintados por Velázquez; pues bien, en el centro de los labios había un espacio casi redondo que aparecía casi blanco, como si en él no circulara la sangre: el espacio suficiente para un beso muy apretado de una boca muy pequeñita de una mujer muy enamorada.....

¡Amable doctor! En vez de entregarse á la fácil y ligera *causerie* erizada de mal disimuladas preguntas, que es el medio de que suelen servirse los neurópatas para tantear y conocer á sus enfermos, me dijo en claro, recto y conciso castellano, cuyas palabras no acierto á reproducir:

—Lo que usted tiene lo llaman ahora romanticismo amoroso; antes se llamaba de otra manera; es cosa que puede curarse, pero no la curamos los hombres.

—¿Entonces...?—dije haciendo ademán de retirarme.

—No—imperó el doctor con autoridad indiscutible; y tocando un timbre, apareció en la puerta el criado que se parecía al arcángel Gabriel, y oí al doctor decir en voz muy queda estas palabras, que me dejaron absorto:

—Zaquiel: este caballero, á la celda de Catalina.

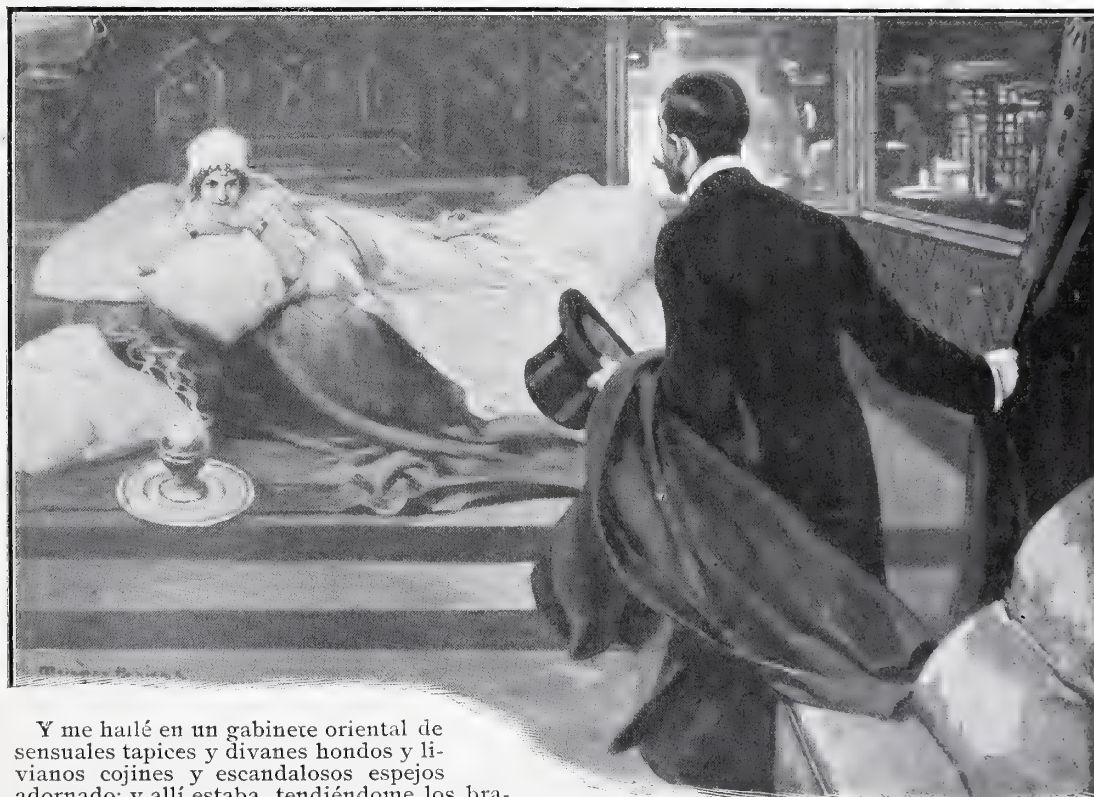
Siguiendo al criado, me encontré pronto en una celda blanca, toda enjalbegada, blancas las cortinas, alta la ventana, por la cual se veían las copas secas de unos árboles, pero no sus troncos, ni menos el suelo. Sobre un blanco repostero marfileaba un Cristo italiano de esos que parecen crucificados por

gusto y desfallecientes de placer. En un rincón, sobre blanca columna de mármol, un Platón de blanca porcelana miraba calmoso al espacio con sus grandes ojos sin niña. A poco, por la puerta blanca apareció la blanca figura de doña Catalina en hábito de novicia comendadora de Santiago. Sentóse, mandóme sentar, habló de cosas purísimas é ideales en el lenguaje de Teresa de Cepeda.

El Cristo se moría de gusto en su crucifijo. Platón, grave, aprobaba con las luces de su calva elocuente. No sé el tiempo que pasaría. Sé que me dormí blandamente arrullado por aquella sinfonía de platónica blancura, que no volví á ser romántico ni platónico en amores, y que me fuí de Valladolid sin pagarle al doctor Beltrán la consulta.

II

Recaí en mi enfermedad, porque curado del platonismo amoroso, me entregué con desenfreno á la pasión erótica. Tan escéptico ó más que el D. Juan de Byron, adoré sólo la carne, y la carne me venció. Huyendo de mí mismo, llegué á Roma. Un escultor polaco, neurasténico como diez demonios, me dijo: «Consulte usted al Dr. Margano.» Nunca he dejado de obedecer estas indicaciones, por disparatadas que parecieran. Fuí, en efecto, á ver al doctor, y cuál no sería mi sorpresa cuando veo que me abre la puerta el mismo efebo rubio y desalado á quien viera en Valladolid. El recuerdo de su extraño nombre me asaltó.—¡Zaquiel!—le dije. El arcángel figurado miró; se puso un dedo en los labios y nada dijo. Entró en el despacho del doctor Margano, y ¡cielos! era el mismo doctor Beltrán, ovalado el rostro, la mejilla saliente, acaballada la nariz, el cuello á la valona y, sobre todo, en medio de los labios aquella marca blanca de un beso apasionado y terrible.—Pero usted es...—iba á exclamar yo, cuando sus ojos imperativos me callaron. Me habló en toscano puro; sus palabras parecían una página de la *Historia florentina* ó del *Príncipe*, del divino Nicolás Maquiavelo.—Usted—vino á decirme—está atacado de erotomanía. Sólo ama á las mujeres por fuera.—Y tocó el timbre y apareció el falso arcángel, y oí que con blanda voz el doctor decía:—Zaquiel: el señor, al camarín de Muliércula.



Y me hallé en un gabinete oriental de sensuales tapices y divanes hondos y livianos cojines y escandalosos espejos adornado; y allí estaba, tendiéndome los brazos, Muliércula, la mujer de fuego, toda sensualidad inconsciente: una bellísima, una incomparable bestia sin alma. Era lo mismo que todas cuantas yo había conocido en los últimos años, pero más apasionada y ardiente que ninguna de ellas. Y conociéndola, como dice la Biblia, me curé ó creí curarme de mi furor erótico y de mi materialismo amoroso. Y también me marché sin pagar.

III

Pero no me había curado, como creía. Mi desasosiego era mayor que nunca, y al volver de Nápoles torné á casa del doctor.

—Sé lo que le pasa á usted—me dijo,—pero no hay para eso más que un remedio, y es hacer lo que yo hago: amar á la platónica, por la mañana, en Valladolid, y por la tarde amar á la epicúrea en Roma. Y por la noche amarme solo á mí mismo.

—Pero ¿cómo puede ser eso, doctor?—repliqué.

—No soy doctor—me dijo sonriendo;—no soy más que licenciado: el licenciado Eugenio de Torralba.

CAMPOOSORIO

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

(NÚMERO 19 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



BALADAS ESPAÑOLAS

LA DEVOTA

Santocristo Nazareno,
vengo á darte el alma mía;
tómala, no me la pagues.
¡Si no supiera que es bueno,
lo mismo te la daría!

¡Ay, esos brazos abiertos,
tan abiertos noche y día!
Cuando te miro y los miro,
entre esos dos brazos muertos
sin dolor me moriría.

¡Ay, ese amor por que mueres
y que nadie ha conocido!
¡Ay, amor oculto y fiero!
Si entero dármelo quieres,
yo lo guardaré escondido.

Como tu pasión, la mía
siempre crece y nunca acaba:
Santocristo Nazareno,
¿qué iba á hacer el alma mía
si en tu amor no la empleaba?

¡Ojos dulces, ojos grandes,
ojos de dolor cargados!
Al mirarlos tan dolientes,
—¡Señor, no me lo demandes!—
¡los codicio enamorados!

¡Ay, tú que mueres de amor,
callado en el padecer!
¡Quién aprendiera de ti
á gozar en el dolor
sin gastarse en el placer!

Santocristo Nazareno,
mira por qué me has vencido:
porque á verte cada día
vengo con el pecho lleno,
me marcho como he venido.

No eres vaso de alfarero
que, si lo colman, rebosa:
¡Santocristo silencioso,
mar de amor profundo y fiero
donde todo es poca cosa!

Porque es grande la porfía
me ha robado el corazón:
¡Santocristo Nazareno,
tiene sed el alma mía
de crearte otra Pasión!

E. MARQUINA

DIBUJO DE ALBERTI

IRIS, POR EMILIO SALA





DON DEL MAR

«La tierra es muda y el mar habla.»
MICHELET

SONRIENDO Daniel al depositar en mi amistad el secreto de su dicha, me dijo así:

«Al mar le debo mi felicidad suprema, al mar azul, grande, bueno, generoso.

Quisiera contártelo sencillamente; con sencillez, pero al mismo tiempo también con pasión y poesía; quisiera que percibieses en mis palabras el combinado aroma del amor y del mar, con la brisa salobre de éste, con el hálito de mujer de aquél...

No sé lo que me llevó á la ciudad aquélla. Creí obedecer al burgués deseo de ver tierras, sin preferencias preconcebidas, pero tal vez cediera entonces á requerimientos misteriosos. Pienso que hay espíritus amables y bondadosos que á veces encaminan nuestros pasos.

Llegué á la ciudad, una ciudad hermosa, con amplio rompimiento sobre el mar: ciudad española de mente griega y corazón africano.

Aquella misma noche asistí al teatro. No había terminado el primer acto, cuando en el palco frontero á mi butaca de orquesta apareció *ella*. No te diré que me enamoré desde aquel instante, que la amé desde el primer momento; no te lo diré, más que por falta de veracidad, porque tal vez no me creerías. Nadie, por lo general, da crédito al amor que brota de un chispazo, á pesar de los inmortales enamorados del divino Shakespeare. Pero sí te diré que desde luego reputé á la criatura aquélla por la más hermosa de cuantas hasta entonces hubiera visto, por la más atrayente. Añadiré también que, después de haber agotado infructuosamente cuantos recursos sugiere la mísera coquetería masculina, salí amohinado del teatro y no dormí á placer toda la noche.

Al día siguiente la volví á ver, por la mañana, en la avanzada de un malecón blanco que se interna-ba por el mar azul. Me pareció aún más hermosa que en el teatro, allí, en el espacio libre, vitalizado por el sol y por la brisa. En sus ojos bellísimos se reflejaban los juguetones cabrilleos de las abrillantadas aguas. Su tez ofrecía los calientes tonos de la magnolia, con su palidez dorada. ¡Qué hermosa estaba! Quedé sumido en deleitosa contemplación.

A poco me sustrajo á ella la voz de un reciente amigo; era un joven de la ciudad.

—No me sorprende la actitud de usted—me dijo.—A todos nos ha ocurrido lo mismo: á los que aquí vivimos y á los que nos favorecen con su visita. No hay uno solo que no haya suspirado por esa criatura. Pero todo lo que la pasión puede inspirar á un enamorado, no ha logrado nunca conmover el corazón de ella. Es invulnerable al amor, al amor humano; créalo usted: juzgo de mi deber el advertírselo. Pero tiene una pasión: su amante es el mar. No vea usted en esto una frase lírica, ni la afirmación chancera de un despechado. Ama al mar con un amor insólito. Siempre procura estar con él, ó contemplándole arrobada, como la ve usted ahora, ó surcándole con la embriaguez de la posesión. Es dueña de una verdadera flotilla de lanchas, esquifes y balandras. Gobierna el timón, empuña el remo, maneja el velamen con la pericia del más experto marino, pero, al mismo tiempo, con las delicadezas y los entusiasmos de un alma enamorada. Tendrá usted ocasión de comprobarlo. Yo le presentaré á usted á ella con el mayor gusto. Aparte su indiferencia ante los pretendientes y su pasión hacia el mar, es muy amable y muy discreta; le invitará á usted á uno de sus marítimos paseos; gusta de llevar gente en ellos; no es celosa de su amante; más bien se complace en propagar su culto can-

tando sus excelencias. Es una hermosa cuya amistad encanta cuando se ha resignado uno á sofocar el amor que inspira. Se llama Gloria; tiene veinte años; su familia es una de las primeras de...

Yo dejé de escuchar; nada me interesaban ya aquellos vulgares detalles; únicamente retuve el nombre. Pensaba en lo que había oído, miraba á la hermosa, y me complacía en un pensamiento que en vano rechazaba mi cerebro, porque halagaba á mi corazón.

—¿Por qué no he de ser yo más afortunado que los otros?—me preguntaba...

* * *

Conocí á Gloria, y, ¿he de decírtelo? me apresuré á explayar mi corazón y mi oratoria, oratoria sincera, eso sí; pocas veces los labios son tan fieles heraldos del sentimiento como lo fueron entonces los míos. Gloria no tuvo necesidad de responderme; su sonrisa desvaneció todas mis palabras; no era una sonrisa despiadada; fué una sonrisa tristemente amable.

No me resigné, sin embargo; mejor dicho, mi corazón, aunque enmudecieran mis labios, resueltos á no insistir, declaró que él no se resignaba, que consideraba mezquina, monstruosa, la resignación de los que le precedieran. Quizás Gloria oyese aquella resolución interna, porque á veces, al hablarme, sonreía con la sonrisa tristemente amable.

...

Atardecía. Volvíamos de amena excursión, en airosa lancha, con la vela latina izada. La brisa era suave; el mar musitaba languideces; los rayos del sol iban oblicuando perezosamente sobre los acantilados de la costa. Tarde apacible, hermosa tarde, ¡tarde sagrada!

Gloria, en pie, reclinada en el mástil, de espaldas á la tierra, miraba la persistente estela en las azuladas lejanías. Yo iba en la popa, llevaba el timón. Los demás... ¿Iba alguien más? no sé, no los veía...



De pronto, los ojos de Gloria se fijaron en los míos, permanecieron fijos, me miraron como jamás me habían mirado, como no miraron nunca. Me estremecí. Después habló ella.

—Es extraño,—dijo.

Y su acento lo era en verdad. No me parecía que lo modulasen sus labios; creía estar oyendo á su alma

—Es extraño—repitió con la misma voz inmaterial. Y siguió diciendo:—El mar está en calma, parece dormido, y siento en él, sin embargo, un estremecimiento misterioso, un singular murmullo nunca los sentí tales; parece que dice algo, que quiere... que anuncia... no sé...

Y ocurrió una cosa extraña: la lancha, á impulso de una ola única, suave pero imperiosa, nacida tal vez bajo la misma quilla, alzó la proa repentinamente... Solté el timón... Gloria hubo de perder el equilibrio, dió un paso, vacilante, y cayó en mis brazos...

—¡Gloria!—exclamé.

—¡Daniel!—respondió ella.

Y nuestras miradas sellaron el amoroso juramento...

La lancha continuaba deslizándose apaciblemente por aquel mar azul, grande, bueno, generoso, que me donó á Gloria, para mi felicidad suprema...»

LUIS DE TERAN

DIBUJOS DE MARTINEZ ABADES



EL VIOLINISTA Y EL CERDO

EPISODIO SENSIBLE

Como de costumbre, bien de mañana se lanzó á la calle el terceto de *La filarmónica de los Cuatro Caminos*, como pomposamente se habían titulado aquellos tres infelices músicos, sin que nadie á la verdad, se molestara por tal usurpación. Muy de mañana, digo, acertaron á dar con una boda de buen temple. Polkitas, habaneras, chotises, fueron pasto de los bailadores, que bien agarrados á sus parejas como si no las volviesen á ver más, dábanle gusto al cuerpo y recreo á los ojos, en tanto el padrino, blanco obligado de todos los chistes de la concurrencia, cuidaba de mantener el fuego sagrado de los músicos con discretas y bien medidas copas de vino.

Como digo, eran tres los ejecutantes: el viento estaba encomendado al más resistente, que buscando efectos en su parcheado trombón, soplaba como si en vez de aire saliera lumbre de la espaciosa boca metálica del instrumento; la flauta, para el segundo, era un continuo fallo de notas; bien es verdad que el hombre, absolutamente desdentado, no era dueño de contener el aire en los momentos de mayor peligro; y quedaba para las supremas delicadezas del arco un violinista, víctima como ningún otro del formidable granizo del hambre. «¡Me río yo—exclamaba en sus momentos de buen humor, que á veces los tenía—de los *virtuosos!* ¿Dónde, desde Paganini hasta Sarasate, encontrar un *virtuoso* más ejemplar?» Y no mentía. No eran muy cordiales las relaciones entre los de *La Filarmónica*, pues cada uno apreciaba distintamente el éxito. El violinista, muy á regañadientes, consentía en acompañar tangos y cositas zarzueleras; él picaba más alto: romanzas de Stevans, canciones bohemias, aires de Grieg; el trombón y flauta se dejaban llevar de la corriente. «¡Si no tocáramos más que lo que tú quieres—le decían al *clásico*,—medrados andaríamos! ¡Vete con filosofías á una juerga, á la apertura de un establecimiento, y verás!» Y el violinista los miraba por encima de sus antiparras, sonriéndose con un supremo desdén de *superhombre*.

Al pasar por la plaza del Carmen, se detuvieron ante el puesto de un carnicero, que pedía el *Morron-*[illegible] todas las mañanas. Mi buen violinista, resignadamente, tiró de arco; pero al apoyar con *amore* la barbilla sobre la caja del violín, sus ojillos grises repararon en un hermoso trofeo de carne, una bien modelada cabeza de cerdo, que era una tentación. El cerdo se le aparecía sonriente, voluptuoso. El pobre violinista suspendió en silencio el arco sobre las cuerdas, y calló mientras miraba con arrobamiento al cerdo, que parecía decirle: «¡Ven á mí! ¡Tuyo soy!»

Luis GABALDÓN

DIBUJO DE MEDINA VERA

Crónica Gráfica

Estamos en el tiempo clásico de las regatas. Aunque desde no hace mucho ha comenzado á desarrollarse en nuestro país la afición á este hermoso y divertido deporte, no creemos que nunca lleguen á tomar carta de naturaleza en España, cual no la han tomado las carreras de caballos, que no divierten á nadie, como no sea á los sesudos y eruditos sociólogos del Instituto de Reformas sociales.

Esos señores deben de ser entusiastas del boxeo, del *yachting*, del *golfing* y demás diversiones que, por su nombre y carácter anglosajón, están llamadas á educar á nuestro pueblo, no á corromperle y pervertirle como las infandas y vitandas corridas de toros. Esperemos pacientemente que dentro de poco vuelvan las corridas de toros á España, y entonces, con el nombre atractivo y simpático de *bulls fight* ó cosa por el estilo, parecerán un admirable espectáculo á los simpáticos sapientísimos señores, para quienes la salvación del país no consiste en crear escuelas é instituciones instructivas (única *reforma social* verdadera y digna de tenerse en cuenta), sino en prohibir que haya toros los domingos.

Pero dejándonos de lamentaciones tan estériles, por lo menos, como casi todo cuanto ha hecho hasta ahora el respetable Instituto, debemos considerar como un bello espectáculo las regatas fluviales de esquifes tripulados por un solo remero, en las que lo principal es la fuerza y el valor: es decir, la energía física y la moral, esas dos cualidades predominantes en la raza anglosajona.

Así se ha visto en las magníficas regatas de esquifes verificadas últimamente en el Támesis, cerca de la ciudad de Henley, famosa por su magnífico puente de la Edad Media y por su iglesia gótica.

A esas regatas, organizadas por los estudiantes del *New College* de Henley y por algunos de Oxford, ha asistido numerosísimo y elegante público, según puede verse en las fotografías que publicamos. Muchos señores y señoras han acudido en diversas embarcaciones, pero de éstas las que más han llamado la atención han sido varios *house-boats* (barcos-casas) al estilo yanqui, verdaderos palacios de verano que permiten á su dueño vivir en el río con las mismas comodidades que en su *home*.

La tantas veces citada carrera de las *midinettes* de París va á traer una cola inacabable. Centenares de obreritas parisienses han *repetido la suerte* en Berlín, con gran contento de los berlineses, que adoran á París, aunque no quieran revelarlo casi nunca.

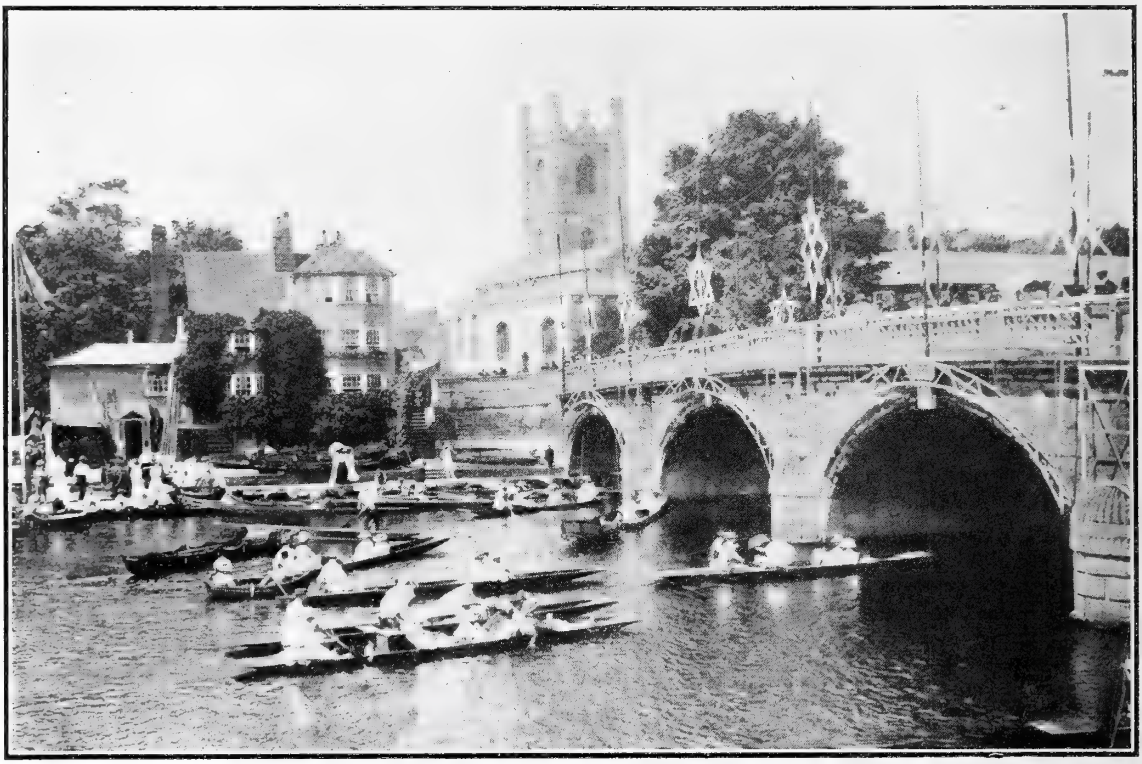
Se ha inaugurado en París un hermoso monumento al ilustre Pasteur. Damos la noticia gráfica á reserva de ampliarla en más artística forma.

Para que ustedes se refresquen, pueden pasar la vista por esa fotografía del lago Baikal, donde hace pocos días aún pasaban los trenes sobre el hielo; y para que se atemoricen, vean ese palacio chino de Mukden, que está al caer en manos de los japoneses.

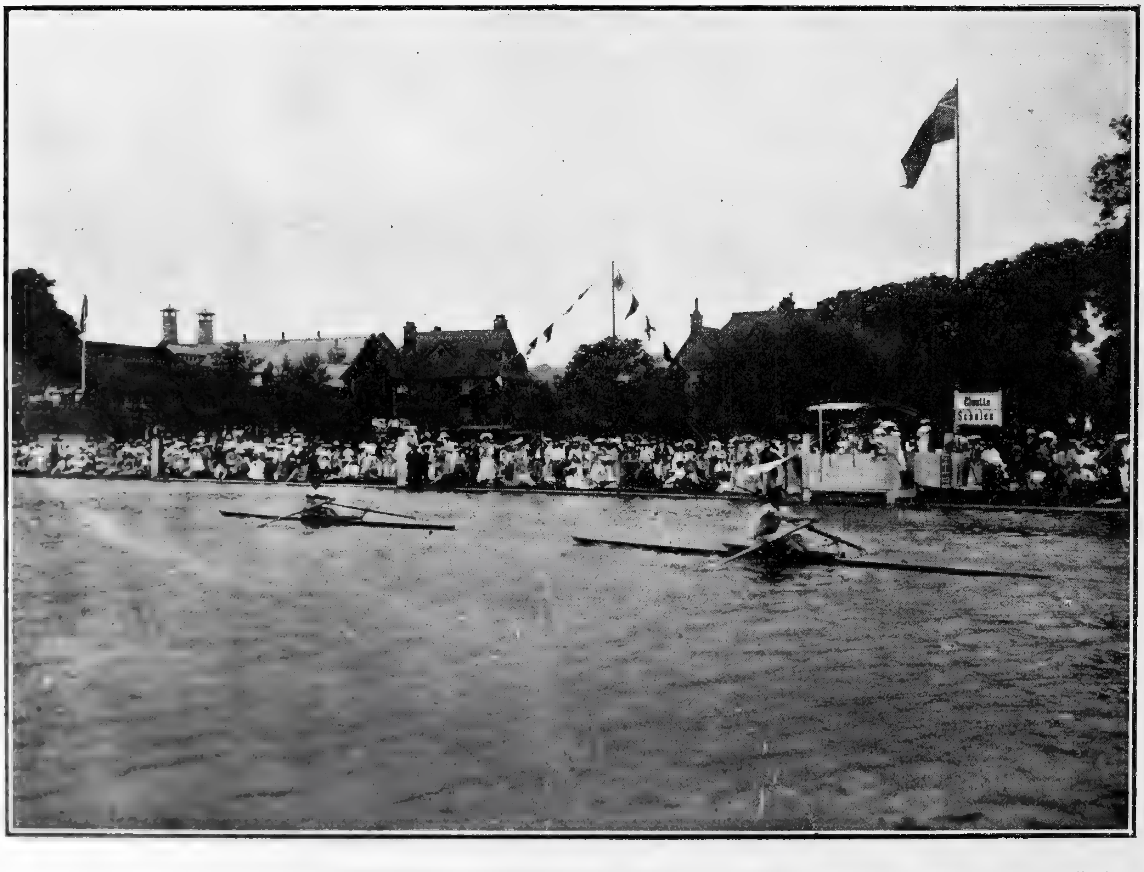
La feria de Valencia, tan animada este año como los anteriores. Para divertirse de veras, los valencianos.



HENLEY (INGLATERRA). EL PÚBLICO ESPERANDO EL COMIENZO DE LAS REGATAS



EL PUENTE Y LA IGLESIA DE HENLEY DESDE EL TÁMESIS



LAS REGATAS. EL ESQUIFE VENCEDOR Y EL SEGUNDO

Fots. Chusseau Flaviens



LOS BARCOS-CASAS (HOUSE-BOATS) EN EL TÁMESIS — Fot. Chusseau Flaviens

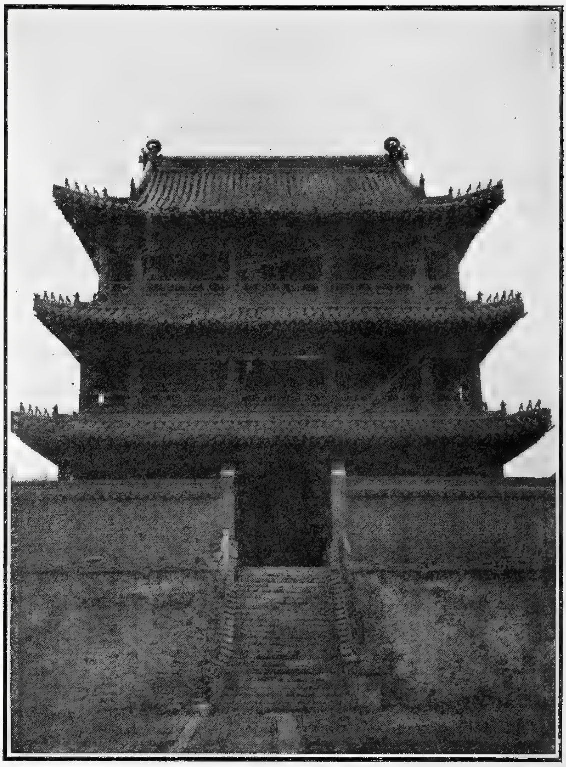


BERLÍN. LAS «MIDINETTES» DE PARÍS ALMORZANDO AL AIRE LIBRE ANTES DE LA CARRERA

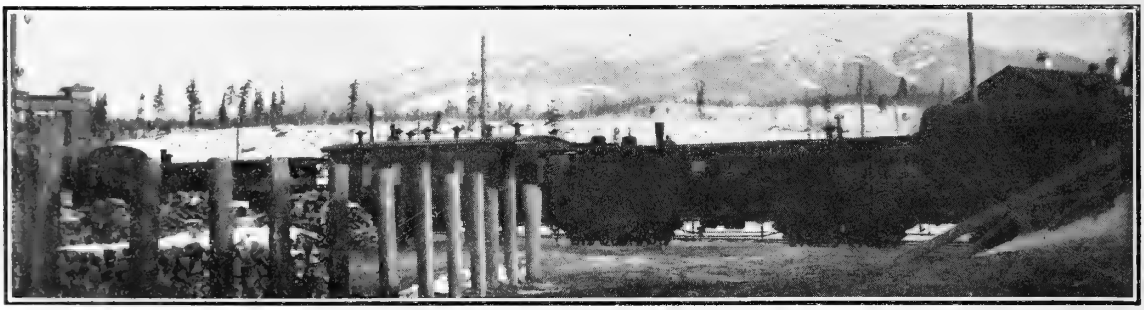
Fot. Erich Dannenberg



PARÍS. ESTATUA DE PASTEUR RECIENTEMENTE INAUGURADA



MUDKEN (MANCHURIA). PALACIO DEL EMPERADOR DE CHINA



LAGO BAIKAL (SIBERIA). ESTADO ACTUAL DEL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

Fots. Leon Bouet



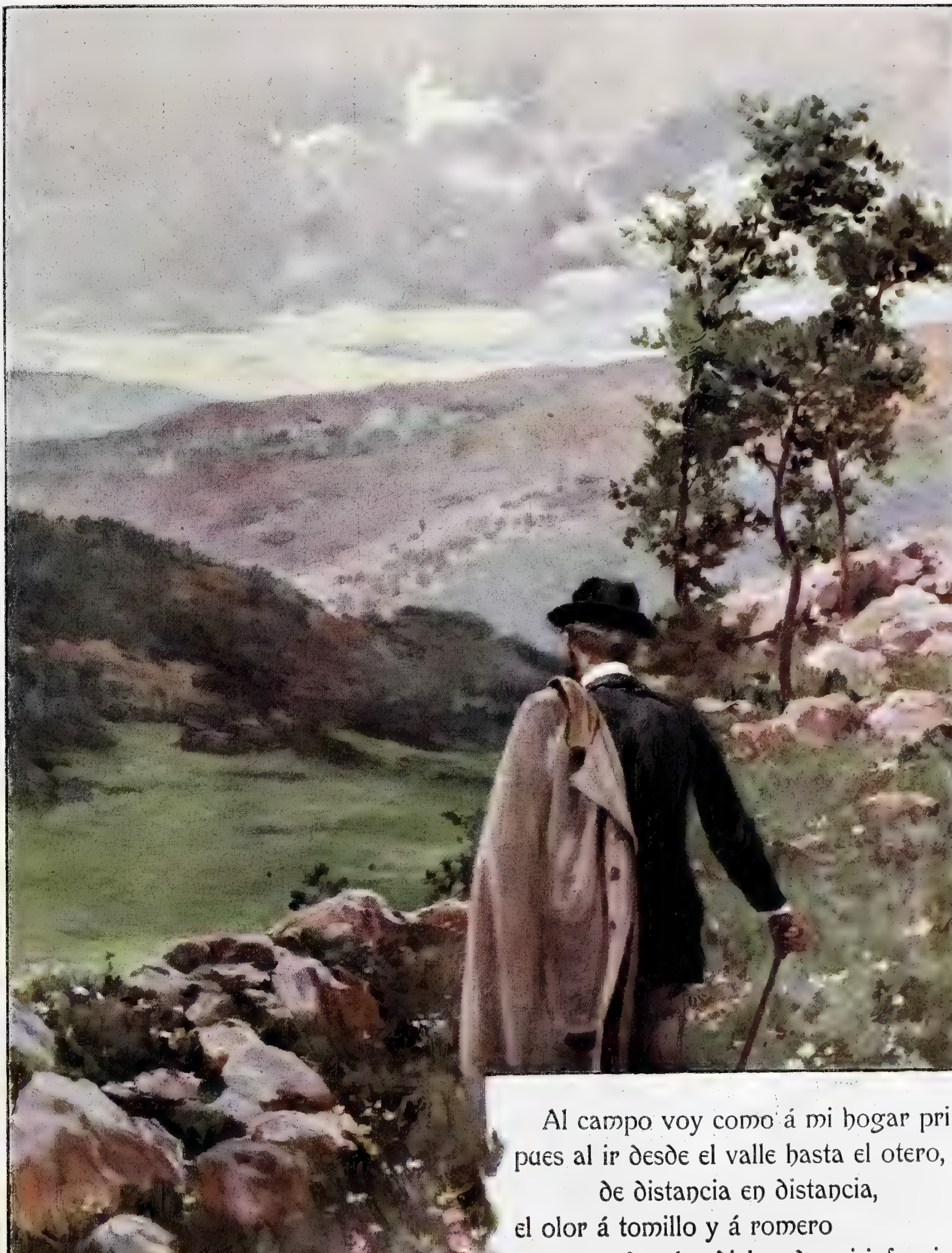
VALENCIA. PABELLÓN DE LA SOCIEDAD L'ANTIGOR

Fots. V. Lita



VALENCIA. PUERTA Y FUENTE ADORNADAS EN EL REAL DE LA FERIA

HUMORADA DE CAMPOAMOR



Al campo voy como á mi hogar primero,
pues al ir desde el valle hasta el otero,
de distancia en distancia,
el olor á tomillo y á romero
me recuerdan las dichas de mi infancia.

DIBUJO DE ANDRADE

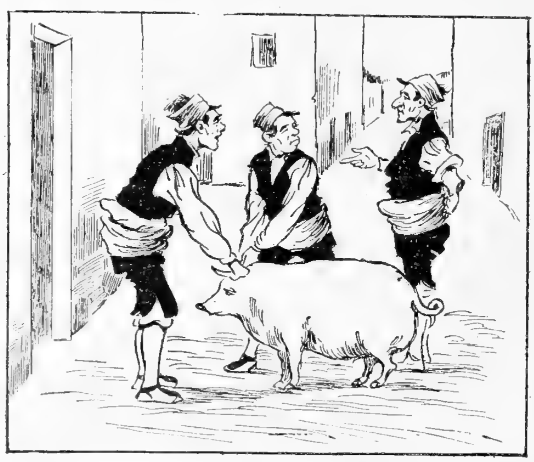
FILOSOFÍA BATURRA, POR GASCÓN



1.—¡Rediez, lo que me está haciendo espacenciar este animal! Macario, echa una mano, á ver si conseguimos entralo.



2.—¿Sabes que se nos apodera?
—Enseñándole una miaja e panizo, lo hubiámos entrau á escape. Ahí viene Telesforo, á ver si entre los tres...



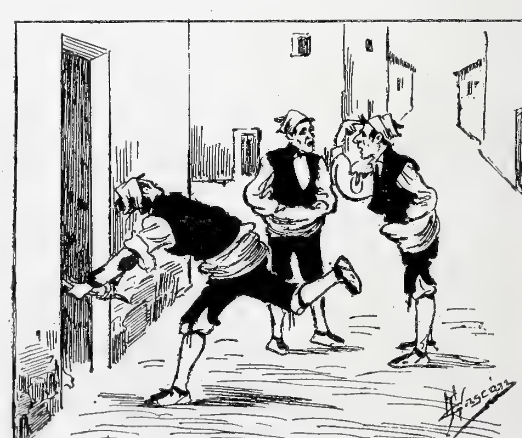
3.—¿Y así pensáis metelo? Hay que tener picardía. Echarus fuera y ya verís cómo él solico se mete en casa más de á paso.



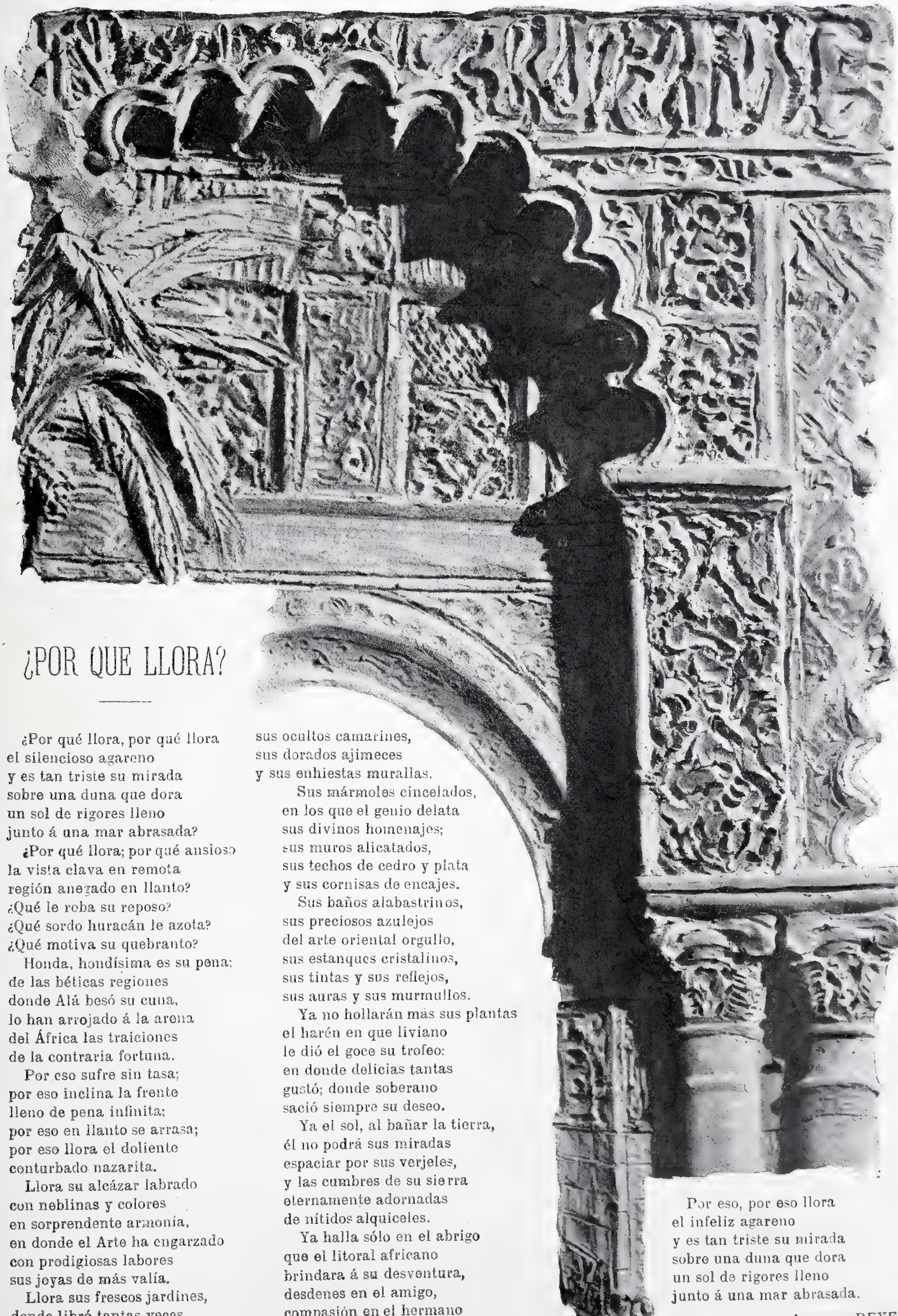
4.—Como el animal siempre nos lleva la contraria, hay que tirar al revés: esto se le ocurre al más negau.



5.—Ya vais viendo si la cosa es bien fácil.
—¡La verdá! Tienes más talento que nosotros.



6.—¿Lo querís más adrento?
—Güeno, güeno, rediez. ¡Por algo el mestro, cuando íbamos á la escuela, te sacó de mote Bismar!



¿POR QUE LLORA?

¿Por qué llora, por qué llora
el silencioso agareno
y es tan triste su mirada
sobre una duna que dora
un sol de rigores lleno
junto á una mar abrasada?
¿Por qué llora; por qué ansioso
la vista clava en remota
región anegado en llanto?
¿Qué le roba su reposo?
¿Qué sordo huracán le azota?
¿Qué motiva su quebranto?
Honda, hondísima es su pena;
de las béticas regiones
donde Alá besó su cuna,
lo han arrojado á la arena
del África las traiciones
de la contraria fortuna.
Por eso sufre sin tasa;
por eso inclina la frente
lleno de pena infinita;
por eso en llanto se arrasa;
por eso llora el doliente
conturbado nazarita.
Llora su alcázar labrado
con neblinas y colores
en sorprendente armonía,
en donde el Arte ha engarzado
con prodigiosas labores
sus joyas de más valía.
Llora sus frescos jardines,
donde libró tantas veces
tantas amantes batallas;
sus ocultos camarines,
sus dorados ajimeces
y sus enhiestas murallas.
Sus mármoles cincelados,
en los que el genio delata
sus divinos homenajes;
sus muros alicatados,
sus techos de cedro y plata
y sus cornisas de encajes.
Sus baños alabastrinos,
sus preciosos azulejos
del arte oriental orgullo,
sus estanques cristalinos,
sus tintas y sus reflejos,
sus auras y sus murmullos.
Ya no hollarán más sus plantas
el harén en que liviano
le dió el goce su trofeo:
en donde delicias tantas
gustó; donde soberano
sació siempre su deseo.
Ya el sol, al bañar la tierra,
él no podrá sus miradas
espaciar por sus verjeles,
y las cumbres de su sierra
eternamente adornadas
de nítidos alquiceles.
Ya halla sólo en el abrigo
que el litoral africano
brindara á su desventura,
desdenes en el amigo,
compasión en el hermano
y esquivez en la hermosura.
Por eso, por eso llora
el infeliz agareno
y es tan triste su mirada
sobre una duna que dora
un sol de rigores lleno
junto á una mar abrasada.

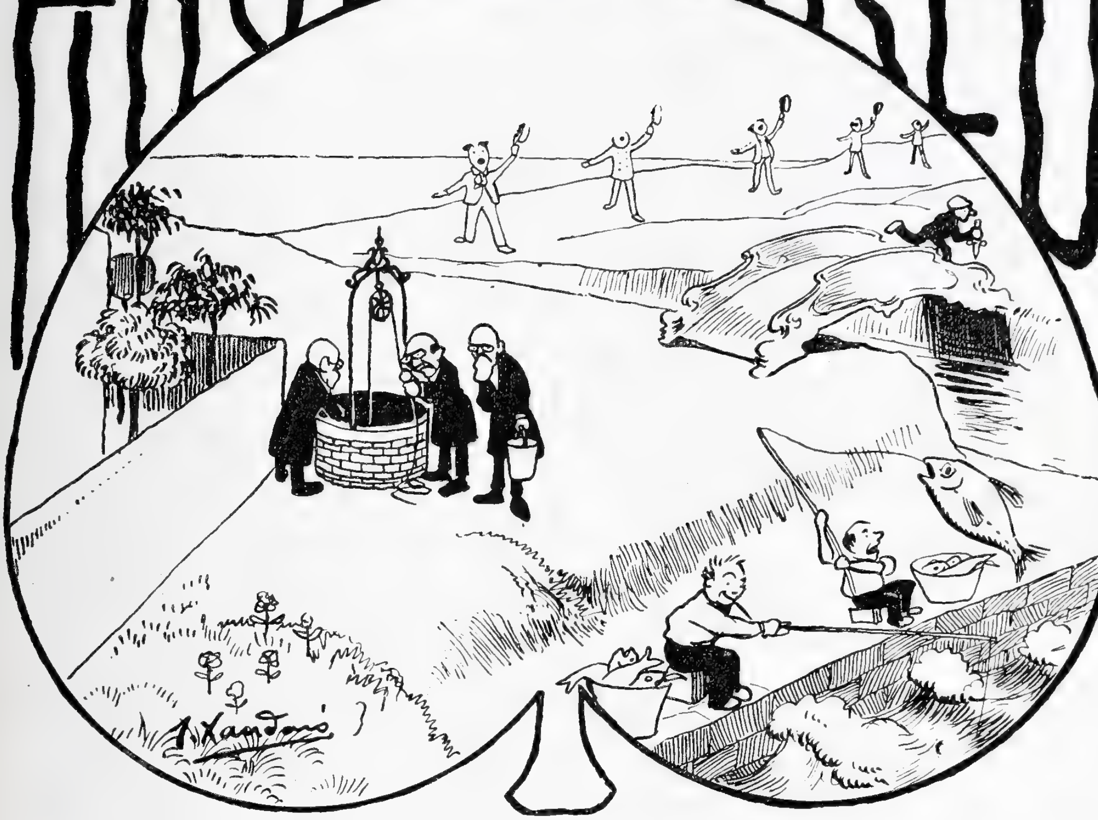
ARTURO REYES

Bajorrelieve de Coullaut Valera

EL REY DE LA CREACION,
POR SANCHA



FINCA DE RECREO



Querido Melitón González:

Por muchos sitios de recreo que conozcas y muy apropiados que los halles para veranear, no tendrás noticia de ninguno tan notable como el que yo disfruto en estos momentos.

Encuéntrase mi finca en uno de los puntos suspensivos (llamo así á los que dejan suspenso el ánimo) más pintorescos de la Península.

Linda al Norte con un mar de confusiones, así denominado porque sus peces no han llegado á entenderse todavia; al Sur con la Era cristiana, que es donde se trilla el trigo para hacer las hostias; al Este, con el camino de la virtud, que ha criado hierba por su poco tránsito; y al Oeste, con la tierra de promisión, que promete cosechas y no las da.

¿Por qué no vienes á visitarme en la época de las ilusiones? Montas en el coche de San Francisco, sigues la línea de conducta, dejando á un lado el campo del honor y á otro el valle de lágrimas, atraviesas la viña del Señor, tomas el sendero de la fe, y al llegar al punto final encontrarás mi casa, con su cercado ajeno lleno de fruta dulce y sabrosa y poblado de plantas de los pies y de árboles genealógicos. Rodéanla varios castillos en el aire, habitados por gentes ilusas, y tiene enfrente la Capilla de Lanuza, á cuya entrada se destaca la cruz del matrimonio.

Precedido de grandes arcadas, por las que suelen pasar los que están mareados, encuéntrase el edificio, al cual se entra por la puerta otomana, abriéndola con la llave del destino. Asciéndese por la escala de la vida al piso principal, en cuyo piso tengo á tu disposición muchos cuartos, y así como no me gusta dar un cuarto al pregonero, á ti sí te lo daría, incluso el comedor, en el que, por cierto, flota el espíritu de la golosina.

Hay, finalmente, junto á la puerta una fuente de riqueza que echa agua de cerrajas y cerca de ella un pozo de ciencia, de donde siempre sacaron el líquido elemento los pocos sabios que en el mundo han sido. Todo ello está iluminado de día por el sol que más calienta, y de noche por la tea de la discordia, ó por la luna de miel, que es aquí la preferida de los tontos.

¡Qué excelentes vistas de Aduana tiene mi finca! Desde el mirador veo el río revuelto con su ganancia de pescadores, y su puente de plata construído para los enemigos que huyen, y desde el cual se ve el torrente de las pasiones siempre sumando víctimas viciosas.

Desde el gabinete conservador se dominan las «Costas las de Levante», donde se crian tenores, y por la ventana de la sala de Villar del Arzobispo, cerca ya de los nuevos horizontes, observo á lo lejos, muy favorecidos por parejas misteriosas, los picos pardos, entre los cuales descuella el pináculo de la gloria, poblado de pinos, como es natural. Lo que no hay por aquí son grandes bosques; en cambio no faltan ligeros bosquejos para solaz de los pintores. Conque anímate á venir. Y si vienes, procura no tomar el camino de la perdición, porque perdiéndote en él, no llegarías nunca.

Abur. Tuyo afmo.

Juan Pérez Zúñiga



LA CARACOLA

La casa está puesta, monte arriba, á la sombra de un algarrobo, y entre pitas y chumberas y jarales enmarañados.

Es una casa reducida, que jalbega la cal dos veces al año; una por Pascuas, y para las romerías la otra. En su mismo portón nace la fuente, conocida más abajo, en el lugar, con el poético nombre de «las palomas.» Cerca de la techumbre se abre un ventanillo; en su alféizar florecen improvisados tiestos de clavellinas y rosas de la sierra.

Tiene á las espaldas un jardincillo con flores y hortalizas, y en un ángulo una jaula grande donde se refugian la clueca y sus polluelos al anochecer.

Esta casa, sola en el monte, como la ermita, es de la *Meca;* vieja mujer, horrible, que se embriaga con aguardiente y se mofa de la religión y de los curas, cantando alborozada al beber mucho.

Con ella vive Isabel, la *Caracola* por mal llamar, huérfana de madre; y el padre anda á la otra banda de los Pirineos fugitivo de la justicia. Es la *Caracola* una muchacha menuda, pero fresca y de arrogante lozanía; abundosos y suaves los cabellos; moreno el rostro, con lluvia de pecas y una dedada de bozo finísimo; en la flor de la juventud y de muy buena gracia

A más de la *Meca* y la *Caracola*, anidan—en el raquítico alero descolorido—gorriones y nevatillas, y golondrinas á la primavera. Enroscado en el hogar, un gato mustio de piel atigrada; durmiendo al sol, el perro vigilante; y en la engañifa de establo, que también es cocina y cuarto de dormir, un borriquillo tuerto y cojo, peludo, con patas de sátiro y el lomo acribillado de mataduras como el peor rocín.

A la hora del alba, *tía Meca* despega los ojos, vidriados, mortecinos; y si clarean las rendijas del portón, sacude el pie sobre la cabeza de su sobrina, que, con la boca abierta, duerme fatigosa.

Alzase diligente Isabel, y abre la puerta de par en par al nuevo día; se chapuza en la fuente. De sus crenchas doradas chorrea el agua en hilos de cristal, y resbalando por las mejillas, de un sano color rojo, corre á esconderse en el seno crecido y alto.

Luego se asoma al barrancal, cuyas charcas humean nieblas azules, y parece extasiarse complacida. Cacarean los gallos tempraneros; el sol, amarillo como un punto de oro, envuelto en cristales, despierta á la sierra con sus luces tibias y cariñosas; un airecillo juguetón fíltrase en los pinos y las encinas, y su confuso susurrar es el eco dormido de lejanas playas; legiones de pajarillos alegres ríen retozones; por detrás de una loma llega el ganado al son de las esquilas, y precediéndole, los gritos de los pastores y sus cantares:

Que me penetras en l'alma;
eres la flor del romero
que me penetras en l'alma...
y yo, como bien te quiero,
voy besando tus pisadas...
voy besando tus pisadas;
eres la flor del romero...
.

—¡Ijujuju... jujuuu...! ¡Sioo, cabrra! ¡Pablo, al garrobal!... Aerrí, aerrí! ¡La Pinta! ¡Sidro!

II

Bien lo maduró *tía Meca* en los desvanes del meollo; y cuando le pareció en su punto, una noche, se lo espetó á su sobrina, vamos al decir, en un invisible.

Comía ésta bellotas y se le atragantaron al adivinar, mejor que comprender, las palabras marrulleras de su tía. Un sordo rumor le cegó el oído como si le aplicaran el caracol de mar á las orejas; el temblor de las estrellas prendió en sus ojos, y todo danzaba á su alrededor. Hablaba así la *Meca:*

—Negocio es éste, Sabel, que no ha de criar lagaña para florecer; que en dejándole se duerme, y en durmiéndose aína se está diquiá la fin del mundo, amén. .

—Estas buenas personas del Señor se han apiadado de nosotras, ¡de gloria lo cobren! y fuerza es corresponder contentando... Pa rematar, que ya pasa la media noche, que miá las cabrillas qué altas van... Al domingo aparejas el Moro y, paso tras paso, iremos á la ciudad, y allí entrarás en amo...

Rompió aquí á llorar Isabel, como dicen lloraba la Magdalena de desesperada; á cataratas volcaban sus ojos el llanto salado en la pañoleta que le oprimía el pecho, y de lo más hondo subían aquellos suspiros roncos de leona herida.

—Vamos... ¡á dormir ya! ¡Hala...! ¡Contra, la zagalica...!—y en recoger los trebejos para el laboreo de la velada, desparramados entre las piedras, la *Meca* y su sobrina desaparecieron en la casa.

Chirrió el portalón; apagáronse las voces de las mujeres y el candil de la chimenea. Borbolleaba

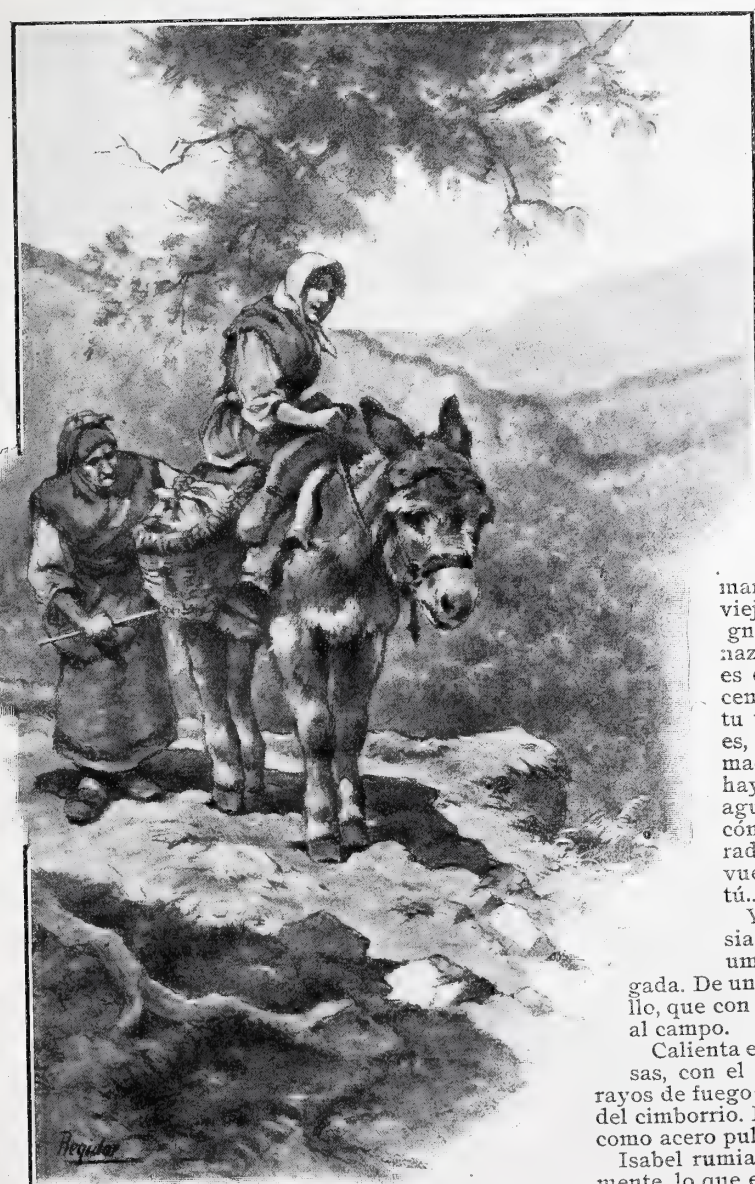
el agua de la fuente con murmurar de enfado; la luna de plata, mística, soñaba en el cielo... Allá en el pueblo cantó el primer gallo.

III

Llegó el domingo, y ya arriba se escribe cómo á la hora del alba despertó el día y cómo á sus luces despertaron la *Meca* y su sobrina Isabel.

Y entrando con ella en la cocina, al tiempo que la vieja trenza sus cabellos, la vemos devorar famélica un pedazo de torta de pastor y un buen puñado de higos verdes.

Luego apareja al Moro, y aún más luego ade-



reza su rústica hermosura. Enciende el sol las hierbas secas, crecida la mañana, cuando por el sendero abajo corren al lugar, á horcajadas en el serón de esparto, la muchachuela, y á pie la *Meca* aguijando el borriquillo con una vara de fresno que arrancó al cruzar el bosquete.

Desiertos los campos, se esponjan voluptuosos bajo aquel sol magnífico. Cantan los pájaros en las ramas de los árboles encorvados hacia tierra á la carga excesiva del fruto nuevo. Las dos mujeres caminan silenciosas, sombríamente silenciosas. El borrico estira los belfos ante las brozas y margallones del sendero, y sacudiendo el rabo lucha por escampar las moscas que le persiguen zumbando.

Y así dejan atrás el molino, desde cuyo emparrado les aulló un perro, y la molinera compadece á Isabel y maldice á la tía, raposa y bruja, y la yunta de bueyes y el rebaño de vacas apartan los ojos estúpidos de los círculos que su respirar traza en las aguas de la presa, y mugen la despedida.

Más lejos, una bandada de gansos grazna desentonada al divisarles...

Al fin entran en la primer calleja del lugar, desembocan en la segunda, y de ésta á la plaza, hasta el mediodía mercado.

Y en la taberna hacen un alto en la marcha. Presurosa, la *Meca* dirígese al mostrador á beber aguardiente. La *Caracola*, en tanto, teniendo del ronzal al Moro, espera, á la sombra de un arbolillo, en la plaza.

Tocan á misa en la torre de la parroquial. Por junto á Isabel pasan los viejos del pueblo los primeros: muestran despreciarla. Después las mozas: fingen lástima de la casera de la fuente. Riendo, socarrones, y disparando burlas los hombres jóvenes, á lo último.

En la sierra repudian á la mujer que va á la ciudad «á entrar en amo».

—Créeme, Sabelica; te lo digo yo que te vi nacer, mismamente nacer—le susurra la eterna vieja de todos los cuentos;—nadie ignora dónde te lleva tu tía, la bribonaza de tu tía...; y como no saben si es de tu grado, pues... vamos, te hacen morros por eso... Tú no debes ir; tu tía lo ordena, convenenciera que es, para vivir de la hacienda de tu madre, que era una santa, ¡Dios la haya perdonado! para bebérselo de aguardiente, para... No, sinó: mira cómo le huía al señor cura, que, enterado de los murmurios, le buscaba las vueltas... Créeme, Sabelica, yo que tú... ¡antes al pantano...!

Y á remate, la vieja sube á la iglesia, y tambaleándose aparece en el umbral de la taberna la *Meca*, embriagada. De un salto monta Isabel en el borriquillo, que con su pata coja cruza el pueblo y sale al campo.

Calienta el solazo canicular. Las ropas, gruesas, con el sudor se pegan á las carnes, y los rayos de fuego reverberan en las tejas barnizadas del cimborrio. En la hondonada, el pantano brilla como acero pulido.

Isabel rumia las palabras de la vieja; precisamente, lo que ella pensaba. Y una canción cínica de su pariente la irrita más y más...

Graves las campanadas de la torre, anuncian la ascensión de Dios en la misa. La zagala detiene el borrico y se arrodilla reverente sobre el serón, golpeándose el pecho.

Después, y á una voz de la *Meca*, sigue su marcha, compasada, lenta, monótona como las campanadas de la torre...

F. GARCÍA SANCHIZ

DIBUJOS DE REGIDOR



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA BANQUETE. Modelo de la casa Laferrière, de París.
T... de raso negro, con entredoses de tul negro bordado. El transparente y las mangas, de raso marfil.

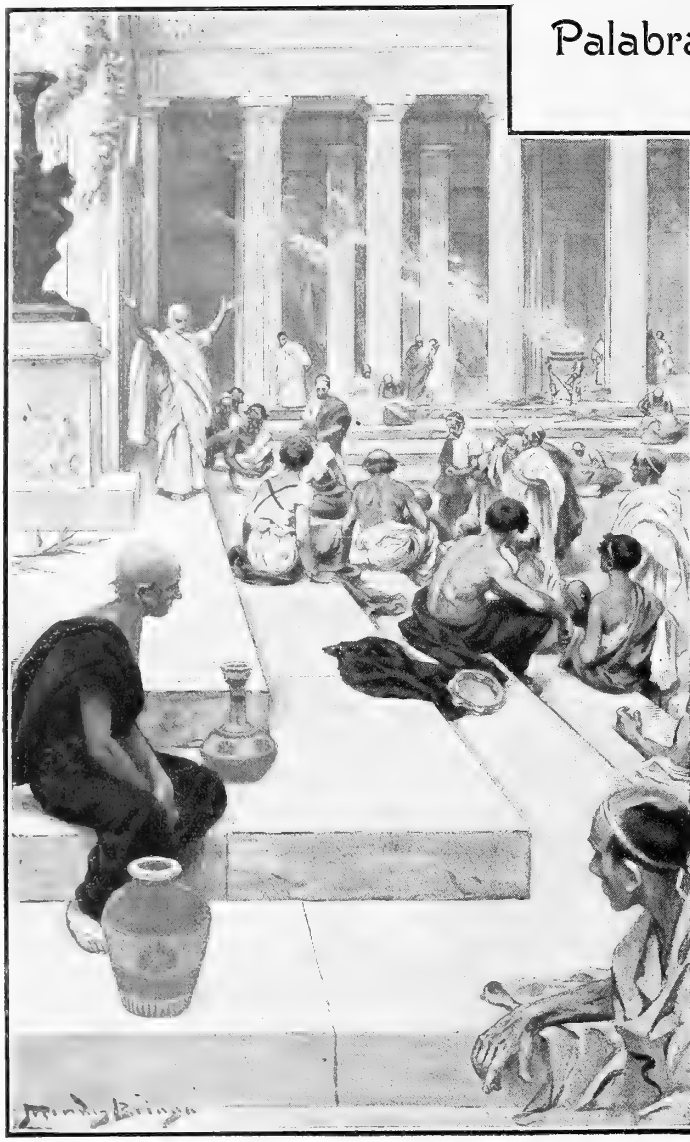
FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 6 Agosto 1904. N.º 692

Palabras, palabras, palabras



La civilización de la humanidad se consigue á costa de su energía, la cultura del individuo á expensas de su vigor, y la vida del pensamiento con perjuicio de la vida de la voluntad?

La pregunta no es ociosa, porque la historia, gran sofista que guarda argumentos en pro y en contra de todo, nos da en este caso ocasión á la sospecha y motivos para la duda.

La raza helénica tuvo sus tiempos gloriosos, su edad fuerte, sus heroicidades colectivas y sus heroicidades personales, sus hazañas, sus conquistas y colonizaciones y hasta sus frases épicas mientras vivió influída por el espíritu espartano, más entregado á los ejercicios corporales y al uso de la voluntad que á los floreos retóricos y al ejercicio del arte.

Y cuando llegó al grado máximo de su cultura; cuando fué más sabia, más artística, más académica; cuando hasta las mujeres hablaban con discursos y hacían su gala de la oratoria, acabaron sus hazañas, energías y voluntad, y sufrió sin resistencia el dominio de los romanos, á quienes los refinadísimos atenienses consideraban como semibárbaros, incapaces de sostener con ellos un torneo intelectual.

La palabrería perdió á Grecia.

A su vez, los romanos gozaron sus días luminosos de victorias y grandezas, de elevaciones del patriotismo, de virtudes públicas, de poder irresistible, mientras vivieron en las austeridades toscas de la Monarquía y la República. Y descendieron al bajo Imperio, á la decadencia y, por fin, al pisoteo de los caballos de Atila cuando tuvieron completada su civilización y sorbida el alma culta de los griegos. Aquellos Césares degenerados, aquellos latinos sin voluntad ni vigor fueron dominados por los mismos refinamientos enervantes que á ellos les facilitaron antes el camino de Atenas. Grecia tomó venganza de sus señores contaminándolos de su cultura.

La palabrería y las sutilezas de los leguleyos perdieron á Roma.

El Imperio de Oriente, el gran Imperio de Constantino pereció al llegar á su pomposo refinamiento.

Los alfanjes turcos cortaron la discusión de los sabios bizantinos cuando peroraban gallardamente sobre la naturaleza de la luz del monte Thabor.

La palabrería y las sutilezas teológicas perdieron á Constantinopla.

Todo sér sensible, aun aquellos de especie irracional, tienen la memoria del dolor para no recaer en peligros de que salieron castigados.

Sólo los pueblos pierden esa memoria del instinto sin adquirir la previsión del escarmiento.

Y olvidados de esas duras enseñanzas de la historia, los pueblos presentes, sobre todo los meridionales, van cayendo aprisa en los males que perdieron á los antiguos. Las sutilezas sustituyen al juicio, la indiferencia á la voluntad y la palabra á la acción.

Mirando á nuestra España, se ve más de cerca y más de bulto el cambio del alma nacional.

España ha sido un pueblo mudo, mudo por fuerza; no podía hablar fuera del púlpito. Al establecerse el régimen constitucional, la palabra se desbordó copiosamente, y los oradores llenaron nuestra tierra de confín á confín. No parece sino que la oratoria tomaba desquite del largo silencio y que salían de golpe y en tropel todas las palabras detenidas durante el período absolutista, de igual manera que rompe atropelladamente el caudal de aguas detenidas, inundando riberas, prados y valles.

Al culto de la fuerza reemplazó el culto de la palabrería. Antes, el que pegaba de recio era el amo y señor de la muchedumbre; después, el que hablaba fuerte era el señor y amo de la multitud, seguido y reverenciado con exaltaciones frenéticas.

Y es que en las razas de condición fanática, el fanatismo pasa por salto de un extremo á otro. La fe nueva prende y se propaga, como en suelo abonado, con la misma facilidad y el mismo exceso con que agarró el fanatismo viejo.

Acabaron aquellos poderes de bronce que el gran Cisneros enseñaba á la nobleza revoltosa, señalando á la artillería como título de gobierno. Los poderes gobernantes han pasado de la boca del ca-

ñón á la boca del hombre. Y es ciertamente justo y debido el culto á la palabra, facultad suprema del sér humano é instrumento donde suena y se manifiesta la razón.

La palabra convence á los incrédulos, alienta á los temerosos, levanta á los postrados, despierta á los dormidos y remueve á las muchedumbres, decidiendo su voluntad á la obra y poniendo sus brazos en la ejecución. Y nuestros padres hablaban y hacían. Su palabra era acción, ruido, sí, pero ruido de motor que mueve la máquina.

Con aquel ruido echaron á andar al pueblo contra los ejércitos invasores de Napoleón; con aquel ruido echaron á andar á las tropas liberales contra los ejércitos del absolutismo; con aquel ruido echaron á andar á España hacia Europa, acercándola algo á la civilización moderna; con aquel ruido se levantaban las piedras de las calles para las barricadas de la revolución; con aquel ruido se abatían las coronas cuando se trocaban en mitras, mostrando con su caer que las mitras, si sientan bien en cabezas tonsuradas, asientan mal en cabezas gobernantes. Con aquel ruido vibró hasta el sentimiento artístico apagado, y lo caldeó la fogosa literatura romántica con oleadas de vida del gran arte de nuestro siglo de oro.



Hoy... hoy sigue dominando la idolatría de la palabra; pero la palabra ya no es motor: es música; no es instrumento para la acción: es instrumento para recreo del oído. Verdad que sin ella nadie es nada; con ella se alcanza á toda altura y se abren por encanto todas las puertas: las de los parlamentos, de los ministerios de los palacios, á la manera que el canto y el laúd de los trovadores abrían los castillos y moradas señoriales. Pero no se pasa de eso: de la trova galana y del decir sonoro. El hombre de acción ha perecido; queda el trovador afeminado sin voluntad ni arrestos. Se asiste á los mitins, á los clubs, de donde salían antes las revoluciones; se asiste á Cortes, de donde antes salían las libertades, como se asistía en tiempos viejos á las cortes de amor; son justas del ingenio, donde en vez de jugar lanzas se juega del vocablo.

¿Vamos á una sesión de Cortes? Tal vez no podremos entrar; tanta es la gente curiosa que nos acompaña en el deseo. El salon está repleto; se disputan y quizá se venden, como en día de moda de un teatro, los billetes para las tribunas, que se llenan de damas elegantes; todo aquello semeja un espectáculo.

Habla un orador de fama: le contesta el de enfrente: la discusión se acalora: se aplaude, se protesta, se grita, la controversia se hace disputa, la disputa tumulto, el tumulto tempestad. Cualquiera pensaría que del debate va á salir la salvación ó la ruina de la patria y que aquellos oradores terribles y fieros irán desde allí á vengar sus injurias en el campo del honor. ¿Que se ha votado? Nada: las oposiciones retiran tranquilamente la proposición que ha provocado la tormenta; los irritados enemigos refrescan juntos en la cantina, y de todo lo dicho queda lo que decía el libro de Hamlet: ¡palabras, palabras, palabras!

Vamos á un mitin: las turbas se atropellan por entrar. Se habla, se aplaude, se interrumpe, se vocifera, se enardecen los ánimos, se calientan las bocas, se profieren vivas y mueras, se juran venganzas y se anuncian catástrofes sangrientas. Parece que sólo hay un paso de allí á las barricadas.

Se levanta un modesto agente de policía: disuelve el horrendo conciliábulo, y los leones desfilan como rebaño de corderos en perfecto orden de retirada. ¡Palabras, palabras, palabras! ¡Acción! Ya no la hay ni en los dramas, para que la ficción artística no dé mal ejemplo á la realidad social y la acuse con ello de su inacción. Asusta y crispa los nervios el que pase algo en alguna parte, aunque sea de mentirijillas. El pseudomodernismo inane, anémico y dormilón, para nivelarse con la vida, prescribe que el arte sea copia de ella, y efectivamente la copia reduciendo el teatro á minucias sin brío y conversaciones sin interés. ¡Palabras, palabras, palabras!

Es indudable que hoy se piensa y se habla más y mejor que se hablaba y se pensaba antes. Y si la civilización y la cultura consisten solamente en el progreso de esas facultades, respondamos á la pregunta de arriba que la cultura y la civilización se consiguen á costa del vigor y de la voluntad. Y en cuanto á nuestra España, puede congratularse, contra dictámenes pesimistas, de que se va civilizando, porque va desustanciándose de la energía que fué médula del carácter nacional. Y ahora la generación enfermiza vea qué le conviene: sí vivir ó hablar mucho.

Eugenio SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



Una aventura

Se había acabado la misa de once en San José.

Gustavito clavó su mirada sugestiva en las últimas bellezas que descendían del templo como un coro de ángeles; se apartó del grupo que obstruía la acera y salió en persecución de una preciosa institutriz muy rubia y delicada.

—¡Qué suerte tiene ese!—dijeron los amigos al verle desde lejos abordar á la encantadora miss.

Entre la ondulante cadena de ociosos y devotas desapareció detrás de ella, igual que un perro mimoso colgado de las faldas de su ama.

—Es usted monísima...—dijo, mientras la institutriz apretaba el paso.—¿Lleva usted mucha prisa?



—Yes,—contestó secamente y sin mirarle.

—¡Qué lástima!... Porque yo no llevo ninguna.

(Pausa breve.)

—¿Usted quiere que la acompañe?

—¡No!—replicó acelerando la marcha Prado abajo.

Caía el sol á plomo sobre la arena polvorienta y reverberaba con chispas de fuego en las vidrieras de las casas. Gustavito caminaba con el sudor adherido á su cuello engomado, vacilantes las piernas y apopléticas las sienes; la incansable miss reía por dentro, mientras resguardaba con la sombrilla su carita inmóvil de porcelana.

—Pero... ¡por Dios, no corra usted tanto...! Oigame usted...

Y acercándose á su oído con la pesadez de una mosca golosa, añadió tiernamente:

—¿De veras no quiere usted oirme...?

—¡¡No!!

Ya estaban fuera del Prado. Ella delante y él detrás, subían con la velocidad de un *tandem* por la calle de Juan de Mena; doblaron la esquina de la de Alfonso XII, y á los pocos pasos, cuando la joven iba á entrar en una casa de lujosa apariencia, el porfiado galanteador la detuvo en el dintel.

—¿Y será usted capaz de dejarme así?—exclamó entre despechado y suplicante, sujetándola por un brazo.

Retrocedió la inglesita ruborizada; separó el brazo bruscamente; profirió un enérgico «¡shoking!», y descargando terrible puñetazo sobre un pómulo del tenorio callejero, desapareció como una sombra vengadora en el fondo del ascensor.

...

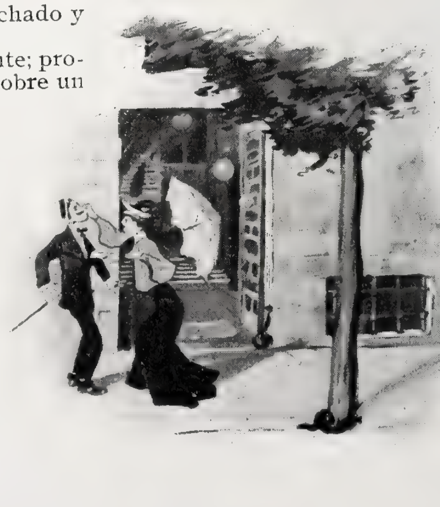
Gustavito estaba de regreso frente á San José cuando salían los fieles de la última misa. Un amigo, gran admirador de sus audacias, le dijo sin ocultar la envidia:

—¡Pero qué suerte tienes!

Y él, acariciándose el pómulo dolorido, contestó con aire de triunfador discreto:

—Peh... Ya ves... ¡Se hace lo que se puede!...

Después dirigió su hipnótica mirada de águila al grupo de muchachas lindísimas que avanzaban por el atrio, tan humildes... tan delicadas... ¡como un coro de ángeles!



Luis GONZALEZ GIL

DIBUJOS DE SANCHA

SAN SEBASTIÁN. RECUERDOS DE
MIRAMAR, POR MARTÍNEZ ABADES



Banco ...



ENTRADA AL CASTILLO

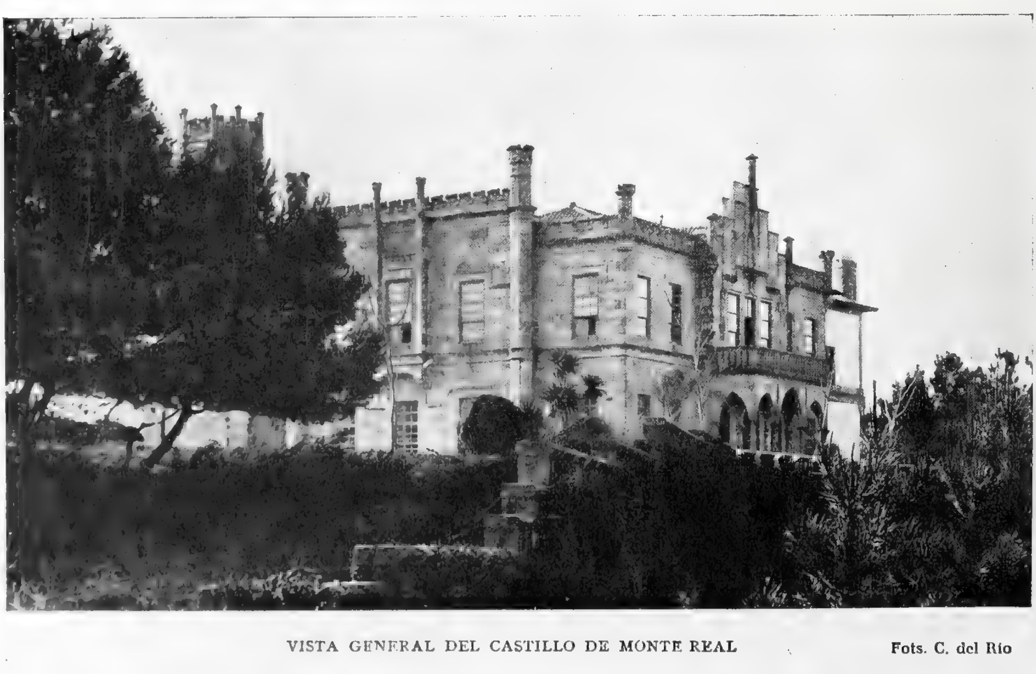
EL CASTILLO DE MONTE-REAL

JUNTO á la hermosa y poética playa de Bayona, en Galicia, dominando una gran extensión de terreno, y avanzando hasta el mar sus torreados bastiones y las fortísimas murallas que le circundan, se alza el magnífico castillo de Monte-Real, uno de los más antiguos y mejor defendidos de España; una fortaleza á la antigua que si hoy, con el progreso de los armamentos, no podría servir para una defensa seria, en los siglos XVI y XVII pudo poner á cubierto de todo ataque una parte de las siempre codiciadas rías.

En su magnífica obra *Bayona antigua y moderna*, los Sres. D. José de Santiago y D. Ulpiano Nogueira describen el castillo de Monte-Real, y cuentan las vicisitudes históricas por que ha pasado desde los tiempos más antiguos. Hay en sus torres y murallas miembros arquitectónicos pertenecientes á las más diversas épocas, cual suele suceder en casi todas nuestras antiguas obras de arquitectura militar.

Pero el interés arqueológico y estratégico del castillo, que hoy es un soberbio palacio, está ya muy por bajo de su valor artístico y de la incomparable hermosura de su posición.

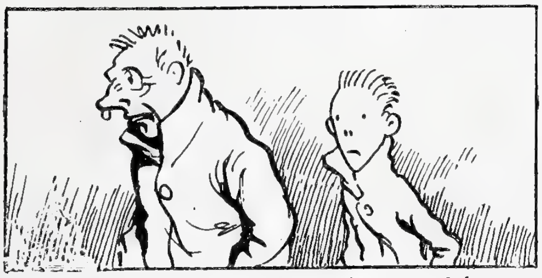
Es el castillo de Monte-Real una de las más gratas residencias de verano de España. No tan conocido como el de Mos, no es menos merecedor que éste de ser visitado.



VISTA GENERAL DEL CASTILLO DE MONTE REAL — Fots. C. del Río

REFRANES AGOSTIZOS

Entre Julio coronado de espigas, y Septiembre enguirnaldado con pámpanos, saca su caraza de ahito el buen Agosto, de quien se dice en el Norte de España *Agosto, frío en rostro*, y en el Mediodía *Agosto frie el rostro*, y en una y en otra parte tienen razón.



En la madrugada de Agosto—añade otro refrán,—*há frío el viejo y el mozo.* Como los días van acortando, hay lugar para que se refresque la tierra; y desde el 15 ó el 20 de este mes, los que duermen al raso ya sienten por la mañanita el escalofrío de la rociada. Esto en Castilla, que en Andalucía el Agosto suele ser formidable, y allí es donde *el Quemado*, ó sea el santísimo San Lorenzo, hace de las suyas.

El día que cae el Quemado, cae todo el apostolado, gimen los trilladores, porque en tal día, ordinariamente, se aplasta el sol en la parva y hace papilla los sesos de quien los posee. Por eso otro refrán añade que *La lluvia de San Lorenzo siempre llega á tiempo.* Pero tampoco este refrán hay que creerlo á

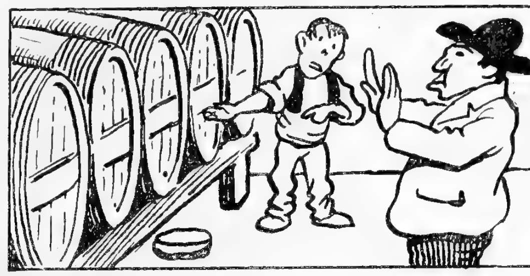


pies juntillas, pues si es verdad de Sierra Morena para abajo lo de que *En Agosto trilla el perezoso*, porque allí tempranean todos los sembrados, de Sierra Morena para arriba no es menos verdad que *Quien no trilla en Agosta, trilla con mal rostro*, y que *Quien duerme en Agosto, duerme á su costo.* Aquí, en el

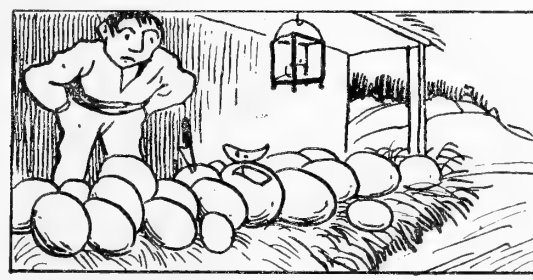


centro, Agosto es la clave de todo el año para el labrador, y también es frecuente decir que *Agosto guarda el secreto de doce meses completos*, no sólo por lo que hace al trigo y á los demás cereales, sino también por lo que respecta á la bendición de la tierra, esto es, al vino.

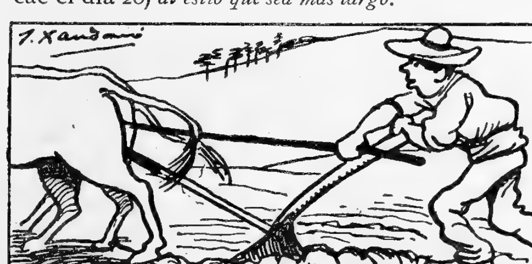
No la fuerza del consonante, sino la de los hechos, ha relacionado á Agosto con el vino en los siguientes refranes: *En Agosto, uvas y mosto*, porque en este mes las uvas se llenan y crían todo su jugo; por eso conviene que haya sequía, pues ya el Comendador griego avisaba que *No es bueno el mosto mojado en Agosto;* y otro proverbio más claro dice: *Vino, ¿quién te bautizó? Agosto, que me mojó.* El agua engorda las uvas, pero las quita substancia, las deslavaza, las roba azúcar y alcohol, por tanto. *Cuando lloviere en Agosto*—añade un corredor de vinos,—*no gastes dinero en mosto*, por la misma razón y por lo barato que se pone el vino después.



No lloviendo y viniendo el tiempo bien sequito, lo *que en Agosto madura, en Septiembre se asegura.* Esto se dice no sólo de las uvas y del vino, pero de otros muchos frutos y frutas, pues *si Septiembre no tiene fruta, Agosto tuvo la culpa;* y entre ellas bueno es distinguir al rey y á la reina de Septiembre, que son el melón y la sandía. *La sandía y el melón en Agosto entran en sazón*, y para conocer esto hay una regla referente al tamaño de esos frutos, la cual dice, *en Agosto, sandía y melón como cabezas de motilón.*



Entre que se acaba la era y se prepara la vendimia, bueno es sacar á relucir el arado y comenzar á arañar la madre tierra, pues *quien en Agosto ara, su riqueza prepara.* Mas no basta arañar la tierra. Es menester que el cielo ayude, y así advierte otro refrán que *para la buena sementera, por San Bartolomé el agua primera.* Si el excelente San Bartolomé lanza en su día las primeras aguas, puede afirmarse que ya todo va bien. *Poco va desde San Bernardo* (que cae el día 20) *al estío que sea más largo.*



Tres santos se llevan, pues, al verano. San Bernardo, que recoge los últimos calores. San Bartolomé, que arroja las primeras lluvias, y San Agustín, el sabio obispo de Hipona, que abre, como quien dice, las puertas de Septiembre.

W. & B.



EL TITIRITERO AMBULANTE

Qué extraño es que este tipo se nos vaya de entre las manos, desaparezca para no volver más, si se fueron los dioses!

La expulsión de los moriscos y la de estos modestos acróbatas interurbanos, de las plazas y calles de Madrid, son dos hechos memorables que registra la Historia. Al titiritero ambulante aún se le suele ver en romerías como la de San Isidro, asombrando á los forasteros con su repertorio de saltos mortales y veniales y dominaciones en las anillas, las únicas dominaciones que nos quedan, una vez perdidas las colonias.

Vestido con unas mallas amarillentas por el uso, remendadas á trozos por la aguja cariñosa de la cónyuge *ú similar*, que no todo viene por la Iglesia, tonelete de paño verdoso, unas botas de elástico y el redoblante á cuestas, que á la vez le sirve de acompañamiento, pregón y reclamo, tres importantes ocupaciones en un solo parche, va el desmedrado hércules por ferias y romerías *luciendo todo lo que Dios le dió*, como cantan en una popular zarzuelilla.

Generalmente el titiritero forma compañía modesta, claro es, pero compañía al fin: un niño, bien procedente del solar paterno, bien alquilado, y un perrito habilidoso para amenizar los intermedios, cuando no un mono calloso y repugnante vestido de bailarina ó haciendo de *ecuyère*, caricaturizando sus piruetas, sobre el perro. Tan original *troupe* recorre á pie y sin dinero, como los modernistas andarines que dan la vuelta al mundo, carretera adelante toda España; familiares le son al titiritero las más concurridas ferias, y en las clásicas plazas de los pueblos aparece, y al redoblar furioso de los palillos sobre el parche acuden todos á ver los títeres. Coloca mi hombre una barra fija, extiende en el suelo un veterano alfombrín todo deshilachado, frota la barra con resina, y allá va el *atleta* girando como aspa de molino, impulsando su cuerpo, con gran asombro del auditorio, que no se explica satisfactoriamente cómo se pueden hacer esas cosas. Los más ilustrados lo atribuyen al progreso, en lo que ya se sabe que entra todo.

El niño se entrega después á vertiginosos saltos sobre el tapiz; descoyuntado en sus articulaciones, se mete la cabeza en un bolsillo y cruza una pierna alrededor de la garganta, como si fuera un boa. Nuevas muestras de entusiasmo en la multitud. Después, el perro hace un número de payaso.

Termina la sesión acrobática, circula la bandeja, se deshace el anillo de espectadores, y allá quedan solos el titiritero y *los suyos*, dispuestos á continuar la jornada luego de breve colación. ¡Errante y fatigosa vida de rodar constante, mendigando un frugal sustento y un modesto aplauso!

...

Pero no divaguemos ni tratemos de internarnos en la intrincada selva filosófica.

Recuerdo de un incidente que presenciamos unos cuantos amigos el verano anterior en una importante capital de provincia y en época de feria. Un titiritero con *su compañía*, jadeante y anheloso, como quien viene de largo camino, se acercó á un manguero que en aquel instante se encontraba en la plenitud de sus funciones, y le preguntó:

—Diga usted, buen hombre, ¿voy bien para ir á la barraca de la *Alegría*?

El meritorio de Neptuno, con cierta chunga y después de mirarle de alto á bajo, respondió:

—¡Hombre, como ir muy bien no va usted, que digamos; pero teniendo en cuenta *la calor* que hace, va usted como una rosa!

Luis GABALDON

DIBUJO DE MEDINA VERA

Crónica Gráfica

Mala la hubieron los rusos en las últimas jornadas de la guerra. Hasta el momento en que se escriben estas líneas, el plan trazado, según se dice, por el mariscal Oyama y que muchos militares califican ya de moltkiano, va cumpliéndose paso á paso. Admirables son los movimientos de los dos cuerpos de ejército mandados por los generales Kuroki y Oku; valerosa, pero ineficaz, la defensa de Kuropatkine; heroico, pero inútil, el comportamiento de Stoessel. No es solamente la leyenda de oro de nuestro valor la que ha perecido en 1898; son todas las leyendas áureas ó argénteas. La guerra es hoy día una ciencia fundamental como la Mecánica: es una de las ramas de esa ciencia de ciencias que se llama la Lógica. Lo de que ahora, como en 1870, resulte victorioso el maestro y no el hombre de armas, no pasa de ser una poética frase. Habría que ver á fondo lo que son los maestros japoneses. Pero lo indudable es que esta guerra la dirigen cerebros cargados de lógica, hombres sistemáticos y capaces de sistematizar á las masas vivientes; gran ventaja que aquí no hemos conseguido todavía... ni quiera Dios que la consigamos, porque ahora es ocasión de preguntar: ¿qué se hará con esos sistematismos belicosos en tiempo de paz?

A río revuelto, los chinos comienzan á manifestarse también hostiles á Rusia. El general Ma y sus oficiales instruídos en Alemania, van sacando la cabeza por las fronteras de Manchuria, pero no tan abiertamente que no ocurra lo que se ve en la fotografía reproducida en esta plana. A la llegada del general ruso Liniwitch á Hai-chang, recibiéronle considerables fuerzas chinas. Los soldados del Celeste Imperio están con una rodilla en tierra. Ahora, como la hipocresía es la principal virtud de los chinos, creemos que lo mismo harán con el primer general japonés que se acerque.

Volvamos la vista á espectáculos más pacíficos, y aún diremos que á los más noblemente hermosos que hoy se celebran en el mundo.

Ahí pueden ustedes ver junto al teatro de Wagner á la propia viuda del maestro, Cosima Wagner; á su hijo Sigfrido; al más ilustre intérprete de sus obras, el famoso maestro Richter; al mejor discípulo, el popular Humperdinck, autor de *Hansel und Gretel*, y en fin, á las gentiles actrices que representan las obras wagnerianas, dirigiéndose, ya vestidas en traje de teatro, al de los grandes triunfos del genio de Bayreuth.

Desde Bayreuth y la ópera wagneriana, la fotografia nos fuerza á saltar hasta Benablón (Caravaca, Murcia) y hasta el prosaico pero importantísimo asunto de los abonos minerales. Un inteligente labrador de aquella localídad, D. Francisco Ruiz de Amoraga, nos remite pruebas de las ventajas conseguidas por él con el abono fosfatado potásico y el nitrato de sosa. En dos parcelas iguales de á 8 áreas, la no abonada le ha rendido 28 gavillas de mies, y la abonada 62 haces. Aprendan los rutinarios.

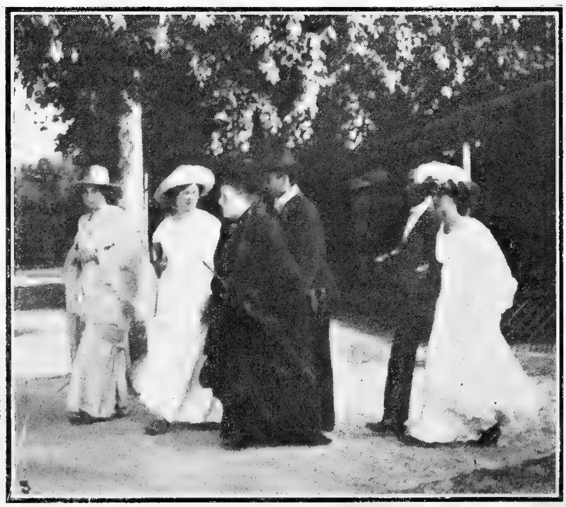
Para final, apuntemos la llegada á Cádiz en el vapor *Manuel Calvo* de los cañones y municiones de artillería que quedaron abandonados en la isla de Puerto Rico. Esta es la última página de la triste leyenda. Nada más melancólico que los cuerpos exánimes de esos pobres cañones, apilados en un muelle como fardos de comercio. ¡Ojalá tengan mejor suerte en la madre patria!



HAI-CHANG (MANCHURIA). LLEGADA DEL GENERAL RUSO LINIWITCH — Photo Nouvelles















BAYREUTH (ALEMANIA). 1. EL PÚBLICO DIRIGIÉNDOSE AL TEATRO DE WAGNER. 2. EL «GONG» PARA LLAMAR AL PÚBLICO
3. ACTRICES DEL TEATRO DE BAYREUTH. 4. EL MAESTRO RICHTER. 5. LA VIUDA DE WAGNER
6. EL MAESTRO HUMPERDINCK Y SU SEÑORA. 7. SIGFRIDO WAGNER

Fots. Berliner illustration



CARAVACA (MURCIA). PARCELA DE TERRENO SIN ABONAR. PRODUCTO, 28 HACES



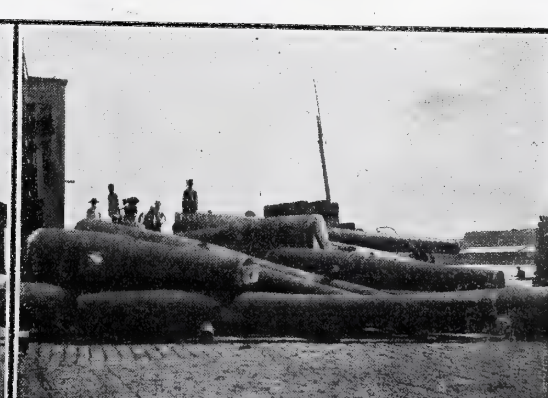
PARCELA DE TERRENO ABONADA. PRODUCTO, 62 HACES

Fotgs de F. Alburquerque



CADIZ. DESEMBARCO DE MUNICIONES PROCEDENTES DE PUERTO RICO

Fot. Aramburu



LOS CAÑONES DE COSTA, DE 18 CENTÍMETROS, DEVUELTOS DE PUERTO RICO

EN LAS PLAYAS FRANCESAS

LOS DEPORTES DE MODA

La mayoría de los españoles que va á tomar los baños de mar, lo hace con un propósito terapéutico ó cuando menos higiénico, no por pura y sana diversión. Así se ve en San Sebastián, en el Sardinero y en las Arenas tanta gente que baja á la playa como quien va á la oficina; cumple á escape el penoso deber del baño y se vuelve á casita ó al café á murmurar del prójimo y perder el poco provecho que de la inmersión en el agua haya sacado.



A los niños se les deja en la playa con las piernas desnudas (y no á todos) para que jueguen y hagan diabluras en la arena; pero ¿cuándo ocurre que una señorita ó un señorito, y mucho menos una señora ó un señor grave se dediquen á jugar en la misma playa al *lawn tennis* ó al *crocket* para aprovechar, no sólo el contacto con el agua, sino el roce del efluvio marino en el cuerpo y la entrada de la brisa en los pulmones durante un ejercicio sano?



1. EL CROCKET EN LA PLAYA
2. UNA PARTIDA DE TENNIS

Y sin embargo, como pueden ustedes ver, en muchas playas extranjeras se hace así, y se traban larguísimos partidos de *tennis* y de *crocket* antes y después del baño, porque éste es una cosa natural, un complemento lógico del ejercicio físico, no un rato de sufrimiento *medicinal*.



DOS JUGADORAS DECIDIDAS

FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS



VERBENA GRANADINA

Al avanzar la tarde, cuando el sol desciende y un ambiente blando y templado convida á respirar con deleite las emanaciones de las frutas y de las hierbas del campo, carga la bulla al lugar designado para la feria, casi siempre emplazada en sitio amplio, poblado y de excelente vista y alegría.

Comienza entonces la animada excursión. Grupos de mozuelas pasean cogidas del brazo, rebozadas con supremo arte en el clásico pañolón de Manila de vivos colorines. Descubierta la cabeza y el peinado sucinto y recogido en apretado rodete á la nuca, hacen gala de la graciosa elegancia de la mujer granadina, distinguida y maja como ninguna otra. La expresiva sandunga de sus movimientos atrae las miradas, y los efluvios de flores y de juventud que se desprenden de sus cuerpos llenan el sitio por donde pasan de aromas excitantes que embriagan.

Síguenlas de cerca los mozuelos, caminando en hilera y cortándolas el paso para intentar á favor del bullicio alguna licencia, endilgando á la vez una serie no interrumpida de piropos y flores de subidísimo color que han de aguantar las aludidas, hasta que á codazo limpio logran romper el importuno asedio. A veces también, un palo que se enarbola y cae, baja los humos del chusco ó atrevido que osó pasar la raya en sus galanteos. Corre la gente, hay gritos, excusas, protestas y confusión, hasta que *motu proprio* se restablece la calma.

Galanes, enamorados y correntones no saben dónde acudir cada vez que entra en escena alguna moza de cartel, y la misma abundancia de primores y hechizos aturde y marea...

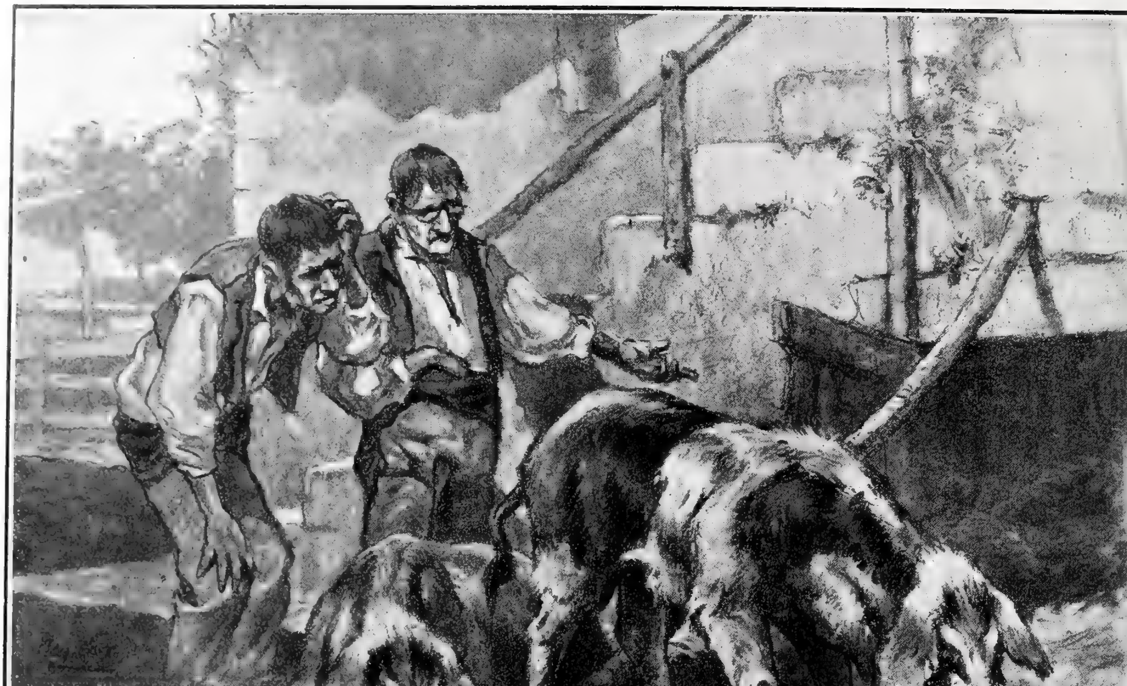
El vino corre de mano en mano de la abultada odre, tendida á guisa de matanza en la desvencijada mesa. Aquel manantial inagotable corre en abundancia y los síntomas de la borrachera se manifiestan en carcajadas y contorsiones.

El humo de los candilones y el polvo que levantan las colas de los vestidos, envuelven en sucia neblina los objetos.

Los puestos de bollos relampaguean y son centro de reunión, iluminados por grandes faroles. La figura del bollero se destaca entre largas randas de blanquísimo lienzo: limpio, servicial, afeitado y con pañuelo de seda en la cabeza.....

MATÍAS MÉNDEZ VELLIDO

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA



¡SIC TRANSIT...!

Historia de un cerdo contada por él mismo

Nací en España; tuve la fortuna
de hallar en esta tierra humilde cuna.
Fué mi madre la flor de las marranas
de todos los corrales campurrianos,
dándome seis hermanas
y otros tantos hermanos,
que sumados conmigo, me parece,
salvo error ú omisión, que fuimos ¡trece!
En casa decidieron que el ganado
fuese á la villa un día de mercado.
Entre los de mi raza,
sin duda por ser yo de mejor traza,
resulté el elegido,
y en cuanto se hubo el viaje decidido,
di un abrazo á mi padre
y besé á mis hermanos y á mi madre...
¡Qué triste despedida!
No los he vuelto á ver... ¡tal es la vida!
Ya en la villa, llegamos al mercado,
que estaba concurrido y animado.
Vi allí cerdas de rostros infantiles,
alegría y ornato de cubiles.
Confieso sin rodeos
que al ver tanta belleza sin medida,
sentí la vez primera de mi vida
el agudo aguijón de los deseos.
De todos los feriantes, sólo uno
de mi mérito hablaba con desprecio.
Supe más tarde que era el tal un tuno
que quería comprarme á bajo precio.
Examinó mis curvas, mis perfiles;
me tocó las orejas, los perniles,
y concluyó diciendo: trato hecho.
Mi amo, satisfecho,
me dió, cruel, por un montón de plata.
Después de realizada tal idea,
que yo juzgué egoísta é insensata,
pagó la robla (1) *y se volvió á su aldea.*
En mi nuevo corral, bien instalado,
pasé días mejores
que en casa de mis amos anteriores,
viéndome siempre limpio y regalado.
Engordé y fuí feliz. Gruñí gozoso
la entrada de la augusta primavera,
y el Señor me hizo dueño venturoso
de una gorda y lucida compañera.
¡Con qué fe nos amamos...! Y cumplimos
tan bien los altos fines
de nuestra unión, que dimos
á nuestro amo común ¡diez chiquitines!
Y aquí comienzan mis terribles males,
mis penas y disgustos...
Mis puros sentimientos paternales
fueron sacrificados á los gustos
del hombre, el más voraz de los mortales.
El recordarlo lágrimas me cuesta...
Tres de mis pequeñuelos, ¡pobrecillos!
murieron, y una noche, en una fiesta,
la gula humana, para mí funesta,
devoró á aquellos tiernos tostoncillos.
Tal dolor me produjo esta desgracia,
y enfermé en pocos días de tal suerte,
que en mi cara flacucha, triste y lacia
se adivinaba próxima la muerte.
Llamaron á un doctor *muy afamado*
en cerdil medicina,
que me halló en grave estado,
con un ataque agudo de trichina.
Dándosela de sabio y de sincero,
aconsejó mi muerte violenta,
pues tenía sin duda esto más cuenta
que enviarme en seguida al quemadero.
Mi amo pasó un mal rato;
mas se repuso pronto, y sin tristeza
montó el siniestro y fúnebre aparato,
¡en el que va á morir tanta grandeza!
Voy tranquilo al suplicio,
al crüel y ominoso sacrificio,
pues en él perecieron mis abuelos
y han de morir en él mis pequeñuelos.
Ya vi el siniestro brillo
del criminal, mortífero cuchillo.
Se estremecen mis lomos y mi panza...
La hora de mi muerte se avecina;
pero muero pensando en mi venganza,
porque late en mis carnes la trichina.
¡No piensen mis infames asesinos
que mueren resignados los cochinos!

Por la traducción,

N. RODRIGUEZ DE CELIS

DIBUJO DE REGIDOR

(1) El alboroque.

MANERA DE LLEVAR LOS NINOS DE PECHO EN DIVERSOS PAISES

POR ROJAS



LOS PIELES ROJAS



EN EL ALTO EGIPTO



EN LOS MONTES SABINOS (ITALIA)



EN LAPONIA



EN EL ÁFRICA ECUATORIAL



EN JAVA



EN EL CANADÁ



EN LA GROENLANDIA



EN DONDE MENOS SE PIENSA



HUMORADA DE CAMPOAMOR

Al mostrar á esta niña encantadora,
suele decir su madre embebecida:
«Aquí tenéis la aurora
de los días más bellos de mi vida.»

DIBUJO DE C. PLA

LA MUJER Y LA CASA

MODAS — MUEBLES — LABORES — CONCURSOS FEMENINOS.

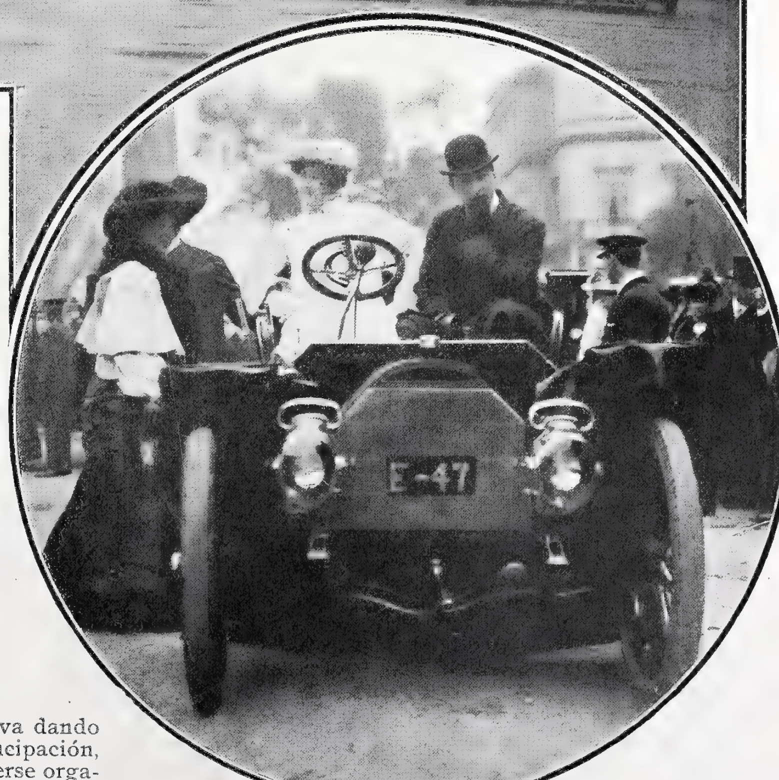


LAS AUTOMOVILISTAS
DEL «LADIES AUTOMOBILE CLUB»
EN LA PLAZA DE WATERLOO

SPORTSWOMEN INGLESAS

La ansiada igualdad entre los dos sexos va siendo un hecho en la Gran Bretaña, al menos desde el punto de vista de la educación física y del ejercicio corporal, base de la salud y de la alegría, y cimiento de la cultura intelectual.

Las señoritas y las señoras inglesas se dedican á todos los deportes masculinos con el mismo entusiasmo que los hombres. Hasta hace poco, el *lawn tennis*, *el polo*, *el hockey* y todos los demás juegos inventados por una sociedad amiga de divertirse robusteciéndose, tenían por actores á señoras y caballeros.



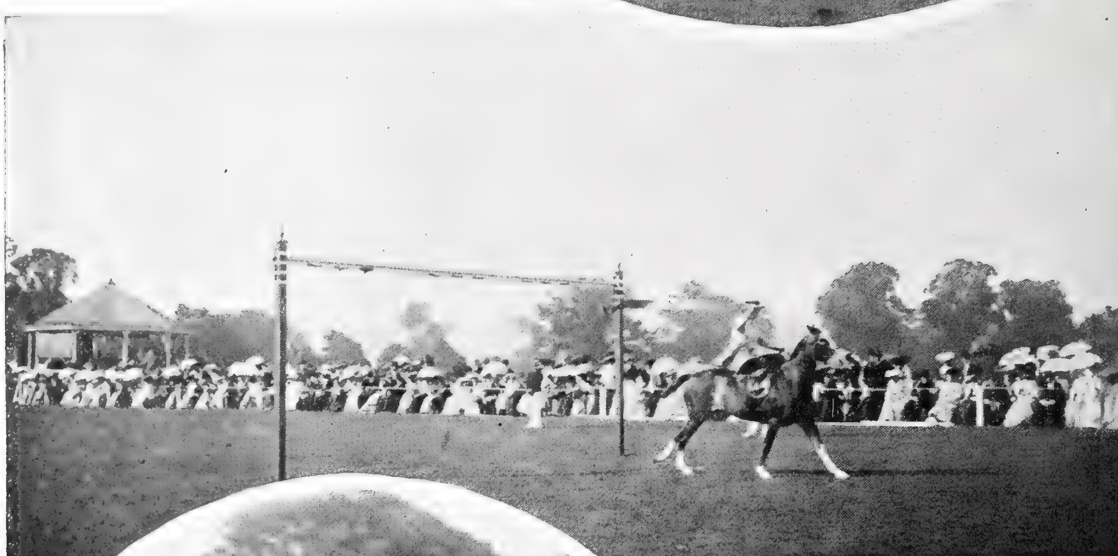
LA DUQUESA DE SUTHERLAND, PRESIDENTA DEL CLUB

Hoy el sexo femenino inglés va dando gigantescos pasos hacia la emancipación, como lo prueba el hecho de haberse organizado y funcionar brillantemente en Inglaterra, no ya sólo sociedades de *hockey*, deporte que ya describíamos en números anteriores, sino un Club de señoras automovilistas *(Ladies Automobile Club)*, cuya presidenta es la duquesa de Sutherland, una de las mujeres más guapas y elegantes del Reino Unido

Hace poco tiempo, las señoras del *Automobile Club* organizaron un magnífico *raid* ó carrera que partió de la plaza de Waterloo, en Londres, bajo la dirección de la duquesa de Sutherland. La carrera constituyó un espectáculo hermosísimo, pues las bellas automovilistas no sólo rivalizaron en destreza para dirigir sus máquinas, sino que resolvieron é intentaron resolver con gran arte y habilidad el dificilísimo problema de la *toilette* de automóvil, que era uno de los asuntos más trascendentales de la Estética contemporánea.

Al mismo tiempo que el *Automobile Club* daba tan brillante prueba de vitalidad, otro círculo elegantísimo y archiaristocrático de Londres, el







REUNIÓN DEL «RANELAGH CLUB»

CARRERA DE LA SORTIJA

Ranelagh Club, celebraba una reunión hípica, en la que varias señoras y señoritas, admirables jinetes, corrieron la sortija ó, como han dicho los periódicos ingleses, *el juego español de la sortiga*, saliendo vencedora, entre otras muchas concurrentes, mistress Henry Wibley, que recogió gran número de *sortigas* con extraordinaria habilidad.

En España hay ya bastantes señoras automovilistas y no pocas señoritas que hacen prodigios en el noble arte de la jineta; pero aún no se han fundado sociedades como el *Ladies Automobile Club* ni como el *Ranelagh Club*.

¿Debemos desear que se funden?

Eso ustedes lo decidirán, señoras y señoritas, cuyos pies beso.

W. & B.

FOTOGRAFÍAS CHUSSEAU-FLAVIENS

MISTRESS HENRY WIBLEY, VENCEDORA EN LA SORTIJA

COUPE JACQUES

Es un delicioso refresco de frutas muy estimado en Francia. La receta con arreglo á la cual se hace, y que no figura en ningún Manual de Cocina, pueden verla nuestras lectoras al pie de los seis grabados que representan la elaboración de la coupe Jacques.



1. Toma fresas, guindas, ciruelas, grosellas y otras frutas.



2. Exprime sobre ellas el zumo de dos naranjas...



3. Aplástalo bien y añade una libra de azúcar molido...



4. Rocíalo con tres vasos de agua y 1/4 de litro de rom...



5. Ponlo en la heladora y dale muchas vueltas...



6. Y sírvelo en copas grandes con sus cucharillas.

Fot. Mª BAENA

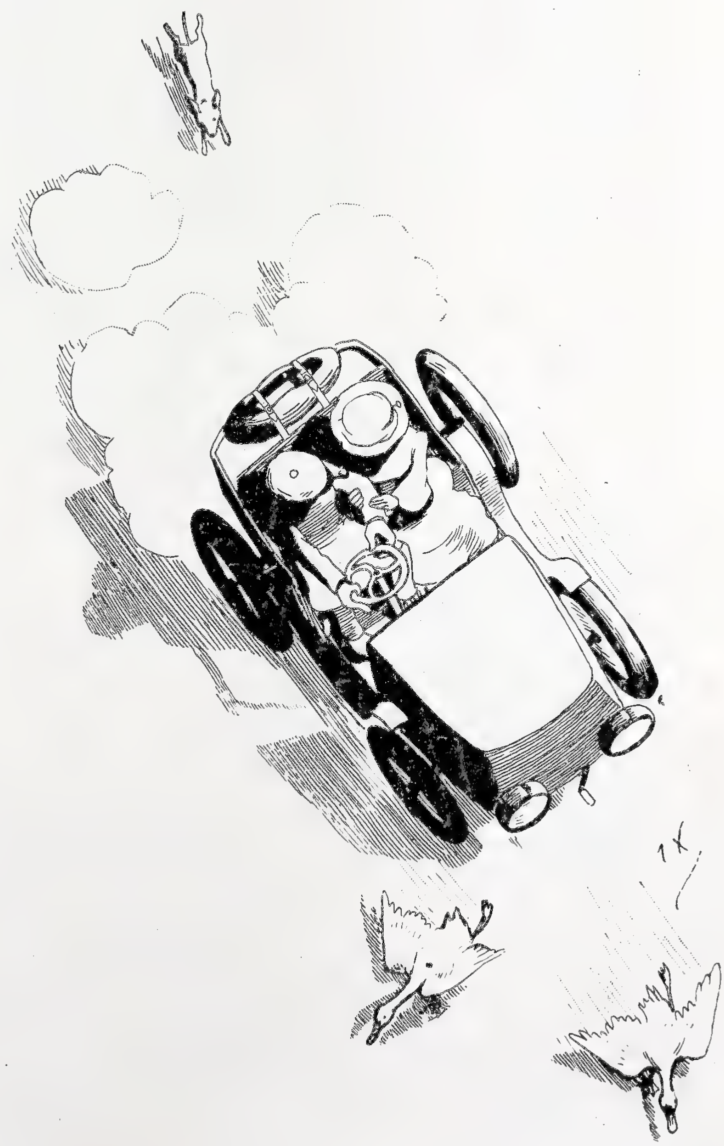


EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE CASINO. Modelo de la casa «Elisa», de París.
Es de tafetán color pulga con volantes fruncidos. La manteleta, guarnecida de «guipure».

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 13 Agosto 1904. N.º 693

EL PUERTO DE PAJARES.



ASTURIAS

EVOCACIONES SENTIMENTALES

Le debo al «Puerto», como nosotros lo llamamos familiarmente, una de mis más intensas sensaciones artísticas. Cuando yo tenía quince años, *du temps où j'etais écolier*, como ha dicho Alfredo de Musset, aquella arquitectura misteriosa de torres y ciudadelas empenachadas de niebla, parecíame una cosa *respetable y terrible*, para emplear las palabras de Homero; algo así como un fantástico dragón de las viejas mitologías. Y las veces que después he visitado aquellos empinados riscos, no han sido parte á borrar esta primera y fantástica sensación.

Mi goce mayor, en cuanto la locomotora comenzaba á trepar por las verdes y suaves laderas de Villamanín, era colgarme de la ventanilla contemplando el paisaje con esa admiración algo atontada de los niños, que parecen presentir la belleza sin testificarla. Desde allí, yo veía las humildes aldeas que se encaraman en las colinas, los prados húmedos donde triscan las becerras pintas y *llindan* las rapazas, y aquella carretera, fangosa con la lluvia, que va serpenteando hasta lo alto de Pajares. Por veces, veíase una estación hundida en el retiro de un valle ó algún río refulgente que cortaba la vega. El tren iba siempre ascendiendo; ya desde las alturas de Navidiello, mi mirada ávida perseguía la carretera. Pasaban diligencias cascabeleantes; el mayoral cantaba arreando á las mulas; los pasajeros del pescante, joviales, saludaban al tren; luego la diligencia desaparecía en un recodo. Y aquella diligencia hacía surgir en mi espíritu visiones de pequeñas villas alegres donde hay mercado un día á la semana, donde hay calles tortuosas y tranquilas. Más tarde, un párroco, calzado de madreñas, con su balandrán y su paraguas remendado, pasaba encendiendo un cigarro. Yo representábame entonces una iglesia sencilla, dulces misas de alba y, en una suave tarde de verano, las vísperas que se cantan mientras en el atrio los mozos lanzan cohetes anunciando la fiesta sacramental para el día siguiente.

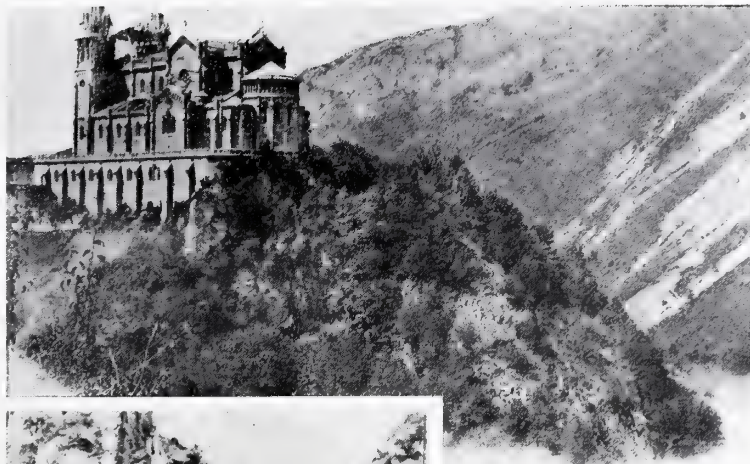
Era después un puente que la carretera cruzaba. Al lado pasaba la vía; en las

vallas verduscas y descoloridas que defienden el paso, estaban asomadas mujerucas que venían del mercado con sus *dengues* y su pañuelo atado atrás, ó algún mozo que llevaba amarrada una vaca de una maroma de cáñamo. Y todas estas cosas—la diligencia que marchaba con rumbo á las alegres villas, el cura pachorrudo y melancólico que iba fumando su pitillo, y hasta el mozo que tiraba de la ternera—henchíanme de una emoción que yo nunca más sentiré ni nunca después he podido definir.

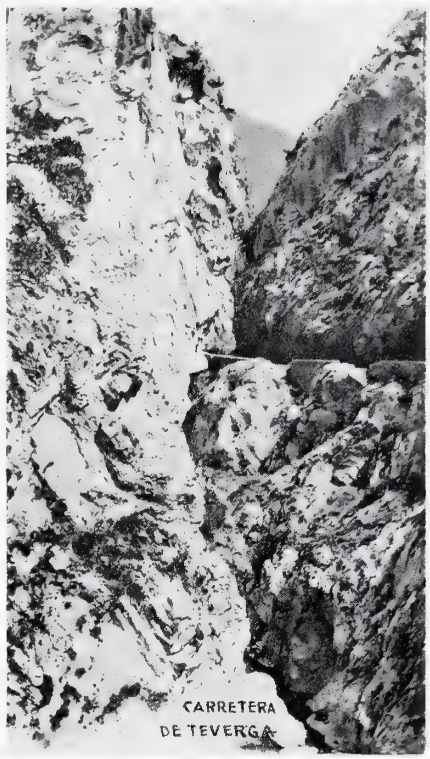
* * *

Aquellas tardes de Marzo, mi tío José Ramón, que padecía de asma, y á quien D. Félix el médico sempiternamente recomendaba aire puro, solía pasearse conmigo por la carretera de Ciaño, bordeada de acacias, orillas del Nalón.

—Esto se va—decíame conpungido, posando sus ojos de miope en las aguas enturbiadas del claro río.—Esto se va, sobrino. Ya ves este río, que en otro tiempo era cristalino, una verdadera bendición de Dios... Esos hombres nos lo han emporcado. Yo comprendo lo que han hecho esos hombres, la riqueza que han traído á nuestra tierra esos hombres, la animación que dieron á la aldea. Sí; ya sé que sin ellos no existirían las casas que D. Antonio tiene en la calle Nueva, ni el palacio de Duro, ni el café del Comercio, ni el bello paseo de la Fábrica, ni el hospital, ni siquiera esta linda iglesia de Luna. Bien lo sé; pero tampoco tendríamos ese humo que nos ahoga—y al decir esto mi venerable tío carraspeaba como si efectivamente el humo siniestro le estuviese ahogando...—ni esa escoria que ensucia nuestras calles... ¡Ah! Yo me acuerdo... ¡Cuando por este paseo tan elegante pacían las vacas, el río, mi río Nalón, estaba tan limpio...! Y no había humo en el cielo ni escoria en la carretera; ten por seguro que nos lo han traído esos hombres...



COVADONGA





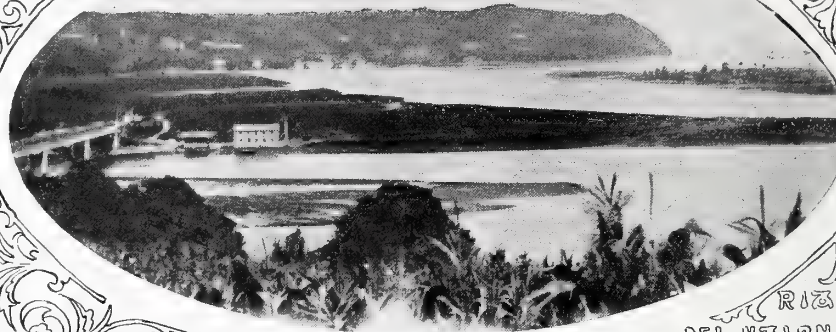
SALAS: VISTA GENERAL. EL VISO

Y la insípida frase *esos hombres* tomaba en boca de mi tío una entonación épica, como la que debió poner el noble hidalgo D. César de las Matas de Arbín en aquellas memorables palabras: «Decís que ahora comienza la civilización... ¡Yo os digo que ahora comienza la barbarie...!

Yo quisiera ser ahora tan galante como un príncipe asirio ó un antiguo caballero francés, para cantar los loores de las amables avilesinas. Quisiera componer frívolos madrigales petrarquescos ó que recordasen las

estancias del incomparable Gutierre de Cetina á su dama de los ojos claros. Mas solo rememoraré una nítida visión de mi adolescencia.

Fué un año, por el Cristo de Candás. Tenía yo entonces doce años. Junto á la fuente de Santarúa un coro de jóvenes, todas muy hermosas y muy simpáticas, entonaban la melancólica y dulce *danza prima*. Aquel canto ingénuo y primitivo, de ritmo lento, removió en mi espíritu algo que estaba dormido. Yo no puedo precisar estas bellas reminiscencias. Sólo sé que me fuí acercando al corro. Había allí un tropel de



RIA DEL NALON

muchachas guapas, risueñas, parlanchinas, que sonreían, se agitaban, chillaban, en una confusión indescriptible que me producía mareos, agradables mareos como los que aquella misma tarde había sentido en el *Tío Vivo* del Campo de Santa Ana. Yo entonces no podía definir por qué; pero instintivamente quedéme allí toda la tarde, frente al corro, extasiado, viendo pasar y repasar las esbeltas figuras de las avilesinas, cuya belleza describió el maestro Campoamor. Yo creo que allí se verificó mi iniciación en el amor al eterno femenino, adorable y casquivano, voluble y delicioso... Y puedo afirmar que la primera



CANGAS DE ONIS
EL PUENTE ANTIGUO

mujer que perturbó mi espíritu de adolescente fué una avilesina. Porque cuando las lindas muchachas se alejaron cantando en la nostalgia de esta vieja calle del Rivero, aquello de

Calle la del Rivero,
calle del Cristo,
la pasean los frailes
de San Francisco...

con un ritmo tristón que sólo la jovialidad de aquellas muchachas alegraba un poco, sé que en aquel momento — uno de esos momentos que todos tenemos en la vida y que nunca se repiten — me marché, cabizbajo, interiormente conmovido por algo muy lejano y muy hermoso...

P. GONZÁLEZ BLANCO



AVILÉS
CAÑO DEL RIVERO

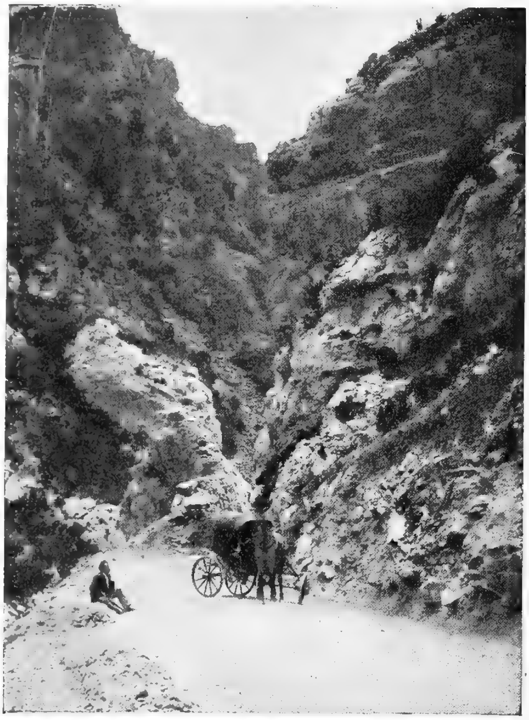
FOT. HAUSER Y MENET



Cangas de Tineo = El Narcea.

E. Varela

FOT. HAUSER Y MENET



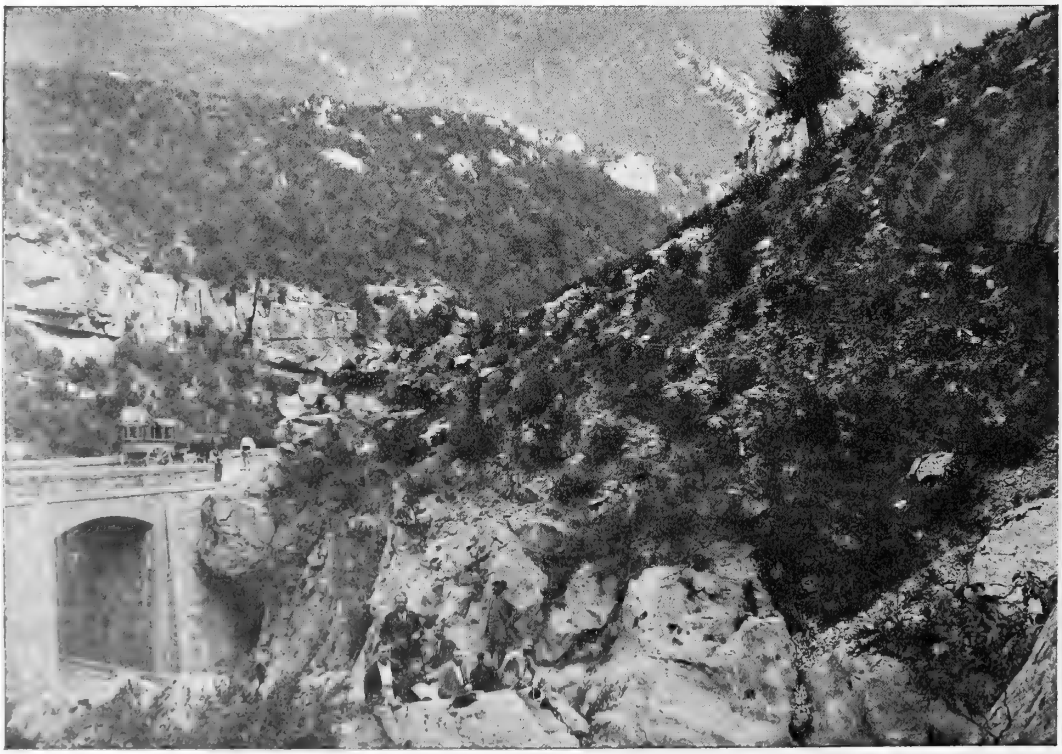
DESFILADEROS DEL RONCAL

MONTES DE NAVARRA Y ARAGÓN

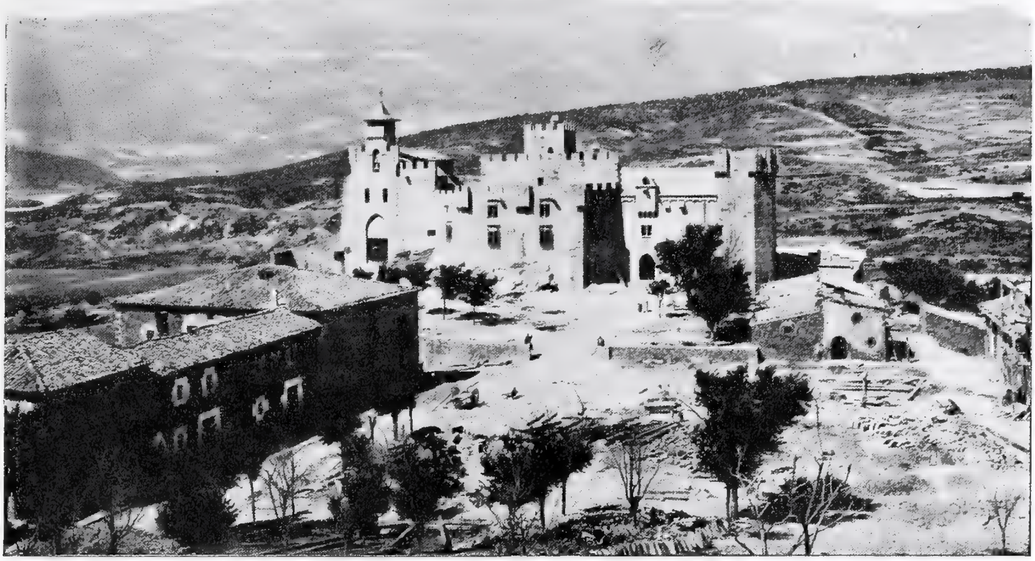
A casi nadie se le ocurre visitar el valle y desfiladeros del Roncal, con haber allí los más bellos panoramas de la península. Ni siquiera se sabe del Roncal cosa alguna, salvo que en el pueblecillo así llamado, que forma el valle con las villas de Ustarroz, Vidangoz, Urzainqui, Isaba, Garde y Burgui, nació Julián Gayarre.

Pues bien; el valle del Roncal, bañado por el río Ezca, tiene los mejores atractivos que la naturaleza puede ofrecer en este tiempo: montañas elevadísimas cubiertas de hermosos pinos, hayas, abetos y robles; arroyos y torrentes de frescas aguas; caza abundante, mucho ganado y, por consiguiente, fácil y sana alimentación, y trato cortesano y afable por parte de los roncaleses, que no en vano descienden de la más hidalga y noble sangre de Navarra.

No muy lejos del Roncal, en el mismo partido de Aoiz y valle de Aybar, en las márgenes del río Aragón, se alza otra hermosa y antigua villa bien digna de ser visitada, la de Javier, celebérrima en la historia por haber nacido en su famoso castillo uno de los más grandes santos españoles, San Francisco Javier, hijo de D. Juan Jaro, señor de Idocín, privado del rey D. Juan III de Navarra, presidente de su Consejo, y doña María de Azpilcueta y Javier, nobilí-



PUENTE EN LA CARRETERA DEL RONCAL



CASTILLO DE JAVIER

sima dama. El magnífico castillo, hoy primorosamente conservado y restaurado con gran acierto, lo regaló á la familia de Javier el rey Teobaldo de Champagne.

Por fin, citemos, entre los muchos sitios de Aragón poco visitados y dignos de serlo, la villa de Ruesta, situada á la margen del mismo río Aragón, en terreno fértil y montañoso, y coronada por un antiguo castillo, hoy en ruinas, construído por los musulmanes.



CASTILLO DE RUESTA

Fotogs Dosset



En los baños de mar.

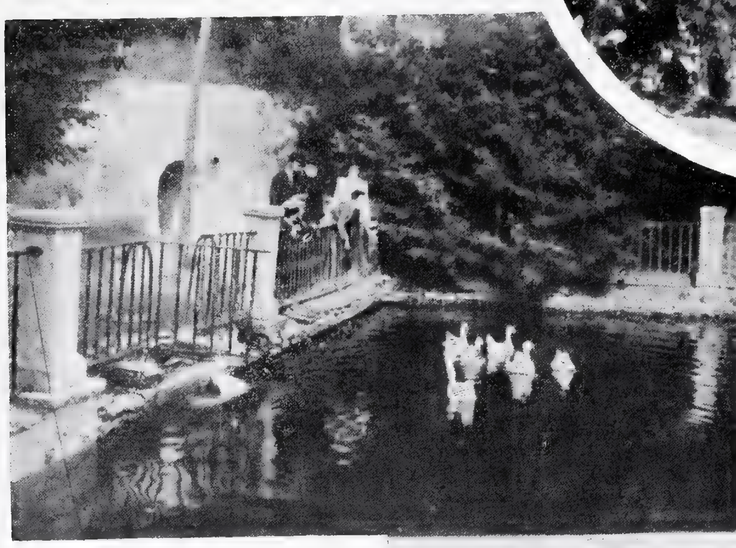
FOT. ASENJO

EL CAMPO EN VERANO

Averiguado y probado hasta la saciedad que Madrid es insoportable en esta época, muy buena cosa es salir de Madrid, aun cuando al hacerlo se vea el paciente obligado á recorrer fondas y hospederías, donde todos los *elementos* suelen ser hostiles á quien está habituado á la vida reposada y quieta de su hogar; pero aún es mejor, indudablemente, salir al campo de que se es dueño, gozar de la sombra de las propias encinas ó de los solariegos olmos, refrescarse á la orilla del estanque ó de la alberca



UNA BUENA SOMBRA



LA ALBERCA

en que se bañó uno de muchacho, vigilar la era y las hazas que heredó de sus mayores.

El calor, para el propietario satisfecho, es un mito, una invención de impertinentes cortesanos. Ya lo sabréis los que hayáis tenido ó tengáis tierra vuestra. Cuando el sol se aplasta en el terral, y las chicharras cantan en las espigas, y la liebre se adormece á la sombra de un tojo, y las mieses crujen bajo los trillos, el propietario no siente el calor, por muy fuerte que sea, pues todos sus sentidos los embarga un interés que, en principio, quizás parezca egoísta, pero, mirándolo bien, es profundamente humano y humanitario, porque el calor de hoy es el pan de mañana.

Todas las faenas del agosto son hermosamente atractivas, y encierran el más alto interés estético y hasta religioso. Quien no lo entienda así, como dicen en Castilla, no vale el pan que se come.



SOBRE LA PARVA



EN EL HAZA

FOTS. MUÑOZ DE BAENA



EL GUADARRAMA

MUCHAS veces en los recónditos valles y en las cumbres del áspero Guadarrama he recordado el libro de Tissot *La Suisse inconnue*, porque allí no hay senderos trillados, ni itinerarios *cook*, ni palcos en que contemplar espectáculos teatrales; allí todo es inédito, todo guarda la hurañía de lo inexplorado, todo se adereza con el encanto misterioso de lo desconocido, la suave intimidad de los parajes jamás hollados por la planta del peregrino. Más de una mitad del territorio ibero está inescudriñada, rasa de descripciones, y en esa mitad meto sin titubear la sierra que por su cercanía á la capital de España es casi una sierra cortesana: desde la corte vemos sus picos refulgir en el invierno, azulear en el estío; vemos su crestería, y sin embargo, hasta los nombres de aquellas crestas son desconocidos para los cortesanos. Exceptuados tres ó cuatro lugares veraniegos, en los que unos cuantos madrileños fingen vida playera, la serranía guadarrameña es una de las regiones más ignoradas. Descontemos la versallesca Granja, refugio de una princesa que rebusca con excelente gusto las exquisiteces de la vida; descontemos El Escorial, cuya colonia turba con su bullaje, en los meses estivales, el silencioso recogimiento de aquel paraje adusto; descontemos las Navas con sus salutíferos pinares, y Cercedilla con sus lomas peladas; descontemos, si acaso, el caliente hondón de Guadarrama con su manantial, émulo de los manantiales de Panticosa, y el resto de la cordillera es tierra virgen. Y aun estos sitios reales ó populares los descuento sólo durante los ardorosos días de la canícula, porque después, en el transcurso del año, pocos son los madrileños que por allí asoman á respirar la frescura de otoño, á pisar alpinas sábanas de nieve ó recrearse con las primeras florescencias de la primavera. En el estío, sí; un poco de hervor campesino, anhelo versátil de vida pastoril, pero siempre muy cercana del patrón *Watteau*.

Y sin embargo, el paisaje de esta serranía no es veraniego: es áspero, es ceñudo, desdeña galas estivales. Yo no imagino en la sierra verjeles rebosando jazmines, rosas, nardos y clavelares; la sierra no da flores, como no sean las de la jara, la del piornio ó el cólchico otoñal que esmalta las praderas de los altos puertos; no perfuman su aire huertos como los





andaluces y levantinos, ni tiene las frescas sombras, las húmedas umbrías montañesas ó asturianas. Su gala es el pinar quejumbrón que satura el ambiente de balsámico aroma resinoso; el pinar lleno de melancólicos rumores; pero los pinares, románticos y tristes, son bosques de invierno, abrigados y tibios, de leve sombra, en donde el sol, sin abrasar, calienta.

Sobre todo, en el invierno despliega el Guadarrama su rico manto de nieve, y engalanado con él rebrilla al sol intenso como un monte argentino en la diafanidad, en el nítido azul de la atmósfera castellana. Los madrileños tienen de la sierra, durante la invernada, una medrosa idea: es almacén de mortíferos catarros, que vienen como diablillos invisibles flotando en el aire para meterse por las calles y acechar, traidorzuelos, en las encrucijadas de la villa. La ciencia necesita mucho tiempo para ahuyentar las fantasmas que forja el miedo, la ignorancia y la rutina. Esos montes cubiertos de nieve que á tantos amedrentaron, no son depósitos de muerte, sino fuentes de vida; más de un tuberculoso restauró sus pulmones sólo con respirar el aire de la sierra en sus parajes altos y, por lo tanto, fríos; más de un valetudinario y más de un convaleciente halló entre los riscos salud y fuerza para su cuerpo arruinado.

Con todo esto, aún es el día que no se levanta en toda la cordillera una casa de salud, brindando al enfermo, al anémico y al débil comodidad é higiene. Nuestra serranía es una Suiza que se eleva en mitad de la meseta castellana, á dos horas, mal contadas, de la capital del reino, con cimas tan escarpadas como los *Siete Picos;* con depósitos tan altos como la laguna de *Peñalara;* con bosques tan densos como el de Balsaín; con valles tan abiertos como el del Paular; con un cielo azul trescientos días del año; con ambiente seco y puro; con abundantes pastos, capaces de mantener manadas de vacas lecheras; con aguas frías y, finalmente, con serranos hospitalarios y honrados.

Todo este rico tesoro está desconocido; los que desde Madrid vamos á la sierra en el mes de Enero, adquirimos donosa fama de aventureros polares porque durante unas horas gozamos el placer de hollar con nuestras plantas una capa de nieve de tres ó cuatro metros de espesor. Si éstas son grandes hazañas, señal que ha decaído mucho nuestro ponderado espíritu aventurero.

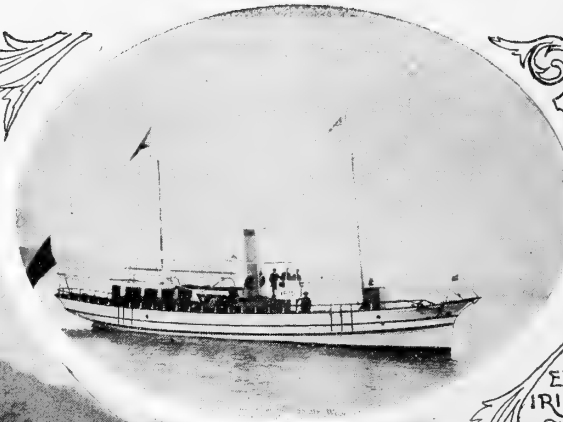
Francisco ACEBAL

FOTS. ARGAMASILLA



PLAYAS GALLEGAS

Ya que no sea posible enumerar todos los deliciosos lugares que para pasar el verano ofrece la Naturaleza en ese rincón del paraíso que se



EL IRIS



UNA CARRETA, CAMINO DE VIGO



LA RIBERA

llama la costa de Galicia, recordaremos las dos preciosísimas playas de Vigo y Bayona, hoy en constante comunicación por medio del lindo vaporcito *Iris*. Nadie ignora que son dichas playas dos incomparables refugios veraniegos, sin las pesadísimas exigencias sociales de otras más afamadas, pero con toda la comodidad apetecible. En Vigo y en Bayona se veranea cómodamente, se tiene fresco, bello paisaje y calma, que es lo más apetecible.



VIGO, VISTA GENERAL

Fots. Hauser y Menet

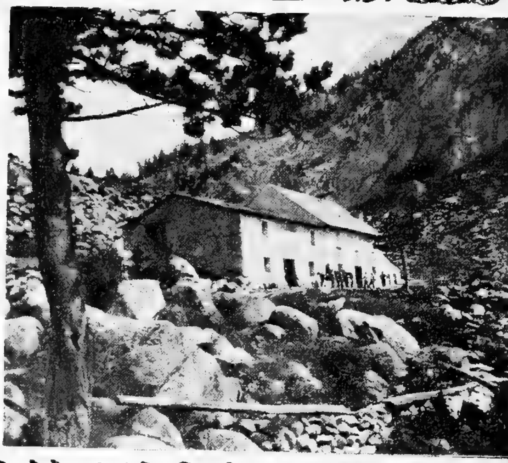


Playa de Espiñeiro-Vigo.

E. Varela

FOT. HAUSER Y MENET





EN EL PIRINEO

EL SILENCIO DEL SEÑOR DOMINGO

La bajada se hizo, si no con tanta fatiga, con más precauciones que la ascensión, pues los peligros eran mayores, sobre todo al atravesar el campo nevado, por donde rodaban á menudo los compañeros á pesar de los claveteados borceguíes de dos libras, imprescindible indumentaria para andar sobre la masa parduzca y rojiza de la nieve, blanda en la superficie y dura como roca á dos dedos de la capa exterior. También teníamos la desventaja del sol, que, reflejando en la nevera, nos pelaba la cara y nos hacía pensar con gusto en el fresco aire que oreó nuestros pulmones cuando al amanecer emprendimos la caminata, encorvados nuestros cuerpos, apoyados en el largo bastón de aguda y férrea contera, y asegurando los pesados pies sobre la espalda del monstruo, el enorme monstruo de piedra, con entrañas de hierro y capa de armiño, que extiende sus plantas sobre unas leguas de terreno y en su cabeza juegan las nubes la eterna y alocada danza de perlas y de rizos: la montaña Maldita del Pirineo aragonés.

En un momento de descanso, mirando cómo asomaba el sol entre las atrevidas crestas, centinelas del planeta, que recibían su primer saludo, reparamos en la solicitud con que el guía, señor Domingo, limpiaba una pequeña crucecita puesta al borde de un abismo, junto á una grieta de nieve, cementerio de los despojos de la Naturaleza, de árboles desgajados por aludes y de piedras arrancadas por el ventisco. Mayor fué nuestro asombro y nuestra curiosidad mayor, cuando al bajar vimos al señor Domingo que, con paso firme y seguro, buscando apoyo entre los cantos roqueros y los troncos de pino medio cubiertos por la nieve, llevando en su mano derecha el bastón de larga y aguda contera, que hundía con vigor en el duro glaciar, se acercó á la cruz y dejó clavado en las rendijas de la madera un ramo de flores silvestres, curiosamente atado con largas hierbas; luego vímosle ansiosos arrodillarse, asomar estirando el cuerpo y alargando el cuello, asomar los ojos á aquel hondo abismo y volver después con iguales cuidados hasta donde estábamos.

No pudo menos de llamarnos la atención la seriedad del señor Domingo y la rara y difícil maniobra que había realizado en los pocos momentos que se separó de nosotros; algo habría en aquel hombre, algo que...

—Pero, señor Domingo, ¿cómo se atreve usted...?

—No, no me pregunten, no puedo, no sé; el silencio, eso es, el silencio...—Y volviendo la mirada hacia el sitio del peligro, repitió:—El silencio, el silencio de la nieve...

Continuamos nuestro descenso.

La noche anterior, durante la cena, en la cocina de la cabaña, habíamos conocido el raro humor del señor Domingo y de su compañero el otro guía, Mariano, quienes al calor del vino nos contaron su vida y milagros, y la vida y milagros de los vecinos del pueblo aquél que teníamos á nuestros pies, allá abajo, en el fondo del valle; y nos contaron cuantas curiosidades encierran esas montañas y sus bosques y sus lagos. Los dos guías se dedicaban durante el verano á este oficio de acompañar por las montañas á los excursionistas, y los demás días del año tenía cada uno su modo de vivir, un modo de vivir sin atropellarse, y que les permitía dedicar largas sesiones á la inocente ocupación de contar mentiras y jugar al truque en casa de Pey, centro de reunión de la gente artesana del lugar.

Lo más llamativo de todas las cosas del señor Domingo no era ciertamente la honesta distancia que la naturaleza había puesto entre su cabeza y sus pies y entre sus dos hombros; tampoco aquella verruga peluda y grande que tenía en el lado derecho de la nariz. Lo que más llamaba la atención en el señor Domingo, sobre todo desde algunos años atrás, era su carácter pensativo; antes no era así; aun las gentes menos avisadas del pueblo observaron un gran cambio; el contraste entre la cavilosidad actual del señor Domingo y su anterior alegría, franca y espontánea. Se sabía en el lugar que el señor Domingo no poseía más bienes de fortuna que los adquiridos á fuerza de levantar paredes y de escalar vericuetos, y sin embargo, este hombre, al llegar determinado día del año, desaparecía del pueblo, y al volver, después de una semana ó semana y media de ausencia, se le veía entrar en las casas más pobres, recorrerlas una por una; lo sabían todos, en secreto, que en cada casa dejaba un pequeño paquete con algunos billetes del mismísimo Banco, y no de los más pequeños; y todos sabían, también en secreto, la contestación del señor Domingo á las naturales preguntas del favorecido:




—Nada, nada; el silencio, el silencio...

Después de cinco horas de dejarnos caer por la montaña, llegamos á una meseta donde pudimos sentar la planta de los pies sin precauciones y sin la ayuda del bastón, á la vista de la cabaña-hotel; el sitio era delicioso: arriba, la montaña imponente; allí cerca, las espumosas aguas del barranco, desmandadas y bulliciosas; tocando, el pinar verdinegro y espeso; á nuestros pies, el extenso lago de la Escarpinosa, en el cual se reflejaban con mayor claridad que en un espejo los robustos pinos; sobre el césped habíamos formado corro; las provisiones, preparadas por el dueño de la cabaña, se colocaron sobre enormes cantos que servían de mesa.

La conversación se había animado; todos hablábamos á la vez; se interrumpió de pronto el charloteo cuando uno de los comensales dirigióse en tono jovial al señor Domingo:

—¡Carambo! señor Domingo: por lo visto á usted le conocen en todas partes; aquí aparece usted en letras de molde.

—Tal vez; como llegan á estas alturas gentes de tantas tierras...

—¿Cómo, cómo es eso?—dijimos todos al ver á nuestro compañero leyendo un trozo de papel grasiento que había servido para envolver alguno de los fiambres de nuestra mesa.

—Así, lo que he dicho; pero esto no es broma; parece principio ó fin de tragedia, y, á no dudarlo, el señor Domingo es uno de los actores principales.

El señor Domingo, que hasta entonces había permanecido sentado sobre sus piernas, se incorporó apoyando una rodilla en el suelo, y adelantando su fornido cuerpo, que llegaba hasta el centro del corro, escuchó atento y siguió con mirada de asombro el relato extraño de aquel extraño pedazo de papel.

«... el general W. había conseguido su doble objeto... y al dejar allí entre humo y sangre y ruido y tristes lamentos de heridos una vida que no era vida, apareció en sus labios aquella simpática sonrisa que desde hace muchos años se había borrado en ellos, y sus últimas palabras fueron las mismas que en sus noches de insomnio frecuentemente oímos los alegres camaradas de cuartel: «Señor Domingo, señor Domingo: el silencio, el silencio de la nieve.»

El señor Domingo dejó caer abundantes lágrimas.

—Que hable, que hable el señor Domingo; cuente usted; no nos deje sin conocer esa historia interesante; cuente...

El señor Domingo, repuesto de su primera impresión, serenando su espíritu, comenzó á hablar en medio del mayor silencio.

—Diez ó doce años han transcurrido; ella, alta, delgada; sus ojos tenían el color del agua de ese lago; ¡pero qué sonrisa tan triste y qué mirar tan apagado! No sé qué lengua hablaba, porque apenas cruzó conversación con él; él, tan alto como yo, tristón, con su bigote castaño y sus ojos del mismo color, tenía una mirada atractiva y simpática. Al descender del calvo y alto pico, la niebla espesa y apretada no nos permitía dar un paso; decidimos, por consejo mío, resguardarnos en un rocacho que sobresalía entre la masa de nieve, á pocos pasos de la grieta honda y ancha; yo, sin saber cómo, distraído, liando un cigarro, sentí, sorprendido, un grito de angustia; los vi abrazados, ella agarrada á él, con ojos descompuestos y palidez horrible; rodaron; me lancé con temeridad que ahora me espanta; estábamos los tres al borde de la grieta; yo, hundiendo con mi mano izquierda el hierro del bastón y arrastrándome de rodillas, pude coger los pliegues del ancho pantalón de seda de aquella infeliz; un pedazo de seda se quedó en mi mano; el abismo se quedó con lo demás; agarré, no sé cómo, entre la carne y el claveteado zapato la pierna de aquel hombre fornido; durante algunos segundos sostuvimos el equilibrio con la muerte; parecía que tiraban desde abajo; hice un movimiento extraño; vi á dos palmos de distancia una piedra medio hundida en la nieve; allí apoyé mi codo mientras arrancaba la punta de hierro para clavarla un poco más atrás, preparando así una hábil retirada. Cuando nos vimos fuera de peligro se ensancharon mis pulmones y él dejó correr sus lágrimas, y sin quitar los ojos de la espantosa grieta dijo sentándose en la roca:

—¡Señor Domingo, señor Domingo: el silencio, el silencio de la nieve...! ¡De qué hermosa sepultura me ha privado usted...!

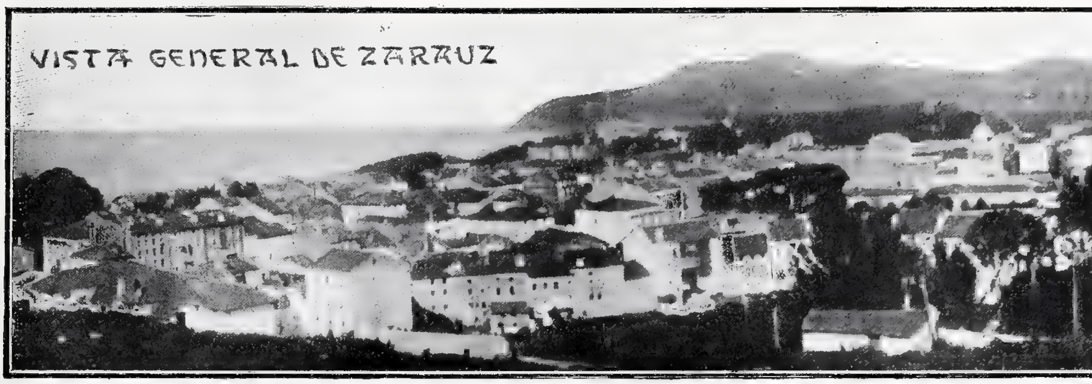
Los rayos de la luna acabaron de disipar la niebla que parecía ponerse delante de nuestros pasos hasta que llegamos á este mismo sitio. Los pinos se veían debajo del agua como ahora; como ahora, no; á la luz de la luna estos árboles parecen fantasmas; vedlo: aquél, aquél es; es la silueta, es el fantasma de la mujer de mirar apagado, alta, delgada, de sonrisita triste...

VICENTE FERRAZ Y TURMO



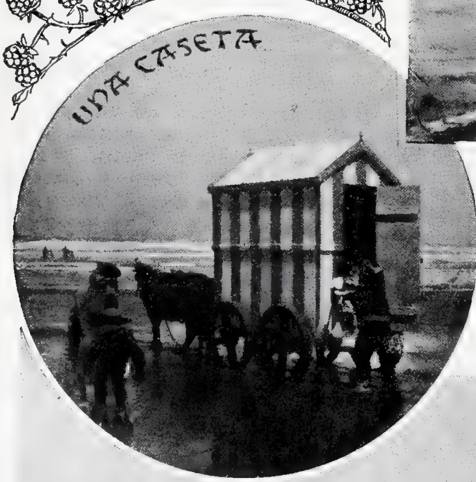
La vuelta del rebaño.

FOT. ASENJO



EL VERANEO EN GUIPÚZCOA







Hasta hace veinte años, Guipúzcoa parecía una provincia exclusivamente destinada á que en ella veraneasen todos los españoles en tiempo de paz ó á que se zurrasen la badana carlistas y liberales en tiempo de guerra. Hoy este concepto es casi por completo erróneo. A primera vista, parece que ninguna relación hay entre estas dos circunstancias; pero analizando una miajita, sí que la hay. Son muchas las provincias españolas que han progresado en el tiempo necesario para que nos crecieran las barbas á los nacidos con la Revolución de Septiembre, pero son pocas las que han progresado tanto como Guipúzcoa.

Sin dejarse llevar de los locos arrebatos de su hermana Vizcaya; sin construir improvisadamente en el aire castillos de millones, la prudente y honrada Guipúzcoa, muy mujer de su casa, ha ido creando poderosas industrias de las que no ven jamás agotadas sus primeras materias; ha administrado con circunspección y talento sus recursos naturales y empleado otros artificiales, hasta llegar á un estado de prosperidad y reposo que ya no permiten aventuras brutales como las de las pasadas guerras. Cuando el cañón apunta hacia el cielo, convirtiéndose en chimenea de fábrica, y no lanza balas, sino humo sólo, glorioso, negro, blanco, irisado humo, la tierra está en paz, y sobre ella se vive con alegría.

Al crearse esas industrias, claro está que ha bajado considerablemente la industria del veraneo. Ya

no es tan frecuente como lo era hace veinte años que el madrileño se cuele de rondón en cualquier caserío de Guipúzcoa, mediante su cumquibus, para gozar, aparte los encantos naturales del paisaje, la divertida conversación del casero, un viejo *calrista* que de vez en cuando limpiaba la escopeta de las facciones, amorosamente colgada de un clavo.

Hoy no; el viejo casero ha muerto; sus hijos son trabajadores en tal ó cuál fábrica, y, por tanto, socialistas; ó son accionistas de la misma fábrica, y, por tanto, amigos de la paz. Reciben afables á los forasteros, sí, pero no se perecen



GUETARIA



por tener huéspedes en casa. Exceptúase de esta regla San Sebastián, donde en verano hay días en que hasta las aceras son casa de huéspedes.

No por lo dicho se crea que ha disminuído la emigración veraniega á Guipúzcoa. Al contrario, ha aumentado considerablemente; pero ya no se va sólo á ese hermoso país como á una fonda fresca, ventilada y con pintorescos paisajes; se va también, sin querer, á tomar una lección de energía y de perseverancia en el trabajo, virtudes por demás raras y escasas entre españoles. No



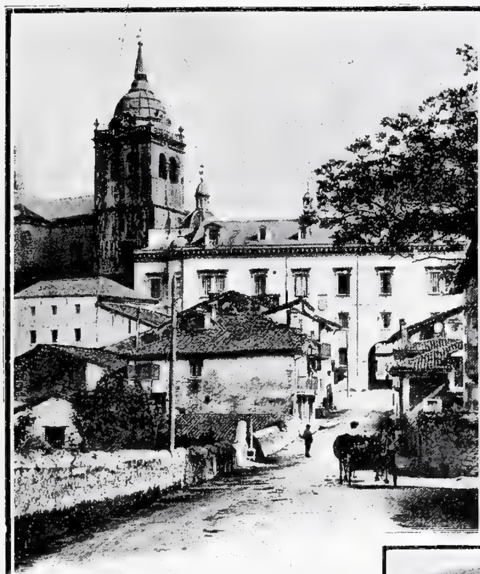
Fots. Asenjo

vamos á hacer á los demás compatriotas la injusta ofensa de afirmar que los guipuzcoanos son más inteligentes que ellos; ni los mismos guipuzcoanos lo creen. Pero sí es lícito y conveniente afirmar que son más testarudos, más constantes para el trabajo, más disciplinados; y por lo mismo que estas cualidades son susceptibles de educación y de dirección acertada, parece muy oportuno hacer que todo el mundo se fije en ellas. Que el que vaya á San Sebastián no vaya tan sólo á divertirse con las mismas cosas que le solazan en Madrid, ni tampoco á zambullirse en la vida social y á no salir del boulevard ó de la Concha. Algo de esto, por fortuna, va desterrándose, gracias á la infinita y cómoda facilidad de comunicaciones que en Guipúzcoa existe. Los *sansebastianos* (como llamaban antes despectivamente á los habitantes perpetuos ó accidentales de la capital los otros guipuzcoanos) van saliendo de su Concha y

de su Zurriola, van recorriendo la provincia, conociendo y estimando la creciente cultura y la hermosa prosperidad de ese bello rincón de España. Guipúzcoa no es sólo San Sebastián, como quizás han pensado los madrileños; Guipúzcoa es un pueblo fuerte y progresivo, digno de encomio y de imitación. El veraneo allí puede y debe tener carácter instructivo, á más del puramente recreativo. Los preciosos ferrocarriles y las limpias carreteras que unen entre sí á los pueblos guipuzcoanos, las escuelas, los hospitales, las fundaciones bienhechoras que á cada paso se encuentran en aquel país, deben ser atractivos éticos que añadan una agradable nota á los atractivos estéticos del paisaje. No sólo hay que recrear la vista y el olfato, porque no sólo de pan vive el hombre.

Hay hermosos lugares en Guipúzcoa que no son San Sebastián, aun cuando sí son bastante conocidos por los veraneantes.

Tal sucede con la señorial y elegantísima villa de Zarauz, hoy no tan concurrida por los aristócratas



HERNANI. LA ENTRADA

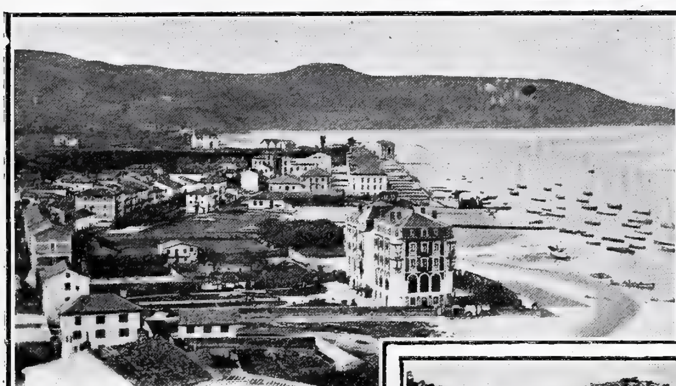
madrileños como en los tiempos de la difunta reina doña Isabel II, pero que conserva su entonado aspecto, al que contribuyen los magníficos palacios que en ella se alzan y la



HERNANI. VISTA GENERAL

tranquilidad y sosiego que en su puerto se disfruta.

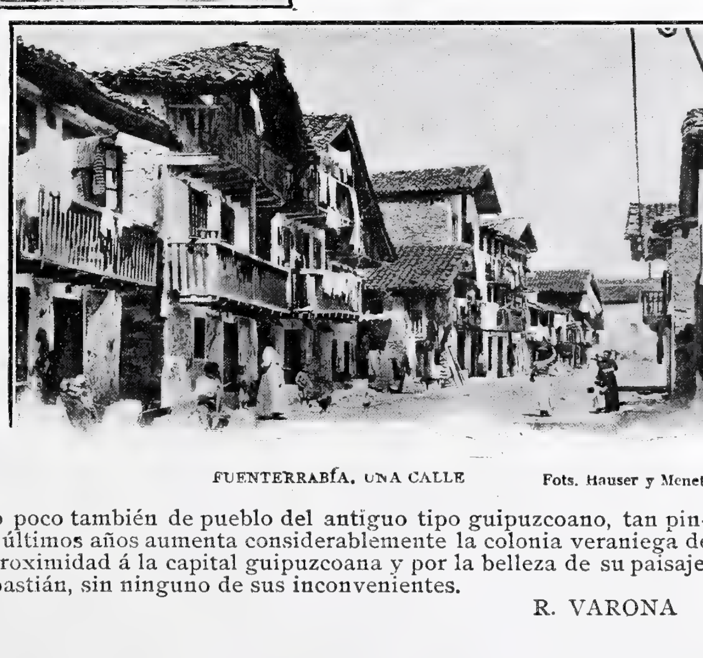
Con esta elegante villa contrastan los dos barrios populares de Pasajes de San Juan y Pasajes de San Pedro, visitados mañana y tarde por los donostiarras y sus huéspedes, dos pueblecitos cuyas casas parecen una compañía de titiriteros ambulantes haciendo equilibrios entre



FUENTERRABÍA. VISTA GENERAL

el mar y la montaña. Pasajes, en verano, es un sitio donde no faltan bullanga y alegría, excursiones y meriendas; es como las Ventas del Espíritu Santo ó como la Bombilla de San Sebastián.

En cambio, nada más romántico ni más propio para satisfacer las imaginaciones calenturientas que el paisaje donde campea la antiquísima y noble villa de Guetaria, punto no muy concurrido de la costa guipuzcoana, porque ya el romanticismo, en materia de veraneo, va muy de capa caída.



FUENTERRABÍA. UNA CALLE Fots. Hauser y Menet

Ambos aspectos ofrece la ciudad de Fuenterrabía, pues tiene algo de vieja fortaleza señorial y no poco también de pueblo del antiguo tipo guipuzcoano, tan pintoresco y gracioso. Por fin, en estos últimos años aumenta considerablemente la colonia veraniega de Hernani, lindo pueblo que, por su proximidad á la capital guipuzcoana y por la belleza de su paisaje, reune todas las ventajas de San Sebastián, sin ninguno de sus inconvenientes.

R. VARONA

UNA COLONIA VERANIEGA



UN ISLOTE

No se puede negar que el *absentismo*, causa de los más graves daños de nuestra producción agrícola, es un mal que va aminorándose poco á poco, merced al transcurso del tiempo y al progreso en las ideas y en las costumbres de las clases privilegiadas por la fortuna.

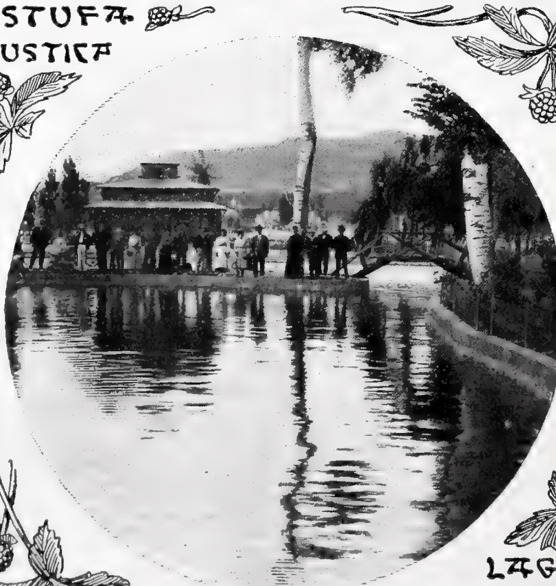
Hasta hace pocos años se citaba como una rareza extravagante el caso de que hubiese algún propietario rico que, en vez de abandonar la corte en verano para trasladarse á las playas y balnearios del Norte de España ó del Extranjero, se recluyera voluntaria y gustosamente en sus propiedades, concediéndolas la atención y el cuidado que toda explotación agrícola é industrial exigen, no sólo en provecho de su dueño, sino asimismo en bien de la agricultura y de la industria nacionales.



ESTUFA RUSTICA

Una dama ilustre, la difunta duquesa de Denia, dió el primer ejemplo en este sentido, pasando toda la temporada de verano en su magnífica posesión de Las Navas, dirigiendo por sí misma las complicadas operaciones que requiere la explotación de los pinos, y enorgulleciéndose de que sus huéspedes la vieran entregada á la saludable actividad del propietario.

Un ilustre hombre público, D. Francisco Romero Robledo, consagra todo el tiempo de vacaciones al cuidado de su hermosa finca del Romeral, de la que ha hecho una deliciosa estancia veraniega, á pesar de hallarse enclavada en lo más cálido y abrasado de la provincia de Málaga.



LAGO

Las fotografías de esta página representan vistas de la colonia de Santa Eulalia, admirable residencia que el señor vizconde de Alcira posee en la provincia de Alicante, y donde, al par que se atiende á la fabricación de alcoholes, montada según los últimos adelantos, se puede pasar un verano confortable y fresco.

FOTS. MUÑOZ DE BAENA

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 20 Agosto 1904. N.º 694



TÍA REMEDIOS

Hundida en el amplio butacón, moviendo ágilmente las agujas de hacer media, surge en mi memoria la figurilla de mi tía Remedios, con su boca sumida y bondadosa, su picuda nariz, su cara arrugadísima, y su moño, no mayor que una castaña, atravesado por infinitas horquillas de concha que, saliendo por una y otra parte, prestaban á mi tía cierta apariencia de dama japonesa.

La veo en su gabinete alegre, rodeada de muebles tan viejos como ella, y escucho su voz cascada, y su risa inocente revive en mi oído, junta con el parloteo inagotable de dos ó tres parejas de novios que, esparcidas por el cuarto, hablan quedamente, bajo la vigilancia bondadosa de mi tía Remedios. quien pasea de una en otra sus dulces ojos protectores.

Cada persona tiene su destino en este mundo, y mi tía Remedios, nacida para ser casamentera, pasó su existencia uniendo voluntades, aplacando disensiones, rencores, celos, allanando el camino de la Vicaría á cuantos acudieran á sus buenos oficios. Según las más antiguas crónicas de la familia, siempre fueron esas sus aficiones. De chicuela sólo jugó á los casamientos, pero siempre desempeñaba en tal diversión los papeles más desairados: mamás casamenteras, sacerdotes bendecidores. Siempre casaba, pero nunca *se casaba*. Ya muchacha, casó á todas sus amigas, parientas y conocidas y, desdeñando á cuantos hombres se dirigieron á ella, se dió maña para enlazarlos con alguna de sus compañeras. Los años pasaron y la manía creció con ellos. Había adquirido fama de excelente mediadora, y á ella acudieron las madres afligidas de hijas incasables, las doncellas hartas de serlo, los solterones aburridos, las viudas ansiosas de cariño, los mancebos tímidos, todos cuantos tratan de casarse ó de casar á alguien. Aquella confianza en sus méritos agigantó las naturales disposiciones de mi tía, y espoleada por ella, hizo prodigios. Se citaron entonces casos raros y maravillosos, verdaderos milagros matrimoniales, que rodearon con brillo de aureola la cabecita de mi tía Remedios, quien no contenta con casar á varias viudas con hijos y sin dinero, á una pensionista de sesenta años y otras hazañas semejantes, atrajo á la Religión Católica, merced al señuelo del amor, á muchos cismáticos, protestantes y judíos, que entraron en la comunión de los fieles única y exclusivamente por los ardides de la piadosa zurcidora de voluntades. Casó á españoles, franceses, rusos, italianos, casó á amarillos, blancos y negros, y en Europa y en ambas Américas millares de familias bendecían su nombre.

Testimonios de la gratitud de cuantos unió, eran las fotografías, abundantes como arenas en el mar, que tapizaban las paredes de su cuarto. Formaban un museo, y en él podría observar el curioso las transformaciones y cambios que ha sufrido el traje nupcial de cincuenta años acá, pues en los retratos (único premio de la labor de mi tía) aparecían siempre los novios tal y como se hallaban en el momento de recibir las bendiciones.

Esta era la única exigencia de la componedora, y aunque no faltó quien jurase ser el interés el móvil de mi tía Remedios, nadie dió crédito á tales calumnias, ni repitió jamás el adjetivo insultante y picaresco con que algunas jamonas despechadas ó algunas madres infelices querían manchar la reputación de la casamentera.

Mas estas hablillas no nublaron la felicidad de mi tía. Su vida entera, el exceso de bondad de su corazón hallaban empleo de aquel modo. No pensaba más que en casorios, noviazgos, entrevistas, amoroso carteo. Su conversación esmaltábase con efemérides y conmemoraciones de alguna de sus empresas, y hasta los pormenores caseros se regían por tales cómputos; la criada, Tecla, estaba en casa de mi tía desde que Mariquita se casó con Perico el marino; las gafas de plata se compraron para ayudar en su correspondencia á Manolo y á Mercedes, amantes desgraciadísimos cuyos amores y casamiento fueron de lo más tormentoso; la sillería del gabinete se forró á poco de casarse por tercera vez doña Jesusa. Esta dama salía mucho á relucir en la conversación de la casamentera, quien consideraba los tres enlaces de aquella infatigable novia como una de sus victorias más lucidas, y se valía de ellos como de un argumento irrefutable para defenderse contra las bromas y chanzas, alguna vez pesadas, de la familia.

Porque hay que confesarlo: la familia no tomaba en serio aquella vocación. Los domingos por la tarde nos reuníamos en casa de tía Remedios, y mientras los mayores jugaban al tresillo, nosotros corríamos por todas partes. Considerábamos á las parejas amorosas como muebles familiares, pues aunque cambiasen, parecían siempre las mismas, perpetuadas para adornar el gabinete, y nos quedábamos extáticos ante ellas, creyendo, en nuestra inocencia infantil, que aquellos seres eran muñecos que para distraer á la casamentera repetían siempre idénticas palabras: «¿Me quieres?» «Mucho.» «¿Me quieres?» «Mucho.»

Cuando alborotábamos demasiado, los tresillistas nos expulsaban fuera de la sala, y entonces corríamos por los pasillos, salíamos á la escalera, atormentábamos al gato, nos introducíamos en la cocina, de donde nos echaba Tecla, reina de tales lugares, y al fin, furtivamente, uno tras otro, nos colábamos en la sala, donde los mayores discutían acaloradamente alguna jugada dudosa. La controversia terminaba siempre del mismo modo:

—Calla, calla—decíale mi padre á la tía;—si tus matrimonios son como tus solos, valiente chambona estás.

—¿Chambona yo?—replicaba la casamentera algo ofendida.—Puede que en el tresillo lo sea; pero en punto á casorios, no digas que es chambona una mujer que consigue casar tres veces á doña Jesusa.



—Si sacas á relucir a doña Jesusa—respondía mi padre riendo,—no digo nada, porque, la verdad, doña Jesusa...

—Es mi orgullo—afirmaba la vieja llena de gozo;—la perla de mi colección.

¡Pobre tía! Una mañana nos poníamos á almorzar, cuando llegó un mandadero enviado por Tecla, para avisarnos que la señorita se había puesto muy mala. A su casa corrimos todos, y al entrar nos cruzamos con los óleos que bajaban. Arriba nos recibió Tecla llorosa; la tía Remedios acababa de morir.

Nos encerraron á los chicos en un cuarto con mi madre para que no nos impresionara la vista de la muerta. A poco entró mi padre con una carta.—Esta la ha matado—dijo mostrándola y leyéndosela luego á mi madre. La carta era de doña Jesusa, y en ella la buena señora se quejaba de la desgraciada vida que su tercer marido la daba, haciendo responsable de sus desdichas á la mediadora. El corazón de tía Remedios, usado por las ajenas pasiones, no pudo soportar tamaña ingratitud. Se encogió al recibir la herida y ahogó á la casamentera.

¡Pobre, pobrecilla tía Remedios! Me escapé del cuarto y la vi muerta. Su cabeza caía hacia atrás, reposando en el respaldo del butacón; sus manos habían dejado escapar las agujas de la calceta, que brillaban sobre la alfombra, presas en la urdimbre apretada de las mallas. La muerte juntó aquellos labios siempre separados por amables palabras, cerró los vigilantes ojos que tanto contemplaron la dicha del prójimo. Los retratos de las paredes miraban compungidos al cadáver, y el gabinete se entristecía por la ausencia de las parejas.

¡Pobre, pobrecilla tía Remedios! La veo así, y mi memoria, queriendo borrar aquel penoso recuerdo, me la presenta otra vez viva, habladora, haciendo media con sus dedos ágiles, mientras luce su nimbo de dama japonesa y deja vagar sobre los enamorados sus dulces ojos protectores...

Mauricio LOPEZ ROBERTS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



SERRANILLA

Hay una flor en el valle
que ha perdido sus aromas.
¡Oh, qué triste es ver marchita
la que fué lozana rosa!
Ya los aires desdeñosos
á su paso la deshojan;
ya las lluvias abrileñas
sobre su tallo la doblan.
Las abejas ya no gustan
de la miel de su corola.
¡Oh, qué triste es ver marchita
la que fué lozana rosa!

* * *

Vereda que un zagalillo
con sus abarcas trilló,
y tiene verdes orillas
cubiertas de blanca flor.
Pura fuente en cuyas aguas
quiebra sus risas el sol;
tomillares donde el viento
de la dicha se aromó.
Flauta que alegra en los hatos
las nostalgias del pastor,
la que el Otoño durmiera,
la que en Abril despertó.
Esquilas dulces que tañen
con melancólico son:
regato que ondula y nieva
con espumas el verdor.
¡Qué triste es la madrugada
que, en su albear, alumbró
mustia, seca y sin aromas
la que fué lozana flor!

Enrique de MESA

DIBUJO DE REGIDOR

Crónica Gráfica

Béjar es un pueblo de los más industriales de España. Cuenta con diferentes y muy importantes fábricas de paños, y en cada casa de la ciudad puede decirse que hay un telar. Recientemente ha visto aumentado el número de sus centros fabriles con una magnífica fábrica estambrera que los señores Oliva y Fernández Arias han montado con todas las perfecciones del adelanto moderno.

Uno de los elementos más esenciales en la guerra es el parque sanitario, y para evitar el mayor número de bajas que se producía antes con la conducción de heridos, se ha ensayado en Jerez por el regimiento de lanceros de Villaviciosa un nuevo material de camillas, merced á las cuales dos hombres pueden transportar un herido á un hospital de sangre, mientras el material antiguo necesitaba ocho números cuando menos.

Gijón ha celebrado suntuosas fiestas, en las cuales el arte ha jugado importante papel. Ha habido coso blanco, concurso de carrozas y fachadas adornadas, conciertos, etc., proclamando todos estos festejos el buen gusto y la cultura del pueblo gijonés. También Cartagena ha celebrado animadas fiestas; distinguiéndose entre los números del programa el tiro nacional y las iluminaciones, de las que como testimonio de su esplendidez publicamos algunas fotografías. Por último, de los festejos de la Coruña merece citarse la batalla de flores.

Los trenes botijos han salido repletos de madrileños para Alicante, lo que prueba que todo se ha perdido menos el dinero y el buen humor, en la villa del oso y del madroño cuando menos.

Las damas de más relieve social en San Sebastián, y al frente la señora viuda de Gaytán de Ayala, han organizado una Exposición y rifa de muñecas á beneficio de la Mutualidad Maternal, del Asilo de la Sagrada Familia y de las Sociedades benéficas obreras. S. M. la Reina Regente, S. A. la Infanta María Teresa y la Reina Natalia de Servia han enviado preciosas muñecas.

Celebraron las sociedades obreras un mitin en el teatro Barbieri de esta corte, y se pronunciaron enérgicos discursos pidiendo... la luna, esto es, que el Ayuntamiento vele por los intereses del vecindario, metiendo en cintura á los que en materia de subsistencias abusan del pueblo madrileño.

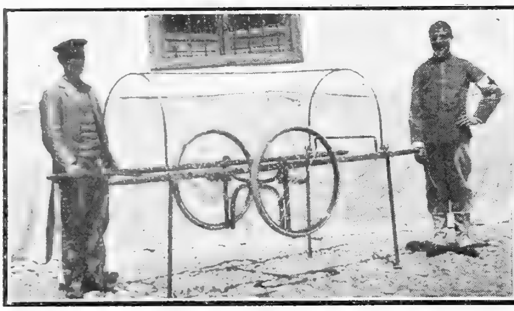
Francia ha perdido uno de sus grandes gobernantes, un verdadero estadista: Valdeck-Rousseau, presidente del último Consejo de Ministros y futuro presidente de la República, según podía deducirse del estado de opinión en Francia. A este honor le daban derecho su talento, su prestigio de político serio y los servicios eminentes que había prestado á su nación, gobernándola sabiamente y pacificando los espíritus en cuestiones tan graves como la del nacionalismo y la del proceso Dreyffus. Descanse en paz el ilustre patricio francés.

La confección especial de nuestro número anterior nos impidió publicar la fotografía de la lucha del toro y el tigre, verificada en San Sebastián. La circunstancia de ser esa fotografía la única hecha en el momento de la lucha, nos mueve á ofrecérsela á nuestros lectores, para que quede registrado en la colección de esta revista un hecho de tanta resonancia en el verano de 1904.

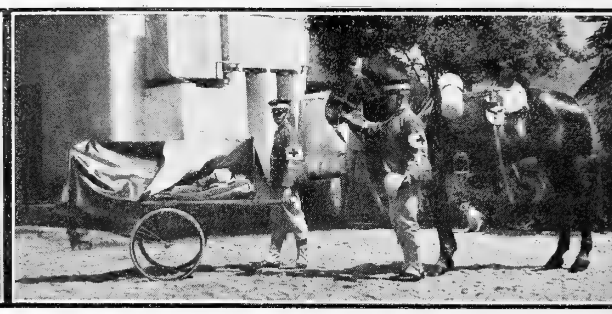


«LA AUSTRALIA», NUEVA FÁBRICA ESTAMBRERA RECIENTEMENTE INAUGURADA EN BÉJAR (SALAMANCA)

Fot. Anaya



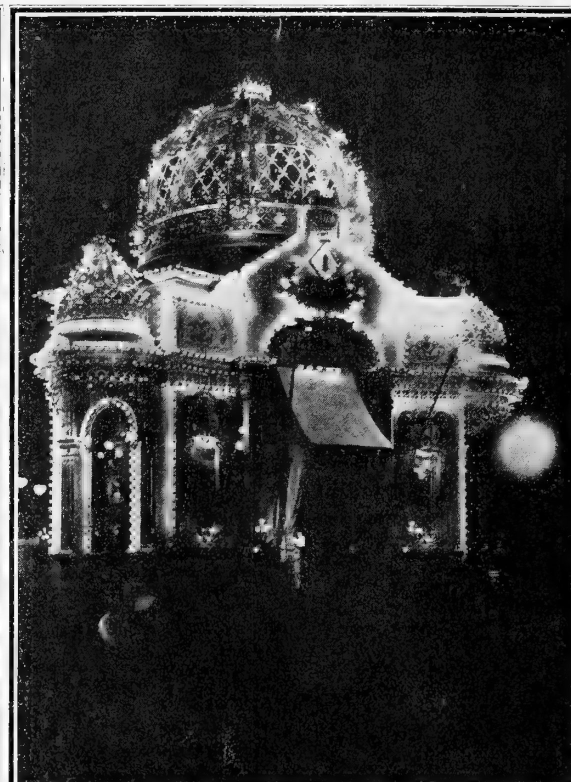
NUEVA CAMILLA PARA EL TRANSPORTE DE HERIDOS ENSAYADA EN JEREZ POR LOS LANCEROS DE VILLAVICIOSA



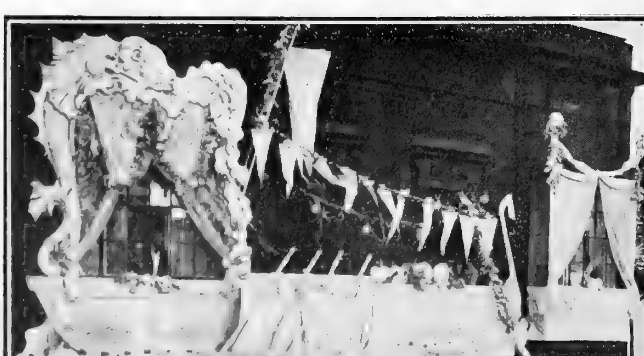
SIMULACRO DE CONDUCCIÓN DE UN HERIDO Á UN HOSPITAL DE SANGRE, PRACTICADO POR LOS LANCEROS DE VILLAVICIOSA
Fots González



ARCO ILUMINADO EN LA ENTRADA DE LA FERIA DE CARTAGENA



PABELLÓN ILUMINADO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO EN LA FERIA DE CARTAGENA Fot. Rollandi



«LA GÓNDOLA», FACHADA DE LA CASA DE D. JOAQUÍN JULIANA, EN GIJÓN, QUE HA OBTENIDO EL PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO CELEBRADO EN AQUELLA CIUDAD Fot. Arias

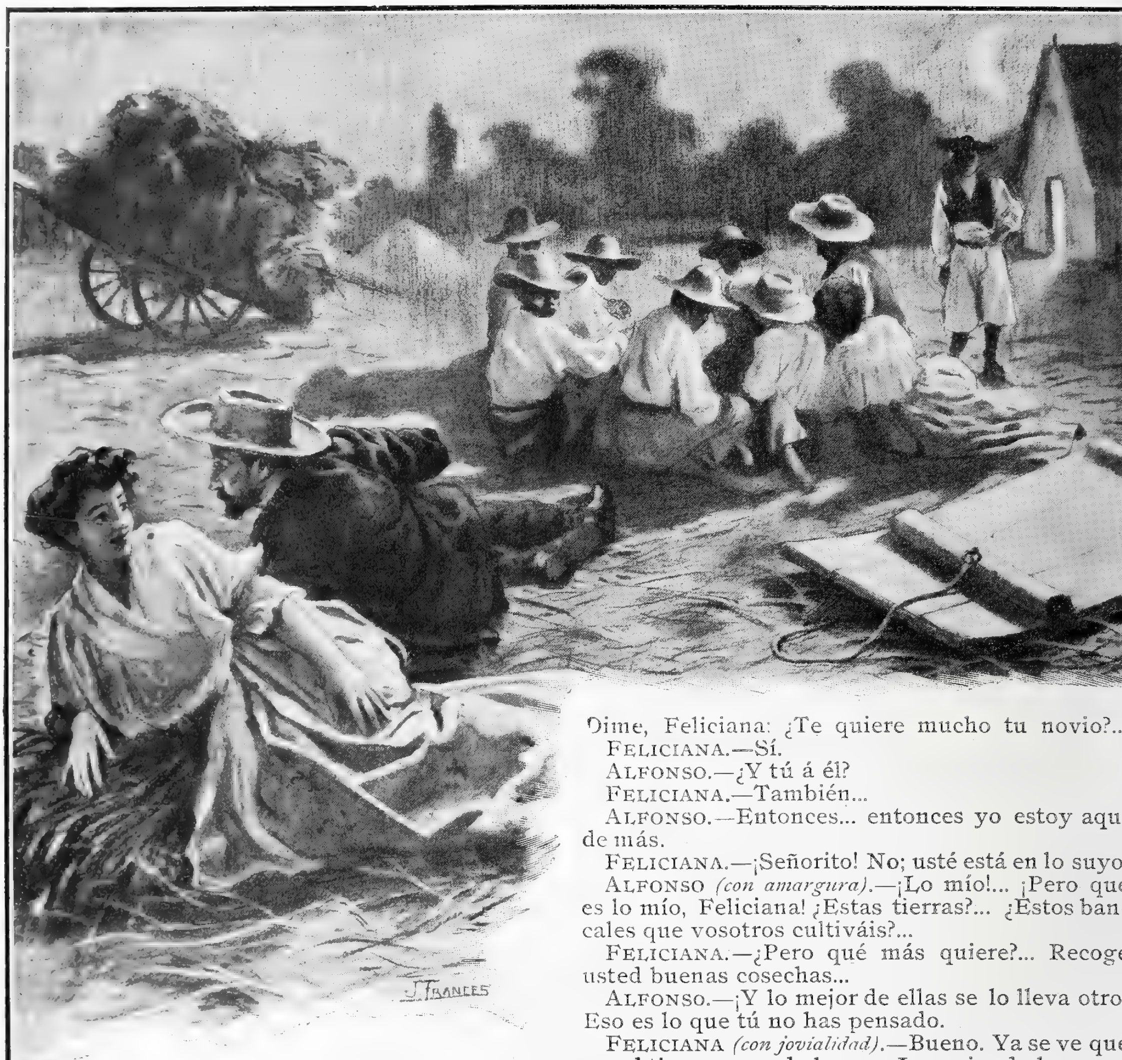


LOS VIAJEROS DEL TREN BOTIJO DE MADRID ENTRANDO EN ALICANTE Fot. Asenjo

La Crónica gráfica continúa en la página 13 de este número

PRIMEROS ARPEGIOS
POR EMILIO SALA





SOBRE LA PARVA

LUGAR de la acción: una aldeílla murciana.

Personajes: *Feliciana*, hija de arrendadores, veinte años, blanca, fina, guapísima, de ojos negros y grandes. *Alfonso*, hacendado murciano, de modales distinguidos, joven. *Perete*, veintitrés años, huertano, jornalero. Gente del pueblo.

La escena en la huerta, en medio de una era de trillar. Es la media noche.

Feliciana y Alfonso forman grupo, semitendidos sobre la parva de la era. Perete llega después. Los mozos, mozas y viejos forman otro grupo á cierta distancia del primero. Colocados en corro, sentados unos, en cuclillas otros, en pie los menos, tendidos los más, juegan á prendas, refieren historias viejas, hablan de la cosecha y discretean sobre noviajos.

FELICIANA *(á Alfonso, que tiene clavados los ojos en ella)*.—¿Por qué me mira usted tanto?... *(Pausa. Alfonso deja escapar un suspiro muy hondo.)* ¿Le pasa algo esta noche?...

ALFONSO *(incorporándose hacia ella)*.—Oye, Feliciana.

FELICIANA.—¿Qué?...

ALFONSO *(aproximándose á sa oído)*.—Te miro tanto... ¡porque eres guapísima! *(Feliciana se turba y procura distraer la mirada. Media una larga pausa.)* Dime, Feliciana: ¿Te quiere mucho tu novio?...

FELICIANA.—Sí.

ALFONSO.—¿Y tú á él?

FELICIANA.—También...

ALFONSO.—Entonces... entonces yo estoy aquí de más.

FELICIANA.—¡Señorito! No; usté está en lo suyo.

ALFONSO *(con amargura)*.—¡Lo mío!... ¡Pero qué es lo mío, Feliciana! ¿Estas tierras?... ¿Estos bancales que vosotros cultiváis?...

FELICIANA.—¿Pero qué más quiere?... Recoge usted buenas cosechas...

ALFONSO.—¡Y lo mejor de ellas se lo lleva otro! Eso es lo que tú no has pensado.

FELICIANA *(con jovialidad)*.—Bueno. Ya se ve que usted tiene ganas de broma. Lo mejor de las cosechas soy yo. ¿No?...

ALFONSO.—¡Tú... tú eres! Y mira: estoy pensando... pensando... *(resueltamente)* ¿sabes lo que pienso?

FELICIANA *(saliéndole al paso)*.—Sí.

ALFONSO.—Bien; mejor. Te lo explicaré, por si acaso. Pienso en que nadie, nadie tiene derecho á llevarse *lo mejor de mi cosecha*, y en que yo no debo seguir consintiendo eso.

FELICIANA.—¿Usté?...

ALFONSO.—Verás. No te molestes. Ya sabes cuánto te quiero... y al fin, para todo hay arreglo en este mundo. Hablemos seriamente, sin doble intención, con la verdad. *(Ligera pausa.)* Perete, tu novio, es quien se está aprovechando de lo mejor de mi cosecha. Yo no quiero mal á Perete ni deseo perjudicarle, pero...

FELICIANA *(le interrumpe recelosa mirando á todos lados con temor)*.—¡Por Dios, señorito!... Si él estuviera oyendo... No tardará en venir y...

ALFONSO.—Bueno. Déjame acabar... Decía que no le quiero mal; pero como á ti te quiero muy bien, y estas dos cosas están reñidas, busco la manera de que todo se arregle sin perjuicio para nadie. ¿Qué le hace falta á Perete?...

FELICIANA.—¡Tantas cosas le hacen falta! No tiene más que el jornal... cuando trabaja.

ALFONSO.—¿Y viviría contento y alegre y satisfecho si tuviera de lo que yo tengo, bancales, casas y huertos?

FELICIANA.—¡Ya lo creo! En eso piensa siempre.

ALFONSO.—Pues ya los tiene.

FELICIANA.—¿Qué?...

ALFONSO.—Digo que ya los tiene. Mírame bien. Contigo nunca hablo en broma. ¡Te quiero tanto, Feliciana! Digo que yo le daré bancales y huertos; que él será arrendador y se hará rico; que todo eso que él necesita es lo peor de mis haciendas, lo que yo no estimo en nada, lo que no puede hacerme dichoso...

FELICIANA.—Pero...

ALFONSO.—Y tú, Feliciana... (*pausadamente, al oído*) tú ¡para mí! (*Le coge la mano.*)

FELICIANA (*sofocada, temerosa*).—¡Señorito... suelte... no...! ¡Si él nos viera...!

ALFONSO.—¡Y qué! ¡Si tú también me quieres...! ¡Que venga...! Ya estoy deseando que lo sepa. Me resulta muy duro tener que disimular delante de él. Y se lo vas á decir tú...

FELICIANA.—¡Yo!

ALFONSO.—O tu padre; lo mismo da. ¿No ganamos todos? El arreglo de este asunto es muy natural. Y Perete será feliz, porque va á tener lo que necesita: ¡tierra, tierra! Él vive por la tierra y para la tierra. Tal vez tú no comprendas el resultado de estas cosas, pero tienen un fondo muy equitativo y humano. Es cuestión de sentimientos y causas para estimularlos. Mientras yo sé conmoverme admirándote; mientras puedo vivir de mirarte, de tenerte junto á mí, de respirar á tu lado, de hacerte gozar la vida plenamente, él... él puede vivir de otro modo...

FELICIANA (*rindiéndose sin esfuerzo*).—De otro modo... ¿Usté lo piensa así?

ALFONSO.—Como es, Feliciana; así lo pienso. Perete dedica á la tierra todos sus sentidos. Un bancal que haya él cultivado, un par de bueyes robustos y una garbera de trigo, despiertan sus mejores sentimientos y le hacen gozar. Y el bancal, y la garbera, y los bueyes influirán más en su vida que la mujer á quien busque para casarse. La mujer en casa de Perete será un mueble de poca estima. Ya ves el ejemplo en otras familias. Las mujeres viven sometidas á la esclavitud de la huerta. Se casan, y ya siempre se las ve sucias, abandonadas, estropeadas por el duro trabajo de la tierra. Os hacen trabajar, y trabajáis; os dan una carga injusta, y os sometéis resignadas...

FELICIANA (*con cariño*).—¡Señorito!

ALFONSO.—¡No; no quiero, no quiero que tú corras la misma suerte...! (*Insinuante, con ternura.*) Y además, por mí... Hace ya tiempo que hallo muy triste mi casa de Murcia. La vida que mis rentas pueden proporcionarme, me cansa, me fatiga, me aburre, se me hace odiosa; falta allí algo, algo que lleve una alegría franca, natural, hermosa. Tú, tú misma. Por eso vengo á la huerta: por ti, ya lo sabes. (*Pausa.*)

FELICIANA (*emocionada*).—¿Pero y él, señorito?

ALFONSO.—Ya lo he dicho: para él, bancales y casas; lo que quiera. Tú, para mí... ¡para mí solo, Feliciana...! (*La estrecha el talle y la besa delicadamente en la boca. Ella se abandona.*)

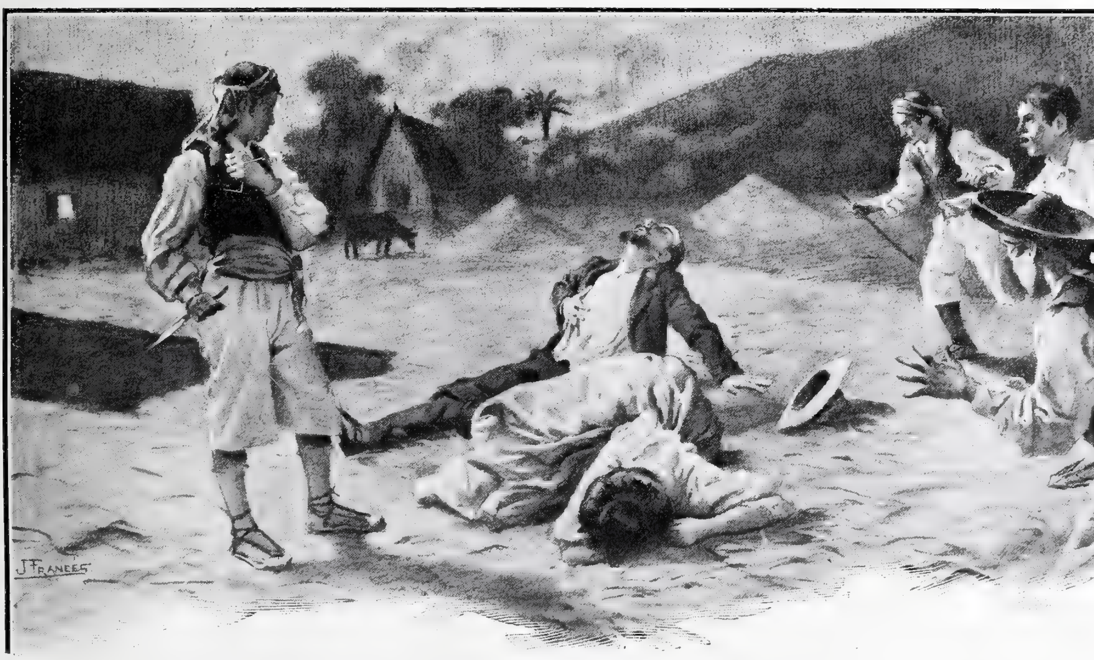
FELICIANA.—Bueno... sí... por Dios... Yo también le tengo á usté mucho querer... sí...

Detrás de un caballón aparece Perete, y se yergue ante ellos. Viene airado, resuelto, con el gesto contraído por la idea del crimen.

FELICIANA (*con espanto*).—¡Él!

ALFONSO (*levantándose*).—¡Tú...! Me alegro...

PERETE (*esgrime una faca y la hunde en el costado de Alfonso*).—Yo no. A mí ná me alegra en este mundo: ni los bancales, ni las casas... ¡ni las mujeres tampoco, si son como ésta...!



Alfonso exhala un quejido y se desploma sobre la parva; Feliciana un ¡ay! y se desmaya. Los otros huertanos, horrorizados, se agrupan alrededor de éstos.

VARIAS VOCES.—¡Perete! ¡Perete! ¡Alfonso! ¡Feliciana!

PERETE (*impasible y sombrío*).—Es que el señorito ha besao á Feliciana y ella ha besao al señorito. ¡Decían que pa mí casas y bancales! ¡Que con eso tenía bastante...! Ya véis cómo no lo entienden...

El padre de Feliciana se abraza á ella gimiendo. Los demás se alejan á la desbandada, atravesando plantíos. Resuenan alaridos de los que huyen, y ladran los perros de la huerta. Pasan los instantes; van perdiéndose las voces allá lejos, por las primeras casas de la aldea. Vuelve á reinar el augusto silencio de la noche. En la era, la paja se tiñe de sangre, y sólo se oye el gemir angustioso del padre de Feliciana, que la besa dulcemente para reanimarla. Las estrellas del cielo rielan con alegre intensidad sobre el agua bullidora de las acequias.

EMILIO NAVARRO

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

TRISTÁN E ISEULDA

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Aquí empieza la relación de la muerte del caballero Tristán de Leonís y de la princesa Isolda ó Iseulda, sacada de las crónicas de Bretaña y del canto del trovero Berox y del trovero Tomás, y de lo que se dice en Bretaña y en Normandía y en el país de Gaula y en otras partidas del mundo. No hay que creer sino en esta relación, que es la única verdadera y es muy diferente de las otras que corren por el mundo y que repiten los trovadores y los troveros por haberlas oído á sus padres ó á sus abuelos ó á las dueñas quintañonas en las veladas invernizas.

Dice el trovero Tomás que al príncipe Tristán, al cual adornaban todas las calidades y partes de un buen príncipe, y era hermoso sobremanera y lindo justador y ardido guerrero, le encargó su tío el rey Marco de ir á la corte de Irlanda, que era una muy poderosa y muy temida corte en aquella sazón, y traer de aquella corte, con todo el acatamiento y solemnidad que se debía, á la princesa Iseulda la rubia, que era la hija del rey. Y no creáis, mujeres y varones, que el rey Marco llevaba en esto ningún deseo pecaminoso ni intención mala, sino que estaba viudo y deseaba buscar doncella para casar con ella, como convenía á su linaje y á la paz y sosiego de sus reinos; y sabedor y noticioso de la hermosura del alma y del cuerpo de la princesa Iseulda, creyó que convenía mandar por ella un tan lindo y gracioso embajador como era su sobrino el caballero Tristán de Leonís. Y fué consejo acertado, porque no había en todo el reino más galante y cortés caballero. Pero ved cómo el amor y la fortuna, que otros llaman acaso, enredan los sucesos de esta vida, que á veces de un bonísimo deseo síguese un malísimo resultado, y así fueron los sucesos del caballero Tristán y de la princesa Iseulda la blonda, porque acaeció que, por más hacer segura y firme la dicha de la princesa, pensó la reina su madre en afianzarla con artes de encantamiento, y pensándolo así, como era sabia y advertida en todos los secretos de la magia negra y de la magia blanca y de la magia rosa, que es la que trata de los gustos y disgustos de amor, reunió sus simples, de los cuales no sabré contar sino que por la mayor parte eran hechos de substancia ó enjundia sacada de los corazones de los donceles y doncellas muertos de amor, y con aquellos simples formó un compuesto que era un filtro preciosísimo, del cual hinchó una redoma, confiándola á la prudente doncella Brangiana, que acompañaba á la princesa Iseulda la rubia en su viaje. Y la sabia reina encargó mucho á Brangiana que diese de beber aquella bebida al rey Marco y la princesa Iseulda cuando ya estuviesen desposados, porque aquel era el filtro del amor eterno, y los que lo bebiesen se amarían en esta vida terrena y en la otra del cielo, sin cejar un punto en su amoroso entusiasmo.

Después de tomada tan sabia precaución, despidiéronse con tiernos abrazos y muchas lágrimas, como es costumbre en estos tan apretados casos, la princesa Iseulda la blonda y sus padres; y el caballero Tristán, tomándola de la mano sin tocarla más de con las puntas de sus guanteletes de oro, la llevó á su nao, que iba ricamente empavesada y revestida con tapices colgantes, cuyos flecos de plata mojaban las ondas del mar. Era aquel un tiempo amoroso y cálido. El caballero Tristán y la princesa Iseulda iban navegando por una mar tranquila y azul. De amores era su coloquio; pero no de amores suyos, sino de todos los amores, de flores, de aves y de todos los seres que se aman bajo el cielo. Y cansados del coloquio y convidados por la bonanza del mar, pusiéronse á jugar á las tablas, que otros llaman ajedrez. Eran el caballero y la princesa esforzados jugadores, tanto que á las primeras jugadas no dejaron de deponer toda cortesía, y si muchas jugadas ganaba el uno, no menos la otra daba jaquemate á su contendor, de donde con tanto ardor en el jugar les vino sed y pidieron á Brangiana que les sirviera de alguna bebida refrescante. Pero Brangiana, que en tierra era prudente y avisada, mareábase, y en el mar no era sino aturdida y sin seso; y acaeció que en vez de servirles á los dos jugadores unas bebidas de grosellas alquitaradas que para el caso iban prevenidas, quiso el hado que les sirviese, en sendas copas de oro, el filtro del eterno amor, con lo que, no bien apuraron las copas, el caballero Tristán de Leonís y la princesa Iseulda la blonda, sintieron arder en sus venas y escocer en su piel ese fuego que todos, mujeres y varones, conocéis ó habéis conocido, y haga Dios que de él os halléis ya libres, que el pobre trovero que os lo cuenta, muchas veces ardió en esa infernal hoguera.

Y sintiendo aquel fuego el caballero Tristán y la princesa Iseulda, se miraron fijos por largo espacio; y mirándose, el fuego creció, y una alegría grandísima llenó sus corazones; y él y ella conocieron que estaban atados de por vida el uno al otro. Mas el caballero Tristán de Leonís, á quien la palabra y el juramento obligaban por su honor á entregar al rey Marco su prometida esposa, lo hizo así, y lleno de tristeza, de melancolía, sin haber osado tocar á la princesa ni siquiera con las puntas de sus guanteletes de oro, presenció las bodas del rey Marco y de Iseulda, y luego se marchó del reino, porque no podía aguantar el ver á su amada en brazos de otro, ni ella podía sufrir el verse entregada á quien no quería y separada para siempre de aquél á quien estaba ligada eternamente por ley de amor. Y el caballero Tristán de Leonís peregrinó por muy apartados lugares y llevó á remate felice muchas hazañas y proezas, que muy por espacio se cuentan en su libro, de todos harto conocido. Y sucedió que en otra comarca de Bretaña tenía un amigo que era llamado Kaerdin, y este amigo una hermana, bella como el mes de Mayo, y esta doncella también se llamaba Iseulda, la de las blancas manos. Y movido por este nombre, el caballero Tristán de Leonís se casó con Iseulda la de las blancas manos, porque







creía que amándola desterraría de su pecho el amor de la bella Iseulda la blonda. Pero no fué así, porque el filtro del eterno amor era más poderoso que las más férreas voluntades de los más testarudos caballeros; y el desventurado Tristán no tuvo sino lanzarse á guerras y á peligros nunca vistos, de donde volvió con el cuerpo lánguido y herido y el alma cansada y casi muerta.

Compadecióse de verle en tal estado su amigo Kaerdin, y muy en secreto le prometió ir en busca de Iseulda la blonda y volver con ella si podía, y le dijo que para señalar su vuelta feliz traería vela blanca en su nao, y si no podía rescatar á la reina Iseulda la blonda, traería vela negra. Y el caballero Tristán, afligido y enfermo, dejó marchar á su amigo Kaerdin, sin saber que su mujer Iseulda la de las blancas manos era sabedora de todo el secreto. Larga fué la espera, y durante ella el caballero Tristán desfallecía y no podía levantarse del lecho. Una mañana, su mujer Iseulda, la de las blancas manos, le dijo que se divisaba en el mar la nao de Kaerdin. El caballero Tristán de Leonís, casi ahogándose, preguntó si la vela que se veía era negra ó blanca. Y entonces Iseulda, la de los blancos brazos, mintió y dijo que la vela era negra. Y oyéndolo el caballero Tristán de Leonís, volvió la cara á la pared y expiró. Dios le tenga en su santa gloria. Mas he aquí que la nao ya estaba en el puerto, y en ella venía la reina Iseulda la blonda, y al tocar tierra se sorprendió viendo los palacios colgados de negro, y los paladines y los escuderos lamentándose, y las damas y doncellas llorando la muerte del caballero Tristán de Leonís. Y la princesa Iseulda la blonda, en cuyo pecho seguía ardiendo la llama del eterno amor, dejó su cortejo y echó á correr adonde estaba el cuerpo del caballero, ya todo amarillo y armado de todas armas, puesto en un ataúd, y allí cayó muerta como el gavilán cuando le atina el ballestero.

Esto es lo que relata el trovero Tomás; pero el trovero Berox dice, y yo lo he sabido después, que no sucedió como aquél dice, sino que el caballero Tristán y la princesa Iseulda, ardiendo en amores, se retiraron á una encantada selva, y allí vivieron juntos tres años entregados á su lindo vivir; y pasados los tres años, el caballero se acordó de las batallas y de las proezas de los bravos paladines y de las justas y torneos cortesanos, y se avergonzó de hallarse como un cerdoso jabalí en medio del monte, sin llevar á cabo ningún caballeresco empeño, y la princesa Iseulda la blonda conoció que no eran los andrajos de que andaba vestida propios adornos para su hermosura, ni los árboles del bosque salones donde albergar su delicado cuerpo. Y un día se miraron el caballero y la princesa y decidieron presentarse al rey Marco, el cual, no viendo en los rostros y figuras de ellos ni en sus palabras la más leve señal de mutuo amor, se casó con Iseulda la blonda y la hizo reina y madre de muchos bellos príncipes y princesas. Y el caballero Tristán de Leonís siguió sus aventuras y se hizo famoso en el mundo.

Porque habéis de saber que ni el licor ó filtro de corazones de amantes ni otro ninguno engendra el amor eterno, y ya habréis visto, mujeres y varones, por experiencia propia, que el más encendido fuego de amor á los tres años se apaga. Y ahora, contada la historia, dadnos del vino viejo que alegra las almas.

WAGNER

DIBUJO DE VARELA

(NÚMERO 20 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

ZODIACADA DE AGOSTO

LA VIRGEN

El 22 de Agosto sale el sol del signo de Leo y entra en el de Virgo ó la Virgen. Esta es una constelación que se compone de unas 110 estrellas, y que interpretando las cosas con la amplitud de miras propia de los astrónomos antiguos, puede muy bien afectar la figura de una joven alada que lleva en una mano la hoz y en otra unas espigas de trigo. Hasta hay una estrella que dichos señores designaban sin vacilar con el hipotético nombre de *la espiga*, por más que, pensándolo bien, no se ve muy claro cómo es posible representar una espiga por medio de un astro, y viceversa; pero allá los astrónomos.

Tampoco hay razón atendible para que esa doncella ó virgen sea la representación de la diosa Ceres, en griego *Demeter*, que significa todo lo contrario: la maternidad ó la fecundidad de la tierra.

Después de haber leído algunos libracos antiguos y modernos que tratan de este interesantísimo asunto, no hemos logrado sacar en limpio más que una convicción, que ya teníamos por sentido común, y es la siguiente: *cayendo* como cae el signo de la Virgen hacia la época del agosto, en la cual se verifica la recolección en Grecia, natural parece que el signo ese venga á significar una diosa de los trigos y de todas las producciones del suelo. Pero hay una verdadera y terrible confusión, tanto en los nombres que se dan á Ceres (Rhea, Gea, Demeter, Cibeles, etc.) cuanto en los oficios que se le asignan, y también respecto de si es una señorita ó una señora casada.



CERES

Si hemos de juzgar por la conocida fuente que se eleva en la plaza de Castelar, por cierto de una manera asaz incongruente é inoportuna, ni un solo madrileño dudará de que Ceres o Cibeles no sólo es una señora casada y fecunda, sino hasta una apreciable jamona de las de ¡aplaudir al ganadero! Pero los mitógrafos y los arqueólogos nos dicen que Cibeles no es precisamente Ceres, aun cuando posea algunos de sus dones y atributos.

Cibeles, según dicen, fué una diosa frigia, quizás de origen indio, que se deleitaba no sólo en la fecundidad de la tierra, sino en la domesticación ó amansamiento de los animales y en la organización y ordenación de la vida civil y regular de los hombres. Lo primero se significa en la robustez de su cuerpo, que delata una fertilidad extraordinaria; lo segundo en el hecho de llevar, en vez de caballos, dos leones ó dos panteras tirando de su carroza; lo tercero en la circunstancia de no andar á pie, como en los tiempos primitivos, sino en coche, porque la existencia de un coche ó carro de cuatro ruedas es el más acabado signo de vida civilizada y culta. Las dos ruedas solas (biga, cuadriga y demás) indican la existencia de la agricultura, pues aun hoy son de dos ruedas los más de los carros agrícolas: y también la existencia del ejército y de la guerra, pues en la Iliada, como es sabido, los héroes pelean en carros de un solo eje. Las cuatro ruedas son indicio de más elevada cultura: afirman la existencia de caminos y calzadas, tal vez la de empedrado público... Decididamente, la diosa Cibeles es una diosa muy moderna.

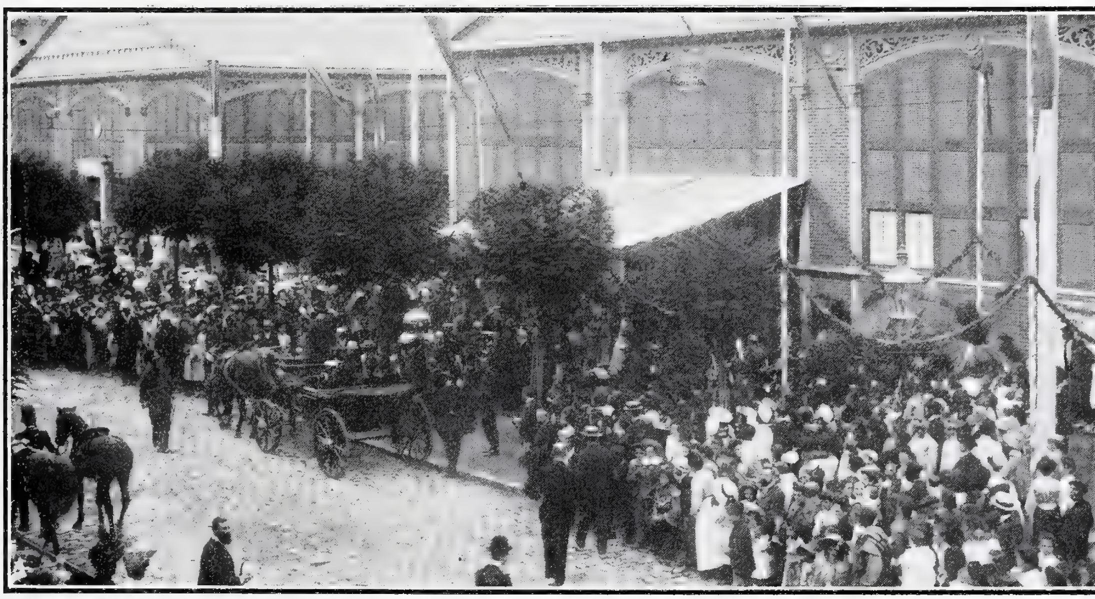
Ceres, la primitiva, era, según se dice, una doncella en cabellos, con saya corta, con los brazos desnudos, con las piernas descalzas. Su cuerpo núbil no indicaba la fecundidad aún. Más que representar la fertilidad de la tierra, parece personificar el trabajo que se realiza para lograrla y la idea de que este trabajo es propio de gente joven y robusta. Es también la esperanza en lo porvenir, la fuerza del mañana. Si echamos á andar por esos campos, aún hallaremos muchas Ceres con el zagalejo corto, descalzas, la trenza colgando ó el pelo tendido...

La pobre humanidad sigue siendo tan miserable, que no ha logrado acabar con estas pobres Ceres del terruño, ni convertir á todas ellas, como trabajadoras, en robustas Cibeles de las que van en coche.

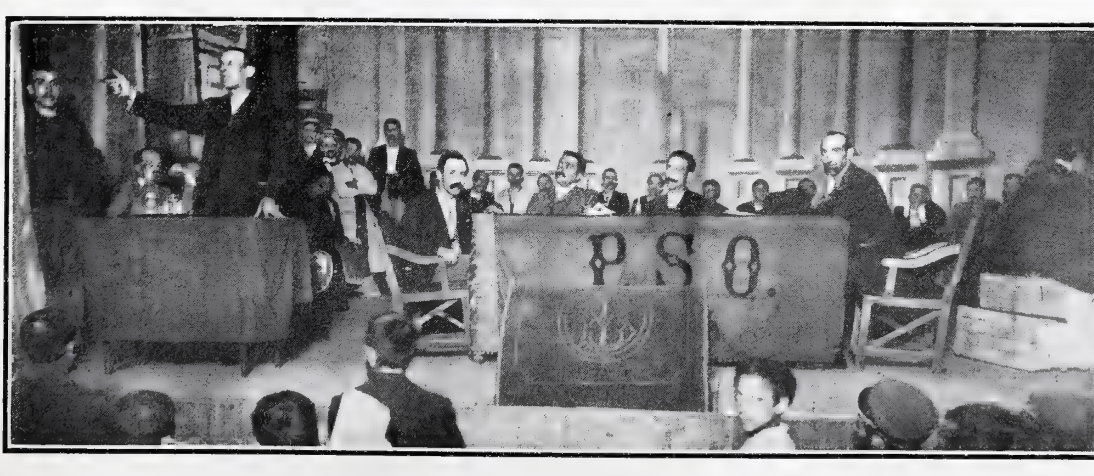
B. y N.



LA EXPOSICIÓN DE MUÑECAS DE SAN SEBASTIÁN GRUPO REPRESENTANDO «UN MINUÉ»



LLEGADA DE LA FAMILIA REAL Á LA EXPOSICIÓN DE MUÑECAS DE SAN SEBASTIÁN PARA PROCEDER Á SU INAUGURACIÓN — Fots. Resines



MITIN OBRERO CELEBRADO EN EL TEATRO BARBIERI PARA PEDIR AL AYUNTAMIENTO DE MADRID MEDIDAS ENÉRGICAS CONTRA LOS PROVEEDORES DE ARTÍCULOS DE PRIMERA NECESIDAD — Fot. Baglietto



MR. VALDECK-ROUSSEAU × EN SU CASA CON VARIOS AMIGOS, ENTRE LOS QUE FIGURAN CLARETIE, COQUELIN (CADET) Y OTROS CONOCIDOS ARTISTAS Photo Nouvelles



LA CASA DE WALDECK-ROUSSEAU EN CORBEIL, DONDE HA MUERTO Fot. Bouet



LA BATALLA DE FLORES CELEBRADA EN LA CORUÑA Fot González



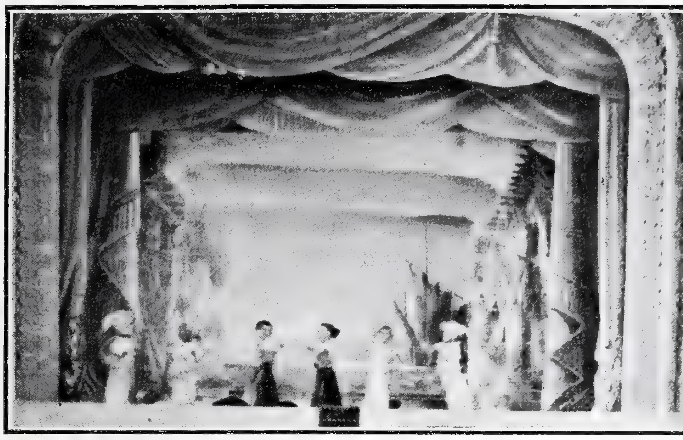
LA LUCHA DEL TORO Y EL TIGRE EN LA PLAZA DE SAN SEBASTIÁN Fot. G. H. Rogers



GUIGNOL Y SUS ABONADOS

Todos vosotros sois entusiastas del teatro Guignol, ¿no es verdad?

Cuando yo era chico, Guignol era más sencillo, más modesto que ahora. Los actores, es decir, los muñecos tenían muy pocos trajes. Las decoraciones eran tres: una de sala, otra de calle y otra de jardín ó campo. El músico era un pobre ciego que tocaba en los entreactos en un piano con las teclas amarillas dos tres polkas y valses, apretando el pedal cuanto podía para que el instrumento sonase algo. Las piezas que representaban tenían casi todas el mismo argumento, y todas, sin excepción, concluían dándose de palos y de coscorrones todos los actores y actrices.





Allá, por el año 1878 ó 79 comenzaron á introducirse innovaciones en el espectáculo, es decir, que lo echaron á perder. Se estrenaron entonces dos piezas que se titulaban *El castillo de Chuchurumbé* y *La princesa Chispa*, en las que había decoraciones complicadas, relámpagos, truenos, una carroza, un incendio y otras cosas.



Hoy, como digo, no vale la pena de ir al teatro Guignol por las obras que en él se representan, pues yo he visto cantar en el los *couplets* de Gedeón y la *faida de percal planchá*.

Pero si las funciones valen poco, en cambio los abonados de Guignol cada vez valen más. ¡Qué caras, qué gestos, qué hermosura de alma se ve mirando al público!

Hombres viejos ó aviejados, con el alma seca, frecuentad el teatro Guignol, pero miradle de espalda al escenario, pues el espectáculo está en los espectadores.

Niños y niñas que vais á Guignol, pedid á los empresarios del teatrillo que os den obras fáciles, sin aparato, con palos y coscorrones que os hagan reir. Siempre será pronto para que veáis y sintáis los coscorrones y los palos que han de haceros llorar.

Fotogs. Muñoz de Baena

GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS. EL SIETEMESINO

El maestro de escuela de Grantham, en el condado de Lincoln, en Inglaterra, se quedó no poco asombrado un día de la primavera de 1654 al ver á una respetable viejecita que le presentaba un chico feo, endeblucho, de mal color y tan raquítico, que de ninguna manera parecía tener los doce años que su bondadosa abuelita le atribuyó.

—¿Doce años este arrapiezo?—decía el dómine, torciendo los ojos.—Lo dudo bastante. ¿Y quiere usted, señora, que aprenda aquí latín? Creo que va á ser algo difícil.



En efecto, el maestro dirigió algunas preguntas al muchacho y éste contestó con mucha torpeza, sin acertar en nada.

La abuela, muy afligida y triste, le dijo al maestro que aquel niño había sido siempre muy endeblito: que era sietemesino y que su madre se había quedado viuda y se había vuelto á casar. No era cosa de exponerle á la malquerencia de sus hermanastros. En fin, á fuerza de ruegos, logró la buena señora que admitiera el maestro al mocoso aquel en la escuela. Se llamaba Isaac.

Como el maestro había temido, el chico era muy torpe: no se fijaba en nada, siempre estaba distraído y el latín no le hacía gracia ninguna.

Era además un chico muy triste. Como no podía correr ni tenía la agilidad y la fuerza de sus compañeros, nunca jugaba con ellos, y esto es lo peor que puede ocurrirle á un niño inglés, porque en Inglaterra el jugar tiene tanta importancia como el estudiar, y por eso los niños ingleses son sanos y fuertes, y cuando llegan á hombres son ricos y poderosos. Los muchachos de la escuela, al verle tan callado y tan tímido, cobraron gran desprecio á Isaac.

Un día, uno de los mayores le pegó una bofetada, é Isaac, como no tenía fuerzas, no se la devolvió, pero cabalmente aquel chico era el primero de la clase, mientras que Isaac era el último. La bofetada queéste había rec ibido se la devolvió al otro, no con las manos, sino con la inteligencia. El pequeño Isaac que parecía tonto, se aplicó, se aplicó de suerte que en pocos días logró ponerse el primero de la clase y quitarle el puesto á su ofensor.

Todos los chicos y el maestro se admiraron grandemente y comenzaron á preocuparse del *siete mesino*, como le llamaban.

—¿En qué te entretienes mientras los demás juegan?—le preguntó un día el maestro.

El chico no contestó. No sabía qué decir. Pero el maestro le buscó las vueltas para averiguar sus juegos. Un día vió que Isaac, sin más herramientas que sus manos y una navajita, había hecho un molino de aquellos de antaño que eran movidos por un hombre ó por un perro metido dentro de una rueda, á la que daba vueltas sin querer y sin cesar por obra de su propio peso. Pero como el molino de Isaac era muy pequeñito, en vez de hacer que lo moviese un perro, él se las había arreglado para coger un ratón que hacía de molinero tan guapamente.

El maestro se quedó absorto ante aquel enormísimo esfuerzo de paciencia y de habilidad.

Más adelante, el sietemesino construyó un reloj de agua, aprovechando la fuerza de un chorrerito que había en el jardín; después, un reloj de sol; luego, un carricoche que movía el propio conductor, sin caballos, ni mulas, ni *trolley* ni *ná*, como cantan en una zarzuela; es decir, la primitiva forma del automóvil. Por último, á los trece ó catorce años... ya no inventó nada, pero se enamoró de una muchachita muy guapita que se llamaba Miss Storay, la cual no le hizo caso. Los otros chicos seguían burlándose de él por las *tonterías* que inventaba y por su enamoramiento. En cambio, el maestro ya no se reía de él, sino que le predecía un gran porvenir.

Y el maestro no se equivocó. El chico sietemesino se hizo grande y fué el mayor sabio de su siglo: fué el autor de la *Aritmética universal*, fué el descubridor de las *Reflexiones, refracciones, inflexiones y colores de la luz blanca;* fué el que explicó la *teoría del arco iris;* fué el que escribió los *Principios matemáticos de filosofía natural*, donde se explican las leyes fundamentales de la atracción, las relaciones entre todos los planetas y, en fin, el sistema del mundo. ¿Sabéis cómo se llamaba el sietemesino? Se llamaba Isaac Newton.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA

B. Y N.



HISTORIETAS NATURALES. LA HIENA

En opinión de muchos naturalistas y de muchas personas mayores en edad, saber y gobierno, á quienes vosotros respetáis, la hiena es el animal más repugnante, pérfido y odioso de todos cuantos pueblan la superficie terrestre. Los que hayáis visto hienas, habréis notado, desde luego, que la hiena huele mal, lo mismo que el oso, el lobo y casi todas las fieras enjauladas; por consiguiente, su olor no debe hacernos más antipática la hiena que cualquiera otro cuadrúpedo. Otra razón que se da con el noble propósito de que chicos y grandes tomen horror á la hiena, consiste en aseverar que este animalito se alimenta exclusivamente de carne muerta. A esto se debe contestar que de carne muerta se alimentan los más de los hombres, los que no son vegetarianos ó vegetalistas.

Todos vosotros conocéis la frase del célebre domador que, enseñando una hiena y ponderando su ferocidad, decía: «Este animal va al cementerio, desentierra los cadáveres de los muertos y se los come vivos.» Esta frase les ha hecho mucho daño á las hienas; pero como vosotros no os pagáis de frases, sino que discurrís muy bien por vuestra cuenta, pensaréis, naturalmente, que la hiena come carne podrida porque no se la dan fresca. En el Retiro, á la hiena le echan la misma carne que al noble león y al valiente tigre, y ya habréis visto que se la zampa con el mismo gusto que ellos.

La explicación de que no coma siempre carne fresca la hiena, casi no hace falta dárosla. Habréis visto que es un animal desproporcionado. Tiene la cabeza muy grande, las mandíbulas muy recias, los dientes muy fuertes, el estómago insaciable, pero el cuerpo es pequeño con relación á la cabeza; el cuarto trasero es muy endeble, hasta el punto de que parece un animal derrengado ó mal herido de un estacazo en los riñones. Por estas circunstancias, la hiena no puede acometer á los animales grandes ni á los de su tamaño, sino á los más pequeñitos; por eso parece cobarde, pues solamente se ceba en corderitos y cabritillos indefensos, y huye ante cualquier ruido.

En resumen: come carne muerta, porque no puede comerla viva; y no va á dejarse morir de hambre para dar gusto á los naturalistas sentimentales; y es cobarde, porque no tiene condiciones físicas para ser valiente. Por lo demás, la mayoría de las llamadas fieras es cobarde, y no hay ninguna que no huya del hombre, si puede, incluso los leones y los tigres.

Pero, en cambio, tiene la hiena condiciones de carácter excelentes. Es una buena madre que no abandona á sus hijuelos, como hacen otros animales y algunos hombres. Se domestica muy fácilmente, y una vez domesticada, es tan fiel como un perro. En Egipto y en Siria hay pastores que prefieren las hienas á los perros para la guarda de sus rebaños. Si es fea y desproporcionada y tiene una expresión de sarcasmo cruel, no es suya la culpa.

Deshagamos la leyenda que contra las hienas se ha formado; reconozcamos que de alguna manera ha de luchar por la vida ese animal, como luchamos todos; y ¡ojalá no tropecemos en nuestra existencia con otros animales de dos pies mucho peores que la hiena en cuanto á sus cualidades morales!

DIBUJO DE REGIDOR

N.





LOS PATINES 1. Esto es lo primero, lo último y lo de siempre: porque los patines son muy traidores. 2. Así, agarrándose bien á la cuerda y sujeta por una experta patinadora, hay menos peligro de resbalar y caer en los primeros pasos. 3. Las muchachas que se lanzan ya á ejecutar floreos como éste, que denominan la *paloma*, son casi maestras en el difícil deporte de patinar. 4. El *ferrocarril:* las que hacen este juego dominan los patines; sin embargo, no es cosa difícil un descarrilamiento con todas sus consecuencias de chichones, etc., etc. 5. Estas dos encantadoras señoritas hacen lo que se llama *dehors*, otro floreo que, como el *vals*, el *dedans*, coger el pañuelo del suelo, patinar con un solo pie ó sólo con las puntas, constituyen el último grado de adelanto en el arte.

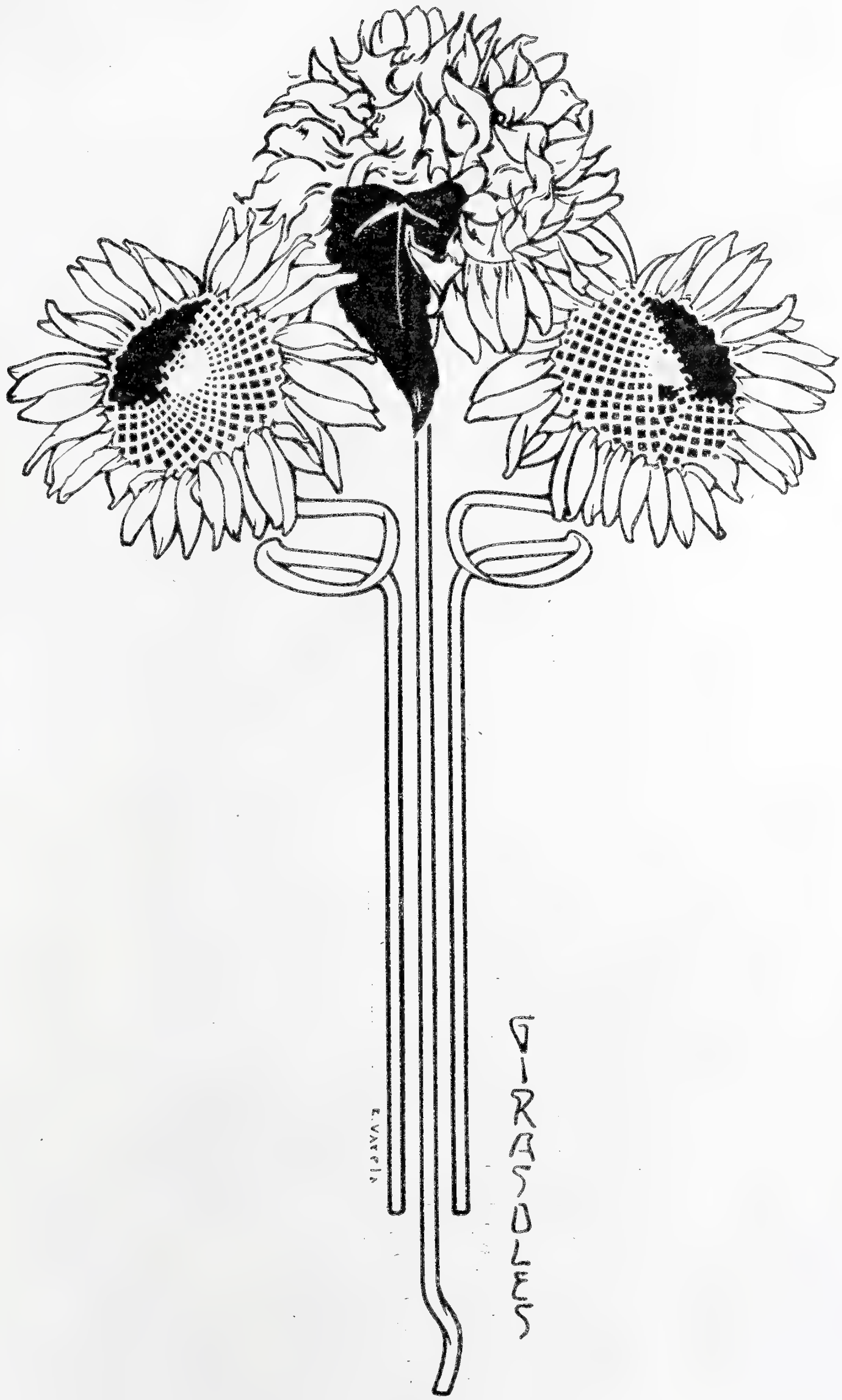
FOTOGS. ASENJO







BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 27 Agosto 1904. N.º 695

PERDÓN

Santamente murió el Rey Santo en la Santa Catedral por él fundada y enriquecida con valiosísimos tesoros, botín por él mismo cogido á los infieles en innumerables batallas, cuyos relatos llenaban tremendos infolios de apergaminadas crónicas.

Fué un rey conquistador, un rey civilizador, un rey legislador, pero más que todos estos títulos preció y estimó el de rey cristiano que el mundo entero le otorgara. No era en aquellos siglos medios directa ni muy estrecha la relación entre el pontífice de Roma y los monarcas cristianos, no obstante lo cual, la fama y noticia de la santidad del rey forzaron la piadosa curiosidad de varios papas, quienes le enviaban á cada paso legados apostólicos con breves y bulas donde se contenían las más señaladas mercedes y los más estimables privilegios, sin dejar de acompañar estas gracias puramente espirituales con agasajos y donativos de extraordinaria valía, entre los cuales se citaban, como cosa memorable, una cruz procesional, toda de ricos y enormes balajes, que encajada en el asta del guión real, condujo cien veces el fonsado á la victoria, cual si dotada de mirífica virtud bélica se hallase; el dedo índice de San Lino, segundo pontífice de Roma, inevaluable reliquia engastada en riquísimo relicario de cristal de roca, de una sola pieza, horadado y tallado, para que en él cupiese el santo despojo, y milagrosamente cerrado después por manos sobrenaturales, puesto que no se veían en la peregrina caja resquicios ni rendijas, ni tampoco señales de pegamento ó soldadura, antes toda ella parecía ó era en efecto de una sola pieza, según se dice; y por fin, un hermosísimo cuadrúpedo nunca visto en tierras europeas desde los tiempos del famoso caudillo cartaginés Anníbal, es decir, un elefante africano de dura piel azulada, de enormes orejas horadadas por cincelados y sonantes címbalos de oro á guisa de arracadas, y de recios y larguísimos colmillos enfundados en valiosas vainas ó estuches también de oro cuajados de pedrería.



Las riquezas del Rey Santo eran, pues, cuantiosas, más que las de ningún otro monarca de la cristiandad; su poder militar, enorme é incontrastable; los sabios de su corte, los más sabios del mundo; las damas de ella, las más elegantes, hermosas, discretas y bien arreadas; los paladines que capitaneaban sus mesnadas, los más animosos y bravos. Su hijo y heredero, aunque muy mozo, prometía proseguir y aun acrecentar la gloria lograda por el padre con las armas y con las letras.

Sintió, pues, el Rey Santo llegar la muerte con la tranquilidad del

justo, que además de justo es feliz y no deja sino bienandanzas en pos suyo; y él que había engrandecido á costa de los infieles los dominios de la cristiandad en gigantescas proporciones y que poseía tantos bienes de todas clases, quiso morir como el más pobre, miserable y lacerado de todos sus súbditos. Hizo que le llevasen á la Catedral, desciñóse todas las prendas y vestiduras reales, arrojó á un lado la corona, quedó en cuerpo y sin más prenda que una camisa burda de estopa, bajo la cual se veía áspero y cruel cilicio sujeto á la cintura por cíngulo de hosco esparto; mandó tejer una corona de ramas y abrojos y se la encajó con gran resolución en la cabeza, donde saltaron chorros de sangre moribunda, negriza y pegajosa; y así, de rodillas ante el altar mayor, inclinando la cabeza al suelo, que había hecho tapizar de ceniza, estuvo hasta que el Señor fué servido hacerle exhalar el postrer aliento, haciendo rebotar la cabeza sin vida sobre las encenizadas losas.

Mudos de espanto y de dolor cortesanos y eclesiásticos ante aquella imponente escena, diéronse prisa á recoger el cuerpo, á revestirle dignamente con la púrpura del monarca y los arneses del guerrero, á ungirle y embalsamarle, á depositarle en preciosa urna de cristal y ésta en pesadísima caja de plomo, y en fin, á sepultar el maltratado cuerpo en la cripta de la Catedral, junto al de su buena é ilustre esposa la reina Doña Yolanda, muerta muchos años antes.



Mientras esto sucedía en la tierra, el alma del Rey Santo volaba por las espacios inmateriales, libre de ligaduras mundanas, feliz y en busca del más allá. Por lo pronto no sentía otra cosa que un estado de beatitud ó bienaventuranza inefable y superior en millones de veces á los más sutiles, refinados y delicadísimos goces del intelecto ó de la sensibilidad. —Esto—pensó el alma del Rey Santo—debe de ser la anhelada fruición de Dios; esto debe de ser el cielo.

Pero no era el cielo, no, sino simplemente el camino para llegar á él. Pasó algún tiempo, quizás minutos, quizás millares de siglos, y el alma del Rey Santo, que creía caminar siempre, aunque sin experimentar las habituales sensaciones de la marcha, vió ante sí, muy lejos, pero en un sitio adonde presentía que iba á llegar pronto, una mancha roja enorme, que poco á poco iba dilatándose, ocupando el horizonte visible, llenándolo todo, cercándole á él mismo. Pronto se halló solo en medio de aquella mancha siniestra, que crecía como una marea viva, y por el color y por el olor se hizo cargo de que todo aquello rojo era sangre, ¡sangre humana! Y el alma del Rey Santo se quedó triste y medrosa, cual no lo estuvo jamás cuando unida al cuerpo andaba. Y en medio de su terror, oyó una voz ultramundana, honda y misteriosísima, que llenaba todo el espacio infinito y decía en un lenguaje de extrañas palabras, inteligibles, pero no sensibles: «Rey Santo: héte aquí ante el mar de la sangre que vertiste en el mundo. Si toda ella la derramaste con la conciencia pura y sin ningún estímulo de apetito bajo ó de infame concupiscencia, échate al mar, Rey Santo, y pasarás á la otra orilla.»

Perpleja se quedó el alma oyendo tan pavorosa invitación; la memoria recapacitó; la imaginación representó los hechos; el entendimiento expuso las causas; la razón juzgó... El alma flotó sobre el mar de sangre, cuyas olas parecían ocupar toda la extensión de lo desconocido. Pasaron años, años, años. Al cabo el alma divisó algo que no era rojo. Al fin traspuso las bermejas olas y tocó en algo que tierra parecía, pero al pasado espanto sucedió otro mayor y más terrible.



Haciendo frente al alma del Rey Santo, presentábanse en larguísima línea de batalla ejércitos y más ejércitos innumerables de la más extraña y horrorosa traza que nunca se vió. Generales, jefes y soldados estaban todos mortalmente heridos, amarillos, exangües. A todos los faltaba brazo ó pierna; á muchos la cabeza; muchísimos presentaban á la vista horrendos agujeros de heridas incurables y recientes, al parecer de lanza, mandoble, partesana, estilete, maza de armas, espeto y de todas las formas y maneras de instrumentos belicosos conocidos por aquel entonces. Había cascos hendidos, que por entre las rajas mostraban sesos blanqueando al sol; había mazas y mandobles sostenidos en alto por brazos quebrados como ramas desgajadas del tronco; había jinetes que cabalgaban dejando colgar, flácidas y rotas, las piernas fuera de los estribos; había, en fin, cuerpos sin cabeza que inclinaban el tronco bajo el escudo para acometer... Y todo esto en un silencio inconcebible, frío, amenazador.

Rey Santo, Rey Santo—clamó de nuevo la voz misteriosa:—éstas son tus víctimas. De todas y de cada una de ellas tienes que lograr el perdón para poder entrar en el cielo.»

Y el alma del Rey Santo, que jamás se humilló ante ningún hombre, tuvo que pasar por la pena de ir demandando perdón, uno por uno, á todos aquellos hombres muertos en sus campañas. Y entre ellos había señores orgullosos que se complacían en ultrajarle, y miserables pecheros que se le mofaban con crueles y groseros sarcasmos y le imponían, para concederle el perdón, ominosas condiciones.

Pasaron años, muchos años, y al fin fué perdonado por miles y miles de cristianos guerreros. Mas hé aquí que en pos de éstos, cuando ya había recorrido todas las escuadras, vió aparecer más nutrida y amenazadora, enorme, innúmera almofalla de guerreros infieles, flotando al aire los blancos albornoces, en las orgullosas testas los altivos turbantes multicolores. El alma del Rey Santo sintióse desfallecer, como la de Jesucristo en el huerto. Su confusión y tristeza fueron inenarrables. Clamó, y ántes que pudiera formular su quejido, la voz inexorable sonó más honda, más terrible. «A esos también, á esos también has de pedir perdón, pues los mataste sin tratar de convertirlos.»

Y el alma del Rey Santo, llena de inexplicable amargura, que después se trocó en inmensa caridad humana, postróse humildemente ante los infieles, uno por uno. Y al cabo de algún tiempo, tal vez de unas horas, tal vez de unos siglos, el alma del Santo Rey entró, vestida de luz, en la gloria eterna.

LEMA: SACRA FAMES

DIBUJOS DE M. SANTA MARÍA

(NÚMERO 21 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

Crónica Gráfica

Se han celebrado en París las regatas de barcos automóviles. La primera etapa era de París á Mantes, y la lucha fué presenciada por millares de personas que ocupaban las orillas del Sena á la salida de Neuilly y á la llegada á Mantes. De la animación de la fiesta da idea la fotografía que publicamos. Las embarcaciones que empezaron á salir de París á las nueve, llegaron por series á Mantes, siendo la primera la llamada *Mercedes*, de M. Charley.

El Congreso Socialista de Amsterdam ha terminado sus sesiones, en las que han pronunciado elocuentes discursos los principales representantes del socialismo universal, distinguiéndose entre ellos los que tienen universal renombre y los delegados del Japón, de Rusia y de la India.

Los emperadores de Rusia han tenido un nuevo hijo, éste varón y presunto heredero, por tanto, del trono de aquel Imperio. El suceso ha sido celebrado con gran solemnidad en toda Rusia. El príncipe fué bautizado el día 21, recibiendo el nombre de Alejo.

El veraneo en San Sebastián continúa animadísimo. La colonia, comprendiendo sin duda que veranear es respirar aires puros, frecuenta diariamente la cima del monte Ulía, de cuya ascensión publicamos dos fotografías.

Ha fallecido en Somió, cerca de Gijón, Fray Ramón Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, en su viaje visita pastoral á los pueblos de su diócesis. Pertenecía á la Orden de Dominicos y había estado muchos años en Filipinas, donde adquirió gran fama de hombre ilustrado y sacerdote virtuoso. Era elocuente orador, y de su gallarda palabra dió pruebas no sólo en la cátedra sagrada, sino en la tribuna del Senado, donde por encargo del episcopado español combatió las disposiciones dictadas sobre las asociaciones religiosas por el ministro liberal D. Alfonso González, y los proyectos de reforma de la enseñanza que presentó el también ministro liberal Conde de Romanones.

Pontevedra ha celebrado un concurso musical que ha tenido un éxito tan grande como merecido. La Plaza de toros, donde la fiesta se ha verificado, estuvo literalmente llena de público, que aplaudió con entusiasmo á los orfeones y á las agrupaciones de marineros danzantes que asistieron al concurso. El primer premio de orfeones le obtuvo en buena lid la «Unión Artística» de Santiago.

Bilbao ha tenido como número de las fiestas que anualmente celebra, una Exposición de Bellas Artes (pintura, escultura y arte decorativo). De realizar el milagro—pues casi milagro es organizar una Exposición que ofrezca algo notable—se encargaron los Sres. Amaré Hermanos, quienes han logrado reunir obras muy notables de escultores como Blay, Benlliure, Querol, etc., y pintores como Bermejo, Bilbao, Benedito, Chicharro, García y Ramos, Gomar, Guinea, Meifrén, Simonet, Villegas, etc.

Las brillantes fiestas que se han celebrado en la Coruña tuvieron digno remate con una gran retreta, en la que se puso de manifiesto una vez más el buen gusto de los coruñeses en todos los espectáculos públicos que organizan. La carroza que llevó á la retreta el Sporting-Club, de la que publicamos dos fotografías, confirma plenamente lo que decimos.



EL CONCURSO DE EMBARCACIONES AUTOMÓVILES ENTRE PARÍS Y MANTES. COMIENZO DE LA FIESTA EN NEUILLY

Fot. León Bouet



EL COMITÉ INTERNACIONAL DEL PARTIDO SOCIALISTA, ELEGIDO EN EL CONGRESO DE AMSTERDAM.
1. EL DELEGADO JAPONÉS KATAYAMA. 2. EL DELEGADO RUSO PLEKHANOFF. 3. EL DELEGADO DE LA INDIA DADAILHAY NOROIJE QUE HA PRONUNCIADO UN DISCURSO SENSACIONAL



CAPILLA DEL PALACIO IMPERIAL DE PETERHOFF DONDE HA SIDO BAUTIZADO EL DÍA 21 EL PRÍNCIPE ALEJO, HEREDERO DE LA CORONA DE RUSIA Fot Bouet



EL MONTE ULÍA EN SAN SEBASTIÁN. EL TRANVÍA SUBIENDO Á LA CIMA



GRUPO DE GENTE EN LA EXPLANADA Y PASEOS QUE CORONAN EL MONTE ULÍA Fot Resines



SIESTA EN LOS PINARES

Acudo á los pinares olorosos
huyendo los rigores estivales.
En nidos silenciosos,
—quietas, en paz, gozando su fortuna,—
duermen las tortolillas ideales,
como duermen los niños en su cuna.

Yo les quito el descanso;
me dicen entre arrullos sus congojas,
se corren en bandadas á un remanso,
alborotan la paz del arroyuelo,
y por entre los claros de las hojas
suben, como oraciones, hasta el cielo.

... ¡Cuánta pena me daba
viendo á las tortolillas ideales
huir de mí, que amores les llevaba!
¡Qué dolor al sentirlas
volar á las alturas celestiales,
verlas perderse... y no poder seguirlas!...

* * *

Aquí, mujer, te invoco.
En estos sitios de imponente calma
te llamo á voces, con llamar de loco.
¡Tórtola fuiste de sin par arrullo
que abandonaste el nido de mi alma
para perderte en aires del orgullo!...

Perdida en la maleza,
no volverás al nido que tenías...
¡Qué caro fué tu vuelo de riqueza!
¡Qué sueño más infame el que soñabas!
¡Ay de mí, que, por pobre, me vendías!
¡Ay de mi corazón, que lo engañabas!

* * *

Aquí en estos parajes,
donde nadie percibe mis anhelos,
escondo entre ramajes
mi desesperación, que no hay quien venza.
Aquí lloro mis celos,
y aquí tu villanía y mi vergüenza.

Suspiros de agua clara,
de agua fresca, riente y generosa,
menos fresca y riente que tu cara;
gustoso y blando viento
que, aun oliéndome á rosa,
es menos oloroso que tu aliento.

Tembladores arrullos
de tórtolas que buscan su descanso
entre rosales llenos de capullos;
peces que por huir de los calores
hacen entre las guijas del remanso
el palacio ideal de sus amores;

brillantes lejanías
cuyos sembrados el calor enerva;
dejad que mis hermosas fantasías
pregonen sus antojos
de contemplarla entre la fresca hierba,
mirándose en las niñas de mis ojos.

... Ven, mujer; de tus lujos soberanos
mis manos no osarán á los altares...
Ven, que el calor aflojará mis manos,
y á la hora de la siesta
tendremos, al pasar de los pinares,
la carne en paz y el corazón en fiesta.

Cristóbal de CASTRO

DIBUJO DE RAMOS ARTAL



CARRETERA EN LOS ALPES DEL DELFINADO



UNA SEÑORITA ALPINISTA

EL VERANEO EN LOS ALPES

Somos muchos, muchísimos los españoles que, en materia de excursiones por los Alpes, hemos de resignarnos á la platónica y triste contemplación de unas cuantas fotografías.

Hay muchos espíritus optimistas que, apenas suben dos veces á Navalperal ó á San Rafael, ó no bien llegan hasta Puente los Fierros y Busdongo, exclaman llenos de satisfacción:

—Ríase usted de Suiza donde están estos paisajes.

Pero usted, que ha leído su Malte-Brun ó su Eliseo Reclus, no se ríe de Suiza ni tiene tan buen conformar como el burgués precitado.

No, no, es indudable que no hay más que unos Alpes, y sería injustísimo restarles al Mont Blanc y á la Jungfrau su bien ganada y merecida reputación. Los americanos pueden, razonablemente, darse pisto con su Nevado de Sorata, á cuya cumbre, según las últimas noticias, no ha subido nadie; los



EL ABISMO DE MEIJÉ, «GLACIAR» PERPETUO EN LOS ALPES DEL FINESES

asiáticos con su Dawalaghiri; los canarios con su pico de Teide. Pero en Europa, con los Alpes franceses y con los Alpes suizos no hay quien se atreva á competir.

Con el noble designio de ponernos largos los dientes, nuestro corresponsal de París, Chusseau Flaviens, nos remite unas cuantas vistas alpinas, ante las cuales el infeliz madrileño que por su desdicha se ve precisado á atravesar un par de veces diarias las dos sucursales del desierto de Sahara que se llaman la plaza de Cánovas y la plaza de Castelar, no puede menos de sumirse en un éxtasis inenarrable y de ver su espíritu acosado por las más fantásticas visiones.

¡Los Alpes del Delfinado y de Saboya! ¡El valle de Chamounix! Nombres son éstos que suenan como angélicos coros en los oídos del pobre que está con la lengua fuera y las fauces áridas.

¿Cómo se representa usted los Alpes? ¡vamos á ver...! Yo me los figuro como un gigantesco sorbete de arroz, por cima del cual corren ferrocarriles funiculares y en cuya superficie la industria ha diseminado casitas, hoteles y fondas para solaz y mantenimiento de ingleses y yanquis.



GLACIAR DE LES BASSONS, CERCA DE CHAMOUNIX



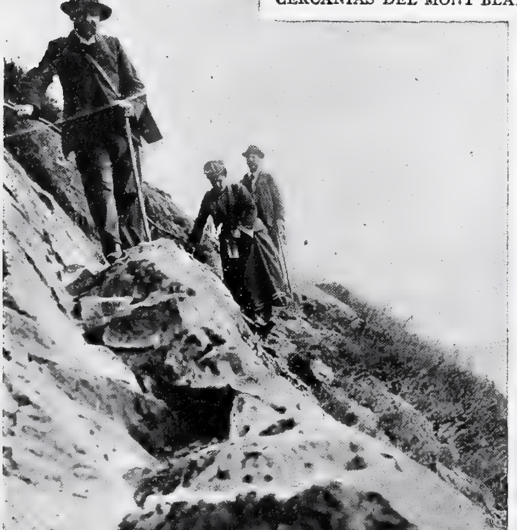
CERCANÍAS DEL MONT BLANC

La parte más rica y sabrosa del sorbete, la más perfumada y agradable, si hemos de creer á la ponderativa guía de Baedeker, es el hermoso valle de Chamounix, *descubierto* á principios del siglo pasado por dos ingleses, Pococke y Wyndham, á quienes todavía no han elevado ¡ingratos! una estatua los millares de compatriotas suyos que en todo el siglo XIX y en el XX siguen sus huellas.

El valle de Chamounix, al pie del Mont Blanc, cerca de los tres ó cuatro *Mares de hielo* más acreditados de Suiza, ofrece la interesante particularidad de que hallándose ocho ó nueve meses del año cercado por los hielos, se desarrolla en él durante la temporada de verano una vegetación espléndida. En lo hondo del valle se cultivan la patata, el trigo y el lino; en las laderas van apareciendo sucesivamente todas las especies vegetales de Europa. Por todas partes, hermosas praderas de intenso color verde sosiegan la vista irritada por la resplandeciente blancura de las montañas vecinas. El pueblo fué *in illo tempore*, como saben todos los antiguos abonados del Real, un pueblo de ópera romántica. Hoy el romanticismo se ha agotado enteramente y lo que hay en Chamounix es una legión de fondistas, posaderos, guías, etc., heroicamente decidida á sacar los cuartos al que caiga.

Pero por más que el romanticismo haya desaparecido, lo cual no deja de ser conveniente para la digestión, ¡ay, quién pudiera dejarse saquear á aquellas alturas!

DON RUPERTO



UN PASO PELIGROSO

FOTS. CHUSSEAU FLAVIENS



ESCENAS MADRILEÑAS. LAS NINFAS DEL PARTERRE, POR SANCHA





La noche es perfumada. La fiesta palatina
encanta los salones con su pompa triunfal;
la orquesta ritma el canto de dulce sonatina
que se desgrana en claros arpegios de cristal.

Modula una damita de grácil figulina,
gustando un epigrama, su risa musical,
y un poeta galante con devoción se inclina
de una bella al oido, tejiendo un madrigal.

Un susurro de risas y de crujir de sedas
llega al jardin en calma. Bajo las arboledas
por unos ojos lindos se cruzan dos espadas.

El parque está encantado a la luz de la luna,
la orquesta suena lejos, y entre las frondas una
fuente llora monótonas leyendas olvidadas.

Emilio Carrere.

EL CICERONE

HISTORIETA POR ROJAS



1 —¿Es usted el cicerone que conoce tan bien Barcelona?
—El mismo, para servirle.



2.—¿Qué es aquella fortaleza?
—Aquel es el famoso y agradable castillo de Montjuich.



3.—Mire, no nos entretengamos, que ahora tenemos que ver la *sélebre estasió* de *Fransa*.



4.—Siga, siga, y verá lo más hermoso de *Barselona:* el *magnifich* paseo de *en* Colón.



5.—Esto es Santa María del Mar; pero ahora vamos á ver algo mejor: la Lonja.



6.—No se detenga; ahora tenemos que recorrer la calle mejor y más larga: la Gran Vía.



7.—Ande, ande, que esto es lo más notable: el mercado que llamamos el Borne.

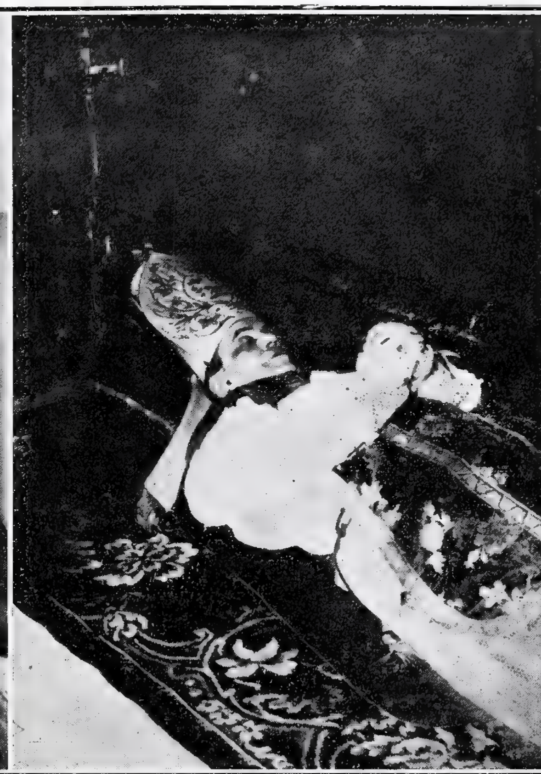


8 —Y esto ¡caray! esto... es la americana del inglés...

—¡SO TUMBÓN! ¡Á LA CÁRCEL
POR MEDINA VERA

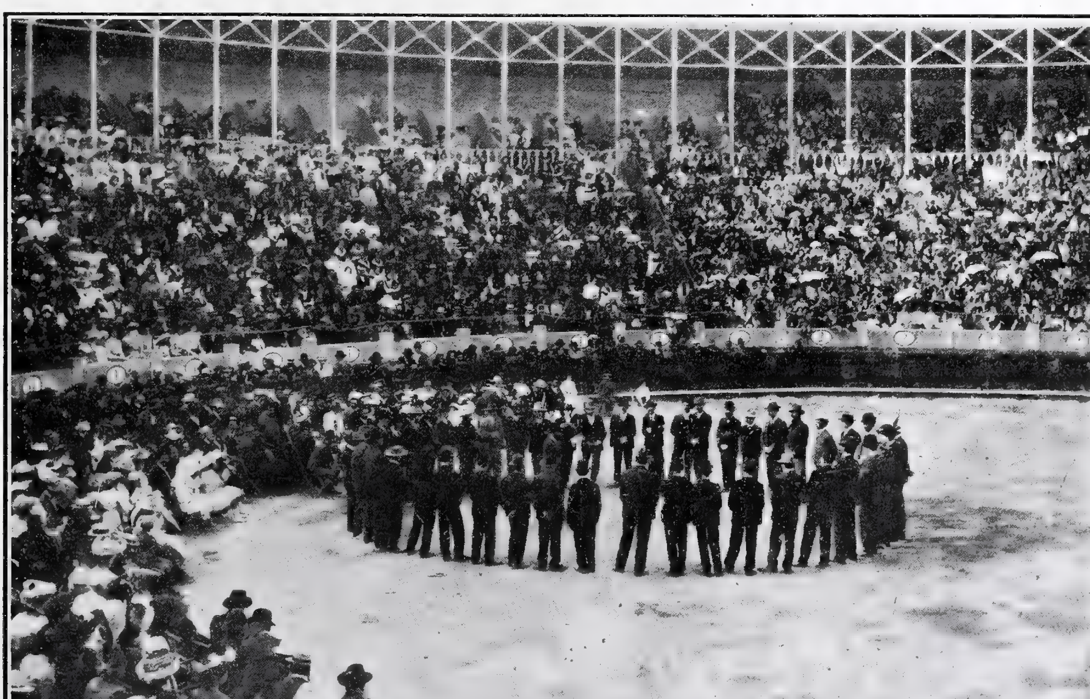






FRAY RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL, OBISPO DE OVIEDO
† EN SOMIÓ EL 16 DEL CORRIENTE

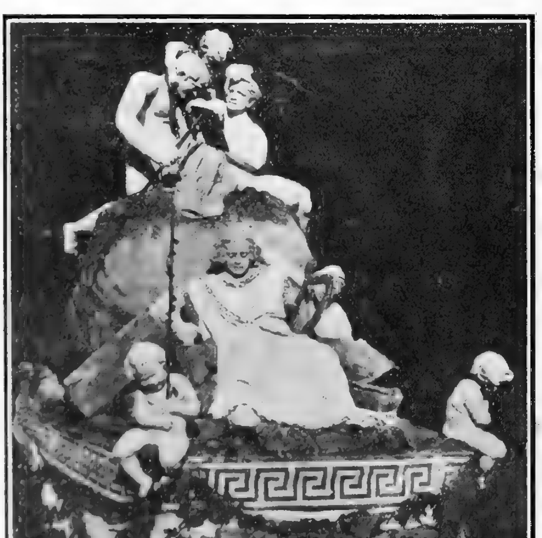
EL DIFUNTO OBISPO DE OVIEDO EN LA CAPILLA ARDIENTE
Fots. Calvet



EL CERTAMEN MUSICAL DE PONTEVEDRA. UNO DE LOS ORFEONES EJECUTANDO LA PIEZA IMPUESTA POR EL JURADO
Fot. Vaamonde



VISTA PARCIAL DE UNA DE LAS SALAS DE LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES, PINTURA, ESCULTURA Y ARTE DECORATIVO ORGANIZADA POR LOS SRES. AMARÉ HERMANOS, DE MADRID, Y EN LA CUAL FIGURAN OBRAS DE LOS ARTISTAS ESPAÑOLES MÁS RENOMBRADOS Fot. de la casa Lux



CARROZA DEL «SPORTING-CLUB», DE LA CORUÑA. FRENTE DE LA CARROZA



UNO DE LOS COSTADOS DE LA ARTÍSTICA CARROZA DEL «SPORTING-CLUB» Fot. Barral



El honor á distancia

La historia de los grandes hombres hecha por sus contemporáneos, debiera de ser la más verídica y cierta por la autenticidad de sus datos, y es, no obstante, la más incierta y falseada, precisamente por su afán y lujo de averiguación y de pormenores.

Es la crónica al menudeo, el libro de memorias de lo insignificante, el diario de ingresos y gastos menores, y no puede hacerse por él balance general, ni medir la totalidad de una figura. La vista cercana no abarca tanto. Ve bien los defectos ó las bellezas parciales de la escultura, la aspereza ó tosquedad del mármol, sus protuberancias ó sus resquebrajaduras, pero no juzga de la grandeza de la obra en perspectiva.

Y es que la crítica de los vivos se complace en desmenuzar á los hombres y romper las estatuas: por eso ve sólo fragmentos de estatuas y pedazos de hombres. A la posteridad corresponde la faena de ponerlos en el punto de perspectiva purificadora y de operar la decantación de las vidas, apartando los posos y sedimentos impuros.

El honor personal, la conducta privada, que se computan y valoran á alto precio en lo momentáneo, no pasan al libro mayor de la historia, y si pasan algunas veces, por minuciosidad curiosa, no se suman ni se descuentan en el haber de los muertos famosos.

Apartad los paños mortuorios que cubren las tumbas viejas, penetrad á través de las capas de sombra que los siglos acumularon sobre ellas, y escudriñad allá en su fondo la existencia de aquel polvo cuando fué carne, la opinión que tuvieron sus contemporáneos del hombre antes que fuera semi-dios inmortal consagrado en los altares de la historia.

Aquel estadista sin par que engrandeció á su patria y benefició á su país, que abrió para ellos los caminos del esplendor y las fuentes de la prosperidad, fué un avariento prevaricador, un agiotista que traficó con la fortuna pública, labrando así la suya propia.

Tratárase de un ladronzuelo vulgar, y los alcaldes de Casa y Corte dieran pronto con él en la cárcel y luego en la horca: tratábase de quien hizo dos bienes, el propio y el común, y la rapiña quedó absuelta y disfrutada largos años y en santa paz por sus descendientes, que viven envanecidos en la histórica casa que, cimentada con amasijos sucios por abajo, recibe por arriba la sombra veneranda del escudo del fundador.

La sociedad de su tiempo quizá guardaba el bolsillo cuando le veía cerca, y la opinión borraba con tachones de deshonra el nombre del estadista.

Aquel caudillo invencible, dechado de valientes caballeros, ganó para su patria remotos mares y anchas tierras, trofeos y estandartes, glorias y provechos. Y mientras el héroe vencía en los campos de batalla, llevándose de corrido á moros y cristianos, su bella esposa festejaba los triunfos con sus amantes en el secreto del camarín tapizado con las banderas enemigas.

Y cuando tornaba vencedor y se encontraba engañado, recibía sin repugnancia el beso frío de la esposa infiel y la risa misericordiosa de los amantes. Y la espada sanguinaria que no sufría un ultraje sin cortar una lengua, pendía enfundada y paciente junto á la cabecera del ultrajado lecho conyugal.

La sociedad contemporánea se burlaba del gran caudillo, regocijándose más con sus desdichas que con sus victorias, y la opinión obscurecía con tachones de deshonra la fama del héroe.

Aquel poeta excelso fué el encanto de la muchedumbre sincera que mira buenamente á la obra sin saber de su autor. Llorando ó riendo, las gentes sujetas á la admiración le rendían su espíritu como el siervo se rinde al señor. Los enamorados se valían de sus versos como de un conjuro para vencer á sus amadas, y las amantes soñaban con oir á sus amados frases tan dulces como aquéllas, pensando cuán imposible sería resistir á la tentación de su cadencia.

Y aquel ser poético, aquel cantor sublime de la música del pensamiento, vivía truhanescamente más de los amoríos ajenos que en los amores propios.

Tercero de aventuras de los grandes señores que le amparaban, escribía epístolas para seducir hermosuras por cuenta de otros. Y para él quedaba únicamente el vicio peor de los vicios: el vicio pobre y nauseabundo. Sumiso, despreciado y obscurecido en los rincones de los palacios ó en compañía de los servidores de la corte, comía con hambre las sobras de las altas bacanales.

La sociedad contemporánea le consideraba como á un juglar para entretenimiento de los ocios, y la opinión selecta borraba con tachones de deshonor el nombre del poeta.

Aquel artista fué la gloria de su país, el maestro de su generación.

Los reyes lo tenían á su servicio para pintar sus alcázares. Los magnates soberbios padecían largas horas de esclavitud inmóviles ante el caballete, para legar después sus retratos á los sucesores. Obispos y comunidades religiosas pedían á su pincel cuadros para iglesias y conventos. Nadie sabía como

él representar con caracteres altivos ó con unción mística la majestad, la grandeza, la divinidad: el poder de la tierra y el poder del cielo.

Y era á veces un bandido, un estafador, un tramposo, un borracho.

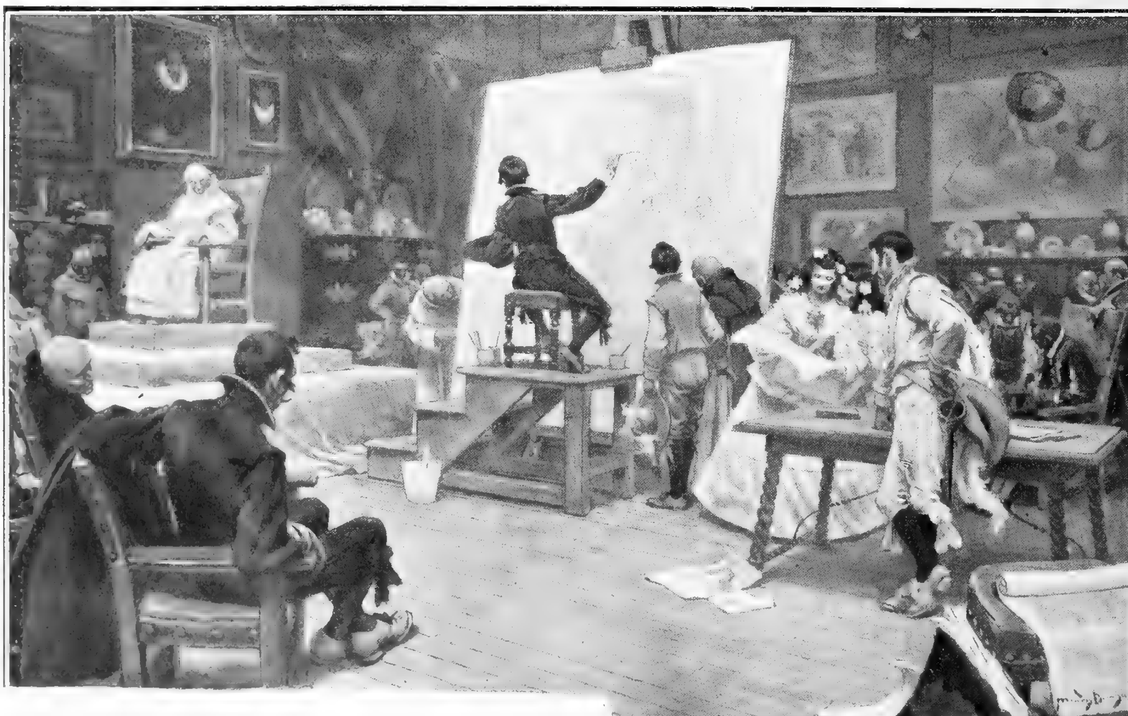
Y la sociedad contemporánea que lo sabía, restaba de sus méritos tales deméritos; y la gente que se acercaba con arrobamiento á sus obras, huía con miedo ó con asco del hombre.

Aquel orador fué el ídolo de su patria, el rayo de las revoluciones, el espanto de los déspotas, el mejor general de los ejércitos. Encendiendo con sus arengas inflamadoras el valor de los soldados, su voz valía más que el tronar de cien cañones. Conmovía y agitaba á su antojo á las turbas. El las levantaba en tormenta rugidora, como el soplo del huracán encrespa los mares, y él las sosegaba de improviso, como la presencia del águila hace callar el alborotado vocerío de los pájaros en el bosque. Derribó instituciones, cambió leyes, refrenó anarquías. Lo era todo, lo podía todo en su pueblo sometido, absorto y hechizado ante la magia de la elocuencia.

Pero solía venderla al mejor postor y al provecho de las circunstancias. Su elocuencia no era vocación de artista, sino oficio de especulador con la palabra por instrumento. No sentía la elocuencia como un apóstol; la profesaba como un abogado de buenas y malas causas, que así defiende al criminal abominable como al inocente perseguido.

Y la sociedad contemporánea, que no hallaba al varón bueno que ha de vivir detrás del orador para su prestigio y garantía, le admiraba sin estimarle y le seguía sin quererle.

Murieron aquellos gigantes. Murieron los coetáneos, los que conocían las intimidades, los que miraban de cerca, los que veían claramente la mancha negra, la resquebrajadura tosca. Vino la nueva generación. Fueron borrándose los rastros fangosos, apagándose las murmuraciones, perdiéndose las menudencias y disolviéndose las historietas en la historia; que la historia es como monstruo de fauces estrechas: se traga lo pequeño y nos devuelve lo grande. Remota, cada vez más remota, se achica



aquella sociedad innominada, muerta y convertida en polvo de sepulcro.

Y entretanto van creciendo las altas figuras, lavadas por el curso del tiempo, de igual modo que el agua corriente suaviza y pule la piedra.

¿Quién se acuerda ya de los agios y prevaricaciones del gran estadista, ni del pasajero daño que hizo enriqueciéndose, junto á la prosperidad y riqueza que derramó sobre su país?

¿Quién se acuerda ya de las desventuras conyugales del héroe traicionado, ni qué son las burletas de aquellos cortesanos maldicientes, junto á las bendiciones con que la posteridad conmemora tantos triunfos y conquistas?

¿Quién se acuerda ya de los vicios y bajas truhanerías del poeta, ni de los magnates orgullosos que le despreciaban, hoy enterrados en perpetuo olvido, mientras los versos y el nombre glorificado del vate perduran y resuenan vivos de generación en generación?

¿Quién se acuerda ya de las trampas, miserias y ruindades del artista junto á sus cuadros portentosos, ni quién de la inconstancia, flaquezas y traiciones del orador, leyendo hoy las maravillas de sus discursos?

¿Quién pregunta cómo fueron, sabiendo lo que dejaron? ¿Qué importa hoy su honor personal? Eso es útil para los que con días contados viven para la casa, para el amigo, para el vecino; inútil para los que han de sobrevivirse en una posteridad desconocida. Cuando el hombre, por su grandeza, se convierte en estatua, no pueden roer ni vivir en ella los gusanos que vivieron en la carne mortal.

La tierra de la sepultura es un filtro; al lado de acá, en el mundo, quedan las impurezas del hombre; al lado de allá, á la posteridad, pasa sólo el espíritu purificado.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

MARIMORENA

La Eusebia puso en el suelo á su nieto—un cabezota patirraco y enclenque, que se tambaleó como un tentetieso sobre sus piernecillas de alambre;—en seguida, ciega de cólera, crispó los puños amenazadores y se encaró con la portera del 18.

—¿Qué es lo que usted ha dicho...?

—La verdad.

—¿La verdad...? ¡Pues toma verdad!

Y antes de que el grupo de vecinas pudiese evitar el choque, la Eusebia cayó sobre la portera, que la esperaba prevenida como un gato en acecho.

Las dos combatientes, asidas del pelo y alumbradas por la tibia luz del sol en su ocaso, parecían dos furias dantescas, vomitando injurias y excitadas por las comadres.

Los balcones se abrían de golpe; jaleaban alegres los chicos á las dos valientes; por las puertas asomaban vecinos, avisados por el estrépito; los hombres, complacientes y pasivos, sonreían ante el bullicioso espectáculo... y en un momento la calle de uno á otro extremo quedó convertida en extenso patio de un manicomio. Entretanto, el nietecillo desmirriado contemplaba con ojos de inconsciencia estúpida la bronca más fenomenal que se recuerda en el barrio de las Vistillas.



—Puz tié razón la Uzebia,—dijo una flamencota andaluza, con descompuesto manoteo, á otra vecina de espectáculo.

—¿Razón...? ¿Pero usted tiene ojos?

—Y mejorez que uzté; ¡á la vizta eztán!

—Los tendrá usted turbios, como la lengua... ¡Qué asco!

Y nueva cachetina hizo subir de punto el clamoreo de las mujeres y el alborozo de los chicos. Todo el mundo gritaba allí. El marido de la andaluza, al ver que su cónyuge llevaba la peor parte, trató de separarlas; pero Toribio—un carbonero más inflamable que su mercancía—le agarró entonces por el pescuezo y los dos hombres se enredaron brutalmente á puñetazos. Las gentes corrieron asustadas; cerráronse con apresuramiento muchas tiendas, y cuando las voces de «¡auxilio!» llevaban el pánico á toda la extensa barriada, dos guardias del Orden aparecieron por una bocacalle, sable en mano.

—¡Guardias! ¡Guardias!

—¡Alto!—gritaban éstos, sin determinarse á penetrar en el revuelto Campo de Agramante.

—¡Socorro!

—¡Dale firme!

—¡Alto! ¡alto!—continuaban gritando desde lejos los aturdidos guardias, hasta que uno de ellos, atusándose decidido los mostachos, entró en el corro con formidables arrestos.

El otro corrió tras su compañero y lograron al fin pacificar entre ambos á los contendientes. Ya era hora: la Eusebia tenía la cara como un primoroso dibujo topográfico, y sus blancos, venerables cabellos parecían enmarañados hilos de una red; la portera del 18 había salido de la lucha con el ojo izquierdo cárdeno y prominente como una berenjena; la andaluza padeció una morrocotuda azotaina en salva sea la parte, que había quedado al descubierto, según gravemente afirmaban varios testigos presenciales.

Cuando la pareja vió que la calma comenzaba á aquietar los ánimos, trató de inquirir las causas.

—¿Qué ha ocurridu? ¿Quién ha sido el autor?

—Pues yo se lo contaré á ustedes—dijo el carbonero, limpiándose la tinta que materialmente sudaba después del ajetreo.

—Eze lez contará á uztedez lo que quiera—interrumpió la andaluza;—pero la verdad ez que la zeñá Uzebia...

—¡A callar todu Cristu! Vamus á la Delegación, y allí se aclarará estu...

—¡Ya lo creo que se aclarará! —exclamó la vieja cargando otra vez con su nieto canijo.—Prontito. ¿Creen ustedes que yo no sé hablar delante del delegado...? Y delante de Alfonso XIII hablo yo. Vamos... pero ésta también, ¿eh?

—Todu el mundu... ¡andandu!

Y en manifestación pintoresca y ruidosa, seguidos por el vecindario, emprendieron el desfile entre los agentes del Orden, que rompían la marcha, orgullosos y dignos como dos héroes de leyenda.

Al anochecer, cuando la Eusebia se lavaba los arañazos en su cuchitril, y el nietecillo, como un sapo inquieto, se revolcaba sobre las mugrientas baldosas, llegó el padre. Con insólito y visible disgusto se sentó en una silla, junto al fogón, y preguntó á la vieja, que se alisaba con los dedos las blancas greñas destrenzadas:

—¿Qué ha ocurrido, madre...?

Ella se encogió de hombros, esquivando la respuesta, y dirigió por la ventana del chiscón una mirada llena de encendidos rencores.

—Ya sé que ha habido bronca, y que fué usted quien la armó... Pero ¿por qué ha sido? ¿Qué es lo que dijo esa grandísima...?

Entonces á la Eusebia se le llenaron los ojos de lágrimas; extendió los brazos hacia el patirraco nietezuelo, que apenas se sostenía sobre sus patitas torcidas, y agarrando amorosamente aquella cabeza de monstruo, sombreada por dos orejas enormes y extendidas como las alas del murciélago, exclamó con extremada ternura:

—¡Miá que haber dicho que este ángel tié raquitis... y paece un sol!

Luis GONZALEZ GIL

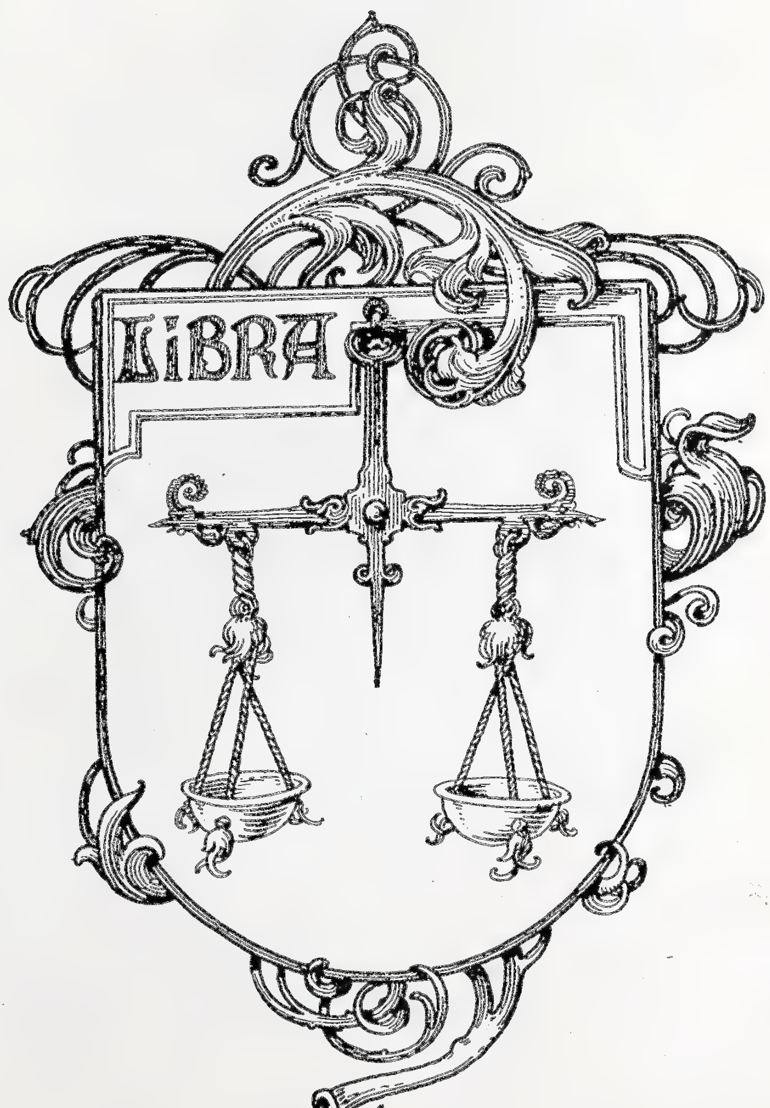


EL FIGURÍN DEL DÍA

TRAJE PARA MATINEE. Modelo de la casa Panem, de París.
Es de muselina azul celeste con lunares más obscuros, y gran volante azul bordado en plata.
Frunces de encaje de Malinas.

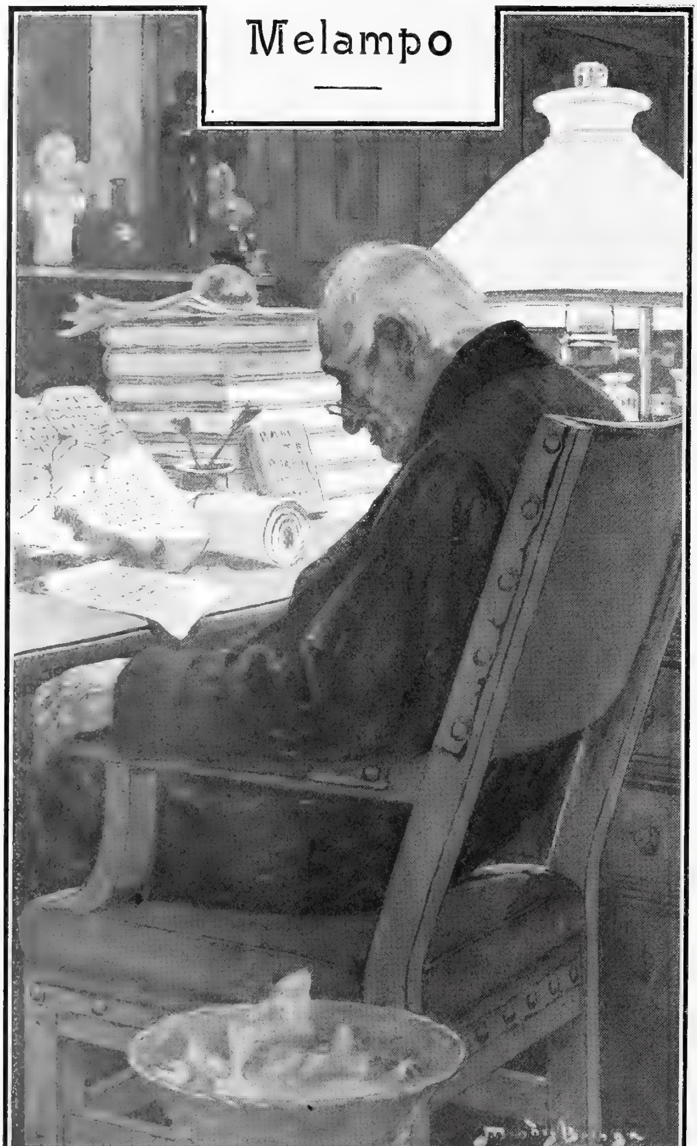
FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 3 Septiembre 1904. N.º 696

Melampo



Aquella noche el sabio se quedó profundamente dormido interpretando un nuevo fragmento del poema de Xenóphanes de Colofón.

Era un texto que se había hallado entre las ruinas de una casucha olvidada no lejos de Egina. Encontráronse, cavando en los cimientos de la casa, dos fragmentos de estatuas de Isis, modelados en mármol negro, de carácter marcadamente arcaico, algunas monedas bastante raras con galeas en el anverso, y en el reverso toros alados, y un gran pedazo de mármol donde en letras rehundidas algún filósofo ó simplemente algún aficionado rico había hecho grabar los trozos que le eran favoritos del poema cosmogónico-metafísico de Xenóphanes.

Entre aquellos fragmentos había dos absolutamente nuevos, del más alto interés, porque revelaban profundas diferencias entre el pensar de Xenóphanes y el de Parménides de Elea y resolvían una porción de cuestiones que apenas había dejado indicadas el maestro Ritter en sus estudios acerca de la escuela eleática.

Como quiera que fuese, los versos de Xenóphanes resultaban bastante enrevesados y laberínticos para que no fuese necesaria, á más de una traducción *ad pedem litteræ*, una interpretación filológica que pudiera servir de base para la explicación ó exégesis filosófica.

El sabio era ya bastante viejo. Nacido para el estudio, podía decirse que setenta inviernos le habían visto inclinado sobre los infolios, traduciendo, comentando, poniendo escolios, apostillas, siempre con ardor juvenil, como si fuese un eterno estudiante, como si hallase en los manuscritos, en las inscripciones, la fuerza para seguir viviendo. ¡Oh! pensaba en sus solitarias noches: la lucha era larga, corto el tiempo, cada día iban apareciendo pedacitos inconexos y al parecer insignificantes de aquella espléndida vestidura de la antigüedad. Improba labor era recogerlos, limpiarlos, zurcirlos unos con otros. Poquísimo representaba la labor por él realizada en tantos, tantos años: era, pues, necesario no dormirse, no cejar un punto en el afán de reconstruir el preciado tesoro.

Por eso el sabio se pasaba las noches de claro en claro, habiendo conservado, gracias á la Providencia (á esa Providencia que es tan fiel amiga de los arqueólogos y les hace vivir hasta ochenta, hasta cien años), la claridad y agudeza de la visión. Por eso también al anochecer cenaba y mandaba acostarse á su vieja sirviente y se quedaba solo en su despacho, que daba al jardín, sin más compañía que el ronrrón del gato junto á la chimenea, los saltos y picotazos que de vez en cuando daba en su jaula el negro mirlo, y el manso ruido que hacían bajo la espesa cortina de enredaderas que tapizaba todo el muro de la casita y formaba cerco á la ventana, tantos y tantos animaluchos como debían vivir entre el follaje polvoriento y anciano.

Aquella noche, no obstante, el sabio, por primera vez en su vida, se quedó dormido. Guiado su pensamiento por unas palabras del texto referentes á la ingratitud y soberbia de los hombres, se había ido apartando poco á poco de la letra, y lo que comenzó por versión literal de los conceptos, trocábase á ojos vistas en interpretación libre. «Los hombres—venía á decir el filósofo y poeta griego—son ingratos y soberbios consigo mismo, porque no toman ejemplo de los animales; ved—añadía—el buey de astada y vellosa frente que arrastra el corvo arado, cómo no desprecia al buey viejo, de cola pelada y flácida, que ya sólo sirve para el matadero. Si pudiéramos penetrar en el pensamiento *(gnosis)* de los animales, veríamos qué igualdad tan perfecta es la que para ellos existe entre todos los pertenecientes á una especie *(genos.)* Tal es, al menos, la creencia general entre los verdaderos filósofos...» Al llegar aquí, el texto del poema aparecía muy borroso y el sabio solamente veía clara una palabra, si bien era cierto que la palabra tenía para él una significación luminosa y peregrina: era el nombre de MELAMPOS, el famoso médico y mago, hijo de Amitheon y de Idomene.

¿Por qué aparecía precisamente en la parte más

interesante y difícil del fragmento el nombre de Melampo? ¿Por qué lo habría puesto allí Xenóphanes? Tales pensamientos revolvía en su meollo el sabio ochentón, cuando halagado por la tibieza del ambiente y cansado de la fatigosa labor de todo un día dejó caer la venerable cabeza sobre el abierto ejemplar del Diccionario de Suidas que tenía en su bufete.

Razón tenía para dormirse. El día había sido de los más calurosos de Agosto. La noche había comenzado sin que el bochorno cediese. En torno de la casita del sabio, que estaba en las afueras del pueblo, se extendía, como un concierto en el silencio de la noche, el canto de las ranas, de los grillos, topos y de los sapos. El sabio había abierto la ventana. Al hacerlo, recordó lo que tantas veces le advirtiera su anciana sirviente:—No abra el señor la ventana sin precaución; mire que hay muchos bicharracos venenosos entre las enredaderas.

—¡Bah! aprensiones de esa vieja ignorante—pensó el sabio.—¿Quién es capaz de librarse de tantos bichos venenosos como hay en el mundo? —Y sin pensar se acordó de cierto doctorcillo pedante que le había pegado un palo en los *Anales de Filología clásica de las Universidades rhenanas*, sosteniendo que su traducción de *Cuatro nuevas fábulas milesias descubiertas en un papiro de Anfípolis* era una versión incompletísima y errónea en muchos puntos...

Durmióse, pues, el sabio. La lámpara reflejaba en su calva erudita. De pronto, sin que él lo sintiera, sucedió lo que la vieja ignorante había previsto. Una sierpe chiquita se deslizó desde las enredaderas al alféizar de la ventana, y desde allí á la mesa del sabio. Trepó sobre el Diccionario de Suidas rozó la bata del durmiente, y sacando la lengua bífida se la introdujo por largo rato en el oído izquierdo, haciendo exactamente lo mismo que en los tiempos mitológicos hizo otra sierpe con el célebre Melampo, hijo de Amitheon y de Idomene. Luego, sigilosa, volvió á deslizarse á su agujero.



Un leve airecillo fresco se levantó antes de amanecer. Despertó el sabio con algo de escalofrío. Las ranas y los sapos y los grillos habían callado, pero comenzaban á cantar las aves.

Al oir sus cantos, inmensa alegría inundó su pecho de octogenario. ¡Oh maravilla, oh prodigioso y nunca visto caso! ¡Entendía el cantar de las aves! ¡Oh inefable y nunca oída poesía la de la alondra matinal, qué suavísimos conceptos encierras!

Saltaba y bailaba de gozo el anciano. Salió al jardín, abrió la puertecilla, corrió al campo. Al paso tardo de los bueyes venía una carreta cargada de mies. Mugían entre sí los bueyes. ¡También los entendía el sabio! Y fuera de sí, loco de alegría, saludó al carretero, hablándole en griego:—*Jairé: Eimi Melampos:* buenos días; alégrate, que soy Melampo.—El carretero meneó la cabeza; era opinión general entre los carreteros que el sabio aquél era un tonto

Pero nada, nada; el sabio entendía á las aves, á los bueyes. á los asnos; se persuadía de la bondad de sus almas, de la pureza de sus sentimientos, de la claridad de sus inteligencias, y el habla humana le sonaba á rebuznos, y los conceptos que recordaba, hasta los de su adorado Platón, le parecían mugidos. Y tanto fué así, que desde entonces el sabio no volvió á consultar un libro ni á escribir una línea. Y así vivió otros diez años dedicado exclusivamente á interpretar los pensamientos y sensaciones de los animales. Y fué tan feliz, que no creyó á los hombres merecedores de saber tal ciencia, y se llevó su secreto al otro mundo.

LEMA: APOLONIO DE TIANA

(NÚMERO 22 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



EL TRASATLANTICO

Cortando las aguas—con rápido empuje,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar.
La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven,
y arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.

La mar está llena—de vivos reflejos.
Sembrada parece—de puntos brillantes.
La luz de la luna,—serena, magnífica,
la esmalta con tonos—de nácar y azul.
La brisa, que pasa—rozando las ondas,
mil chispas en ellas—enciende y apaga,
y el buque grandioso,—cuajado de luces,
desprende á su paso—regueros de luz.

El buque navega—cuajado de luces.
Las lleva en sus palos,—cual ojos atentos;
las deja que partan—por cien claraboyas,
sus negros costados—con blanco fulgor.
El humo que lanzan —sus dos chimeneas
se queda un momento—prendido del aire;
se esponja, se rompe,—se va disipando...
y en tanto la nave—se aleja veloz.

¡Qué hermosa es la nave!—¡Qué rápida sigue,
cual rápida flecha,—su largo camino!
¡Vestida con rayos—de luz de la luna,
retando á los vientos,—señora del mar!
Sus hélices giran—con vértigo loco,
prestándola impulsos—de rayo que corre...
y allá va la nave,—que dijo el pöeta.
¡Allá va la nave!—¿Quién sabe do va?

¿Do va? Desde Europa,—cortando las aguas,
á América vuelve.—De un mundo ya viejo
y un mundo muy joven,—risueño, pletórico
de múltiples fuerzas,—es lazo de unión.
De dos continentes—concierta la vida.
Por ella se cambian—sus bienes preciados.
¡Por ella sus hijos—se juntan y entienden!
¡Es obra del hombre,—dictada por Dios!

El buque navega—cuajado de luces.
La cámara alegre,—con risas vibrantes
y voces de fiesta—y al son de la música,
entona sus himnos—de amor y placer.
Y allá por la triste—cubierta de pröa,
los pobres que sufren,—los parias que emigran
llorando nostalgias—del suelo nativo,
sus patrias canciones—entonan también.

.....................................

La noche es tranquila.—Los soplos del aire
las trémulas ondas—apenas conmueven.
Arriba, en los cielos,—redonda, muy alta,
la luna difunde—su azul claridad.
¡Y en tanto, partiendo—las aguas dormidas,
dejando en las aguas—blanquísima estela,
el negro y enorme—vapor trasatlántico
su ruta prosigue,—señor de la mar...!

C. FERNANDEZ-SHAW

DIBUJO DE MARTÍNEZ ABADES

MARITORNES,
POR F. ALBERTI





POR LAS CALLES DE NÁPOLES

NÁPOLES es la mejor ciudad andaluza colocada en Italia. A ella acuden los turistas extranjeros cuando no han estado en España, ó los españoles cuando quieren ver á Sevilla, Málaga y Cádiz reunidas en una sola pieza.

No es cosa de repetir aquí lo muchísimo y buenísimo que se ha escrito respecto de Nápoles y de sus alrededores, ni de contar las bellezas de Capri y de Portici, ni de hablar del Vesubio, de Pompeya y Herculano, de Posilipo, de la Gruta del Perro de Pozzuoli y de las termas de San Germano. Extasíense cuanto gusten ante todas esas bellezas los ingleses y los yanquis, convenientemente informados por el plácido y oficioso Baedeker. Dejémosles entusiasmarse ante aquello que todo el mundo conoce, y miremos no á lo muerto, sino á lo que vive.



UN LAVADERO

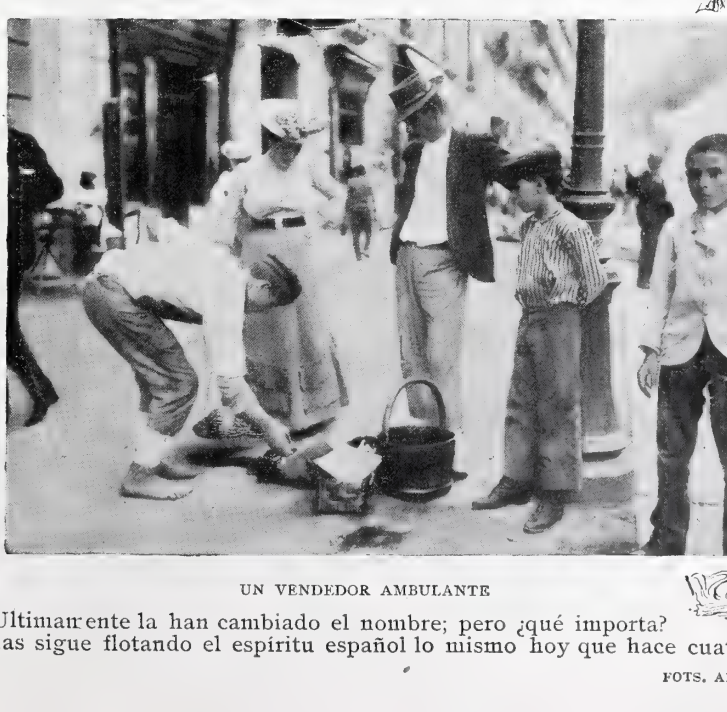
El espectáculo que en todo tiempo ofrecen las calles, plazas y muelles de Nápoles sí que es un espectáculo único y originalísimo, harto más interesante para el observador que todas las grandezas del pasado. La serenidad y templanza del ambiente permiten á los napolitanos en casi todas las estaciones vivir en la calle, realizar sus compras y tener sus diversiones cotidianas al aire libre. Parece que el espíritu igualitario propio de los españoles ha quedado en las costumbres napolitanas, dando una gran alegría y libertad de espíritu á hombres y mujeres de



VENDEDORA DE PERIÓDICOS

todas las clases sociales. Los observadores de á perro chico, los que alucinados por las pomposas mentiras de algunos poetas y novelistas franceses han creado una falsa y estúpida leyenda relativa á la tiesura española y á la supuesta altivez aristocrática de los antiguos señores castellanos y aragoneses, no comprenderán cómo en la ciudad donde reinó el magnánimo Alfonso V, donde ostentaron su poderío los virreyes, donde tuvo su corte Osuna el Grande, haya tal facilidad y sencillez de costumbres, tal llaneza y comunicabilidad entre los señores y la gente del pueblo, porque desconocen la esencia del trato español y no saben que aquí un Osuna jamas despreció ni trató mal al pobre *lazzaroni* que tenía la calle por casa y el pórtico de una iglesia por lecho, ni tampoco se desdeñó de alternar con la humilde verdulera ó con el roto pescador, si el caso llegaba.

Ved esas calles napolitanas por donde circulan muchedumbres de vendedores ambulantes, de alegres desocupados de hampones que del aire viven, y no tendréis que hacer un gran esfuerzo para imaginaros en la época más floreciente del Arenal de Sevilla, del potro de Córdoba ó de las Tendillas y el Zocodover de Toledo,



UN VENDEDOR AMBULANTE

Hasta hace poco, de Toledo se llamaba la calle más hermosa de Nápoles, no aludiendo á la ciudad española, sino al ilustre apellido de la casa de Alba. Ultimamente la han cambiado el nombre; pero ¿qué importa? En las calles napolitanas sigue flotando el espíritu español lo mismo hoy que hace cuatro siglos.

FOTS. ABENIACAR

ESPERANDO LA LIMOSNA,
POR ADOLFO LOZANO



Crónica Gráfica

En Asturias se ha inaugurado una sección del ferrocarril vasco-asturiano que ha de unir aquella hermosa región con las no menos hermosas de Santander y Vizcaya. La nueva línea recorre paisajes deliciosos, siendo uno de ellos el de la vega del Nalón, todo él poesía y encantos de la pródiga Naturaleza. Dígalo la fotografía que publicamos, y en la cual puede verse uno de los puentes de la nueva línea.

Con motivo de viajar por Asturias el reputado médico y publicista doctor Muñoz, secretario de la Junta del Patronato de médicos particulares, sus compañeros de aquella provincia le han obsequiado con un banquete, que se celebró en el llamado Campo del Palacio, en Muros de Pravia. A la fiesta concurrieron el exministro liberal señor marqués de Teverga y el director del *Heraldo de Madrid*, Sr. Francos Rodríguez. El acto sirvió para estrechar más los lazos que unen al Cuerpo médico de España.

Cádiz ha tenido el buen acuerdo de incluir en el programa de sus fiestas de verano una Exposición de Bellas artes, de la que puede enorgullecerse la bella capital andaluza. El Ayuntamiento de la ciudad ha prestado á la realización de la idea su apoyo moral y material, y el éxito más satisfactorio ha coronado la obra de los buenos amantes del arte que hay en Cádiz. A las muchas y valiosísimas obras antiguas que ha prestado su rico Museo, hay que agregar los trabajos de los notables artistas que, por ser hijos de Cádiz, honran á la provincia y á la Exposición.

Alcalá de Henares ha celebrado este año su feria y sus fiestas con extraordinaria animación. La nota más saliente y de más positivo interés ha sido que en su feria de ganados se han hecho muchas é importantes transacciones comerciales.

El Rey de Grecia, partidario de la vida de París, como lo son muchos soberanos, á quienes de vez en cuando les gusta descender de su trono y buscar emociones fuera de su corte, ha visitado la gran capital, y en ella se ha mostrado como un simple burgués, según puede verse en la fotografía que publicamos.

En los Juegos florales verificados el mes pasado en Almería, ha sido reina de la fiesta la bella señorita doña Dolores Requena Pérez, cuyo retrato honra hoy las columnas de Blanco y Negro.

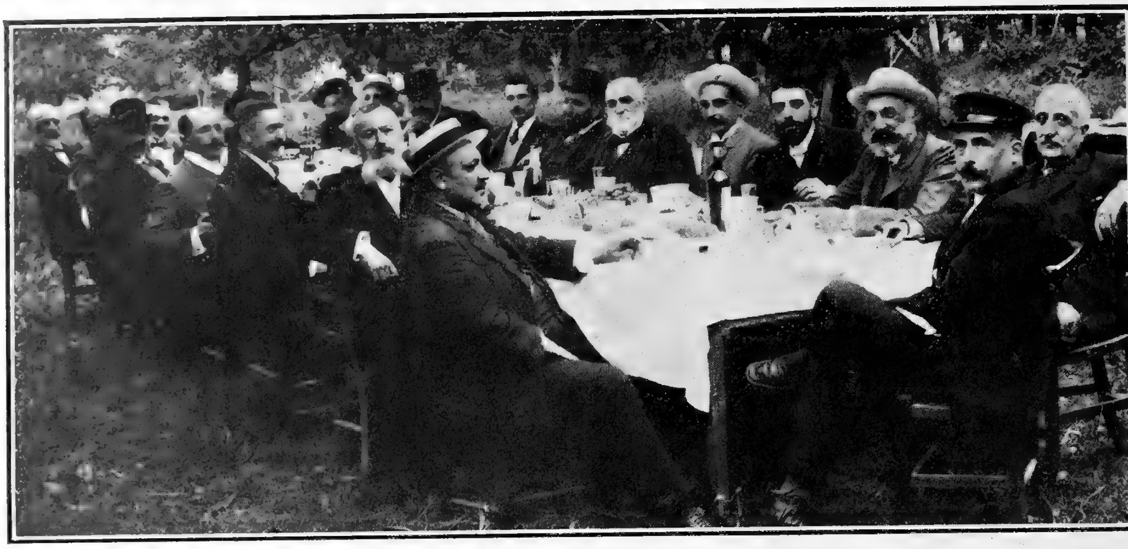
José Velilla, el inspirado poeta sevillano, el aplaudido autor de *La expulsión de los moriscos*, de *A espaldas de la ley* y otras producciones dramáticas, ha fallecido el 23 del pasado Agosto en la capital andaluza, donde ha pasado los últimos años de su vida. Las letras patrias le lloran con legítimo dolor. Blanco y Negro, cuyas columnas honró diferentes veces con los frutos de su galana pluma, envía un sincero pésame á la viuda de Velilla, y se asocia de todo corazón al duelo que siente hoy la poesía española.

El Gran Casino de San Sebastián ha organizado una fiesta infantil verdaderamente espléndida. Ha habido en la batalla de flores pequeñas carrozas adornadas con mucho gusto, y ha habido, sobre todo, profusión de regalos, que han hecho la felicidad de la concurrencia, gracias á la esplendidez del Gran Casino.



LAS CALDAS.—PUENTE DEL FORNO, DEL NUEVO FERROCARRIL VASCO-ASTURIANO, EN LA PROVINCIA DE OVIEDO

Fot. F. Martín



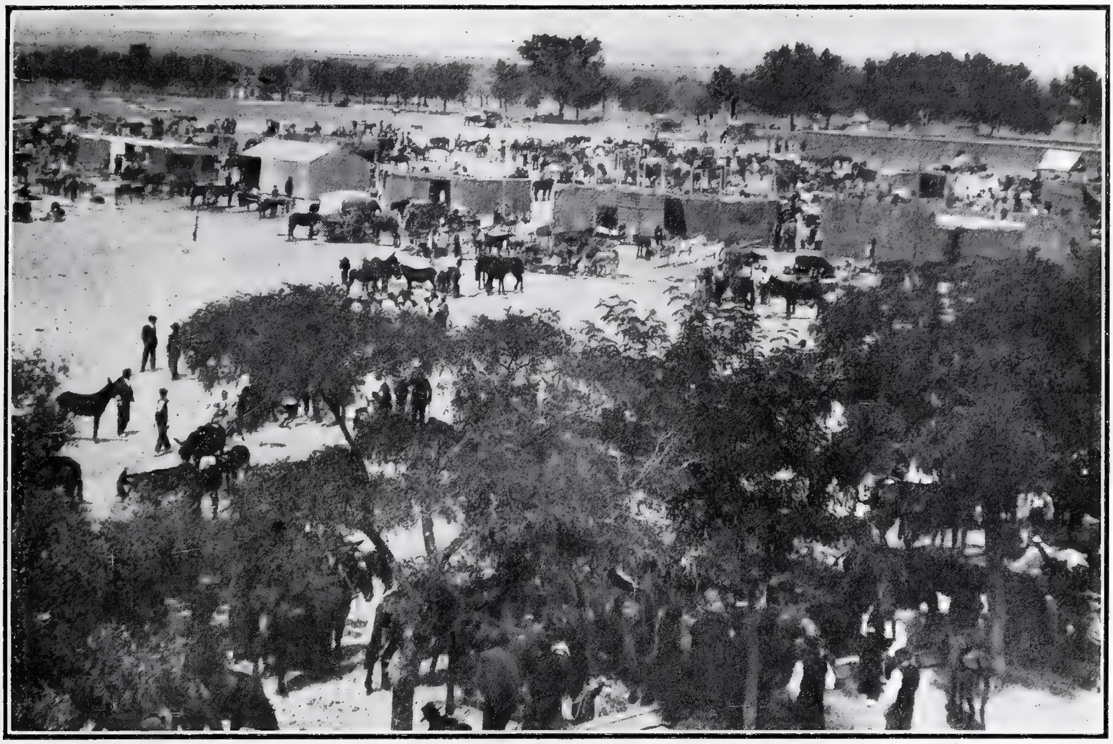
BANQUETE OFRECIDO POR LOS MÉDICOS DE ASTURIAS AL DOCTOR MUÑOZ, Fot. F. Martín
SECRETARIO DE LA JUNTA DEL PATRONATO DE MÉDICOS PARTICULARES, EN EL CAMPO DEL PALACIO, DE MUROS DE PRAVIA, ASISTIENDO EL SR. MARQUES DE TEVERGA Y EL DIRECTOR DEL «HERALDO», SR. FRANCOS RODRÍGUEZ



EXPOSICIÓN DE CADIZ. TRABAJOS DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTES, INDUSTRIAS Y BELLAS ARTES



SALA TERCERA DE LA EXPOSICIÓN LIBRE DE BELLAS ARTES, SUBVENCIONADA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CÁDIZ
Fots. Molinet



VISTA GENERAL DEL REAL DE LA FERIA CELEBRADA EN ALCALÁ DE HENARES LOS ÚLTIMOS DÍAS DE AGOSTO
Fot. Sánchez López



S. M. EL REY DE GRECIA (1) Y M. CHON, SU INTENDENTE, EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA, DE PARÍS
Fot. Bouet



DOLORES REQUENA PÉREZ, REINA DE LA FIESTA EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN ALMERÍA
Fot V. Lucas



LA BATALLA DE FLORES INFANTIL EN LA TERRAZA DEL GRAN CASINO DE SAN SEBASTIÁN



CARRUAJE DE LOS NIÑOS JUAN IGNACIO Y VALENTINA LUCA DE TENA EN LA FIESTA DE LAS FLORES, Y ADORNADO POR LA «VILLA MARIA LUISA» Fot. Resines



D. JOSÉ DE VELILLA,
INSPIRADO POETA, COLABORADOR DE «BLANCO Y NEGRO»
† EN SEVILLA EL 23 DE AGOSTO

HILANDERA,
POR J. FRANCÉS



REFRANES HAGIOGRÁFICOS DE SEPTIEMBRE

DECIMOS hagiográficos porque los más notables proverbios de Septiembre se refieren á santos que caen en el mes.

Poco favorables á esta simpática y hermosa época del año son los más de los refranes que la mencionan, sin que podamos averiguar cuál es la razón de tan extraña antipatía. *Septiembre, el mes más malo que el año tiene*, dice uno. *Septiembre se tiemble*, agrega otro aficionado á las paronomasias que los críticos de tres al cuatro suelen llamar *retruécanos*. Y otro, más infeliz, arrodillándose ante el mes como ante un tirano, suplica: *Septiembre, de*



mi se te miembre. Este último refrán parece discurrido por alguien que tenía toda la ropa convertida en papeletas de empeño. Otro que teme tanto á la sequía como al exceso de humedad, exclama todo medrosico y acongojado: *Septiembre ó lleva las puentes ó seca las fuentes*, y tal vez el mismo añade: *Septiembre es bueno, si del primero al treinta pasa sereno*.

Un refrán aconseja lo que ha de hacerse en el campo: *En Septiembre, cohecha y no siembres*. Otro, lo que ha de hacerse en el corral: *Por Septiembre las gallinas vende y por Navidad vuélvelas á comprar*. Otro,



lo que se ha de hacer en el granero: *En Septiembre los melones guárdalos por los rincones*, pues nadie ignora que entre el trigo se conservan mejor que colgados.

Y ahora vamos con los refranes hagiográficos. *Del mes que entra con abad y sale con fraile, Dios nos guarde*. El abad es nuestro santo amigo San Gil; el *fraile*, nada menos que San Jerónimo.



Por San Gil, adoba tu candil es proverbio dirigido á las hilanderas y á las esparteras ó *pleitistas*, si así puede llamarse á las que hacen pleita por las veladas.

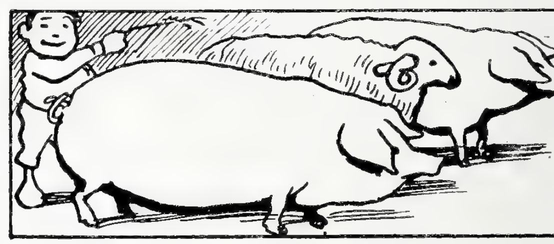
Por San Gil, nogales ó nogueras á sacudir, da á enten-



der á chicos y mozos que ha llegado el solemne momento de catar las nueces, ya maduras.

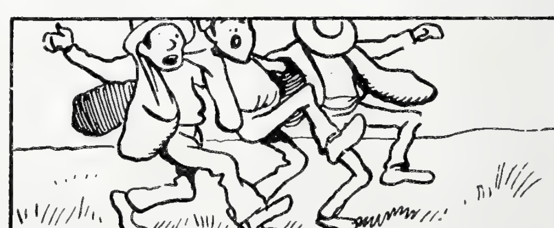
Por Santa Cruz y San Cipriano siembra en cuesta y siembra en llano. ¿Por qué ha de ser antes en la cuesta? Porque en ella, si llueve pronto, ruedan las aguas y no las aprovecha la simiente si no se ha echado ya en tierra, mientras que el llano recoge y conserva la humedad más tiempo.

Agua por San Mateo, puercos, vendimias y gordos borregos. Pocos refranes reflejarán tanta cantidad de imágenes halagüeñas y sustantíficas. Engordan con dichas aguas los ganados *ovinos* y *porcinos*,



como es fama que dice el Excmo. Sr. Conde de San Bernardo, y llueva ó no llueva, el santo evangelista abre ante nuestros ojos el hermoso panorama de la vendimia, fiesta que parece trabajo, ó labor con honores de fiesta.

Por San Mateo vendimia el loco y el cuerdo, y también *Por San Mateo, vendimias arreo*, se dice en todas partes. La alegría corre por los campos en esta faena sagrada en que toman parte hombres, mujeres y chicos; se canta, se baila; el glotón engorda; el borracho toma vino en píldoras; la melindrosa, con dos carpitas se mantiene; amos y criados fraternizan... ¿por qué habrá quien diga mal de Septiembre?



Termina el mes en los campos con la despedida de los mozos contratados por año y la entrada de otros nuevos, ó el reenganche de los mismos. El arcángel San Miguel es el encargado de toda esta contratación. *San Miguel de las uvas, tarde vienes y poco duras; si vinieras dos veces al año, no quedaría mozo con amo; San Miguel pasado, tanto manda el mozo como el amo*. Los gañanes se despiden; los amos se quedan diciendo filosóficamente, como si compendiasen la monotonía inmensa del vivir campesino: *De San Miguel á San Miguel, nada queda por hacer*.

W. & B.

AMOR ES CIEGO

HISTORIETA MUDA, POR ZUÑIGUITA



ESCENAS MADRILEÑAS. LOS MADRUGADORES, POR SANCHA



LA MUJER Y LA CASA

MODAS — MUEBLES — LABORES — CONCURSOS FEMENINOS.

UN PLATO DE ROSAS



El Arte—lo es, sin duda alguna de construir un ramo ó un *centro,* es como la crotalogía, cosa fácil aparentemente, pero que requiere condiciones especiales. Para combinar las flores y disponerlas de modo agradable á la vista, hay que tener buen gusto; no basta la belleza natural de la primera materia.

Elegidas las flores, y aquí *fica ó punto* más importante, hay que refrescarlas, limpiarlas de hojas sobrantes y clasificarlas. Luego se prepara un plato, llenándolo de tierra que debe estar húmeda también, y se clavan en él las flores una á una, empezando por la cima del montecillo que se ha formado para colocarlas.

Simetría sí ha de haber en el conjunto, pero una simetría relativa. Nada de pirámides uniformes; nada de apelmazamientos. El conjunto ha de resultar vaporoso, con largas ramas de flores menudas, que á manera de *esprits* sobresalgan airosamente.

Vean ustedes las fotografías de esta página, y ellas les dirán cómo debe procederse para hacer un centro bonito y... barato.



Fotografías Muñoz de Baena

ARTE DE DAR LA MANO



LAS MANOS DEBEN ESTRECHARSE PONIÉNDOLAS AL NIVEL DE LA CINTURA



NO OBSTANTE, SE COLOCAN MÁS ALTAS, PARA DEMOSTRAR MAYOR INTERÉS Y CONFIANZA

La costumbre de dar la mano es una bella y agradable costumbre entre señoras y caballeros.

Siendo, como es, un acto de cortesía y consideración el dar la mano, si no se ejecuta con delicadeza, gracia y seguridad, es fácil incurrir en faltas y hasta en verdaderas groserías.

Para evitarlas, es necesario poseer á conciencia el arte de dar la mano.

Hay cinco maneras lícitas y una casi ilícita de hacerlo bien.

La primera, que es la más corriente y natural, consiste en que la señora tienda su mano al caballero (éste no debe tomar nunca la iniciativa) no dejándola caer por bajo ni por cima de la cintura. Al impulso de cortesía de la señora debe corresponder el caballero en forma igual.

Otra manera más efusiva consiste en levantar la mano á la altura del pecho, pero esto no se hace nunca en la primera presentación sino cuando ya las dos personas se conocen y se tratan.

Hay quien, al dar la mano *por alto*, la vuelve con cierta ligereza, sacudiendo un poco el codo. Esta



EL EXCESIVO RESPETO RESULTA CURSI: NO SE DEBE DAR LA MANO DESDE LEJOS



TAMBIÉN ES MUY FEO DAR LA MANO A MEDIAS, COMO RETENIÉNDOLA



EL «SHAKE HAND» A LA INGLESA ES ENÉRGICO, VIOLENTO Y UN POCO BRUTAL



CUANDO SE QUIERE SER EN EXTREMO CORTÉS, SE VUELVE ELEGANTEMENTE LA MANO

moda la introdujo hace años la actual reina de Inglaterra, que padece esa prosaica enfermedad vulgarmente llamada golondrinos. Es muy difícil dar la mano en esa forma sin que resulte un poco ridículo.

La costumbre de besar la mano á las señoras (á las señoritas, jamás) es una prueba de altísimo respeto que debe practicarse en muy contados casos.

En Inglaterra lo que rige es el *shake-hand*, enérgico apretón de manos dado de arriba abajo y con toda la fuerza posible. Es una manera alegre y decisiva de *entrar en materia*.

Finalmente, en todos los países, cuando existe algo más que confianza, es decir, intimidad, noviazgo ó parentesco, se pueden dar las dos manos; pero sin esa condición, no.

Deben condenarse como delitos de alta cursilería la costumbre de alargar la mano, dándola de puntillas; la de retirarla á escape, como si se huyese; y el horrible vicio de darla blandamente y sin apretar, lo cual demuestra ó un orgullo estúpido ó una hipocresía redomada.



Y EN CASOS DE EXTRAORDINARIA CORTESÍA, SE APROXIMAN LOS LABIOS Á LA MANO CONTRARIA



SÓLO EN CASOS DE GRAN CONFIANZA... Y ALGO MÁS SE DAN LAS DOS MANOS Á LA VEZ

Fots. de «Fémina»



EL FIGURÍN DEL DÍA

TRAJE PARA CALLE. Modelo de la casa Drêcoll, de París.
Es de «étamine» color rosa pálido, adornado con cintas de terciopelo verde obscuro.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 10 Septiembre 1904. N.° 697

La Chiripera

I



La noche era apacible y luminosa, y la luna invadía con sus claridades la calle del Cristo, por la que nadie transitaba, cuando Pepe *Vitola*, trémulo y con la respiración anhelante, acercóse á la reja de Trini la *Chiripera*.

—Asín me gustan á mí los hombres, ¡puntuales!—exclamó ésta asomando á la reja su cabeza de pelo negrísimo y rizoso, su semblante atezado, de ojos rasgados y ardientes, boca purpurina y agitanado perfil, y su arrogante busto, que contorneaba un pañuelo encarnado de crespón y de larguísimos flecos.

—¡Naturalmente! ¿No iba á ser puntual, siendo como es la que me citaba la madre de los Pastores...?—exclamó Pepe con acento emocionado.

—Naturalmente; pero en fin, dejemos las ramas y vamos al tronco; es decir, á explicarte por qué yo te he suplicao que vengas esta noche y á estas horas.

—Pa ná que me siente bien, seguramente.

—Quizás tengas razón; pero si me estimas como creo, me vas á hacer el favor que te voy á pedir.

—¿Lo que tú me vas á peir? Píe lo que quieras, que como no sea la luna ó algunos de sus satélites...

—¿Me das tu palabra de hombre de concederme lo que yo te pía, por el amor de Dios y de su Santísima Madre?

—¡Mi palabra de hombre!—exclamó el *Vitola* con tal acento de convicción, que díjole Trini con expresión agradecida:

—Ya sabía yo que eras tú un hombre de cuerpo entero.

—Muchas gracias; pero cuando tanto me elogias, mucho me va á doler el zumbío.

—Una miaja na más, porque es solamente que te voy á llevar la contraria en uno de tus caprichos.

—Me estás poniendo en cudiao, y por los ojos de tu cara te pío que acabes de darme la puñalá, y que no tantees tanto el sitio en donde piensas pegármela.

—Cá, si no es puñalá; si lo que te voy á peir es que cuando mi padre te hable mañana de mí y te ponga la mesa, que te la piensa poner, tú digas que no tiés ganas de abrir la boca, y que le agradeces el favor, y que tan amigos como antes.

Pepe, oyendo á Trini, habíase puesto densamente pálido, y cuando aquélla hubo concluído, preguntóle con voz incierta y angustiada:

—¿Pero qué es lo que estás diciendo, Trini? Mira que no te entiendo... ni te quiero entender...

—Pos di tú, hijo mío, que necesitas tres cucharas pa un caldisopa; mira, Pepe: tú, por no saber en qué matar el tiempo que te sobra, lo empleas en pasearme la calle, en visitar mi casa más que un cura su parroquia, en alargar el moco y en ahuecar la pluma; y como quiera que mi padre te quiere más que á la hija de sus entrañas, me cogió ayer, y encampanando la voz y alargando el perfil, me dijo que era menester que dejara de hacerme presona contigo, que á ti no te llevan bajo palio las gentes porque no se han enterao entoavía que eres tú el que le sigue en categoría al Espíritu Santo; que mañana te llamará y que te tirará de la lengua jasta que cantes tus quereles jasta por siguirillas gitanas, y que era preciso que yo dijera á tó que sí; y como yo no estoy por casorios; y como quiera que yo á mi padre no quiero llevarle el pulso; y como yo á ti no te quiero más que como á un buen amigo... pos ¡velay tú! te he citao esta noche pa que cuando mañana mi viejo te ponga cubiertos y manteles, le digas que *nanai*, que naranjas chinas, y que entoavía es mu trempano pa que toquemos á diana; ¿tú te enteras?

A Pepe *Vitola* habíasele ido demudando el rostro oyendo á Trini, y cuando ésta hubo concluído, exclamó con acento sordo y tristísimo:

—¿Pero tú sabes lo que me píes, Trini? Tú no sabes que yo, porque fueras mía un minuto, na más que un minuto, me bebería la mar de un trago y llegaría al sol de un brinco; tú no sabes que pa mí el mundo es mundo na más que porque tú lo pisas con tus pies, y lo alumbras con los ojos de tu cara, y lo alegras con tu voz, y lo perfumas con tu boca; tú no sabes que yo sin ti no quiero la vía pa ná; tú no sabes...

—Lo que yo sé es que tú me has empeñao tu palabra de hombre de que harás lo que yo te diga,—exclamó Trini con acento brusco é implacable.

—¡Está bien!—dijo Pepe tras algunos instantes de angustioso silencio.—Está bien, Trini; mal corazón se necesita tener pa peirme lo que tú me píes; pero yo te he dao mi palabra, y yo te juro que sabré cumplirla, me cueste lo que me cueste.

Y diciendo esto con voz honda y emocionada, alejóse bruscamente el *Vitola* de la ventana de Trini la *Chiripera.*

II

—A las cuatro te espero aluego en mi casa pa que platiquemos de argo de tu gusto,—habíale dicho al *Vitola* aquella mañana el señor Frasquito el *Chiripero,* y las cuatro acababan de sonar cuando penetraba aquél en el patio de la casa que éste habitaba en la calle de los Claveles.

En mangas de camisa, repantigado en un viejo sillón de brazos, á la sombra de la parra cubierta de pámpanos y racimos, que formaba un á modo de dosel al patio, estaba el señor Frasquito cuando llegó junto á él Pepe *Vitola,* en cuyo semblante no aparecía destello alguno del tempestuoso centelleo de su alma.

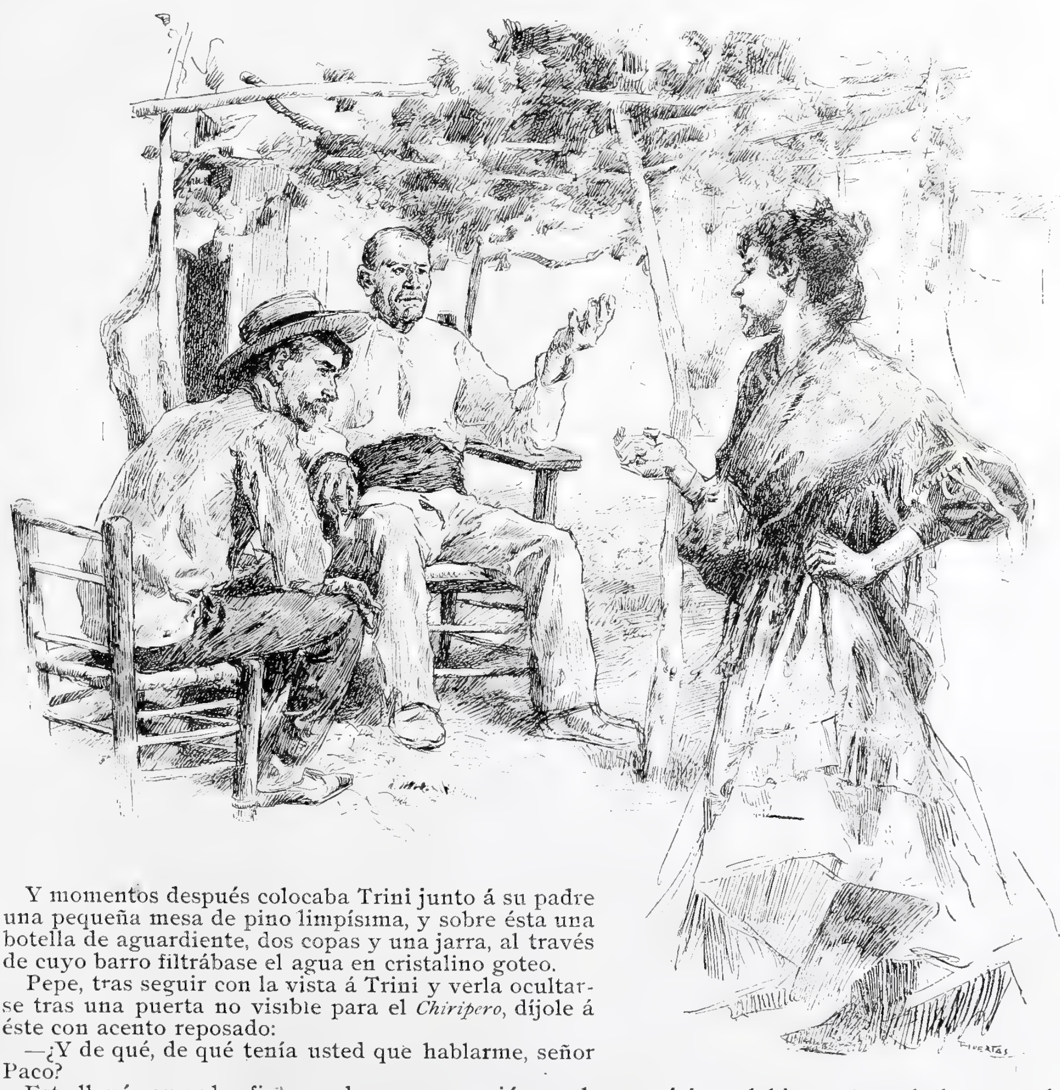
—Pos di tú que tiés un cronómetro en cá poro; ¡vaya si eres puntual!—díjole el viejo sonriéndole bondadosamente.

Pepe encogióse de hombros y sentóse en una de las sillas allí colocadas, exclamando con acento casi jovial:

—Ya sabe usté que cuando usté manda, yo soy el más obediente de los nacíos.

—Yo no mando, hombre, yo no mando; pero ya sabes tú que yo á ti te quiero como á cosita propia y que no hago más que pagar, porque tu probe padre fué pa mí más que un hermano, y... Trini, hija, harme el favor de traernos una miajita de argo con que refresquemos.

Y esto lo dijo el señor Francisco al ver á su hija cruzar por el extremo del patio.



Y momentos después colocaba Trini junto á su padre una pequeña mesa de pino limpísima, y sobre ésta una botella de aguardiente, dos copas y una jarra, al través de cuyo barro filtrábase el agua en cristalino goteo.

Pepe, tras seguir con la vista á Trini y verla ocultarse tras una puerta no visible para el *Chiripero,* díjole á éste con acento reposado:

—¿Y de qué, de qué tenía usted que hablarme, señor Paco?

Este llenó con pulso firme ambas copas, cogió una, la acercó á sus labios, y tras olerla con voluptuosa parsimonia, la apuró de un sorbo, castañeteando la lengua después y diciéndole al *Vitola.*

—Bebe; no hay ná que refresque como ésto; con una botella de ésto en canícula y en Berbería me río yo jasta del limón granizao.

Pepe bebió la copa, no sin tener que recurrir rápidamente á la jarra y exclamar tras apurar la mitad de su contenido:

—Camará, haberme dicho que quería usté asesinarme, señor Francisco.

—No es mal asesinato el que yo voy á cometer contigo; ya verás tú cómo yo mato á las gentes que más quiero; con que vamos á ver si me contestas con el corazón en la palma de la mano á lo que yo te pregunte.

—Pos á preguntar lo que usté quiera.

—Pos vamos allá, que la cosa es más seria que un responso; tú comprenderás que yo á fuerza de años he afinao la puntería, y que no soy ciego der tó, y que pa ver lo que salta á la vista no sa menester un foco eléxtrico, y que, por lo tanto, yo he visto lo que he visto; y como quiera que tú eres mi ojito derecho, porque eres honrao y eres bueno y eres trabajaor, pos velay tú, si tú me pidieras argo que yo tuviera en mucha, pero que en muchísima estima, argo asín como las alas de mi corazón, me da á mí el cuerpo que tendría yo un arranque garboso y... camará, ¿tú te has fijao en el calor que jace?

Á Pepe habíasele puesto cara de muerto; ya tenía delante, al alcance de su voluntad, lo que más que el vivir apetecía; ya no tenía más que meter un poco el cuerpo para tremolar á los cuatro puntos cardinales la bandera de su felicidad; pero acordándose de la palabra empeñada á Trini y viendo el rostro bellísimo de ésta asomando furtivamente por la entornada puerta, cerró los ojos al riente porvenir, y haciendo un esfuerzo titánico y amordazando á la verdad con voluntad de acero, sonrió amargamente y repúsole al viejo con acento al parecer tranquilo:

—Vamos, hoy está usté de buen humor y quiere usté darme una corriíta en pelo; ya sé yo lo mucho que usté me quiere, y en eso no hace usté más que pagar con una gota un aguacero, y también sé que me daría usté lo que le pidiera, pero entoavía no tengo que peirle á usted na más sino que me siga usted queriendo y... vaya, que me voy, que me está esperando Pepe Cárdenas en casa del *Canariero;* con que hasta mañana, señor Francisco, hasta mañana.

Y diciendo esto, dió media vuelta y salió del patio de estampía, mientras el señor Frasquito veíalo alejarse con cara de asombro y sin acertar á decir una palabra.

—¡Qué! ¿Se va Pepe sin despedirse?—preguntóle Trini á su padre saliendo de la habitación desde cuya puerta había estado oyendo el diálogo de aquéllos.

—Sí, mujer, anda y alcánzalo y dile que ésta no es manera de dirse de mi casa,—repúsole su padre, que aún no había salido de su asombro.

Y dirigióse Trini en busca de Pepe, el cual, no pudiendo resistir la terrible avalancha de su pena y de sus lágrimas, habíase tirado contra la pared, y allí luchaba rabioso, impotente y desesperado por ahogar el sollozo y refrenar el llanto, antes de salir de aquella casa donde acababa de enterrar sus últimas alegrías.

Y llegó Trini junto á él, y al ver llorar á aquel hombre que jamás había traspasado los dinteles de su corazón, al ver sus lágrimas y su actitud, al pensar en el tremendo esfuerzo que acababa de hacer á su caprichoso mandato, sintió cómo al fin traspasaba los dinteles de su corazón, virgen de amores hasta aquel instante, y dirigiéndose á su enamorado preguntóle con acento conmovido:



—Pero qué es eso, Pepe... ¿lloras?

Y levantó Pepe la cabeza como avergonzado al verse sorprendido, y repúsole sonriendo y con voz trémula, procurando ocultar sus lágrimas:

—Cá, ¿llorar yo? ¡qué cosas dices...! Vaya... adiós Trini... hasta mañana.

Y diciendo esto dirigióse á la puerta, antes de llegar á la cual sintióse detenido dulcemente por la mano de la mujer amada, la cual, con los ojos bajos y la tez encendida, decíale con acento apenas perceptible:

—No, no te vayas, anda aentro; anda y píele á mi padre lo que quieras peirle, que yo te prometo que si él te lo da, yo haré lo que él disponga.

. .

Y cuando dos horas después salía á la calle Pepe *Vitola,* veíase desbordar en su rostro moreno, juvenil y simpático, la felicidad que le llenaba de alegrías el corazón y de resplandores el pensamiento.

ARTURO REYES

DIBUJOS DE HUERTAS

¡AY, QUIÉN TUVIERA LA PLUMA
DE SANTO TOMÁS DE AQUINO,
PARA ESCRIBIRLE UNA CARTA
A MI AMANTE CON CARIÑO!



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR EDUARDO SÁNCHEZ SOLÁ



Á ROSALES

Asido á la áurea crin de los corceles
del sol de Mayo, que en la azul esfera
finge la alegre nacional bandera,
cruzando vas el bosque de laureles.

Robaste á los helénicos cinceles
sus puras líneas; la verdad severa
al gran Velázquez, y á Castilla fiera
la audacia y sobriedad de tus pinceles.

La Historia, noble amor de tus amores
vive en tus amplias telas peregrinas,
blanco ayer de la envidia y sus furores:

¡que el genio volador de alas divinas,
si ostenta una corona de esplendores,
ciñe siempre también otra de espinas!

MANUEL REINA

DIBUJO DE E. VARELA

ZODIACADA DE SEPTIEMBRE

LIBRA

ANTES que Febo ó Apolo se dignase bajar á la tierra mísera y pronunciar sus oráculos augustos en la sagrada Delfos; en el mismo sitio donde se alzó después el templo famosísimo, pronunció sus primeras sentencias y enseñó á la humanidad primitiva las nociones de lo justo y de lo injusto, la diosa y reina de Tesalia llamada Temis, hija del Cielo y de la Tierra.

Era una hembra fuerte, como las que en vano buscaba Salomón: era una noble y bella diosa, de rectas facciones, de corazón puro. Con la diestra sostenía una espada, con la izquierda una balanza que los griegos colocaron después en el Zodiaco, en la constelación correspondiente á este mes, frente al equinoccio de otoño. Los dos platillos de la balanza representan, pues, el día y la noche, que el 22 y 23 de Septiembre son iguales en duración. Temis representaba, por tanto, la justicia estricta, el *suum cuique tribuere*, ó dar á cada uno lo suyo, que dijeron los latinos, y más aún que la justicia, la igualdad, la imparcialidad y la ecuanimidad.

Temis era una diosa fecunda, una diosa madre de las Horas y de las Parcas: de las Horas, que miden nuestra vida; de las Parcas, que van hilando y entretejiendo la trama de ella.

Vivía Temis en el Olimpo y alternaba con Júpiter y con la celosa Juno, sin que ésta la tomase ojeriza ni de ella sospechara; porque en Temis veía, sin duda, á la razón asistida de la fuerza, á la inteligencia sublime que guía el discurrir del hombre científico, establece y regula los tratos y contratos de los hombres, funda con su sabiduría las leyes de los pueblos y con su firmeza las hace observar y cumplir. De ella salen las Horas, lo único inexorable en este mundo, lo que no cede, lo que no se ablanda, lo que no se detiene. Por eso, Temis fué adorada en Atenas y tuvo un templo nada menos que en el monte Parnaso.

Hermosísima y profundamente filosófica es la idea de que fuese Temis una de las divinidades más antiguas y respetadas en el Olimpo. La justicia debe ser la base de todas las civilizaciones, la primera condición de vida de todos los pueblos, y así, el más grande y el más civilizado entre cuantos recuerda la Historia veneró á Temis como á una diosa tutelar, y adoró su balanza, símbolo de la igualdad individual de los hombres, de su capacidad idéntica para el derecho. ¡Triste es pensar que después de haberse formado un pueblo como aquél, que ponía la justicia como cimiento de su existencia y adoraba la balanza como esquema de la igualdad, retrocedieran los hombres hasta el punto de hacer imperar las desigualdades y las injusticias, arrancando de manos de la diosa la espada para blandirla contra otros hombres, y tirando la balanza al abismo ó convirtiéndola en romana de mercader!

Bella ocurrencia es también la de que Delfos, el lugar santo de la poesía, el templo de Apolo, fuese antes que eso el sagrado lugar de la justicia y el templo de Temis. En un pueblo perfecto, en una sociedad civilizada de veras, la justicia precede á la poesía y á la elocuencia. No se canta, ó no se canta bien, si no se tiene la conciencia tranquila.

El símbolo de la balanza nos lo muestra la religión en manos del arcángel San Miguel, quien por cierto lleva también una espada en la diestra. Pero el arcángel, á diferencia de Temis, que solía aparecer sentada é inmóvil en su trono, va á caballo ordinariamente, y no sólo es el distribuidor de la justicia, sino el debelador de la injusticia y del mal. Perdida la serenidad que solamente el pueblo helénico poseyó, el representante de la justicia inmanente y de la trascendental ha de ir á caballo y no en una cabalgadura cualquiera, sino en un corcel de fuego y de viento que recorra el mundo en dos galopadas; y ya no cabe que la espada se esté quieta, sino siempre amagando y golpeando en las injusticias del mundo; y si la simbólica balanza se sostiene en el fiel, será por un milagro del arcángel.



TEMIS

FOT. BAGLIETTO

B. Y N.

LA HORA DE LA COMIDA,
POR FERNANDO ALBERTI



Crónica Gráfica

En los mismos días en que la hermosa ciudad de Budapest celebraba la fiesta nacional de San Esteban, patrón de Hungría, se ha verificado en dicha capital la reunión del tercer Congreso internacional de bomberos y zapadores.

Al Congreso de Budapest han asistido representantes de toda Alemania, de Italia, de Suiza y de otras naciones, menos de España.

Al mismo tiempo se ha celebrado una Exposición de objetos y aparatos relacionados con el servicio de incendios.

Casi al mismo tiempo, el viernes de la pasada semana, estallaba en Amberes un formidable incendio. A las dos de la mañana el *tanque* ó cisterna número 4, propio de los Sres. Eiffe y Compañía, estallaba por efecto de la presión del gas, y el petróleo, inflamado al derramarse por los alrededores, prendió fuego en los demás depósitos, que contenían 78 millones de litros del mismo líquido, almacenados allí por la *American Standart Oil Company*. Espesas nubes de humo cubrían el horizonte de la ciudad y el puerto; por los campos fluía el mineral, ardiendo é incendiando plantaciones. Los ingenieros militares, después de rudo y heroico trabajo, lograron solamente canalizar el líquido para evitar mayores estragos. Las desgracias personales han sido numerosas, pues había más de ochenta obreros trabajando en derredor de las cisternas incendiadas, y muchos perecieron por asfixia. Las pérdidas materiales también fueron muy cuantiosas.

Poco á poco va Madrid adquiriendo fisonomía de gran metrópoli, merced á las nuevas construcciones urbanas. Una de las que más llaman la atención es el ya casi terminado edificio del Banco Hispano Americano, para cuya fachada acaba de modelar el laureado escultor Sr. Alcoverro dos hermosas estatuas, que representan la Economía y el Cálculo. Dada la enorme dificultad que ofrece el personificar dos conceptos tan abstractos como éstos, no cabe negar que el reputado autor de la estatua de *San Isidoro* ha acertado por completo en la ejecución de ambas hermosas esculturas.

Señal de progreso es el incremento que en este año han tomado las colonias escolares de verano, y entre ellas merece especialísima mención la de San Vicente de Paul en Granada, la cual este año, como los anteriores, ha llevado á la playa de Málaga numerosos niños pobres bajo la dirección y vigilancia de una ilustre y meritísima dama granadina: la respetable señora doña Angustias Villarreal, á quien sus ochenta y tres años de edad no han impedido acompañar á los niños veraneantes, prodigándoles las muestras más hermosas de maternal solicitud.

Una de las fiestas más hermosas y poéticas de que pueden disfrutar los veraneantes de San Sebastián, es la jira á Loyola por el río Urumea. Este año se ha verificado la excursión con gran entusiasmo para obsequiar á S. M. el Rey, quien quedó complacidísimo de tan agradable paseo.



BUDAPEST (HUNGRÍA). EDIFICIO DONDE SE HA CELEBRADO LA EXPOSICIÓN Y EL III CONGRESO INTERNACIONAL DE BOMBEROS

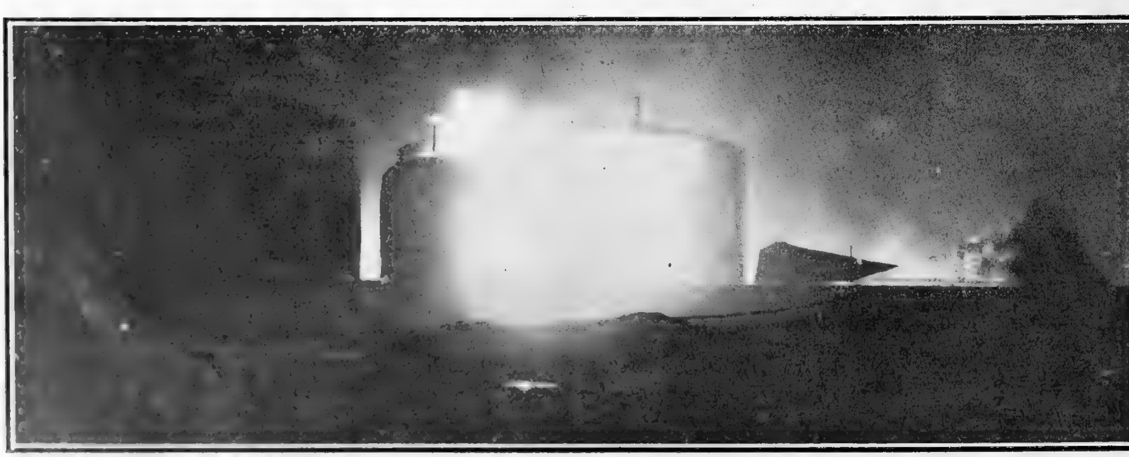
Fot. E. Brod



REPRESENTANTES DE TODOS LOS CUERPOS DE BOMBEROS DIRIGIÉNDOSE AL CONGRESO — Fot. E. Brod



AMBERES (BÉLGICA). EL INCENDIO DE LOS DOCKS DE PETRÓLEO. VISTA TOMADA Á LAS DOS DE LA MAÑANA



EFECTOS DE LA EXPLOSIÓN EN UNA DE LAS CISTERNAS DE PETRÓLEO — Fots L. Bouet



LA ECONOMÍA



EL CÁLCULO

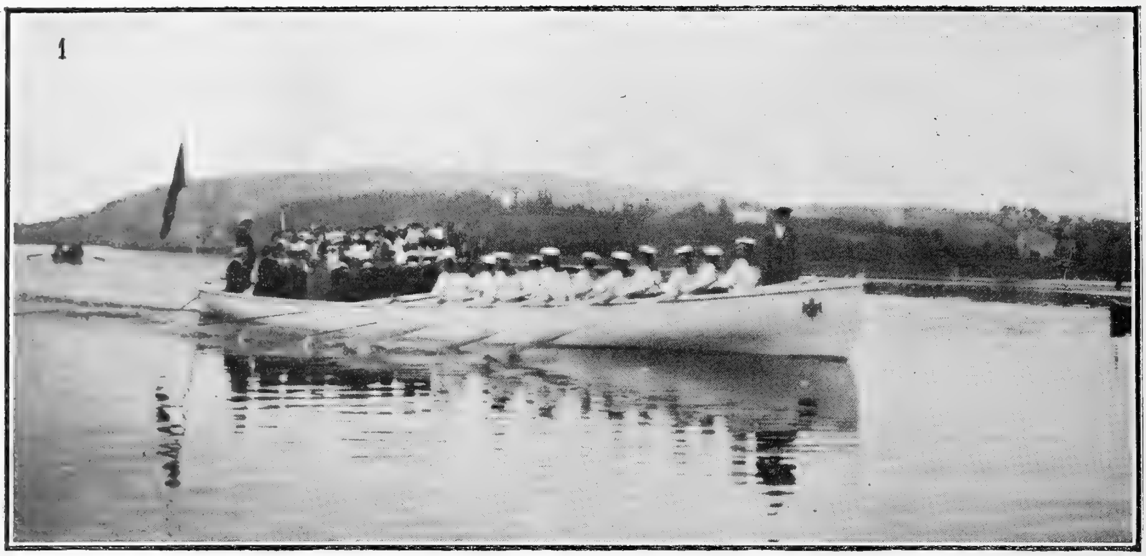
ESTATUAS DE ALCOVERRO PARA LA FACHADA DEL BANCO HISPANO-AMERICANO



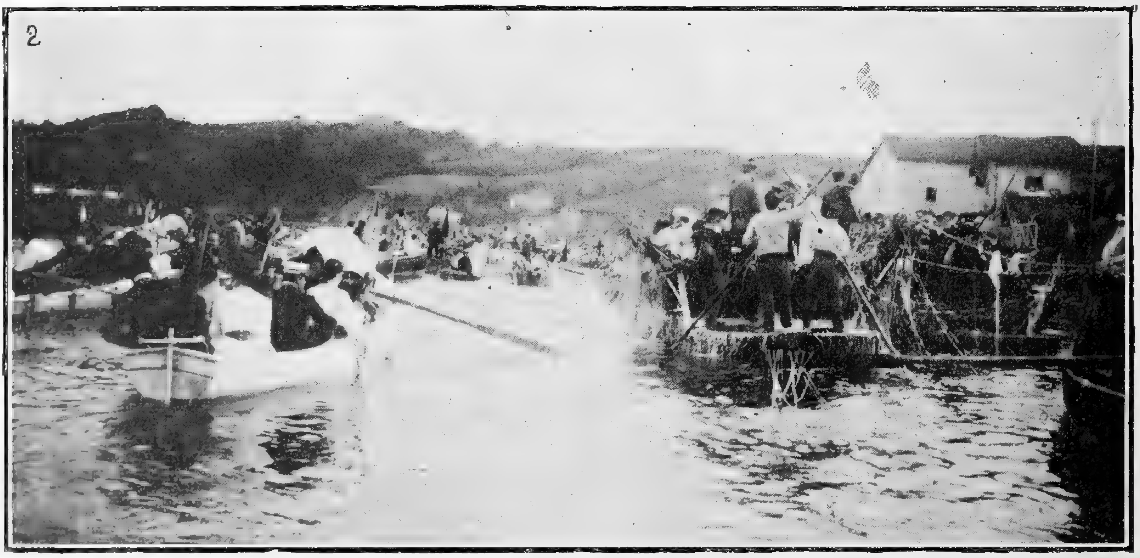
GRANADA. LA COLONIA ESCOLAR VERANIEGA DE SAN VICENTE DE PAUL, DIRIGIDA POR DOÑA ANGUSTIAS VILLARREAL

Fot. A. Rosales

1



2



3



SAN SEBASTIÁN. LA JIRA Á LOYOLA

Fots Resines

1 EL REY EN LA ESCAMPAVÍA «GUIPUZCOANA». 2. LANCHAS Y GABARRAS EN EL URUMEA. 3. CUCAÑA NÁUTICA

TARRAGONA. COSIENDO LAS REDES, POR A. ANDRADE



JARDÍN DOLIENTE

Tras la blanca muselina
de mi balcón, la arboleda
dulcemente se adivina
entre la tarde de seda.

Jardín mustio, ¿por qué pierdes
tu amor tras un tenue tul?
¿dónde están tus hojas verdes?
¿dónde está tu cielo azul?

No habla nadie; y si la fuente
llora, ¿quién la va á escuchar?
¿á qué quiero que me cuente
la copla que hace llorar?

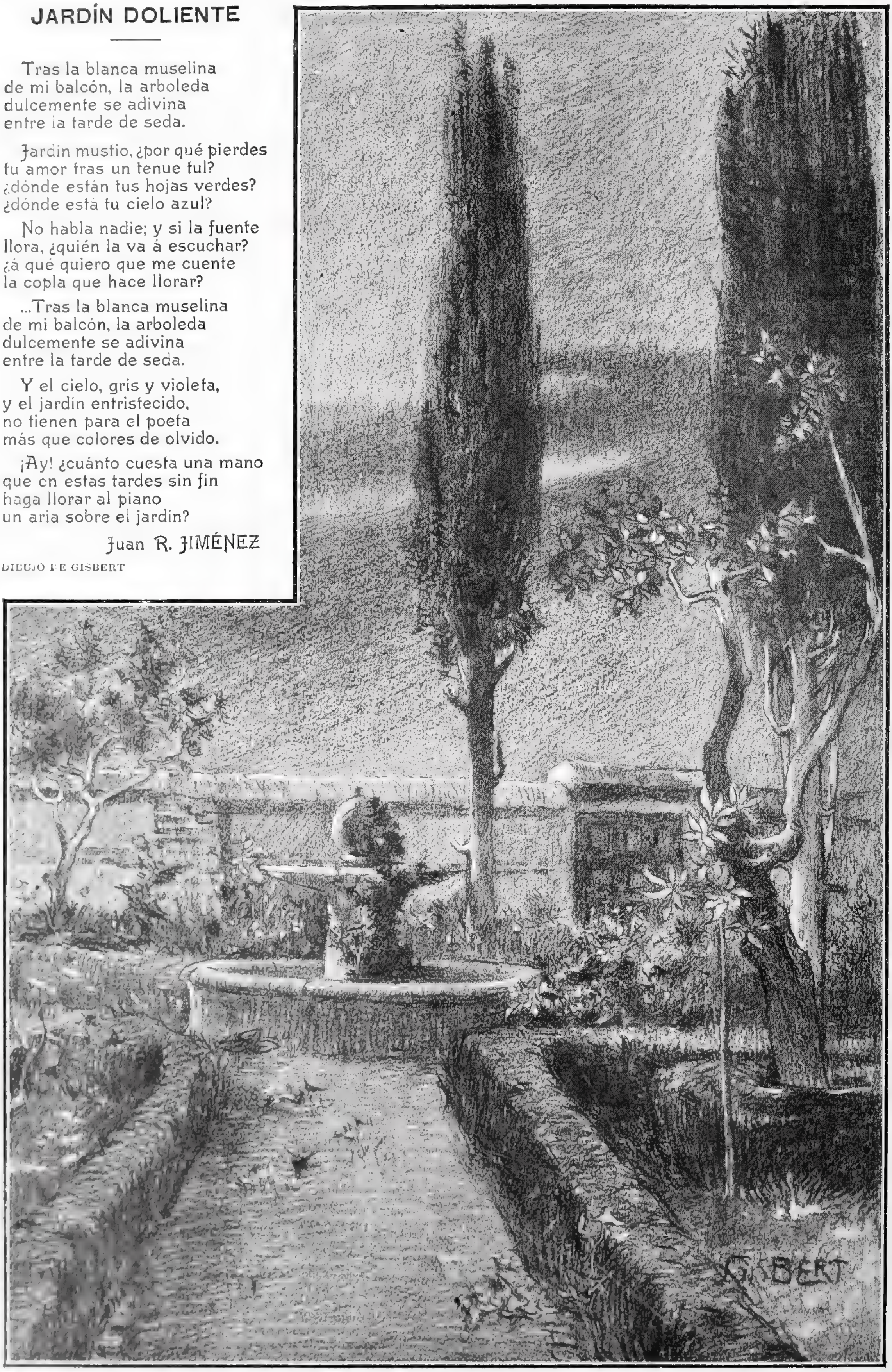
...Tras la blanca muselina
de mi balcón, la arboleda
dulcemente se adivina
entre la tarde de seda.

Y el cielo, gris y violeta,
y el jardín entristecido,
no tienen para el poeta
más que colores de olvido.

¡Ay! ¿cuánto cuesta una mano
que en estas tardes sin fin
haga llorar al piano
un aria sobre el jardín?

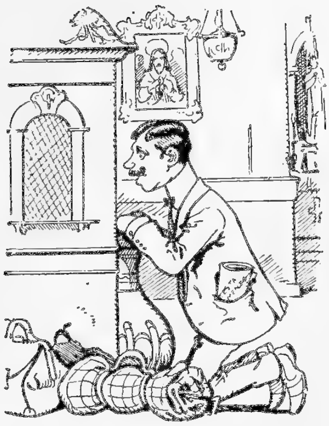
Juan R. JIMÉNEZ

DIBUJO DE GISBERT



EL VERANEO EN BAYONA DE GALICIA

POR CILLA



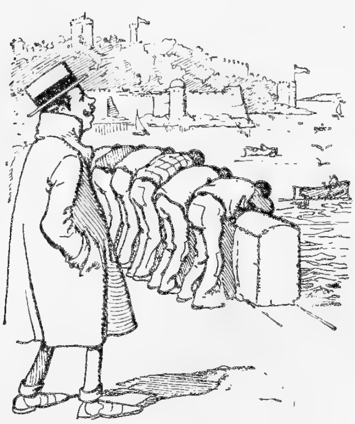
1. Por si hay en la vía
algún accidente,
tomar precauciones
es muy conveniente.



2. Y de esta manera
se marcha uno al tren,
pidiendo que el cielo
le saque con bien.



3. Parándose aquí,
trasbordando allá,
se llega después
de una *eternidá.*



4. Y en esta postura
se está aquí la gente,
¡al sol todo el día,
y tan ricamente!



5. Luego en la Concheira,
entre algas y flores,
brotan los más puros
y castos amores.



6. Padres cariñosos
que van á la Palma,
con sus diez ó doce
pedazos del alma.



7. A lo alto del monte
se van á comer
la rica tortilla
con mucho placer.



8. Se ve hundirse á Febo
por el horizonte,
en tanto la luna
surge por el monte.



9. Como aquí es la vida
tan fresca y tan buena,
se va todo el mundo
con la mar de pena.



LA POESÍA DEL ALBAICÍN

Cuando los turistas, luego de recrearse en la Alhambra, bajan—leyendo su Bædeker y recitando versos de Víctor Hugo—por las sucias cuestas del Albaicín, la magia se deshace y la poesía, como las aves ante el cazador, huye de las cuevas gitanas.

Yo he visto á las inglesas curiosear con los impertinentes; recoger las honestas faldas por no mancharlas con el polvo de las veredas; taparse la cara con el abanico por no ver á los *chaveas* encueros; gruñir un puritano *shoking* ante las audaces lujurias de un tango, y luego, al descender la cuesta de Gomeres, detenerse en la Plaza Nueva para decirse entre cuchicheos de mal humor que el Bædeker es un puro embuste, que Víctor Hugo no vió el Albaicín ni por el forro, y que los gitanos y sus cuevas no son sino miseria y repugnancia.

A la luz del día, en plena y descarada realidad, por las cuevas del Albaicín no asoman los ideales. Casas á medio blanquear, muros de ladrillos con desconchados, tonos grises, puertas soterradas, como las de los panteones de iglesia. Los mismos árboles, ahogados entre miseria tanta, apenas tienen la juventud de su verdor. Una flojeza mora pesa sobre la vida aquella; dos gitanos se hacen la *toilette* con las mismas tijeras de trasquilar; un filosófico burro lacio mordisquea la hierba pobre, y á lo lejos, entre las peñas bravas, sola y pensativa como Judith, alguna gitanilla canta coplas de celos:

> *Premita* Dios de los cielos
> que como me matas mueras,
> y que te miren mis ojos
> querer y que no te quieran...

La copla, desalentada y abatida, quiebra sus odios en el aire. El alma de los impasibles turistas está cerrada á sus clamores, y las *misses*, largas y angulosas, vuelven sus espaldas al cantar. El alma indígena hace cara á los celos, y los ojos granadinos se van tras la figura gitana. La poesía del Albaicín no asoma entre arboledas, ni canta en riachuelos, ni se aroma con rosales en flor. Es bohemia y sin atavío; sale del corazón atormentado, y su musa morena vive la vida errante del aduar. Por eso las altas y angulosas *misses* ven aquella miseria y pasan. Por eso los novios granadinos hacen alto de amores en las pobres cuevas del Albaicín. Y cuando un cortejo turista, atravesando entre rumores de faldas y cuchicheos de indignados *shokings*, huye las pobrezas del aduar, siempre tras él alguna pareja de novios abre sus corazones granadinos al «dulce mal» de la copla bohemia:

> *Premita* Dios de los cielos
> que como me matas mueras,
> y que te miren mis ojos
> querer y que no te quieran...

DIBUJO DE E. SALA

CRISTÓBAL DE CASTRO



La historia de Berta la del gran pie

Los trovadores, los poetas, los cronistas, hombres sabios y respetables conocen y han contado de mil maneras la historia de la reina Berta, que está enterrada en San Dionisio al par que su marido el gran rey de Francia Pepino el Breve, que Dios haya.

En la tumba de la reina Berta no hay otra inscripción que estas palabras: *Bertha, mater Karoli Magni.*

La historia no había de ser contada en la lápida: la historia anda en romances y novelas de aventuras, en pos de la famosa historia de Flores y Blancaflor, reyes de Hungría.

Y dice que Berta era una doncella de sin igual hermosura y gallardía, hija de aquellos dos monarcas, y que se crió en la corte de Hungría con todo regalo, no obstante lo cual dió ejemplo de virtudes y comedimiento á todas las doncellas de su tiempo.

Tanto, que la fama de su honestidad y recato corrió parejas con la de su belleza y llegó á oídos del rey de Francia, quien envió sus embajadores á la corte de Hungría para pedir á Berta por esposa.

Es de saber que entre todas las bellas cualidades que adornaban el cuerpo de la princesa Berta, el cual era espejo de su alma, sólo tenía un defecto.

La princesa Berta tenía dos piececitos menudos que se hubieran podido calzar con chinelas hechas de dos orejas de gato: pero uno de los pies era un poco mayor que el otro, sin que esto quiera decir que fuese un pie grande y basto. Todo lo contrario, era lindísimo; pero cuando Berta estaba sentada y con los pies juntos, dicen se notaba la diferencia, y cuando andaba, también.

Flores y Blancaflor pensaron mucho tiempo si otorgarían ó no la mano de su hija, pero considerando que el rey Pepino el Breve era uno de los soberanos más poderosos de la cristiandad, pusieron fin á sus vacilaciones y entregaron su hija, confiándola al cuidado y salvaguardia de su primo Tiberto y haciendo que la acompañara la primera camarera de palacio llamada Margista y su hija Alista, que tenía con Berta gran parecido, salva la diferencia que va siempre de una gran señora de sangre real á una sirviente de escalera abajo.

Todos sabéis cómo la astuta y malvada Margista aprovechó el parecido para engañar á Berta y al rey Pepino, con ayuda del malvado Tiberto, y hacer que la princesa fuese reemplazada por su doncella, con la cual se casó de buena fe el rey Pepino el Breve.

Tampoco ignoráis que Tiberto encargó á unos malsines que matasen á Berta en la selva del Mans, y que aquellos hombres, menos traidores que Tiberto, se compadecieron de la hermosura y debilidad de la princesa, que era muy blanca y muy rubia y sólo contaba dieciséis años, y se contentaron con dejarla abandonada en el bosque, á la merced de los lobos y de las bestias fieras y de las aves carniceras.

Las angustias que Berta pasó en el bosque, cien veces las han cantado, y las han contado, como ya dije, trovadores y poetas, cronistas y hombres sabios y entendidos. Y á quien no haya oído contar ni cantar la historia, yo no tengo tiempo de repetírsela, por lo cual, si el tal es discreto, puede echarse á hacer figuraciones é imágenes de lo que sería para una jovencita tan niña y tan inocente hallarse abandonada y sin amparo de Dios ni de los hombres en medio de una tan espesa y emboscada selva como la del Mans, donde es fama que se pierden los jabalíes mismos.

Pero he dicho que sin amparo de Dios, y he mentido (Dios me perdone), porque, á la verdad, Dios protegió á la princesa abandonada y la condujo á la choza del buen hombre Simón el guardabosque, y en casa del buen hombre Simón el guardabosque pasó la princesa Berta ocho años de su vida, ocupada en hilar con su rueca de álamo negro. Y aún hay muchos niños en Francia que cuando pasan por un bosque están seguros de que verán ó de que han visto á la reina Berta, la del gran pie, hilando siempre en su rueca, pero no ya como una joven hermosa, sino como una viejecita arrugada y consumida.

Entretanto, la falsa y embustera Alista, casada con el rey Pepino el Breve, se daba vida de reina, y su madre, la perversa Margista, gozaba de gran predicamento en la corte.



Y ved aquí una cosa que se han callado los trovadores y los poetas y los historiadores y los cronistas: el rey Pepino el Breve era feliz con su esposa, y no la hubiera cambiado por otra alguna.

Así iban las cosas, cuando quién os dice que á la reina Blancaflor le entran ganas de ver á su hija; porque la reina Blancaflor se había quedado viuda del rey Flores, y todos sabéis que las viudas suelen ser amigas de correr mucho y curiosas por demás.

Marchó, pues, la reina Blancaflor á Francia, y en el camino iba oyendo maldiciones y ultrajes sin cuento dirigidas á la reina de Francia, á quien las gentes del pueblo denostaban por avarienta, cruel y egoísta. Pero como la reina Blancaflor era vieja, pensó que tal vez de ella dirían lo mismo los húngaros, siendo así que, en realidad, era una señora buenísima, amiga tan sólo de allegar riquezas para esplendor de su corte y palacio, no excesivamente blanda de corazón para las bellaquerías de sus vasallos y muy deseosa de conservar sus preeminencias y prerrogativas.

—A esto—pensó la reina viuda—es á lo que el pueblo suele llamar avaricia, crueldad y egoísmo.

Llegó, pues, á París, y se asombró de que su hija no saliera á recibirla en triunfo, ni acompañase á su marido el rey Pepino el Breve, que, con toda la cortesía posible, hizo el acatamiento á su suegra. Entró, por fin, la reina Blancaflor en palacio, y encontró á la falsa reina Berta metida en la cama, y vió que no recibía á su madre, como es corriente y natural.

—Mucho ha cambiado mi hija,—siguió diciendo para sí, con mucha tristeza en el corazón, la reina Blancaflor. Y acercándose más al lecho, y mirando cara á cara á la esposa de Pepino, como las madres no se engañan, conoció la superchería, que al punto quedó confirmada cuando le descubrieron los pies y vieron que los tenía iguales, como dos corderos mellizos ó como dos florines salidos del mismo troquel.

Ya sabéis que Pepino el Breve mandó buscar á la verdadera Berta, y que sus emisarios recorrieron toda Francia sin resultado, hasta que el mismo rey, cazando por distraerse en la selva del Mans, dió con las huellas de dos pies que parecían de niña, pero, no obstante, uno bastante más grande que otro; y guiado por una luz misteriosa, corrió á la cabaña del buen hombre Simón el guardabosque, donde se le apareció, rodeada de luciente y fulgurante aureola, como apareció Margarita al doctor Fausto, la hermosísima Berta, hilando siempre en su rueca de álamo negro, con los brazos desnudos y la falda corta, y los dos pies descalzos, muy bellos, pero desiguales.

Sabéis que la impostora Alista y su madre Margista fueron despedazadas y quemadas, que no con menos se contentó la terrible suegra, que en sus años verdes había sido la tierna y sensible Blancaflor; que Berta, la del gran pie, fué esposa de Pepino el Breve y madre de cinco hijos, el mayor de los cuales fué el gran emperador Carlomagno.

Lo que no sabéis, y es lo nuevo que voy á deciros, es que el rey Pepino el Breve, á quien llamaban así por lo corto de su estatura, no fué feliz con la Berta verdadera y echó mucho de menos á la falsa, la cual se había hecho una señorita fina y de regios modales, mientras que Berta la del gran pie, con ocho años de estancia en la choza del buen hombre Simón el guardabosque, había olvidado toda su educación principesca, no sabía ya leer ni hacer otra cosa que hilar en su rueca de álamo negro, y dicho sea con perdón, tiraba cada coz que dejaba atónitos al rey y á los cortesanos.

LEMA: GASTÓN PARIS

(NÚMERO 23 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



BAJORRELIEVES DE COULLAUT VALERA



La espalera

ENTRE solares erguíase la casa como para mejor mirar el parque, extendido en cinta de verdor formando linde al lado de allá de la calle.

El pobre mozo salió del portal con piernas temblorosas, cruzó la calle y fué á sumirse en la espesura de los árboles frondosos. Allá estaba al abrigo de miradas que pudieran profanar su amoroso descalabro, del cual daban muestra la amarillez del rostro, la flaqueza del cuerpo y el desmayo del corazón. Escapósele del pecho amargo suspiro que la fronda ahogó murmuradora é indiferente. Luego, volviendo el rostro hacia el lugar de donde venía, buscó anhelante resquicio ó coyuntura entre las ramas para columbrar, quién sabe si por vez postrera, la cabecita rubia y libre de amantes cavilaciones. El boscaje por aquella parte formaba bóveda no muy tupida, y el verde de los brotes y hojas nuevas transparentábase con el sol como si fuese cristal ó agua. A trechos el azul del cielo asomaba como flor de luz, y los troncos en la sombra adquirían cierta diafanidad violácea, cual si fuesen árboles maravillosos. El poeta (que de todo un poeta se trata) pensó que era gran merced la que la Naturaleza le ofrecía en aquel punto, y notable ingratitud desaprovecharla por encerrarse en tristezas y preocupaciones; y cuando sus ojos embebecidos se deleitaban con tan regalada hermosura, atinó á ver, por entre un hueco del ramaje, una mancha dorada y rojiza como de fruto en sazón, suave para los ojos y dulce para el alma. Aquel divino fruto de oro y seda rosa, inquieto cual si estuviera pronto á desprenderse del árbol, mostraba su blanca pulpa por una herida roja de donde manaban gotas de aromada miel, que prontamente se difundían en el aire como femenino reir.

Quizás se me tache de conceptuoso y redicho, pero todas estas lindezas y otras más de que no hago mención pasaron por el majín del enamorado mozo—del cual dicho está que era poeta—al mirar á su amada á través de las hojas de un árbol.

Y paladeando en lo interior su caudal de tropos, metáforas y desdenes, aquella misma tarde mandó ensillar su caballo y partió para la aldea, dispuesto á olvidar sus desventuras con la paz campesina.

Cuando llegó á su casa caía la tarde. Un majestuoso estremecimiento vespertino pasaba sobre la tierra, como si la rozase un ángel con sus alas de pureza y sosiego. Detrás de un monte adivinábase apenas un cantar aldeano que manaba como hilo de agua transparente. El pobre mozo sintió arrasarse en lágrimas sus ojos, y cruzó los brazos sobre el pecho.

La casera lo recibió agasajándole con júbilo humilde. Llamó á grandes voces á su marido, y entre los dos ayudaron al señorito á bajar del caballo, ofreciéronle leche, borona, colmáronle de preguntas, en tanto le conducían á través del portalón cubierto de cucho, de niños y de gallinas, hasta la huerta, donde encarecieron la abundancia, hermosura y buen olor de las flores, la lozanía de las berzas y repollos y la cosecha de los frutales.

La huerta estaba tendida en una loma, á partir de la casuca construída en la falda, con su alegre corredor saledizo de color zarco, con jalbegue los muros, y el zócalo de almagre. En un rellano del

jardín, donde afluían varios senderos y formaban una plazoleta cercada por alelíes, claveles y rosales, paróse el señorito, y desde allí miró amorosamente, al pie de la colina, la casa labriega, guardadora de pasados apacibles. Unas palomas que anidaban en los aleros, ponían entonces sobre el tejado renegrido y musgoso la mancha blanca de sus plumajes. Algunas revoloteaban un momento sobre el crepúsculo y tornaban á poco á posarse en la vieja techumbre.

Todas aquellas visiones iban tendiendo en el alma del señorito velos de olvido, de serenidad y de melancolía. Volvió á subir huerta arriba, en ténue pendiente, acompañado de los caseros, que no daban paz á su charla de entonaciones cariciosas. Pasaron bajo los pomares, retorcidos y chaparros; bajo los perales, más gallardos y erguidos; bajo los cerezos, de hojas gráciles y largas. Por el muro de la izquierza, según subían, agitaba sus hojas, como saludando, la parra, la vieja amiga, con su tronco acartonado, seco y sarmentoso, y sus pámpanos en espiral como canas en bucle.

En la cumbre de la loma daba fin al huerto un paredón, guarnecido en lo alto con vidrios y cascos de botellas por temor á ladrones, y cubierto todo él, por la parte de adentro, con el tapiz lustroso y compacto de una espalera de melocotones. Al encontrarse el señorito frente á ella, quedóse suspenso y fuera de sí. Como el crepúsculo se reflejaba en el bruñido dorso de las hojas, adquiría el verde transparencias de cristal ó agua, y en algunos sitios la mancha del fruto aparecía de oro y seda roja, en todo semejante á aquella adorada cabecita rubia y libre de amantes cavilaciones entrevista en la ciudad bajo la espesura del parque. La aureola de suave vello que la sabrosa fruta tenía, nombróle asimismo aquel delicadísimo y vaporoso plumón que vagaba sobre la piel de la niña, dibujándole un doble perfil luminoso cuando se colocaba contra luz. Levantóse de repente en el corazón del mozo, con nuevo ímpetu, viento de tristeza y amargura. Véase por dónde la Naturaleza, por la simple vista de unos melocotones, dió al traste con la obra de paz y olvido por ella comenzados.

Hay almas donde no brotan versos si no es con cultivo de dolores, y de éstas era la de nuestro poeta. Envuelto en la augusta serenidad de la tarde y del campo, frente por frente de la espalera que tan á deshora le despertaba tristes recuerdos, pensó destilar sus pesadumbres en versos bellos, pero quejumbrosos, con lo cual se metió más en sí mismo, quedándose meditabundo largo rato. Los caseros que tal miraron, dijéronle á la par pensando distraerlo:

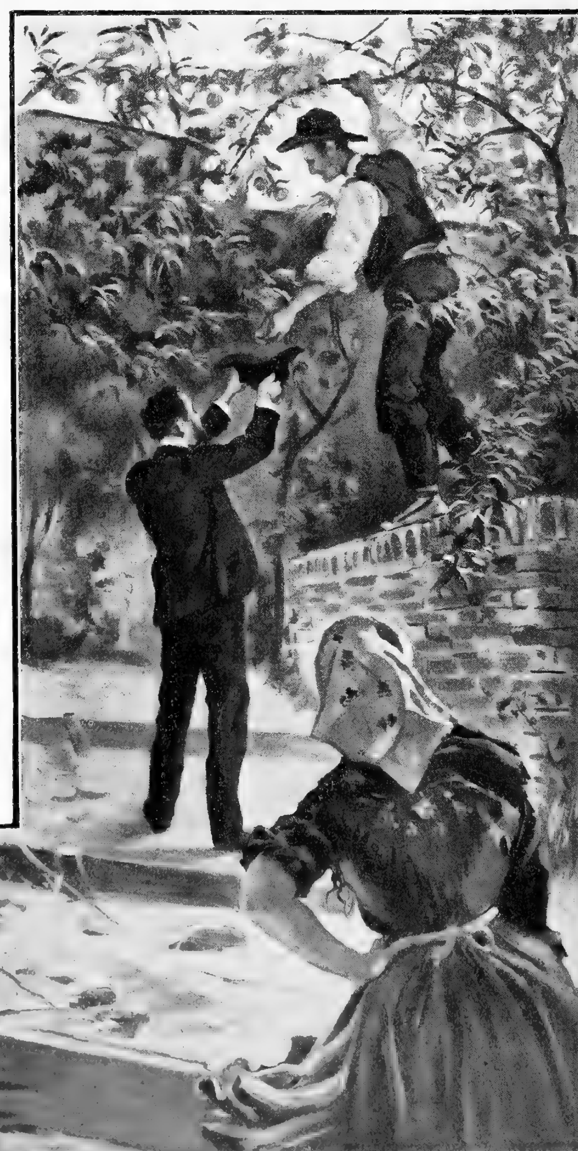
—Guapa está la espaliera este año, señorito. Apruebe, apruebe un piesco y verá que ye una bendición de Dios.

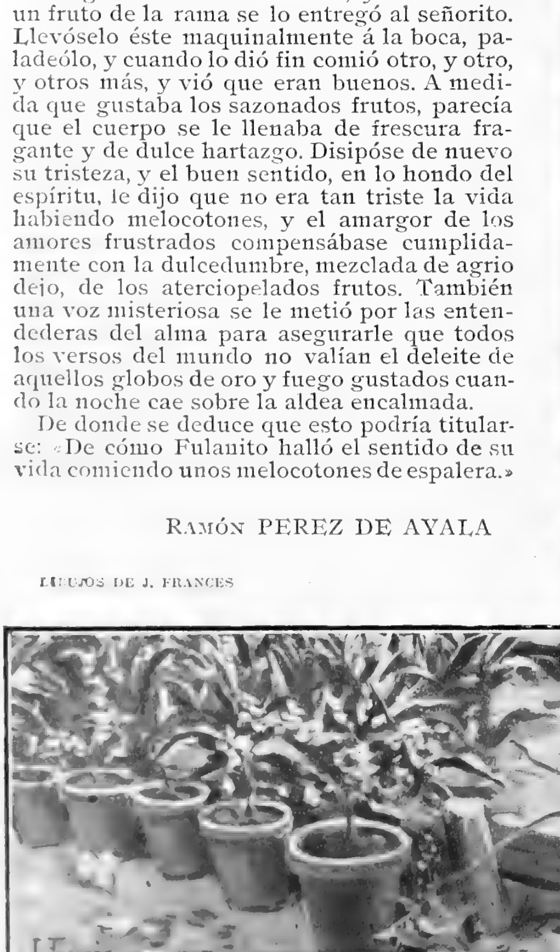
Alargó su mano el marido, y arrancando un fruto de la rama se lo entregó al señorito. Llevóselo éste maquinalmente á la boca, paladeólo, y cuando lo dió fin comió otro, y otro, y otros más, y vió que eran buenos. A medida que gustaba los sazonados frutos, parecía que el cuerpo se le llenaba de frescura fragante y de dulce hartazgo. Disipóse de nuevo su tristeza, y el buen sentido, en lo hondo del espíritu, le dijo que no era tan triste la vida habiendo melocotones, y el amargor de los amores frustrados compensábase cumplidamente con la dulcedumbre, mezclada de agrio dejo, de los aterciopelados frutos. También una voz misteriosa se le metió por las entendederas del alma para asegurarle que todos los versos del mundo no valían el deleite de aquellos globos de oro y fuego gustados cuando la noche cae sobre la aldea encalmada.

De donde se deduce que esto podría titularse: «De cómo Fulanito halló el sentido de su vida comiendo unos melocotones de espalera.»

RAMÓN PEREZ DE AYALA

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

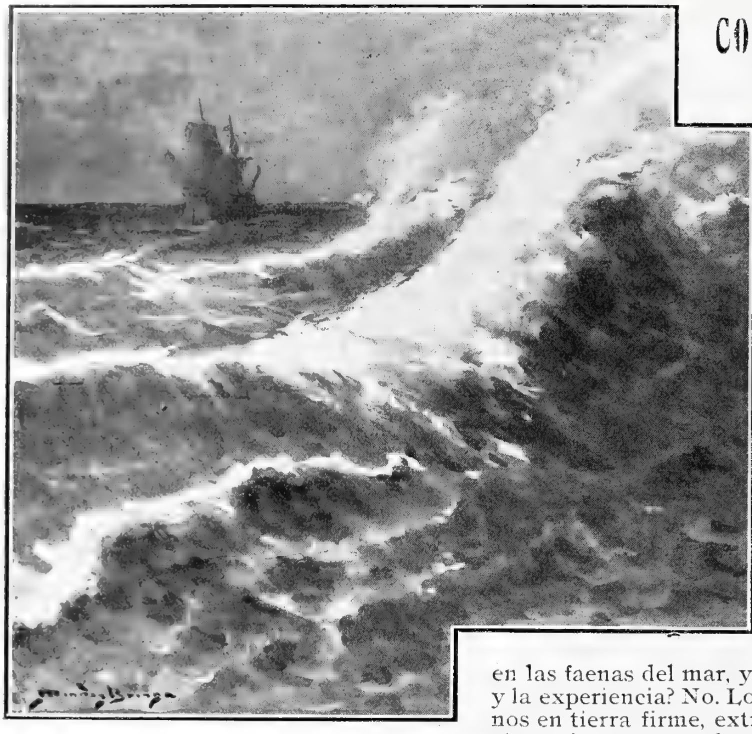




BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 17 Septiembre 1904. N.º 693



COLONIZADORES VIEJOS

Largadas todas las velas y henchidas por el viento duro, flameando en el tope la bandera de Castilla, rechinando los palos y crujiendo la quilla, cabeceando hasta beber el agua salobre, unas veces hundiéndose en el surco cóncavo, y otras saltando por la cresta espumante de las olas, iban las naves Atlántico adelante, con el recuerdo fijo del día que dejaron el puerto español y quizá sin la esperanza cierta de anclar en la costa ultramarina. ¡Qué importaba! Allí no temblaba más que el insensible maderamen del barco. Lo que era carne llevaba dentro de ella un corazón también insensible á la incertidumbre del destino y á los riesgos de la suerte.

¿Eran navegantes duchos en las faenas del mar, y seguros de dominarlo con el arte y la experiencia? No. Los más de ellos eran soldados buenos en tierra firme, extremeños del campo que no conocían más aguas que las del Tajo y el Guadiana, gente del hampa de las ciudades, vagabundos de las playas andaluzas, hidalgüelos pobres, tropa de aventureros que navegaban largos meses, vencido el miedo por la codicia, en busca de tesoros defendidos por la fiereza de anchísimos mares.

Allá fué Cortés, quemando sus navíos, resuelto á morir sin retorno. Allá fueron los Pinzones, Pizarro, Almagro, Balboa, descubriendo y conquistando tierras que completaban el hallazgo feliz de Colón.

Allá se asentó España desde el golfo mexicano hasta el estrecho temible que pasó Magallanes, estableciéndose sobre las aguas una doble vía de ida y vuelta, por la cual se iba la población de España y venía el oro de las Indias.

Allá fueron entonces y después, durante cuatro siglos, muchas naves, muchas galeras, muchas escuadras, muchos ejércitos, muchos aventureros y muchos frailes. ¿Cómo conquistaban? Con traiciones y engaños, ó con castigos, atropellos y crueldades. Captando los cuerpos sin captar las almas; tomando la tierra sin tomar su ambiente; robando los tesoros sin robar el cariño de los indígenas.

¿Qué llevaban las naves y qué desembarcaban? Llevaban frailes y soldados, aventureros ó fanáticos, codiciosos ú holgazanes, gente maleante y revoltosa, echada de aquí por el vicio, la necesidad ó la inquietud indómita del espíritu.

¿Qué desembarcaban? Antes que todo, una cruz y una espada. ¿Qué construían? Antes que todo, una iglesia y un castillo. ¿Qué constituían? Antes que todo, un obispado y una Capitanía general.

Antes que todo, sometían las conciencias y la libertad personal. Antes que colonos, hacían fieles y vasallos imponiendo el despotismo religioso y militar.

Y así los colonizadores eran temidos como una plaga caída sobre el país, pero nunca amados como nuevos compatriotas que venían á mezclar su sangre, sus intereses y sus afectos con el pueblo antiguo.

Y como la ignorancia y el terror eran instrumentos únicos de colonización, el dominio era más azaroso y reñido que sosegado y duradero; porque tarde ó temprano la luz llega á todos los rincones, y la fuerza se gasta, y se gasta más cuanto más se usa.

El progreso es como la evolución de nuestro planeta, se mueve todo á la par, y no hay pedazo ni habitante de él que, aunque se juzguen quietos y firmes, no anden sin querer y sin sentirlo al compás del movimiento terrestre. Y cuando el progreso social acabó con las supersticiones, hijas bastardas de la fe, y cuando el prestigio militar pereció en los campos de batalla, las colonias de España fueron desatándose fácilmente de aquella coyunda que las oprimía, no que las casaba con la metrópoli. Y hundidas sin defenderse las escuadras, desarmados sin pelea los ejércitos, arriada la bandera española en los fuertes, las colonias devolvían á la madre patria millares de soldados consumidos, en vez de devolverle aquellos alegres indianos henchidos de carnes y de oro.

¡Qué contraste el de aquellas navecillas frágiles que fueron á la conquista cargadas de aventureros temerarios y de esperanzas dichosas, y el de estos grandes vapores que tornaban de la derrota cargadas de espectros y de tristezas!

COLONIZADORES MODERNOS

La historia ha solido adjudicar á España el oficio de ojeador, que levanta la caza para otros. Hemos puesto el pecho y llevado las fatigas para que los demás pongan la mano y se lleven el provecho.

Contuvimos con los cuerpos la invasión de los moros africanos, los expulsamos de Europa, nos metimos en buena parte de África, y hoy nos quedan allí cuatro presidios costosos y unos inútiles pedazos del desierto, mientras los franceses son dueños del Norte y los ingleses amos del centro y Sur de aquel continente.

Señalamos con riesgo de la vida la ruta de América; enseñamos á encontrar islas y territorios, y los descubrimos y criamos para otras razas.

A ejemplo y detrás de las naves españolas, las de Portugal, Inglaterra y Holanda se lanzaron al mar y anclaron en playas desconocidas. Y allí, de costa á costa, en toda la tierra conquistada se asentaron, y permanecen en quieta y pacífica posesión.

¿Qué llevaban las naves y qué desembarcaban? Llevaban unas veces hombres doctos, gentes iniciadas en los secretos de la Naturaleza, que iban á estudiar el clima, la composición y las propiedades de las tierras vírgenes, para ensayar su cultivo apropiado; á minar el subsuelo, para conocer los metales que contenía en sus entrañas. Otras veces industriales prácticos, para poner en explotación los productos estudiados por los sabios. Otras veces fabricantes, para aprovechar las materias producidas por las industrias rústicas y convertirlas en géneros elaborados. Otras veces comerciantes, para dar movimiento á aquella producción y transportarla á los mercados europeos, cargando de retorno productos de Europa para los mercados indígenas.

Y siempre hombres útiles, legiones del trabajo, familias que marchaban para no volver con la ganancia, sino para fundar allí nueva patria y mezclar y confundir en ella la civilización que llevaban con la sangre y los intereses que allí vivían.

¿Qué desembarcaban? Instrumentos de ciencia, aparatos de ingeniería, maquinarias para la fabricación, herramientas para las edificaciones, aperos de labranza para el cultivo de la tierra.

¿Qué construían antes que todo? Un muelle y una factoría.

¿Cómo conquistaban y catequizaban? Con la vara de medir por espada y la balanza de pesar por cruz. Interesando á las colonias en los negocios; atrayéndolas con el lucro; respetando su conciencia religiosa, sus costumbres y tradiciones, su libertad.



¿Qué importaba á los colonizadores que los colonos rezasen al sol, á Brahma ó á Alah cuando acababan su trabajo del día? ¿Qué les importaba que vistieran ropas anchas ó estrechas, cortas ó largas, si les pagaban bien las telas?

¿Qué les importaba que se casasen con una ó con muchas mujeres, si de igual modo habían de engendrar pobladores y consumidores? ¿Qué les importaba que se gobernasen por sus leyes y por sus autoridades, mientras pagaran puntualmente los tributos y las cuentas del comercio de la metrópoli?

¿Para qué la soberanía religiosa ni la política, poseyendo la producción y el tráfico, que es lo útil y positivo? ¿Para qué captar las almas ni los cuerpos, captando el oro y secuestrando el comercio? ¿Para qué el vasallaje, ni la sujeción, cuando avasalla y sujeta el interés común?

Y como el interés es la cadena más fuerte en los egoísmos humanos, y la libertad la condición que más tranquiliza á los pueblos, colonizadores y colonizados viven en paz y seguridad, como consocios de una empresa mercantil.

Así, Holanda y Portugal conservan todavía sus posesiones, insostenibles de otro modo para Estados tan insignificantes como ellos; así conserva las suyas Inglaterra, más poderosa y grande por lo que tiene afuera, por sus territorios lejanos, que por sus tres islas europeas.

Mucho pueden sus formidables escuadras de guerra, señoras de los mares; pero sus flotas de barcos mercantes son el verdadero poder que guarda sus colonias.

Conténtase con la soberanía honoraria y el comercio efectivo.

Y por eso trueca la cruz y la espada por la balanza de pesar y la vara de medir.

Para expresar gráficamente el espíritu y fin de las diversas colonizaciones, habría de pintarse un cuadro donde apareciera un inglés, gordo y coloradote, comiendo opíparamente en la mesa, y junto á él estuvieran dos españoles flacuchos y atareados, el uno con el fusil al hombro haciéndole guardia, y el otro con el rosario entre los dedos rezando por la buena digestión.

Y al pie del cuadro la inscripción siguiente: *Los pueblos no se engrandecen por saber matar, sino por saber vivir.*

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

EUGENIO SELLÉS

RELATO ALIMENTICIO



En la *pastaflora* del tranvía eléctrico que conduce á *Chantilli* por *Hortaliza,* me encontré á mi amigo *P. Pinillos, pollo* que *bisté* con elegancia. Ostentaba un *cardo* en el *hojaldre* de la *lubina,* é iba demostrando que vive muy á sus *anchoas,* porque sus padres están *emparedados* con nobles familias, y lleva la *tartera* llena de *filetes* de Banco, producto de los *capones* que cobra y de los alquileres de cierta finca que no tiene *nata* de *langosta,* y que es de piedra desde los *pimientos* hasta el *torrado.*

Saludóme mi amigo, y *coco* á *coco* me fué *refriendo* sus curiosas *aves duras.*

—Sabrás—me dijo—que anoche, estando en el *foie-gras* del teatro Real, vi á mi Adela acompañada de la *lechuga* de su madre, que es *torta* del *ajo* izquierdo, y del san-*turrón* de su padre, que tiene *peladilla* toda su *cabeza de jabalí.* Adela se dirigió á mí con paso *menudillo,* y me dijo:

—*Asate* por mi *casca.*

—¿Tendrás valor para recibirme?

—Ni estoy *haba*-tida, ni estoy *ensaimada.* ¿Y tú me *amasijo?*

—Sí, hija; te amo como un *churro,* y te seré *miel* hasta la muerte.

En efecto; sacudí mi habitual *cereza;* llegué al número *chocho* de la calle del *Magro,* y me dije: «Vaya, *audaces fortuna* y *uvas.* Todo será que con ésta me pase lo que con las *ostras.*»

Ya sabes que Adela, aunque viste como una *criadilla* ó como una *chuleta* de los *berros* bajos, no es *grosella;* por el contrario, se pasa de *cariñena* y de *galantina.* Pero lo que tiene de *guinda* tiene de *croqueta,* pues de *castaña* le viene al galgo... etc., y por eso ha *lenguado* el amor que yo *sandía* por ella. ¿Verdad que soy muy *picadillo?*

Pues bien; nuestra entrevista fué *breva,* porque mi *piña* exclamó de pronto:

—¿No *percebes* ruido de *bofes* en la *escarola?*

—Sí; vienen cantando una *sardina* catalana.

—¡Ah! ¡Son mis padres! Escóndete, porque papá se *trufa* en seguida, y es fácil que te *arrope* por el balcón.

—¿Qué *perdices?* ¿No comprendes *queso* no es lo tratado?

—De lo que se *tarta* es de que ahora *tomates* en ese ropero. No *salsas* hasta que yo te *yema.*

—Lo que más me *crema* la sangre es que me hayas *estofado.*

En esto llegaron los padres: doña *Ciruela* y don *Jamón.* Adela, toda *sobreasada,* apagó el *melón* de cuatro mecheros, y la madre tropezó con el *picatoste* de la puerta, haciéndose un *salchichón* en la frente, mientras el padre se daba tal golpe, no sé si con el *pestiño* de otra puerta ó con la *asa-dura* de un cofre, que si hubiera cogido al culpable de aquella obscuridad, le hubiera pegado una *patata* en la parte posterior.

El susto fué *arroz.* Doña *Ciruela* cayó al suelo, y al caer hizo *¡flan!,* exclamando:—¡Voy á matar á Adela!

—Poco ganaríamos *conejo*—arguyó el padre,—porque una vez *mortadela,* ¿qué iba á ser de nosotros?

—¡Aquí no van á quedar ni los *nabos!*—pensé.—Yo me veré en el *barquillo* de los acusados, y Adela se verá *fresa* en la calle de *Piñones.*

Consomé mi *paciencia* en el ropero, temeroso de dar la gran *empanada* ó de que aquellos padres levantaran las *pastas* y me dieran una *col,* y al fin pude verme *liebre.* Desde entonces, Adela me está haciendo *rosquillas* en el alma y es mi constante *pescadilla,* porque no hay mujer más *ensalada.* ¡Todo mi amor será *paella!* ¡Si tú te hubieras *pisto* en mi caso...

—*Angulas peces* me he *pisto,*—dije á *P. Pinillos.*—¿Crees que esto es *huevo* para mí?

El tranvía paró en la calle de la *Coliflor* baja, y al despedirnos me dijo mi amigo:

—¿Guardarás *conserva* absoluta *acelga* de esto? ¿No harás que esto se *sopa?*

—¡Hombre—le respondí,—no me creas tan *mantecado!*

Ya separado de *P. Pinillos,* y yendo por el *principio* de la calle de *Torrija,* me echaron agua desde un balcón, y tuve que volver á mi *casca* con toda la ropa *mojama.* Alquilé el *salmón* número diez en la *perada* de la plaza del *Cacao,* y di al cochero una peseta en *puerros,* porque en *plátano* la llevaba... ¡Pobre de mí! ¡Y *bacalao* hasta la *nuez!*

Después he sabido quién fué el autor de la *grasa.* ¡Oh! en cuanto *leche* la vista encima, se acordará de mí *per sémola semulorum.* Amén.

Juan Pérez Zúñiga

Dibujo de Xaudaró

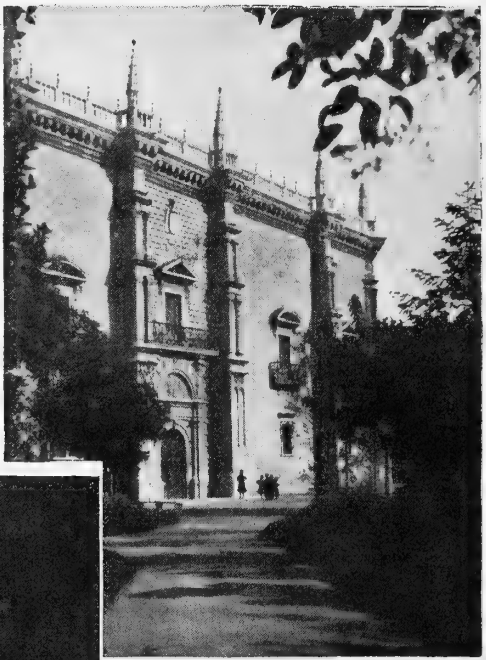
DEJA DE CANTAR, JILGUERO,
QUE ME ESTÁS ATORMENTANDO;
QUE ES MUCHA PENA EN UN TRISTE
OIR CANTAR Y ESTAR LLORANDO



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR ADOLFO LOZANO

EL MUSEO DE VALLADOLID



FACHADA DEL MUSEO

PARA conocer la historia de la pintura española, es insuficiente el Museo del Prado; mas para saber algo respecto á la historia de nuestra escultura, es absolutamente inútil. La mejor colección de obras escultóricas de maestros castellanos es la custodiada en el magnífico Museo de Valladolid.

En él se encuentran obras excelentísimas del Miguel Angel español D. Alonso Berruguete y González, castellano viejo, nacido en Paredes de Nava, muerto á los ochenta y un años en Toledo, cuando labraba el estupendo sepulcro de D. Juan Tavera, cuya estatua yacente significa, á nuestro entender, en la escultura española tanto como el *Moisés* de Buonarotti en la italiana. Pero aunque otras muchas obras de Berruguete pueden verse en Toledo, en templos de Valladolid, de Burgos y de Medina del Campo, etc., sólo en este Museo de que hablamos se nota la influencia de Berruguete en otros maestros inmortales como Juan de Juni y Gregorio Hernández, cuyas obras llenan el Museo.



UNA VIRGEN BIZANTINA DE MADERA, DEL SIGLO XII AL XIII

La historia del arte español recuerda pocos esfuerzos más hondos, más honrados y fecundos que el realizado por Berruguete desde que regresó en 1520 de Italia, adonde había ido muy mozo para estudiar bajo la dirección de Miguel Angel, hasta 1561 en que murió. Fueron cuarenta y un años de trabajo incesante, de activa lucha, primero contra el gusto y la práctica de los antiguos imagineros alemanes, de aquellos que realizaron las maravillas de Burgos, de Sevilla y de Toledo. Berruguete solo en Castilla, y en Sevilla Torrigiano, fueron los adalides del Renacimiento en la escultura; pero Torrigiano no pasó de ser un italianizante, mientras que el Maestro de Valladolid dió á la Estatuaria y á la Arquitectura escultórica carácter propio y estilo nacional. Vencidas quedaron las aprovechadas familias de escultores extranjeros, que eran dueños de nuestros retablos y señores de nuestros claustros y portadas: los Copines, los Egas, los Siloés; sometido á regañadientes el prestigioso maestro borgoñón Felipe Vigarny, que hubo de compartir con Berruguete la obra magna del coro toledano. La minuciosa é impertinente factura de los artistas que seguían la tradición gótica, cedió el paso á la noble, liberal y grandiosa interpretación de la naturaleza, tal como la entendía Berruguete. Fué aquélla una de las más interesantes etapas del viejo pleito entre el escultor que se acerca al tallista ó al orfebre y el escultor que se aproxima al pintor mural y al arquitecto, hoy vemos reproducida la pelea entre los prolijos escultores franceses de la escuela antigua (Barrias, Frémiet, etc.) y el Miguel Angel ó el Berruguete moderno Augusto Rodin, á quien, sin poseer su genio, sigue Constantino Mennier, y ante quien se doblega un artista de tanto mérito como Falguière.



SALÓN-BIBLIOTECA DEL MUSEO

Pero no es sólo la personalidad de Berruguete la que aparece en las sillas y en el retablo de San Benito, conservados en el Museo vallisoletano. Son los otros grandes escultores de Valladolid: el maestro Juan de Juni, cuya nacionalidad material se ignora, pero que moralmente era un español á machamartillo, de aquella raza realista que no retrocedía ante ningún horror



BAJORRELIEVE DEL SIGLO XIV

ni ante fealdad alguna, porque para ella todo lo natural podía ser artístico. Juan de Juni es el Valdés Leal de la escultura, y su *Cristo tendido* ponía los pelos de punta al suave y simpático Amicis, mientras su *San Bruno* bien puede ponerse junto al de Alonso Cano.

En fin, la tercera personalidad que resalta en el Museo es la del escultor gallego Gregorio Hernández, que trabajó en el mismo taller de Juni. Obras de Gregorio Hernández hay en todas las iglesias y conven-



SILLA PRINCIPAL DEL CORO DE SAN BENITO, ATRIBUÍDA Á ANDRÉS DE NÁJERA

tos de Castilla; como que trabajó sin cesar con una actividad pasmosa. Pero en él se inicia la decadencia. El exceso de trabajo le obligó á *repetir* las cabezas de sus santos y santas, dejando á los discípulos el cuidado de los ropajes, que fueron perdiendo la grandiosidad, hasta desaparecer del todo, desgracia que ocurrió en el siglo XVII.



BAUTISMO DE JESÚS ALTORRELIEVE EN MADERA, DE GREGORIO HERNÁNDEZ



CRISTO YACENTE, DE JUAN DE JUNI — Fots. García Lapuente

De entonces data el *vestir imágenes*, con mengua del arte religioso, hoy en tan lastimosísima decadencia.

Es, pues, el Museo de Valladolid uno de los depósitos sagrados de la antigua vida española. A él debieran consagrar los Gobiernos, y también los sabios, más atención de la que hasta ahora le han concedido.

Pero, desgraciadamente, en las esferas gubernamentales sólo se vive para las codicias políticas, y es desatentada empresa la de pedir una justa y debida protección á la vida del arte, tan atendida en los envidiables países civilizados.

* * *



ANOCHECER EN LOS CANALES DE VENECIA

Por fin el viento se alza, la noche llega. Pálidos colores de un gris amarillento y de un verde violáceo descienden hasta el agua, que se mece sin cesar infinita, indistinta, y su negra marejada produce un vago sentimiento de inquietud. El viento combate, llora, retuerce en el cielo los nubarrones; el incendio que enrojecía el horizonte ha desaparecido. De trecho en trecho, la luna aflora entre los desgarrones de las nubes; va así, vadeando, de hendidura en hendidura, tan pronto apagada como encendida, chorreando un momento su luz sobre la onda turbia. No obstante, se ve clara la enorme redondez de la cúpula celeste; la tierra en el horizonte no es más que una estrecha faja carbonizada. El mar lleno de estremecimientos; la vaga bruma, y por cima de ella los cuerpos opacos de las flotantes nubes movedizas, ocupan el espacio.

Nada puede expresar el color del agua á semejante hora: morena como de jaspe obscuro, á veces zarca, pero bullente en cuchicheos innumerables, se la oye, desde luego, sin verla casi, sin discernir nada en aquel vasto desierto de formas flotantes. Poco á poco, los ojos se habitúan y sienten la imperecedera luz que emerge siempre de ella. Como un espejo en una sala secreta y cerrada; como uno de esos espejos mágicos de profundidades incógnitas que describen las leyendas, el mar luce obscura, misteriosamente, pero luce sin cesar; tan pronto surge de él la punta de una ola corta, tan pronto el lomo de una larga ondulación, ya la pulida pared de un fondo tranquilo, ya la agitación de un remolino que recoge un relámpago, un reflejo lejano, una súbita oleada blanquecina. Todos estos débiles fulgores se cruzan, se recubren, se entremezclan, y hé aquí que de la negra obscuridad sale un claror dudoso, como el de un metal entrevisto en la sombra, un infinito de luz palideciente, el brillo inextinguible del agua viva, en vano amortiguado por el cielo muerto...

La barca se acerca: á la izquierda, en un silencio extraordinario, el canal Orfano se hunde inmóvil y desierto. La calma del agua negra y reluciente penetra los nervios de placer y de horror. El espíritu se sumerge involuntariamente en estas frías profundidades. ¡Qué extraña vida la de esta agua muda y nocturna!

En esto, iglesias y palacios crecen y sobrenadan en el mar con facha de espectros. San Marcos se descubre, y su arquitectura rasga las tinieblas con sus agujas y con sus múltiples redondeces. Como en la fantasía de un mágico, como en la aérea decoración de un alcázar imaginario, se vislumbra la plaza con sus columnas y su campanil entre dos cintas de luz.

Después la barca penetra en las callejuelas y canalizos sospechosos, donde, de tarde en tarde, una almenara ó fanal arroja al agua su penacho de luz temblona; ni una figura, ni un ruido, salvo el grito del gondolero al doblar las esquinas; á cada instante la góndola horada la penumbra de un puente; después, lenta como un gusano que se estira, rastrea las escalinatas de un palacio invisible en la sombra espesa como de cueva. De súbito parece soltarse, y se descubre una linterna aislada que tembletea lúgubre en la obscuridad, pintando con sus reflejos un chisporroteo fugitivo en el lívido vientre de una ola. Otras veces, la ola choca con una escalera desmoronada, con cimientos resquebrajados; se distingue una ventana con reja, una pared leprosa y, en torno, un enredijo de canales encrucijados, de aguas tortuosas, que van hundiéndose en medio de mil formas desconocidas...

H. TAINE

DIBUJO DE DOMINGO FERNÁNDEZ

Crónica Gráfica

Celebérrimo fué en los siglos xvi y xvii el santuario de Nuestra Señora de Consolación, fundado junto á la importante villa de Utrera, una de las más ricas poblaciones del riquísimo reino de Sevilla. Por los años de 1520, un Antonio de la Barrera fundó una ermita para albergar la linda imagen de Nuestra Señora, famosa en toda España por su juvenil y delicada belleza. En 1561 ocuparon el santuario los frailes mínimos de Ecija, quienes construyeron una magnífica y suntuosa casa de religión, capaz para cien religiosos.

De aquellos tiempos datan las famosas fiestas y feria de Utrera, que se celebran todos los años los días 5, 6, 7 y 8 de Septiembre, y que en el actual se han verificado con gran gusto y animación.

También se dice que han estado muy animadas las fiestas de Medina del Campo, y para que nada faltase en ellas, aún ha habido varias desgracias personales en la capea de novillos que se verifica en la plaza pública en las primitivas condiciones, de que puede formarse idea por la fotografía.

Pero si en las fiestas de Utrera no se observa decadencia notable, en cambio la degeneración es patente por lo que hace á la gran feria de Medina del Campo, que en los siglos xv y xvi fué concurridísima y famosa, no sólo entre los mercaderes y tratantes de cuatropea, sino más aún entre los aficionados á libros é impresos de todo género. En ella, los vendedores de libros de caballerías, comedias y romances de cordel hacían su agosto, y era hermosísimo ver cómo de aquel árido lugarón de Castilla partía una irrestañable y abundosa corriente de romanticismo poético que iba á incrustarse en las almas castellanas, para empujarlas ora á la hazañería caballeresca, ora á la picaresca.

De Valencia, donde se ha dicho que el ilustre novelista Blasco Ibañez se hallaba gravemente enfermo, nos remiten una fotografía en que se ve al maestro rodeado de su familia é indolentemente apoyado en una barca, de espaldas al mar, de frente á su casa de la Malvarrosa, y con todas las apariencias de un hombre sano y feliz, que aún podría serlo mucho más si sólo pensase en su playa admirable y en sus libros, que no lo son menos.

En Tolosa se ha inaugurado con gran solemnidad el nuevo y magnífico edificio del Archivo provincial de Guipúzcoa, y en Santo Domingo de la Calzada se ha colocado la primera piedra para las Escuelas municipales, asistiendo al acto el exministro D. Miguel Villanueva, diputado por el distrito é iniciador de las obras. Nos satisface ver cómo se van realizando estas obras beneficiosas para la cultura nacional.

El príncipe imperial de Alemania se casa ó, por mejor decir, le casan sus papás, por apartarle de los extravíos á que suele estar expuesta la juventud inexperta. La novia es la gran duquesa Cecilia de Mecklemburgo, hermana del actual gran duque; una joven de arrogante figura y de rostro en que se retrata la más angelical inocencia.

Enviamos á todas las jóvenes solteras nuestro pésame, por haber perdido irremisiblemente uno de los mejores partidos de Europa.



UTRERA (SEVILLA). LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN ENGALANADA DURANTE LOS FESTEJOS Fot. Juan Barrera



MEDINA DEL CAMPO. UNA DE LAS CAPEAS VERIFICADAS EN LA PLAZA Fot. H. Román



BLASCO IBÁÑEZ, SU SEÑORA Y SUS HIJOS EN LA PLAYA DE LA MALVARROSA Fot. López Fernández



TOLOSA (GUIPÚZCOA) INAUGURACION DEL NUEVO ARCHIVO PROVINCIAL Fot. Olañeta



SANTO DOMINGO DE LA CALZADA (LOGROÑO).
COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA PARA EL EDIFICIO DE ESCUELAS MUNICIPALES Fot. Oñate



GELBENSANDE (ALEMANIA). EL PRÍNCIPE IMPERIAL Y SU NOVIA LA GRAN DUQUESA CECILIA DE MECKLEMBURGO EN LA QUINTA DE GELBENSANDE



ALTONA (ALEMANIA). EL EMPERADOR Y EL GRAN DUQUE DE MECKLEMBURGO AL FRENTE DE UN REGIMIENTO

Fots. Berliner Illustrations Gesellschaft

ALTO EN UNA MONTERÍA,
POR EMILIO SALA



EL PALACIO DE LAS BRUJAS



SIGUIENDO á lo largo de una callejuela estrecha y tortuosa, se llegaba á una plaza en cuyo suelo crecía la hierba. A la derecha se alzaba el muro de un convento con huecos tan estrechos como aspilleras, defendidos por tupidas rejas erizadas de puntas de hierro. A la izquierda se extendía el atrio de una iglesia, cerrado por gruesas cadenas pendientes de macizos pilares de granito. El fondo lo cerraba el Palacio de las Brujas.

Tenía la fachada de este palacio el color de cobre que adquiere con los siglos la piedra blanca de Castilla; la puerta, de recia madera de roble, adornada de hierros y clavos viejos y mohosos; sobre el medio punto de la portada, y bajo el suelo de un balcón volado y medio hundido, un escudo con los blasones carcomidos por la lepra del tiempo; cuatro balcones de antepechos de piedra, primorosamente calados; cuatro medallones ovalados que, respectivamente, contenían los perfiles de un obispo, de un caballero, de una dama y de un fraile, lacerados y carcomidos como los blasones del escudo; en lo alto una fila de piedras movidas de su aplomo y sacadas de su nivel, labradas en el más puro estilo plateresco, sosteniendo el alero del tejado que se desmoronaba, y dos gárgolas, una á cada lado, á punto de caer con sus fauces abiertas sobre el pavimento de la plaza. Ni un cristal sostenían los plomos desprendidos de las vidrieras; las maderas de los balcones estaban agrietadas las unas, desencajadas de sus marcos otras, desprendidas de sus huecos todas.

A las altas horas de las noches de luna chirriaban las herrumbrosas fallebas de balcones y ventanas, y asomaban sobre balaustradas y alféizares caras achatadas, rostros arrugados, hocicos contraídos en gesto de permanente succión, semblantes cuyas narices, pómulos y barbillas de las formas más caprichosas presentaban las combinaciones más horribles.

Si la noche era tempestuosa ó caía la nieve, tendiendo blanco y tupido velo sobre casas y campos, brotaba de todas las grietas y agujeros de la techumbre del palacio un vaho ceniciento, que se balanceaba unos instantes movido por el huracán, y se desgarraba luego en mil pedazos angulosos, que emprendían trémula y vertiginosa carrera por los aires; eran las brujas habitantes del palacio abandonado que iban á sus desenfrenados aquelarres.

Una de las noches que el escuadrón de brujas, ya en el espacio, se disponía á emprender la caminata, vieron algo extraordinario que las sobrecogió. El cielo estrellado estaba en la tierra. El suelo aparecía sembrado de puntos luminosos que titilaban; entre ellos, grandes globos lanzaban torrentes de luz azulada, como si la luna al caer sobre el pavimento de la ciudad se hubiese disgregado en discos luminosos que yacieran esparcidos. Las nubes parecían más negras y tormentosas que nunca.

Las brujas estrecharon sus filas; un estremecimiento de pánico corrió por todos sus cuerpos, y movidas por el mismo sentimiento de terror emprendieron vertiginosa fuga.

Pronto perdieron de vista aquel pedazo de suelo estrellado, cruzaron casi á ras de tierra campos yermos y llegaron á la falda de un monte cuya cima nevada se perdía en el seno de negros nubarrones. Allí se posó la bandada de brujas.

Pocos momentos después un lamento lejano y prolongado rasgó los aires. Nuevo terror hizo estremecer á las brujas, y puestas en pie, miraron hacia el lado de donde el lamento había vibrado. Un monstruo negro, empenachado, de humo rojizo, con fauces de fuego que resollaban acompasada y vi-

gorosamente, cuyos ojos, el uno de pupila roja y el otro blanca, parpadeaban nerviosos, se adelantaba amenazador hacia donde estaban las brujas.

«Es el diablo que viene á buscarnos», gritó una vocecilla; «es el diablo, es el diablo», gritaron y repitieron otras voces atipladas; y trocado el espanto en alegría, presurosas è impacientes las brujas, corrieron al encuentro del monstruo, disputándose el primer beso y el primer abrazo de su amante rey y señor.

A los gritos de alegría siguieron gritos de dolor, imprecaciones, crujir de huesos y rechinar de encías desdentadas. Un gran espacio de vía quedó sembrado de cráneos pulverizados y fragmentos de esquirlas.

El monstruo siguió su marcha sin notar siquiera la destrucción que había producido, llevándose enganchados en los topes de la locomotora, en los estribos de los coches y en las ruedas del tren miembros de brujas ferozmente mutilados.

¿Cuántas murieron? Casi todas. Algunas de las pocas que se salvaron de la catástrofe, al tratar de huir, tropezaron con los hilos del telégrafo y perecieron colgadas de ellos. Durante algunos días el viento agitó sus escuálidos restos.

Al romper el alba tras de aquella trágica noche y cuando empezaba á destacarse en la sombra de la vieja fachada del Palacio de las Brujas, dos de éstas cayeron sobre el tejado. Eran las únicas que



habían quedado vivas de la nutrida bandada que salió de él la noche anterior.

Estas dos brujas no salieron más de su palacio. Paseaban su soledad por los desmantelados salones medio derruídos, lloraban su tristeza acurrucadas en las obscuras crujías casi derrumbadas. Alguna vez, á la caída de la tarde, oían recios aldabonazos en la puerta de la calle y secos golpes en las maderas de balcones y ventanas, que las hacía correr por los pasadizos y corredores, echando abajo algún tabique ó haciendo caer alguna viga apolillada. Eran los muchachos de la ciudad, que apedreaban la casa....... ..

Una legión de obreros entró en el arruinado caserón. Sus piquetas no respetaron ni carcomidos artesones, ni vetustas piedras talladas, ni escudos aterciopelados con moho. La luz del sol, el aire del cielo, el perfume de la vida penetraron hasta el fondo de la más honda y húmeda bodega. En el último rincón estaban agazapadas las dos brujas, á quienes la invasión destructora había acorralado en aquel lugar, y allí las encontraron trémulas y agonizantes algunos operarios, los cuales, creyéndolas ruines escarabajos envueltos en tupidas y asquerosas telas de araña, les dieron muerte alevosa entre risas, gritos y algazara.

Sobre el terreno que ocupó el Palacio de las Brujas se alza hoy un soberbio y suntuoso edificio. Tiemblan sus pisos á impulsos de cien motores eléctricos, que hacen rodar sin descanso los cilindros de mil rotativas. Salen de él á cada momento millones de hojas impresas, que rápidos automóviles conducen á trenes y vapores que las esparcen sin cesar por todas las partes del mundo.

LEMA: THANE DE GLAMIS

DIBUJOS DE REGIDOR (NÚMERO 24 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



LOS ENEMIGOS DEL ALMA

El excelente P. Ripalda, conforme de todo en todo con el excelentísimo P. Astete y con varios teólogos del mayor respeto, declara que los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne.

Aun cuando esto de la *carne* sea preciso, naturalmente, tomarlo en sentido figurado ó traslaticio, no será menos necesario convenir en que, hoy por hoy, las cosas han variado y el progreso es tan grande, que no hay completa exactitud en lo dicho por aquellos respetables y sabios varones.

Al menos, tal se deduce del cuadro en que nuestro buen amigo el laureado artista Cecilio Plá nos presenta á los tres enemigos del alma. Sería una tremenda é indisculpable ordinariez llamar *carne* á esa elegante é incitante joven que se apoya con terrible indolencia en el globo terráqueo.

No es, sin duda, la carne su principal atractivo; es lo menos carnal del mundo; es la arrebatadora y poderosa malignidad que en sus ojos chispea. No necesitaba Plá haberla pintado esas alas satánicas para que todos estuviéramos convencidos, viéndola, de que algo de Luzbel le andaba por dentro. Por eso ha hecho muy bien en representarla dominando al mundo, estrechándole entre sus brazos. Y harán mejor los teólogos modernos afirmando que, en el día, los enemigos del alma son mundo, demonio y... eterno femenino, porque éste lo comprende todo: mundo, demonio y carne.

DIBUJO DE. C PLA

PÁGINAS INFANTILES

GENTE MENUDA

CUENTOS · CONCURSOS · HISTORIETAS

CUENTECITOS INOCENTES. EL PASTOR MINISTRO.

Había una vez un rey muy bueno, como lo son todos los de los cuentos y algunos de la Historia.

Pero el rey sufría mucho, como sufren todos los reyes buenos, porque veía que el pueblo lo pasaba mal.

Y el pueblo lo pasaba mal porque los ministros no sabían gobernar, y sobre todo, porque el ministro de Hacienda era un ladrón que no pensaba más que en hacer su negocio.



El rey, viendo esto, mandó echar pregones en busca de un hombre honrado para nombrarle ministro de Hacienda.

Trabajillo costó encontrarle, porque los que se ofrecían á ello no eran honrados, y los que eran honrados no querían ser ministros.

Pero al fin se encontró un pastor que estaba apacentando sus carneros y tocando la churumbela. El cual consintió en ser ministro de Hacienda, porque no sabía lo que era eso.

Y lo fué, y administró honradamente, y el pueblo comenzó á estar mejor, y el rey contentísimo con el pastor ministro.

Pero el pastor se aburría mucho siendo ministro, y pasaba muchas fatigas y malos ratos, y los envidiosos le daban muchos disgustos.

Sólo se le veía la cara alegre cuando se encerraba en un cuarto que daba á los jardines de palacio, lo cual hacía siempre que le era posible.

Por esto, los envidiosos le dijeron al rey que en aquella habitación guardaba el pastor ministro los tesoros que estaba robando al mismo rey y al pueblo.

El rey, aunque no creía tal calumnia, fué secretamente á ver lo que hacía el pastor allí encerrado. Abrió la puerta con una llave falsa que había mandado hacer, y cuál no sería su sorpresa al ver que el ministro estaba sentado en el quicio de la ventana, mirando al jardín y tocando la churumbela como cuando era pastor.

Además, en el cuarto no había caja, ni arca, ni mesa, ni nada donde guardar dinero.

Entonces el rey, conmovido, abrazó á su ministro y le contó lo que le habían acumulado, añadiendo que le pidiera lo que quisiese.

—Señor—dijo el ministro, enseñando la churumbela que tañía—estos son mis tesoros; y si vuestra majestad quiere que le pida algo importante, le pediré volverme con mis ovejas, y no ser ministro ni un minuto más, para no aguantar más envidias ni calumnias.

—Esa—le contestó el rey—es la única cosa que no puedo yo concederte. pues probada tu honradez, no tienes más remedio que seguir siendo ministro, que quieras que no.

Al oir esto, el pobre pastor tiró la churumbela y se puso á llorar amargamente, considerando que á los hombres honrados les toca siempre fastidiarse por los que no lo son.

DIBUJO DE GISBERT



HISTORIETAS NATURALES. EL YAK

El yak parece un animal de broma. Tiene la cabeza de toro y no es un toro; tiene la cola de caballo y no es caballo; tiene la giba de camello y tampoco lo es; tiene las patas como las de esos perros de lanas largas, y en ninguna otra cosa más se parece al perro, ni al caballo, ni al camello. En cambio, al toro sí que se parece en todas las cosas importantes, pues como la cabeza es lo principal, por la cabeza es menester juzgar y calificar á los animales y á los hombres, y no por los pies ni por la giba.

Si se le cortase la cabeza, el yak parecería un manguito gigantesco y á medio apolillar.

Los niños madrileños conocen á toda una familia de yaks que habita en el Retiro, compuesta de yak papá, yak mamá y *yakitos* chicos. Son una familia bonachona y bien avenida. El padre ostenta un magnífico gabán de pieles negras, y en la joroba luce una especie de *vistas* ó *chal* blanco; blanca tiene también la cola y poblada como la de un caballo cordobés. La madre tiene todo el pelo blanco y un aire de resignación y bondad que infunde respeto. Se diferencia del macho en que á ella las lanas de las patas le llegan hasta el suelo; de forma que, al parecer, anda arrastrándose, como si tuviese los pies por debajo de tierra.

Como el pelo les abulta tan desmesuradamente, los yaks resultan unos animales desproporcionados, cortísimos de patas, achaparrados y nada garbosos. Cualquiera pensaría que estos bueyes de patas tan cortas eran lentos y pesados como los bueyes de Castilla. Además, la expresión de la *cara* del yak más bien denota lentitud y reflexión que ligereza y vivacidad. Pues bueno; ved cómo no hay que juzgar por las apariencias. El yak en estado salvaje y hasta en el de domesticidad es uno de los animales más ligeros del mundo; aventaja en el correr á los mejores caballos, é iguala al corzo y al ciervo en la seguridad y firmeza con que pisa, andando por los sitios más peligrosos y por los más enriscados vericuetos. Esto se explica, porque el yak se cría exclusivamente en las montañas del Tíbet, en Asia, no en Siberia, como dice el cartel que hay en el Retiro. En Siberia es donde se venden y se compran los yaks; mas para verlos en rebaños grandes ó bien sirviendo como cabalgaduras y como bestias de carga, es necesario arriesgarse hasta el Tíbet, país dificilísimo de visitar, y en el cual están penetrando ahora los ingleses á fuerza de trabajos y de atrocidades.

Es el yak un excelente sujeto, trabajador, manso, bondadoso, como su fisonomía revela; pero, como sucede con todas las reses de este carácter, no hay que buscarle el genio, porque también se enfurruña, lanza un gruñido semejante al de los verracos, y pega un testarazo formidable á quien le moleste.

Respecto de si es comestible ó no, están divididas las opiniones. Los tibetanos no lo comen; prefieren la carne de cabra; en Siberia, donde no abundan las viandas delicadas, hay quien se atreve con un solomillo de yak; pero eso va en gustos y en apetitos. En cambio, con sus lanas y sus pelos se hacen tejidos preciosos, alfombras, mantas, etc. Lo preferido del yak por los comerciantes es la cola. Hay algunas que alcanzan precios considerables. El comercio de colas de yak es muy activo entre el Tíbet y China, por el Oriente, y entre el Tíbet y Persia ó Turquía, por el Occidente.

¿Queréis saber para qué sirve la cola del yak? Pues ¡ahí es nada! Tanto entre los chinos como entre los turcos y persas, es un signo de autoridad. ¿No habéis oído hablar de los bajás de tres colas? Pues esas tres colas son de yak. Los mandarines chinos, por su parte, no dejan de aprovechar la cola del yak para adornar sus autoritarios gorros en invierno. Y dicen que hay sitios donde esa cola sirve de bandera ó enseña de la patria. Habrá, pues, casos en que por la cola de un yak se dejen matar centenares de hombres, lo cual siempre es hermoso y consolador.

DIBUJO DE REGIDOR



DIÁLOGO DE LAS MANOS.

La mano derecha le dijo á la izquierda:—Hija, yo no he visto desfachatez como la tuya. Eres lo mismo que yo, has sido criada para servir al mismo hombre, debes tener igual fuerza que yo, y, sin embargo, eres perezosa, torpe, cobarde, descuidada y tienes otros mil defectos que me callo. Cuando hay que trabajar en cualquier oficio ó menester, haces todo lo posible por escurrir el hombro y solamente acudes cuando ya no tienes otro remedio. Si se trata de escribir, mientras yo correteo leguas y más leguas por el papel, cargada con la pluma y haciendo infinitos viajes desde el papel al tintero, tú te estás quietecita y sosegada sobre la mesa, ó cuando más, te empleas en sujetar el papel, lo cual no te ocasiona la menor incomodidad. ¿Hay que pelear á puñetazos ó con la espada propia de los caballeros? Pues para nada sirves: mientras yo salvo la vida de mi amo, tú te apoyas modestamente en su cintura ó te paseas por su espalda, resguardándote de todo ataque.

Si es para comer, aun cuando tú empuñas el tenedor, ¿qué sería de nuestro amo si yo no manejase el cuchillo? En fin, no sirves ni para abrochar un botón, ni para hacer el lazo de la corbata... Hija mía, eres una holgazana de siete suelas y no mereces llevar el nobilísimo nombre de mano, ni menos llamarte hermana mía, puesto que yo presto tan eminentes servicios al hombre mientras tú no le sirves de la menor utilidad.

—¿Has acabado ya tu discurso?—contestó la mano izquierda.—Porque voy á contestar á todas tus acusaciones. Tú me motejas de holgazana y desidiosa y alabas sin medida tus servicios, porque no tienes fe en otra cosa que en la acción, y has de saber que si es bueno *hacer* muchas cosas, no han venido los hombres al mundo para ese único fin. Mientras que tú, dirigida por el sabio ó por el poeta correteas en el papel, no te fijas en que sobre mí descansa la abrumada frente del escritor, es decir, que si tú le ayudas á componer, yo le ayudo á pensar, que es más importante. Cuando se trata de pelear, tú estás pronta á alzarte cerrando el puño ó requiriendo la espada, porque tienes un natural violento, tienes muy malos prontos y estás siempre dispuesta á la agresión. Yo, en cambio, permanezco prudente y sosegada, no me meto en disputas sangrientas, porque como estoy al lado del corazón, sé lo que vale la sangre; mas si llega el caso de la defensa, yo defiendo el cuerpo de nuestro amo, clavándome en su cintura para equilibrar tus movimientos y darles fuerza. Para comer, tú misma reconoces que yo manejo el tenedor, y aunque tú uses del cuchillo, esto no le sirve de nada á nuestro amo, que no va á cometer la incorrección de llevarse el cuchillo á la boca; se come con el tenedor, y como esa es la acción más fina del yantar, soy yo quien la ejerce. En cuanto á lo de los botones y la corbata, no quiero hacer caso, porque semejantes menudencias no merecen atención de una mano bien nacida. Pero además yo te soy superior, superiorísima por otro concepto que en dos palabras voy á decirte. A ti te han educado desde pequeña, te han dirigido, te han acostumbrado á la acción, mientras que en mí todo ha salido de mi buen natural, pues nadie se ocupó en instruirme y yo sola me hago lo que sé, sin que nadie me lo enseñe. Total, que soy mejor que tú, como es siempre mejor el que cede á sus impulsos naturales buenos, y *piensa* que el que imita ó repite lo que le han enseñado, no sabe más que *hacer cosas*.

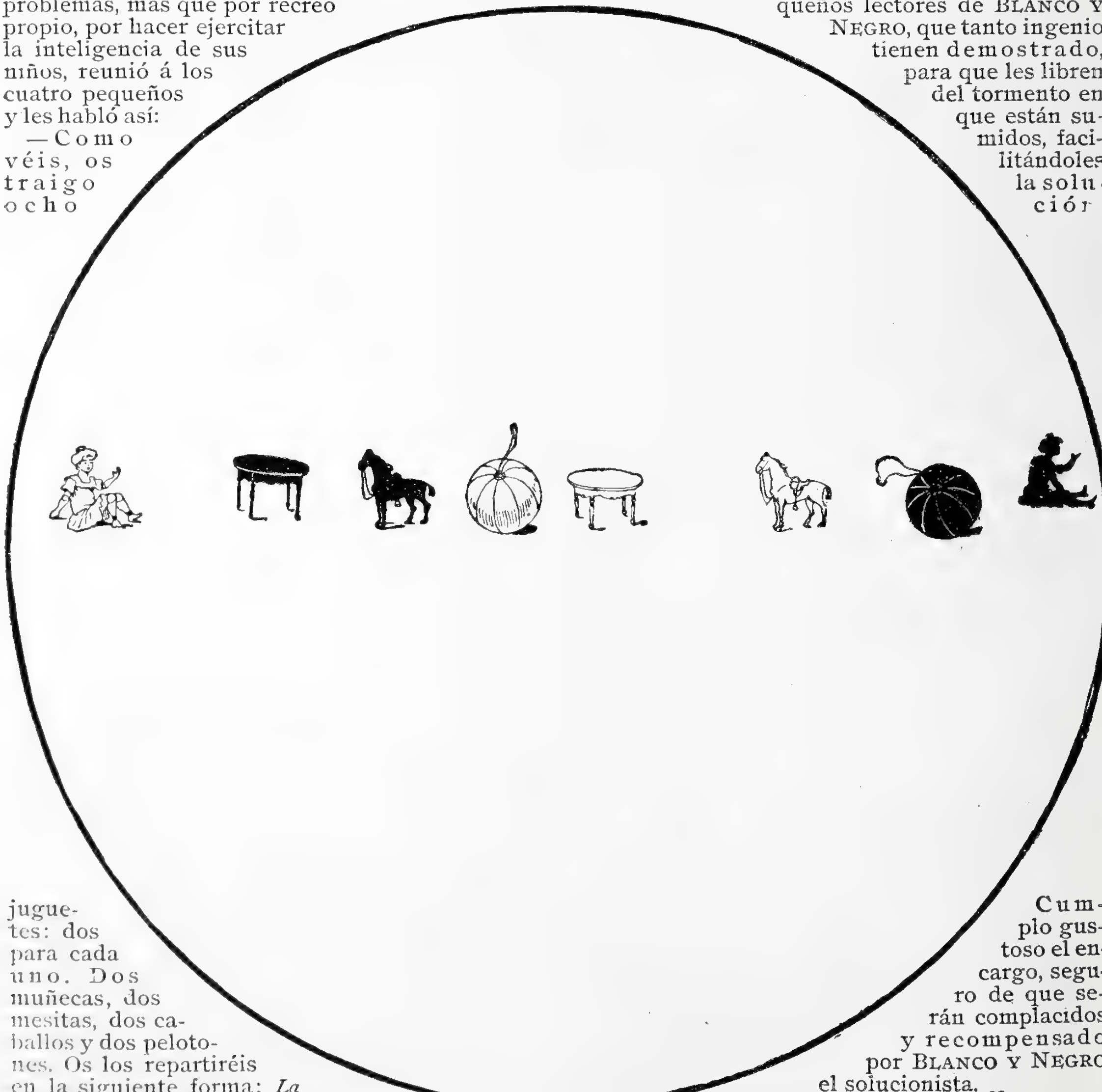
DIBUJO DE SANCHA

CONCURSOS INFANTILES

LA CAJA DE JUGUETES. PROBLEMA. Un padre bondadoso, como lo son todos los padres para sus niños, quiso solemnizar la fiesta de su santo obsequiando á sus hijos, que eran cuatro, dos niños y dos niñas, con objetos de su agrado. Al efecto, adquirió ocho juguetes, y se los hizo llevar á su casa en una caja circular y colocados en la forma que expresa este dibujo.

Aficionado el padre á acertijos y problemas, más que por recreo propio, por hacer ejercitar la inteligencia de sus niños, reunió á los cuatro pequeños y les habló así:

—Como véis, os traigo ocho juguetes: dos para cada uno. Dos muñecas, dos mesitas, dos caballos y dos pelotones. Os los repartiréis en la siguiente forma: *La muñeca y la mesita blancas, para una niña. La muñeca y la mesita negras, para la otra niña. El caballo y el pelotón blancos, para un niño. El caballo y el pelotón negros, para el otro niño.*



Cada niño se disponía á tomar su partición, cuando el padre, deseoso de poner á prueba el ingenio de los pequeñuelos, agregó:

—Condición indispensable: *Tenéis que dividir el círculo de la caja en cuatro partes exactamente iguales de forma y dimensiones, y cada una de estas partes deberá contener los dos juguetes que os he adjudicado, conforme al reparto que he señalado antes. Si vosotros no podéis hacerlo, accedo á que se os preste ayuda, siempre que sean niños como vosotros las personas que os auxilien.*

Los pobres niños llevan varios días consagrando día y noche al estudio de la resolución del problema que les ha planteado con cebo tan tentador su buen papá, pero nada han conseguido hasta ahora, según su propia manifestación, y me escriben desconsolados suplicándome que interponga mi influencia cerca de los pequeños lectores de BLANCO Y NEGRO, que tanto ingenio tienen demostrado, para que les libren del tormento en que están sumidos, facilitándoles la solución.

Cumplo gustoso el encargo, seguro de que serán complacidos y recompensado por BLANCO Y NEGRO el solucionista.

NOVEJARQUE

En efecto; BLANCO Y NEGRO ofrece como premio un juguete, cuyo precio no bajará de cincuenta pesetas, al niño que remita la solución exacta del problema.

Las soluciones deberán enviarse á las oficinas de BLANCO Y NEGRO, Serrano, 55, hasta el día 5 de Octubre inclusive.

En el número 702, correspondiente al día 15 de Octubre, publicaremos la solución y el nombre del solucionista premiado.

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 24 Septiembre 1904. N.º 699



La palinodia de un astrólogo

POR ser á veces los hechos pequeños é insignificantes en apariencia muy á propósito para conocer el estado social de los pueblos y su cultura, merece referirse uno que aconteció en el año 1766, prueba elocuente de lo ridículo que era entonces el absolutismo de nuestros ministros y de la ignorancia en que vivía gran parte de la nación.

El famoso D. Diego de Torres Villarroel, uno de los escritores más ingeniosos que hubo en su tiempo, pero también uno de los personajes más estrafalarios que se han conocido, alternaba sus fantasías de alquimista y sus explicaciones de matemáticas con la publicación de libros, unos chispeantes de gracia, y otros que sólo tenían por objeto vivir á expensas de la necedad del vulgo. De los segundos eran sus *Piscatores*, almanaques llenos de pronósticos, no ya de nieves, lluvias y restantes fenómenos meteorológicos, sino de mil sucesos prósperos y adversos que debían ocurrir en el año, cuidándose muy bien de anunciarlos en términos anfibológicos y dignos de la Pitonisa de Delfos. A estas inocentes farsas para ganarse la *mantenencia* daba mucho crédito la plebe, y Torres Villarroel, según él mismo refiere en su autobiografía, era tenido en concepto de hombre extraordinario y casi inspirado por buenos ó malos genios.

En el año 1766, por casualidad, como dice la fábula, Torres y su sobrino D. Isidoro Ortiz habían acertado á escribir en el correspondiente *Piscator* las siguientes palabras:

«La situación general del orbe político se registra con raras revoluciones que sorprenden los ánimos de muchos. Un magistrado que con sus astucias ascendió á lo alto del valimiento, se estrella desvanecido, en desprecio de aquellos que le incensaban. Prepáranse embarcaciones que tendrán venturosos passages. Un ministro es depuesto por no haber imitado en la justicia al significado del enigma. Ciertos genios turbulentos trastornan una Corte; pero algunos son condenados á muerte. Un personaje bien visto de la plebe no se rehusa de entrar en un negocio por el bien del público; pero le cuesta entrar en el significado del enigma.»

Poco después de publicado esto se alzaba el pueblo madrileño contra Esquilache en el célebre motín ocasionado por la prohibición de capas largas y sombreros redondos, y el vulgo, supersticioso como siempre, vió cumplida la profecía de Torres; los ciegos se desgañitaron anunciando *El gran Piscator de Salamanca*, que se lo arrebataban de las manos, y en pocos días el librero Bartolomé Ulloa, quien por cien doblones había adquirido la propiedad del libro, vendió toda la edición y aceleradamente imprimió la segunda.

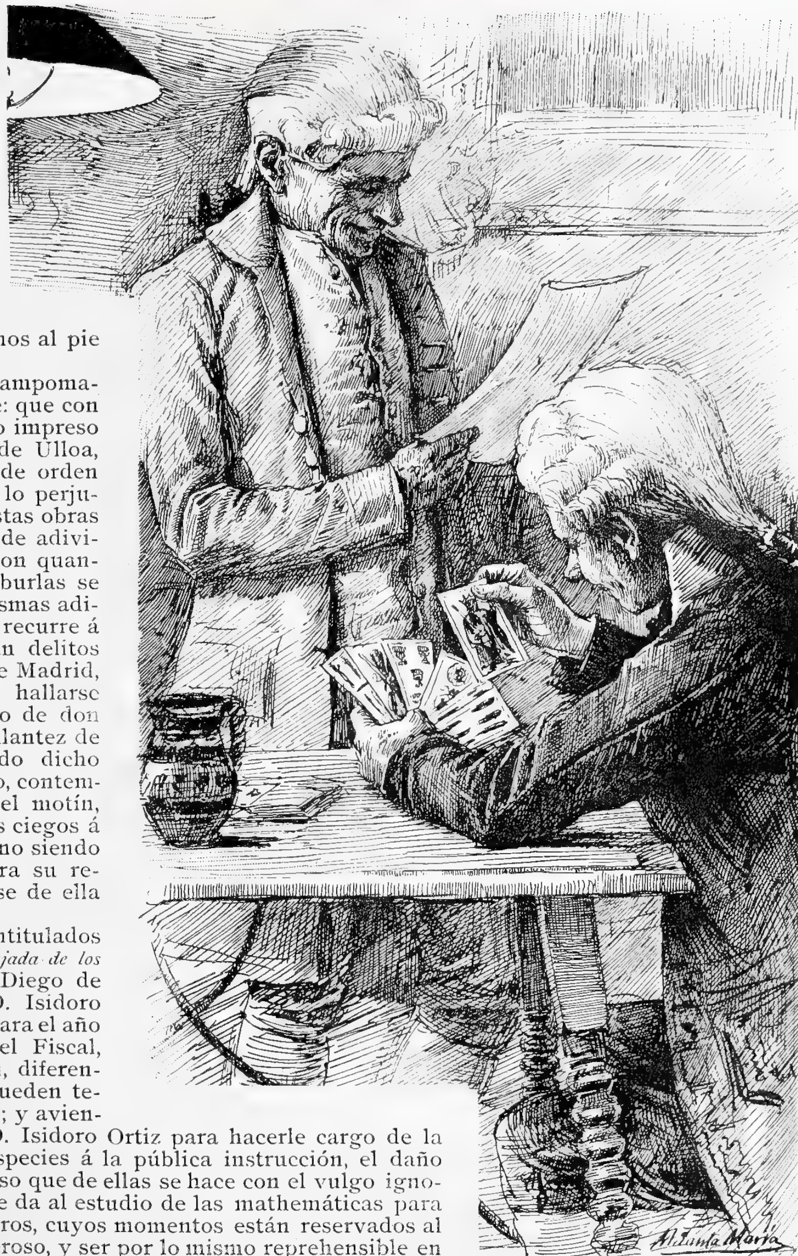
Luego que se restableció el orden en la capital, D. Pedro Rodríguez Campomanes, Fiscal del Consejo de Castilla, quien como Floridablanca opinaba que no hay *cosa peor que el fanatismo*, emprendió una tenaz campaña contra los *Piscatores*, exigiendo responsabilidades á Torres y á Ortiz; éstos disculparon sus anuncios con las exigencias de la pobreza, ya que el primero contaba nada menos que quince sobrinas, huérfanas unas y todas desvalidas, y seis sobrinos, cuya numerosa familia mantenía con los *Piscatores*, de los cuales tenía preparados un buen número para los años sucesivos; y añadía el buen Torres en un escrito dirigido á Campomanes:

«Yo, que no tengo otro adbitrio para mantenerme, pues la Universidad y la cáthedra, después de treze años de asistencia y de haver gastado ocho mill reales en graduarme, me vale sólo setezientos reales anualmente, he impreso mis Almanakes huyendo siempre de parezer astrólogo, y así sólo he tirado á llenar los huecos de las lunas con algunas coplillas que diviertan é instruyan; con todo, si á V. S. le pareziere, en la pág. 51 se pueden cubrir con papel y engrudo los dos renglones que van textados, haziendo lo mismo en lo textado en la pág. 57 y en las demás partes que V. S. gustare; pero

desde luego afirmo á V. S. que en mi *Piscator* no hay cláusula puesta con fin particular alguno, y que en uno y en otro estoy pronto á hazer quanto V. S. me mandare.»

Pero sin hacer caso de tan humillantes explicaciones, el Fiscal, muy penetrado de sus altos deberes y en tono enfático, dió al Consejo de Castilla en el asunto de los *Piscatores* un parecer que copiamos al pie de la letra:

«Don Pedro Rodríguez Campomanes, Fiscal del Consejo, dice: que con motibo de cierto Pronóstico impreso á nombre de Bartholomé de Ulloa, librero, que está detenido de orden del Consejo, hizo presente lo perjudicial que era permitir en estas obras sucesos políticos en forma de adivinanzas, porque á pesar de con quantos correctivos, zumbas y burlas se quieran ridiculizar estas mismas adivinanzas, el pueblo incauto recurre á ellas, y tal vez se autorizan delitos enormes como el tumulto de Madrid, imprimiendo en el vulgo hallarse anunciado en el Pronóstico de don Diego de Torres, con la avilantez de averlo reimpreso y vendido dicho Bartholomé de Ulloa, librero, contemporáneamente á disiparse el motín, haciéndolo pregonar por los ciegos á la vista de todo el público, no siendo creíble tubiese licencia para su reimpresión ni que se abusase de ella en tiempo tan crítico.



»En los dos *Piscatores* intitulados *La tía y la sobrina* y *La Embajada de los astros*, compuestos por D. Diego de Torres Villarroel y por D. Isidoro Ortiz Gallardo, su sobrino, para el año próximo de 1767, observó el Fiscal, luego que se le entregaron, diferentes sucesos políticos que pueden tener siniestra interpretación; y aviendo llamado al expresado D. Isidoro Ortiz para hacerle cargo de la inutilidad de semejantes especies á la pública instrucción, el daño que al Gobierno trae el abuso que de ellas se hace con el vulgo ignorante y la improporción que da al estudio de las mathemáticas para acertar con los sucesos futuros, cuyos momentos están reservados al conocimiento del Todopoderoso, y ser por lo mismo reprehensible en lo político, moral y christiano, se tolere semejante abuso, procuró disculparse con la práctica hasta aquí permitida y con las protestaciones insertas en los mismos papeles... Incumbiendo al magistrado político desterrar la ignorancia, la superstición y todo pretexto que pueda facilitar el menor embarazo á la pública tranquilidad, ó de facilitar medios para abusar del vulgo, procede se establezca la regla pedida por el Fiscal, y en que ahora insiste de nuevo, para que en los kalendarios nada se toque de Gobierno ni de sucesos políticos, y se borren de los dos que acompañan todo lo perteneciente á estos asuntos, que va rayado, poniéndose en el prólogo la carta escrita al Fiscal por dicho D. Diego Ortiz y la providencia que el Consejo acordare... Madrid y Noviembre, 19 de 1766.»

Viendo Torres que la cosa se iba poniendo seria, cantó la más ridícula palinodia, en el fondo de la cual hay una mal disimulada ironía.

«Mira, bobarrón: los reyes que hasta ahora te he puesto en mis Almanakes no son, como has creído, los dioses de la tierra, á cuya soberanía obedecen los mares, los reynos y provincias; que en sus solios nunca me he introducido más que para adorarlos y confesar una agradecida esclavitud á su grandeza. Los reyes de quien te he hablado son los de naipes, los reyes de gallos y los reyes de armas que salen en los grados de la Universidad de Salamanca, que son unos bribones que van mal metidos en un sayo de alquiler, siendo la befa y la carcajada del concurso y el paradero de las pelladas, los perros podridos, los trapajazos que les tiran los truhanes y zagalones, que hacen estafermos de sus chocarrerías á quantos se les ponen por delante.»

Con esto se tranquilizó el buen Rodríguez Campomanes, y los famélicos Torres y Ortiz pudieron continuar cambiando sus inocentes embustes por unos cuantos doblones con que remediar su pobreza

DIBUJOS DE M. SANTA MARÍA

M. SERRANO Y SANZ



INVENTARIOS GALANTES

CANCIÓN

I

Tus ojos me recuerdan
las noches de verano,
esas profundas noches,
orilla al mar salado,
y el chispear de estrellas
del cielo negro y bajo;
y tu morena carne,
los trigos requemados
y el suspirar de fuego
de los maduros campos.
Tus ojos me recuerdan
las noches de verano.

II

Tu hermana es clara y débil
como los juncos lánguidos,
como los sauces tristes,
como los linos glaucos.
Tu hermana es un lucero
en el azul lejano...
Y es alba y aura fría
sobre los pobres álamos
que en las orillas tiemblan
del río humilde y manso.
Tu hermana es un lucero
en el azul lejano.

III

De tu morena gracia,
de tu soñar gitano,
de tu mirar de sombra
quiero llenar mi vaso.
Me embriagaré una noche
de cielo negro y bajo,
para cantar contigo,
orilla al mar salado,
una canción que deje
cenizas en los labios...
De tu mirar de sombra
quiero llenar mi vaso.

IV

Para tu linda hermana
arrancaré los ramos
de florecillas nuevas
á los almendros blancos,
en un tranquilo y triste
alborear de Marzo.
Los regaré con agua
de los arroyos claros,
los ataré con verdes
junquillos del remanso...
Para tu linda hermana
yo haré un ramito blanco.

Antonio MACHADO



BAJORRELIEVES DE COULLAUT VALERA

ENTRE LA NIÑA Y LA MADRE
ESTÁN ECHANDO UNAS CUENTAS,
LAS MISMAS QUE NO LES SALEN



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR ADOLFO LOZANO

EL AVARO

En la cocina del posadero Fritz la lumbre se ha apagado. Las buenas hadas no tejen ya en el bosque guirnaldas de mirtos. La noche llega: con las sombras, las risueñas ninfas de cabelleras de oro y pupilas de esmeralda se ocultan en el fondo de las misteriosas grutas, donde los gnomos diminutos construyen palacios de pórfido, ó en los alcázares de nácar y espumas que guarda el río bajo sus aguas cristalinas.

Envueltos entre los pardos jirones de la niebla se deslizan los espectros sombríos, que atormentan al hombre y turban su sueño. El viento sopla con furia, los arrastra por los solitarios caminos, los dispersa, estrellándolos contra las rocas, contra los salientes de los muros, sepultándolos en las obscuras chimeneas, donde el fuego del hogar los achicharra, y mueren dando silbidos cavernosos.

¡En la cocina del posadero Fritz la lumbre se ha apagado! La casa se eleva en la llanura desierta. El viento ruge y conmueve los ruinosos paredones, tras de los cuales los fantasmas encuentran asilo. La vieja muestra de la posada ha emprendido locos bailoteos y gira chirriando sobre el garfio de hierro que le sirve de sostén. En el corral el mastín ladra con cólera, sacudiendo las púas de su carlanca. Tiemblan los vidrios amarillentos entre los listones de las ventanas pintadas de azul. Los trasgos espantables huyen por la chimenea sin humo, sin fuego que les asuste, y sobre las frías cenizas del llar celebran su misterioso conciliábulo.

En el fondo del cuartucho miserable, el posadero Fritz agoniza rodeado de los suyos. El candil humoso, sujeto á una grieta del muro, alumbra el cuadro. El corazón del viejo cuenta con su tic-tac monótono los instantes que restan de vida á Fritz el avaro. A lo lejos canta el buho agorero. El viento sopla cada vez con más ímpetu. El macizo portón de la casa se abre con estrépito. Un huésped llega.



En aquel punto Fritz repite al mayor de sus hijos, que vela su agonía:

—¡No des limosna á los pobres!

El recién llegado parece mozo y caballero. Viste roja ropilla, y el joyel de granates que adorna su caperuza sostiene una pluma de gallo que se yergue orgullosa. Bajo la capa le asoma rabitiesa espada. Se acerca cojeando al hogar y pide que le sirvan. Sopla los apagados carbones, y con su aliento resurge la llama. Cuando uno de los hijos del posadero acude, retrocede santiguándose. Junto á la mesa donde dejó al caballero, hay dos hombres iguales. Diríase que el uno es la sombra del otro; tienen idéntica apostura, el mismo traje, igual pluma de gallo meciéndose prisionera en el joyel de sus gorras. El viento ha roto una de las estrechas ventanucas de la posada y por allí entró, sin duda, el nuevo visitante. El posadero Fritz balbucea entre roncos estertores:

—¡Si alguien te debe, hazle vender la propia carne para pagar su deuda! ¡No perdones jamás!... ¡Jamás!

Lanza el mastín lastimeros aullidos. Los que rodean al avaro piden socorro. Los dos viajeros se acercan lentamente, alzan el cuerpecillo enteco y ruin del agonizante; la calva cabeza cae hacia atrás pesadamente. El posadero Fritz ha muerto. Los herederos ocultan el rostro entre las manos temblorosas. Al mirar de nuevo, observan con terror que el cuerpo de su padre no se halla ya en la cama y que los dos desconocidos huyeron sin dejar rastro. Caen de hinojos, y en aquella noche de horror los hijos del posadero Fritz lloran angustiados ante el lecho vacío.

*
* *

Fritz vuelve poco á poco á la vida. Se siente arrastrado al través de las campiñas frondosas de los risueños valles. Las montañas huyen bajo sus pies; escucha el mugido bronco de los torrentes, el rumor de los árboles del bosque, que inclinan sus copas con grave cabeceo. El aire le azota la cara; dos garras vigorosas han asido sus brazos y lo llevan no sabe dónde. ¡No importa, nada teme! ¡Su oro quedó tan oculto, que ni sus propios hijos sabrán encontrarlo!

Cuando abre los ojos, la luz le ciega, le deslumbra. El avaro Fritz cree ser juguete de un sueño. Se halla en una gran ciudad que no conoce. Las cúpulas de sus palacios de jaspe brillan al sol. Pasan soberbias carrozas; los caballos llevan gualdrapas recamadas de piedras. A lo lejos se oyen rumores de alegre trompetería. Hermosas damas, cabalgando sobre nobles alazanes, cruzan precedidas de farautes y heraldos revestidos de casullas de oro que bordaron en sedas manos primorosas. Las corazas de los caballeros lucen como bruñida plata. Y lo que extraña á Frizt es que sin conocer á nadie, todos los que se atraviesan en su camino le saludan como viejos camaradas. Junto á él los dos últimos viajeros de su posada le contemplan burlones. Maese Fritz pregunta dónde está, y asombrado oye que le contestan:

—¡En el Infierno!

¡No, no es posible! ¡Los buenos hidalgos quieren mofarse de un pobre posadero! El oyó siempre hablar de horrendas lagunas donde hervía el aceite. Mil veces en sus horas de remordimiento vió

aparecer demonios negros y cornudos, moviendo espantables rabos y pronto á hincarle en las carnes el agudísimo tridente.—¡Por piedad, mis nobles señores!—suplica el viejo avaro.

Pero no, no le engañan. Es el alma la que debe abrasarse en el fuego, no la materia. El, sin duda, por gracia especial, tendrá cuanto desee. ¡Cómo ríen al decirle esto! El posadero quiere ser rico, muy rico. Sus acompañantes tornan á asirle, y emprenden la marcha entre la multitud.—Vamos á tu palacio,—le han dicho.—Y el avaro Fritz camina contento.

Al llegar frente al pórtico de mármol negro, se detiene sobrecogido. ¡Aquéllo es suyo! Cien caballeros han salido á recibirle é inclinan sus frentes ante el poderoso señor de la morada. Fritz comprende el orgullo. En la primera estancia, un grupo de hermosas mujeres brinda á sus labios marchitos mejillas amasadas con nieve y rosas, se rinden á sus pies y se le ofrecen por esclavas. El avaro siente el acicate de la pasión; en su alma ruin se agita el deseo. Unido á sus guardianes cruza las anchurosas cámaras donde las mesas gimen al peso de la vajilla de metales preciosos; las copas tienen ambarinos reflejos; las viandas humean. La gula se despierta en el viejo posadero, que camina, camina llevado por irresistible impulso, valorando *in mente* los suntuosos tapices, las telas riquísimas, los muebles admirables: todo aquello que es suyo... ¡Suyo! ¡Con qué delicia lo repite!

Lo que más deseaba, llega. Jamás ha sentido Fritz el avaro placer igual al que le proporcionan los chirridos de las mohosas cerraduras. Caen pesadísimas barras; los candados enormes se abren; la puerta gira; el santuario de la riqueza se halla franco. Fritz contempla, mudo de asombro, el inmenso montón de monedillas de oro que parece tocar al cielo. ¿Cuánto hay allí? ¡Quién sabe! ¿Y aquello es para él? Sus acompañantes contestan:

—¡Pero es preciso que lo cuentes!

Lo hará, sí, y pronto. Sus manos huesudas se hunden en un abismo de oro y comienzan á apilar monedas.

—¡Una... dos... tres... cuatro... cinco...!

Pasan las horas; Fritz ha contado un millón y quiere descansar. Relumbran sus ojillos con insano goce. Las palabras que dirige á los que le han proporcionado tanta dicha no pueden ser más tiernas para el corazón de un avaro: saldrán de allí, le ayudarán á correr barras y cerrojos, y él será agradecido; ¡oh, sí! les dará una linda moneda de oro. Los enigmáticos personajes ríen. Señalando el montón, responden:

—¡Cuenta!

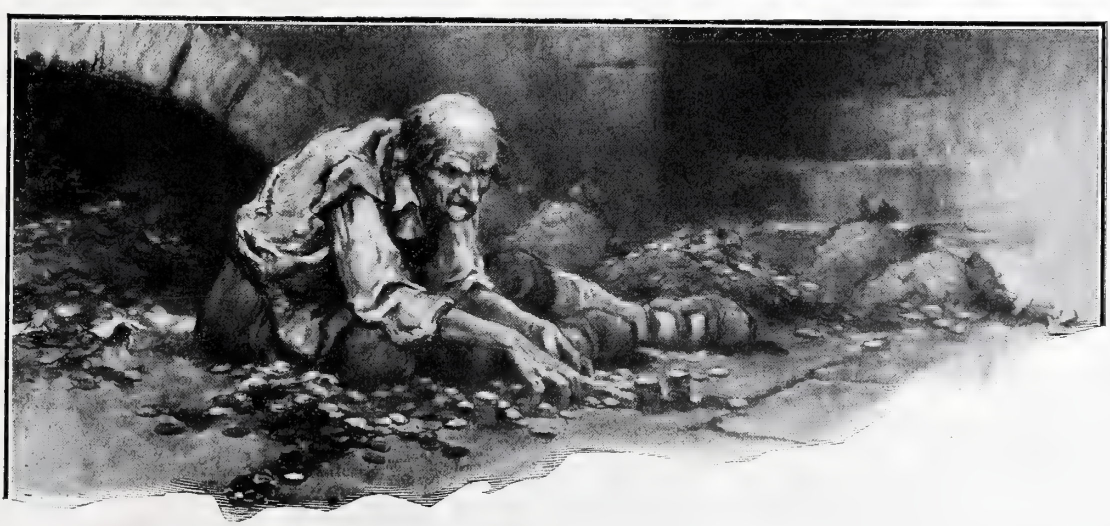
Fritz obedece. Sus dedos tiemblan; ha contado millones y está rendido. Quiere ver á los nobles caballeros que le saludaron humildes; gustar los manjares de la espléndida mesa; aplaudir las danzas de las esclavas; besar los labios de carmín de la favorita. Ordena, maldice, llora suplicante. Una voz inflexible le dice:

—¡Cuenta!

El viejo avaro comienza otra vez la tarea. ¡No podrá disfrutar de lo que le pertenece! El orgullo y la gula, la lujuria y la ira se sobreponen á la pasión que maese Fritz siente por el oro. Quiere huir, resistirse. ¡No tocará ni una moneda más! La voz replica:

—¡Cuenta!

Fritz se doblega. Una voluntad más fuerte que la suya le hace acercarse de nuevo al inagotable caudal. Comprende que se halla unido para siempre á su inútil riqueza; que aquel antro siniestro no es lugar de delicias, como creyó al ver colmados sus anhelos; que él, como todos los que se encuentran allí, está obligado á cometer por toda la eternidad la misma culpa que le hizo perder la salvación. Sus dedos están destrozados, sus uñas rotas. La sangre se mezcla con el oro, empañando su brillo. Intenta rebelarse; grita, se retuerce; las relucientes monedas abrasan, se pegan á la piel rugosa del avaro,



arrancan pedazos de su carne. Un fuego interior le roe el alma. Le aterra el castigo, y pide perdón. La voz repite inexorable:

—¡Cuenta!

Y sujeto al mandato de Aquél que premia ó castiga los hechos del hombre sobre la tierra, el posadero Fritz, por los siglos de los siglos, cuenta su tesoro.

Lema: ¡CLAVELES!

DIBUJOS DE REGIDOR

(NÚMERO 25 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

GANARÁS EL PAN...,
POR ÁLVAREZ SALA





Crónica Gráfica

San Sebastián se ha propuesto demostrar este año que no es tan sólo una ciudad construída y organizada para el placer y solaz de unos cuantos miles de veraneantes, y entre los festejos que tanto han divertido á estos seres felices, han intercalado fiestas y concursos escolares y ha celebrado una importante Exposición Etnográfica vascongada, en donde se han reunido objetos de gran interés.

Otro festejo de los que no pueden calificarse de mera distracción, sino que constituye una prueba evidente de progreso, ha sido el Concurso hípico internacional, al que han concurrido oficiales extranjeros y españoles y también paisanos, y que se ha celebrado con el más satisfactorio éxito.

Días pasados se celebró en la Plaza de Toros de San Sebastián un gran partido, concurso ó *tournament* internacional de *lawn-tennis*. Concurrieron á él los mejores jugadores de España y los campeones de Burdeos, Biarritz y San Juan de Luz, los señores y señoritas de Olazábal, Lapazarán, conde del Real, O'Byrne, de Luze, Urruela, Wity, etc.

Tampoco aquí en Madrid dejamos de entusiasmarnos con los deportes de fuerza y destreza. Prueba de ello es esa señorita Roberty, que baila en Romea el dislocado *cake walk* que ustedes ven.

Lo prueba también el entusiasmo que ha producido la alternativa de Cástor Ibarra, *Cocherito de Bilbao*, como matador de toros. *Cocherito* es un matador serio y de aguante.

Su Majestad la reina Elena de Italia ha dado á luz, por fin, un varón, al que se pondrá el nombre de Humberto, en memoria de su ilustre abuelo. Con tal motivo, honra estas planas el retrato de Su Majestad y de sus hijas las princesas Yolanda y Mafalda.

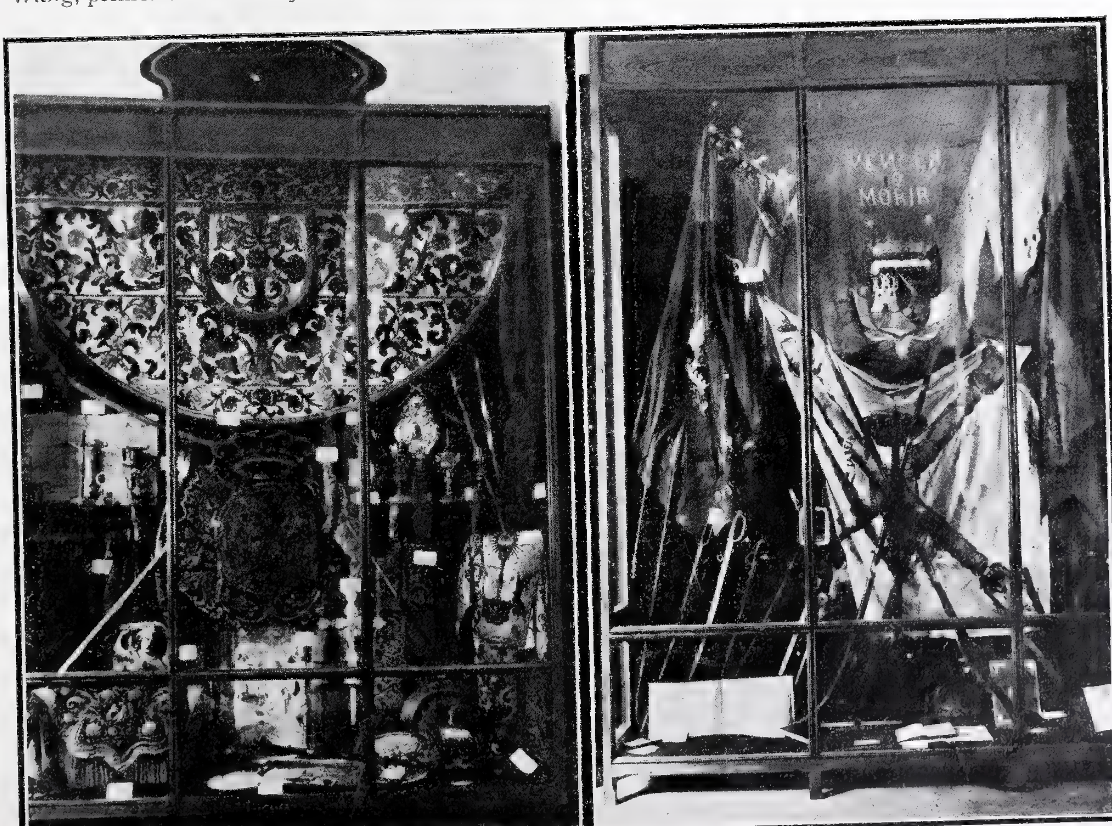
Nuestro querido amigo y colaborador el popular autor dramático D. Serafín Alvarez Quintero ha contraído matrimonio en Huelva con una distinguida señorita. La máquina fotográfica sorprendió á los novios en el momento de ir á tomar el tren.

Comenzaron los festejos de Valladolid con la ascensión del capitán Ranea en un montgolfier de lo más primitivo. El capitán es, pues, un valiente.

Guerrita y su familia han visitado la inmortal Zaragoza. El famoso maestro tuvo el gusto de retratarse con su esposa é hijos en el sitio mismo en que mató el último toro el día de su retirada.

La campaña rusojaponesa prosigue con más energía que nunca. El Zar ha pronunciado una frase, que para nosotros tiene tristes recuerdos: «Hasta el último hombre, hasta el último rublo.» Dios quiera que le sea de mejor agüero que á nosotros.

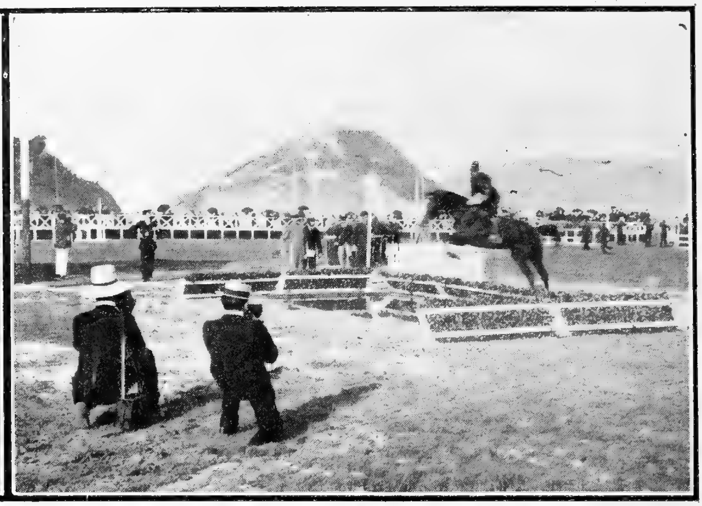
Las grandes maniobras francesas han resultado brillantísimas este año. La nota más curiosa de ellas la ha constituído la presencia del oficial japonés, comandante Hishamatsu, y del coronel chino Wang, primer oficial del ejército chino que asiste en traje europeo á estos simulacros.



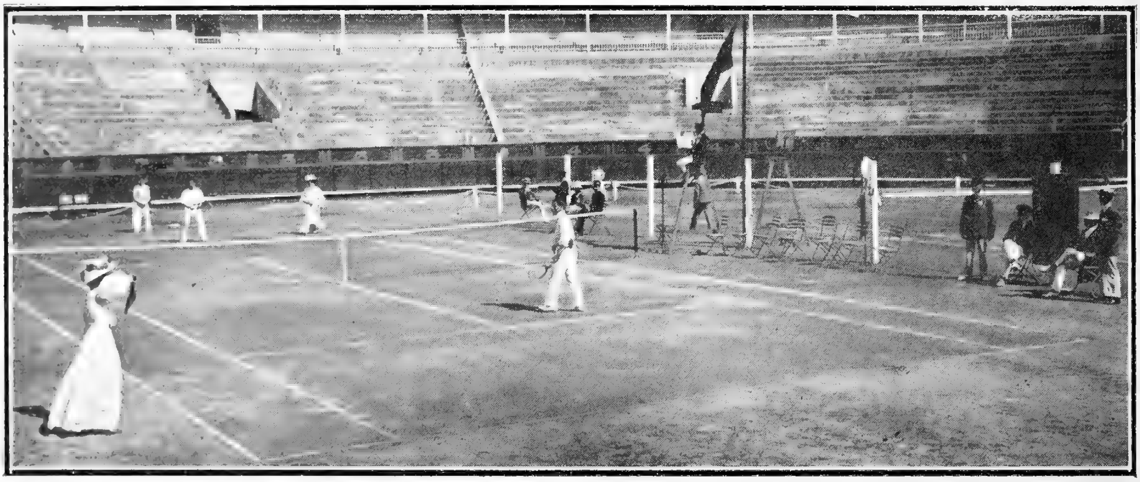
SAN SEBASTIÁN. EXPOSICIÓN ETNOGRÁFICA. VITRINAS DE OBJETOS DE ÁLAVA

Fots. Frederic





SAN SEBASTIÁN. CONCURSO HÍPICO INTERNACIONAL. OFICIALES ESPAÑOLES Y PAISANOS SALTANDO VALLAS Y ZANJAS
Fot. Frederic



SAN SEBASTIÁN. «TOURNAMENT» INTERNACIONAL DE «LAWN TENNIS» EN LA PLAZA DE TOROS
Fot. Conde O'Byrne





MADRID. LA BAILARINA LEONNETTE ROBERTY Y SUS NEGRITOS DANZANDO EL «CAKE WALK»

Fot. Alonso

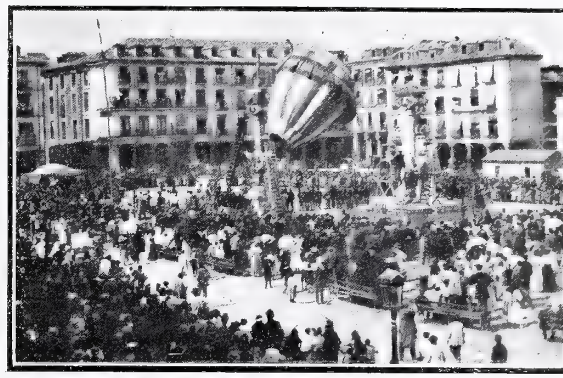
MADRID. EL NUEVO MATADOR DE TOROS «COCHERITO DE BILBAO»



LA REINA ELENA DE ITALIA
Y LAS PRINCESAS YOLANDA Y MAFALDA
Fot. Guigoni et Bossi, comunicada por León Bouet



SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO Y SU ESPOSA
EN LA ESTACIÓN DE HUELVA Fot. Calle



ASCENSIÓN DEL GLOBO DEL CAPITÁN RANEA
EN VALLADOLID
Fot. García Conde



GUERRITA RETRATÁNDOSE CON SU FAMILIA EN EL SITIO DONDE MATÓ SU ÚLTIMO TORO Fot. J. Algora



LA GUERRA RUSOJAPONESA. UN DESTACAMENTO JAPONÉS PREPARANDO EL ATAQUE Á LIAO-YANG

Photo-Nouvelles



LAS GRANDES MANIOBRAS DEL EJÉRCITO FRANCÉS 1. EL COMANDANTE JAPONÉS HISHAMATSU 2. EL CORONEL CHINO WANG. 3. LOS GENERALES DISPONIÉNDOSE Á REGRESAR EN AUTOMÓVIL

Fots Chusseau-Flaviens



EN EL GENERALIFE

Triunfe Sevilla con el llamear de su luz embriagadora, irradie Málaga su floreciente alegría mediterránea, brille Cádiz como la taza de plata de los tiempos modernos, como el bruñido escudo de Hércules de los tiempos antiguos... El poeta que necesita un rincón de sombra y de recato no lo hallará en aquellas tres brillantes ciudades andaluzas, sino que irá á buscarlo en la callada y misteriosa Córdoba, ó mejor en la inquietante y alucinadora Granada.

Los repuestos rincones de la Alhambra, los misteriosos jardines del Generalife son y serán siempre el refugio de los poetas que no escriben, contentándose con rimar la vida de fuera con su interior vivir. Busquen otros la guerra del sol con el esmalte de los aliceres moriscos, el estallar de la luz en las insolentes paredes jalbegadas, el cabrillear de los reflejos en el lomo argentino del Guadalquivir; adoremos nosotros al sol pacífico, al sol amigo, al sol confidente, discreto, de nuestras interiores turbaciones, de nuestras exaltaciones enfermizas y, como tales, pasajeras de nuestros frustrados heroísmos que en cobardías fenecen, de nuestras quijotescas acometidas que en derribamientos sanchunos acaban. Compaginemos, que en eso está todo el arte del vivir, los altos ensueños del hidalgo con la humana filosofía del escudero. Acojámosnos para ello á uno de estos jardines abandonados, viejos y antiguos á la vez, donde el sol no es autor, sino colaborador, y revela parte de lo que hay, y se calla lo que de callar es. Enclaustremos nuestros desasosiegos en el sagrado recinto del Generalife, jardín único donde la arquitectura parece nacida de la vegetación, porque el mayor acierto, la más honda intuición estética del alarife moro granadino, estuvo en borrar la línea convencional y embustera que á nuestra racionalidad analizadora y pedantesca le hace distinguir el tronco vivo de la muerta columna, y el dorado verdor del follaje, de la recamada alharaca que gallardea en los muros y en losvanos. Gocemos la más exquisita alegría, la del sosiego y la paz, leyendo entre el arrayán, la adelfa y la magnolia, de amarga foliación, las páginas granadinas del gran filósofo y poeta Ganivet: *Una derrota de los greñudos* ó *De mi novia la que se murió.*

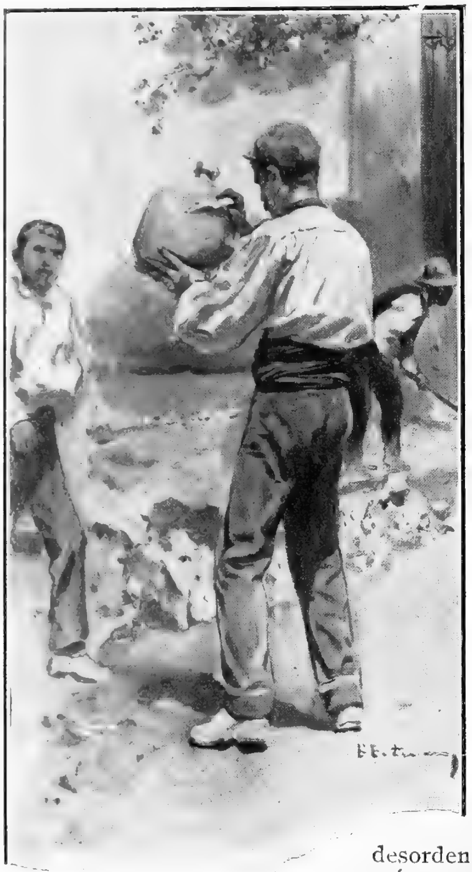
R. VARONA

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA

EL ATACADO

I

Estaba la cuadrilla tendiendo un cable para la luz eléctrica en la zanja abierta en el andén de aquella desierta avenida del ensanche, sudando pez en la atmósfera caliginosa de un pesado día canicular que abrumaba. Dos hombres quitaban á martillazo limpio las tapas de madera del enorme carrete á que se hallaba arrollada la culebra de alambre, y esperando el instante de empezarla á distender, seis ú ocho obreros más aguardaban en corro rodeando á los que trabajaban. La actitud del grupo era sombría, no cruzándose entre los jornaleros las bromas, los dichos, las carcajadas con que habitualmente amenizan la faena; muy al contrario, los curtidos semblantes macilentos revelaban honda preocupación. Nadie hablaba.



Uno de los que martillaban, tipo achulado y bravucón, soltó de pronto la herramienta, y encarándose con un chico que formaba parte del corro, le gritó, nombrándole con el apodo del arroyo:

—Venga el botijo, *Mangas*, aunque me dé ahora mismo el cólera.

El otro martillo también cesó en su porraceo, solicitado por la misma imperiosa necesidad de la sed, y calmada el ansia de los dos hombres, el segundo añadió limpiándose las fauces con el dorso de la mano:

—Y que hoy va á sacudir de lo lindo, porque esta mañana, al venir al trabajo, ya me encontré yo dos «casos» que llevaban al Hospital.

La epidemia arreciaba, en efecto, por aquellos días en la población, esgrimiendo como siempre su ciega ó loca guadaña, que lo mismo siega familias y barrios enteros que mata una «acera» de una calle, respetando la otra y riéndose de las acometidas de la higiene tardía y desordenada, impuesta á última hora á la fuerza, y por tanto, con más aparato que eficacia. Los semblantes sombríos y el mutismo de los obreros revelaban con harta elocuencia el ambiente en que la ciudad vivía. Fijándose bien, habríase descubierto en cada cual la mirada de soslayo y con disimulo al compañero, el temor de que de pronto fuera atacado el camarada, el propósito oculto de huir de él en el acto. Era la peste en su etapa más horrible, la del pánico ante el convencimiento de la muerte inmediata, la del desapoderado amor á la vida.

El obrero que primero había bebido, y que en la actitud y en el acento, quizás sin quererlo descubrir, dejaba escapar un cierto énfasis de superioridad sobre sus compañeros, empezó á despotricar, á soltar por su boca cínica todo un jigote mal guisado y peor digerido de utopias y de lugares falsos aprendido en libelos venenosos y redentores.

—¡Pobres de los pobres, que estamos pagando el pato de veras! ¡Qué pocos ricos caen! Porque ellos mucho predicar la caridad cristiana y condenar el abandono, pero maldito si se les ve el pelo por parte alguna. Los que no se han najado, se aislan para no contagiarse.

—Nosotros no chillamos tanto y hacemos más.

—Nosotros nos ayudamos mutuamente.

—Nosotros no huímos. Nosotros...

El odio de clase, excitado por la cruenta lucha con la muerte, brotó con triste unanimidad en el grupo obrero, á la par que se cantaba á sí propio sus virtudes cívicas en estridentes palabras, que en la atmósfera de lumbre del día parecían incandescer al volar por el espacio. El martillo volvió á tomar la voz, el corro entró en turno una vez destapado el carrete, y las doce ó catorce manos se dispusieron á tirar del cable.

II

Fué una cosa horrible que produjo el efecto de una detonación inesperada, dejándolos á todos inmóviles y sin voz. De pronto, el obrero que así manejaba la lengua como el martillo, se puso muy pálido, se desencajó enteramente, y mientras se le caían los brazos á lo largo del cuerpo, echóse á temblar, y con los ojos hundidos y el terror en el semblante exclamó desplomándose:

—Me pongo muy malo.

Por todas las frentes pasó el relámpago de un mismo pensamiento. Aquel hombre tenía el cólera, acababa de ser atacado, y por las señales, de un modo fulminante, gravísimo. En el grupo de obreros, reforzado por otros camaradas que acudieron en seguida, hubo un tumultuoso revuelo de aturdimiento, pasado el primer instante de estupor. «¡Un médico! ¡A escape! Avisar á la delegación, á la Casa de socorro. ¡Que vengan á recogerlo!» Varios jornaleros salieron á carrera tendida. Pero mientras, á nadie se le ocurrió lo más breve y sencillo, ó si se le ocurrió, nadie dió un paso para ejecutarlo: cargar con el enfermo. Alguna palabra para animarle, y nada más. El miedo al contagio paralizaba á aquellos hombres, convirtiéndolos en estatuas, agarrotándoles los brazos y el corazón, consintiendo que contemplaran al moribundo sus hermanos de trabajo sin prestarle un auxilio que quizás, siendo rápido, significaba la salvación de su vida. Y sudaban, sudaban más que antes, ya no por la mañana bochornosa, sino de pavor.

De pronto, una voz dulce, cariñosa, que con sólo su timbre parecía llevar consuelo, exclamó á espaldas de los obreros:

—¿Qué pasa aquí, señores?

Volviéronse todos con presteza, y vieron ante ellos dos figuras que se habían acercado sin ser sen-

tidas: un obispo acompañado de su familiar; el uno morado, el otro negro, y ambos suaves y dulces, llenos de cariñosa piedad.

La estupefacción fué general y unánime. Nadie le contestó palabra, concluyendo el asombro de atar las lenguas, que ya anudaba el terror. Pero el prelado no esperó la respuesta El movimiento de los jornaleros había dejado al descubierto al enfermo, y el buen pastor comprendió en seguida lo que acontecía.

—Ese hombre está atacado del cólera. Pero si se le deja así se va á morir, cuando quizá puede salvarse. ¡Pronto, á escape! Uno de ustedes avise al cochero que se acerque, y usted, González, haga el favor de ayudarme á llevar á este desgraciado al landó. ¡Animo, hijo mío! Eso no es nada. ¡Valor! A ver. ¡Incorpórese un poquito! ¡Ajajá...! Muy bien. Ahora cójase del cuello de mi familiar y del mío. Así, sin escrúpulos ni temores. En un periquete, y en mi carruaje, á la Casa de socorro.

Era una cosa sublime que acabó de aplastar á los obreros. A la vez que hablaba el obispo con sencillez, con naturalidad, *sin verse*, sin dar importancia á lo que hacía, habíase acercado al obrero, le había estrechado una mano, le había palpado la frente, le había incorporado en el suelo, sin miedo al sudor que llevaba la muerte en sus gotas y al vómito que de cuando en cuando le rociaba y que podía significar el contagio, sin pedir á ningún camarada del enfermo el sacrificio de su ayuda. ¡Quién sabe si eran casados, si tenían hijos ó madre á la que mantener! Reclamando sólo la del familiar, como él consagrado á la abnegación, concluyó por hacer sentar al atacado sobre sus manos y las del capellán unidas á la sillita de la reina, mientras el atacado, en la posesión de su juicio, se dejaba conducir como un niño, con unos ojos muy abiertos, en los cuales, entre las brumas del espanto y las irisaciones del dolor, se reflejaba el asombro y como la vergüenza de verse asistido y tal vez salvado, en medio de la cobardía de sus compañeros, cobardía humana y explicable, pero cobardía al fin, por aquel extraño á quien en momentos de calma hubieran quizás mirado con ira sus ojos utópicos.

El santo ejemplo animó á aquellos hombres aterrados. Volvieron en sí, y todos á una prestaron sus fuerzas á la piadosa conducción. Nadie se acordaba ya de la peste. La hermosa fraternidad humana, que no reconoce jerarquías, imponíase decididamente. Y de tal modo, el enfermo pudo ser izado en el acto al carruaje allí cerca apostado, con su galoneado auriga y su lacayo, llave de portezuela en mano, acomodándose al atacado en los almohadones, entre el prelado y su familiar, que no dejaban de prodigarle frases de consuelo.



—¡Ea! Muy bien. A la Casa de socorro. ¿Dónde está?—Doce voces á un tiempo:—En la calle de Santa Ursula.—Pues andando. ¡Gracias por todo, hijos míos, y que Dios os lo pague!

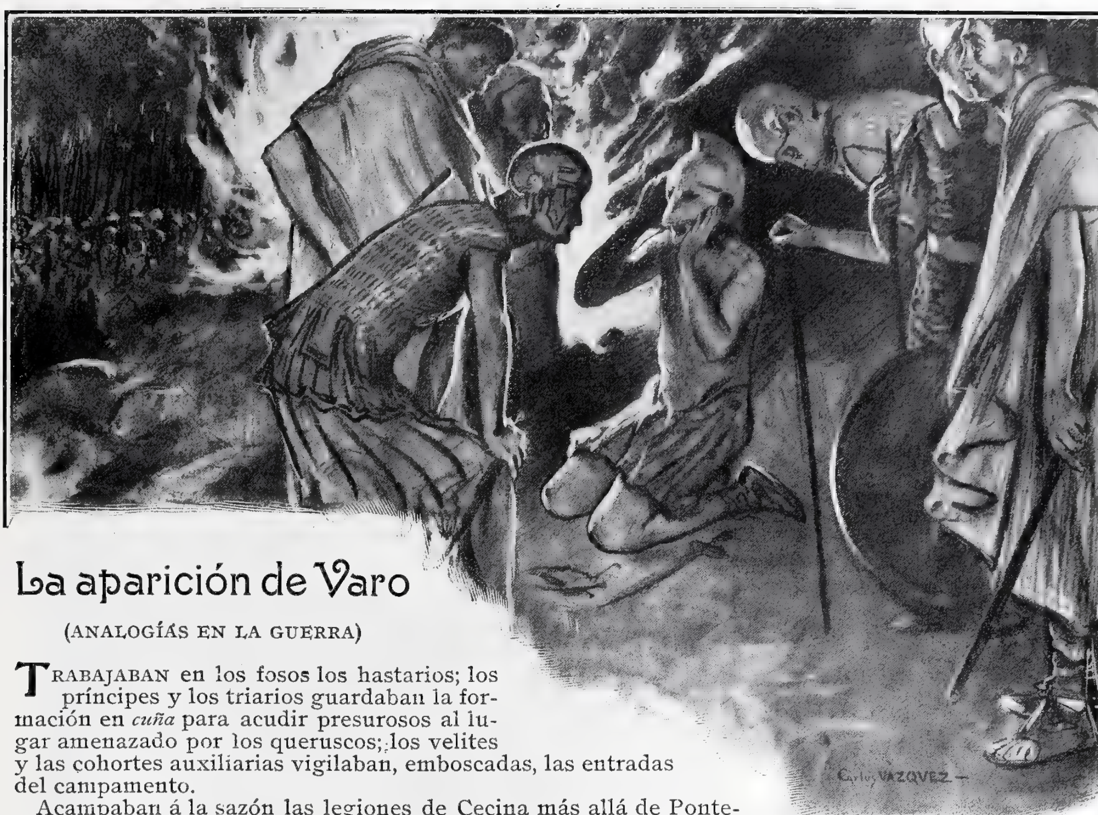
Una mano blanca con una amatista en un dedo que asoma por la ventanilla, lanzando sobre las cabezas de los obreros la bendición episcopal; una cosa invisible, pero de amor tan grande, que hace echar al aire todas las gorras, descubrirse todas las cabezas é inclinarse todas las frentes.

DIBUJOS DE ESTEVAN

ALFONSO PÉREZ NIEVA

TRANQUILIDAD, POR
GARCÍA Y RODRÍGUEZ





La aparición de Varo

(ANALOGÍAS EN LA GUERRA)

TRABAJABAN en los fosos los hastarios; los príncipes y los triarios guardaban la formación en *cuña* para acudir presurosos al lugar amenazado por los queruscos; los velites y las cohortes auxiliarias vigilaban, emboscadas, las entradas del campamento.

Acampaban á la sazón las legiones de Cecina más allá de Pontelongo, pasado el dique construído por Lucio Domicio.

A reforzar las tropas enemigas mandadas por Arminio habían acudido bárbaros del Norte y Sur; de las márgenes del Lippe, bructeros, marios, tubantes y sicambros.

Metido el ejército en la estrechura, habíale sorprendido la noche, y fué forzoso acampar en el lodo seco. Rodeaba al campo romano el monte, ascendiendo en anfiteatro y erizado de selva espesa. A la luz de las hogueras diseminadas en la estrechez del campamento veíanse cruzar los grupos de los manípulos, y destacábanse las siluetas de los vexilarios dando guardia á los trofeos. En el centro, é inmediatos á las tiendas del caudillo, alzábase el tribunal, construído con césped y coronado en penacho por las águilas y las banderas.

Acababa de descender de la meseta el tribuno. Sus últimas frases dirigidas al ejército fueron seguidas de un silencio solemne, y repercutieron en la selva vecina con eco siniestro.

Los centuriones vocearon nombres; los decurios llamaron otros entre los velites. Iba á procederse á los castigos de rigor; habíase vuelto á introducir la ley sabia de *læsae majestatis*. Turbó un instante el silencio el choque de las armas al apretarse en las filas los soldados para dar paso á los nombrados. Y éstos, en buen número, desfilaron por entre el claro y sombra que proyectaban las hogueras, y fueron á perderse en el bosque vecino, conducidos por una cohorte auxiliaria y una tropa de vexilarios. Quedóse rezagado un veterano, y protestó destempladamente del castigo, mostrando sus gloriosas cicatrices y arrancándose de un puñado el casco para mostrar sus encías rasas de dientes perdidos en sus largos años de permanencia en filas. Quitóse las *calígulas* (1) y golpeó con ellas el suelo invocando los manes. Los centuriones cayeron sobre él con sus varas de flagelar, y fué arrastrado y empujado al bosque.

Siguió el silencio solemne, turbado á intervalos por el rumor nemoroso venido en creciente del fondo de las selvas. Debió cruzar por la imaginación de los soldados el horror de las sediciones pasadas, la cruel dureza de Cecina, la actitud de Germánico y el gesto vigoroso y audaz de Menino, reduciendo á los veteranos sin otras armas que la actitud y lo estentóreo de la frase.

Una tropa de velites vino á dar noticia de la presencia de los queruscos y de las avanzadas de Arminio. Acomodáronse las legiones: la quinta al lado derecho; la veintiuna al izquierdo: la primera para auxiliar la vanguardia, y la veintiuna para asistir á los de retaguardia.

Poco después, un resplandor lejano alumbró las cimas de los bosques que circundaban el campamento de las legiones. Resonaron las caracolas y las trompas bélicas de los bárbaros, y siguió al estruendo confusa gritería, interrumpida por cantos lejanos y zumbidos semejantes á truenos arrancados al golpear sobre pieles estiradas en los escudos.

Corrió por las filas de los hastarios la consigna llevada por los decuriones para los vigilantes, y dióse al resto la orden de descansar sobre sus puestos de formación.

Fué por demás inquieta la noche. Los bárbaros, con alegres cánticos y horribles gritos, henchían el valle é inundaban con rumor de marea desbordada los bosques resonantes.

Los romanos, echados acá y acullá entre los reparos, al abrigo de las hogueras, en derredor de las tiendas, antes desvelados que somnolientos por el exceso de cuidado y de fatiga; quiénes, los más, dormían sobre el encharcado suelo, y los menos discurrían en corros ó vagaban como sombras por entre los claros de los manípulos. Las zozobras del día tenían al ejército desasosegado é inquieto.

(1) Especie de calzado.

El cruce de los lugares tristes y dolorosos, horribles á la vista y á la memoria. El recuerdo de las selvas atravesadas durante la última jornada, viendo los huesos de las legiones rotas de Varo seis años antes; los árboles teñidos en sangre; la funesta obscuridad ambiente; la tierra húmeda y roja, y junto á los restos que blanqueaban la campiña, pedazos de armas, huesos de caballo, cabezas de hombres ensartadas en troncos; los altares donde degollaron á los legados; las piras donde quemaron los centuriones; las horcas levantadas para los cautivos; y todo visto por el ejército con los ojos atónitos de horror y con la explicación de los escasos veteranos que escaparon al desastre.



Como una poderosa influencia magnética pesaba sobre todos el trágico cuadro de la víspera... De pronto, de la tienda del caudillo salió el propio Cecina sin casco, con la túnica desceñida y espada en mano, dando voces. Seguíale el cuerpo ensangrentado de Quintilio Varo, sucio del lodo de los pantanos, seguido de buen número de legados decapitados, de centuriones cubiertos de llamas tratando de atraer á Cecina y de arrastrarle á los campos de matanza...

Se oyó distinta la voz trémula de Varo llamando, y vieron todos claro el ademán de Cecina rechazando la mano que se le tendía.

Un alarido formidable y un estruendo de armas que chocan, de amuchedumbramiento, siguió instantáneamente á la visión del caudillo. Se apagaron en las cumbres las hogueras; enmudecieron los cantos y alaridos de los bárbaros ante la conmoción del campo romano, y entre el silencio y la sombra sólo era perceptible un pelotón informe erizado de picas y de espadas semejante á un inmenso monstruo que castañeteaba cientos de miles de dientes y respiraba anheloso en la obscuridad enmudecida y trágica.

Vuelto el día, vióse que todo el campo, incluso los velites, habían abandonado sus puestos para apelotonarse. Cecina, densamente pálido, pero con aquella tranquila apariencia que le daban su valor y sus cuarenta años de guerra, ordenó de nuevo sus legiones y dejó el campamento para derrotar á Arminio y conseguir uno de los triunfos que más alabó Germánico.........................

Tácito menciona de pasada el hecho en sus anales. No deja de merecerme la incertidumbre que me mereció en otra ocasión uno de mis más bravos soldados.

Acampábamos en Cuba en un desfiladero donde meses antes habían *macheteado* tres compañías, lugar el *Cacao*. Me tocó, llevando la vanguardia, ver primero el campo de horror, salpicado de huesos y cráneos esparcidos, de sombreros ensangrentados, de prendas, zapatos y correajes deshechos.

Dimos sepultura, acaso por igual, á aquel montón de huesos de propios y extraños. Muy cerca de la zanja y del túmulo que sirvió de sepulcro acampé con mi gente, por habernos sorprendido la noche en la faena. Destaqué, al mando de un soldado experto, un pelotón de hombres al otro lado del arroyuelo vecino al lugar que me servía de campamento y avanzada.

Dormí inquieto por el triste espectáculo y por la fatiga del día. No puedo precisar lo que pasó, ni lo pude precisar entonces. A media noche me despertó sobresaltado un estruendo indescriptible. Salté de la hamaca y fuí con el resto de la gente á reforzar la avanzadilla. Allí escuché incrédulo el relato de los soldados que, azorados, decían haber visto salir del montón de muertos los hombres macheteados del 6.º Peninsular y llamarles repetidas veces en las sombras. Quedé reforzando la avanzadilla, y antes desvelados que vigilantes, esperamos el día. Disponíame á reprenderles, cuando la incertidumbre ahogó mi amonestación. Algo anormal y fuera de toda realidad había ocurrido. El arroyo que habíamos elegido á vanguardia quedaba á nuestra retaguardia, y el túmulo que cerraba la zanja habíase volcado y esparcido sobre la margen del río. Todos nos miramos enmudecidos de asombro. Hubiéramos jurado que nadie pasó el río.

He vuelto en la paz á repasar los anales de Tácito. Lo que desde el tranquilo sillón del gabinete me parecía absurdo, en la guerra aprendí á encontrarlo natural. Más allá de la vida, en ocasiones, el corazón os lleva sobresaltado, y en su galope os muestra el espacio donde labora el *inconsciente:* el mundo del misterio. Para ver la intensidad de la vida es preciso asomarse á la muerte. Del lado de *ella* viene el soplo de lo intenso; y es ese mismo soplo el que os invade cuando realizáis algún sacrificio.

Instruid la cabeza en la paz, y desdeñad, si queréis, lo sobrenatural; pero dejad que en la guerra os hable el corazón y os traduzca á solas el lenguaje de lo desconocido.

RICARDO BURGUETE

DIBUJOS DE C. VÁZQUEZ

CAFÉ Y CONCIERTO AL PIANO

(APUNTES DE UN PARROQUIANO)

POR CILLA



1.—Toma cerveza y espera que empiece la música, se supone que para soñar; porque de no ser para soñar, ¿para qué había de dormirse?



2.—El pianista charla en los intermedios con sus admiradores, que son todos los parroquianos, y mira á sus admiradoras, que son casi todas las parroquianas.



3.—Aprovecha los ratos en que no hay música para demostrar á los amigos cómo tomaría él Tokío si siguiese en activo y el Zar le encargase de tan delicada misión



4.—En cuanto suena el piano, empieza llevando el compás con la mano, luego con la cabeza, y acaba por romper á cantar, para deleite de los vecinos de mesa.



5.—Es una gran aficionada á la buena música, y quiere ver si al arrullo de la novena sinfonía sale algún sujeto que quiera llevarla al altar.



6.—Toda la noche hablando de arte, nada más que de arte, y aplaudiendo cuando tocan á Wagner, ¡solamente á Wagner!



7.—Se sienta solo en una mesa, y arrullado por las melodías de Beethoven, va pasando á unas cuartillas las creaciones grises de su fantasía azul.



8.—Como con motivo del concierto acuden al café muchas chicas, viene para dejarse ver y para que disfruten las pobrecillas.



9.—Un café en vaso, leche en la copa del agua, dos terroncitos más para esa leche, unas gotas, y encargar que no desafine el músico. ¡Todo eso por 40 céntimos!

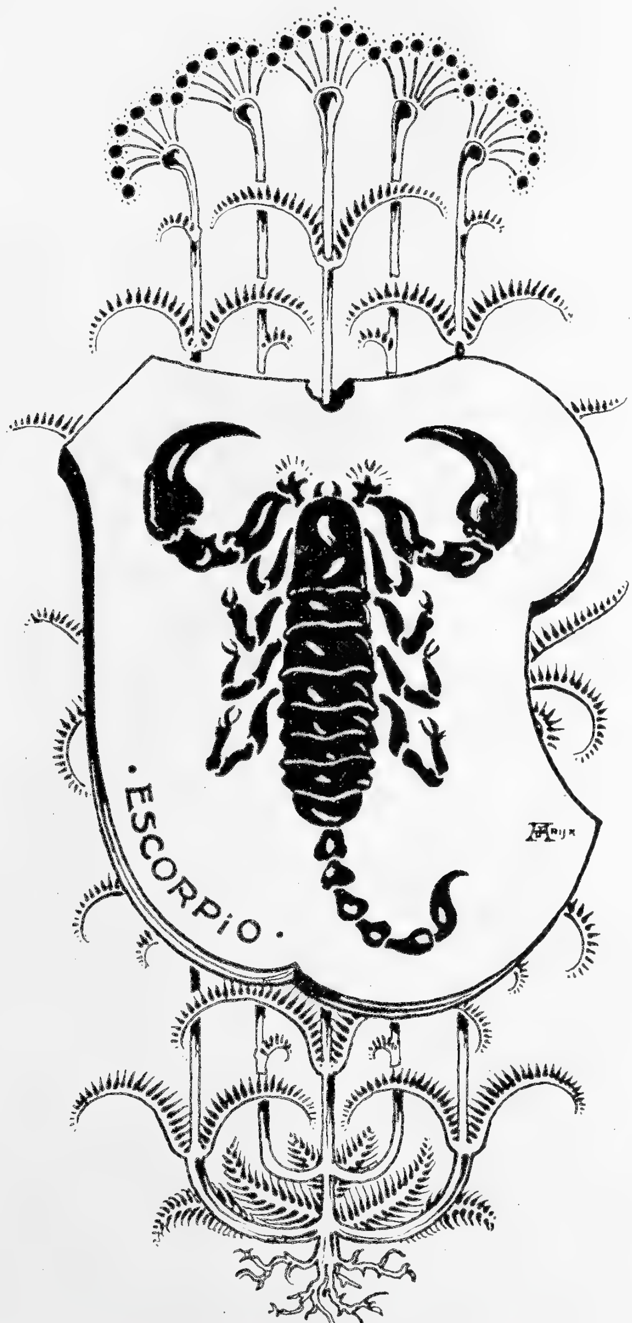


EL FIGURÍN DEL DÍA

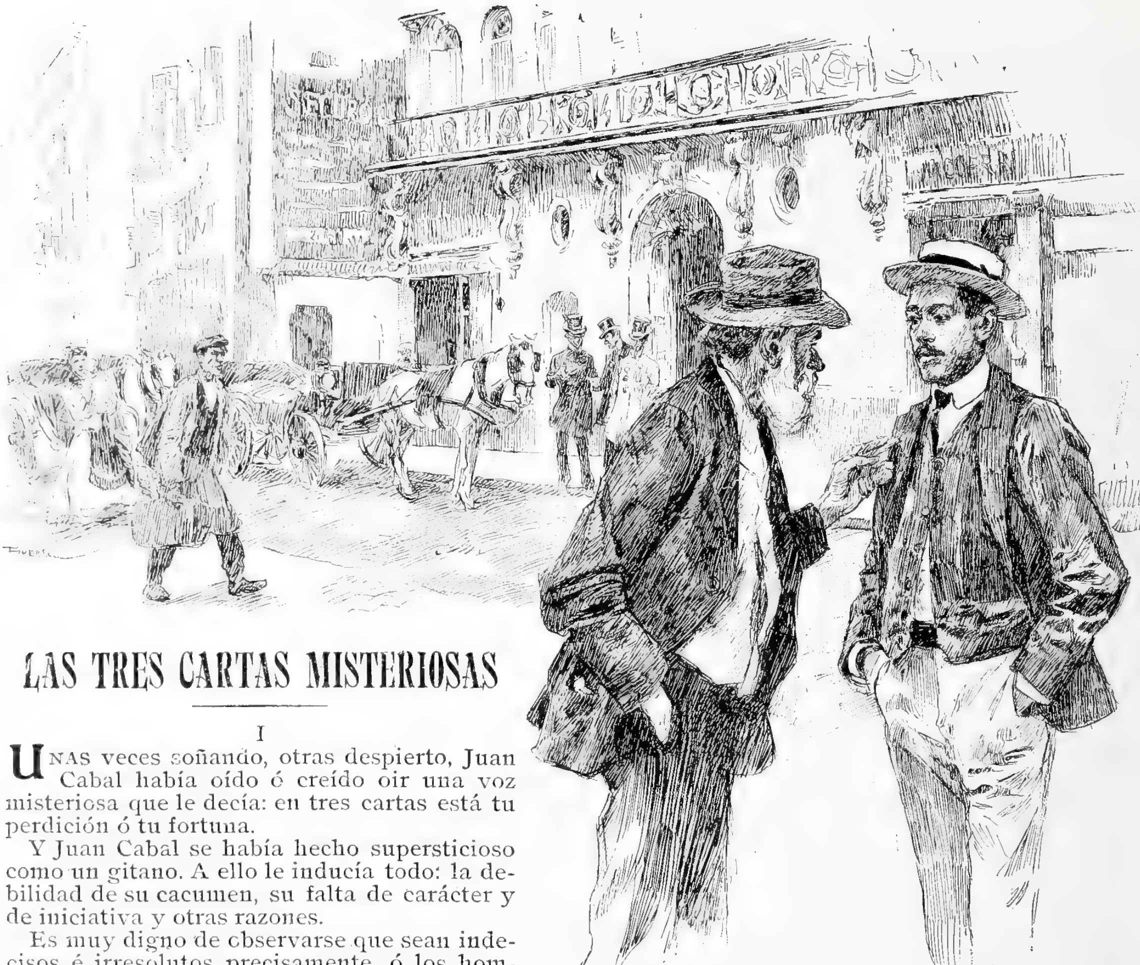
TEA-GOWN. Modelo de la casa Huet et Chéruit, de París.
Es un precioso vestido de crespón de china color crema, bordado. Lleva un gran volante de Luxeuil y un cinturón de «liberty» crema.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 1.° Octubre 1904. N.° 700



LAS TRES CARTAS MISTERIOSAS

I

Unas veces soñando, otras despierto, Juan Cabal había oído ó creído oir una voz misteriosa que le decía: en tres cartas está tu perdición ó tu fortuna.

Y Juan Cabal se había hecho supersticioso como un gitano. A ello le inducía todo: la debilidad de su cacumen, su falta de carácter y de iniciativa y otras razones.

Es muy digno de observarse que sean indecisos é irresolutos precisamente, ó los hombres de gran talento ó los sandios y simples.

Yo era muy amigo de Juan Cabal: le estimaba como se estima á un cuadro, mueble ú objeto adventicio que se encuentra uno con frecuencia y que para nada sirve.

Sucede esto comunmente, y si analizáramos el fundamento que tienen la mayor parte de nuestras amistades y relaciones, quizás no le encontraríamos más sólido. ¿Por qué le toma uno afecto á un trasto viejo, á una fea cadena de reloj ó á un bastón de ébano cuyo puño es una cabeza de galgo con las orejas gachas y los ojitos de cristal?

Todas estas cosas prosaicas y feas debían producirnos indiferencia ó, en todo caso, lástima; son objetos que lloran su mala suerte, la poca gracia con que han sido fabricados; pero si se examina bien el asunto, sus lágrimas (¡!) no tienen fundamente justo y lógico.

Les pasa lo mismo que á esos pobres pedigüeños que, sacándose al día seis ó siete pesetas de limosna, siguen con la queja en los labios sin cesar y hasta tienen la desvergüenza de pedir *para ayuda de un panecillo* á un trabajador, de quien saben que gana ocho ó diez reales. Pero vuelvo á mi Juan Cabal.

Supersticioso como un gitano ya creo haber dicho que era, y entre gitanas, sonámbulas, agoreros y nigrománticos, se le sorbieron el escaso caudal que sus padres le habían dejado.

Los dos últimos miles de reales que le quedaban se los llevó un viejo bigardo que solía andar manejando el sable entre la Peña y el Casino. Era un antiguo jugador de oficio á quien por lo blanco y lo copioso de su barba llamaban el Padre Eterno.

—Tengo un secreto, joven—le dijo metiéndole entre cejas y nariz una mirada terrible,—que lo vendería por mil duritos nada más. Por menos, no, porque con mil duritos ahora mismo me arreglaba la ropa, sacaba de empeños dos brillantes que tengo como avellanas para los dos dedos meñiques, y me marchaba á poner banca en la feria de Córdoba, donde se talla de buten.

El Padre Eterno había calculado mal en la suma, porque á Juan Cabal sólo le quedaban quinientas pesetas calvas.

En fin, á fuerza de palique, el hombre se contentó con los dos mil reales y reveló su secreto á Juan Cabal.

Era simplemente una martingala de números, colores y pintas de cartas que, según su inventor, servía para el bacarrat, para el treinta y cuarenta, y mediante una ingeniosa combinación de cifras, para la ruleta. Pero Juan Cabal no era enteramente tonto.

—Eso es menester probarlo,—dijo.

—Bien, pruébelo usted,—contestó el jugador de la barba venerable, con un aplomo verdaderamente mayestático.

Juan Cabal subió al Casino y dió cinco golpes á diez duros, por no arriesgar mayor cantidad.

El resultado fué infalible: seiscientos veinte duros entraron en su cartera.

La combinación era sólo de cinco golpes á la dobla: claro está que el asunto era hacer una pelota de importancia y saltar dos ó tres bancas famosas.

El propio fantasma legendario de García surgió vomitando oro y billetes ante los asombrados ojos de Juan Cabal.

Aquella noche repitió la suerte en casa de Nogueras, en la Peña, en el Militar, y después, en timbas de lo más inmundo, en chirlatas de cuartos. Era seguro, infalible.

A las cinco de la mañana entró en Fornos, agachándose, por la puerta de la calle de Peligros. Allí le esperaba filosóficamente sentado ante los restos de una cena de dos pesetas el viejo de la barba nívea. Por encima de ella resplandeció el rostro congestionado al ver á Juan Cabal.

—Salió, ¿eh?—le dijo.

—¡Infalible!—contestó Juan Cabal.

—Vaya, pues me alegro.

—Y yo; tanto, que le devuelvo á usted su cifra. Comenzó usted por pedirme mil duros. Ahí van,—y le alargó cinco *veraguas* suntuosos, dislocantes.

El viejo cayó sobre la presa y mandó traer Champagne.

Juan Cabal organizó su campaña. Biarritz, Ostende, Spa, Baden y, para rematar la suerte, Monte Carlo en la época de los grandes duques. En todas partes trataría



de que se formase la piña en contra suya, y consiguientemente de hacer saltar la banca. Así lo hizo, y pronto lo supieron todos los jugadores del mundo. García resucitaba. Era otro español que con una martingala de cinco golpes desharía todas las combinaciones posibles. El pánico reinaba en las bancas.

A Niza llegó Juan Cabal con dos ó tres *cocottes* admiradoras ó asociadas. Jugó allí poco; se reservaba para Monte Carlo. El fausto que desplegaba y su tontería y memez le valieron un mote: *el rey de los rastacueros*. En Niza se formó un *trust* de ingleses y rusos para *resistirle* cuando fuera á Monte Carlo. Reuniéronse muchos millones.

Al fin se decidió. Tras él fueron los del *trust*. Al entrar en el Casino de Monte Carlo, un criado lleno de cordones de oro le entregó una carta de letra desconocida. La abrió curiosamente; decía sólo estas palabras: *No juegues hoy*. Sin firma ni sello.

—¡Bah!—pensó Juan Cabal,—esto es una estúpida advertencia de algún jugador que me teme.

Jugó, jugó toda la noche, y ni una sola vez dejó de quebrar la martingala. Perdió, pues, toda su inmensa fortuna. Al alba se halló sin un céntimo. Las admiradoras también habían huido.

La gerencia del Casino hizo lo de costumbre: repatriar paternalmente al perdidoso para evitar un suicidio más.

II

Juan Cabal se halló de nuevo en Madrid, sin más capital que diez ó doce baúles de ropa fina.

Lo primero que hizo fué buscar al *Padre Eterno*. Le encontró otra vez muy mal de cuartos y de aspecto, pero con un caudal de filosofía mucho mayor.

—No me extraña eso. Las cartas son cartas, y como tal hay que tratarlas y temerlas. Esa que recibió

usted por el correo era la contraria. Pero no hay que apurarse. Desgraciado en el juego, venturoso en amores. Aprovéchese usted del físico; saque usted interés á esos baúles de ropa fina; haga lo contrario de lo que ha hecho hasta aquí.

Juan Cabal siguió el consejo de su Mentor. Era guapo, y había adquirido cierta elegancia cosmopolita en el roce con los príncipes y millonarios á quienes había desplumado.

Pronto se le presentaron dos partidos: una millonaria excéntrica y desequilibrada á quien sedujeron las habladurías circulantes respecto á la suerte loca y á las hazañas de Juan Cabal en las grandes chirlatas de Europa, y una viuda, rica también, que comprendiendo las buenas cualidades que en el fondo poseía Juan Cabal y la necedad con que las había malogrado, le quería con ese amor maternal de las viudas, para quienes el segundo marido tiene algo de hijo ó de ahijado.

Nuevas vacilaciones atormentaban el ánimo de Juan Cabal, quien vivía muy elegante del producto de algunas alhajas que había empeñado.

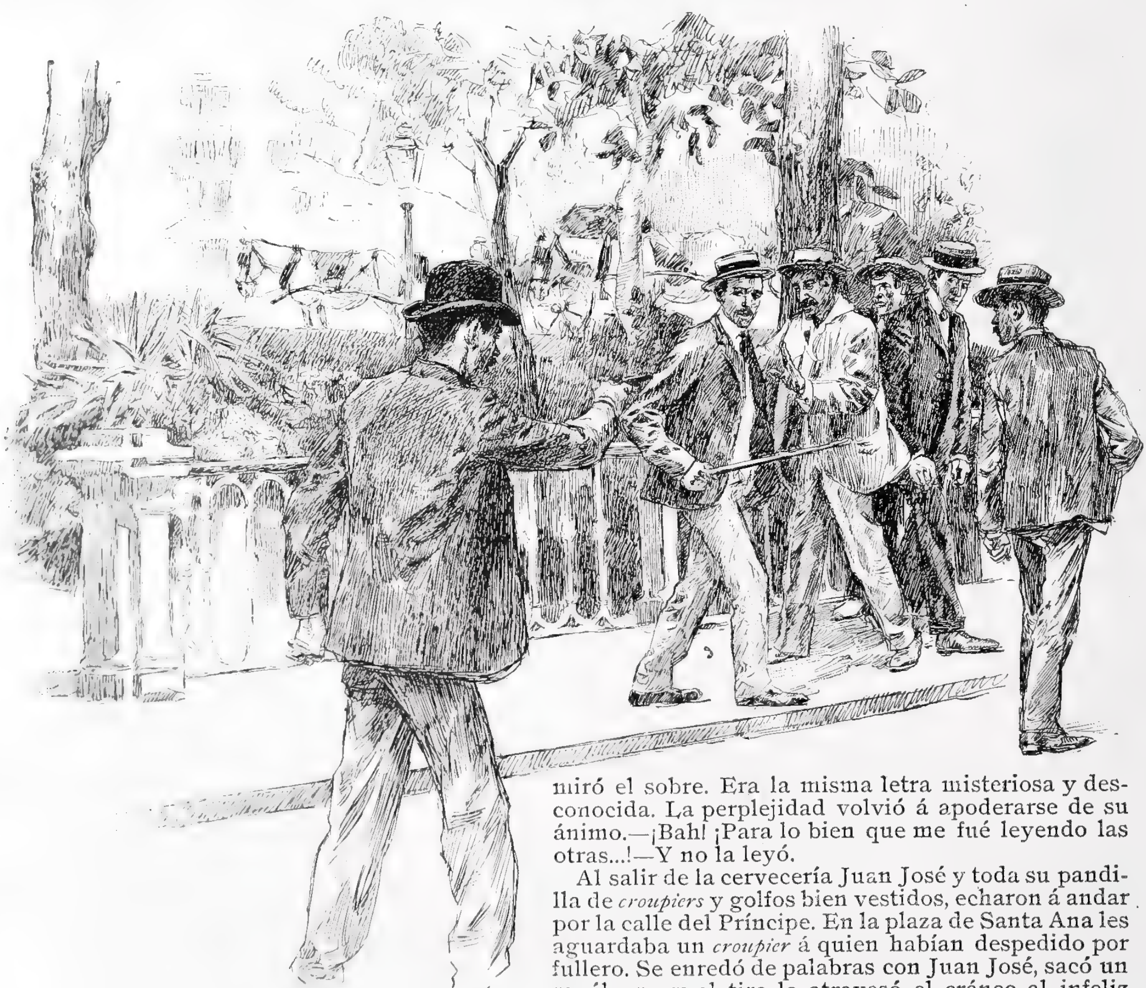
Al fin, cuando ya no tenía más remedio que decidirse porque se le acababa el dinero, impensadamente recibió una carta por el interior. La letra era la misma de la carta recibida en Monte Carlo. El contenido, igualmente lacónico, decía así: *Cásate con la viuda.*

Juan Cabal, aplicando la lógica del *Padre Eterno*, pensó que, tratándose ahora de amores y no de juego, había que seguir la contraria. Se casó, pues, con la millonaria soltera.

III

En su matrimonio fué desdichadísimo; tanto, que el mal carácter y las veleidades de su mujer no se los endulzaron los millones. Al cabo de dos años se separó de ella, y como no quería pedirla nada, se dedicó á lo único que sabía hacer: fué *croupier* en varios círculos. Vivió malamente, recordando las dichas pasadas. Algunos jugadores que conocían su historia se hacían explicar por él la famosa martingala, que ya no salía nunca.

Una noche, después de dejar su turno, se dirigía, como de costumbre, á la reunión de *croupiers* que con el amo, el famoso Juan José, solía congregarse en la Cervecería Japonesa. Al salir del Círculo, uno de los porteros le entregó una carta. Juan Cabal, aburrido, no quiso abrirla. Al llegar á la cervecería



miró el sobre. Era la misma letra misteriosa y desconocida. La perplejidad volvió á apoderarse de su ánimo.—¡Bah! ¡Para lo bien que me fué leyendo las otras...!—Y no la leyó.

Al salir de la cervecería Juan José y toda su pandilla de *croupiers* y golfos bien vestidos, echaron á andar por la calle del Príncipe. En la plaza de Santa Ana les aguardaba un *croupier* á quien habían despedido por fullero. Se enredó de palabras con Juan José, sacó un revólver... y el tiro le atravesó el cráneo al infeliz Juan Cabal.

Al registrarle el Juzgado, le hallaron en el bolsillo una carta que sólo decía: *Vete derecho á tu casa.*

Nadie supo nunca de dónde había salido aquella carta. ¿Quién la escribió? ¿Quién escribió las otras? ¿Acaso no recibimos todos en nuestra vida tres cartas de las que no hacemos caso, y que contienen nuestro porvenir?

LEMA: QUEM PATRONUM ROGATURUS

(NÚMERO 26 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

... DE HUERTAS

EL ROSAL CRÍA LA ROSA,
LA CLAVELLINA EL CLAVEL,
LA MADRE CRÍA Á SU HIJA
Y NO SABE PARA QUIÉN



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR CARLOS VÁZQUEZ

El loro



Doña Raimunda Celis, pensionista fea y cincuentona, ocupaba el piso segundo de una casa situada al final de la calle de Atocha desde que perdió á su señor padre, sensible desgracia acaecida por el año 80. En aquel cuarto estrecho, sólo alegrado por las acacias que besaban los balcones, pasaron los años para la de Celis en sucesión tranquila; formaron poco á poco su vida, una vida monótona, llena de sucesos idénticos, de acontecimientos menudos. El mundo exterior está apartadísimo de esas existencias sosas, ante las cuales sus manifestaciones aparecen insignificantes y tan desprovistas de interés como si ocurriesen en la nebulosa lejanía de otro planeta. Sólo los hechos que rozan la esfera estrecha donde se mueven esos espíritus medrosos pueden conmoverlos, y así se les ve aturdidos por un cambio de sirviente, intrigados por un nuevo vecino, llenos de susto ante la remota probabilidad de incendio que supone la apertura de un ultramarino en la acera de enfrente

Todas estas vidas parciales se agitan en el tumulto de la vida total, separadas, revueltas, frágiles cual burbujas en el remolino de un torrente, y de vez en cuando estallan en silencio sin que deshagan familias ni descompongan hogares. Pero jamás transcurren del todo sin haber sido conmovidas por alguna pasión que las hace románticas y ridículas. A veces tras la aparente bobería de una de estas existencias, yacen restos de amores trágicos, de sucesos novelescos, se esconden abnegaciones de santas obscuras, martirios terribles y angélicos abandonos de todo egoísmo, ejecutados con silenciosa modestia. Otras veces esos corazones sueltan en su triste soledad recuerdos sencillos, inocentes memorias de noviazgos tontos, de coqueteos insulsos, y también hay almas de solteronas (acaso las más felices) que guardando sólo en el rincón polvoriento de las remembranzas los rostros arrugados de los padres, de los parientes viejos, el óvalo borroso de la hermanilla á quien Dios se llevó muy joven, colocan junto á estas efigies de nuestros amados la imagen graciosa de algún gozque ladrador, de un lindo canario, de un gato beatífico y dormilón, pues en el desamparo de sus existencias yermas de cariño, las viejas adoran en el altar de sus recuerdos á los irracionales que fueron encanto de sus vidas frías y olvidadas.

Una tarde de primavera conoció Doña Raimunda al sér misterioso que había de causarle la alegría y el dolor mayores de su vida.

Estaba la huérfana asomada al balcón. De la calle subía estrépito de coches, machaqueo de carros sobre las piedras del arroyo, rápido roce de pies ajetreados. Pero estos ruidos parecían lejanos á la de Celis, pues la acacia que rozaba el balcón, envolviendo á la señora en el aliento de sus flores, la transportaba á un país quimérico, ultraterrestre.

De pronto, entre la espesura perfumada del árbol se movió, lento y cauteloso, un bulto verdeante. Al notarlo, Doña Raimunda abandonó el apoyo de la barandilla, y recordando vagas aventuras exóticas en que desaforadas serpientes intervenían como actores principales, sintió gran susto en su espíritu medroso. Pero la quietud á que habían vuelto las ramas, un instante estremecidas, apaciguó algo la zozobra de la huérfana, quien observando atenta la hojosa maraña, vió que el extraño objeto había desaparecido. Entonces volvió á acercarse al barandal, y sondeando la verdura con la vista, intentó descubrir al incógnito.

Los ojos de Doña Raimunda escrutaban la acacia con curiosidad intensísima, cuando de pronto, de una de las ramas más altas descendió una voz extraña, áspera, ronca, que con el acento mecánico de un fonógrafo dijo: «Bonita, bonita.» Y antes de que la señora pudiera reponerse de la sorpresa causada por aquel piropo, unas alas batieron el aire, y con el revuelo pausado y solemne de un Espíritu

Santo se posó sobre el hombro de Doña Raimunda un pájaro bastante grande de plumaje verde, gualdas carrilleras y corvo pico blanco.

«Un loro», exclamó estupefacta la de Celis, mirando primero al ave y luego á la acacia de donde había brotado aquel volátil.

En tanto, el loro se contoneó un poco sobre la espalda de la pensionista y luego, acercando mimosamente su cabeza al rostro de la señora, la picoteó en la boca y dijo: «Bonita, bonita, bonita... Ay, ay, ay, qué rrrregalo.»

Al sentir doña Raimunda en sus labios el beso del loro, se puso como la grana, y con un movimiento instintivo miró á su alrededor, mientras el pájaro columpiaba su gorda cabeza y hacía girar en sus órbitas los granos lustrosos de sus ojos. Tranquila al ver que nadie había atisbado aquel incidente, la señora ofreció un dedo al ave, quien con gran circunspección se posó encima y humilló después su cerviz bajo el beso con que doña Raimunda pagó el primer piropo de su ya larga vida. Desde entonces, el loro, bautizado con el nombre de Aramis en recuerdo de juveniles lecturas novelescas, fué el encanto de la vida de la Celis. Todo se supeditó en la casa á las rarezas del animalejo, y éste, que era muy caprichoso, traía á mal traer á su propietaria y esclava. Mas doña Raimunda se lo perdonaba todo al loro, en gracia de los mil talentos que poseía.

Aramis imitaba á la perfección el mayar de los gatos encelados y la gresca de dos perros que disputan; ascendía por una escalera, saltando monamente por los travesaños; hacíase el muerto con perfección suma; sabía muchas canciones, estribillos y frases graciosas. Pero estas artes se obscurecían y nublaban ante una que á doña Raimunda se le antojaba la más sublime de todas: Aramis conocía y repetía de continuo mil piropos.

Los chicoleos eran su fuerte. Sabía muchísimos: espirituales, picarescos, relamidos, románticos, soeces, y con su voz igual y rasposa se los repetía á todo instante á la huértana, quien en poco tiempo escuchó tantas galanterías como puede oir la mujer más hermosa del orbe. Así, doña Raimunda adoró al pájaro, y su idolatría manifestóse en mil golosinas con que le regalaba el pico. Para Aramis fueron las frutas maduras, el tierno bizcocho, las jugosas ensaladas, el huevo fresco, el sopón de chocolate. Gozaba de amplísima libertad, y podía pasearse por toda la casa desde la sala á la cocina, trepar sobre los muebles, golpear furioso con las alas y el pico al otro Aramis que se le mostraba en los espejos. Dormía donde le apetecía, y como buen tirano, no usaba dos veces seguidas idéntica alcoba, y una noche la pasaba encima del chinero del comedor, y la siguiente le sorprendía posado en los barrotes de la cama de doña Raimunda, donde, sostenido por una sola pata, reposaba al par que la pensionista.



El amor de la Celis por su loro se acrecía por el misterioso origen del animal. ¿De dónde llegó? ¿De qué jaula ignota, de qué prisión lejana se escapó aquel pájaro? Nadie lo sabía, nadie se interesaba por él. Ningún anuncio le reclamó; y ante el aspecto astuto y socarrón de Aramis, doña Raimunda pensaba que tal vez aquel pájaro sagaz fuese algún sér humano, metamorfoseado en loro por encantos potentísimos.

La Celis pasó de este modo, en este ininterrumpido éxtasis, el verano, el otoño, el invierno. Llegó la primavera, y con ella los racimos balsámicos de la acacia, el grato espesor de su follaje, donde se incrustaba el balcón.

Doña Raimunda gustaba de asomarse, y Aramis también. Como era tan manso, su ama le permitía recorrer todo el barandal, por donde andaba muy grave, deteniéndose de vez en vez y pronunciando entonces alguna frase con seriedad digna de un jefe de partido.

Aquella tarde Aramis estuvo más parlanchín que nunca. Cantó el Manolé, los matuteros, la cachucha; silbó, rió con la burla de un eco, piropeó á su dueña, que le oía arrobada...

De pronto, y obedeciendo á algún desconocido capricho que cruzó por su cerebro de loro, Aramis saltó á la acacia. La de Celis, algo asustada, le llamó: «¡Aramis, lorito, monín, ven, ven!»

Pero el bicho no la obedeció. Colgándose de una rama, se columpió cabeza abajo diciendo: «Preciosa, castiza.» Después se enderezó, repitió las flores, y sin que doña Raimunda, nueva Ariadna, pudiese evitarlo, abrió sus alas verdes, y batiéndolas rápidamente, voló, escapó, volvió al misterio de donde había venido.

La de Celis le lloró como á un hijo, como á esposo, como á amante. Nunca le pudo olvidar, y hasta la muerte conservó en sus oídos la música de aquella voz extraña, ronca y guasona que le había piropeado.

DIBUJOS DE REGIDOR

Mauricio LÓPEZ ROBERTS

OTOÑO. ORILLAS DEL MANZANARES,
POR A. DE BERUETE



Crónica Gráfica

La guerra ruso-japonesa es ya, para los que aún se deciden á internarse en la intrincada selva de los telegramas diarios, una interminable y fúnebre pesadilla. Vulgar es el recuerdo de Stendhal y de su bellísimo libro *La cartuja de Parma*, donde se ve claramente que los relatos de grandes batallas con que se recrearon nuestros tatarabuelos eran meros ejercicios retóricos, ficciones más ó menos grandiosas amañadas por los historiadores, ó á lo sumo esquemáticas representaciones de un plan táctico, trazadas por un general capaz de hacerse cargo de un conjunto de fuerzas y acciones como el que constituye una batalla. Pero si ya en tiempo de Napoleón era sabido que una batalla *no se ve*, ¿qué no sucederá ahora, dado el enorme alcance de las armas modernas y la científica precisión de los movimientos de tropas? Así, pues, la fotografía no recoge más que incidentes sueltos y dispersas notas.

El rey de Servia Pedro I Karageorgevitch se ha coronado. Vean ustedes cuán interesante y extraordinaria figura la del monarca paseando por Belgrado con su corona y su manto regio. ¿Verdad que dan ganas de apuntarle dos duros?

Ha quedado colocado en una de las sobrepuertas del Congreso el relieve conmemorativo del gran Castelar. La obra es un nuevo acierto de Mariano Benlliure, á quien por ella felicitamos. Los relieves alusivos á la fundación de la Escuela de Bellas Artes en Roma y la valiente figura del esclavo rompiendo las cadenas, llamarán mucho la atención de los inteligentes.

Con modestia, pero con gran entusiasmo, se verificó el sábado último la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes en el Asilo provincial de Madrid. Hubo una gran comida para más de mil niñas asiladas, espectáculo verdaderamente conmovedory substancioso al par.

Las sacerdotisas vuelven. Ahí tienen ustedes á la señorita Gertrudis Petsold, primer pastor perteneciente al sexo femenino y á la iglesia unitaria inglesa. Esta señorita es *párroca* (¡qué horror!) en Leicester. Nacida en Prusia, á los veintiocho años salió de su patria para cursar la carrera de Artes (*Letras* decimos aquí) en la Universidad de Edimburgo; después estudió en el *Manchester College* y, por último, en la Universidad de Berlín siguió los estudios de filosofía y teología.

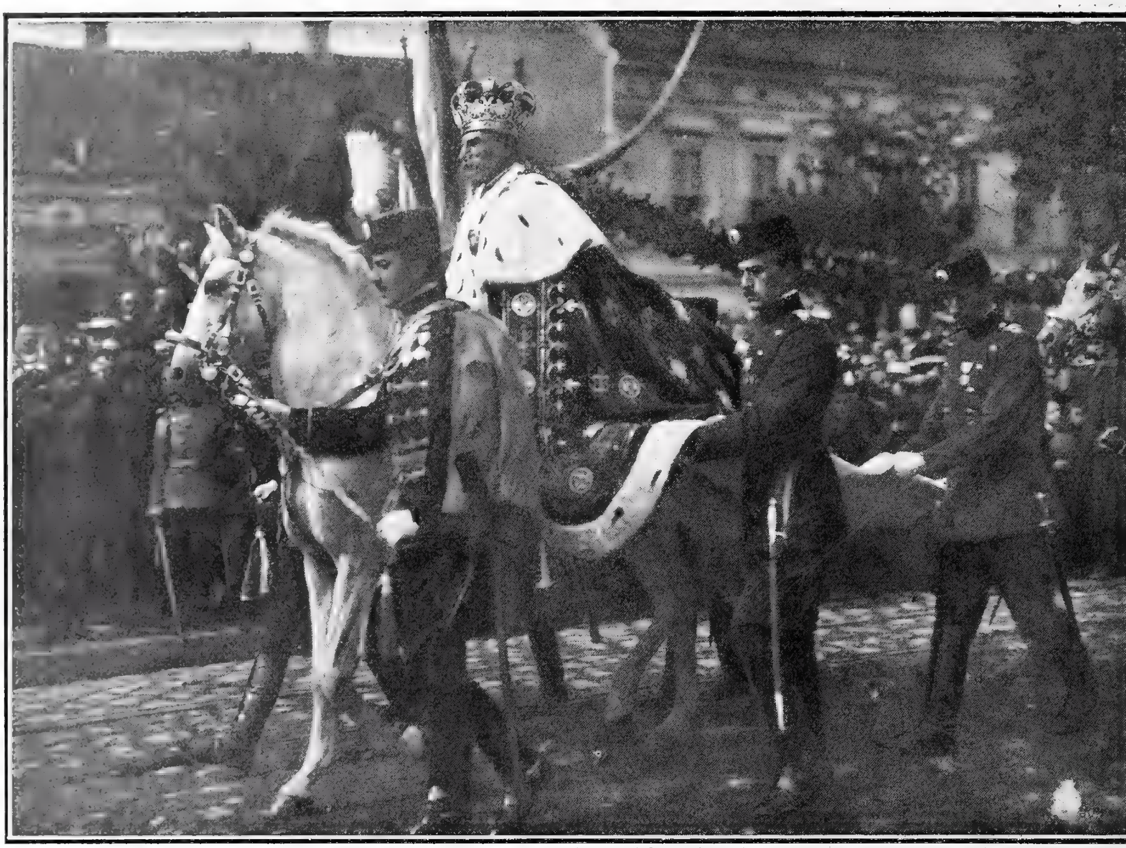
Su majestad el Rey ha abandonado la residencia veraniega de San Sebastián para trasladarse á la Granja y después concurrir á la inauguración del curso académico en Salamanca.

Los días son de fiestas y diversiones en toda España. Nada más inocente y primitivo que las fiestas de Graus, importante población de la provincia de Huesca, á juzgar por las fotografías que nos remiten de allí, y que representan el *dance* verificado en la plaza y la cuadrilla ó comparsa de bailadores que trenzan las cintas de colorines: dos *repatanes* ó rabadanes bizarramente trajeados, y otros cuatro ó seis zagalones con indumentaria casi femenina.

Si no de modo tan inocente como en Graus, también se han divertido días pasados con ferias y fiestas en Jerez de la Frontera, Puerto de Santa María y Valladolid. En la hermosa capital castellana ha habido un número nuevo de gran lucimiento: la batalla de flores, que resultó brillantísima.



DESPUÉS DE LIAO-YANG. HERIDOS RUSOS HECHOS PRISIONEROS POR LOS JAPONESES — Photo-Nouvelles



BELGRADO (SERVIA). EL REY PEDRO I PASEANDO POR LAS CALLES DESPUÉS DE LA CORONACIÓN

Fot. Berliner Illustrations Gesellschaft



MADRID. SOBREPUERTA DEL CONGRESO DECORADA CON EL MONUMENTO Á CASTELAR, POR M. BENLLIURE

Fot. Baglietto



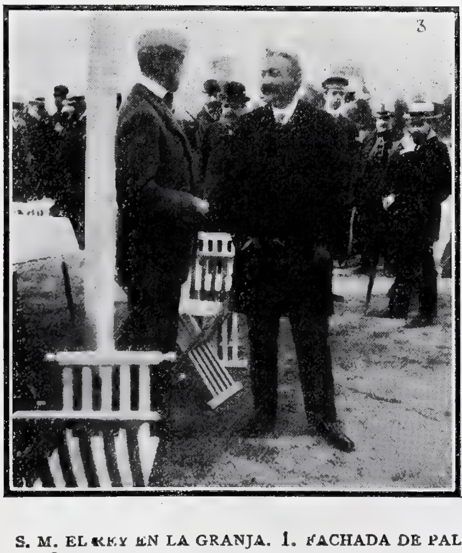


MADRID. FIESTA EN EL ASILO DE LAS MERCEDES. LAS ASILADAS EN EL JARDÍN
Fot Baglietto

LEICESTER (INGLATERRA)
LA SRTA. GERTRUDIS PETSOLD









S. M. EL REY EN LA GRANJA. 1. FACHADA DE PALACIO ADORNADA CON TAPICES. 2. ARCO ERIGIDO POR EL PATRIMONIO
3. EL REY CONVERSANDO CON EL GOBERNADOR DE SEGOVIA, SR. SILVELA (D. MATEO). 4. EN EL TIRO DE PICHÓN
Fotografías Asenjo





GRAUS (HUESCA). LOS DOS «REPATANES» Y LOS CUATRO «VOLANTES» TRENZADORES DE CINTAS

EL «DANCE» EN LA PLAZA MAYOR DE GRAUS

Fotgs. B. Aguilar





JEREZ DE LA FRONTERA. DOS VISTAS TOMADAS EN EL REAL DE LA FERIA

Fotgs F. Castroverde





PUERTO DE SANTA MARÍA. CARRERAS DE BICICLETAS.—UNA PIARA DE CEBONES

Fotgs A Algaba





¡NUNCA!

Al borde del sepulcro que me espera,
insensible á la muerte y á la vida,
sólo pregunto á mi razón dormida
de tanto afán la causa verdadera.

La vaga reflexión que se apodera
de un alma agonizante y dolorida,
hízome ver con brusca sacudida
todo lo inútil de mi vida entera.

Humanidad, que sólo ante la muerte
procuras de la duda defenderte,
no darás fin á tu tardío anhelo;

que al dirigir tu súplica en la tierra,
tan poca vida tu gemido encierra
que la verdad sorpréndete en el cielo.

FERNANDO CALVO

DIBUJO DE ARIJA



ORO VIEJO

(DE GARCILASO DE LA VEGA)

DAFNE

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro obscurecían.
De áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros que aún bullendo estaban:
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.
Aquel que fué la causa de tal daño,
á fuerza de llorar, crecer hacía
este árbol, que con lágrimas regaba.
¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

DIBUJO DE C. PLA

LA DUCHA, por Rojas



DE PASEO, POR
E. ESTEVAN



LA MUJER Y LA CASA

MODAS — MUEBLES — LABORES — CONCURSOS FEMENINOS.

LENGUAJE DEL ABANICO

INTERPRETADO POR LA SRTA. MEMBRIVES, DEL TEATRO DE APOLO



1. Tenemos que hablar.



2. Pero muy en secreto, ¿eh?



3. No me fío de usted.



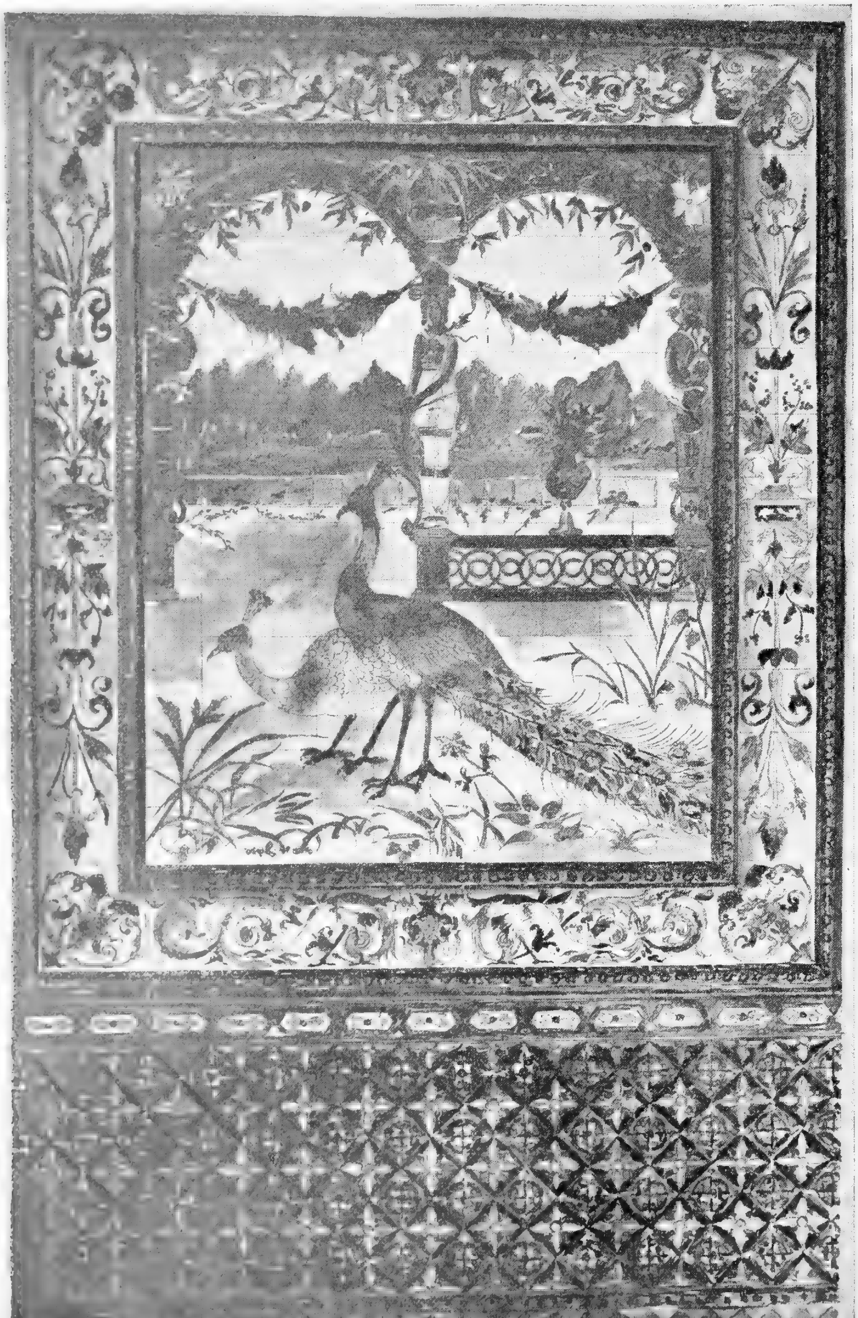
4. ¡Cuidadito con olvidarse!

Fot FRANZEN

LA CASA MODERNA. LA CERÁMICA EN LAS HABITACIONES

He aquí una antigua y hermosa tradición artística puramente española y que ha estado á punto de perderse en los dos últimos tercios del siglo pasado, época verdaderamente ominosa para el arte de la decoración y del mueblaje y aun para otras manifestaciones artísticas más substantivas é importantes.

La más indignante trivialidad, el más odioso y facilitón barroquismo han dominado en el adorno de habitaciones durante sesenta ó setenta años, desde que la burguesía española, imitando á la francesa, comenzó á aficionarse á las paredes empapeladas, á los muebles de baratillo y á los cromos y cuadricos de bazar. Se perdió la antigua austeridad conventual de la casa española con las paredes blancas, ennoblecidas por viejos cuadros al óleo, y cuya severidad venían á templar frisos y rodapiés de azulejos historiados ó de moriscos aliceres: y al degenerar aquel sistema de sobrio adorno que bastaba á quienes no podían revestir las paredes con tapices ó con maderas labradas, decayó el uso de la Cerámica como elemento decorativo en las habitaciones.



Toledo, Sevilla, Valencia, dejaron de cocer sus maravillosos azulejos; olvidóse en muchas partes el secreto de los esmaltes y los fundentes; se apagaron los hornos; se rompieron las muflas; triunfó el mercantilismo; la prosa igualitaria penetró en los hogares, y se asentó en las paredes como en todas las partes de la casa.

Modernísima es la restauración del buen gusto en esta materia; recientísimas las predicaciones de los ruskinianos, empeñados en la salvadora empresa de embellecer la vida material. Poco á poco van renaciendo las antiguas manufacturas de esos bellos objetos de cerámica que refrescan y alegran la vista en interiores y fachadas. Nos complace saber que en España quedan artistas como el reputado ceramista Daniel Zuloaga, autor de la importante obra que reproducimos. Es un *panneau* para balcón-terraza, con marco de moldura de una pieza, con esmaltes transparentes y azulejos de pasta de porcelana, cocida á la temperatura de 1.400 grados.

Tan bella obra está colocada en el hotel que en la calle de Sagasta, de esta corte, posee el señor conde del Moral de Calatrava.

* * *

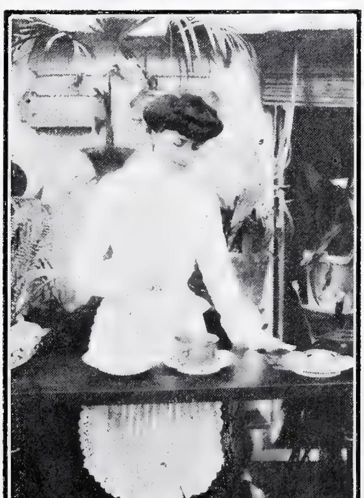




1 COGE TRES HUEVOS, SEPARA LAS CLARAS, PON DOS CUCHARADAS DE AZÚCAR PARA CADA YEMA.

2 BÁTELO CON TODA LA ENERGÍA POSIBLE HASTA QUE BLANQUEE, Y AÑADE TRES CUCHARADAS DE ROM.

3 BATE LAS CLARAS EN NIEVE E INCORPORA LAS YEMAS PARA FORMAR LA SABROSA MIXTURA.


4 CORTA EN PEDACITOS CINCO HOJAS DE COLA DE PESCADO Y DERRÍTELAS EN AGUA CALIENTE.

5 AGREGA AL COMPUESTO LA COLA DERRETIDA. ÉCHALO TODO EN UN FLANERO CON MUCHO MIMO.

6 QUE CUBRIRAS CUIDADOSAMENTE DE HIELO DOS Ó TRES HORAS HASTA QUE ESTÉ CUAJADA LA CREMA.

CREMA BAVAROISSE GLACÉE
(PARA SEIS PERSONAS)

FOT. MUÑOZ DE BAENA



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA BANQUETE. Modelo de la casa Dœuillet, de París.
Es de chantilly negro perlado con aplicaciones de chantilly blanco: transparente amarillo paja.

FOT. REUTLINGER



BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 8 Octubre 1904. N.º 701





Las rayas del tío Paso-quedo

EPISODIO DE 1808

A mi querido amigo el excelente pintor Domingo Muñoz.

El pueblo no contaría con mucho más de un par de docenas de casas, si tal nombre puede darse al hacinamiento de pedruscos necesarios para formar cuatro paredes con otros tantos informes huecos, uno para ingreso de personas y animales, dos para renovación del aire y otro para dar salida á los humos cuando las copiosas nevadas del invierno no interceptaban por lo menos este último.

Las condiciones de vida que allí se disfrutaba, y que hacían de ordinario poco envidiable la suerte de aquellos desheredados de la fortuna, no dejaban sin embargo de ofrecer, en la sazón á que se refiere este relato, serias y positivas ventajas. Por más de su comedio iba el mes de Noviembre del memorable año de 1808, y las huestes napoleónicas, mandadas por el emperador en persona, después de arrollar nuestros exíguos y mal organizados ejércitos, buscaban ya los pasos de la sierra para dirigirse en derechura á Madrid con objeto de reponer en su vacilante trono al intruso José.

Ciudades, villas y aldeas sufrían las más horribles vejaciones de parte del ejército invasor, y no era poca fortuna en tales circunstancias vivir punto menos que olvidados en la cima de aquellos inaccesibles breñales y hasta carecer de todo lo que pudiera excitar la codicia de los soldados extranjeros.

II

En la confianza de que nadie daría con aquel escondido retiro, el pueblo hubiera seguido haciendo vida ordinaria si una imprudencia no hubiera venido á destruir de golpe y porrazo todas las ventajas de que allí se gozaba.

El autor de tal imprudencia fué el tío *Paso-quedo*, empecatado viejecillo que desde que, allá por los tiempos de nuestro señor D. Carlos III, perdió una pierna en no sé qué campaña, no tenía otro patrimonio que su escopeta, de la que sólo se servía para dar caza á liebres y conejos.

Pero es el caso que desde que el tío *Paso-quedo* se enteró de que el francés andaba por aquellos andurriales, olvidó por completo la persecución de gazapos y gatos monteses, y toda su diversión consistía en arrastrar su pata de palo leguas y leguas, hasta que, dando con una descubierta de soldados enemigos, se situaba cómodamente en sitio en que de nadie podía ser visto, y no abandonaba el tollo hasta dejar tendidos en el camino, trocha, vereda ó lo que fuera, un par de *gabachos* por lo menos.

Cumplida tal tarea, el veterano regresaba á sus lares, y en lo primero en que se ocupaba era en hacer en la pared del mechinal que le servía de alcoba unas cuantas rayas con el corte de su navaja, diciendo en tono satisfecho: «¡Van tantos!»

Después, las más de las veces, sin cuidarse de que no tenía un mal mendrugo de pan que le sirviera de cena, se dormía como un bendito, soñando en las rayas que se proponía añadir al siguiente día á la extraña cuenta.

Por espacio de algún tiempo, el tan patriótico como improductivo trabajo del tío *Paso-quedo* no tuvo entorpecimiento alguno, haciendo creer á todos que aquello duraría tanto como la intrusión en aquellas sierras de los soldados imperiales; pero el diablo, que todo lo añasca, hizo que las cosas variaran de pronto.

El francés se propuso dar con el furtivo cazador, y no se sabe si valiéndose de traidores, que nunca faltan, ó si aprovechando las dotes estratégicas de algunos soldados viejos, logró al fin dar con el escondrijo del veterano de las guerras de Carlos III.

No fué poca suerte para el tío *Paso-quedo* el que, percatándose á tiempo del peligro, tuviera tiempo de ganar trochas y veredas sólo de él conocidas, antes de que sus perseguidores lograran echarle el guante. Pero como la noche anterior había caído una copiosa nevada sin helar después lo bastante

para endurecer el piso, cuando el fugitivo, sacando unas horas de ventaja á los que tras de él iban, llegó al pueblo, adquirió la triste convicción de haber dejado el suficiente rastro para que más tarde ó más temprano se diera con su guarida.

III

La fatal noticia fué conocida por todo el pueblo en pocos minutos. El francés no tardaría en llegar, y su arribo tendría como consecuencia inmediata no sólo el fusilamiento del imprudente viejecillo, sino el saqueo y tal vez la destrucción completa de aquel miserable hacinamiento de casuchas, que á sus moradores se les antojaba entonces rincón del paraíso.

Como era urgente adoptar algunas medidas en breves momentos, y sin previa convocatoria, quedó constituída la más extraña «junta de notables» que jamás vió localidad alguna.

Cinco ó seis viejos octogenarios y hasta una docena de hombrunas serranas formaron bien pronto el cuerpo deliberante, del que, sin oposición de nadie, tomó la dirección y jefatura la tía Simeona Cigales, respetable matrona de zagalejo corto y pañuelo de talle, á la que daban doble autoridad su arraigo como más pudiente propietaria, y las inequívocas muestras de patriotismo que se habían visto en ella desde la declaración de la guerra.

Ella había sido la primera que había lanzado á su marido y sus dos únicos hijos á tomar las armas en defensa de la patria, y ella la que, para arrancar de sus hogares á los poltrones, había gritado con varonil denuedo:

—Idos, gallinas, que mientras nosotras estemos aquí, no han de hacer huesos viejos en el lugar esos descreídos gabachos que quieren quitarnos á Dios de sus altares y de su trono al rey Fernando.

Pero, lo que son las cosas: con extrañeza de todos, la que de temperamentos tan belicosos había hecho antes gala, de tal modo contemporizadora y pacífica se mostraba ahora, que á punto estuvo de ver su autoridad derrocada ante las vociferaciones de los que, sin saber cómo ni cuándo, lo que querían era hacer frente al invasor, costara lo que costara.



Sin embargo, el prestigio de la tía Simeona era tanto, que logrando sobreponerse al tumulto, aulló, mejor que dijo:

—¡Puñales! De mis intenciones nadie dude. Por ahora no se trata de hacer barbaridades inútiles. Salvemos la pelleja de ese viejo desventurado y las nuestras, que no haremos poco con ello, que después todo se andará.

Y sin cuidarse de que tenía poco de benévolo el murmullo con que sus palabras eran acogidas por el auditorio, mandó en tono autoritario:

—Que nadie esconda ni una sola hogaza de pan ni el más desmedrado cabritillo.

Dicho lo cual, celebró breve y secreta conferencia con el tío *Paso-quedo*, al que concluyó diciendo en voz alta:

—Después, escóndase usté y su maldecida escopeta donde ni los topos puedan encontrarle. Los demás, que me sigan á esperar al francés, en la seguridad de que al que se quede atrás le haré yo andar á palos.

IV

Las fuerzas francesas, que, con efecto, no tardaron en estar á la vista, no eran muy considerables que digamos. Cuatro hombres y un cabo, que era todo su contingente, no podían intentar grandes hazañas en un pueblo que tuviera siquiera medianos medios de defensa; pero para sojuzgar á aquél, donde no había un solo varón útil ni más arma de fuego que la escopeta del tío *Paso-quedo*, sobraba la mitad de la tropa.

Como los imperiales ignoraban esto, al verse frente al hacinamiento de casuchas, se detuvieron un momento, y el cabo, como acostumbrado ya á las tretas de los españoles, gruñó en un castellano chapurrado:

—El que haga de jefe que avance; pero que los demás no den un paso, si no quieren que les friamos á tiros.

La tía Simeona, sin hacerse repetir la orden, se destacó del grupo y corrió hacia el cabo, diciendo entre sollozos:

—Venga, venga pronto, militar, que sólo usted y sus soldados pueden librarnos de la gran desdicha que nos amenaza.—Y sin dar tiempo á más preguntas, siguió diciendo con voz atropellada: —Sepa que un condenado cojo que anda reclutando gente por todas partes, ha venido hace poco á llevarse á empellones á los pocos hombres que aquí quedaban, amenazando con volver para no dejar á nadie con vida, porque dice que somos un atajo de afrancesados. Nosotros, que no entendemos de guerras, lo que queremos es que se nos deje vivir en paz en nuestra pobreza, y lo que buscamos es quien nos defienda de las ferocidades de esos desalmados.

—¿Y es mucha la gente que sigue á ese endiablado cojo?—preguntó el francés.

—De veinte hombres pasan, todos ellos bien armados,—contestó con seguridad la tía Simeona.

El cabo volvió los ojos á sus cuatro soldados y murmuró con desaliento:

—Es decir, que lo que hemos hecho ha sido caer como imbéciles en una ratonera de la que no hay salida posible.

—Todavía hay una,—exclamó la tía Simeona.—Pero es preciso que nos prometa volver con más gente para librarnos de esos forajidos.

En aquel momento se oyó un tiro cercano.

—¡Ahí están ya!—gritó la vieja.—No hay tiempo que perder. Síganme, que yo les sacaré de estos breñales por un paso con el que no deben haber dado esos condenados buscarruidos.

El cabo miró con desconfianza á la serrana, como si presintiera una nueva emboscada; pero la proximidad del peligro le hizo decidirse, diciendo á la que tenía por su salvadora:

—Su vida responde de la nuestra. Vaya delante, en la seguridad de que, á la menor muestra de traición, de un tiro la tendemos á nuestros pies.

La tía Simeona sonrió de un modo extraño; pero, como quiera que sonara un nuevo disparo de arma de fuego más cercano que el primero, sólo tuvo tiempo de contestar:

—A todo correr, si quieren salvarse.

Y dando un pequeño rodeo, se lanzó á carrera tendida al otro extremo del lugar.

Los que la vieron dirigirse á aquel sitio, no pudieron reprimir un grito de espanto. Uno de los ventisqueros tan frecuentes en la sierra ocultaba allí una sima erizada de horribles picos, á cuyo fondo no llegaba la mirada.

Sólo los soldados franceses, ignorantes del peligro, siguieron sin vacilar á la serrana, que al poner el pie en la movediza capa de nieve que ocultaba el abismo, no pudo acabar de gritar:

—Tío *Paso-quedo*, añada usted cinco rayas más á la cuenta.

Un momento después hubiera sido imposible reconocer ninguno de los seis cuerpos que rodaban aún por aquel despeñadero sin fin.



V

Los franceses, cuando días después se enteraron de la trágica aventura, tomaron tan cruentas represalias, que de llevar ellos, como el tío *Paso-quedo*, la cuenta de los pueblos que dejaban asolados en su paso por España, hubieran tenido que hacer una raya para acordarse de aquel hacinamiento de casas, del que, desde entonces, no queda otro vestigio que un informe montón de pedruscos calcinados.

ÁNGEL R. CHAVES

DIBUJOS DE DOMINGO MUÑOZ

NO PUEDE TENER UN POBRE
NINGUNA NOVIA BONITA:
POR INTERÉS DEL DINERO
VIENE UN RICO Y SE LA QUITA



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR SEGUNDO MALDONADO



Al Bebé rosa

REVESES de fortuna largos de contar hundieron al capitán Horacio Leblond en una de esas ciudades viejas de Castilla donde todo es silencio mortal ó murmuración semisilenciosa.

Leblond había sido capitán de coraceros en el ejército francés durante el segundo Imperio. Católico y legitimista, al proclamarse la República pidió el retiro, y deseoso de recobrarse en algún modo de las vergüenzas de 1871, ofreció sus servicios á D. Carlos é ingresó en el ejército del Norte con el grado de teniente coronel. En la facción Dorregaray peleó bravamente. España le gustaba. El alma de Leblond estaba llena de fe pura, y pelear al frente de soldados católicos á machamartillo en defensa de la religión le parecía el oficio más noble en este bajo mundo.

En la facción trabó amistad estrechísima con un capellán manchego, gran teólogo y predicador excelentísimo, que se llamaba D. Celso Ruano. Prendóse el capellán de la bondad y nobleza sentimental de Leblond: ató el capitán su admiración ferviente á la sabiduría, á su parecer inagotable, del cura. Juntos vivaquearon en Olite, treparon por los montes de Elgueta, bajaron desalados á Treviño. Al anunciarse la Restauración, el perspicaz teólogo aprovechó la primera coyuntura para escurrirse sin ruido: una mañana tomó el tren de Alsásua y no paró hasta su pueblo, que era la nobilísima villa de Almodóvar del Campo.

Bien se le alcanzaba á Leblond que cuando un hombre todo sapiencia y discreción como D. Celso abandonaba la causa, señal era de que ésta enflaquecía por momentos. Efectivamente, las operaciones del ejército carlista iban reduciéndole cada vez á un círculo más limitado, y un día Leblond y los pocos que le seguían se encontraron en la frontera, pasaron por el bochorno de entregar sus armas é insignias y se desperdigaron, mudos y tristes, despidiéndose para no volverse á ver.

Leblond, desilusionado y melancólico, se trasladó á su pueblo, que era una ciudad gris y antigua de Bretaña. Al llegar, encontró á su mujer gravemente enferma del corazón. La pobre señora había vivido en perpetuo sobresalto y en oración constante.

Murió á poco, dejando una niña de doce años, muy bien educadita, muy mañosa y muy buena: como que era la gloria de las hermanas Asuncionistas, que la criaron; se llamaba Clara.

La muerte de su mujer acabó de sumir á Leblond en una melancolía negra. Le habían borrado del ejército; hubiera podido rehabilitarse, volver á ingresar. Ni lo pensó. Vivía malamente, comiéndose los ahorros de su mujer, cuando allá por el 79 ú 80 una carta de España vino á sacarle de la modorra. D. Celso Ruano, canónigo nada menos que en una de las mejores catedrales, escribía á su antiguo amigo pidiéndole noticias, animándole á que hiciese un viajecito á España... A las ocho ó diez cartas que se cruzaron, Leblond se decidió á seguir los consejos de su sabio y venturoso amigo. Y he aquí cómo por el año 80 ú 81 nos encontramos al viejo legitimista en España, consagrando las mañanas á prolijas devociones y todo lo más de la tarde á enseñar francés, con acento bretón, á los candidatos ó aspirantes al ingreso en una academia militar que en la ciudad había. Tanta felicidad no podía durar mucho. Un día Leblond cayó enfermo. D. Celso, que le visitaba por los anocheceres, le encontró muy mal. Los médicos llamados no entendieron sino que el bravo militar se moría á chorros. Clarita, pues, se quedó huérfana, sin más apoyo que la amistad del buen prebendado; pero Clarita era orgullosa para solicitar protección de nadie. Era una gran encajera, una habilísima bordadora, una costurera infatigable. Con cuatro cuartos que dejó su padre y otros cuatro que aprontó el canónigo, Clarita puso en la calle de la Lonja una tienda, pintada de color de rosa y con el rótulo de *Al Bebé rosa.*

Nunca habían visto cosa tan elegante y fina las pacíficas provincianas. La presidenta de la Audiencia, que la daba de literata á ratos, tuvo una frase feliz: Esto—dijo ante un corro de señoras finas y autorizadas—es una tienda de nieve y espuma.

La tienda de la *francesita*, como la llamaron, vino á llenar un vacío que se dejaba sentir en la linajuda ciudad, según tuvo á bien declarar el periódico tradicionalista local, inspirado por D. Celso. No hubo ya necesidad de ir á Madrid en busca de equipos para novias, canastillas de recién nacidos, ni ropa blanca fina, por costosa y elegante que se deseara. El exquisito gusto de Clarita y sus manos de hada sabían hacer milagros con la brillantina, con la batista, con el bordado, con el encaje, con la sedalina blanca, con el tul, con el nipis. Ayudábanle en la tarea las monjitas de la Asunción, á quienes constantemente encargaba trabajo. Por entre las manos de todas aquellas santas mujeres célibes pasaban en nubes de humo blanco los ensueños de todos los amores de la ciudad vieja, revelados en los equipos de novia y los vagos é inefables misterios de los frutos benditos del amor, mostrados en las canastillas y atavíos infantiles. Y si á la mayoría de las vírgenes claustrales toda aquella farándula del amor mundanal no les causaba impresión alguna, á la pobre Clarita sí. Ella

tenía un alma tierna y sensible, sedienta de amor: le veía pasar todos los días por su tienda relampagueando en los ojos de los novios y las novias, resplandeciendo en las pupilas de los padres y de las madres primerizas. Sólo á ella no le tocaba más goce que el de aspirar el perfume de tanta y tanta pasión humana.

Los negocios iban muy bien. Clarita estaba rica. D. Celso el canónigo, que todos los días pasaba en la tienda un par de horas, reventaba de gusto.—Hija mía—solía decir:—la Virgen te inspiró al poner esta tienda; y á mí no me digan que puede haber comercio más alegre, gustoso y cristiano que éste. Aquí nunca se ve una cara triste.—Y el buen cura se refregaba la reluciente papada hacia arriba con la mano izquierda, como un lobo marino se atusa la sotabarba.

Solo Clara estaba triste. Era fea, muy fea la pobre; y aun cuando su comercio llegó á ser de los más fuertes de la ciudad, nadie la quiso para esposa. Rogaba la sinventura á la Virgen Santísima, pidiéndola un milagro. Horas enteras se pasaba extasiada ante el bebé rosa del escaparate, una muñeca de tamaño natural con ojos azules, más anchos que la boca, sonrosados mofletes y sedosos rizos. Aquello era lo que ella esperaba del amor; no era el amor en sí lo que le importaba, era lo más santo y hermoso que en él hay: la maternidad. Y muchas noches, después de cerrar la tienda, cogía al bebé rosa en sus brazos, ó bien le colocaba en un *moisés*, ó en una cunita adornada, ó le paseaba en un cochecillo que en la tienda había, y que, por lo caro que resultaba, nadie se atrevió á comprarle. Clarita adoraba á su bebé rosa como si fuera de carne y hueso. Las oficialas de la tienda, que habían visto nacer, crecer y exacerbarse aquella pasión, se decían unas á otras que la maestra estaba guillada. Los más ricos *valenciennes*, el punto de Alençon más delicado, aquellos encajes de Malinas que parecen tejidos por arañas invisibles que tuviesen corazones de ángeles, le servían á Clarita para adornar, agasajar y emperifollar al bebé rosa.

La infeliz no dormía; era la primera á la misa de alba, y allá se la veía con los ojos fijos en la venerada imagen de María, que desde el obscuro fondo de su capilla lanzaba reflejos multicolores de esmeraldas, rubíes y brillantes que recamaban su manto.



El milagro se hizo. Una noche que Clara había dejado al bebé rosa en su cunita, de repente despertó sobresaltada. Había oído vagir á un niño; irresistible presentimiento la llevó hacia la cuna. ¡Santo cielo! Era un niño, sí, un niño de veras, un infante como de un mes ó dos, de blandas carnecitas, de ojitos azules, de engarabitados dedezuelos, que intentaba meterse por los ojos; de ágiles piececillos, que pataleaban entre los encajes... Clarita creyó volverse loca de alegría. Toda la noche pasó arrodillada ante la criatura, adorándola como los pastores á Jesucristo.

El milagro no le pareció tal á nadie. La inocente Clarita perdió su buena fama. El comercio se resintió. Las buenas monjitas se negaron á recibir á Clara; pusiéronse de acuerdo con otro comerciante de la ciudad que ya intentaba hacer la competencia al *Bebe rosa*. Clara confesó lo ocurrido á casi todos los curas de la ciudad; ninguno quiso darle la absolución. D. Celso, el gran teólogo, se apartó del trato con Clara; estudió concienzudamente el caso. Una mañana, Clarita, sola con el niño en brazos, entre las galas rancias de la desacreditada tienda, cuyos encajes y puntillas comenzaban á enrubiar, vió aparecer al excapellán carlista muy colorado, pero muy satisfecho, que con su gran figura negra en medio de tanto blancor, parecía un borrón de tinta en un pliego blanco. Y el inmenso borrón abrió los brazos, los extendió evangélicamente, apoyó una mano en la cabeza de la llorosa madre y otra mano en la cabeza del chiquillo, y dando una gran voz que escucharon todos los tenderos de la calle de la Lonja, dijo:

—Yo te absuelvo, hija mía, y proclamo en altas voces tu inocencia. Y en verdad te digo que solamente no creen en milagros los que no son dignos de ellos.

LEMA: CLÍO

DIBUJOS DE HUERTAS

(NÚMERO 27 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



LA VUELTA DEL SULTÁN

RECUÉSTASE Tánger con indolencia musulmana á lo largo de una selvática colina que aprisiona el ancho cinturón de un río. Viste sus alrededores la población nueva con frondosos jardines, alegres residencias donde moran los extranjeros. Nada puede, sin embargo, este impetuoso avance de la moderna civilización, de un vivir europeo, contra la arcaica fisonomía de la ciudad berberisca. En sus angostas calles, sucias, malolientes y empinadas vive toda una raza, todo un pueblo que ni siquiera ha intentado asomarse al siglo XIX.

Es una mañana de primavera.

Lejanos clarines de la guardia se advierten, y de todos los suburbios brotan enjambres de moros que caminan hacia la plaza. Las mujeres les siguen, llevando en sus brazos á niños medio desnudos. El Sultán se aproxima, el Sultán llega después de algunos días de campaña. Todas las miradas convergen con ansia hacia un punto; ya se hacen más sensibles los acordes guerreros.

El Sultán, seguido de sus fieles *mejaznias* que le dan escolta, entra en la ciudad refrenando el inquieto corcel, que ventea, dilatando sus anchas narices, la proximidad del palacio. Las silenciosas filas de un pueblo harapiento se extienden á lo largo del zoco, cercado por una muralla de mercaderes, tiendas míseras, zaquizamíes hediondos, á cuya puerta aguarda paciente el judío el paso de los europeos. Lienzos de abigarrados colores defienden la entrada del sol, que calcina la rojiza arena, abrasándola con sus besos de fuego. La multitud se asoma á ver á su señor, mal contenida por la curiosidad y el deseo. A distancia de la guardia caminan los encobrecidos *áskaris*, destacando el poderoso encarnado de sus chaquetillas, con su bolsa de pólvora y la cartera de palma por si hay botín que recoger á su paso por los aduares.

Éste puede decirse que es el único estímulo de las tropas imperiales, defectuosamente organizadas y peor retribuídas, razón por la que el soldado goza de impunidad absoluta y cóbrase en rapacería lo que le falta de dinero.

Nada tan pintoresco como el desfile de estas tropas, caprichosas en su indumentaria, mal provistas en su armamento de todos los sistemas y países, procedentes en su mayoría del contrabando y de sus rapacidades. El Sultán camina silencioso y deja vagar su vista por el azul que cierra el horizonte. Una nueva sublevación de cercanas tribus invadió su reposo, turbó su espíritu, y aunque el castigo pronto, inmediato, hizo abortar peligros mayores, ve en su retorno, cabalgando con sus ideas, que aquella multitud que le saluda, al parecer, respetuosa y adicta, está invadida por los mismos gérmenes.

Los que él supone fieles *bajaes*, representantes celosos de su persona, no son más que intrigantes atentos á su medro propio y á su ambición política. Fácil les es disponer de hombres y de armamentos, engañar con sugestivas promesas á las tribus inquietas; y como los medios de comunicación son muy difíciles, y la disciplina de las tropas del Emperador no muy segura, la agitación y el desorden crece y la rebeldía quebranta constantemente la autoridad del Sultán.

La paleta de Bertuchi, muy familiarizada con los colores refulgentes y audaces de la tierra africana, ha sorprendido justamente un trozo de vida: este regreso, abatido con tristezas errantes de un Sultán amenazado siempre, torturado por recuerdos de lejano poderío, por inextinguibles nostalgias.

* * *

DIBUJO DE BERTUCHI

Crónica Gráfica

A las gratísimas impresiones que ha tenido S. M. el Rey durante su estancia en el Real Sitio de San Ildefonso, han de añadirse las de la magnífica montería de Riofrío, á la cual asistieron con Su Majestad el presidente del Consejo de Ministros Sr. Maura, los Sres. Villaverde, Silvela (D. Mateo), duque de Arévalo y otras distinguidas personalidades.

S. M. el Rey tuvo la bondad de permitir á nuestro redactor fotógrafo Sr. Asenjo que asistiese á la cacería, en la que se cobraron numerosas piezas, y manifestó particularísimo interés en que se reprodujese en Blanco y Negro la fotografía en que aparece el Sr. Maura en el automóvil del duque de Arévalo, porque, según parece, al presidente del Consejo no le hacen gracia los automóviles, cosa que nada tiene de extraña, dados los antecedentes de dicho señor. Y aún se dice que para convencerle de que subiera en el automóvil que ustedes ven, fué menester decirle que el aparato andaría siempre para atrás, y que tenía un motor de ochenta cangrejos de fuerza.

Después de la cacería en Riofrío, ha debido alegrar grandemente el espíritu del monarca el magnífico espectáculo ofrecido por la sabia ciudad de Salamanca, no en balde llamada la Atenas española, y por la noble ciudad de Zamora. En pocas ciudades de España se ha manifestado con tanta dignidad y nobleza como en Salamanca y Zamora el entusiasmo y la adhesión á la persona del Rey por parte del pueblo, y principalmente de las clases cultas y directoras.

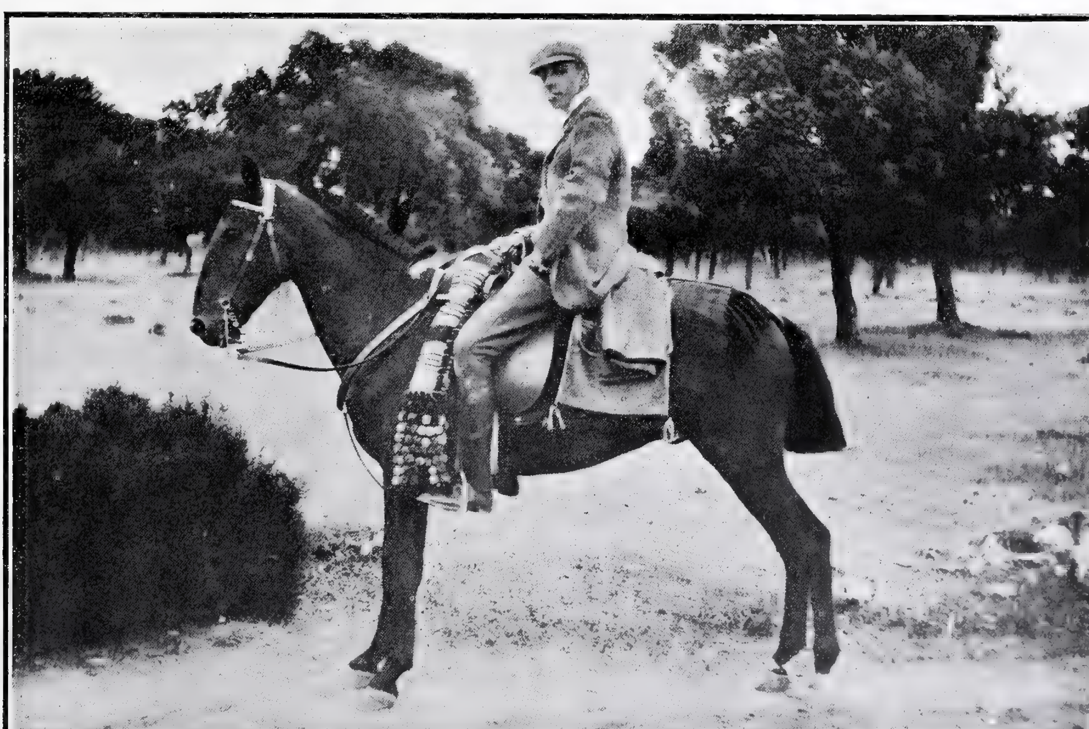
Una nota inolvidable del viaje á Salamanca fué la presentación de numeroso grupo de señoritas vestidas á la usanza de las charras salmantinas, con tal exquisito gusto y tan deslumbradora riqueza, que para recordar algo parecido es preciso pensar en las grandes damas de la corte de Rusia cuando se engalanan con los antiguos trajes señoriales.

Las maniobras militares se encuentran ahora en todo su auge. El *supuesto táctico*, según dicen, va realizándose á las mil maravillas. En lo que ha habido equivocación, á la cuenta, no ha sido en el supuesto, sino en el presupuesto. Pero ya verán ustedes cómo todo se arregla al fin y al cabo.

Tras la solemne coronación del nuevo rey de Servia Pedro I Karageorgevitch ha seguido la presentación oficial de todas las autoridades al soberano.

Con extraordinaria solemnidad fueron á ofrecer sus respetos á Pedro I el metropolitano cismático griego de Belgrado y sus coadjutores, revestidos de las oportunas hopalandas que son de rigor en tales casos. Es de esperar que las preces de dichos santos varones por la salud de Pedro I sean más eficaces que las que aún no hace dos años elevaban al cielo por la de su antecesor en el trono.

El último festejo de Valladolid y el más importante ha sido la Exposición de Bellas Artes. Lamentamos infinito vernos obligados á no publicar más que en minúscula reproducción una de las más notables obras premiadas.

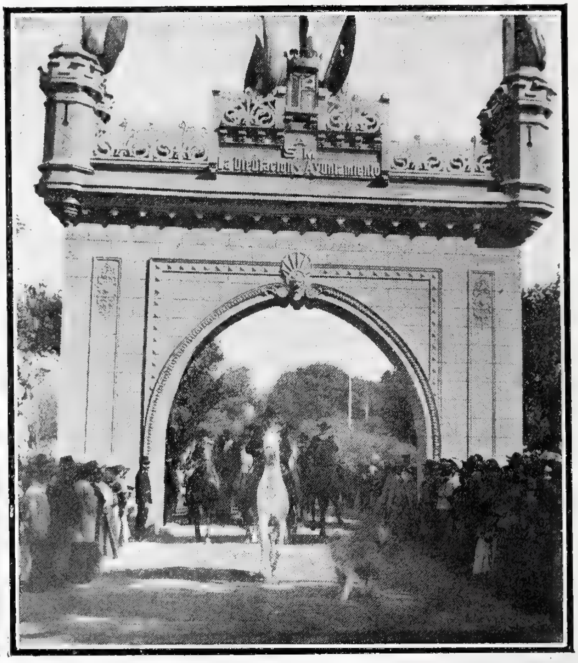


RIOFRÍO (SEGOVIA). S. M. EL REY CABALGANDO EN «BLAS» POR EL MONTE, DURANTE LA ÚLTIMA CACERÍA

Fot. Asenjo



RIOFRÍO. EL PRESIDENTE DEL CONSEJO SR. MAURA VOLVIENDO EN AUTOMÓVIL, DESPUÉS DE LA CACERÍA, CON D. MATEO SILVELA



SALAMANCA. ARCO ERIGIDO POR LA DIPUTACIÓN Y EL AYUNTAMIENTO PARA RECIBIR Á S. M.



GRUPO DE CHARRAS VESTIDAS DE FIESTA ESPERANDO Á S. M.

Fots. Asenjo









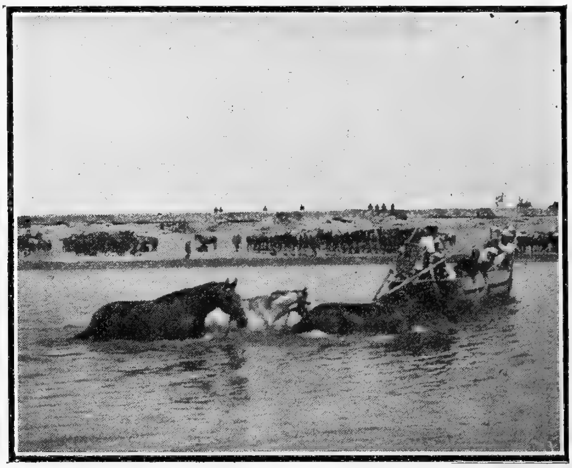
SALAMANCA. 1. S. M. SALIENDO DEL PATIO DE IRLANDESES. 2. S. M. YENDO Á VISITAR LOS CENTROS OBREROS.
ZAMORA. 3. TRIBUNA ADORNADA CON MANTAS ZAMORANAS. 4. TRIBUNA DE LOS ALCALDES DE LA PROVINCIA.

Fots. Asenjo





VITORIA. MANIOBRAS MILITARES DEL BANDO NORTE. EL GENERAL GONZÁLEZ TABLAS DIRIGIENDO LAS MANIOBRAS. VANGUARDIA DE CABALLERÍA

ZARAGOZA. MANIOBRAS MILITARES DEL BANDO NORTE. LA CABALLERÍA PASANDO Á NADO EL EBRO



BELGRADO (SERVIA). EL METROPOLITANO GRIEGO DE BELGRADO Y SUS COADJUTORES YENDO Á OFRECER SUS RESPETOS AL REY PEDRO I

Fot. Chusseau Flaviens



VALLADOLID. EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES. PRIMER PREMIO DE ARTE DECORATIVO. GALERÍA PINTADA POR D. PEDRO DE ANCA

Fot Bordallo



HUMORADA

La cuna y el altar son dos moradas
donde viven las madres prosternadas.

DIBUJO DE ALBERTI

Campoamor.

NO POR MUCHO MADRUGAR...

Pues señor... (respetando la costumbre,
quiero darle á mi cuento tonos clásicos)
el compañero «Niúton»
—como se le llamaba por el barrio—
érase un albañil, buena persona,
trabajador y honrado,
que estaba en el secreto de que nunca,
remedando á Blondín por el andamio,
saldría de esa vida miserable,
que sólo ofrece en cambio
un cocido amarillo al mediodía
y un ratito de «mus» todos los sábados...
mientras que—de resultas de algún mitin—
no hacen mutis el juego y los garbanzos.
Tenía el ciudadano de mi cuento
una gran afición al saca-cuartos
llamado lotería, y tal fe en ella,
que, persiguiendo el «gordo» soberano,
se pasaba la vida haciendo números
y engañadores cálculos.
.................................

—Mira, mujer—decíale á su esposa:—
podrá tardar la suerte un mes... un año,
no lo sé, pero tengo la evidencia
de que yo le echo mano.
Y no te digo más... Si cualquier día
me ves llegar en coche, sin dudarlo
dices:—«Ya somos ricos», y al momento
tiras por la ventana hasta los clavos,
para que yo no vea, cuando llegue,
ninguno de estos miserables trastos.—
Hacerlo así le prometió su esposa.
.................................





Cierto día—después de algunos años—
se hallaba la mujer en la ventana
zurciendo y remendando
una blusa de «Niúton»,
cuando de pronto, por la calle abajo
le vió venir en coche.
—¡Ya cayó!... ¡Ya cayó!...—dijo gritando;
y en menos tiempo que se cuenta el lance,
no dejó en la guardilla ¡ni un cacharro!
Pero... ¡oh sorpresa! el compañero «Niúton»,
por un mal equilibrio en el andamio,
venía de la Casa de Socorro
que daba pena verle... ¡hecho un San Lázaro!...
.................................

«Aprovechad, lectores de mi cuento,
la oportuna enseñanza del adagio,
y no tiréis los trastos á la calle
hasta ver qué sucede... ¡por si acaso!»

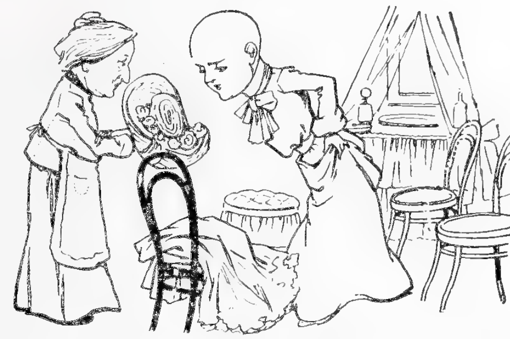
Enrique LÓPEZ-MARÍN

DIBUJO DE SANCHA

UNA EQUIVOCACIÓN, por Rojas



1.—*La Regeneración del cabello*... ¡Ah!



2.—Corramos en su busca.



3.—¡Ahí va! Es infalible.



4.—Aquí está el precioso específico.



5.—¡Qué raro! Parece una simiente.



6.—Ea, ya tienes la cabeza bien cubiertita.



7.—¡Vaya una sorpresa que se va á llevar ese!



8.—¡Ya lo creo! ¡Como que era simiente de tulipanes!

BRETAÑA. RINCÓN DE QUIMPERLÉ,
POR AURELIANO DE BERUETE



LOLITA

HISTORIA DE UNA NIÑA QUE SE HARÁ GRANDE

¿CUÁNTOS años tiene Lolita? ¿Doce ó trece? Yo le digo:

—Lolita, *these pan-cakes are badly done...* Lolita, esos flanes están mal hechos.

Ella levanta sus ojos claros, azules, grandes, ingénuos y me mira en silencio, absorta. Lolita está en la playa, arrodillada en la arena, puestas las manos sobre un diminuto cubo de lata vuelto hacia abajo. Lolita tiene el cabello largo, sedoso, castaño, que cae sobre los hombros y encuadra una cara ovalada con la boca pequeña, con las mejillas rojas. En el fondo, el mar azul, verde, glauco, plata, se extiende en una inmensa y luminosa llanada.

—Lolita, repita usted: *These pan-cakes are badly done.*

Lolita repite:

—*These pan-cakes are badly done.*

Y entonces yo aparto sus manos largas, finas, puntiagudas, del diminuto cubo y voy formando flanes perfectos, simétricos, en la arena. Y Lolita los contempla sonriendo, apartando de rato en rato, con un gesto instintivo, la blonda y suave mata de pelo que cae sobre sus hombros.

Y yo, en tanto que los pequeños obeliscos van saliendo del molde, pienso que Lolita ya no tiene doce años, sino quince, sino dieciocho, sino veinte. Lolita ya no lleva la falda corta, ni los cabellos sueltos, ni se arrodilla sobre la arena, ni pone su ideal supremo en hacer flanes. Ya sus movimientos son más pausados y sus ojos miran de otra manera el espectáculo de las cosas y de los hombres. Lolita tiene en un cajón un retrato, unas cartas, unas flores marchitas. Tal vez de tarde en tarde, estas cartas son otras cartas, y este retrato es otro retrato, y estas flores marchitas no son las mismas flores. Pero Lolita, sea como sea, atisba tras los visillos todos los días, y sus manos corren sobre el piano y le arrancan melodías largas, ensoñadoras, melancólicas. ¿En qué piensa Lolita? ¿Por qué está pálida? ¿Por qué está triste? ¿Por qué se enfurece súbitamente por una nimiedad y pasa luego también súbitamente á la alegría?

Una ola rompe más espumeante, más rumorosa que las demás, en la arena dorada.

Y yo ya no veo una Lolita de quince, de dieciocho, de veinte años. Lolita tiene ahora treinta. Acaso lleva un traje de luto; su tez es pálida; camina lentamente; su talle es grueso; un señor con lentes, con un bastón de puño de plata: un señor que tal vez es abogado, que acaso es médico, marcha á su lado; un niño, una niña, otro niño, van delante... De cuando en cuando el señor se acerca á ella y le habla; ella muestra un ténue gesto de



displicencia y dice sencillamente: «Sí», ó bien: «No». Y cuando el crepúsculo llega, todos vuelven á casa despacio, silenciosos, como cansados, como anonadados por no se sabe qué peso misterioso é insacudible.

Y otra ola henchida, encrespada, sonora, se deshace en la playa.

Y ante mí ya no está la Lolita de quince, de dieciocho, de veinte ni de treinta años. Ahora Lolita tiene setenta. Y Lolita está sentada en un sillón de gutapercha negro; enfrente, en un ángulo, se ve un piano viejo, un piano al cual Lolita no puede acercarse sin sentir un dejo de tristeza. Y ante este piano hay sentada una niña de quince, de dieciocho, de veinte años, que va tocando una melodía larga, ensoñadora, melancólica.

Y Lolita, que ya no se mueve de su sillón, que está enferma, oye estas notas tristes, y dice suspirando: «¡Ay, señor!»

Y en la estancia ha entrado una dama rubia, rígida. Es acaso la profesora con quien esta niña del piano estudia el inglés. Las dos se sientan junto á Lolita, y van charlando en este idioma. Y de pronto Lolita, tras un hondo suspiro, exclama:

—¡*These pan-cakes are badly done!*

La niña se queda mirándola estupefacta.

—Abuelita—le dice:—¿de qué flanes estás hablando?

—Esto lo decía un señor—contesta Lolita—que me enseñó una vez á hacer flanes de arena.

Y la niña se ríe y torna á exclamar:

—Pero abuelita, ¿qué tonterías estás diciendo?

AZORÍN

DIBUJO DE REGIDOR



Ecos de antaño

Hablar de cosas pasadas es manía de viejos. Y el caso es que sería más natural, cuando estamos ya para morirnos, discurrir ó divagar sobre lo venidero. Para los jóvenes puede haber algún encanto en indagar lo pretérito, pues ya verán por sí mismos lo futuro; los viejos, al contrario, deben sentir curiosidad por penetrar en lo que no han de ver, que lo visto y vivido poco interés puede inspirarles.

Sin embargo, es bien sabido que todos los ancianos se complacen recordando las majaderías de su juventud, y le dan *la lata* al prójimo cuando se presta á escucharlos.

Por mi parte, preferiría conversar, discutir y aun desbarrar acerca de las cosas por venir. Ya que no he de verlas, me gustaría saborearlas aunque fuera de imaginación. ¡Pues apenas me entusiasman los sucesos que preveo, los cambios que presiento y las novedades que adivino! Me entusiasman tanto como las cosas pasadas me fastidian; en el tiempo que he vivido no ha pasado nada: llenaron el mundo monarcas de relumbrón, personajes de pacotilla, plagios artísticos ó literarios y revoluciones inocentes. Y aun siendo así, nadie me pregunta sino de aquellos tiempos que yo quisiera olvidar. Se me pide que evoque mis recuerdos, que cuente algo de lo que he visto y sentido, que haga de sepulturero revolviendo cadáveres y profanando tumbas.

Sea... Pero ha de permitírseme que no diga nada de lo que sabe cualquiera, ni de lo olvidado á fuerza de sabido. Quisiera recordar únicamente las notas discordantes en el monótono concierto de mi siglo; siento más simpatías por los aguafiestas de todos los calibres y de todos los colores, que por los ortodoxos de todas las creencias; por los vencidos en las humanas luchas, que por los celebrados vencedores; por los originales, que por los rutinarios; por los interruptores, que por los oradores.

Los interruptores... Ya tengo tema para el primer capítulo de un libro. Se me ha pedido un libro de recuerdos, y la verdad es que yo no quiero acordarme de los discursos oídos—¡la inmensidad!—pero sí de las interrupciones.

Ya lo sé; no todas las interrupciones son felices ni todos los interruptores son bien educados; pero los hay elocuentes.

Orador tan culminante como D. Antonio Maura afirma que los discursos requieren preparación; todos son preparados, más ó menos preparados. ¿Sucederá lo mismo con las interrupciones?... Algunas veces.

La interrupción preparada, quizá de acuerdo con el orador interrumpido, no tiene mérito alguno. La que tiene por objeto molestar al orador, hacerle perder el hilo del discurso y aun insultarle, es, más que incorrecta, ilícita. Pero la improvisada, la espontánea, cuando revela ingenio y no causa mortificación, merece consignarse en el texto del discurso para que viva tanto como éste.

En la historia parlamentaria de España, tan fértil en frases y en malas intenciones, los interruptores han rebuscado el chiste, y no siempre han acertado; pero no he de hablar de las interrupciones registradas en el Parlamento, sobrado conocidas, sino de algunas de las oídas por mí en otras reuniones públicas.

Paréceme que el exordio resulta más extenso que el capítulo; entremos en materia.

No hablaré de todas las interrupciones que recuerdo, pues algunas—tal vez las más ingeniosas—debían toda su gracia á la oportunidad de la ocasión. Lo que en ciertos momentos era de pura actualidad, hoy parecería, por lo trasnochado, impertinente. Y el respeto debido á la publicación que acoge mi prosa humilde, me veda recordar interrupciones y frases de García López y de Fernando Garrido alusivas al rey D. Amadeo.

Pero en el famoso club de la calle de la Yedra hubo interrupciones igualmente memorables, y me propongo recordar algunas.

Discurría una tarde cierto orador vehemente contra las tendencias allí predominantes, contra los que sin necesidad combatían la religión, contra lo que él llamaba excesos demagógicos, y dijo estas palabras:

—Los seres más inútiles son precisamente los que siempre están haciendo ruido...

—¡Con las campanas!—le interrumpió Treserra.

Otra noche se defendía un orador de varios cargos que se le habían hecho, y decía:

—Como Aquiles, soy invulnerable; no lo es tanto como yo el ciudadano Altadill, que se hace eco de acusaciones injustas, y yo he de herirle en su talón vulnerable.

—Puede ser—le interrumpió Altadill—que alcance usted á herirme en un talón; y en ese caso, la altura de la herida nos dará la medida del agresor.

Una vez se presentó en el club una señora inofensiva y simpática, pero ansiosa de lucir sus dotes oratorias. Las tenía, efectivamente; pero bajó de la tribuna muy desconcertada por una interrupción que la privó de lucirse. Empezó diciendo:

—Señores, seré brevísima...

—¡Aumentativo de breva!—interrumpió una voz.

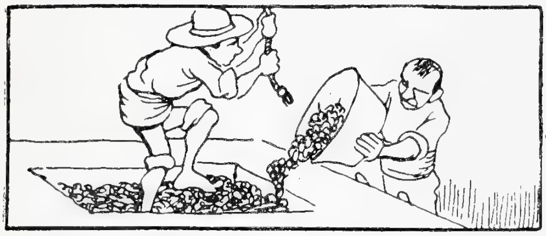
Y ya que estamos en interrupciones, me interrumpo.

Nicolás ESTÉVANEZ

DIBUJO DE ESTEVAN

REFRANERO DE OCTUBRE

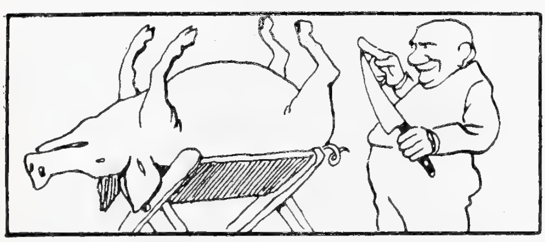
Largo en frutos y corto en refranes, el mes de Octubre amado de los filósofos, que le prefieren á Mayo por lo mismo que á Mayo le idolatran los poetas, nos muestra ya su faz dorada, que olorosos membrillos coronan, sus puños recios ocupados por el día en apretar la mancera, por la noche en mecer el mosto, y sus pies bailarines enrojecidos por el trajín del pisar las uvas.



Octubre vinatero, padre del buen Enero, dice un sabio y precavido refrán; porque todos los trabajos que en este mes se tomen, el pisador, el mullidor y el trasegador, los verán recompensados allá cuando el frío saque de las candioteras el vinillo nuevo á picotear en los paladares y gañotes.

Por eso los labriegos, coincidiendo en esto con los filósofos, como coinciden siempre si son buenos labriegos los unos y buenos filósofos los otros, prefieren Octubre á Mayo y dicen: *Octubre corto en ramos, pero largo en caldos.*

La importantísima operación de tapar las cubas ó las tinajas cuando están llenas de mosto y ha pasado ya la fermentación tumultuosa, la atribuyen los refranes, según los climas, á unos santos ó á otros. Hay quien dice *San Simón y San Judas* (que caen el día 28 de Octubre) *mata tu puerco y*

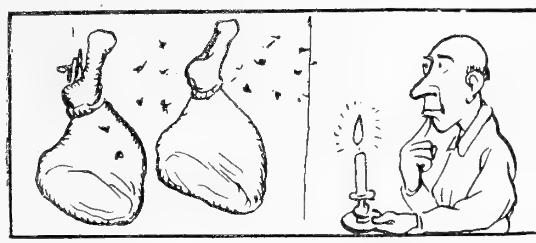


aprieta tus cubas; y hay quien adelantándose diez días, comisiona para esta operación al evangelista San Lucas, diciéndole: *San Lucas mata el cerdo y tapa las cubas.* Otro refrán se dirige, por cierto asaz irrespetuosamente, al propio santo pintor de la Virgen, y le dice con el mayor descaro: *San Lucas, ¿por qué no encucas? (encucar,* quiere decir alzar

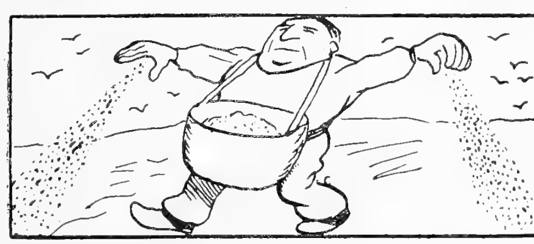


el codo) y el santo responde con una gran mansedumbre y sencillez: *Porque no tengo las bragas enjutas.* Lo cual es un anacronismo horrible, dado que San Lucas debía de gastar túnica flotante y no calzas. Lo que este refrán quiere dar á entender es que el santo, como además era muy sabio, no incurría en la torpeza de beber vino nuevo, que todavía no es sino mosto mal cocido en Octubre, cuando está fermentando y sólo produce cólicos y acedías.

Ahora, lo que resulta bastante discutible es la conveniencia de matar los puercos en este mes. Yo no lo haría jamás, pues la experiencia acredita que las lluvias de Octubre y Noviembre le sientan muy perramente al tocino, que se reblandece, no toma bien la sal y se deja invadir por la venenosa moscarda. Esto prueba que tampoco es cierto el refran que dice: *Por San Simón, cada mosca vale un doblón,* pues ni faltan moscas en las frutaleras, ni moscardas en los saladeros, ni en las bodegas mosquitos.



En cambio, son veraces y provechosísimos los muchos proverbios octubrinos que se refieren al comienzo de la sementera. *En Octubre, echa pan y cubre. Si Octubre refleja, aguza la reja, De Octubre el día primero, remienda tu apero. Por San Francisco se siembra el trigo: la vieja que lo decía, ya sembrado lo tenía. Par San Gale, ara en monte y valle. Por San Simón siembra, varón, y por todos los santos, á dos manos. Por San Urbán, en la mano el gavilán,* etc., etc., donde resplan-



dece la fe popular y el concepto de que la sementera es una faena religiosa que los santos del cielo apadrinan y presiden, como en los tiempos antiguos de Grecia lo hacían los dioses, y en todos los siglos, desde los más remotos, lo hace en China el Emperador como Hijo del Cielo y representante del dios de los chinos en la tierra. ¿Hay nada más hermoso que la evocación al Pobre de Asís, hecha por sus amigos, los hombres del campo, al decir: *La otoñada segura, San Francisco la procura.* ¿No os imagináis, al oir esto, con cuán dulce y amoroso fervor intercederá el seráfico poeta para que la Hermana Agua se apresure á caer sobre la Hermana Tierra, llenando de alegría á los



labradores? Porque también es sabido que *la luna de Octubre siete lunas cubre, y si llueve, nueve,* y que *Por San Vicente toda el agua es simiente,* y en Octubre es cuando con mayor razón se repite lo de *Venga agua á la cebá, que el barro ya se hará...*



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA BANQUETE. Modelo de la casa Huet et Chéruit, de París. Es de tul de Brujas, bordado, con fondo de seda color paja.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 15 Octubre 1904. N.º 702



LA SOMBRA GOBERNANTE

CUENTO FANTÁSTICO-POLÍTICO

Los lectores, si llego á tenerlos, habrán de perdonarme la forma poco parlamentaria, digo, poco literaria en que escribo esto que no es cuento, ni cosa que lo valga, sino sucedido, que conoce bastante gente, aunque no sean muchos los que lo han divulgado.

No tengo costumbre de meterme en escarceos literarios, á pesar de llevar treinta años de mi vida consagrado á escribir todos los días para el público; pero el género que yo cultivo es la vil prosa noticiera. No he leído á los clásicos, ni creo que ninguno de ellos valga un pimiento, en comparación con el difunto maestro Ferreras y con el no menos difunto maestro Vargas. Para mí que los clásicos estaban mal informados casi siempre. A Lope de Vega ó á Quevedo quisiera yo verles sacándoles las verdades del buche á los ministros, á estos ministros tan marrajos que se gastan en España. Yo he oído decir que en el Extranjero no son así, que allí todo se les vuelve facilidades, complacencia con los *reporters* ó *reporteros*, como, según me ha dicho un cajista, nos llama ahora el Diccionario de la Academia. ¿Han visto ustedes qué palabra tan denigrante? Reporteros... como quien dice, dos veces porteros... Y pensándolo bien, el mote no deja de tener cierta filosofía aplicada á los *reporteros* ó noticieros políticos, como un servidor de ustedes, porque la verdad es que nos pasamos lo más florido de nuestra existencia sirviendo de tertulia y diversión á los porteros, y de sobrante ó exceso de peso en las porterías. Re... porteros, igual dos veces porteros. Después de todo, está bien; no merecemos otra cosa, ¡porque miren ustedes que andar así toda la vida en las antesalas de los pájaros gordos, cotizando una sonrisita, un apretón de manos ó una palmada en el hombro! ¿Qué digo? si hay hasta quien cotiza los pisotones. Aún no hace dos años que enterramos al pobre Chunflín, el de *El grito nacional.* ¡Qué hombre aquél! Figúrense ustedes que toda su vida llevaba una bota de becerro y otra de paño, ésta última en el pie izquierdo, porque gastaba un juanete horroroso, y el hombre contaba, llenándosele la cara de orgullo, que aquello provenía de un pisotón que le dió el general O'Donnell, una vez en que el propio Chunflín estuvo á dos líneas de revelar á sus compañeros un secreto de Estado. Los porteros de la Presidencia llamaban á Chunflín *el señor del pisotón*, porque no se pasaba semana sin que les endilgase un par de veces la historia del pisotón... Pero ¿qué enredos estoy armando aquí? ¿Ven ustedes? En agarrando la pluma... Nada, que no sirvo, soy rematadamente torpe para hacer literatura, y estoy viendo que no me va á salir el cuento.

He debido darle la idea á Regúlez, el superhombre que tenemos en el periódico para eso de la literatura, y él le hubiera puesto unos lirios y unos rayos de luna que no habría más que pedir. Pero es verdad que hubiera cobrado también, porque estos superhombres son unas fieras para la caja. No, no, más vale que yo trate de contar el cuento, sin más divagaciones.

Pues, señor, todos ustedes conocen el salón de la Presidencia del Consejo de Ministros, y digo que lo conocen todos ustedes porque yo me metí hace años una vez en el salón con un fotógrafo de estos del magnesio y empecé á disparar fogonazos á derecha é izquierda hasta que se pusieron negros los cristales. Por consiguiente, ya saben ustedes cómo es el salón, dónde se colocan los ministros, es decir, dónde se colocaban cuando vivía D. Práxedes; el pobre, ¡qué bueno y qué complaciente era! ¡Diferencia va...! Pero no divaguemos otra vez.

Yo muchas veces he mirado por los agujeros de las llaves el interior de aquel salón y otra multitud de interiores. ¡Digo, si yo me pusiera á contar interioridades! Pero, vamos al grano. Aunque á los *reporters* no nos dejan llegar hasta las puertas del salón, y hasta ha habido Presidente del Consejo de ministros tan descortés y tan bruto como... (¡Dios me perdone, ya iba á soltar el nombre y apellido!) que no nos dejaba ni asomarnos á la escalera y hacía que nos diese la nota oficiosa un guardia civil de los de la pareja que hay en el portal; pero con todo y con eso, yo muchas veces he logrado colarme hasta una puertecilla que da ni más ni menos que enfrente del sitio en que se coloca el amo, quiero decir, el presidente. Desde allí he visto lo que voy á contar, y muchas veces se lo he contado

á otros compañeros, que no me han hecho caso, porque como entre la gente del oficio, con tantos fríos y tantas humedades como cogemos, abundan mucho los... vamos, los que andan mal de la sesera, solemos no hacernos caso unos á otros en todo aquello que no se refiere á noticias políticas; pero yo lo he visto, lo he visto y quisiera que alguno de ustedes me hiciera caso y procurara verlo también, porque, á mi corto entender, la cosa tiene bastante miga y merece la pena de llamar la atención.



El que no está acostumbrado á estas cosas no sabe que no hay en el mundo nada que se parezca tanto á una corrida de toros como un Consejo de ministros. No lo digo por nada, sino por la impresión que causa en los que asisten al Consejo ó á la corrida, que es la mismita impresión. Al venir al Consejo, como al ir á la plaza, todos los aficionados, quiero decir, todos los ministros, van alegres, contentos, gallardos, llenos de buenos propósitos, convencidos de que van á salvar al país con los papeles aquellos que llevan en cartera. Al salir, lo mismo que al volver de los toros, todos ellos salen tristes, cariacontecidos y con un humor de todos los diablos; ¡si no, que lo diga el que se les haya acercado entonces! Es lo que decía el pobre Chunflín:—Al entrar al Consejo, todos los ministros son Veraguas, pero ahí dentro se vuelven de Miura.

Pues bueno; yo he averiguado en qué consiste este fenómeno, como dicen los superhombres y don Nicolás Salmerón; y al averiguar esto, he descubierto cuál es la causa de que los españoles estemos tan mal gobernados, y afirmo que seguiremos así hasta que no se derribe el salón de la Presidencia ó se ahuyente de él la mala sombra que le habita, por mi cuenta desde hace siglos. Y diré más: diré que todos los ministros y los presidentes son buenos, ó por lo menos tienen buenas intenciones; pero la mala sombra los echa á perder á todos y hace desgraciado al país.

Yo la he visto, yo, yo, Fulgencio Corondel y Regletín, reporter de *El Independiente* desde mis más tiernos años hasta ahora, que ando por los cincuenta y tres. ¿Y sabéis lo que es? Mirando por el agujero de la cerradura, se ve que apenas comienza el Consejo, detrás del sillón del presidente comienza á proyectarse en la pared una gran mancha como de humo, que al principio no se sabe lo que es; pero se pronuncia una de esas palabras que son la pesadilla de la nación, la palabra *caciquismo*, la palabra *déficit*, la palabra *cuestión social*, la palabra *clericalismo*, la palabra *hambre*, *atraso*, *guerra*, etc., y de pronto la sombra va tomando forma humana, es decir, humana tan sólo no, porque por un lado sale un sombrero de alas anchas, por otro un brazo de hombre con un canuto, por otro una cabeza de caballo, por otro las manos del mismo caballo levantadas al trote; y desde el instante en que la sombra toma cuerpo, sin que lo noten el presidente y los ministros, ya no hacen éstos más que cometer disparates y desaciertos, torcerse las buenas intenciones que llevaban, mirar cada uno por su medro y por eso que llamamos los intereses bastardos y mezquinos, y... nada, que no es posible; todo sale al revés, y el pobre país es el que se revienta. Cada vez que se toma un acuerdo disparatado ó lesivo para los intereses generales, la sombra agita los brazos y el canuto en señal de alegría, el caballo patalea y da brincos y corvetas de gozo... Y todo esto, ¡mentira parece! no lo ha notado nadie; no lo han querido ver las muchas personas á quienes se lo he dicho.

...

No tenía yo la menor idea de quién fuese el personaje representado por aquella sombra; pero hace pocos días tuve que acompañar al Museo de Pinturas á un pariente que ha venido de provincias en clase de *isidro*, y allí, en la sala de Velázquez, vi á la sombra, digo, al personaje que la sombra representaba. Va trotando en una jaca muy gorda; tiene grandes bigotes y cara de pocos amigos: la cara de todos los ministros cuando acaban de celebrar Consejo.

Miré el catálogo, y supe quién era el personaje cuya sombra me es tan conocida.

Era D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares.

LEMA: CORONDEL

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

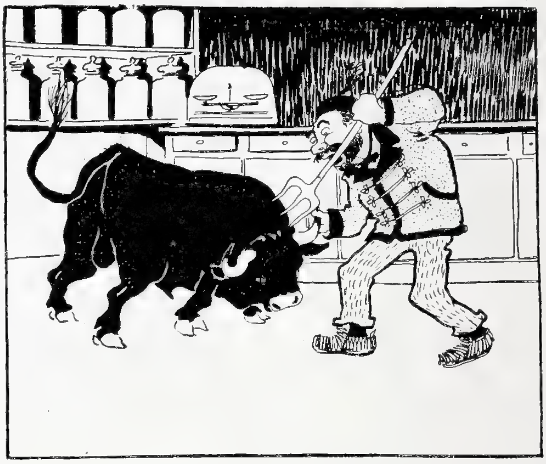
(NÚMERO 28 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

Á VER Á LA PILARICA

Doña Cortina Blanca y Don cuarto Toro, los señores que viven debajo de mi Pedro, son un par de duros que, sobre tener muchos consortes en el bolsillo, á juzgar por el humor de la casa gozan de un portero envidiable.

Viajan por el vaso de agua como quien se bebe un ferrocarrll y no hay plantas populares donde ellas no pongan las fiestas de los pies.

Después de haber presenciado en San Sebastián la lucha de un toro con un boticario y en Polonia la boda de su prima Concentaina con un tigre, se les metió en el Pilar ir á las funciones de la cabeza.



Ayer, á la caída de la escalera, me los encontré en un descansillo de la tarde.

—¿A dónde van ustedes cargados con tantos vecinos?—pregunté á mis bultos, que conducían en sus maletas varias manos pecadoras.

—Vamos á satisfacer un mixto—respondióme la mano, rascándose la cesta con la señora que llevaba en una pantorrilla.—El capricho de Zaragoza sale dentro de un marido y en él nos vamos mi cuarto de hora y yo á comer gigantes del país, á ver bailar á los melocotones, á oir cantar á los faroles, á ver lidiar á los orfeones, á presenciar el famoso rosario con sus baturros encendidos y sus toros y sus parientes, y sobre todo, á visitar á unos cabezudos nuestros que viven frente á la vista y desean echarnos la catedral encima.

—¿Les gusta á ustedes la barba aragonesa?—les pregunté, atusándome la jota.

—¡Ah!—respondió mi preludio.—Oir el vecino de la boca y quedarnos con la jota abierta es todo uno.

—Todavía gozo—añadió ella—con el punteado de una vieja bien tocada, y eso que ya voy para bandurria.

—Pues que se recen ustedes mucho en las fiestas y que diviertan á la Pilarica por mí, y sobre todo, que haya mucha catástrofe y que no tengan salud alguna en el camino.

—Mil cosas. Pero reparo que llevan ustedes pocas gracias.

—Es que ya hemos mandado á la ropa del Mediodía una estación del mundo con un mozo lleno de cuerda por delante.

—¡Si viera usted el bizco que lleva mi mujer, se quedaba usted vestido!

—Y no hablemos del disloque, porque eso es ropa interior.

—Cuando mi admiración circule por el sombrero con el moño que lleva sobre el Coso, va á ser la mujer de todos los zaragozanos.

—Aquí no llevamos más que doce pañuelos de nikel, unas tijeras para la nariz, dos paraguas para los callos, una escofina por si llueve, un par de lenguas para el mareo y éter á la escarlata, por si tuviéramos apetito. Item más: lomo de sosa químicamente adobado, bicarbonato de cerdo puro, jarabe para el pelo y horquillas para la tos.



Esto decían mis sonidos cuando los vecinos de la campana de un reloj de oído llegaron á mi cuco, y les dije:

—Vayan ustedes con tren, que no van á llegar al Dios.

—Sí, vamos... ¡Ah!—exclamó la memoria, dándose una viajera en la frente.—¡Qué palmada la mía! Se me olvidaba dejar á usted una pequeña amistad, valida de la molestia que nos une.

—Señora mía: que en mí tiene usted un día, servidor es decirlo; ya usted lo sabe desde el memorable excusado en que nos conocimos.

—Pues la permanencia que le pido es que, mientras dure nuestra gracia en Zaragoza, cuide usted de su familia como si fuera de nuestro gato. Para darle el corazón y pasarle la mano por la comida, ¿quién mejor que usted que tiene tan buen lomo?

—Pero si yo...

—No hay amigo; para eso es usted nuestro escape.

—Pero, señores...

—Nada.

En esto, don tirón dió un Pedro muy fuerte á su señora, y dejándome con la escalera en la palabra, echó á correr con ella boca abajo; desaparecieron mis ojos ante los dientes y yo me quedé con los viajeros largos. ¡Como que yendo á las fiestas de la envidia me daban una Pilarica morrocotuda!

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

Dibujos de Sancha

CUANDO LOS REBAÑOS VUELVEN,
CUANDO EL SOL SE VA MURIENDO,
¡QUÉ TRISTES QUEDAN LOS ÁRBOLES
CONTÁNDOSE SUS SECRETOS!



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR SERAFÍN DE AVENDAÑO



LA CONSULTA

I

XAN de Ventraces, por entre los castañares, se dirigía acongojado hacia su hogar. Venía de enterrar á su tío Marcos. Su amado tío Marcos le había nombrado heredero de dos magníficos prados y una yunta de bueyes. ¡Qué bueno había sido el tío Marcos!... Allá le había dejado para siempre, en el tranquilo cementerio de la aldea, á la sombra de los cipreses y bajo rosales en flor. ¡Pobre tío Marcos!

Abstraído por tan tristes pensamientos, avanzaba Ventraces por el camino, tropezando en los pliegues de su prehistórica capa, que se había puesto, aunque era el mes de Junio, para enterrar con solemnidad á su pariente.

El sol declinaba. Los ecos del melancólico *alalá* sonaron en el valle. En los húmedos prados, los mozos y mozas que segaban la hierba entonaban dulces coplas diciendo amores, tristezas y saudades.

Los acentos del *alalá* se alargaban cadenciosos, se mezclaban entre sí é iban á fundirse con el sonoro gemido de los pinares.

Tentado estuvo Xan de Ventraces, sugestionado por los ecos del *alalá*, á entonar una copla, pero en atención al fúnebre acto que acababa de realizar y al traje de etiqueta que vestía, no se atrevió á cantar, y mudo y ceremonioso llegó á su casa. Desde el *portelo* de la era oyó Xan horribles lamentos y exclamaciones desesperadas. Quien se lamentaba de tal modo era su esposa Sabela. Xan de Ventraces se precipitó sobresaltado en la era. Sabela, al verlo entrar se dirigió á él, y sin cesar en sus lamentaciones, le señaló con el dedo hacia el hórreo. Los ojos de Ventraces cayeron sobre el *Lucero*, su hermoso burro *Lucero*, que yacía en tierra con las orejas lacias, las patas rígidas y la cola engarabitada.

—¡Dios mío!... ¿Qué ha pasado aquí?—exclamó con angustia Ventraces.

—¡Han matado al *Lucero!*... ¡Un asesino dióle un tiro al *Lucero!*... ¡Pobre *Lucero!*... ¡Yo quiero morir como el *Lucero!*...—gimoteaba Sabela.

—A ver, ¿cómo ha sucedido esto? Pero aguardarse, que con la capa no me entero de nada.

Y Ventraces entró en la casa á desembarazarse de su espléndida capa. Una capa que hacía lodos con ella, de esclavina enorme y cuello tan alto que le cubría las orejas. Cuando Ventraces, en días señalados, se ponía la famosa capa, era hombre perdido. No podía moverse á gusto, ni oía, ni se daba cuenta de nada.

Ya libre de la capa, pudo Xan enterarse del terrible accidente. Tenreiro, testigo presencial, le contó lo que había ocurrido.

D. Liborio, el abogado de la villa, había pasado por allí cazando y... *¡pum!* tiró sobre el *Lucero*. Esto lo habían visto el propio Tenreiro y Valiño, que estaban trabajando juntos en un huerto. D. Liborio, después de hacer fuego á tontas y á locas, fué á cobrar la pieza, y al enterarse de lo que había hecho, agazapándose entre los vallados, se escurrió hacia la villa.

Indudablemente, opinaba Tenreiro, fué un tiro por equivocación, porque el *Lucero ¡almiña de Dios!* no se había metido con D. Liborio. La culpa de todo la tuvo la miopía enorme del abogado. Quizás había confundido al *Lucero* con una liebre, ó sabe Dios con qué otro animal.

Ventraces, ante la relación de Tenreiro, quedó anonadado. Sólo pudo murmurar:

—¡Dios me ampare, todas son desgracias!... Vengo de acompañar á la sepultura al tío Marcos, y me encuentro en casa sin vida al *Lucero!*... ¡Pobre tío Marcos!... ¡Pobre *Lucero!*...

En el alma de Ventraces se mezclaban ingenuamente los dos pesares: el de la muerte de su tío y el del asesinato de su burro.

Lucero llevaba seis años en aquella casa. Ventraces y el burro no se separaban nunca. Juntos iban al molino, á la villa y á todas partes. Era casi un compañero de Xan el bueno del burro. Además, bien valía el animal diez duros.

Estaba sobradamente justificado el dolor de Xan de Ventraces.

Los vecinos de Ventraces se despidieron discretamente. Unos le dieron el pésame por la muerte del tío Marcos; otros por la del *Lucero.*

Xan agradeció á todos esta prueba de amistad.

Anocheció. Se inundó la era con la luz de la blanca luna de Junio. Sus rayos pusieron una aureola de blancura sobre el afelpado lomo de *Lucero.*

Xan, antes de recogerse en casa, dirigió al burro una mirada de ternura, y en hondo suspiro envolvió esta frase cariñosa:

—*¡Coitadiño...! ¡Mismo parece que está durmiendo!*

II

Xan no pudo conciliar el sueño durante aquella trágica noche. Aún se borraban en el cielo las últimas estrellas ante los resplandores del amanecer, cuando Ventraces seguía el camino que conduce á la villa. Era día de feria, y el hombre no perdió el tiempo: dió una vuelta por la feria, admiró las bestias, saludó á los amigos y, ya bien entrada la mañana, se dirigió muy decidido al bufete de D. Liborio. Allí estaba D. Liborio, seco y rígido, con sus gafas que brillaban centelleantes sobre la aquilina nariz, y teniendo por fondo una estantería de libros, la mayor parte de ellos forrados en pergamino.

En un banco de madera había sentados algunos labriegos. Eran clientes del docto y temible D. Liborio, abogado viejo y conocedor de todos los resortes, fuerza y vigor de las leyes escritas.

Xan de Ventraces, llegado su turno, dijo en tono humilde al abogado:

—Señor: yo tenía un burro, el *Lucero*. Este burro era pacífico, de muy buen natural y trabajador como nadie, mejorando lo presente...

Y Xan se dirigió á los que estaban sentados en el banco. Los aludidos agradecieron la fineza con una sonrisa.

—¡Adelante!—murmuró D. Liborio.

—Pues bien—prosiguió Ventraces;—un cazador, que no es cazador porque no sabe nunca adónde dispara, dióle un tiro al *Lucero* y lo mató. ¿Tengo derecho, D. Liborio, para cobrar el burro?

El abogado miró á Xan con fijeza. Ventraces permaneció impasible.

—Según. ¿Hay testigos del hecho?

—Sí, señor: dos.

—¿Dos? Te asiste derecho,—exclamó con tristeza el abogado.

—Entonces ¿usted no tendrá inconveniente darme la consulta por escrito?

—Ninguno.

D. Liborio escribió la consulta.

—¿Cuánto le debo por su trabajo?

—Cinco pesetas.

—Ahí van—dijo Ventraces.—Ahora, D. Liborio, yo le pido que me pague cincuenta pesetas.

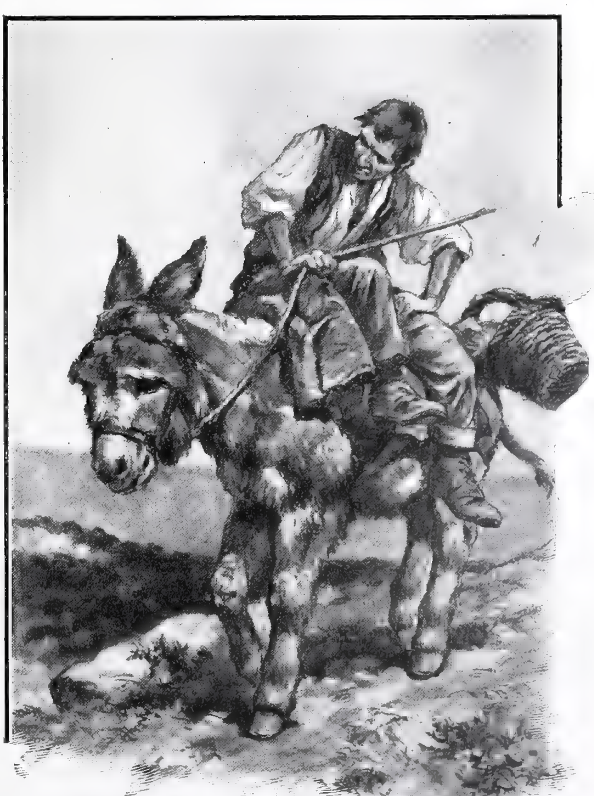
—¡Cincuenta pesetas! ¿Por qué...?

—Porque usted, D. Liborio, fué quien mató al *Lucero*, que valía más de cincuenta pesetas. Supongo que no se negará á darme el dinero, porque, según usted dice bajo su firma, tengo derecho á reclamarlo.

—¡Enterado! Toma—dijo D. Liborio largándole las pesetas.—¡Ah! y da gracias á los testigos... ¡que si no...!

—Disimule, y mandar, D. Liborio—contestó Ventraces; y haciendo cortesías, se salió del bufete del abogado.

Los labriegos que estaban sentados en el banco se sonrieron socarronamente.



III

Anochecía. A lomos de un burro blanco tornaba Xan de Ventraces hacia la aldea. El *alalá* sonaba en el valle. Xan, á todo pulmón, entonó una copla. Al final lanzó un *aturuxo* que rebotó con agrios ecos en las peñas del monte cercano, y después dijo alegremente al burro:

—Arre, *Lucero.*

En memoria del *Lucero* fenecido, había Ventraces bautizado con este nombre al nuevo burro comprado con el dinero de D. Liborio.

Era el cuarto *Lucero* que Xan de Ventraces tenía en su casa. Afortunadamente para él, no quedó interrumpida aquella dinastía de *Luceros* por el tiro del abogado.

CAMILO BARGIELA

DIBUJOS DE REGIDOR



UN FILOSOFO DE SEGURIDAD

Me río yo de *Chespeare*
ú de Salomón ú Homero,
donde esté un guardia que tenga
algo que le bulla drento;
porque miste que son horas
las que los guardias tenemos
pa pensar en las miserias
que nos están corrompiendo.
¿Que hay crímenes...? Ya se sabe:
amores turbaos ú celos;
¿que suicidios? lo de siempre:
el miserable dinero;
¿los *metinges*? cuatro socios
que se reunen, dispuestos
á renunciar al trabajo
y á pedir el pan ajeno;
y tan y mientras, nosotros
vegilando y percibiendo
tres pesetas mal contadas
con un millón de desprecios;
y cómprese usté uniforme,
y desempeñe usté un puesto,
sea usté, además, la mano
derecha de los Gobiernos,
y ejerza usté del preucipio
de su autoridad pa esto,
pa ser unas veces guardia,
y pa ser otras portero,
y pa cambiar por el sable
la escoba; no es lo correzto,
pues á la fuerza moral
que como guardia poseo,
vienen la escoba y los zorros
á tirarla por los suelos;
porque es lo que yo me digo
los pocos ratos que pienso:
¿Qué es un guardia?—me pregunto
Un átomo—me contesto—
de persona, aunque hay algunos
que no nos conceden ni eso.
Sea usté guardia y filósofo,
viva usté mirando al suelo,
porque las más de las veces
así lo ordena Morfeo,
y moralice usté al vulgo
y déle sabios consejos,
pa que á la fin y á la postre
obtenga usté como premio
el que en la vida oficial
le apoden á usté *el quinientos*
y en la privada le llamen
los inquilinos *portero*.
¿Que dicen que tiene uno
cara de vinagre? Cierto;
pa tratar con espadistas,
y del ful y descuideros,
no hace falta que seamos
hurises, en mi conceto.
Pensando en estas miserias,
es cosa de echar un velo
y de beberse unas copas
de Valdepeñas añejo
en cualquier *tasca* del barrio
que lo den gratis y bueno,
mirar las cosas del mundo
con relativo desprecio,
y decir como Pandolfo
dijo al mirar de un jumento
la calavera imponente:
¡Válgame Dios, lo que semos!

ANTONIO CASERO

DIBUJO DE E. SALA

Crónica Gráfica

El hermoso país de Baviera, llamado por quienes le conocen *la Andalucía alemana*, es el más plácido y suave de cuantos componen el Imperio germánico. La serenidad y hermosura del suelo y del cielo dulcifican los sentimientos y las costumbres de sus habitantes; el arte reina en todas las mansiones y la sencillez propia de los tiempos clásicos se enseñorea de todos los espíritus.

Baviera es un oasis pacífico en medio de las agitaciones y turbulencias de Europa, y tal vez el hogar más tranquilo de aquel país sea la residencia y palacio de Nymphenburg, donde vive la infanta española Doña Paz con su marido, el príncipe cirujano y músico D. Fernando, y sus hijos.

Poco hace que conocimos en Madrid á la infantita Doña Pilar, que por su gracia y su modestia cautivó todas las simpatías. Así que ahora vemos con el mayor gusto las notas gráficas de su vida y ocupaciones favoritas, que consisten principalmente en el ejercicio de la caridad para con los niños desvalidos. Para proporcionarles vestidos y juguetes, S. A. R., secundada eficazmente por algunas autoridades alemanas, ha formado Juntas bienhechoras, y últimamente se ha celebrado en Landshut una Exposición de los objetos donados con tan noble designio por los particulares, y en la cual la infanta de España se ha mezclado con los niños pobres de Baviera y ha tomado parte en su infantil alegría.

Una de las señoras más hermosas de la aristocracia española, la Excma. Sra. Marquesa de Ayerbe y de Rubí, descendiente de la antiquísima estirpe de los Sotomayor de Galicia y casada con un ilustre representante de la rancia nobleza aragonesa, acaba de dar á la estampa el precioso libro titulado *El Castillo del Marqués de Mos en Sotomayor*.

El trabajo de la Sra. Marquesa de Ayerbe es al propio tiempo monografía documentada propia de un erudito concienzudo, y discreto y cortesano estudio de una gentil dama. Narra en él con pluma elegante y ligera las vicisitudes de la casa de Sotomayor, dueña de la señorial mansión donde nació la Marquesa, y presenta con sobrio arte y supremo encanto las viejas figuras de los grandes señores de la casa, no excediéndose en la alabanza de sus virtudes, ni olvidándose de mencionar sus vicios ni de reprobar sus crímenes.

Nada más grato para el cronista noticiero que poder alabar y poner en las nubes el ingenio de una dama española como la ilustre Marquesa de Ayerbe, cuyo mayor elogio consiste en decir con justicia que su talento iguala á su hermosura.

Bartholdi, el escultor más popular del mundo, ha muerto á la edad de setenta y dos años. Véase qué extraños casos ofrece la vida artística. El nombre de Bartholdi no era conocido sino de los artistas, pero su obra maestra, la colosal estatua de *La Libertad iluminando al mundo*, que domina y alumbra la rada de Nueva York, no hay nadie que no la conozca.

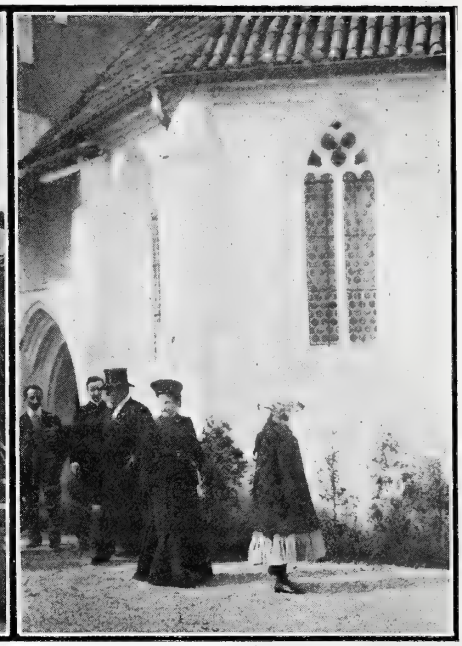
El Rey Sol, Luis XIV, ha resucitado: se pasea por las alamedas de Versalles, hace correr las fuentes maravillosas para divertir á las damas de su corte, almuerza al margen de los lagos y se divierte en grande... para que un fotógrafo reproduzca todas las escenas de su vida en tiras cinematográficas, como representan las fotografías que del propio Versalles nos remiten.



SS. AA. RR. DOÑA PAZ Y DOÑA PILAR VISITANDO UN CONVENTO DE MUNICH — Fot E. Servant



SS. AA. RR. PASEANDO EN COCHE POR MUNICH



LAS INFANTAS VISITANDO LA CAPILLA DE LANDSHUT Fots. E Servant



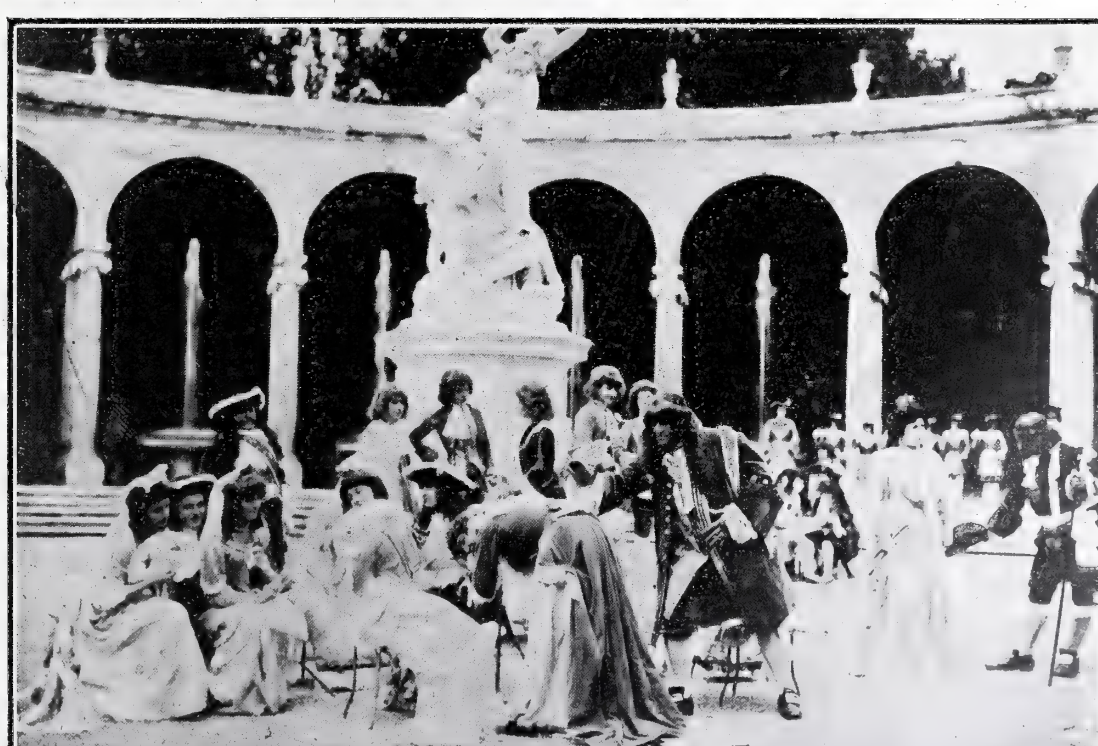
EXCMA SRA MARQUESA DE AYERBE Y DE RUBÍ, CONDESA DE SAN CLEMENTE Fot A C.



EL ESCULTOR BARTHOLDI, AUTOR DE LA ESTATUA «LA LIBERTAD ILUMINANDO AL MUNDO»



LUIS XIV Y SUS CORTESANOS JUNTO AL LAGO DE VERSALLES



EL REY SOL JUGANDO Á «AMAGAR Y NO DAR» (LA MAIN CHAUDE) CON LAS DAMAS DE LA CORTE Photo Nouvelles

ENRIQUE BORRÁS



EN «ELS VELLS»



EN «CAVALLERIA RUSTICANA»

DESDE hace ya bastantes años faltaba en la escena española un primer actor joven, vigoroso, flexible, capaz de interpretar el repertorio moderno con toda la variedad de sus tipos. Las representaciones dadas el año pasado en el teatro de la Comedia por la compañía catalana de Enrique Borrás convencieron al público y á la crítica de que el actor apetecido existía y era capaz de interpretar con el mismo acierto los rudos pastores de Guimerá, los desengañados viejos de Iglesias y los místicos sacerdotes y soñadores artistas de Rusiñol.

Pronto, no obstante, algunos señores á quienes interesa, sin duda, mucho el que no haya lucha ni emulación entre los actores, único medio de



ENRIQUE BORRÁS
Fot. Audouard

que todos lleguen á la perfección posible, comenzaron á propalar que, habituado Borrás á representar en lengua catalana, le sería imposible hacerlo en castellano sin perder en pureza de dicción ó en rapidez de mímica. Los hechos están ya demostrando lo contrario, y los hechos no favorecen ni á los envidiosos ni á los catalanistas acérrimos, pues ya se había demostrado hace mucho tiempo que todo catalán culto maneja y compone con la misma facilidad y naturalidad el castellano que su lengua natal, aun cuando haya catalanistas que por testarudez renieguen de Pí y Margall, es decir, del más castizo y atildado prosista que en el siglo XIX escribió en lengua española.



EN «LO NUVI»



EN «L'ORGULL DEL GECH»
Fot Areñas

LA NIÑA REZA...

La niña reza... En la ermita
de la Virgen del lugar,
recogida y fervorosa
todas las tardes está.

Cuando hay fiesta, cuando hay baile,
las otras mozas la ven
que deja sus alegrías
por la senda de la fe.

Sus padres, tristes y ancianos,
imploran al cielo azul
porque á su niña devuelva
la perdida juventud.

Ella no encuentra sus risas,
que se las llevó el amor,
y por buscar un consuelo
se refugia en la oración.

Cual pájaros temerosos
del vuelo del gavilán,
sus plegarias y sus lágrimas
se posan en el altar.

No reza por sus pecados;
¿qué pecados va á tener,
si su corazón es puro
y es dulce como la miel?

No llora por sus traiciones,
que no las hizo jamás,
pues su alma es tierna y es blanca
como paloma torcaz.

Llora por el hombre ausente
que supo hacerla feliz,
y soñando en su regreso
reza por su porvenir.

Teme que el mundo lo cambie,
que se agoste su pasión,
que la desgracia le aceche,
que le espere algún dolor...

Y humilde pide á la Virgen
milagrosa del lugar,
que para amparo y defensa
le dé un celeste guardián.

La Virgen ya la conoce,
sabe que es firme su fe,
y parece que sonríe
cuando sus ojos la ven.

No llores, niña, no llores;
vuelve á reir y á cantar,
y tus temores terminen,
porque el ausente aquí está...

Vuelve por el caminito
que le separó de ti,
y al recorrerlo de nuevo
también se siente feliz.

Viene á florecer tus labios
con los besos del amor...
Te trae un rico presente:
¡la paz de tu corazón!

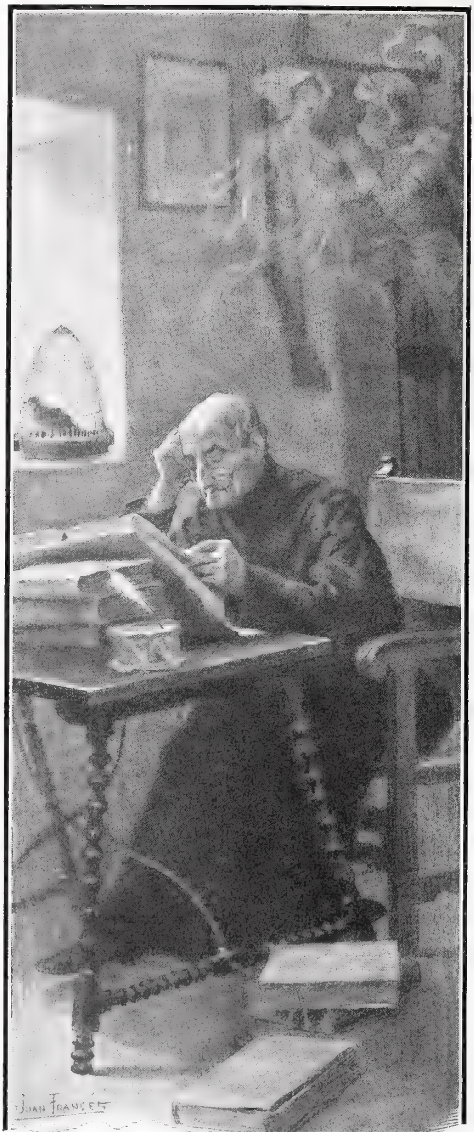
ANTONIO PALOMERO



DIBUJO DE EMILIO SALA

PÁGINA DE LA LEYENDA ÁUREA

Era vasta la pieza, elevada de techo; recios, formidables los muros; el pavimento de madera crujiente. En uno de los testeros destacaba, sobre el blancor de la pared, la mancha obscura de una estantería de nogal, bien surtida de libros á cual más venerables: libros de oraciones, breviarios, la *Summa Teológica*, el *Flos Sanctorum*, alguna vieja novela romántica y tal cual volumen de poesías, ya religiosas, ya declaradamente profanas. Un bargueño antiguo, ornado de incrustaciones metálicas, de aplicaciones resplandecientes, al lado del estante, mostraba su hechura castiza. Sobre el bargueño, un crucifijo de ébano sostenía la blanca forma de un Cristo de marfil. Luego, esparcidos por los muros, encuadrados en marcos dorados, en marcos negros, protegidos por verdosos vidrios, gran cantidad de grabados: agua-fuertes valientes, enérgicas; tiernas escenas amorosas entre caballeros muy pulidos y corteses y damas muy recatadas y muy honestas; pasajes bíblicos y algunas estampas alegóricas con sus leyendas en el bello francés del siglo XVIII, que bien decían *Rien ne plait tan aux belles que le courage del guerriers*, ó bien aseguraban que las bellas sabían responder á las intimaciones de los galanes discretos y enamorados con el más puro y más ideal de los amores.



Sentado cerca de la ventana, el señor cura párroco de Cartujín lee en su breviario. Espejean con fugitivos relámpagos luminosos las gafas que cabalgan sobre su nariz aquilina. Los labios sumidos barbotean confusamente, con un continuado rezongueo, los conceptos latinos. De vez en cuando dirige una mirada hacia la verde campiña ó recorre de un rápido ojeo los viejos muebles de su estancia, muebles llenos de recuerdos, y en los que hay algo de su vida, de su vida monótona y lánguida, de su pobre vida sin pasión y sin amor.

El señor cura de Cartujín, D. Fernando de Casa-Cruz, era un hombre alto, seco, nervioso. Su vida era ejemplar; sólo dos aficiones, tercas como vicios, habían inclinado su espíritu: la lectura y la caza; y á la caza y la lectura dedicaba todos sus espacios de vagar. Los domingos, luego de haber dicho su misa y de haber pronunciado su pequeña plática, montaba en el pobre rocín, pacífico, manso, lento, y se alejaba del pueblo en busca de emociones, prometiéndose una caza copiosa, abundante.

A la noche, en su casa, cogía un volumen de la biblioteca y dejaba pasear libremente su imaginación por los floridos campos de las amables leyendas ó de las románticas narraciones.

D. Fernando sólo vivía para esas dos aficiones: la caza y los libros. Miraba siempre con ternura inefable aquellos estantes repletos de volúmenes.

Allá en la penumbra, envuelta en los crespones impalpables del crepúsculo, que iban haciendo cada vez más compacto su tejido, erguíanse los estantes, y al recordar las historias, las aventuras, los amores trágicos, los amores místicos, las páginas de prosa ascética y conventual, las risueñas páginas en que se narran vidas de vírgenes, que se dirían vidas de flores, D. Fernando veía poblarse la sombra de figuras vagorosas: héroes, gentiles amadores, damas sonrientes, y en la altura, ingrávidas y flotantes, las etéreas imágenes de ingenuidad y pureza que fueron flores de fragancia suprema en el supremo jardín de Jacobo de Voragine.

Leía D. Fernando en su breviario, á la indecisa luz del atardecer; iba á sumirse el paisaje, que á través de los verdosos y emplomados vidrios se veía, en la calma de la noche.

Y de súbito asalta á don Fernando una honda preocupación: piensa en San Julián, en el buen San Julian, cazador estupendo, y en cuyo nombre vienen envueltos rumores de cacería, piafar de corceles briosos, aullar de jaurías feroces. Por una selva de sombra y de misterio pasaba el formidable cazador. Iba allá, por entre la espesura de la selva hosca, Julián á caballo, persiguiendo toda clase de alimañas en correría loca. Y un día sus manos, teñidas por la sangre inocente de las víctimas, se abatieron como obedeciendo á una fuerza superior sobre los cuerpos de sus padres.

D. Fernando pensó que había sido cruel. En su amor al ejercicio de la caza, no había reflexionado en el dolor que él, el bueno, el apacible párroco de Cartujín, sembrara á su paso por los campos verdes y húmedos con el rastro de desolación que fuera dejando tras sí. Entonces tuvo un sentimiento de piedad profunda para todas las criaturas y para los hermanos pájaros.

Y su corazón se llenó de tristeza, y de sus ojos, cayeron sobre las páginas amarillentas del breviario, redondas, pesadas, dos lágrimas...

BERNARDO G. DE GANDAMO

DIBUJO DE J. FRANCÉS



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE BAILE. Modelo de la casa Huet et Chéruit, de París.
Vestido forma princesa. Es de muselina blanca sobre fondo rosa, «pailletée» de azul.

FOT. REUTLINGER



DE MANIOBRAS

¡Allá van los brillantes escuadrones
de la sabia y marcial artillería...!
Van á estudiar, para el tremendo día,
invencibles, mortíferas lecciones.
El áspero rodar de los cañones
que hoy inunda las calles de alegría,
cuando se acerque la contienda impía
de espanto llenará los corazones.
¿Por qué el hermano con su hermano riñe?
¿Por qué los montes y los valles tiñe
de sangre el odio que la vida enerva?
¡Corramos todos, olvidando á Marte,
bajo los cielos donde triunfa el arte
con los besos de Venus y Minerva...!

B. y N.

DIBUJO DE ESTEVAN



EL FONÓGRAFO. CONFERENCIA PARA NIÑOS SOLOS

PEPITO.—Respetable público: Empiezo por reclamar la atención y el silencio. Voy á ilustraros, que buena falta os hace, respecto de este maravilloso aparato llamado fonógrafo, que me compraron ayer mis papás en atención á que era el día de mi santo y en consideración á que un servidor es uno de los niños más aplicados de la sociedad contemporánea.

LUISITO.—Haga el favor de no ponerse moños el conferenciante.

PEPITO.—Me pongo lo que me da la gana, y ruego al público que no interrumpa, ó de lo contrario... *(hace ademán de dar un moquete)*. Pero, siguiendo nues-





tra explicación, os diré, señoras y señores, que el fonógrafo aquí presente es un aparato para escribir el sonido en una placa ó lámina sensible, guardarlo en ella y reproducirlo cuando se quiera, repitiendo las vibraciones que se produjeron al hablar ó cantar frente á esa lámi...

ANITA.—¡Vaya una gracia! ¡Eso ya lo sabíamos nosotras!

LUISITO. — Permitidme decir que el conferenciante es un latero.

TODOS.—¡Abajo las conferencias! ¡Mueran las explicaciones! y ¡que toque el fonógrafo!

PEPITO.—Vais á oirlo, público indocto y despreciable. *(Suena el fonógrafo, y todos oyen con la mayor atención.)* Ea, ya se ha acabado la parte artística de la sesión. Ahora vuelve á comenzar la parte científica.

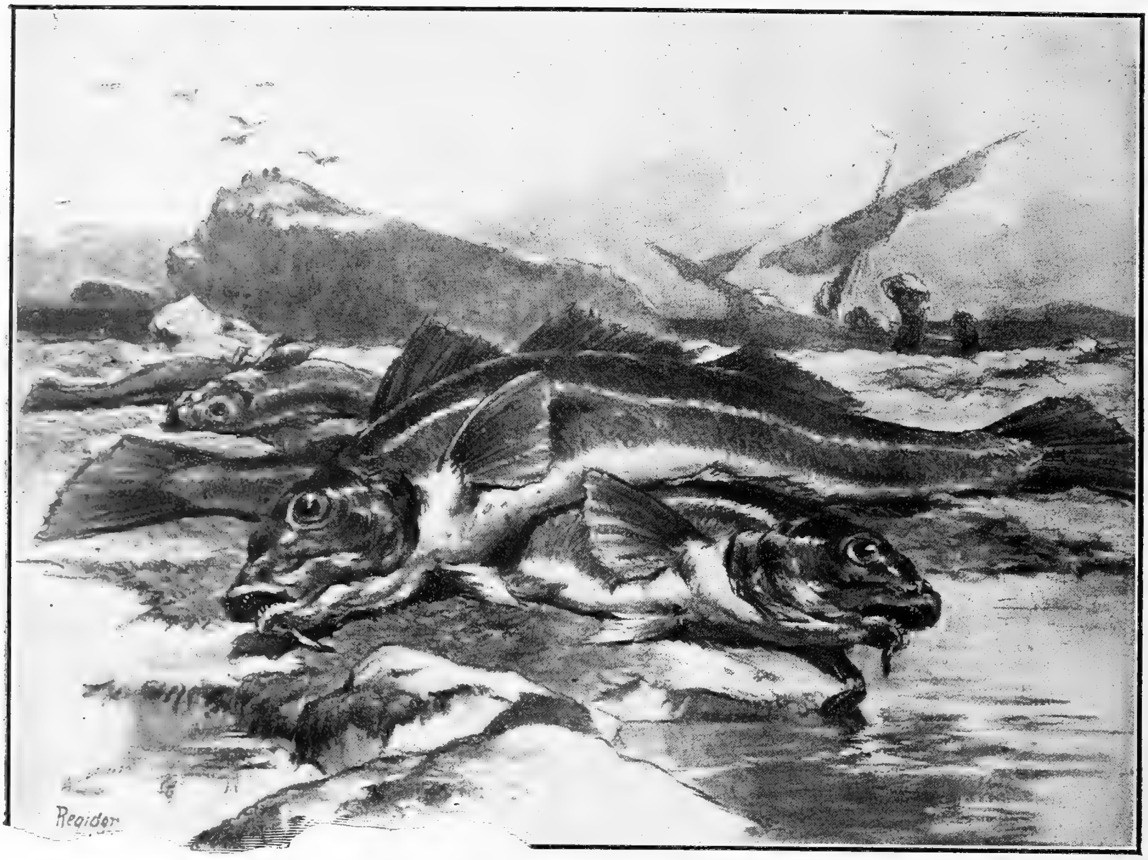
TODOS *(refunfuñando)*. — ¡Hum, hum! ¡Qué aburrimiento!

PEPITO *(empuñando una varita mágica)*. —¡Atención! Decía que en 1877, el famoso Thomas Alva Edison, observando las vibraciones de... *(Aparte.)* Ahora sí que escuchan con atención. *(Mirando en torno suyo.)* ¡Claro! como que se han dormido. ¡Sea usted hombre de ciencia para esto! *(Se va con la música á otra parte.)*

Moraleja. — Es inútil querer hacer de la ciencia un recreo. Vale mucho más hacer del juego una ciencia, si se tiene arte y simpatía para ello.



FOT. MUÑOZ DE BAENA



HISTORIETAS NATURALES. EL BACALAO.

Ved aquí un animalito que desde pequeños comienza á proporcionarnos disgustos y rabietas, y que cuando llegamos á la mayor edad tampoco nos acarrea placeres muy estimables.

¡Cuántas veces, al tomar á regañadientes y con reconcentrada repugnancia el aceite de hígado de bacalao que os suministra la mamá cariñosa para que os fortalezcáis, habréis sentido la mayor antipatía contra aquel pez, cuyo hígado constituye una de las primeras amarguras útiles de la vida!

El aceite de hígado de bacalao es quizás la primera lección de energía y aguante que se nos da para que emprendamos con resolución la lucha del vivir: como todas las grandes y provechosas lecciones, nos cuesta llorar, apretar los dientes y tragar no poca saliva amarga.

Más adelante llegamos á hombres, y este pez de carne áspera, desabrida y saladísima, se nos presenta mil veces disfrazado con librea roja de pimientos y tomates ó solapándose como un hipócrita entre los inocentes granos de arroz. El que es muy delicado de paladar protesta contra el bacalao. El que es hombre sufrido y de coraje se lo traga valientemente. Pero sólo el que tiene un carácter bonachón y está dispuesto á contentarse con cualquier cosa en este mundo, afirma que el bacalao es un bocado exquisito.

No hay tal cosa, hijos míos: nadie cree de veras que el bacalao sea un plato digno de elogio; pero vosotros que siendo niños aceptásteis como unos hombres la dura prescripción del aceite de hígado de bacalao porque deseábais ser robustos de cuerpo, también sabréis aceptar la imposición durísima del bacalao como alimento, porque seguiréis deseando fortalecer vuestro espíritu. Y mirad de qué medios tan ingeniosos se vale la Providencia para hacernos más llevaderas las cargas de la vida. Un bacalao, es decir, el pescado más barato y humilde, el que todos los pobres comen, guarda entre sus espinas una severa y profunda lección de Moral, que aprovecharéis, según creo.

Pero lo más notable es que del bacalao tenéis y tenemos todos una idea fantástica. ¿Quién podrá figurarse que eso que parece un triángulo de madera vieja, una pala, un soplillo ó cualquier otro objeto prosaico, sea, como es cuando está vivo, un hermosísimo pez con brillantes escamas, con fuertes aletas y airosa cola, en suma, uno de los seres más arrogantes que surcan el mar? Pues, sin embargo, así es, y entre otras propiedades notabilísimas, posee una fecundidad tan extraordinaria, que cada bacalao hembra puede tener anualmente hasta diez millones de hijos, puesto que pone esa cantidad de huevos. Sabido esto, comprenderéis por qué hasta en los más apartados villorrios se encuentra siempre una tajadita de *truchuela* ó de *pez palo*, que son las dos más modestas especies de bacalao.

Habéis de saber que no es sólo de Escocia (como rezan los carteles que habréis visto en las tiendas de comestibles), sino también de Noruega, de Islandia, y más aún del famoso banco de Terranova, en la América del Norte, de donde proceden tantos millones de bacalaos como se consumen en todo el mundo. La pesca de estos animalitos tiene poquísima ciencia. Ni siquiera hace falta poner carnaza para engañarlos, pues son tan extremadamente glotones, que con echar el anzuelo y una bala de plomo para que éste caiga bien hondo, el bacalao se lanza sobre él y se traga plomo, anzuelo, cuerda, y al pescador mismo si se descuida. El bacalao lo engulle y lo digiere todo: cangrejos de mar, langostas enteritas, cuerdas, pedazos de madera... Así que seáis grandes, ya tropezaréis con otros bichos no menos voraces, pero que no son comestibles.

DIBUJO DE REGIDOR

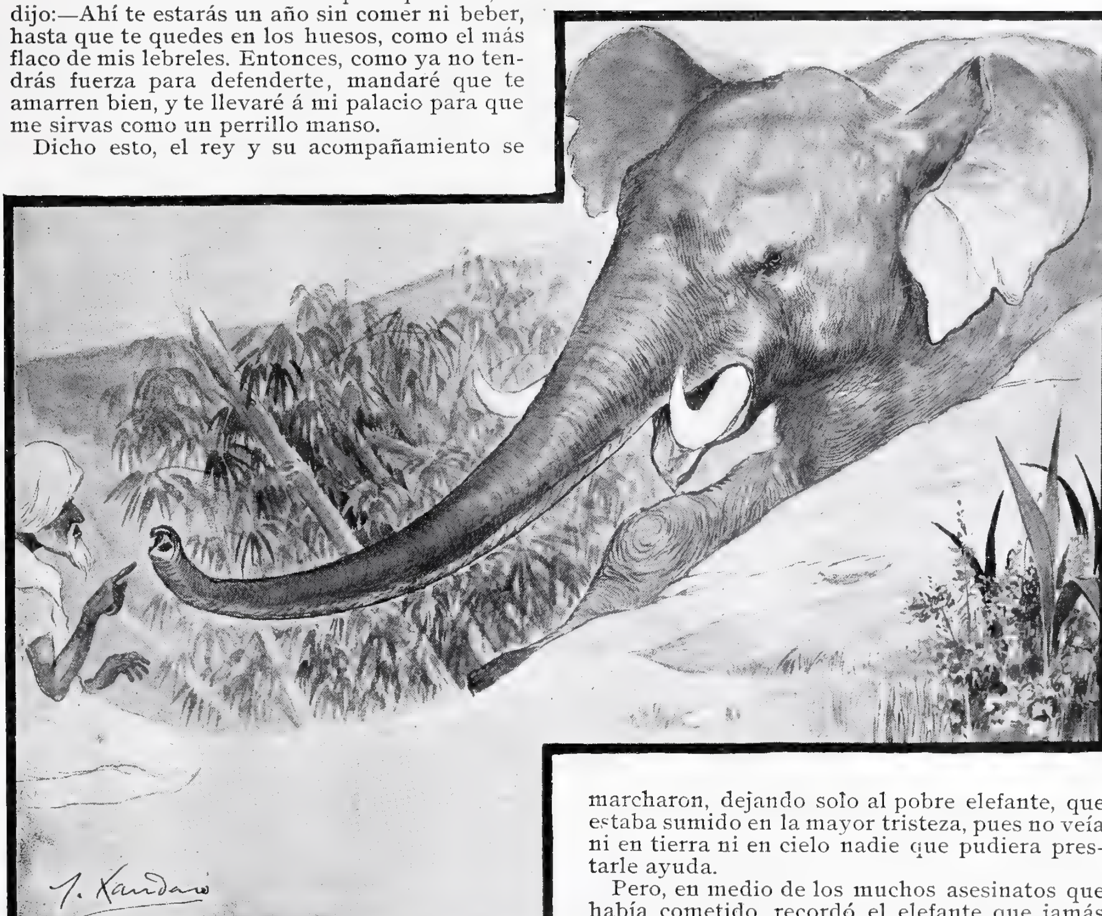
EL ELEFANTE Y LOS RATONES. FÁBULA INDIA.

Había una vez un elefante que, por su ferocidad, tenía aterrorizada á toda la selva. Los hombres intentaron darle caza de mil maneras distintas, sin que pudieran lograrlo, porque á más de tener muchísima fuerza, el terrible paquidermo estaba dotado de singular astucia.

No obstante, el rey Saparitka se propuso acabar con aquel monstruo. Reunió todos sus ejércitos, que contaban más de quinientos mil hombres, y en un lugar donde la selva estaba espesísima, hizo talar los árboles y abrir un hoyo muy profundo, cuya ancha boca tapó cuidadosamente con ramaje. Hecho esto, cercó la selva con el ejército, y avanzando poco á poco los hombres con estrépito enorme de tambores y chasquidos de hondas, lograron ahuyentar al elefante, hasta que cayó en aquella profundísima hoya, de donde no podía salir porque estaba muy gordo y muy pesado.

Entonces, el rey Saparitka respiró satisfecho, y contemplando al elefante, que sumido en el agujero levantaba en vano la trompa suplicante, le dijo:—Ahí te estarás un año sin comer ni beber, hasta que te quedes en los huesos, como el más flaco de mis lebreles. Entonces, como ya no tendrás fuerza para defenderte, mandaré que te amarren bien, y te llevaré á mi palacio para que me sirvas como un perrillo manso.

Dicho esto, el rey y su acompañamiento se marcharon, dejando solo al pobre elefante, que estaba sumido en la mayor tristeza, pues no veía ni en tierra ni en cielo nadie que pudiera prestarle ayuda.



Pero, en medio de los muchos asesinatos que había cometido, recordó el elefante que jamás causó el menor mal á un pobre ermitaño que vivía solo en la selva, entregado á la mortificación y al ayuno. Llamóle, pues, lanzando terribles rugidos, y al acudir el santo varón quedó espantado de ver el tristísimo trance en que se hallaba su vecino.

—Yo—dijo el ermitaño—nada puedo hacer para sacarte de esa hondonada. Los ayunos han debilitado mis fuerzas, y el hoyo es, además, tan grande, que harían falta cien hombres robustos, trabajando muchos meses, para poder practicar una rampa por donde pudieras salir. Pero—añadió piadosamente—yo creo que tú habrás hecho algún bien á alguien en tu vida; llama á quien te deba algún favor, y que te auxilie, pues para las ocasiones son los amigos.

Entonces el elefante recordó que, hacía muchos años, prestó un excelente servicio á los miles de miles de ratones que poblaban la selva. Para destruirlos, el rey Saparitka había hecho muchas zanjas, donde enterró á los animalitos, que allí hubieran perecido á no ser porque el elefante, con sus patas y su trompa, desbarató las zanjas y los puso en libertad.

Así, pues, el ermitaño dió aviso al rey de los ratones, y este agradecido animal reunió millones y millones de sus vasallos, los cuales, trabajando con gran ardor y con la inteligencia que para remover tierras tienen los ratones, pronto abrieron camino al elefante para que pudiera escapar, como lo hizo.

Esta fábula, que tiene lo menos cuarenta siglos, nos enseña:

1.º Que conviene tener amigos en todas partes. 2.º Que ningún grande, por grande que sea, deja de necesitar á los pequeños en las ocasiones graves de la vida. Y 3.º Que, en situaciones apuradas, sólo pueden salvar á los poderosos los esfuerzos y trabajos de los chicos, si éstos están unidos y tienen buena voluntad.

DIBUJO DE XAUDARÓ

CONCURSOS INFANTILES

CAMBIOS EN LA CABEZA

NUEVO CONCURSO INFANTIL



Estos seis personajes, pertenecientes á seis razas y naciones distintas, se han encontrado casualmente juntos en la Exposición de San Luis. La barahunda que allí hay y la confusión que produjo á los seis hombres llegados de tan lejanas tierras, fueron causa de que, sin saber cómo, cambiasen los sombreros, gorros ó adornos que llevaban en la cabeza.

Se trata, pues, de colocar á cada uno el tocado que le corresponde.

El niño que envíe una solución acertada á esta Redacción, Serrano, 55, Madrid, antes del día 1.º de Noviembre próximo, recibirá como premio un juguete de valor no inferior á 50 pesetas. Si fueren varias las soluciones acertadas, se verificará un sorteo. La solución y el nombre del agraciado se publicarán en el número 707 de BLANCO Y NEGRO *el 19 de Noviembre próximo.*

OTRO CONCURSITO

¿Qué nombre propio falta en este párrafo de un libro muy leído en las escuelas, y de qué capítulo y parte de dicho libro está tomado el párrafo?

«PERO VEIS CÓMO EL PIADOSO CIELO SOCORRE EN LAS MAYORES NECESIDADES, PUES LLEGA , Y SIN MIRAR SI SE RASGARÁ Ó NO EL RICO FALDELLÍN, ASE DE ELLA Y MAL SU GRADO LA HACE BAJAR AL SUELO, Y LUEGO DE UN BRINCO LA PONE SOBRE LAS ANCAS DE SU CABALLO Á HORCAJADAS, COMO HOMBRE, Y LA MANDA QUE SE TENGA FUERTEMENTE...»

El niño que acierte cuál es el nombre propio que falta, de qué libro se trata y en qué parte y capítulo está el párrafo copiado, recibirá como premio una suscripción gratuita á BLANCO Y NEGRO *por seis meses; si fuesen varios los niños que acertaran, se celebrará entre ellos un sorteo.*

Las soluciones se recibirán en esta Redacción hasta el día 1.º de Noviembre.

El nombre del agraciado se publicará en el núm. 707 de BLANCO Y NEGRO, *correspondiente al día 19 de Noviembre.*

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 29 Octubre 1904. N.º 704

El último fauno



Fué una ceremonia algo gentílica que dió mucho que hablar y resucitó las añejas prevenciones del pueblo contra aquella casta de los Herbales, celtas ó romanos, pero seguramente selvícolas en su origen, del que conservaban á través de los siglos cierta pureza de rito campestre y desentonado, que más de un disgusto les dió en días lejanos de escrupulosa inquisición.

Tenían aquellos extraños retoños de razas desaparecidas un poderoso amor á los árboles. Por eso arraigaban y se mantenían sujetos al terrón ó al pedregal donde habían caído, á diferencia de los nómadas, que aman los pastos, las hierbas efímeras, que van siguiendo en la rotación majestuosa de los campos pradiales.

Un bosque tenían, que de padres á hijos venían cuidando con solícito esmero, y del que apenas salían sino para cambiar los frutos por dinero contante ó por especies necesarias. La cabaña patriarcal era grande y humosa, amparada bajo los más altos y frondosos árboles. Si una viga flaqueaba la sustituían por otra, y así la remuda de la mansión se hacía en largo transcurso, pieza á pieza, y sin perder una línea de su aspecto.

El último poseedor de la cabaña y del bosque tuvo durante su vida la penosa sensación de algo que irremediablemente moría... Dos mujeres había enterrado, y en torno de ellas no sé cuántos hijos. Todos se fueron en temprana edad, antes que la savia cuajase los frutos. Y era un dolor ver aquella espesura lujuriante, estallando de vigor y de vida, creciendo y enmarañándose sin temor al hacha mal esgrimida por dos brazos desalentados.

¿Era que las Driadas y Silvanos habían maldecido aquel lugar?

El hombre apesadumbrado y envejecido en la soledad, buscó afanosamente una solución de su vivir en los recuerdos y tradiciones de su casta. Cantos exóticos que en su infancia oyó, palabras conjurantes pronunciadas por ancianos y mujeres, trozos dispersos de una gran leyenda, que volvían á su memoria como hojas volanderas de un árbol ideal...

La solución fué que el vejete buscó su tercera mujer; una muchacha nacida en el bosque, al pie de una encina. Su primer lecho fué un montón de muérdagos y musgos. Su cama nupcial fué otro montón de hojas de roble, blandas como el terciopelo.

Les nació un hijo, y es fama que apenas nacido llevólo el padre á lo más interno del bosque y allí le expuso desnudo sobre la hierba fresca, debajo de las frondas resonantes, al borde del manantial de aguas purísimas que derramaba sus cristales por los riscos. Preparado había un hoyo como breve sepultura y un verde plantón de moral sanguíneo. Plantado el árbol, rególo con agua del manantial llevada en la cuenca de las manos, y á cada viaje aspergiaba al recién nacido, que bajo el rocíon se estremecía en las primeras é intensas sacudidas de sus nervios.

Fué así cómo el tierno Herbal quedó encomendado á las deidades selvícolas y ligado al bosque con lazos perpetuos y misteriosos.

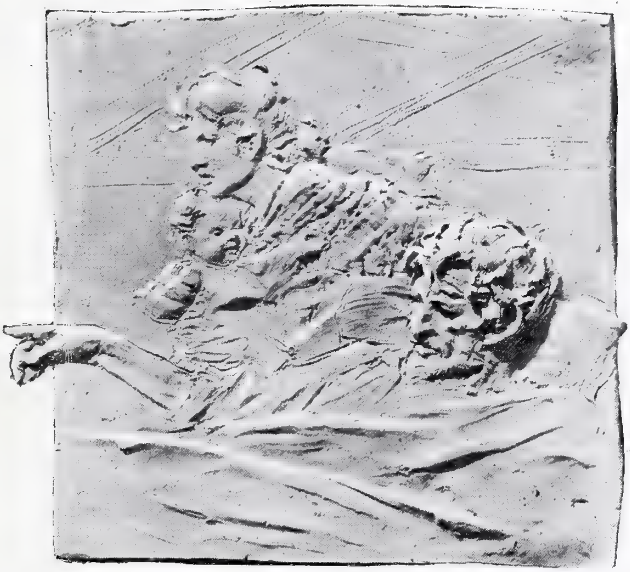
* * *

El árbol y el niño fueron creciendo con igual lozanía. El viejo esperaba ver cómo de aquel tronco salían nuevas ramas humanas que llenasen el bosque. Un día el niño enfermó: la madre quejumbrosa llamó al médico del lugar y recurrió al parlero saber de las comadres. El padre no se inmutó; fué hacia el moral plantado en el bosque, y hallólo comido de orugas. Limpio y lavado lo dejó y regado con agua del manantial, y cuando volvió á la cabaña, la enfermedad había hecho crisis y el vástago comía y jugaba. Así pasaron muchos días y llegó su último al vejete. Apenas tuvo tiempo de señalar el sitio donde ocultaba el tesoro de los Herbales y el árbol debajo del cual habían de hacer su sepultura.

Hallaron una crecida suma producto de antigua y lenta acumulación. Con ella en su poder, la madre empezó á soñar cosas estupendas: quería hacer de su hijo un señor y que dejase el hacha para los jornaleros. Quería hacerle feliz libertándole del bosque. Y así fué, como ella quiso. Mientras el último Herbal estudiaba latines y cosas indigestas en la capital lejana, su madre fué cambiando el aspecto de la cabaña patriarcal hasta convertirla en un mediano albergue de gente propietaria. Y al par que cuidaba de la vivienda, cuidaba del moral *por si acaso*.

¡Oh, Dios, cómo pasa el tiempo! Cuando vino el estudiante, su propia madre no le conocía: era ya un señor tal como lo había soñado. Y un inmenso amor reanudado les unió con extraña fortaleza. Juntos paseaban por el bosque, espantando á los pájaros con sus gritos de alegría pura y desbordada, y todos los días de aquel verano iban en amorosa caminata hasta el moral, tan frondoso, que mojaba sus hojas bajeras en el manantial. Comían de su fruto maduro, y chupando aquel jugo rojo y embriagante, la madre decía:

—Esta es tu sangre, querido. ¡Por eso es tan dulce!



Aquellos fueron sus últimos días de ternezas y efusiones; cuando las primeras ráfagas invernizas pelaban el bosque, madre é hijo se separaron y ya no se vieron más.

Se sabe que Herbal corría por el mundo hecho un hombre á la moderna, activo y venturoso, cuando su madre enfermó de soledad. Un día mandó que la llevasen al pie del moral sagrado, y allí, tendida sobre la hierba fresca, bajo las frondas resonantes, al borde del manantial de aguas purísimas que derramaba sus cristales por los riscos, entregóse para siempre á las castas deidades de la selva. Murió al pie de un árbol, como había nacido.

* * *

El hijo volvió al bosque con otra mujer: su prometida.

—Todas las hembras de mi casta—decía—hicieron sus lechos nupciales con hojas de estos árboles; hagamos el nuestro con sus maderas, que mandaremos tallar y pulir para que sean como el dosel de nuestra ventura.

Señalaron los árboles más preciosos para la corta, y al llegar en su grato paseo ante el moral,—Hé aquí un árbol—dijo—del que no quitaría una sola astilla por todo el oro del mundo.—Y como leyere no sé qué maligno asombro en los ojos de su bien amada, añadió sentenciosamente estas palabras, que traían el dejo de lejanas liturgias campestres:—Este árbol soy yo, y yo soy este árbol. Por eso mi madre murió debajo de sus ramas.

—¡Ah! ¿qué has dicho, amado mío? Quiero hacer de esa rama, arqueada como un yugo, la cabecera de nuestro lecho. Juntos debajo de su curva, no temeré á ninguna aflicción. Sin esa rama, que *eres tú*, no me sería agradable nuestro lecho; algo tuyo me faltaría...

Herbal suspiró y dijo á uno de sus guardas:

—Mañana mismo, echad esa rama al suelo,—y se alejó al lado de la mujer querida.

Al otro día, un brusco dolor despertó al durmiente; al querer levantarse, sintió algo como la ausencia de todo un lado de su cuerpo que había quedado inerte. Esto ocurría en el instante mismo en que duros hachazos echaban la rama al suelo. Allí acabaron para el doliente todas las dichas soñadas; la madera del lecho quedó abandonada como cosa inservible esparcida por tierra. Y aquel medio hombre vivo huyó arrastrando otro medio hombre muerto en un doloroso viaje sin objeto y sin esperanza.

Playas, fuentes, balnearios dieron asilo al taciturno y errante paralítico; la ciencia trató en vano de reverdecer miembros que parecían secarse. Y el recuerdo de aquella siniestra Eva, que no sólo quiso comer del árbol, sino cortar la más fecunda de sus ramas, le perseguía con odiosa tenacidad en sus días y en sus noches.

En un balneario fué donde acometió al hijo de la selva súbita é inexplicable calentura. Una gran llamarada interior lo consumía; los médicos no podían templar aquella hoguera invisible y mortal en que hervía la sangre. En su espantoso delirio, veía el agonizante figuras extrañas como de silfos y driadas, faunos y napeas que parecían huir. Todo un pueblo fantástico expulsado de sus moradas que marchaba estremecido hacia otros mundos...

Con ese pueblo se fué. Murió—esto se supo más tarde—el mismo día en que un rayo incendió el bosque patriarcal. No se salvó ni un árbol ni una hierba. En el campo fecundo no había más que un inmenso montón de cenizas negras y humeantes. Detrás del último fauno, sólo quedaba la infinita desolación de las selvas incendiadas.

José NOGALES

BAJORRELIEVES DE COULLAUT VALERA





Trova de rosas muertas

¡Ay, los jardines están
amarillos! Ya no hay flores...
Di, corazón, los amores
de ayer tarde, ¿qué amarán?

Por las sendas, hojas muertas...
hoy no ha vuelto el ruiseñor...
en las ventanas abiertas
ya no hay canciones de amor.

Llorando tras los cristales
la novia mira llover...
Las tristezas otoñales
van diciendo en los cristales
que el novio no ha de volver.

¡Qué pena tiene el jardín!
¡ya no vendrá el ruiseñor...!
La luna ha nacido sin
madrigales de color.

—Gime su viejo estribillo
una fuente melodiosa;
en un rosal amarillo
hay todavía una rosa.—

¿Volverá la primavera
con sus canciones de amor?
¡Ay! ¿No será una quimera
que vuelva la primavera
y que vuelva el ruiseñor?



DIBUJO DE REGIDOR

Juan R. JIMÉNEZ

UNA «PERIODISTA»,
POR EMILIO SALA





EL MÉDICO

Ya en privado, bien en público,
ora en serio, cuándo en cómico,
todo el mundo llama al médico
poco menos que antropófago.
Y no admite tal epíteto
su carácter filantrópico,
que él quiere, siendo un Heráclito,
hacer del hombre un Demócrito.
Desde que principia, intrépido,
á empollarse textos lóbregos,
hasta que recoge el título
de Doctor, hoy nada módico;
mientras cursa terapéutica
y los casos patológicos,
y los estudios quirúrgicos,
y el tecnicismo anatómico,
cierto es que ve en los opúsculos,
que parece que devóralos,
del cuerpo humano la máquina
con furor semidiabólico;
cierto es que goza en la Clínica
manejando allí despótico
instrumentos, y no músicos,
sino espeluznantes y hórridos.
Si entre enfermos y cadáveres
anda siempre (lo que es lógico,
porque es el estudio práctico
mucho mejor que el teórico),
y á uno le saca los hígados
y á otro le taladra un pómulo
y barre á un niño los tuétanos
y limpia á un viejo el esófago;
si da á una joven espléndida
enamorado un narcótico,
y abriendo sus pechos nítidos
mete allí algodón hidrófilo;
si parece, al verle enérgico
revolver humanos órganos,
que sacia en los cuerpos rígidos
sus deseos más recónditos,
¿no resulta que ese bárbaro,
seco, sin entrañas, sórdido...
es una inocente tórtola,
ó, por ser más justo, un tórtolo?
¿Qué le mueve en esos trágicos
estudios, nada platónicos,
sino un impulso benéfico
de alargar nuestro fin próximo?
Y ved su existencia mísera,
para enseñanza de estólidos,
desde que estampar le es lícito
su patente bajo un tósigo.
Vive en pie, como los pájaros,
mas sin vuelo, ¡y fuera cómodo!
pues podría en marchas rápidas
ser con todo el mundo pródigo.
Sube escaleras difíciles
y se traga los kilómetros,
que no dan para vehículo
la virtud ni el saber sólido.
Cuando duerme, la doméstica
le da un grito; él brinca, atónito,
y es que en la calle del Príncipe
le espera un enfermo crónico.
—¡Abur!—(y gruñe su cónyuge.)
—Duerme tú. Venga el termómetro.—
y corre por calles múltiples
el desgraciado fisiólogo.
Sufre en invierno las ráfagas
nocturnas del cierzo indómito,
cuando Madrid sueña, plácido,
como cuando vela, hidrópico...
En el verano, ¡oh, qué júbilo!
cuando es mayor el calórico
cruza, no Madrid, el Africa,
para dar á alguno un tónico.
Y siempre así. ¡Horrible tránsito!
desde la guardilla al sótano,
viviendo entre amargas lágrimas
y suspiros melancólicos;
de lecho en lecho, fatídicos
con blancura de sarcófagos,
y viendo y oliendo sábanas
que revuelven el estómago.
Siempre consolando espíritus,
anunciando días óptimos...
y obligado á ser hipócrita
porque no hay tales pronósticos.
Claro es que pagan sus méritos
agradecidos y prósperos,
pero también sufre pérdidas
con difuntos... y económicos.
Yo le defiendo, satíricos.
Vale más cortar un vómito...
que acumular cien esdrújulos
en un romance monótono.
¡Ay, sí!... No achacadle crímenes,
no es un verdugo filósofo...
¡y él, al cabo, muere víctima
entre las manos del prójimo!

ENRIQUE DE LA VEGA

DIBUJO DE SANCHA

QUINTA DE RECREO



AMIGO Pérez Zúñiga: contesto á tu carta del número 691 de BLANCO Y NEGRO ofreciéndote mi quinta de recreo, que voy á describirte:

En la falda oriental de un gran monte, ó sea en una falda de seda china del Monte de Piedad; en el centro de operaciones de un país de abanico lleno de accidentes ferroviarios, batido por los aires populares y cruzado por las vías legales; bajo un cielo de la boca donde brillan estrellas del arte como la Loreto y Chicote, cielo hacia el cual el águila se remonta toda clase de calzado y se cierne en el espacio como puede cernerse la cebada, acabo de edificar una hermosa quinta de 40.000 hombres para el próximo reemplazo.

Los muros son de mampostería concertada por Chapí, de piedra filosofal tomada con mortero de bronce de 30 centímetros. Y las fachadas, revocadas por el albañil encargado de revocar las Reales órdenes.

El piso bajo, sostenido por las columnas del *Heraldo de Madrid*, está dividido en varios cuartos de cabrito, á los cuales se llega por un largo corredor de bolsa que desemboca en un pasillo cómico de los hermanos Quintero. Todo el interior amortizable me lo han pintado al temple los Templarios, excepto sala y gabinete, que se han empapelado con papel fabricado aquí mismo, en donde has de saber que hacemos un triste papel. Cuenta con toda clase de comodidades: hogar con su gran campana de Huesca, baño maría y capilla, para la cual ando buscando cura radical por Sáiz de Carlos. En las cercanías tengo un campo de gules donde estoy labrando un porvenir á mis hijos, así como algunas dehesas boyales de donde se surten de boyas todos los puertos del Cantábrico.

Frente á la casa se extiende un jardín, regado con una bomba aspirante á cadete, y en él tienes el pensamiento libre, la rosa mística, la rosa de los vientos, la flor y nata, toda clase de plantas de edificio, y la planta torera, hoy en decadencia; en fin, que dispongo de flores y piropos para hacer todos los diferentes ramos del saber humano. En medio del jardín he colocado una fuente, que corre de día y noche en bicicleta; esta fuente, con sus platos correspondientes, forma una vajilla de latón, y, para que parezca de plata, se la he mandado á un platero, que en este momento la platea proscenio número 2. Alrededor he puesto, para sentarme, un asiento de estómago, otro asiento en el libro de caja y el asiento que ha hecho la mampostería de la casa.

Recordarás que el origen del hombre, así como el de los calcetines, se pierde en la noche de los tiempos, sin que nadie lo reclame en la sección de pérdidas; pues bien, durante esa noche viene á dar un concierto europeo cierto violinista eminente, condecorado con la gran cruz de los pantalones, con *La banda de trompetas*, con el collar de los mastines y con varias placas fotográficas; todas esas distinciones ha merecido con el violín en una mano y el arco iris en la otra, arrancando del instrumento unas notas diplomáticas semejantes al sublime canto de un duro.

Si quieres venir, puedes aprovechar una de las muchas diligencias judiciales que á diario salen de las Salesas, ó emprender la marcha de las antorchas á pie; en este caso, tomas en serio la vía láctea ó caminito de Santiago; echas las tripas todo derecho romano, hasta llegar á un berengenal, donde cuidarás de no meterte, y á unos trescientos pasos dobles de Chueca, torciendo el gesto, á la derecha, está mi posesión; llegas, subes la escala de reserva, tiras del cordón umbilical, suena la campanilla de la garganta, y salgo por peteneras á recibirte. De paso, tráeme el libro del destino que te ha ofrecido Maura; una capa social de paño de lágrimas, pues aquí las noches refrescan con horchata de chufas, y un cepillo para limpiarme los dientes, pero que sea de esos que llaman cepillos de las ánimas. Adiós. Te ama para casa de los padres,

MELITÓN GONZÁLEZ

SI LOS HOMBRES SE CALARAN
COMO SE CALA EL MELÓN,
NO SE VIERAN LAS MUJERES
TAN «REQUEMÁS» COMO YO



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR ADOLFO LOZANO

Crónica Gráfica

Ha fallecido en Madrid el Excmo. Sr. Marqués de Casa-Laiglesia, subsecretario de Instrucción pública... Pero esta noticia no dice nada. Para los muchísimos amigos del ilustre difunto, basta con decir: «Ha muerto Guillermo Rancés», y será tanto como anunciar que ha muerto uno de los pocos representantes que en este triste país quedan del donaire, la agudeza y el arte de la conversación amena. Descanse en paz nuestro querido amigo.

En lo más hermoso de la Costa Azul de Francia, cerca de Cannes y de Fréjus, junto al golfo de la Napoule, posee el Sr. Barón de Sytvanoky, chambelán del Zar, un magnífico palacio del más puro estilo Luis XVI, rodeado de hermosos boscajes. El noble patricio ruso, obedeciendo á la generosa iniciativa de S. A. R. el gran duque Miguel, ha cedido esa hermosísima residencia para convertirla en hospital y sanatorio de los heridos rusos que vuelven de la guerra. Tan caritativa idea se ha realizado en poco tiempo y con gran acierto científico. Ya hay, en la que antes fué *Villa du Méridien*, oficiales y soldados heridos en Liao-Yang. La instalación médica se ha hecho á costa del gran duque Miguel.

Venecia muere, Venecia se hunde, suelen plañir pintores y poetas, pero también hace por resucitar y por reconstruirse. Después de grandes trabajos, han quedado echados los cimientos del nuevo Campanile de San Marcos, que será idéntico al que se hundió el año pasado. Como el terreno es tan movedizo, ha sido necesario ahondar hasta 35 metros para hallar firme y depositar en el fondo una capa de tres metros de cemento. Hay muchos venecianos escépticos que ya, á pesar de tantas precauciones, están agorando el hundimiento futuro.

Todos los años invita S. A. R. el infante D. Antonio de Orleans á sus amigos de Sanlúcar, Cádiz y los Puertos, á una gran cacería en el coto de Torre-Breva. Este año lo ha hecho como los anteriores, ofreciendo á sus invitados un magnífico almuerzo al aire libre. Los comensales, entre los que se contaban nuestro corresponsal Sr. Reymundo, quedaron encantados de la amabilidad y complacencia del ilustre anfitrión.

Hace dos años se encontraba en el teatro de Apolo de Valencia el ilustre escultor Mariano Benlliure. Tomaba parte en la función la Rondalla aragonesa, y al entrar Benlliure acompañado de don Federico Rodríguez Villanueva, el cantor de jotas Juanito Pardo saludó al insigne artista con la siguiente copla, improvisada por el poeta valenciano Sr. Thous:

Alla va mi última jota
por Benlliure el escultor,
para que modele el busto
de Agustina de Aragón.

Levantóse Benlliure, y, aclamado calurosamente por el pueblo, prometió hacer el busto. Su acompañante, el Sr. Rodríguez Villanueva, se ofreció generosamente á costear los gastos.

El busto, cuya fotografía publicamos, ya está hecho y colocado en el salón de sesiones del Ayuntamiento de Zaragoza. Es una hermosa cabeza de fiera y arrogante expresión, digna de la heroína á quien se dedica y del gran artista que la ha modelado.

Brillantísimos han resultado los juegos florales internacionales de Zaragoza. El mantenedor ha sido el insigne literato francés Sr. Barón de Tourtoulon; la reina de la fiesta, la hermosa señorita doña María Valenzuela y Urzáiz, y el poeta premiado con la flor natural, el excelente vate de Lérida D. Magín Morera y Galicia, cuya composición *Egloga* ha merecido con justicia tan alta recompensa.



EXCELENTÍSIMO SEÑOR
MARQUÉS DE CASA-LAIGLESIA



LIAO-YANG. EL GENERAL KUROPATKINE CONDECORANDO Á UN SOLDADO

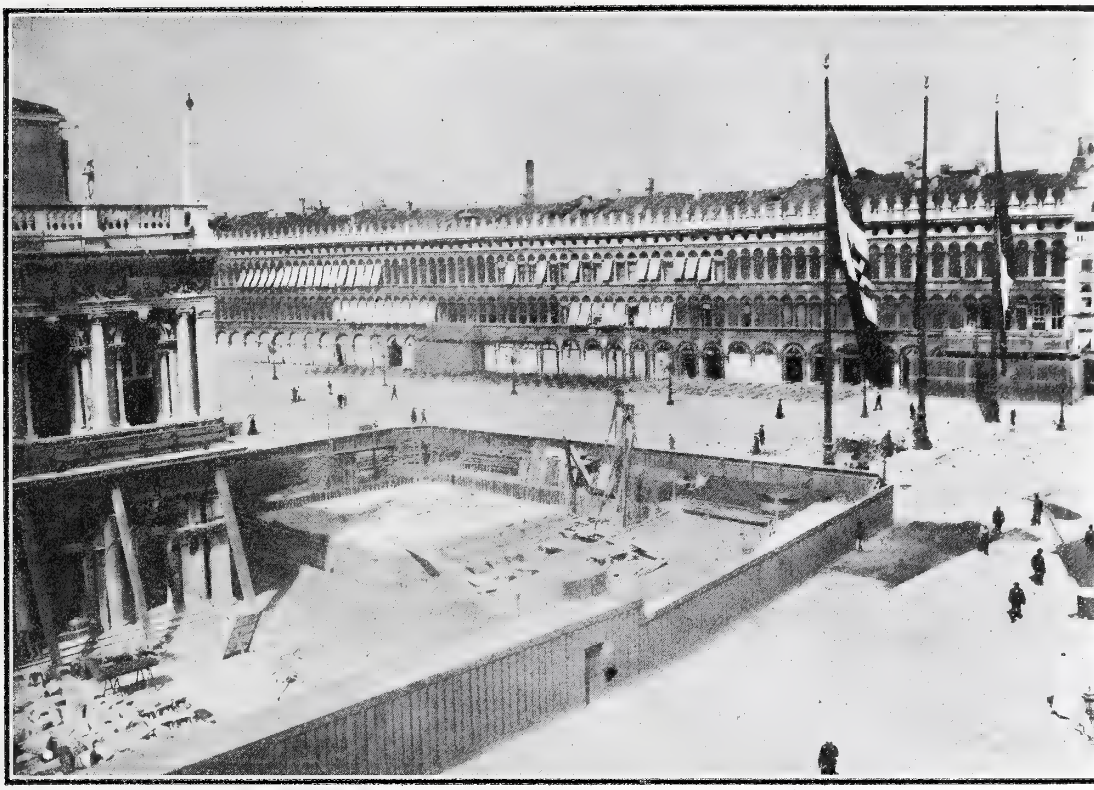
Photo-Nouvelles



CANNES (FRANCIA). VILLA DU MÉRIDIEN
CEDIDA POR EL SR. BARÓN DE SYTVANOKY Y ORGANIZADA POR S. A. R. EL GRAN DUQUE MIGUEL DE RUSIA
PARA SANATORIO DE LOS HERIDOS RUSOS



LOS ENFERMOS RUSOS Y EL PERSONAL DE LA CRUZ ROJA EN LA VILLA DU MERIDIEN: DR. VEROBIOFF, CORONEL GAUSSIEFF.
Y CAPITÁN ZADURAKA, HERIDOS GRAVEMENTE EN LA ACCIÓN DE LIAO-YANG Fotogs. Rol Tresca



VENECIA. VISTA DE LA PLAZA DE SAN MARCOS Y DE LAS OBRAS DE CIMENTACIÓN PARA RECONSTRUIR EL CAMPANILE QUE SE HUNDIÓ EL AÑO PASADO — Fot. Símboli



TORRE-BREVA (CÁDIZ). ALMUERZO OFRECIDO POR S. A. R. EL INFANTE D. ANTONIO DE ORLEANS Á SUS COMPAÑEROS DE CACERÍA — Fot. Reymundo



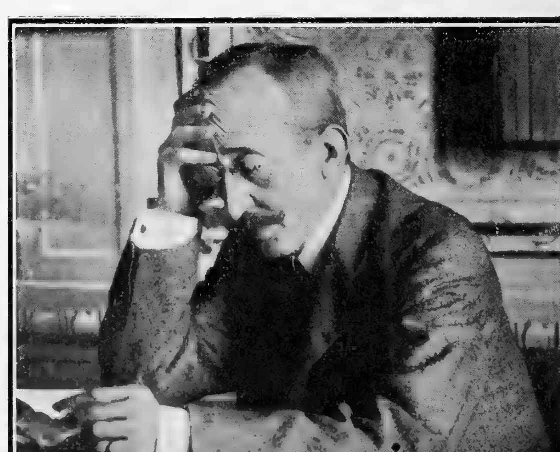
BUSTO DE AGUSTINA DE ARAGÓN,
POR MARIANO BENLLIURE



SR. BARÓN DE TOURTOULON, Fot. Lete
MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES DE ZARAGOZA



SRTA. DOÑA MARÍA VALENZUELA, REINA DE LA FIESTA
Fot Urrutia



DON MAGÍN MORERA Y GALICIA,
POETA LAUREADO Fot. Lete

DÍA PARDITO, POR
GARCÍA Y RODRÍGUEZ





VISTA GENERAL DE ESQUIVIAS Y SU CAMPIÑA

LUGARES CERVANTINOS

ESQUIVIAS

Este lugar, «por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos», como dijo Cervantes en el prólogo del *Persiles*, fué uno de los pocos lugares donde el inmortal autor del *Quijote* gozó algún tiempo la felicidad apacible y no turbada que el honesto amor y la constitución de una familia granjean á todo hombre bien nacido.

No diremos que acaso, sino por disposición del cielo, aconteció que en sus viajes y andanzas Cervantes parase en Esquivias, que era entonces pueblo muy principal y aún lo es hoy entre los de la provincia de Toledo. Allí se enamoró de una linda joven de dieciocho años llamada Doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, hija de acomodada é hidalga familia. Cantó y contó sus amores, juntamente con los que sus amigos Luis Gálvez de Montalvo, Francisco de Figueroa, Luis Barahona de Soto y otros poetas de entonces tenían con otras damas, en el suave relato pastoril de la *Galatea*. Con esta habilidad poética, su fama y gloria de buen soldado y su buena gracia en contar las aventuras que en tierra de moros y en calidad de cautivo corriera, sucedió que Doña Catalina vino á enamorarse de Cervantes como Desdémona de Otelo, aunque ya tenía él treinta y siete años, la tez curtida por el batallar y tráfago de un vivir azaroso, algunas canas que entre el oro de la barba se parecían y ningunos bienes de fortuna. Casáronse, pues, en 12 de Diciembre de 1584, y allí vivieron felices.

De ello conservan memoria sagrada los nobles vecinos de Esquivias, quienes designan una de las casas del pueblo como la habitada por Cervantes con su mujer. Hablar en Esquivias de Cervantes, es mencionar algo muy grato y venerable para grandes y chicos. El ilustrado párroco del pueblo enseña con discreto orgullo la partida de casamiento conservada en el Archivo parroquial.

N.



CASA DONDE, SEGÚN TRADICIÓN, VIVIÓ CERVANTES

Fots. Soler

¡HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN...! POR ROJAS



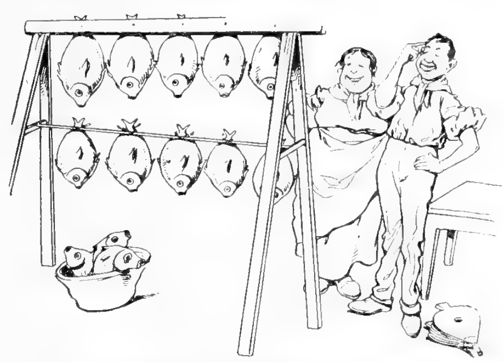
1.—Se pescan besugos con el ojo claro para saber á qué atenerse.



2.—En seguida á casita, aunque no llueva, ¡qué demonio!



3.—Y venga darle al fuelle, hasta hinchar los besugos.



4.—Cabeza abajo y en dos filas se les cuelga para que se oreen.



5.—Y á pregonar: «¡Besugos, besugos, mejor que gallinas!»



6.—Los parroquianos dan gracias al cielo por haber conocido á un besugo de tantas agallas.



7.—Y á repartir el dinero, producto de tan ingenioso timo.



8.—*Y à beber, y a beber y apurar las copas del licor...*



—¡Vaya ustez con Dios, hermosa!
—¡Toma! ¿Pues no es usted ciego?
—Dios me conserve la vista
á mí... y á ustez el salero.

DIBUJO DE MEDINA VERA

Fin de raza



Al volver á su palacio, pasadas las tres de la madrugada, el duque de Thasis, después de un día de borrascoso y desatinado holgorio y de haber perdido en el Club al treinta y cuarenta y en usurarias combinaciones los últimos restos del caudal que sus ascendientes tardaron siglos y siglos en ganar por fuerza á sarracenos andaluces ó á peruanos incas, sintió apoderarse de su espíritu extraña y tenebrosa laxitud.

Como acostumbraba á trasnochar y no quería que la duquesa ni otra persona que Jack, el ayuda de cámara inglés, se enterasen del estado en que volvía el amo y señor de la casa y estados de Thasis, al despedir el coche del Casino que le condujo al palacio tocó, según costumbre, un timbre disimulado en la verja del jardín y que directamente comunicaba con el cuarto de Jack. Lo ordinario era que este gran filósofo, no menos discreto y agudo que el memorable Samivel de Dickens, al levantarse automáticamente del sillón en que reposaba, y envolviéndose en un confortable *ulster*, bajara, abriendo las llaves de las luces eléctricas que esmaltaban techo y muros de la escalera, y las que vivían con desusada holgura en las enormes farolas del portal y de la marquesina y las que alumbraban el jardín. Automáticamente también solía dar las buenas noches á su amo, acompañarle hasta el dormitorio, desnudarle y contestar á cuantas preguntas impertinentes ó disparatadas solía hacer el señor duque, y no menos automáticamente volvía á apagar las luces y recobraba su tranquilo sueño anglo-sajón.

Pero la noche de mi cuento no sucedió tal cosa. A deshora, y sin que nadie se enterase, había ocurrido un desperfecto en la luz eléctrica. El inmenso caserón estaba á obscuras y Jack tardó buen rato en topar con un candelero, que á tientas buscó por varios aposentos, encenderle y bajar, en tanto el duque se impacientaba, transido de frío, arrimándose al quicio de la verja, sin poder evitar que la lluvia torrencial le azotase el rostro como al último pordiosero y produjera en el mal atado hilo de sus confusas y turbias sensaciones un cambio radical, triste y desagradable á más no poder.

—¿Qué le pasará á ese maldito?—pensaba el duque; y el frío y el agua que le salpicaba los zapatos de charol y se le rezumaba por entre la suela finísima, iban despejándole la cabeza.

De pronto, la puertecilla se abrió y tras ella apareció Jack azorado. En el jardín se le había apagado la bujía, que se obstinaba en no arder; él no tenía la culpa, pedía mil perdones á Su Excelencia...

El duque le empujó, refunfuñando, hacia el palacio. Se había calado hasta los huesos en tan larga espera. No podía acostarse tiritando. Entró en el *hall*, y sin pasar de allí mandó á Jack que encendiese la estufa alemana de gas. Brilló pronto la azulada llama en su caja de cristal recio, y mientras Jack subía por ropa de noche para que el señor se mudase ante la lumbre, quedó el duque solo en la anchísima habitación sin más luz que la de la estufa, pues el criado tuvo que llevarse la vela.

El *hall* del palacio de Thasis era un salón inmenso que ocupaba toda una fachada del edificio. Un tabique de cristales le separaba del jardín. En la pared frontera al tabique apoyábanse hasta veintitantos caballeros de cartón, armados de todas armas, en actitudes vigilantes y prevenidas. Los yelmos, las borgoñatas, los bacinetes, los cascos de torneo pulidos y brillantes, aparecían erguidos con fiereza,



y sobre ellos campaban penachos de plumas rojas, de plumas blancas, de plumas azules. La inquieta luz del gas, muy escasa para alumbrar tan grande espacio, andaba huyendo y sacando reflejos pavorosos de las celadas, de las baberas de los petos, de los guanteletes, de las grebas de los quijotes; parábase en las desnudas hojas de los montantes, relucía en las moharras de las picas, arrancaba siniestros brillos de las escamosas rodelas. Por cima de las armaduras corría una hilera de cuadros viejos, con dorados marcos barrocos rematados en copetes de cornucopia; la madera estofada lucía goticas hojarascas de cardo, ramos de gruesas frutas talladas por algún italiano renaciente, pesados racimos y pámpanos alegres trazados por algún maestro del gusto *rococó*.

Dentro de aquellos marcos campeaban las venerables figuras de los antiguos señores de la casa de Thasis: adustos y aferruzados los ceños, contemplaban á su vicioso y degenerado descendiente, que estaba tiritando ante la chimenea.

Y el más viejo de todos habló. Era un señor de luengas y rozagantes hopalandas, de barba blanquísima, de plana y ancha gorra, pintado en tabla por Antonio del Rincón, el pintor de los Reyes Católicos: fué aquel prócer un héroe en Baza, en Loja, en Santafé, y con pausado discurrir, en frases de corte latinado, como las de Hernando del Pulgar, tuvo para su aterrado descendiente amarguísimos reproches, que la pluma más diestra en arqueológicos remedos no sabría copiar.

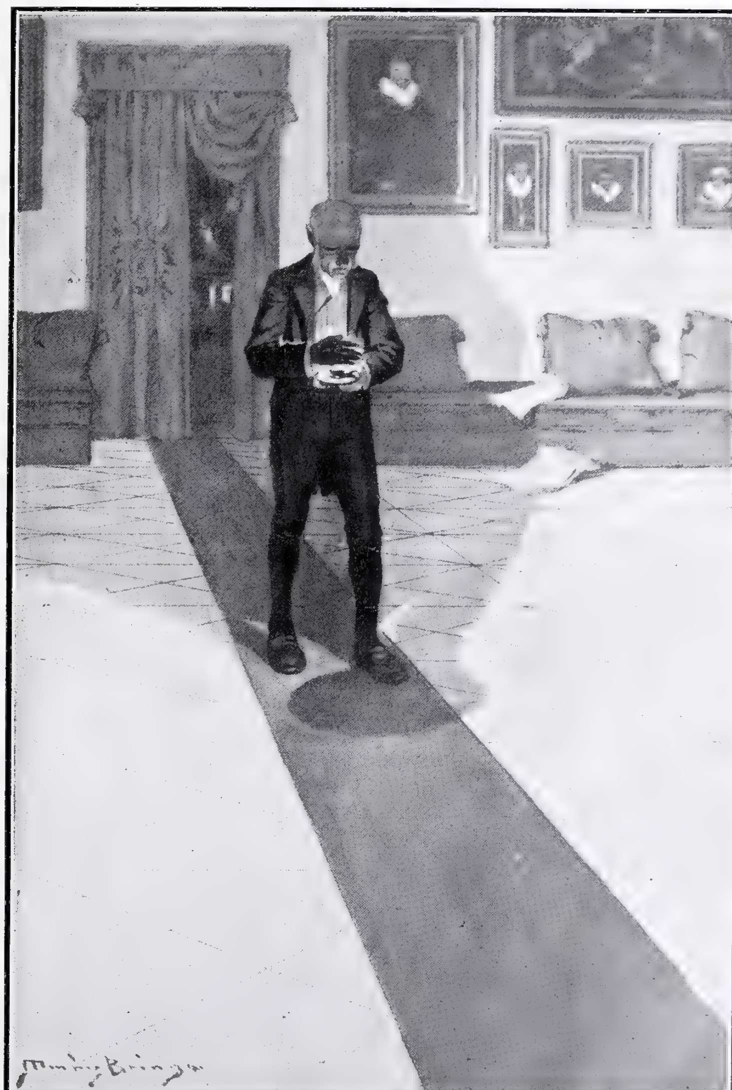
El duque de Thasis, aturdido, descompuesto, con la garganta seca, rojos los párpados, miraba y oía al airado infanzón, su tatarabuelo, y apenas podía respirar. Las palabras del otro mundo sonaban cóncavas y formidables en el salón desierto. Fuera, la lluvia, indiferente, seguía azotando los cristales.

Calló el héroe de Granada, y su descendiente comprendió que le había pedido cuenta de las tierras, de los censos, de los fueros y alcabalas que el jefe de la familia aquistó con su valeroso brazo, y que el último duque había perdido en villanas é innobles aventuras.

Y luego habló otro personaje, el segundo duque, un señor de reposado y amable rostro, de barba corta, de clara color, el cuerpo embutido en justillo de terciopelo negro, con negros azabaches adornado; sobre la blanca frente, un sombrerete de alta copa, sin alas, con cintillo de diamantes; era un señor magistrado, cuya efigie pintó Alonso Sánchez Coello. Aquel señor censuró por razones teológicas, jurídicas, políticas y morales, la relajada conducta del duque sucesor, el abandono criminal en que tenía á su mujer y á su gloriosa casa. Para copiar su razonamiento, habríamos menester la regalada pluma del P. José de Sigüenza ó el gallardo razonar del P. Juan de Mariana

Y el duque vivo temblaba bajo la mirada fría del aterciopelado señor, cuyos ojos habían visto cien autos de fe sin pestañear. Y la lluvia seguía cantando en los cristales su historia, vieja como el mundo.

Callado el segundo, habló el tercer duque, un caballero de enjuta y elegante catadura, de picuda barba, de blanca gorguera, la cruz de Santiago al pecho, las finas manos escaroladas de encajes; en los morados labios, la sonrisa desdeñosa en que el Greco supo resumir lo más noble del sentir español de su siglo. El melancólico y desengañado señor dijo en cortas, altivas palabras, cómo su descendiente, habiendo abandonado su carrera militar, inútil, además, para la política y para la diplomacia, arrastraba por garitos elegantes el nombre ilustre que heredara, y no contento con eso conducía su casa á la ruina y su familia á la miseria. Y lo que el señor del agudo rostro dijo con sarcásticas apoyaduras, sólo hubiera acertado á decirlo algún gran narrador de decadencias: D. Francisco Gómez de Quevedo ó el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa.



Hundida la barba en el pecho, le escuchaba atónito el duque vivo, mientras la lluvia subrayaba tristemente aquella procesión de parladas tristezas.

Después hablaron, cada uno en su lenguaje, un duque de rojas mejillas y de blondos cabellos, pintado por D. Juan Carreño de Miranda; y otro de rizado pelucón espumoso, retratado por D. Antonio Rafael Mengs; y otro de coleta y patillitas cortas, abocetado con fieras pinceladas por don Francisco de Goya; y en fin, otro de hueco levitón, de rizadas cocas, acaramelado, por D. Federico de Madrazo. Las palabras de menosprecio, de condenación resonaban como golpes de muerte en el alma del arruinado duque, y la lluvia pertinaz las coreaba en los cristales.

Una oleada inmensa de odio invadió el corazón del duque. ¡Oh, sí, la venganza era segura! Había perdido sus tierras, sus rentas, sus casas; pero aún tenía allí un capital. Aquellos retratos, aquella galería única valía millones, y pues sus antepasados acababan de arrojarle tantas injurias al rostro, él vendería sus efigies, dispersaría todas aquellas pintadas arrogancias á los cuatro vientos, y aquellos altaneros personajes irían á parar á las galerías de los tocineros yanquis ó de los advenedizos de la nobleza haitiana.

Al cruzar este cruel pensamiento por la mente del duque, iluminóse de pronto el salón con todas las luces, como en noche de baile. Miró á la pared el último duque de Thasis, y lanzó un grito de horror. Los marcos estaban en sus sitios, pero los personajes que en los lienzos vivían se habían borrado, habían desaparecido para siempre.

LEMA: BERGERET

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

(NÚMERO 30 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



EL FIGURÍN DEL DÍA

ABRIGO PARA PASEO EN CARRUAJE. Modelo de la casa Maupas, de París. Es muy largo y suelto, de paño blanco, con un galón de seda bordado, con botones de oro.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 5 Noviembre 1904. N.º 705



La diplomática

El campanillazo de Enrique cuando llamaba á la puerta desde el rellano de la escalera, se difundía de alto abajo en la casa como la trepidación de un tren al cruzar los férreos tramos de un puente. Sonaban adentro pisadas quedas, rumor de vestidos de mujer, y al través de la mirilla lucían unos ojos en acecho. Luego percibíase desde afuera susurro de alientos mal reprimidos y de palabras sigilosas, hasta que transcurridos cinco minutos Enrique asía nuevamente el cordón de la campanilla, tirando de él con redoblada violencia. Esta vez abrían.

—¿Quién llama?—solía preguntar Dolores aparentando sorpresa y entreabriendo la puerta. ¡Ah! Es Enrique.

—Estoy aquí desde hace media hora—contestaba el otro sonriendo con travesura, como quien no ignora el juego á que le someten.

—Pues, hijo, dispensa. ¡No te habíamos oído! Pasa. Martina y Salomé han salido. Estamos solas mamá y yo...

El muchacho no esperó á que Dolores renovara la invitación. Con gentil llaneza franqueó un angosto pasillo, sobre el cual se abrían dos alcobas pobremente equipadas de muebles, hasta hallarse en una habitación sin categoría definida, puesto que en ella alternaban una mesa de comedor con tapete de yute rameado, un armario de luna que se tenía con decoro sobre sus cuatro patas, un aguamanil de madera, un costurero con forro de paño verde, un canapé despanzurrado y media docena de sillas, cada una de su estilo, amenazadas de derrengadura.

De cara al espejo, doña Casiana se peinaba con melindrosa lentitud. Era mujer que defendía los rastros de su belleza de dos enemigos temibles: el hambre y el tiempo. Alta, carilarga, trigueña, con negros é insinuantes ojos, componíaselas de modo que su gracia personal la absolviera del humillador pecado de envejecer, en que á la larga caemos todos. Dábase maña para que sus preocupaciones fuesen juveniles y cuidaba de que los temas de su conversación no se remontaran muchos palmos sobre la tierra, y con eso y no hablar jamás de la muerte, creía ingénuamente sustraerse á la demoledora furia de los años. Alguna vez, sin embargo, se la revelaba la vanidad de aquella superchería. El encuentro de una amiga, el fallecimiento de un hombre político ó de un artista par de su juventud, la lectura de un semanario con estampas modernas, la visita á un teatro, cualquier episodio de la cordialidad social ó mundana, restablecía en el alma de aquella mujer la melancólica certidumbre de que no podemos sentarnos sobre cualquiera de las márgenes de la vida mirando indiferentes el curso impetuoso de las aguas del tiempo.

—¿Qué hay de nuevo, Enrique?—preguntó doña Casiana sin volverse mientras se retocaba el peinado.

—Lo que ustedes cuenten, señora. Yo, de mi casa á la oficina y de la oficina á casa. No hago otra vida.

—Nosotras tenemos que darte un notición, ¿verdad mamá? Anda, habla tú...

—¿Yo? Hija mía, no sé á qué te refieres,—repuso la madre con gesto asombradizo...

—¡Anda, Lola, suéltala tú! Doña Casiana me trata como si yo pisara esta casa por primera vez...

Dolores vaciló. El deseo de hablar estaba cohibido por el temor de que sus palabras contrariasen á la madre. Una sonrisa alentadora de doña Casiana, reflejada en el espejo, la decidió.

—Pues tenemos que comunicarte que Salomé y Federico han hecho las paces...

Enrique acogió aquella revelación con viva sorpresa, que pasó de sus ojos á sus palabras.

—¿Cómo? ¿Ahora que él se marcha...?

Doña Casiana, sobrecogida por la extrañeza, volvióse de cara al muchacho.
—¿Qué dice usted? ¿Está usted seguro?—preguntó entre colérica y alarmada.
—Seguro. En la *Gaceta* de ayer leí el decreto. Lo destinan como tercer secretario a Roma..
—¡Eso no puede ser!—rompió á decir con turbado acento la señora. El estuvo aquí anoche y nada nos dijo.
—¿A Salomé tampoco...?
—Ni á Salomé, ni á mí, ni á papá, que estuvo jugando con él una partida de tresillo,—concluyó Dolores, mirando con medroso estupor á su madre.
Un silencio de minutos se abatió sobre los tres interlocutores. Cada uno de ellos buscaba una sombra de explicación ó de excusa al proceder de Federico. Era este un buen mozo que había logrado levantar de cascos á la más hermosa de las tres hermanas, una rubia de ojos azules y mimosos, garrida hembra que no podía cruzar de una acera á otra de la calle sin encender el deseo de los jóvenes y avivar el ascua mortecina de la sensualidad en los hombres ya maduros. La airosa apostura de Federico, su elegancia y su dinero despertaron en Salomé uno de esos sentimientos en que se asocia y se mezcla todo, el amor y la vanidad, la pasion y el interesado afán de lucir sobre el palmito algo más que humildes percales. El joven diplomático no hablaba nunca de matrimonio.



Cuando la previsora astucia de doña Casiana hacía rodar la conversación sobre aquel tema, Federico se abstenía de opinar, y mucho más de comprometerse personalmente. Sonreía y callaba.
—¡Qué chico más prudente! No dice nada hasta que empiece de veras su carrera,—solía exclamar doña Casiana.
—¿Cuándo asciende á secretario, hija mía...?
—No lo sabe á punto fijo, mamá,—contestaba con desabrimiento Salomé.
—Por de pronto, á ti ya te llaman la diplomática en la vecindad,—sostenía con cierta malevolencia Dolores.—Chica, te felicito...
—Son motes de portería que yo me propongo suprimir,—contestaba la otra volviendo la espalda...
A la otra hermana, á Martina, la daba el naipe por el monjío. De niña tuvo alucinaciones, en las cuales creía ver al demonio, vestido de militar, entrando en su alcoba, sable en mano, para matarla. Desde entonces, cada vez que veía un uniforme echábase á temblar. En la clínica de San Juan de Dios la administraron corrientes eléctricas, y con eso y una alimentación reparadora, la enfermedad cedió. De los pasados alifafes sólo quedaba una tristeza muy intensa con hipos de llanto, que sobrecogía á Martina á menudo, y una decidida vocación religiosa, que la muchacha fomentaba contra la voluntad de sus padres, pasándose lo más del día en las iglesias.
Aún no habían vuelto de su estupor doña Casiana, Dolores y Enrique, cuando sonó la campanilla.
—¡Es papá! ¡Abre!—exclamó la señora con abatido acento.
El era, en efecto; el propio D. Matías, hombre de buena estatura, erguido á pesar de sus años y de sus quebrantos de fortuna, y con cierta marcialidad en el tipo que inspiraba simpatía. Gastaba bigote

cano y muy frondoso, y se afeitaba todas las mañanas la barba con una maquinilla, que él mismo tenía cuidado de afilar frotándola sobre una correa. No obstante su aire militar, de aquel hombre sólo se le conocían proezas digestivas. El mismo, que era de ánimo regocijado y fácilmente expansivo, contaba á menudo de sobremesa que siendo estudiante se había comido una docena de huevos fritos, tres chorizos y medio queso de bola «de una sentada», y que una vez, por apuesta, había dado fin y remate á cinco roscas de churros de tres docenas cada rosca. Los años, que todo lo roen y debilitan, habían dejado intacta la capacidad estomacal de D. Matías, á la cual, por desgracia, no siempre era posible proveer...

—¡Hola, Enrique!—dijo el jefe de aquella familia posando con paternal deferencia la diestra mano en el hombro del muchacho.

—¡Hola, D. Matías! Aquí estamos hablando de Federico y de Salomé.

D. Matías no prestó atención á aquellas palabras. Llevando á Dolores al pie de la ventana que daba sobre el patio, la preguntó:

—¿Qué hay de comer?

—¡Papá, nada! Hoy no se ha encendido fuego en casa. Mamá y yo hemos pasado con un poco de jamón que se trajo ayer de la tienda y con dos naranjas.

—¿Y Martina?

—En la iglesia.

—¿Y Salomé?

—Salió muy temprano con Martina. Dijeron que iban á comer en casa de tía Josefa.

D. Matías inclinó la cabeza con apacible consternación. No asomó á su rostro ni la cólera ni la contrariedad. Su imperturbable optimismo no cedía á aquellas miserias. Requirió sosegadamente papel y pluma, y á escribir se disponía cuando sonó con cierta timidez la campanilla. Dolores se adelantó á la puerta...

—¡Soy yo, mamá!—dijo Salomé saliendo al encuentro de su madre.

Venía sofocada y, sin embargo, transida de frío, al punto de dar diente con diente. Se quitó el sombrero, mostrando la despeinada cabeza; despojóse luego de los guantes é hizo ademán de marcharse.



—Tenemos que hablar,—repuso su madre con involuntaria severidad en la voz.

—Ahora no puedo. No me siento bien,—articuló la niña angustiosamente.

—¿Qué tienes?—la preguntó Enrique con sincero interés.

—¡Nada! ¡Frío...! Voy á meterme en la cama...

Entretanto, don Matías, de codos sobre la panoplia, es decir, sobre la carpeta, meditaba. «¿A quién me dirigiré?» La entrada de su hija le tranquilizó por el momento.

—Salomé, hija mía: ¿tienes algunos ahorritos...?—preguntóla en voz baja con tierno acento.

—¿Yo, papá, de qué?

Luego, viendo el gesto de resignada pesadumbre de su padre, sacó el portamonedas del bolsillo del abrigo y lo puso entre las manos del viejo.

—Hay cincuenta duros, papá. Es todo lo que tengo.

Y volviéndole la espalda, se refugió en su alcoba. Su hermana Lola, que compartía con ella las mezquinas comodidades de aquel alojamiento, la encontró, dos horas más tarde, tumbada de bruces sobre la cama, llorando con silenciosa, trágica y desesperada angustia.

Manuel BUENO

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

LA ESCUADRA RUSA EN VIGO



EL ALMIRANTE RODJESTVENSKY EMBARCANDO EN SU FALÚA, DESPUÉS DE VISITAR Á LAS AUTORIDADES DE VIGO

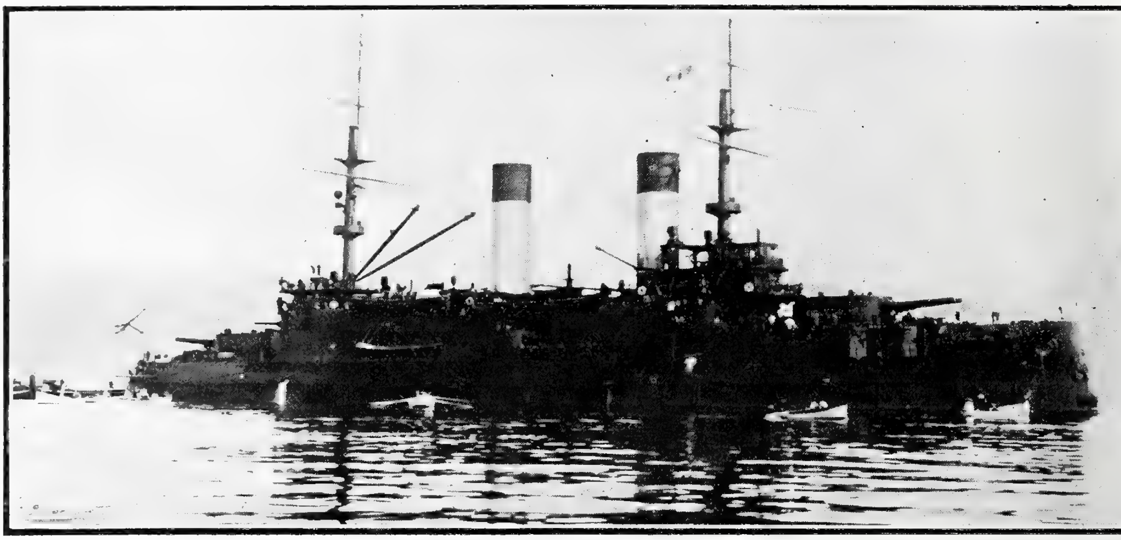
La presencia de los acorazados rusos que componen parte de la escuadra del Báltico en un puerto español ha despertado los recelos y las suspicacias internacionales.

Son esos barcos los mismos que, al mando del almirante Rodjestvensky, atacaron en las cercanías de Hull (Inglaterra) á una flotilla de vapores pesqueros, entre los cuales no está aún bien averiguado si había ó no buques espías ó quizás torpederos ó avisos japoneses.



EL ACORAZADO «OREL» CARGANDO CARBÓN

Europa entera, que á pesar de sus continuos alardes de espíritu progresivo y pacificador nada ha hecho por evitar la guerra en el Extremo Oriente, ni hará tal vez en algunos siglos por prevenir ninguna guerra, se ha alarmado grandemente por eso que los periódicos ingleses han llamado un acto de piratería y aun otras cosas más graves. Sea como quiera, el conflicto que en los primeros días parecía inevitable entre Inglaterra y Rusia, está en vías de satisfactorio arreglo cuando estas líneas se escriben. Hace un miedo verdaderamente saludable entre las grandes potencias. A todas ellas les agradará en extremo que el grave problema asiático lo resuelvan ó lo dejen sin resolver Rusia y el Japón, sin que ni Inglaterra como aliada de los japoneses, ni Francia como aliada de los rusos, tengan que venir á las manos ahora, cuando precisamente la cordialidad de relaciones cada día es mayor entre franceses é ingleses, como se prueba por el hecho del tratado franco-británico marroquí, al que tan escasa atención



EL ACORAZADO «SUVAROFF» EN AGUAS DE VIGO

han concedido hasta hoy nuestros ilustres políticos, muy ocupados en la interesantísima y patriótica discusión de los suplicatorios.

Francia é Inglaterra están, pues, á partir un piñón sobre la cabeza del sultán marroquí... y sobre la nuestra si nos descuidamos. No hay por ahora miedo á una conflagración; pero tal puede ser la suspicacia de los buques rusos ó de quienes los guían y tales los entrometimientos de los japoneses, quienes por todas partes se introducen, que no hay tampoco motivo para estar completamente tranquilos.



EL ACORAZADO «BORODINO» Fotogs Gil

ESCENAS MADRILENAS. LA
CASTAÑERA, POR SANCHA





LA LEY ETERNA

El año de 2126 se marcó en los anales de la ciencia y en la historia de la humanidad por un suceso que trastornó, en poco más de treinta años, todo el orden del mundo y estuvo á dos dedos de resolver el problema social, á la sazón mucho más grave y enredado que nunca.

Los experimentos de Krawinsky, el célebre fisiólogo y naturalista noruego, confirmando los realizados en el siglo XX por el americano Yung, por Thury y Maupas, llegaron á producir el resultado apetecido respecto á la predeterminación del sexo durante la gestación humana. Krawinsky, al frente de la casa de maternidad de Bergez, logró en un 97 por 100 de los casos estudiados y sujetos á su tratamiento, predecir con absoluta seguridad si los hijos de las mujeres ingresadas en aquel benéfico establecimiento serían hembras ó varones.

Para ello desechó por completo Krawinsky el desacreditado sistema de las temperaturas altas y bajas, ya empleado con relativo éxito en 1900 por Thury. Creía este eminente observador que la determinación ó selección del sexo podía verificarse sin más que someter á la mujer en cinta á diferentes cambios de temperatura. Pero este tratamiento, entre otros muchos inconvenientes, tenía el de que la salud de las pacientes se resentía, y hasta en algunas de ellas se declararon síntomas de reumatismo, de anemia y aun de tuberculosis. Fué, pues, necesario desecharlo.

Un arqueólogo de la Medicina, Fournier, estudiando los textos de los médicos árabes de la Edad Media y comparando sus afirmaciones con los relatos de casos de sugestión recientísimos, creyó y practicó numerosas experiencias relativas á este trascendental asunto. La sugestión sólo produjo efecto en un limitado número de casos. Las mujeres de temperamento nervioso, las histéricas y epilépticas, por medio de la sugestión daban á luz varones ó hembras, á voluntad del operador, pero los hijos nacidos en tales condiciones se desgraciaban ó eran candidatos casi seguros á la locura, al crimen, á la idiotez ó al alcoholismo. Fournier y su escuela se desacreditaron más pronto que Thury. Estaba reservado á Krawinsky el conseguir la realización completa y verdaderamente científica de un deseo tantas veces acariciado por la humanidad.

Fijándose especialmente en los ensayos hechos en los últimos años del siglo XIX por el Dr. Schenk, comprendió Krawinsky que el problema había que referirlo y concretarlo á una cuestión de alimentación; partiendo de esta base, estudió sucesivamente los efectos de todas las especies animales y vegetales y de su potencia nutritiva, llegando después de muchos estudios y experimentos, hechos con toda la calma en un período de veinticinco años, á sentar los principios fundamentales de su tratamiento, hoy ya tan vulgarizados, que es innecesario repetirlos aquí.

Baste decir que, consecuente Krawinsky con la opinión general de que un hijo varón es la obra maestra de la Naturaleza, estudió la alimentación de las señoras que deseaban tener varones, metodizándola y planeándola en forma tal, que si se obedecía punto por punto todas las prescripciones del sistema, no había duda: el resultado era el apetecido.

Pero el sistema, una vez demostrado y llevado á la práctica con la sencillez y facilidad propias de todos los grandes inventos, ofrecía algunos serios inconvenientes para las señoras finas, delicadas, melindrosas, toda vez que la nutrición conducente á conseguir un hijo varón era principalmente ve-



getal, absolutamente exenta de todo condimento, desagradable por ende y nada apta para las personas desganadas y de gustos refinados y exquisitos.

En cambio, para que la descendencia perteneciese al sexo femenino, no solamente se exigía una alimentación variada, fina y apetitosa, sino un sistema de vida alegre, higiénico y divertido al par; y á tal punto llegó en esta materia el arte y la ciencia de Krawinsky, que discurrió una variada lista de *alimentos estéticos*, con cuyo uso se conseguía no solamente que lo que naciera fuese hembra, sino que fuese agraciada y hermosa. Algo de esto habían presentido los griegos de la época clásica cuando llevaban á sus mujeres en estado interesante á contemplar las estatuas de Fidias y de Praxiteles, ó á ver luchar á los púgiles atletas, hermosos y bien formados, en la palestra, para que las criaturas después salieran hermosas.

Popularizado por la generosidad de su inventor y por la oficiosidad de la prensa el sistema de Krawinsky, no tardó en generalizarse su aplicación en casi todos los países civilizados.

Al conocerlo los *Trades Unions* de Inglaterra, acordaron celebrar una asamblea general de todos los obreros del mundo, la que se reunió en Manchester.

En ella, varios elocuentísimos oradores expresaron su convicción de que el invento de Krawinsky representaba un paso gigantesco para la solución del problema social.

—Sujetemos á nuestras mujeres—dijo uno de los oradores resumiendo la cuestión—al sistema de Krawinsky, ya que es fácil, cómodo y barato. No tengamos más que hijos varones, brazos fuertes y útiles que, multiplicados infinitamente el día de mañana, lograrán por la fuerza la soñada emancipación.

Así se acordó por unanimidad entre generales y atronadoras aclamaciones.

El acuerdo hizo estremecerse y temblar á todos los aristócratas y burgueses del mundo.

No había entre los aristócratas y burgueses, que, naturalmente, suelen ser egoístas, *Trades Unions* ni federaciones que pudieran contener aquel movimiento avasallador.

Por su parte, las señoras aristocráticas y burguesas tampoco se prestaban á sujetarse al brutal y tiránico tratamiento de Krawinsky, y la mayor parte preferían tener niñas á tener niños. En esta lucha, que poco á poco iba trasluciéndose en la prensa y en la opinión, alarmando á los gobiernos, pasaron veinticinco años.

Entonces el problema cambió radicalmente de aspecto. La clase obrera había multiplicado el número de sus hijos varones en proporciones amenazadoras; en cambio, las clases pudientes y propietarias casi no contaban más que con hembras en la edad de veinticinco años para abajo.

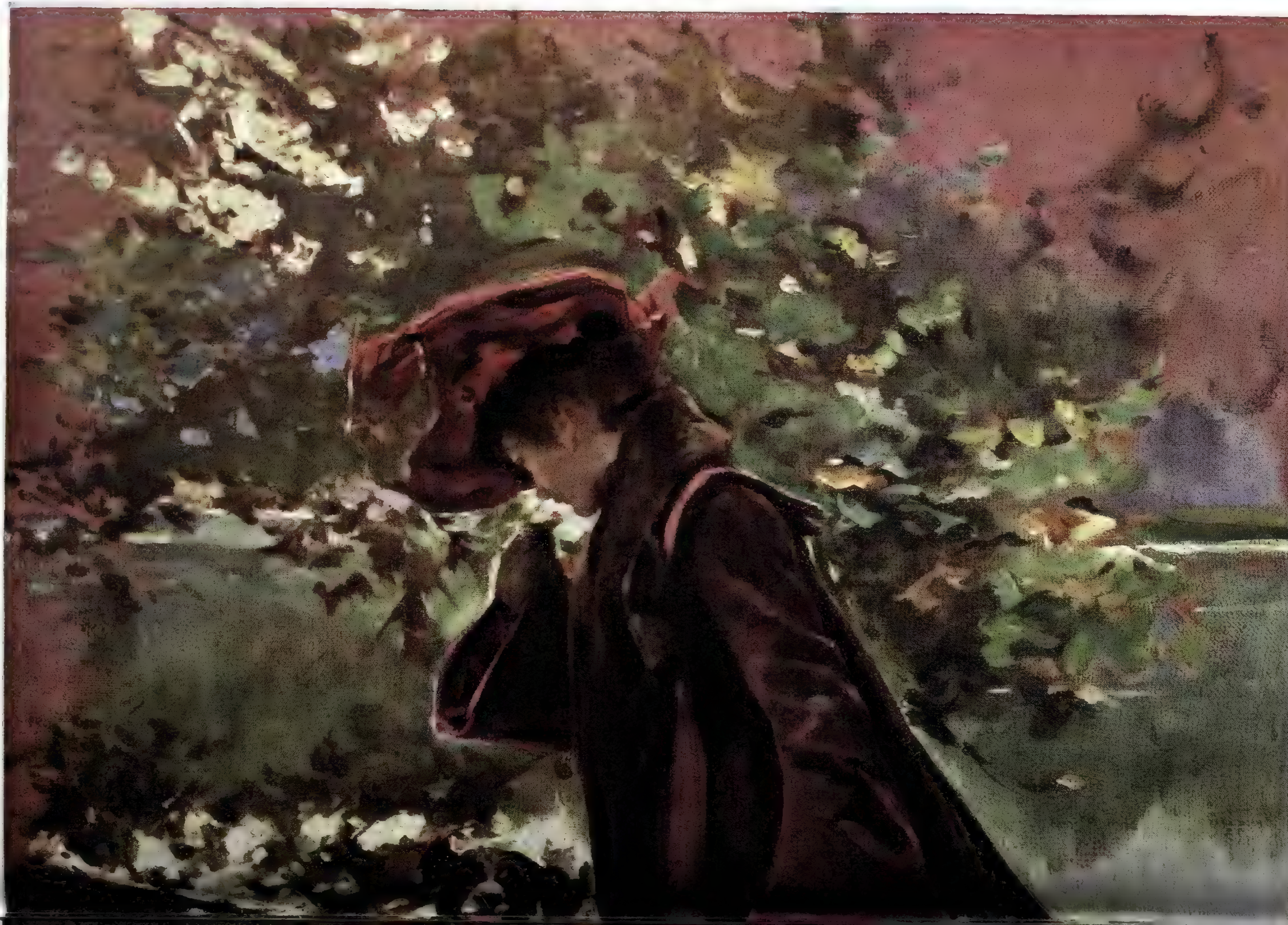
¿Y qué había de ocurrir? Que imponiéndose al fin y al cabo la Naturaleza y su ley de amor, el problema social siguió en pie, porque aquella masa enorme de hombres dispuestos á arrasarlo todo y á hacer la revolución social, al ver que frente á su fuerza y brutalidad no ofrecían las clases ricas más que el encanto y debilidad de las mujeres jóvenes, se enamoraron de ellas, se degollaron unos á otros por poseerlas, y los que en la sangrienta lucha quedaron triunfantes, no hicieron más de lo que á ellas les dió la gana.

Lema: MALTHUS

DIBUJOS DE REGIDOR

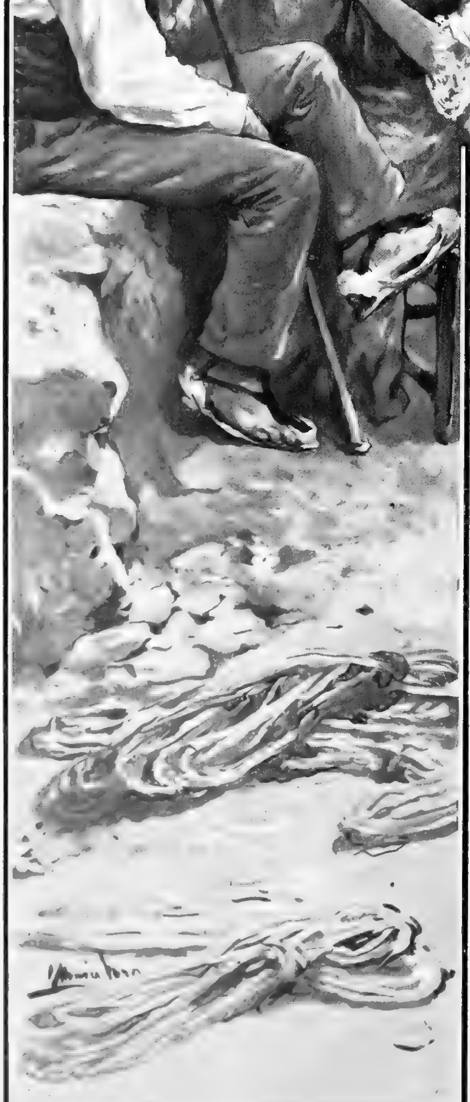
(NÚMERO 31 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

EL AMIGO MÁS FIEL,
POR EMILIO SALA









AIRES MURCIANOS

RESCOLDO

Yo me pensaba que era
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño...
¡Ay, lumbrecica,
lo que dura el rescoldo
de tus cenizas!

Así canta el mozo
cuando se halla á solas...
Canta siempre la mesma coplica,
como si es que nunca le enseñaran otra...
¡la canta que páece que el alma con ella
se le escapa también por la boca!...
Así canta el mozo,
que tiene la novia
en la mesma calle
ande enantes se hablaba con otra...

El mozo, el domingo, platica á la puerta
con esta zagala con quien se habla abora,
y en la propia calle, cerquica y de modo
que las dos parejas se ven una á otra,
ya con otro novio y á la ves, platica
también la otra moza...
y aunque á punto el mozo se halla de casarse
con esta zagala con quien se habla abora,
platicando el domingo con ella,
¡aún sus miraïcas se echa con la otra!

DIBUJO DE MEDINA VERA

VICENTE MEDINA

EL CHURRO CASAMENTERO

HISTORIETA DEL DÍA DE LOS SANTOS, POR ROJAS



1.—Quiero una rueda de churros muy larga, muy larga. Deliro por los churros.



2.—¡Cielos! ¡Pepita huyendo con Serafinito! ¡Pillos! ¡Granujas!...



3.—¡Ahora veréis el jaripeo!... ¡Cogidos!



4.—¡Ea, hijos míos! Ya que estáis casados, demos gracias al churro bienhechor...



UNA BODA EN MARRUECOS

El matrimonio, en lo que tiene de *mise en scene*, es siempre curioso y reviste las más distintas y variadas formas de *presentación*.

Pero pocos países tan interesantes, desde el punto de vista de la escenografía matrimonial, como el Imperio marroquí ó del Mohgreb ó Maghreb, como decimos los eruditos.

El día de la boda, realizados otros importantes y reservadísimos preparativos, la novia envuelve su aromoso cuerpo, engrasado con fuertes é intensas esencias, en una amplia capa blanca. Colocada dentro de una especie de litera, es conducida por un caballo ó camello (si está disponible). El esposo invita á sus relaciones, y á su B. L. M. acuden de todos los aduares próximos en número de doscientos ó trescientos ó más, según los casos.

Al frente de la comitiva nupcial van como en vanguardia los parientes y amigos íntimos de los recién casados, provistos de fusiles para entretener el tiempo, haciendo salvas en honor de la desposada, de tal manera y con tal estrépito de pólvora, que más que á casarse parece que van á la guerra.

Cuando termina la jornada y los esposos llegan al aduar, las solteritas y aun las que se han quedado para vestir al Zancarrón de Mahoma, forman un círculo alrededor de la novia, á la que dejan en el centro como si jugaran al pavo, y comienza un pintoresco baile, una original danza con acompañamiento de tambor y pífano. Luego, y sobre un jaique extendido en tierra lentamente, van depositando, al pasar, una moneda para que los pobres esposos tengan sin duda dinero suficiente con que poder pagar la juerguecita. Un pregonero, al que por cierto no le dan un cuarto de lo que recauda el matrimonio, disposición que sin duda dió origen á la piadosa advertencia española de *no dar un cuarto al pregonero*, anuncia en alta voz, si la tiene, la suma total de lo recogido, averiguándoles de paso el porvenir al matrimonio, con otras adivinaciones del pensamiento. Los hombres, por su parte, se dedican á correr la pólvora en tanto duran los bailes y danzas del bello sexo; pero terminadas estas libres expansiones de la juventud, consumidos los últimos cartuchos, todos se reunen en amigable y fraternal banquete y devoran enormes fuentes de alcuzcuz, pollos, dulces, frutas, etc., prolongándose el saque hasta media noche. Al siguiente día, la esposa se viste de blanco; se coloca un chal rojo sobre los hombros; cubre su cabeza y parte del rostro con una caperuza, y acompañada de los parientes más próximos y de los amigos que han sido presentados en el aduar y que ya disfrutan de cierta confianza, recorre los aduares vecinos dándole otro golpecito á la recaudación, un segundo *sablazo* de dinero.

Aquello, más que una comitiva nupcial, parece una estudiantina postulante. Una vez pagado el escote por cada vecino, el esposo se marcha con los cuartos al campo, y la esposa se queda en casa entregada á las labores propias de su sexo, incluso la de pedir nuevamente dinero, si hace falta.

A los pocos meses, y lo mismo que sucede en los países civilizados, cuando se agotan los recursos al matrimonio, el amor perece y se extingue, y no hay tambor ni pífano que lo vuelva á resucitar.

L. G.

DIBUJO DE BERTUCHI

Crónica Gráfica

Después de haber visitado la inmortal Zaragoza, donde se reunieron con sus colegas zaragozanos y barceloneses, han regresado á Valencia los concejales de su Ayuntamiento, portadores de la tradicional *Señera*. Nuestra fotografía representa el paso de la Señera por ante la estatua de D. Jaime el Conquistador.

Hace pocos años habló mucho la Prensa de un riquísimo bibliófilo norteamericano, el Sr. Archer Huntington, quien, después de recorrer España y Portugal detenidamente, haciendo importantísimas adquisiciones de libros y objetos de arte, adquirió por una millonada la riquísima biblioteca del opulento bibliófilo sevillano Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, en la cual figuraba cantidad considerable de ediciones rarísimas y no pocos ejemplares únicos de libros no conocidos y de gran interés para la historia literaria de España.

El Sr. Huntington no es, por fortuna, uno de esos bibliómanos raros y egoístas que adquieren los libros para guardarlos bajo siete llaves y no ceder á nadie su disfrute. Por el contrario, es un amante desinteresado de las glorias de España, y tenemos noticia de que ya ha publicado en espléndidas ediciones algunos de los libros españoles más raros por él adquiridos y de que se propone seguir editando otros muchos con una pulcritud y escrupulosidad de que aquí hay pocos ejemplos.

A la iniciativa de tan ilustre hispanófilo se debe la creación de una Sociedad Hispánica que en breve contará con un hermoso edificio, según el proyecto que ha tenido la amabilidad de comunicarnos nuestro ilustrado colega *New-York Tribune*.

En dicho edificio instalará la Sociedad Hispánica una Biblioteca y Museo de libros y obras de arte de España y Portugal, con el noble fin de que los norteamericanos puedan tener un conocimiento profundo de la Historia de la civilización ibérica y aprendan á conocer lo que el mundo entero debe á nuestra raza.

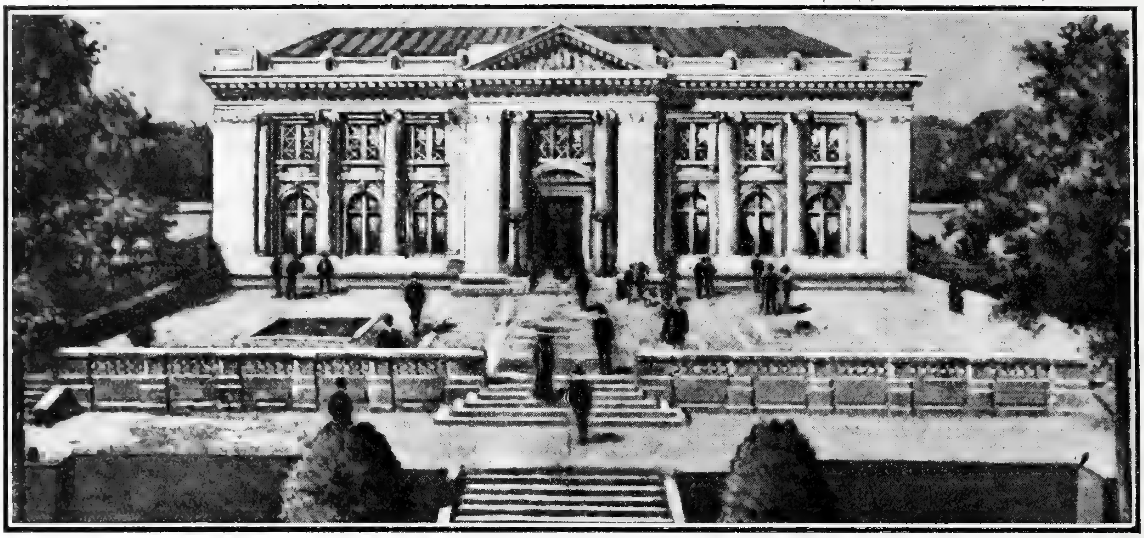
La primera muestra de vitalidad vigorosa que dará la Sociedad Hispánica va á ser la celebración del Centenario del *Quijote*, publicando una nueva y magnífica edición crítica de la obra de Cervantes en siete volúmenes, á cuya ilustración contribuirán los más eminentes hispanófilos de Europa y de América.

Los que vivimos en este tristísimo y lamentable país, donde nadie se divierte más que el sol, que nos saca los colores y las miserias á la cara por reirse de ellas á sus anchas, apenas nos formamos idea de lo que goza y disfruta la alta sociedad parisiense.

Consolémosnos de nuestras sesiones permanentes y demás espectáculos tristes contemplando las fotografías del último *rallye* ofrecido por Mr. Roger de Salverte á los aristócratas de París en el bosque de Chantilly, junto al castillo de la Reina Blanca. Y visto esto, volvámonos á nuestros Mauras.



VALENCIA. «LA SEÑERA», PENDÓN DE VALENCIA PASANDO ANTE LA ESTATUA DE D. JAIME I — Fot. V. Chiner



NUEVA YORK. EDIFICIO DE LA SOCIEDAD HISPANICA, EN CONSTRUCCIÓN
Fot. de «New York Tribune»





CHANTILLY (FRANCIA.) 1. SALIDA DE LOS JINETES Y AMAZONAS EN EL «RALLYE» DE MR. DE SALVERTE
2. REUNIÓN DE LOS INVITADOS EN EL CASTILLO DE LA REINA BLANCA
Fot. Rol Tresca

LA MUJER Y LA CASA

MODAS · MUEBLES · LABORES · CONCURSOS FEMENINOS.



Al comenzar el invierno

Los primeros fríos de Noviembre ofrecen á los hogares humildes, lo mismo que á los poderosos, un grave problema de indumentaria. El vestirse bien es mucho más fácil y más económico en verano que en invierno.

La elegancia inglesa, que por igual aspira á satisfacer las exigencias del buen gusto, las de la comodidad y las de la economía, inventó hace ya tiempo la forma y corte *sastre* para los trajes femeninos de paño; pero hoy día el traje *tailleur* ha recibido tantas modificaciones, y hoy y siempre su corte y confección requieren tal delicadeza, que resulta ilusoria toda idea de ahorro en este punto. Por otra parte, no son muchas las figuras á quienes cae bien el corte *sastre*, que exige una gran seriedad y sumo estudio de las actitudes y de la manera de andar, ya que una dama vestida con paños y hechuras masculinas ni debe parecer un hombre vestido de mujer, ni *viceversa*. Es muy difícil graduar la soltura y agilidad de los movimientos para evitar estos dos extremos igualmente perniciosos. En la mujer todo ha de ser femenino: esta es regla infalible á la que en todo caso conviene atenerse.

Estudiando bien la fortaleza y robustez que se encubren siempre bajo la sólida elegancia de las inglesas y comparándola con la suprema volubilidad y el vaporoso encanto de las francesas, puede escogerse un término medio prudente para la educación estética del cuerpo, que es la base principal de la distinción en el vestir, pues aunque una modista ó un modisto hagan milagros y procuren esbeltez y gracia hasta á las figuras más deformes con la eficaz ayuda de la corsetera y con otros varios auxilios que aquí no se han de nombrar, el principal factor de la elegancia verdadera es el espíritu, y el espíritu de las mujeres, un hombre fino y perspicaz lo aprecia tanto en la manera como se sientan ó se levantan ó vuelven la cabeza ó saludan á una amiga, cuanto en lo que dicen y en lo que callan. Estos son estudios esenciales de la difícil ciencia y del dificilísimo arte del vivir en sociedad, un tanto descuidados entre nosotros.

Se advierte esto aún con más intensidad al llegar el invierno que en las otras épocas del año, pues la variedad de vestimentas que las distintas circunstancias de la vida invernal requieren, obliga á pensarlo todo y á preveerlo todo. Podría escribirse un tratado de Psicología femenina y media docena de novelas á lo Bourget con las cavilaciones, combinaciones y disquisiciones á que en cada casa tienen que entregarse las señoras y señoritas para *quedar bien* durante el invierno. Vestidos de teatro, de *soirée*, de paseo, á pie y en coche, abrigos para todas estas circunstancias, pieles carísimas, tan caras como indispensables... y luego la dificultad (cuando no las hay del orden crematístico) de adaptarse á todos estos múltiples indumentos, como diría un clásico... Es un verdadero problema. Hay algunas, no muchas afortunadamente, que todo lo fían al talento de la modista, y con gastar sin reparo, creen resueltas todas las dificultades. No comprenden la parte de colaboración que á ellas mismas les corresponde en la obra del artista.

Pero, en cambio, hay muchas que se hacen cargo de la Psicología del vestido y con ahinco y aplicación se dedican al estudio de sí mismas y al de las telas y formas que les convienen. Estas discretas señoras y señoritas son las que siempre quedan bien, las que no toman su cuerpo como un maniquí para exponer vestidos de las más diversas calidades y formas. Estas son las que realizan el ideal de la elegancia, que consiste en no llamar la atención del vulgo, sino cautivar, sin exageraciones ni extremosos alardes, el gusto de las personas finas é inteligentes.

DE MARSAY







LABORES FEMENINAS

CUATRO ESPECIES DE ENCAJES

1. *Encaje Richelieu.* — Es el más usual para la ropa blanca. La tela, dibujada y recortada, es la que hace el encaje, con el que se consiguen preciosos efectos en mantelerías, *chemin de table* y demás ropas elegantes. El Richelieu figura siempre en los ajuares más ricos.

2. *Encaje de Almagro.*— Sin bolillos no hay encaje de esta clase. La almohadilla larga es necesaria para dar á estos encajes la anchura que se quiera. A veces se manejan cientos de bolillos, lo cual exige en la encajera una gran serenidad y memoria. Este encaje se usa mucho en ropas de cama.

3. *Encaje inglés.*—Es el más ligero y el que se escoge para cuellos y adornos en los trajes de señoras. Se hacen vestidos enteros de encaje inglés. En la variedad de calados y en el color y fineza de la trencilla está el *chic* de este encaje.

4. *Encaje de Valenciennes.*--Es el más fino y delicado. Se hace en almohadilla-cajón con cilindro giratorio, y también con bolillos, y es sumamente difícil por la extremada finura del hilo que requiere. Es el más caro de todos.

5. *Desmonte de los encajes.*—El desmontar los encajes de los hules no es operación fácil. Hay que tener muchísimo cuidado, pues una distracción cuesta cara. El cortar un calado tiene difícil remedio.





EL BOA Y EL MANGUITO

(MONÓLOGO)

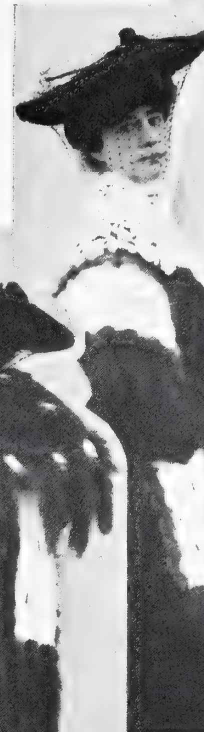






FIGURA 1.ª—¿Les parece á ustedes que es tan fácil saber llevar un *boa* con dignidad y elegancia? No sean ustedes inocentes. Cuando el boa era una simple y raquítica bufandita ó un tapabocas de piel, claro está que no se necesitaba arte alguno para llevarle; pero hoy, como ustedes ven, el boa tiene unas proporciones terribles, una magnificencia extraordinaria y hasta un nombre sacerdotal: se llama *estola*. La primera postura, con el *entoutcas* por lo que pueda tronar, es de lo más serio que puede verse. Como que es necesario dulcificarla con una sonrisa, porque si no, parece que está una de monos con la humanidad entera.

FIGURA 2.ª—¡Pues no les digo á ustedes nada si á la seriedad del boa se añade la gravedad del manguito, de este manguito enorme que ahora gastamos, y que trae no cola, sino colas, todas las más que se puedan. Parapetado el busto detrás del boa, las manos y el talle en el manguito, y la cara defendida por un velillo algo espeso, resulta una postura que equivale á una proclamación de hostilidad manifiesta capaz de enloquecer á todo el sexo contrario. Porque, desengáñense ustedes, hay momentos en la vida de los pueblos, digo de las chicas solteras, en los cuales conviene poner cara de palo y andar por la calle como si la calle fuese para una sola, sin fijarse en nadie ni en nada.

FIGURA 3.ª—Pero esa táctica japonesa al cabo del tiempo, resulta desagradable y, en ocasiones, contraproducente. Sin perder la naturalidad ni el aplomo, sin ceder una chispa de orgullo, sin hacer ninguna concesión intempestiva, hay un primer movimiento de atracción que, en todos los casos, ¡créanme ustedes! resulta infalible: es el ademán de acariciarse la cara con el manguito. ¡Ademán comprometido, para el que se necesita mucha mano izquierda y una cabecita que se incline suavemente, sin subrrayar, sin que llegue á libertad lo que no es más que un leve síntoma de coquetería!

FIGURA 4.ª—Llega, sin embargo, un momento de vacilación por la parte contraria, y nada más sencillo que adoptar una actitud expectante. Es decir, como fácil, fácil no lo es mucho el movimiento de embozarse en la estola, cruzándola sobre el brazo izquierdo y abandonando la manecita del mismo lado, sin apoyarla, un poquito más abajo del... ¡iba á decir del corazón, pero no: es un poquito más abajo del cuello de encaje. Esto es muy arriesgado, porque, á poco que una se descuide, parece que va á cantar un aria del antiguo régimen.

FIGURA 5.ª—Por fin, es preciso resolverse, tomar un partido con bravura. En este caso, el movimiento no tiene malicia. Apoya usted el manguito en la cintura y deja caer el boa como una bandolera, que cruza airosamente por delante y por detrás. Esto ¿es una declaración de guerra? ¿es un armisticio? ¿es una paz definitiva? Vean ustedes una cosa que no la conoce nadie más que el propio interesado.

Fotografías Muñoz de Baena



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA BANQUETE. Modelo de la casa Ney hermanas, de París. Es todo él de encaje de Irlanda blanco con transparente amarillo.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 12 Noviembre 1904. N.° 706



Las palabras

He conocido muy pocas personas que hayan variado de carácter tan súbitamente y de un modo tan completo como Pepe Luna. Mi amigo era un muchacho jovial, de una gran distinción y muy comunicativo. Repentinamente perdió su buen humor, descuidó su persona, antes siempre atildada, y se hizo más silencioso que el más huraño fraile de la Trapa

Al principio de su extraña metamorfosis, Luna no interrumpió su vida ordinaria. Frecuentaba, sin duda, por velocidad adquirida los mismos círculos y las mismas relaciones. Iba á su tertulia del café, á los teatros y á los paseos. Pero en todos estos sitios se advirtió pronto su mudanza. En el café, donde siempre llevó la voz cantante, permanecía con los codos sobre el mármol de la mesa, la cabeza entre las manos y más callado que un muerto; en el teatro ocupaba su butaca y no salía en los entreactos ni aun las noches de estreno, en que lo más sabroso de la representación es el despellejamiento del autor en el vestíbulo; durante el paseo marchaba como un autómata, la mirada en tierra y casi siempre mudo. Su alegre charla, amable y pintoresca, se iba convirtiendo poco á poco en un áspero lenguaje de monosílabos.

Bruscamente, Luna se desprendió de sus antiguos hábitos lo mismo que se había desprendido de su carácter. No se le volvió á ver ni en el café, ni en el teatro, ni en los paseos. La ola de su propio silencio, de aquel extraño silencio, parecía haberlo arrebatado de las superficies de la vida, lanzándolo á bajos fondos desconocidos. De este modo, al mutismo repentino siguió la inesperada ausencia.

* * *

Tres años después de su desaparición, cuando todos sus amigos nos habíamos olvidado de él, le encontré una tarde sentado en un banco de piedra en una solitaria fronda del Retiro. Me costó trabajo reconocerle. En toda su persona se advertía una gran incuria. Su rostro había cambiado mucho. Era una cara pálida y casi demacrada que conservaba, sin embargo, sus finos rasgos de distinción. Lo que más le desfiguraba era la barba: una barba larga é inculta como la de un ermitaño. Al acercarme á él con una exclamación en los labios y la mano extendida cordialmente, advertí en Luna un leve gesto de contrariedad. Se reprimió en el acto y contestó á mi saludo. En seguida yo comencé una larga serie de interrogaciones, á las que él contestaba lentamente con otra serie de monosílabos. Advertí que le fatigaban aun aquellas réplicas secas y breves.

—Vaya, vaya, ¿conque no te has muerto?

—Ya lo ves.

—Habrás estado ausente de Madrid, ¿verdad?

—No.

—¿No? ¡Es inverosímil! Nadie te ha visto por ninguna parte en tres años. ¿Dónde te metes?

—En casa.

—¿En casa los tres años?

—Salgo... paseo...

—¿Siempre solo?

—Solo.

—¿Sin duda por parajes apartados?

—Sí.
—¿Has estado enfermo?
—No.
—¡Qué raro!
—¿Por qué?

Esta última interrogación suya, que parecía demostrar una actitud menos pasiva que la de sus respuestas anteriores, me dió ánimos para lanzarme resueltamente á una exploración más completa. Aquel encuentro había excitado mi curiosidad, pero también mi afecto. Me encaré con el silencioso y le dije:

—Pepe: yo he sido siempre tu amigo. En otro tiempo me estimabas mucho. A ti te pasa algo muy extraño ó algo muy grave. Rompe tu silencio. Tú no eres de los que desprecian la amistad. ¿Me crees indigno de una confidencia?

Esta vez no trató de esquivarme. Le ví parpadear rápidamente y llevarse una mano á los ojos al sentir evocada nuestra juventud. Su acento cuando empezó á hablar revelaba emoción; pero sin duda estaba ya tan habituado al silencio, que las palabras salían penosamente de sus labios. Se dijera que á él mismo le sorprendía el eco de su propia voz.

Con extremada sencillez me contó esta breve historia, que me produjo honda impresión:

*
* *

«... Sí, hace tres años experimenté una gran amargura que malogró irremisiblemente mi vida, torciendo su curso. De aquella catástrofe, que ya me parece muy lejana, no puedo, en justicia, acusar á nadie. Yo era un hombre alegre, comunicativo, sin grandes repliegues en el alma, y no del todo malo. Pero yo tenía un grave defecto que ha sido causa de esta ruina de todo mi ser en que hoy me sorprendes. Me ofuscaban súbitos arranques de violencia, y la espuma revuelta de esos arrebatos eran *las palabras*. ¡Ah, sí! ¡Las palabras han sido siempre mis implacables enemigas! Acudían á veces á mis labios casi sin haber pasado por mi pensamiento. Así salían, atropelladamente, injustas, temerarias ó culpables, sin el contraste de la reflexión. Yo era un hombre de esos de los cuales se dice que tienen la réplica viva. Y esta viveza impertinente me hizo aventurar en muchas ocasiones palabras que nunca se recogen...

»¡Ah! ¡qué verdad tan grande! ¡Todo puede recogerse, todo puede redimirse!... Ciertas palabras se pronuncian y ya no pueden recogerse ni redimirse nunca. Vibraron en los labios, sonaron á burla ó á desdén ó á ultraje en otros oídos... y abofetearon. Se perdona ó se repara una infamia, una traición. Dos hombres que se han golpeado en público pueden estrecharse las manos y seguir siendo amigos. Hay palabras que no se perdonan, que no se reparan, que no se olvidan. Abren una sima para siempre infranqueable, ó quizá ellas mismas son un abismo, un abismo sin fondo...»

Se detuvo un instante. Parecía querer ahuyentar un recuerdo. Después prosiguió:

«...Yo pronuncié hace tres años unas cuantas palabras de esas que destruyen una vida con mayor rapidez que el rayo.



»A pesar de mi locuacidad, nunca os hablé de un amor que yo tuve. Era un amor tierno, apasionado; pura corriente del sentimiento que fluía, como de un escondido manantial, de lo más hondo de mi alma. Entregarlo á mi charla insubstancial, me hubiera parecido una profanación. Sólo por eso os lo ocultaba. Mi amor no era ni vergonzoso ni culpable. Amaba á una mujer honrada y libre como yo, y de ella esperaba la felicidad de mi vida. También ella la esperaba de mí.

»Nuestros genios tenían esa cierta disparidad que suele ser prenda de la paz del matrimonio. Ella era tan reflexiva como yo vehemente. A veces, mis exagerados trasportes la atemorizaban; mis locos proyectos para el porvenir parecían desconcertarla, y como si tuviera miedo de mi fantasía, me llamaba serenamente á la realidad. ¡Ah! ¿no es cierto que de esa calma, de esa dulce tranquilidad debe formarse la verdadera dicha y el santo amor de los hogares? Pero entonces yo no pensaba tan cuerdamente. Cuando ella oponía á mi pasión su apacible cariño, mi amor, mi orgullo, mi estupidez, ¡lo que fuera! sangraban como una herida envenenada... Aquella mujer que jamás se dejaba arrebatar por mis desvaríos, que respondía casi con frialdad en los instantes en que mi pasión lo arrollaba todo, aquella mujer no podía quererme, no me había querido nunca. Y sin embargo, ¡cuánto me amaba... y cómo le pagué su cariño á aquella dulce mujer...!

»La que había de ser mi compañera era pobre. Yo tenía una posición brillante, una fortuna. Una in-

noble sospecha comenzó á morderme el corazón en mis horas de ciega violencia. Aquella criatura de tan buen sentido, junto á la cual hubiera debido estar de rodillas, llegó á parecerme, en un minuto de insensatez, una mujer fría, egoísta, calculadora; una mujer que sólo por codicia soportaba de mal grado los arranques de mi cariño impetuoso... acaso pensando ya en la traición...

»... Un terrible día—no te extrañe que tiemble al recordarlo,—un día en que me pareció que ella contestaba con más frialdad que nunca á la efusión de mi cariño, la ira me cegó, la locura se apoderó de mí, y no sólo me porté como un loco... fuí además un mal caballero. La cobarde, la ruin sospecha se asomó á mis labios, y entre aquellos miserables insultos en que la vileza de mi pensamiento ni siquiera vaciló en mancillar su honra insinuando «mis dudas del mañana»; entre todas aquellas infamias que le arrojaba al rostro, sonaron brutalmente las palabras «cálculo», «dinero», «mi dinero»... ¡Oh qué infamia, qué infamia! Vi que palidecía como si hubiera recibido una puñalada en el corazón. Me miró un instante con los ojos muy abiertos, asombrados, como si se asomara á sus pupilas todo el estupor de su alma. No cayó al suelo, por un supremo impulso de dignidad. Vió que iba á recogerla en mis brazos, y huyó de mí tapándose el rostro con las manos, blancas como los lirios...



»Salí de su casa atarazado por la vergüenza. Yo también creí morir.»

* * *

Mi amigo se pasó la mano por la frente. La tenía empapada en yerto sudor. Hizo una larga pausa. Luego, con una voz que no parecía la misma, con una voz extraña y apagada, como si fuera ya un muerto el que continuaba el relato, Luna prosiguió:

«... En aquella hora terrible acabó mi vida. Lo que siguió después, ¿es vida acaso? Apenas había pronunciado aquellas palabras, sentí todo el peso de mi oprobio. Fué más rápido en mí este sentimiento que el dolor y el asombro de aquella noble mujer á quien insultaba y calumniaba. Hubiera dado cien vidas porque aquellas palabras no hubieran salido de mis labios. ¡Ah, Dios mío, si hubiese podido recogerlas!

»Amaba más que nunca á la mujer á quien había ofendido, y quise redimir aquel instante de locura. Mi castigo no sería tan cruel si ella me hubiese cerrado su puerta y su corazón. Pero no, no; ¡volví á verla! ¡volví á hablarla! Ella me amaba también, y quiso como yo salvar obstinadamente su felicidad. ¡Qué días más horribles! Estábamos como antes, frente á frente, muy cerca uno de otro. Mis lágrimas, las más sinceras que he vertido en mi vida, le habían arrancado un generoso perdón. Ella, tan apacible, tan *fría*, luchó ardorosamente para que nos salváramos los dos. «Olvidemos—me dijo;—olvidemos ese mal sueño.»

»¡Ah! ¡Imposible! ¡No pudo ser! No era un mal sueño, eran unas cuantas palabras irreparables. Y ese algo tan sutil, tan inmaterial, formado del aliento, triunfó de nosotros, triunfó de nuestro amor. Las palabras nos separaban, se interponían entre nuestras almas. Era el abismo inmenso, infranqueable que nunca podríamos salvar. Lo adivinábamos sin decírnoslo. Un sentimiento de justicia me gritaba á mí que ya jamás, jamás sería digno de aquella mujer. Una voz interior debía gritarle á ella que el amor había sobrevivido á mis palabras pero que la estimación había muerto. Fuimos vencidos, comprendimos los dos que nuestra vida iba á ser un tormento continuado, y retrocedimos con espanto. Sin una lágrima, sin un reproche, nuestras almas, ya eternamente separadas, se dieron el postrer adiós.

* * *

»Así—concluyó mi amigo—perdí mi felicidad y malogré mi vida. Entonces me invadió el corazón un rencor profundo y un miedo insuperable: el rencor y el miedo á la palabra humana. Por odio á ella me refugié en el silencio. Y en el silencio de una vida llena por el remordimiento y el tedio, voy esperando indiferente á todo, ajeno á todo, la única felicidad posible para mí...

Las sombras del crepúsculo habían descendido *silenciosas*. Luna las acarició con la mirada como á fieles amigas y exclamó completando su pensamiento:

—¡El dulce, el supremo silencio de la muerte!

* * *

Nos separamos. No le he vuelto á ver más.

Luis LÓPEZ BALLESTEROS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Actualidad Extranjera

La actitud de la prensa extranjera, y en particular de los políticos ingleses respecto á la conducta del almirante Rogestvensky, cuyo retrato auténtico hecho en Vigo y autorizado con su firma publicamos, ha cambiado mucho desde la semana pasada. Ya no se califica de asesinos á los barcos de la escuadra del Báltico ni se moteja como pirata á su almirante. Este bravo marino y sus oficiales han sido ascendidos y felicitados por el Zar, sin que se promueva ningún escándalo en Europa.

Algo tendría la escuadra cuando la bendicen los mismos que antes la maldecían. Ahora, mientras Rogestvensky procura ganar tiempo, los japoneses se esfuerzan por apoderarse cuanto antes de Puerto Arturo, cuya defensa será uno de los mas gloriosos hechos que la Historia militar recuerde.

Difícil será que la escuadra del Báltico llegue á tiempo de auxiliar á Puerto Arturo. La situación cada vez es más comprometida y el interés dramático de la lucha no decrece.

Entretanto, ya está en funciones la Comisión encargada de investigar y dilucidar lo ocurrido en Hull. De ella forma parte en representación del Zar el almirante Karnakoff, cuyo retrato publicamos.

El otoño es en París, como en Madrid, la más bella estación del año. La Naturaleza lo hace, y los hombres, y más aún las mujeres, ayudan á la obra de la Naturaleza.

Ya sabemos nosotros que no es ninguna actualidad palpitante el ofrecer á ustedes algunos tipos de mujeres elegantísimas sorprendidas y atajadas por el curioso fotógrafo en el *bois de Boulogne* ó en los parques y jardines parisienses; pero, con todo, no podemos resistir al deseo de copiar algunas de esas figuras para abrirles á ustedes, señoras y señores, una ventanita con vistas al ensueño. La renovación de *toilettes* propia de esta época, ¿no es acaso un hecho tan interesante y aún más que los sucesos parlamentarios de Madrid y de París? ¿Se concibe siquiera que en estos días en que se encuentran tan bellas mujeres vestidas de nuevo alegrando las calles, haya señores tan inclinados al absurdo que se metan á pelearse en el Congreso ó en el Senado, creyendo hacer un gran beneficio al país?

Pero París no sólo nos da el ejemplo y el modelo de las mujeres elegantes, sino también el de las grandes obras bienhechoras. Así lo demuestran las recientes fiestas de la *Mutualité française*, antigua sociedad benéfica que, sin cultivar ni aprovechar otros recursos más de los proporcionados por la gran virtud francesa del ahorro, posee un capital de 420 millones de francos y presta protección y socorro constante á más de 62.000 personas desvalidas. De ahí la gran resonancia y popularidad de esas fiestas organizadas por el gran diario parisiense *Le Matin*.

La principal de ellas fué un banquete mónstruo, de 26.000 cubiertos, celebrado en la Galería de Máquinas. Los asistentes consumieron: 200 tocinos, que, sin perdón, así se llaman; 5.000 gallinas; 150 metros de salchichón; 500 metros de queso; 42.000 peras, manzanas y plátanos, etc., etc.



EL ALMIRANTE ROGESTVENSKY.
ÚLTIMO RETRATO Y AUTÓGRAFO



EL ALMIRANTE KARNAKOFF,
REPRESENTANTE DEL ZAR EN LA COMISIÓN DE HULL

Photo-Nouvelles







PARÍS. PRIMERAS TOILETTES DE OTOÑO Y DE INVIERNO VISTAS EN «EL BOIS» Fot. Photo-Nouvelles



PARÍS. FIESTAS DE LA «MUTUALIDAD FRANCESA», BANQUETE DE 26.000 CUBIERTOS Á QUE ASISTIÓ EL PRESIDENTE LOUBET Fot. León Bouet



MARIPOSA DE LUMBRE

Los poetas, y en particular los fabulistas y escritores aficionados á las moralejas, han escrito cien mil veces el conocido apólogo de la *mariposa de luz*. Ya se sabe: una joven obrera *(Jenny l'ouvrière*, traducida mejor ó peor á todos los idiomas), al salir del taller ve cualquier cosa brillante: un vestido lujoso, un aderezo, un landó con aros de goma, etc., etc. Aquello es la luz que le atrae. La pobre mariposa se acerca y, como es consiguiente, se quema las alas.

Pero los poetas no viven casi nunca en la realidad, según la autorizada opinión de los tenedores de papel del Estado.

Puede ser que haya muchas mariposas de luz, pero yo he conocido muchas más mariposas de lumbre.

Digan lo que quieran cuatro silbantes, á la obrera desvalida lo que le atrae de la luz no es la luz misma, sino el calor que da. Yo lo he visto, andando por esos estudios de pintor y de escultor. Aquí no se lleva la vida espléndida y regalada de París. No he visto pasear en coche á ninguna modelo de pintor célebre ó desconocido, como dicen que suele acaecer en los grandes centros de corrupción.

Somos tan honrados, tan infelices, que nuestra pobreza nos libra de tentaciones.

Ahí tenéis á la mariposa de lumbre que Sala recogió un día en su estudio: estad seguros de que llegará á ser una mujer bella y apetecible y no se quemará las alas, ó se las quemará en un modestísimo brasero. Una vez más los fabulistas se habrán equivocado.

ENE

DIBUJO DE EMILIO SALA

ANTE EL SAN BERNARDINO DEL GRECO

Las ricas mitras, huecas y abombadas,
como locas, profanas vanidades,
irradiando sus muertas claridades,
yacen al duro suelo relegadas.

Nubes algodonosas, muy hinchadas,
que semejan mundanas liviandades,
con muecas de infernales potestades
acechan á tus plantas agolpadas.

Tu mano, exangüe ya, que nada espera,
sostiene extraña luz, que reverbera
como el emblema de un arcano rito.

Sangre del cielo tu mirar destila,
y tiembla en el azul de tu pupila
la augusta proyección de lo infinito.

Hierve una roja y abrasada herida
en tus morados párpados de asceta,
y hay una estela en tu mirada inquieta
de encantos de una gloria presentida.

En tu cogulla ascética y roída
puso aquel gran pintor y gran poeta
la síntesis magnífica y completa
del mal que consumió tu pobre vida.

Viste tu rostro un duelo funerario,
como si fuese el descarnado osario
de esos perpetuos, místicos anhelos

que te abrasaron en la sed divina...
Y así tiene tu mano cristalina
la enorme transparencia de los cielos.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO



REFRANES DEL DICHOSO MES...

... *Que entra con Todos los Santos y acaba con San Andrés.* Lo de *dichoso* se dice en son de paciente burla. Al buenísimo apóstol San Andrés le cuelgan, con más ó menos razón, casi todos los refranes de Noviembre: y los que no le tocan á San Andrés les corresponden á Todos los Santos.

Por Todos los Santos los campos blancos, quiere decir que ya comienzan las escarchas en la tierra del



Mediodía, los hielos en la del Norte. *Trigo santero, no llena granero*, dicen los del Norte, porque allí conviene sembrarle en Octubre; y lo mismo repiten los del Sur, porque en estas partes no conviene madrugar tanto. Pero este refrán, como todos, tiene su antítesis, que dice: *Por Todos los Santos, siembra trigo y coge cardos*, ó bien *Por Todos Santos, á más tardar, trigo has de sembrar*, no faltando quien agregue: *Por Todos los Santos, los trigos sembrados y todos los frutos en casa encerrados*, ni quien prevenga aún con mayor encargo: *Por Todos los Santos, siembra tu trigo y cata tu vino.*

Como se ve, el mes dichoso que nos trae la tristeza de las escarchas y hielos, nos trae también el confortamiento de las frutas encerradas y de los vinos nuevos, porque ya dice otro refrán que *Para San Andrés, el vino nuevo viejo es;* ya está hecho un mozo el que era en Octubre un muchacho picaño y revoltosillo que daba que hacer á las tripas. Viene con el vino mozo la alegría á las almas labriegas: todo el mundo se dispone á andar de trisca y de zumba: en las noches frías arrecian las rondas, y en más de un caserón de pueblo, al parecer sosegado y conventual, brinca el corazón de la moza al compás de las coplas que el vino inventa.



Mas no es sólo del vino de donde provienen las alegrías de este mes. La Naturaleza, antes de haber enseñado á los químicos el sabio axioma, propalado por Liebig ó por quien fuera, de que el alcohol disuelve las grasas, proveyó de vino al hombre para que se hallase preparado á la terrible embestida de crasitud que anuncia aquel conocidísimo refrán de *A cada puerco le llega su San Martín.* Este bueno y generosísimo santo, que cedía á los pobres el 50 por 100 de sus bienes, en lo cual no conozco actualmente ningún cristiano capaz de imitarle, parece el más terrible enemigo del simpático mamífero compañero de San Antón. Aparece San Martín con su media capa, é inmediatamente se echan á temblar millares de padres ó hijos de buenas familias pertenecientes á la raza porcina.



Desde San Martín en adelante no hay día seguro. Antes que el sapientísimo Claudio Bernard lo dijera, habían pensado ya, con cierto regocijo, muchos matachines que *vivimos de la muerte...* de la muerte del marrano, que sin perdón así se llama. Así, lo que para el cerdo y su familia son duelos y lágrimas, para el hombre son ricas morcillas, somarros sabrosos y coruzcantes chicharrones.

Otros santos de Noviembre hacen saludables advertencias al campesino. *Por San Clemente, alza la mano de simiente*, esto es, que ya no se debe sembrar. *Por Santa Catalina, coge tu oliva*, y también *Por Santa Catalina, todo el fruto da la oliva.* Esto, sin embargo, depende mucho de que el año venga mojado ó seco. En fin, el ya citado San Andrés ama tanto el campo, que cuanto en su tiempo se trabaja lo remunera con creces, y por eso decimos: *Las huebras de San Andrés, ni á tu padre se las des, ni quince días antes ni quince después.*

W. & B.



AVENTURA DE MAR

I

De cuantos inventos ha traído consigo el progresar del mundo, pocos hay más tristes que los muelles en los puertos y los andenes en las estaciones de mucho tráfico. Un muelle y un andén no pueden provocar una sensación de alegría en los espíritus delicados. Melancólico es contemplar el asfaltado ó enlosado, por el que sólo chillan alegres y oficiosas las botas de los viajantes y consignatarios, mientras que arrastran resignadamente su carga de miserias los pobres zapatos del emigrante, ó pasean su mundial fastidio las confortables botinas del turista. Si en cualquier lugar de la tierra por donde tendáis la vista podéis asegurar que el suelo sostiene el peso de muchos más sinsabores que dichas, esta convicción es mayor aún cuando el suelo son las losas de un andén ó de un muelle, porque desde estos sitios parece que miramos á la incertidumbre y al misterio. Cada uno de esos pobres personajes parduzcos con quienes os cruzáis al tomar el tren ó el buque, lleva consigo un drama sin duda más doloroso é importante que la simple comedia, cuyas escenas adivináis en el redondo semblante del burgués encontrado pacíficamente en paseo ó en el teatro ó al salir de la oficina. Digan lo que quieran la agencia Cook y sus similares, la felicidad es sedentaria y la desdicha errante y fugitiva. Por eso es inútil correr tras la fortuna, que no vuela, como han imaginado poetas y pintores, sino que se agazapa en un rincón para favorecer á unos pocos privilegiados dignos de ella, pues quien la busca desalado y galopante por el mundo, ese no la merece.

Estas y otras consideraciones no menos perogrullescas se me ocurrían hace muchos años hallándome en un puerto español triste, inmenso y maloliente, mientras miraba de qué arte ocho marineros, desnudos de cintura para arriba, practicaban con muy mal talante el baldeo de un pesadísimo bergantín de Noruega, en cuyos negros



costados se leía en letras blancas el nombre *Ida Räa. Bergen.* El desmaño y torpeza de aquellos animalotes y la poca fe que ponían para raer la negra costra pegajosa del viejo barco me molestaron, y al apartar de ellos la vista tropecé con una gentil figura, de luto vestidos el cuerpo y el semblante, inclinada la rubia cabeza, pensativos los ojos, de donde había huído, sin duda, la esperanza. Era una mocita como de veinte años. Traía en la mano su hatillo, envuelto en un muy llevado pañuelo. Su desolación era tan grande, que bien pudiera creérsela decidida á seguir andando en línea recta hasta que le faltase pie.

Yo también tenía veinte años.

II

La historia que me contó era tan vulgar, que ni siquiera la recuerdo con exactitud. Se había quedado huérfana de padre y madre. Tenía un hermano dependiente de comercio en Cuba. Quería reunirse con él, de cualquier manera que fuese. Pensar que pudiese juntar para un billete hasta la Habana en un trasatlántico ó en un paquete de los baratillos, ni aun en tercera clase, era tanto como creer en cuentos y locuras. Ella había oído decir que algunos barcos de vela noruegos y suecos de los que vienen acá con las tripas llenas de tablones de pino suelen estivar bien de aguardiente fuerte y de otras cosas y, en el buen tiempo, largarse tan guapamente hasta Cuba, Méjico y el Brasil, poniendo en la travesía un mes ó mes y medio ó dos. Como esos buques, verdaderos mendigos del Océano, llevan tan mal pergenio y tan corta tripulación y la maniobra en ellos es dura y constante, suele ocurrir el caso de que no les esté mal llevar un mozuelito ó una muchachilla que les zurza y les aderece el pucherejo ó la sopa de pesca á los mareantes.

En esta faena á veces traen una negra vieja ó un chino ó un negrito escapado de su casa. De no pintarles bien el viaje, no pagan nada por el servicio, pero si se hace bien la venta, dan algo... y sobre todo, llevan gratis á bordo y nada hay que temer, pues cuando no están ajetreados con la maniobra, suelen estar borrachos como unos benditos, y ya se sabe que el hombre borracho es como el perro, que no hace daño á mujer ni á chico... Precisamente, el *Ida Räa*, que acababa de descargar á saber cuántos miles y miles de tablones, tenía trazado viaje para la Habana con carga que, de no averiarse en el camino, produciría mucho, mucho; como que eran cajas y más cajas de frutas verdes de Aragón y la Rioja, melocotones, duraznos, abridores, tempranillas, pimientos dulces y otras muchas bendiciones de Dios que allí estaban ya esperando en el muelle, *por lo cual que* al día siguiente cargarían y era menester hablar con el patrón, concertarse con él, persuadirle, porque ya ella sabía que á las mozas ¡cosa más particular! no las reciben con buena cara en esos barcos, *por miedo á las quimeras.*

Al oir la decisión de la desesperada muchacha, me quedé más pasmado que si hubiera visto partir á Colón y á sus compañeros é internarse en el Océano misterioso tripulando las tres carabelas del milagro.

III

Fuimos, pues, á ver al capitán, que no era ningún viejo lobo marino, ni gastaba pipa ni sotabarba, sino que era ¡caso inverosímil! un apuesto y desvergonzado marinero de Mahón que se llamaba Pizá, hombre de treinta años y de treinta mil picardías, que llevaba el bergantín, según él, en arriendo, pero según el capitán del puerto, se lo había estafado á un pobre viejo marino de Bergen. Los ocho hombres de la tripulación eran de todas las castas: dos suecos, dos escoceses, tres *pescariyas* de Cádiz y un griego corfiota: lo peor de cada país.

Pizá, al ver á la muchacha, hizo una mueca de disgusto. Era mala comisión aquélla. La chica era guapa y... él hubiera preferido una vieja ó un chino. La chica insistió. Pizá me empujó aparte, y echándome una mirada de acero me susurró al oído:—*Comparet,* usted quiere desprenderse de ella, *¿verdat?*—Yo protesté débilmente, asombrándome entonces de haber llegado hasta aquel extremo, sin saber cómo ni por qué. Verdaderamente, no hay nada más tonto en el mundo que un chiquillo de veinte años junto á una moza afligida y huérfana, de la misma edad.

IV

Lo que después sucedió, algunos periódicos de la costa lo dijeron. El *Ida Räa* había llegado á la Jamaica sin el capitán, con tres marineros de menos y con evidentes señales de haber ocurrido á bordo una tremolina espantosa. Pero en ninguno de los telegramas de Kingston se mencionaba el hecho de que fuese á bordo una mujer.

Y, sin embargo, yo la vi embarcada en el *Ida Räa* al zarpar el barco... y me quedé llorando como un cobarde.

DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ

F. NAVARRO Y LEDESMA





LA LOTERÍA

No seré yo de los que afirmen que el origen de la lotería, el más español de todos los juegos, *se pierde en la noche de los tiempos*, pero sí me atrevo á sostener que, respecto de este punto, todos los autores se hallan en el más completo y absoluto desacuerdo.

La lotería es muy antigua. Hay quien da como cosa segura que ya existía en tiempos de los hebreos, y que Roma, en la época de su decadencia, mostró singular predilección por este juego.

La República de Génova autorizó y reglamentó la lotería, destinando el importe de sus productos á obras de fortificación.

Los franceses han sido siempre muy aficionados á los juegos de azar, y especialmente al de la lotería, que ya les era conocido en tiempos de Catalina de Médicis.

Francisco I la reglamentó con arreglo á las exigencias de la época, y con ligeras modificaciones continuó funcionando hasta que la Convención la suprimió de un plumazo.

Sin embargo, nuestros vecinos no han podido olvidarse de que un día fué su juego favorito, como lo demuestra el hecho de que diariamente salgan para Francia considerables sumas de billetes de nuestra lotería.

Los alemanes también han sido buenos aficionados. Pero no obstante constituir un pueblo grave y sesudo como pocos, cuéntase que, en cuanto á la lotería, llegaron al colmo de lo extravagante y lo inverosímil. En tiempos lejanos, según referencias de los historiadores, existía en Alemania una lotería en la que sorteaban lotes consistentes en *una población entera, treinta aldeas, diez mil hectáreas de bosque*, un palacio, etc., etc. Lo notable del caso es que el precio de cada billete no excedía de veinte marcos.

En Portugal no existe la lotería, siendo los billetes de la nuestra un contrabando perseguido de muerte por las autoridades lusitanas. El infeliz mortal que dentro del territorio portugués es acusado de poseer un billete de la lotería española, además de dar con su huesos en la cárcel, tiene que pagar una barbaridad de miles de reis en concepto de multa.

En España, lo mismo que en casi todas las Repúblicas italianas, la lotería comenzó siendo una rifa entre particulares. Los españoles siempre hemos sido muy aficionados al juego, constituyendo él nuestra diversión favorita lo mismo en la paz que en la guerra. En los gloriosos tiempos de la Reconquista, nuestros guerreros distraían sus ocios jugándose tranquilamente el botín cogido á los moros, lo cual dió motivo para que Alfonso el Sabio, con objeto de evitar las fullerías á que los juegos de azar y envite se prestan, publicase el célebre *Ordenamiento de las Tafurerías*, una especie de reglamento para las casas de juego, á las que concurrían con asiduidad escandalosa individuos pertenecientes á todas las clases sociales, y en las que se jugaba el dinero en la mejor armonía; sin perjuicio de salir luego á cintarazos para discutir cualquier mala jugada ó fullería, pues ya en aquella época se procuraba ganar el dinero por malas artes.

Carlos III, después de un meditado estudio, organizó seriamente la lotería, disponiendo que sus productos, igualmente que los de las corridas de toros, se destinasen íntegros al sostenimiento del Hospital de Madrid.

Como la lotería comenzó á adquirir importancia y el número de sus adeptos era cada vez mayor, y como además su organización disertaba mucho de ser perfecta, las históricas Cortes de Cádiz diéronla nueva reglamentación, aprobada en 10 de Diciembre de 1811, que no empezó á practicarse hasta el 4 de Mayo de 1862. La Instrucción vigente de Loterías fué aprobada en 3 de Diciembre de 1882.

En 1887, un Ministro de Hacienda de la clase de reformistas ideó y puso en práctica el sorteo de la lotería nacional por el sistema de irradiación; pero la reforma, lejos de dar chispas, determinó tan alarmante baja en la renta, que hubo necesidad de enviar el novísimo procedimiento al almacén de las cosas inútiles.

Lo ocurrido tiene explicación natural y lógica, porque aun siendo el sorteo por irradiación indiscutiblemente legal, el quitarle al jugador de pura sangre la ilusión de buscar con avidez su número en la *lista grande*, que suele dar los más soberanos *camelos*, es dar el golpe de gracia á su afición á la lotería. De aquí que el nuevo sistema no lograse echar raíces.

La lotería ha llegado á constituir una de las más saneadas rentas con que cuenta el Tesoro público para el sostenimiento de las cargas del Estado.

A ella apelan los desheredados de la fortuna como medio de salvar de un solo paso la gigantesca distancia que separa al menesteroso del opulento.

Pero es inútil, porque como dijo no sé qué sabio, la fortuna no es para el que la busca, sino para el que la encuentra.

MANUEL SORIANO

DIBUJO DE E. ESTEVAN

CUENTO BATURRO



1.—¿Ande vamos esta noche?
—Al teatro.
—Ya sabes que soy sordo y que no me entero de nada.
—Pues... vamos al circo.



2.—¿Y á qué localidá vamos?
—Mira á ver lo que hay.
—Sillas de pista. No sé lo que será eso.
—Pues tomamos sillas de pista, porque si por causalidá viene la familia del diputau..



3.—Déme usté dos sillas. ¿Cuánto valen?
—4 pesetas, y 20 céntimos del Timbre.
—¿Eh? Grite usté, que soy un poco sordo.
—¡4 pesetas, y 20 céntimos del Timbreee!



4.—Ahí tiene los cuartos.
—Faltan 10 céntimos.
—Yo no nesecito timbre. ¡Pa qué, si no lo siento!

ESCENAS MADRILEÑAS. DESCANSO
DOMINICAL, POR SANCHA



Crónica Gráfica

En cien ocasiones hemos hecho el debido elogio de la actividad y riqueza crecientes en la provincia de Guipúzcoa. Uno de los elementos indispensables para que tal riqueza y actividad existan es una buena red de ferrocarriles secundarios, y en este punto las provincias vascongadas son las primeras de España.

Prueba de ello la fotografía que reproducimos del ferrocarril nuevo desde Andoaín á Plazaola, por el barranco del río Leizarán. Esta línea, en una longitud de 21 kilómetros y medio, tiene la friolera de treinta y un túneles y ocho viaductos, y enlaza con la red general de ferrocarriles de vía estrecha de Guipúzcoa.

Esta provincia, para que por mayores motivos parezca una enorme é industriosa colmena, hasta va á tener todos sus montes llenos de agujeros por donde éntre y salga el trabajo.

Nuestros lectores recordarán la polvareda que levantó cuando á discusión se puso el proyecto de destrucción de los Jardines del Buen Retiro para construir en su lugar la nueva casa de Correos. Pasaron ya algunos meses, y nadie se ha vuelto á acordar de la tal construcción, ni siquiera los arquitectos en ella interesados. Buena prueba de ello es que hayan sido tan pocos los proyectos arquitectónicos presentados al concurso. Escasísimo era el tiempo concedido para formularlos y presentarlos, sobre todo si se tiene en cuenta las múltiples y especialísimas exigencias de un edificio de esta clase; así, pues, será necesario juzgar con una gran benevolencia los tres proyectos de edificios cuyos alzados publicamos.

El que firman los Sres. Carrasco y Saldaña está presupuestado en 5.152.477 pesetas. Tiene un frente de agradable aspecto á la plaza de Castelar, y toda la parte de servicio del público cae á la fachada de la calle de Alarcón.

El firmado por los Sres. Montesinos y López Blanco tendría un coste de 4.736.211 pesetas. Es un edificio á la americana, de estilo anbiguo y de extrañas proporciones.

Por último, el presentado por los jóvenes arquitectos Sres. Palacios y Otamendi es de traza bastante atrevida y original. Se le presupone un gasto de 4.499.906 pesetas. En él se reunen todos los servicios públicos en la planta baja, y ofrece otras muchas comodidades.

Sin que esto represente molestia alguna para los ilustres concursantes, creemos que ninguno de los tres proyectos, sea cualquiera el que se lleve á cabo, contribuirá gran cosa al embellecimiento de la plaza principal de Madrid, ya de suyo bastante irregular, y en la que, salvo un trozo de la mezquina fachada ó chaflán del palacio de Linares, no hay miembro alguno arquitectónico que recree la vista y responda á la grandiosidad del espacio libre.

La nueva casa de Correos será, pues, probablemente fea, como irremisiblemente lo son todos los edificios oficiales de Madrid; y cuando la veamos elevarse en el sitio hoy ocupado por una mata de árboles hermosos, que rompen la aridez de la construcción urbana, creando en medio de ella un rincón de poesía, no dejaremos de ponderar como se merece el mal gusto y la ruin idea de quien tuvo empeño en privar á Madrid de los Jardines, cometiendo desde las esferas oficiales lo que fuera de puertas constituye una acción penable: arrancar un millar de árboles bien criados.



GUIPÚZCOA. FERROCARRIL DE ANDOAÍN Á PLAZAOLA. VISTA DE OLAZAR — Fot A Dogarte



LA NUEVA CASA DE CORREOS. PROYECTO DE LOS SEÑORES CARRASCO Y SALDAÑA



PROYECTO DE LOS SEÑORES MONTESINOS Y LÓPEZ BLANCO



PROYECTO DE LOS SEÑORES PALACIOS Y OTAMENDI

Fotogs Asenjo



EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO PARA PASEO. Modelo de la casa Drécoll, de París.
Es de paño color marfil, guarnecido con bordados formando «estola».

FOT. REUTLINGER

EL NIÑO ENFERMO

(DESDE LA PLAYA)

No divierten las conchas de la playa
al pobre niño enfermo;
sólo fija sus ojos melancólicos
en el límite azul del mar sereno.
Como el cielo y el mar, al confundirse,
parece que se tocan en lo inmenso,
«Quiero tocar el cielo»—replicaba
el pobre niño enfermo.
«Llévame á aquellas nubes, madre mía;
llévame allí... más lejos...
¡Quiero tocar el cielo tan hermoso,
que cerquita le tengo!!»
La madre suspiraba tristemente
¡y temblaba de miedo
al pensar que pudiera realizarse
el inocente engaño del pequeño!
Dios escuchó, sin duda, al pobre niño
y quiso complacerlo:
no tocó el cielo el niño aquella tarde;
¡pero al amanecer estaba muerto!

Antonio GRILO

DIBUJO DE ALBERTI





UNA CONFERENCIA

Para que el auditorio dignísimo que me escucha pueda representarse ó tener una vaga impresión de las remotísimas épocas prehistóricas de que tengo que hablar en la conferencia de hoy, es necesario, indispensable, una regresión tal en todas vuestras ideas y sensaciones, una *primitivización* ó simplificación de tal manera extraordinaria y desusada, que no siendo eficaces mis palabras para conseguirla, he de pediros licencia para lograrla por medio de la sugestión hipnótica. Si alguno de mis oyentes tiene alterados sus nervios ó no dispone del tiempo necesario para este pequeño experimento, que sólo durará hora y media, le ruego que tenga la bondad de indicarlo y abstenerse de asistir á esta conferencia, cuyos resultados se publicarán íntegros y con todo detalle en el *Stereophonograph* de esta noche.

Tal dijo el profesor Sipps, y de las seiscientas ó setecientas personas que llenaban el anfiteatro, solamente dos señoritas neuróticas y un caballero anciano se levantaron y salieron. En todos los demás rostros se pintaba el único anhelo ó sentimiento que les había quedado á los hombres del año 4000: la curiosidad.

—Pensad ahora, señores—dijo el doctor Sipps recobrando la palabra, la gravedad magistral,—que váis á asistir á la vida de un individuo humano en el apartado siglo xx; el espectáculo ha de ofrecer para vosotros extraordinarias sorpresas. Apenas podemos hoy hacernos cargo de la pequeñez y limitación de aquellas existencias regidas por lo imprevisto y gobernadas por lo absurdo; la evocación de una época como aquélla representa hoy inmensos trabajos, y los resultados son por demás modestos. Tal ocurre siempre en estas investigaciones que tanto se asemejan á las de la ciencia entomológica y á las de la micrografía; pero así como nada se nos oculta hoy de las costumbres de los más variados microorganismos, ¿no creéis que habrá alguna utilidad en conocer al menudeo el vivir de los que nos precedieron en el disfrute de la tierra? Reclamo, pues, toda vuestra atención acerca de este punto.

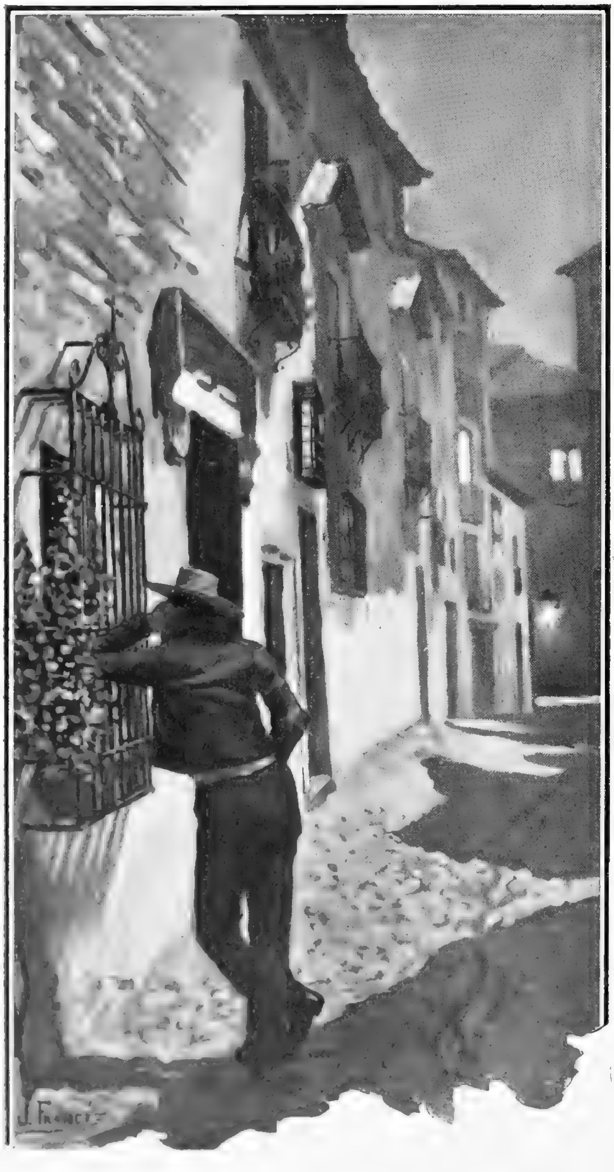
Y diciendo y haciendo, Sipps tocó el resorte ó muelle de un aparatito que tenía sobre la mesa, y que se parecía mucho á un ventilador eléctrico y también á un cimbel para cazar alondras. Todos los concurrentes, obedeciendo á una mirada circular de Sipps, fijaron sus ojos en el aparatito que giraba con vertiginosa rapidez, soltando chispas multicolores. A los treinta segundos, el conferenciante del año 4000 había conseguido con el cimbel los mismos resultados á que muchos conferenciantes del siglo xx llegaron con su oratoria. El auditorio estaba profundamente dormido, sólo que no roncaba, porque el suyo era sueño hipnótico. De este medio solía usarse entonces para conseguir de una asamblea una gran concentración y cierta unidad de pensamiento, que no dejan de ser ventajosas para el buen orden de la ciencia.

Viendo propicio á su auditorio, Sipps tomó asiento, sacó un rollo de papelotes, que más bien parecían películas cinematográficas, colocó á distancia conveniente un gran fonógrafo, y depositando metódicamente, con mucha calma, en él las palabras, como si las sacase de una hucha, comenzó su explicación, mientras detrás de él, en una especie de encerado, iban proyectándose despacio las sensaciones por él evocadas en virtud de un artificio que se llamaba la telepsicografía.

Los oyentes, mejor diré, los durmientes, con los ojos abiertos, fijos, experimentaban, dentro del sueño hipnótico, las sensaciones que el profesor iba indicando, como si rezase ó leyese un programa de fiesta ó ceremonial.

—Contemplad, ante todo—decía el profesor,—al hombre del siglo xx en estado de reposo. Es un pobre sér, en cuyo rostro pálido se advierten las huellas de la fatiga, de la mala nutrición, de la vida antihigiénica. Descansa intranquilo, como una fiera en su cubil, esperando que le ataquen de un momento á otro. No goza del descanso fisiológico actual que, como sabéis, consiste en la variación de trabajos y de funciones de nuestros organismos. Los del siglo xx eran organismos pobres que no sabían bastarse á sí mismos y necesitaban la eventual protección de dos elementos extraños: el sueño y el alimento. Debéis imaginaros lo que sería una sociedad que caminaba ó intentaba caminar, y á

la cual detenían estas dos terribles necesidades. Vedlo en ese hombre que estáis contemplando. Se levanta de la cama sin haber reposado lo que su organismo egoísta le pide. Siente gran malestar, cuya causa ignora, porque es tan torpe que no se hace cargo de la necedad y el crimen que es vivir en un albergue tan reducido, sin atmósfera respirable, metido en un inmenso montón de guaridas semejantes, donde se amontonan las existencias y los detritus de las existencias de muchos millones de hombres. Mirad ahora en qué consisten todos sus cuidados higiénicos: en lavarse la cara y las manos con un líquido infectado por microbios de todas clases. Se viste un traje de tejido grosero, en cuya trama hay materias descompuestas en cantidad suficiente para que muriéramos todos los aquí reunidos, é inmediatamente experimenta una de las dos terribles necesidades ó, mejor diré, miserias que en aquel triste tiempo azotaban á la humanidad. No acaba de satisfacer el sueño, y ya tiene necesidad de alimento. Para satisfacerse, acude á un recinto obscuro y mal ventilado, en el que se reunen otros hombres como él, soñolientos aún y mal lavados, ó sin lavar ni higienizar sus cuerpos. En aquella época todavía se usaba el tomar los alimentos en comunidad, y parece que ésta era una ocasión de alegria estúpida, bestial, resabio indudable de otros tiempos anteriores, en que el juntarse para la comida era señal de juntarse para la defensa en la *struggle for life*. El hombre se ha llenado ya el estómago de substancias nocivas, que ni él ni los otros se cuidaron de analizar y se lanza á la calle. Tiene prisa, y se mete en un vehículo informe de horrible, malsano traqueteo, donde se reunen gentes que van presurosas y mal vestidas. El hombre se entretiene, durante la fatigosa marcha, en leer un periódico. Entonces un periódico era un gran plano de celulosa, pringado de materias tintóreas diversas y todas dañinas, que al parecer remedaban los sonidos de las palabras y daban cierta confusa noción de las ideas y de los hechos. Al hombre se le conoce en el semblante apretado el trabajo que á su cerebro le cuesta abrirse paso por entre el montón de extrañas y contradictorias sensaciones que en él produce lo que, estropeándose los ojos, logra atrapar de todo aquel enredo. Al fin llega al sitio donde se dirigía; ya lleva en el cerebro buen número de inútiles productos; y como el sitio adonde va el hombre es lo que entonces se llamaba una oficina pública, que era algo así como un lugar de esparcimiento salvaje, el hombre se apresura á soltar toda la carga intelectual que se le pegó del plano de celulosa. Otros hombres remueven y agitan diferentes conceptos, ó cosas que parecen conceptos, durante cuatro ó cinco horas; en ese tiempo, todos parecen más afanados en ensuciar el ambiente y hacerle mortal, chupando, para activar la combustión, de unos objetos pestíferos y repugnantes que se llamaban cigarros. Después de realizar un trabajo tan perjudicial para sí mismo y para los otros, el hombre sale de la oficina y vuelve á caer en brazos de su tirano el alimento. Vuelve, pues, á su infecto domicilio, ¿y qué diréis que hace? Masticar ó ingerir, segun se ve, con gran complacencia varios cadáveres de diferentes animales y la substancía fétida que de los mismos cadáveres se desprende. Luego torna á llenar de humo y de emanaciones mortíferas la habitacion. Llega otra hoja de celulosa llena de mentiras pintadas. El hombre cae sobre ella con furor. El trabajo de la digestión y de la lectura se juntan en su organismo, conspirando para destruirle. Viene la noche, y el hombre sale de su madriguera. He olvidado deciros el lugar de la acción. Todo esto pasa en la antigua España, en la región llamada Andalucía. Sale, pues, el hombre de su casa al aire libre, bajo la escasa luz de los farolillos públicos; busca un rincón obscuro, donde se divisa la silueta de otro sér humano tras una reja sahumada por macetas de albahaca y de sándalo. Entonces el hombre hace lo único racional que era posible hacer en aquellos nefandos tiempos. Se pone á hablar de cosas poéticas y lindas con aquella mujer á la luz de la luna. A esto llamaban *pelar la pava*.



Al llegar á este punto Sipps, después de haber expuesto los hechos, comenzó las inducciones.

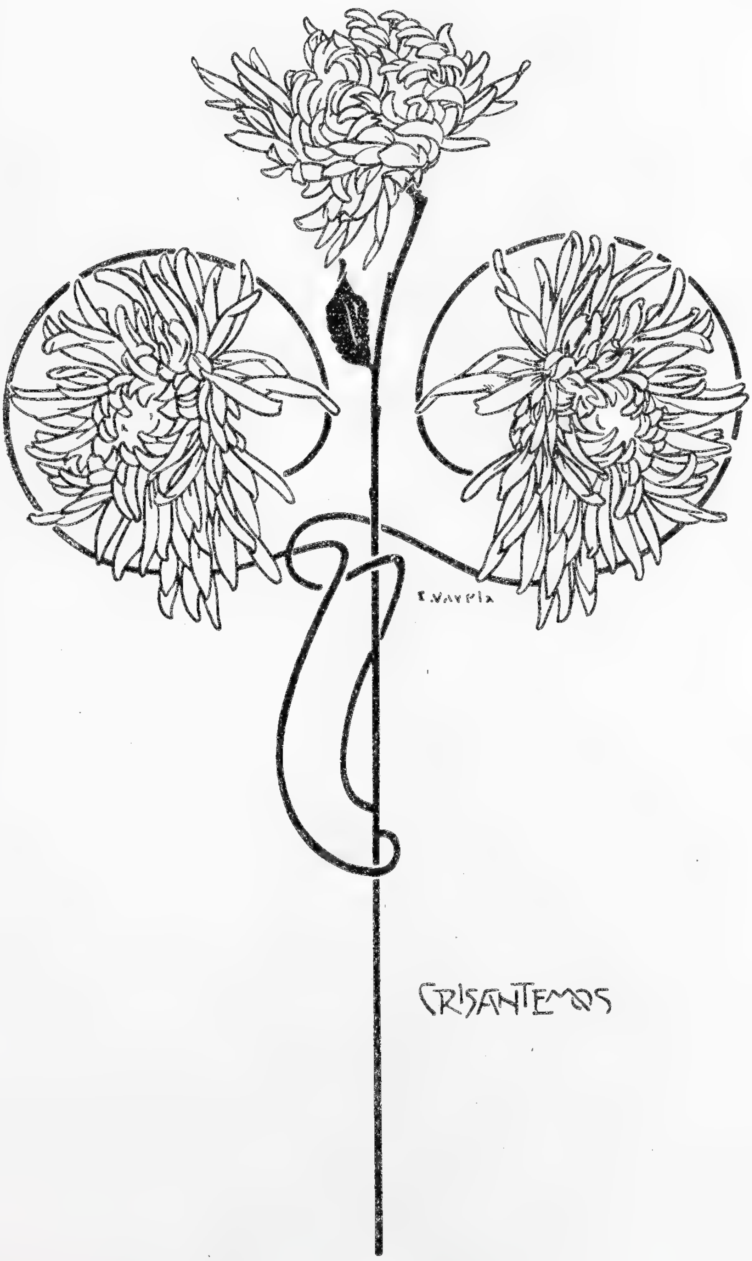
Y el auditorio salió tan complacido, como sale hoy el público cosmopolita después de haber visto en un teatro del *boulevard* un *vaudeville* ó una comedia de espectáculo.

LEMA: TOM SAWYER

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

(NÚMERO 32 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 19 Noviembre 1904. N.° 707



La fiebre

Entre la cuenca del Guadalquivir y la del Guadiana hay unas tierras occidentales, bajas y planas unas, montañosas las otras. Son tierras fronterizas que parecen perpetuamente vigiladas por las lejanas cumbres del *Monte-Figo* y la *Sierra de los Aires*.

Hay allí muchas aldeas tan aisladas, escondidas y libres, que no se sabe á qué reino pertenecen. Pudiera decirse que su reino no es de este mundo, ó al menos de esta Edad. Tal es en ellas la pesadumbre de otras edades y el influjo de las viejas ideas cristalizadas.

En esos míseros poblados curan la fiebre del siguiente modo: los amigos y deudos del doliente salen al campo y señalan una mata de torvisca de las más pomposas, y al romper el alba acuden con sus garrotes y la apalean bravamente. Mientras dura la tunda injurian con viles vocablos á la torvisca infeliz, hasta que del repertorio denigrativo no queda migaja.

Hecho esto, el enfermo comienza á mejorar: al menos, así debe hacerlo.

Todo procedimiento terapéutico tiene su historia más ó menos interesante. He aquí la de éste:

*
* *

En los días del ermitaño Arcadio fué afligida la llanura con muchas y dolorosas plagas. El año había sido muy lluvioso, tanto, que se perdieron las cosechas y reventaron los manantiales. El hambre se paseó de un cabo al otro de la tierra encharcada, y cuando pasó el verano y esperaban sembrar, fueron cayendo hombres, mujeres y niños, aniquilados por un extraño ardor de las entrañas y los huesos. Se despedía el ardor y les sobrecogía un frío convulso y mortal. Y en estas aflicciones diferentes y rítmicas, iban muriendo extenuados ó arrastrando por la tierra su vida miserable.

Acudieron al ermitaño, que tenía su habitáculo en lo más alto y aireado de la montaña. Halláronle junto á la fuente, respaldado en el tronco de una encina centenaria. Un blando rayo de sol le secaba las barbas blancas, recién mojadas en el manantial. Era un viejo afable y muy digno, que se alimentaba con frutos del bosque, hierbas de los prados, hongos del jaral y miel de las colmenas libres. Agiles sus miembros y diáfano su rostro, pregonaban á una su salud serena y horra de terrenales cuidados.

Hecha relación de las calamidades—de que, con estar tan cerca no se había enterado,—Arcadio manifestó sus temores de que algún gordísimo pecado anduviera en el lance. Con todo, no hay culpa que no tenga su perdón. *El* siempre acaba por perdonar, aunque los perdonados no lo merezcan; que es en la mayoría de los casos.

Enfrascáronse en la averiguación, y, tira por aquí, tira por allá, vinieron á recordar una olvidada gentilidad que les había venido de las cercanías del *Promontorio Sacro*, donde todavía tenían aras los dioses. ¡Brava ocurrencia fué la de hacer fiesta de fuego en los comienzos del estío! Una hoguera delante de cada choza hicieron tontamente, antes de meter hoz en sembrado, y todo por inocente alegría de corazón.

Habéis adorado al sol, hijos mios, y *El* os ha castigado metiendo el sol en vuestros huesos. No hay cosa más clara.

En seguida el ermitaño regaló con sus frutos el paladar de los pecadores y les entretuvo hasta la noche. Les echó un sermón grave, familiar y prudente, porque aquel varón de los bosques tenía



en su ánimo la serenidad del aire que refresca las cumbres y la fuerte dulzura de las savias y las mieles silvestres.

En aquella noche, pasada en el atrio de la ermita, bajo el resplandor de las innumerables estrellas, ningún hombre de la llanura tuvo fiebre. Les parecía vivir en otro mundo de paz, de silencio, de abundancia, de salud tranquila y de soledad fecunda, en que *El* hablaba poniendo palabras de perdón y de cariño en los rumores del bosque, en los sollozos del viento, en la nota clara y purísima de la fuente, en la luz de los astros infinitos...

* * *

Como arreciaba el mal, juntáronse los hombres, casi todos febriles y extenuados. «He aquí que hogaño no hemos encendido fuego de infieles y hemos pedido perdón, y *El* no nos perdona. Escojamos una criatura que no haya pecado y enviémosla á la montaña para que Arcadio la ilumine y *El* nos favorezca.»

Y entre todos escogieron un pastorcillo de ovejas que aún no era mozo, tañedor de flauta primitiva y nada entendedor de cosas que no fueran del ganado. Alvar se llamaba, y envuelto en sus pellizas parecía un cordero. Recibióle el ermitaño como una ofrenda inocente, y con amable gesto y sencilla palabra comenzó á doctrinarle. Valiéndose de su largo báculo de roble, mientras hablaba, atrajo un ramo de encina cargado de fruto dulce y oleoso. Comieron y bebieron del agua cristalina de la fuente, y mientras Arcadio, respaldado en el tronco secular, secaba al sol sus barbas blancas recién mojadas, el pastorcillo tañía en la flauta de palo una vieja sonata de la llanura. El ermitaño escuchaba el ritmo de los sones libres, jovial y complacido como un hermoso Pan amante de los campos.

Al séptimo día, el pastorcillo tuvo una visión en sueños. Perdido en el bosque, llegó hasta el borde de una sima negra y temerosa. Sin que palabras humanas lo declarasen, supo que era la puerta del infierno. Tembló como un calenturiento, y he aquí que, mientras él miraba, salieron el diablo mayor y una furia toda hecha fuego. Se hicieron caricias entre llamas que salían súbitas de sus cuerpos. Y el diablo dijo al despedirla:

—Mira, que vuelvas al amanecer.

—Descuida, rey mío, aunque hay mucho trabajo; todavía me quedan por tocar más de seis mil de esos condenados cristianos de la llanura.

—Tiempo hay. Puesto que ninguno ha de escapar, no conviene hacer toda la faena en un día.

Y como Alvar viese á la furia que venía hacia él, clamó á los santos que lo amparasen.

—No temas—dijo una voz tranquila.—Ya sabemos de dónde sale la calentura, y ni volverá al infierno ni hará más guerra en los llanos. Tú y yo la encerraremos en alguna planta amarga y viviente que no coma el ganado ni á los hombres les sirva.

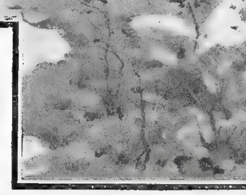
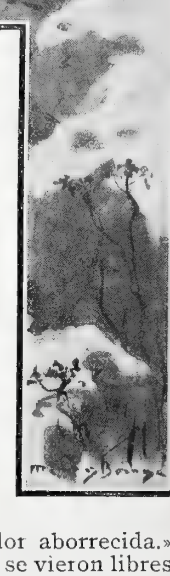
Era Arcadio quien hablaba; y mientras eso decía, las barbas blancas resplandecían vagamente como un vapor del cielo, como un montón de lejanas estrellas en el *camino de Santiago*.

Entonces despertó.

* * *

Al viejo ermitaño le inundó de apacible alegría la divina revelación. ¡No era el sol! Y él, que sin voluntad le adoraba también un poco, levantó la cabeza hacia el cielo, como buscando en la radiante luz un beso alado de perdón.

—Por ti, criatura inocente, corderillo de los campos, los tuyos han hallado misericordia en *El*. Esta

noche descenderemos y libraremos de la furia á los dolientes, para que puedan encender hogueras estiales con paz y alegría de corazón.

Y oraron largamente al pie de la encina centenaria, hasta que el sol se derrumbó por las vertientes ignotas y salió el lucero.

Arcadio bendijo con fe el agua del manantial y su cántico puro; llenó un cuenco de madera, en que metió un ramo de terebintos silvestres, y lo entregó al pastorcillo.

—Esas serán tus armas. Las mías, este báculo que va por fuera y esta fe que anda por dentro.

Descendieron pausadamente de la montaña en grave conversación, que acompañaban los mil rumores nocturnos.

—Avísame cuando la veas; su fuego la descubrirá. Yo no la veré, te digo, porque mis ojos mortales no guardaron su pureza.

Anduvieron hasta cerca del amanecer, y ya estaban rendidos.

—Si viene el día, ya no la cazamos hoy. Mira bien, hijo mío. ¿Ves algo?

—Veo... Es una llama que viene.

—Ella es. Agazápate y avisa. ¿Viene?

—Viene volando.

—¿Está cerca ya? ¿La alcanzas?

—Sí.

—Pues roción, y que no se escape.

La rama, empapada en agua bendecida, roció con fuerte ráfaga el espacio. Se agitaron matas, árboles y hierbas.

—¡Ya es nuestra! ¿Dónde ha caído? En el nombre de *El*...

—¿Más cristianos?—dijo una voz angustiada.

—Más cristianos, zorra; y de éstos no te libras.

Y con el báculo de roble, que pesaba como el hierro, Arcadio la molió, la quebrantó, sin ver más que las hierbas machacadas.

—Busca por ahí una mata amarga que no coma el ganado. ¿Hay?

—Aquí veo una torvisca.

Pues á ella va ese tesoro. «Conjúrote, oh fuego infernal, por los santos ángeles y las santas Marías; por la fe viva que baja del manantial sagrado de la gloria de *El*, único y omnipotente; por la virtud y obras de Pedro y de Pablo y la oración sencilla de los santos ermitaños que rezaron al sol y comieron en paz del árbol y bebieron en paz de la fuente, que entres por siempre jamás en esta planta rehusada y esquiva, y vivas en su amargor y en su leche cáustica, y en su venenosa flor aborrecida.»

La furia entró en la planta á los conjuros de aquel varón de los bosques, y los llanos se vieron libres de plagas. Un himno de salud y de esperanza acompañó al ermitaño en la ascensión aquel nuevo día, en que brillaba el sol en los cielos y la alegría en la tierra.

* * *

¿Comprendéis por qué los aldeanos apalean la torvisca cuando alguno adolece? La fiebre, sigilosa, sale al anochecer á causar estragos; mas regresa con el alba á la amargura de su cárcel. Allí hay que cogerla y castigarla con la injuria y el báculo, como hizo el buen Arcadio.

Y es libre de ella por siempre jamás.

José NOGALES

MÉNDEZ BRINGA

SESION DE PINTURA, POR
ADOLFO LOZANO SIDRO



UN RETRATO HISTÓRICO

¿Quién era esta dama retratada en este retrato? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía? ¿Qué hacía? Yo no lo sé; es un retrato castizo, histórico. El cielo está limpio, diáfano; en el fondo aparecen unos caserones viejos con una de estas pequeñas ventanas misteriosas que no nos dicen nada y nos lo dicen todo; más allá se perfilan en el ambiente los chapiteles agudos de dos, tres torres. Y la figura, puesta en el balcón, apoya su mano sutil, etérea, en la baranda, y cierra los ojos ante los vivos resplandores del sol de la mañana. Yo no sé qué pensar; acaso esta dama se llamaba Doña Isabel, Doña María, Doña Aurelia, Doña Teresa, Doña Consuelo, Doña Juana, Doña Leonor, Doña Mercedes, Doña Milagros ó Doña Virginia; tal vez esta dama vivía en una de esas viejas ciudades que llevan por nombre Plasencia, Arévalo, Villanueva de los Infantes, Olmedo, Toro, Huete, Talavera de la Reina; allí, en una de estas viejas ciudades hay un paseo que se denomina el Espolón, el Chorrillo el Prado ó la Chopera; allí hay también unos telares vetustos que hacen un ruido monótono en una calleja desierta, y unas tenerías que se hallan colocadas junto á un riachuelo, y unas almazaras que en invierno, de Diciembre á Marzo, esparcen por el pueblo un vago olor á aceite y alpechín. La iglesia de esta vieja ciudad es gótica, pequeña; enfrente de ella hay una calle llena de tiendecillas de regatones, pañeros cereros, sombrereros, peltreros, talabarteros; quizá en esta misma calle, que se llama Mayor ó del Comercio, ó tal vez en la otra calle que se encuentra bajando á mano derecha, al lado de la tienda de D. Eladio; tal vez, digo, en esta otra calle que lleva por rótulo del Comendador, del Ave María ó de las Monjas, se ve un viejo caserón de piedra, con los balcones de airosa forja. La piedra de este caserón era gris, negruzca; pero una capa de cal de color rosa ha cubierto la pátina venerable y ha borrado las junturas de los sillares; la puerta mostraba sus tableros recios y las cabezas mohosas de sus chatones, mas una pintura reciente le ha prestado una brillantez estrepitosa. Quizás al lado de este caserón hay una larga tapia, por encima de la cual asoman unos álamos y una yedra; en este muro se abre una ancha puerta, y por esta puerta sale, á veces, de tarde en tarde, uno de esos coches lentos, pesados, que crujen y gimen cuando caminan. El coche suele ir á los Carrizales, la Hermida ó el Ejido—que son las haciendas de la casa;—pero un día marcha, marcha, marcha por el viejo camino que lleva hacia la capital de la provincia. Es que ha llegado el momento de que uno de los ensueños más queridos de la dama que vive en el caserón, tome forma tangible; la dama va por fin á Madrid. ¿Cuándo se realizó hecho tan memorable? ¿Era el 59, el 60, el 62, el 63 ó el 65? ¿Contará el cronista todo lo que esta dama hizo y vió en la capital de la Monarquía española? Esta dama visitó el Palacio Real, estuvo dos noches en el teatro, se retrató compró un quinqué, llevó á un platero, para que le grabaran dos iniciales, el bastón del médico del pueblo Como se levantaba muy temprano, según se usa en provincias, fué una mañana á casa de un fotógrafo, si hubiese ido más tarde hubiera tenido el peinado descompuesto por el ajetreo de las tiendas; pero á esa hora no había quizás bastante luz en el estudio y tuvo que retratarse en el balcón.



Todo esto hizo esta dama. Y á los ocho, á los diez, á los quince días se metió de nuevo en la diligencia y tornó á la diminuta y vieja ciudad. La ilusión estaba realizada: los años y las cosas se han ido sucediendo implacables. Ya Doña Isabel, Doña María Doña Aurelia, Doña Teresa, Doña Consuelo, Doña Juana, Doña Leonor, Doña Mercedes, Doña Milagros, Doña Virginia, hace tiempo que dejaron de vivir. Pero una leyenda, una tradición del remoto y fantástico viaje ha quedado en la vieja casa del pueblo. Y así hoy, de tarde en tarde, otra dama que en el invierno está junto á la chimenea ó que pasea en verano por las rosaledas del huerto, exclama de pronto:

—Mamá contaba que cuando ella estuvo en Madrid...

AZORÍN



ZODIACADA DE NOVIEMBRE

He aquí una historia antiquísima. Los desconocidos intérpretes del Zodiaco ó los caprichosos artistas y poetas que dieron forma á sus signos, imaginaron representar la constelación del Sagitario (por frente á la cual pasa el sol desde 22 de Noviembre á 22 de Diciembre) en la figura de un centauro que dispara una flecha. Para explicaros la antigüedad del hecho de que un centauro dispare flechas, me será preciso, y por ello os pido perdón, suponeros completamente ayunos de toda noticia referente á los centauros, y por ello y por llenar esta plana lo mejor que pueda, voy á contaros su historia.

Habéis de saber, y el que lo sepa ya puede pasar á la página siguiente, que, según los logógrafos griegos, los *centauros* fueron unos caballeros en plaza ó rejoneadores de los siglos homéricos. Ni José Rodríguez *(Tabardillo)*, ni José Bayard *(Badila)*, ni probablemente Mariano Ledesma, *nuestro* excelso rejoneador de toros, ni acaso la aplaudida Doña Matilde Vargas Zabaleta de Oliveira sospecharán que su noble profesión tiene un origen tan arcaico y augusto. Y sin embargo, así es ó así debe ser. *Centauros* se llamó á los antiguos guerreros de Tesalia, que fueron los primeros jinetes del mundo, pues antes de que ellos adquirieran la costumbre, la destreza y el arte de domar caballos para silla, la guerra se hacía, como se ve por la *Ilíada*, en carros tirados por dos, tres ó cuatro corceles.

Los jinetes tesalios, una vez habituados á cabalgar, comenzaron á realizar ejercicios de cuyo riesgo y osadía no pueden dar sino relativa y remota idea los actuales concursos hípicos. No quiero ni pensar cómo se reiría un caballero de Tesalia al ver el llamado *Gran obstáculo*, ó sea la valla de 2,30 metros que hoy saltan con tanta dificultad caballos y jinetes. Agotada para los tesalios toda la diversión que puede haber en romperse la crisma saltando barreras ó abismos con ó sin *toquet*; hastiados ya de las delicias de la *steeple chasse*, discurrieron la más divertida forma de *sport* hípico... y ahora caigo en la cuenta de que no se puede considerar á los centauros como predecesores de *Tabardillo*, de Ledesma ni de Doña Matilde Vargas, sino más bien de Ponciano Díaz y sus compañeros, porque lo que hacían los centauros no era propiamente rejonear toros, sino ponerles banderillas á caballo, es decir, lanzarles flechas al sesgo, al cuarteo ó al relance. *Centauro*, pues (de *kenteo* ó *kentao*, que significa punzar ú horadar, y *tauros*, toro), significa pincha-toros, banderillero á caballo ó precursor de Ponciano Díaz... y no hice mal en mentar á *Badila*, porque todos recordaréis que este distinguido pianista y actor puso banderillas á caballo y no en un hipógrifo de Tesalia, sino en un jamelgo con las tripas fuera, en esta misma plaza de Madrid, el día memorable de la despedida de *Frascuelo*.

Pero, amigos, todo degenera, hasta en la mitología, y aquellos gallardos caballeros que por su destreza y aplomo en cabalgar parecieron ser mónstruos mitad hombres y mitad corceles, y entre los cuales hubo algunos tan sabios como el famoso Quirón, médico y maestro de Aquiles, cometieron la torpeza de darse á la bebida, según cuenta el venerable anciano Nestor por boca de Ovidio en el libro XII de sus *Metamorfosis*. La cosa ocurrió en las bodas de Hipodamia y Piritoo. La novia era hermosísima, y un centauro que se hallaba presente con otros de su raza, el bárbaro de Eurito, *saevorum saevissime Centaurorum*, como dice el amigo Nason, se entusiasmó con ella. Metieron los cuatro remos los demás centauros y se siguió la guerra de éstos con los lapitas.

Acostumbrados ya los centauros a empinar el codo, perdieron su destreza de flecheros. Ya no sabían manejar más que pedruscos y cachiporras, y al fin de la partida, tropezaron con el forzudo Hércules, quien, como sabéis, unía la fuerza á la maña. El cual, con las mismas flechas que los embrutecidos y alcoholizados centauros dejaron de usar, acabó con aquella raza degenerada y no dejó un centauro vivo.

Y este es uno de los primeros argumentos que pueden aducirse contra el alcoholismo, aun cuando creo que nadie lo haya empleado todavía.

N.





HUMORADA

Aunque huir de ella intento,
no sé lo que me pasa,
porque yo voy donde me lleva el viento,
y el viento sopla siempre hacia su casa.

DIBUJO DE ALBERTI — Campoamor.

Crónica Gráfica

El Círculo de Bellas Artes ha organizado una Exposición de apuntes en su local de la calle de Alcalá, y por tan loable propósito realizado merece elogios.

Más de cincuenta artistas han contribuído con sus obras á sacar airoso en su empresa al simpático Círculo. Y si en detalle la Exposición no es una maravilla, por lo menos hay notas bonitas, agradables esbozos que demuestran, en los que empiezan, gallardías y barruntos de gente que valdrá si prosigue trabajando.

Ha inaugurado el teatro Lara la serie de sus estrenos con la comedia en dos actos *El amor que pasa*, de los hermanos Alvarez Quintero, y ya puede augurársele que no ha podido empezar mejor.

El buen éxito que alcanzó esta obra cuando se estrenó en Buenos Aires por la misma compañía que ahora la ha interpretado por primera vez ante el público de Madrid, ha sido igualado ahora, ya que no superado.

En el teatro Español se ha estrenado también una obra ya estrenada fuera de Madrid, en Barcelona, *La estirpe de Júpiter*, del Sr. Linares Astray.

La obra gustó, ante todo, por lo bien hablada que está y por el lujo imponderable y la propiedad maravillosa con que la ha puesto en escena la empresa Guerrero-Mendoza. Magnífico resulta el estudio del pintor: las telas, los cuadros y los demás accesorios que aquí resultan principales, son verdaderas joyas, y entre éstas el retrato de María Guerrero pintado por Emilio Sala.

El jueves de la semana anterior se celebró el matrimonio de la hermosa hija mayor del ex ministro Sr. Dato, Doña Carmen Dato, con el capitán de Estado Mayor D. Eugenio Montero de Espinosa.

Bendijo la unión el cardenal Sancha, de la que fueron testigos D. Francisco Silvela, el marqués de Urquijo y el conde de Villalonga, por la novia; y por el novio, el general Polavieja, el marqués de Tovar y D. Carlos Espinosa de los Monteros.

Los novios han recibido multitud de regalos é infinitos parabienes, á los que unimos el nuestro.

Uno de los más terribles enemigos que encuentran los japoneses en su lucha con los moscovitas, son las minas explosivas con que éstos han sembrado ríos y mares. Por ello, una de las principales operaciones á que se dedican los nipones es á desembarazarse de esos invisibles enemigos.

Hace pocos días se ha inaugurado el nuevo ferrocarril de París á Menton C. A. R. *(Côte d'Azur-Rapide)*.

En contra de lo que había anunciado, este ferrocarril no es el mas rápido en absoluto, pero sí el que por espacio de más tiempo (catorce horas) sostiene la velocidad media más elevada. En el primer viaje llegó á exceder su marcha de 94 kilómetros por hora; la media fué de 84 kilómetros.

Las máquinas son del tipo adoptado últimamente para los trenes rápidos, y el tren lleva en su composición dos coches de primera clase con departamentos de camas-salones, un coche salón de la compañía de *Wagons lits*, coche-restaurant y un furgón, en total un peso de 180 toneladas próximamente, en vez de 250 ó 300 que se calcula para los trenes rápidos.

El Kaiser, que tiene tiempo para todo y que es gran aficionado á los deportes, dedica buen espacio á su afición cinegética.



EXPOSICIÓN DE APUNTES EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID — Fot. Asenjo



TEATRO LARA. «EL AMOR QUE PASA». ESCENA ÚLTIMA DEL SEGUNDO ACTO Fot. Muñoz de Baena



TEATRO ESPAÑOL. «LA ESTIRPE DE JÚPITER». ACTO CUARTO. ESCENA FINAL



CARMEN DATO HABLANDO CON SU PADRE POLÍTICO AL SALIR DE LA IGLESIA Fot. Muñoz de Baena



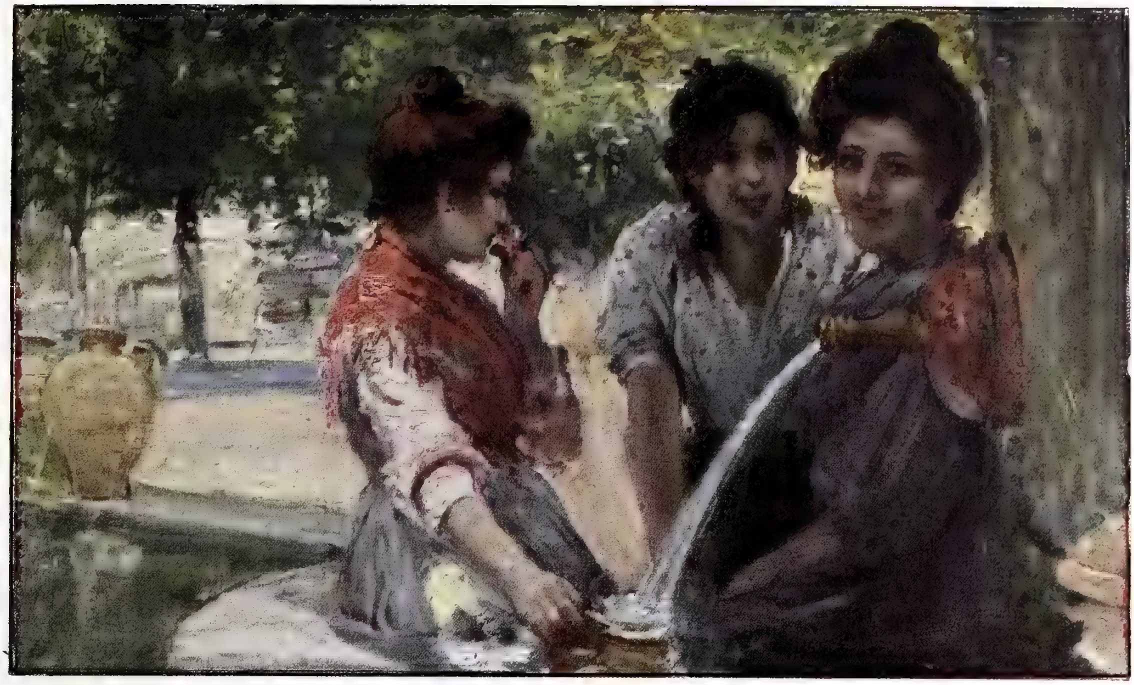
LOS JAPONESES EXTRAYENDO MINAS PUESTAS POR LOS RUSOS EN EL RÍO LIAO Photo Nouvelles



EL RÁPIDO DE PARÍS Á MENTON EN LA ESTACIÓN DE MONTE CARLO Fots. Chusseau-Flaviens



EL EMPERADOR DE ALEMANIA DIRIGIÉNDOSE Á UNA CACERÍA Fot. Ansicht



FUENTE GRANADINA

¿Qué es lo que más le ha gustado á usted? ¿la Alhambra? ¿el Generalife? ¿el Albaicín?—pregunté una vez al eximio novelista D. José María de Pereda, que regresaba de un viaje á Granada.

—El agua,—me contestó con dogmática sequedad, acentuada por la adusta expresión del rostro quijotesco, por la audacia afirmadora de la cenicienta perilla, por el movimiento indisciplinado de los lentes, que á duras penas cabalgaban la nariz como un mal jinete en un potro de mucha sangre.

Hoy día, todo el que ha leído las obras del inmortal Ganivet creerá que en ellas se inspiró la contestación de Pereda; pero cuando yo se la oí, las obras de Ganivet no habían llegado sino á muy escaso número de lectores, y de seguro que el hidalgo montañés no las había leído.

—Me complace—añadía el autor de *Sotileza* humanizando un poquillo el gesto—ver cómo en Granada el agua corre y se filtra por todas partes, mana de las paredes, brota de columnas y pilastras, surte de donde menos se piensa, como la sangre de la ciudad; canta con amigable voz en las albercas, ríe en los surtidores, murmura historias ignoradas en los caños. Por eso, más que las aguas que todo el mundo ve en los jardines de la Alhambra y en tal ó cual aparatosa fuente de mucho boato arquitectónico, me halaga oir y ver, ó bien oir sin verla, cómo fluye la fresquísima vena en las fuentes sin nombre, en los caños sin historia, donde van á buscarla con sus cantarillos las mocitas parleras del barrio.

No juraré que el maestro dijo un párrafo tan largo como éste, ni siquiera soy capaz de aseverar que tal haya hablado en su vida, pero sí que lo pensó, interpretando con su perspicaz sutileza algo que todo buen granadino siente en lo más hondo é íntimo de su sér.

Con haber sido tantos los cantores de las fuentes desconocidas y de los manantiales innominados, ninguno acertó del todo á traducir en verso ni en prosa el encanto y atractivo misterioso del agua que se desliza por el caño, forma en el aire un tubo de cristal límpido y se desmaya de gusto en la taza. ¿Quién es capaz de creer que el agua del caño no vive, no siente, no se entristece y se alegra, según las horas? ¿Quién tiene tan mal oído que no perciba la diferencia y variedad de sus voces? El lugar es el mismo, las circunstancias idénticas, pero el claro cantar de la fuente al albear la mañana no es la misma caricia excitante que llega á nuestro oído en lo caluroso del día, ni el mismo trémulo salpiqueo del anochecer, ni el mismo lamento suave y fatal del caño eterno en la honda noche.

A la tardecita, la fuente, por humilde que sea, no suele cantar sola. Coro y contrapunto le hacen las voces frescas de las muchachas, que maliciosas pían y gorjean. Cosas son éstas antiguas como el mundo. Para hablar de ellas, sumo arte es menester, así como el del egregio cantor del Génesis ó el del divino poeta del *Fausto*. Al hallaros junto á una fuente animada por el chichisbeo de las mocitas, ¿no evocáis el recuerdo dulcísimo de Rebeca, la blanca visión que aparece *al caer de la tarde*, «mocita de buen parecer—dice el patriarca—y virgen muy hermosa no conocida por varón»? ¿No volvéis á sentir la melancolía que en el primer *Fausto* os produjo la aparición de la desesperada Margarita junto á la fuente de las muchachas reidoras? ¿No os agasaja los oídos una reminiscencia de la inefable escena *junto á la fuente*, que el coloso de Bonn esmaltó en su Sinfonía pastoral? A poco que seais enamoradizo, ¿no sentís ganas de exclamar, como el D. Juan en la comedia famosa de Lope,

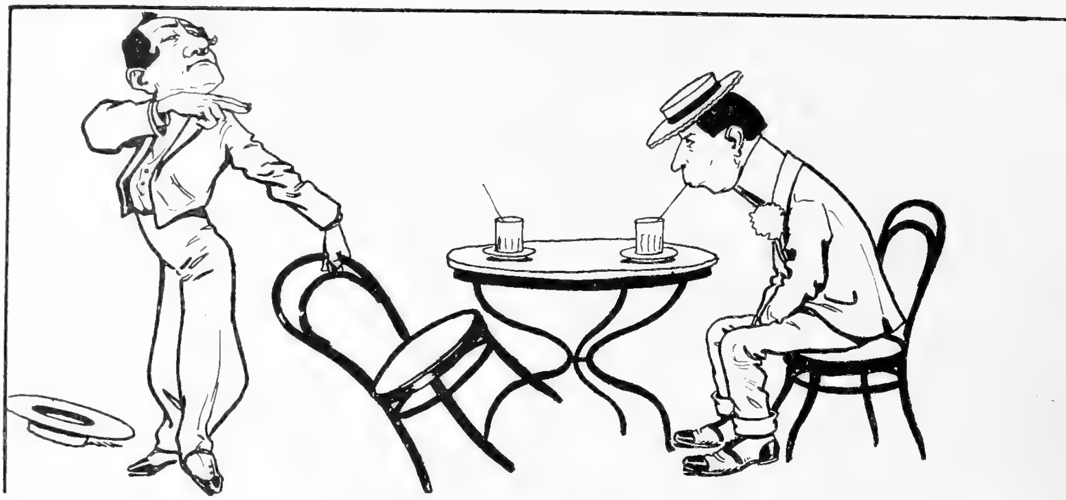
Más precio en tus blancas manos
ver aquel cántaro puesto
á la fuente del Olvido,
pedirle cristal deshecho
y ver que á tu dulce risa
desciende el agua riyendo,
envidiosa la que cae
de fuera á la que entra dentro,
y ver cómo se da prisa
el agua á henchirle de presto
por ir contigo á tu casa
en tus brazos ó en tus pechos,
que ver cómo cierta dama
baja en su coche soberbio...
etc.?

Asunto es éste para poetas grandes. Callemos, pues, y medítelo quien pueda.

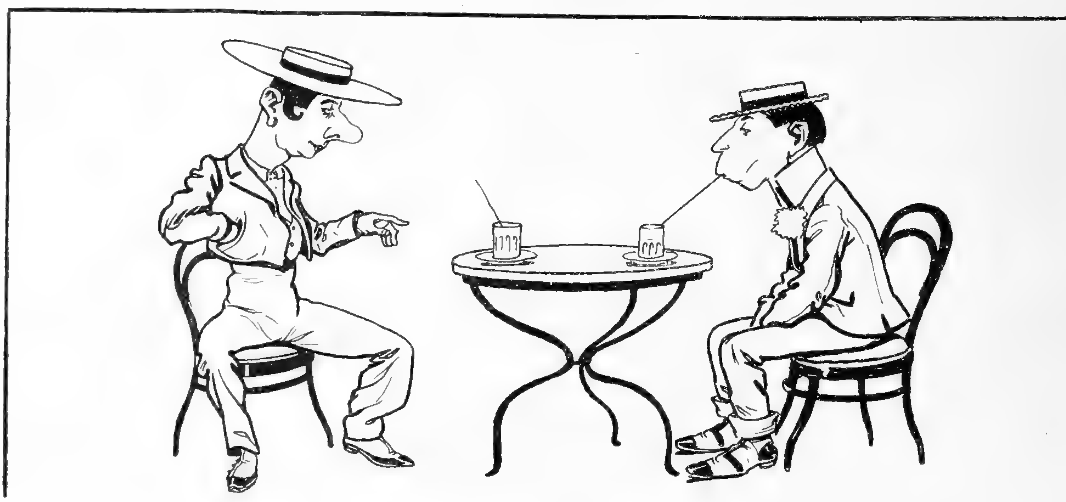
ENE

LA SUERTE SUPREMA

HISTORIETA, POR ROJAS



—Misté, el matar es custión de perfilarse...



... y de no tener miedo á los cuernos, porque...



...¡¡¡Juyyy!!!



LA CHAVALILLA

«Déjame, Pastora;
déjame, por Dios.
¿Qué le importa á *naide*, si *naide* me quiere,
que me muera yo?»

«¿Qué le importa al mundo...
ni á *naide* de mí?
¡Déjame, Carmela, por Dios te lo *pio!*
¡Déjame morir!»

En patio alegre
de casa limpia,
allá en los altos
del Albaicín,
una gitana
de quince Abriles
así lloraba
y hablaba así.

Todo en la pobre
temblaba á un tiempo
con angustioso
vago temblor:
la cara linda
y el seno leve,
las manos finas,
la dulce voz...

¡Pobre chavala,
flor medio muerta
entre las flores
de su jardín,
cuando las gracias
que prometía
tan sólo estaban
á medio abrir!

¡Flor consumida
por mal profundo!...
¡Flor malograda
por mal de amor,
que apenas puede
vivir muriendo...
en un ambiente
lleno de sol!

Una gitana
la sostenía,
de blancas greñas,
de obscura tez;
sabia *doctora*,
gran curandera
de las congojas
que da *el querer*.

Y estaba enfrente
de la chiquilla,
con incansable
curiosidad,
otra gitana
también muy vieja
que no paraba
de suspirar.

Vanos consuelos
eran los suyos
para los males
de la infeliz.
¡Pícaros males!
¡Pobre chavala!
Lloraba á mares
y hablaba así:

«Déjame, Pastora;
déjame, por Dios.
¿Qué le importa á *naide*, si *naide* me quiere,
que me muera yo?»

«*Pa* vivir tan sola,
pa llorar así,
¿no es *mejó* que acabe, que me vaya pronto?
¡Déjame morir!»

«Sin *pare* y sin *mare*,
¡qué sola quedé!
¡Ya *naide* me quiso! ¡A mí que vivía
de tanto querer!»

«Y puse en un hombre
después mi ilusión,
y el hombre era falso, más falso que Judas
y al fin me engañó.»

«¿Qué le importa al mundo
ni á *naide* de mí?
¡Déjame, Carmela, por Dios te lo *pio!*
¡Déjame morir!»

En sus miradas,
como un relámpago,
terrible angustia se reflejó,
y de repente, de entre los brazos
que la estrechaban
la chavalilla se desprendió...

¡Muerta! ¡En el suelo tendióse muerta!...
Sin más palabras, sin más suspiros;
¡muerta de angustia! ¡muerta de amor!
Al seco golpe del cuerpo inerte
más bien se unieron que contestaron
dos alaridos...
¡y luego el patio mudo quedó!

¡Nadie en el mundo lloró á la pobre!
¡La chavalilla... la flor preciosa,
de pronto muerta,
cuando las gracias
que prometía
tan sólo estaban
á medio abrir!
Algunas veces, de igual manera,
sobre los campos, solo y perdido,
un pobre pájaro viene á morir...
y nadie llora, y el mundo marcha,
mientras el pájaro se muere allí...

..................................

¡Después de todo...! ¡La vida es mala;
todo es engaño, maldad en ella!
¡Quien más nos jura cariño eterno
suele engañarnos también al fin!
¡Morir á solas! ¡Morirse pronto!
¿Es gran desgracia ó es gran ventura
morirse así?

C. FERNÁNDEZ SHAW

DIBUJO DE HUERTAS

ESCENAS MADRILEÑAS. LA SOLEDAD DEL SERENO, POR SANCHA







ANÉCDOTAS INFANTILES. EL VOLANTE DE FEDERICO

Federico Guillermo I, rey de Prusia, estaba un día trabajando en su despacho. Ante sus ojos y encima de un velador se extendía un mapa muy grande en el que estaban clavados muchos alfileres con banderolas de papel de distintos colores. Los prusianos se hallaban en guerra con los suecos por la posesión de Pomerania. El rey de Suecia, Carlos XII, era un gran general, cuyas hazañas infantiles también os contaré algún día. Federico Guillermo I estaba muy preocupado y, pensativo, cauteloso, iba quitando de unos lugares los alfileres con banderolas y poniéndolos en otros sitios del mapa. Cada alfiler de aquéllos representaba una división de infantería ó un regimiento de caballería, ó tantos y cuántos cañones de los prusianos y de sus enemigos. Cada uno de aquellos alfileritos era en realidad uno ó varios millares de hombres que acaso en aquel momento estaban derramando su sangre por la patria...

Absorto en su trabajo, Federico Guillermo I no advirtió que en el solemne despacho había entrado su hijo, un hermoso niño de cinco años, que jugaba gozoso con su raqueta y su volante. De pronto, el volante, que el chico había arrojado contra la pared, vino á caer en el mapa y echó por tierra ó desalojó de sus posiciones á cuatro ó seis regimientos prusianos, quiero decir, á cuatro ó seis alfileres.

—¡Hola! ¿Estabas ahí?—dijo el Rey, un poco amostazado, pero sin querer regañar á su hijo.—Toma, toma tu volante.—Y con el gesto le invitaba á que se largase de la habitación. Después volvió á sumergirse en el mapa.

El niño, sin querer comprender la indicación de su augusto padre, recogió el volante y siguió jugando. Al poco rato, el volante volvió á caer en el mapa, desbaratando por completo las fuerzas aliadas de Rusia y de Sajonia; total, una docena de alfileres.

Federico Guillermo I frunció las cejas, ya amoscado de verdad, echó una severa mirada á su hijo y le devolvió el volante, haciendo al mismo tiempo al obstinado niño señas de que tomase la puerta.

Pero el pequeño era voluntarioso y desobediente. Siguió jugando, y tercera vez cayó el volante en el mapa, decidiendo la suerte de una batalla que iba á darse cerca de Stralsund.

Enfadado gravemente el Rey, cogió el volante y se lo guardó en el bolsillo del casacón.

El muchacho se quedó mirando de hito en hito á su padre; reflexionó lleno de rabia, y después de un rato, le dijo con arrogante dignidad:

—¿Quiere vuestra majestad devolverme pronto mi volante? ¿Sí ó no?

El rey de Prusia se quedó mirando á su hijo, que estaba plantado en actitud fiera, con su raqueta en la mano, como una espada. Después miró el mapa de la guerra, y considerando de muy buen agüero la osadía de aquel niño de cinco años, le dijo:

—Toma, hijo mío, toma tu volante, que aunque esta campaña se pierda, si sigues teniendo el genio tan firme, nuestra será la Pomerania.

Y así fué, en efecto, porque el niño aquél fué después el gran rey y mejor general Federico II de Prusia.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA

FIVE O'CLOCK TEA

Ó EL TÉ DE LAS CINCO (PARA LOS NIÑOS QUE NO SABEN INGLÉS)



1.—Mira, tú, no creas que es tan fácil como parece eso de servir bien un té cuando se espera gente de cumplido, como nos sucede á nosotras hoy.



2.—Ea, ya está puesta la mesa. Como tú eres la señorita de la casa, á ti te corresponde servir, y ¡mucho cuidadito con las *incorrecciones!*



3.—Sí, sí; ahora que la mandona está entretenida haciendo cortesías á sus relaciones, me aprovecharé para hincarles el diente á las galletas.



4.—¿Qué estabas haciendo? Apuesto á que te lo has zampado casi todo. Y ahora, ¿qué van á decir de nosotras estas señoritas á quienes hemos convidado?



5.—¡Vaya, no hay que apurarse, que para todos habrá! Crean ustedes, señoritas, que estoy encantada de tenerlas á ustedes á mi lado.



6.—¡Ah, claro! Aquí no es como en casa de las de Fulánez, esas cursis imposibles que... *(Siguen despellejando como si fueran personas mayores.)*

FOTS. MUÑOZ DE BAENA



HISTORIETAS NATURALES. EL AVESTRUZ

Le llaman también los moros *el pájaro-camello*, y el nombre éste es muy exacto.

Según los que han visto al avestruz correr por los desiertos de Africa, la gigantesca ave parece, efectivamente, un camello que por arte de birlibirloque se ha convertido en pájaro, si bien su naturaleza de ex cuadrúpedo le impide volar, pues como en la Creación hay límites para todo, parece que en esto de las alas también lo hay, y Dios no ha querido que existan alas capaces de suspender en la atmósfera á un animal comparable en peso con una persona obesa.

Por eso el avestruz ¿os habéis fijado en ello? tiene la cara de un señor muy aburrido y molesto: pues si es muy triste la situación del hombre que dice como el poeta:

Alas para volar, ¡ay! ¡quién tuviera!

no triste sino ridículamente melancólica es la situación de quien, como el avestruz, tiene *alas para volar*, pero no vuela porque le pesan mucho las carnes.

Y añaden los que han visto correr al avestruz, que como la ligereza de este animal es tan grande en algunas ocasiones, al verle correr por cima de las arenas blanquísimas con sus piernas enormes, parece que va volando al ras del suelo como las golondrinas.

Pero no, no creáis que vuela. Eso les pasa á muchos; parece que vuelan, pero no hacen más que correr... y gracias.

Y lo peor del caso es que, no sirviéndole las alas sino como un adorno inútil, ellas son la causa de la persecución y muerte del pobre avestruz, pues en ellas es donde tiene la riqueza más apetecible para la humanidad caprichosa y cruel. Esas admirables plumas negras, llamadas impropiamente y con gran cursilería *amazonas*, que véis en los sombreros de paseo; esas suntuosas plumas blancas que nimban los sombreros de teatro de las señoronas elegantes, no son sino los despojos de las inservibles alas del avestruz. Aunque seáis muy pequeños, ya sabéis que esas plumas cuestan carísimas, al extremo de que es frecuente sustituirlas por las del marabú, que es otro bicho muy feo, de quien hablaremos quizás más adelante. Los jinetes árabes y berberiscos y los habitantes de la Etiopía, del Sudán y de todas las regiones centrales de Africa, se dedican á la persecución y exterminio de avestruces con ahinco y avaricia. Tan activa y constante es esta caza, que ya se ha pensado en la necesidad de criar avestruces y domesticarlos como quien cría gallinas. En España hay provincias donde se podría reproducir el avestruz grandemente, y conste que no es chiste.

Una calumnia horrorosa pesa sobre la buena reputación del avestruz. Se dice que no tiene amor paternal, y que la *avestruza* deja los huevos abandonados en el desierto, sin cuidarse de ellos con el amor propio de todas las madres ovíparas. Tal aserción no es cierta sino en parte. Los avestruces del Sahara abandonan los huevos en realidad, porque allí el sol calienta de tal manera, que no necesitan los polluelos el calor de la madre para salir del cascarón; pero en los lugares donde el calor no es tan grande, el avestruz y la avestruza turnan en la amorosa tarea paternal.

Porque debéis saber que la Naturaleza nunca cría malas madres.

DIBUJO DE REGIDOR

CONCURSOS INFANTILES



REFRÁN EN ACCIÓN

Explíquese este refrán, empleando en el epígrafe de cada viñeta quince palabras á lo sumo. El premio se concederá al niño que, acertando el refrán, lo explique con más ingenio. Consistirá el premio en un precioso juguete.

OTRO PROBLEMITA POLÍTICO-INFANTIL

Un diputado que asistió á la sesión permanente, nos remite la siguiente cuarteta CON LAS PUNTAS CORTADAS:

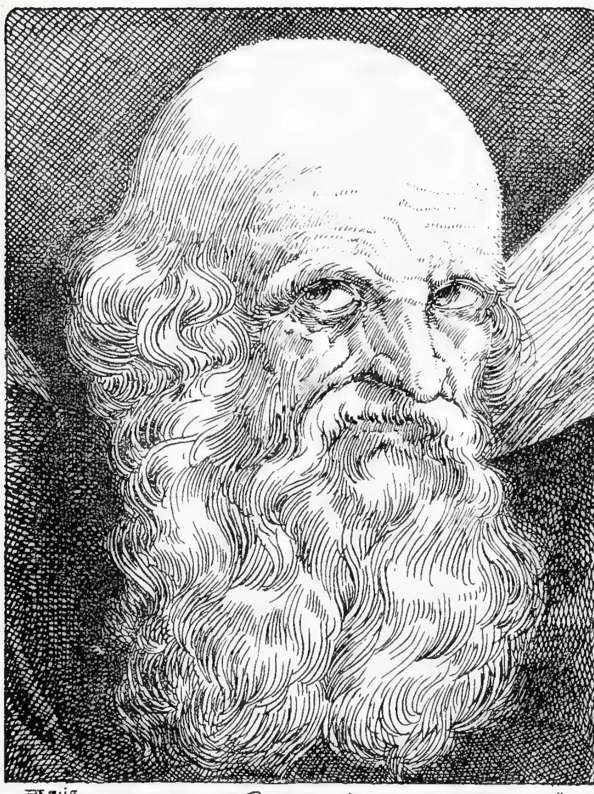
A UN PRADO AMENO ME... —¡QUÉ GUSTO DA ESTAR...
Y DIJE ASPIRANDO EL... SIN ACORDARSE DE...

Como cosa de un señor diputado, la cuarteta es completamente infantil, y estamos seguros de que nuestros pequeños lectores acertarán en seguida los cuatro consonantes que en ella faltan.

Al que acierte, se le regalará una suscripción á BLANCO Y NEGRO *por un trimestre. Y si aciertan varios, como es de presumir, se hará un sorteo, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.*

La solución de este Concurso y la del anterior se publicarán en el número 711, de 17 de Diciembre, y se recibirán en esta Redacción hasta el día 6 de Diciembre.

BLANCO Y NEGRO



San Andrés

Año 14. Madrid, 26 Noviembre 1904. N.º 708



EL HERMANO

Allá por un monte yermo, de espinos y zarzales, caminan Aleppe y el niño Erapo

Aleppe es viejo: tiene la barba blanca, sus ojos no ven, y su cuerpo se mueve á paso tardo, muy lento... El niño y un bastón le ayudan en su andar. Es la hora del atardecer; el sol se oculta bajo la cumbre, y Aleppe y Erapo vienen de pedir limosna por los pueblos de la colina. Pero hoy sus hermanos no han sido compasivos, y ni unas míseras sopas, ni un mendrugo de pan, ni trago de vino diéronles al viejo y al niño.

Regresan á su cabaña.

La cabaña está á la falda del otro cerro, donde Aleppe, en otros días lejanos, fué rico y feliz.

Caminan. El viejo se cansa cada vez más; se para á cada instante; desencoge la cabeza, respira, acaricia al niño y vuelve á andar...

—Abuelo, ¿tenéis hambre?

—No, hijo mío, ¡siento por ti!...

—No os inquietéis, que ahora llegaremos á la cabaña y comeremos el pan del lobo.

—¡El lobo!... ¿Acaso lo oigo, ni llega hasta mí el aullido del fiel amigo cuando, como otras tardes, desde lejos, presiente nuestro regreso? ¡No; hoy no oiré al lobo, ni comeré tampoco de su pan! ¡Queda aún mucho que recorrer, y mi cuerpo fallece!...

—¡Abuelo mío, no digas esas cosas tan tristes, que á mí me hacen llorar! ¡Sólo á ti tengo en el mundo, y si tú me dejas...!

—Dices bien, hijo mío: ¿qué vas á hacer de tu cariño cuando yo no exista? ¿En quién lo vas á poner, si los hombres son malos y no se aman?

—Andemos, abuelo mío, hacia la choza; con poco estaremos cerca. ¿No oís?

—No, Erapo: yo no oigo nada, ni veo, ni siento, y el alma se me acaba con esta deleznable envoltura terrena...

—¡Abuelo! ¡abuelo!... Levantáos; yo os llevaré en brazos. Habladme de vuestros hijos, de mi madre... ¿No oís?... *(Llora.)* ¡Señor, que os hice para padecer estos martirios!... ¡Abuelo!... Yo llamaré á los hombres, que después de las labores del día pasan por aquí cerca para recogerse en sus casas, donde les aguardan sus mujeres y sus hijos.

—¡Aquí, buen hombre!!... ¡Soy yo, Erapo! Parece que no me conoce. ¡Erapo con el viejo Aleppe, que se muere de hambre! ¡Venid á socorredme, hermano, y Dios os lo pagará, ¡hoy como nunca!...

Y se oyó á poco, allá abajo, en la explanada, una voz que gritaba:

—¡Ah, eres tú! ¿Hasta cuándo no nos vais á dejar en paz? ¡Pan para el lobo! ¡Trabaja y suda, pordiosero!

Después, el rústico espoleó al asno que montaba, y perdióse de vista por los senderos de la aldea.

El viejo había muerto.

En la lejanía oíase bien distinto el toque del *Angelus*, y más cerca las esquilas de algún rebaño que regresaba al lugar, y en el intenso azur del cielo comenzaron á aparecer las estrellas.

El niño lloraba besando el cuerpo del anciano.

—¡Buena mujer: subid la cuesta, que mi abuelo se ha muerto!

—¿Quién llama? ¡Ah, eres tú, Erapo...! Pan para el lobo... ¡trabaja, desgraciado!

Y pasaba y tornaba á pasar mucha gente por los caminos de la aldea, y todas respondían lo mismo: ¡Pan para el lobo! ¡Trabaja, desgraciado!

—¿Por qué, Señor, tanta infelicidad y no dejé yo de existir y padecer con Aleppe?

Y el niño estuvo llorando muchas horas, y en el silencio de la noche percibíanse desde muy lejos sus lastimeros sollozos.

De pronto, en el arroyo cercano cesan las ranas de croar y las cañas ondulan fuertemente, y hacia el monte va subiendo un bulto negro, que al niño se encamina con ansia, angustiosamente.

Ya están los dos reunidos; se abrazan con amor; el niño llora de pena y alegría, y los dos besan al viejo, ya frío, y lo cubren con mucha tierra en un hoyo muy hondo.

—Vámonos á la cabaña, Loubín, hermano lobo, para penar juntos...

Pero el lobo no se mueve; aulla y no aparta sus ojos, brilladores como ascuas, del monte más alto de aquel valle.

Erapo acaricia á Loubín y tira de él por el ramal, recién mordido, que la fiera lleva sujeto á su cuello. Todo es inútil; el lobo no quiere ir á la cabaña, y sigue aullando; pero ya camina y guía al niño hacia el monte más alto del lugar...

—Bien hice—habla Erapo—en recogerte, cuando recién nacido, sin madre, en tu misma cueva... ibas á perecer, y compartí contigo mi pan de la limosna, noble hermano. ¡Sí, subamos al monte, de donde los hombres huyen, y en su tierra, virgen de toda pravedad, vivamos los dos la pura existencia!

Manuel CARRETERO

DIBUJO DE REGIDOR

TIPOS SEVILLANOS.—¡ASÍN ESTARÉ YO ER DOMINGO!
POR GARCÍA Y RAMOS



EL GENERAL SERRANO

Nació en la Isla de León el 17 de Octubre de 1810. Falleció en Madrid el 26 de Noviembre de 1885.



PRONTO hará cuatro lustros que aquella naturaleza que parecía forjada en los moldes de los viejos héroes; aquella voluntad que desafiaba serena las tempestades más temibles; aquel corazón abierto á todos los sentimientos generosos; aquel hombre, en fin, que fué árbitro de España en días de prueba, sucumbió bajo el peso abrumador de una pertinaz dolencia.

Cuando se leen las campañas de la primera guerra civil, el ánimo se sorprende ante el arrojo y la bravura del intrépido joven, que parecía un héroe del Romancero.

Y para que no se me tache de exagerado, citaré lo ocurrido en la acción de Casena, donde Serrano con 40 caballos, cargó sobre 600 infantes y 30 caballos carlistas, y lo hizo con tal denuedo, que en pocos momentos los puso en dispersión, matando 30 infantes, haciendo prisioneros 15 caballos, la brigada y un gran número de efectos. Tras este notable hecho de armas, que le valió el ser proclamado una de las primeras lanzas del Ejército, verificóse aquel célebre desafío en que se batió cuerpo á cuerpo con el intrépido cabecilla Capdevila de Figols, matando á éste después de una reñida lucha.

Desde los treinta y dos años, en que fué *Ministro universal*, su historia va íntimamente unida á la historia de España, de la que fué una de las primeras figuras. Ministro de la Guerra en varias ocasiones, presidente del Poder ejecutivo, Regente, jefe de la nación, y candidato en determinados momentos para la Corona, todos sus actos pertenecen á la Historia, que ha de juzgarle.

Cuando el general Prim le propuso que aceptase la corona, contestó con su pintoresco estilo:

—Aunque estuviera loco. Ni usted ni yo, mi querido D. Juan, podemos pensar en eso; para ser rey es preciso haber nacido en el oficio.

La modestia fué uno de los rasgos distintivos de su carácter; era demócrata por temperamento y hombre adecuado para ejercer las grandes magistraturas populares.

El llevaba constantemente su correspondencia, y contestaba de su puño y letra á las cartas que recibía, usando papel sin timbre ni membretes, y firmando siempre: Francisco Serrano.

Todas las cartas y papeles que recibía los rompía después de haberlos leído.

—¿Pero qué hace usted, mi general?—le dijo un amigo.—Con esa conducta priva usted á la Historia de muchos documentos.

—Lo que hago con esto—contestó jovialmente—es prestar un gran servicio á mis conciudadanos. ¡Cuántas miserias he arrojado al cesto de los papeles!

La vida de sociedad le gustaba poco; su placer favorito era vivir en el campo dirigiendo las faenas agrícolas y pasando sus veladas con los campesinos, que le querían entrañablemente.

Desde 1875, el duque de la Torre procuraba vivir modestamente en su retiro. Veinticuatro horas antes de su fallecimiento, todavía conservaban alguna lucidez sus facultades. Sería la una de la tarde cuando, dirigiéndose á uno de los que rodeaban su lecho, preguntó:

—¿Qué noticias hay hoy del rey?

—Todavía no tenemos ninguna,—le contestaron.

—¡Pues á ver!—replicó con imperiosa voz de mando:—que monte inmediatamente un ayudante á caballo y que vaya á El Pardo de mi parte á enterarse del estado de S. M.

Puede decirse que fueron sus últimas palabras.

Las únicas condecoraciones que usaba cuando vestía de uniforme, eran la banda de la gran cruz de San Fernando, la cruz laureada de la misma Orden, la medalla del Sitio de Bilbao y el Toisón de Oro. La cruz laureada se la regaló el general O Donnell, y la perdió Serrano al hacer su entrada triunfal en Madrid de regreso de la batalla de Alcolea, siéndole devuelta la insignia por el que la encontró. La última espada que ciñó fué la del duque de Tetuán, que éste le legó en su testamento.

Ganar amigos pareció ser seguramente la máxima del duque de la Torre, y éstos no podían faltarle en la última despedida. ¡Qué espectáculo tan consolador el que dió el pueblo de Madrid, inteligente como pocos, liberal como el que más de España, acompañando al ilustre caudillo, que tantas veces expuso su vida en defensa de las libertades patrias, hasta el cementerio!

EDUARDO DE LUSTONÓ

Fotografía del retrato al óleo, por D. Antonio Gisbert



AIRES MURCIANOS

LOCO DE REMATE

El zagal estaba
en tós sus cabales,
pero andaba siempre caviloso y triste
por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...

Era el pobre zagal vergonzoso,
un mocico de esos buenos y formales,
y causaba pena verlo á tóicas horas
murrio, callaíco, sin hablar con náide...
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!

Pal trebajo era un negro: salía,
hecho un esclavico, con la casa alante...
«¡Mis pies y mis manos!»
cuando lo mentaba decía su padre...

Pues solo el mocico, y aunque vió mal tiempo,
se marchó con el carro de viaje,
y en mitá del camino, la nube
le pilló de golpe, sin poder librarse..
Se caló ista los güesos; la ropa
se secó pegaíca á la carne...
le entró calentura; se vido á la muerte...
¡y loco de aquélla queó de remate!

Le dió la locura por ser lo contrario
de lo que era enantes;
cantaba y bailaba
sin empacho en mitá de las calles
tan suelto y alegre, que el pobre paecía
más felis que náide...

¡Detrasico del loco iba siempre
escurrío de pena su padre!

Luego, algunos días,
al zagal le entraron arrebatos grandes...
había que atarlo,
porque no era cosa de verlo estrozarse,
y al viejo le hicieron llevarlo á las javias,
¡que era igual que vivo sepultura darle...!
Y al hijo á la jaula llevó engañaíco...
El zagal cantaba, mientras que en la calle,
escurrío de pena y de angustia,
mirando á las javias, lloraba su padre!

.......................................

Al mocico, ahora,
otra ves lo tienes en tós sus cabales;
pero ya no canta: lo ves, como en tiempos,
caviloso y triste por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...
Da lástima verlo:
murrio, callaíco, sin hablar con náide,
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!
Cuando estaba loco, paecía más cuerdo...
¡páece ahora más loco que enantes!

Vicente MEDINA

DIBUJO DE MEDINA VERA

EL INVIERNO QUE LLEGA,
POR CARLOS VÁZQUEZ



Crónica Gráfica

El hallazgo de un cuadro de Goya vendido por su dueña simultánea ó sucesivamente (en esto estriba toda la dificultad y el pleito) á varios marchantes, ha sido objeto de grandes comentarios en la prensa periódica.

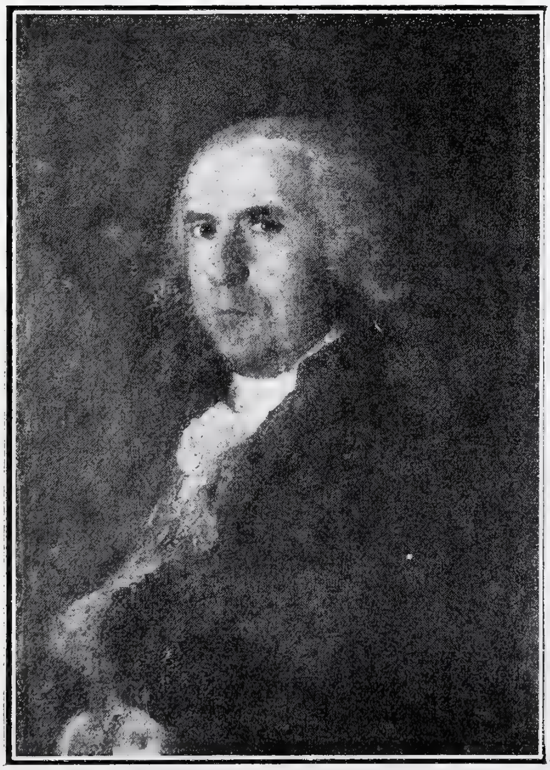
Los artistas y críticos que han visto el retrato no vacilan ni un momento en afirmar que se trata de un Goya auténtico y, por tanto, de una obra de gran importancia. Aunque su estado de conservación no sea muy perfecto, puede advertirse en este retrato grandísima semejanza con el bellísimo del general Urrutia, que figura en el Museo del Prado. La colocación de la cabeza y el reparto de luces y sombras son, sin duda alguna, de la misma mano, y aún pudiera afirmarse que entre la ejecución de ambos retratos no había transcurrido mucho tiempo. Numerosísimos son los retratos que pintó el inmortal maestro, pero en cada uno de los que nuevamente se descubren se halla siempre algo interesante y digno de atención. Los ojos bovinos, perfectamente horizontales de este nuevo y desconocido personaje, nos causan impresión profunda. Goya es de los pocos artistas que siempre nos ofrecen algo inesperado. Bien merece este cuadro que se lo disputen quienes se crean con derecho á él.

Uno de los hombres que más honda revolución han causado en las costumbres de Francia, el famosísimo autor y defensor de la ley del divorcio, Monsieur Alfredo Naquet, ha sido nuestro huésped durante algunas semanas. En la vecina República, Naquet, que nunca fué un político de profesión, ha pasado de moda por completo, como las comedias de Dumas (hijo), que tanto le ayudaron en su campaña. Hoy día, el problema social y moral que la implantación del divorcio envolvía no preocupa allí á nadie, ni la proporción de los casos en que esa ley se aplica es tan aterradora como en un principio se supuso. Otras cuestiones, al parecer más graves, preocupan á los franceses, y dejan vivir tranquilo y casi olvidado á Monsieur Naquet, quien cada vez se muestra más satisfecho de su obra.

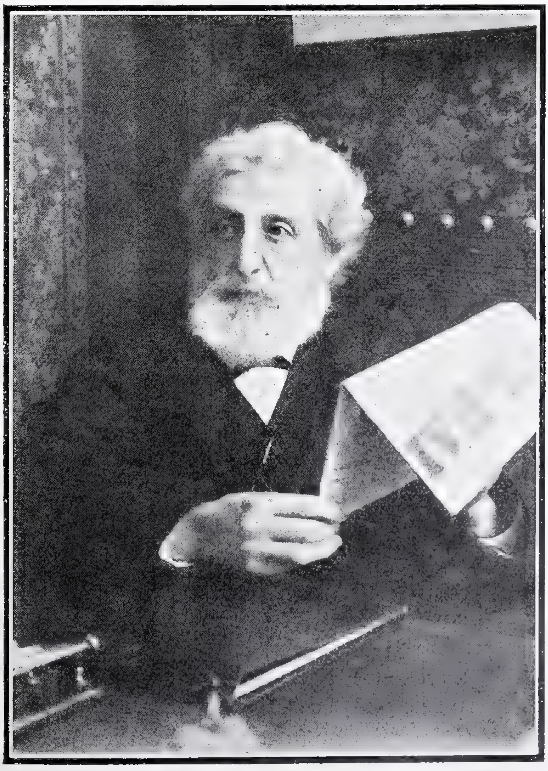
Las dos fracciones del partido liberal han festejado con un gran banquete las bodas de oro del Excelentísimo Sr. Marqués de la Vega de Armijo con la Cámara de Diputados. Cincuenta años de diputación, una fe verdaderamente juvenil en sus ideales y una gran clarividencia política, hacen del Sr. Marqués uno de los personajes más respetables del Parlamento español.

Se encuentra entre nosotros un ilustre compatriota, residente en América, el Dr. D. Francisco de los Cobos, á quien trae á España el nobilísimo intento de que se cree en nuestra patria una Universidad hispano-americana. El doctor Cobos es un entusiasta amante de la vieja patria española y hombre de tan gran talento como generoso corazón. Sea bienvenido, y ojalá logre sus propósitos.

La boda de la Excma. Sra. Condesa de Requena ó, dicho más claro, de Gloria Laguna, como familiarmente la llamamos todos los madrileños, ha despertado gran interés. Pocas veces se dará el caso de que una señorita aristocrática goce de popularidad tan grande como la de Gloria Laguna, á quien, con nosotros, desea mil felicidades todo el pueblo de Madrid.



RETRATO DE GOYA, CUYA PROPIEDAD ESTÁ EN PLEITO
Fot. Alonso



MONSIEUR ALFREDO NAQUET
Fot. Compañy





BANQUETE OFRECIDO POR LOS LIBERALES AL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO
Fot. Muñoz de Baena

EL DR. D. FRANCISCO DE LOS COBOS



GLORIA LAGUNA EN LA SALA DE EXPOSICIÓN DE SUS REGALOS DE BODA Fot. Muñoz de Baena



Madama de Pompadour

EL PAÑUELO DE LUIS XV

El matrimonio del delfín de Francia con la infanta María Teresa de España, hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio, ocupaba en Febrero de 1745 la atención del pueblo de París, haciendo declinar todos los asuntos ante la satisfacción de los reyes, no obstante la frase atribuída á Maurepas de no ser aquel acontecimiento sino *un plat mariage de famille.*

Versalles con Luis VX, Sceaux con los duques del Maine, Rambouillet con el conde de Tolosa, Chantilly con el duque de Borbón y Saint-Cloud con el de Orleans, lucieron sus fuentes, sus jardines y sus pinturas en honor de la nueva Delfina. Todos se esmeraban en superar á sus émulos en lujo y en despilfarro. Toda la corte se esforzaba además en distraer la melancolía de Luis XV, cuyos laureles guerreros se habían olvidado para recordar únicamente sus lágrimas ante el cadáver de la última de las *demoiselles de Neste,* aquella criatura de orgullo y de amor que se llamó la duquesa de Châteauroux.

Desde tan sensible desgracia, la corte parecía atacada de una fiebre de impaciencia, de curiosidad, de anhelo, por conocer y admirar el nuevo objeto de las distinciones *del bien amado;* grandes, chicos, nobles y plebeyos, damas y damiselas, no cesaban de hablar del asunto, de discutir las mayores ó menores probabilidades de éxito de sus candidatas, y eso que aún en aquella época el buen pueblo de París amaba á su soberano, aún se recordaban triunfos de las armas francesas, aún Luis XV parecía gentil y apuesto, y las viejas mariscalas sonreían indulgentemente al hablar del corazón del rey, mientras los filósofos amigos de Voltaire, que empezaban á poner de moda á Shakespeare, repetían en los salones la sentencia del gran poeta: «el amor es demasiado joven para saber lo que es conciencia.»

Murmurábanse historias de encuentros, de conspiraciones, de verdaderas cábalas, en que se mezclaban los nombres más ilustres de Francia, y los cuentos variaban desde lo trágico á lo cómico, confundiendo los perfumes de los palacios con la pesada atmósfera de las antesalas.

Entre las aventuras que se referían, no era la menos original la de cierto encuentro ocurrido durante una cacería en el bosque de Senart, en que la comitiva del monarca vióse sorprendida por la inesperada presencia de una bellísima amazona que, apenas entrevista, desapareció velozmente al galope de su hacanea blanca.

Los murmuradores añadían que aquel encuentro no había sido el único, pues en varias ocasiones, y aprovechando siempre la soledad ó la distracción *del bien amado,* presentábase ante sus augustos ojos la misma persona, tan pronto vestida de azul dentro de un faetón rosa, tan pronto vestida de rosa en un faetón azul, ó bien, siguiendo la moda traída de Polonia por María Leczinska, reclinada en un trineo figurando una concha marina de nácar y oro que sostenían tritones y cupidos coronados de rosas, y deslizándose sobre la nieve merced á la ligereza de caballos amaestrados que hacían resonar alegremente en el bosque sus cascabeles de plata.

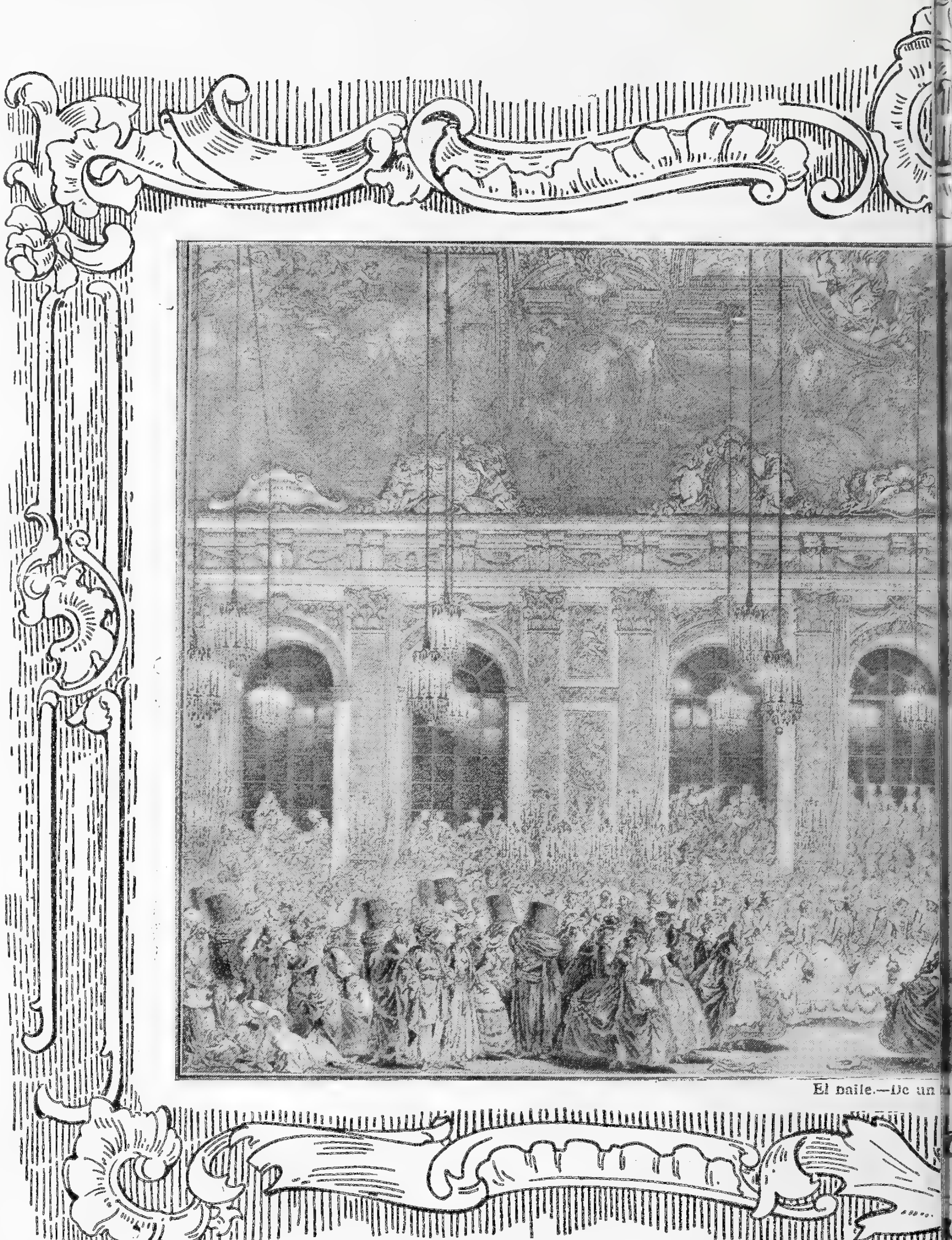
Los maldicientes se complacían en repetir que la tal dama, conocida por el nombre de madame de Etioles, no era sino una burguesa ambiciosa que, sin amor por su marido, un caballero perfecto que la adoraba, y conocedora del aburrimiento que empezaba á atacar por entonces á Luis XV, pretendía llamar su atención y atraer sus miradas, merced á aquellos disfraces.

Lo único que había de cierto en todo, era que enfrente de la cazadora á quien el rey distinguiera con sus saludos y sus galanterías de caballero, luchaba, utilizando todas sus fuerzas y su temible experiencia, el duque de Richelieu, valiéndose como preciosa arma para conseguir sus ambiciosos deseos,

de la duquesa de Rochechouart, cuyos méritos tampoco habían pasado sin hacer impresión en el ánimo del inflamable Luis XV.

Reñidísima era la contienda y valerosos los campeones que en ella tomaban parte. Nadie presumía el fin, aunque todos lo esperasen con impaciencia, y los festejos en honor del matrimonio del heredero de la corona ofrecían la ocasión más propicia para decidir el nuevo juicio de Páris, en que se había de conceder á la diosa más bella nada menos que el cetro de Francia, siquiera para empuñarle le fuese necesario valerse de la mano izquierda.

Ya en el baile de trajes celebrado en la galería de espejos del Palacio de Versalles, y dirigido por el duque de Richelieu, se habían hecho comentarios sobre frases, reverencias y miradas de unas personas á otras; pero la gente esperaba con impaciencia el gran baile anunciado el domingo de Carnaval en el Hotel de Ville, para pronunciarse con mayor fundamento sobre las inclinaciones del corazón de su soberano y el porvenir de la monarquía.



El baile.—De un

Efectivamente, á juzgar por el aspecto que presentaba la sala de fiestas del palacio municipal, nadie hubiese dudado de la grandeza de Francia, del lujo increíble de duquesas y madamas, y de la alegría y discreción de los invitados, que circulando en abigarrados grupos bajo los dorados techos del suntuoso Hotel de Ville, prestaban á éste el deslumbrador aspecto de un alcázar encantado en que se hubieran dado cita las hadas más poderosas de la tierra. La mezcla de madamas de la alta burguesía con princesas y marquesas, ocultas todas detrás de la mascarilla de terciopelo, proporcionaba, además, al baile un atractivo picante, una singularidad encantadora, que le diferenciaba de las demás fiestas, á que sólo eran invitadas las personas que, según la frase sacramental, disfrutaban de *las grandes entradas* en la corte. La libertad, el ingenio, la galantería, encontraban ancho campo en que desarrollar todas sus gracias, y el inimitable *esprit* francés poseía la virtud de igualar á todo el mundo, rindiéndose ante un solo soberano: la belleza.

Aristocráticas pastoras con dorados tirsos cubiertos de rosas y cintas; provocativas peregrinas agitando calabazas de oro y luciendo las bien perfiladas conchas sobre el tisú de los guardainfantes; encantadoras esclavas turcas mezclando sus atavíos orientales con los *paniers*, el rojo de Portugal y los albos bucles; mitológicas ninfas ostentando los atributos divinos y sin conservar de mortal más que las miradas; mil y mil disfraces inventados por la fantasía y el dinero, mezclaban sus colores, animando el salón con su alegría y su ligereza encantadora, cuando apareció en el primero de los salones una elegantísima comparsa presidida por un dominó verde, ante el cual la muchedumbre abría instintivamente paso, y las máscaras femeninas iniciaban su reverencia, sin impedir tales distinciones que las despiertas lenguas aumentaran sus bromas y los homicidas ojos disparasen con mayor fuerza sus potentes rayos en dirección del recién venido, que por su majestuoso continente y desembarazadas maneras parecía aceptar como naturales y casi obligadas aquellas muestras de admiración y de afecto de parte de la concurrencia.

De pronto, y como si respondiese á alguna señal convenida, destacóse entre la multitud una arrogantísima Diana cazadora, que dirigiéndose al dominó verde, tendió su arco, amenazando traspasarle el corazón con la argentina flecha, rematada en aguda punta de brillantes.

—La duquesa de Rochechouart—murmuraron en voz baja los de la comitiva, mientras sorprendido el señor de ella y tratando de reconocer los negrísimos ojos y los obscuros cabellos, sobre los que centelleaba una media luna



o de la época

de piedras preciosas, exclamaba dirigiéndose á la atrevida cazadora:

—Bella diosa: ¿por qué disparar vuestra flecha sobre un corazón ya herido? ¿Es efecto de vuestra crueldad para hacerle sufrir, ó de vuestra misericordia para acabar de darle muerte?—E inclinándose aún más y separando el arco de Diana, añadió en voz tan baja, que nadie, excepto la dama, lo pudiese oir:—Recordad el bosque de Senart, el faetón azul, el trineo de los amores, y tened confianza en mí.

El silencio se había hecho general, la música había cesado, las miradas de todos los concurrentes estaban fijas en la escena y, sobre todo, en la protagonista de ella, aguardando sin duda su respuesta; pero impresionada acaso la dama por la solemnidad de las circunstancias; cohibida por lo que acababa de oir, aunque no de comprender, y sintiéndose demasiado sola entre tantos envidiosos, apartó un momento sus ojos de los de su compañero para fijarlos en derredor suyo, como buscando auxilio.

No tuvo la suerte de fijarse en un acompañante del dominó verde, á quien antes sus amigos llamaran duque, que con el antifaz en la mano la predicaba valor, animándola á imitarle descubriendo su rostro, y en cambio fué lo bastante desgraciada para dejar que su augusto interlocutor se distrajese un instante, y siguiendo sus movimientos, fijase la atención en una seductora máscara que, agitando su abanico, caminaba hacia él en actitud de gracioso abandono.

El abanico de la máscara atrajo la atención del caballero, que dió un paso para cogerle, al mismo tiempo que la orgullosa Diana se perdía de nuevo entre el gentío, y el pretencioso duque exclamaba en voz baja, dirigiéndose á sus compañeros: «Terminado. ¡Pobre Rochechouart! Se acabaron para siempre las victorias de las duquesas auténticas. Preparémonos á conocer y servir á las falsificadas.»

Mientras tanto, el rey, examinando el abanico de su nueva interlocutora, murmuraba gratamente sorprendido:

—Un Watteau admirable. El gran Enrique IV á los pies de la bella Gabriela de Estrées. Nada más natural que la fuerza inclinándose ante la hermosura. ¿No sois de mi opinión?

—Salvo en una cosa: la pintura es obra mía.

—¿Y los versos que hay detrás también? ¿Quién fué vuestro maestro?

—Amor... digo, Crebillon.

—¿Renegáis del amor?

—¿Cómo he de renegar de él, si le debo la vida?

—Esa voz tan musical me delata que cantáis.

—Soy curiosa de todo, y las artes me acercan á mi ideal.

—¿Por qué?

—Porque es un ideal muy alto.

—Descubríos.

—¿Para que me reconozcáis?

—¿Luego os conozco...?

—Quizás... pero ¿qué importa, si tengo la seguridad de que nunca os fijásteis en mí?

—¿Tan distraído soy?

—O tan enamorado; que es muy distinto ver con los ojos á ver con el corazón.

—Reparad que es tarde.

—Y mi marido me espera; tenéis razón—murmuró atropelladamente la dama, llevándose las manos á la cabeza con tan mala fortuna, que cayendo en aquel momento el capuchón de raso que la cubría y desprendiéndose de su rostro el antifaz, dejó admirar un óvalo perfecto de asombrosa blancura coronado por espléndidos cabellos castaños, y en que sobre las demás perfecciones deslumbraban dos ojos de color indefinible, que reunían la seducción de los negros al encanto de los azules.

—¡Madame de Etioles!—exclamó con ira el ilustre protector de la tímida Diana.—Mi ninfa de Senart, repitió el monarca, embelesado ante aquella fisonomía, verdadera encarnación de la gracia femenina, en que todo era vida, movilidad; en que el alma de la mujer se hacía presente á cada momento, renovándose sin cesar y mostrando en una misma sonrisa la ternura seria ó imperiosa de la enamorada, la nobleza de la señora y las picardías de la coqueta.

Escapóse un grito de labios de la dama al verse reconocida, y sujetando la falda, echó á correr en dirección á la puerta, no sin que al mismo tiempo se desprendiera de sus manos el riquísimo pañuelo de encajes con que jugueteaba, y fuése rodando hasta los pies de Luis XV, quien con movimiento rapidísimo apresuróse á cogerlo y lanzarlo por los aires en dirección de la bella fugitiva.

—*Le mouchoir est jeté,*—murmuraron unos á otros los cortesanos, sonriendo picarescamente.

—*Le mouchoir est jeté, le mouchoir est jeté,*—repitió la multitud entre escandalizada y complacida.

—*Le mouchoir est jeté,*—suspiraron desconsoladas las bellezas de la corte, presintiendo el nuevo reinado de un nuevo astro que había de dictarles con irresistible despotismo las leyes sobre el gusto y la elegancia.

Y entre tantas personas agitadas por distintos sentimientos, pero todas alegres, bulliciosas, inconscientes, dispuestas á pasar de la vida á la muerte entre una reverencia y una carcajada, sólo una permaneció silenciosa, triste, viendo alejarse la brillante comitiva *del bien amado.*

Era un caballero de noble continente y porte altivo, aunque de pequeña estatura y de facciones irregulares, que en aquel momento se contraían violentamente, como queriendo ocultar su emoción.

No pudiendo conseguirlo, disponíase á cubrirse con el antifaz, cuando tres petimetres, ocultos bajo enormes cabezorros y cubiertos de encajes y cintas, le rodearon, saludándole por su nombre y aturdiéndole á fuerza de cumplimientos y agasajos.

—Encantadora, encantadora la reina del baile. Nunca se ha visto un triunfo parecido,—repetían en diversos tonos los cortesanos, esforzándose por hacer sonreir al caballero.

—Se asegura—exclamó uno de los jóvenes—que S. M. piensa conceder á madame de Etioles el taburete de dama de la reina, y que no pasará mucho tiempo sin que la veamos marquesa. Nada más merecido; y como á vos os cabe buena parte de tanta honra, os reitero mi enhorabuena, esperando que nos veremos con frecuencia.

—Muy difícil será—repuso al fin el caballero sonriendo melancólicamente,—porque mañana salgo de París. Necesito visitar mis tierras, hacer un largo viaje por el Extranjero...

—Pero vuestra esposa...

—Mi esposa resolverá lo que más le acomode. Mi amor hacia ella es demasiado grande para obligarla á nada.

—Pero vos...

—Desapareceré tan pronto y tan completamente de vuestra memoria, que ni siquiera para avergonzarme recordará nadie mi nombre.

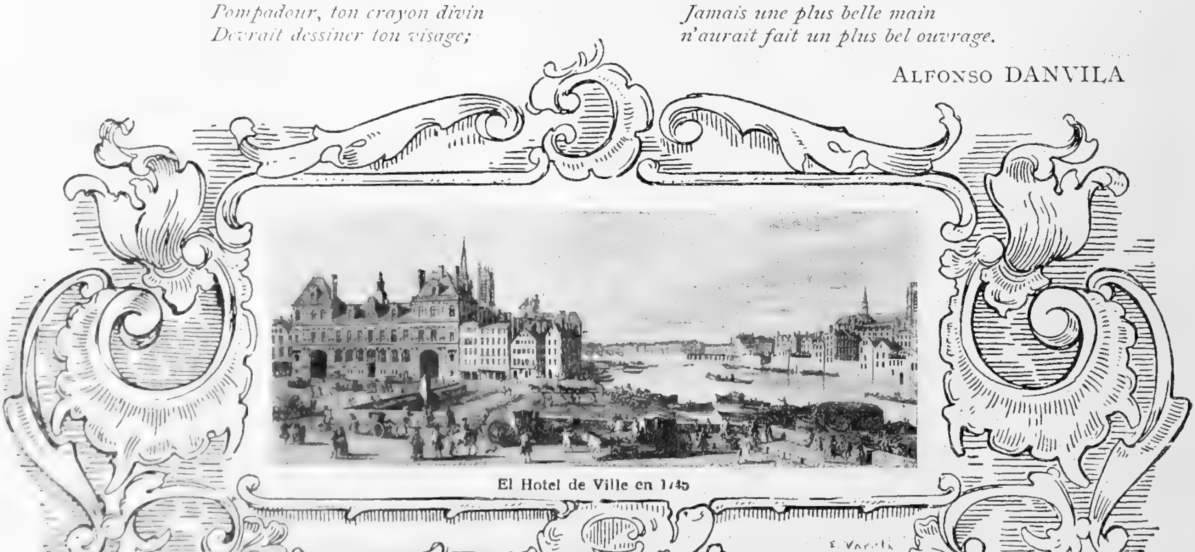
Y saludando cortésmente á las asombradas máscaras, que se inclinaron con respeto ante aquella desgracia que se alejaba, atravesó el caballero los salones, examinando con afectación los grupos que bailaban, los galanes que reían, las mujeres que suspiraban, toda la representación de aquel poder que creía honrar el pecado cubriéndole de oro y disculpar la falta ostentándola á la vista de Dios en la capilla de Versalles.

Las luces principiaban á temblar, casi consumidas; las bellezas, no muy seguras, apresurábanse á huir en busca de sombra y reposo. Por las ventanas del Hotel de Ville se comenzaba á descubrir el río, los edificios, todo el viejo París que se despertaba iluminado por el crepúsculo de la mañana, un crepúsculo que teñía el cielo de rojo, como si allá, muy lejos, alguien proyectara sobre la corte de los Borbones un velo de sangre..

Y así fué como conoció Luis XV á la célebre marquesa de Pompadour, aquélla de quien dijo Voltaire:

Pompadour, ton crayon divin
Devrait dessiner ton visage;
Jamais une plus belle main
n'aurait fait un plus bel ouvrage.

ALFONSO DANVILA



El Hotel de Ville en 1745

Actualidad Extranjera

Como la curiosa actividad ó la activa curiosidad de los fotógrafos llega á todas partes, nuestro corresponsal Chusseau-Flaviens ha logrado penetrar máquina en mano hasta en los más íntimos rincones del palacio de Belgrado y sorprender al nuevo rey de Servia, el Sr. D. Pedro I Karageorgevitch, ya en el comedor, ya en el despacho, ora consultando un mapa de la Manchuria y revelando en su postura y entrecejo el profundo interés con que sigue los incidentes de la guerra rusojaponesa, ora leyendo los periódicos de París, bien mondándose los dientes ó fumando con elegante indolencia un cigarrillo.

De todas esas fotografías hemos escogido la que representa á S. M. D. Pedro I sentado á la mesa en el comedor del nuevo palacio de Belgrado, con sus hijos y con algunos generales y oficiales de la guardia.

Como ustedes pueden ver, el comedor no tiene nada de regio, y sin jactancia podemos decir que los poseemos no inferiores por su *confort*, lujo y elegancia en algunas casas de huéspedes acreditadas, de esas que suelen frecuentar los diputados rurales y las comisiones de Ayuntamientos que vienen á Madrid á gestionar asuntos de propios.

La modestia y parquedad con que, según esos datos, vive el rey D. Pedro I, no pueden ser más simpáticas, si se tiene en cuenta que la nación servia, perturbada constantemente por las disensiones políticas, se halla en un estado económico que requiere grandes sacrificios por parte de todos sus ciudadanos, y para esto ningún ejemplo mejor que el que se da desde lo alto. D. Pedro I tiene, además, mil motivos para proceder en todo con la mayor prudencia, porque, á la verdad, el papel que ha tomado á su cargo no es nada fácil.

Una iglesia flotante no es lo que suele llamarse por ahí un espectáculo vulgar. En muy varias ocasiones y circunstancias históricas se ha aplicado por distintos oradores la metáfora de la nave, aplicándola ya á la Iglesia, ya al Estado.

Por esta vez, la metáfora se ha realizado cumplidamente, y los berlineses pueden visitar á diario el barco-iglesia, en donde se celebran todas las ceremonias litúrgicas.

Una de las primeras personas que le han visitado, según resulta de nuestras fotografías, ha sido S. M. la Emperatriz de Alemania.

Otra fotografía directa del natural nos enseña el procedimiento, por cierto bastante bárbaro, que para evitar la pestilencia de los cadáveres se ha seguido con los soldados muertos en las últimas batallas reñidas en la Manchuria.

El epígrafe llama piadosamente á eso *incineración;* pero, á lo que se ve, no se ha hecho sino colocar los cadáveres echados en filas sobre un lecho de cañas, y prenderlas fuego hasta el completo achicharramiento ó carbonización de las infelices víctimas de la guerra.

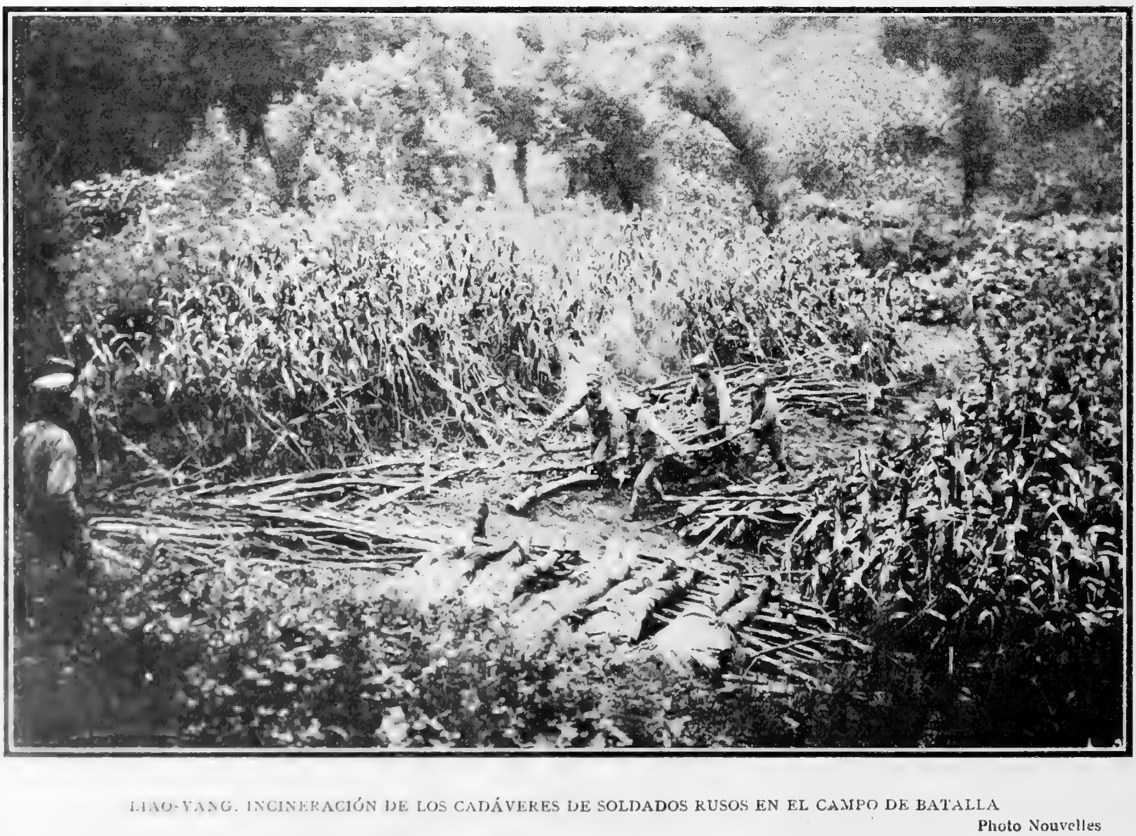
Ya pueden, en vista de esto, pronunciar elocuentes discursos y celebrar indigestos banquetes los señores del Congreso de la Paz próximos á reunirse nuevamente en la Haya. Todos los *toasts* y todos los brindis no podrán evitar que, hoy como ayer y mañana como hoy, sigan cometiéndose las más crueles inhumanidades en nombre de no sabemos qué salvadores principios.



BELGRADO. S. M. EL REY PEDRO I DE SERVIA COMIENDO EN FAMILIA — Fot. Chusseau Flaviens



BERLÍN. S. M. LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA VISITANDO EL NUEVO BUQUE-TEMPLO Ó IGLESIA FLOTANTE
Fot Berliner Illustrations Gesellschaft

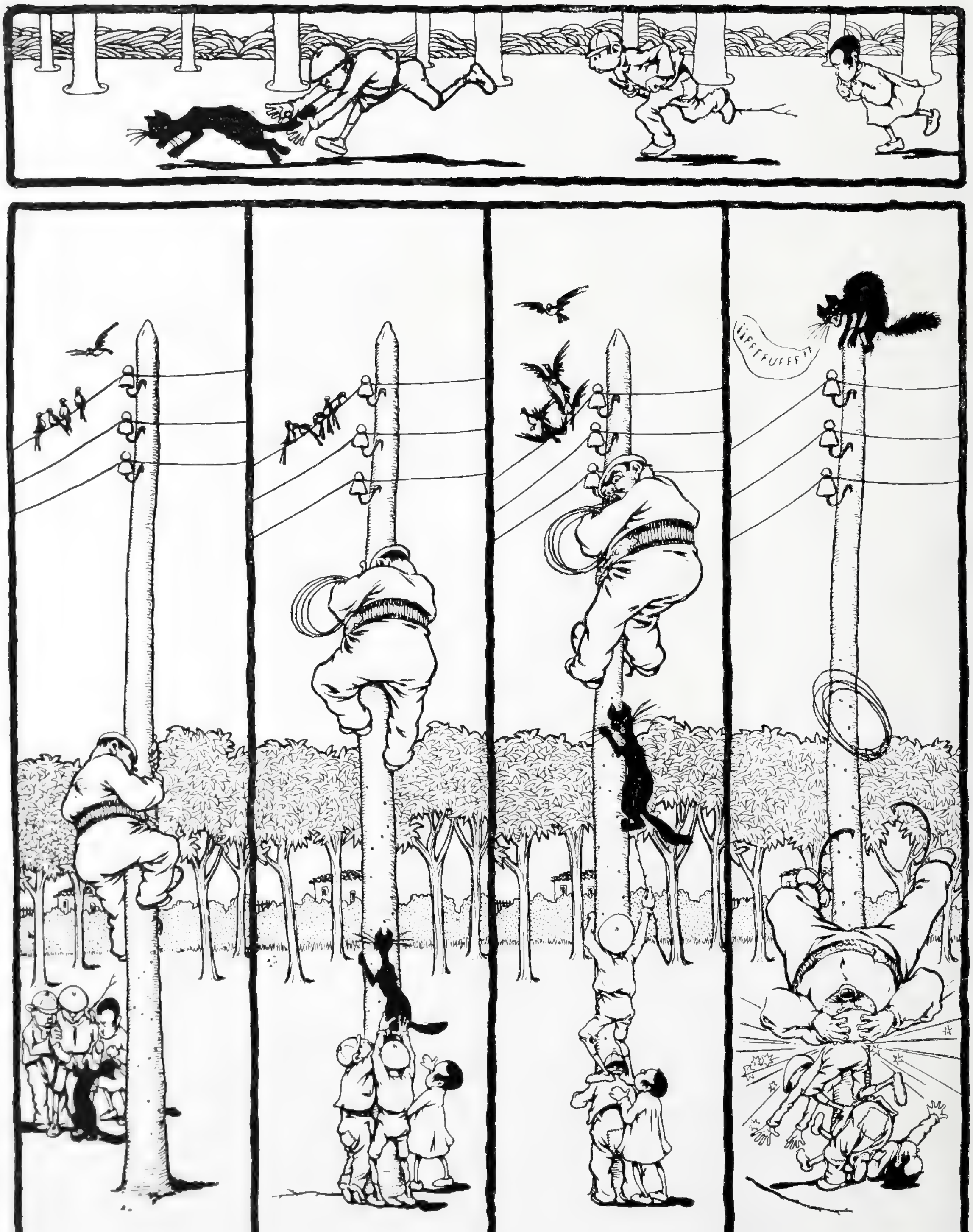


LIAO-YANG. INCINERACIÓN DE LOS CADÁVERES DE SOLDADOS RUSOS EN EL CAMPO DE BATALLA
Photo Nouvelles

LAS VICTIMAS FUTURAS,
POR MUÑOZ LUCENA



COMUNICACIÓN INTERRUMPIDA, por Atiza



«A causa del fuerte temporal reinante, se hallan incomunicadas todas las principales líneas.»

(De la pizarra de telégrafos)

EX-LIBRIS



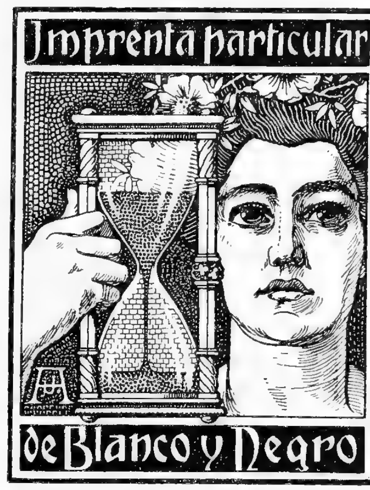
EX-LIBRIS DE WILLI GEIGER



E. VARELA

SABIDO es de todos que la palabra *ex-libris* sirve para designar el trozo de papel que se pega en la tapa ó en las hojas de guarda de un libro para indicar quién es su propietario. Pueden ser los ex libris más ó menos artísticos, pero la condición precisa es que no sean aplicables más que á los libros de aquella persona para quien el ex-libris ha sido dibujado.

Hasta hace pocos años eran escasos los ex-libris españoles conocidos; el eminente colaborador de esta Revista, Dr. Thebussem, reunió hace bastantes años una colección de estas marcas de biblioteca cuyo valor es inestimable, y que hoy puede admirarse en la Biblioteca Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú, á la que fué generosamente cedida por el referido Dr. Thebussem. Pero aparte del valor que el tiempo y la escasez de ejemplares han dado á estos ex-libris, son muy contados los que de ellos tienen algún interés artístico.



JOSÉ ARIJA

El ex-libris artístico es muy reciente en España; apenas datan los primeros de hace cinco ó seis años. En el Extranjero se han dibujado muchos ex-libris artísticos á partir de 1890. En este género de dibujo han sobresalido siempre los que se han distinguido en la ilustración decorativa de los libros. Alberto Durero, Holbein y Burgkmair, para no citar sino los más eminentes, dibujaron hace más de tres siglos magníficos ex-libris.





J. W. SIMPSON

Los que Durero dibujó para su amigo y generoso protector Willibald Pirckheimer, consejero del emperador Carlos V, podrán siempre ser citados como modelos.

Entre nuestros contemporáneos, los que han sobresalido en ilustrar libros y en la pintura de carteles artísticos, son también los que han producido ex-libris más notables. Así sucede con Anning Bell, Walter Crane y William Nicholson, en Inglaterra; Sattler, Barlösius, Otto Hupp y Fidus, en Alemania; Orlik, en Austria; Berchmans y Rassenfose, en Bélgica, y Matoloni en Italia. Igual ha sucedido en España, y buena prueba de ello son los nombres de Riquer, Arija, Triadó y Varela.

Eulogio Varela y José Arija son bien conocidos de los lectores de BLANCO Y NEGRO. Tienen excelentes condiciones de ex-libristas, y así lo acreditan las marcas de biblioteca que hasta ahora llevan dibujadas.

José Triadó ha dibujado ya bastantes ex-libris, todos muy notables por la seguridad y corrección de su dibujo, lo original y detallado de los motivos ornamentales, y algunos también por el simbolismo que encierran. Su nombre es hoy muy conocido y estimado por todos los coleccionistas de ex-libris de Europa y América.

Alejandro de Riquer, ventajosamente conocido como pintor de carteles artísticos, como poeta y dibujante, es también habilísimo grabador: ha dibujado numerosísimos ex-libris, que ha coleccionado en un magnífico volumen recientemente publicado. Muchos de sus ex-libris están grabados al agua fuerte.

Otros artistas y aficionados, entre los que merecen citarse Diéguez, Casals y Vernis, Ruiz, Font de Rubinat, Pin y Soler, y otros, han dibujado también muy notables marcas de biblioteca.

PABLO GONZÁLEZ MUÑOZ



JOSÉ TRIADÓ



ALEJANDRO DE RIQUER

ESCENAS MADRILEÑAS. LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS EN LA PUERTA DEL SOL, POR SANCHA



[library stamp]



CÓMO MURIÓ ABÚ-ZAKÚN

CUENTO ORIENTAL

Abú-Zakún y Abú-Jilián eran dos amigos, prudente el último, arriesgado el primero. Ambos iban de viaje, y un día que la jornada había sido larguísima, se encontraron, al pie de una montaña, una fuente de agua clarísima y fresca. Descansaron á la sombra de unos cipreses que allí cerca había, y Abú-Jilián propuso á su amigo dormir una buena siesta.

—Duérmela, si quieres, que yo por aquí me entretendré—le contestó Abú-Zakún, cuya alma aventurera no se avenía bien con las molicies á que son tan aficionados los buenos orientales. Y mientras Abú-Jilián dormía, Abú-Zakún comenzó á pasear por el bosque, hasta que dió en un gran canal de aguas profundas, al parecer. En la orilla veíase una hermosa lápida de mármol blanco, y en ella escrita con caracteres cúficos azules esta inscripción: «Viajero, si eres hombre animoso, podrás conseguir la ventura, la riqueza y el poder. Para ello tienes que pasar este canal á nado sin temor á lo profundo de las aguas ni á la violencia de la corriente. Si nadas bien, no tardarás más de dos horas en llegar á la otra orilla, y en ella encontrarás un objeto blanco que desde aquí parece un animalillo y es en realidad un toro de mármol, de tamaño natural. Sin descansar, cogerás el toro al hombro, y sin volver la vista atrás, sin hacer caso de los mugidos de los leones y de los chacales que tratarán de cerrarte el camino, subirás con el toro acuestas hasta lo alto de la montaña. Una vez que allí te encuentres, serás feliz, rico y poderoso como muy pocos hombres del mundo. Si tienes fe en ti mismo, no dudes en acometer esta empresa. Si mides tus fuerzas ó reflexionas, nada conseguirás, pues la dicha, la fortuna y el mando no son para los pusilánimes. La luz del sol llena el universo mundo; los menos delicados y los más resueltos son los que reciben los rayos más calientes.»

Sin vacilar un instante, ardiéndole la sangre en las venas, decidió Abú-Zakún realizar las hazañas indicadas en el mármol; pero cuando ya estaba desnudándose para lanzarse al agua, se acordó de su amigo Abú-Jilián, á quien no debía dejar solo, y que no lejos de allí dormía tranquilamente.

—¿Por qué me despiertas?—preguntó Abú-Jilián.—¿Es hora ya de partir?

El otro le explicó la aventura que intentaba, y Abú-Jilián, mirándole de hito en hito, le replicó:

—No parece sino que yo era el despierto y tú el que ha soñado. Tú, Abú-Zakún, morirás por tu imprudencia.

No obstante, cediendo á las reiteradas instancias de su amigo, Abú-Jilián fué con él hacia el sitio donde estaba la lápida.

Cuando llegaron, la lápida había desaparecido.

—¿Lo ves cómo estabas soñando? ¡Abú-Zakún, tú morirás de una ilusión, que es la peor enfermedad que puede atacar á un hombre sano!

Pero Abú-Zakún, que veía el canal y la montaña siempre en su sitio, dijo á Abú-Jilián señalando un punto blanco á la otra orilla:

—¿No ves allí lejos el toro de mármol?

Abú-Jilián, que había leído mucho en su vida, tenía la vista débil. No distinguía tal toro, y con nuevas razones intentó disuadir á su temerario amigo.

—Ahora es cuando más debo meterme en esta aventura—le dijo el obstinado Abú-Zakún.—Puesto que la lápida ha desaparecido, es señal de que para mí sólo estaba guardada esta empresa.

Y sin decir más, se desnudó, desoyendo las razones y los gritos y amenazas del prudente Abú-Jilián. Nadaba Abú-Zakún valientemente al través de las aguas frías, que le empujaban hacia abajo, pero él no perdía de vista el punto blanco, y echando mano de todo su vigor, no se desviaba de la línea recta. Aún después de un rato, oía las voces fatídicas de Abú-Jilián, que le gritaba:

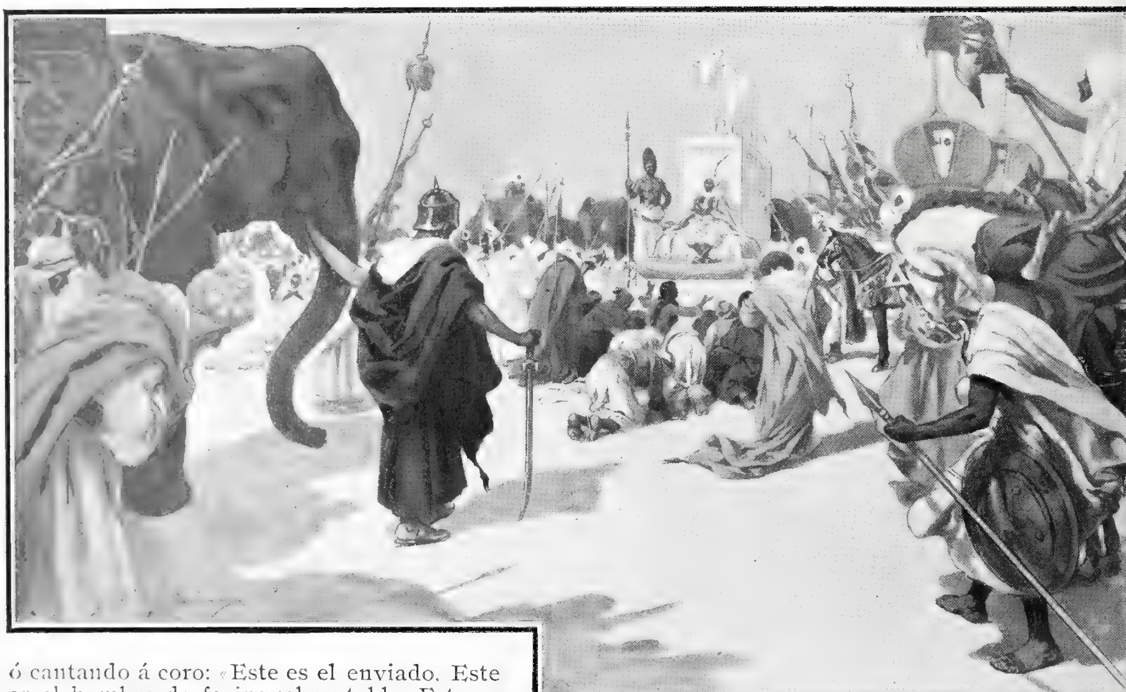
—Tú morirás, Abú-Zakún. Vuélvete, amigo mío.

Pero Abú-Zakún tenía gran confianza en sí mismo y no retrocedía. Las dos horas que decía la lápida pasaron, y justamente en ese tiempo el bravo nadador se encontró en la otra orilla, encueros y sudando á mares.

Soberbio y amenazador, un enorme toro de mármol blanco se alzaba sobre un pedestal de jaspe ne-

gro. Sin pararse á considerar lo fatigado que estaba, ni lo que pesaría aquel marmóreo animal, Abú-Zakún se acercó al pedestal, agarró al toro por el cuarto trasero y se lo acomodó lo mejor que supo sobre los hombros.

Aquella segunda prueba era más dura que la primera, no sólo por ser la segunda, sino porque para llevarla á cabo era necesario grandísimo vigor físico, unido á una gran paciencia. Pronto comprendió Abú-Zakún lo difícil que era moverse y subir cuestas con el enorme peso y la disforme balumba del toro. Mas como tenía fe en sí mismo, tomó la cosa con calma, y muy paso á paso, sin descansar, pero sin cansarse en repentinos esfuerzos, tardó siete horas en llegar á la cumbre de la montaña. Poco le faltaba para desesperar del todo, cuando se vió rodeado de una manada de leones que, en vez de lanzarse sobre él para devorarle, le rendían homenaje arrodillándose á sus plantas y azotando el suelo con sus grandes colas, como hace el perro cuando ve acercarse al amo. Conducía á los leones, que eran mansos, un negro gigante, quien acercándose en silencio á Abú-Zakún, le quitó de los hombros el toro blanco, y manejándolo como si fuese un juguete, le dejó sobre otro magnífico pedestal de jaspe rosa. Luego, el negro cogió á Abú-Zakún en sus brazos y sumergió su acardenalado y sudoroso cuerpo en un perfumado baño que había bajo el pedestal del toro. Después le amasó, le secó, le sirvió magníficas vestiduras persas, y llevándole respetuosamente la cola, le indicó con el dedo el sitio adonde debían dirigirse. Los leones se abrieron en dos filas al paso del maravillado Abú-Zakún, quien pronto se vió cercado por el más lujoso cortejo de caballeros y damas que en su vida había podido soñar. Todos iban á caballo ó montados en camellos, dromedarios y elefantes, y las damas en preciosos palanquines; pero todos, al divisar á Abú-Zakún, descendieron á tierra y se prosternaron ante él, gritando



ó cantando á coro: «Este es el enviado. Este es el hombre de fe inquebrantable. Este es nuestro monarca, el señor de Hiraz y Chiraz.»

Luego, todos le besaron el pie; después, los sacerdotes le ungieron, y por último, entró triunfalmente en la ciudad, que era tan hermosa como Babilonia en los tiempos pasados ó como Samarcanda en los modernos. El regocijo fué universal, pues se había conseguido, por fin, lo que en vano se buscaba desde tantos años: un soberano enérgico, valiente y que tuviera fe en sí mismo.

Pronto se vió que los sabios se habían equivocado una vez más. Abú-Zakún no servía para el gobierno. Fiado exclusivamente en sí mismo, lleno de soberbia por las hazañas que le habían llevado al trono, se hizo un odioso tirano. Un año se había cumplido desde que le ungieron los sacerdotes, y Abú-Zakún quiso celebrar el aniversario con gran pompa, subiendo á la montaña. De pésimo talante le seguían sus súbditos y súbditas, y muchos se excusaron de ir. Los leones gruñían.

Al llegar á la cumbre, Abú-Zakún oyó algún rumor desfavorable. Furioso, mandó á los sicarios que le acompañaban que azotasen á todos, damas y caballeros, los que estaban hacia el sitio donde el ruido sonó. Ya los sicarios alzaban los látigos, cuando, sin que el gigante negro los pudiera sujetar, los leones, fieros de repente, se lanzaron sobre el monarca, el cual no supo más que esconderse debajo del toro; pero no bien lo había hecho, cuando el toro gravitó sobre sus hombros, ya muy debilitados por la molicie y los placeres, y sin que Abú-Zakún pudiera remediarlo, le hizo bajar dando tumbos, más muerto que vivo, hasta la orilla del canal, y le empujó al agua rápida y profunda. Agotadas las fuerzas y perdida la confianza en sí mismo, el infortunado Abú-Zakún fué arrastrado por la furiosa corriente. Al fin y al cabo, las aguas le arrojaron muerto á la otra orilla.

Junto á ella estaba filosofando, de vuelta de su viaje, el prudente Abú-Jilián, quien al ver venir el cadáver al punto le reconoció como el de su temerario amigo. Las vestiduras regias en que venía envuelto, aunque rotas y embarradas, dieron á entender á Abú-Jilián casi todo lo ocurrido. Meditó largo rato sobre lo inútil de los afanes y ambiciones del mundo; cavó una sepultura en la arena; enterró en ella el cuerpo de Abú-Zakún; rezó una plegaria, y se fué á dormir otra vez la siesta bajo los cipreses.

Lema: KAF

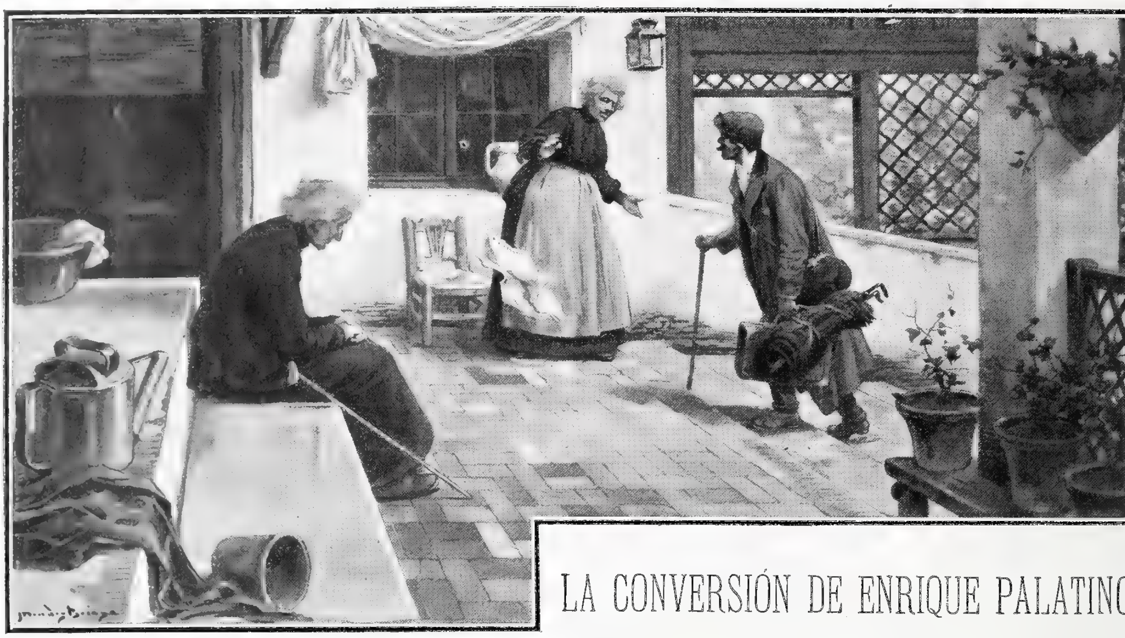
DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

(NÚMERO 33 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 3 Diciembre 1904. N.° 709



LA CONVERSIÓN DE ENRIQUE PALATINO

AHÍTO de placeres, extenuado de cuerpo, decaído de espíritu, salió Enrique Palatino de la corte con dirección á su ciudad natal, al anochecer de un hermoso día de Junio.

Apenas se puso el tren en marcha, Enrique, que llevaba el rostro casi adosado al cristal de la ventanilla, exhaló un tenue gemido y estremeciéndose pensó: «¿Volveré á Madrid alguna vez?» y respondiéndose á su interior interrogación, dijo en voz alta: «¿A Madrid? ¡No! ¡Quiero morir donde no vea á nadie!» Y en su rostro exangüe se dibujó una mueca de asco.

Enrique Palatino había vivido demasiado de prisa y apurado atropelladamente todas las sensaciones que parecen goces. Huérfano de padres casi desde la infancia, rico, robusto, independiente, sin pena que le sujetase ni capricho que no satisficiere, Palatino, de deseo en deseo, tan pronto nacidos como logrados, fué cayendo, cayendo á esa abyección moral que nos produce un hondo cansancio de nosotros mismos y un desprecio á veces compasivo y á veces agrio hacia los demás, cansancio y desprecio que se traducen al fin en una constante angustia de asco espiritual, infinitamente más amarga é insoportable que la angustia del asco fisiológico.

Aquel avaro un día de placeres, llegó á temerlos como á enemigos, desasogándosele hasta el rumor ó el eco de los goces de los demás, y muchas veces pensaba que la única delicia grata ya á su desolado espíritu sería la de que su cuerpo se convirtiera, petrificándose de pronto, en una de esas estatuas yacentes que se ven sobre las tumbas labradas en los silenciosos claustros de las catedrales, y que el tiempo fuese resbalando sobre su marmóreo cuerpo, sin producir el ruido más leve ni la más leve sensación.

Enrique Palatino llegó en las primeras horas de la mañana siguiente á su ciudad natal.

II

Sus dos tías, doña Filo y doña Braulia, de edad provecta las dos, y solteras ambas, le recibieron con los brazos abiertos. Mejor dicho, de ese modo le recibió únicamente doña Braulia, pues á doña Filo el ascetismo de su carácter, complicado con un acceso de reuma, le impedía abrir los brazos ni aun para estrechar entre ellos á su sobrino.

La casa que ambas señoras habitaban era propiedad de Enrique, quien se la cedía muy gustoso para que en ella fueran pasando sus últimos y tranquilos años aquellas dos hermanas de su padre, que con él constituían todo lo que quedaba de la familia Palatino, muy traída y llevada con elogio antaño en las historias de la región.

Así como le vieron á Enrique sus dos tías, ambas reflexionaron: «viene enfermo»; pero doña Braulia, que era la que gobernaba la casa, pensó: «Con buenos caldos, buenos pollos y buen vino, te sano yo en dos semanas»; y doña Filo, notable por su devoción y su naturaleza espiritual, dijo: «Hay que curar esa alma con el beneficio de la oración y de las santas lecturas.» De esta suerte, doña Braulia se encargó del cuerpo de Enrique y doña Filo de su alma, teniendo razón para su duplicidad de curas la doctora corporal y la del espíritu, porque en la persona de Palatino, si la materia no andaba bien, *lo otro* andaba peor.

Y mientras las cacerolas de doña Braulia y los libros místicos de doña Filo se disponían á entrar en campaña, Enrique sentíase en aquella casa silenciosa, tranquila y pulcra, como si hubiera caído en el fondo de un remanso después de beberse una porción de opio, hallándose tan insensible y aletargado, que si aquello no era el estado que Palatino hubo deseado tantas veces, se le acercaba muchísimo.

Esto ocurrió los tres ó cuatro primeros días, pues al quinto despertó sobresaltado Enrique, notando con verdadero terror que un señor canónigo, asiduo visitante de la casa y hombre santo del todo si no tuviera el defecto de la contradicción, le removía en el alma aquellas heces de asco espiritual que tanto le habían amargado la vida. El señor canónigo merecía la confianza y aun la estimación de doña Braulia como experto conocedor de todos los guisos clásicos, siendo su opinión en materia culinaria apreciadísima dentro y fuera del obispado, y al propio tiempo captábase la admiración de doña Filo como habilísimo teólogo y catador de casos de conciencia.

Y á pesar de reconocer Enrique todos sus méritos y todas sus virtudes, don Martín (que así se lla-

maba el canónigo) despertaba en él aquel horror á la humanidad que le obligara á huir de Madrid, y no ciertamente porque el sacerdote le contradijera en todo, según su costumbre, pues, como había observado con admiración doña Braulia, tan sólo una vez le llevó la contraria, y en cosa de tan poca monta como el color del pelo de Enrique, pelo que éste había creído siempre negro; y una vez que lo calificó así incidentalmente delante de don Martín, el canónigo sostuvo con gran copia de razones y avasalladora fuerza dialéctica que era rubio.

Huyendo, pues, de su casa por evitar el trato de don Martín, que casi vivía en ella, dedicóse Palatino á dar grandes paseos por los alrededores de la ciudad, llevándose de compañero un tomo del Kempis, que su previsora y espiritual tía doña Filo le había dejado sobre la mesa de noche.

Enrique leía á ratos y paseaba otros, haciendo con su lectura mística lo que los agüistas con el líquido medicinal que ha de limpiarles de humores el cuerpo, y tan probado es el procedimiento, que á los pocos días de pasear el admirable libro, ó mejor dicho, sus sabias pero tristes enseñanzas, Palatino sintió despertarse hondamente en su alma aquel sutil aliento místico que todos los españoles llevamos insuflado en el espíritu, aliento que unas veces es brisa y alza suave rumor de candorosos versos, y otras huracán y produce estrépito de guerras civiles.

Allá, hacia poniente de la ciudad y como á tres ó cuatro leguas de su perímetro, dibujábase, á modo de enorme cetáceo, el dorso gigante de la sierra de Anaya, en una de cuyas estribaciones se veían blanquear los restos de un convento arruinado. Enrique, más convencido que nunca, merced á la lectura del Kempis, de la vanidad de las cosas humanas, contemplaba al ponerse el sol el espléndido perfil de la sierra, coronado de un nimbo luminoso, y el alma se le iba hacia aquellas fragosas soledades, en las cuales podría saciar la ardiente sed espiritual que le causaba la dicha de su fe rediviva.

Una semana estuvo dudando, pesaroso del dolor que la aventura produjera á sus tías, pero al fin la soledad de la sierra le atrajo invenciblemente, prometiéndole inefables coloquios con el cielo, y Palatino partió á hacer vida penitente, dejando á sus tías una carta en la cual, sin confiarlas el lugar de su retiro, las prometía volver cuando su espíritu hubiera sanado del todo.

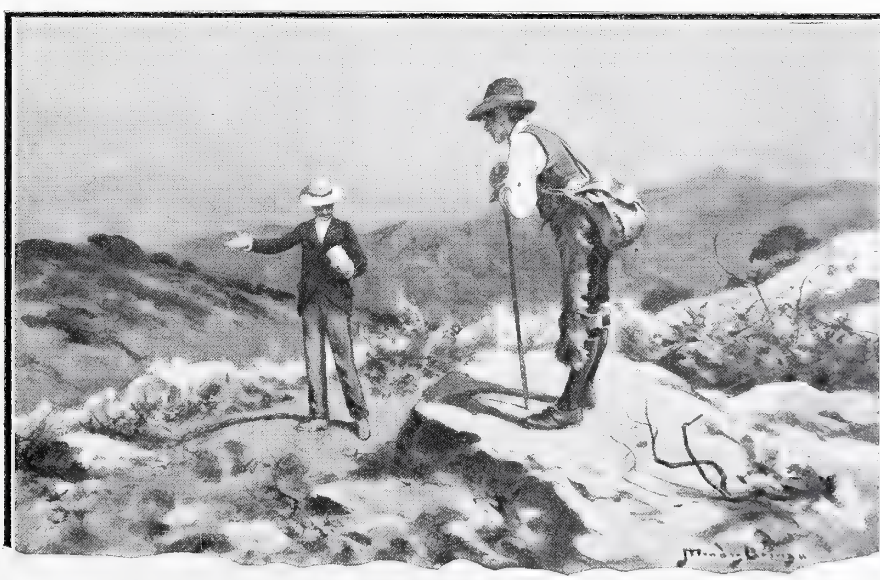
III

Largo tiempo anduvo perdido entre los espesos jarales de la sierra sin encontrar las ruinas del convento en las cuales pensaba albergarse, al menos durante los primeros días de meditación y penitencia.

Cerraba ya la noche, una noche espléndida de estío plateada por la luz de la luna, y desesperado Enrique de alcanzar ya las deseadas ruinas, allanábase á pernoctar en una suave ladera que formaba á modo de un vallecillo con un arroyuelo por medio, cuando oyó balidos de ovejas, y á poco se destacaron en las sombras del anochecer las manchas blancas de sus lanas.

Encaminóse Palatino hacia donde se veía el rebaño, confiando en que éste tendría un pastor que pudiera indicarle la dirección de las ruinas, y con efecto, pasando por entre las asustadas ovejas, dió con el zagalón que las guardaba, mozo como de dieciocho á veinte años, á quien en aquellas soledades y vespertina hora se le debió de antojar Enrique errante alma del otro mundo.

Preguntóle el penitente joven por el camino de las ruinas, y el pastor tardó en contestarle, turbado por el efecto que en su alma sencilla produjo el súbito é inesperado encuentro. Por fin le dijo que le acompañaría hacia las ruinas, pues le era más fácil guiarle que no decirle por qué vericuetos había de pasar hasta encontrarlas.



Y según iban de camino,—¿Cómo te llamas?—le preguntó Enrique al pastor.

—Me llamo Juan.

—¿Qué, sabes leer?

—Muy poco.

—¿Y rezar?

—Toma, eso, mejor ó peor, lo sabe todo el mundo. Y usted ¿quién es?

—Yo—contestó Palatino turbándose,—yo soy un pecador arrepentido.

—¿Y qué va usted á hacer en las ruinas?

—Me voy á quedar á vivir en ellas.

—¿A vivir? Pero si en toda esta sierra no vive nadie

—Por eso. Necesito la soledad para que se purifique mi alma y Dios me perdone mis muchos pecados.

—Entonces ¿usted quiere ser santo?

Enrique no respondió, y caminaron en silencio largo rato. Juan se acordaba de haber oído de niño que en una de las montañas que alzaba su ingente mole hacia el Norte de la sierra vivía un solitario, el cual practicaba grandes penitencias, alimentándose con lo que le llevaban los pastores, y de quien proclamaba la gente que un día figuraría en los altares. No le sorprendió, pues, la repetición del caso, porque en su espíritu de extrema sencillez una idea quedaba de asiento para toda la vida. Lo que hizo fué contemplar desde entonces á Enrique con respetuosa admiración, como hombre que va camino del cielo, mirando también como cosa santa el libro que Palatino llevaba por todo equipaje, el Kempis.

Llegados á las ruinas, el pastor manifestó al penitente cuál era, á su juicio, el lugar de ellos que debía elegir para albergue de la primera noche, y anuncióle que á la siguiente mañana subiría á partir con él las frugales provisiones que le entregaban en el pueblo.

¡Qué hermosa noche aquella noche primera que pasó Enrique entre las ruinas! Un estrellado cielo le miraba como prometiéndole inefables delicias, y un augusto silencio le envolvía como si la naturaleza esperara escuchar de nuevo la palabra del Creador.

Al mediar la siguiente mañana subió Juan el pastor, según su promesa, y halló á Enrique entretenido en construir una rústica cruz. Partieron después las provisiones del zurrón, pan moreno y queso duro y ahumado, y hablaron largamente de cosas de lo alto, procurando Palatino explicar, con frases sencillas y vivas imágenes, los más hondos misterios y los sentimientos más íntimos que llenan nuestra existencia. No siempre conseguía Juan entender las frases de Enrique; pero las creencias casi inconscientes de su niñez, su buen natural y, sobre todo, la limpieza de su alma, le ayudaban para ser fácilmente doctrinado.

Y como un día explicara Palatino á Juan que para seguir á Jesús es necesario dejarlo todo, al siguiente volvió el pastor con la nueva de que se había despedido de su amo, entregándole el hato de ovejas, que era lo único de que podía disponer aún bajo el mandato de su verdadero dueño. Quedóse, pues, á vivir en compañía de Enrique, con la certeza de que no faltaría otro pastor que con los dos partiera sus provisiones.



Palatino recibióle con júbilo, admirando su fe y orgulloso de su conversión, tanto más cuanto que ya su espíritu iba necesitando que alguien le sostuviera en el camino del cielo, pues había días en que le rodeaban las tinieblas y le conturbaban extrañas zozobras. Sí; Enrique iba notando con terror que el ansia de placeres, que juzgaba muerta en su corazón, levantaba de vez en cuando su voz de sirena, y que el recuerdo de las sensaciones gozadas, de los amores pasados, de las orgías pretéritas, en vez de repugnarle como antaño, le dejaban dulzura de miel en el alma.

Hostigóle después la idea de contarle con prolijidad malsana sus anteriores pecados, de tal modo que sus palabras fueran más incentivo á la pasión que ejemplaridad de las culpas, y para decirlo con una sola palabra, Palatino se confesó al fin con lágrimas en los ojos el fracaso de su renacimiento moral, y tuvo espanto de arrastrar en la caída al propio sér infeliz cuya pureza de alma tan firmemente señalaba el cielo.

Luchó, lloró, demandó fuerzas á la oración, quiso quebrantar el deseo con la penitencia, con el ayuno, con el hambre misma; todo fué inútil; el mundo le atraía de nuevo; la tentación del placer le daba voces en las entrañas. Y como Juan le veía redoblar sus mortificaciones, extremar sus ayunos y sus penitencias, ignorando la terrible revolución que en el espíritu de Palatino se operaba, teníale ya por elegido del Señor, y la santidad de Enrique le parecía inconcusa.

Sosteniendo lucha tan desesperada consigo mismo, pasó el infeliz joven los primeros días de Octubre; seguro ya de su perdición, resolvió huir una noche para no contaminar á Juan de la peste de su alma.

Antes de que apuntara la luz del alba abandonó las ruinas; miró, á punto de partir, hacia el sitio donde el pastor dormía sobre un lecho de ramaje, y le pareció que un círculo luminoso rodeaba su cabeza. Ahogando sollozos y vertiendo llanto salió al fin del albergue de la penitencia, y despeñándose por la sierra llegó como un loco á la ciudad, y al día siguiente se encaminó á Madrid, donde sus camaradas de placer le recibieron con intenso júbilo ..

Al despertarse el pastor extrañóle no ver en oración, como de costumbre, á Enrique; salió á buscarle por las fragosidades de la sierra, llamándole con desesperadas voces. Tornó al fin á las ruinas cuando ya el sol iba cayendo, y encontrando en ellas el tomo del Kempis, del cual nunca se desposeía Enrique, exclamó con la grandeza de fe propia de las almas sencillas:

—¡No me ha abandonado por su voluntad; era tan bueno, que mientras yo dormía se lo llevaron los ángeles!

José de ROURE

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



LAS «CINCO» ESTACIONES

¿Un soneto, mi amor? ¡Si es lo más llano!...
«Llegó la Primavera: gayas flores...»
«¿Gayas...?» ¡Qué cursi! Epítetos mejores
hay. Ya discurriré... «Llegó el Verano...»
Hombre, ¿versos en Julio? ¡Empeño insano!
Fuera añadir sudores á sudores...
«Otoño gris...» Y ¡busque usté primores
en Otoño!... «Llegaste, Invierno cano...»
«¿Cano...?» Muy dicho está; mas pasar puede:
¿Qué no pasa en la vida pasajera,
siendo un soplo el vivir? La bola ruede...
Y ¡vaya si rodó! De tal manera,
que, porque aquí el soneto se nos quede,
dígote... ¡que «llegó la Primavera!»

El Br. Francisco de Osuna

Dibujo de Alberti

LA NIÑA DE LAS AZUCENAS,
POR CARLOS VÁZQUEZ





LOS DIENTES

PASEANDO por el claustro, acariciados por el olor de las rosas del huerto, los dos frailes hablaban.

—A mi vuelta de Flandes hallé á doña Dorotea casada. No tuvo paciencia para aguardarme. La desesperación me condujo á este convento. Han pasado los años, y hoy mi espíritu alaba y bendice al Señor, que me trajo á puerto. El monje, al concluir su relato, cruzó las manos sobre el pecho y oró un instante en voz baja. Luego, dirigiéndose á su compañero, le preguntó: «¿Y á vos, qué trance os empujó á refugiaros en este asilo?» El fraile interrogado, antes de responder, contempló los negros obeliscos de los cipreses que se afilaban sobre el cielo anaranjado por el crepúsculo, y suspirando, contestó: «No me trajeron á este refugio tempestades de la vida terrena como á vos, y si me acogí al convento fué por huir del terrible misterio sobrenatural que nos rodea á todo instante y que aquí parece menos temeroso. Venid—siguió,—venid, hermano mío, alejémonos de estas sepulturas antiguas, donde el diablo anida entre huesos culpables. Venid junto la cruz del huerto; ella nos protegerá y me ayudará á contaros la historia de doña Herminia y de sus dientes.»

Llegados á la cruz, los dos religiosos se signaron ante ella, y luego sentáronse en los escalones que la alzaban del suelo. La noche llegaba pausada y solemne. El vientecillo tibio traía lejanos gemidos de tórtolas, y en el pálido cielo, Venus brillaba tranquila.

—En el mundo me llamé D. Fabián de Entenza—dijo el fraile después de un instante de silencio,—y puedo afirmaros, hermano mío, que en Segovia entera no hubo quien jugase con más suerte, enamorara con más éxito y justase con destreza y elegancia mayores que las mías. Durante bastantes, muchos años, fuí el terror de padres y maridos, la providencia de tahures y posaderos y el escándalo de la ciudad toda. Ninguna reprensión me detenía en mi camino, y despreciando los consejos de cuantos me querían bien, no cejaba en mis torpezas y liviandades, ansiando siempre lo nuevo, despreciando lo conseguido y riéndome de las lágrimas que nacían con mis caprichos.

Una noche tornaba yo á mi casa, después de haber bebido y jugado con mis compañeros de francachela. Era una noche como ésta que nos oye, plácida, tibia, llena de alientos de flores y de amorosas quejas de aves. Estaba alegre, pues había ganado durante toda la velada, y el contento me hacía canturrear entre dientes una cancioncilla amorosa. Llevaba andado más de medio camino, cuando al entrar en una plaza irregular, vi su sombrío espacio iluminado por la claridad que hacía tras los barrotes de una ventana. Al mismo tiempo llegaron á mis oídos los últimos versos de la canción que yo cantaba, entonados por una voz maravillosa, clara, fresca y tan armoniosa como debe ser la de los ángeles del Paraíso. Los versos sonaron en el silencio de la plaza, y después que se extinguieron, la figura de una mujer vestida de blanco se aproximó á la reja repitiéndolos, como si llamase á alguno. Lleno de curiosidad me acerqué á la ventana, y saludando á la desconocida, la dije:—No llaméis más. Aquí estoy dispuesto á serviros;—y viéndola muy hermosa, añadí:—Pronto á amaros, á dar mi vida por vos.

—Os esperaba—repuso tranquilamente la dama, pasando entre los hierros una mano de nácar que aproximé á mi boca.—Os esperaba—repitió.—Sabía que vendríais, D. Fabián de Entenza.

—¿Me conocéis?—la dije absorto, pues yo nunca la había visto hasta aquel instante.

—Sí. Os conozco. Sé lo que habéis hecho antes de venir aquí, adivino lo que os sucederá cuando os marchéis.

—¿Quién sois?—la pregunté sorprendido.

—Llamadme Doña Herminia—repuso la dama.—¿Os gusta este nombre?

Respondiendo como caballero galante, la dirigí entonces infinitas lindezas y cortesanías, á las que respondió discreta y cultamente.



Entre bromas y veras la pedí permiso para entrar en su aposento. Me lo concedió, abriéndome ella misma la puerta de la casa, y cuando contemplé de cerca sus encantos, comprendí que cuantas mujeres había amado eran zafias y bestiales comparadas con aquella flor de hermosura.

D. Fabián calló un instante, mientras sus dedos recorrían presurosos los granos lucientes de un rosario. De un ciprés descendieron los divinos gorjeos de un ruiseñor.

—Cuando dejé á doña Herminia—siguió luego hablando con voz sorda,—empezaba á clarear. Al salir de su casa me volví para contemplarla otra vez, pero la ventana permanecía cerrada. Esperé un momento por si doña Herminia se asomaba para decirme adiós; mas viendo que no era así, reanudé mi camino.

Marchaba gozoso atravesando callejas y pasadizos, cuando de pronto oí sonar en la penumbra un gemido, una queja dulce, suave, que parecía implorar ayuda. Rebusqué en la semiobscuridad del rincón donde nacía aquel plañido, y vi nacer de entre la sombra un cabritillo negro.

Al verme, la bestezuela vino hacia mí moviéndose graciosa. Cuando estuvo cerca, volvió á balar con tono tan lastimero, que me condolí de él.

«¿Te perdiste, pobrecillo?» le dije movido de ese sentimiento que nos hace interrogar á los animales como si ellos pudieran contestarnos.

El cabritillo tornó á quejarse, y buscándome una mano aproximó á ella la frialdad de su hocico, cual si me la besara.

Aquel acto de sumisión me subyugó por completo. Inclinándome al suelo, cogí al animal y me lo eché sobre los hombros. Su cabeza pendía sobre mi pecho. Aquí—dijo el fraile señalando al corazón,—aquí se apoyó

Un estremecimiento cortó el relato del monje. Entre los pliegues del sayal volvieron á desgranarse las cuentas del rosario. D. Fabián se aproximó más á su compañero y siguió casi en voz baja, en tanto que la luna resbalaba sobre los cipreses.

Su cabeza se apoyaba sobre mi corazón. ¿Oís? sobre mi corazón. Pues bien; en tal guisa seguí mi camino, mientras el espíritu de la impureza, rey entonces de mi alma, me hacía rememorar los encantos sublimes de la misteriosa doña Herminia. Mis labios cantaban loores y alabanzas en honor de aquella perfecta hermosura.

Ningún fuego es comparable con el de sus ojos sombríos. ¿Qué tez hay que iguale la suya? Sus manos son marfilinas y dulcísimas; y hallando que aquel soliloquio no era bastante tributo á belleza tan maravillosa, me dirigí al animal, que apoyaba su cabeza sobre mi corazón:

—¡Oh cabritillo amigo!—dije mirándole sonriente.—Nunca habrás visto cabellos como los de mi amada, ni frente tan pura, ni boca tan fresca y exquisita. Sus labios son de cereza, carnosos, y tan bermejos, que junto á ellos la sangre es pálida cera, y sus dientes son iguales, perlinos... Entonces, ¡ah! entonces—dijo estremeciéndose D. Fabián,—entonces el cabrito alzó algo su cabeza, miróme con sus gatunas pupilas hendidas, entreabrió sus belfos, y mostrándome la doble fila de sus dientes blanquísimos con infernal sonrisa, me preguntó quedamente: «Don Fabián: ¿son esos dientes como los míos?»

El terror me hizo invocar el auxilio de la piadosísima Virgen María, nuestra Madre, y Ella me salvó de aquel trance terrible; pues al oir su bendito nombre, el malo abandonó la apariencia engañosa de que se revistiera, y huyó de mis hombros, tras escupir un espumarajo ardiente que abrasó mi jubón. Comprendiendo el peligro corrido, me hinqué allí mismo de rodillas é hice voto de recluirme en clausura, si Dios me lo permitía. A poco entré en este convento.

Después de un instante de silencio, el otro fraile preguntó á D. Fabián:

—¿Y nunca volvísteis á saber de doña Herminia?

—Al pretender averiguar algo acerca de ella, me fué imposible descubrir la plaza donde la vi. Sin duda, el cabritillo y doña Herminia y su casa fueron visiones infernales, con las que quiso el Protervo hacerme suyo.—Y después de callar un trecho, D. Fabián concluyó:—Os aseguro, hermano mío, que las añagazas del malo son sutiles y están urdidas con gran ingenio. Nadie, al contemplar los dientes de doña Herminia, los pudo creer obra de Satanás, pues brillaban en el estuche de su boca como esa estrella en el cielo.

Y la mano de D. Fabián, abandonando el rosario, se alzó para señalar á Venus, que palpitaba trémula sobre los cipreses obscuros.

Lema: TRADITORE

BAJORRELIEVES DE COULLAUT VALERA

(NÚMERO 34 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

Crónica Gráfica

ESPECIAL satisfacción tenemos en comenzar esta crónica felicitando á un ilustre colaborador de BLANCO Y NEGRO, el gran poeta y erudito sevillano D. Francisco Rodríguez Marín, cuya importantísima monografía acerca de *Pedro de Espinosa* acaba de ser premiada en público certamen por la Real Academia de la Lengua.

El Sr. Rodríguez Marín, en quien se reunen las altas dotes de poeta y crítico, que sólo son propias de los grandes ingenios, es, después del maestro Menéndez y Pelayo, el más profundo conocedor de la Literatura clásica española. A sus incansables tareas de investigador debemos una completísima colección de *Cantos populares españoles*, numerosos libros y trabajos de saber popular (*folk lore*) y las magníficas monografías *El Loaysa del Celoso Extremeño* y *Luis Barahona de Soto.*

LA tragedia clásica va á anidarse dos días en nuestro burgués teatro de la Princesa. Sófocles llega hasta nosotros con los baules y fardos de la compañía Mounet Sully. Este gran actor, decano de los de la Comedia Francesa, es de suponer que con su voz apasionada, su noble figura y sus prestigiosos ademanes levante un poco el espíritu de nuestro público.

OTRO gran artista, J. Kubelik, se ha encargado también de sacudir nuestros nervios, un tanto flojos y laxos por culpa de la mansurronería corriente y moliente. Así como Mounet Sully, con sus treinta y dos años de teatro, es una gloria llegada á la madurez, el violinista Kubelik, á quien muchos consideran hoy como el primer ejecutante del mundo, es un mozo de veinticinco años, no más, fresco é ingénuo, de quien todavía pueden esperarse nuevas maravillas.

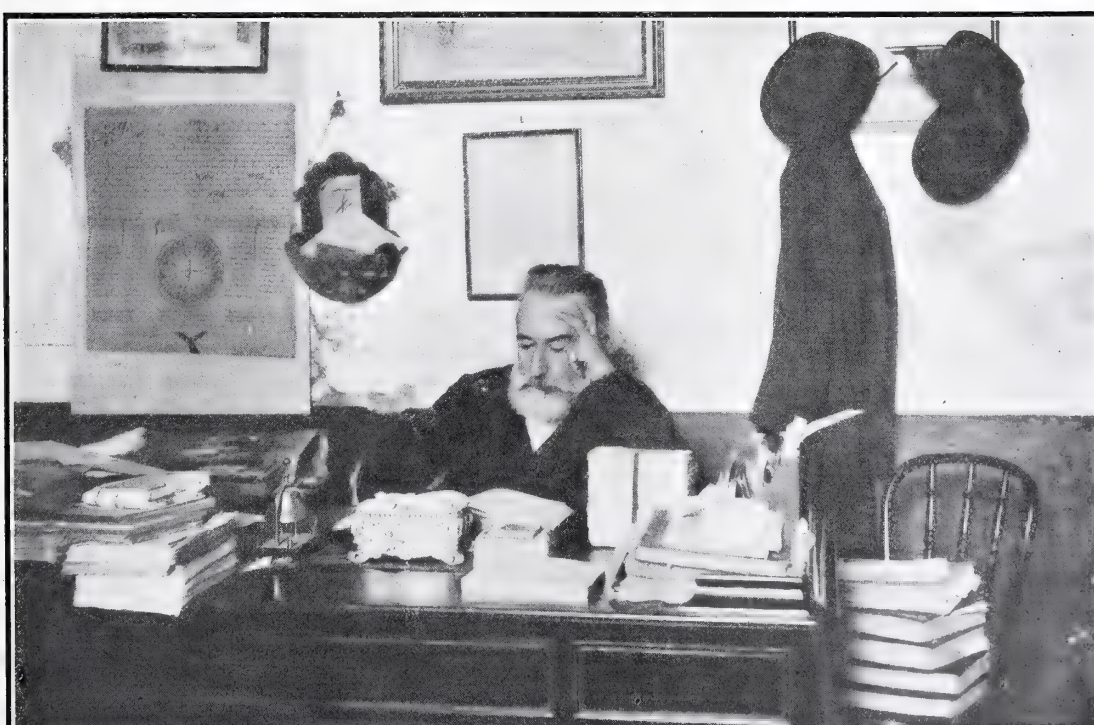
LA batallona cuestión de los sombreros en el teatro ha comenzado á resolverse en París mediante una componenda que no osaremos calificar de honrosa.

Las señoras parecen decididas á abandonar los terribles armatostes que tanto han afligido á los concurrentes á butacas; pero la solución que indican las fotografías de París tampoco satisface por completo. Esos tocados, de tener algún carácter, han de llevar tal cantidad de adornos, *esprits* y plumajes, que casi equivaldrán á los sombreros para los efectos oportunos, como se dice en papel de oficio.

SE casó Gloria Laguna con el señor marqués de Taracena. En la boda hubo mucho lujo, mucha animación y muchísima alegría. Los recién casados salieron en automóvil para su finca del Espinar, en la provincia de Toledo. Multitud de personas, pertenecientes á todas las clases sociales, tributaron á la recién casada, al salir de su palacio, una cariñosa ovación, demostrándole una vez más las grandes simpatías con que cuenta en el pueblo madrileño.

UNA nevada en Madrid á mediados de Noviembre no es un espectáculo frecuente. La del domingo pasado fué verdaderamente grandiosa, y de ella se aprovecharon algunos escultores espontáneos para hacer diversas figuras, siendo naturalmente la preferida la del señor Presidente del Consejo.

CURIOSÍSIMO nos parece el retrato del general Nogi, sitiador de Puerto Arturo. El ataque y la defensa de esa plaza constituirán uno de los más memorables empeños bélicos que recuerde la historia. Frente á la hermosa figura de Stoessel, es interesante presentar la triste figurilla de Nogi, especie de pitecántropo, en cuyo rostro no se revela, por cierto, ninguna inteligencia superior.



EL LAUREADO ESCRITOR D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN EN SU DESPACHO DE SEVILLA Fot. Barrera





MOUNET SULLY, DECANO DE LA COMEDIA FRANCESA

EL VIOLINISTA J. KUBELIK







TRES MODELOS DE TOCADOS PARA TEATRO VISTOS EN VARIOS COLISEOS DE PARÍS

Photo-Nouvelles



LA BODA DE GLORIA LAGUNA
LOS NOVIOS DESPUÉS DE LA CEREMONIA
Fot. Muñoz de Baena



LOS MARQUESES DE TARACENA
SALIENDO EN AUTOMÓVIL PARA SUS POSESIONES DE TOLEDO
Fot. Asenjo



LA NEVADA DEL DOMINGO. UN ESCULTOR MODELANDO EN EL RETIRO EL BUSTO DE MAURA Fot Palomo



EL GENERAL NOGI, JEFE DE LAS FUERZAS JAPONESAS QUE SITIAN Á PUERTO ARTURO

From Stereographs copyright Underwood & Underwood —London and New-York



CAMPOS VÍRGENES

En tierras de Extremadura,
donde una raza se cría
toda vigor y frescura,
nacieron Pedro y María:
la fuerza y la donosura.

Tuvieron amores rudos
de los hondos, de los mudos,
de los ingénuos amores,
de los amores desnudos
que prometen más que flores...

Ella bella y montesina
y él montesino y fogoso,
eran el roble y la encina,
la clara luna marcina
y el sol de Julio ardoroso.

Antes de la sementera,
cuando vecina ya era
la ansiada fecha dichosa
de aquella unión fructuosa
que ya la pareja espera,

estaba el ardiente mozo
descuajando inculto trozo
de rica tierra bravía...
Pensó en el trigo con gozo,
pensó con fuego en María...

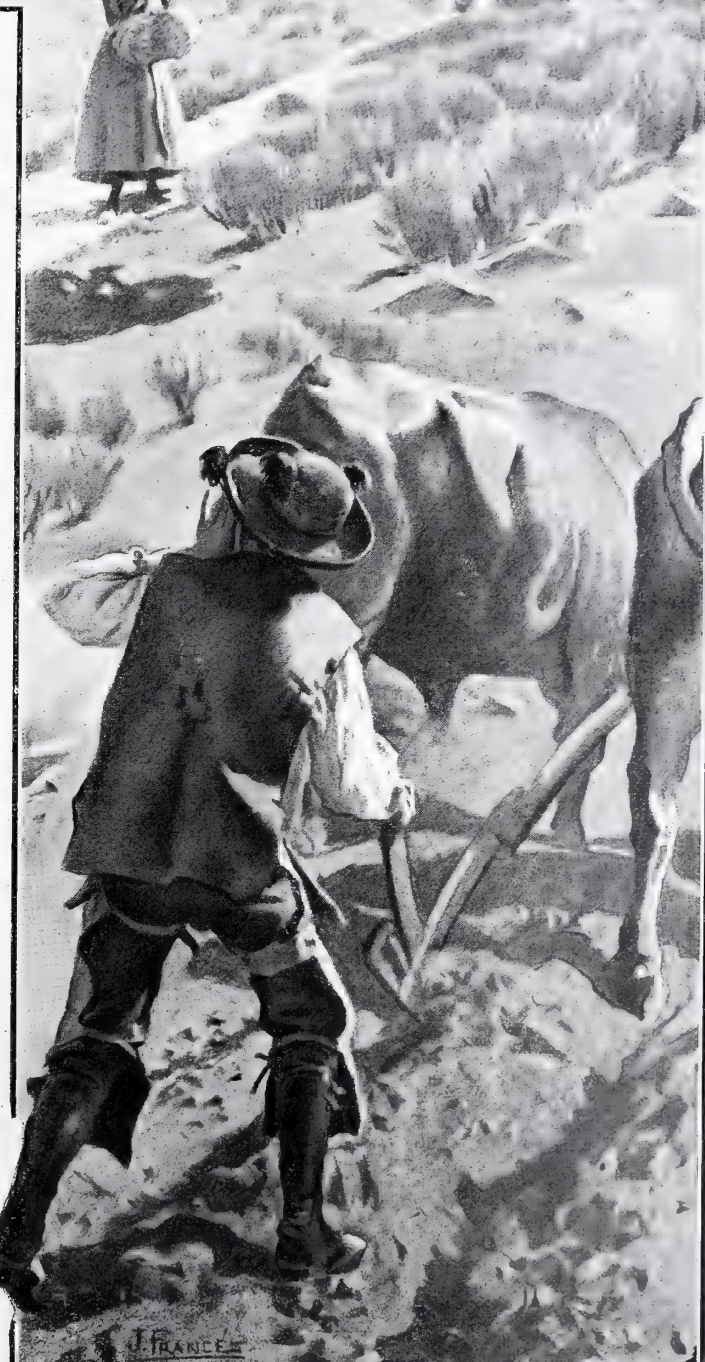
¡Y ved qué sabrosa cosa
sin esperarla gustaron!
Por la senda polvorosa
pasó la muchacha hermosa,
y así á voces platicaron:

—¡Adiós, Pedro!
—¡Adiós, María!
—Tierra bien jolgá y de sierra...
¡Lo que le jechis te cría!
—Y asín debi sel la tierra...
¡y asín la genti... agraecía...!

.

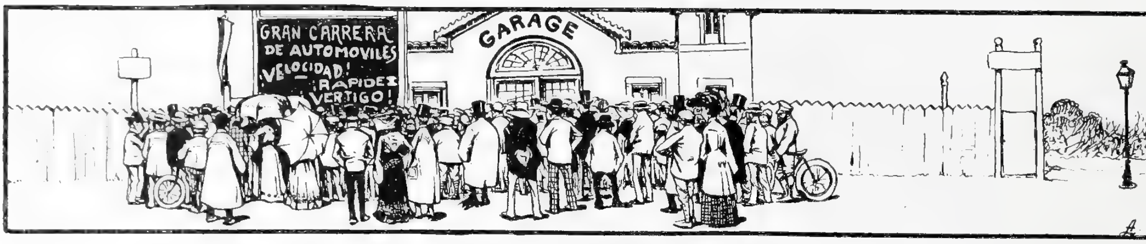
¡Oh, quién la dicha tuviera
de ver, tras la venidera
doble cosecha abundosa,
el hogar y la panera
de la pareja briosa!

J. M. GABRIEL Y GALAN

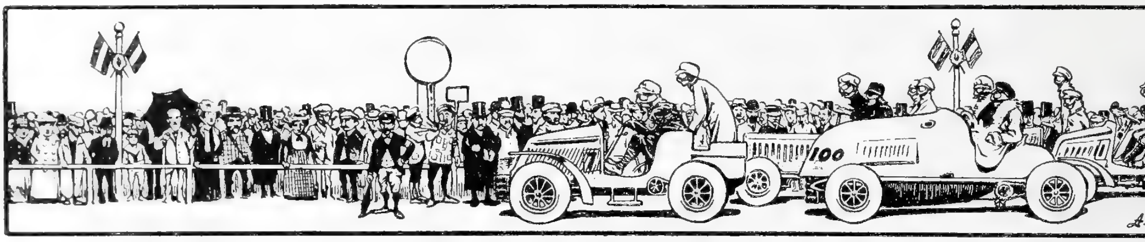


DIBUJO DE J. FRANCÉS

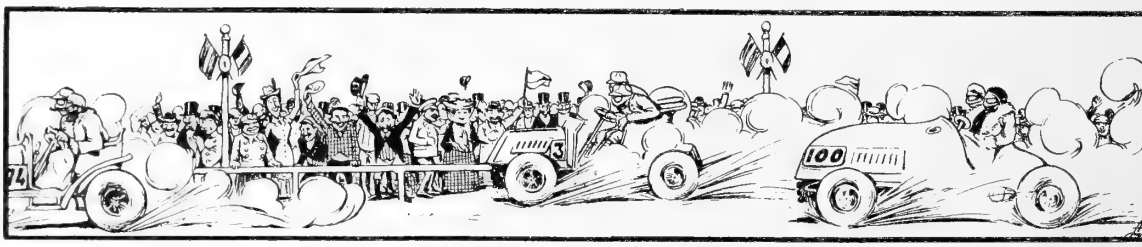
LA ULTIMA PALABRA DEL PROGRESO, POR ATIZA



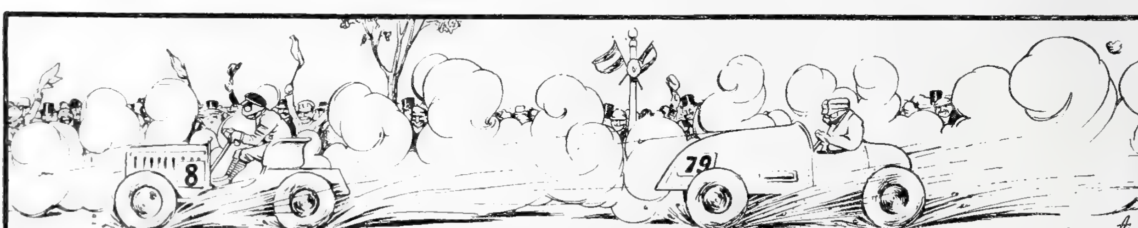
¡La gran noticia!—¡Al garage todo el mundo!



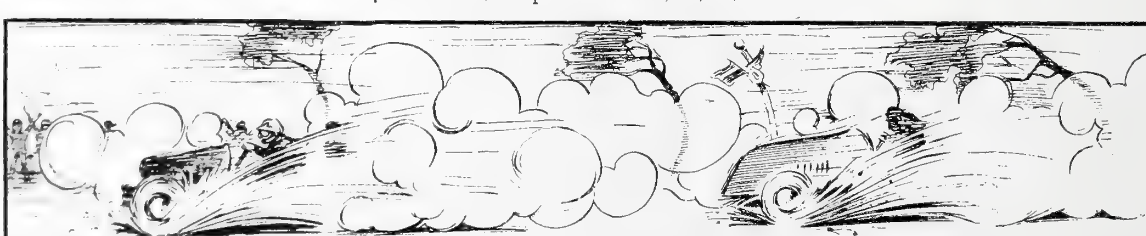
Momento solemne.—Ya salen: taf, taf, taf, taf...



A 40 kilómetros por hora.—Tef, tef, tef, tef...



¡A 90 kilómetros por hora!—Tif, tif, tif, tif...



¡¡A 213 kilómetros por hora!!—Tof, tof, tof, tof... ¡El vértigo!



¡¡¡A 1.000 kilómetros del... del punto de partida!!!—Tuf, tuf, tuf, tuf...

SI ESTA MUJER NO ME QUIERE
¿QUÉ HAGO YO CON AFLIGIRME?
¡Á MÍ NO ME HA DE FALTAR
OTRA CON QUIEN DIVERTIRME!



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR ADOLFO LOZANO

ESCENAS MADRILEÑAS. LA SOLEDAD
DE DOS EN COMPAÑÍA..., POR SANCHA



LA MUJER Y LA CASA

MODAS — MUEBLES — LABORES — CONCURSOS FEMENINOS.

LAS MAÑANAS DE LONDRES



Los que no hemos salido de nuestro cascarón madrileño, es difícil que nos formemos idea del exquisito encanto de las mañanas londinenses.

En Madrid, solamente algunos días del invierno tienen esas mañanas grises y brumosas, en las que de entre la niebla fría se ve surgir á las mujeres elegantes como las imágenes de un ensueño. Y lo peor es que no surgen, porque las madrileñas no suelen ser madrugadoras y sí muy frioleras. Su centro de operaciones no se extiende más allá de la Carrera de San Jerónimo, calle de Alcalá é iglesia de las Pascualas.

París ya es más madrugador, y con gusto recuerda todo el que haya pasado su temporadita parisiense el garbo y la despreocupación con que señoras y señoritas se lanzan desde las primeras horas de la mañana al *Bois*, ya llueva ó hiele ó nieve ó haga un tiempo de dos mil diablos.



Pero en este punto, las londinenses aventajan á todas las mujeres decididas y resueltas del mundo. Educadas en los deportes al aire libre, fuertes por constitución y por temperamento, las mujeres de Londres se levantan muy de mañana, y desde la duquesa de Sutherland que guía su costoso automóvil, hasta la señorita burguesa que conduce un minúsculo *tonneau*, ó la gentil amazona que cabalga sola ó acompañada, todas bañan sus cuerpos en el frío ambiente matinal y se hallan así preparadas para todo un día de emociones y de actividad. Ejemplo digno de imitarse y capaz (dicho sea con toda formalidad) de sacar adelante á un pueblo.

FOTOGRAFÍAS DE «FÉMINA»



1. Coge usted los impertinentes...



2. Comienza á fingir atencion...



3. Apoya con energía los lentes...

LOS IMPERTINENTES

No se conoce otro invento más útil para llevar con arte una conversación. Con el abanico se pueden hacer muchas cosas, pero nunca tantas como con este precioso aparato. Así, por ejemplo, usted quiere entablar conversación sin descender del sitial de su dignidad (¡vaya una figurita! ¿eh?) Pues coge usted los impertinentes y al mismo tiempo cierra los ojos, fingiendo una miopía *que está muy lejos de poseer*... Pero no se los pone usted en seguida ante los ojos, lo cual sería una torpeza y una abdicación. Quiá: al contrario. Comienza usted á fingir una atención profunda fijando el impertinente cerca de la boca y contemplando con los ojos *un ideal lejano*. Sigue la conversación y, como es natural, usted necesita aparentar gran interés, pero un interés serio, sin el menor asomo de ironía, porque la ironía presupone confianza siempre peligrosa.

Apoya usted con energía los lentes, sin dejar de fruncir el entrecejo por si acaso. Esto es como estar á la expectativa. Claro está que á semejante actitud debe seguir una declaración ó algo por el estilo. Entonces ha llegado el caso de levantarse y colocar los impertinentes en una actitud dubitativa. De lo que á esta actitud responda la otra parte beligerante, depende el último y definitivo movimiento de los impertinentes. Para aceptar las consecuencias, los impertinentes estorban. En cambio, para dictar una sentencia condenatoria, la postura es la que ustedes ven... y no necesita más comentarios.



4. ... En una actitud dubitativa

Fots. Muñoz de Baena



5. ... Dictar una sentencia condenatoria ..

MOUSSE AU CHOCOLAT







1. Se parten dos onzas de chocolate á la vainilla, del mejor que haya.

2. Se hace el chocolate con dos jícaras de agua, espesándole lo más posible, y se deja enfriar.

3. Se baten cuatro claras de huevo en nieve fuertísima, y se añaden cuatro cucharadas de azúcar.

4. Se bate de nuevo y se reune el chocolate con la clara, hasta formar un todo.

5. Se forma una corona con bizcochos, se echa dentro la *mousse* y se sirve.

FOTS. MUÑOZ DE BAENA







EL FIGURÍN DEL DÍA

VESTIDO DE CASA. Modelo de la casa Huet et Chéruit, de París.
Es de terciopelo gris pizarra, guarnecido de agremanes azules obscuros.

FOT. REUTLINGER

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 10 Diciembre 1904. N.º 710



El huevo del ave Fénix

I

Cuando la condesa Imelda concluyó sus preces ante la imagen de Santa María Egipciaca, patrona y protectora de su estirpe, besó devotamente el pie de la bienaventurada pecadora y fuése á visitar la pajarera, enorme y dorada prisión de infinitas aves, cuyos vuelos y cánticos alegraban los días de la condesa Imelda, ensombrecidos por aflictiva esterilidad. Lejos de su esposo, á quien retenían remotas guerras, la dama se apenaba en la soledad del castillo, y sólo las devociones largas y minuciosas, el cultivo de algunas flores y el cuidado de sus pájaros, entretenían algo el ánimo de la noble señora. Mas sobre todas estas distracciones pesaba la constante tristeza de su infecundidad, que amargaba la vida de la castellana, tornándole melancólicos y tenebrosos los salones, las galerías, los aposentos todos del castillo, donde no resonaban pasos menudos y corretones, ni alegres risotadas infantiles. Tratando de desechar aquel perenne pensamiento, la condesa Imelda había refinado sus aficiones, y en sus tiestos y macetas sólo cultivaba rosas muy raras y hermosísimas, y en el inmenso jaulón aprisionaba únicamente volátiles extraños, oriundos de lejanos países.

En la pajarera se encerraban las más variadas especies. Con las aves grandes, guacamayos de escarlata, esmaltados faisanes, glaucos loros, cotorras moñudas, tórtolas ensangrentadas por roja mancha, se mezclaba la graciosa muchedumbre inquieta de los pájaros pequeños que, saltarines, gorjeadores, infinitos en número, llenaban la jaula con el incesante revolar de sus cuerpos irisados, á los que las barras de su prisión rayaban de oro.

Dentro de la cárcel se alzaban algunos arbolillos, y en una concha de mármol se abrevaban las lindas bestezuelas, mientras que vasos de nácar les ofrecían el regalo de mil diferentes semillas lucientes y tersas. Aunque aquella pajarera enorgullecía á su poseedora, su satisfacción se amenguaba por la falta en ella de un pájaro prodigioso de existencia dudosa y casi paradógica, y así cuando alguien alababa el número y la rareza de los prisioneros, la condesa decía tristemente: «Falta entre ellos la más hermosa de las aves, la más rara. Falta el ave Fénix, cuyo plumaje es deslumbrador y cuyo canto es dulce como la miel y atrayente como las ondas.» Después de dichas estas palabras, la condesa Imelda siempre se entristecía, y confundiendo entonces la amargura de su esterilidad con el pesar causado por la ausencia del fabuloso pájaro, besaba una imagen de la Santa Egipciaca que pendía sobre su pecho, y suspirando le decía: «¡Oh Santa Patrona de nuestra casa! ¿por qué no realizas alguno de mis anhelos? No eres generosa, pues si lo fueras, ya que no fecundizas mi hogar, lo alegrarías algo concediéndome lo que te pido.»

II

Un día apareció ante el castillo una mujer muy vieja y astrosa solicitando un poco de pan. La condesa, que era caritativa y de compasivo corazón, hizo entrar en las cocinas á la anciana mendicante, y luego que la vió reconfortada, la interrogó sobre las causas que la hacían vagar por los caminos estando ya tan caduca y débil.

Con palabra torpe y obscuros giros la mendiga narró una larga historia, de la cual dedujo la dama

que aquella mujer había nacido en Oriente hacía muchos, muchísimos años, y que en el mundo sólo contaba por todo socorro y consuelo con los auxilios de las almas buenas y de los blandos corazones. Mientras, la condesa contemplaba el marchito y arrugadísimo rostro de la vagabunda, creyendo adivinar bajo aquellas facciones otras jóvenes y bellas que le eran familiares. Pero la atención de la dama no pudo dar con el parecido, pues se distrajo contemplando dos diminutas perlas, iguales, perfectas, luminosas, que blanqueaban en las orejas apergaminadas de la anciana. Eran tan bellas á pesar de su pequeñez, y de una albura tan extraña, que la condesa no pudo menos de interrogar á la mendiga sobre aquel lujo, poco en armonía con los harapos de su traje. Mas la vieja no respondió acorde á las preguntas, y entonces Imelda, pensando que la caridad y la discreción son hermanas, no interrogó más y sólo invitó á la anciana á que permaneciese en el castillo cuanto tiempo quisiera. Musitando acciones de gracias aceptó la desvalida, y al retirarse su bienhechora, la bendijo extendiendo una mano sarmentosa y temblona, casi transparente en fuerza de delgadez.



Había transcurrido algún tiempo desde el arribo de la vieja, cuando una tarde se apareció en la galería donde se hallaba la condesa contemplando los pájaros. La dama la recibió amablemente, pues no era orgullosa, y la mendiga admiró con grande competencia y sabiduría los pájaros prisioneros. Mas antes que la condesa Imelda pudiera condolerse de la falta del Fénix, la vieja le mentó, extrañando no admirarle en colección tan completa.

«Harto me apena no poseerlo—suspiró la señora—pero nunca he podido alcanzar noticia cierta de él. Algunos le han perseguido, mas nadie le ha capturado. Vos, madre mía, que tanto habréis visto, ¿contemplásteis alguna vez el ave Fénix?» «Mis ojos le contemplaron tres veces—habló la vieja.—En estas pupilas, tristes hoy, se reflejó la magia de su plumaje. En Samarcanda, en Damasco admiré el ave que ansiáis, y en Heliópolis de Egipto asistí á su muerte y portentosa resurrección.» «¡Oh madre! —rogó la condesa—decidme, ¿vuestra sabiduría conoce algún medio para cazarle?»

«El ave Fénix es intangible—pronunció solemne la mendiga—y ningún arma puede herirle, ni hay lazos que le apresen, ni trampas que lo engañen.»

Oyendo aquellas palabras, la condesa suspiró entristecida. La vieja calló un momento, y después, mirando atenta á la castellana, dijo lo siguiente: «Nadie puede cazar al ave Fénix, pues si se le ve alguna vez es porque condesciende á mostrarse, pero siempre de modo rápido y furtivo. En algunos casos, muy raros, rarísimos, el ave deja en manos del hombre un huevo solo de gran tamaño y áurea cáscara, rizada por cabalísticos dibujos. Mas para que tal suceda, es preciso florecer el sitio sobre el cual pasará el Fénix y cubrir sus alrededores de corolas y pétalos hasta formar un fragante tapiz. Dichosamente para ti, ¡oh cariñosa dama! tu castillo se encuentra en la ruta que el ave sigue en sus viajes seculares. Mis cálculos me indican que pronto pasará el pájaro sobre estos torreones. ¿Quieres poseer volátil tan portentoso?»

La condesa imploró juntando las manos.

«Piensa—siguió la vagabunda—que durante cuarenta y siete días has de rodear el huevo del ave Fénix de flores frescas y lo has de saturar con líquidos perfumados. Al cabo de ese tiempo, el pájaro nace y, por su naturaleza mágica, viene al mundo cubierto de plumas, hermoso, fuerte, pronto á volar.»

La dama se acercó á la vieja. «¡Oh madre mía!—habló.—¿Cómo podré pagaros vuestros servicios?»

La mendiga, sin responder á esto, dijo solemne: «Acuérdate que has deseado el ave Fénix, es decir, algo portentoso, singular, que no todos pueden poseer.» Mas la condesa, llena de júbilo ante aquella probabilidad de realizar su capricho, no reparó en las misteriosas amenazas que parecían ocultarse en las últimas palabras de la vieja.

Llegado el día que la mendiga indicó, el castillo ocultóse bajo las flores, semejante á un inmenso ramo. Sólo en la torre más alta algunas piedras quedaron descubiertas. La anciana ordenó se cubriesen también, pues de no ser así, el Fénix pasaría de largo.

Pero los jardines, los huertos y las praderas habían sido segados, y no quedaba ninguna planta florecida. Sólo los rosales de la condesa permanecían intactos, pues nadie se atrevió á cortar sus flores.

Entonces la dama separó las rosas de sus tallos, y esparciéndolas sobre los sillares desnudos, ocultó su rugosa superficie.

De pronto, al medio día, cuando el sol brillaba con más poder, pasó sobre el disco del astro una ráfaga ondulante y deslumbradora. Fué como un relámpago, como el caer rápido de una estrella voladora. Viéndola, Imelda gritó, mientras la anciana, alzando las manos, decía: «Por cuarta vez te admiran mis ojos, ave inmortal.»

Al percibir las flores el Fénix, refrenó su vuelo y posóse un momento en la torre más alta, sobre las rosas de la condesa. Luego huyó otra vez, semejante á un astro errabundo, dejando á todos pasmados por su hermosura; y en la alta torre, sobre las rosas reducidas á cenizas por el roce del ave, halló la condesa un huevo de cáscara deslumbrante que fulgía bajo el llamear del sol.

III

Las flores más frescas y los más dulces perfumes rodearon el huevo maravilloso durante los cuarenta y siete días precisos para su incubación. Y llegado el anochecer del último, nació el portentoso pájaro cubierto de plumas purpúreas y doradas. Sobre su cabeza se estremecía un penacho deslumbrador, y el plumaje de sus alas, esponjándose y aligerándose por sus extremos, flotaba espumeante y grácil. La luz clarísima de sus ojos azules atravesaba las tinieblas, y su pico aguileño era áureo y muy fuerte, como pudo apreciar la condesa por sí misma, pues el primer acto del ave Fénix fué picarla ferozmente en un dedo.

Mas el goce de ver realizado su antojo consoló á la dama del dolor de la herida; y ayudada por la vieja, pudo domeñar al Fénix y encerrarle, ya de noche, en la pajarera.

El sueño de la señora fué turbado por vagas y extrañas visiones, pero al despertar, todas huyeron. Pensando en el ave prisionera, y deseosa de contemplarla, saltó del lecho, se fué á la galería.

Cuando penetraba en ella, oyó un rápido batir de alas y vió que, rompiendo las barras del jaulón, el Fénix huía y escapaba por una ventana abierta. Hacia ella corrió la condesa, y sólo pudo contemplar la estela dorada del ave que refulgía sobre el verdor de los montes, alejándose velozmente. Hacia aquel rastro fugitivo alzó la señora sus manos, mientras dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. Mas al tornarlos á los otros pájaros, el llanto de la condesa corrió abundante, pues los vió inmóviles, ensangrentados, muertos por el Fénix. Ni uno sólo vivía, y sobre los cuerpos inertes de las aves grandes se amontonaban los de los pajarillos, menudos copos de plumas erizadas por el terror de la muerte.



Al llanto de la condesa apareció la mendiga.

«¡Ay, madre!—sollozó la señora.—¡Cuán grande es mi desgracia! Mis rosas perecieron; mis dulces cautivos expiraron. Todo lo perdí por la breve posesión de un imposible.»

Entonces, las diminutas perlas de la anciana se hincharon, se rompieron, y la luz que parecía encerrarse en ellas surgió en haces, aureolando el rostro, donde aparecieron las dulces facciones de Santa María Egipciaca.

La condesa cayó de rodillas ante la Bienaventurada, y ésta le dijo: «Ve en el Fénix fugitivo la imagen del hijo que ansiabas. Nuestro Señor, en su bondad, te hizo estéril por no turbar la paz de tu alma. El hijo que te cabía en suerte hubiese marchitado las flores de tu juventud, desvanecido el alegre reposo de tu madurez, la tranquilidad de tu vida toda. No le retendrías junto á ti, y ni tus súplicas ni tus lágrimas podrían luchar con el amor ó la ambición, que te le hubiesen arrebatado. Así, vive serena sin ansiar goces que tanto cuestan. Adiós, hija mía. Dios te bendice y te ama.»

Dicho esto, la aureola de la Santa creció, y envolviéndola en una nube deslumbrante, la ocultó á los ojos de la condesa. Después el fulgor arremolinóse, y ascendiendo por el aire, llegó al techo y desapareció, mientras la señora, secando su llanto, acataba la voluntad divina.

LEMA: MIRELLA

DIBUJOS DE REGIDO. (NÚMERO 35 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



Accidente

Bajo el sol—que ya empieza á hacer de las suyas, porque estamos en Junio,—los tres operarios trabajan, sin volver la cara á la derecha ni á la izquierda. Con movimiento isócrono, exhalando á cada piquetazo el mismo ¡a-hum! de esfuerzo y de ansia, van arrancando pellones de tierra de la trinchera, tierra densa, compacta, rojiza, que forma en torno de ellos montones movedizos, en los cuales se sepultan sus desnudos pies. Porque todos tres están descalzos, lo mismo las mujeres que el rapaz desmedrado y consumido, que representa once años á lo sumo, aunque ha cumplido trece. La boína, una vieja de su padre, se le cala hasta las sienes, y aumenta sus trazas de mezquindad, lo ruin de su aspecto.

Es el primer día que trabaja á jornal, y está algo engreído, porque un real diario parece poca cosa, pero al cabo de la semana son ¡seis reales! y la madre le ha dicho que los espera, que le hacen mucha falta.

Hablando, hablando, á la hora del desayuno se lo ha contado á las compañeras, una mujer ya anciana, aguardentosa de voz, seca de calcañares, amarimachada, que fuma tagarnina, y una mozallona dura de carnes, tuerta del derecho, con magnífico pelo rubio todo empolvado y salpicado de motas de tierra, á causa de la labor

—Somos nueve hermanos pequeños—ha dicho el jornalerillo—y por lo de ahora, ninguno, no siendo yo, lo puede ganar. Ya el zapatero de la Ramela me tomaba de aprendís; solamente que ¡ay caramba! me quería tenere tres años lo menos sin me dar una perra... Aquí desde luego se gana.

—En casa éramos doce—corrobora la tuerta, con tono de indefinible vanidad,—y mi madre baldada, y yo cuidando de la patulea, porque fuí la más grande. ¡Me hicieron pasar mucho! Peleaba con ellos desde l'amanecere. A fe, más quiero arrancar terrones. Había un chiquillo de siete años que era el pecado. Me metió un palo de punta por este ojo y me lo echó fuera...

Y la vieja, entre dos chupadas, declaró sentenciosamente:—El que con chiquillos se acuesta... Yo, ende viendo uno (que sea ajeno, que sea mi nieto), le levanto la ropa y le pego un buen azote...

No era verdad; el vecindario de aquel pobre barrio extramuros sabía que la bruja de la voz carrascuda, aun cuando tuviese el cuerpo muy lastrado de líquido, no se metía en realidad con nadie; pero andaba siempre alabándose de abofetear al uno y destripar al otro. Y la tuerta, con expresión de malicia, guiñó su ojo viudo, sonriendo al escuchimizado rapaz.

Desde que sonó la hora cesaron las confidencias. La taciturnidad del trabajo monótono pesaba sobre los espíritus, adormilándolos, como si el aire que sus pulmones absorbían afanosamente en el trajín les barriese las ideas del seso. Su faena mecánica les atontaba, quitándoles del pensamiento cuanto no fuese la repetición incesante, espaciada por la acción de alzar y bajar la piqueta, del golpe que había de socavar aquella trinchera formidable, desmontando tierra y más tierra, que se llevaban los carros ni sabían los jornaleros adónde.—¿Qué les importaba, además?

El rapaz, Reimundo, trabajaba, lo mismo que las dos mujeres, por cuenta de un contratista, hombre agenciador, que hacía el negocio de proporcionar gente á los que tenían obras en planta, cobrando los jornales á peseta y abonándolos á real. ¡Vaya! Para eso, con él, seguros estaban de tener *choyo* todo el año.

No sospechaban, y si lo sospechasen no les importaría, que aquella tierra se destinaba á rellenar un parque en una quinta próxima. Nutriría con sus jugos, en vez de ortigas y cardos, las plumeadas araucarias, las palmeras elegantes, las fragantes magnolias, las camelias indiferentes á todo en su charolado orgullo. La trinchera, abierta por la construcción del nuevo camino que á la estación conduce, es alta y muestra las zonas de color de las capas del terreno. El trabajo de excavación ha abierto en ella una cava, que ya ofrece sombra cuando el calor arrecia, en aquella hondonada que limitan

dos taludes y que no refresca el abanicar del aire de la ría. Y los jornaleros truecan chanzas cuando se enteran de que ya les cobija el desmonte.

Luego, á darle á la piqueta, á darle duro. ¡A-hum! El rapaz se siente desfallecer de cansancio. Es fuerte el trabajo así, el primer día, sobre todo el primer día. Los brazos parece que se los han apaleado, de tanto como le van doliendo. Las compañeras se ríen.

—¡Mocoso! ¿Pensaste que era como jugar á la billarda?

El amor propio, el pundonor le reaniman. Alza la piqueta con más ánimos. Se acuerda del contratista, de la ojeada de desprecio con que le dijo al concederle jornal:

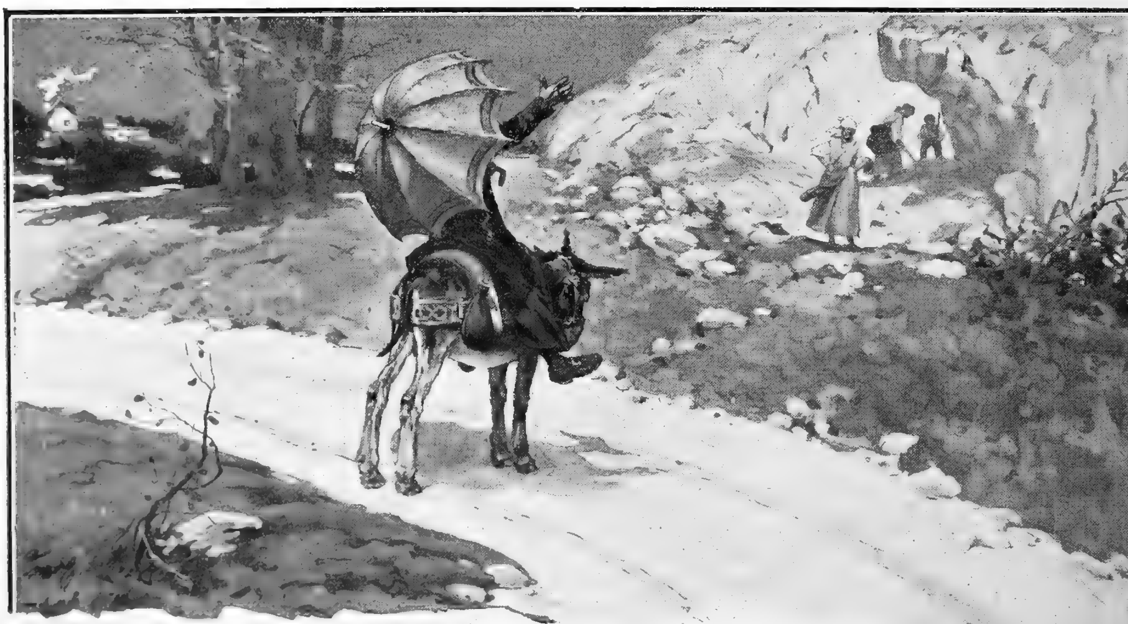
—Te tomo... no sé por qué; no vas á valer; estás esmirriado; eres un papulito que siquiera puedes con la herramienta...

¿Esmirriado? Ahora se vería si las otras, las *femias*, hacían más... La tuerta notó el arrechucho del novato, y le dijo maternal, bondadosota:

—No te mates, hombre, que igual ha ser. El negocio no está en dar tanto piquetaso, sino en arrincar de cada golpe buena pella.

Y señalaba al hacinamiento á su lado, donde cada fragmento de terrón era doble de los que hacía caer Reimundo. El suspiró sin responder, volviendo á la carga.

Un automóvil pasó, haciendo retemblar la tierra. No vieron sino la rotación deslumbrante de sus ruedas amarillas. Flotó en el aire un tufo de bencina, exasperado por el calor. Aún no se había disipado, cuando asomó por la carretera un cura de aldea, caballero en un borrico. Tan despacio avanzaba, que el jinete tuvo tiempo de observar sobre las cabezas de los tres jornaleros algo que le llamó la atención. Era una enorme masa de tierra, suspendida, por decirlo así, en el aire. La cueva, ahondada por la continua mordedura afanosa de las piquetas, no tenía ya más cubierta que aquella saliente costra, conmovida sin tregua, de desplome fatal, inevitable. Y en la imaginación del párroco se precisó la catástrofe, enlazada al recuerdo de una frase leída por la mañana, entre sorbo y sorbo de chocolate, en el diario integrista: «Socavan y socavan la sociedad, y se les vendrá encima cuando menos lo piensen.» Refrenó á su rucio, cerró el paraguas de alpaca obscura, y sin apearse arrimóse al socavón, gritando:



—¡Eh! ¡Vosotros! Que se vos viene encima esa tierra. ¿Estades ciegos?

La alcoholizada le contestó pintoresca reata de injurias sobre el tema de la profesión. La moza tuerta sólo refunfuñó:

—¡Nos deje en paz! Vusté no nos hace el trabajo.

Reimundo, por su parte, ni se volvió. Enfaenado, cayéndole una gota de cada pelo, sin aire ya para sus chicos pulmones, se puede creer que ni oiría. El zumbido de la piqueta, su retumbo mate contra la pared borrosa, era lo único que vagamente percibía, envuelto en el jadear de su anhelante pecho. ¡Cuándo serían las doce, señaladas por el paso del tren, para dejarse caer al suelo de golpe y mascar, ya medio dormido de cansancio, el corrusco de pan de maíz!

El cura, no obstante, seguía vociferando caritativos insultos. «¡Bárbaros! ¡Brutanes! ¡Ni media hora tarda eso en venirse!» Y como la vieja se lanzase fuera del excave para replicar furiosa, se oyó un estrépito sordo, apagado; se alzó una nube de polvo rojo, y en seguida un silencio siniestro, interrumpido por el rodar de los últimos terrones que caían de lo alto. De pronto, un escarabajeo, un pataleo, un trajín de fiera soterrada y que violenta las paredes de su entierro. Era la moza rubia, que, vigorosamente, perneaba, cabeceaba para salir de entre la masa de tierra de la impensada sepultura.

Acudieron el párroco y la bruja; la ayudaron; se la vió sacar primero la rodilla, después una pierna, al fin el tronco, y la faz lívida, con la respiración cortada; el único ojo, loco de espanto. Nadie pensó sino en ella. El rapaz no resollaba; al principio, le olvidaron. Cuando se empezó á apalear la tierra, porque acudieron vecinos de las casucas y tabernas desparramadas por el camino real, costó trabajo descubrirle; lo más fuerte del desplome había recaído sobre su pecho. Tenía los ojos inyectados de sangre, la boca y las orejas tapiadas con barro bermejo. Los pies parecían incrustados en la tierra, otra vez compacta.

Emilia Pardo Bazán

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Crónica Gráfica

La piedad y devoción de los sevillanos, tantas veces manifestadas en la historia, acaban de revelarse nuevamente en forma suntuosa y magnífica con motivo del regalo de una corona para la patrona de la ciudad, la Virgen de los Reyes, y otra para el Niño que la sagrada imagen lleva en brazos.

Ambas joyas han sido construidas en los talleres de orfebrería del Sr. Vives, y según se dice, están valuadas en 700.000 pesetas.

No podía esperarse menos de la comarca más fértil, rica y poderosa de España, y de una ciudad como Sevilla, cuya prosperidad y opulencia son hoy tan grandes como en los tiempos en que tan regios donativos eran cosa cotidiana. Al menos, así lo hace suponer la generosidad de los piadosos próceres sevillanos que han contribuído á tan bella manifestación de arte y de religiosidad.

Como todos los años, se ha verificado en la nobilísima ciudad de Huesca la feria de San Andrés, á la cual suelen concurrir ganaderos y negociantes de todas las regiones de España, tanto por la importancia que la feria suele tener, cuanto por ser casi única en esta época, particularmente en las comarcas del Norte de la Península.

Tiene, por consiguiente, esta feria un carácter especial y completamente distinto del que señala á las ferias celebradas en primavera en Andalucía, ó en el verano en las más principales ciudades del Centro.

A la feria de Huesca acuden los tratantes valencianos y catalanes en busca de carne (reses vacunas) para la exportación por el Mediterráneo, y los del Centro, y sobre todo los famosos *maranchoneros*, á realizar grandes compras de ganado mular de ese bravo y sufrido que se cría en los valles de los Pirineos, singularmente en los de Ansó y Hecho. Allí se ven los *chesos* y *chesas*, pintorescamente vestidos con sus atavíos medioevales, conduciendo las piaras de muletas que, después, guiadas por los maranchoneros, recorren toda España en busca de compradores.

La de los maranchoneros es una curiosa y notable industria. Estos honrados y laboriosos hijos de Guadalajara, que por el traje parecen aragoneses, van sembrando de muletas toda España. Como los labradores en pequeño no andan sobrados de moneda, el maranchonero les entrega las mulas mediante un contrato que nada tiene de leonino, en el que se estipula el pago á plazos casi fantásticos. Quien esto escribe ha conocido bastantes casos de insolvencia forzosa ó de pago en cantidades y épocas inverosímiles: y sin embargo, el maranchonero, siempre contento, feliz con su vida nómada, rara vez se enfada ni saca las uñas. Su memoria es prodigiosa: recuerdan los nombres de los labriegos y de sus fiadores, el pelo y condiciones de las muletas entregadas y otros mil detalles, sin consultar ninguno de los papelotes con que llevan abarrotadas sus gigantescas carpetas.

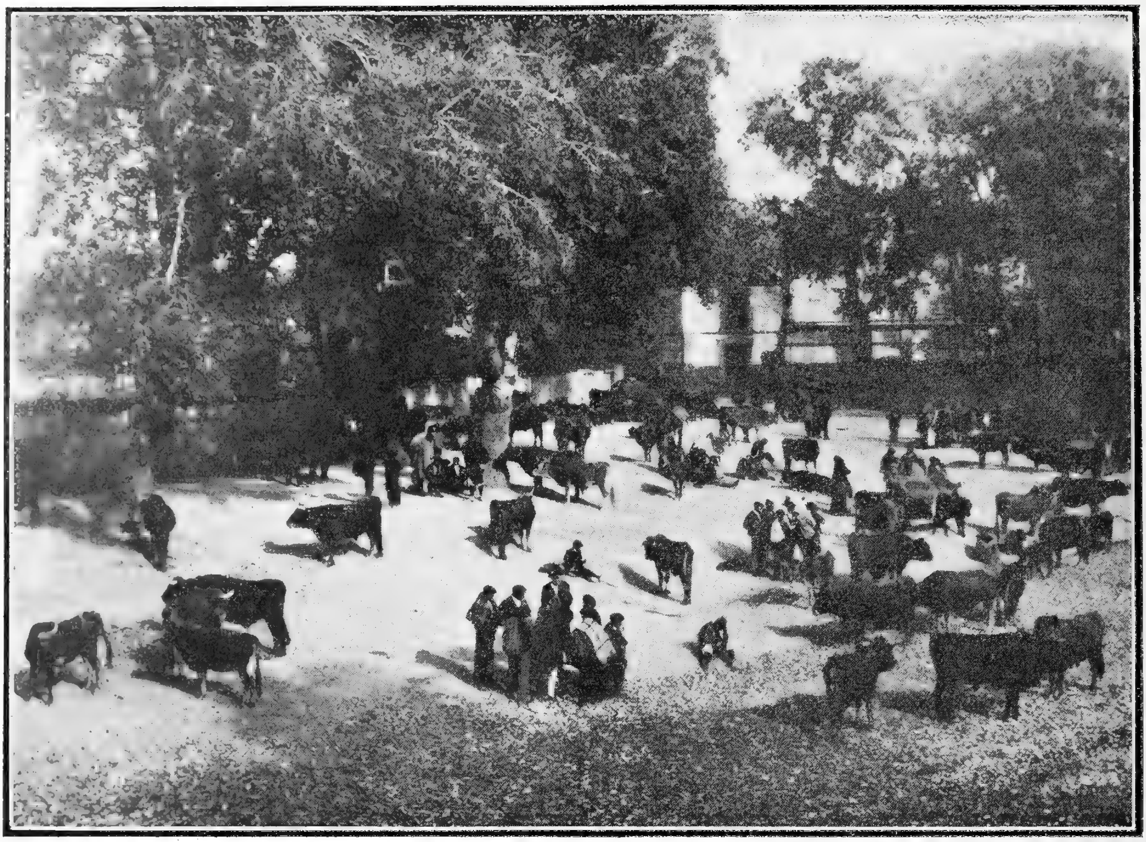
La noche del sábado último fué de gloria para la Literatura dramática española. Estrenóse en el teatro de la Comedia la hermosa versión castellana que ha hecho el popular dramaturgo Joaquín Dicenta del admirable drama *El místico*, de Santiago Rusiñol. El público aclamó con gran entusiasmo á Rusiñol y á Dicenta, y también á Enrique Borrás, que interpreta maravillosamente el papel de protagonista de *El místico*.





SEVILLA. CORONAS REGALADAS Á LA VIRGEN DE LOS REYES Y AL NIÑO JESÚS POR LA ARISTOCRACIA SEVILLANA

Fot. J. Barrera



HUESCA. LA FERIA DE SAN ANDRÉS Fot M. San Agustín



TEATRO DE LA COMEDIA. ESTRENO DE «EL MÍSTICO» Fot. Muñoz de Baena

SANTIAGO RUSIÑOL Y JOAQUÍN DICENTA, CON LOS INTÉRPRETES DE LA OBRA, AL FINAL DE LA REPRESENTACIÓN



LA PANADERA

(EPISODIO DE VIAJE)

I

ATRAVESAMOS en carruaje la villa, donde nos detuvimos para remudar el ganado.

La mañana fresca y el cielo gris convidaban á andar, y para desentumecernos de la caminata en coche, que adormece los músculos, empezamos á recorrer las calles solitarias sin rumbo fijo, dando al fin en la plaza, muy concurrida de vendedores, por ser aquél día de mercado.

Desde luego llamó nuestra atención un silencio impropio del lugar, siempre bullicioso, y el abandono en que se hallaban todos los puestos. Ni se compraba ni se vendía.

Las aldeanas, formando apretados grupos, no parecían cuidarse de sus mercancías; los pucheros tripudos llenos de leche y natas, las cestas con frutas y quesos y los montones de legumbres y hortalizas, allí estaban sobre el santo suelo sin que ningún comprador los solicitase.

Respirábase un ambiente de tristeza y de duelo, y afligía el ánimo ver toda aquella gente vestida de luto. Ni una sola aldeana lucía al cuello ni á la cabeza esos pañuelos encarnados y azules, verdes ó amarillos, con que se adornan habitualmente las mozas asturianas. Todas ellas habían sustituído los vistosos refajos con sayas negras, y negros eran también los pañuelos del cuello y de la cabeza, como los pendientes que reemplazaban á los corales.

La guerra tenaz, la sangrienta lucha sostenida más allá de los mares por nuestro ejército, había cubierto de luto las almas y los cuerpos de toda aquella gente. En el concejo no había familia que no llorase la pérdida reciente de algún sér querido, y muchas, la mayoría, aún tenían por allá parientes, amigos ó deudos. Esto explica la inquietud febril con que aguardaban noticias de la guerra y la ansiedad con que todos los días se recibía el correo.

Acababa éste de llegar, muy poco antes que nosotros, y en aquellos grupos de aldeanos se leía el periódico de Madrid, consuelo de congojas, que traía la nueva feliz y la desdichada, pero que al fin hablaba de aquéllos que estaban tan lejos y que acaso no volverían...

Apiñados en torno del lector, que con el índice iba señalando las líneas del periódico, no con la rapidez que los oyentes deseaban, hombres y mujeres, en mayor número éstas, escuchaban, conteniendo la respiración, aquellos párrafos en que se hablaba de victorias y descalabros, de triunfos y derrotas, de hechos heroicos y de horrendas penalidades.

Alguna vez interrumpían la lectura con exclamaciones de ira ó de entusiasmo, ó para comentar la narración con juicios apasionados y vehementes en voz muy alta, hablando todos á la vez; pero bien pronto el interés imponía silencio y volvían á escuchar apiñando las cabezas, con el cuello estirado y los ojos atónitos. De repente, un grito agudísimo, un alarido desgarrador partió del otro extremo de la plaza. Deshiciéronse con rapidez los grupos, y los aldeanos que los formaban corrieron en tropel hacia el sitio donde había sonado. Nosotros les seguimos; pero al llegar habíase formado ya tal masa de gente alrededor de la mujer que gritaba, que no nos fué posible verla. Sin duda se había accidentado, porque se oían sus sollozos entrecortados por gritos guturales.

La algarabía de los aldeanos era ensordecedora, y no hallábamos medio de averiguar lo sucedido, cuando por fin la noticia, pasando de boca en boca, llegó hasta nosotros.

—*Yé* Soledá la panadera,—decía un aldeano.

—*¡Probina!*—exclamaba otro.

—Bien desgraciada *ye:* antes, dos hermanos, y ahora su novio.
—Esto va *costále* la vida.
—¡Queríanse mucho!
—¡*Probe Xuanín!*
—El papel *diz* que murió como un valiente.
—¡Era un *santu* de Dios!
—¡Y su madre que no sabe nada!
—Esta mañana marchó á la ciudad.
—Ese *fiu* era su esperanza; los otros son todavía muy *neños*.
—*Mirai*, ya *páez* que vuelve.

Interesado en conocer á la desdichada amante del soldado muerto, hice brecha entre el compacto grupo y logré colocarme en primera fila. Tendida sobre el suelo, contra el cual, para evitar los sacudimientos convulsivos, la sujetaban cuatro mujeres, había una moza hermosísima. Ni la contracción de los músculos de la cara, ni el cierre violento de la boca, ni la expresión dolorosa del rostro, bastaban



á afearlo. La cabellera desordenada, rubia como el trigo, caía en ramas ondulantes sobre el cuello robusto y sobre el arranque del blanquísimo seno.

—*Tiraile* del *dou* del corazón,—aconsejó una viejecilla.
—No; dejadla; veréis qué pronto vuelve,—dije yo.
—¡El señor *ye médicu?*
—Médico soy,—contesté para que me dejasen.

Saqué una perla de éter, de las que por desgracia necesito siempre llevar conmigo, y arrodillado junto á la infeliz panadera, le hice aspirar el olor punzante del antiespasmódico, que la facilitó para sollozar con fuerza. Entonces aproveché un momento en que suspiró, y rompí entre sus labios otra pildorilla. Volvió en sí la cuitada; abrió los ojos, tan azules como turquesas, rompió á llorar, y entonces la muchedumbre que nos rodeaba me miró con mezcla de respeto y asombro. La eficacia del medicamento le parecía milagrosa. ¡Infeliz médico del pueblo! Le hice un flaco servicio, porque de seguro al compararle conmigo le considerarían ya como un despreciable curandero.

Incorporamos con gran esfuerzo á la panadera y la obligamos á sentarse en el banco del puesto.

—¡Ay, *Xuanín* mío!—exclamaba llorando con penosa amargura.—¡Ay, *Xuanín* del alma!
—No llores así—decía una moza sosteniéndola por la espalda mientras la recogía el desordenado y abundantísimo cabello;—¡quién sabe si el papel vendrá *dequivocao!*
—¡Ay mi Xuanín,—repetía la desdichada mesándose los dorados rizos y sin atender á las frases consoladoras que todos la decían más ó menos discretamente.—¡Bien sabía yo que no había de verte más! ¿Para qué vivo ya en este mundo? ¡Quiero morir! ¡quiero morir!

La crisis nerviosa había pasado: las lágrimas brotaban abundantes y el seno se levantaba libre bajo el flojo corpiño negro, dando salida á francos y prolongados sollozos.

Conmovido por aquel sincero dolor me separé de la multitud, que abrió paso con muestras de respeto, y salí de la plaza.

Estaba ya muy lejos y todavía llegaba hasta mí el grito desesperado que repetía la panadera:
—¡Quiero morir! ¡quiero morir!

II

Transcurrieron cuatro años y volví á pasar por el mismo pueblo. En cuanto divisé desde el camino, allá en la falda del monte y entre la frondosidad de los robles, las hayas y los castaños, las casitas blancas y la torre puntiaguda de la iglesia, recordé la escena que tanto me había impresionado, y quise visitar de nuevo aquella plaza. Salté del carruaje y penetré en ella. ¡Qué contraste con el recuerdo que no se había borrado de mi memoria!

En el mercado todo era animación y bullicio. Los trajes alegres de los aldeanos, los pregones de las vendedoras, el murmullo zumbador del gentío, los gritos de los muchachos, el ir y venir incesante de los compradores, formaban un cuadro vistoso y animadísimo. Por instinto, sin que la voluntad me impulsara, dirigí mis pasos hacia el puesto de la panadera, á quien reconocí de lejos.

Bajo el pañuelo rojo y blanco que cubría su cabeza gallarda, asomaban rizos caprichosos que caían sobre la frente. Vestía prendas de colores muy vivos, y con la majestad de una reina en su trono estaba sentada delante del ancho tablón cubierto de rubios panes, grandes como ruedas de molino. Junto á ella, en el mismo banco, y cubierto por un mantón, había algo que sin duda la interesaba mucho, porque á cada momento lo miraba con singular fijeza.

Cuando paré delante del puesto, la panadera me miró como sorprendida, con aquellos ojazos celestes que yo solo había visto cuajados de lágrimas y que ahora chispeaban con la luz esplendorosa de la alegría.



—¿Quiere un pan, señor?—me preguntó como dudosa de que un caballero buscase tan baja mercancía.

—No, hija, no,—la contesté.—Sólo he querido verte, verte otra vez. ¿No te acuerdas de mí?

—¿Yo? No, señor.

—Soy el médico que te auxilió aquí mismo el día que recibiste la noticia de la muerte de tu novio, de Xuanín.

—¡Ah, sí!—exclamó con un acento de indiferencia que me dejó frío.—Perdóneme el señor; como entonces apenas le vi, no me acordaba...

—¿Y de Xuanín, te acuerdas?—la pregunté con brusquedad y así, á quemarropa.

Al oir mi pregunta soltó la panadera una carcajada franca y ruidosa que me hizo daño.

—¿Por qué me pregunta eso? Ya me casé, y no tengo para qué pensar en aquel *probín*, que estará en el cielo.

—¡Te has casado!

—Sí, señor. ¿Qué tiene eso de particular?

En esto rebulló algo bajo aquel mantón que ella miraba con tanto interés, y sin hacerme caso, como si yo no estuviese allí, sacó un niño en mantillas, que se desperezaba estirando sus bracitos robustos, desabrochóse el corpiño, y sin recatarse, con ese casto impudor de la madre, tan respetable y tan hermoso, aplicó á su blanquísimo seno los labios de la criatura, rojos como cerezas.

—¡Tienes ya un hijo!—exclamé.

—No, señor; tengo dos. El otro está con su *güela*. Ya ha tres años que me casé.

—¡Tres años!—pensé para mí.—¡Poco duradero fué aquel dolor tan grande!—Vaya—dije,—adiós, y que seas muy dichosa con tu marido y con tus hijos.

—Gracias, señor.

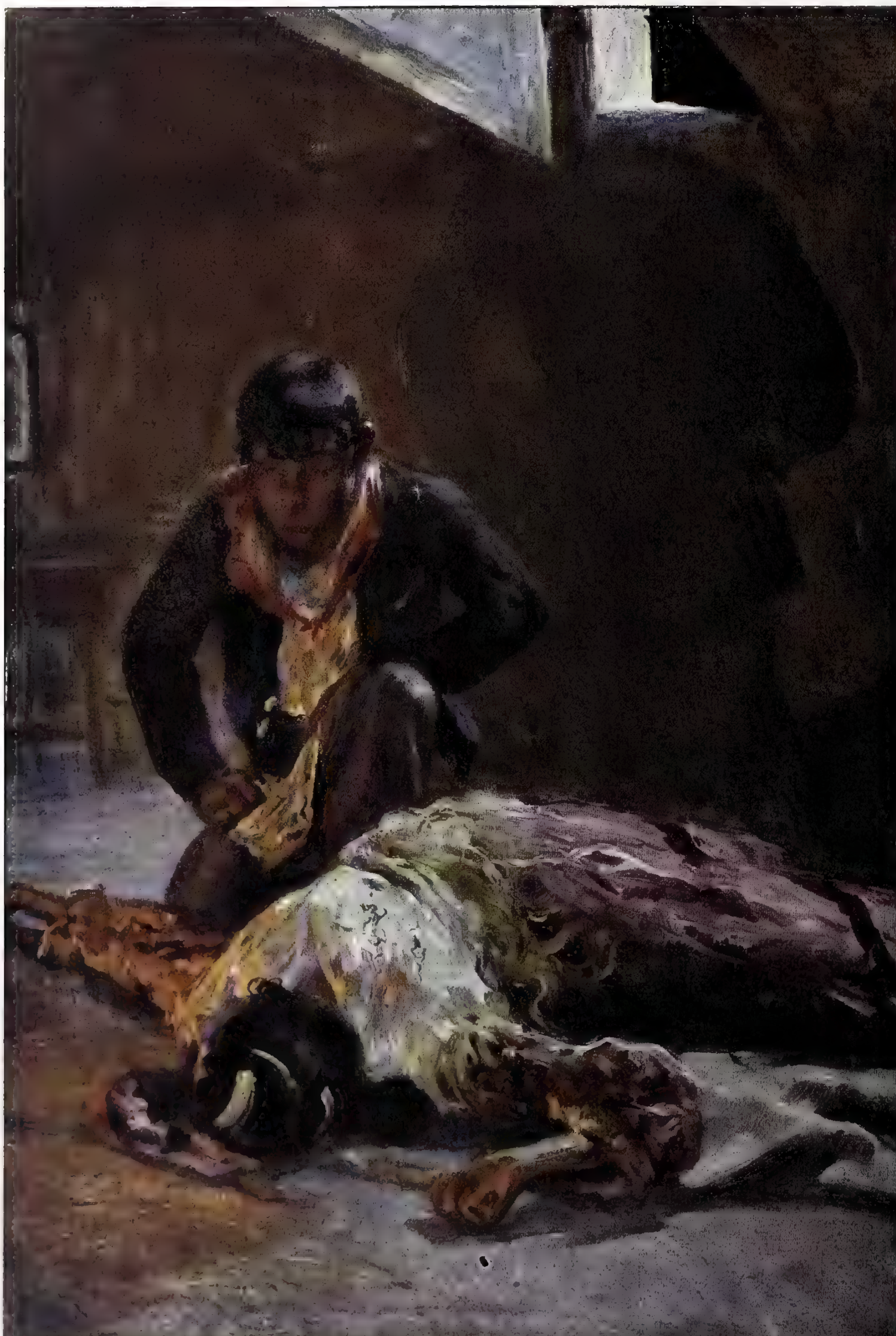
—Ahora no dirás como aquel día: «¿Qué hago yo en este mundo? ¡Quiero morir, quiero morir!»

—¿Qué he de decir eso?—exclamó con enojo.—¡*Fius* de mi alma!—añadió bajando la cabeza para besar la del chiquillo;—¡quiero vivir, quiero vivir!

Miguel Ramos Carrión

Dibujos de Alberti

MUERTECITA LA ENCONTRÉ;
COMO LA VÍ TAN BONITA,
LA CARITA LE TAPÉ.



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR BERMEJO

La casa de Vanderbilt



ALFREDO VANDERBILT, JEFE DE LA CASA



SU ESPOSA MISS ELENA FRENCH

Nos envían de Nueva York una curiosa fotografía de la magnífica residencia que posee la casa Vanderbilt en la calle 58, con vistas á la 5.ª Avenida, es decir, á la vía que, con la famosa Broadway, forma la principal arteria comercial de la gran metrópoli norteamericana.

Nadie ignora que así como á Andrew Carnegie, el ilustre filántropo, se le conoce por el Rey del acero, á Rockefeller por el Rey del petróleo y á Pierpout Morgan por el Rey de los ferrocarriles, el difunto Cornelio Vanderbilt era llamado el Rey de la Bolsa de Nueva York.

La fortuna de los Vanderbilt, que hoy son casi tantos como los Rothschild, no es posible calcularla, porque consagrada á las especulaciones bursátiles, ha sufrido continuas alternativas; pero ha habido épocas en que no ya una carta ó una firma de Cornelio Vanderbilt sino un gesto ó un ademán suyo eran capaces de arrastrar á la ruina á infinidad de capitales. Omn potente en la Bolsa, no lo fué de igual modo en su familia, pues su hijo mayor, Alfredo que es en la actualidad el jefe de la casa, hubo de casarse á disgusto del padre con Miss Elena French Acaso esta pesadumbre contribuyó, según dicen, á la muerte del viejo millonario. El hijo menor, Reginaldo, alumno distinguido de la Universidad de Yale, es el intelectual de la familia. A ella pertenece también el opulentísimo financiero W. K. Vanderbilt, cuya hija es la bellísima Miss Consuelo, que casó hace años con el duque de Marlborough, entrando á formar parte de la más alta aristocracia inglesa, y siendo hoy día una de las más hermosas y elegantes damas de la corte de Eduardo VII.



LA CASA DE VANDERBILT EN LA CALLE 58 Y 5.a AVENIDA DE NUEVA YORK Fot. Rabasa y Sánchez

El hambre en Madrid

MENESTER es desenterrar este trágico epígrafe, por mucho que nos duela. Creemos estar viviendo en una sociedad civilizada y progresiva y, al mismo tiempo, en una sociedad cristiana, y vivimos relativamente tranquilos y sosegados. Un día la nevada, que echa al lobo de su guarida en el monte, arroja también la miseria á la calle en la ciudad; y tiritando unos de frío y otros de pavor, reparamos en que hay muchos miles de prójimos desnudos, hambrientos y desamparados. Se acude prontamente á remediar el mal con lo primero que se nos alcanza. La caridad, en unos cuantos días, hace prodigios; pero no son estas necesidades de las que se remedian con milagros de panes y peces, sino de las que en todo país bien gobernado se estudian por los legisladores, procurando atajar sus causas.

Viendo agolparse muchedumbre de menesterosos á las puertas de los cuarteles donde estos días se ha repartido ranchos, gracias á la munificencia regia y al espíritu caritativo de jefes, oficiales y soldados, que aunaban sus esfuerzos para que el reparto fuese eficaz y equitativo, al menos pensador se le ocurriría reflexionar que á tales horas los representantes del país y los individuos del Gobierno andarían gravemente preocupados del positivo problema que estos hechos entrañan. Chasco se llevaría quien tal pensara. La miseria no se discute; del hambre no se habla en el Congreso.



REPARTO DE PAN
EN EL CUARTEL DEL ROSARIO



LA COLA EN EL CUARTEL
DE LA MONTAÑA



REPARTO DE RANCHO EN EL CONDE-DUQUE — Fot. Asenjo

El ciprés

Orgullo y gala del jardín florido,
opulento en aromas y colores,
descuella entre los árboles menores
el ciprés melancólico y erguido.

Puebla, al ser por la brisa estremecido,
el perfumado ambiente de rumores,
y cobija de alegres ruiseñores
en cada rama tembladora un nido.

Y en la tierra al hundir la firme planta,
símbolo fiel del infinito anhelo
que el espíritu eleva y agiganta,

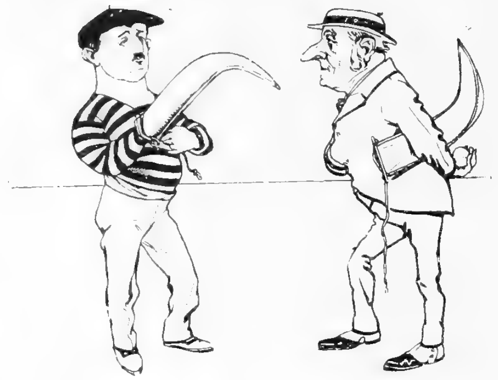
solo y altivo, despreciando el suelo,
su copa gallardísima levanta
hacia el azul y transparente cielo.

Manuel de SANDOVAL



DIBUJO DE J. FRANCÉS

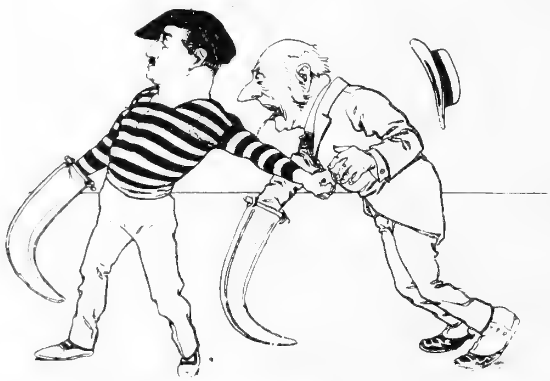
UNA LECCIÓN APROVECHADA, POR ROJAS



1.—Se mete usted la cesta con cierta coquetería.



2.—Y vamos á hacer el primer tanto de saque.



3.—Atrás, el juego atrás. ¡Duro con él!



4.—Fíjese usted en este *revés-aire*. ¿Eh? ¡qué limpio!



5.—Ahora vamos á dejarla muerta en el primer cuadro.



6.—¡Pum! Buena bolea. ¿Se va usted fijando?



7.—Devuelva usted esa pelota, amigo mío.



8.—¿Ve usted? ¡es la cosa más sencilla del mundo!



ARTISTAS EXTRANJEROS

ALFONSO MUCHA

HACE poco más de diez años comenzaron á circular por toda Europa unos admirables y originalísimos carteles de estilo indefinible, pero de grandísima y sugestiva belleza. Unos eran anuncios del papel de fumar Job; otros de algunas obras de las representadas por Sarah Bernhardt, y señaladamente de *Gismonda*.

El autor de aquellos admirables carteles, en quien se descubrían extraordinarias dotes para la pintura decorativa, era Alfonso María Mucha, artista nacido en 1860 en la aldea de Ivancia, en Moravia (Austria). Pobre y desconocido durante muchos años, el cartel de *Gismonda* le dió á conocer y le hizo pasar en breve plazo á ocupar un puesto de primer orden entre los pintores decoradores y cartelistas. Hoy día, Mucha es de todos ellos el más solicitado y estimado. Desde 1890 ha pintado enorme cantidad de carteles, anuncios, ilustraciones de libros, tapices, techos, etc. Recuérdanse los carteles de *Lorenzaccio*, *La Dama de las Camelias*, *La Samaritana*, *El Salón de los Ciento*, *Sarah Bernhardt*, el almanaque de *La Plume*, las tintas de Lorilleux, los magníficos *panneaux* decorativos de *Las cuatro estaciones*, las vidrieras de *Juana de Arco* y de *Roldán de Roncesvalles*, y otras numerosas composiciones de historia y de género.

Mucha es un decorador de poderosa fantasía, de exquisito gusto y de un arte extraordinario para la composición.

DIBUJO DE P. DUCHENNE

EL LENGUAJE DE LAS MANOS



Al balcón de cierta casa
que hay enfrente de mi «hotel»,
se asoma una joven rubia
y esbelta como no hay tres,
y habla por señas con uno
que sostiene la pared
de enfrente y que hace ya tiempo
su novio debe de ser.
El lenguaje de las manos
es cosa que nunca usé,
y no es á mi edad chocante
que no lo pueda entender.
Pero la curiosidad
me picó, no sé por qué,
y detrás de mis vidrieras,
si no tenía qué hacer,
observaba yo la charla
de aquellos novios. ¡Qué bien
movían las manos ambos
para entenderse, pardiez!
Yo me fijaba en los dedos,
y aunque mucho me fijé,
no pude enterarme nunca.
¡Si era atroz la rapidez!
Soy testarudo y no quise
de mi capricho ceder,
y recordando que saben



hablar así los de Arqués,
íntimos amigos míos,
en su casa me planté
y les hice que me dieran
lecciones durante un mes.
Preparado de esta suerte,
ví á los novios otra vez;
mas ¡qué diantre! ¡ni por esas!
Una tarde y dos y cien
seguí su charla observando
sin poderla comprender,
hasta que ya un día el dueño
de una tienda que hay al pie
del balcón, me dijo:—Amigo,
me inspira usted interés,
porque le veo intrigado
ya hace días por saber
qué es lo que hablan esos chicos,
y aunque una libertad es,
me permito aconsejarle
que no se moleste usted,
pues por más esfuerzos que haga
no ha de entenderlos.
—¿Por qué?
—Porque me he fijado en ellos,
y no hablan más que en inglés

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

DIBUJO DE XAUDARÓ



Los enemigos de D. Feliciano

CUENTO

Nada, D. Feliciano, usted no podrá convencernos de que siendo la suma bondad, como todo el mundo reconoce y proclama, tenga usted enemigos ni los haya tenido en su vida.

—Pues, para que lo crean, les diré las causas de que un mi amigo, y de los más íntimos, se convirtiera en enemigo irreconciliable.

Era el tal un infeliz; tan infeliz, que hubo menester de mi protección algunas veces.

Dirigía yo por aquel entonces un periódico de bastante circulación. Cuando digo que lo dirigía, quiero decir que lo redactaba y corregía las pruebas y lo administraba y casi casi lo repartía.

Por todos esos menesteres me pagaba la empresa unos cuantos duros al mes; pocos duros, pero eso sí, bastante mal pagados, y hasta no pagados ni bien ni mal en muchas ocasiones. Confiado yo en repetidas promesas (que no llegaron á cumplirse), y necesitado de aquella retribución mezquina para mi subsistencia y la de mi madre, pobre viejecita sin otro amparo que su hijo, sobrellevaba la ruda labor, poniendo en ella toda mi actividad y todo el entusiasmo de mi espíritu juvenil.

El amigo á quien me refiero, más hermano que amigo, hubo de confiarme cierto día sus deseos vehementes de consagrarse al periodismo, ¡la ilusión de toda su vida!

—Lo que me propones—le contesté—es muy difícil; casi imposible. No estoy autorizado por la empresa para admitir colaboración ni aun gratuíta, y mucho menos de escritores desconocidos. La publicación de tus trabajos podría ocasionarme la pérdida de esta colocación, de la cual, tú lo sabes, necesito imprescindiblemente. Además, si te propones, cosa muy natural, obtener más pronto ó más tarde remuneración por tu trabajo, renuncia desde ahora á tu propósito. La empresa no aumentará ni en un céntimo su presupuesto de gastos. Mi reducidísima asignación me es absolutamente necesaria. En otro caso, huelga decirlo, la cobraríamos á medias, si tú compartías el trabajo.

—Eso nunca, nunca; antes renunciaría yo á mis esperanzas. No aspiro á ser remunerado; pretendo sólo ser conocido, ver impresa mi firma, figurar entre los escritores, ingresar en la *prensa*.

—No quiero negarte favor de tal importancia para ti, según se ve; tráeme algún trabajito.

No fué corto ni perezoso mi protegido; al día siguiente se me descolgó con media docena de artículos, bastante malos *ambos á seis*, como dijo aquel zarzuelero famoso.

—Hombre—le dije,—francamente, ninguno de estos artículos puede ser publicado. Bastaría cualquiera de ellos para desacreditar para siempre tu firma.

—Sí—replicó muy sereno y con la mayor frescura;—me lo figuraba. Presumí que si tú los pulías un poco quedarían como nuevos; en fin, mañana te traeré otros seis.

Y me los entregó efectivamente; y otros seis luego, y otros, y otros, y otros, hasta que á fuerza de escribir llegó á ser articulista muy aceptable.

Mi colaborador mostrábase cada vez más agradecido y muy contento; yo, sin embargo, no estaba tranquilo; sentía algo así como remordimiento de conciencia por utilizar el trabajo ajeno sin pagarlo. Mil veces me había prometido el propietario aumentar mi sueldo, en vista de la creciente aceptación que obteníamos. Si solamente de mí se hubiera tratado, no me habría atrevido á recordar ese ofrecimiento; pero el deseo de servir á mi compañero inseparable me dió fuerzas para abordar la cuestión.

—¿Cuándo viene ese aumento de sueldo?—pregunté al propietario cierto día en que, por haber sido extraordinaria la venta, lo vi muy satisfecho.

—Pues mañana mismo,—contestó frotándose las manos.

—Lo celebro—le dije;—pero no acepto el aumento; al contrario, voy á solicitar una disminución.

—¡Eh!—dijo el hombre con extrañeza justificada.—¿Cómo he de entender eso?

—De un modo muy sencillo. Hace dos ó tres meses que aparecen en el periódico trabajos de un colaborador amigo mío. Con esta colaboración gana el periódico, porque da mas variedad á sus números; gano yo, porque trabajo menos; gana mi colaborador, porque da á conocer su firma. Pues ya que los tres ganamos, me parece justo que los tres, cada cual por su parte, haga algún sacrificio: usted aumentando en su presupuesto la cantidad con que pensaba remunerarme; yo, renunciando al aumento y aun poniendo alguna cantidad de mi sueldo para formar el de mi compañero; éste, aceptando como sueldo la pequeña cantidad que representa lo que usted da y lo que doy por su colaboración.

—Estamos conformes—dijo el propietario,—y me parece muy digna de aplauso la delicadeza con que usted procede. Queda hecho el trato.

Me faltó tiempo para comunicar á mi amigo del alma la fausta noticia. Fuí á buscarle al café donde nos veíamos siempre; le referí lo que había hecho y lo que se había convenido. El hombre me dió un abrazo, vertió lágrimas, y me dijo lo que no puedo repetir ahora. Separóse de mí extraordinariamente conmovido, y jurando por Dios y por todos los santos y santas de la corte celestial que no olvidaría nunca mis favores.

Cuando me retiré á casa aquella noche, me encontré con una carta del propietario, en la cual se me



despedía del periódico, dándome la noticia de que se había encargado de la dirección mi protegido.

Claro está que no solicité ser repuesto, pero sí pedí explicaciones, y el propietario me las dió amplias y sinceras. Porque, eso es otra cosa, á franco no le ganaba nadie.

—Amigo mío—me dijo cuando le interrogué,—los negocios son negocios. El colaborador de usted, cuyos trabajos usted mismo elogió muchísimo, vino ayer á ofrecerme hacer el periódico por la mitad de lo que hoy me cuesta; me habló, además, de los proyectos que usted tiene de fundar otro en breve plazo, y no hay para qué decir que he aceptado sus ofrecimientos.

No volví á saludar *al amigo*. Como esta ruptura entre *dos inseparables* llamó la atención, él, para explicarla, dijo no sé cuántos horrores de mí. Fué siempre uno de mis enemigos más crueles.

Yo le perdoné aquella felonía; él no me perdonó nunca que se la hubiese perdonado.

Antonio SÁNCHEZ PÉREZ

DIBUJOS DE ESTEVAN

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 17 Diciembre 1904. N.º 711



Reconocimiento

1798

La plaza Mayor de Fondi respiraba animación. En la hostería frontera á la Catedral discutían acaloradamente las personalidades de mayor consideración en el pueblo, y ancianos, mujeres y mozos, olvidados de sus ocupaciones, extendíanse, charlando ó bailando, indiferentes y alegres, por el trozo de la Vía Apia, que sirve de calle principal á la antigua Fundi.

La conversación de todos ellos versaba sobre las últimas noticias recibidas de Nápoles, que anunciaban nada menos que la ruptura de relaciones entre D. Fernando IV y la República francesa, y el avance hacia Fondi de las fuerzas napolitanas establecidas en el campo de Sessa.

Medio envuelto en ancho capote gris, el sombrero calado hasta los ojos y el cuello subido como para ocultar las facciones, permanecía junto á una mesa un caballero de aspecto marcial, hacia quien se dirigían escrutadoras las miradas de los personajes reunidos frente á la hostería.

De todas las averiguaciones hechas para descubrir su procedencia, sólo había podido saberse que venía de Nápoles, y que un accidente ocurrido en la silla de postas que montaba le había obligado á detenerse, muy contra su voluntad, en Fondi. Sus únicas palabras habían sido para enterarse de cuánto tardarían en reparar el desperfecto y de qué distancia le separaba de Terracina, primer pueblo de la frontera romana. Parecía persona de gran consideración; y aunque hablaba italiano, podía asegurarse que era extranjero.

Naturalmente, curiosos los habitantes de Fondi, dábanse á cavilar sobre la naturaleza del personaje en cuestión, cuando se vieron distraídos por insólita algarada que, viniendo del camino de Terracina, crecía por momentos, adquiriendo caracteres de verdadero motín.

Los *notables* se pusieron de pie sobre las sillas, no sin el secreto temor de ver aparecer en lontananza las bayonetas enemigas; pero pronto se tranquilizaron sus ánimos al apreciar que todo el vocerío se dirigía contra un coche que avanzaba lentamente, rodeado por la multitud y protegido por una pequeña escolta de soldados franceses.

Detenido por la muchedumbre, al llegar frente á la iglesia de Santa María intentaron los dragones abrirse paso, ocurriéndosele en mala hora á uno de ellos desenvainar el sable y blandirle sobre la multitud. No fué menester más. Disparadas con certera puntería, cruzaron por el aire varias piedras, y una de ellas vino á estrellarse en la frente de uno de los soldados, mientras otra hacía añicos los cristales de la carroza.

Enardecida la plebe, comenzaba á desenganchar los caballos, y entre mueras á Francia y vivas al Papa y al Rey se disponía á tomar una de esas venganzas que acreditan la ferocidad del pueblo, cuando inopinadamente apareció ante sus ojos el caballero del capote gris, seguido de varios hombres armados con sendos pistolones.

La presencia de aquellos defensores sorprendió á la muchedumbre, que retrocedió instintivamente, y aprovechando la tregua, apresuróse el caballero á abrir la portezuela del carruaje y hacer salir de él á los viajeros que le ocupaban, para obligarles á refugiarse en el templo, cuya puerta permanecía entornada. Primero descendió una anciana de aspecto imponente, con el rostro muy pálido, que sin dignarse mirar al populacho entró en la iglesia. Después otra señora de aspecto más decadente aún, vestida de luto como su compañera, á quien se parecía en todo menos en el valor, pues tímida y miedosa, imploraba la clemencia del pueblo con sus ojos dulces y tristones. Por último, abandonó el coche un caballero vestido con elegancia, y que á la legua delataba pertenecer á la antigua nobleza.

Libres ya de responsabilidades con la retirada de los viajeros, dispusiéronse los franceses á pelear contra los revoltosos, y nadie hubiera sido capaz de prever los subsiguientes males si en el mismo momento no aparecieran algunos de los señores que desde la hostería habían presenciado el suceso, y que, movidos por el ejemplo del caballero del capote, acudían á impedir la efusión de sangre.

Empleando corteses palabras, hicieron comprender al desconocido que la indignación del pueblo procedía, sobre todo, de la vista de los uniformes franceses; insinuaron después la conveniencia de refugiarse momentáneamente la escolta en el templo, y concluyeron por pedir á su interlocutor que él mismo, con sus criados, diese el ejemplo, pues movidos por la necesidad, habían tenido que enterarse, y gracias á una indiscreción que S. E. les perdonaría, sabían que hablaban nada menos que con el embajador de Francia en Nápoles, noticia que no era la más propia para calmar la indignación del pueblo.

Sonrióse el diplomático al verse descubierto, y aceptando la idea de sus espontáneos favorecedores, entró en la iglesia, después de darles las gracias, mientras fuera continuaba rugiendo la multitud.



En el presbiterio é inclinadas las cabezas ante una Madonna de Silvestro de Buoni, oraban prosternadas las dos viajeras, inmóvil, rígida la una, temblorosa y estremeciéndose á cada momento la otra. El caballero había desaparecido.

Transcurrieron unos minutos. Los rumores de la calle fueron disminuyendo. Por último, reinó el silencio. No queriendo turbar la devoción de las damas, salió entonces el embajador al claustro que comunicaba con la iglesia, y llamando al sargento que capitaneaba la escolta preguntóle la causa de su viaje y de su presencia en aquel pueblo.

—Mi general—repuso el sargento descubriendo la faja que ceñía la cintura del embajador—todo es por culpa de esas dos momias que acabais de ver, y á quien el marmolillo de su acompañante trata de princesas.

—¿Princesas? ¿Cómo se llaman?—interrogó el diplomático.

—Una, la más simpática, la más encorvadita, madame Victoria; otra, la más orgullosa, la más tiesa, madame Adelaida.

—¿De veras?

—Sí; parece que las dos eran tías del tirano difunto, y que su padre fué Luis XV, el que por divertirse arruinó á la nación. ¡Bien lo han pagado! Cabezas aún tienen en los hombros, pero... ¡sustos! Ya sabéis cómo se escaparon de Francia; unos días más, y no pueden. Se fueron á Austria, y de Viena vinieron á Roma; pero una de ellas se puso mala, porque entonces eran tres, y la otra, que al cabo se murió, se llamaba madame Sofía. Y éstas la lloraron mucho; porque, aunque parezca mentira, entre esta gente se sienten también las cosas. Pero en seguida quisieron venir á Nápoles, donde parece que tienen parientes en buena posición, y le pidieron al general Championnet una escolta, y por eso venimos nosotros con ellas.

—¿Qué te encargó el general al marcharte...?

—Que las acompañase hasta la frontera, y más allá si querían, porque dice el general que, después de todo, son dos hijas de Francia. Y también dice que para el tiempo que les queda de vivir, se les puede llamar princesas, y á su acompañante conde de Châtillon; de modo que yo lo he hecho. Y no creáis que, en medio de todo, son muy cariñosas; pero nunca ríen, y no les alegran nada las victorias de la República. ¡Parece mentira, siendo francesas!

—¿No habéis tenido ningún disgusto en el camino?

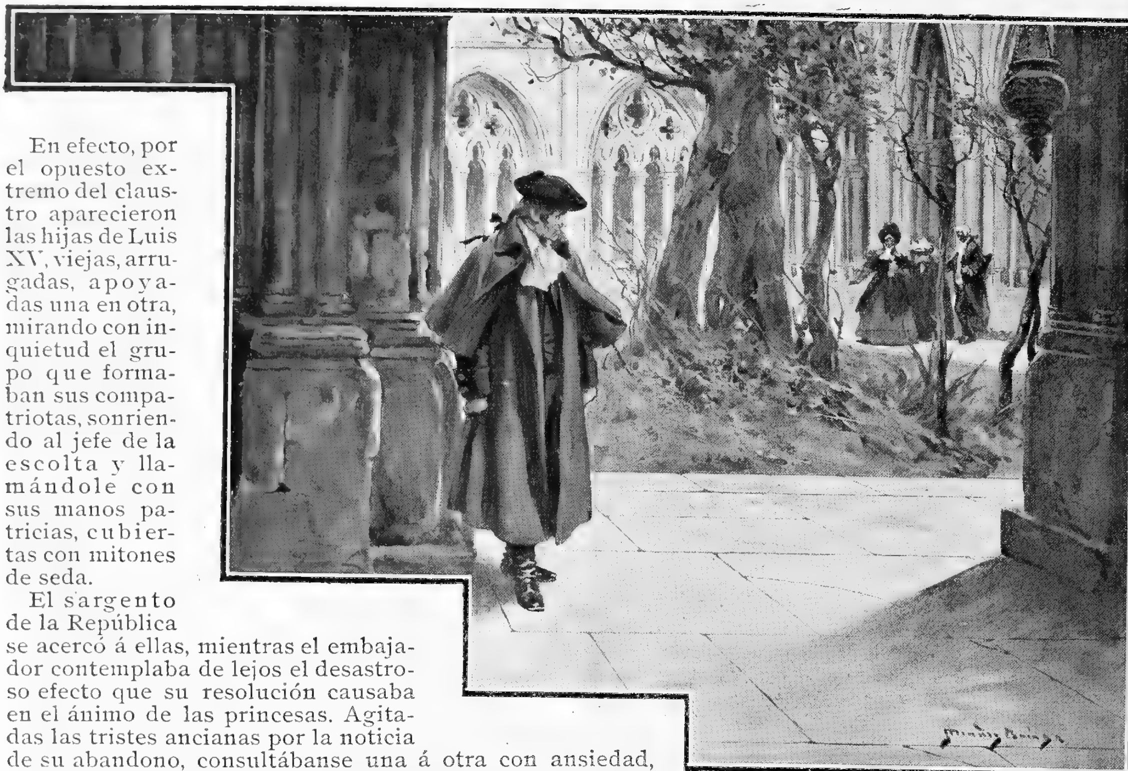
—Ninguno. ¡Si me han tomado una afición que no pueden vivir sin mí! Me hablan de mi mujer... y de mis hijos... y de la vieja... y á veces dicen cosas tan dulces, que me hacen llorar.

—Pues es necesario que te despidas de ellas y que te vuelvas conmigo á Roma.

—¿He hecho mal?

—No; pero habría peligro para ti en que siguieras escoltándolas. Además, yo asumo la responsabilidad del hecho.

—¡Pobres viejas!—exclamó con desconsuelo el veterano.—¿Qué van á hacer sin mí? Tan acostumbradas á verme... ¿No digo? Miradlas. Han notado mi ausencia y vienen á buscarme.



En efecto, por el opuesto extremo del claustro aparecieron las hijas de Luis XV, viejas, arrugadas, apoyadas una en otra, mirando con inquietud el grupo que formaban sus compatriotas, sonriendo al jefe de la escolta y llamándole con sus manos patricias, cubiertas con mitones de seda.

El sargento de la República se acercó á ellas, mientras el embajador contemplaba de lejos el desastroso efecto que su resolución causaba en el ánimo de las princesas. Agitadas las tristes ancianas por la noticia de su abandono, consultábanse una á otra con ansiedad, volviendo los rostros hacia el diplomático, como si lucharan entre la necesidad y el orgullo para interpelar directamente al representante de la Revolución y pedir su ayuda. La presencia del conde de Châtillon vino á resolver el conflicto.

Cuchichearon un momento las altezas al oído de su mayordomo, y un instante después acercábase el palaciego al diplomático para preguntarle cortésmente:

—Creo, señor embajador, que habréis reconocido á las personas á quienes hace un instante socorrísteis tan generosamente.

—Sí, señor conde. He reconocido en ellas á las hijas de Luis XV, que como señoras y como francesas merecen todo mi respeto, y estoy pronto á hacer cuanto manden sus altezas reales.

—Entonces—prosiguió el cortesano—me permitiréis que os suplique, en nombre de las princesas, no las privéis de la escolta de vuestros soldados, á menos de existir un motivo suficiente.

—Por desgracia, ese motivo existe. Desde ayer está declarada la guerra entre Nápoles y Francia. Ved, por vuestra llegada aquí, cómo la presencia de los soldados de la República, en lugar de servir á sus altezas, perjudicaría su tranquilidad, que una vez dados á conocer sus nombres, será completa. ¿Estáis satisfecho?

—Tengo otro encargo de las princesas, que es el de acompañaros á su presencia, para que ellas mismas os den gracias por vuestro proceder.

—Con mucho gusto aceptaría el alto honor que me ofrecéis, pero... temo que mi presencia les sea desagradable.

—Os aseguro que...

—Hace un momento hablábais de reconocimiento, y os cité vuestro nombre. En cambio, ignoráis el mío; no sabéis quién soy.

—Sabemos que sois un hombre de mundo y de educación.

—Pues... precisamente por esas cualidades fué por lo que la Convención me eligió para tener el triste honor de leer al rey Luis XVI su sentencia de muerte.

El conde de Châtillon dió un paso atrás y preguntó con voz trémula:

—¿Entonces sois el convencional Garat?

—El mismo, señor conde. Ved por el efecto que mi nombre hace en vos, el que causaría en esas pobres señoras que eran tías del rey. Verdad es—añadió el embajador—que en vida no se llevaban muy bien con su sobrino, pero seguramente hoy le adoran. La muerte es como el sueño. Hace cambiar de opinión.

E inclinándose ante el espantado mayordomo, alejóse el embajador por el claustro.

Antes de desaparecer se detuvo junto á uno de los arcos, y pudo contemplar el gesto de horror de madame Victoria y el movimiento de amenaza de madame Adelaida al escuchar las palabras de su acompañante; después, la precipitada fuga de ambas señoras apenas acabó Châtillon su discurso.

El embajador sonrió generosa y tristemente.

La campana de Santa María tocó el Angelus.

A lo lejos se oyeron las voces de los dragones franceses que, ajenos al pasado y al porvenir, cantaban alegremente la Marsellesa.

Alfonso DANVILA

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Crónica Gráfica

El reloj del castillo de Santa Bárbara, en Alicante, cuyas horas regían para la ciudad y para los trabajadores de la huerta, constituía, desde hace algún tiempo, un grave peligro para la población. Emplazada la torre del Reloj en un ángulo del parapeto de la batería del Macho, á doscientos metros de altura, ha sido necesario para demolerla un complicadísimo andamiaje y una gran cantidad de sangre fría en los trabajadores. Hoy ya el vecindario respira tranquilo,

Los aficionados á la música están de enhorabuena. Antes de oir al gran violinista Kubelik, los seres dichosos que forman parte de la ilustre Sociedad Filarmónica madrileña han tenido la suerte de escuchar á una de las primeras pianistas del mundo, á Madama Kleeberg, insigne intérprete de la música clásica. Esta gran artista parisiense, á quien han aplaudido con entusiasmo los públicos de Viena, Berlín y Londres y el de París en los conciertos de Lamoureux y de Colonne, ha producido excelente efecto en Madrid. Parece que sin poseer la fogosa energía de Teresa Carreño, Madama Kleeberg traduce la música clásica con tanta exactitud y delicadeza, que los oyentes hallan, aun en obras conocidas, infinidad de efectos nuevos é inesperados.

Con motivo del duelo del desterrado francés Monsieur Pablo Déroulede con el ilustre orador y hombre político Monsieur Juan Jaurés, ha pasado unos días en San Sebastián, donde reside Mr. Déroulede, el poeta nacionalista Francisco Coppée. Copiamos una fotografía hecha en Villa Alta, y en la que aparecen Déroulede y Coppée reunidos, porque nos parecen las suyas dos figuras que ofrecen cierto interés de actualidad.

El cincuentenario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción se ha verificado en toda España con varias fiestas y manifestaciones. Entre ellas, la más interesante ha sido la fiesta literaria celebrada en Sevilla para la proclamación de las composiciones premiadas en el Certamen literario y musical que se convocó para dicho objeto.

Esta fiesta se verificó en el hermoso local del Museo sevillano, en el gran salón, que antaño fué templo, y donde en la actualidad se conservan los maravillosos cuadros de Murillo y de Zurbarán y las esculturas de Martínez Montañés y de Torrigiano.

Bajo la grandiosa composición de Zurbarán que se conoce con el nombre de *El triunfo de Santo Tomás de Aquino*, se había alzado un estrado, en el que ocuparon la presidencia el cardenal-arzobispo de Sevilla Sr. Spínola y el Nuncio, con otros varios personajes sevillanos.

Doce poetas nada menos han sido premiados en este Concurso, y un músico, cuya obra *Bendita sea tu pureza*, para violines, viola, violoncelo, contrabajo, órgano y dos voces, fué oída con gran agrado.

Lo más importante del acto fué el admirable discurso leído por el maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo acerca del ideal cristiano en las artes y en las letras españolas y de la influencia del dogma de la Concepción en ellas.

Grandes aplausos premiaron la obra del insigne polígrafo, que sabe comunicar á todos los asuntos la elocuencia de la persuasión científica.

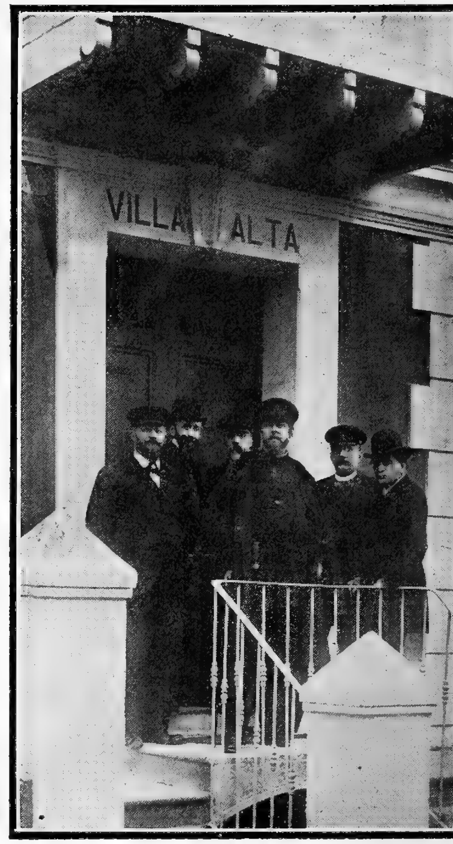


LA TORRE DEL RELOJ ANTES DE SER DERRIBADA — ALICANTE. ANDAMIAJE CONSTRUÍDO PARA DERRIBAR LA TORRE DEL RELOJ

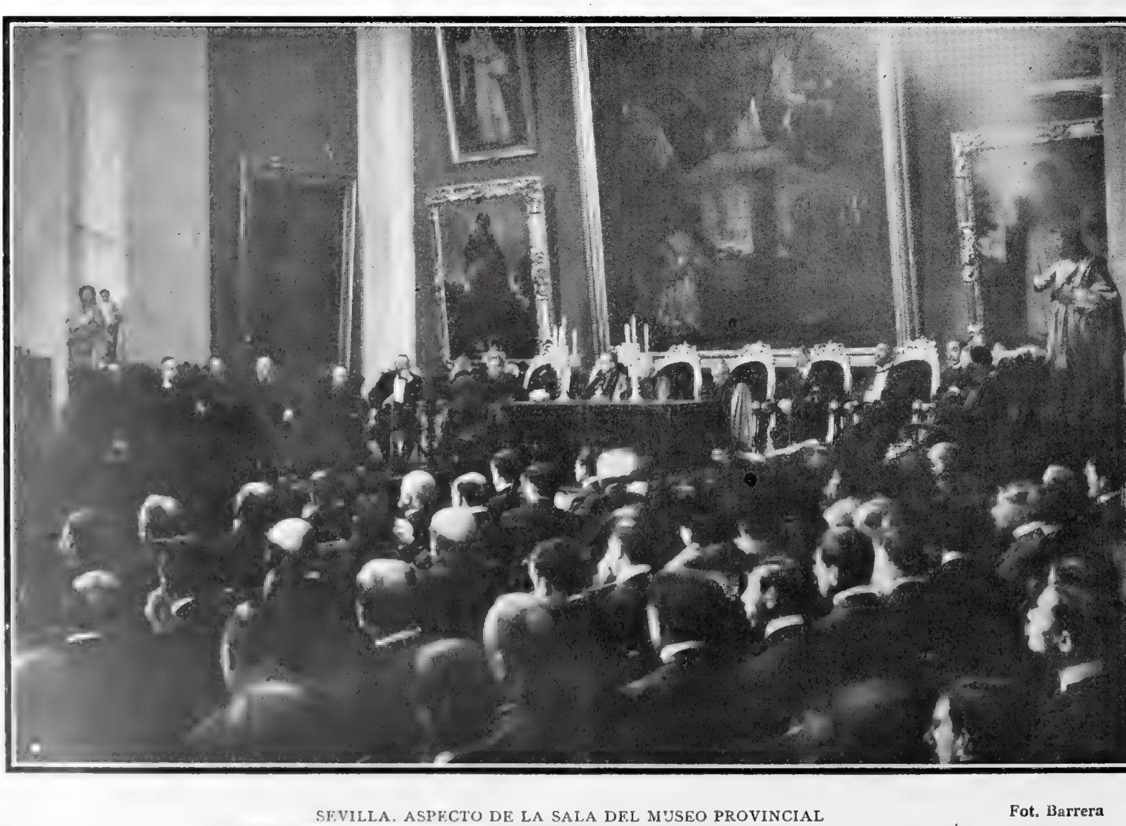
Fotografías J. Amado



MADAMA KLEEBERG, ILUSTRE PIANISTA FRANCESA
Fot. Asenjo



SAN SEBASTIÁN. Fot. Frederich
LOS SEÑORES DEROULEDE Y FRANCISCO COPPÉE
Á LA PUERTA DE VILLA ALTA



SEVILLA. ASPECTO DE LA SALA DEL MUSEO PROVINCIAL
EN EL MOMENTO EN QUE EL SR. MENÉNDEZ Y PELAYO LEÍA SU DISCURSO
Fot. Barrera

LA SUERTE DE LA FEA, POR
ADOLFO LOZANO SIDRO



DURANTE EL SITIO DE PARÍS

(De Ernesto de Hervilly)

I

Es ya media noche. El cierzo
sopla penetrante, frío,
glacial, como en la explanada
del legendario castillo
de Elseneur. El arma al brazo,
paseo, helado y erguido:
seiscientos veintidós haces
de heno custodio y vigilo.
En las horas apacibles
de los ensueños idílicos,
esa es mi consigna. Lejos
suenan unos cuantos tiros,
que el silencio augusto rompen
de vez en cuando. Dormidos
no están nuestros compañeros
allá en la vanguardia; el pico
pronto á la réplica tienen
si alza el gallo el enemigo.
¡Bravo, camaradas! Mientras,
aguardo, siempre en mi sitio,
la patrulla, y llevo al hombro
un viejo fusil, roído
por el hollín, como lleva,
descuidado y distraído,
cualquier devoto cofrade
un ahumado Crucifijo.
Paseo arriba y abajo;
hago en el aire castillos;
y cuando ruge á lo lejos
la guerra, el olor pacífico
del apilado forraje
á boca llena respiro.





II

Veo á los chicos del barrio
salir gozosos de escuela.
Embadurnados de tinta,
arrastran por las aceras,
que dora el sol de la tarde,
libros rotos de hojas sueltas.
Los grandes á pies juntillas,
gritando y haciendo muecas,
trazan los giros extraños
de alguna danza grotesca;
y los otros, los pequeños,
rompen filas, y se alejan
para buscar afanosos
la codiciada merienda.
¡Afortunadas criaturas
sin cuidados y sin penas!
Oyendo su alegre charla,
que tan bulliciosa suena
en el ambiente apacible
de otoño, nadie dijera
que devastan nuestros campos
los horrores de la guerra,
si en el tropel de muchachos
de ropa rota y mugrienta
no viéramos otros niños
¡contraste que al alma llega!
paliduchos y ojerosos,
con flamantes blusas negras.

TEODORO LLORENTE

DIBUJO DE ZAPATER



ÚLTIMA ZODIACADA DEL AÑO

CAPRICORNIO

El décimo signo del Zodiaco representa una hermosa constelación en la cual entra el sol al comenzar el invierno, ó sea en el segundo solsticio. Consta de cincuenta y tantas estrellas principales y de una porción de asteroides ó estrellitas de escalera abajo.

Esto y otras muchas cosas de carácter más técnico, es lo que dicen los astrónomos. Sepamos ahora lo que dicen los poetas.

Para ellos la constelación es una cabra, un cabrito ó un mónstruo mitad cabra y mitad pez. En el primer caso, no cabe en lo posible dudar de que la cabra es la propia Amaltea, nodriza de Júpiter, el papá de los dioses.

Pero si aceptamos esta opinión para ahorrarnos más investigaciones, tropezaremos en seguida con nueva dificultad que nos proporcionará las más molestas perplejidades.

Porque unos autores, mitólogos de respetabilidad indubitable, afirman que Amaltea era una doncella, hija de Meliso, rey de Creta, la cual se encargó de administrar el biberón á Júpiter cuando aún no le habían salido los dientes.

Parece esto poco probable, sin embargo, atendiendo á la poderosa razón de que los biberones son un invento desde luego muy posterior á la infancia de Júpiter. Indudable es, no obstante, que el pobre Júpiter tuvo una infancia borrascosa y necesitada.

Como que su papá Cronos, ó sea Saturno, estaba resuelto á devorarle, barbaridad que, de realizarse, nos hubiese privado de conocer á los dioses del Olimpo, desde los que cantó Hesiodo hasta los que bailó Offenbach. Y hubiera sido una lástima.

Por fortuna, Júpiter supo arreglárselas para verse libre de la voracidad paterna, lo cual parece imposible tratándose de un chico de pocos meses, y logró ocultarse en el palacio del estimable rey Meliso, cuyas hijas, según se dice, le criaron valiéndose de una cabra.

Mas otros autores aseguran, como si lo hubieran visto, que Amaltea era el nombre de la cabra y no el de la doncella. De aceptar esta creencia, bueno será que sigamos la corriente y creamos á pies juntillas que Júpiter agradecido, en cuanto comenzó á comer *entrecots*, abandonando la dieta láctea á que la Naturaleza sujeta en los primeros meses de la vida así á los dioses como á los simples mortales, concedió á Amaltea una decorosa jubilación, muy común por aquel entonces: la de colocarla en el cielo, formando una constelación preciosa, recompensa harto más envidiable que la modesta gratificación de treinta mil reales otorgada á los ex ministros anteriores al famoso decreto del Sr. Silvela. Así los dioses recompensaban á sus favorecedores y amigos sin gravar el presupuesto; y de ahí resulta que ese cielo azul que todos vemos, no es cielo ni es azul, sino más bien algo así como el albergue de las Clases pasivas del Olimpo; hecho que no vacilamos en someter á la consideración de nuestro querido amigo el diputado á Cortes por Sort D. Emilio Ríu, tan competente en estas materias, acerca de las cuales ha escrito un libro luminoso.

¿Creemos, por el contrario, que efectivamente Amaltea no era la cabra sino la joven hija de Meliso? Pues entonces habremos de aceptar la tradición de que Júpiter agradecido obsequió á Amaltea con uno de los cuernos de la cabra, el cual fué nada menos que el famosísimo cuerno de la abundancia, de donde salían todos los bienes y riquezas del mundo. Esto habría que entenderlo en el sentido de ser Chipre, la patria de Amaltea, uno de los países más fértiles, ricos y hermosos del mundo.

¿Tampoco creemos esto? Fuerza será confesar que el Capricornio es nada menos que el dios Pan, el simpático y alegre Pan, quien, perseguido á muerte por el horrible gigante Tifón, se vió obligado á sumergirse en el Nilo tomando la forma de un macho cabrío, de medio cuerpo arriba, y de un delfín ú otro pez por el estilo, de medio cuerpo abajo.

Esta explicación, á pesar de apoyarla muy graves autores, no nos parece tan agradable como la otra.

No obstante, ustedes quedan en libertad completa para decidir si Capricornio es cabra, doncella, cabrito ó mónstruo. Dudas como ésta nos ocurren todos los días tratando de algunos personajes conspícuos, y cada cual las resuelve como puede, ó las deja sin resolver, que suele ser lo más discreto.

DIBUJO DE XAUDARÓ

W. &. B.

EL GUANTE

Doña Ana de Mendivil murió en la flor de su belleza y de su juventud y su tránsito; si bien fué ocasión de piadoso pasmo para cuantos á él asistieron, llenó de pena los corazones de muchos ilustres y garridos caballeros que habían amado á la difunta y hermosísima doña Ana.

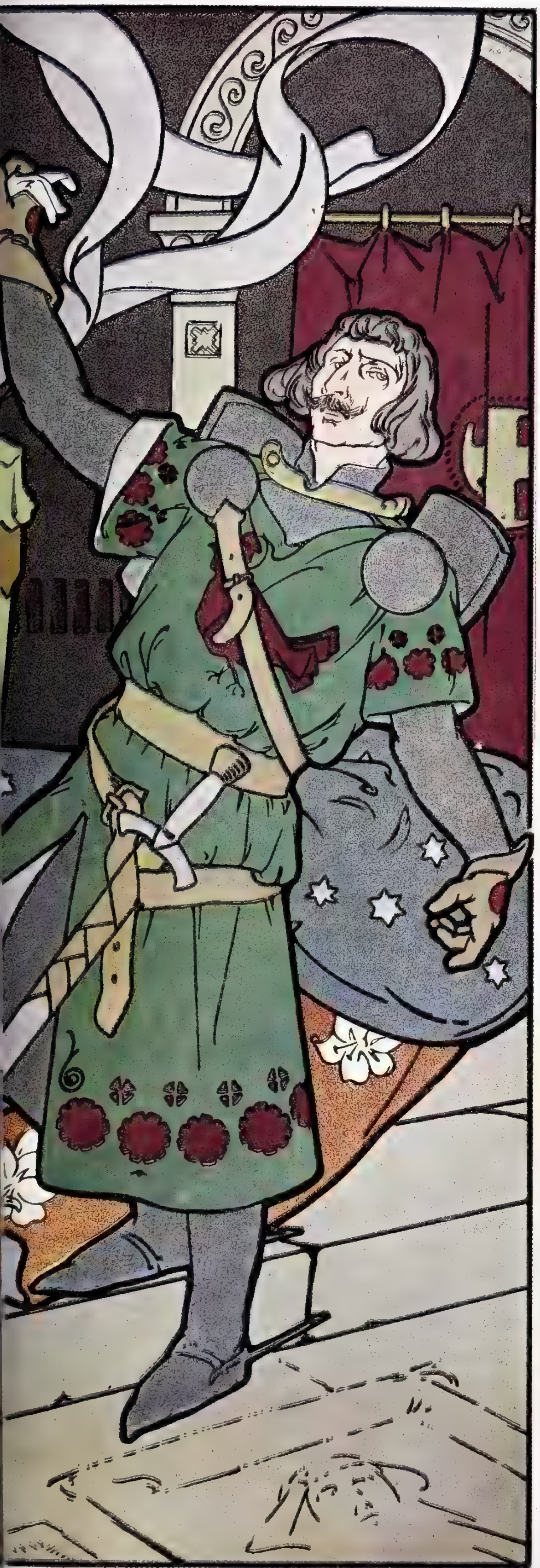
Estos amores no habían restado á la noble dama ni un ápice de renombre. Doña Ana conoció las lisonjas del amor sin que nadie pudiera vanagloriarse de haber obtenido respuesta favorable á sus ansias, pues como era virtuosísima, puso siempre su honestidad por cima de todo y supo desengañar á sus adoradores, pero con tan buen modo y usando de tanto dulce circunloquio, que los desengañados, lejos de incomodarse, seguían amándola y esparciendo sus loores por la villa toda.

Esto, que tal vez en otra dama se hubiera tachado de coquetería, en doña Ana de Mendivil no debía serlo, pues su espíritu era elevado y no gustaba de frivolidades y mundanos pasatiempos. No obstante, dispuso en su testamento que se vistiera su cadáver con su más lujoso traje, que se le adornara con preseas y dijes, y que sus manos divinas, mil veces comparadas con el mármol, se cubriesen con blancos y lujosos guantes, para—rezaba el testamento—«evitar en lo posible que los gusanos del sepulcro las ensucien.» Y así, cuando el cadáver de doña Ana quedó en la iglesia, donde había de aguardar el día siguiente para su inhumación, los deudos y los amigos que la habían acompañado salieron del templo haciéndose lenguas de la hermosura de aquella muerta, quien, con su traje de damasco azul, sus hilos de piedras y relicarios de esmalte y sus albas quirotecas bordadas de oro, parecía pronta á ir á un sarao y no á la noche perpetua de la tumba.

Casi todos aquellos caballeros habían amado á doña Ana, y el amor hacía temblar aún sus voces. Cuando salían del pórtico pasó ante ellos un hombre. La luz de las hachas cayó sobre su rostro. Era D. Gaspar de Retamoso, el único pretendiente de doña Ana á quien ésta no logró amansar y conservar como amigo. Tal rebeldía fué causa de que la dama le tuviese algún rencor, y un día que el galán







la invitó á bailar en cierta reunión, le dijo en voz muy alta: «Os seré muy reconocida si no os acercáis á mí, pues á Dios tengo pedido que me haga expirar antes de consentir rocéis mis vestiduras.»

Desde entonces D. Gaspar y doña Ana no volvieron á hablarse ni á saludarse siquiera, y sólo el llamear de sus ojos mostraba, cuando ambos se veían casualmente, que ni el odio había muerto en el corazón de la dama, ni el amor en el del caballero.

Al ver pasar al de Retamoso, los demás hidalgos recordaron, comentándole, aquel lance, quedando conformes todos en que D. Gaspar no había amado tanto como ellos á la hermosa doña Ana. Suspirosos se dispersaron luego por las callejas, siempre hablando de su bien perdido, y al sonar en el reloj de la torre la hora de las nueve, el cadáver de doña Ana se hallaba en la iglesia, sin más compañía que los hachones encendidos, cuyas luces bailaban en las piedras de los collares.

De pronto se abrió una puertecilla y, entrando en la zona de luz de los cirios, apareció D. Gaspar. Lentamente llegó hasta el féretro, y ante él se postró de hinojos, llorando con amargura. Cuanta dulce palabra calló en vida de doña Ana, decíala el caballero ante aquel cuerpo exánime, y los conceptos más tiernos, las frases más apasionadas sonaban en vano en la silenciosa soledad de la nave, pasando sobre el cadáver como auras sobre una roca.

Luego, el enamorado se acercó más á la muerta y contempló su rostro pálido, sus facciones perfectas, la boca que nunca le sonrió, la nariz correcta y orgullosa, los ojos que, medio abiertos, lucían inmóviles, mirándole friamente, como lucieron en vida.

D. Gaspar murmuraba palabras amorosas. «¡Oh mi bien, mi dicha, mi cielo! ¿Por qué no me quisiste? ¿Por qué me apartaste de ti? Mas todo ha sido en vano. Aquí estoy recreándome en el espectáculo de tu belleza.» Y acercándose más, D. Gaspar repitió lo que doña Ana le había dicho en el baile: «A Dios le tengo pedido que me haga expirar antes de consentir rocéis mis vestiduras.» E inclinándose sobre el cadáver, dijo: «¡Alma cruel, preferiste la muerte á mi amor, sin pensar que yo te amaría siempre y que, aun estando tú muerta, podía besar tu boca helada, tus ojos fríos!» Y llegándose junto al rostro de doña Ana iba á besarlo, cuando, al roce del cuerpo de D. Gaspar, una de las manos del cadáver se separó del cuerpo, y el guante que la cubría se desprendió de ella, cayendo con blando ruido á los pies del enamorado.

Entonces D. Gaspar se irguió sin besar el rostro de doña Ana, y recogiendo la quiroteca murmuró: «Gracias, señora.» Luego inclinóse ante el ataúd, hizo la cruz devotamente y, tras saludar otra vez á doña Ana, desapareció por la puertecilla.

Ya en su casa, D. Gaspar colocó el guante en una mesilla de su cámara, le rodeó de luces y de flores, y ante él, después de haberle besado mil veces y humedecido con su llanto, se adormeció un momento. Cuando despertó, las luces se habían apagado, y sólo un rayo de luna acariciaba el guante, haciendo brillar los bordados y flecos de oro que le enriquecían.

De pronto, D. Gaspar creyó ver que la plácida quiroteca se henchía cual si una mano invisible la ocupase. Poco á poco, bajo los dedos del guante se fueron redondeando falanges misteriosas. Una palma estiró la piel, y el vuelo de gamuza se estremeció, agitado por una muñeca invisible, mientras el caballero, inmóvil en su asiento, se preguntaba si aquel extraño suceso era alucinación de su vista.

Mas de repente, el guante se alzó de la mesilla, y avanzando rápido por el aire llegó hasta el horrorizado hidalgo, y deteniéndole en su tardía fuga, adhirió sus cinco dedos á la garganta del enamorado y apretó, apretó implacable...

Cuando llegó el día, los criados de D. Gaspar hallaron á su señor tendido en el suelo. Estaba muerto, y entre sus manos, crispadas por la agonía, hallaron los sirvientes algunos flecos de oro, los mismos que, según decires de dueñas crédulas y escuderos supersticiosos, faltaban en uno de los guantes de doña Ana, como se echó de ver cuando se enterró á la hermosa señora de Mendivil.

LEMA: SULFONAL

(NÚMERO 36 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)

DIBUJO DE VARELA

UN LANCE EN LAS VENTAS

Era Simplicio hijo de D. Frutos Triguero, acaudalado labrador de Valdecarábanos, y de Petronila Cabezón, su esposa, á quien llamaban de apodo *la Pirindola*.

De D. Frutos no se conserva retrato alguno, ni falta que nos hace; pero de Petronila hemos podido admirar uno, del que se deduce que era pequeña de estatura, de diminuta cabeza y regordeta de cuerpo, con un contoneo al andar que parecía un peón bailando, y de ahí su apodo.





Simplicio era más Cabezón que Triguero, salvo que Petronila se quedó bizca al dar á luz á su hijo, no de admiración, sino por efecto de una contracción nerviosa, y nuestro *héroe* no bizcaba. En cambio, tocaba la bandurria, hacía coplas y además era fácilmente enamoradizo.

Después de ocurrir el fallecimiento de su madre, pudo por fin realizar Simplicio su delirio y vino á *los Madriles* en calidad de estudiante de leyes, contra la voluntad de su padre, que tenía miedo de que el chico se le «encenaguara» en la corte.

Hacía meses que estaba en ella, y lo cierto es (aunque en el pueblo creían, porque él se lo había hecho creer, «que era mu aparente pa abogao, deputao y hasta menistro») que, gran amigote de otros camaradas, hallábase por completo entregado á la holganza y sólo pensaba en divertirse, sin asistir un día á las aulas.

Hospedado en casa de una doña Perpetua, honorable patrona más sucia que complaciente, maldito el caso que hacía Simplicio de las cartas, intérpretes de la justa cólera del Triguero que le dió el sér, quien se hartaba de mandar dinero á su hijo, *encenaguao*, en efecto, en el vértigo de los goces cortesanos.

Por las tardes se dedicaba á la caza de miradas tiernas en puesto, como quien caza perdiz con reclamo, recostado en la esquina de las calles de Alcalá y Peligros; pero como es, en efecto, peligroso «jugar con fuego», toparon cierto día sus ojos con otros que iban echando lumbre, propiedad de una joven vehemente y apasionada. Diéronse el «quién vive» mutua y recíprocamente, y reconocido el personal, quedóse Simplicio desde aquel momento convertido en rabo de aquel lucero, atraído por el imán de su mirada.

* * *

En la denominada Ciudad Lineal, pasadas las Ventas, habitaba con su madre, doña Caridad, la joven que electrizó á Simplicio, y que se llamaba Serafina.

Conocidas en Madrid por la *traíña* y el *jeito*, sin duda por lo que se disputaban la *pesca* madre é hija, eran el único *saldo* que quedaba de la familia del infortunado comerciante D. Judas Rapiña, al morir el cual vendieron lo poco que les quedaba, encontrando en la Ciudad Lineal su refugio. La madre, jamona muy pintorreada, rechoncha y cursi hasta el alma, asemejábase á una zambomba sin caña, y la hija, morena tan cursi como su predecesora y larga como un cohete, parecía la caña de la zambomba.

Pero lo cierto es que el más Simplicio de los Trigueros y Cabezones, ó el más Triguero y Cabezón de los Simplicios, cada día estaba más loco de amor por su Serafina, que al parecer le correspondía.

Nuestro hombre pasábase el día chupando los hierros de la verja que circundaba á aquel paraíso, atisbando para hallar la ocasión de conversar con su Eva, hasta que formalizadas las relaciones, dióle Serafina la grata nueva de que desde aquélla, podría ir de tertulia á la casa todas las noches.

Simplicio recibió la noticia con febril entusiasmo, y ciego, sordo y alelado tomó el tranvía y fuése á su casa rebosando satisfacción. Vistióse de punta en blanco con lo mejorcito que tenía en el cofre, y para dar rienda suelta á su alegría, marchóse á comer á un *restaurant* que gozaba de fama, más por la cantidad que por la calidad de la alimentación.

Era una hermosa noche. Traducido su contento en apetito, comió y bebió Simplicio á satisfacción, y tras el obligado café y tagarnina, tomó de nuevo el tranvía con dirección á las Ventas, sin caber en sí de gozo. Parecíale mentira tanta felicidad, y todo se le volvía mirarse las botas, tocarse la corbata y atusarse el pelo, para hacer una entrada digna de él en la celestial mansión de su adorada. Llegado al sitio donde termina la vía del tranvía del Este, bajóse de él y tomó á pie el camino de la *villa*.

No habría dado cuatro pasos, cuando le pareció distinguir á lo lejos el sonar de cencerros. En aquel

momento se acordó de la advertencia que alguno de sus camaradas le había hecho de que tuviera cuidado por aquellos sitios con el encierro de los toros. Paróse, palideció, y súbitamente trocóse su alegría en espanto. Los cencerros se oían cada vez más cerca, y trémulo, perdida la serenidad, agolpósele la sangre en el cerebro, y á su vista se apareció entre cuernos la terrible guadaña de la muerte.

Ciego de terror y guiado sólo por un impulso hijo del instinto de conservación, agarróse á los hierros de una reja que vió á su lado, y encaramóse en ella en menos tiempo que se dice, para salvar la pelleja.

En aquel mismo instante aparecieron por la carretera formando obscuro montón... unas cuantas burras de leche que se retiraban á la cuadra, seguidas de su amo, quien caballero sobre una de ellas, desternillóse de risa al ver la ridícula figura y grotesca facha de Simplicio, lleno de espanto y subido á la reja como mono en cucaña. Descendió de su barrera improvisada el pobre Triguero, á quien el susto le había llegado hasta las piernas, y viendo que éstas no le tenían bien, entróse por las puertas de un tabernucho ó merendero que al paso había, y allí le fué propinado «una de tiple», ó sea una copita de amílico con pretensiones de aguardiente.

Aquel miedo que había pasado después de haber comido y bebido bien, el veneno contenido en la copa de *tiple* y en la *tagarnina*, la carrera que dió para ganar el tiempo perdido, la preocupación por el natural desaliño de la persona, y sobre todo la emoción de hablar de cerca á Serafina y aspirar su embriagador aliento, trastornaron de tal manera aquel cerebro, que bien puede decirse que Simplicio entró en casa de su novia sin darse cuenta de lo que hacía.

Dió un terrible pisotón á la fregona que le abrió la puerta. Fué á colgar el abrigo, y con gran estrépito dejó caer al suelo la mal sostenida percha. Al oir el ruido salieron asustadas las dueñas de la *villa*, y Simplicio hubo de hacer su presentación y los correspondientes cumplidos á su futura suegra apoyado de bruces sobre la pared, tratando de sostener la percha entre las dos manos.

Encargóse de ella, por fin, la doméstica, y tras las disculpas que azorado y tartamudeando dió como pudo el pobre Triguero y Cabezón, hiciéronle pasar, algo amostazadas las Rapiñas, á un gabinetito.

No bien hubo tomado asiento, fué á hablar, y al incorporarse sobre la mecedora donde se hallaba sentado, sintió un desvanecimiento seguido de crueles ansias, que se manifestaron de un modo terrible.

Preparábanse las Rapiñas, poseídas de tanta indignación como sorpresa, á pedir explicaciones y apostrofar á Simplicio, cuando éste, buscando apoyo, dejó caer el codo sobre un contiguo velador de dudosa estabilidad, donde se hallaba el quinqué que alumbraba la estancia, y cediendo al golpe, rodaron por el suelo velador y lámpara rotos en incontables pedazos.

Aprovechando la obscuridad y como pudo, salió de allí para siempre Simplicio; tal quedó de corrido y avergonzado; y una vez en la calle, como las náuseas y el malestar siguieran, recostóse en un árbol, y sentado en el suelo, víctima de invencible sopor, quedóse dormido.

Sería más de la una de la madrugada cuando Simplicio despertó, y sintiendo frío y mal cuerpo, levantóse, consultó su reloj, y puesto que no había tranvía á aquella hora, echó á andar con dirección á Madrid.

Apenas había comenzado su camino, cuando de nuevo percibió son de cencerros. Detúvose, pero echando la cabeza hacia atrás como lanzando de sí toda preocupación, y encogiéndose de hombros, sonrióse desdeñosamente y exclamó:

—¡Otra vez las burras!—y despreciando el ruido que producían las bestias que se aproximaban, siguió su camino.

Al oir cerca de sí pisadas aceleradas, volvió la cabeza con aire resuelto, más por curiosidad que por nada. En aquel mismo instante, á un tiempo que se enteraba de que lo que creyó burra era un berrendo en negro enorme de los que habían de correrse al siguiente día en la Plaza de Toros, sintió que tras rudo golpe se nublaba su vista, perdía tierra, y elevándose á gran altura caía después apabullado y maltrecho en medio del arroyo.

* * *

Más parecido aún que antes á su madre, pues que se halla bizco sin duda de lo cerca que vió las estrellas la noche del lance referido, encuéntrase hoy Simplicio Triguero y Cabezón en Valdecarábanos, dueño de todos los bienes de su casa, porque su padre murió quizás efecto de la mala impresión que le causara el lastimoso estado en que vió volver á su hijo al hogar paterno.

Entregado á las rudas pero salutíferas y productivas labores del campo, bendice Simplicio á la Providencia, agradecido al favor que le hizo y aviso que le dió con todos los sucesos de aquella noche última que pasó en Madrid, pues al siguiente día lleváronle á Valdecarábanos, lacerado su cuerpo y jurando no volver á poner los pies en la coronada villa que él llama del oso y del demonio, lo cual, dicho sea de pasada, oyen con gran contentamiento las mozas del lugar.

¡Lastima grande que tanto Simplicio como hay por Madrid no halle la suerte de Triguero y Cabezón!

XAVIER CABELLO Y LAPIEDRA



DIBUJOS DE XAUDARÓ

UNA CALLE DE TARRAGONA EN VÍSPERA DE NAVIDAD, POR A. ANDRADE



Actualidad Extranjera

El rey de Italia es hoy día uno de los monarcas más felices del mundo. Una sola preocupación que amargaba su existencia acaba de desvanecerse. La hermosa reina Elena ha dado á luz un príncipe heredero, y ya está, por tanto, asegurada la sucesión masculina al trono en la línea directa.

El bautizo del nuevo príncipe se verificó días pasados en el palacio del Quirinal, asistiendo á él representaciones lucidas de las Cámaras y el cuerpo diplomático.

La profecía del humorista que auguraba no hace mucho que en el siglo xx París llegaría á tener más habitantes de piedra que de carne y hueso, va cumpliéndose poco á poco. En pos de las estatuas á los grandes pintores, músicos y literatos, vienen los monumentos á los caricaturistas y dibujantes satíricos. En la plaza Saint-Georges acaba de inaugurarse un lindo monumento al gran artista Gavarni, que acertó á reflejar en maravillosos dibujos al lápiz y en picantes litografías la vida de una parte considerable de la sociedad de su tiempo.

La obra de Gavarni, popularizada en todo el mundo por las estampas litográficas, no es, sin embargo, una colección de caricaturas circunstanciales y pasajeras, cuyo interés se haya desvanecido al olvidarse los sucesos que las motivaron. Hay en esa innumerable serie de apuntes ligeros y graciosos que representan los tipos y costumbres de las *grissettes*, *lorettes* y *débardeurs*, hoy ya desaparecidos, una gran cantidad de observaciones filosóficas, que por su profundidad y su interés humano pueden ser saboreadas en todas las épocas. Las figuras que Gavarni copió amorosamente; aquellos adorables perfiles de mujeres ligeras que alegraron la vida de nuestros señores padres, han cambiado solamente en el traje y atavío exterior; pero lo que Gavarni les hizo pensar y decir, unas veces en son de chanza, otras con cierto dejo de amargura, vive y vivirá mientras haya hombres y mujeres, grandezas súbitas y decadencias rápidas, miserias mal disfrazadas y alegrías mal fingidas.

Un caricaturista, ó no es nadie ó es el más eficaz, si no el más profundo filósofo de las sociedades modernas. No sabemos dónde se encontrarán páginas tan elocuentes acerca de la sociedad francesa contemporánea como los garabatos de Forain. Cuando la línea de la caricatura lleva dentro una idea bien concebida, su efecto es mayor y más cáustico que el de todo cuanto escriben articulistas y poetas.

El rey Lear, la inmortal tragedia de Shakespeare, ha sido adaptada, en veinticuatro cuadros, á la escena francesa por los Sres. Pierre Loti y Vedel, y está representándose con extraordinario éxito en el teatro Antoine, de París. El gran actor Antoine ha estudiado y representa el papel del protagonista con maestría asombrosa, si hemos de creer á la prensa parisiense. Lo que podemos juzgar por las fotografías, es que pocas veces se había presentado un tipo tan artísticamente caracterizado.

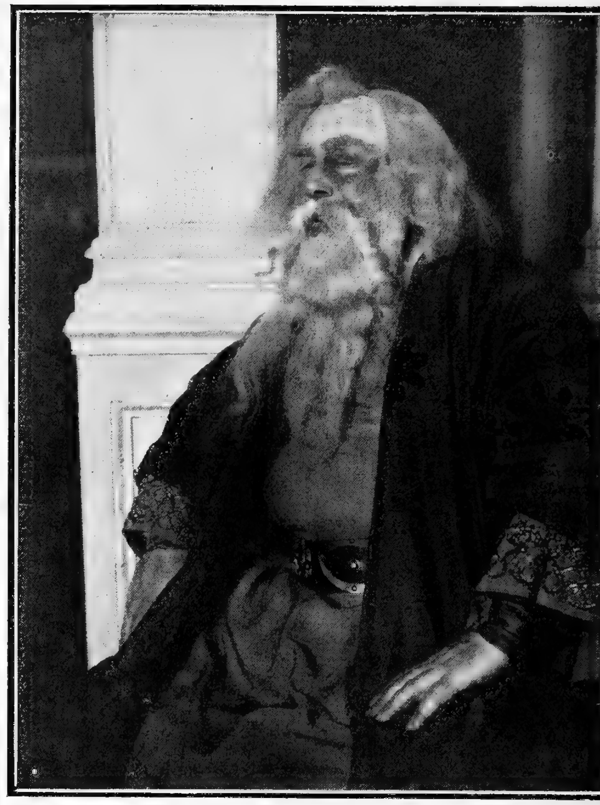
Terminamos esta gacetilla publicando los retratos de dos hombres terribles: el ministro de la Guerra japonés, general Terautchi, y el jefe de Estado mayor del ejército de operaciones en la Manchuria, barón de Kodama. Ellos han sido, con el mariscal Oyama, los organizadores de las victorias japonesas. En sus rostros, nada simpáticos, se pinta no sabemos qué extraña insensibilidad, qué fría indiferencia, que pone los pelos de punta. A pesar de esto, no les envidiamos las noches que pasarán.



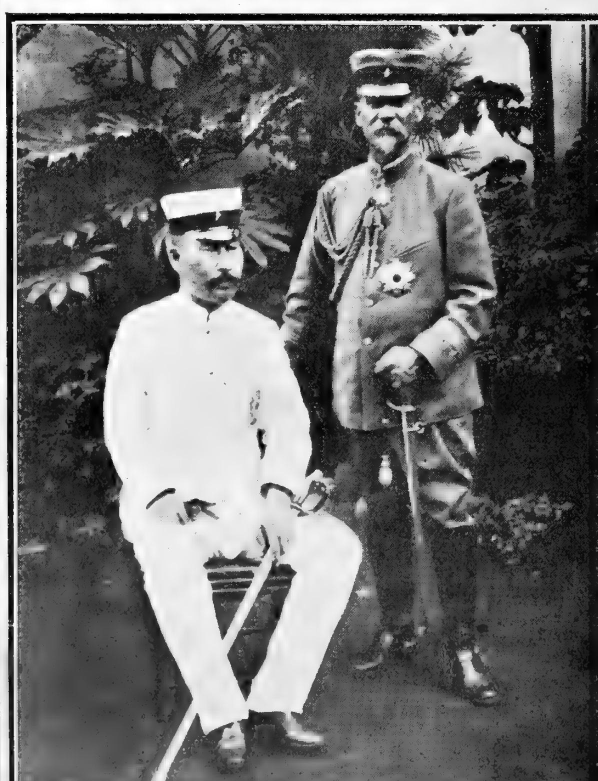
ROMA. BAUTIZO DEL PRÍNCIPE HEREDERO DE ITALIA EN EL QUIRINAL. LAS CARROZAS DEL SENADO ACUDIENDO Á LA CEREMONIA — Fot. Símboli



PARÍS. MONUMENTO A GAVARNI
EN LA PLAZA SAINT GEORGES
Fot. Rol Tresca



PARÍS. EL ACTOR ANTOINE EN «EL REY LEAR»



TOKÍO. EL GENERAL TERAUTCHI, MINISTRO DE LA GUERRA,
Y EL BARÓN KODAMA,
JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO JAPONÉS
Fot. Chusseau-Flaviens



UN NACIMIENTO. NIÑERÍA DE NOCHEBUENA

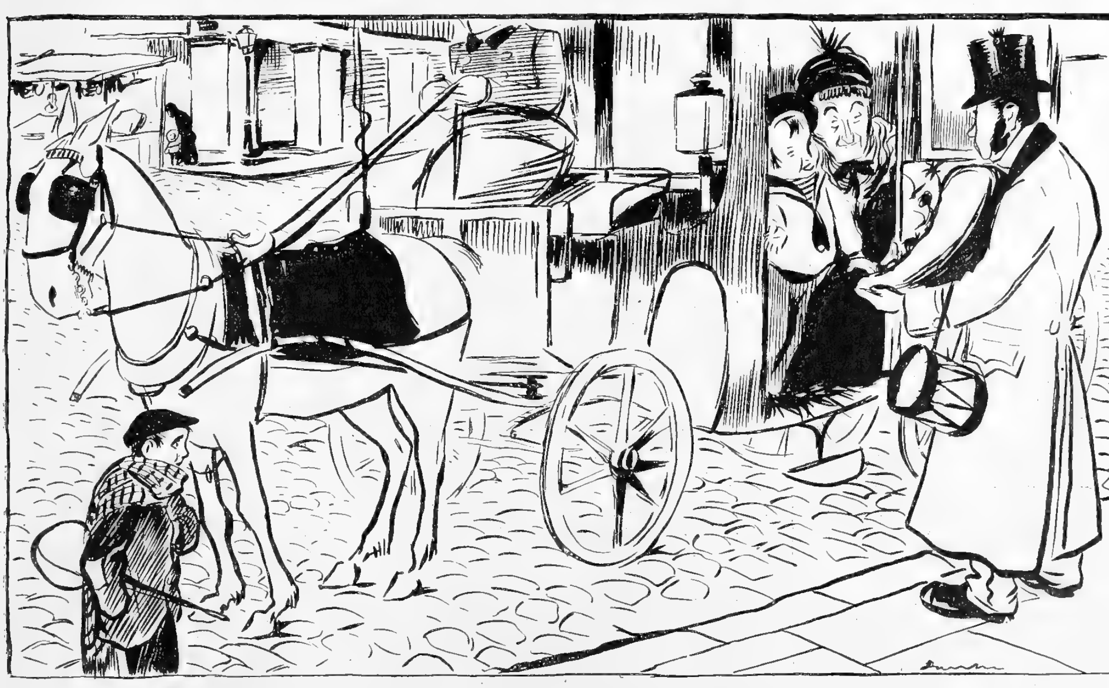
Periquín ha recorrido, alelado, lloroso, con las narices como un tomate pequeñito y las manos como dos berengenas, las calles y plazas del centro de Madrid.

Periquín es pobre, hijo de pobres, nieto de pobres. En su casa, en la casa de sus padres y en la de sus abuelos, jamás se ha celebrado la fiesta de Navidad: pero él bien sabe que otros la celebran, y ve, oye y huele cómo las celebran otros. Sólo le falta gustarlo y tocarlo.

Por eso Periquín llora de envidia y de frío. Hambre no siente: antes bien, está harto de golosinas, frutas y porquerías que le han dado de limosna los vendedores y compradores de la plaza Mayor y de la plaza de Santa Cruz.

De la universal y simpática generosidad que en estos días de Nochebuena domina el ánimo de grandes y pequeños, Periquín ha logrado sacar un donativo precioso: un rabel bastante averiado, pero que á fuerza de empeño y de tenacidad produce un ruido desagradabilísimo y capaz de raer las tripas á quien las tenga más delicadas que Periquín.

Pero en realidad de verdad, un rabel es bien poca cosa para un chico que ha visto comprar cordilleras de cartón piedra, montañas de musgo, ejércitos de Reyes Magos, piaras inmensas de pavos y pavas y rebaños de borregos, bastantes para comerse los pastos de toda la Península é islas adyacentes.



¡Dios mío, todos los niños de Madrid tienen su Nacimiento! Los ricos, que venían en coche con lacayos galoneados, han adquirido Nacimientos grandes como una plaza de toros, figuras finas de esas que tienen mucho brillo y parecen de veras, y una cantidad enorme de velitas y candeleros. Los niños de medio pelo han salido del paso con un Nacimiento pequeñito, pero en el que no faltaban pastores, Magos, un palacio de cartón, un arroyuelo de cristal, un puentecillo... Hasta los pobres hijos de obreros han comprado un portalito de á peseta donde, mejor ó peor, aparecían representados el Divino Niño, San José, la Virgen, la mula y el buey.

Sólo Periquín no tiene Nacimiento. Anochece. Los puestos de Santa Cruz están llenos de luces de petróleo, á cuyo fulgor brillan las figuritas de pastores y zagalas. En los escaparates de las tiendas, las bombillas y los mecheros de gas se esfuerzan por disipar el vaho de los cristales. Periquín, desesperado, se vuelve á su casa, allá en lo más hondo de la calle del Amparo. Al llamar á la puerta oye los gritos de sus seis hermanos, algunos menores que él, y también escucha el vagido de un niño más chico: otro hermanito que acaba de nacer.

El padre sale á recibir á Periquín. En el rostro del pobre trabajador hay una sonrisa llena de amargura. De entre ella salen estas palabras:

—Entra, hijo mío, entra. También aquí tenemos nacimiento.

DIBUJO DE SANCHA



LAS FIGURAS DEL NACIMIENTO

EL VIEJECITO DE LAS GACHAS

¿Véis qué cara tiene tan maliciosa y picaresca? ¿Véis con qué placer arrima las piernas á la lumbre? ¿Véis con cuánto gusto y con cuánta sabiduría revuelve muy despacio las gachas que hierven, cantando alegremente, en el perol?

El viejecito está sentado cómodamente: lleva las piernas y los pies envueltos en confortables polainas y abarcas de correal: el cuerpo bien abrigado con un pellico negro, que recoge los rayos del sol y no deja calor sin aprovecho. El viejecito sabe avivar los tizones con la misma sandunga con que revuelve las gachas; y mientras hace lo uno y lo otro, sabe arriscar á mozas y mozos contándoles cuentos y dicharachos retozones. Llega la hora de repartir el sabroso manjar, y mientras mozas y mozos se parten de risa oyendo las alicantiñas del viejecito, y con el alborozo y los requiebros apenas si atienden al comistraje, el buen viejo, que es muy glotón, porque algún vicio le había de quedar, se aprovecha para engullir más que ninguno, y sosegadamente, con mucho arte trasiega á su estómago casi la mitad del perol.

Y vosotros, que ya estimábais á la moza del botijo e leche y queríais al pastor del borrego á cuestas, sentiréis respetuoso afecto y tierna devoción por el gracioso viejecito, que ya no toma el frío de la Sierra como la moza, ni se carga onerosos pesos como el pastor, sino que sabe gozar prudentemente de la vida, coronando los fríos y los trabajos de ayer con las lumbres y las gachas de hoy, que todo es alabar á Dios.





EL PASTOR DEL CORDERO Á CUESTAS

A este, yo no sé si le conoceréis. Es un simpático pastor: es un zagal con las mejillas muy coloradas y con una cara de bruto que no se la merece el pobre. Vosotros los niños ciudadanos apenas habréis visto á este pastor en otra parte que en el Nacimiento; pero los niños campesinos ó los que tienen labranzas y ganados, bien que le conocen, y ellos os lo dirán: «No es tan bruto como parece.» ¿No os ha llamado la atención el hecho de que á nosotros, que vivimos en ciudades, se nos figuren brutos los hombres del campo solamente porque están más sanos que nosotros, y esto se les conoce en la cara?

Pues, si bien reparáis, no dejaréis de reconocer conmigo que el pastor lleva á cuestas el cordero, cuyo peso muy bien serán dos ó tres arrobas, con muy gentil desembarazo y sin parecer que hace fuerza alguna. ¿A que no podría hacer eso uno de los señores que van á las Cortes con su levita y su chistera, á decidir cuánta carga debe llevar el pobre pastorcito á las costillas? ¿Habéis visto alguna vez á uno de esos señores entrar en vuestra casa ó en la ajena cargados con un cordero, ni siquiera con una gallina? No, ¿verdad?

Por eso quiero que seáis amigos de ese pastor, que es muy bueno, aunque, al parecer, tenga cara de bruto: quiero que le estiméis de veras y sepáis que él es quien trae los corderos, él es quien trae las gallinas, él es quien viene siempre cargado y nunca se queja del peso de la carga.



LA MOZA DEL BOTIJO É LECHE

Dónde hemos visto nosotros á esta moza? ¿Ha sido este año ó el pasado? Pensadlo bien conmigo y caeréis de la cuenta en seguidita. ¿No os acordáis de que este verano ó el pasado fuimos á San Sebastián ó á Santander ó á Gijón ó á Galicia? ¡Ah! ya veo que vais haciendo memoria. Claro está. Era en el crepúsculo de la noche al ir, ó en el crepúsculo de la mañana al volver. Habíais pasado los túneles largos ó estábais entre uno y otro túnel, allá en lo alto de la Sierra, y la voz salía triste y plañidera, haciéndoos asomar la adormilada cabeza á la ventanilla, y, en un minuto que paraba el tren, veíais cruzar veinte veces á la muchacha, gimiendo, como si llorase una pena terrible:—*¡Un botijo e leeche! ¡un botijo e leeche!* ¿Era en Las Navas? ¿En la Cañada? ¿En Cercedilla? ¿En el Espinar? ¡Quién sabe! Ahora todos aquellos montes por los cuales trepa el tren jadeando, están cubiertos de nieve; tal vez, en lugar del grito lastimero de la moza, se oye en tan elevados sitios el aullido fúnebre del lobo. Y la moza, que, naturalmente, ahora no tiene que salir al tren... ¿qué iba á hacer? Lo que ha hecho. Venirse al Nacimiento con su *botijo e leeche.*

EL VENTERO DEL GORRO COLORADO Y EL CANDIL

Ved aquí otro personaje enormemente simpático y atractivo.

Vosotros no habéis andado nunca de camino en el crudo invierno por trochas y veredas; no sabéis lo que es hallarse aterido de frío en la negra noche de Diciembre y divisar á lo lejos la luz filtrada por entre las rendijas de una venta que negrea sobre la nieve. Quizás tampoco sepáis cuán grata cosa es verse acostado no lejos del hogar confortativo, cuya llama dura toda la noche, en una de esas ventas que en la desamparada campiña se alzan junto al camino.

Sólo quien haya pasado por todos estos trances y lances puede hacerse cargo de lo bella, de lo heroica que es la acción del ventero que en vuestro Nacimiento se asoma á la ventana con un gorro frigio en la cabeza y con un candil en la mano. El buen hombre estaba en su abrigado lecho, cerquita de la lumbre. Ya véis que no ha tenido tiempo sino de ponerse el gorro, echarse una almilla blanca y coger el candil. Pero este acto tan sencillo en apariencia, convierte á nuestro ventero en un hombre sublime, que os recomiendo para que le déis un puesto escogido en vuestro corazón.

Otro cualquiera, al oir llamar á su puerta, se habría vuelto del otro lado y hubiera seguido en su sueño y en su calor como un egoísta. El noble, el honrado ventero no ha querido que á su puerta se muera nadie de frío, y ha salido á la ventana con su gorro y su candil, exponiéndose á pillar una pulmonía.

¿Conocéis, entre vuestras relaciones, á muchos buenos cristianos que sean capaces de realizar lo que estáis viendo hacer al ventero del gorro colorado y del candil, que era un cristiano anterior á Cristo? Pues si conocéis muchos, amadles y reverenciadles de veras, pero no olvidéis al ventero, nuestro buen amigo.



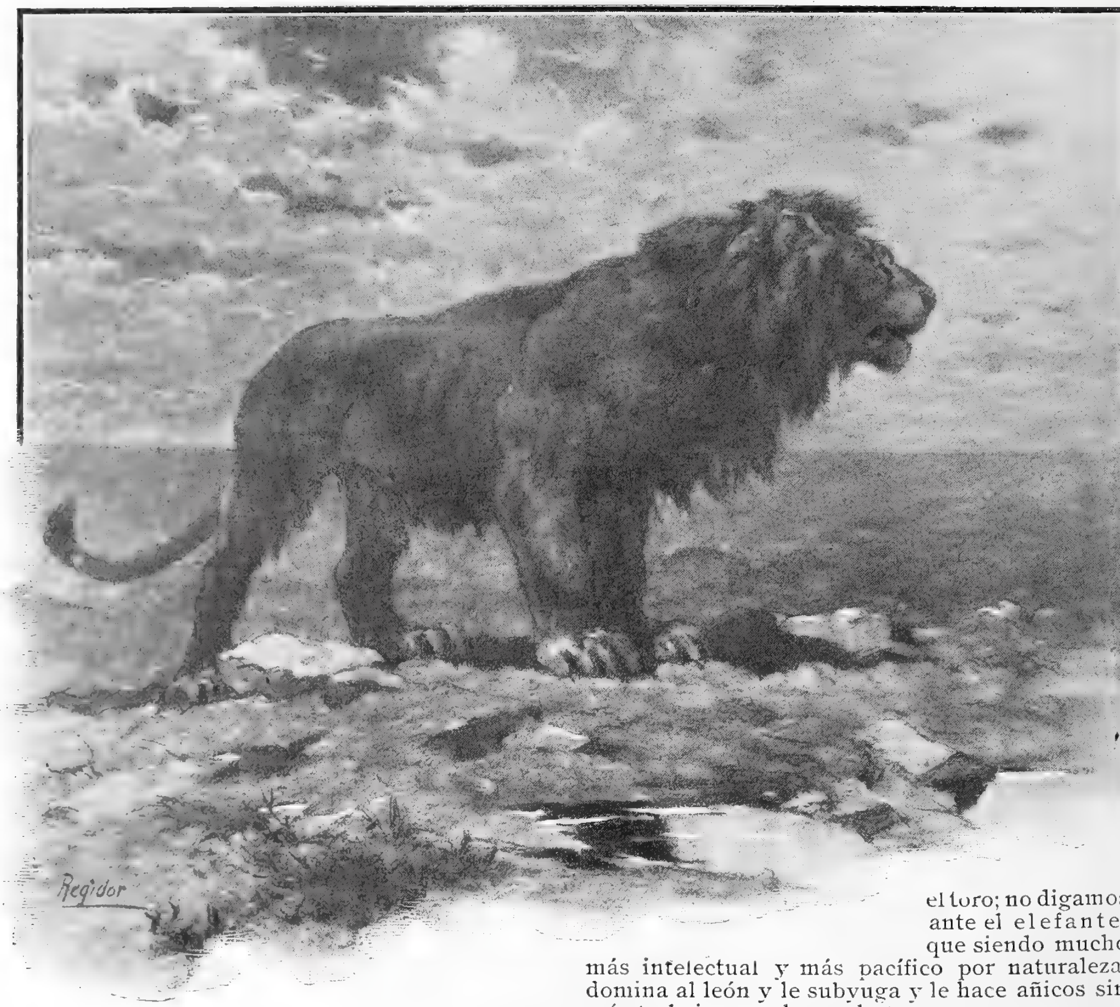


LOS CAMELLEROS DE LOS REYES MAGOS

A los Reyes mismos, á los tres excelentes monarcas Melchor, Gaspar y Baltasar, vosotros, como todo el mundo, les rendís el tributo de vuestra admiración y, si sois monárquicos, de vuestro dinastismo; pero, ¿quién se acuerda de los pobres mozos que en pos de los Reyes vienen á pie, llevando del ronzal á los camellos cargados de oro, incienso y mirra?

Por eso, porque nadie se acuerda de ellos, yo os ruego que tengáis un poquito de afecto y de amable consideración para estos humildes y leales servidores que vienen á pie, mientras sus amos galopan en fogosos corceles; para estos pobres esclavos que vienen á cuerpo gentil, mientras sus amos se arrebozan en hermosísimas capas de pieles; que vienen conduciendo y custodiando unas riquezas de las cuales nunca disfrutarán, y con cuyo donativo tampoco podrán ellos enorgullecerse y pavonearse. Y fijáos que, á no ser por estos pobres camelleros, los Reyes Magos, con todo su poder, no hubieran logrado poner á los pies del Señor más oro, más incienso ni más mirra sino lo que pudieran llevar en las alforjas.

Una sonrisa, pues, y un poco de amor para el pobre esclavo que conduce á la bestia cargada; cuando el Niño sea Hombre, ya les dirá que esclavos y reyes todos son unos y hermanos, hijos de Dios y herederos de su gloria.



HISTORIETAS NATURALES. EL LEÓN

Ya habréis leído ó habréis oído decir que el león es el Rey de los animales. Pero yo creo, y acaso, si reflexionáis sobre ello, vosotros creeréis conmigo, que el león no es el Rey de los animales, por varias razones.

Ante todo, el león no es el más hermoso de todos los animales. Tiene la cabeza demasiado grande para su estatura; tiene las manos y el cuarto delantero demasiado recios en relación con las patas y el cuarto trasero; tiene el movimiento y andares mucho menos ágiles y sueltos que los del tigre, y la piel menos hermosa que la de éste. Si le comparáis con otros animales no fieros, y singularmente con el caballo, deduciréis con toda imparcialidad y justicia que éste es mucho más bello y mejor proporcionado que el león. Si descendéis á detalles y pormenores, los ojos, los famosos ojos del león, por mucho que en ellos queráis recrearos, ni son tan fieros como los del toro, ni tan apacibles como los de la vaca, ni tan inteligentes como los del perro. La gravedad del león retratada en su fisonomía, se parece mucho á la afectada seriedad que á muchos señores les sirve para hacer carrera, aun cuando no posean otro talento que ese, el de estar serios perpetuamente.

Si vamos á lo de la valentía, ya se ha demostrado cien veces que el león huye y se acobarda ante el toro; no digamos ante el elefante, que siendo mucho más intelectual y más pacífico por naturaleza, domina al león y le subyuga y le hace añicos sin más trabajo que alargar la trompa.

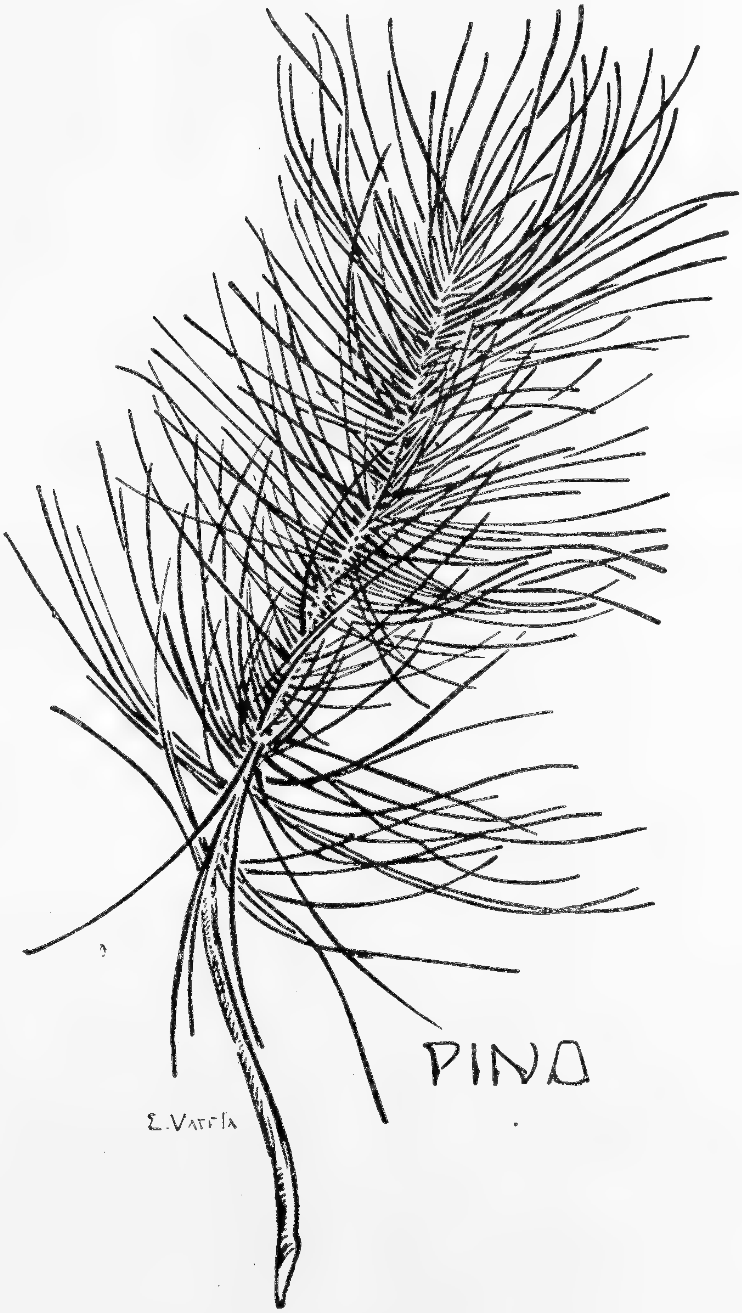
Si nos fijamos en la supuesta dignidad del león, veremos que es otra patraña. A poco que hayáis ido al circo, habréis visto leones que saltan por aros de hierro y de papel, leones que suben escaleras, que montan en bicicletas y que hacen toda suerte de pantomimas y mojigangas. Lo que no habréis visto nunca es un domador de toros de Miura.

El león se domestica sin grandes dificultades y llega á convertirse en un animal manso y bonachón como un perro. Hasta el tiempo de los Reyes Católicos, casi todos los monarcas de Castilla tuvieron, para más esplendor de su corte, un león manso que andaba suelto por los alcázares sin meterse con nadie. La crónica de D. Pedro I cuenta que una lavandera ó sirvienta de palacio se dejó en cierta ocasión abandonado á un niño de pecho, aterrorizada porque había visto al león de S. M. Al poco rato, el león se presentó en el cuerpo de guardia llevando al niño cogido suavemente con la boca, y sin causarle el menor daño se lo entregó á los ballesteros.

¿Sabéis en qué consiste la domesticidad y la mansedumbre del león? En lo mismo que la de los hombres: todo está en darles de comer abundantemente. No ha ocurrido jamás el caso de que un león harto cause mal á ninguna persona ni á otro animal tampoco. En cambio, cuando está hambriento, hay que temerle, como hay que temer á todos los animales hambrientos, y más que á ninguno al hombre.

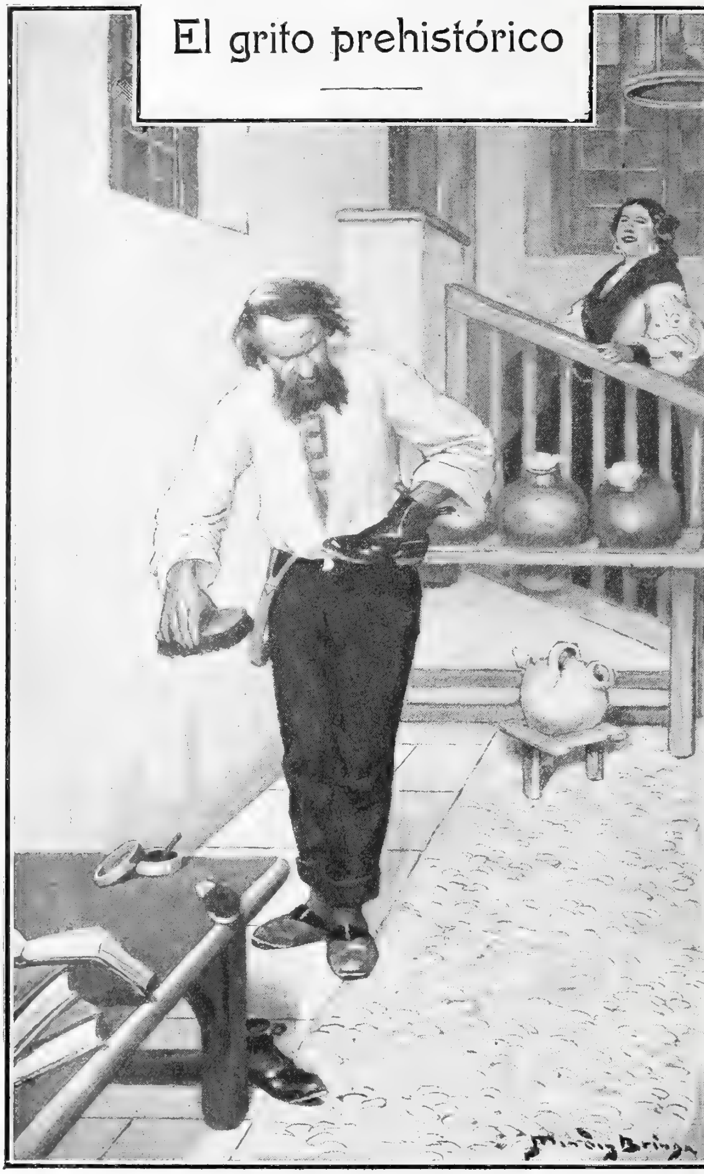
DIBUJO DE REGIDOR

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 24 Diciembre 1904. N.º 712

El grito prehistórico



El día 17 de Diciembre de 1894 fué para D. Emiliano Franganillo uno de los más gloriosos días de su existencia. Soñad, lectores caros, con una de esas íntimas y espirituales alegrías que confortan la vida, para columbrar aproximadamente la que en el día de referencia tomó á nuestro particular y desde ahora regocijado amigo. El 17 de Diciembre y después de prolijos y nunca bien alabados tanteos, arribó este apreciable señor á la sabiduría; el 17 de Diciembre, desescombrando prejuicios y hábitos burgueses, extrajo del fondo de lo subconsciente su valor científico; el 17 de Diciembre, en fin, el señor Franganillo, olímpicamente conscio de su saber, dijo al médico de Llanada que lo felicitaba por su entusiasmo lingüístico:—En estos tiempos de intriga y de reclamos, á los hombres de verdadero mérito compete dar ejemplo de modestia.—Y el Sr. Franganillo positivamente lo dió. Sí, el 17 de Diciembre fué en la vida del Sr. Franganillo un día triunfante, porque autoinspeccionándose, adentrándose é inquiriéndose, reconoció su genio filológico-sintético.

D. Eudoxio Emiliano Franganillo, por mal nombre Pituto, era vagamente oriundo de Llanada, donde vivía desde la mocedad con una hermana soltera y sentimental, que al morir en 1888 dejó en los cajones de un bargueño del siglo XVII varios manuscritos, poesía y prosa, en el gusto romántico de Bernardino de Saint-Pierre y de Lamartine, á quienes ella en vida cultivara con extrema delectación. Por esto y porque aunque de natural espiritualista tenía un genio de los mismísimos diablos para con las domésticas, únicos seres humanos con quien trataba, llamábanla en Llanada Doña Eter Sulfúrico. No hay en la historia de los idilios humanos, pasando por Dafnis y Cloe y los amantes de Teruel, caso más estupendo que el que los dos solterones ofrecían á los ojos de aquella asoleada villa. Vivían los dos hermanos en una casona vetusta, que la lluvia de los inviernos había recubierto por fuera de una pátina obscura, severa, triste. En su trato embarazoso y antifamiliar había toda la ornamentación poética y las galanías del gran siglo, y era de ver cómo aquellos dos seres, hijos legítimos de D. Eudoxio Franganillo y Alvarez y de Doña Venancia de la Riba, se producían como dos castellanos de Walter Scott, ó más bien como se producirían, si fuesen capaces de ello, una gentil dama y un muy apuesto doncel que bajo el follaje de un castaño se miraban tiernamente en un tapiz de tonos desmayados que en el salón de la casa recordaba el antiguo esplendor de los días muertos.

* * *

D. Eudoxio Emiliano había cursado en la Universidad de Vetusta la carrera de Derecho con tan notable aprovechamiento, que el profesor de Canónico, diestro tañedor de flauta, no obstante su respetabilidad y su cargo, anunciara un día solemnemente en la reunión de las de Bros «que aquel muchacho era uno de los de más brillante porvenir si no se estropeaba.» Para el de Derecho Canónico, el estropearse era caer en manos de la masonería ó del racionalismo, muy en boga por aquellos días de la Revolución. D. Eudoxio, sin embargo, desdeñando las pompas y vanidades y sin hacer maldito el caso de los elogios que de él se hacían ya en las reboticas de la provincia, metióse con su hermana en Llanada obedeciendo á impulsos instintivos y pastorales que le hacían hombres más de égloga que de sociedad.

Amor no se le conoció ninguno. Con las criadas era tan comedido, que por no molestarlas hasta se embetunaba las botas, y fuera de algún que otro «escarceo» invernal en la lotería del estanquillo de Doña Zósima, de Franganillo no se supo en cuestiones cupidescas cosa de mayor alcance. Total, que en cuanto rebasó de los treinta, las casaderas de Llanada comenzaron á desconfiar de D. Emiliano, á quien trataban como un hombre de género ambiguo, autorizándole cuantos «efluvios» se le ocurrían, con sonrisas de amarga desesperanza. Efluviar, en Llanada, es una de las diversiones favoritas de todos los voluntariamente sumidos en el celibato, y viene á ser término equivalente á flirtear, con todos los accidentes y

propiedades que á éste caracterizan. Y no vaya á creerse que D. Emiliano permaneció celibatario por egoísmo, no; es que el ambiente de Llanada goza de una asexualidad demoledora de cuantos generosos impulsos de crearse un hogar puedan nacer en el espíritu de sus habitantes. «Aquí, dice el boticario de la plaza, que estudió un año en Madrid, *Chopenauer* realiza su sueño.» «Es que nos conocemos todos desde pequeñucos, añade para explicar este fenómeno D. Estanislao el indiano, y ¡qué coime! la *conociencia desistimula*.

* * *

D. Eudoxio Emiliano Franganillo comenzó hacia el invierno del 94 á desertar de las reuniones de prima noche. «¿Dónde quedará ese santo de Dios?» decían preguntándose las á él aficionadas. Nadie lo veía, y él no daba señales de vida.

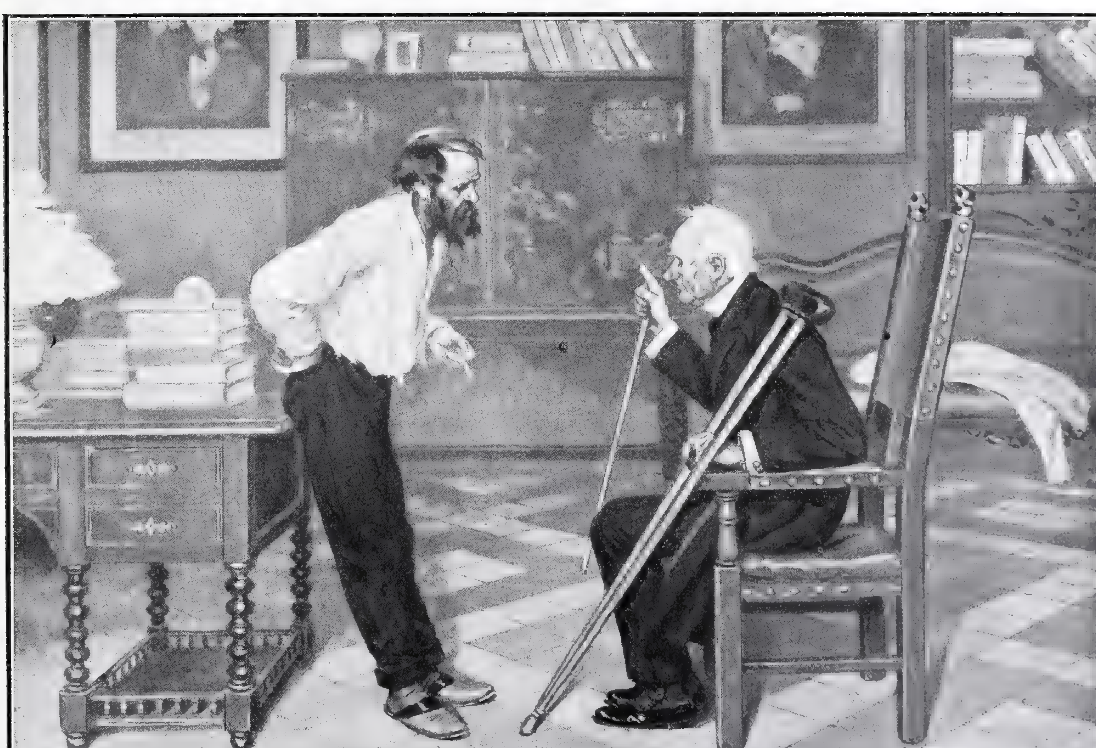
Una noche súpose toda la causa de este aislamiento en casa de Concha Eusebia.

D. Emiliano se había vuelto un sabio; de Vetusta trajéronle una carrada de libros—lo menos cuatro mil reales de ellos,—y estaba haciendo una obra para ir á Madrid.

Por la primera vez en Llanada súpose la verdad de una cosa. D. Eudoxio Emiliano Franganillo habíase arrojado, en efecto, á los profundos abismos de la ciencia por indicación de un profesor jubilado de griego que arrastraba en Llanada una existencia reumática y achacosa. «Sí, señor, hay que darle á la vida un empleo útil, y créame usted, Franganillo, dejar una obra siempre es un consuelo.» Nordesteado por aquellas palabras D. Emiliano, pensó en que su filiación científica era absolutamente lingüística. «Conozco el latín, conozco el eúskaro y necesito llegar á saber esas lenguas que, como el hebreo, se leen de derecha á izquierda.» Mandó á pedir á Vetusta libros de títulos impronunciables y cabalísticos con objeto de comenzar el estudio de la filología comparada de las lenguas no una á una, sino por grupos, por familias. D. Rafael el excusador, hombre de veracidad si los hay, sorprendiólo un día profiriendo en el silencio de su despacho y ante un espejo donde se reflejaban los castaños de la huerta, vocales de una inefable dulzura y consonantes ásperas y gargarizadoras.

Trataba de estudiar el mecanismo de su palabra arrojando sobre las paredes una serie de gritos sabiamente variados. Cada día su paciente análisis le aproximaba al fin obstinadamente perseguido; cada día veía aparecer más netamente la palabra-enigma, el lenguaje del hombre prehistórico, del troglodita de las cavernas; cada día se aproximaba más y más por un proceso ancestral—decía él,—á determinar la verísima evolución del lenguaje humano.

Porque D. Eudoxio Emiliano, ha llegado el momento de decirlo, como hombre sagaz, razonable y atrevido, era partidario del método comparado, é intentaba nada menos que agrupar en vasta y armoniosa gavilla la mayor parte de las lenguas europeas y buen número de las asiáticas. «La timidez de los iniciadores es inconcebible, es absurda,» decía él en un arranque de magna sabiduría. Reconstruir un idioma hablado hace seis mil años en un rincón del globo, tal era su empresa. Mas D. Emiliano, como hombre del Noroeste que era, tenía sus dudas metafísicas sobre si después del que los lingüis-



tas consideran como el último, no había otro, y detrás de éste otro, y otro todavía, y por fin uno velado por la bruma de los siglos, «primitivísimo», «aborigen tal», «vagido primero del hombre-niño, grito de la bestia humana». «Para esto, menester es que se aplique á todas las lenguas del mundo el método de inducción, alargando la forma filosófica conceptual del lenguaje en sí mismo, y reuniendo en una inmensa síntesis los materiales esparcidos como polvo impalpable sobre los análisis sutiles é incoherentes de los filólogos de acarreo.» De este modo mordaz expresaba D. Emiliano sus ideales lingüísti-

cos, extrayendo á los idiomas la substantífica médula y estableciendo secretas y arcánicas analogías.

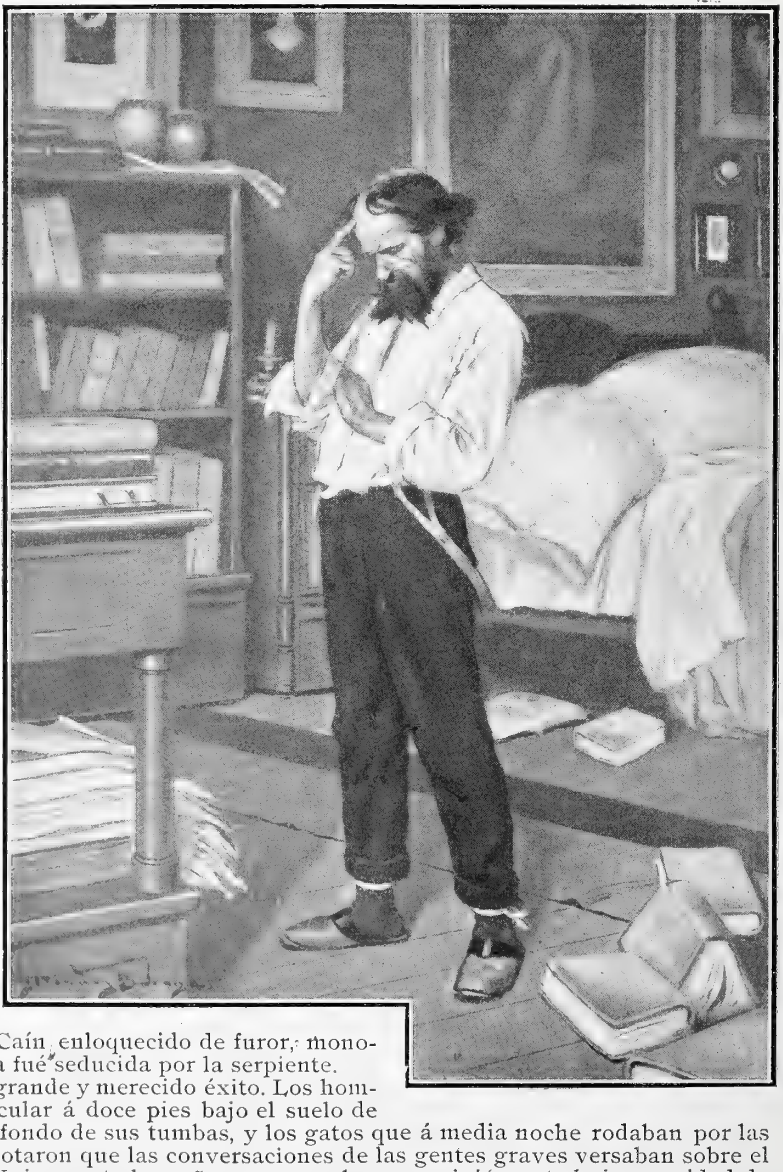
Una mañana, que era de primavera, al levantarse Franganillo después de un largo insomnio, pensó que había encontrado... Pero no me atrevo á iniciarles en su descubrimiento. Lean su libro. Lo reparte liberalmente por amor á la ciencia. *Isis sin velo ó el grito de la bestia humana. Origen de todas las lenguas por medio de la síntesis lingüística*, por D. Eudoxio Emiliano Franganillo. En Vetusta, imprenta de Gómez é Hijos, y en casa del autor, calle de Suárez Inclán, 18, Llanada. 110 páginas, más una de erratas, que no se cuenta. Allí admirarán detalladamente el gigantesco y sólido edificio, del que yo, extrayendo los más interesantes párrafos, voy á dar un pálido reflejo, pero muy pálido.

«No soy partidario de las vocales. Las vocales no cuentan en la filología con sentido etimológico alguno. Esta opinión será despreciable como mía, pero no por eso menos verdadera. También se desdeñaba no hace mucho á los que hablaban de los satélites de Urano. Pues bien; Urano tiene satélites; se les ha visto, y son tal como se describían. Los grandes hombres son profetas aunque se dude de ellos.»

«La vocal es una degeneración. El hombre primitivo se expresa por medio de consonantes, de tres clases de consonantes: explosivas, silbantes y líquidas. La *r* es el tipo evidente de las líquidas; la *s* contiene en sí á todas las silbantes. Cuando se silba se dice *sssssss*... y el hombre primitivo sabía silbar, y los animales inferiores silban también. En el lenguaje aborigen había, pues, una *s* y una *r*.»

«Quedan las explosivas. Hay muchas: la *p*, la *t*, la *k* y otras. En efecto, los pueblos que no pueden pronunciar las explosivas *p* y *t*, reemplázanlas, generalmente, con la *k*. Los habitantes de las islas de Hawai (D. Emiliano leyera esto en las traducciones de Spencer hechas por *La España Moderna*) dicen *kila* por el inglés *steel*, acero. La *k* es, pues, la explosiva primordial.»

«Y como, en fin, la tendencia del hombre es ir siempre de lo más difícil á lo más fácil, y como es indubitable que á las sílabas desgastadas por el uso han precedido necesariamente articulaciones ásperas y violentas, me atrevo á pensar que el vocablo primitivo se pronunciaba con una energía poco común en estos tiempos de decadencia. Para representárnoslo necesitamos, por lo menos, cuadruplicar la *s* y la *r* y aspirar fuertemente la *k*. De este modo obtendremos la palabra *SSSSKRRRR*, arquetipo y base del lenguaje humano.»



* * *

Inclinémonos reverentemente ante la majestad del vocablo primordial, grito lanzado por Abel expirante y por Caín enloquecido de furor, monosílabo pedregoso con el que Eva fué seducida por la serpiente.

El grito prehistórico tuvo un grande y merecido éxito. Los hombres que dormían su sueño secular á doce pies bajo el suelo de Llanada se estremecieron en el fondo de sus tumbas, y los gatos que á media noche rodaban por las calles adormecidas de la villa, notaron que las conversaciones de las gentes graves versaban sobre el grito del hombre prehistórico. Unicamente las señoras reservaban su opinión ante la inseguridad de que la doctrina fuese francamente ortodoxa. Mas D. Emiliano, seguro del aplauso de sus convecinos, necesitaba afrontar una jurisdicción más alta. No por vanidad en este respecto (Franganillo era salomónico), sino por obedecer al mandato de su conciencia, envió su libro á todos los diputados y senadores por la provincia, á las Academias, á los periódicos, á los sabios, á todos los interesados, en fin, en las especulaciones lingüísticas. Y D. Emiliano, como otros muchos y estimables publicistas, sufrió la conspiración del silencio y la injusticia de los españoles. Pero no ceja en su propósito de reconstruir el lenguaje primitivísimo y tiene fundadas esperanzas, según carta que acabo de recibir, en lo venidero.

Ultimamente ha pedido autorización al Sr. de Val para dar en el Ateneo una conferencia sobre la palabra troglodítico—prehistórica,—inicial del lenguaje humano. Y aguarda impacientemente una respuesta favorable.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

EL NUEVO MINISTERIO

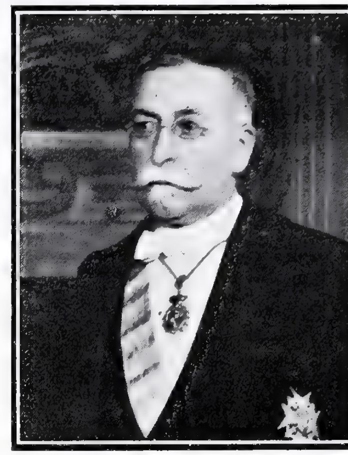


GENERAL AZCÁRRAGA
PRESIDENCIA Y MARINA

Como todo el mundo esperaba, dado que las cosas de este mundo son esencialmente perecederas y transitorias, y sobre todas las cosas los Gobiernos españoles, el Sr. Maura tuvo que presentar la dimisión y retirarse del Poder cuando más seguro y afianzado en él le creían sus partidarios.

Para sustituirle ó para ocupar su puesto ha sido nombrado el respetable general Azcárraga, quien ha elegido á los señores marqueses de Vadillo y de Aguilar de Campóo, general Villar, Castellano, Ugarte, Cárdenas y Lacierva para que le acompañen en la jornada.

Damos la enhorabuena á los ministros entrantes y el pésame á los salientes, ó viceversa. Como ellos gusten.



MARQUES DE AGUILAR DE CAMPÓO
MINISTRO DE ESTADO



D. JAVIER UGARTE
MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA



D. TOMÁS CASTELLANO
MINISTRO DE HACIENDA



GENERAL VILLAR
MINISTRO DE LA GUERRA



MARQUÉS DE VADILLO
MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN



D. JUAN DE LACIERVA
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA



D. JOSÉ DE CÁRDENAS
MINISTRO DE AGRICULTURA

Fots. Franzen, Compañy y Debas



PRIMER PREMIO SEGUNDO PREMIO SEGUNDO ACCÉSIT

UN CONCURSO UTILÍSIMO

CONVOCADO por la Revista *La Madre y el Niño* y patrocinado por la insigne Sociedad Española de Higiene, á la que tantos beneficios debe la salud pública, se acaba de celebrar un importante Concurso del más alto interés para las madres de familia. La iniciativa de esta hermosa obra pertenece á una dama ilustre: la señora doña Elisa Mendoza de Tolosa Latour, quien ha concedido un premio de 500 pesetas para la mejor y más práctica envoltura de niño recién nacido.

A pesar de haberse otorgado poca importancia por la prensa á esta iniciativa, encaminada á resolver uno de los principales problemas de la familia, como es el de que el niño, al nacer, se halle vestido en condiciones que no estorben á su desarrollo, impidan su comodidad ni perjudiquen á su higiene, el Concurso ha tenido un resultado altamente satisfactorio, puesto que se han presentado á él veinticinco envolturas, ninguna de las cuales satisface cumplidamente las condiciones pedidas, pero sí representan un importantísimo y laudable esfuerzo para la consecución del fin propuesto, es decir, para llegar al ideal en materia de envolturas.

Con las veinticinco envolturas que se han presentado al Concurso, se llegará á formar un modelo verdaderamente práctico, tal como se buscaba. Y al propio tiempo adquirirán los escépticos una consoladora convicción: la de que en España son muchas las mujeres que se preocupan seriamente de los vitales problemas de la higiene infantil, no tan descuidada entre nosotros como se piensa generalmente. Nuestras madres de familia tienen la cultura suficiente para hacerse cargo de las dificultades que en estas materias ofrece la práctica y resolverlas con criterio sano y científico.



PRIMER ACCÉSIT

Para la calificación de los trabajos presentados al Concurso, constituyeron el Jurado ilustres damas, como las señoras doña Pilar León y Llerena, viuda de García de Torres; doña Luisa Sáinz de Sánchez Guerra; doña Rosario Sánchez de Barroso; doña Paz Serrano de Ochando; doña Emilia Sánchez de Rodrigáñez; doña Catalina Serrano de Rodrigáñez; la eminente doctora doña Concepción Aleixandre, y los reputadísimos higienistas excelentísimo Sr. D. Angel Fernández Caro, D. Eugenio Gutiérrez, D. Rafael Ulecia y D. José Núñez, actuando como secretaria la señora doña Elisa Mendoza de Tolosa Latour, fundadora del premio.

El ministro de la Gobernación, Sr. Sánchez Guerra, ofreció un segundo premio de 250 pesetas y dos accésits de á 125 pesetas cada uno.

Grandísima y escrupulosa atención ha merecido al Jurado el examen de las veinticinco canastillas presentadas. Después de consideradas con todo detenimiento, y discutidas sus condiciones higiénicas por los ilustres doctores citados, tan competentes en todos los asuntos referentes á la Higiene infantil, y sus cualidades prácticas por las señoras del Jurado, entre las que figuraban varias señoras madres de familia con una prole de seis á doce hijos, se acordó otorgar el primer premio á la canastilla que llevaba el lema *La sencillez en la envoltura facilita el desarrollo del recién nacido*, y cuyas autoras resultaron doña Teresa Sigüenza de Comba y doña Concepción Astolfi de Sanz. El segundo premio fué concedido al lema *Sencillez*, envoltura hecha por doña Blanca Chao de Romea. El primer accésit al lema *¿Llegó á tiempo?*, de doña Gabriela Dorado, y el segundo accésit al lema *Caridad*, de doña Dolores Llamas. Se concedieron asimismo Menciones honoríficas á las señoras doña Dolores Miquel, cirujana y matrona de Barcelona; doña Angela Redondo Aguas; doña Josefa Pérez, viuda de Peña; doña María Ruiz de Alarcón; un grupo de alumnas de la Escuela Normal de Maestras; Clementina, de *La Ultima Moda*, y otro grupo de alumnas de la Escuela Normal de Maestras.

Los trabajos presentados á este interesante Concurso han sido expuestos en nuestro Salón de Fiestas.

* * *

EN LAS RÍAS BAJAS. CAMINO
DE TEIS, POR S. AVENDAÑO



Blanco y Negro

LA NOCHEBUENA DE JESÚS

Bajó del cielo, de su divinal morada, entre un cortejo de angelillos que se diseminaron por la tierra para llevar enredadas, entre el plumón de sus alitas rosa ó azul, las almas blancas de los que morían aquella noche en la paz de los justos...

Iba envuelto en radiosa, luminosísima claridad; una claridad suave, pálida como la de una alborada primaveral ó como la que derraman los blancos rayos de la luna.

Era lo único que podía apreciarse como signo de la presencia humana de Jesús en el mundo. Invisible é inmaterial, arrebujábase su espíritu en la gasa impalpable de aquel claror ténue, polvillo de luz, para encerrarse, si la ocasión era venida, en la cárcel de la forma corporal.

Bajó Jesús del cielo.

Proponíase recorrer su *reino*, aquellos pueblos en que se le reverenciaba adorándole.

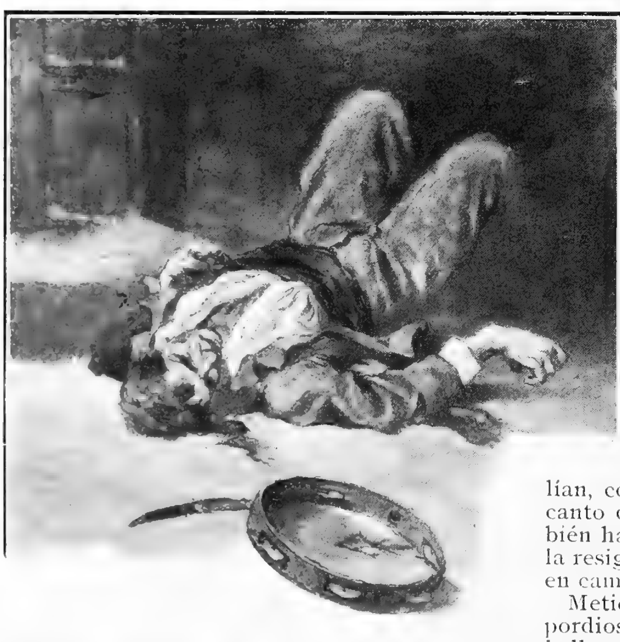
* * *

Ya estaba solo. Los angelillos agitaron sus alas y emprendieron el vuelo hacia distintas y encontradas direcciones. El también comenzó á andar, á recorrer el orbe cristiano en aquella noche en que se recordaba su venir al mundo, su nacer en el mísero establo... Encarnóse en humano cuerpo.

Y oyó clamoreo alegre de campanas, y vió las torres altas, erguidas, orgullosas, retemblando á las vibraciones que de ellas salían rasgando el silencio y extendiéndose en ondas por el azul nítido, sereno, en calma, del espacio. Entró en el templo, donde centelleaban las luces, en pugna con las sombras de las capillas y de los rincones, y en donde el incienso subía, subía en olas de aroma y de color...

El ornamento del culto era regocijado como el suceso que se conmemoraba; pero no en todos los fieles, en el altar de su alma, brotaba generosa la corriente de devoción y de fe. Lo observó con mirar rápido... Y al salir, ensombrecióse su rostro augusto viendo fuerza pública y armada en el pórtico. ¿Es que al templo no se va á elevarse hacia lo alto y que en él se teme el disturbio y el desorden...?

Un griterío espantoso le sorprendió en las calles. De todas partes salían voces destempladas, juramentos, blasfemias... Al canto dulce de un villancico que entonaban gargantas infantiles, juntábase la copla cínica ó canallesca; al bullicio sano de unas religiosas alegrándose con el zumbar de zambombas y sonajeo de panderas, se unía la canción báquica trascendiendo á vino...



Huyó de allí. Unos tenduchos malolientes, pestíferos, arrojaban de su seno gentes tambaleantes, mal trajeadas... Unas querían ir templo, tal vez iban; otras deseaban continuar su vida de escándalo en el lupanar.

A la puerta de uno de ellos, la sangre humeando, caliente, roja, manchó la santidad de la noche... Jesús, con espíritu de sublime caridad, tocó invisible la frente del muerto, y de éste se borró toda culpa.

Pero no estaba alegre el celestial viajero. Cuanto le rodeaba era negro, delataba maldad, corrupción, olvido de una ley santa.

Quedóse como petrificado al pasar por un edificio triste, sombrío, de donde salían, como quejas, voces de presos anudadas á un canto de piedad, de perdón, dirigidas á El... ¡También había seres privados de libertad! El consuelo de la resignación cayó sobre ellos como lluvia benéfica en campo abrileño.

Metióse en un zaquizamí, apareciéndose como un pordiosero, vestido de andrajos, pero con nevada cabellera, resplandeciente cual argentado nimbo... Y se le negó el sustento que, por amor de Dios, pedía. En suntuoso palacio entró también. Bajo artesonados riquísimos, entre sedas y joyas, perfumándose con el vaho abrigado de una *serre* donde brotaban flores espléndidas y raras, después de la misa de media noche celebrábase una cena, en la que los manjares más delicados se regaban con los vinos mejores. El bullicio era ensordecedor; se conmemoraba el Nacimiento de Cristo, y desde el zaguán se le despidió á El por implorar una limosna...

También corrió de allí como desalentado, sombrío en la pura perfección de sus facciones correctas, finas, expresivas...

Como rocío bendito cayó sobre su alma divina el ver á una pobre mujer joven, hermosa, tocada de blanco, ayudando á morir, sonando en la calle la baraúnda de la noche, á un pobre agonizante que se aferraba á un crucifijo.

Miró á niños abandonados, sin pan, sin albergue... Pensó en no ver más, en tornar á los cielos. Pero desde un montículo, donde se sentó para meditar, en el que brotaron de repente lirios morados y azucenas blancas, distinguió el luchar de dos pueblos que eran hermanos; la espantosa carnicería de una guerra loca; el caer de jóvenes á los golpes de la metralla; el derrumbarse, incendiadas, casas y ciudades; la humareda del cañón; el retorcerse, gimiendo, de los heridos... ¡Oh! ¿era posible que así buscaran la muerte aquellos hombres, cuando ella no cesaba nunca en su obra de destrucción?

Sintió una piedad misericordiosa, una lástima inmensa, y mandó á la paz que se tendiera bendita sobre aquellas gentes. Flamearon las banderas para alegrarse regocijadas, y Jesús, doliéndose del engaño de los combatientes, de su furia homicida, premió á los que murieron por la patria amada...

Ya iba á marcharse, pero hasta El llegaron las disputas de las familias; los rencores de los que debían atarse con los lazos del cariño; el conmoverse de la sociedad, agitada por doctrinas que tendían á hacerla mejor y que amenazaban con derrumbarla; el egoísmo, imponiéndose; el interés, triunfando; la riqueza, enseñoreándose de todo y queriendo reinar como déspota; la pobreza, ¡su pobreza! menospreciada; el cálculo artero, riéndose hasta de lo más santo; la mentira, hozando para confundir á la verdad; la filosofía, embarullada hasta el caos; el perdón, como un guiñapo, olvidándose; la caridad, desconocida; la mansedumbre y la resignación, relegadas al desprecio, con la tacha de viles, de decadentes, de dignas de que se las pisotee...

Todo ello llegó á Jesús en cuadros aterradores, en escenas repugnantes; en pláticas ingeniosas, pero amargas; en libros brillantes, que llevaban en sus páginas el desconsuelo y el frío del acero que mata; en parsimonias y falaces reverencias; en fraudes criminales; en espantosa confusión que hablaba de un mundo podrido y corrupto.

Y todo esto veíalo en su caminar veloz, en el andar del rayo azulino y blanco de la luz, en aquella noche santa en que se glorificaba á Dios, en que se traía al recuerdo el venir á la vida mortal del Niño de Belén, del Salvador que predicara el amor, la paz, la caridad, la dulzura de alma, la humildad de espíritu, el resignarse ante las negruras de la existencia...

Sí que se enterneció también ante actos nobles, hermosos arranques de heroísmo, notas consoladoras de inefable virtud, sublimidades inmensas sólo realizadas por espíritus decididos, enérgicos, valientes, como alumbrados por divinal fuego; mas ¿qué son las chispas de oro que arrastran las arenas de un río, comparadas con el légamo sucio de su fondo y con el incalculable número de gotas de sus aguas...?

...



Paróse de nuevo en un bosque donde brillaba, plateándose, el polvo de aljófar de la escarcha. Los árboles desnudos vistiéronse de pronto de hoja verde y fragante; la selva se iluminó con resplandores fúlgidos, diamantinos, y se aromó con olores de rosas y violetas.

Allí donde Jesús se sentó para meditar en lo que había visto, brotaron brazadas de lirios blancos, morados, azules... Y el Salvador del mundo se postró de hinojos, y sudó sangre como en Getsemaní, y lloró lágrimas amarguísimas, impregnadas de dolor inmenso, inenarrable, de dolor divino.

Presentábasele descarnada y negra la visión de su Nochebuena, y pensó en su aparecer entre los hombres, en lo que les predicara, en sus actos de amor, de ardoroso amor hacia las criaturas, en aquella su muerte santa para redimirlas, sublimando el perdón y entregándose á sus enemigos por salvarlas...

Lloró, lloró, preguntándose si la bondad de los frutos correspondía á la de la semilla arrojada á los vientos para que germinase con lozania. Mas en su dolor, envuelto en su celestial amoroso éxtasis, aún surgió de su alma apenada el raudal del consuelo nacido de la infinita misericordia que en El vivía...

—Sí, se dijo mientras acariciaba á las golondrinas que en vuelo rápido habían venido á enjugar con su pechuga la sangre divina; sí, como antes hay que perdonarles, porque no saben lo que hacen...

Y se sintió aliviado al emprender su vuelta á los cielos.

Allá, en los confines de la tierra, esperábanle legiones de ángeles con las almitas blancas de los niños recogidos en el mundo. Reían con carcajadas de júbilo, con algazara loca. Volaron, volaron...

Cuando se abrió la celestial mansión entre manantiales de luz y arreboles de rosa, allá abajo, muy abajo, llamaban las campanas á la misa del alba.

Y aquel día de Pascua fué soñoliento, obscuro, como si no quisiera abrirse nunca al amanecer ni desplegarse á la claridad rutilante y dorada; como si en él se reflejasen las tristezas por Jesús sentidas en su Nochebuena.

Lema: TITIT PAJEFARIM

DIBUJOS DE REGIDOR

(NÚMERO 37 DE NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS FANTÁSTICOS)



MERCADO DE PAVOS EN BARCELONA,
POR CARLOS VÁZQUEZ



Al partir el tren



Hace algunos años fuí testigo casual de una de las escenas más dramáticas que he presenciado en mi vida.

Por circunstancias que ahora no recuerdo, me encontraba lejos de mi casa un día veinticuatro de Diciembre, fecha en que la Nochebuena reune á las familias al calor del hogar. Conforme se aproximaba la hora clásica de la fiesta, se me iba haciendo más insoportable la huraña soledad de mi cuarto; un cuarto alquilado en uno de los hoteles de Córdoba. A las diez de la noche no había casi nadie en el casino. Hasta la sala de juego estaba desierta. En los cafés había también escaso público. Toda la vida de la vieja ciudad de los Califas había refluído seguramente á las hogares, donde pocas horas después se celebraría en familia el nacimiento de Jesús.

En los barrios populares se notaba mayor animación. Turbas de chicuelos recorrían las calles con horrible estrépito de zambombas, panderos y almireces. De vez en cuando, se oía resonar un villancico entonado con voz aguardentosa por algún borracho que se había anticipado á la Misa del gallo.

Salí del hotel á la ventura. Sin darme cuenta del trayecto que había recorrido, me encontré junto á la estación. Eran las diez y media. A las once y cuarto pasaba para Madrid el expreso de Sevilla, el tren «de lujo». Como en Córdoba no tenía yo amistades ni ocupaciones graves que ocuparan mi tiempo, solía algunas noches, como recurso de forastero aburrido, pasearme por el andén y presenciar la llegada y la partida del expreso, cosas ambas que no me interesaban ni poco ni mucho, pero con las cuales mataba unas cuantas horas de tedio.

Aquella noche hice lo mismo. La costumbre me llevó á la estación.

Nada hay más opuesto al sabor tradicional de la Nochebuena que el celebrarla paseándose por el andén de una vía férrea. Los rieles que avanzan, que se entrecruzan, que se prolongan en distintas direcciones, dan precisamente una idea contraria á la del recogimiento del hogar y el suave calor de la familia. Aquello es el ir y venir de gentes que no se conocen, que no se detienen; de personas que el azar reune dentro de un coche durante unas cuantas horas, quizá para no volverse á ver más; es el trajín de una humanidad indiferente, sin vínculos, sin afectos; de una muchedumbre errante envuelta en el vértigo de la velocidad, que la arrastra en un eterno cambio de paisajes y de perspectivas. En Nochebuena no viaja casi nadie. Los espíritus más refractarios á la tradición evitan, si pueden, pasar en un vagón ferroviario, alumbrado por la luz lívida é insegura del fanal de aceite, la hora gloriosa y dulce en que el Niño Nazareno viene á la tierra en un establo.

* * *

A la estación llegaba también como un reflejo yerto de la alegre Nochebuena. Era como una vaga irradiación del calor de los hogares. Los pocos viajeros que habían llegado á las nueve por la línea de Málaga para enlazar con el expreso, se agrupaban en un extremo de la mesa del comedor de la fonda, junto á la chimenea en que ardía chisporroteando el carbón de cok. Obligados sin duda á viajar durante aquella noche, se había establecido entre ellos una cordialidad familiar, con la cual procuraban engañar la nostalgia de sus hogares. Habían pedido dos botellas de champaña para celebrar la Nochebuena. Los camareros atendían á la mesa con displicencia, mirando impacientes la esfera del reloj. La dueña de la fonda, que solía vigilar el servicio con una sonrisa amable y complaciente para sus parroquianos, se impacientaba también, deseando «despachar el expreso» y marcharse á su casa.

En el andén, barrido por ráfagas secas y glaciales, los mozos de vía y de equipajes desempeñaban de mala gana sus faenas. Algunos conservaban con gran esfuerzo el equilibrio. Se les veía ir y venir entrando apresuradamente en la cantina. Al salir, se oían los chasquidos secos de sus labios paladeando el aguardiente. Tras de la valla de madera que separa las vías férreas de las calles de la ciudad, sonaba cada vez más destemplado el estrépito de las voces, de las zambombas y de los panderos.

* * *

De pronto sonó un timbre. Minutos después brilló en la obscuridad á un cuarto de kilómetro, junto á las agujas, el disco rojo de señales, dando vía libre. Luego se percibió un sordo rumor; rasgaron la sombra las luces de la máquina, y entró silbando el tren expreso, haciendo trepidar las planchas de hierro de las plataformas y la cubierta metálica de la estación.

El convoy se detenía en Córdoba diez minutos. Los vagones venían casi vacíos. A través de los cristales del coche-salón, que la helada empezaba á empañar, se veía á unos cuantos viajeros, extranjeros en su mayoría. En uno de los departamentos viajaban dos jóvenes, hombre y mujer, que seguían hablándose al oído durante la parada, sin darse cuenta quizá de que el tren se había detenido. ¿Estaban en Córdoba? ¿Estaban en Calcuta? ¡Qué les importaba! El amor pasa bien la Nochebuena en cualquier parte.

*
* *

La máquina había parado precisamente cerca de mí, junto á una manga de aguada, y el monstruo absorbía el líquido por sus fauces sedientas, en tanto que el vapor se escapaba con violencia por sus costados.

Mientras el fogonero vigilaba la operación, el maquinista había bajado de la máquina. Se acercó al poste de hierro, apoyó el brazo en la columna metálica, y en el brazo la ennegrecida frente. Con gran frecuencia dirigía una mirada llena de ansiedad hacia el otro extremo del andén. Era tan dolorosa su impaciencia, había tanta angustia en su mirada y en su silencio, que de pronto llamó mi atención. El maquinista tendría próximamente unos treinta años. A través de la máscara de carbón adherida á su rostro, se adivinaba una fisonomía expresiva é inteligente. Debía de sufrir mucho en aquellos instantes, porque el dolor descomponía sus facciones.

Un mozo de vía cruzó rápidamente junto á nosotros con una linterna en la mano.

El maquinista, al verle venir, se irguió con un movimiento brusco, y su palidez se hizo más intensa.

El obrero, sin detenerse apenas, exclamó casi gritando:

—Estuve en tu casa esta mañana. El niño está mejor... adiós... ¡buen viaje!—Y se alejó haciendo oscilar violentamente su linterna.

Sacudido por una emoción profunda, el maquinista balbuceaba como idiotizado:—¡Mejor! ¡mejor! ¡Esta mañana estaba mejor! Pero ella ¿por qué no viene? ¿por qué no viene alguien...?—La voz del fogonero resonó cariñosa desde lo alto de la máquina:—¡Animo, señor Juan...!

En esto dieron el aviso de «viajeros al tren». El maquinista ganó el estribo como un autómata. Tenía una mano apoyada en el regulador, y asió con la otra la cadenilla del silbato. Su cabeza permanecía obstinadamente vuelta hacia el andén. El jefe de estación marcó la salida al convoy. Resonó un silbido; la máquina arrojó un chorro de blanco vapor por los costados y una negra columna de humo por la chimenea. El tren se puso en marcha.

Entonces, cuando las ruedas daban la primera vuelta, surgió bruscamente entre las nubes de vapor y humo una mujer, un fantasma de mujer desgreñado, pálido; una trágica aparición. Siguió un instante la marcha lenta del tren. Su mirada se cruzó con la del maquinista. Entonces llegó hasta mis oídos este grito desgarrador:

—¡Juan! ¡Juan! ¡nuestro hijo...!

No pudo añadir una palabra más. Bastaba el grito; era un grito de muerte.



El tren había ganado velocidad; había partido. Creí ver un instante al maquinista con medio cuerpo fuera de la máquina y sujeto por la cintura por el brazo del fogonero. Una ráfaga fría desgarró las flotantes nubecillas de vapor. Sobre las duras losas del andén vieron mis ojos el cuerpo inanimado de la mujer, crispada la boca por el dolor, vidriados los ojos. Había caído de espaldas, con los brazos en cruz. Me pareció la maternidad crucificada.

Fuí el primero que la auxilió. Nunca olvidare aquella Nochebuena.

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

LUIS LOPEZ-BALLESTEROS

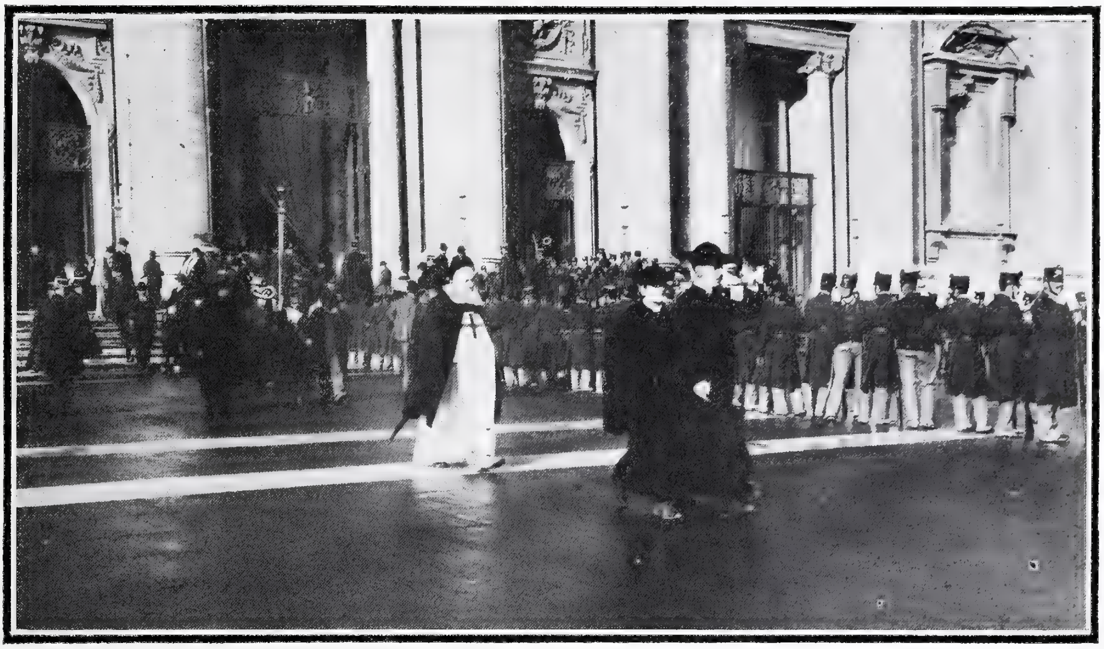
LAS VECINAS DE MI CALLE
TODAS SE JUNTAN EN CORRO
Y ME CORTAN UN VESTIDO.
ESE DINERO ME AHORRO!



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR ADOLFO LOZANO

LA FIESTA DE LA INMACULADA EN EL VATICANO



REPRESENTANTES DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS SALIENDO DE LA MISA EN EL VATICANO

En la gran Basílica romana se celebró el cincuentenario de la proclamación dogmática con extraordinaria solemnidad y numerosísima concurrencia de fieles de todos los países del mundo.

S. S. el Papa se revistió los hábitos pontificales en el altar de la *Pietá;* desde allí fué trasladado al altar del coro, donde se descubrió la imagen de la Purísima Concepción, adornada con una nueva diadema de doce estrellas de brillantes. Después de recitada una oración, dijo S. S. la misa pontifical en el altar de la confesión, y dió la bendición *urbi et orbi* al terminar la misa. La muchedumbre era tan grande, que fué preciso doblar la fuerza militar de servicio en la plaza de San Pedro.



LA MUCHEDUMBRE EN LA PLAZA DE SAN PEDRO

Fotogs. Simboli

BLANCO Y NEGRO EN 1905

Durante el próximo año 1905, décimoquinto de la publicación de Blanco y Negro, se propone esta Revista demostrar su agradecimiento al público que tan constantemente viene favoreciéndola, y seguir mereciendo el preferente lugar que ocupa entre las publicaciones ilustradas españolas.

Para ello, conservaremos las planas grabadas á todo color, procurando hacer una escrupulosa y delicada selección de originales artísticos con el fin de lograr la mayor belleza en la reproducción.

Los originales literarios irán siempre firmados por los más ilustres y populares escritores españoles y extranjeros, para que esta Revista ofrezca los más variados atractivos y la mayor amenidad posible. Aspiramos á que su lectura satisfaga, en lo posible, todas las necesidades espirituales del público, cuyo gusto se afina y depura de día en día.

Las informaciones ilustradas con fotografías y dibujos serán asimismo objeto de preferente atención, y en ellas procuraremos reflejar todos los aspectos interesantes de la vida.

Entre las muchas y notables mejoras que se introducirán en la composición de Blanco y Negro en 1905, figurarán principalmente la publicación de ARTISTICAS PORTADAS, copiadas de RELIEVES INEDITOS originales de los más famosos escultores españoles, novedad que por su valor estético creemos que ha de ser muy del agrado de nuestro público; VARIADISIMOS CONCURSOS de todas clases, con importantes y valiosos premios; PAGINAS FEMENINAS, sección dedicada á la mujer, pero que, naturalmente, interesará al sexo masculino; HISTORIETAS COMICAS EN COLOR, de los más notables caricaturistas españoles y extranjeros; CRONICAS ILUSTRADAS de todos los sucesos culminantes en la semana; VERDADES Y MENTIRAS, reseña de inventos, curiosidades y anécdotas, con profusión de fotografías y dibujos; SECCION RECREATIVA, donde se publicarán charadas, jeroglíficos, problemas de ajedrez y toda suerte de pasatiempos agradables y distraídos; CRONICA GRAFICA DEL AÑO 1905, en la cual, en forma de *Portfolio* y en ocho páginas de distinto carácter que las del número y absolutamente separadas, se recogerán todos los asuntos de actualidad universal, reproducidos con la mayor perfección por el fotograbado, para formar al cabo del año un magnífico tomo de más de cuatrocientas páginas, que contenga la historia de los más importantes sucesos acaecidos en el mundo; y, en fin, cuanto pueda contribuir á dar en el número de Blanco y Negro un conjunto de impresiones literarias y artísticas gratas para el lector.



ALMANAQUE DE «BLANCO Y NEGRO» PARA 1905

Regalos

1.º Cuantos se suscriban por los meses de Enero, Febrero y Marzo, recibirán gratis y á domicilio, en la primera quincena del citado mes de Enero, un elegante y artístico ALMANAQUE DE PARED para 1905, impreso á varias tintas, y cuyo precio para el público es de una peseta.

2.º A los suscriptores que acrediten haber recibido los cincuenta y dos números del año, se les entregará, igualmente gratis en fin de Diciembre de 1905, unas tapas estampadas en oro para la encuadernación del tomo del citado año, y cuyo precio no será inferior al de dos pesetas.

Suscripcion

UNA PESETA al mes, ó sea al insignificante precio de 23 céntimos el número, por publicarse 13 números al trimestre.

Los que deseen suscribirse, enviarán á la mano ó por el correo interior una tarjeta de visita ó nota al Administrador de Blanco y Negro, Serrano, núm. 55, indicando si desean la suscripción sólo por el mes de Enero ó por el trimestre de Enero, Febrero y Marzo, para tener opción en este caso á recibir gratis el Almanaque de Blanco y Negro para 1905.



LA TRAPA



En el término de Getafe hay una amplísima finca, casi coto-redondo, conocida por la *Casa del Cura*, en la que desde hace quince ó dieciséis años está establecido con el nombre del *Val de San José* un Monasterio de frailes cistercienses, ó sea una *trapa*.

Dedicados personalmente al cultivo de la tierra, aquellos religiosos comparten las rudas faenas del campo con la observancia de la austera, austerísima regla á que pertenecen.



Para poder formarse idea de lo que es la regla de los frailes del *Cister*, baste saber que la vida se hace en común, que se duerme vestido, de ocho á una de la madrugada; que de una de la madrugada á ocho de la noche tiene la comunidad seis horas de coro; que la alimentación consiste en tres porciones de vegetales, repartidos por mañana, medio día y tarde, sustituídos los domingos y días festivos por una sopa de pan con aceite, unas judías ó lentejas, un plato de arroz ó cosa semejante. El silencio es prescripción absoluta y terminante.



Hombres del campo, al parecer, nadie podría suponer que bajo el burdo y áspero sayal se esconde un Fray Esteban que en el mundo fué capitán de fragata; un Fray Jesús (actual superior de la Trapa de Getafe), doctor en Medicina y catedrático, por oposición, en Barcelona; un Fray Cesáreo, eminente pintor, de cuyas obras en la capilla del Monasterio relevantes muestras existen, y otros muchos que en el mundo ocuparon brillante posición.

Antonio de Dueñas

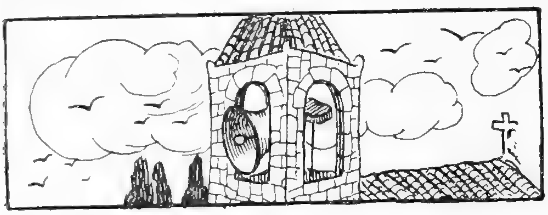
Fotografías Dueñas

ÚLTIMOS REFRANES DEL AÑO

El viejo Diciembre, poco ó nada afanoso en el campo, no es muy pródigo de refranes. Convendrá, no obstante, recoger algunos y abrigarse con ellos, que buena falta nos hace.

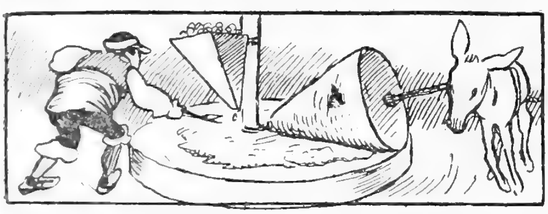
El primero que nos sale al paso, más que refrán es una frase proverbial eminentemente española. *Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena.*

Santa Bárbara, como todos sabemos, cae el día 4 y es la patrona de la Artillería y de la Tormentaría. El refrán, además de ser eminentemente español, es absolutamente racional. No nos acordamos de Santa Bárbara hasta que truena y, sobre dar



esta prueba de imprevisión, en muchos pueblos sigue practicándose la costumbre bárbara de invocar á Santa Idem repicando las campanas, lo cual origina infinidad de disgustos y desgracias personales y de las otras.

Por San Nicolás, la tolva henchirás, refrán que sólo se aplica, naturalmente, á los pueblos y regiones donde se cosecha aceituna, pues la tolva á que el refrán alude es la del molino aceitero ó almazara. Quien no tenga ya á estas fechas la tolva llena, ó



no la tenga todavía, poca cosecha de aceite cogerá. El simpático San Nicolás de Bari celebra su fiesta el 6 de Diciembre.

También suelen decir *Molinero Nicolás y Leñador Tomás*, refiriéndose á Santo Tomás apóstol, el de *ver y creer* y el de *una y no más*. Este apreciable y tozudo discípulo de Nuestro Señor Jesucristo, recibe el calificativo de *leñador*, ya porque el 21 de Diciembre, que es la entrada oficial del invierno, es preciso hacer leña y se dedican á ello hasta los



más ancianos de cada lugar, ya porque acercándose las fiestas pascuales, en que se hace tan gran consumo de lumbre para cenas, veladas y holgorios, aun el mismo santo Apóstol coge el hacha y ayuda á la cristiandad en la provisión y acarreo de leña.

Al apedreao, el campo nevao, suele decirse en Castilla, por aquello de que no son raras las nieves hacia el día de San Esteban, protomártir (26 de Diciembre) quien, según es sabido, murió lapidado y fué el primer mártir de la Iglesia cristiana.



Los chicos de las escuelas tenían hasta hace pocos años un refrán que aplicaban á la fiesta del día 18, en que comenzaban las vacaciones de Navidad: *Virgen de la O, piedra (ó palo) que te crió*, con lo cual pintaban muy gráficamente los suaves regocijos y expansiones á que solía entregarse la juventud escolar con motivo de la huelga, los cuales consistían, ya en apalear las puertas y ventanas de los vecinos pacíficos, ya en apedrearse mutua y fraternalmente los dos bandos en que necesariamente había de estar dividida la escuela.

Otro proverbio escolar era la siguiente súplica:

Si las leyes son costumbres
y las costumbres son leyes,
vacaciones os pedimos
desde la *O* hasta los *Reyes*.



El Estado, interpretando bonachona y amplísimamente este deseo de los estudiantes, ha anticipado las vacaciones y ha dilatado su término para evitar conflictos de orden público.

Análoga á esta petición es aquella otra tan graciosa como antigramatical que dice:

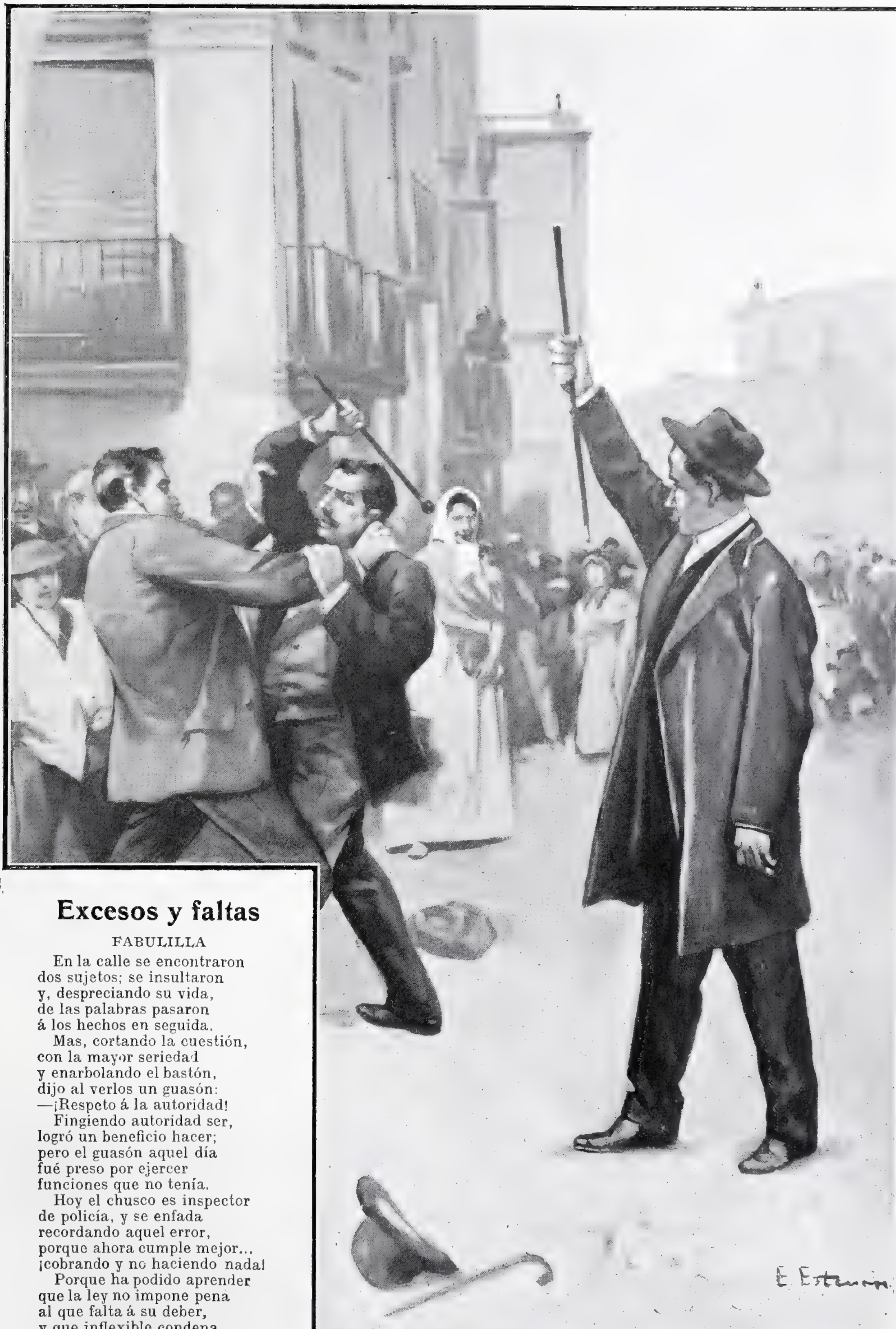
Punto pedimos
señor Rector,
que el año que viene
seremos mejor.



La cual, con una especie de cancamurria ó sonsonete monótono, solía cantarse ya á mediados de mes en Colegios, Institutos y Universidades.

En fin, el último santo del año, el bondadoso San Silvestre, ha motivado dos refranes: uno que dice *San Silvestre, ¿qué año es éste?* como indicando la sorpresa con que la humanidad descuidada ve que *se le ha colado de momio* un año, como dijo el jugador; y otro que dice: *San Silvestre, otro año como éste*, con el cual se expresa la filosófica resignación de quien está convencido de que todos los años, poco más ó menos, son iguales.





Excesos y faltas

FABULILLA

En la calle se encontraron
dos sujetos; se insultaron
y, despreciando su vida,
de las palabras pasaron
á los hechos en seguida.
Mas, cortando la cuestión,
con la mayor seriedad
y enarbolando el bastón,
dijo al verlos un guasón:
—¡Respeto á la autoridad!
Fingiendo autoridad ser,
logró un beneficio hacer;
pero el guasón aquel día
fué preso por ejercer
funciones que no tenía.
Hoy el chusco es inspector
de policía, y se enfada
recordando aquel error,
porque ahora cumple mejor...
¡cobrando y no haciendo nada!
Porque ha podido aprender
que la ley no impone pena
al que falta á su deber,
y que inflexible condena
al que se llega á exceder...

José RODAO

Dibujo de Estevan

EL DESHIELO, por ROJAS



1



2



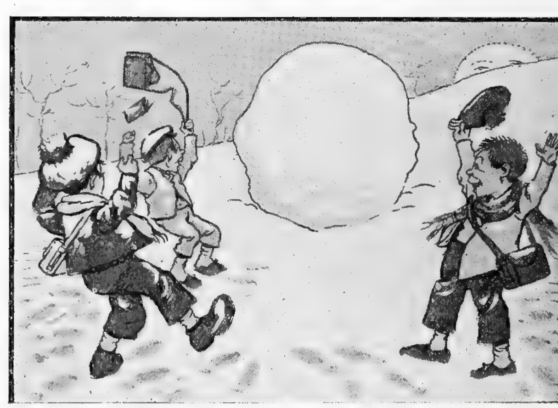
3



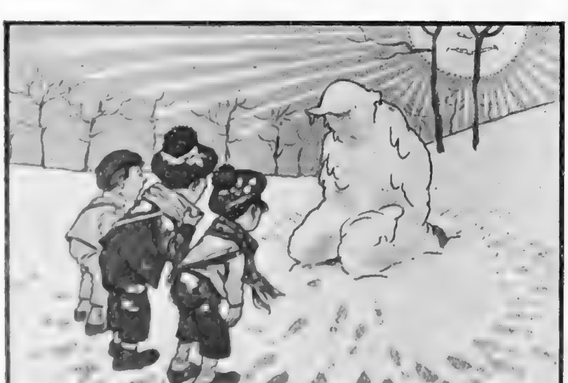
4



5



6



7



8

BLANCO Y NEGRO



Año 14. Madrid, 31 Diciembre 1904. N.º 713

La falsificación de la maternidad

Castora pasó la infancia en su aldea del valle de Pas jugando con las vacas del establo y con las gallinas del corral.

Y luego pasó la juventud ordeñando las vacas



del establo y criando las gallinas del corral.

Criada en familia con sus animalejos, Castora los quería tanto como á las personas, y aun por tales los reputaba, y sabía de su vida, sus costumbres, nacimiento, desarrollo, raza, anatomía y enfermedades más que de la propia naturaleza humana.

Solamente no alcanzaba á entender el cariño maternal de las gallinas. Comprendía bien el amor de las vacas á sus terneros. Ellas los llevaban en el vientre, los parían, y los amamantaban con la sabrosa leche cuyo sobrante vendía Castora en las casonas del valle. Vacas y terneros eran, pues, madres é hijos seguros, fuente y derivación directa, seres de una misma sangre y una misma carne, de aquella carne que con tantas lágrimas veía Castora ir para el matadero.

Pero las gallinas, ¿por qué amaban á sus pollos?

Aquel amor parecía puro artificio y falsificación de la maternidad.

Castora, cuidadosa genealogista de su corral, sabía de sobra que casi ninguna gallina era madre verdadera de sus hijos. Castora vigilaba esmeradamente las posturas, recogía por su mano los huevos destinados á la cría, y los guardaba en aquel esportón que era como Inclusa donde caían revueltos los hijos de todas las madres.

Y llegada la ocasión, Castora echaba los huevos indistintamente á la primer gallina que se ponía clueca.

¡Qué atareados los veintiún días de la incubación!

Castora visitaba muchas veces á su gallina como un médico á su enfermo de gravedad.

Castora le acercaba el agua y el grano al pico para que la madre no dejara ni un instante la empolladura.

Castora le arrimaba á la pechuga el huevo que no estaba bien cubierto.

Castora picaba cuidadosamente el cascarón cuando le parecía que el pollo tardaba en romperlo, como hábil partera que facilita la obra de la naturaleza.

Y Castora entretenía horas y horas admirando la paciencia maravillosa, la inmovilidad estatuaria, la abnegación sublime de aquella madre prestada, que vivía tres semanas como muerta, sin levantar una pata para desentumecer su cansancio, ni respirar un soplo de aire fresco para alivio de su calentura, y todo ello ¡por empollar unos huevos que no eran suyos!

Una mañana, en la hermosa hora del alba, pues Castora se levantaba con ella, la partera veía asomar un piquito y una cabecita por entre las alas de la gallina. Seguíase un *pío-pío* agudo y débil. Horas después iban asomando otras cabezas y sonando otro piar, y al alba nueva la gallina, con pasos perezosos por el entumecimiento, llevaba de aquí para allí su docena de polluelos, semejantes á bolas de pluma que más bien rodaban que andaban sobre la hierba del corral.

Y después ¡con qué amor les abrigaba! ¡Con qué solicitud les buscaba el granillo tierno, el tallo menudo, el alimento fácil, poniéndoselos al alcance del pico, con olvido del hambre y necesidad propia! ¡Y mientras, la madre del huevo de que nacieron, les picaba en la cresta para echarlos del corral!

Nunca la gallina dejó á sus pollos, ni cuando pequeños ni cuando crecidos; les enseñó á comer, les enseñó á vivir. ¡Y en cuanto supieron vivir y comer, los pollos dejaron á la gallina! ¡Ingratitud de todo lo nacido!

* * *

Moceando en la compaña de sus crías y en el ejemplo de las mozas que salían del valle con saya burda y volvían de Madrid con terciopelos galoneados de oro; estimulada por la naturaleza y por el

interés; joven, robusta y montañesa, ¿qué había de ser Castora sino ama de cría? Ser casadera, ser casada, ser madre y ser ama, fué todo ello obra de poco más de un año.

Acaecióle una desventura por la cual se le entró la ventura en casa. Se le murió la hija apenas nacida, y cuatro días después, otra niña sustituyó á la muerta en los sanos pechos de Castora.

Era ya noche, y noche fría, cuando aquel señorón del gabán de pieles se paró á la puerta de la casuca. Apeóse del caballo, y tras él, del suyo, un criado. El señor del gabán tomó un bulto pequeño de los brazos de una vieja mientras el servidor la ayudaba á bajar de las jamugas. Quedóse éste al cuidado de las cabalgaduras, y el que parecía amo y la que era vieja penetraron en la casa, donde les recibieron Castora y su madre como si procedieran por anterior concierto.

Hablóse poco y se besó mucho á una niña recién nacida (que no otra cosa contenía el susodicho envoltorio), la cual quedó luego en poder de Castora, con el feliz acompañamiento de una buena cantidad de dinero.

¡Noche singular la noche primera de maternidad postiza! Castora despertó muchas veces, como suelen las madres al más leve quejido ó movimiento de la criatura. ¡Qué emoción de felicidad cuando al despertar, y todavía entre sueños, sintió en el pecho el chupoteo de la niña! Dióle un gran vuelco el corazón, imaginando que aquella hija era la suya, que estaba viva, que todo lo pasado había sido horrible pesadilla de la cual despertaba entonces. La realidad la restituyó al dolor, y Castora lloró largamente por aquel dulce engaño.

Pasaron días y días. La nodriza se los pasaba contemplando entre arrobada y entristecida los ojos y la cara de la criatura.

—Así sería mi hijita—pensaba,—así me miraría, así buscaría mi pecho, así pondría sobre él sus manos!

Y de tanto mirar y tanto concentrar pensamientos y ojos en la niña, fué tomándole cariño.

Pasaron meses y meses, y el cariño crecía según crecían las monadas de la mamoncilla.

Entretanto, el señor del gabán de pieles había venido muchas veces á la aldea; al principio, con frecuencia; después, más de tarde en tarde, y siempre trayendo otra buena cantidad de monedas, con que Castora y su madre vivían, atendiendo sin escaseces á sus necesidades y á las de la niña que tomaran á su cargo. Tratábanla con grandísimo esmero, no sólo por cariño, sino por conciencia. Las aldeanas conocían que las comodidades venían á la casa por ella; que el dinero era para ella, y con honradez



montañesa á ella lo destinaban, apartando únicamente lo poco que necesitaban para los gastos propios.

Y quizá pudiera sospecharse, porque la malicia humana pone tilde de sospecha en las acciones más puras, que el interés fuese parte, aunque pequeña, para tales cuidados. Porque Castora y su madre estaban en el secreto del nacimiento de la niña. Sabían que era fruto de extravíos juveniles; que sus padres, personas de alta calidad, no podían ni retenerla, ni aun reconocerla entonces por impedimento de la opinión social; pero que, vencido con el tiempo, legitimarían á la hija por la santidad del matrimonio. Y acaso Castora, y singularmente su madre, dilataban para entonces la esperanza de generosa recompensa, adecuada á su comportamiento y á la riqueza notoria de los jóvenes extraviados.

La niña tenía dos años cuando su padre le hizo la última visita y le dió el último beso. Dijo que la madre había muerto antes que él pudiera cumplir sus obligaciones de honestidad casándose con ella. Lo de la muerte era indudable; lo del casamiento frustrado, allá él sabría si era verdad ó embuste. Prometió volver por la criatura para llevársela consigo. Pero ni volvió, ni volvió á llevar su dinero á casa de Castora, la cual, indagando las razones de la ausencia, supo que el señor del gabán había muerto, dejando desamparada á su hija, no por voluntad, sino por consecuencia desastrosa de muerte repentina.

Como pasara un año más, los recursos comenzaron á escasear, y al fin se agotaron, con lo que se

entró nuevamente en la casuca la pobreza, aumentada con una boca que ya sabía pedir pan.

Los parientes aconsejaban á Castora que se aliviase de ella enviando á la niña á un hospicio, domicilio que correspondía á su origen irregular.

—He vivido tres años de ella—respondió Castora;—ella vivirá de mí hasta que pueda valerse; y si no pudiere, yo se lo ganaré por toda la vida.



Y sin más decir ni vacilar, se quedó con la rapaza, considerándola como si fuese la propia hija á quien sustituyó en los pechos.

¡Cualquier consejero de ingratitud, cualquier egoísmo rural la arrancaban ya de ellos ni del afecto que había nacido y crecido más adentro, en el corazón de la nodriza!

Tratóla verdaderamente como á hija suya, así por el amor como por la manera de criarla Persuadida de que la muchacha no podía contar, como si vivieran sus padres, con el regalo de la vida urbana, la crió para la vida rústica. Sus medios de fortuna y su condición tosca no le consentían tampoco educación mejor. Vistióla con la saya pasiega y la calzó con los pesados zuecos, dedicándola á las faenas mecánicas proporcionadas á su edad y fuerzas.

¡Y quién sabe si en la que hubiera sido delicada señorita, culta, elegante y llena de remilgos, adivinaba una futura ama de cría, conforme con la tradición de su nueva familia!

Bien pudiera serlo, según la complexión robusta que iba adquiriendo con los años.

Aunque Castora la descargaba amorosamente del trabajo, todavía le quedaba de sobra para embastecer aquel cuerpo por donde circulaba sangre de limpieza aristocrática. Sus líneas se deformaron; sus manos se encallecieron; su tez se curtió; la vida campestre y el contacto de los campesinos enroñaron su pensar, su sentir y su querer, y aplebeyaron sus gustos y afectos, que recaían en los animalillos de su corral y en los maíces de su campo. Era, en fin, física y moralmente una completa palurda. Y acaso esto mismo duplicaba el amor de Castora, quien veía en la moza su imagen, condición y linaje legítimos. Era, efectivamente, la madre verdadera de su alma y de su carne, moldeadas ambas en el rústico troquel donde cayeron. Amor tan firme como el de la madre y más generoso que él, porque era de libre y espontánea generación y no de obligaciones de la maternidad. Amor que se quitaba el pan de las manos para dárselo al sér querido; amor de sacrificios por el bienestar puramente ajeno; amor de dolores cuando la fatiga ó la enfermedad abatían á la hija prestada, mientras sus padres la abandonaron, y sus abuelos ó no se acordaban de ella ó se acordaban para renegar de su existencia.

Tampoco se acordaba ni sabía de ellos aquel vastaguillo cercenado del tronco y caído en el barro, de la tierra.

Sabía que era hija de padres desconocidos; nadie se lo ocultó, porque en las intimidades de la naturaleza no se hace de tales cosas tanto misterio como en las conveniencias de la sociedad. La rapaza vivía contenta, sin dolerse de su ilegitimidad. ¡Qué importaba la maternidad legítima, si había encontrado en la falsificada más ley de amor!

Pasados los años, la aldeanilla cuidaba y quería á las vacas del establo y á las gallinas del corral, descendientes de aquellas que amó y cuidó Castora en su mocedad. Y ella, como la otra, vigilaba las posturas, recogía los huevos, los echaba á las gallinas cluecas y asistía á la incubación.

Ya entonces Castora acertaba á entender el amor de las gallinas á los pollos venidos de ovarios ajenos. Entendía que no toda la maternidad consiste en concebir: consiste más en empollar el cuerpo y el alma. Ella era la madre propia de la hija postiza; todo allí era suyo: fondo y forma, espíritu y figura. Y aprendió, además, que la calidad del hombre no es obra de la sangre ni de la ascendencia. Así, á veces da calidad al fruto el ingerto y no la raíz del árbol.

Eugenio SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



MUERTOS ILUSTRES

BRETÓN DE LOS HERREROS

Nació en Quel, aldea riojana, el 19 de Diciembre de 1796.
Murió en Madrid el 8 de Noviembre de 1873.

COLOCADO Bretón á la cabeza de los autores de su tiempo y después de haber afirmado su reputación de gran dramático con producciones tan inmortales como *A Madrid me vuelvo*, *Muérete y verás*, y *Marcela, ó cuál de los tres*, el lector que no conozca á fondo la vida artística del segundo tercio del pasado siglo, pensará que todos fueron lauros para el insigne dramaturgo, y nada más lejos de la verdad. Bretón fué blanco de la envidia y de las malas pasiones de muchos de sus mal llamados compañeros y amigos, los que le amargaron la existencia hasta el punto de que él, que regocijaba con su festiva musa la patria escena, se había convertido á los cuarenta años en un hombre melancólico, amante del retiro y propenso á la concentración del espíritu.

De una carta que tenemos á la vista y que dirigió en 1841 al actor Lombía, escrita sólo para gobierno de éste, se desprende algo de lo anteriormente expuesto, así como retrata á las actrices y actores que por entonces gozaban de más popularidad en la escena española. Oigamos á Bretón:

«Hablemos con franqueza: ¿qué son sino cantidades negativas *Latorre*, cuya aristocracia artística, cuya impasibilidad que raya en egoísmo, y cuyas heladas cortesías han sido siempre la desesperación de las empresas teatrales; la *Bárbara* (Lamadrid), cuya desidia proverbial la tiene cada día más divorciada con los escritores y con el público; y *Noren*, que es la nulidad personificada?...

»¿Cree usted, por otra parte, que sea el descubrimiento de las Indias la peregrina idea de contratar dos características, á saber: la *Antera Baus*, que nunca sintió para hacer sentir, y la *Agustina Torres*, cuyo ruinoso edificio sólo puede inspirar compasión para excitar la risa?... ¿Cree usted que las dos juntas valgan para descalzar á la *Llorente?*

»Yo veo en perspectiva una falange de notabilidades de lo *sublime*, y en ella pocos intérpretes adecuados para el género HUMILDE y PEDESTRE que yo cultivo...»

Cuatro días después de escrita esta carta por Bretón, tuvo que dirigir otra á Lombía en la que se lamentaba de que este actor hubiese dado á conocer á D. Francisco Salas, empresario del teatro de la Cruz, algunos párrafos de la correspondencia mediada entre ambos. Y luego añadía:

«Si transpirase lo que he dicho á usted por el último correo, aún sería mayor mi sentimiento, pues candorosamente y en el estilo desenfadado y epigramático que hombres tan inofensivos como yo solamente usan con sus amigos predilectos, de cuya reserva están asegurados, he expuesto juicios individuales quizá más festivos que exactos; pero, pues, acabamos de experimentar que hasta las insinuaciones más ligeras se glosan y se procesan, no temo que incurra usted en la más leve inadvertencia sobre el particular; y, al contrario, espero que, sin darse usted por entendido con Salas ni con nadie, procurará usted en ocasión oportuna desvanecer toda idea desfavorable que haya podido concebirse contra mí...»

Bretón de los Herreros, antes de dedicarse á las letras, sentó plaza en el batallón de á caballo de la ciudad de Avila, sirviendo nueve años, dos de ellos de campaña, sin haber llegado más que á *cabo primero*. Su padrino, el marqués de Molins, refiere en el libro necrológico que escribió sobre Bretón que contaba éste veintidós años y poseía gallarda figura. Hubo de ser bien quisto con la mujer de un concejal, el que aunque es posible que no hubiese leído á Calderón, tenía humos de alcalde de Zalamea y arranques de *A secreto agravio, secreta venganza*, y aguardó por sí ó por medio de procuradores al galán poeta; y cerrando con él, no á palos, sino á navajazos, y riñendo frente á frente con quien no volvía la espalda, le proporcionó *tal eclipse*—frase de Bretón,—que no pudiese en todo el resto de su vida mirar con *buenos ojos*, en plural, á la mujer del prójimo, y le obligase á disimular con unas antiparras de oro una horrible cicatriz que descendía desde la sien izquierda hasta la ceja y dejaba inmóvil y cerrado el párpado. A esta desgracia aludía Bretón cuando pocos meses antes de su fallecimiento escribió en un álbum:

Dejóme el Sumo Poder,
por gracia particular,
lo que había menester:
dos ojos para llorar...
y uno solo para ver.

Hijo humilde, cariñoso, idólatra á punto de que la muerte de su anciana madre, de quien no se separó nunca y á quien mantuvo con su pluma, le hubiera costado la vida, á no haberle deparado la Providencia un ángel amoroso y consolador en su esposa, *cuya ternura crece*—escribe Bretón—*á medida de mis pesares, dulce y único lazo que ya me apega á este mundo verdaderamente réprobo y miserable.*

Su único dolor doméstico fué el no tener hijos.

EDUARDO DE LUSTONÓ

La canción de Pierrot

«Bon soir, Madame la Lune,
¡bon soir!»

Cantando de sus amores
las penas que padeció,
sus martirios y dolores,
pasa la vida Pierrot.
Su canción desgarradora
la escuchan mal y de prisa,
porque, mientras Pierrot llora,
la gente llora... de risa.
Se mofan de sus tormentos,
sus muecas hacen reir,
son chistosos sus lamentos,
divertido su sufrir.
Le traicionó Colombina,
y el payaso sin fortuna
dió en la idea peregrina
de hacer trovas á la luna,
y amante, rendido y tierno,
canta su amor increíble,
porque Pierrot es el eterno
amador del imposible...
Cuando con serena calma
la noche tiende su velo,
como un quejido del alma
lanza su canción al cielo,
y la luna que, amorosa,
la triste cita escuchó,
luce radiante y gozosa
y, en la noche silenciosa,
oye el cantar de Pierrot.

—

«¡Luna...!
Amable y cándida luna,
oye mi triste canción...
Yo te canto mi fortuna,
y en ti me consuelo de una
mujer que me hizo traición...
¡Luna...!
¡Amable y cándida luna!

—

Fría...
triste como el alma mía,
tú me escuchas sin temor
y oyes con dulce alegría
el raudal de poesía
con que canto mi dolor...
Fría...
¡triste como el alma mía...!

—

¡Luna...!
Amable y cándida luna...
Tú eres blanca como yo,
tú eres pura cual ninguna
y en ti me consuelo de una
mujer que engañó á Pierrot...
¡Luna...!
¡Amable y cándida luna...!»

—

Y cuando Pierrot termina
la sublime serenata,
recordando á Colombina
su pecho el llanto desata...
Un sollozo y un lamento
ahogan la triste canción
y van desgarrando el viento
con largo y fúnebre son...
Pero cuando rompe el día
nace en Pierrot la alegría,
canta y ríe él sin fortuna
repitiendo todavía:
«¡Luna...!
¡Amable y cándida luna...!»

José Juan **CADENAS**

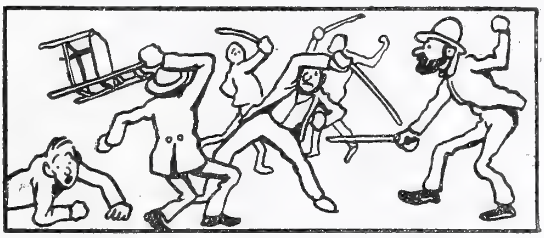
Dibujo de Gisbert



¡ABUR, 1904!

Abur, dijo el diablo, por no decir *A-Dios*.—Y lo mismo le decimos al año que acaba de marcharse. Abur, 1904, que adiós no mereces. ¡Vaya unas gracias que has tenido, hijito! ¿Será cosa de recordarlas? Sí, para que te demos con más gusto la despedida.

En ENERO tuvimos á Maura en el Poder, huelgas abundantes, couplets del cangrejo, alborotos, líos, bofetadas, palos, apertura de Cortes, varios estrenos lamentables en diferentes teatros y otra infinidad de calamidades públicas y privadas. Apretó el frío, y al que le cogió sin gabán no le valió embozarse en la papeleta. Se abrió el Consultorio de niños de pecho, y á muchos les dió gana de volver á la lactancia por ver de asegurar el alimento. La peseta siguió enferma, y además de enferma, por las nubes, pero en cambio,



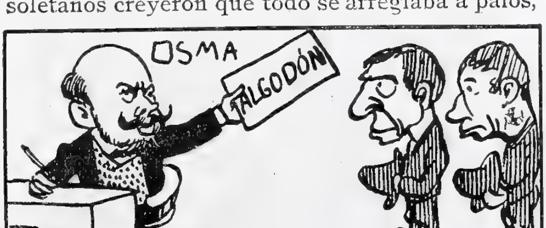
se inventó un procedimiento para guiar los globos desde tierra, ¡cosa admirable en este país de capitanes Arañas!

FEBRERO asomó las narices, por cierto bastante coloradas, y como de costumbre, se celebraron los bailes de máscaras, en los que no se divirtió nadie, y los *meetings* republicanos del día 11, con las detenciones consiguientes. Unos bolsistas opinaron que Maura lo hacía muy bien, otros que lo hacía muy mal, y al país le parecieron tan mal los bolsistas como Maura y viceversa. Los japoneses comenzaron á sacudir el polvo á los rusos, y con este motivo tuvimos el placer de hablar de Kuroki, del almirante Togo y del general Kuropatkine, que ya, por desgracia, se nos han acabado y no dan juego en los *cafeses*. En el



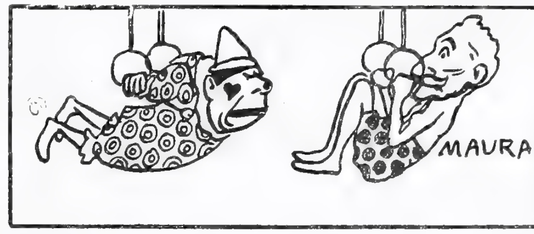
Retiro, con motivo del Carnaval, hubo las astracanadas de costumbre y, sin más novedad, pasamos al mes de

MARZO, durante el cual el ministro de Hacienda cayó en la cuenta de que la salvación de España estaba en el cultivo del algodón; los vallisoletanos creyeron que todo se arreglaba á palos,



tiros y pedradas: volvieron á la patria los gloriosos restos de Cavite, y seguimos viviendo, aunque bastante mal, todos los demás restos de las derrotas pasadas y presentes.

ABRIL llegó, no precisamente coronado de flores ni de alegrías, sino, como siempre, con los recibos de la contribución (primer trimestre)



en la mano; y á quien no tuvo que pagar eso, por lo menos el casero no le perdonó ni tanto así de la mensualidad, ó la patrona, á falta de casero. El presidente del Consejo, que vivía en casa propia, se vió libre de estas molestias, pero del pellejo se lo sacaron en las Cortes; conque, total igual. En el Circo empezaron los saltos mortales y las planchas, y en el Congreso también. Se celebró en el Vaticano el Centenario de la Corrección Gregoriana, y aquí ocurrieron varias incorrecciones gruesas y también se hicieron bastantes calendarios políticos; y en esto llegó

MAYO, el mes de los poetas y de los prestamistas. El que había disfrutado de capa ó gabán llevó tan apreciables prendas á donde no



se apolillasen, y gracias á ello pudo aburrirse á todo su sabor en los toros, fiesta nacional que ha llegado á convertirse en una casi continua serie de bostezos sólo interrumpidos por golletazos de todos los repertorios. Se inauguró la Exposición de San Luis, en la que estuvimos representados únicamente por un respetable señor á quien dimos 2.000 pesetas para todos los gastos, viaje inclusive. Las modistas acordaron formar una sociedad de resistencia para el cobro, y muchas parroquianas tenían ya formada otra para el pago; y en éstas y en las otras, se echó encima

JUNIO, con gran sobresalto y apuro de los estudiantes. Como todos los años, se llenaron los bancos del Retiro de jóvenes que palidecían sobre



los apuntes de Metafísica, de Algebra ó de Terapéutica. Se cerraron las tabernas y los cafés un día para protestar de eso de los alcoholes, y no nos

sucedió cosa de importancia á los que bebemos del Lozoya. Hubo varias recepciones académicas de lujo; se salvó el país con la disposición de que pudieran ponerse telégramas en catalán, gallego y vascuence. Comenzaron los crímenes pasionales; desapareció *Bombita mayor* y apareció *Bombita III;* cayó en Madrid una granizada que causó más daños que el Gobierno, y vino

JULIO, en el cual se celebraron una gran volada de palomas mensajeras, la tan aplaudida y acreditada corrida de los zapateros, la sesión borrascosa con motivo de los suplicatorios (primera de una bonita serie que ha gustado bastante), una exposición en Tarrasa, varios inundaciones en Valladolid, la apertura de los Jardines del Buen Retiro y otra porción de contingencias desagradables. Todo el que tuvo posibles para ello, se largó á San Sebastián á ver luchar al tigre y el



toro y á atrapar las balas que se perdieron en la refriega. Los valencianos hicieron una pareja monumental de *Nelet y Quiqueta,* y los gallegos menearon el *botafumeiro* en Santiago con la gallardía de siempre.

AGOSTO cogió en Madrid á poquísima gente, y los pocos que nos quedamos pasamos un día sin pan; hasta el mismo presidente del Consejo tuvo que desayunarse con buñuelos, y menos mal que eso no le falta nunca á un personaje que legisla y gobierna. Para continuar la paradójica historia de esta M. H. villa, hubo un terrible motín



en el Pacífico. Verbenas, kermesses y festejos de todas clases echaron de esta corte en el botijo á las contadas personas tranquilas que quedaban.

SEPTIEMBRE nos trajo, entre otras diversiones, los *couplets* del cencerro, no más divertidos que los del cangrejo; la aparición de un *amigo* de



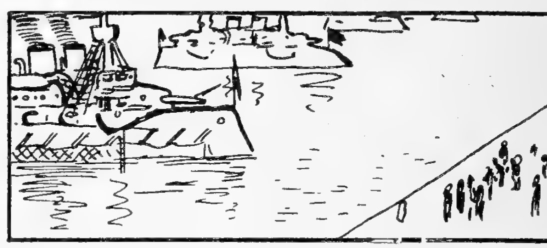
Maura, que dió con sus huesos en el *Abanico;* la huelga de la Vasconia y el divertido sainete del Descanso dominical, representado en toda España con tanto éxito, que se llamó á los autores... todo cuanto hay que llamar. Hubo un Congreso agrícola en Salamanca, un Concurso hípico en San Sebastián y varias bombas en Barcelona. Fué coronado el rey Pedro de Servia y

OCTUBRE sobrevino. Se abrieron Universidades é Institutos, comenzaron las maniobras militares, y no llegamos á enterarnos bien de cuál era el bando Norte y el bando Sur, ni nos importó



cosa mayor. Habló Salmerón en Zaragoza, y... lo mismo que las maniobras. Se verificó la peregrinación á Begoña sin descalabros mayores, y se reunió la ponencia de los liberales, cambiándose mutuas protestas de afecto sin resultado. Volvieron á abrirse las Cortes, y comenzaron de nuevo los tes de la Presidencia. A Maura le llamaron mamarracho, y no pasó nada más de notable, si esto lo era.

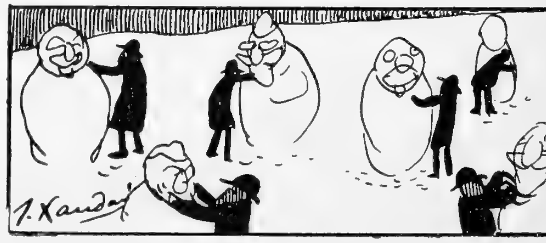
NOVIEMBRE nos cogió con la escuadra rusa en Vigo y con el mismo Gobierno, que parecía indestructible. Hubo un *meeting* en favor de las



corridas de toros en domingo; comenzó Silvela á hablar de la ética en el Ateneo, y gustó mucho más Le Bargy, con quien no reza *La Filocalia.* Se celebró una Exposición de apuntes en el Círculo de Bellas Artes; el respetable público quemó un tranvía; pasó *El amor* de los hermanos Quintero por el teatro Lara; fuimos al Pardo por bellotas; vino Naquet; explotó otra bomba en Barcelona; se afeitó el bigote *Minuto,* y con una nevada de gran espectáculo, se nos presentó

DICIEMBRE. Se llenaron las calles de bustos de Maura, que ya se han derretido como el propio original. Vino Mounet Sully, y gritó el *Hamlet* como pudo; llegó la melena de Kubelik, y Kubelik dos días después; se estrenó *El místico,* le hicieron ministro al marqués de Figueroa, no ya por horas, sino por carrera; se batieron Déroulede y Jaurés y, con gran entusiasmo del público, se largó Maura con la música á otra parte.

Es cuanto tenemos que decir. ¿Les ha gustado á ustedes? A nosotros tampoco. Abur, abur, 1904. ¡Menos mal que no vuelves!





LA DIOSA VELADA

I

SÓFANES de Mileto era el mercader más rico de toda la ciudad. En ella poseía una casa espaciosa, llena de pinturas, estatuas y otros primores, con sinnúmero de esclavos. Cerca de Mileto, en el campo, tenía Sófanes otra casa, como de recreo, desde cuyo pórtico se veía el mar azul. Rodeando la casa de campo había un huerto deleitoso, florido en primavera, y cuyos frutales, en estío y en otoño, daban copia de crujientes nueces, de higos melosos y de perfumadas pomas. En el puerto de Mileto entraban á menudo, abarrotadas de mercancías y volviendo de los confines del mundo conocido, unas ú otras de veinte grandes naos, propiedad de Sófanes el rico. Y contaba éste con amigos numerosos y seguros, sabios y artistas, que gustaban de platicar con Sófanes, porque Sófanes, sobre ser rico, era también discreto y había estudiado las letras y las artes cuando mozo, y seguía estudiándolas y amándolas en el vigor de su edad. Y también gustaban de Sófanes las mujeres, porque, á su riqueza y discreción, juntaba Sófanes varonil hermosura y desprendimiento generoso. Pero él se mostraba esquivo con las matronas y doncellas de Mileto. El Hijo de Ciprina le tenía aprisionado en los brazos de la rubia Tione, hermosa cortesana de la Jonia, quien, de Sófanes enamorada, con él vivía y presidía graciosa sus fiestas y banquetes.

En medio de tantos tesoros y venturas, no era Sófanes feliz. Su espíritu estaba inquieto. Ansiaba saber más de lo que ya sabía, elucidar el misterio de las cosas, lograr el conocimiento de la verdad y hermosura supremas. En las agudas disquisiciones de los filósofos no hallaba la clave del enigma universal. En cuanto á sus propias obras de arte ó á las de sus amigos los pintores y escultores, aunque Sófanes las celebraba al crearlas ó contemplarlas, luego les ponía en su mente mil reparos, comprendiendo que distaban mucho del arquetipo de belleza que, de vago modo, columbraba él en su acalorada fantasía. Ni siquiera en los brazos de Tione hallaba Sófanes pleno contento. Amando á Tione, Sófanes concebía á otra mujer de venustidad suprema, ideal criatura por quien suspiraba en vano.

Y Sófanes pensaba que el orbe es grande y que lo que no se daba en Mileto quizás lo hallaría en leja-



nas regiones. ¿Por qué no habían de existir en el mundo seres superiores á los helenos, que hubiesen penetrado el arcano de las cosas y concebido claramente la soberana hermosura, realizándola de modo perfecto? Instigado por tan altos pensamientos, Sófanes se decidió á emprender largo viaje en busca de lo que tanto ansiaba. Despidiéndose de la afligida Tione y de sus amigos, un día se embarcó por tanto Sófanes en la mayor de sus naos y salió á la vela del puerto de Mileto.

II

Bogando á veces, otras á pie ó á caballo, cinco años anduvo Sófanes recorriendo mundo. Visitó el Asia, llegando por el Oriente hasta las comarcas habitadas por los gangáridas y los seras. Pasó luego á las heladas llanuras de la Escitia y á las regiones donde moran los extraños arimaspes y los cultos hiperbóreos. Regresó á Europa y recorrió Germania, las Galias, el país de los etruscos y la magna Grecia. De aquí fué á Egipto, á la calurosa Nubia y á las tierras salvajes que baña el mar Eritreo. Caminó después por la Libia hacia Poniente; llegó á Cirene; atravesó la Mauritania y pasó por mar á Hesperia. Siguiendo siempre el curso del sol, llegó por último Sófanes al país de los Cinesios, cerca del promontorio Finisterre, orillas del mar Tenebroso, confín del mundo conocido.

Muchas cosas extrañas ó bellas había visto Sófanes durante su peregrinación; pero al fin y á la postre, después de haber hablado con los hombres más sabios de cuantas eran las naciones de la tierra, Sófanes no había aprendido nada esencialmente nuevo. En cuanto á la ideal belleza, de ninguna suerte parecía. Pero Sófanes, aunque de pésimo talante, no quiso desistir de su propósito.

—Hay un más allá—se dijo.—Y á fuerza de dádivas convenció á los remeros de su nao para que le condujeran hacia lo desconocido por el piélago inmenso y tenebroso.

Cincuenta días estuvo navegando Sófanes. Sólo se veían mar y cielo; escaseaban víveres y aguadulce, y los remeros, amotinados, querían matar á Sófanes y tornar á las costas de Cinesio, cuando una tormenta, arrastrando la nave hacia Poniente, acabó por arrojarla en la playa de ignota tierra. Era ésta una isla grande y feraz, de clima delicioso y poblada por hombres y mujeres hermosísimos y de claro ingenio, que moraban en ciudades magníficas, con toda suerte de inventos sutiles y que hacían la vida fácil y grata. La isla se llamaba Atlantis, y Atlantis su capital. Los atlántidas acorrieron generosamente á Sófanes y le colmaron de atenciones. Sófanes estaba ya casi satisfecho. Estudió la lengua del país, y en ella discurría con los profundos sabios atlántidas. Mil cosas inauditas aprendió en poco tiempo acerca del curso de los astros, de las leyes que gobiernan los fenómenos del mundo y de las ocultas fuerzas naturales de que los atlántidas se valían para fines útiles y bellos. De todo lo cual se pasmaba á Sófanes, así como también se pasmaba y deleitaba sobremanera contemplando las maravillosas obras de arte, adorno de los templos y palacios de la isla. Pero aun así no se satisfacía Sófanes. Cada nueva cosa que aprendía agrandaba para él el misterio de la creación. Los atlántidas reconocían que algo de más bello podía concebirse que sus estatuas y pinturas, aunque no sabían realizarlo, y confesaban además su ignorancia acerca del origen, fin y esencia de las cosas. De filosofía sabían poco más que Sófanes.—Eso que preguntas—contestaban casi siempre al griego los hombres

doctos—lo sabe tan sólo la Diosa Velada, la de inefable nombre, fuente de toda verdad y hermosura, á quien rendimos culto en el templo que hay en nuestra capital. No es lícito saberlo á ningún hombre, y ningún hombre en vida lo sabrá; pero el culto de la diosa exige que se procure saberlo y realizarlo.

Y Sófanes, lleno de respeto, quiso conocer á la diosa innominada. Y visitó el templo de ella, que era en verdad magnífico. Allí, sobre un ara colosal, se alzaba algo como el bulto de una estatua, encubierta toda por mil sobrepuestos velos, de los que irradiaba una luz difusa y refulgente. La majestad del templo, la grave apariencia de los sacerdotes, el arcano que ocultaban los cendales y el inexplicable claror que emanaba de ellos, impresionaron hondamente á Sófanes, quien, prosternado ante la diosa, la adoró reverentemente horas enteras.

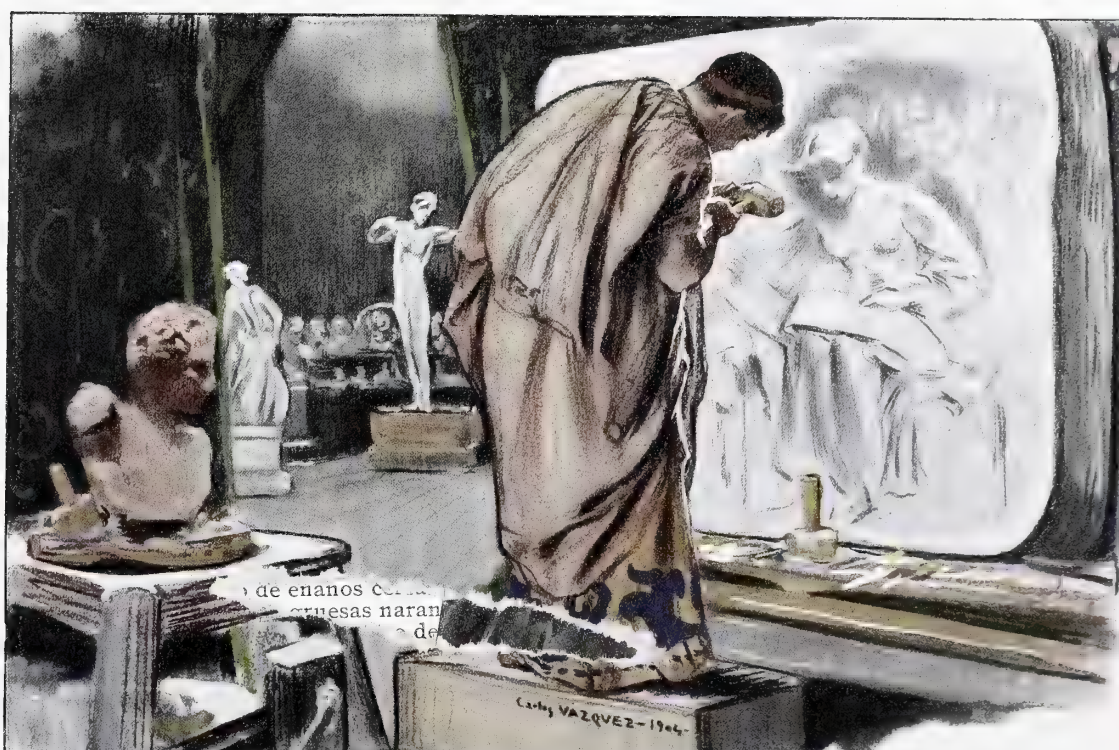
III

Muchos días tornó Sófanes al templo de la Deidad Velada. Y en su espíritu nació y creció poco á poco vivísimo deseo de alzar los cendales y gozar con la presencia de la diosa, fuente de verdad y de hermosura.—Así—pensaba Sófanes—lo sabré todo, aunque la vida me cueste mi sacrílega osadía.

Sófanes al fin se decidió. Como un ladrón penetró una noche en el vacío y silencioso templo. Nadie le estorbó el paso; nadie custodiaba á la diosa. Haciendo ánimo, Sófanes llegóse al pie del ara, y con trémula mano alzó la fimbria de los cendales encubridores. Mas ¡oh despecho y pesadumbre: el ara apareció desierta! De ella, misteriosamente, surgía en espiral una nube luminosa. Sófanes, sollozando, se postró de hinojos.—¡Oh deidad que te ocultas á mi vista—exclamó el anhelante griego,—perdona tanta audacia! Muéstrate á mí; satisface mi ansia de saber y conocerte. A trueque de ello, te brindo lo poco que tengo y valgo. Renuncio á mis riquezas, al amor de Tione y á la propia vida, si en vida no es dado á un hombre contemplarte.

Y Sófanes oyó una voz suave y armoniosa que decía:—No renuncies á nada hermoso y bueno. Más allá de la muerte lograrás conocerme, si antes creas.

Meditando en el mensaje divino, Sófanes permaneció largas horas, arrobado é inmóvil, al pie del ara. Y cuando salió del templo, salió transfigurado: era más noble su andar, su mirada más serena. Calló lo sucedido, y en Atlantis permaneció todavía algunos meses dedicado al estudio de ciencias y artes. Luego, en su nao, con viaje próspero, tornó á Mileto, donde sus amigos y Tione, hermosa y fiel, le recibieron llorando de alegría.



Y Sófanes vivió largos y felices años, residente siempre en su patria. Intérprete certero del oráculo de la diosa inefable, con reposada actividad acreció sus riquezas, empleándolas para el bien común y el noble placer de todos. Y cultivó y fomentó las artes, y difundió entre los milesios lo que él en Atlantis aprendido había. Sus creaciones, como cosa humana, fueron todas imperfectas; pero Sófanes, agradecido, sonreía al contemplarlas, porque en ellas había puesto su voluntad cabal y su ansia de bien y de hermosura, y porque en ellas la diosa, á su vez, para premiarle, ponía un destello de verdad y de hermosura excelsas.

Con paciencia aguardaba Sófanes el último galardón de sus afanes. Ya anciano, recibióle un día al morir, bajo la luz espléndida del sol, en el pórtico de su casa, contemplando el mar azul. Cerráronse sus ojos, y todo fué un punto obscuridad. Luego, al exhalar el alma, inundóse el ápice de su mente de intensa luz vivísima, y ya patente, se le reveló la diosa en todo el fulgor de su hermosura. Entonces, el espíritu de Sófanes se anegó dichoso y para siempre en el seno de la deidad omnisciente y bella.

DIBUJOS DE C. VÁZQUEZ — LUIS VALERA

AL BALCÓN DE TUS OJOS
LA VÍ ASOMADA;
POR ESTO SÉ QUE TIENE
HERMOSA EL ALMA



PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE CANTARES ILUSTRADOS

POR FERNANDO ALBERTI



La novela de Lino Arnáiz [1]

.....«Seis cubiertos de á dos pesetas», ordenó Lino con ademán triunfante.

«Está bien, señorito, seis de á dos. Va en seguida.»

Mientras llegaba la sopa, los invitados de Arnáiz se sentaron alrededor de una mesita, sobre cuyo mantel no muy blanco, se veían dos conchas con aceitunas verdinegras. Rocío cogió una con el tenedor. «Están buenísimas», dijo, y adoptando aire de ama de casa ofreció á los demás. «Tome usted, Doña Elena; anímese, Doña Ignacia... ¿Usted quiere, amigo Poussette?»

Haciendo dengues aceptaron las otras dos señoras. Estaban muy serias. La patrona hacía cálculos mentales para averiguar cómo por dos pesetas se podían dar tantos platos. La conciencia de Doña Elena estaba pronta á alarmarse por cualquier minucia. A más, el airecillo protector de Rocío, aquella especie de autoridad que se irrogaba la peinadora como si ella tuviese parte en la herencia de Arnáiz, les cargaba á ambas muchísimo. Así es que se comieron las aceitunas con gran dignidad, sentadas en el borde de sus sillas, mientras paseaban los ojos por el salón del *restaurant.*

El local, aunque era espacioso, entristecíase por el techo bajo, de donde pendían unas jaulas y unos canastillos de flores. Estos colgantes aditamentos se colocaron, sin duda, para alegrar la vista, pero no cumplían tan elevada misión, pues las jaulas estaban vacías y las flores de los canastillos habían perdido el iris de sus pétalos bajo espesa capa de polvo. Un mostrador de zinc dividía la tienda, y sobre él verdeaban conchas de aceitunas y de pepinillos en multitud inmensa, rodeando á algunas otras donde se acomodaban rodajas de salchichón, plateadas sardinas, rubia manteca, y otros aperitivos más suculentos y caros. Junto á estos excitantes, se alineaban en correctísima formación, docenas y docenas de pequeños moldes de hierro esmaltado que contenían compactos flanes de superficie tostada, y este ejército de enanos cercaba á dos gigantescos fruteros de hoja de lata, de amplísimos platos donde hacinábanse gruesas naranjas de cáscara espesa y rojiza.

El mostrador era como el centro de la fonda. De él divergían las mesas que se diseminaban hasta los últimos rincones. De él, de su inexhausta fuerza creadora nacían los flanes, las naranjas, los encurtidos, que repartían sobre los asistentes algo de su pletórica abundancia. Un hombre gordísimo, vestido de blanco, maniobraba tras aquella muchedumbre de golosinas, manejándolas con gran destreza. Con sin igual rapidez colocaba sobre un plato una naranja, un flan, una concha, sin equivocarse nunca y sin que jamás se le cayese nada. Pero el manejo de tanto dulce parecía haber agriado su alma, pues hacía el reparto con la expresión de un ogro hambriento, y sus ojillos, hundidos en grasa, relampagueaban cada vez que un flan abandonaba á sus compañeros ó unas infelices aceitunas se dirigían á su fin.

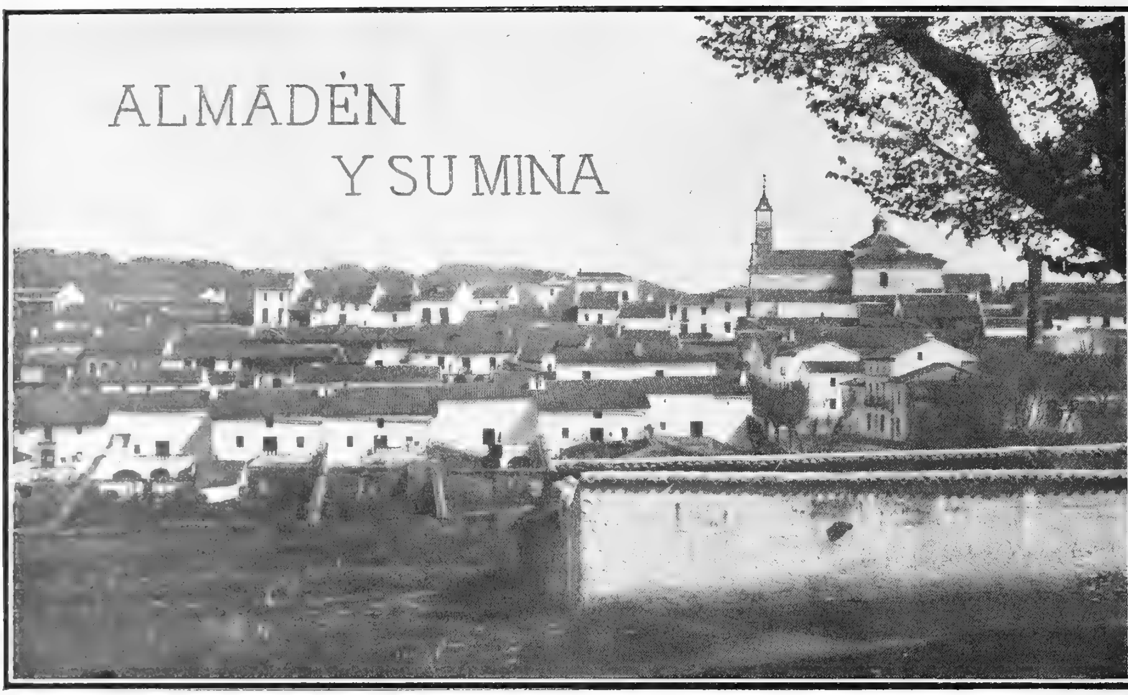
En el fondo del *restaurant*, pegado á un muro donde se veían ventanas polvorientas, un piano mecánico machaqueaba un vals con ritmo obsesionante y enervador. Al soniquete, unas chiquillas bailaban cogiéndose de la cintura y saltando muy serias. De vez en vez, una pareja se detenía y descansaba un rato. La atracción del mostrador llevaba á las danzarinas ante él, y los flanes y las naranjas las sugestionaban con el goloso hartazgo en ellos representado, y las infelices, sin disimular su apetito, seguían la dispersión de los postres con ojos ávidos, ansiosos, que brillaban en rostros anémicos, de una palidez sucia, semejante á la sospechosa blancura grasienta de un plato mal lavado.

DIBUJO DE MEDINA VERA

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

(1) La amabilidad de nuestro estimado colaborador D. Mauricio López Roberts nos permite publicar este fragmento de la novela que con el citado título se pondrá á la venta dentro de pocos días.

ALMADÉN Y SU MINA



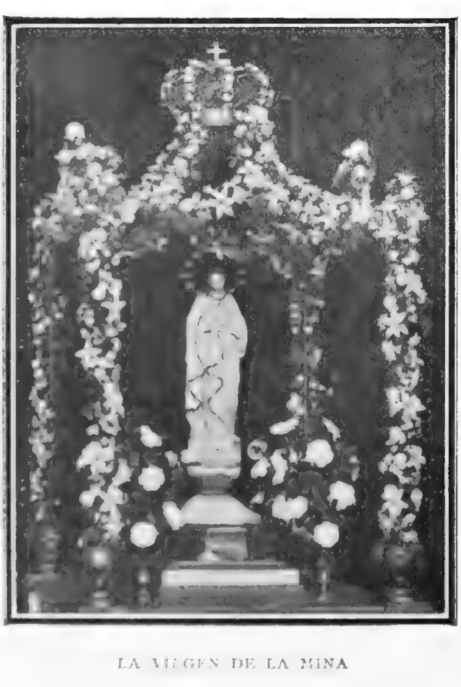
VISTA PARCIAL DE ALMADÉN

Está la Villa del azogue asentada sobre una colina que se desarrolla de Levante á Poniente; el plano de Almadén fué ideado por el patrón corriente en Extremadura y Andalucía, una calle larga en medio, otras paralelas y algunas transversales, que son como despeñaderos.

En el fondo del valle que forma la colina citada, por la vertiente meridional, hay dos galerías subterráneas, llamadas socavones del Pozo y del Castillo, que dan acceso á la mina. Los trabajos exteriores se ejecutan en unos lugares circundados de altas paredes, *Cercos;* de ellos, es el principal Buitrones, dedicado á la destilación. En el Cerco de Buitrones, rodeado de inmensos taludes formados por los escoriales de la fundición del cinabrio durante muchos siglos, y en una habitación semejante á una mazmorra, hállase el depósito del mercurio, el arca santa del establecimiento minero.

Los pozos maestros, de *trescientos cincuenta y seis* metros de profundidad, son dos en el Cerco de San Teodoro y uno en el de San Miguel, y por ellos, mediante un doble servicio de jaulas colgadas de cables de *abacá,* descienden y suben de la mina hombres y materiales.

Denominan allí cortadura al punto de intersección de un *pozo maestro* con una galería subterránea. En la cortadura del socavón del Pozo, álzase, alumbrada por una pobre lámpara que alimentan de aceite las ofrendas de los obreros, una imagen de la Virgen de la Mina; no es notable el mérito de la escultura, pero colocada en el sitio aquel, junto á la sima espantosa, infunde religioso respeto, evoca remembranzas de milagros y leyendas piadosas, y caldea la fe de los mineros que, al contemplar á su Patrona, rezan sencillas oraciones.



LA VIRGEN DE LA MINA

Doce pisos tiene la mina, y en cada uno de ellos, muchas galerías orientadas en dirección de los filones. Por incuria del Estado, el *pozo de azogue* de Almadén, que debiera ser la catedral de las minas, es hoy un cascajo, no porque los filones den muestra de agotarse, sino por ser anticuado el sistema de laboreo que se emplea para su explotación, y cada día más vergonzosamente exiguo el presupuesto de gastos en tan incomparable venero de riqueza.

Quien camina por aquel pueblo subterráneo, hállase rodeado de peligros: diríase que la tierra defiende su tesoro; frecuentes desprendimientos de rocas aplastan á los obreros, la bóveda maciza amenaza sus cabezas, las piedras que saltan al estallar los barrenos los hieren, y los pozos que horadan á trechos el suelo parecen aguardar, con las fauces abiertas, á que un incauto se precipite por su horrible esófago y se estrelle contra los peñascos del fondo; el número de infelices que ha perecido así es incalculable. Nada, sin embargo, infunde tanto pavor como el silencio, el silencio medroso y solemne que reina en aquel antro, y la obscuridad, el dominio absoluto de las sombras apretadas, densas, *palpables.* Hay allí un enemigo que á todos hiere y á nadie perdona, el aire; en tiempo de fundición, la atmósfera que envuelve á la Villa se masca, *sabe á metal;* en la mina, ese sabor es inaguantable; prodú-



EL TÍO DE LA CUERNA

cenlo los gases mercuriales, que intoxican la sangre, engendran la anemia, infíltranse, y no es frase retórica, en la misma médula de los huesos, destruyen la dentadura, llagan y ulceran la boca.

Prevenidos de martillo, barrena y candil, bajan diariamente á la mina los destajeros, un ejército de espectros claudicantes, desgonzados, lívidos, con las bocas desdentadas y los cuerpos torcidos, sin hermosura y sin vigor.

Arriba, en los Cercos, existen algunas construcciones de traza mísera, que, vistas desde lejos, parecen desmochadas ruinas de un lugar abandonado, de una aldea muerta. Las máquinas del establecimiento minero son semejantes á jamelgos matalones, cansinos, y marchan descaecidas, como si estuviesen también atacadas del hidrargirismo profesional, en una agonía perdurable. Comunícanse los Cercos de Buitrones y San Teodoro por medio de un puente; sobre éste hay una doble vía; quien calculó aquel armatoste inútil, pero de aspecto decoroso y hasta magnífico, quiso construir un plano automotor; por desgracia, el éxito de la obra no correspondió al buen deseo, y las vagonetas que efectúan la conducción de minerales necesitan para marchar de máquinas de tracción.

El acarreo del azogue hasta la estación se hace por medio de carretas, porque la Hacienda no ha podido todavía construir un ramal de once kilómetros que separan á Almadén del ferrocarril.

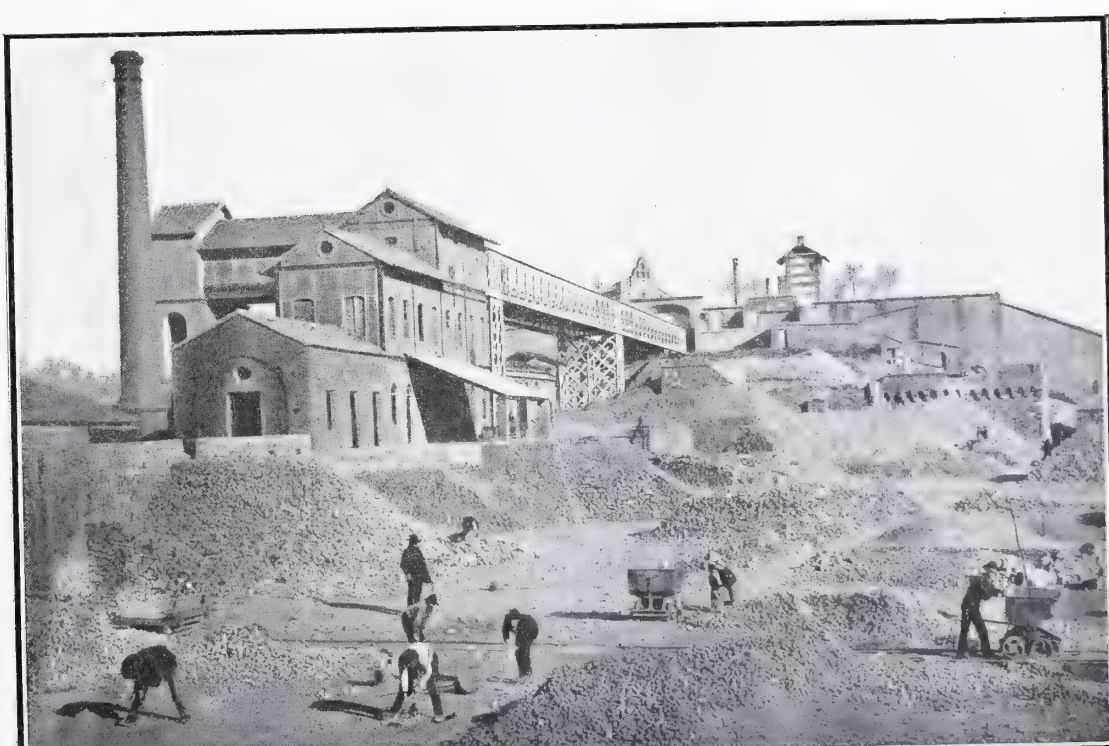
Con tales medios de explotación contrasta la enorme *ganancia líquida* que obtiene el Estado de tan mal cuidada mina, y que *anualmente* asciende á *seis millones de pesetas*.

No es más moderno el sistema de anunciar que van á dar principio los trabajos en la mina. Al rayar el día, un hombre, armado de una á modo de trompa de asta, recorre las calles de la Villa despertando al vecindario á berrido limpio; á tan espantable sonata, llaman allí *el toque de cuerna*. Pero el medio verdaderamente original y estupendo de avisar á los destajeros la hora de abandonar el tajo, y que se practicó hasta poco tiempo hace, consistía en arrojar por los pozos maestros *ristras de cuernos*, que al chocar contra las paredes producían un ruido descomunal.

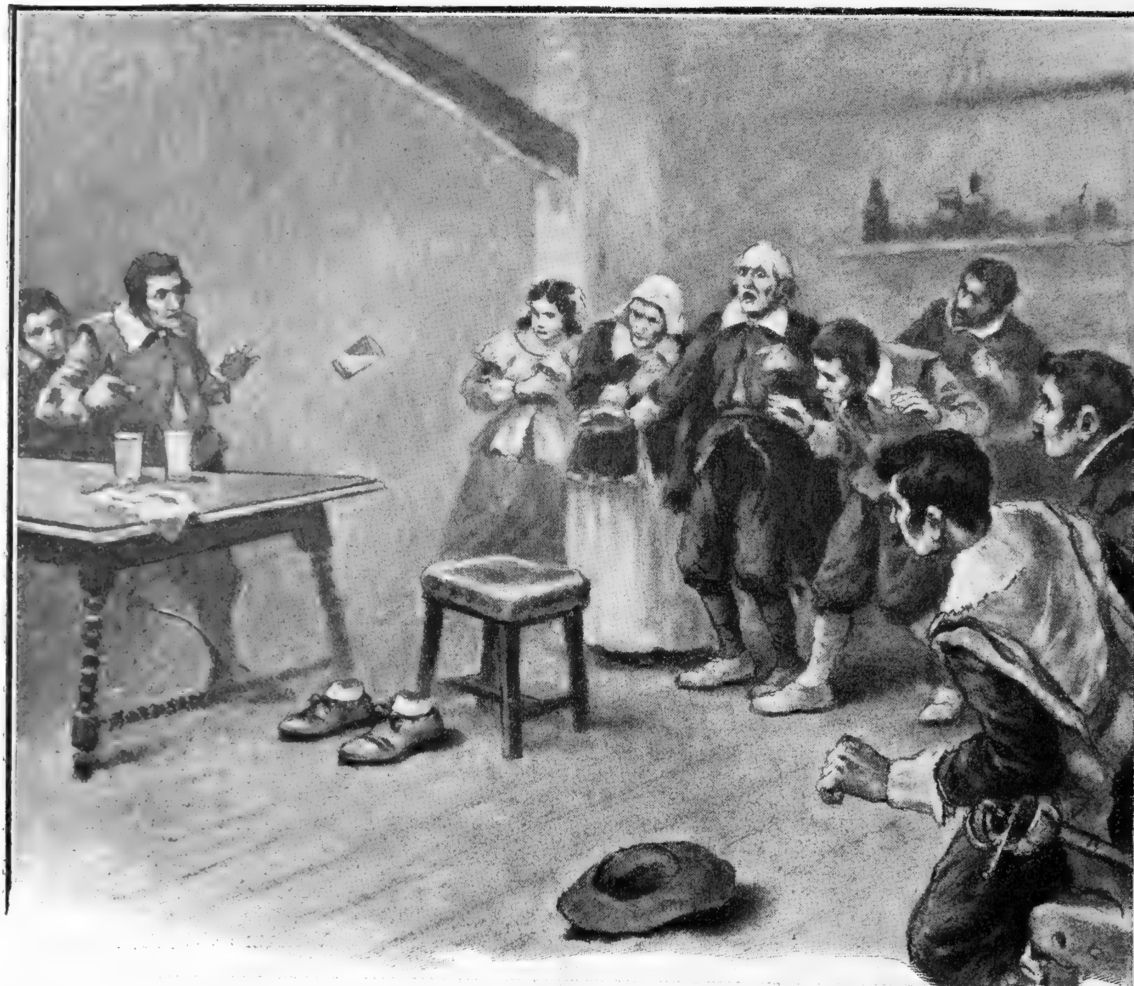
Almadén es un pueblo bonito y limpio; las mujeres, que son de una honradez proverbial, viven esclavas del estropajo y de las escobas de palma y algarabía. No hay en el pueblo fuentes públicas, y el agua pluvial que se recoge en los pozos es durante el estío un vivero de mosquitos. Las casas están enjalbegadas. Hay un hospital de mineros, falto muchas veces de medicinas (¡!), un teatro, dos paseos y una cárcel famosa.

A todas las horas del día y de la noche, un hampa triste vaga por las calles, se recuesta en las esquinas, forma grupos en las plazas; son los mineros que *se sanean;* algunas veces cantan, y sus canciones recuerdan al gaitero del poeta, que, entre soplar y soplar, lloraba.

VIRGILIO COLCHERO



VISTA DEL CERCO DE BUITRONES Y DEL LLAMADO PLANO AUTOMOTOR. MONTONES DE CINABRIO



EL RENACIDO

Los parroquianos de la botillería quedáronse maravillados al ver abrirse la puerta sin que mano alguna tocase el picaporte, y más asombrados aún cuando vieron unos pies sueltos, cortados, que avanzaban con ese movimiento acompasado de un hombre que anda. Eran unos pies que andaban, ¡que andaban solos! Venían seguidos de una multitud pasmada y curiosa. En todos los rostros se pintaba una emoción intensa. Se pensó si sería cosa de mecánica, un artefacto construído por algún mecánico brujo; pero no, aquellos pies parecían humanos. Los hombres más atrevidos vieron claramente cómo dentro de los zapatos de recio cuero asomaban sendos muñones sanguinolentos. Aquello no podía ser juguete mecánico; más bien parecía despojo revelador de espantable crimen, como si la víctima descuartizada quisiera delatar con sus pies, que se movían por permisión divina, algún horrendo asesinato cuyo autor era preciso buscar á toda costa.

—¡Milagro, milagro!—gritaron muchas mujeres aferradas á esta idea; pero bien pronto se les heló la exclamación, porque todos pudieron ver cómo aquellos pies se dirigieron á los de una mesa y quedaron juntos delante de una silla, como corresponderían á una persona que en ella estuviera sentada, y al mismo tiempo, y esto aumentó el asombro, vieron que un vaso de agua que sobre la mesa estaba, ascendía solo y se inclinaba lentamente, vertiendo el líquido que salió del vaso, y sin caer al suelo sumióse en el aire ó sabe Dios dónde, volviendo á colocarse sobre la mesa, como si todo por fuerza mágica hubiérase movido. Luego, aquellos pies que todos miraban con ojos espantados, echaron á andar de nuevo buscando la salida, que les dejaron franca más que de prisa, y salieron á la calle seguidos siempre de la admirada multitud.

Fueron llamadas las autoridades, que acudieron á todo correr; pero como nadie se atrevía á tocar pies tan extraños, ni aun los mismos ministriles y corchetes, que son gente de pocos melindres, acudieron al verdugo para que los apresara. Todo fué en vano; cuando el hombre se inclinó para asirlos dieron tal salto, que las gentes, atemorizadas, corrieron en mil direcciones, no siendo quien menos corría el ejecutor de la justicia.

También los pies hacíanlo calle abajo, perseguidos de lejos por los más arriesgados. Aquello era un verdadero acoso. Hubo quien disparó sobre ellos sus arcabuces, pero los tiros no hacían mella.

—¡Que venga un cura con agua bendita! ¡Esto es cosa del otro mundo!

—¡Conjurarla, conjurarla!—Así gritaban las gentes timoratas arremolinándose alrededor de los pies, que parecían desafiar al mundo entero.

Llegó un sacerdote, hizo sus aspersiones, mas nada consiguió. Los pies, sin responder al conjuro, seguían amenazadores. Uno lanzó la idea de conducirlos hacia la cárcel, acorralándolos; fué acogida con

entusiasmo; formóse un verdadero cordón de ojeadores y pudo llevarse á cabo felizmente la *encerrona.* Quedaron recluídos en un calabozo, cuya puerta se cerró y atrancó fuertemente, rociándola además con agua bendita. Hubo que poner centinelas, no sólo para evitar la evasión de tan originales presos, sino para contener el tumulto de la gente, que ansiaba asomarse por el ventanillo y se disputaba la preferencia á puñada limpia.

Se formó cola, y por riguroso turno fueron acercándose los curiosos, que se retiraban más tranquilos al ver que los malhadados pies estaban quietos y arrinconados en la sombra del calabozo.

Al cabo de una semana ya nadie volvió á pensar en los pies misteriosos, como no fueran sus guardianes. Después de todo, eran unos presos que molestaban bien poco, pues ni comida había que pasarles, ni era preciso entrar para hacer la requisa, que se efectuaba por el ventanillo. Mas un día, el encargado de este servicio llevóse un susto más que regular. Primero dudó si aquello podía ser ilusión de sus ojos, pero á fuerza de mirar y remirar á la sombra donde estaban arrinconados los pies, pudo convencerse de que éstos ya no eran pies; quiero decir, pies seguían siendo, pero á ellos iban unidas sendas y recias piernas que se juntaban por la parte de arriba. El asombro del carcelero no hay para qué encomiarlo. Si alguna duda tenía de que á los singulares pies les habían nacido aquellas piernas,



se le disipó al verlas salir del rincón y medir á grandes zancadas el pavimento del calabozo; y esto sí que puede llamarse medir, pues un compás semejaban; compás extraordinario, como jamás lo ha usado ingeniero alguno. Plantaba un pie en el suelo, levantaba el otro, giraba rápidamente alrededor del fijo y sentábalo á su vez. Era aquello tan estupendo, que el guardián salió despavorido, dando gritos y alarmando á la ciudad entera, que acudió en masa á presenciar tan sobrenatural fenómeno.

Se doblaron las guardias y no se interrumpió la vigilancia ni de día ni de noche, y así pudo verse cómo seguía formándose aquel cuerpo, que echó vientre y caderas y cintura, fluyendo tan singular carne como la de los seres de generación espontánea, ó por segmentación, como los zoófitos. El revuelo que adquirió la noticia del estupendo renacimiento fué colosal. Se temía por el momento en que tan extraño personaje estuviera completamente hecho. Se temía y deseaba á la vez, pues había una intensísima curiosidad de saber qué cabeza saldría sobre aquellos hombros ya formados, esperando muchos que habría de tener descomunales y retorcidos cuernos, y no pocos que habrían de ser varias. El chasco fué grande; surgió una sola, que resultó ser como la de cualquiera otro mortal más ó menos feo; eso sí, las narices eran grandes, acaballadas, judaicas, dignas compañeras de las ponderadas por nuestro satírico y mordaz poeta clásico. Otra curiosidad grande esperaban satisfacer las gentes: era

saber si llegaría á hablar el *Renacido*, como ya se le llamaba, y si su lengua sería comprensible. ¡Que si lo fué! Una voz desmayada y dolorida salió de la mazmorra.

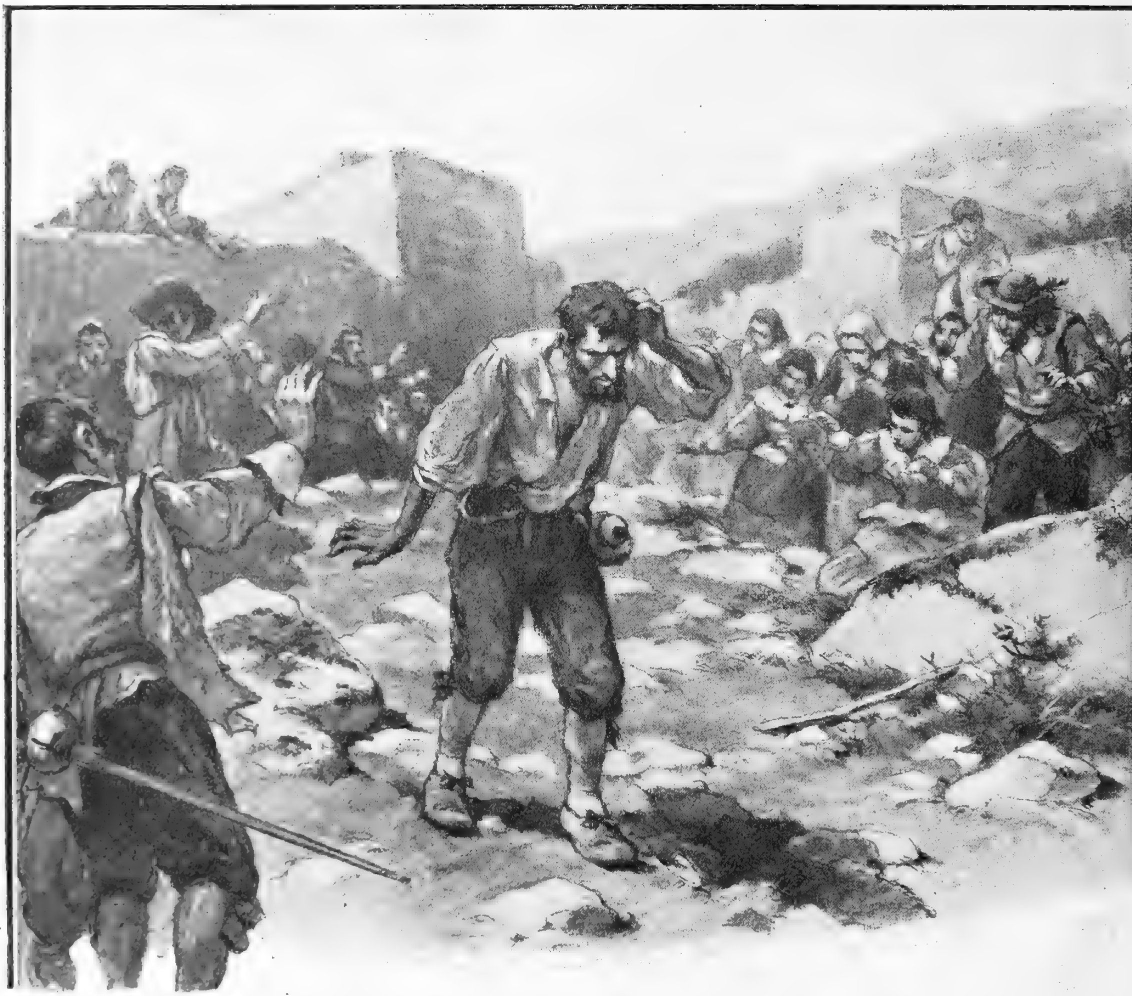
—¡Abrid, abrid por misericordia!—decía en lengua perfectamente inteligible.

Todos se estremecieron, y una corriente nerviosa corrió por la masa humana. Se deliberó entre las autoridades qué partido tomar, decidiéndose por abrir, pues aquel extraño personaje más bien parecía un pobre hombre necesitado de auxilio. Tomando mil precauciones, pasáronle ropas con que cubriese sus recién nacidas carnes, y más confiado, el corregidor tuvo con él una conferencia por el ventanillo.

—¡Señores!—gritó la primera autoridad volviéndose hacia la multitud.—Dice que si se le deja libre explicará quién es y la causa de su maravilloso renacimiento. ¿Consentís?

—¡Que lo saquen, que lo saquen!—rugió la muchedumbre.

Al fin abrieron la puerta de la mazmorra y salió el prisionero á la luz del día. Era de mediana talla, recios músculos, barba hirsuta y mirar avieso; su rostro tenía cetrino color, y aún le daba aspecto más sombrío la desmesurada nariz, que caía sobre su boca rasgada en un gesto no sé si desdeñoso ó lastimero. No podían verlo á sus anchas todos los allí reunidos. El sitio era angosto para tanta gente, y de la multitud salió el grito:—¡Llevadlo á la plaza del Calvario! ¡Ponedlo sobre el pilar de la cruz!—Pero tal fué la mueca de disgusto que se pintó en el rostro del misterioso y tales las palabras de protesta que opuso, que hubo de buscarse otro sitio. Lleváronle á las afueras, y subido á un bastión de la muralla, en medio de un profundo silencio, habló estas estupendas palabras:



—Dieciocho centurias llevo de existencia sobre estos mismos pies que tanto os han maravillado. Mi cuerpo ha fenecido muchas, muchas veces, pero nunca por completo. Mis pies, así como mi espíritu, condenados á una existencia eterna sobre el haz de la tierra, han resistido cien muertes distintas. De ellos ha brotado siempre la nueva carne en mis renacimientos corporales. Ellos han sido, ¡siempre también! impulsados por una fuerza divina á caminar hasta la consumación de los siglos. La última muerte de mi cuerpo ha sido en esas montañas que allí véis cubiertas de nieve. En mi peregrinación sin fin por la tierra, fuí sorprendido por una manada de hambrientos lobos, que destrozaron mi envoltura corporal, siendo pasto de ellos. Mis pies han subsistido, como subsistirán por los siglos de los siglos; y el renacer mi cuerpo, como habéis presenciado con horror, es porque jamás han de cesar mis pasos en la tierra, y eternamente me empuja una voz que sólo yo puedo oir y que sin cesar repite: «¡Anda, anda!»

Las gentes, que ya habían comprendido quién era el misterioso personaje, se apartaron de él con horror, y haciéndole la señal de la cruz, le gritaron: «¡Anda, anda!»

Y el judío errante, el desdichado Ahasverus, se alejó andando, andando...

MANUEL LASSA

DIBUJOS DE REGIDOR

EXPOSICIÓN DE PINTORES



Recibí un aviso muy *Urgell* de mi antiguo *Amérigo* Lucas *García Rodríguez*, que tenía dos hermanos *Abades*, otro *Marín* mercante, y otro que era *Regidor* de Bilbao; y aunque yo estaba molesto con una *Arija* en un ojo, fuí á verle en un coche *Simonet* de la próxima *Parada*.

Vivía el hombre en un *Alcázar* rodeado de *Huertas*, cerca de la *Rivera* del *Jordán*. En medio de un soto, que era el *Sotomayor* de la comarca, se encontraba mi *Hidalgo* amigo disfrutando de un verjel *Florit*, *Aguado* por *Regoyos* cristalinos, y haciendo varios *García Ramos* de rosas hasta que se llenó de *Ramos Artal* y lo dejó.

Recibióme al pie de un *Murillo* cubierto de *Rosales* trepadores, entre un *Sáez* llorón y un ciruelo *Claudio Coello*, y así me dijo:

—Precisamente *Villegas* á tiempo.

—¿Te dispones á comer al aire libre en esta *Villahermosa* donde el pulmón se *Sancha?*

—Sí, chico. Todos los días *Meifrén* un par de huevos y después me dan un *Chicharro* con aceite y *Viniegra*, un plato de *Perea*, alguna que otra *Pradilla* de Alcoy, tal cual *Brieva* y una fuente de *Gessa* de Aranjuez, aunque ya está *Machuca*. ¿Quieres?

—No; porque tendría que tomar *Busato* de magnesia. *Más* agradecería que me diesen agua; porque me voy á *Muriel* de sed.

Y para que yo no me *Morera*, llamó mi amigo á una robusta moza que llevaba su *Españoleto* de seda al *Pueyo*, y la mandó servirme agua en un pequeño *Boticelli*. Por supuesto que yo me hubiera bebido tres *Cubells*.

—¡Qué *Checa* tan *Moya* tienes!—dije á mi *Amérigo*.—¡Si da *Goya* verla!

Comprendí que el corazón de García no era de *Peña* para la moza, porque la miró con ojos de *Garnelo* degollado.

—¿Está de luto?—le pregunté.

—Sí; ha mandado su vestido al *Tintoreto*, porque el *Domingo* vió *Morelli* á una hermana que, saltando á la *Comba*, se *Pascó* por la mitad el *Pinazo*.

—¡Pobrecilla!... Y dí, ¿por qué no te *Casas?*

—Pues... *¡Velázquez!* como dicen en Valladolid.

—Tú eres un hombre *Riquer*, siempre con el *Graner* atestado, y *Teniers* tanto dinero, labrarías la *Fortuny* de la moza.

—Es que ni yo sirvo para *Casado del Alisal*, ni mi chica quiere vivir *Unceta* al yugo *Sarto*.

—¡Eso ya *Varela!*

—Nos hemos cerrado á la *Banda* y...

—De todos modos tienes mucho camino *Andrade*.

—Lo que hago yo es darle *Vargas* al asunto.

—Pues tu *Cabello*, que te solías *Gomar* cuando era *Bermejo*, ya va estando *Alonso Cano*.

—Y además empiezan á dolerme las tibias y los *Veronés*. Sin embargo, te *Alberti* que *Lengo* en Madrid otra novia.

—*¡Corregio!* ¿Y qué tal *Haës?*

—Sus vecinos te dirán que es buena persona. Pero no *Apeles* al testimonio del *Taberner* de la *Espina*, ni al *Moreno Carbonero* de enfrente, el que tiene el rostro siempre *Ticiano*.

Lo cierto es que ella me engañó con un *Francés* muy elegante; un verdadero *Lardhy*, ó mejor dicho, *Vandik*.

—Lo creo. Porque el que más *Mir* menos ve.

—Pues escucha: el *Domínguez* por la tarde me apeé de un coche á la gran *Alvarez Dumont* á la puerta de su *Casanova*. Me *Mencía* el deseo de vengarme de su infamia. Pasé á la *Sala*. Allí, la infiel, después de haber llenado el *Padró* y de haber tocado una *Cutanda* de valses, hallábase cantando una *Balaca*, porque su garganta parece la de un *Rusiñol*.

—¿Y ese... *Beruete* que te hace el oso?—la pregunté.

—Eso es hablarme en *Greco*,—me dijo ella poniéndose *Mélida*.

—¿Y qué quieres que *Zuloaga?*—añadí.—Yo no sé hablar de otra *Masriera*.

—Veo que sigues con ese carácter tan *Raurich*.

—Lo que no quiero es seguir siendo un *Palmaroli*, y esto *Xaudaró* para siempre.

Y sin más explicaciones, cogí una *Cilla* y se la estampé en la cabeza, estropeándola aquel cabello tan *Rubens* y aquel cutis tan *Blanco Coris*.

El trance fué poco *Durero*, porque al instante salí escapado. Sí, no quise perderme. ¡Quién se *Méndez Bringa* de sangre por una cosa tan *Mezquita!*

—¡*Benedito* sea Dios!—exclamé.—En fin, chico, *Amalio* tiempo buena cara. Por de pronto, te *Godoy* la enhorabuena.

—Cuando regresé, *Lucena* en el firmamento una *Luna* muy clara. Un paleto, primo de mi chica, se hallaba *Jiménez Aranda* sus tierras, que olían á *Romero de Torres*, y llevándome á la *Medina Vera* de una *Oliva*, me dijo:

—Mi prima es pa mí, y *Poy* á matarle á usté, porque hay cosas que á uno le *Avendaño*.

—¿Matarme? ¡No lo *Ferrant* los cielos!—dije yo.

Y recé á *Santamaría* y á *Saint-Aubin*. Pero de nada me sirvió, porque aquel *Hispaleto* (que por cierto era muy *Campuzano*) me agredió, dándome un bofetón que hizo *¡Plá!* y un golpe tal en la *Mucha*, que por poco me *Mota*, mientras decía á otros mozos que *Estevan* allí:

—Cogedle y *Zubiaurre* de lo lindo...

Así lo hicieron, y caí *Arredondo*, haciendo *¡Blay!* contra el suelo. Ya ves lo que me *Paissa*.

—¿Y han prendido al *Agrasot?*

—Sí; aunque quiso salir de *Nájera*, no pudo hacerlo *Porset* un poco *Bertodano*; el caso es que le han prendido, y pronto le *Zurbarán* la pandereta.

. .

Esto me habló mi amigo, poniéndome la cabeza como una *Sorolla* de grillos. Ahora díganme ustedes si con lo referido no habría elementos bastantes para formar una Exposición de pinturas.

Juan Pérez Zúñiga

DIBUJO DE XAUDARÓ

BLANCO Y NEGRO EN 1905

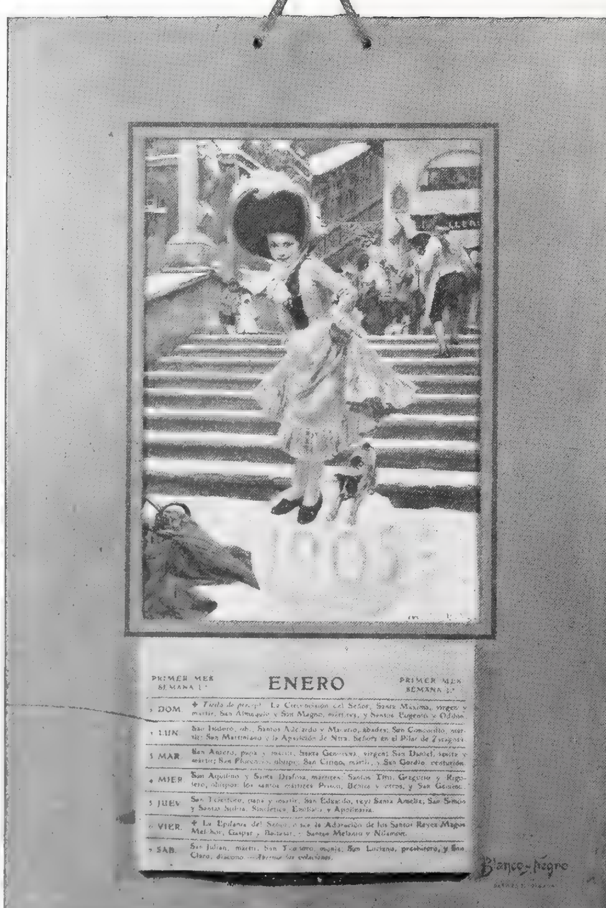
Durante el próximo año 1905, décimoquinto de la publicación de Blanco y Negro, se propone esta Revista demostrar su agradecimiento al público que tan constantemente viene favoreciéndola, y seguir mereciendo el preferente lugar que ocupa entre las publicaciones ilustradas españolas.

Para ello, conservaremos las planas grabadas á todo color, procurando hacer una escrupulosa y delicada selección de originales artísticos con el fin de lograr la mayor belleza en la reproducción.

Los originales literarios irán siempre firmados por los más ilustres y populares escritores españoles y extranjeros para que esta Revista ofrezca los más variados atractivos y la mayor amenidad posible. Aspiramos á que su lectura satisfaga, en lo posible, todas las necesidades espirituales del público, cuyo gusto se afina y depura de día en día.

Las informaciones ilustradas con fotografías y dibujos serán asimismo objeto de preferente atención, y en ellas procuraremos reflejar todos los aspectos interesantes de la vida.

Entre las muchas y notables mejoras que se introducirán en la composición de Blanco y Negro en 1905, figurarán principalmente la publicación de ARTISTICAS PORTADAS, copiadas de RELIEVES INEDITOS originales de los más famosos escultores españoles, novedad que por su valor estético creemos que ha de ser muy del agrado de nuestro público; VARIADISIMOS CONCURSOS de todas clases, con importantes y valiosos premios; PAGINAS FEMENINAS, sección dedicada á la mujer, pero que, naturalmente, interesará al sexo masculino; HISTORIETAS COMICAS EN COLOR, de los más notables caricaturistas españoles y extranjeros; CRONICAS ILUSTRADAS de todos los sucesos culminantes en la semana; VERDADES Y MENTIRAS, reseña de inventos, curiosidades y anécdotas, con profusión de fotografías y dibujos; SECCION RECREATIVA, donde se publicarán charadas, jeroglíficos, problemas de ajedrez, y toda suerte de pasatiempos agradables y distraídos; CRONICA GRAFICA DEL AÑO 1905, en la cual, en forma de *Portfolio*, y en ocho páginas de distinto carácter que las del número y absolutamente separadas, se recogerán todos los asuntos de actualidad universal, reproducidos con la mayor perfección por el fotograbado, para formar al cabo del año un magnífico tomo de más de cuatrocientas páginas, que contenga la historia de los más importantes sucesos acaecidos en el mundo; y, en fin, cuanto pueda contribuir á dar en el número de Blanco y Negro un conjunto de impresiones literarias y artísticas gratas para el lector.



ALMANAQUE DE «BLANCO Y NEGRO» PARA 1905

Regalos

1.º Cuantos se suscriban por los meses de Enero, Febrero y Marzo, recibirán gratis y á domicilio, en la primera quincena del citado mes de Enero, un elegante y artístico ALMANAQUE DE PARED para 1905, impreso á varias tintas, y cuyo precio para el público es de una peseta.

2.º A los suscriptores que acrediten haber recibido los cincuenta y dos números del año, se les entregará, igualmente gratis en fin de Diciembre de 1905, unas tapas estampadas en oro para la encuadernación del tomo del citado año, y cuyo precio no será inferior al de dos pesetas.

Suscripcion

UNA PESETA al mes, ó sea al insignificante precio de 23 céntimos el número, por publicarse 13 números al trimestre.

Los que deseen suscribirse, enviarán á la mano ó por el correo interior una tarjeta de visita ó nota al Administrador de Blanco y Negro, Serrano, núm. 55, indicando si desean la suscripción sólo por el mes de Enero ó por el trimestre de Enero, Febrero y Marzo, para tener opción en este caso á recibir gratis el Almanaque de Blanco y Negro para 1905.

GETTY CENTER LINRARY
3 3125 00674 5687